COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

Alberto Insúa

MEMORIAS

Santander Central Hispano
FUNDACION

MEMORIAS

ALBERTO INSÚA EN 1914.

ALBERTO INSÚA

MEMORIAS

[Antología]

Selección e introducción de

Santiago Fortuño Llorens

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

Santander Central Hispano

FUNDACION

© Fundación Santander Central Hispano, 2003
© De la introducción y de la selección: Santiago Fortuño Llorens
© Sucesores de Alberto Insúa

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 84-89913-43-9
Depósito legal: M. 18713-2003

Maqueta: Gonzalo Armero
Impresión: Gráficas Jomagar, S. L. Móstoles (Madrid)

ÍNDICE

Introducción, por Santiago Fortuño Llorens [**XI**]

Bibliografía [**XL**]

I. MI TIEMPO Y YO

[1]. Cuba y España en la mente de un niño [**3**]
[2]. Primera revelación de España [**9**]
[3]. *Campus Stellae* [**15**]
[4]. Más españolito que antes [**25**]
[5]. Esperando a Weyler [**33**]
[6]. Mi nueva imagen de la guerra [**41**]
[7]. Segunda presencia de Murguía [**47**]
[8]. Las puertas de oro del *Quijote* [**55**]
[9]. Y llegó el *Maine* [**59**]
[10]. Y voló el *Maine* [**63**]
[11]. Horas de angustia [**71**]
[12]. La tarde del 21 de abril [**75**]
[13]. El bloqueo, las tinieblas [**85**]
[14]. La última hora de España en Cuba [**89**]
[15]. *Electra* desde el paraíso del Español [**93**]
[16]. Aparición del «amigo Valle» [**99**]
[17]. Canalejas, Unamuno, Blasco Ibáñez [**105**]
[18]. El palacio de la literatura [**111**]
[19]. De don Benito a doña Emilia [**117**]
[20]. Escaramuzas del Ateneo y combates del Parlamento [**123**]
[21]. El epitalamio de Alfonso XIII [**129**]
[22]. «El león de Graus» [**135**]
[23]. Un árbol de hojas de papel [**141**]
[24]. La generación de *El Cuento Semanal* [**145**]
[25]. *Sagitario*. El salón de Antonio de Hoyos y varias anécdotas [**147**]

[26]. Los personajes de *En tierra de santos* y tres salas de armas [**153**]
[27]. El Madrid de *La hora trágica* [**159**]
[28]. Un libro escandaloso y una revolución editorial [**163**]

II. HORAS FELICES. TIEMPOS CRUELES

Advertencia al lector [**171**]
[1]. La feria literaria de París [**173**]
[2]. Clará, Casas, Rusiñol. Semblanza de Juan Gris [**179**]
[3]. Me arañan en la peña del Napolitain [**185**]
[4]. El rey del arroz [**189**]
[5]. Temporada en Madrid. Oigo los tiros que mataron a Canalejas [**193**]
[6]. Mis dos grandes atracciones de Londres: Mrs. Pankhurst y la Venus herida [**199**]
[7]. En la casa de Shakespeare. La espada de Hamlet… [**203**]
[8]. Primera visita a Barrès. Sus dos mentores en Toledo [**207**]
[9]. Se inicia la aventura teatral. Al empresario le gustó la comedia [**211**]
[10]. El «caso» de *En familia*. El banquete en la Legación de Cuba [**217**]
[11]. El «pateo» de *La consulesa*. Reflexiones amargas sobre el teatro [**221**]
[12]. El Blasco Ibáñez de la Rue Davioud en el París panglossiano de la primavera del 14 [**227**]
[13]. La guerra: aliadófilos, germanófilos y neutrales [**231**]
[14]. Clemenceau o el genio de la terquedad. Los gases. Encuentro con Salaverría [**237**]
[15]. Bajo el cielo sin luna de París [**243**]
[16]. Mi primer artículo para *Abc*. Primeras nieves sobre París [**247**]
[17]. Las bellas secretarias y los escritores de la Maison de la Presse. Encuentro con Julio Camba [**253**]
[18]. El sabio helenista deseaba un dictador [**259**]
[19]. En el dédalo de las trincheras [**263**]
[20]. Adiós a Alfredo Vicenti. Diversas visitas y encuentros en Madrid [**271**]
[21]. El teatro de la guerra en 1917 [**283**]
[22]. El último disparo. ¿Quiénes le convenía a España que ganasen la guerra? Un respiro para continuar [**289**]

III. AMOR, VIAJES Y LITERATURA

[1]. [En la Sala del Reloj del Quai d'Orsay…] [**299**]
[2]. [Yo nunca estuve sin España en París…] [**305**]
[3]. [El rey y Pétain evocan la batalla] [**313**]
[4]. [Aquel transeúnte solitario…] [**317**]
[5]. [Entrevista con Masaryk…] [**323**]
[6]. [En Madrid, octubre de 1919…] [**327**]
[7]. [La muerte de Galdós…] [**331**]
[8]. [De cómo tuve noticia de la muerte de la condesa de Pardo Bazán…] [**337**]
[9]. [La primera idea de *El negro que tenía el alma blanca*] [**345**]
[10]. [Un novelista en busca de un título…] [**347**]
[11]. [Evocación de don José Ortega Munilla…] [**355**]
[12]. [El panorama de la novela española en 1922…] [**361**]
[13]. [La muerte de un genio de la pintura…] [**367**]
[14]. [«La República de los lobos»…] [**371**]
[15]. [Octubre de 1922, con Unamuno en Salamanca…] [**377**]
[16]. [El nudo gordiano de Marruecos…] [**383**]
[17]. [Los primeros meses del Directorio Militar…] [**389**]
[18]. [Episodios memorables en la corte de Alfonso XIII…] [**395**]
[19]. [Mi amistad con Azorín…] [**399**]
[20]. [Cuando murió Anatole France…] [**403**]
[21]. [De cómo me convertí en un aficionado a los toros…] [**409**]
[22]. [Entre marzo y abril de 1925…] [**415**]
[23]. [A París en busca de un negro…] [**421**]
[24]. [Acerca de los estilos literarios…] [**425**]
[25]. [Por qué cambié de editor…] [**431**]
[26]. [El carnaval agonizaba en Madrid…] [**435**]
[27]. [El Arma de Artillería plantea un conflicto a Primo de Rivera…] [**439**]
[28]. [Los centros españoles de Cuba…] [**443**]

Santiago Fortuño Llorens

INTRODUCCIÓN

Alberto Insúa (1883-1963) es el seudónimo de Alberto Galt y Escobar, nacido en La Habana (Cuba). Su padre era pontevedrés, de San Paio de Figueroa (A Estrada), y su madre, perteneciente a una familia aristocrática, oriunda de Camagüey (Cuba). La abuela materna, Dolores de Cisneros, fue descendiente del cardenal impulsor de la Universidad de Alcalá de Henares, «el español más español de España»[1]. Tras la liquidación colonial de Cuba en 1898, Alberto Insúa se traslada, con su familia, a La Coruña y, posteriormente, a Madrid, donde cursa los estudios de Derecho, y comienza a alternar el trabajo de periodista con su tarea literaria. Entre 1905 y 1948 escribió centenares de artículos periodísticos y literarios en España, Francia y Buenos Aires. Su numerosa obra narrativa —más de medio centenar de novelas—, que se extiende entre 1907 y 1955, conoció el éxito popular. Considerado mayoritariamente, por la crítica, de la promoción de *El Cuento Semanal*[2], José Luis Abellán lo sitúa en la generación del 14 «por su actuación intelectual y periodística»[3]. Algunas de sus novelas, como *La mujer fácil* (1910)[4],

[1] Así lo define Alberto Insúa en sus *Memorias 1*, Madrid, Tesoro, 1952, pág. 74.

[2] Carlos Sainz de Robles, F., *La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920)*, Madrid, Aguilar, 1959, y *La promoción de «El Cuento Semanal» 1907-1925. (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

[3] Cito por Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, pág. 216, nota 2.

[4] Libro controvertido del que Insúa escribe diez años más tarde: «Un mal paso, porque hizo —y con razón— que durante algunos años se me confundiese con los autores pornográficos. […] Es un libro débil y un libro frívolo. […] Una conversación de tenorios madrileños en un rincón de Fornos, del antiguo Fornos. Y nada más, desgraciadamente…», «Post-Scriptum a *La mujer fácil*», Madrid, Renacimiento, 1920.

Las flechas del amor (1912) y *El negro que tenía el alma blanca* (1922), llegaron a ser las obras más leídas de estas dos décadas y se tradujeron al francés, italiano, alemán, sueco y portugués[5]. En los relatos de Insúa se trenzan los elementos costumbristas, de realismo social y la descripción naturalista con una destacada dosis de ingredientes folletinescos[6]. Concretamente, en *El negro que tenía el alma blanca*, en *Humo, dolor, placer*, en *Las neuróticas*, en *Las flechas del amor* y en *El peligro* presenta el conflicto cubano como marco de sus vivencias infantiles[7]. «Alberto Insúa es un español de Cuba. Y esto, tal vez, le ha dado desde niño un sentido de universalidad […]. Y vio cómo España acababa de quedarse sola, replegada en los viejos límites peninsulares, vencida por haberse quedado rezagada…»[8].

Sobre la novela *El negro que tenía el alma blanca*, José Ortega Munilla escribió una reseña elogiosa en el periódico madrileño *Abc* en la que, entre otras cosas, decía:

«Esta novela es una invención singularísima, en la que se unen dos elementos hispánicos: la antigua isla de Cuba, bajo el dominio de España, y España, en su propio territorio, en la actualidad»[9].

[5] Maurice Hemingway, «Alberto Insúa (1883-1963). Ensayo bibliográfico», *Revista de Literatura*, LVI, núm. 112, 1994, págs. 510-512. Este artículo constituye una recopilación amplia de la obra de A. Insúa. De «maestro de novelistas» califica José Luis Sampedro a A. Insúa en *El amante lesbiano*, Barcelona, Areté, 2000, pág. 16.

[6] El estudio de este tipo de novelas ha merecido recientemente la atención crítica. A título de ejemplo, el libro de Magnien, Brigitte y otros, *Ideología y texto en «El Cuento Semanal» (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1986, y el de Mogin-Martin, Roselyne, *La novela corta*, Madrid, CSIC, 2000.

[7] Véanse mis ediciones de *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Clásicos Castalia, 1998, y *Humo, dolor, placer*, más concretamente la introducción, «Cuba y el conflicto del 98 en *Humo, dolor, placer*», Madrid, Castalia-Comunidad de Madrid, 1999, págs. 28-35, y mi artículo «El conflicto del 98 en la novela del hispano-cubano Alberto Insúa», *Actas del Simposio Internacional «La crisis española de fin del siglo y la generación del 98»*, Universitat de Barcelona, 1999, págs. 343-354.

[8] Valentín de Pedro, «Semblanza», en Alberto Insúa, *Dos francesas y un español*, Madrid, Renacimiento, 1931, 2.ª ed., pág. 18.

[9] *Abc*, 6 de julio de 1922, págs. 3-4. Lo recuerda, asimismo, en sus *Memorias III*, Madrid, Tesoro, 1959, pág. 227.

A pocas fechas de la publicación de *Humo, dolor, placer*, el también escritor y famoso orador Federico García Sanchiz advertía la intención patriótica de Insúa en esta novela:

«Novela cubana y cubanizante. […] La devoción filial y la intención patriótica animan la última obra de Insúa […]. La Habana recobró su conciencia en *Humo, dolor, placer*, […] molde en el que lograron forma definitiva todos los sentimientos cubanizantes en fusión»[10].

Fue Alberto Insúa, además de un escritor prolífico y periodista versátil, una persona involucrada en la vida social y cultural del Madrid de su tiempo (fundador de la editorial Pérez Villavicencio[11], miembro del Ateneo y de la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes, asiduo contertulio de cafés…), que desempeñó, en el seno del partido de Alejandro Lerroux, el cargo de gobernador civil en Málaga y Vitoria[12]. Tras una estancia larga en Buenos Aires de 1937 a 1949, murió en Madrid el 8 de noviembre de 1963.

Tres aspectos destacan, de manera especial, en las *Memorias* de Alberto Insúa: el conflicto de España y Estados Unidos por la colonia española de Cuba[13], a la que describe con grandes dosis de colorido y sensualidad (I, cap. II); la visión de la primera guerra mundial desde una perspectiva excepcional, por su calidad de periodista y enviado especial a Francia, y, singularmente, las referencias a su trayectoria literaria.

Los tres volúmenes de las *Memorias* fueron publicados en 1952, 1956 y 1959 respectivamente, redactados cuando Alberto Insúa ya era sexagenario. Las reflexiones se imbrican con las evocaciones, habida cuenta de la evidente dificultad de separar el

[10] «Al margen de *Humo, dolor, placer*. La Habana y sus enamorados», *El Imparcial, Suplemento Literario*, 29-VII-1928, pág. 14.

[11] Su experiencia como editor la cuenta en «Un árbol de hojas de papel» (I, cap. LXXX).

[12] En concreto, desde el 23 de diciembre de 1933 al 30 de noviembre de 1935 en Málaga y del 5 de diciembre de 1935 al 23 del mismo mes y año en la capital de Álava.

[13] «Mi actitud ante los episodios bélicos y políticos que constituyen el tema y la sustancia de esta primera parte de mis Memorias» (I, cap. XIII).

tiempo narrado desde el presente de la narración (I, cap. IV). Ocupan, en su primera edición, una extensión de mil setecientas setenta páginas. «Mi tiempo y yo» es el subtítulo del primer volumen, «Horas felices. Tiempos crueles» el del segundo y «Amor, viajes y literatura» el del tercero[14]. Con anterioridad, ya habían sido dadas a conocer en el semanario *Domingo* de Madrid[15]. En estas *Memorias* su autor mezcla la anécdota con la historia («la anécdota es la sal de la Historia», dijo Plutarco y menciona Insúa), su propia vida con el hecho trascendental de la historia europea: «Me propuse rememorar mi vida conciliando sus episodios íntimos con los nacionales y universales que tuve la ocasión de presenciar de cerca. Creo que, en mi propósito, lo histórico y lo anecdótico, lo trascendente y lo fugitivo, se dan la mano y se fortifican entre sí»[16]. Son las *Memorias* de un hombre que se autodefine como epicúreo, perezoso, cosmopolita, locuaz, individualista, conservador y anticomunista. Insúa es un testigo excepcional del desmoronamiento colonial de La Habana y de la influencia norteamericana posterior. Como periodista vive, conoce y relata desde París, en las páginas de *Abc* y *La Correspondencia de España*, el desarrollo de la primera conflagración mundial del siglo XX. Ya había recopilado sus crónicas de guerra en los libros *Páginas de la guerra*. *Por Francia y por la libertad* (1917) y *Nuevas páginas de la guerra* (1917), muchas de cuyas páginas encuentran nuevo acomodo en estas *Memorias*, que resultan fundamentales para conocer, con su análisis y reflexión, ambos hechos históricos, a caballo entre dos siglos, vividos intensamente por nuestro autor y comentados por él mismo con detalle: la pérdida de Cuba por España (1898) y la primera guerra mundial (1914-1919)[17], ante la que toma una postura firme y explícita a favor de los aliados: «En estos artículos [el autor] defendió la causa de la libertad de los pueblos, que es la misma que defiende Francia», escribió, desde París, en diciembre de 1916, en el prólogo a *Por Francia y por la libertad*.

[14] Dedica este último tomo «A Melchor Fernández Almagro, que tanto me animó a proseguir estas Memorias. Al crítico, el historiador, el ensayista ilustre, y al amigo de siempre».

[15] *Memorias II*, Madrid, Tesoro, 1953, pág. 386.

[16] Advertencia al lector, tomo II, pág. 5.

[17] Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», cit., págs. 215-222.

Alberto Insúa, al inicio de sus *Memorias*, describe con sencillez y claridad cuál es la situación de algunas nacionalidades europeas, que intervendrán activamente en la Primera Guerra Mundial:

«La España del 98, para todo español consciente y honrado, era una patria dolorida, desmembrada, exhausta de energías al parecer. No podía pensar ese español sino en salvarla, en renovarla; alguno diría en "europeizarla". En cambio, el inglés vivía aún en el epílogo glorioso de la era victoriana; el francés sentíase "*content de lui-même*", no obstante sus temores de una nueva agresión teutona, y el alemán disponíase alegremente a conquistar el mundo»[18].

El conflicto cubano en las *Memorias*

La guerra e independencia cubanas ocupan lugar preferente en el primer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa. Es un tema tratado con patriotismo y fervor romántico, al que no deja de aludir en los otros volúmenes. Su postura a favor de la dependencia cubana de España es clara y rotunda en cualquiera de estas páginas. Apóyala una obligación histórica y también cultural:

«[…] esta parte de mis Memorias, en que he tratado de historiar, a mi manera, los trances diversos de la campaña de Cuba hasta la hora en que la fatalidad obligó a España a retirarse de una tierra que había descubierto, fecundado y evangelizado, hecho, en fin, a su imagen y semejanza, y a aceptar el *vae victis* que señalaba el ocaso definitivo de su imperio en América y su archipiélago de Oceanía. Nos los arrebataron todo, o casi todo… Menos el honor y la esperanza»[19].

En 1895, al estallar la guerra, Alberto Insúa tiene doce años. Los nombres de José Martí, Maceo, Máximo Gómez *el Chino Viejo*, entre otros insurrectos independentistas,

[18] *Memorias I*, cit., pág. 8.

[19] *Ibidem*, págs. 253-254.

se unen en su imaginación al de Martínez Campos, el general español encargado de «meter en cintura a los mambises». Desde pequeño y pese a la diversa opinión entre sus familiares, alineados a favor y en contra del separatismo, adopta, como su padre, una postura radicalmente españolista, «que Cuba no dejase de ser española», que continúa mostrando a través de sus *Memorias*. Admira de los españoles su propensión al mestizaje ya «que no ha habido, que yo sepa, hombres en el mundo que resolvieran más fácil y humanamente los conflictos planteados por la diversidad de las razas»[20]. En La Coruña, donde se establece con su familia en 1895, observa cómo al Muelle de Hierro llegan de su isla natal «juventudes tronchadas, cuerpos rotos, lágrimas, angustias, muertes»[21].

En estas *Memorias* se expone pormenorizadamente la evolución del conflicto cubano desde 1895 hasta su desenlace, tres años después. Se desgranan los hechos y acontecimientos: el cambio de generales en la isla (Martínez Campos, Weyler), la postura oficial del Gobierno de Madrid y la de los Estados Unidos, la fiesta previa a la explosión del *Maine*, pretexto de la definitiva intervención estadounidense, a todas luces inimputable a un complot español, según el autor de las mismas. Se narra la historia desde la inmediatez de los propios personajes intervinientes, con toda la crudeza y apasionamiento, sin la imparcialidad del historiador:

«Don Pancho Recamán […] habló únicamente, y con laconismo, de la explosión, porque había estado alrededor del barco hundido y entre las llamas prestando socorro, "salvando gente, como era su deber". Tenía una de las manos envuelta en una gasa. […]

Al preguntarle mi padre por la causa de la explosión:

—Interna —dijo, despidiéndose. […]

Los despojos de las víctimas del *Maine* —menos de ochenta— fueron conducidos al Ayuntamiento, en cuya sala capitular estuvieron tendidos hasta que llegaron los ataúdes»[22].

Una de las ideas constantes de las *Memorias* de Alberto Insúa es la creencia en que el desmembramiento de Cuba habría podido ser evitado si las reformas concretas del

[20] *Ibidem*, pág. 24.

[21] *Ibidem*, pág. 79.

[22] *Ibidem*, pág. 162.

presidente Antonio Maura se hubieran llevado a cabo, sin la oposición de Romero Robledo y sus afines al joven político, quien suscitaba grandes envidias en el Congreso:

«La admiración de mi padre por don Antonio Maura databa —como él decía— de "los tiempos de Cuba, cuando aquel político previsor expuso sus famosas reformas que hubiesen frustrado la guerra que concluyó con el desastre de Santiago y liquidó el funesto Tratado de París". […] Maura había tardado seis meses en elaborar su proyecto, que descentralizaba en gran parte la administración de Cuba de la de España, rebajando la cuota contributiva impuesta para figurar en el censo electoral, y aumentaba en alta proporción el número de electores cubanos»[23].

A la muerte de Antonio Maura, el día 13 de diciembre de 1925, Alberto Insúa insiste en el recuerdo de las palabras de su padre Waldo:

«Si sus reformas hubiesen prosperado —díjome— no estaríamos tú y yo ahora hablando en Madrid, sino en La Habana. Pero, en fin, se opuso el ciego Destino a que así fuese. Y a esa ceguera fatal contribuyeron todos los españoles, que no acertaron a ver al más patriota e inteligente de nuestros políticos, después de Cánovas, en este grande hombre que acaba de morir. Es un día de luto para mí. Las reformas de Maura no sólo hubiesen evitado la segunda guerra de Cuba y retardado la emancipación de la isla, sino también resuelto los problemas más agudos y dolorosos de España»[24].

Los separatistas cubanos se negaban a todo pacto y rechazaban el régimen autonómico, aunque lo aprobasen los Estados Unidos. También las gestiones del papa León XIII fueron rechazadas por McKinley, quien había solicitado a las dos Cámaras de su país «emplear las armas al intervenir en Cuba con el propósito de crear en ella un Gobierno independiente y fuerte»[25].

23 *Memorias III*, cit., pág. 464.

24 *Ibidem*, pág. 465.

25 *Memorias I*, cit., pág. 170.

Insúa extrañaba que Benito Pérez Galdós, uno de los novelistas más reconocidos de la época, no hubiera escrito el Episodio Nacional de la guerra de Cuba:

«¿Por qué entre los *Episodios nacionales* no figuran los de la rota de Cavite y Santiago de Cuba y el de la magnífica epopeya de El Caney y San Juan? Bien pudo Galdós escribir ese episodio, como escribiera los de Trafalgar y Zaragoza, sin haberlos presenciado, pero sí pensado y soñado sin otra levadura y sal de realidad que las que halló en las gacetas y memorias de la época»[26].

A los sesenta años de estos hechos, cuando Insúa escribe estas *Memorias*, el amor patriótico brota de entre sus recuerdos y reconoce que los españoles supieron perder:

«Esta otra Cuba que surgía de la guerra, de una guerra que, en definitiva, habían ganado hombres de una raza distinta de la nuestra, unos hombres que hablaban inglés, no era la Cuba de mis amores y mis sueños»[27].

El 31 de diciembre de 1898, «la víspera del día nefasto para los españoles en que nuestra bandera sería sustituida en el mástil del Morro por el pabellón, cuajado de estrellas, de los Estados Unidos, y no por el de Cuba, con "su estrellita solitaria" en el triángulo rojo»[28], Alberto Insúa, con su familia, zarpaba, en el barco *La Navarre*, del puerto de La Habana rumbo a La Coruña española. Lo que a continuación sucedió, lo oficial y protocolario de la entrega de poderes por el último gobernador general en Cuba, el general Jiménez Castellanos, nos lo narra también desde una perspectiva lírica y a través de la emocionada nostalgia del vencido. Insúa basa su texto en los testimonios y cartas conservados por su padre. Así rememoraría estos acontecimientos:

«A uno de los balcones se asomó una mujer joven y muy bien parecida, la cual, agitando frenéticamente una bandera española, gritó con voz vibrante: "¡Viva España!

[26] *Ibidem*, pág. 220.

[27] *Ibidem*, pág. 234.

[28] *Ibidem*, pág. 243.

¡Viva!". A mí se me saltaron las lágrimas. […] Esa mujer me hizo pensar en María Pita, en Agustina de Zaragoza; me pareció España misma que gritaba: "¡No me he muerto y parte de mi alma permanece aquí!"»[29].

Por el contrario, en España se asistía con indiferencia a los nuevos rumbos de la ex colonia española, segregada por el Tratado de París. Como también hiciera constar Pío Baroja, Insúa extraña y anota el nulo interés mostrado por la mayoría de la gente ante el problema del desastre nacional, a menos de un año de la consumación de los hechos, en octubre de 1899, cuando se dispone a iniciar los estudios de la licenciatura de Derecho en la Universidad de Madrid. A sus dieciséis años, con todo el bagaje personal acumulado, se considera un adulto respecto a sus condiscípulos:

«Pero el tema más importante de sus conversaciones, en el que solían detenerse, bien para mirarse de un modo melancólico, bien para emitir conceptos en que se reflejaba su desencanto —o su patriótica indignación— era, según decían, "el silencio casi absoluto, la indiferencia general que se observaba en España frente al hecho, más que doloroso, terrible, de la pérdida de las Colonias". […] Por "aquello" que "equivalía al ocaso de un imperio, a la liquidación de una España todavía poderosa, a un vuelco espantoso en nuestra historia"»[30].

Como hombre que participó de las inquietudes de la generación del 98, Insúa se hace eco de las preocupaciones del momento entre los políticos e intelectuales. Su padre, Waldo Álvarez Insúa, fundador de *El Eco de Galicia. Revista Semanal de Ciencias, Artes y Literatura* en La Habana, que escribiera en 1896 *El problema cubano*, con escaso éxito[31], fue un hombre obsesionado en toda su vida por el problema de España, motivado, según él mismo, por la fuerte individualidad de los españoles, que se resisten a obedecer, «aquella locura de creerse cada uno, dentro de sí, un rey»[32]. Waldo

[29] *Ibidem*, pág. 256.

[30] *Ibidem*, págs. 288 y 290.

[31] *Ibidem*, capítulo «Palitos de pasa», págs. 326-329.

[32] *Ibidem*, pág. 305.

Álvarez Insúa participó asimismo en el resurgimiento del regionalismo gallego[33] y se relacionó con las primeras figuras políticas de su tiempo. Su hijo nos lo presenta en sus *Memorias* como persona inquieta por intervenir, en primera fila, en la política y a quien le cupo al menos la suerte de haber influido, con su palabra y sus artículos, en el escenario político cubano y español de entresiglos. «Como caminante histórico […], él se había detenido en "su" 98, "que no era, ciertamente, el de los intelectuales que dudaban del vigor de España para reponerse de sus descalabros y resurgir gracias a las portentosas reservas de su espíritu"»[34]. He aquí el sumario político del siglo XIX, a juicio del padre de Alberto Insúa:

«Desde el punto de vista de los progresos materiales, no ha sido el XIX un mal siglo. Desde el punto de vista político, no sé qué decirte… O sí sé qué decirte y me lo callo, porque no quiero disminuir tus ilusiones. Para mí, este siglo que se va, que se retira por el foro, ha sido un siglo funesto, porque ha significado para España lo que tú no ignoras. Durante él fuimos perdiendo, una a una, nuestras posesiones de ultramar, y aquí, en casa, tuvimos que rechazar una invasión francesa, sostener varias guerras dinásticas y aun saltar a África para sentarles la mano a los rifeños… ¡Vaya con Dios o con el diablo el siglo XIX! Y de lo que haya de suceder en el XX, ¿qué podría yo decirte? Ni yo ni nadie puede saberlo. A mí lo único que me importa es España»[35].

Por su cercanía cronológica, resulta de interés la valoración de Alberto Insúa de los escritores agrupados por Ortega y Gasset y Azorín en 1913 con la denominación de generación del 98. Sus componentes, según nuestro escritor, no vivieron de cerca el problema de Cuba ni les aglutinó motivo alguno más que la mera cronología:

«Que publicaban (Ganivet, Unamuno, Azorín, Maeztu…) "ensayos", versos y novelas y escribían comedias sin que pudiese nadie adivinar que, andando el tiempo, se

33 Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, «Aproximación a un galleguista insigne: Ideología y texto de la obra literaria de Waldo Álvarez Insúa», *El Museo de Pontevedra*, tomo LII, 1998, págs. 481-496.

34 *Memorias II*, cit., pág. 512.

35 *Memorias I*, cit., págs. 308-309.

les agruparía bajo el título de la "generación del 98", como si hubiesen constituido una pléyade, con sus estrellas de un fulgor semejante, cuando en realidad no existió entre ellos armonía, ni siquiera simpatía, sino una circunstancia que les hizo «manifestarse» como escritores alrededor de la fecha del 98. […] Y no —insisto— como considerándose parte de un «todo» intelectual destinado a dirigir los nuevos rumbos de la patria. […] Pero cada cual veía a España a su manera y ninguno de ellos había estado en Cuba o Filipinas manejando su fusil»[36].

Y continuaba:

«Mi padre solía decir que él era "un verdadero hombre del 98", pero no de la generación de escritores a la que se asignaba tal fecha, sino "de la que había vivido y sufrido" sobre el terreno la última guerra de Cuba, con su triste final para nosotros, y que esa herida no acababa de cicatrizarse en su alma. Esto era verdad. Seguía doliéndole "su 98"»[37].

«No pertenezco en la vida literaria a "la promoción del 98", pero viví y sufrí el 98 en la propia Cuba, cordialmente, no intelectualmente como aquellos ilustres literatos en Madrid»[38].

Para Alberto Insúa lo acaecido en Cuba marca un antes y un después en la historia española. Según él, este desastre del 98 es comparable a la derrota de la Invencible frente a los ingleses en el siglo XVI. Transcurrieron muchos años hasta que los españoles se percataron de los graves riesgos a que estaba sometida la patria: el discurso de alerta, en el Congreso, de Antonio Maura, a finales de 1907, sobre la reconstrucción de la Marina de guerra de un país «rodeado por tres mares, con la interrupción de los Pirineos, y sin ninguna defensa naval»[39], el «contubernio» de republicanos, demócratas y liberales, el separatismo catalán y las manifestaciones en contra de Mau-

36 *Ibidem*, pág. 401.

37 *Memorias III*, cit., pág. 311.

38 *Ibidem*, pág. 562.

39 *Memorias I*, cit., pág. 565.

ra en las principales ciudades del país en 1909, que hacían exclamar a más de uno: ¡Después de lo de Cuba, esto![40].

La guerra de África librada por España frente a los rebeldes marroquíes, en este mismo año, le hace evocar y revivir «la guerra que yo había vivido: la de Cuba, tan próxima en el panorama de la Historia, tan presente y vívida en mi corazón […], y estos soldados, que cayendo a racimos expugnaban el diabólico Gurugú, eran, con nombres y cuerpos diferentes, los mismos, por el alma, que los de Cascorro y El Caney»[41]. Años después, cuando Alberto Insúa se encuentra en París, en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial, añade:

«Toda guerra es un dolor. Y no me lo preguntes a mí, que todavía me sangra por dentro la que perdimos en el 98, ante, no lo olvides, una Europa indiferente u hostil. ¿Qué hicieron en aquella ocasión por España las grandes potencias europeas? ¿Sabes de algún voluntario francés en las guerrillas españolas del campo cubano? ¿Y qué hizo Inglaterra por moderar el *vae victis* de los norteamericanos sobre nosotros?»[42].

Una guerra, la de Cuba, sin los adelantos de los que la técnica militar hizo gala en la primera mundial:

«Yo recordaba "mi guerra", la de Cuba, vivida y sufrida moralmente en La Habana, pero sin ningún peligro material inmediato, pues los acorazados yanquis del bloqueo no llegaron a bombardearnos»[43].

En 1927, Alberto Insúa regresa a la isla. Al año siguiente, en su novela *Humo, dolor, placer* recrea literariamente este retorno a su país natal. La figura del protagonista, Antonio, reemplaza al propio autor, quien —son sus palabras— «a los cuaren-

40 *Ibidem*, págs. 572-573.

41 *Ibidem*, pág. 581.

42 *Memorias II*, cit., pág. 233.

43 *Ibidem*, pág. 479.

ta y tres años de edad, en el mejor momento de mi vida literaria, que mis novelas se leían en todos los países de nuestro idioma y que si mi fama de escritor se extendía por toda la América española, se acrecentaba en Cuba por el hecho de ser yo uno de sus hijos»[44]:

«Con todo, seguía preguntándome cuáles serían las reacciones de mi espíritu en Cuba libre, es decir, al observar el contraste entre la que había dejado en octubre del 98 y la que iba a encontrar después de un cuarto de siglo de su independencia»[45].

«En 1927 no iba yo a Santiago de Cuba "en plan" de turista, ni de conferenciante —aunque me vi obligado a hacer algún discurso—, sino con el propósito de cumplir la que he llamado "peregrinación patriótica", en contraste con la familiar de Camagüey, visitando los lugares en que nuestras tropas se batieron con las yanquis —La Loma de San Juan y el Caney— y asomarme a ese espacio de mar donde la débil escuadra del almirante Cervera consumó su heroico sacrificio»[46].

En el capítulo XCIII del tercer volumen de sus *Memorias*, Alberto Insúa se explaya en referirnos los cambios que observa en La Habana: una ciudad moderna, con fuerte influencia del imperio yanqui, en la que se imponen el capitalismo y la sociedad de consumo con toda su fuerza e intensidad mercantiles:

«Neoyorquina me pareció La Habana con sus rascacielos y un "palacetitanic" […].

Pero era una Habana tan ruidosa, tan lumínica, tan… cinematográfica. […] Son […] las habaneras de ahora finas, deportistas, continentales, no del Viejo, sino del Nuevo continente, pues cuanto hay de exótico en sus maneras proviene de los Estados Unidos y no de la lejana Europa. […] Los yanquis han importado sus aparatos de higiene y su música "en conserva", todos los productos "standard" desde el Ford que ha vencido a la "guagua", hasta la Gillette y el ventilador eléctrico. Hay en San

44 *Memorias III*, cit., pág. 508.

45 *Ibidem*, pág. 495.

46 *Ibidem*, pág. 562.

Rafael y Obispo unos bazares donde cada objeto cuesta diez o veinte centavos. Me recuerdan los "Todo a 0,65" de Madrid, pero en grande, en fuerte, en colosal [...]. Siempre están llenos de compradores de fruslerías e inutilidades los famosos "Ten Cents"»[47].

Este recelo de Alberto Insúa frente al país que arruinó al suyo le hace reflexionar sobre el papel de protagonistas mundiales que están asumiendo, por estos años, los Estados Unidos e Inglaterra. En las *Memorias* muestra un patente desamor hacia los Estados Unidos cuya vocación imperialista alteró su vida y la de su país:

«Si el partido imperialista norteamericano, cuya bandera enarbolaba McKinley, no hubiese ayudado a los separatistas cubanos, provocando una guerra que España "no podía ganar", Cuba habría seguido siendo española aun después de haber adquirido gradualmente la extensión de un régimen autónomo que la conducía a la independencia absoluta sin romper los lazos familiares con la Madre Patria»[48].

La posesión y el saqueo de las minas de oro y de diamantes, que provocaron la guerra de Transvaal entre los ingleses y los bóers —campesinos de Holanda—, casi coetánea (1899) a la de los españoles contra los norteamericanos en Cuba, provoca asimismo la indignación de Alberto Insúa frente a los imperialismos, causa para éste de ambas guerras —las de Cuba y Transvaal—. Estados Unidos e Inglaterra se enfrentan a dos países y culturas que habían aportado su civilización y el Evangelio a dos zonas atrasadas del mundo. Si Cánovas cayó desplomado por los tiros del anarquista Angiolillo, otro tanto le ocurrió a McKinley con Czolgose. El estadista español y el presidente norteamericano representaban a dos potencias. El surgimiento de una comportó la desaparición de la otra:

«Los Estados Unidos, protectores de Cuba y dueños de Puerto Rico y Filipinas, se encontraban, al recibir McKinley en Buffalo dos tiros de revólver, más poderosos que

[47] *Ibidem*, págs. 517-520.

[48] *Memorias I*, cit., pág. 346.

antes. Su fácil victoria sobre España —obra del número, no del valor; del dólar contra la peseta— les colocaban en el tablero de la política internacional en situación de gran potencia y en camino de sustituir a Inglaterra en su poderío internacional, en su talasocracia y en su papel de árbitro de los destinos del mundo…»[49].

Insúa atribuye a Inglaterra ser un país depredador de los frutos del esfuerzo ajeno como Estados Unidos lo fue al saquear toda la labor cultural y confraternizadora de España en Cuba.

Sus *Memorias* constituyen un documento ineludible para conocer y comprender algunos de los hechos más importantes y significativos de la reciente historia española y también europea. Están escritas con amenidad, sinceridad y apasionamiento. En sus páginas, la historia se impregna de cordialidad, las fechas encuadran a personajes representativos de la política, la literatura y el arte, descritos en su más honda cotidianidad humana. Y sobre todo, lo que Insúa quiere mostrar es la relación del hombre con todo aquello que le envuelve y le ha antecedido, en sintonía con el filósofo José Ortega y Gasset, coetáneo suyo:

«Todos dependemos, todos somos hijos —por decirlo así— de las guerras, de las revoluciones, de las grandes luchas humanas. La etopeya sigue a la epopeya como una niña débil y medrosa a una madre impávida y robusta»[50].

Alberto Insúa, cronista de la Primera Guerra Mundial

En el segundo volumen de sus *Memorias, Horas felices. Tiempos crueles*, Alberto Insúa, viajero incansable, redacta la crónica de la Gran Guerra. *Páginas de la guerra. Por Francia y por la libertad* y *Nuevas páginas de la guerra* son sendos libros que escribe en 1916 y 1917, respectivamente, en donde recoge el desarrollo bélico, las impresiones, algunas en tono lírico, y las valoraciones de esta primera guerra mundial

[49] *Ibidem*, pág. 350.

[50] *Ibidem*, pág. 7.

del siglo XX. Ya en *Dos francesas y un español* (1925) había novelado algunas de estas experiencias. En la rivalidad entre Francia e Inglaterra, su postura es claramente francófila.

Entre 1911 y 1913 trabaja, en París, de agente de la editorial Renacimiento, cuando en Francia caldeábanse los ánimos, se establecían las relaciones con los ingleses y rusos y comenzaban los conflictos con Alemania. En este último año viaja a Londres, «la capital […] del imperio más poderoso del mundo». Visita, en Stratford-on-Avon, la casa natal de Shakespeare, y el teatro de éste y, más tarde, se traslada a Bélgica, donde se empapa de arte, cultura e historia en Gante y Brujas.

Ante la declaración de guerra y la resuelta neutralidad española, Alberto Insúa reclama, en sus artículos periodísticos, un alineamiento de España con Inglaterra y Francia, lo que propiciaría una política euroamericana:

«Pero no, España no cedería bases navales, ni sacrificaría uno solo de sus hombres en una guerra que no le afectaba directamente y en la que figuraban países que allá, en el fondo más o menos lejano de la Historia, habían sido rivales suyos. […] Yo —debo declararlo con sinceridad— me sentía intervencionista. Hubiese querido que España se alistase al lado de Francia e Inglaterra» (II, cap. LIII).

Las razones de este intervencionismo junto a los aliados encontraban su justificación en razones culturales, étnicas y en el deseo de compartir una misma situación económica (II, cap. LXXVII):

«El de nuestra posición geográfica, que nos aconsejaba una buena amistad con Inglaterra y nuestros vecinos los franceses, con los cuales deberíamos compartir los protectorados de África. […] Inglaterra nos devolvería el peñón, "por gratitud". Y yo remachaba mi argumento pensando "que si habíamos luchado algunas veces contra Inglaterra, al lado de Francia y contra Francia codo a codo con Inglaterra, cuando una y otra se unían para defender la civilización occidental, la herencia de la Hélade, de Roma y del Renacimiento, el deber de España […] consistía en combatir junto a los aliados"» (II, cap. LVII).

Esta firme y radical postura aliadófila, que surge, por doquier, en las *Memorias*, se muestra enfrentada ante sus adversarios, al representar Prusia la raíz y el origen del militarismo alemán[51]:

«Francia estaba luchando por los motivos de la libertad y la justicia comunes a todas las patrias. "Los aliados —decíame yo entonces— defienden a todo el mundo. Los alemanes quieren dominar al mundo"» (II, cap. LX).

«Yo, por mi parte, deseaba con vehemencia el triunfo de los aliados y que en este triunfo la palma y corona correspondieran a Francia» (II, cap. LXVII).

«Pero, por encima de estas reflexiones, de estas hipótesis y conjeturas, se elevaba mi alegría […] por la palpitante y tangible victoria de los pueblos que representaban "mi" historia y "mi" cultura de hombre latino. "La germanización del mundo —pensaba— me hubiese resultado irrespirable" […].

Yo […] era un latino, nada más que un latino, y Francia, tanto como España, parecíame uno de los baluartes de la latinidad» (II, cap. CIII).

A mediados de noviembre de 1915 escribe, como corresponsal en París, su primer artículo, en el diario *Abc*. Esta dedicación periodística supuso una salida profesional para muchos escritores, pues «al empezar la guerra, salieron para Francia casi todos los escritores de más fama como corresponsales»[52]. Insúa «supo construirse un personaje de periodista político a la moderna, con un proyecto más amplio que el de relatar los hechos cotidianos»[53] al analizarlos y mostrarlos como testimonio. Se mantendrá en esta actividad hasta 1920, dejando aparcada su faceta novelística, aunque continuaba escribiendo cuentos para el *Paris Journal* y *L'Écho de Paris*. Cuando, por su orientación germanófila, el periódico de don Torcuato Luca de Tena fue incluido en las listas ne-

[51] *Abc*, 18-VI-1916.

[52] Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la primera guerra mundial», cit., pág. 222, nota 46.

[53] *Ibidem*, pág. 222.

gras por la Maison de la Presse, en los primeros meses de 1917, Alberto Insúa ocupó en la capital de Francia el cargo de enviado especial, a partir de mayo de este mismo año, de *La Correspondencia de España*. El Gobierno francés, en 1919, lo recompensó con la medalla de la Legión de Honor, que recibió junto a Fabián Vidal y Álvaro Alcalá Galiano. En 1922, concluye esta etapa importante y decisiva de su vida con su traslado a Madrid, tras una guerra vivida con intensidad y redactada día a día:

«Si me he detenido en el tema de este capítulo de mis Memorias es porque permite observar cómo las guerras del mundo civilizado se van haciendo cada vez más inhumanas, más "bárbaras". Los campos de concentración de la segunda han sido peores que ergástulas. Se tendía a la supresión del prisionero, a veces sobre el mismo campo de batalla. Como en los tiempos de Gengis Khan…

De la guerra del 14 al 18, por contraste con las posteriores, puede decirse "que fue todavía una guerra humanitaria y caballeresca"» (II, cap. LXXXVIII).

La trayectoria literaria de Insúa a través de sus *Memorias*

Las *Memorias* de Alberto Insúa, que comprenden desde su infancia cubana hasta el año 1927, cuando regresa, en visita, a su isla natal, recogen también la evolución, el análisis, la poética y la recepción de su obra literaria. Describen el ambiente cultural de su tiempo, las amistades y enemistades, los triunfos y rivalidades de quienes componían la República de las letras, «que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanes», como la definiera Unamuno en los albores del mismo siglo[54], y «que ha estado constituida siempre por grupos, cenáculos o individuos que se aplauden, se ignoran o se desprecian entre sí»[55]. Son, asimismo, un testimonio de sociología literaria por las valoraciones que Insúa emite de los escritores y artistas contemporáneos. Alberto Insúa alternaba la novela y los relatos breves, principalmente en las colecciones «El Cuento

[54] Salamanca, marzo de 1907. Cito por «Ibsen y Kierkegaard», *Mi religión y otros ensayos breves*, Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 1973, pág. 55.

[55] *Memorias III*, cit., pág. 438.

Semanal», «Los Contemporáneos» y «La Novela Mundial», con sus colaboraciones periodísticas. «Aparecer en *El Cuento Semanal* era para los escritores noveles poner una pica en Flandes y recibir, durante seis días, el soplo de la Fama» (I, cap. LXXXI)[56].

La publicación de su primer libro, *Don Quijote en los Alpes* (1907), coincidió casi con el nacimiento de su primogénito y con la dirección de una pequeña editorial, Pérez Villavicencio, en la que Insúa publica esta recopilación de ensayos, «mi primer retrato espiritual» desde Ginebra, y sus dos primeras novelas. La primera de éstas (1907) la comenta así: «Con estos dos personajes en la imaginación me instalé en Ávila, por dos meses de aquel verano, y escribí *En tierra de santos*, mi primera novela, que fue como la primera tabla del tríptico de mi *Historia de un escéptico*. […] Diré, sí, que su parte descriptiva sigue pareciéndome admisible. No así las reflexiones de mis héroes, que reflejaban, en cierto modo, una situación de mi ánimo que hoy considero lamentable. Sufría yo entonces el influjo de los pensadores materialistas, un exceso de sensualidad juvenil y una crisis de descreimiento que fue, por fortuna, efímera» (I, cap. LXXXIII, pág. 541). Tanto Pérez Galdós como la condesa Pardo Bazán, «la impetuosa novelista» (I, cap. IV), estimularon la incipiente vocación novelística de Insúa (III, cap. XXXI). La segunda, *La hora trágica* (1908), «era un cuadro de la vida del Madrid que trasnocha, que copea, que baila y canta, o que ve bailar y oye cantar. El Madrid de los noctámbulos, los nocharniegos y los noctívagos. Y de las noctifloras, o sea de esas "flores del vicio" que sólo se abren de noche y exhalan un perfume muchas veces letal» (I, cap. LXXXVIII, pág. 566). *El triunfo* (1909), novela de tono noven-

[56] La valoración que Juan Manuel de Prada hace de esta colección literaria resulta parcial e injusta si nos atenemos a que la literatura de alcance popular, por sí misma, ya no es desdeñable. He aquí de este novelista sólo un pequeño fragmento de su texto: «*El Cuento Semanal* se convirtió en un éxito ruidosísimo que llegaría a desbancar a las restantes publicaciones periódicas. […] Un público abigarrado, compuesto de artesanos, modistillas, soldados tullidos, oficinistas y solteronas con sarpullido […] manifestaba así su sed de lectura. […] Eduardo Zamacois encabezó una promoción muy homogénea en su estilo e intenciones, en la que destacaban Alberto Insúa, Alfonso Hernández Catá, Antonio de Hoyos y Vinent, Felipe Trigo, Pedro Mata, Joaquín Belda y otros muchos cortados por el mismo patrón, cultivadores de un naturalismo decadente y cursi, nombres que en los primeros veinte años del siglo eran sinónimo de popularidad y que hoy ya sólo sirven para amueblar un museo de espectros», *Las máscaras del héroe*, Madrid, Valdemar, 1996, págs. 125-126.

tayochista, cierra la trilogía: «Lo mejor de *El triunfo* no residía en la acción de la novela, sino en su parte descriptiva, en sus anotaciones e interpretación del paisaje atlántico de Galicia» (I, cap. XCI, pág. 588).

«En octubre de 1909 publiqué un libro de cuyo título no quiero acordarme. […] Y todavía hay quienes, en carta anónima o en articulejos insidiosos, me echan en cara ese pecado de la juventud» (I, cap. XCII, pág. 590). Se refiere a *La mujer fácil*. Es un libro, folletinesco y naturalista, que narra las aventuras amorosas de un personaje libertino, y que fue recibido con éxito y tildado de inmoral, en una época dominada literariamente por Blasco Ibáñez[57], Pérez Galdós, Valle-Inclán y Unamuno (I, cap. LXXIV, pág. 497).

A instancias de su cuñado, Alfonso Hernández-Catá, cónsul de España en diversas capitales europeas, Alberto Insúa inicia su andadura de dramaturgo, pese a las reticencias que siempre mostró hacia el arte de Talía.

En 1912 escribe: «En mi "departamentito" de la calle Molière [de París] recibí los primeros ejemplares de mi novela *Las flechas del amor*, traducida por Renée y prologada por Maurice Barrès» (I, cap. LXXXVIII), político nacionalista y de derechas, autor de *Sangre, placer y muerte* (1894), de quien, a su vez, Insúa traduce el ensayo *El Greco o el secreto de Toledo* (1914), que acompaña con un ponderado prólogo en el que recuerda la atención mostrada por Ortega y Gasset y Azorín hacia el escritor francés.

Entre 1907 y 1913 mantiene Insúa una intensa actividad novelística que no impide sus artículos en *El Liberal*, *Los Lunes de El Imparcial*, y sus crónicas y cuentos en *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro*: «En octubre [de 1913] publiqué una novela llamada a tener gran divulgación: *Los hombres*, en dos tomos: *Mary los descubre* y *Mary los perdona*. No colaboraba con asiduidad en ningún diario, pero sí en las revistas del tipo de *El Cuento Semanal*, para las cuales escribí durante varios años un gran número de novelas cortas, género que entonces "se vendía en España como pan", y aún más barato que el pan, pues por treinta céntimos, menos del costo de una libra de éste,

[57] Quien «no reconocía entre los literatos de la época a ningún maestro. Del propio Galdós se mofaba "con sus Miquis y Tiquis Miquis" y con "sus barrios bajos, sus curas, sus menestrales y sus braseros". Le faltaba a don Benito "universalidad". […] "¿Emilia?" […]. La verdad era que escribiendo parecía un hombre, "un señor con toda la barba". […] Pereda, magnífico pero "tan clerical" […] y Valle-Inclán "con sus Sonatas delicuescentes" y el *alicantino* "Martínez Ruiz con su paraguas rojo y su Montaigne". ¡Bah! No había nadie, no había nada…» (I, cap. LXVIII).

ofrecían los editores de aquellos semanarios literatura novelesca inédita de los autores más ilustres o populares de entonces» (II, cap. XLVIII).

Mientras el público de la escena aplaudía a Pérez Galdós, a Benavente, a los hermanos Álvarez Quintero, a Marquina y a Martínez Sierra, Alberto Insúa estrena, en la noche del 23 de enero de 1914, en el teatro Lara de Madrid, en coautoría con Alfonso Hernández-Catá, *En familia*, cuya acción se sitúa en Galicia. Una obra que «no podía ser más trivial», y que «obtuvo un éxito "de clamor", como entonces se decía. […] La piececita, en un Madrid que andaba bastante lejos del millón de habitantes, se mantuvo en el cartel hasta el Sábado de Gloria y pasó muy pronto a las compañías que actuaban en provincias y en Hispanoamérica» (II, cap. XLIX). Suceden a ésta *Nunca es tarde* (1914), «mínima comedia» de la que, «desde las primeras frases entre Leocadia y Joaquina, "se dibujó" su éxito» (II, cap. L); *Cabecita loca*, del mismo año, con desigual fortuna en el teatro Español de Madrid, y *El bandido*, estrenada en La Habana en 1915 (III, cap. XCVI).

A principios de 1915, se traslada a París. A pocos kilómetros del frente de la guerra, que «era demasiado fuerte y tremendo para permitirme pensar en lo que no fuese "eso mismo", le inspira *De un mundo a otro* (1916), proyectada, en un primer momento, como una serie de episodios galdosianos, e interrumpida por sus artículos, en francés, en *Paris Journal* y *L'Écho de Paris*.

En *Las fronteras de la pasión* (1920) recreará el paisaje de Mallorca tras una estancia, cinco años antes, en esta isla con Renée Lafont, su traductora al francés de distintos libros en la editorial Tallandier y de sus colaboraciones en revistas francesas, con la que mantuvo una larga relación literaria y también sentimental (II, cap. XLVII).

Entre 1915 y 1920, escribe en Francia algunos artículos periodísticos para el *Abc* y otros diarios. «No echaba yo de menos la vida literaria de Madrid, ni lamentaba haber interrumpido mi labor de novelista —con una docena de obras en circulación— y de dramaturgo en cierne, para dedicar mi pluma al periodismo» (II, cap. LXX). *El peligro* (1915) que apareció en Madrid fue «una de mis novelas mejor acogidas por la crítica. […] Habían quedado en poder de Alfonso tres obras teatrales, segunda y última parte de nuestra colaboración, que estrenaron Margarita Xirgu y Ricardo Puga, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y Ernesto Vilches. […] Ninguna llegó al gran éxito. […] Yo daba, sin amargura, por terminada mi "carrera de drama-

turgo" (II, cap. LXX). A la vuelta de París, entrega al comediógrafo Gregorio Martínez Sierra *La madrileña* (1917), una comedia «que concebí y plasmé como un tema muy universal "localizado" en el Madrid contemporáneo» (II, cap. XCIV).

Si Felipe Trigo, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Armando Palacio Valdés y Ricardo León eran, en esta década, los escritores más solicitados por el público, obtenían el aplauso popular los actores Manuel González, Pedro Zorrilla, Ernesto Vilches, Juan Bonafé, Mariano Asquerino, Antonio Riquelme y Pepe Santiago.

Insúa ve impresa, en la conocida editorial francesa Flammarion, su novela *El peligro*, con el título de *Le goût du danger*, y una edición de *Las flechas del amor* con el de *Les flèches de l'amour. Mœurs madrilènes*, prologada por M. Barrès y traducidas ambas por Renée Lafont (III, cap. VII). Ausente, durante un lustro, de España, relee a los clásicos franceses, románticos, naturalistas, simbolistas y parnasianos y también a los moralistas y filósofos. Frecuenta la escena francesa cuando en España triunfaban Valle-Inclán y Ricardo León y despuntaban W. Fernández Flórez y Pérez de Ayala (III, cap. XIV), aunque sus preferencias se dirigen más hacia los autores del siglo XIX que a los de su propio siglo (III, cap. X).

Insúa publica, entre 1918 y 1921, *Maravilla*, novela recibida con elogios por la condesa Pardo Bazán (III, cap. XLII), *Las fronteras de la pasión*, *Un corazón burlado* y *La batalla sentimental*, «estudios psicológicos en torno al sentimiento amoroso y cuadros de costumbres españolas» (III, cap. XXXVIII), que no fueron bien acogidos por el público español, pues se apartaban de su trayectoria general.

En 1921, veraneando con su segunda mujer, Gabriela Sagó, en Equy, en la Bretaña francesa, escribe su novela más popular, *El negro que tenía el alma blanca*, cuyo argumento surge al hilo de una anécdota, ocurrida junto a su hermano Manuel (III, cap. XXXIX), comentada detalladamente en sus *Memorias* (III, caps. XXXIX, XL, XLI y XLI), y que lo aúpa a la vanguardia de los escritores contemporáneos más leídos. Destacan en esta novela el análisis de la pasión amorosa y la descripción de ambientes vividos por su autor: Cuba, Madrid, París y «ese aire que llaman de "entre bastidores", o de la farándula». José Ortega Munilla, en el periódico *Abc*, le dedicó a esta novela «un generoso y apasionado artículo». El teatro y el cine colaboraron a la celebridad del libro, que conoció tres versiones cinematográficas[58] en 1927, 1934, bajo la direc-

[58] Ver *El negro que tenía el alma blanca*, ed. de Santiago Fortuño, Madrid, Clásicos Castalia, 1998, págs. 42-43.

ción de Benito Perojo, y 1948. Juan de Orduña ya se había inspirado en una novela corta de Alberto Insúa para realizar su guión cinematográfico *Los vencedores de la muerte*[59]. De vuelta a Madrid, sigue con sus colaboraciones en diversos periódicos: *La Correspondencia*, *La Voz*, *El Sol*…

El público español, en el comienzo de la década de los años veinte, celebra a los ya clásicos: Galdós, recientemente fallecido, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Unamuno, Pío Baroja, Ricardo León, Valle-Inclán, W. Fernández Flórez, Pedro Mata, Alejandro Pérez Lugín, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Francisco Camba, Augusto Martínez Olmedilla, Juan Pujol, Rafael López de Haro, José Francés, Eduardo Zamacois, Ramírez Ángel, Antonio de Hoyos y José María Carretero (III, caps. XXXVIII y XLII). Otro tanto sucede en la escena con Benavente, los hermanos Quintero, Federico Oliver, Carlos Arniches, Linares Rivas, Martínez Sierra, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa, los autores de primera fila (III, cap. LVII). Comenzaban, por su parte, a sobresalir los jóvenes García Lorca, Juan Ignacio Luca de Tena, Felipe Sassone… (III, cap. LXV) y muchos actores y actrices de la talla de Enrique Borrás, José Isbert, Fernando Díaz de Mendoza, María Guerrero, Aurora Redondo y Fernanda Ladrón de Guevara…

La afición a los toros y toreros más aplaudidos de la época —buena muestra fue su prólogo documentado a *El toro, ese genio de combate* (1955) de la francesa Marie Mauron, «el primer libro que leemos, acerca del toro y los toros, escrito por una mujer»— motiva su novela *La mujer, el torero y el toro* (1926), que alterna con las novelas cortas, pues sigue escribiendo cuatro o cinco al año. «Fue, en verdad, un tiempo próspero para la literatura española por ese auge de las novelas breves que incitaba al público a pasar del quiosco a la librería para adquirir las grandes» (III, cap. LXXXV). Destacaban, de entre muchas[60], «La Novela de Hoy» de Artemio Precioso y «La Novela Mundial» de Luis Montiel, que «pagaban con esplendidez a sus colaboradores».

[59] *Memorias III*, cap. LXXXV, pág. 475. *Los vencedores de la muerte* (1927), film cuyo director fue Antonio Calvache, su protagonista Juan de Orduña y su productora Films Numancia. Adaptación de una novela de Insúa sobre temática automovilística. Carlos Aguilar, *Guía del vídeo-cine*, Madrid, Cátedra, 1997. En la bibliografía de Alberto Insúa no aparece ninguna novela publicada con este título.

[60] A. Sánchez Álvarez-Insúa, *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España* (1907-1957), Madrid, Libris, 1996.

La recepción de la obra literaria y la poética de Alberto Insúa

Alberto Insúa fue proclive a desvelar las claves de su escritura. En las *Memorias* nos ofrece, junto a sus reflexiones en torno a los acontecimientos vividos («pormenores de mi vida amatoria, de la que hay tantos reflejos en mi obra novelesca», reconocerá[61]), el mundillo literario del que forma parte y también su poética, los principios estéticos que informan su obra, de qué lecturas se nutre ésta, los objetivos que se propone con la misma y la tradición literaria en la que se inscribe o, dado el caso, de la que marca distancias.

Insúa fue un lector voraz. No poseía, según manifiesta en sus *Memorias*, una facilidad natural para escribir. Como escritor, se inclinaba más hacia la novela, predominantemente la de tema amoroso, que al teatro del que ofreció no escasas muestras:

«Estas inquietudes se manifestaban en tres formas […]. La lectura ávida de novelas, de ensayos más o menos filosóficos, de artículos de periódicos. […] Porque mi pluma no era fácil, sino premiosa, y en muy raras ocasiones corría "a rienda suelta" sobre el papel. […] Lo que ocurría era, sencillamente, que la novela me apasionaba, y el teatro, en cambio, sólo me atraía como espectador y lector» (I, cap. LIII).

«Yo no me siento libre cuando escribo para el teatro. Será cuestión de temperamento o falta de habilidad. En la atmósfera de la novela respiro a mis anchas» (III, cap. XIV).

Insúa suscribe, junto a otros escritores, en 1908, el Manifiesto del Teatro de Arte en el que se hace una llamada a abrir nuevos caminos al arte escénico con «el definitivo derrumbamiento de las fórmulas viejas que lo oprimen y anquilosan».

Prefería nuestro novelista la lectura de los autores clásicos a los contemporáneos, que no han recibido aún la criba del tiempo:

«Yo no ponía ni quitaba autores, pero ayudaba a los míos, entre los cuales no predominaban los modernos ni los más recientes, pues gusto de esperar a que ma-

[61] I, cap. LXXVI.

duren para mi paladar de lector, y algunos se me quedan siempre en agraz. […] Mis lecturas eran sobre todo españolas y más de autores clásicos que contemporáneos, si bien, entre estos últimos, figurase en primer término mi amado Galdós» (III, cap. XXXIV).

Reiteradamente declara que en su quehacer literario busca la claridad, la sencillez, evitando los excesos formalistas. Cree, al tiempo que surgía la teoría de la deshumanización del arte, que la literatura debe reproducir la vida y el lenguaje vivo y expresivo de sus personajes, que plasme en sus obras no sólo las pasiones humanas sino también su variada expresión verbal:

«No me alejaba de los clásicos ni destruía mi convicción de que la mejor prosa era la más diáfana y la más directa, y la mejor lírica la que se expresara "con menos adornos"» (I, cap. LXI).

«Una disposición ingénita en mi espíritu […] me alejaba de lo enfático y declamatorio en el diálogo de los personajes, para preferir, precisamente, *eso* que llamaban naturalidad» (I, cap. LIII).

«Yo, mirándome siempre en el límpido espejo de Cervantes» (III, cap. XLIII).

«Reconozco las bellezas del preciosismo, mas prefiero a las piedras preciosas las del simple cristal, y aun las de vidrio, que también brillan a la luz del sol. Leo a los arcaizantes y a los que se enamoran de los vocablos que yacían en los panteones de la Lengua y desdeñan los que viven en el habla vulgar de su época, como si de ese vulgo, con sus "familiarismos", no brotase una de las corrientes renovadoras del idioma. […] Puesto a preferir un estilo, opto por el que llamo "desnudo", que no vale por su ropaje y sus galas, sino por su movimiento y su euritmia» (III, cap. LXXIX).

Y da su propia interpretación de cómo deben respetarse la gramática y las reglas de la buena literatura:

«Esto de escribir "correctamente" se estima hoy, entre algunos escritores, innecesario, como si el primer deber del literato no consistiera, sencillamente, en "escribir bien", en respetar las normas del lenguaje, que no son, por cierto, rígidas, pues se adaptan a todos los temperamentos y gustos» (III, cap. XXXVI).

Cultivó los distintos géneros literarios evitando tener muy cercano e inmediato el hecho que suscita el argumento novelístico. En otras ocasiones, las *Memorias* de Alberto Insúa componen un manual de estilo y un conjunto de reflexiones en torno al arte de escribir:

«Siempre será para los escritores esto de escribir un libro ajeno a las circunstancias que los rodean, una fórmula magnífica de evasión» (II, cap. XCIII).

«Y algo, que me parece importante en la vida de un escritor cualquiera, pude comprobar entonces: que la discontinuidad y alternación de sus trabajos no perjudican, sino más bien favorecen, el mejor desarrollo y ajuste de sus obras» (II, cap. XCIV),

pues

«escribir también era pintar, que el pintor presentaba visibles los colores y el escritor los sugería a la mente y la sensibilidad de sus lectores» (III, cap. LVI),

y

«Los personajes de mi libro proceden unos de la realidad y otros de mi fantasía, si bien en estos últimos pueda advertirse cierto parecido con personas verdaderas. A todos los desfiguro, o mejor transfiguro, adaptándolos a una acción imaginaria. A ninguno de ellos les pasó en la vida, en sus vidas, lo que les ocurre en mi novela. Yo les presté, les impuse otras. El don del novelista supongo que consiste en lograr que sus existencias inventadas interesen y conmuevan al lector como si fueran reales. […] Si se arguye que no puede negarse en el poema, en el teatro y en la novela un puesto a la fantasía, cabe redargüir que la propia vida es fantástica, que el sueño y el ensueño son tan elementos suyos como los actos cotidianos, visibles, palpables» (III, cap. LXXVI),

siempre en busca de la amenidad, que no encontraba, de manera alguna, en la prosa de los discursos políticos, en boga en su época:

«Procuraba yo, ante todo, que mis artículos no pareciesen ensayos, que resultasen amenos y que reflejasen episodios de la actualidad» (III, cap. LXXX).

Las diversas orientaciones literarias del siglo XX no han impedido que la novela de Alberto Insúa haya dejado de ser objeto de lectura y estudio. Con el exilio del escritor, tras la guerra civil de 1936, fue relegado a un segundo lugar. En estos últimos años, como se desprende de la bibliografía sobre su obra, la atención hacia ésta se ha incrementado, aun por parte de hispanistas franceses, ingleses y norteamericanos.

Si bien es cierto que la obra literaria de Alberto Insúa consiguió un público popular fervoroso, fiel y amplio, también algunas figuras coetáneas de la intelectualidad y de renombre literario (Maurice Barrès, de la Academia Francesa, José Ortega Munilla, Federico García Sanchiz, José de Armas, Valentín de Pedro…) reconocieron su valía:

«Mis artículos gustaban, y no sólo a los lectores desconocidos "del montón", sino a personas de tanta sabiduría y cultura como don Santiago Ramón y Cajal, que me hablaba de ellos con elogio, y a un periodista tan mundano, en el mejor sentido de la palabra, como el marqués de Valdeiglesias» (III, cap. LXXX).

Recibió asimismo elogios de Joaquín Costa, asiduo del Ateneo de Madrid y lector de los artículos de Insúa en *El Liberal* y *El Imparcial*, de quien recordaba este breve juicio que resume toda una marca de estilo:

«Y le considero a usted un escritor de veras, porque sabe aplicar el adjetivo al nombre de tal modo que el lector queda conforme y no siente ganas de operar ningún cambio» (I, cap. LXXIX).

Alberto Insúa integra en estas *Memorias* los años centrales de su vida en el panorama de su tiempo, al que valora y describe con entusiasmo, «mi anhelo de ser en es-

tas páginas nada más que un hombre que da testimonio de los grandes hechos de su época»[62], y en el que participó activamente. Sus *Memorias* también nos facilitan las claves interpretativas de su obra, una de las más populares en la primera mitad del siglo XX.

S. F. LL.

[62] *Memorias I*, cit., pág. 10.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La presente antología de las *Memorias* de Alberto Insúa recoge un considerable número de textos de los tres volúmenes de éstas, publicados, en primera y única edición, los años 1952, 1956 y 1959, respectivamente, en la editorial madrileña Tesoro.

Esta selección abarca tres ámbitos, el social, el histórico y el cultural-literario, principalmente, relacionados con la biografía de Alberto Insúa: sus vivencias personales de la guerra de Cuba, sus viajes por la Europa de las dos primeras décadas del siglo xx como corresponsal de guerra en París, la trayectoria literaria y las relaciones sociales del novelista con los escritores contemporáneos.

Seguimos, y lo señalamos en esta edición, el orden de los volúmenes y de los capítulos de las *Memorias*. Dada su relevancia y, en ocasiones, su extensión, éstos se presentan en su integridad o fragmentariamente.

En todo caso, hemos intentado justificar la selección de los textos por su alcance significativo, aun a sabiendas de la inherente parcialidad de cualquier antología, sus inevitables omisiones y saltos cronológicos. Se ha actualizado la ortografía y, en su caso, respetado los peculiares rasgos de estilo por la espontaneidad de su escritura.

Quiero agradecer a Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, quien siempre me ha ofrecido generosamente cualquier información acerca de la vida y obra de su abuelo, Alberto Insúa. A los profesores Richard Hitchcock de la University of Exeter, a Roselyne Mogin de la Université d'Angers, a Jean-Claude Rabaté de la Université de Paris III-Sorbonne por su información bibliográfica y a María Isabel Cazenave Quero por la ayuda ofrecida en el Archivo de la Subdelegación de Gobierno de Málaga.

BIBLIOGRAFÍA

De Alberto Insúa

Novelas

Historia de un escéptico. En tierra de santos, 1907.

Historia de un escéptico. La hora trágica, 1908.

Historia de un escéptico. El triunfo, 1909.

La mujer fácil, 1909.

Las neuróticas, 1910.

La mujer desconocida, 1911.

El demonio de la voluptuosidad, 1911.

Las flechas del amor, 1912.

Los hombres. Mary los descubre, 1913; *Mary los perdona*, 1913.

El peligro, 1915.

De un mundo a otro. Novela de la guerra, 1916.

Las fronteras de la pasión, 1920.

La batalla sentimental, 1921.

Un corazón burlado, 1921.

El negro que tenía el alma blanca, 1922.

La mujer que necesita amar, 1923.

La mujer que agotó el amor, 1924.

Un enemigo del matrimonio, 1925.

Dos francesas y un español, 1925.

La mujer, el torero y el toro, 1926.

La virgen y la fiera, 1927.

El secreto de Cristina, 1928.

Marte interrumpe el amor, 1928.

La dama misteriosa, 1928.

Humo, dolor, placer, 1928.

El barco embrujado, 1929.

El amante invisible, 1930.

El amor en dos tiempos, 1931.

Ha llegado el día, 1932.

La diosa número 2 (en colaboración con Alfonso Hernández-Catá, José Francés y Concha Espina. Cada uno de estos autores escribió uno de sus cuatro capítulos), 1931.

El complejo de Edipo, 1933.

La sombra de Peter Wald. Segunda parte de *El negro que tenía el alma blanca*, 1938.

Nieves en Buenos Aires, 1955.

Novelas breves

Las señoritas, 1907.

Amor prohibido, 1909.

Cómo cambia el amor, 1909.

El crimen de la calle de…, 1909.

La camarera del Bar Inglés, 1910.

Amores primaverales, 1911.

El padre y el hijo, 1911.

El alma y el cuerpo de Don Juan, 1912.

Aguas termales, 1912.

Tres líneas de «Matin», 1913.

En memoria de Víctor Bruzón, 1913.

El rival, 1914.

El cordero-lobo, 1915.

Juventina, 1915.

Marichu, 1915.

Espejismo, 1916.

La madrina. Tragicomedia, 1916.

Los hombres (Mary los descubre), versión abreviada, 1916.

Los hombres (Mary los perdona), versión abreviada, 1916.

La agonía de Don Juan, 1919.

Maravilla, 1920.

Las alas rotas, 1920.

Los filántropos, 1920.

Las cigarras, 1921.

La hiel, 1921.

Memorias de un asesino genial, 1921.

Hebes del arroyo, 1921.

Una aventura termal, 1922.

El hijo golfo, 1922.

La mujer y la muñeca, 1922.

Mi tía Manolita, 1922.

El manuscrito del Padre Clarencio, 1922.

Un idilio de quince días, 1922.

El regalo de la muerte, 1923.

El mejor de los tres, 1923.

Un asesino impecable, 1924.

La caricia de los brillantes, 1924.

La sangre triunfante, 1924.

Felicidad, 1924.

La locura del Rolls, 1924.

Las doce aventuras del año, 1924.

Las dos manos del amor, 1925.

El hijo postizo, 1925.

Una historia francamente inmoral, 1926.

El reflejo de Caín, 1926.

Olga, la revolucionaria, 1926.

La liga, 1926.

En el alegre Madrid de 1905, 1926.

La señorita y el obrero o un «flirt» en la verbena de San Antonio, 1926.

Mademoiselle Simone en Madrid, 1926.

La casa de los solteros, 1927.

El galán supersticioso o el matrimonio imposible, 1927.

El vicio y la virtud en el Atlántico, 1927.

Todo acabó bien, 1928.

Germana y su fox, 1928.

La amante vieja y el poeta, 1928.

El capitán Malacentella, 1929.

Pasión de artista, novela escénica en tres cuadros, 1929.

Aquel hombre…, 1930.

La encantadora señorita Irma, 1931.

Las flechas del amor, 1932.

El secreto de la abuela, 1936.

La batalla sentimental, 1936.

La curiosa impertinente, 1941.

Dos muñecas de París, 1941.

El tercer ladrón, 1952.

Epicteto, 1952 (en la colección de novela breve «La hiel»).

Sastre, 1952 (en la colección de novela breve «La hiel»).

Colecciones de novelas breves

Amores primaverales, 1911.

El deseo, 1912.

El alma y el cuerpo de Don Juan, 1915.

Juventina la bella, 1921.

Mi tía Manolita, 1926.

Hombres y mujeres que aman, 1927.

La segunda Salomé, 1931.

La hiel, 1952.

La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920), 1959.

Cuentos

«Espíritu Santo», 1906.

«Remordimiento», 1908.

«Confesión», 1910.

«Historieta de las vestiduras trocadas», 1911.

«La sabia», 1916.

Cuentos dramáticos. 1910. Contiene «El imperdible», «El cómplice», «Espíritu Santo», «El jorobadito», «Pepino» y «Epílogo risueño».

Dramas (fecha de su estreno)

En familia, 1914.

Nunca es tarde, 1914.

Cabecita loca, 1914.

El amor tardío, 1915.

El bandido, 1915.

La culpa ajena, 1916 (esta obra y las cinco anteriores fueron compuestas con la colaboración de Alfonso Hernández-Catá).

La madrileña, 1917.

Una mano suave (en colaboración con Tomás Borrás), 1928.

Ensayos

Sobre beneficencia social. Memoria, presentada para su discusión en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación durante el curso 1904-1905. Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1905.

Don Quijote en los Alpes, Madrid, Renacimiento, 1921 (edición definitiva).

Los días mejores, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, Biblioteca de Escritores Gallegos, 1910.

Páginas de la guerra. Por Francia y por la libertad, Madrid, Renacimiento, 1917.

Nuevas páginas de la guerra, Madrid, Renacimiento, 1917.

Evocación de Hernández-Catá. Conferencia, Buenos Aires, 1943.

Mujeres de papel, Santa Fe, República Argentina, 1948.

El problema del hambre. Juicios emitidos, en colaboración para este libro, por D. Jacinto Benavente, D. A. Palacio Valdés y Alberto Insúa, Madrid, Minuesa, 1932.

Memorias

Memorias I. Mi tiempo y yo, Madrid, Tesoro, 1952.

Memorias II. Horas felices, tiempos crueles, Madrid, Tesoro, 1953.

Memorias III. Amor, viajes y literatura, Madrid, 1959.

Artículos en revistas

«A través de un libro», *La República de las Letras*, año I, núm. 5, 3 de junio de 1905, págs. 2-3.

«Juventud discreta», *La República de la Letras*, año I, núm. 9, 1 de julio de 1905, pág. 5.

«De un colegio de jesuitas. Dulces memorias», *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 2, 21 de abril de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. Dulces memorias» (continuación), *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 3, 28 de abril de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. En los claustros solitarios», *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 4, 5 de mayo de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. Proyectos» (conclusión), *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 5, 5 de mayo de 1907, págs. 8-9.

Reseñas y artículos periodísticos

«Frivolidad, novela por Antonio Hoyos y Vinent. Madrid, 1905», *Nuestro Tiempo*, 6, 1906, págs. 172-176.

«Enrique Federico Amiel. Más allá de *Diario íntimo*. Berta Vadier», *Los Lunes de El Imparcial*, año XLI, 4 de febrero de 1907, págs. 3-4.

«Ecos de París. Una novela de Marcel Prevost», *Blanco y Negro*, año 26, 7 de mayo de 1916.

«El cinematógrafo y España. La revolución de Musidora», *La Esfera*, año VIII, 30 de abril de 1921.

«Anormalidad española», *La Voz*, año IV, 28 de abril de 1923.

«La ingenuidad de Loti», *La Voz*, año IV, 18 de junio de 1923.

«Una carta de Alberto Insúa», *El Sol*, año IV, 10 de julio de 1923.

«Glosas. El arte y la libertad. Carta abierta a W. Fernández Flórez», *La Voz*, 24 de octubre de 1924, pág. 2.

«Doña Perfecta. ¿Es una realidad?», *La Voz*, año VI, 21 de marzo de 1925.

«Doña Perfecta. Su ideal y el de Pepe Rey», *La Voz*, año VI, 26 de marzo de 1925.

«Doña Perfecta. Árbol y fruto», *La Voz*, año VI, 27 de marzo de 1925.

«Perspectivas. El secreto de la novela», *La Voz*, año VI, 21 de diciembre de 1925.

Prólogos

Fernando Mora, *Nieve. Cuentos naturalistas*, Madrid, Librería de Pueyo, 1910. Prólogo de Alberto Insúa.

Maurice Barrès, *El Greco o el secreto de Toledo*, Madrid, Renacimiento, 1914. Traducción y prólogo de Alberto Insúa.

Georges Rodenbach, *Brujas, la muerta*, Madrid, Fortanet, 1918. Prólogo de Alberto Insúa.

Henry Ardel, *Lecturas para mi hija. La hora decisiva. Novela*. Madrid, Rivadeneyra, 1922. Prólogo de Alberto Insúa.

Elissa Rhais, *Saâda la marroquí*, Madrid, Rivadeneyra, 1922. Nota de Alberto Insúa.

Jean de Foville, *La sonata de Bach*, Madrid, Rivadeneyra, 1923. Prólogo de Alberto Insúa.

Paul Morand, *La Europa galante*, Madrid, Siglo XXI, 1926. Prólogo de Alberto Insúa.

Louis Hemon, *María Chapdelaine. Novela canadiense*, Madrid, Rivadeneyra, 1932. Prólogo de Alberto Insúa.

Curros Enríquez, *Aires d'a miña terra*, Buenos Aires, Emecé, 1940. Prólogo de Alberto Insúa.

Anselmo González Climent, *Andalucía en los toros, el cante y la danza*, Madrid, Imprenta de E. Sánchez Leal, 1953. Prólogo de Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *Caciques aborígenes venezolanos*, Caracas, Imprenta Nacional, 1953. Prólogo de Alberto Insúa.

Marie Mauron, *El toro, ese genio del combate*, Madrid, Ediciones y Publicaciones, S. A., 1955. Traducción de Gabriela Insúa y prólogo de Alberto Insúa.

Teodoro Bardají, *La cocina de ellas y gastronomía elemental y superior*, 2.ª ed., Madrid, Nuevas Gráficas, 1955. Prólogos de José M.ª Pemán y Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *La humanidad de los mitos*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1955. Prólogo de Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *El libro de mi vida: memorias*, Madrid, Cultura Clásica y Moderna, 1960-1961. Prólogo de Alberto Insúa.

Traducciones

Maurice Barrès, *El Greco o el secreto de Toledo*, Madrid, Renacimiento, 1914.

Edmond, Jaloux, *Lo demás es silencio*, Madrid, Estrella, 1921.

Edmond Louis Antoine Huot y Jules de Goncourt, *La mujer en el siglo XVIII* (1862), Buenos Aires, Luis D. Álvarez, 1946. Nota preliminar de Pedro Massa. Prólogo de Edmundo y Julio de Goncourt, París, febrero de 1862.

Laure Permon Abrantes, duquesa de, *Portugal a principios del siglo XIX. Recuerdos de una embajadora*, París, 1912; Madrid, Espasa-Calpe, 1945.

Algunas traducciones de las obras de Alberto Insúa

Al francés

Le démon de la volupté. Mœurs espagnoles, 1913.

Les flèches de l'amour. Mœurs madrilènes, 1914.

Le goût du danger, 1919.

La femme, le toréador et le taureau, 1920.

La femme et la poupée. Nouvelle inédite, 1921.

Maravilla. Nouvelle inédite, 1921.

Le nègre qui avait l'âme blanche. Roman, 1930.

Les névrosées.

La femme et la poupée, nouvelle inédite, 1934.

Al portugués

O preto que tinha a alma branca, 1926.

O inimigo do matrimonio. Romance da actualidade, 1927.

Um coraçao ludibriado. Romance, 1927.

A mulher que precisa de amor, 1927 y 1935.

A mulher que esgotou o amor. Romance da actualidade, 1927.

O prazer do perigo, 1927.

Al alemán

*Die Pfeile des Liebe**.

Weib, Torero und Stier, 1930.

Al italiano**

La donna, il torero e il toro.

Le frecce dell'amore.

Il negro dall'anima bianca.

Un nemico del matrimonio.

Al sueco

Negern som hade en vit själ, 1928.

* No me ha sido posible localizar en las bibliotecas públicas alemanas ejemplar alguno de esta novela.

** En ninguna biblioteca pública de Italia se catalogan estas novelas traducidas de Alberto Insúa.

Sobre Alberto Insúa

Libros y ediciones

Aub, Max, *Manual de historia de la literatura española*, México, 1. D. F., Editorial Pormaca, s/a.

Cansinos Assens, Rafael, *La nueva literatura*. iv. *La evolución de la novela (1917-1927)*, Colección de estudios críticos, Madrid, Editorial Páez, 1927, págs. 160-169.

—, *La novela de un literato, 1*, *2*, *3*, Madrid, Alianza Editorial, 1966.

Carmona Nenclares, Francisco, *El amor y la muerte en las novelas de Alberto Insúa*, Madrid, Crítica, 1928.

Cejador y Frauca, Julio, *Historia de la lengua y literatura castellana, comprendidos los autores hispanoamericanos*, tomo xii, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1920. Edición facsímil, Madrid, Gredos, 1972, págs. 209-210.

Entrambasaguas, Joaquín de, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo vi, Barcelona, Planeta, 1960, págs. xiii-xx y 305-341.

Fortuño Llorens, Santiago, (ed., introd. y notas), en Alberto Insúa, *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Clásicos Castalia, 1998.

— (ed., introd. y notas), en Alberto Insúa, *Humo, dolor, placer*, Madrid, Castalia-Clásicos Madrileños, 1999.

García de Nora, Eugenio, *La novela española contemporánea (1898-1927)* y *(1927-1939)*, Madrid, Gredos, 1973.

Landeira, Ricardo, *The Modern Spanish Novel 1898-1936*, Boston, Twayne Publisher, 1985.

Litvak, Lily, *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras 1918-1936*, Madrid, Taurus, 1993.

Magnien, Brigitte, y otros, *Ideología y texto en El Cuento Semanal (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1986.

Mainer, José-Carlos, *Literatura y pequeña burguesía en España. Notas (1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

—, *Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*, Barcelona, Crítica, 1994, tomo 6/1.

Martínez Cachero, José María, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*, Madrid, Castalia, 1997.

Osuna, Rafael, *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*, Valencia, Pretextos, 1986, pág. 96.

Sainz de Robles, Federico Carlos (estudio preliminar, selección y notas), *La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920)*. Madrid, Aguilar, 1959.

— (introd.), en Alberto Insúa, *Obras selectas*, Barcelona, AHR, 1959, lii, págs. xxxvii-xli.

—, «Alberto Insúa (1883-1963)», en *Raros y olvidados, La Estafeta Literaria*, 1-XI-1969, pág. 20.

—, *Raros y olvidados (La promoción de «El Cuento Semanal»)*, Madrid, Prensa Española, 1971.

—, *La promoción de El Cuento Semanal (1907-1925)*, Madrid, Austral, 1975.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, M., *Alberto Insúa y su entorno histórico y literario (1883-1963)*, Madrid, Ayuntamiento e Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, 1986.

SCHEERER, Thomas M., *Studien zum sentimentalen Unterhaultungsroman in Spanien. Pedro Mata, Alberto Insúa und José María Carretero*, Heildelberg, Carl Winter, Universitätsverlaag, 1983.

VALBUENA PRAT, Antonio, *Historia de la literatura española. Del realismo al vanguardismo*, tomo V, Barcelona, Gustavo Gili, S. A., 1983, 9.ª ed. ampliada y puesta al día por M.ª del Pilar Palomo.

Artículos

ARMAS DE, José, «Alberto Insúa juzgado por José de Armas», *El Liberal*, Madrid, primavera de 1914.

BARRÈRE, Bernard, «La crise du roman en Espagne 1915-1936. Le cas d'un romancier: Alberto Insúa», *Bulletin Hispanique*, LXXXV, 3-4, 1983, págs. 233-279.

FEBLES, Jorge, «Encuentro, desencuentro: España frente a Cuba en las *Memorias* de Alberto Insúa», *Letras Peninsulares*, Spring, 1992, págs. 57-74.

FORTUÑO LLORENS, S., «Les *Mémoires* d'Alberto Insúa: Cuba entre deux Empires», *Annales de l'Université de Savoie, Fin(s) d'Empire(s), recherche de nouvelles identités nationales*, n. 29, 2002, págs. 117-126.

GARCÍA SANCHIZ, Federico, «Al margen de *Humo, dolor, placer*. La Habana y sus enamorados», *El Imparcial. Suplemento Literario*, 29 de julio 1928, pág. 14.

HEMINGWAY, Maurice, «Alberto Insúa (1883-1963): Ensayo bibliográfico», *Revista de Literatura*, LVI, núm. 112, julio-diciembre de 1994, págs. 495-512.

MCQUADE, Frank, «Sentimental Battles. An Introduction to the Works of Alberto Insúa», *A Further Range. Studies in Modern Spanish Literature from Galdós to Unamuno*, A. H. Clarke (ed.), University of Exeter Press, 1999, págs. 219-237.

ROBIN, Claire-Nicolle, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, págs. 215-222.

—, «París como experiencia vital de Alberto Insúa», *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, Paris X, Nanterre, 1998, págs. 369-374.

ROMÁN GUTIÉRREZ, Isabel, «Aproximación a la *Historia de un escéptico*, de Alberto Insúa», *Mosaico de varia lección*, Huelva, 1992, págs. 331-354.

Sánchez de Palacios, Mariano, «Tres escritores contemporáneos: Alberto Insúa, José Ortiz de Pinedo y Francisco Serrano Anguita», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, 1980, págs. 459-466.

Urrutia, Louis, «Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)», *L'infra-littérature en Espagne aux XIX et XXème siècles*, Grenoble, Presses Universitaires, 1977.

Bibliografía sobre las *Memorias*

Febles, J., «Encuentro, desencuentro y reencuentro: España frente a Cuba en las *Memorias* de Alberto Insúa», *Letras Peninsulares*, Spring, 1992, págs. 57-74.

Fortuño Llorens, S., «Les *Mémoires* d'Alberto Insúa: Cuba entre deux Empires», *Annales de l'Université de Savoie, Fin(s) d'Empire(s)*, *recherche de nouvelles identités nationales*, n. 29, junio de 2002, págs. 117-126.

Robin, C.-N., «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas del X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, págs. 215-222.

—, «París como experiencia vital de Alberto Insúa», *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, Paris X-Nanterre, 1998, págs. 369-374.

I. MI TIEMPO Y YO

[1]
CUBA Y ESPAÑA EN LA MENTE DE UN NIÑO*

Nací en la ciudad de La Habana. Mi padre era español, de la villa de San Pelayo de la Estrada, en la provincia de Pontevedra. Mi madre perteneció a una familia aristocrática de Puerto Príncipe, provincia que en Cuba independiente ha recuperado su nombre indígena de Camagüey. Mi padre era abogado, escritor y periodista.

Deseo exponer las razones que determinaron en mi espíritu, desde la primera infancia, un hondo amor a España que en manera alguna se opuso a mis sentimientos de niño cubano. No bien apuntó en mi mente la idea de patria, esta idea fue la de que España era mi patria grande y Cuba mi patria chica, bien así como el mayor número de españoles, peninsulares e insulares, lo entienden y expresan al distinguir entre su comarca natal y el conjunto geográfico y político de la nación española.

Mi caso no era único, ni mucho menos. En las familias formadas por un matrimonio entre criollas y españoles, la prole sentíase española o cubana según determinados antecedentes y circunstancias que enumeraré. Si el padre era militar, la esposa y los hijos hacíanse, automáticamente, españoles; es decir, que no deseaban una Cuba libre, sino formando parte, como región ultramarina, de España. Si el padre peninsular era de origen humilde y se había enriquecido y echado raíces en Cuba, los hijos se inclinaban más bien a lo contrario; esto es, a una Cuba emancipada de la metrópoli. Si el padre español era un hombre espiritualmente inferior a la madre cubana, la descendencia seguía las efusiones sentimentales de esta última. Podían ser españoles el padre y la madre y sentirse los hijos separatistas. Ahí está el ejemplo de Martí. La educación (el maestro tuvo en la Cuba colonial una influencia muy grande) modelaba, iluminaba, o trataba de modelar e iluminar a las inteligencias infantiles en un sentido o en otro. Entre los maestros cubanos hubo algunos ilustres. Todos, en mayor o menor grado, actuaban como precursores de la independencia del país.

* Capítulo II del primer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Mi tiempo y yo*.

Los maestros españoles eran predominantemente eclesiásticos: los jesuitas del colegio de Nuestra Señora de Belén, en La Habana, y los padres escolapios de Guanabacoa. En los colegios privados dirigidos por españoles y en los institutos y la universidad se impartía, oficialmente, una enseñanza neutra. Pero «cada maestrillo tiene su librillo», y también sus sentimientos en materia política. Por mucho que se obstine en ocultarlos o soslayarlos, esos sentimientos flotarán como un fluido en sus lecciones. La alusión, la indirecta, la reticencia, la pausa silenciosa, el contraste entre la palabra y el gesto —¡cuántas veces los ojos niegan lo que la lengua dice!— son armas lícitas en todos los géneros oratorios, incluso, naturalmente, el didáctico.

Claro está que la influencia de dómines, preceptores y catedráticos ha sido, es y será siempre muy relativa. Han de existir en el discípulo, en el alumno, una predisposición de ánimo, una receptividad, una afinidad de espíritu latente con el maestro para que esa influencia no resulte mínima o fugitiva, sino considerable y permanente. Además, son muchos, por desgracia, los niños y jóvenes insensibles, refractarios a las más intensas y nobles enseñanzas. Forman esa gran escuela de los indiferentes, de los grises, de los torpes, de los blandos, de donde salen los licenciados y doctores en picardía, en delincuencia y en los vicios y aberraciones más deplorables de la especie.

Yo pertenecí al grupo de los discípulos sensibles —¿por qué no decir «influibles»?—, y mis primeros maestros fueron mis padres. A mi madre, por obra y gracia del amor, se le «españolizó» el alma en tal forma que fue ella la primera en hablar a sus hijos de las «cosas de España». Y no de cosas leídas, sino vistas y vividas, pues su luna de miel había transcurrido en varias regiones y ciudades españolas: casi toda Galicia, Barcelona, Madrid y buena parte de Andalucía. Nos hablaba de España como de un paraíso, describiendo las comarcas que había visitado y sus costumbres en un lenguaje elemental y expresivo —como el del Romancero—, el más adecuado a su infantil auditorio.

Mas nada de esto —quiero decir, de su admiración, de su entusiasmo por la España que había visto con ojos de enamorada y durante un venturoso vuelo nupcial— alejaba del espíritu de mi madre los recuerdos de su infancia, entre los cuales los más profundos y patéticos correspondían al período de la llamada Guerra de los Diez Años: 1868-1878. No más de diez tenía ella al dar Carlos Manuel de Céspedes, en Yara, el grito de

independencia. Casi todos los hombres de su familia «se fueron al campo», según entonces se definía el hecho de levantar armas contra el dominio de la metrópoli. He dicho «casi», porque mi abuelo materno, por su natural pacífico y tener ya una de sus hijas casada con un español, se redujo a abandonar su casa de Puerto Príncipe y refugiarse con su esposa y prole en la más recóndita y fragosa de unas tierras que poseía en la provincia. Muchos cubanos procedieron como él en ambas guerras. Mas no le valió a mi abuelo aquella actitud sino para salvar la vida y apartar a los suyos de persecuciones posibles. Sus bienes fueron confiscados y su nombre pregonado como el de un rebelde. ¿Por qué? Porque su esposa, doña Dolores de Cisneros y Álvarez, era prima de dos prohombres de la causa separatista: don Salvador de Cisneros y Betancourt, marqués de Santa Lucía, representante del Camagüey en los preparativos del alzamiento de Céspedes, y don Gaspar Betancourt y Cisneros, uno de los emigrados en los Estados Unidos que se dirigieron a Bolívar rogándole que interviniese con su espada en favor de Cuba. Este don Gaspar Betancourt y Cisneros firmó con el seudónimo de el Lugareño narraciones y cuadros de costumbres cubanas que le sitúan literariamente en la línea de los grandes costumbristas españoles: los Mesonero Romanos y los Estébanez Calderón.

Si se añade que mi abuela estaba también emparentada con los Agüero y los Agramonte —familias próceres de Camagüey que dieron paladines y mártires a la causa—, se comprenderá fácilmente que las autoridades españolas vieran en mi abuelo a un sospechoso. Ni el Marqués —como todos llamaban a don Salvador, aunque la Corona le hubiese privado del título—, ni el Lugareño hicieron nada para convertir al padre de mi madre en un combatiente. Respetaron sus sentimientos familiares, persuadidos de que en lo profundo eran los de un separatista platónico. Pero allá, en la tierra casi incógnita en que se había escondido con su mujer, descendencia y servidumbre, tuvo que luchar, machete y carabina en mano, para que todos tuvieran sustento, y hubo de estar siempre en guardia contra posibles sorpresas de los españoles, o la aparición de una partida mambí cuyo jefe intentase incorporarle a sus huestes considerando que haría un magnífico soldado aquel hombre robusto, de un metro noventa de estatura, que domaba potros montaraces, cazaba puercos jíbaros sin fallarle el tiro y se orientaba como pocos en la espesura de la manigua.

Esto no ocurrió. Mi abuelo no fue un héroe sino en los relatos que mi madre nos hacía a mis hermanos y a mí. Relatos también con su heroína —mi abuela— y con

sus personajes menores, entre los cuales no podían faltar los esclavos (en Cuba duró la esclavitud hasta 1871), «que eran como parte de la familia».

De modo que las primeras historias que yo escuché fueron historias de guerra: de una guerra en que mis antecesores inmediatos, por la línea materna, representaron papeles de víctimas. En mis oídos infantiles aquellas remembranzas de mi madre adquirían el fulgor, el interés y el *pathos* de los poemas heroicos. Años más tarde, cuando leí resúmenes de la *Odisea* me imaginaba a Ulises con el rostro atezado y afable de mi abuelo materno.

Las aventuras de éste, más bien sus desventuras, se resumieron en el éxodo familiar a La Habana y la pérdida —por confiscación— de todos sus bienes en Camagüey. Mi madre, niña todavía, tuvo que sentarse a una máquina Singer para coser sábanas cuarteleras y uniformes de soldados españoles. Mi abuela hizo milagros de economía doméstica. En fin, aquello fue el combate contra el hambre, contra el caballo negro del Apocalipsis, del que salieron vivos y enriquecidos por el oro invisible de la experiencia. Mi madre me decía: «Aprendimos a ser pobres». ¡Maravillosa lección, en cuatro palabras, que a mí, su hijo, otra guerra me ha obligado también a aprender!

Mas todas las evocaciones de la Guerra de los Diez Años, así las del ocultamiento en lugar fragoso del campo de Camagüey como las de La Habana de entonces, tomaban para mí, por obra y gracia de mi madre —de su voz, de su sonrisa, de su hermosura—, el movimiento, colorido y resplandor de las cosas de magia. No me parecían posibles del todo. Quizá mi madre, de niña, las había soñado. Pero quedaba, eso sí, algo esencial: el fondo, el escenario de aquella *féerie*, donde, al fin, aparecieron las hadas de la fortuna y el amor. Quedaba mi primera idea, mi primera imagen del campo cubano, que mi mente reducía al pequeño espacio de la isla comprendido en las descripciones maternas. Cuando, ya hombre maduro y autor de libros novelescos, tuve que reflejar en algunas páginas mi visión y emoción de la tierra nativa, no recurrí a datos más recientes y directos de mis propios ojos, sino a aquellas evocaciones de mi madre. Árboles y flores, aromas de las frutas, efluvios de la manigua sofocada por el sol, acariciada por el relente y fecundada por la lluvia; los pájaros que trinan como el sinsonte, arrullan como la tojosa y silban como la cocuba; los reptiles cautelosos e inofensivos como el majá; el verde, muy verde, primaria-

mente verde, de todo tallo y hojarasca; el azul, muy azul, metálicamente azul, del cielo diurno, que rojea con los fulgores del rubí en los ocasos; el cañaveral, el caballo, el guajiro y su bohío, el guateque, el negro y sus cantos y sus danzas; el ñáñigo y sus ritos y sus crímenes; la dama habanera y su bata de holán y su abanico de varillas de sándalo; el azúcar, el tabaco; el caballero criollo y el señor o el dependiente peninsular; cuanto haya de la vida y del paisaje cubanos en mis novelas, lo debo a la memoria de mi madre y a su arte intuitivo de la narración, que hacía de cada uno de sus relatos algo que volvía a vivir, a vivir en mí, claro está, en mi mente de niño curioso y soñador.

A sus relatos se unieron las cosas exteriores que mis sentidos recibían e interpretaban a su modo, pues cada hombre, en cualquier edad, tiene inclinaciones y matices propios en sus facultades sensitivas. Antes que por los ojos, yo sentí a mi tierra por el olfato. Y así, de un viaje en carreta de bueyes que hice con mi familia al ingenio del hermano de mi padre, Antonio, recuerdo casi exclusivamente los olores del camino: el olor de las pieles vacunas que entoldaban las carretas, el olor del vaho despedido por los bueyes, el olor cálido y acre de la manigua, el olor de las frutas que llevábamos en unas canastas: plátanos, anones, mangos, mameyes, frutas todas de esa isla tropical que, como los licores espirituosos, comienzan a alimentar por el olfato. Y una vez en el ingenio, los olores de la caña cortada, de la caña triturada y licuada, del melado oscuro y espeso, del azúcar ya obtenido, rubio, húmedo y todavía caliente… Y el olor de los negros segadores y acarreadores de la caña, desnudos de cintura para arriba, amparadas las cabezas contra el sol abrasante por los sombreros de yarey. Y el olor, el aroma de los tabacos (en Cuba un «puro», un «cigarro puro», es un «tabaco») que fumaban mi abuelo, mi tío y otros señores visitantes. Y —lo diré también— el olor de las mujeres de la casa, todas muy bañadas, empolvadas y perfumadas.

Observo, con temor, que no consigo eludir los escollos de la autobiografía. Alma y pluma se me van hacia ellos, como si no fueran tales escollos, sino montes de fácil acceso y cumbres despejadas que me permiten otear mejor en el paisaje y la humanidad del mundo de mi infancia; mundo del que no hablaría si en él y ante mis ojos no hubiesen acontecido hechos que determinaron nuevas situaciones y nuevos rumbos en la vida universal. Con todo, pido al lector disculpa cada vez que estime que me detengo demasiado en esas despejadas cumbres.

Así, pues, los recuerdos de mi madre, cuando se referían a episodios y personajes cubanos y a la naturaleza del país, contaban frente a mis sentidos con el sostén de la realidad en torno. En cambio, en sus evocaciones de España, para labrar en mi mente imágenes con la sustancia aérea de su voz, veíame obligado a recurrir a los geniecillos de mi fantasía. Mi Cuba de niño, restringida, naturalmente, a mi casa, mi colegio y mi ciudad, era una Cuba real, sensorial y con su parte, su gran parte, del colorido subjetivo que yo, en aquellos primeros años de mi vida inocente, pudiera darle. Pero mi España de niño era fantástica, ilusoria, y mi fantasía y mi ilusión la dotaban de tales encantos y bellezas que sólo la idea del Paraíso, ya presente en mi espíritu, lograba fijarme, convencido, en un punto de semejanza.

A mi padre, con su bufete de abogado y un periódico semanal que dirigía, faltábale tiempo «para ocuparse de los chiquillos». Además, era adusto y más propenso con su prole a la reconvención que a la caricia. No era entonces (lo fue más tarde conmigo, generosamente) un padre-maestro, sino un padre ordenador y administrador, más déspota en el dicho que en el hecho, pues, en definitiva, en el castillo de mi hogar era la castellana quien dictaba la ley.

No hago memoria, en la época a que aludo, de ninguna ocasión en que mi padre contara cuentos o describiese tales o cuales cosas a sus hijos. Los que él hacía eran discursos. Claro está que yo tardé bastante en enterarme de que cuando hablaba y hablaba —en la sala con las visitas, o en la mesa con los invitados— durante mucho tiempo, sin interrupción, y accionando vivamente las manos, estaba haciendo un discurso. Era un orador nato. Yo le escuchaba entonces sin entenderle y preguntándome de dónde le salían aquellas ces y zetas tan precisas, tan rotundas, y por qué a veces parecía muy enfadado y otras veces se le atenuaba la voz y se le entrecortaba como si fuera a prorrumpir en un sollozo. ¡Oh, cuando supe que el tema principal de sus discursos era España, comprendí que en algunos períodos se le empañara la voz y se le subiera, por decirlo así, el corazón a la garganta!

Pero del vehemente patriotismo de mi padre tendré mucho que decir más adelante.

[2]
PRIMERA REVELACIÓN DE ESPAÑA*

Un día, allá por el verano de 1890, supimos mis hermanos y yo que «nos íbamos a España». Todos: los padres; las dos niñas, que eran las mayores; los cuatro chicos, y hasta la joven mulata «manejadora», esto es, niñera, del más pequeño. Nuestro júbilo fue estrepitoso. Tanto que doña Dolores, nuestra abuela, se mostró muy disgustada, casi iracunda, y entre los fulgores de sus grandes ojos azules dijo cosas que no entendimos y que no recuerdo. Supongo, ahora, que nos llamaría «renegados» o algo así. Porque ella, no obstante sus dos yernos peninsulares y su claro abolengo hispánico, discurría acerca de los problemas de Cuba «como su primo el Marqués». Su oposición a aquel viaje, más reticente que paladina, no alteró en lo más mínimo los propósitos de mi padre. Ello es que un día del mismo año de 1890, a fines del mes de agosto, nos embarcamos en un trasatlántico francés, el *Lafayette*, con rumbo a La Coruña.

Mi padre, que había comenzado su «carrera mayor» en Santiago y obtenido en la Universidad de La Habana su licenciatura en ambos Derechos, deseaba doctorarse en Compostela. Esto lo sabíamos mis hermanos y yo por conversaciones escuchadas en casa y entendidas a nuestro modo. Téngase en cuenta que la niña mayor no pasaba de los diez años y que el benjamín no llegaría a los dos. De suerte que en realidad —en la realidad mágica de los niños— a nosotros lo único que nos importaba era el viaje: tomar un barco que nos parecía enorme (y era más bien pequeño y viejo, uno de los veteranos de la Trasatlántica francesa), vivir en ese barco jugando, saltando y soñando entre el cielo y el mar, y ver un día fascinados cómo de la inmensidad del océano se levantaban en el horizonte unas sombras azules, unas como franjas verdes muy pálidas y suaves, que iban creciendo, extendiéndose y denotando sus colores len-

* Capítulo III del primer volumen de las *Memorias*.

tamente, hasta revelar que eran tierras con árboles y casas: tierras que yo, por mi parte, suponía las más hermosas del mundo.

Quiero insistir en esta disposición de mi ánimo para encontrar adorable todo lo que España fuera presentando a mis sentidos. Eran los sentidos de un inocente y era el espíritu de un párvulo, cuyas primeras luces procedían de dos almas mayores en quienes el amor a España alcanzaba las cumbres de la adoración. No obstante, pudo entonces mi ánimo sufrir algún desaliento y establecer intuitivamente una distancia entre sus ilusiones y la realidad, en perjuicio de aquéllas. Pues bien: no sólo no sucedió esto, no sólo las cosas vistas fueron tan bellas como las soñadas, sino que esa actitud amorosa frente a la naturaleza de España, frente a sus formas permanentes y esenciales —no a algunas de sus expresiones humanas transitorias— se ha mantenido en mí al través de los años y de las peripecias de la vida. Concluyo que la pasión patriótica es una manera de gracia semejante a la que asiste a los santos en el orden divino. La pasión patriótica, como todas las pasiones, tiene sus eclipses, sus menguas, sus puntos culminantes, mas es muy raro que su fin no sea otro que la muerte del propio apasionado. De esta última índole ha sido y será mi pasión por la España permanente: tierra y genio.

Lo primero que mis ojos contemplaron de la tierra de España fue la costa de La Coruña. Para entrar en el puerto coruñés ha de bordearse, por el Oeste, una ensenada furiosa, la del Orzón, y seguir rodeando la península en cuyo istmo está asentada la ciudad. Al Norte, sobre un promontorio poco abrupto, aparece la Torre de Hércules (de origen fenicio o cartaginés, según los historiadores), que era en 1890, y lo sigue siendo ahora, una torre cuadrangular, ágil de líneas y de un color entre dorado mate y rosa tenue, que mi pupila infantil equiparaba con el de los barquillos. El puerto, al Este, dilatado y seguro, está defendido —ya simbólicamente— por dos viejas fortalezas: los castillos de San Antón y de San Diego. El de San Antón ocupa el área entera de un islote y fue el único que vi entonces, pareciéndome, por lo preciso y lo airoso de su forma, un castillo de juguete ampliado para los juegos de algún niño gigante.

Ancló el vetusto *Lafayette* en la amplia bahía. Y asomado yo a la borda, lo que me produjo la mayor sorpresa, una sorpresa jubilosa, fue el caserío de La Coruña, que

aparecía enfrente y por encima de unas filas de árboles con ramas ya desnudas o con las hojas macilentas del otoño. Aquéllas no eran casas, sino unas como jaulas de cristal, donde debían de vivir, pensaba yo, muchas gentes felices. Pero sí: eran casas, casas de galerías de cristales (entiéndase vidrios), que a mí, niño habanero, de ojos acostumbrados a casas por lo general de un solo piso, con puertas enormes a la calle y ventanas de rejas, no podían parecerme sino lo que antes dije, o también pequeños palacios construidos en una materia transparente para uso y placer de las hadas niñas y los gnomos. Yo estaba en la maravillosa edad de la ignorancia y no podía saber que aquellas «casas de cristal» eran las más convenientes en un país donde la lluvia y los fríos invernales no favorecen la salida al balcón o los paliques al través de los hierros de la ventana. En resumen, que me encantaron aquellas casitas, en algunas de las cuales —no lo podía yo sospechar entonces— habrían de transcurrir tantas horas felices de mi niñez y juventud.

La segunda sorpresa se la debí al Muelle de Hierro, al famoso Muelle de Hierro —así, con dos mayúsculas—, ha luengos años desaparecido, pero que en 1890 era el único a que atracaban los botes y remolcadores que recogían a los viajeros de Ultramar, o a los que llegaban de cualquier punto de Europa o de la Península. De modo que yo, antes que la tierra propiamente dicha de España, toqué hierro y madera de España. Ascendíase al muelle por dos, tal vez por tres o cuatro escaleras que aparecían por la bajamar pobladas de pequeños crustáceos y de moluscos incrustados en los escalones o formando racimos con las algas. ¡Qué profusión de algas! Unas eran muy verdes y finas, con flecos, como de encaje; otras, de colores oscuros, planas, lanceoladas o cilíndricas. Estas últimas retorcíanse como reptiles. Y toda aquella fauna y flora viscosa y brillante rebullía y exhalaba ese olor profundo del océano que sólo aspiran sin pestañear los pescadores y los mareantes.

Debía de estar baja la marea en la hora de mi primer desembarco en La Coruña, pues de otro modo no me explico la descripción precedente, que se ha impuesto a mi pluma. Puede ser también que esta «imposición» obedezca a la importancia histórica del muelle, por el cual no sólo pasaron durante muchas décadas miles de viajeros y emigrantes, rumbo a América o de retorno a España, sino que, entre 1895 y 1898, sirvió para expedir a muchedumbres de soldados que iban a pelear a Cuba o que regre-

saban, extenuados y trementes de fiebre muchos de ellos, cuando tenían la dicha de volver. ¡No es pequeña la historia del Muelle de Hierro, lasca o retazo desprendido de la gran historia del puerto coruñés!

Mas ahora, volviendo al orden cronológico, tan difícil de seguir para mi memoria, diré que en La Coruña de aquel tiempo no vi ni sentí nada que no me pareciera admirable. Como cada niño es mentalmente un taumaturgo, yo transfiguraba los seres y las cosas a la medida de mis ensueños y con el colorido de mis ilusiones. Existían además seres y cosas reales que mi imaginación no necesitaba iluminar ni embellecer, porque eran bellas en sí, categóricamente, o porque tales y como eran me complacían entrañablemente. Así, por ejemplo, me complacieron por su pulcritud las calles de La Coruña, de anchura desigual y cortas en su mayoría. Yo dejaba atrás el polvo de las calles habaneras, aquel polvo que sólo aplacaban las lluvias, pues en La Habana finisecular las calles con adoquines eran muy pocas, y me encontraba con éstas, empedradas, enlosadas, mejor dicho, con losas pulidas por el tiempo y el clima, con losas de colores suaves, grises, sonrosadas, glaucas, y no como aquellas de las aceras de La Habana, que centelleaban bajo el sol, dándole a cada partícula de mica el fulgor de un diamante.

Mi idea del progreso era entonces —natural y afortunadamente— muy rudimentaria. Así, en las portadoras de agua de La Coruña, esbeltas rapazas o mujeronas robustas que sostenían la «sella» —herrada cónica— sobre la cabeza, con tanto equilibrio como soltura, yo no podía ver «una señal de atraso», ni «una acusación contra el Ayuntamiento, que no dotaba de agua corriente a los vecinos». Yo no podía ver más que gracia y elegancia: la gracia y elegancia de las canéforas, pues con sustituir la «sella» por el canastillo de flores o de frutos quedaba justa la comparación. Años tardaría yo en saber de canéforas; pero no bien lo supe y vi algunas de mármol y pintadas, pensé en las aguadoras de La Coruña: en la cadencia de su marcha, en la seguridad de sus movimientos y en aquel modo que tenían todas de impedir con el dorso de la mano izquierda que el agua rezumante de la «sella» goteara sobre su seno.

Ahora bien: las canéforas de La Coruña portaban también leche, pescados, frutas; la leche, en unos cántaros de latón muy abollados; las frutas, las hortalizas y los pescados, en canastas muy anchas y poco hondas. Todo sobre la cabeza, como si la raza la tuvie-

ra de bronce. En su mayoría, aquellas mujeres iban descalzas. Algunas con zuecos. Me gustaron más las primeras, porque parecían deslizarse y aun elevarse sobre las losas, y no como las de los zuecos, que las golpeaban con una dureza que estimé excesiva…

Otro de mis asombros provino de que los vendedores ambulantes fueran casi exclusivamente del género femenil. En La Habana ocurría lo contrario: eran hombres de color, chinos y blancos. Alguna que otra mujer negra y anciana vendía dulces caseros o billetes de la lotería. Acostumbrados mis ojos desde la cuna a las personas llamadas «de color» y de la raza amarilla (mi «manejadora» había sido una negra y hubo en mi casa más de un cocinero chino), me extrañaba no ver en La Coruña más que mujeres y hombres blancos. Y casi diré que me disgustaba, pues de vez en cuando me ponía a mirar a la niñera de mi hermano menor, la mulata Avelina, con una curiosidad afectuosa y diciéndome a mí mismo —como pudiera decirme yo entonces tales cosas— que un país era tanto más humano cuantos más fueran los colores de la piel de sus habitantes. Y esta idea, o, más bien, sentimiento, debía de provenir de mi sangre española, ya que no ha habido, que yo sepa, hombres en el mundo que resolvieran más fácil y humanamente los conflictos planteados por la diversidad de las razas. Los resuelven, como es sabido, por el injerto, por la cruza. Nadie más exógamo que el español. A él se deben todos los mestizajes de América. Y a esa función magnífica, propagadora y niveladora de la especie como ninguna, venía preparado por esa larga experiencia peninsular que la Historia recoge y los biólogos estudian. En América, el español hizo con las indias —y también con las negras— lo que sus antecesores hicieron en España con las moras y las hebreas: mezclarse en matrimonio o en barraganía, que de esto se le da muy poco al Genio de la Especie.

Corto la digresión. No fueron muchos los días que pasamos en La Coruña, donde no hicimos más que disponernos para seguir viaje a Santiago. Ya existían en España los ferrocarriles; pero entre La Coruña y Compostela —es decir, entre la capital del antiguo Reino de Galicia y la «Ciudad del Apóstol» o «Roma de Occidente»— no se había logrado aún, y tardaríanse décadas en lograrlo, otro modo de transporte que la diligencia. Y tan persuadida estaba la diligencia de que suplía al ferrocarril y de que éste, tarde o temprano, la obligaría a retirarse, que había adoptado un título graciosísimo: se llamaba la Ferro-Carrilana, adulando y anunciando al ferrocarril.

Ahora bien, la diligencia de La Coruña a Santiago —y viceversa— tenía sus razones para presumir y sentirse a la altura de su misión. Ignoro de cuántos coches disponía la empresa. El que yo vi en 1890 —y bastantes años más tarde— era una «señora diligencia»: un vehículo amplio, muy bien barnizado y con capacidad para más de treinta personas. En la «berlina» —o sea, el asiento delantero, paralelo al pescante y respaldado por una vidriera— cabían cómodamente tres. Era lo más caro y lujoso, y solía reservarse para los ricachones, los caciques y los altos eclesiásticos. En el coche propiamente dicho se instalaban, algo apretadas, dos filas de ocho personas. En la baca, bajo el toldo de lona embreada y entre los baúles, las maletas y los cestos de provisiones, poníanse cuantas cupiesen, a juicio del mayoral… Venía a ser la baca la «tercera» o la «proa» de la diligencia. A la cual impelía un tiro de siete mulas robustas, lustrosas y enjaezadas con profusión de correajes y cascabeles. Con un relevo a mitad del camino, en Órdenes, las mulas salvaban en seis horas la distancia entre La Coruña y Santiago, que es de unos setenta kilómetros. El mayoral y el postillón de la Ferro-Carrilana —los que yo recuerdo— eran leoneses, de Astorga. El mayoral, fornido y alegre, vestía jubón de terciopelo de un color de guinda poco menos encendido que el de sus mofletes, y sobre el jubón, contra el frío, una zamarra con cuello de piel. Completaba su indumentaria con una gorra de paño. El postillón usaba montera de pelo de carnero y botas de cordobán.

De la Rúa Nueva de La Coruña partían otras diligencias. Seguía en importancia a la de Santiago la de Corcubión. La partida y la llegada de las diligencias por los cantones coruñeses hacían de la Rúa Nueva el «centro nervioso» de la capital. Las personas que hemos conocido —y sufrido o disfrutado; por mi parte, disfrutado— la diligencia somos, en el mundo del automóvil y el avión, unos seres —absurdos o anacrónicos nos llaman— con temores y nostalgias que hacen reír a los que «viven su época». Somos de otra época. Y permítame el lector que insista: aquel «tempo lento» se acordaba con mi espíritu infinitamente mejor que el actual.

Veamos ahora cómo fue mi «descubrimiento» de Santiago.

[3]
*CAMPUS STELLAE**

No se vea en todo este capítulo sino el propósito, muy humilde, de presentar el caso de una ciudad augusta, cumbre del mundo cristiano, vista por un niño que andando el tiempo será un escritor, un narrador, un explorador de otros muchos lugares, santos o profanos, de la Tierra. Todos sabemos que «el niño no muere nunca en el hombre», que la infancia es la raíz de la vida y su manantial íntimo y perenne. No hay artista, pensador o inventor que no haya presentido su futuro en esa edad de la inocencia y la sorpresa: en esa edad inerme y, no obstante, la más osada y rápida de pensamiento. El niño se precipita en el pensar, que es entonces adivinar, suponer, presumir. La infancia acumula entre sus errores las verdades que luego se comprueban, se explican o se corrompen y se adaptan al *modus vivendi* de cada hombre, clase, secta o país. Sólo, tal vez, los niños han sentido el soplo de la verdad universal.

En cuanto a mí, no hay obra alguna de la juventud, madurez o ancianidad literaria en que no haya recurrido a ese manantial inagotable de los recuerdos infantiles. Así, ahora, al pretender una evocación —no descripción— de Santiago de Compostela, del *Campus Stellae*, la luz que me alumbra es la del lucero de la mañana de mi vida.

Mi padre había sido en La Habana el iniciador del Centro Gallego, la más poderosa de las sociedades regionales de América. También había fundado y dirigía un semanario regionalista, en el que colaboraban, desde España, los más ilustres poetas y escritores gallegos. Su nombre, en plena juventud, «sonaba» entre sus paisanos, y sus amistades en Galicia eran selectas. No sorprenderá, pues, que al descender con su familia de la Ferro-Carrilana en Santiago le esperasen el rector, el secretario y profesores de la universidad, el alcalde, algunos literatos y un hombrecito minúsculo, casi un

* Capítulo IV del primer volumen de las *Memorias*.

gnomo, que procuraba aumentar su exigua estatura con un sombrero de copa muy gastado por el uso. Tenía aquel señor una perilla entrecana, unos espejuelos de armadura metálica y una levita que me hubiera servido a mí de gabán. Aquel enano era un grande hombre, un personaje. Me bastó para advertirlo notar el afectuoso respeto y la emoción de mi padre al corresponder a su abrazo, que él hubo de darle poniéndose de puntillas. Se llamaba don Manuel Murguía. Era historiador y escritor ilustre. Había sido el esposo y el maestro de Rosalía Castro. Su monumental *Historia de Galicia* —que dejó inconclusa— y sus escritos menores, en una prosa intachable, conferíanle el cetro de la literatura regional, en castellano, si bien en Madrid lo ostentase la impetuosa novelista de *Los pazos de Ulloa*.

En mi casa de La Habana, con sendas dedicatorias a mi padre, había dos retratos fotográficos de Rosalía y de doña Emilia. Una Rosalía triste, humilde, como oscurecida por su «sombra interior». Una Pardo Bazán joven, robusta, sentada a su mesa suntuosa de trabajo con una majestad de emperatriz. Nada podía yo haber leído entonces de la insigne escritora, pero algunos de los famosos cantares de Rosalía fueron, en labios de mi madre, mis canciones de cuna.

La casa que nos habían preparado hallábase en el Preguntoiro, la rúa más transitada y «moderna» de Santiago. Mis hermanos y yo traíamos, por decirlo así, los cascabeles de las mulas, los trallazos del mayoral y el chirriar de los ejes de la diligencia en el tímpano. Y los músculos, entorpecidos por un viaje incómodo —casi todo el tiempo en la misma postura—, reclamaban expansión y agitación… Por unas escaleras de madera encerada, como de color de ámbar, subimos a una casa espaciosa, de anchos corredores, de aposentos amueblados con un lujo noble, pero… oscura, con no sabíamos qué aire de severidad eclesiástica, qué suavidades grises envolviéndolo todo, no obstante la profusión de luces en círculo de los quinqués, que en veladores y consolas ardían —me pareció— como lámparas de iglesia…

Y, además, la lluvia: una lluvia delgada, ahilada, que se adhería o resbalaba lentamente por los vidrios de las ventanas, poniendo entre las personas y las cosas una niebla de seda y que entorpecía la percepción de la distancia. Torres y techumbres próximas parecían remotas. Y creeríanse también fantasmagóricas, irreales, reflejos de sí mismas en un espejo turbio, y que iban a ser menos que sombras disolviéndo-

se y trasfundiéndose en aquellos grises dominantes. Era la lluvia de Santiago, rara vez huracanada, sin prisa, señora del otoño, del invierno, de la primavera y que todavía por el verano aparece, más rápida, recordando que las piedras de la ciudad le pertenecen, que de ella dimanan sus tonos opacos, su suavidad y dulzura, pues ella es «la pintora» del semblante de Santiago. Semblante triste, pero de una tristeza reposada y noble.

Por mi parte, entendí y amé en seguida y sin esfuerzo, como por atávicas razones del corazón, el aire y la fisonomía de Santiago. Preferí a la luz espléndida de mi isla natal aquella otra luz desmayada, delicada, que nunca definía en su perfil estricto las cosas, sino que invitaba a ensoñaciones e interpretaciones personales: a una no descomposición, sino recomposición superada o sublimada de la materia, con lo cual a veces lo tangible, humano y perecedero hacíase glorioso, maravilloso y cobraba caracteres de eternidad.

No exagero. No hago memoria de un solo instante de inconformidad, de nostalgia, de no sentirme acariciado y mecido por la vida en aquella temporada de Compostela. ¿Temporada? No existía el tiempo, no quería mi alma que existiese… ¿Era yo un niño? ¿Un hombre? Si niño, todo era en mí anticipación de la sensibilidad del hombre futuro, pues Santiago, su catedral, su Pórtico de la Gloria —que es la suma teológica de nuestro credo—, sus iglesias y cenobios, sus rúas silenciosas, sus fuentes de una linfa áfona, sus campanas de sones distintos, pero acompasados a la sinfonía *in moderato* de la ciudad, la penumbra y el vaho húmedo de sus templos, las formas enlutadas y sutiles de sus beatas, el luminar de los cirios perennes del sepulcro del Apóstol —¡oh, este sepulcro del Apóstol, del hombre que llegó hasta aquí conducido y amortajado por una estrella!—, todo el aroma, sabor y color místicos de Santiago conformaron mi retina y mi espíritu, de suerte que más tarde la gracia y la línea mental del arte árabe, la luz límpida de Roma y hasta la policromía vibrante de Venecia los incitara sólo a un entusiasmo con mesura, a un lírico prejuicio a favor, siempre, de Santiago: la otra Roma, la occidental, pero sin pasado pagano, ni fiebres bizantinas, ni nada que no fuera genuina e invariablemente cristiano. Manantial sin impurezas, raíz incorruptible de una doctrina, de un culto, de un sentido y un sentimiento celestes de nuestra vida transitoria. Si es Roma la cuna y sede del cristianismo, Compostela es el lecho en que descansa íntegro, y no en letargo, sino en reposo

vigilante, en treguas a las acciones redentoras que la miseria y el dolor del mundo puedan exigirle aún.

[…]

Uno de los recuerdos más vivaces de aquel período de mi niñez es el de la escuela donde recibí las primeras lecciones de Historia y Geografía, Gramática y Aritmética. Lecciones tan elementales que uno de los textos era el *Juanito*, donde se decía de todo un poco, en forma muy amena y apropiada a los niños. La Historia Sagrada la estudiábamos en el *Fleury*; la de España, en no sé qué librillo de un centenar de páginas; la Gramática, en el *Epítome* de la Real Academia, y para la Aritmética nos bastaba con un cuaderno que contenía las cuatro tablas y las operaciones más simples.

El maestro era un hombre cuarentón y bigotudo, no mal parecido, pero muy apegado a los métodos de la pedagogía con palmeta. A mí nunca me la aplicó. Yo era estudioso y me portaba bastante bien. Fue en aquella escuelita compostelana, con aquel maestro severo, pero concienzudo, donde recibí las primeras luces de la enseñanza. Fue allí donde supe lo que era una isla, un archipiélago, una península, un rey, un adverbio, un político, etc. Y digo lo de político porque recuerdo que en ciertas ocasiones el pedagogo aludía a los señores Cánovas y Sagasta y se le estremecía de emoción el bigote al pronunciar el nombre de Montero Ríos, «nuestro gran jefe político, nuestro insigne estadista regional». Pregunté a mi padre quiénes eran «aquellos señores». Y me contestó que los dos primeros eran «los que mandaban en España, y Montero Ríos el que mandaba en Galicia». Mi confusión fue grande: creía yo que «quien mandaba en España» era el rey, aunque fuese un niño de cuatro años, porque los reyes «no necesitaban estudiar para saber, sino que nacían sabiendo». Además, Alfonso XIII tenía a su mamá, la reina doña María Cristina, para sacarle de los apurillos en que pudiera verse. ¡Y ahora resultaba que eran un señor Cánovas y un señor Sagasta los reyes de la Península!

De modo que a mis primeras nociones de la muerte y de la propiedad vinieron a unirse, en la forma que acabo de recordar, las ideas del «político» y de la «política». Acerca del poder y la sabiduría del rey, me fundaba en un testimonio brillante y sonoro —el de las monedas— para pensar que estaban por encima del tiempo y del juicio de los hombres, ya que los reyes de España, cuya efigie figuraba en las pesetas y

los duros, lo eran «por la Gracia de Dios», y Dios no podía equivocarse asistiendo con su gracia, iluminando con su resplandor a quienes no pudieran merecerlo. En definitiva, yo me quedaba con mi opinión y rechazaba la de mi padre. Además, lo de que fuera un niño el soberano de los españoles me gustaba sobremanera, por razones de «clase». ¡Uno de nosotros, un niño, era nada menos que el rey!

[…]

Otro de mis imborrables recuerdos de Santiago es el de don Manuel Murguía. He dedicado varios artículos y fragmentos de conferencias al insigne historiador de Galicia, intérprete de los misterios compostelanos, biógrafo del arzobispo Gelmírez y marido y maestro de Rosalía Castro. (No «de» Castro: la lírica prodigiosa no usó jamás la «partícula».) También en alguna novela mía, con nombre cambiado, aparece y dice cosas dignas de Sócrates este hombrecito admirable, que volverá a lucir con su ingenio —ya que no con su pobre chistera opaca— en algún otro capítulo de estas Memorias. Ahora sólo quiero evocar al Murguía de Santiago, el de 1890, con su barba todavía relativamente negra, pero ya viudo de la autora de los *Cantares* y *Follas novas*. Rosalía había muerto un lustro antes. Estaba sepultada allí, en Santiago, en la iglesia gótica de Santo Domingo. Querría decir yo que, de la mano de Murguía, fui a rezarle una oración. Pero no hago memoria sino de haber visitado su tumba muchos años más tarde, ya de hombre.

Pero ¿quién era, qué era para mí Rosalía? ¿Un hada? ¿Una santa? Mis padres hablaban de ella con tal respeto, con tal fervor, que a mí me parecía imposible que la Rosalía «de quien era viudo don Manuel», y de quien eran hijas Alejandra, Áurea, Gala y Amara —¡cuatro mujeres grandes!—, y la que yo me había imaginado fuesen la misma. Pude salir de dudas interrogando a mi madre. Pero allí estaba la prima Juventina, la cantora, para aclararme el misterio. Algo por este estilo escuché de sus labios: «Rosalía y don Manuel estuvieron casados cerca de treinta años… Naciéronle cinco hijos: las cuatro mujeres que ya conoces y un hijo, llamado Ovidio, que *te* era pintor y murió muy joven, dejando desesperada a su madre. Rosalía era… poetisa; vamos, que hacía versos, unos versos muy tristes, de esos que te estremecen y te hacen llorar. Hacíalos en gallego… ¡Es que no *te* hay un idioma más dulce! Ya aprecia-

rás más adelante. Hacíalos también en castellano. Y novelas. ¡Ay, *El caballero de las botas azules*! Tenía mucho que contar y que cantar y… ¿sabes?… no quería hacerlo. Sin don Manuel no *te* hubiese escrito nada. Mujer más humilde no la hubo. Figúrate que cuando murió ¡malpocada!, aquí, cerquiña de Santiago, en Padrón, le dijo a Alejandra: "Quema todos mis retratos, todos mis versos, todos mis papeles". No quería dejar más que sus cenizas… Claro que don Manuel no lo permitió. ¡Qué había de permitir! ¡Si aquello era mismamente un tesoro!».

De aquel tesoro ofrecíame algunas perlas: cantares de Rosalía, «a los que pusiera música el maestro Baldomir». Una música lánguida y llorosa. La voz de Juventina, en cambio, era clara y vibrante, pero hacía de modo que pareciera grave y triste, cuando cantaba, por ejemplo:

N'o ceo, azul crarisimo
N'o chan verdor intenso
N'o fondo d'alma miña
Todo sombriso e negro.

Yo comprendía perfectamente que esa alma, donde todo era negro y sombrío, no era la de Juventina, mujer saludable y bienhumorada, sino que había sido el alma de Rosalía, «que siempre estuviera enferma y llorara tanto por sus dolores y los de Galicia y los del mundo entero».

El cantar de «Mayo longo» era el predilecto de Juventina y el más emocionante para mí:

Mayo longo… Mayo longo,
Todo cuberto de rosas,
Para algús telas de morte,
Para outros telas de boda.

Mayo longo, mayo longo
Fuches curto para min,
Veu contigo a miña dicha,
Volveu contigo a fuxir.

Cantándolo, la voz de Juventina dejaba de ser alegre, como si el cantar le recordase algún desengaño, algún dolor suyo. «Mayo longo, todo cuberto de rosas», también habría sido para ella corto y cruel.

Además de cantar versos de Rosalía, y, naturalmente, de Curros Enríquez, declamaba composiciones enteras de ambos poetas. No he olvidado el comienzo de una, que Juventina me recitó la primera vez diciéndome: «Para ti, que eres de La Habana». El poema es el titulado «Prá a Habana» y sus estrofas iniciales dicen:

Venderonll'os bois,
Venderonll'as vacas
O pote d'o caldo,
Y a manta d'al cama.

Venderonll'o carro
Y as leiras que tiña,
Deixarono soyo
C'o á roupa vestida.

—María, eu sou mozo,
Pedir non m'é dado
Eu vou pó lo mundo
Pra ve de ganalo.

Galicia está probe,
Y á Habana me vou…
¡Adios, adios prendas
D'o meu corazón!

Lo de un mozo tan digno, que no quería pedir limosna sino ganarse el pan con el sudor de su frente (y en Cuba se sudaba por todas partes), me parecía muy bien; pero lo de que «*Galicia está probe*» me sonaba a exageración. ¿Pobre Galicia, con unos campos tan verdes? ¿Pobre, con un ministro tan poderoso como Montero Ríos? ¿Po-

bre, con su Apóstol, a pie o a caballo, dispuesto a reproducir su victoria de Clavijo cada vez que Galicia la necesitara?

Juventina hubo de explicarme del modo más adecuado a mis entendederas «aquel drama de la emigración», del que tanto se plañían las musas de Rosalía y de Curros.

—Tu mismo padre —me dijo— *te* fue un emigrante. Claro que no como el mozo de los versos de Rosalía. Tu padre ya *saliera* de aquí con un título en el bolsillo y desembarcó en La Habana con sombrero de copa.

Volvamos a las hijas de Rosalía. ¿Cuál era la de los grandes ojos dorados y los cabellos rubios? Es de suponer que Áurea. La que recuerdo mejor es Alejandra: alta, morena, de cabellera y ojos negros. Fue la que recogió el último arrullo de la «tórtola de Galicia». Cuando le oí a Juventina comparar a Rosalía con una tórtola, me lo expliqué todo a mí mismo: ángel o pájaro, ¿qué más daba? Rosalía había abierto las alas para escaparse de este mundo.

Mucho aprendí en Santiago: a leer, a soñar, a creer más en lo soñado que en lo visto… Yo esperaba con ansiedad el mes de julio para asistir a las fiestas del Apóstol, de cuyo esplendor tanto me habían contado. Mi ilusión no fue defraudada. ¡Qué había de serlo! La realidad contemplada y entendida como podía yo entenderla resultó más hermosa y deslumbrante que mi propio ensueño. Pero en aquel grandioso y profundo espectáculo de las fiestas jacobeas, lo que en definitiva importaba, como en todos los espectáculos, era el espectador. O, dicho de otro modo, la maravilla de cualquier paisaje, de cualquier obra de arte, de cualquier situación humana —patética o jocosa— reside en reservar determinados matices y emociones para cada espectador, y aun para las diversas edades y actitudes anímicas de ese mismo espectador.

Viene esto a cuento de que, interesándome cuanto vi entonces en Santiago, existió un orden jerárquico en mis admiraciones, las cuales presentaré partiendo de las menores hacia las mayúsculas. Mucho me gustaron las procesiones y me sorprendieron y admiraron los fuegos artificiales en la grandiosa plaza del Hospital, que ardían sobre la puerta del Obradoiro. Y los peregrinos, con sus bordones y sus veneras, que algunos llevaban de oro y plata, me hacían soñar con aquellos —santos, emperadores y príncipes— que mi padre «pintaba» en sus *Cartas de Santiago*. Los concursos de gaitas y bailes en la robleda de Santa Susana me cautivaron: ya había yo escuchado la

gaita y visto bailar la muñeira en La Habana, en los espectáculos del Centro Gallego, pero la gaita y la muñeira en Galicia —¡y en Santiago!— sonaban y giraban de un modo mejor: lo hacían en su propia luz, bajo su propio cielo que, entonces, en Compostela, también era azul. Además, en Santa Susana olía a campo, a tierra; las rapazas y los mozos que bailaban la «molinera» —que eso quiere decir «muñeira»— tenían una gracia tan natural en sus movimientos que no parecía que hubiesen aprendido nunca aquel baile, sino que habían nacido sabiéndolo. ¡Y los trajes!

Mas he aquí la última —es decir, la primera— de mis admiraciones: el botafumeiro, el más grande de los incensarios del mundo. Pendía de la cúpula del crucero; no sé qué fuerza gloriosa (supe, años más tarde, que era la de unos robustos mozos) lo impulsaba en un vaivén magnífico y temible, pues parecía a veces que iba a chocar contra las bóvedas derramando sus brasas y su incienso encendido sobre la muchedumbre de los peregrinos y los fieles. Según me había contado la prima Juventina, gran «sabelotodo», esto había sucedido en dos ocasiones. Pero nadie ignora que la actitud temeraria y hasta heroica es más fácil de adoptar en la infancia que en las edades superiores. A mí no me atemorizaba el botafumeiro: me sugestionaba, me transportaba a un mundo de maravilla, de Santa Maravilla, donde las nubes eran de humo y de perfume —de humo blanco, gris, azul, a veces con jirones negros—, y el perfume era, no podía existir la menor duda, el que se aspiraba en la Gloria. Sonaban las chirimías, brotaba del órgano una música profunda y suave, cantaban himnos los romeros y los fieles. Mi abuela me tenía de la mano, sin soltarme, pues parece que al pasar el botafumeiro, ignita granada inmensa, frente a nosotros, se me iban los ojos y los brazos hacia él y daba yo unos saltitos como si pretendiese volar.

—¿Creíste que eras un ángel? —me preguntó ella cuando salimos del templo.

[4]
MÁS ESPAÑOLITO QUE ANTES*

[…]

Prescindiré de algunos recuerdos menores, y harto imprecisos en mi memoria —como la nueva casa que mi padre puso en La Habana; el colegio que antecedió a mi entrada en el de Belén, de la Compañía de Jesús—, para referirme a un acontecimiento que me impresionó profundamente y fue, sin duda, el primero de sustancia histórica a que asistí en mi vida. En octubre de 1892, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, celebráronse en la capital de Cuba grandes fiestas, militares y cívicas. Los restos de Colón estaban entonces en la catedral de La Habana, en un féretro magnífico portado por cuatro figuras que yo supuse, por su majestad y grandeza, de reyes o emperadores, hasta que mi padre me explicó que eran las de cuatro heraldos que representaban a los reinos de Castilla, León, Aragón y Navarra. Existía en La Habana otro monumento que me causaba una honda impresión. Era el llamado «Templete», sito en la Plaza de Armas, donde se hallaba el palacio del capitán general de la Isla. El Templete, construcción muy sencilla y airosa, con su ático triangular y sus cuatro columnas dóricas, se erigía en el mismo punto, al extremo Este de la plaza en que, a la sombra de una ceiba, se rezó la primera misa al fundarse la ciudad. Yo me imaginaba a Colón y sus compañeros escuchando, de hinojos, esta primera misa, pues mis conocimientos escolares de la Historia de Cuba** me impulsaban a todo género de anacronismos. Cada vez que pasaba junto al Templete hacía yo, con toda reverencia, la señal de la cruz.

El Gran Almirante descubrió, antes que la isla de Cuba, que tomó por un continente, la pequeña isla de Guanahaní —esto yo no lo ignoraba— y no puso pie en la

* Capítulo v del primer volumen de las *Memorias*.

** La Habana fue fundada por Diego Velázquez, conquistador y primer gobernador de Cuba en 1515. Le dio el nombre de San Cristóbal de La Habana. El Templete se erigió en 1828. [*N. del a.*]

mayor de las Antillas hasta el anochecer del 27 de octubre. Cuatro siglos después de este día, La Habana celebraba con el más vivo entusiasmo la efemérides máxima del Descubrimiento. Supongo que en teatros y círculos se pronunciaron muchos discursos y se recitaron infinitos versos. Tuvo que haber también numerosos desfiles militares de la guarnición y de las compañías de voluntarios, amén de bailes públicos, cabalgatas alegóricas y fuegos de artificio. No es posible que faltaran un *Te Deum* en la catedral, funciones en los demás templos y un banquete de gala en la Capitanía General. Pero de lo que puedo ofrecer un testimonio directo, una evocación fidedigna, es de los actos en que yo «tomé parte» y de los espectáculos que presencié con mis ojos mágicos de niño. Entre éstos figuran una batalla de flores, que se celebró en el paseo del Prado y dio varias vueltas por el Parque Central, que presidía una estatua de S. M. Doña Isabel II. Para esta batalla, que fue magnífica, mis padres alquilaron un landó, que ocupamos «los seis niños». Ellos subieron a la victoria de la casa. Mis hermanos y yo nos sentíamos muy orgullosos porque nuestro coche iba tirado por dos alazanes soberbios y nosotros lucíamos galas nuevas: las niñas, una de azul y otra de rosa; Waldo y yo, de marineritos; los dos pequeños, de blanco, con cuellos de encaje y los cabellos en tirabuzones. Al comenzar la batalla, las flores, desde el fondo del landó, nos subían hasta las rodillas y nos embriagaban con su aroma. Pero pronto fueron disminuyendo, hasta agotarse, las rosas, los claveles, los jazmines del Cabo y los ramilletes formados con florecillas menudas. Fue muy grande nuestro júbilo, pero volvimos a casa sudorosos y agitados y con los vestidos nuevos hechos una lástima. Mi padre, que solía velar por el decoro de nuestra indumentaria, aquel día no nos riñó. Además, él tenía que ir por la noche a un banquete y pronunciar un discurso.

La más emocionante para mí, entre todas las fiestas de aquellos días felices, fue la contemplación de las tres carabelas ancladas en el puerto y que podían visitarse. Mi ingenuidad no llegaba hasta el punto de figurarme que eran las mismas en que Colón y sus compañeros habían llegado a Cuba. Sin embargo, yo «veía» a Colón en la tolda de la *Santa María*, dando las órdenes de desembarco. Veía a los Pinzones en *La Pinta* y *La Niña*, y a aquel Rodrigo de Triana que había sido el primero en dar el grito de «¡Tierra!». A las personas que acudían a visitar las carabelas —en remolcadores empavesados o en aquellos botecitos entoldados que pululaban en el puerto— yo, con la facultad maravillosa de mi fantasía, las transfiguraba en indios, en caribes y en

siboneyes que llegaban desnudos, con sus arcos y flechas de madera y plumas multicolores en la cabeza, a rendir pleitesía al Almirante. Colón les sonreía, los bendecía. El cacique se prosternaba. Una india joven, de carnes doradas, cabellos color de azabache y unos ojos que parecían dos soles, besaba las manos de Colón. Y después, entre gajos de palmas y hojas de plátano y a los sones de una música de tambores y trompetas, todos se encaminaban al Templete para escuchar la primera misa.

¡Oh, feliz ignorancia! ¡O, más bien, poder incomparable de la mente infantil para inventar cuadros mejores que los de la Historia y dotar a la vida de una gracia y encanto edénicos! Yo había olvidado, en absoluto, aquella guerra de que mi madre me hablara tantas veces: aquella guerra con que los cubanos pretendían separarse de España; aquella guerra triste y absurda, pues ¿cómo iba a ser posible que nadie superara en fuerzas al león hispánico? 1892, 1898… Sólo faltaban seis años para la separación. Pero ¿quién era yo para que Clío me revelara sus profundos misterios?

Así, en tal estado de inocencia y de ventura, llegó aquel mismo año el noveno de mi vida. En este año de gracia volví, en cierto modo, a España. Pues fue, espiritualmente, «volver a España» el ingresar, como alumno de primera enseñanza, en el colegio de Nuestra Señora de Belén, de la Compañía de Jesús, donde iba a seguir los dos primeros cursos del bachillerato, previos unos meses de preparación.

Ingresaron conmigo mis hermanos menores, Waldo y Pepe. Belén, el colegio de los niños de familias ricas de La Habana, estaba instalado en un gran edificio que había sido primero convento y más tarde cuartel. Durante el reinado de doña Isabel II*, las autoridades de la Isla lo cedieron a la Compañía, con su iglesia aneja que databa de principios del siglo XVIII. Además del colegio, los padres jesuitas instalaron un observatorio, considerado como el mejor de la América de origen hispánico y al que dio celebridad el padre catalán Benito Viñes, lumbrera de la ciencia meteorológica. El padre Viñes murió el mismo año de mi ingreso en el colegio.

De mi período de educando de los jesuitas tengo mucho que hablar, no sólo porque marca en mi vida el tránsito de la edad inocente y quimérica a las primeras manifestaciones de la edad razonante, sino también porque influyó hondamente en mi espíritu de dos maneras: una, imprimiéndole por modo indeleble el sello de la fe

* Exactamente en 1853. [*N. del a.*]

católica (que en vano lecturas juveniles intentaron borrar), y la segunda, instruyéndolo en los métodos de la obediencia, de la disciplina y del combate contra las pasiones que nos apartan de los senderos luminosos del Evangelio.

Yo no era un niño «malo», pero sí un niño díscolo e indolente. No me gustaba estudiar las lecciones que me «ponían» los maestros, sino leer a mi antojo aventuras, cuentos de hadas y los folletines de Montepin y Paul Feval que aparecían en los periódicos. No obstante, estudiaba y figuraba en la escuela entre los alumnos más aplicados. Pero era una aplicación a la fuerza y que —dicho sea sin el más leve asomo de jactancia— hacíase fácil para mi entendimiento, más agudo que el de la mayoría de mis condiscípulos. Lo que me molestaba era obedecer, seguir una línea determinada por otra voluntad que la propia. Mis profesores jesuitas me enseñaron, en suma, a obedecer, a comprender que el estudio no es un juego, sino un orden, una regla, y que ese orden y esa regla, aceptados por de pronto como sacrificios, pueden y llegan en muchos casos a convertirse en un goce. Claro que el don y la vocación no abandonan nunca sus fueros. Así, desde las primeras horas de mi existencia estudiantil quedaron bien definidas mi escasa aptitud para las ciencias exactas y mi «receptividad» para cuanto girase en las órbitas de la Literatura y de la Historia.

He dicho y repito que el ingreso en Belén fue para mí «como volver a España». Por el ambiente, por la luz, el colegio era una superficie habanera, un espacio tropical. Pero su espíritu, representado por los padres, por los métodos de enseñanza de la Compañía y hasta por la servidumbre —toda ella peninsular—, no podía ser más español. Los alumnos, con su dicción cubana, con la tez trigueña y los ojos negros que predominaban en la mayoría de ellos, con sus trajecillos de dril claro y su afición al deporte yanqui del *base-ball*, así como la vegetación de los patios y jardines y los platos criollos que alternaban en la mesa con los españoles, ponían, sin duda, notas de color local. Pero estas notas resultaban menores, por decirlo así, dentro de la gran sinfonía hispánica del colegio. ¡Qué castellano más puro el de los padres! A las horas del recreo, bajo el sol, a la sombra de las ceibas, los tamarindos y los «flamboyanes» —el árbol bien nombrado, pues sus flores parecen de fuego—, no era posible que yo ignorase que estaba en Cuba. En el comedor tampoco, por la presencia del ajiaco (la olla antillana, con trozos de maíz tierno), del arroz en blanco y el picadillo de tasajo.

Pero en las aulas, en el estudio y en la capilla —donde los alumnos hacían de acólitos y escuchaban lecturas edificantes, como la *Preparación para la muerte*, de San Alfonso María de Ligorio, páginas de San Ignacio y las *Vidas* de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska— era tan dominante el alma de la Compañía y tan fuerte la personalidad de los padres que los educandos no éramos sino vagas figurillas en la composición española —y por española, universal— del cuadro.

No afirmo que mis camaradas compartiesen mis sentimientos. Hablo, exclusivamente, de los míos, en los que influían dos factores personales: mi viaje a España y aquel amor y veneración de España que me había transmitido la pasión patriótica de mi padre.

Al principio me costó trabajo dominar mi carácter de niño desobediente y la repugnancia que sentía por los libros que no me hicieran soñar. Pero no tardé en adaptarme a la disciplina del colegio —aunque mis notas de conducta no fueron siempre de las mejores— y en alcanzar uno de los primeros puestos en las aulas. Fui «cónsul de Roma». Las clases se dividían en dos grupos rivales: el de Roma, constituido por los internos, y el de Cartago, por los externos. Sobre ambos, con licencia de Clío, reinaba un mismo «emperador», que era el alumno más aprovechado de la clase. Y el más óptimo de conducta, pues no bastaba la aplicación para obtener tan altísima investidura.

Así como el colegio con los patios, claustros y corredores espaciosos conservaba sus aires de convento y de cuartel, así en su régimen interior todo obedecía a un espíritu perfectamente ignaciano de regla y de milicia. Dentro de Belén los alumnos vestíamos a nuestro gusto, todos con pulcritud y sencillez. Para las salidas a la calle, las solemnidades religiosas y las «concertaciones» o justas escolares, teníamos que ponernos de uniforme: chaquetas o levitillas de azul oscuro, pantalones blancos, gorras galoneadas, y lucir, el que las tuviese, las insignias de su grado. El más eminente era el de «brigadier». Y venían luego los grados de «cuestor de pobres», de «bedeles de juego» y «jefes de fila». Ni siquiera alcancé este último, por no haber concurrido nunca en mí, por desgracia, la buena aplicación, que tuve, con la conducta irreprochable. Pero fui «cónsul» y gané en unas concertaciones el premio por mí más apetecido: el de Historia de España, en el segundo año del bachillerato.

[…]

Algo que aprendí también en el colegio, y que me sorprendió y dolió, fue que no todos mis condiscípulos compartían mis sentimientos sobre España. Sucedió esto al pasar yo de la tercera división a la segunda, en que se cursaba la primera mitad del bachillerato. Entonces advertí que había niños «insurrectos», niños que hablaban de «Cuba libre» y escondían bajo la solapa las «estrellitas de cinco puntas», que eran el símbolo del separatismo.

No ignoraba yo, por las narraciones de mi madre, que había habido dos guerras: la de los Diez Años y la llamada Chiquita. Pero ambas se confundían en mi imaginación como dos sombras lejanas que iban alejándose del horizonte de Cuba para no reproducirse en ninguna forma. No creía yo posible que Cuba quisiera, o pudiera, separarse de España. Lo que me asombraba era que algunos de mis condiscípulos, hijos o nietos de españoles, no compartieran mis ideas. En resumen: no me impresionaban gran cosa las «estrellitas de cinco puntas», ni las «banderitas de Cuba libre» que con lápiz azul y rojo pintaba un tal Arango, con quien tuve alguna riña en el recreo, pues me llamaba «patón» y «gallego». Lo de gallego no me hubiese importado sin el tono de estúpido desdén con que Arango me lo decía. Pero lo de patón no se lo toleré nunca sin llegar a las manos, pues patón era el mote injurioso con que los criollos designaban a los españoles, aunque tuviesen los pies muy finos y pequeños, como los de mi padre, por ejemplo.

No se me ocurrió nunca acusar a Arango. Al acusador, al soplón, le llamábamos «chota», apodo caprino que por nada del mundo hubiese querido merecer. Entendía yo que me bastaban los puños para vengar los agravios que se me infiriesen. Así lo hacía, figurando yo —y de ahí mis faltas de conducta— entre los chicos más belicosos del colegio.

En el cual pasé muchas horas felices, pues me gustaban —ya en la segunda división— el estudio luminoso, con sus pupitres independientes, de clara madera barnizada; los ejercicios en el gimnasio y el baño en la piscina. ¡Oh, hubiera querido vivir en el agua! Algunos padres, entre los que recuerdo al padre Oberet, maestro de Latín; al padre Santisteban, profesor de Historia, y al padre Garay, rector en aquella época, eran tan afables de suyo y fueron tan bondadosos conmigo que siempre les rendiré veneración en mi memoria. En cambio, del padre prefecto, cuyo nombre he olvida-

do, no podría decir lo mismo. Y no porque no fuera un varón justo, sino porque su boca, que era abultada y torcida; sus ojos, con un estrabismo convergente; el color bazo de su rostro, negro en las mejillas por la rasura insuficiente, y su pelo, híspido, como de alambre, concurrían a hacer de él un dechado de fealdad.

Pero si aquel padre no hubiese sido, por su investidura de prefecto, el encargado de gobernar a la grey estudiantil y, sobre todo, de leer las notas semanales, en cada división, desde la tribuna del estudio, confieso que no me habría parecido tan feo. Voy más allá: si mis notas hubiesen sido siempre las mejores, las que él leía dulcificando la mirada y con una sonrisa que abarcaba todo el estudio, posándose por fin en el alumno que las obtenía, sus ásperas facciones se habrían embellecido e iluminado ante mis ojos. La nota sobresaliente era la «A». «A-e» significaba notable; «E-i», regular; «I», mal; «I-o», pésimo. Desde la «I» hasta la «I-o» la mirada y el gesto de nuestro juez se iban haciendo más irascibles, hasta convertirse —perdónese la hipérbole— en un a modo de rayo que fulminaba al «delincuente». Sólo una vez padecí la «I-o» por mis peleas en el recreo, y me costó muchas lágrimas. Como mis notas de aplicación eran excelentes, un día el padre prefecto me hizo subir a su celda y me amonestó, con voz suavísima, en estos o parecidos términos:

—Debes reprimir tu carácter levantisco. Es una lástima que, obteniendo calificaciones tan buenas en tus estudios, no figures entre los que merecen «el A por todo». También quiero decirte que no seas, como me ha dicho el padre Arvizu, tan lengua larga. Todo se te vuelve contestar, discutir, y eso, hijo mío, no es independencia, sino soberbia. Anda con Dios y prométeme cambiar de genio.

Se lo prometí, me bendijo, me regaló una estampita de San Luis Gonzaga y salí de su celda con los mejores propósitos de enmienda, que en adelante se frustraron en muy rara ocasión. El «A por todo» no lo merecí nunca.

[…]

Las [remembranzas] más precisas en mi memoria son las del último curso que allí estudié. Se dio el grito de la rebelión en febrero de 1895, en el pueblo de Baire, en la provincia de Santiago de Cuba. Había yo cumplido once años de edad en noviembre del 94 y comenzaban a alejarse de mi mente los ensueños y fantasmagorías de la primera infancia.

Tuve que darle la razón a Arango: la «estrellita de cinco puntas» se multiplicó en el reverso de muchas solapas. No obstante, la realidad de la guerra no disminuyó en lo más mínimo mi confianza en el triunfo de España, de la España de Viriato, de los numantinos, de los astures de Covadonga, de los Reyes Católicos, de Gonzalo de Córdoba, del césar Carlos V, de los vencedores de Lepanto, de toda la legión de héroes que desfilaba por las páginas de mi Historia, de aquel librito mágico que me acariciaba y fortalecía el corazón. No recuerdo que el librito me instruyese sobre las guerras de independencia de América. Quizá se detenía en nuestra victoria de Bailén sobre el ejército de Napoleón. O no daba la duración del curso para seguir más adelante. Además, aunque alguien, con el mapa de América a la vista, me hubiese señalado los inmensos países continentales en que se había ido «poniendo el sol de España», yo no hubiese creído que Cuba significase la consumación del ocaso. La guerra que se iniciaba entonces sería dominada como las anteriores. Buenos generales tenía España para ello, y los mejores soldados del mundo. Y —argumento supremo— ésta era la opinión de mi padre, y yo veía por los ojos de mi padre.

De otra parte, en Belén el ambiente seguía siendo majestuosamente español y los nombres de Martí, Maceo, Máximo Gómez y Calixto García, paladines de la causa de Cuba libre, que algunos pronunciaban con entusiasmo, me hacían sonreír ante el de Martínez Campos, que —como yo había oído en mi casa— iba a llegar de España «para meter en cintura a los mambises».

Así las cosas en mi pequeña alma ilusionada, mi padre resolvió un nuevo viaje a la Península, «no bien terminaran los exámenes de los niños». Mis postreros meses de Belén fueron los más felices. Me había acostumbrado a la disciplina. Mis propias notas de conducta eran cada vez mejores. El padre Garay, el rector, me honraba con frecuencia tomándome de acólito y era muy profundo mi gozo al vestir la túnica roja y la sobrepelliz de encaje y ayudar al santo sacrificio de la misa. También se me elegía para dirigir el rosario. Quiero apuntar que todos los actos del culto me impresionaban dulcemente, que mi devoción infantil era honda y espontánea y que más tarde, cuando lecturas y pasiones de la juventud pusieron en mi espíritu las sombras de la duda y los espejismos de la diosa Razón lo ofuscaron, aquella fe del «niño» llegó siempre a tiempo para preservar de la caída irremediable al «hombre».

[…]

[5]
ESPERANDO A WEYLER*

Tales eran mi familia y los amigos y fámulos de mi casa en 1895, al estallar la guerra. Yo iba a cumplir doce años. Mi idea del mundo, de la vida, «de las cosas que ocurren», comenzaba a hacerse razonable. No quiere esto decir que el hada Fantasía hubiera dejado de reinar en mis ensueños y pensamientos, sino que ya no era una soberana absoluta: cada día se ocultaba con mayor frecuencia para que me hablasen las voces exteriores de la realidad, para que mi espíritu recibiese algunas revelaciones que no dejaban de conturbarlo pues, ¡ay!, venían, precisamente, a ensombrecer o borrar los más bellos cuadros que habían pintado mi ignorancia y mi imaginación. Por ejemplo: aunque yo supiese, desde la clase de Geografía, que numerosos países de América habían sido españoles y dejado de serlo, convirtiéndose en naciones independientes, de tal noción no emanaba siquiera la hipótesis de que Cuba, algún día, los imitase, separándose de España. Pero ¿cómo dudar de que algunos cubanos lo querían «así» y estaban luchando por su independencia? ¿Cómo impedir que ciertos nombres, que yo oía a cada instante en mi casa, no viniesen a ponerme «dentro de la realidad»? Estos nombres eran los de Martí, Maceo, Máximo Gómez —a quien llamaban el Chino Viejo—, Calixto García, Roloff, Collazo, jefes de aquellas «partidas de insurrectos» que Martínez Campos, entonces, era el encargado de perseguir y dominar.

Un día llegó la noticia de la muerte de Martí en el encuentro de Dos Ríos, entre las tropas de Máximo Gómez y la columna del coronel Ximénez de Sandoval. Otro día se supo que el general Santocildes había sucumbido heroicamente en la acción del Alto de Peralejo, sostenida por Maceo, y que Martínez Campos penetraba entonces en Bayamo, ciudad de Oriente, que era —¿a quién se lo oí decir?— «la Numancia de los cubanos», pues éstos le habían prendido fuego antes de entregarla a los españoles.

* Capítulo vii del primer volumen de las *Memorias*.

La victoria de Antonio Maceo en Peralejo, la muerte de Santocildes —de cuyo valor se hacían lenguas sus propios adversarios y era un ídolo de los españoles de la Isla— produjeron en mi casa profunda consternación. Mi padre y mi tío Antonio habían tratado al general. Creo, mas no estoy seguro de ello, que alguna vez había venido a sentarse a nuestra mesa. De lo que sí estoy cierto es de que años más tarde existió amistad, en Madrid, entre la viuda e hijos de Santocildes y mi familia. En suma, me pareció notar aquellos días una sombra de tristeza, quizá de angustia y pesimismo, en los ojos de mi padre. No así en los de mi tío Antonio y el doctor Espada, que seguían confiando en la pericia guerrera de Martínez Campos y en sus dotes de diplomático, pues don Arsenio con una mano blandía la espada vengadora y con la otra brindaba las reformas políticas y administrativas —ya preconizadas por Maura— que, con una paz más sólida que la del Zanjón, pondrían término a la guerra.

Los retratos de Martínez Campos, de los generales Santocildes y Vara de Rey y de otros jefes españoles aparecían en los periódicos con sus expresiones naturales ante la cámara del fotógrafo. No así los de Gómez, Maceo y demás adalides de la insurrección, que eran, las más veces, caricaturas en que el Chino Viejo semejaba, efectivamente, un feo mandarín de grandes y lacios bigotes, y Maceo, mulato y no mal parecido, resultaba tan feróstico y negro como Quintín Banderas.

Para mí, la expresión más directa y vívida del militar español era el comandante Latorre, que llegaba de vez en vez a mi casa, desde la manigua, con su uniforme de rayadillo manchado de tierra y una luz de triunfo en los ojos. Daba la impresión de que él solo se bastaba para ganar la guerra. Tenía el mando de una guerrilla, con su hijo Esteban de ayudante. Latorre era la jovialidad en persona. Esteban (a quien más tarde me recordarían los retratos de Felipe IV, por Velázquez) era más bien silencioso y muy circunspecto. Fue malherido en aquella guerra y ascendió a capitán.

El ferretero Vila, que era coronel de Voluntarios, nos visitaba también a veces de uniforme. Pero no tenía nada de marcial en su figura. Hombre pacífico por temperamento, contrastaban su sencillez y parquedad de palabras con la exuberancia verbal de su mujer, la mexicana colosal que fumaba constantemente, guiñando un ojo, y hubiese portado con más brío los galones y las armas que su cónyuge. El doctor Espada, cuando se refería a los episodios de la guerra, enarbolaba su bastón de manatí, como si a ello le obligase su bélico apellido, y describía los combates como si los hubiese

librado él mismo, todo sin descomponer la elegancia de su persona. ¡Qué bien se ajustaba a su torso la levita de alpaca! No era muy alto, pero cuando se erguía sobre la punta de los pies —pequeños y siempre calzados de charol coruscante— lo parecía. Si hablaba en la saleta, junto al patio, mil y una luces se reflejaban en sus espejuelos con armadura de oro, en su levita, en sus zapatos, en su bastón color de ámbar. A él, a este noble y magnífico doctor Espada, le oí decir «que don Arsenio estaba equivocándose», que no hacía falta un «conciliador», sino un «puño de hierro», porque si no se exterminaban pronto las partidas insurrectas, si se les permitía otro Peralejo, la ayuda de los yanquis alcanzaría proporciones insospechadas, y entonces… Pero no; España mandaría otro general a tiempo. ¿Y quién podía ser sino Weyler?

Mi tío Antonio era de la misma opinión. Martínez Campos chocheaba. El Chino Viejo y Maceo se le subían a las barbas… Claro que sin la obligada protección a la zona azucarera, que mantenían nuestras mejores tropas, Maceo no hubiese cruzado la trocha de Júcaro en veinte días, ni hubiese podido reunirse con Máximo Gómez, que ya estaba a las puertas de La Habana… ¡Pero en cuanto llegase Weyler! Ése era el hombre. Porque Weyler…

El tío Antonio hablaba también de la política de Madrid, del partido autonomista, de Cánovas. Sí, tal vez conviniera la autonomía, pero ante todo la victoria. Demostrar a los insurrectos, a los filibusteros y los anexionistas de Norteamérica «que no había quien le limase las garras al león español…».

Yo, la verdad, quedaba muy impresionado con aquellos discursos. Y digo discursos, porque tales eran, aunque fuesen pronunciados (los del tío Antonio) en la mesa, entre plato y plato, o con el cuchillo y el tenedor en el aire para no interrumpir un argumento. Mi tío Antonio era un hombre alto, fuerte, atezado, con unos bigotes de mosquetero y unos ojos negros y chispeantes como sólo se ven entre los moros. No terminaría la guerra, como se verá más adelante, sin que vistiese un uniforme muy vistoso y se pusiera al frente de una compañía de voluntarios.

Mi padre también «hacía discursos», pero menos afirmativos que los del doctor Espada y menos vehementes que los de su hermano Antonio. Él era, sin duda, partidario de la autonomía. Mas ¿cómo implantarla en plena guerra, sobre todo conociendo el encono de los separatistas contra España y la ayuda prestada a éstos por los

Estados Unidos, que no perseguían sino la anexión de Cuba? ¡Ah, qué ciegos estaban los cubanos! Porque, admitiendo la hipótesis de que ganaran la guerra, no iban a ganarla por sí solos, sino gracias a los créditos y pertrechos facilitados por los yanquis, y a la hora de la liquidación se encontrarían convertidos en una colonia norteamericana, cuya población se engrosaría con todos los hombres de color que le estorbaban a la poderosa república del norte. De esto estaba él perfectamente seguro. De una parte el heroísmo de los soldados españoles y de otra la acción del partido autonomista, en el cual figuraban los cubanos más clarividentes: los Montoro, los Giberga, los Gálvez evitarían que Cuba se perdiera para todos, porque, al dejar de ser española, dejaría también de ser cubana. Y volvía a su tema de la anexión de Cuba por los Estados Unidos. ¡Ah, cuán lamentable la ceguera de los que se llamaban sus libertadores!

Yo prefería, a los tristes augurios de mi padre, el optimismo de mi tío, del doctor Espada, de Latorre y de aquellos periódicos habaneros —como *La Unión Constitucional* y el *Diario de la Marina*— cuya fe en la victoria de nuestro ejército no flaqueaba en ningún momento. De otra parte, con la volubilidad propia de los cortos años, mi pensamiento se alejaba de la idea dramática de la guerra para detenerse en realidades más inmediatas y venturosas. Por entonces, mi madre, que poseía ciertos dones literarios, componía minúsculas comedias para que mis hermanas, María la institutriz, mi hermano Waldo y yo las representásemos en un teatrito que se improvisaba en el patio. Hizo una adaptación de *Marianela*, «repartiéndome» el papel del galán ciego, enamorado de la pobre zagala, su lazarillo, hasta que sus ojos, abiertos a la luz «por un milagro de la ciencia», le descubrían el contraste de la fealdad y la hermosura y… ya sabe lo demás el lector. A mí no me gustaba el desenlace y le propuse a mi madre que lo cambiara. Yo me hubiera casado con Marianela, pues la bondad de su alma suplía, con creces, lo desdichado de su rostro. Menos mal que en la «adaptación», que duraba a lo sumo un cuarto de hora, se suprimía el episodio de la muerte de Marianela. También nos hacía mi madre recitar versos de la Avellaneda y de Zorrilla; algunos, en gallego, de Rosalía y Curros. Y escribió varios «entremeses» en que figuraban esclavos y guajiros. Alguna vez yo tuve que pintarme de negro.

Asimismo, por aquella época se reveló mi vocación literaria y comencé a colaborar en el periódico de mi padre. Recuerdo que mi primer artículo se refería a unos

acróbatas japoneses que me habían entusiasmado en el circo. La verdad es que la mano paterna tuvo que intervenir demasiadamente en aquel balbuceo, lo cual no obstó para que el doctor Espada me regalase una pluma de ave, en oro legítimo, armándome sin más ni más escritor, y para que don Pancho, a su vez, me obsequiase con un precioso bergantín. Pluma y barco que me llevaron muy lejos: a países que me reservaban más dolor y tristezas que satisfacciones, pues la pluma se hizo hartas veces de vil metal y el barco perdió el rumbo con frecuencia. ¿Qué sabía yo entonces de mi destino, de los errores en que incurriría mi juventud?

Lo mejor de aquel período de mi vida fueron los libros: algunos de los libros de la biblioteca de mi padre, que estaban distribuidos en cuatro estanterías, dos de ellas con vidrieras, bajo llave, y al descubierto las otras dos. Una de éstas contenía códigos, ventrudos tomos de jurisprudencia y comentarios jurídicos, en severas encuadernaciones de becerro, ante los cuales yo pasaba sin detenerme. Pero la otra me atraía con sus volúmenes de Historia. Allí el padre Mariana, Masdeu, Lafuente, continuado por Valera. Ahí Prescott, con su historia de los Reyes Católicos; Lamartine, hablando de los girondinos; César Cantú, con su Historia Universal; Thiers, con la suya de la Revolución, el Consulado y el Imperio de Francia. También la Geografía de Malte-Brun; una gran Historia Natural, por varios autores, con láminas magníficas y… novelas: *El eco de los folletines*, todo Fernández y González; algo de Ortega y Frías, Pérez Escrich y Ayguals de Izco; Larra, con *El doncel de Enrique III*; Enrique Gil, con *El señor de Bembibre*; Cánovas, con su *Campana de Huesca*; Rosalía Castro, con *El caballero de las botas azules*… Y muchos tomos de Fernán Caballero, Alarcón, Galdós, Pereda, Valera y doña Emilia. No faltaba el *Quijote*, ilustrado por Doré; ni el *Lazarillo*, el *Buscón* y el *Guzmán*. Pero, sin duda por haber ganado en Belén el famoso premio de Historia, y porque, realmente, yo estaba viviendo, a mi modo, un capítulo de la nuestra, es lo cierto que mi lectura preferida era la de Lafuente. Hojeaba todos los libros, leía algunos fragmentos, contemplaba las ilustraciones, mas sólo me detenía, extasiado, en las páginas referentes a los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Y al final de la Reconquista, el Descubrimiento, el Imperio, la colonización de América. En cuanto aparecía el tercer Felipe, con su débil carácter y sus validos perniciosos, ya la Historia me interesaba menos. Llegué a formarme, con un método a mi capricho, una Historia de España plenamente triunfal, donde pululaban los héroes y los san-

tos, y en la cual, después de la reina Isabel, no había figura que me pareciese más grande que la del cardenal Cisneros, y esto —aparte las razones históricas que permitían pensarlo, pues ¿qué ministro tuvo España de su virtud, su sabiduría y su vigor?— por una pequeña razón íntima, que ahora me hace sonreír, pero que entonces llenaba de júbilo y orgullo mi inocente espíritu: y era aquella idea, fomentada por mi madre, de que nuestra rama de los Cisneros procedía directamente de la familia del cardenal. De modo que mi abuela materna, doña Dolores de Cisneros, tan antiespañola, y el marqués don Salvador, presidente de la República de Cuba en la manigua, eran descendientes del español más español de España y… no querían a España. ¡Qué locura! Yo los compadecía con toda mi alma. Pues yo sí, yo era un Cisneros absoluto; yo admiraba al cardenal en todos los actos de su vida de confesor y consejero de la reina, de dominador de los nobles infatuados, de padre de la piedad y la cultura españolas, de conquistador del norte de África para impedir nuevas invasiones de los infieles. Y era tanta mi veneración por Cisneros que, para mí, el único borrón en la biografía áurea de Carlos V era el no haber comprendido la grandeza del primer genio político de España. ¡Pues no había esperado a que se muriese en Roa, cuando, casi agonizante, iba en su busca, para ocupar el trono en Valladolid, con su corte envidiosa y depredadora de flamencos! No, esto yo no se lo perdonaba a Carlos V. Y después, al rebelarse contra él las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia, ¿qué no hubiera dado yo porque Padilla lo venciese en Villalar y los agermanados en sus últimos combates?

Esto pasó. Luego, conforme el príncipe rubio va españolizándose, haciéndose el digno nieto de sus abuelos, cuando vence a un casquivano rey francés y lo trae cautivo a Madrid, cuando no vacila en luchar contra el Papa, que quiere arrojarle de Italia, y combate la herejía de Martín Lutero, «yo le perdono» los errores con que inicia su espléndido reinado…

Felipe II me inspira una admiración absoluta. Le veo procediendo en todo españolamente. Los capitanes que, bajo su inspiración, mantienen la integridad de su corona y le añaden nuevos florones —quiero decir, nuevas provincias—, el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, son para mí unos hombres sublimes que Dios ha forjado con el metal más puro y a quienes ha infundido su propio alien-

to para que sean en la Tierra, y bajo las banderas de España, los paladines de la Cruz. Me duele el desastre de la Invencible. Maldigo al artero Drake, a la degenerada Isabel, al tonto de Medina Sidonia. ¿Por qué se le ocurriría morirse a don Álvaro de Bazán? Pero concluyo aceptando —y repitiendo como una plegaria consoladora— las palabras de Felipe: «Yo mandé a mis barcos a luchar con los hombres, no con los elementos».

En tres capítulos del glorioso reinado se detiene y complace mi devoción: San Quintín, Lepanto, y, sobre todo, la unidad ibérica al ceñir nuestro monarca la corona de Portugal.

A estas glorias y victorias venían a unirse las proezas maravillosas de la conquista de América. Hernán Cortés, los Pizarro, Almagro, Valdivia, Alvarado —al que me figuraba enorme como un cíclope, dando su famoso «salto»— no me parecían menos magníficos que los grandes capitanes de las guerras de los Países Bajos y de Italia. Con la arbitrariedad propia de mis juicios pueriles, y con el afán de no admitir nada que se opusiera al esplendor y triunfo de las armas españolas, los jefes y caciques de la América precolombina, los Moctezuma, los Guatimozin, los Atahualpa, los Hatuey, no me inspiraban admiración, ni compasión: me parecían algo así como unos predecesores de los mambises cubanos, a quienes yo no lograba imaginarme sino caricaturalmente, tal y como los presentaban algunos periódicos, con la estrella de cinco puntas en el sombrero alzado por delante, al hombro el rifle y el machete amenazador en la diestra.

[…]

[6]
MI NUEVA IMAGEN DE LA GUERRA*

No logro recordar con exactitud la fecha de nuestro segundo viaje a España. Debió de ser entre septiembre y octubre del 95. Tampoco podría decir a qué razones personales obedeció mi padre al emprenderlo, pues él tenía de reservado y cauteloso para sus sentimientos íntimos todo lo que le sobraba de exuberante en sus expansiones oratorias. Me inclino a suponer que entonces, como antes, fue la morriña la causa principal de su retorno a la Península. Pero también pudo influir en su decisión la idea de un desenlace adverso de la guerra para España. Siempre le oí decir «que sólo viviría en Cuba española», y, además, me consta, por un cúmulo de episodios y frases familiares que no vienen a cuento, que no llegó nunca, como otros españoles, a sentirse a gusto en la Isla, a aclimatarse, a «aplatanarse». En espíritu, por así decirlo, no salió nunca de España, y más concretamente de Galicia.

Salimos, pues, de La Habana, con rumbo a La Coruña, en un barco de la Trasatlántica francesa llamado *La Navarre*, que ya entonces salvaba en nueve días la distancia entre los dos puertos. Mi padre levantó la casa, confiando los muebles a uno de sus amigos, comerciante y dueño de unos amplios almacenes. Sólo llevó consigo, amén de los baúles de la ropa, una pequeña parte de su biblioteca. Viajó siempre, no obstante su profundo españolismo, en barcos franceses, porque, en realidad, en aquella época eran más veloces que los nuestros y porque el consignatario de la compañía francesa, con quien tenía trato amistoso, hacíale los «mejores descuentos».

Los jefes, oficiales y soldados españoles viajaban, como era lógico, en los barcos de nuestra bandera. De modo que en aquella travesía, en una partícula de Francia sobre el mar, se atenuó y casi desapareció de mi memoria el hecho de la guerra. Con la volubilidad propia del alma infantil, olvidé cuanto pudiera aminorar el encanto del viaje (yo no me mareaba) y el júbilo que me producía el retorno a una tierra que se

* Capítulo VIII del primer volumen de las *Memorias*.

me antojaba un paraíso. Íbamos «a poner casa» en La Coruña. Y la pusimos, en efecto, en el punto más céntrico y alegre de la ciudad: el Cantón Grande. Pero en La Coruña, al través de varias y suaves satisfacciones, me esperaban algunas cosas un tanto ásperas que hirieron mi amor propio y algunas realidades dramáticas que me presentaron otro aspecto de la guerra.

Mis condiscípulos del Instituto Da Guarda, donde cursé el tercer año de bachillerato, se burlaban de mi acento cubano y solían llamarme «mambís», no sin que yo me rebelase contra este apodo, que en sus labios tenía la intención de un insulto. Hice esfuerzos por hablar como ellos: con la zeda y la ce. Y en algún caso hube de andar a golpes con un tal Abelenda, que era el más burlón de todos y que, mediado el curso, fue el mejor de mis camaradas.

Lo otro fue más grave y más triste. Del puerto de La Coruña salían tropas bisoñas para ir a combatir en la manigua. Y parte de estas tropas no tardaba en repatriarse maltrecha, inválida y en ocasiones moribunda. Mi madre había sido honrada con un puesto entre las Damas de la Cruz Roja. Ella y mis hermanas hacían hilas y vendas para los enfermos. Cuando llegaba un barco de repatriados, mi madre, vestida de negro y con mantilla, como las demás señoras, iba al Muelle de Hierro a cumplir su deber patriótico y humanitario. Y yo la acompañaba a veces, portador en sendos paquetes de bufandas y pañuelos, golosinas y cigarrillos. No olvidaré nunca algunos rostros de repatriados: amarillos, con la calavera marcándose bajo la piel, los ojos calenturientos sumidos en las órbitas y los labios exangües, que intentaban sonrisas y frases de gratitud. No olvidaré a aquellos soldaditos que venían tiritando bajo sus capotes o sus mantas, algunos sin un brazo, sin una mano, sin una pierna. Otros, en camillas, cuya ascensión por aquellas escaleras, invadidas por las algas y los moluscos del Muelle de Hierro, constituía un espectáculo desgarrante, aun para las personas menos blandas de corazón.

Y fue así como cambió en el mío la imagen de la guerra. En La Habana yo no había visto hombres heridos o agotados, como estos que llegaban —muchos para morir— al puerto de La Coruña. En La Habana había oído hablar de la guerra a hombres vigorosos y locuaces, en el comedor de mi casa, entre dos chupadas al aromoso «tabaco» o dos tragos del buen vino español. Es decir que, apartándome del lugar

preciso, del propio teatro de la guerra, yo comenzaba a sentirla, a comprender su crueldad y su dolor, bien así como en los teatros de la farsa se aprende más de la vida y de sus tragedias verdaderas entre bastidores que contemplando desde una butaca lo que ocurre en el escenario. Aquello era el reflujo de la guerra: juventudes tronchadas, cuerpos rotos, lágrimas, angustias, muertes. Yo no había llorado nunca en La Habana. En La Coruña vertí muchas lágrimas en aquel Muelle de Hierro que recibía a los sacrificados, a los héroes, a los mártires de una campaña que no pudo evitarse y en la cual siempre quedaron a salvo el honor y la intrepidez incomparable de nuestro Ejército.

Algo que también mantenía mi curiosidad y ansiedad por todos los incidentes y contrastes de la guerra de Cuba eran los periódicos. Así los de la prensa local como los que llegaban de Madrid: *El Imparcial*, *La Época*, *La Correspondencia de España*. Traían telegramas, artículos y comentarios. Pero mi preferido, el que yo me precipitaba a comprar no bien llegaba a la calle Real de La Coruña, era *La Campaña de Cuba y Actualidades*, semanario toscamente ilustrado, en cuyas planas la imaginación de los dibujantes «reproducía» los últimos encuentros de nuestras tropas con los rebeldes, presentando a las unas con rasgos de bizarría y heroísmo y a los otros como una caterva de salvajes, en que predominaban negros y mulatos, cuya rabia cedía siempre ante el impulso de los infantes y jinetes españoles. Aunque yo supiera que la mayoría de los insurrectos eran blancos, tan blancos como sus ascendientes los peninsulares, y no me pareciera de Cuba, sino del infierno, el campo que se veía en aquellas «ilustraciones» —¡ay, qué palmeras y bohíos fulminados por la metralla y qué manigua más intrincada y oscura!—, es el caso que las tales ilustraciones me fascinaban y que algunas de ellas permanecían como aletargadas en mi memoria para despertar por la noche en pesadillas más o menos angustiosas. Pues, por veces, el mago de mis sueños convertía el disparate en un cuadro bélico magnífico, a todo color, y en el que ondeaba sobre un cielo de azul espléndido nuestra bandera, victoriosa siempre.

Pero hay más. Después de un rápido viaje a Madrid, donde visitó a varios señores de la política, mi padre se había puesto a escribir un libro sobre la guerra de Cuba. Como mi letra era muy clara, él, que la tenía casi ilegible, me dictó el original para la imprenta. Su libro iba a publicarse, primero en forma de artículos, en varios

números de *La Revista de Jurisprudencia y Legislación*, que dirigían en Madrid dos ilustres jurisconsultos: Azcárate y Silvela, don Francisco, si no me engañan mis recuerdos.

Mi padre era impaciente y exigente. Yo le temía, sobre todo, a mis errores ortográficos, porque, cuando no tirones de orejas, me costaban calificativos de «necio», «burro» y «estúpido», que me dolían mucho más. Si la falta no era subsanable por la goma o el raspador, no había más remedio que recomenzar la página. Por fortuna, no obstante ser yo un amanuense de escasos doce años, mi ortografía era bastante buena, y la copia de *El problema cubano* —éste era el título del libro— fue saliendo conforme la deseaba su autor, «muy clarita y muy limpia».

Yo escribía sin comprender bien lo que me dictaban. No porque mi padre fuese un escritor abstruso o aficionado a los vocablos insólitos, sino porque mi ignorancia de «los antecedentes de la cuestión» era casi absoluta. Así, yo no supe hasta entonces que los Estados Unidos habían querido varias veces comprar Cuba, como quien compra una tierra cualquiera, y también ignoraba que hubiesen existido cubanos dispuestos a vender su patria a los yanquis. O, dicho de una manera menos vergonzosa, partidarios de la anexión. Según mi padre, los Estados Unidos aspiraban a la propiedad de Cuba para trasladar a ella su población negra y convertirla en una base naval que más adelante le permitiese ir apoderándose paulatinamente de toda la América del Sur. Pero si España no vacilaba en otorgar a Cuba la más amplia y sincera autonomía, identificándola en lo político y lo administrativo a las provincias peninsulares —para lo cual contaba con el apoyo de los verdaderos patriotas cubanos, que eran los autonomistas—, la solución del problema hacíase menos ardua, siempre y cuando la concesión de las reformas fuese precedida de un triunfo incontestable de nuestro Ejército. Entre la paz del Zanjón y el grito de Baire se había estado perdiendo el tiempo, un «tiempo precioso», que los «jingoístas» americanos habían sabido aprovechar. La buena fe de muchos cubanos y el fanatismo y la ceguera de otros dieron pábulo a la idea, «a todas luces errónea», de que los yanquis sólo aspiraban a ayudarles en la conquista de su libertad. De otra parte, los políticos de Madrid continuaban escatimando derechos a los antillanos y los españoles intransigentes de Cuba contribuían a agravar la situación. ¡Ah, si no se hubiese rechazado el proyecto de reformas de don Antonio Maura!

En definitiva, mi padre creía aún en la salvación de Cuba, en la continuidad del espíritu de España —idioma, raza, religión, cultura— «en aquella isla encantada». Los tiempos habían cambiado favoreciendo con la navegación a vapor, cada día más rápida, el enlace entre la metrópoli y sus provincias ultramarinas. ¿No se salvaba ya en nueve días la distancia entre Cuba y España? ¿Por qué razón no habrían de ser los cubanos, como los canarios, insulares atlánticos, sin duda, pero entrañablemente españoles? Y entonces, a los vaticinios de una Cuba negra, de una Cuba esclava, sucedían en el libro de mi padre los cuadros color de rosa de una Cuba feliz, gobernada por los mejores de sus hijos en nombre de la Madre Patria. Esto era lo que me gustaba del libro: que Cuba no dejara de ser española.

[7]
SEGUNDA PRESENCIA DE MURGUÍA*

De todos modos, y a pesar de tales ecos y reflejos de la guerra en mi ánimo, yo viví entonces en La Coruña las horas más felices de mi niñez. La ciudad me encantaba. ¡Era tan pequeña, tan limpia, tan alegre! En las calles no había polvo, como en muchas de La Habana. No hacía calor y «todo el mundo era blanco». Entre mi primero y mi segundo viaje a España, La Coruña no había tenido tiempo de cambiar, de extenderse, de convertirse en una urbe importante, con sus dársenas, sus largas avenidas, sus hoteles lujosos, sus tranvías eléctricos y hasta sus «rascacielos». De aquella Coruña finisecular he escrito en alguno de mis libros que era «una ciudad en forma de mujer: de mujer encorsetada y con cintura de avispa». Esta imagen sigue siendo válida si se refiere al centro geográfico de La Coruña, que las reformas y ampliaciones no han podido alterar, afortunadamente. El istmo de la península coruñesa, en su parte más angosta, mide unos setecientos metros, de los cuales alrededor de trescientos le han sido ganados al mar. Imitando en pequeño a su padre Júpiter —soñaba yo— pudo Hércules raptar a La Coruña por el talle. Pero prefirió quedarse junto a ella, metamorfoseado en torre, vigilándola. Según la leyenda, la Torre de Hércules poseía un espejo en el que se reflejaban todos los sucesos del mundo. Era, sin duda, la pupila celosa del semidiós.

Pues bien; en ese istmo estaba —y está— el centro urbano de La Coruña. Es decir, entre el puerto, abrigado y anchuroso, y la ensenada del Orzán, donde ya la ría se ha entregado al Atlántico. El Orzán es turbulento. Yo me asombraba de que algunos días invernales sus olas no barriesen La Coruña, de un lado a otro, como la cubierta de un barco. Y no. El Orzán brama, amenaza; sus procelas son de gran estilo, muy teatrales, pero las olas no han llegado nunca, que yo sepa, a la calle de San Andrés. Desde la calle de San Andrés —tomada por la Rúa Nueva, por esa Rúa Nueva que se halla, en línea vertical, a unos doscientos pasos del puerto— la distancia se re-

* Capítulo IX del primer volumen de las *Memorias*.

corre en escasos minutos. A mí me encantaba ver zarpar los vapores del puerto. Porque esos vapores no se iban de una vez. Un instante ocultos, como escamoteados por el castillo de San Antón, y ya perdidos de vista, me bastaba con atravesar el istmo, despacio, para volverlos a ver. Asomaban por detrás de la torre de Hércules, como si ésta, al salir de la ría dificultosa, les diese paso libre y seguro hacia el Atlántico. Por fin, las siluetas de aquellas naves, menguando lentamente, se borraban en el horizonte. Era, quizá, el más puro goce de las almas infantiles —y aun adultas— esta despedida «en dos tiempos» de los vapores: esta ilusión de una cosa perdida que se recobra, que se vuelve a poseer fugazmente, en un adiós definitivo y ya resignado, como en esas despedidas amorosas que tienen una coda inesperada después del adagio.

Junto al Orzán, protegida por el monte San Pedro, la playa de Riazor, a partir del otoño, era feudo de los chicos del instituto y de los *rillotes* —es decir, los pilletes— del arrabal de Santa Margarita. Se armaban allí grandes peleas entre unos y otros, a pedrada limpia. Los *crollos* (guijarros), a veces del grosor de manzanas, disparábanse a mano, o bien con hondas, que algunos muchachos manejaban tan certeramente como esos pastores que no marran un tiro. Los honderos figuraban en primera línea; eran la vanguardia de la guerrilla. Realmente aquello venía a ser una guerra en pequeño, por la edad de los adversarios y lo primitivo de las armas. Pero no por la furia de los combates, de los que solían resultar algunas cabezas descalabradas y algunas bocas y narices chorreando sangre. ¡Qué gritos los del bando victorioso, que no era siempre el nuestro! ¡Qué fugas hacia el próximo instituto cuando Belona, voltaria deidad, favorecía a los *rillotes* de San Pedro! Yo no era de los más veloces en huir. Y me ocurría pensar, durante la batalla, en la otra guerra que estaba librándose en Cuba entre hombres que, si no eran del mismo color, hablaban el mismo idioma y hubiesen debido quererse como hermanos. Pero ¿se querían «siempre» los hermanos? Ahí estaba, en las primeras páginas del *Fleury*, el ejemplo de Caín y Abel… Y yo mismo ¿no iba a Riazor a pelear contra los *rillotes*? ¿No habría modo de vivir sin reñir?

Estas reflexiones me afligían fugazmente. ¡Eran tantas las distracciones, tantos los juegos, tantos los espectáculos y las lecturas que me hacían feliz! La casa en que vivíamos, la del número 15 de Cantón Grande, era espaciosa y alegre. Desde la galería principal se divisaban el Relleno, el parque o paseo arbolado de la ciudad, y los jardi-

nes de Méndez Núñez. Volviendo la mirada a la izquierda, aparecía aquel espacio en que la Rúa Nueva, la calle Real y la Marina uníanse en una encrucijada llena siempre de animación. Allí, en lo que era y es el centro de la ciudad, erguíase el Obelisco de Linares Rivas, una columna de orden corintio sobre cuyo capitel marcaba el curso de las horas un reloj de cuatro esferas, iluminadas por la noche. En una de las caras del reloj notábase un agujerito circular, del tamaño de una monedita de un céntimo, que había labrado en el cristal con su «tirabalas» un jovenzuelo apellidado Valmonde, alias Fechorías, famoso por sus diabluras, a quien admiraba y temía toda la grey infantil. Valmonde era un mozallón musculoso, tan ágil de manos como rápido de pies. Los *chapurros*, mote con que se designaba a los guardias del orden público, no lograron atraparle nunca. Pertenecer a su pandilla —pues todos los chicos nos alistábamos en alguna— era un alto y codiciado honor que yo nunca codicié, dado que una de las «hazañas» de Valmonde había consistido en disparar contra la chistera de aquel grande hombre pequeñito, gloria de la región y hazmerreír de los pilletes de La Coruña, que se llamaba don Manuel Murguía, el más ilustre y venerado amigo de mi padre. Lo que yo hubiera querido era desafiar a Fechorías y brearlo a golpes. Pero una elemental prudencia me impidió convertir en un hecho mi soñado desagravio a don Manuel.

El cual frecuentaba mi casa y era un comensal jovialísimo y glotón. Todo hay que decirlo: aquel pigmeo tenía unas tragaderas de gigante. Recuerdo que solíamos pasear juntos por el Relleno, de la mano, como si su verde vejez y mi infancia todavía tierna se completasen por no sé qué misteriosas razones de temperamento. O él seguía con mucho de infantil en el alma, o yo era, por mis gustos y aficiones, un niño «con cosas de viejos»: un niño que prefería leer a jugar, estarse pensando y soñando, entre las personas mayores, o frente al paisaje, como si tuviera que «descubrirse» el mundo en que había comenzado a vivir, a confundirse en el tropel bullicioso de los otros niños.

Ello es que una tarde, como estuviésemos apoyados en uno de los pretiles de la Marina, cara al puerto, recibí de labios de Murguía cierta lección de Historia que me impresionó harto más que las del catedrático, en el Instituto Da Guarda, de Historia Universal. Era éste un señor severo, triste, para quien la Historia venía a ser como una galería de estatuas solemnes o una necrópolis inmensa con túmulos y mausoleos magníficos y un osario sin fondo. Sus lecciones me daban ganas de llorar. Esto provenía, sin duda, no de un sentido macabro de la Historia (que con cierto humorismo podría

sostenerse, pues ¿qué es la Historia sino la gran Danza de la Muerte, cuyos actores pasan rápidos por el mundo para recibir sus papeles y sus símbolos en la farsa infinita?), sino de aquel su modo de hablar, lento y frío, y de su cara enjuta y verdosa, como la de un muerto. Que no vaya esto más allá de una opinión o paradoja infantil. ¡En cambio, Murguía! Murguía era, por decirlo así, un «vivificador» de la Historia. Quizá fueran sus ojitos azules, tan chispeantes bajo los quevedos, su boca sonrosada y sensual y su barbita de gnomo quienes ponían luz y acción en sus palabras. Ello es que, escuchándole, me parecía ver y oír a los personajes y héroes de la historia coruñesa, parte, como todas las historias, de los anales del Universo. Por La Coruña, al través de los siglos, habían pasado a veces ráfagas huracanadas de las pasiones del mundo.

—Has de saber —me dijo aquella tarde memorable— que aquí también han sucedido cosas, grandes cosas tristes. No te dejes embaucar por esta Coruña frívola y olvidadiza. Ya la ves, tan alegre, cuando esos soldaditos cadavéricos que nos devuelve Cuba, por este puerto, deberían estremecerla de angustia. Pues bien, escucha: este puerto tan azul, tan apacible, con su muelle decrépito, su castillo que parece de juguete, y allá, al fondo, la dorada playa de Santa Cruz, bien pudiera ser llamado el Puerto de las Tristezas. En sus aguas, bajo este mismo cielo, ¿tú lo sabías?, estuvo a la ida, carenándose, un grupo de las naos de la famosa Invencible. Y después del fracaso, otras naves, desarboladas, desencuadernadas, los restos del desastre, recalaron aquí… La Coruña supo de la ilusión y el desengaño de Felipe II, el rival de la grande Isabel. ¡Inglaterra! ¡Inglaterra! Aquí hemos tenido varias veces a Inglaterra. No siempre en enemiga. En cierta ocasión, en protectora, pero no sé qué decirte… Repelimos la agresión de Drake. María Pita, que es la Juana de Arco de Galicia, mantuvo a raya a los 14.000 soldados de Morris, quienes, diezmados, hubieron de volver a sus buques y poner proa a su país… Aún nos «visitó», con ánimo de conquista, otra armada inglesa, en 1658, que también rechazamos. Y la famosa batalla de Elviña, en 1809, entre los invasores franceses, dirigidos por Soult, y los protectores británicos, bajo el mando de sir John Moore, no fue una batalla presentada, sino arrostrada por los ingleses, que habían venido aquí a marchas forzadas, desde León, para embarcar a sus heridos y sus enfermos… La batalla tuvo un resultado indeciso. Murió sir John Moore, el que yace en el jardín de San Carlos. Pero siempre aquí, de un modo u otro, hemos tenido a los ingleses en son de guerra. Historia antigua, dirás. Lo dramático de la Historia es… que se repite. Vivir es hacer historia. Y esos vapores de los

repatriados de Cuba, ¿qué representan?, dime. Tal vez el epílogo, el término de nuestro imperio colonial, la puesta del sol de España en América, si no podemos evitar que los yanquis nos ganen la partida; los yanquis, que son retoños de la temible Inglaterra. En fin, en fin, veremos. Tu padre, a pesar de todo, es optimista. Yo no sé qué decirte…

Y no dijo nada más aquella tarde. Otra me llevó, atravesando las calles silenciosas de la ciudad vieja, al jardín de San Carlos. Ningún jardín en el mundo me ha causado tal sobrecogimiento del ánimo, tal sensación de hallarme en un lugar donde la vida parece muerta o, más bien, donde la vida y la muerte se reconcilian gozosas. Precisamente daba gozo sentir entre aquellos mirtos, cipreses, palmeras y aligustres la calma y suavidad de un camposanto, junto a expresiones fundamentales de la vida, como el mar, la piedra, el pájaro y la flor. El jardín se erige en lo más alto del promontorio en que se asienta la ciudad antigua. Su forma es circular, con ocho carreras radiales reunidas en una rotonda, donde se levanta la tumba de sir John Moore, dentro de una verja, con un cañón de la época clavado a la funerala en cada esquina y cuatro jarrones con flores en los extremos del sepulcro.

Aquella tarde hacía frío. Salvo los de hojas perennes, los árboles delineaban su ramaje desnudo en un fondo de cielo azul pálido con lentas nubes plomizas. Nos acercamos al mausoleo y Murguía me tradujo la inscripción puesta en inglés: «En memoria del general sir John Moore, que cayó en la batalla de Elviña mientras cubría el embarque de las tropas británicas. 16 de enero de 1809».

Después mi adorable maestro y yo nos sentamos en un banco de granito, húmedo y verdoso de musgo. La grava del suelo se adhería a nuestros zapatos. Murguía comenzó a murmurar unos versos:

Cuán lonxe, canto, d'as escuras niebres,
d'os verdes pinos, d'as ferventes olas
q'o nacer viron…; d'os paternos lares
d'o ceo d'a patria, d'o alumou mimoso,
d'os sitios, ¡ay!, d'o seu querer, ¡qué lexos
viu a caer, baix'enemigo golpe
pra nunca máis se levantar, coitado!

¡Morrer asin en extranxeiras prayas,
morrer tan mozo, abandoná-la vida
non farto ainda de vivir e ansiando
gustar d'a froita que coidado houbera!
Y en vez d'as pónlas d'o loureiro altivo
que d'o heroe a testa varonil coroan
baixar a tomba silenciosa e muda.

Guardó silencio un instante y con voz enternecida me dijo:

—Estos versos son de «ella» —yo comprendí: de Rosalía—. Es un poema muy largo y muy triste, que alguna vez leerás en *Follas novas*.

—Ya lo he leído, don Manuel. Y sé que sigue diciendo:

¡Ou, brancos cisnes d'as britanas islas,
ou arboredas que bordás galanos
d'os mansos ríos as ribeiras verdes!… *

—Muy bien, *filliño*… —me interrumpió, emocionado—. Pues nos toca ahora ver lo que lord Wellington decía de los soldados gallegos después de la batalla de San Marcial.

Y me llevó de la mano, entre los mirtos y las buganvillas, hasta descubrir una lápida de mármol, donde leí:

«Guerreros del mundo civilizado: Aprended a serlo de los individuos del Cuarto Ejército, que tengo la dicha de mandar; cada soldado de él merece con más justo motivo que yo el bastón que empuño. Todos somos testigos de un valor desconocido hasta ahora… Españoles: Dedicaos todos a imitar a los inimitables gallegos. Wellington. Cuartel General de Lesaca. 4 de septiembre de 1813».

* En julio de 1927 el Ayuntamiento de La Coruña, a propuesta del alcalde, don Manuel Casás, acordó colocar en el mirador del jardín, sobre la bahía, una lápida de mármol con fragmentos del poema de Rosalía a la memoria del general Moore. En otra lápida, en el mismo sitio, figuran fragmentos de la composición titulada «The Burial of Sir John Moore» del poeta Charles Wolfe. [*N. del a.*]

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Y en cuanto pude balbucí —lo recuerdo muy bien— estas asombrosas palabras:

—Pues si los gallegos son los mejores soldados del mundo, ¿por qué no van a Cuba para acabar de una vez con la guerra?

Murguía sonrió:

—Todos los españoles —dijo— son valientes. Y los cubanos, hijos de españoles, son valientes también. Esa guerra, esa guerra…

No dio término a su frase. Y nos alejamos del jardín por la calle de San Carlos, maravillosa de silencio.

Fue también en la ciudad vieja donde recibí, de labios de Murguía, las primeras nociones del arte arquitectónico. Frente a cada templo o convento —alguno data del siglo XI— don Manuel me explicaba los estilos, haciéndome distinguir el románico del gótico; señalándome en tal fachada el tránsito de uno a otro y enseñándome, por último, a diferenciar trazas de columnas y órdenes de capiteles. ¿Cómo olvidarme de aquellas lecciones del autor de *El arte en Santiago*, de aquel viejo tan niño (tenía entonces más de setenta años) que lograba cautivar mi atención con espectáculos que generalmente aburren a los chicuelos de mi edad? Me encantaba escucharle, seguir el rumbo de sus ojos azules, la indicación de sus manecitas, leves y blancas, que me parecían las de un enano de marfil. ¡Yo ya era más alto que él! Además, su risa y su sonrisa… Su risa, cuando al salir de la ciudad, por la calle de Tabernas, deteníase ante cierta mansión y exclamaba: «¡Allí vive ella, cuando no está en Madrid presumiendo de reina de la literatura, o en su pazo de Meirás, figurándose que nadie la aventaja en blasones!». Referíase a Emilia Pardo Bazán, con quien estaba reñido. No recuerdo si fue por aquellos años, o más adelante, cuando sostuvo con la gran escritora una polémica en que ambos se dispararon frases como flechas emponzoñadas, y cuyo motivo fue que doña Emilia había hablado con algún desdén de la obra de Rosalía Castro. Rememoro, en cambio, perfectamente que el epílogo de nuestros paseos era siempre el mismo: entrábamos en una confitería de la calle del Riego de Agua y consumíamos una bandeja de dulces.

Me ha gustado siempre explicarme, o que me expliquen, el nombre de la calle donde vivo.

—¿Por qué —hube de preguntarle en cierta ocasión a Murguía, en el Relleno, mirando a la galería de mi casa—, por qué los rótulos del Cantón no dicen «Cantón Grande», sino calle del General Porlier? ¿Quién era ese general?

—Uno —me respondió— de los más famosos de la guerra de la Independencia. Por suponerle las gentes sobrino de un marqués, el de la Romana, le llamaban el Marquesito. Había nacido, como tú, en América, en Cartagena de Indias, ciudad y puerto de Colombia.

Y me narró las proezas «del más joven de los jefes de nuestro Ejército que habían rechazado a las huestes napoleónicas, hasta entonces invictas».

—Escúchame, hijo mío: a ese valeroso Porlier, que se batió en Trafalgar y se había cubierto de gloria en cien combates; que figuró entre los triunfadores de San Marcial y fue la flor y nata de aquellos guerrilleros que eran el terror y el asombro de los bonapartistas, lo ahorcaron ignominiosamente aquí, en La Coruña, cuando apenas pasaba de los veinticinco años.

—Pero —interrumpí, atónito— ¿qué hizo para que lo ahorcasen? ¿Por qué no lo fusilaron? ¿Qué pasó, don Manuel?

—Pues, verás… Fueron cosas de la política. Porlier levantóse en armas contra Fernando VII, cuando éste derogó la Constitución del año 12, que concedía libertades a los españoles. Fernando VII no se resignaba a no ser un rey absoluto. Todo esto lo estudiarás y comprenderás más adelante. ¿Qué os enseñan en el instituto? El caso fue que Porlier vino a La Coruña a conspirar contra Fernando. Fundó la Junta de Galicia. Se dirigió a Santiago para ponerse al frente de las tropas conjuradas. Le traicionaron, le prendieron y, te repito, le colgaron como a un criminal. Ésta es la historia de Porlier, hijo mío, y esto es la Historia, reflejo de las pasiones y las locuras de los hombres…

[8]
LAS PUERTAS DE ORO DEL *QUIJOTE**

Fue por aquel tiempo cuando leí por primera vez el *Quijote*. Y ya fue en mí todo de otra manera. Conforme iba leyendo me pareció que crecía de alma y de cuerpo; que una luz prodigiosa me revelaba los seres y la tierra de España con un acento y colorido tales que era como si los tuviera ante los ojos y los palpase con mis manos. Nada me sabía a mentira, sino a verdad; a una verdad dorada, como celeste, que embellecía hasta lo torpe y borraba los límites entre la realidad y el fingimiento. Todo era y tenía que ser como estaba allí escrito. Pero, igual que en la vida, que en mi vida, el corazón marcaba sus preferencias y sus aversiones entre los personajes de la historia. Y así, Don Quijote parecíame siempre admirable y adorable, Sancho siempre simpático y gracioso, buenas el ama y la sobrina, generoso el cura, lo mismo el barbero y los cabreros y piadosa la feísima Maritornes. Pero los duques que se burlaban de Don Quijote y Sancho, el bachiller, el capellán de los duques y la propia Altisidora me resultaban odiosos. Quienquiera se mofase de Don Quijote producíame indignación. Mis predilecciones y antipatías —¿cómo no detestar a los estúpidos y feroces yangüeses y a los canallescos galeotes?— no hacían sino aumentar el encanto de la lectura. Aquello no era leer: era vivir, vivir apasionadamente; tan pronto con la risa en los labios como con el llanto en los ojos y una angustia o un latido de júbilo en el pecho. Y para mí, que sólo había visto una España verde y húmeda, una España de huertos y de mar, aquello era asimismo descubrir la España seca de Castilla, la montuosa de Sierra Morena y penetrar en las ventas, mansiones y palacios donde se sucedían las aventuras y desventuras del incomparable caballero. Era subir, haciéndome invisible y muy leve —que también a mí me tocaba la taumaturgia del libro—, a la grupa de Rocinante o del Rucio y acompañar a Don Quijote y su escudero en sus fantásticas batallas con los gigantes trocados en molinos y los ejércitos convertidos en re-

* Capítulo xiii del primer volumen de las *Memorias*.

baños de ovejas por la envidia y malicia de los encantadores enemigos del mejor y más valeroso de los hombres del mundo. Así, pues, con Don Quijote y Sancho recorrí los campos de la Mancha, estuve en la espaciosa morada del Caballero del Verde Gabán, en el palacio de los malévolos duques, en las esferas siderales adonde les remontó Clavileño y en la alegre Barcelona, visitando las galeras que estaban en la playa y oyendo las adivinaciones de la Cabeza Encantada. Trepé al carro de las Cortes de la Muerte, me escondí tras el retablillo de Maese Pedro, presencié la aventura de los leones y acompañé a Sancho en su efímera y ejemplar gobernación de la Ínsula. No hubo escena de la tragicomedia en que yo, con el supremo derecho de mi fantasía, no interviniese y me solazara o sufriera. Y, por fin, cuando Don Quijote, agonizante, recuperaba la razón y decía aquello «de yo fui loco y ya soy cuerdo…; ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño», yo, la verdad, lo que lamentaba es que fueran idos y desaparecidos aquellos pájaros de la ilusión y que la realidad, injusta y cruel, se impusiera a los ensueños y las «locuras» de un corazón enamorado de la belleza y la justicia.

Así, pues, el mundo entero entró en mi alma por las puertas de oro del *Quijote*. Y aunque físicamente yo no hubiera salido de Galicia, volvía a Cuba con una noción universal de la existencia —de sus pasiones, de sus ideales, de sus victorias y sus fracasos— tal y como esa noción podía ser asimilada por un espíritu adolescente. Únanse a esto las lecciones de Historia de Murguía, más eficaces que las del instituto, y otras lecciones que aprendí leyendo otros libros u observando por mi cuenta a los seres y las cosas que tenía a mi alrededor en una ciudad que era, como todas las ciudades, grandes o chicas, un resumen o espejo del drama permanente de la humanidad.

Volví a Cuba, si no hecho un hombre, hecho «un hombrecito». Pero, como diría mi abuela doña Dolores, al besarme y oírme hablar con el dejo coruñés, «un hombrecito muy español». Así era realmente, y tengo interés en recalcarlo, en insistir en la que llamaré «mi sensibilidad hispánica», porque, de lo contrario, no se comprendería mi actitud ante los episodios bélicos y políticos que constituyen el tema y la sustancia de esta primera parte de mis Memorias. Quiero también insistir en que mi «sensibilidad hispánica», sucesivamente labrada en el hogar, en el colegio y en mis dos viajes a Galicia, no incluía en modo alguno desamor a Cuba, sino que —como en tantas personas mayores de la Isla, peninsulares y criollos— significaba, noblemente,

un profundo anhelo de que Cuba no dejase de ser española. Es decir que yo, con mis trece años apenas cumplidos, pensaba como cualquiera de aquellos cubanos autonomistas, fieles a la Madre Patria, o como cualquiera de aquellos españoles que habían fundado en Cuba sus hogares y no podían admitir sino doliéndoles el alma la victoria posible del separatismo.

Yo hubiese querido en aquella temporada adelantar en el conocimiento del idioma gallego: el de Macías el Enamorado, el de las cantigas del rey poeta, el de Rosalía, el de Curros Enríquez, el del autor de aquellos *Queixumes dos pinos*, el bardo Pondal, gran amigo de mi padre. Pero me faltaron mis profesoras de Santiago: mi abuela paterna, fallecida algún tiempo antes, y mis tías Juventina y Pastora, quienes, por no sé qué causas, no vinieron a vernos a La Coruña. Murguía hubiese podido hablarme en el lenguaje melódico de Rosalía, pero me habló siempre en castellano. Y en mi casa del Cantón Grande, el gallego de las criadas, de la aguadora y la cocinera no era, precisamente, el de *Follas novas*, y yo no acababa de entenderlo. Además, fueron numerosas mis lecturas nacionales. Leí entonces algunas novelas de Galdós, de Palacio Valdés, de Valera, de Pereda y de doña Emilia. Y leí también periódicos y semanarios ilustrados de la Corte, en los cuales quizá las caricaturas de Cilla y de Mecachis y los cuentos jocosos de Luis Taboada me interesaban más que los artículos de fondo… Por aquellas hojas impresas conocí los semblantes de los jefes políticos de la época: el de Cánovas, severo; el de Sagasta, con su extensa boca sonreída y su famoso tupé; el de Romero Robledo, jovial; el de Montero Ríos, impasible. Conocí también las caras de los toreros y cómicos en auge: Frascuelo, Lagartijo, Fuentes, el Guerra, doña María Tubau, don Antonio Vico, Emilio Carreras, Pepe Rubio… Creo que fui una vez a los toros y algunas veces al teatro.

En fin: que yo volvía a Cuba «con mucha España dentro», con mucha España pintada, imaginada, soñada, ya que topográficamente sólo una de sus regiones me había entrado por los ojos, dejándome el alma cautiva de su belleza.

Embarcamos. Venía con nosotros Simbad el Marino… Quiero decir, don Pancho Recamán.

[9]
Y LLEGÓ EL *MAINE* *

Asistí a la entrada del *Maine* en compañía de mi hermano Waldo, que llevaba su cintita española en el sombrero, y con el tío Leopoldo, que, «por estar la tarde fresca», se había puesto un chaqué de casimir color tabaco y unos pantalones de «todos tenemos» —a cuadritos grises y blancos— que le transmitiera mi tío Antonio. Hacia las dos de la tarde nos dirigimos al puerto, no sin hacer escala en el café de Cajigas, donde don Leopoldo de Cisneros, mientras consumía pan y jamón y varios vasos de vino, afirmaba que el *Maine* era un cascarón de nuez.

Nuestra intención era llegar hasta el Malecón de la Punta, frente al Morro, o sea a la boca misma de la bahía, pero no pudimos pasar del muelle de San Francisco a causa de la multitud, a quien atraía el mismo espectáculo que a nosotros. Espectáculo que era doble, pues también se esperaba aquella tarde al *Montserrat*, de la Compañía Trasatlántica, con una importante expedición de soldados y buen número de pasajeros e inmigrantes. La tarde era casi fría. Soplaba el nordeste agitando las aguas del puerto. Cabeceaban algunas embarcaciones, otras se balanceaban y aquellos botecitos entoldados, que parecían unas cunas flotantes, saltaban como si fueran a zozobrar.

—¡Qué gentío y cuántos negros! —murmuró el tío Leopoldo con un gesto de desdén aristocrático, que me hizo reír.

Era verdad. En aquella muchedumbre —que colmaba los muelles y se extendía a todo lo largo de la Cortina de Valdés y el Malecón de la Punta— se veía mucha «gente de color», negros, «pardos» y cuarterones, y no faltaban algunos chinos que andaban por allí vendiendo dulces y «chichipó» (gaseosa). Pero predominaban los blancos, españoles y criollos, de todas las clases. Había caballeros bigotudos, con flux de casimir y bastón de puño de bola; dependientes de comercio con indumentaria menos elegante —algunos «riéndose del frío de La Habana», en mangas de camisa—;

* Capítulo xviii del primer volumen de las *Memorias*.

señoras con sombrero o mantilla; criadas peninsulares, sobre todo gallegas, y no pocos voluntarios de uniforme. De aquí para allá iba algún marino del Apostadero, algún guardia del Orden Público, algún vigilante de los muelles. ¿Pero quién pensaba en robarse un saco de azúcar, un fardo de tasajo o un cesto de cebollas? A todo esto —y a humanidad apiñada— olía el muelle de San Francisco.

Waldo escaló una montaña de sacos de azúcar y nos sirvió de vigía al tío Leopoldo y a mí.

—¡Cómo están de soldados, fíjense, los muros de la Cabaña! ¡Cómo me gustan a mí los soldados! ¡Viva España! ¡Y qué de goletas y de barcos grandes! Oigan, ¿por qué no suben?

No subimos. ¡A cualquier hora exponía el tío Leopoldo su chaqué y sus pantalones a cuadros en aquella ascensión! Lo que yo hice fue empinarme cuanto pude sobre la punta de los pies para alcanzar con la mirada más lejos y más alto. De pronto, en uno de los movimientos de la multitud, me sentí empujado hasta el borde mismo del agua, y al volverme, para protestar, reconocí al cocinero del café de Cajigas, mi gran amigo, que me prestaba la protección de sus brazos hasta colocarme en un sitio de preferencia. Lucía su uniforme de voluntario, azul con franjas verdes, y sobre el gran sombrero de jipijapa la escarapela roja y gualda, tan brillante que parecía de metal. Yo no hubiese cambiado a mi amigo, el cocinero de Cajigas, por el propio capitán general. Perdí de vista al tío Leopoldo y dejé de oír las exclamaciones patrióticas de Waldo. Mis ojos abarcaban el amplio semicírculo de la bahía. Hacia el fondo, por el lado Este, emergían los palos negruzcos y verdosos de un buque destruido meses antes por un incendio. Vi pasar dos veces el vaporcito de ruedas que hacía el servicio entre La Habana y Casablanca, antes de que el vigía del Morro anunciara al *Montserrat*. La llegada de un buque de la Trasatlántica, de uno de los «Correos de España», hacía afluir siempre al puerto a un público numeroso. Pero aquella tarde el gran espectáculo no lo constituía el barco español, que era «cosa de la familia», sin amenazas y misterios, sino el *Maine*… Entró el *Montserrat*. La muchedumbre agitó pañuelos, profirió gritos de bienvenida, vertió algunas lágrimas. Desde los muros de la fortaleza de la Cabaña un enjambre de soldados saludó con sus gorrillos de cuartel a los camaradas que traía el *Montserrat* para sustituirles o acompañarles en los últimos episodios de la guerra. Mi amigo el cocinero saludó

también con su jipijapa y no se conformó con dar un «¡Viva España!» estentóreo, sino que lanzó un *aturuxo* —el grito de amor y de combate de sus antepasados celtas—, que vibró entre los azules del cielo y del mar y suscitó en el barco otros *aturuxos*, pero éstos amortiguados por la distancia, y me dejó a mí, por un instante, convertida en una caracola la cabeza.

Pasó una hora. Quizá más. No logro «cronometrar» mis recuerdos. Ello es que cuando el vigía del Morro empezó a comunicarse por medio de sus banderolas con la Comandancia de Marina y millares de voces prorrumpieron en las mismas exclamaciones: «¡Ya llega!», «¡Ahí está!», ello es —repito— que entonces se hizo en la tarde, o en mi alma, menos esplendoroso el día. Y cuando, allá en el mástil del faro, apareció la bandera yanqui, confirmando la llegada inmediata del buque-esfinge, a mí me pareció que se había hecho de noche. Y era, sin duda, porque dos buenos lagrimones me nublarían la vista. Debió de ser así, puesto que mi amigo el voluntario me sacudió suavemente por un hombro, diciéndome, en voz baja, que *non chorase*, que también nosotros teníamos barcos y mil veces mejores y *mais bonitos* que aquél.

¡Barcos bonitos! No olvidaré nunca esta frase… El *Maine*, que ya estaba allí, a la entrada del canal, dando unos bandazos terribles, me pareció muy feo. Avanzaba como una masa enorme, como un inmenso animal antediluviano, negro y sucio, embarrado de un fango pestilente. Hasta me olía mal aquel monstruo. El megaterio, o lo que fuese, adelantó hacia el seno de la bahía y yo tuve que rendirme a la realidad. Era un barco, no bonito, pero un barco de guerra con todo lo que, en proporción mayor o menor, corresponde a esas máquinas flotantes de la muerte. Advertí tres torres blindadas, la hilera de los cañones de estribor y los tres emplazados a la proa. Traía el *Maine* un velamen ostentoso, excesivo, y de los palos mayor y de mesana suspendidas incontables banderas y grímpolas. Todo esto, la verdad, me lo hizo menos antipático y temible: eran blancores y colorines en su arboladura, en contraste con el negror bituminoso del casco. La batería del Morro disparaba las salvas de ordenanza. El *Maine* respondía con las suyas mientras se izaban banderas y gallardetes en la Capitanía del Puerto y el pabellón estrellado reemplazaba en el castillo al nuestro, fugazmente, según norma de la cortesía internacional, que yo entonces ignoraba y me reveló mi acompañante.

Piloteado diestramente por don Francisco Recamán —a quien yo me figuraba muy triste, pero digno y seguro en su puesto—, atravesó el *Maine* la bahía sin que nadie se atreviese a aclamar o protestar. El recelo amordazaba las bocas. Se oían exclamaciones, murmullos, tal voz atiplada de niño o de mujer, algún vozarrón o risotada de hombre, pero todo neutro, solapado y como fundido en ese rumor de las muchedumbres tan parecido al del oleaje.

[…]

[10]
Y VOLÓ EL *MAINE**

El Gobierno seguía tan contento… Y tan activo en su tarea de nombrar subsecretarios, directores generales, alcaldes y jefes de la Magistratura, según las fórmulas de la burocracia de Madrid cuando los conservadores barrían a los liberales, o viceversa. El ministro de Justicia y Gobernación, don Antonio Govin, no respetaba siquiera los nombramientos hechos por don Segismundo Moret, a quien se llamaba el «padre de la Constitución autonómica», nombramientos anteriores al 31 de diciembre del 97. Agentes, curiales, escribientes, abogados sin pleitos, peritos mercantiles sin ocupación, poblaban las oficinas del flamante Estado, y los «viejos haraganes de la colonia», como se llamaba a los empleados españoles, maldecían a Govin, a Moret y al Sursuncorda al verse declarados cesantes.

En mi casa tuvimos por aquellos días la satisfacción de ver colocados al tío Alfredo en la Policía gubernativa y al tío Leopoldo en no sé qué oficina de la Secretaría de Hacienda. De algo habían de servir las relaciones amistosas de mi padre con los prohombres del autonomismo.

Así, pues, iban pasando ante mis ojos y por mi corazón los días precedentes al 15 de febrero. Temores oficiales, por decirlo así, no existían. Ni en el gabinete de Gálvez, ni en el palacio de la Plaza de Armas. Desde Washington, el embajador Polo de Bernabé se encargaba de disipar todas las sombras. Él respondía de las intenciones pacíficas de McKinley; no había que tomar en serio las baladronadas de Morgan, Cullon y otros parlamentarios yanquis, ni los infundios de los periódicos hispanófobos. McKinley —aseguraba Polo de Bernabé— opondría su veto a cualquier resolución de las dos Cámaras que de algún modo lastimase o intentara lastimar a la soberanía española. No estallaría, por lo tanto, esa guerra con que soñaban los «jingoes» y los separatistas.

* Capítulo xx del primer volumen de las *Memorias*.

Hacia el 10 de febrero leí en los periódicos y oí hablar en mi casa acerca de una fiesta que se preparaba en la mansión del presidente del Gobierno. El señor Gálvez había vivido hasta entonces con decorosa modestia; pero su investidura presidencial le obligaba a instalarse en una de las mejores casas de La Habana, sita en la calle de San Miguel. Una legión de pintores, tapiceros, ebanistas y floristas había recibido el encargo de decorar el improvisado palacio. Mis padres contaban, desde luego, con recibir invitaciones, porque hubo en mi casa ir y venir de la modista francesa de mi madre y supe que mi padre estrenaría un frac. El doctor Espada y mi tío Antonio figuraban también entre los invitados; pero el segundo dudaba «entre ir o no ir», porque se hablaba de la posible presencia de míster Lee en la fiesta. Y decía mi tío:

—Yo a ese hombre no lo trago. El general lo recibe porque no tiene más remedio. Y quiera Dios que con esas entrevistas se disipen las sombras que nos envuelven. ¿A qué estamos hoy? A 12. Pues a mí me consta que mañana, 13, por la noche, en la quinta de míster Williams cenarán y conspirarán juntos míster Lee; el comandante del *Maine*, Sigsbee; el cónsul británico, y tres o cuatro separatistas de los de tomo y lomo. De manera que ese míster Lee juega a las dos bandas….

A lo que argüía mi padre:

—¡Medrados estaríamos, Antonio, si nos tragásemos todas las bolas que ruedan por La Habana! Lo cierto es que transcurren los días y la posición del Gobierno insular se hace más firme. De lo que se trata ahora es de ayudarle y de evitar roces con los Estados Unidos… A mí también me es profundamente antipático míster Lee, pero en estos momentos, por nuestra parte, toda diplomacia es poca…

Intervenía el doctor Espada:

—Me inclino a creer en el doble juego de míster Lee. Respondamos nosotros jugando limpio, con las cartas sobre la mesa. Y confiemos en que los hombres más moderados e inteligentes del autonomismo, los Cueto, los Montoro, los Fernández de Castro, sabrán contener los ardores de los reformistas y atraer a la legalidad a los insurrectos. Yo tengo confianza. Y confieso que asistiré a la fiesta presidencial como a una boda. Hasta pienso bailar.

El día 14 se conoció por la prensa la nómina de los invitados. «Todo el mundo oficial —resumía un cronista de salones— y la "crema" de la sociedad habanera.» Me costó trabajo admitir que formasen parte de una sustancia tan delicada personas co-

mo don Pancho Aldao, con su volumen de mastodonte, y la colosal mujer del ferretero Vila, que fumaba como un sargento. En cambio, me imaginaba a mi tío eclipsando a todos los militares con su uniforme, al doctor Espada danzando muy gentilmente una polca y, desde luego, a mi madre —que no pasaba entonces de los treinta y ocho años— convertida en la soberana del baile.

Y llegó el día 15. Día invernal. Existe un suave invierno habanero, que las damas elegantes aprovechan para lucir sus pieles compradas en Nueva York. Amaneció lloviendo. Era una lluvia fina y continua, que por la tarde se hizo intermitente. ¡Qué lástima! Hubiese sido preferible uno de aquellos chubascos que parecían de pronto un diluvio y quedaban reducidos a un riego celeste que barría la basura de la ciudad. Aquel orvallo podía deslucir la fiesta con el lodo casi líquido que iba formándose en las calles y que salpicaría el charol de los coches, los vestidos de las señoras y los pantalones de los caballeros. Se temió esa tragedia… Pero el sol lució a última hora, secó rápidamente las calles y mi madre dejó de temblar por su *toilette*. Era un vestido de satén negro, escotado, muy pomposo, con bullones, encajes —que oí llamar ponderativamente a la modista «de Chantilly»— y aquel polisón, tan gracioso en algunas mujeres y tan ridículo en otras, pero que —parcialidad de hijo— a mi madre, que era alta y esbelta, le sentaba muy bien. Mis hermanas Margarita y Mercedes, de dieciséis y quince años, la miraban suspensas de admiración. Mi padre, con su frac recién entregado por el sastre, estaba hecho un figurín. Yo le ayudé a ponerse el abrigo y me di el gusto de abrir el clac. Una capa de seda blanca, o tal vez un chal de lo mismo, cubrió los hombros de mi madre. El coche esperaba. Mis hermanas y Waldo bajaron hasta el zaguán. Yo prefería asomarme al balcón, donde permanecí hasta que el landó, con aquella pareja enamorada y en aquel momento absolutamente dichosa, dio la vuelta por la esquina de San Rafael.

El baile presidencial estaba anunciado para las ocho. A esa hora debieron de salir mis padres. No recuerdo lo que hice hasta el instante en que aquella noche de confianza y holgorio se trocó en noche de sangre y fuego y de terribles augurios. Pero recuerdo muy bien que me encontraba solo, de codos en el balcón, mirando a la calle, cuando me sobrecogió un gran ruido como de trueno, y vi cubrirse el cielo de una

luz rojiza que resplandeció en las fachadas de las casas y las losas de las aceras: ruido y luz tremebundos. Mis hermanas aparecieron, temblorosas, en el balcón:

—¡Ay, Jesús! ¿Qué fue?

Yo dije:

—Un polvorín… Una explosión.

La gente corría por la calle. Se oyeron voces y pitidos de alarma. Waldo se precipitó escaleras abajo, curioso y temerario siempre. Sonó el timbre del teléfono. Atendí yo. Era la voz de don Pancho Recamán. Y sus palabras fueron:

—¡Ah, eres tú, Albertiño! Acaba de saltar el *Maine*. ¡Dios nos coja confesados!

Y colgó. «¡Acaba de saltar el *Maine*!» Es decir, de estallar… Al darles la noticia, mis hermanas permanecieron silenciosas. Ya sabían «lo que era» y se les pasaba el susto. A mí me entró entonces… Apareció Waldo hecho un diablillo:

—¡Ha reventado el *Maine*! ¡Me alegro! ¡Viva España!

Le increpé:

—¡No seas bruto! ¡Cállate! Esto a los españoles no puede convenirnos. Don Pancho dice «que Dios nos coja confesados». ¿Comprendes?

Volvimos todos al balcón:

—¿Y papá? ¿Y mamá?

—¡Ay, Dios mío! ¿Les habrá ocurrido algo? —decían mis hermanas.

Las tranquilicé. En la calle todo era dar carreras, formar grupos, repetir: «Voló el *Maine*. Sonaban los silbatos de los guardias de Orden Público. Y las campanas de las iglesias repicaron juntas. Vimos pasar la «bomba» y el «carretel» de los bomberos del Comercio por la esquina de San Rafael.

—Parece que se hunde La Habana.

—¡Ay, Virgen Santísima! ¿Y papá? ¿Y mamá?

—¡Virgen de la Caridad del Cobre!

Se hincó de rodillas, allí mismo, en el balcón, la más devota de mis hermanas, Mercedes. Comenzó a llorar la otra, Margarita. Y el «bárbaro de Waldo»:

—¡Miedosas, so miedosas! ¡Ahora mismo corro yo al muelle de la Machina a enterarme!

En esto vimos aparecer el landó de casa, con la capota echada, y dentro, sin duda, papá y mamá. No olvidaré nunca la escena. Bajamos los cuatro hijos que estábamos en

pie —los dos pequeños dormían— y las criadas a esperarlos, a recibirlos en la puerta de la calle, como si fueran a llegarnos maltrechos, quizá heridos y medio chamuscados por la explosión. Descendió mi madre del coche sosegadamente, y tan bien compuesta como había salido. Pero mi padre bajó de un salto, muy nervioso, con el clac de medio lado, sólo el tallo de la gardenia en la solapa y la cólera resplandeciéndole en los ojos.

—¡Subid deprisa! —nos gritó.

Obedecimos. Ya arriba, en la saleta, mi madre respondió a los besos y las preguntas de las niñas, y mi padre, entregándome el famoso clac —que, a pesar de todo, cerré— y aflojándose el cuello de la camisa, pidió un vaso de agua… Después dijo, me dijo más bien, con un resuello de angustia:

—Ya sabéis. ¿Cómo supisteis?

Respondí:

—Telefoneó don Pancho.

—¡Ay, hijo, qué desgracia, qué espantosa desgracia! Porque dirán…, ¡claro!…, dirán que hemos sido nosotros… Ya…, ya en el baile ha habido quien lo ha dicho… ¿Nosotros? ¡Miserables! ¿Hacer nosotros lo que buscaban ellos?… ¿O hacer lo que sólo a ellos podía convenirles?… ¡Qué odiosa maquinación! ¿Qué ocurrirá, Dios mío? ¡La guerra! Sí, la guerra… Ya tienen nuestros enemigos el *casus belli*.

Mi madre puso las joyas que acababa de quitarse en manos de mis hermanas, se acercó a aquel hombre anonadado por la tragedia y, en tono maternal, le dijo:

—Todo lo que ahora piensas puede resultar muy distinto. Estás bajo el peso de una emoción demasiado fuerte.

Y sentándose a su lado:

—¿Por qué no admitir lo más simple?

—¿A qué llamas tú lo más simple?

—A que esa explosión haya sido casual, como tantas explosiones.

—Quizá haya sido casual. Pero, aun así, Sara, pueden achacárnosla.

—Yo no comparto tus temores, Waldo. Verás como no pasa nada.

Mi padre sonrió con tristeza, y levantándose tomó del brazo a mi madre, parodió un paso de baile y dijo con un acento de burla dolorosa:

—¡De modo, Sara, que bailábamos sobre un volcán! ¡Qué buena eres al querer darme una confianza que no tienes, que no puedes tener!

Se detuvo, y envolviendo en la misma mirada a los cuatro hijos que tenía delante, profirió:

—Id a acostaros y que Dios os bendiga.

Yo tardé mucho tiempo en dormirme. Recordaba todas las escenas de la aparición del *Maine* en el puerto, volvía a ver al orondo míster Lee en la escala del buque y a mi gran amigo, el cocinero de Cajigas, cuando cerró el puño, le flamearon los ojos y masculló: «*¡Q'inda estoupes!*». Pues ya había reventado el *Maine*. Pero yo sabía muy bien que ninguna mano española hubiese puesto en práctica la maldición de mi amigo; que del dicho al hecho, en aquel caso el trecho lo formaban la sensatez y la prudencia de los españoles de la Isla, pues ninguno, ni el más exaltado, ni el más «quemado» por las provocaciones e insidias de los «jingoes» y de los criollos que les hacían el juego, dejaba de medir las consecuencias trágicas para España del menor atentado contra el *Maine*, cuyos oficiales y tripulantes paseaban por las calles habaneras y entraban en los cafés y en los teatros sin que nadie, nadie, les dirigiese siquiera una mirada hostil.

Mi «idea» era la misma de mi padre: que de haber sido intencionada, provocada, ejecutada la explosión por alguien, ese alguien no era un español. Y segundo: que si la explosión había sido fortuita e interna, una cábala diabólica ya se formaría para imputárnosla a nosotros. De ser así, naturalmente, era el *casus belli*. (¡Qué orgulloso estaba yo de saber este latinajo!) Y estallaría la guerra… Bueno; y si estallaba, ya nos defenderíamos los españoles, por mar y por tierra. Y como estábamos acostumbrados a pelear y el «heroísmo en nosotros era espontáneo y fecundo en hazañas» (esta frase me prometí ponerla en uno de mis artículos de *El Eco*), ya verían McKinley, míster Lee y sus huestes lo que era provocar a los hijos del Cid.

A esta reacción patriótica le debí un primer sueño sosegado, del que desperté con angustia a causa de aquel «Dios nos coja confesados» de don Pancho Recamán, que volvía a mi memoria como un presagio de acontecimientos espantables.

Al día siguiente, muy de mañana, con el último sorbo del desayuno en la boca, Waldo y yo nos echamos a la calle. Una «guagua» repleta de trabajadores blancos y de color nos dejó cerca de la Plaza de Armas. Era nuestra intención, por de pronto,

ver lo «que quedaba» del *Maine*, y luego visitar a don Pancho para que nos comunicase pormenores de la catástrofe, pues suponíamos, con razón, que habría figurado entre las autoridades y personas que prestaron los primeros socorros. Ya en la «guagua» oímos comentarios acerca del siniestro: comentarios a media voz, reticentes, como si nadie se atreviera a manifestar su parecer. Un hombre anciano, español, dijo: «La cosa vino de adentro». Un cuarterón mal encarado opuso un «quién sabe», al que siguió la risa insolente de un negro viejo, que mascaba tabaco y tenía apestado todo el vehículo. El cochero gritó desde el pescante: «¿Quieren callarse el "bembo", caballeros?». Callaron las bocas, pero las miradas seguían revelando las ideas de cada cual.

No resultó fácil el acceso a los muelles. Había cordones de tropas, grupos de bomberos y marinos que iban de un lado a otro, gentes del Servicio de Sanidad y los hospitales, guardias de Orden Público que contenían a la multitud.

—No se puede pasar… Están buscando los cadáveres… Se temen nuevas explosiones…

Algunos curiosos se retiraban en silencio. Otros esperaban la ocasión de burlar la vigilancia. La astucia de Waldo no tardó en depararnos un puesto desde el cual vimos bien poca cosa, la verdad, pues lo que del *Maine* quedaba a la vista era una pequeña confusión de hierros retorcidos, una pobre chatarra todavía humeante y que parecía pronta a desaparecer. Sin el enjambre de embarcaciones que rodeaban los restos visibles del *Maine*, sin la ansiedad que flotaba en el ambiente, sin la imagen que cada uno se formaba del acorazado hundido en el fondo de la bahía y, sobre todo, sin el temor a las consecuencias de la catástrofe, el espectáculo hubiera sido apenas impresionante. Una de las piezas que emergían me pareció simbólica por su forma aproximada de un punto de interrogación… ¿Qué iba a pasar? O más bien, lo que fuere, ¿cuándo iba a pasar?

Del crucero *Alfonso XIII*, a corta distancia del *Maine*, vimos bajar algunos bultos largos, envueltos en lonas, y varias camillas. Ignorábase el número de los muertos, pero se sabía que entre ellos no figuraba el comandante Sigsbee ni miembro alguno de la alta oficialidad: «Estaban de guateque en el *Washington*», le oímos decir a alguien junto a nosotros. De guateque, de fiesta, en el *Washington*, uno de los barcos de la línea Ward, entre Nueva York y La Habana… La misma persona hizo este comentario: «Pero siempre quiebra la soga por lo más delgado… Los marineritos cayeron co-

mo moscas». Quien así hablaba era un joven bien trajeado. Nosotros hubiéramos querido seguir escuchándole —pues en seguida advertimos que era español—; pero apareció un guardia, bastante benévolo, que nos dijo:

—Ya que se han podido colar, no hablen. No está el horno para bollos.

—Vámonos —le propuse a Waldo.

La noticia del guateque a bordo del *Washington* me había impresionado mucho. La explosión del *Maine* —pensé— había sobrevenido con música, con danzas y probablemente con las explosiones de los corchos del *champagne*… Baile en el «palacio» del presidente, baile a bordo de un simpático paquebote. Y ahora, esta Habana medrosa y recelosa, de gentes empavorecidas y gentes —como el cuarterón mal encarado de la «guagua— que veían en la voladura del *Maine* el buscado pretexto para la guerra de los españoles con los yanquis.

[…]

[11]
HORAS DE ANGUSTIA*

Aquella actitud patriótica de mi padre y mi tío, expresada en tonos y con matices distintos —según el grado de la inteligencia y cultura de cada cual— fue unánime entre los españoles «del escenario de mi casa». Don Pancho Recamán, que vino a vernos en la noche del 16, no fue elocuente, sino silencioso. Oyó hablar a todos y no dijo nada que aludiese a lo venidero, a las «consecuencias políticas y militares de la catástrofe». Habló únicamente, y con laconismo, de la explosión, porque había estado alrededor del barco hundido y entre las llamas prestando socorro, «salvando gente, como era su deber». Tenía una de las manos envuelta en una gasa. «Una mordida de uno de los pobres marineros —explicó—. ¡Caramba, qué dientes! Pero lo salvé.»

Al preguntarle mi padre por la causa de la explosión:

—Interna —dijo, despidiéndose.

Quedaba mucho por hacer allá en el puerto. Seguían las aguas «escupiendo» cadáveres carbonizados, decapitados, mutilados, y no sólo por la pólvora, sino también por los tiburones, «que se estaban dando un festín».

Una sonrisa misericordiosa acompañó, quitándole toda crueldad, a este chiste macabro. Todos guardamos silencio, impresionados por aquella sonrisa del buen navegante, para quien en la hora del dolor y la muerte eran como hermanos todos los hombres del mar.

Los despojos de las víctimas del *Maine* —menos de ochenta— fueron conducidos al Ayuntamiento, en cuya sala capitular estuvieron tendidos hasta que llegaron los ataúdes. Las coronas llenaban el salón de sesiones. El gobernador militar, el Ministerio, las corporaciones civiles y militares, los voluntarios y todas las asociaciones españolas y un gran número de particulares habían rivalizado en el tributo. Con la experiencia del día anterior, me abstuve de formar parte de la muchedumbre que acu-

* Capítulo xxi del primer volumen de las *Memorias*.

día al Ayuntamiento a presenciar aquella «gran ópera fúnebre». Pero desde el balcón de mi casa, que casi hacía esquina con la calle de San Rafael, pude asistir al paso del entierro, que comenzó a desfilar por la tarde, temprano, a eso de las tres. Algunos balcones estaban enlutados. Vi pasar primero seis grandes carros atestados de coronas y cruces de flores, y detrás de ellos, en diversos vehículos, desde la espléndida carroza mortuoria hasta el simple armón de artillería, algo más de setenta cajas de caoba con adornos de plata, que relucían bajo el sol. Como, según pronto se supo, los muertos en su mayor parte eran católicos, de los Estados del Sur, seguía el clero parroquial con cruz alzada. Aparecía después la presidencia del duelo, formada por el cónsul Lee, el comandante Sigsbee y sus oficiales —los que cenaban en el *Washington* en el momento de la explosión—, y dos ayudantes del gobernador general. Y en seguida las representaciones de todos los cuerpos militares y de voluntarios, del Gobierno Insular, del Municipio, de la Audiencia, de la Cámara de Comercio, del Casino Español, de los Centros regionales… Una compañía de soldados de Infantería de Marina, con los fusiles a la funerala y la bandera enlutada y más de mil carruajes ponían término al cortejo, al cual siguió una multitud popular heterogénea de razas, pero unánime en la marcha despaciosa, arrastrando los pies como en las procesiones y en el más profundo silencio. Entre el Municipio y el camposanto la distancia era enorme. No obstante, según leí a la mañana siguiente en los periódicos, fueron incontables las personas que ya al anochecer asistieron «en el magnífico cementerio de Colón al epílogo del luctuoso episodio». En dos grandes fosas tomaron tierra provisionalmente los marineritos del *Maine*. No hubo discursos, sino un breve responso. Míster Lee dio las gracias al alcalde de La Habana, como representante del pueblo, por el tributo rendido a las víctimas. Y así concluyó aquel día memorable. Que no era, ciertamente, un epílogo, sino parte del prólogo de más dramáticos capítulos de nuestra Historia. Y, desde luego, de la Historia del mundo.

Comenzó a salir gente de La Habana. Gente adinerada. «Huían de la quema…» A eso lo llamaban «chaquetear». Las agencias de navegación despachaban pasajes para los Estados Unidos y México, para España y Francia.

—Nosotros nos quedamos —declaró mi padre—, y nos quedamos, en primer término, por una simplicísima razón de dignidad patriótica, y en segundo término, por-

que, en el caso de que estalle la guerra…, que no está dicho que estalle…, no creo que vaya a convertirse La Habana en una Numancia o una Troya. Los que huyen no lo hacen todos por temor ni por miedo. Los que se embarcan para La Florida y Nueva York lo hacen por complicidad con los jingoístas. Quieren sembrar el pánico.

En efecto. El jingoísmo golpeaba en la caja de los truenos. Pedía el reconocimiento de la independencia de Cuba por parte de España. Y si de las investigaciones que se hiciesen para conocer las causas de la explosión del *Maine* resultaba algún indicio desfavorable para España, exigía la declaración inmediata de la guerra.

Mi padre y el doctor Espada, que solían estar casi siempre de acuerdo, mostraron en aquella ocasión un optimismo angelical.

—Los yanquis —decía el doctor— son perros ladradores, no mordedores. Además, estoy persuadido de que sólo una exigua minoría del pueblo yanqui desea la intervención; la parte más sana y numerosa se opone resueltamente a ella. Y una vez que se averigüen las causas de la «voladura» y resplandezca, como el mismo sol, la rectitud de España, no es posible…, ¡vamos, será algo monstruoso!…, que el Parlamento de Washington vote la declaración de guerra.

Y mi padre aprobaba, añadiendo que «algún suceso imprevisto podía presentarse y disipar los nubarrones y las sombras…».

Previstos o imprevistos, los sucesos contradecían la confianza de aquellos dos buenos españoles, que eran para mí un par de oráculos. Así, la aparición de nuestro crucero *Vizcaya* en la bahía de Nueva York fue interpretada por ellos «como algo que haría meditar a McKinley, facilitando un arreglo amistoso». Y no tardó en saberse «que el presidente no transigía con menos que la total evacuación de las tropas españolas del territorio cubano y la conclusión inmediata de la guerra». De otra parte, el Congreso de la Unión otorgaba cincuenta millones de dólares al Departamento de Guerra «para eventualidades posibles». Y barcos de la escuadra yanqui llegaban a varios puertos de Cuba con víveres «para regalar a las pobres víctimas de la reconcentración weyleriana». Un míster Proctor y un míster Thuston andaban recorriendo, como emisarios de McKinley, las provincias de Matanzas y Pinar del Río, y sus informes presentaban a todo el país muriéndose de miseria y de hambre… Con lo cual se trataba de dar a la intervención un cariz humanitario y de atraer a los filántropos al campo jingoísta.

Hacia fines de marzo el doctor Espada, mi tío Antonio, mi padre y, en general, todos los españoles de la Isla se llevaron un gran disgusto. Dos comisiones navales, una norteamericana y otra nuestra, se habían constituido para investigar las causas de la catástrofe del *Maine*. Los técnicos españoles manifestaron que la explosión «no pudo ser externa», porque, examinado el casco por los buzos al través del légamo de la bahía, «se comprobó que no había sufrido daño alguno». Pero la comisión yanqui afirmó en su informe —del día 25 de aquel mes— lo contrario: «Que la voladura había sido ocasionada por el estallido de una mina que se comunicó a varios depósitos de pólvora del pañol de proa». Publicado este informe, el grupo intervencionista arreció en su campaña, y, al grito famoso de «*¡Remember the* Maine*!*», las turbas se echaron a la calle exigiendo la declaración de la guerra.

—¡Qué indignidad, qué injusticia! —exclamaba, consternado, mi padre.

Su amigo el doctor le hacía eco. Y ambos explayábanse después en conjeturas, pronósticos y distingos… La guerra no era todavía inevitable. Los informes de las dos comisiones, «a todas luces contradictorios», serían sin duda examinados, comparados, por una comisión neutral de las grandes potencias… Además, la diplomacia «no había dicho su última palabra». Y quedaba por jugar una gran carta, la de León XIII, que ya en 1885, en la diferencia surgida entre España y Alemania sobre la posesión de las islas Carolinas, había intervenido como árbitro luminosa y eficazmente, reconociendo la soberanía de la Corona española sobre aquel archipiélago.

Por entonces entraron en la bahía de La Habana nuestros cruceros *Oquendo* y *Vizcaya*. Eran como la avanzada de una gran flota que completarían el *Pelayo*, el *Carlos V*, el *María Teresa* y «otros buques formidables». Decíase en los periódicos y los corrillos que el grueso de nuestra Armada había salido ya de Canarias dispuesta a ser la primera en el ataque, «si no se encontraba un medio honroso de evitar el conflicto».

[…]

[12]
LA TARDE DEL 21 DE ABRIL*

Pero yo tenía otros modos de ganar la guerra. ¡Mis artículos! Después de escribir para *El Eco* unas croniquillas ardientes de fe en nuestra victoria e iluminadas con ejemplos rutilantes del valor hispánico, quedaba yo tan convencido de que los sucesos se irían desarrollando tal y como se fraguaban en mi mente. Que yo soñase y escribiese «así» poco o nada tiene de extraño; mi mundo era todavía una obra de magia. Pero es el caso que, con mejor sintaxis, las dos plumas próceres de *El Eco*, las del doctor Espada y mi padre, escribían lo mismo. Y más aún: en todos los periódicos españoles de La Habana (los separatistas eran clandestinos) no había información o comentario que no revelase confianza en el triunfo de nuestras armas. Si este optimismo provenía del deseo, del frenesí patriótico y no de un examen «frío» de las circunstancias, no era yo quién entonces para entenderlo. Bien es verdad que, a falta de un periódico que diera la nota pesimista (el Gobierno había establecido la censura), los partidarios de la intervención echaban a rodar sus «bolas» y a volar sus *canards*, que en algunos españoles producían su efecto.

En fin: un día se supo que los separatistas se negaban a todo pacto, que rechazaban el régimen autonómico, aunque lo amparasen los propios Estados Unidos, contra quienes lucharían, llegado el caso, «con el mismo denuedo con que lo habían hecho contra los españoles». Esta frase figuraba en un manifiesto firmado por Estrada Palma. El armisticio resultaba, pues, inútil, y las maniobras diplomáticas de Giberga, Dolz, Viondi y otros jefes autonomistas para la obtención de la paz sin la injerencia yanqui, totalmente estériles.

—¡No queda otro recurso que luchar! ¡Que luchar y vencer! —exclamaba mi tío Antonio—. Los voluntarios estamos dispuestos.

El 6 de abril llegó la noticia del fracaso de las gestiones de Su Santidad León XIII, «cortésmente» rechazadas por McKinley. ¿Era la guerra? Quizá no; toda-

* Capítulo xxii del primer volumen de las *Memorias*.

vía… El Gobierno insular publicó un manifiesto, dirigido a todas las naciones, en que describía «la verdadera situación política, social y económica de Cuba, que bajo la soberanía española había alcanzado un grado altísimo de civilización y de cultura», y en el que protestaba «de las intromisiones de la Casa Blanca en los asuntos de la Isla». Los Estados Unidos sabían perfectamente que el nuevo régimen satisfacía las más altas aspiraciones de los cubanos y que las Cámaras, próximas a reunirse, votarían una Constitución que amparase todos los intereses de la patria. Este documento; la noticia de que la fracción conservadora, presidida por el marqués de Apezteguía, aceptaba en absoluto «los hechos consumados» —esto es, el Gobierno autonómico—, poniéndose a disposición del gobernador general; los rumores de que en Madrid se rechazaba «cuanto pudiera atentar a la dignidad española, y, por fin, la suspensión del anunciado mensaje presidencial al Congreso norteamericano, vinieron a levantar los ánimos de quienes —como mi padre— no depusieron hasta última hora su esperanza en una solución pacífica del conflicto.

Por otro lado —según el comandante Latorre—, Rabí negábase resueltamente a seguir peleando y estaba dispuesto a reconocer al Gobierno autonómico; otros jefes separatistas, entre ellos Massó, parecían inclinados a imitar su conducta, pues «les repugnaba el apoyo de los yanquis, que serían capaces de alzarse con el santo y la limosna». Y, por fin, «el propio Máximo Gómez vacilaba entre sostener sus compromisos con Lee o aceptar el fraterno abrazo de los autonomistas».

Cuatro o cinco días después, los hechos comenzaron a derribar, uno a uno, aquellos castillos de naipes. Míster Lee tomaba el tole para Nueva York, dejando a su colega el cónsul inglés como representante de los intereses norteamericanos en la Isla.

—¡Ya se ha ido ese hombre! —le oí exclamar a mi tío Antonio—. ¡Tanto mejor; así no tendremos que arrastrarle!

Pero mientras los auténticos patriotas españoles «se crecían» ante la amenaza inminente, otros, patriotas tibios o separatistas encubiertos, liaban sus bártulos y asaltaban cualquier barco surto en bahía que partiese para Santo Domingo, Jamaica o Nueva York; para cualquier parte. Era una desbandada, un «sálvese el que pueda» que mi padre calificó de «ignominioso» en un artículo de *El Eco*.

Entre las personas de mi familia y nuestras amistades no hubo ningún «desertor».

Otro día, a mediados de aquel luminoso abril habanero, se supo que McKinley había presentado un mensaje a las Cámaras pidiéndoles autorización «para emplear las armas al intervenir en Cuba con el propósito de crear en ella un Gobierno independiente y fuerte». También se supo que en Madrid se abría una suscripción nacional para fomento de la Marina de guerra, a la cual —esto lo escuché en mi casa— «concurrían los fondos recaudados por mi tío Antonio, que éste había ido entregando "religiosamente" al gobernador militar». Se hablaba asimismo de un manifiesto de don Carlos de Borbón amenazando con una nueva guerra civil si se transigía con los Estados Unidos, y se aseguraba que había habido tumultos en Madrid, en Valencia, en Granada, en Málaga, en casi toda la Península, y que en algunas ciudades el pueblo había apedreado el Consulado yanqui.

—Todo esto es cierto —afirmó mi padre una mañana, en el comedor—. Sé de buena tinta que el embajador de los Estados Unidos en Madrid se ha retirado, que el nuestro en Washington se marcha al Canadá y que la escuadra yanqui está ya evolucionando en las costas de La Florida. De modo, Sara; de modo, hijos míos, que esto se acaba, o, mejor dicho, que esto empieza, pues se levanta el telón sobre el último acto del drama, cuyo desenlace yo espero, confío y estoy seguro que nos será favorable.

El tío Leopoldo, que almorzaba con nosotros, dio un viva a España y se bebió de un trago su buena copa de jerez.

Entre los papeles de mi padre —que consulto y me ayudan a dar consistencia histórica a esta parte de mis Memorias— hallo una transcripción de la respuesta que las dos Cámaras norteamericanas dieron al mensaje del presidente McKinley. Fue éste, según dicha copia: «Que el pueblo de Cuba era y debía ser libre e independiente.

Que era deber de los Estados Unidos exigir que el Gobierno español renunciase inmediatamente a su autoridad en Cuba y retirase todas sus fuerzas de las tierras y mares de la Isla.

Que se autorizaba al presidente de los Estados Unidos para que dispusiese de todas sus fuerzas terrestres y navales, llamando a las milicias de los Estados al servicio activo.

Y que los Estados Unidos declaraban y negaban que tuvieran ningún deseo de ejercer jurisdicción ni soberanía, ni de intervenir en el Gobierno de Cuba, sino para

la pacificación de la Isla, afirmando su propósito de dejar el gobierno y dominio de ésta al pueblo cubano una vez lograda la pacificación».

El día 21 de abril los periódicos habaneros divulgaron y comentaron estas graves noticias. Muy graves, gravísimas; como que significaban «la primera piedra en la lucha con el gigante americano», según leí en *La Unión Constitucional*. Pero lo que sucedió en La Habana entonces no fue que la gente se acobardase o entristeciera, sino que se echó a la calle dando vivas a España y a la autonomía, desplegando banderas y cantando la «Marcha real»…

No puedo menos de recordar que uno de los primeros manifestantes fue… Waldo. No sé dónde encontró una de las cortinas que en las solemnidades religiosas y patrióticas colgaban de nuestro balcón, y, a tijeretazos cortó el trozo que le convenía para improvisar una bandera española.

De asta le sirvió un palo de escoba. Y seguido por mí, tremolando orgulloso su estandarte, entró en la calle de San Rafael, ya invadida por el gentío que se encaminaba al Parque Central. Aquella multitud formábanla sobre todo españoles —voluntarios con sus uniformes de campaña, comerciantes, obreros, trabajadores del muelle—, pero se veían también, como en todas las aglomeraciones de La Habana, negros y mulatos… y hasta chinos. Había algunas mujeres. La tarde de abril era espléndida y no muy calurosa. Había caído, entre la una y las dos, uno de esos chaparrones que dejaban limpias y «oliendo a campo» las calles de la ciudad. En casi todos los balcones lucían el rojo y oro de nuestra insignia, sin contar con que la banderita de Waldo no era sino una, y no de las mayores, entre cien, entre mil. Pero nadie daba vivas a España más continuos, más agudos, más «musicales» que él. Su pequeña garganta era un clarín. Iba con el pelo alborotado, los ojillos chispeantes, las mejillas coloradas, el sudor corriéndole hasta la boca. No andaba, sino que saltaba, con el brazo derecho muy en alto, porque no podía permitir que nadie enarbolara una bandera más grande ni más hermosa que la suya.

Y así llegamos al Parque Central. En los leones de mármol de las esquinas cabalgaban negritos y blanquitos «mataperros». La estatua en bronce de Isabel II negreaba entre el azul del cielo y los verdores y la policromía floral del jardín. Waldo saludó a la reina con su bandera y dio un inesperado «¡Viva Isabel II!» que hizo reír —y aplaudir— a la gente que nos rodeaba.

—¡Miren al galleguito!

—¡Y qué guapo va!

Waldo no se daba cuenta de su triunfo. Tenía la sencillez de los héroes… Dos mocetones blancos lo pasearon en hombros hasta la salida del parque, y entonces sí que su bandera fue la más alta y flameante de todas.

Por la calle del Obispo, roja y amarilla de colgaduras, cuajada de gente en los balcones y las puertas de los comercios, la muchedumbre se encaminó en orden casi marcial a la Plaza de Armas, gritando siempre «¡Viva España!», «¡Viva la autonomía!», y no sin algunos «mueras» a McKinley y míster Lee.

El gentío se detuvo frente al palacio del gobernador —antes capitán general—. Y no tardó en asomarse al balcón del centro Su Excelencia, con su uniforme de diario, de rayadillo. Yo no lo había visto nunca. Con su bigote lacio y su perilla, ya canosos, y el semblante muy pálido, el general me pareció un enfermo a quien un deber ineludible obligaba a levantarse de la cama. Pero en seguida sus ojos brillaron, su rostro se animó y, erguido el busto y elevado el brazo derecho, comenzó a pronunciar una arenga de la cual no escuché sino algunas palabras, porque su voz sólo se oía bien desde las primeras filas de los manifestantes, y Waldo y yo nos hallábamos en las últimas. Además, los aplausos y los vítores interrumpían el discurso. Recuerdo esta frase: «España saldrá victoriosa de agresión tan inicua… Pero si la suerte se nos mostrase adversa sabremos imitar, y yo el primero, el sublime ejemplo numantino». Aquello parecía dictado por mi padre y, sin la menor duda, mi tío Antonio lo hubiese dicho con más vehemencia que el general Blanco. De todos modos, al retirarse del balcón Su Excelencia, redoblaron los vivas y los aplausos. Yo vi a muchos llorar y abrazarse, querer seguir gritando y no acertar sino a contraer la boca con un gesto de rabia. ¡Qué emoción y qué lagrimones los míos! Waldo no lloraba: gritaba y seguía incansable tremolando su bandera.

Divididos en dos columnas, los manifestantes entraron por las calles contiguas del Obispo y O'Reilly, para reunirse de nuevo en el Parque Central. Pero yo, que me sentía muy cansado y nervioso, le propuse a Waldo:

—¿Y si fuéramos al café de Cajigas?… Ya que estamos junto al callejón de San Pedro. ¿No tienes hambre?

—Sí, mucha. Y sed. ¡Ay, qué sed!

—¡Pues vamos!

Enrolló su bandera, se enjugó el sudor. Tenía los cachetes como dos tomates.

Encontramos el café convertido en un anejo de la Plaza de Armas. Había un hombre peninsular, cuarentón, bigotudo, en mangas de camisa, subido sobre una mesa. Peroraba. Decía:

—¡Antes que ceder, morir hasta el último!

Alguien clamó:

—*¡Morirás ti, que eu non vou a morrer, sino a matar a muitos de esos yanquis do demo!*

—*¡Eu tamén!* —repuso el orador.

Y siguió entre risas y bravos su perorata, en la cual salieron a relucir los nombres de Pelayo, de María Pita, de Méndez Núñez, de Daoiz y Velarde y de… Weyler.

El dueño del café, con su uniforme de capitán de voluntarios, vino a tirarle de la manga.

—¡Mira, Regueira, cállate ya!… Te sobra razón, pero también te sobra bebida en el cuerpo.

Fue entonces cuando vimos entrar a nuestro gran amigo, el cocinero. Venía de la Plaza de Armas, como nosotros.

Según su costumbre, nos hizo pasar a la cocina y —era lo que Waldo y yo veníamos buscando— nos ofreció un sabroso piscolabis. De pronto le vi ponerse algo serio, como perseguido por una idea, y concluyó haciéndome, con timidez, esta asombrosa pregunta:

—¿Quiénes fueron los numantinos? Eu estoy dispuesto a imitarlos, pero ¿qué ficieron?

Y allí, en la cocina inolvidable del café de Cajigas, puse cátedra de Historia hispanorromana.

—Non creo —dijo, después de haberme escuchado boquiabierto mi «alumno»— que ningún yanqui pueda compararse con ese Cipión…

—Escipión.

—Bueno, con ese Escipión que tú me has dicho. Pero entre las tres maneras que tuvieron los numantinos de morir, unos atravesándose con sus espadas, otros tragán-

dose un veneno y otros arrojándose a las filas romanas para morrer matando, a mí la que me parece millor es la última. Yo me llevaré una docena de «jingoes» por delante… Pero ya verás cómo no hace falta. Venceremos. Lo que es por tierra no podrán con nosotros. Y por mar, diréche…

—Pueden bloquearnos, rendirnos por hambre…

—¡Bah! La Isla está atiborrada de víveres. De tasajo, de azúcar, de bacalao, de aceite, de fariña, de manteca. Y se puede vivir chupando caña y comiendo aguacates y mangos. Y se puede pescar y cazar. Y, si chega el caso, sembraremos «patacas» y coles en el Parque Central. ¡Que vengan! ¡Que veñan! ¡Los esperamos!

—¡Que vengan, que vengan! —repetía Waldo, blandiendo el cuchillo de cortar la carne.

Cuando regresamos a casa, al cruzar el parque vimos cubierta de flores y banderas la estatua de Isabel II.

Y en el comedor de casa encontramos, a punto de sentarse todos a la mesa, al doctor Espada, que decía, aproximadamente, las mismas cosas que el insigne cocinero de Cajigas.

—Vendrán; sí, señores. Nos bloquearán. Pero en cuanto asomen nuestros barcos y les larguen unas cuantas andanadas, piden la paz, nos pagan una fuerte indemnización y dejan colgados al Chino Viejo, a Calixto García y a todos los «mentecatos» que tuvieron confianza en ellos.

—¡Amén! —respondió mi padre—. ¡Ojalá todo ocurra como usted dice, mi querido Espada!… No es que yo no desee exactamente lo mismo que usted. ¿No es lo que escribo en mis artículos? Pero aquí, *inter nos*, ¿cómo no reconocer, primero: que los americanos vienen a hacernos la guerra contando con fuerzas más poderosas que las nuestras; segundo: que los rebeldes no han querido pactar con nosotros, que han rechazado la autonomía y ayudarán con todo ahínco a los que llaman «sus salvadores»; y, tercero y principal: la distancia? Nosotros estamos lejos de Cuba, con mucho mar de por medio. Y los yanquis están aquí al lado. Y de la cuestión dinero, ¿cree usted posible, Espada, que en un duelo entre el dólar y la peseta, salga triunfante esta última?

—Lo noto a usted pesimista —dijo Espada.

—Nada de eso. Reflexivo, nada más.

—No olvide usted que La Habana está maravillosamente artillada y que no la podrán tomar ni en diez años todos los acorazados yanquis e ingleses reunidos.

—Lo sé. Así se afirma. ¿Qué más quiero yo, sino que sea cierto? Pero, dígame usted, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Cárdenas y los otros puertos, que sin duda serán atacados, ¿están bien defendidos, maravillosamente artillados, como La Habana? Y, dígame usted más, si lo sabe, porque para mí es un enigma, ¿dónde está nuestra escuadra? ¿Qué se hizo del *Oquendo* y el *Vizcaya*? ¿Qué barcos útiles tenemos en bahía? ¿Cómo estamos de carbón, de pertrechos, de víveres?

—De carbón y de pertrechos, lo ignoro. Pero de víveres, ¡que le respondan los almacenistas y los bodegueros! Tienen colmados sus depósitos. ¡Y la Isla es tan feraz! Con piñas, aguacates y mangos, nos podemos mantener un siglo —vi, junto al rostro del admirable doctor, el de mi amigo el cocinero—. Y, si hace falta, pueden sembrarse patatas y repollos en el Parque Central. Todo, menos rendirnos.

—¿Quién habla de rendirse?

—Además, usted olvida, mi querido amigo, que, sin contar con los voluntarios, en cada uno de los cuales hay un héroe oculto, tenemos cerca de trescientos mil hombres en tierra, aclimatados y tan conocedores de la manigua como los mambises. Para vencerlos tendrán que desembarcar los yanquis un millón de esos muchachotes rubios que no se han batido nunca sino con el «bate» y la pelota. Déjeme usted reír. ¿Cómo vencimos a Napoleón? ¡Con las guerrillas! ¡Pues que se multipliquen los Latorre, que no han «chaqueteado» nunca!

Yo aplaudí, entusiasmado. Me dolía un poco que mi padre no compartiera las ideas del doctor Espada. Mi padre, lejos de mirarme con severidad, lo hizo con ternura, y me dijo:

—Muy bien, muy bien. Toma nota de cuanto dice Espada, para tu próximo artículo del *Eco*.

De propósito he querido reunir —para que el lector se forme una idea de cómo pensaban los españoles de Cuba en aquellos temerosos días— las opiniones de cuatro patriotas diferentes. El cocinero era el patriota iletrado, sin más juicio que su sentimiento, con su «máquina de discurrir», no en la cabeza, sino en el corazón. Espada era el español instruido, culto —como se dice ahora—, pero en quien el ideal pa-

triótico era más fuerte que la reflexión y le impedía establecer un contraste entre sus deseos y los hechos. Más de una vez, recordando a aquel hombre tan inteligente, me he permitido suponer que cierto ramo de locura —una a modo de megalomanía patriótica— era la causa de aquella fe suya, tan firme, en el triunfo de nuestras armas. Fe sólo comparable a la de mi tío Antonio, en cuya mirada fúlgida cada destello representaba una ilusión. Y, por fin, mi padre era el patriota más íntegro y valeroso de los cuatro, porque mientras en el cocinero y el médico —como en mi tío— el análisis y la duda deteníanse ante la fortaleza de su pasión patriótica, en mi padre esta pasión no cerraba el paso a la duda y el análisis, y como toda duda, en grado mayor o menor, es sufrimiento del alma y el análisis es arma filosófica de dos filos, resulta que el patriotismo de mi padre exigía más resistencia mental, para mantenerse en su línea, que el de los otros dos. En cuanto a mí, con todo respeto y cariño, me parecía que «el equivocado» era mi padre, y que los «que estaban en lo cierto» eran el cocinero, mi tío y el doctor. Combinen los lectores estas pasiones patrióticas que acabo de presentarles y obtendrán el magnífico producto de la actitud de los españoles en Cuba cuando sobre ellos y su patria cerníase la amenaza de la guerra con los Estados Unidos. ¡Pero qué cernerse! Ya no era amenaza, sino realidad. La flota yanqui, en dos secciones, había tomado el rumbo de La Habana y Santiago y pronto quedaría establecido el bloqueo de la Isla.

[13]
EL BLOQUEO, LAS TINIEBLAS*

Y DIO PRINCIPIO LA GUERRA con la declaración del bloqueo de la Isla. El gobernador militar —que había renunciado a sus ocios en la Quinta de los Molinos— dispuso que se apagasen los faroles del paseo del Prado y del Parque Central, que eran los únicos importantes de la ciudad. Con esto quedó La Habana convertida en un laberinto tenebroso, donde las gentes no se veían las caras. Pero de sol a sol, durante los primeros días, eran muy grandes la efervescencia popular y el movimiento de los voluntarios y las tropas. Algunas gentes se pasaban las horas y las horas en la Punta, en la Calzada de San Lázaro y al pie de los muros del castillo de Atarés, mirando al mar, esperando el bombardeo. La escuadra yanqui, todavía invisible, maniobraba a ocho o diez millas del puerto. Alguien, con sus prismáticos, descubría en el horizonte una silueta color de plomo y afirmaba que era la del *Iowa* o la del *Illinois*. Al anochecer, aquellos curiosos —entre los que figurábamos Waldo y yo— volvíanse a sus casas dando los consabidos «mueras» a McKinley y a Lee y a un nuevo personaje de la tragedia: el almirante Sampson, que era el encargado de «reducirnos a cenizas»…

Por las calles del Obispo, de O'Reilly, de San Ignacio, de Mercaderes, pasaban en tropel hombres armados con fusiles y machetes, unos de uniforme, otros en mangas de camisa, con la chaquetilla llamada «guayabera» y el jipijapa encajado en el occipucio. Las «guaguas», los «carritos» y coches de todo género —desde la «volanta» hasta el *break*— corrían rebosantes de soldados, de voluntarios, de individuos blancos o de color movilizados para la defensa. De pronto, un hombre a caballo irrumpía, espoleando al animal, como si fuera un Cid dispuesto a la toma de Nueva York. El espectáculo me enardecía. Y aunque yo fuese menos aficionado que Waldo a los alaridos bélicos, llegaba ronco a casa de dar vivas a España y mueras a los yanquis y los

* Capítulo XXV del primer volumen de las *Memorias*.

«jingoes». Podía uno refrescar de balde la laringe, pues en varios cafés del centro de La Habana colgaron unos carteles que decían:

«En honor de la patria, hoy beben aquí gratis sus defensores». Pero nadie aceptaba el convite:

—¿Qué son unos centavos —le oí decir a un teniente— para los que estamos dispuestos a dar la vida por la patria?

No puedo precisar cronológicamente la noche en que las tinieblas de La Habana comenzaron a ser desgarradas por los «potentes reflectores» de la flota enemiga. Fue para mí como una función de fuegos artificiales. Mis hermanos y yo subimos a la azotea jubilosos y riéndonos del miedo que aquellas «luses del diablo» le causaban a la negrita Salomé y de las cuales dijo, temblando, la cocinera, que «paresían cuchillos». No cuchillos, sino espadas, me parecieron a mí: espadas que herían el pecho de la oscuridad, que rasgaban el misterio de una Habana lóbrega, pero no dormida, pues aquella noche, quien más, quien menos no cerró los ojos en la ciudad, empezando por el general Blanco. En cualquier instante podía comenzar el bombardeo y aquellas espadas de luz convertirse en rayos de exterminio. Pero en nosotros la curiosidad era más fuerte que el temor. Nos atraía y sugestionaba aquel duelo —o más bien juego— entre la luz y la sombra, que producía maravillosos contrastes, claroscuros no logrados por ningún pintor, pues «aquello» no era una pintura inmóvil, sino dinámica, y tan rápida que cuando queríamos recrearnos en un oasis de luz ya desaparecía éste en el desierto de las sombras.

La Habana no fue bombardeada. Pero muchos de sus pobladores vivieron durante meses en la angustiosa espera del ataque. En vano el gobernador militar, en sus alocuciones y sus comunicados a la prensa, anunciaba que «el enemigo había conminado la rendición de la ciudad» y afirmaba que «el alcance y poder de los cañones de las fortalezas españolas garantizaban las vidas de sus habitantes». Los vecinos del Vedado —sector costero y descubierto de La Habana— se refugiaban en la capital. Y los que podían abandonar ésta íbanse a los arrabales interiores, a la Víbora, a Luyanó, al final del Cerro o, cruzando la bahía, a Guanabacoa. No podía irse más allá porque las avanzadas del jefe insurrecto Rodríguez, cuyas fuerzas ocupaban los Quemados y Punta Brava, les saldrían al paso.

Mi abuela Dolores vino una mañana a proponernos «que todos nos refugiásemos en la quinta de Luyanó, hasta donde era difícil que llegase el fuego». Como mi madre le respondiese: «Waldo no lo permitiría y yo, la verdad, no comparto sus temores de usted», ella propuso que, «por lo menos, se mandase a Luyanó a los niños». Tampoco. «En estos casos, mamá, la familia no debe disgregarse.» Así fue que nosotros permanecimos juntos, en nuestra casa de la calle del Águila, hasta el epílogo de la tragedia, que familiarmente consistió en el retorno definitivo a España, antes de que se arriara nuestra bandera en el castillo del Morro.

Pero entre los días de abril y julio, que marcaron el principio y el término de la guerra, presencié episodios o supe de grandes hechos de los que creo conveniente dar testimonio al lector. Aparte de sus encantos naturales —su cielo, el verdor de sus parques y jardines—, la fisonomía de La Habana era la de una ciudad marítima bloqueada por una escuadra poderosa y amenazada de invasión o devastación. Casi todos los comercios permanecían cerrados porque sus dueños y dependientes hallábanse, en sus funciones de voluntarios, ocupando los puntos estratégicos de la ciudad. En el arrabal del Cerro y en las alturas de Jesús del Monte había grandes núcleos de soldados, principalmente de la sección de zapadores, que abrían trincheras en previsión de un desembarco de los yanquis o de un ataque, por la espalda, de los insurrectos. Los teatros suspendieron sus funciones. Creáronse en cada barrio unas juntas presididas por los jefes de familia «para la defensa de las casas». Sí, podría llegar el momento en que cada hogar tuviera que convertirse en un fortín. Lo cual determinó en Waldo una de sus resoluciones heroicas. Él se encargaría del nuestro. Pero ¿dónde encontrar un rifle, un revólver, siquiera una pistola? Como no los hallara, se apoderó de un viejo bastón de estoque de mi padre y de un cuchillo de la cocina. ¡Nos iba a defender al arma blanca!

[14]
LA ÚLTIMA HORA DE ESPAÑA EN CUBA*

[…]

He aquí, sobre la base de testimonios fidedignos —epistolares y verbales— la descripción de la última hora de España en Cuba: de su hora política, no de su hora espiritual, que no podrá considerarse apagada en ningún pueblo de la que fue su América mientras esos pueblos piensen y hablen en español.

Habíase convenido por el general Jiménez Castellanos y la Comisión norteamericana que, al sonar las doce del día 1 de enero de 1899, una salva de veintiún cañonazos, disparados por la artillería yanqui, saludase a nuestra bandera, que en tal momento descendería de la torre del Morro, izándose en su puesto la de la Unión, la cual sería saludada a su vez con otros tantos disparos por los cañones españoles. Las fortalezas del Morro, la Cabaña, la Punta, Atarés y el castillo del Príncipe quedarían hasta el instante mismo de la entrega de la plaza en poder de las guarniciones españolas, cuyos oficiales las pondrían en posesión de los norteamericanos. Así se efectuó, sin incidentes.

«Las turbas —transcribo de una carta del doctor Espada— que durante los días anteriores recorrían las calles, plazas y parques de la ciudad cantando coplas injuriosas para nosotros, quemando unos muñecos de cartón y trapos que representaban a Weyler, apedreando la estatua de Isabel II y dando mueras a los Gálvez, Montoro y demás jefes autonomistas, se aglomeraron aquella mañana en la Plaza de Armas y se extendieron por los muelles y lugares próximos a Capitanía. Había gentes, ¡y qué gentes!, trepadas en los árboles, subidas en los tejados y las azoteas. Sin la presencia de los yanquis que, ojo avizor, pero, eso sí, cómodamente sentados en sillones de mimbre, y a cubierto de los rayos del sol bajo amplias tiendas de campaña, hacían la guarda y custodia del orden y de las vidas amenazadas, ¡Dios sólo sabe lo que habría ocurrido!

* Capítulo xxxvii del primer volumen de las *Memorias*.

Con mucha dificultad, sorteando los escollos de aquel mar humano, pude llegar en mi coche hasta Capitanía y subir sin tropiezo la ancha escalera de mármol, ocupada por oficiales y soldados yanquis que saludaban al pasar a todos los invitados al supremo acto. Le aseguro a usted, mi querido amigo, que se me doblaban las rodillas, que un sudor frío me inundaba la frente y que hube de pensar en usted, ¡tan lejos de todo esto!, con envidia. Menos mal que en el último rellano, casi a la puerta del salón de recepciones, me encontré con su hermano Antonio, y dándonos el brazo pudimos el uno al otro sostenernos y entrar, fingiendo una calma que no sentíamos, en la sala suntuosa que usted tan bien conoce y donde lo primero que vi fue la figura dignísima de Jiménez Castellanos.»

Coincide mi tío Antonio con el doctor Espada al describir la escena:

«En el rostro de Jiménez Castellanos, de suyo grave e impasible, notábase el esfuerzo por contener la angustia que en el ánimo más sereno tenía que producir aquel instante. Quería sonreír con cierta diplomacia y su sonrisa resultaba una mueca dolorosa. Brooke, en cambio, mostrábase satisfecho, aunque tratase de disimularlo y no diese señales de impaciencia. Entre militares, aunque sean enemigos, ha de mantenerse la caballerosidad. De tiempo en tiempo llegaban comisiones. ¡Caso singular! Si los yanquis hubieran desaparecido de repente, al ver allí a la mayor parte de las personas que habían saludado la jura del Gobierno autonomista, diríase que la escena iba a reproducirse. Yo cerraba los ojos y veía a Blanco, a Gálvez, a Montoro, y te veía a ti luciéndote en los ojos la esperanza de que aquella ceremonia significase el principio de la paz. La Audiencia, el Colegio de Abogados, la Cámara de Comercio y varios otros centros enviaron representaciones. ¡Qué tristeza! Algunos de estos personajes, de estos tipos, llevaban en el ojal de la levita un botoncito blanco y azul, con una línea roja, los colores del pabellón de Cuba. Era conveniente no disgustar a los triunfadores, ir preparando los cambios de casaca… ¡Vergonzoso! Los generales y oficiales americanos arrastraban los sables y tropezaban en los muebles con sus espuelas. Era grande el contingente de jefes cubanos a los que ya nadie llamaba "cabecillas", y que con el beneplácito de Jiménez Castellanos tomaban parte en aquel acto que no habría de repetirse. Pero resaltaba en todos el respeto. Particularmente en los cubanos se advertía el propósito de moderar el júbilo que les producía un suceso que tan hondamente les afectaba y de tal modo hería a la nación contra la cual

lucharon, pero a la que debían su idioma y su carácter y no quisieran ver humillada por nadie. Esto, en medio de mi congoja, me pareció muy bien. Nuestro amigo Girauta, muy pálido, llevaba con Castellanos el peso de aquella cruz…».

Abrevio la descripción de mi tío, en la cual abundan las reflexiones amargas y algunas diatribas muy vehementes contra «ciertos políticos de Madrid». Al dar las doce comenzaron a sonar los cañonazos. Momentos después descendía las escaleras del palacio de España su último gobernador general en Cuba. Escoltado por su Estado Mayor y entre dos filas de soldados enemigos, que le rendían honores, se encaminó Jiménez Castellanos, con su séquito, hacia el muelle de Caballería, para tomar el vapor que le aguardaba. No se oyó ningún grito, ni frase alguna injuriosa brotó de los labios de la muchedumbre. Se despedía con un silencio impresionante al noble y valeroso militar.

«No obstante, al cruzar la comitiva frente al café de La Marina sucedió una cosa que a todos nos dejó mudos de asombro y a Espada y a mí nos hizo estremecer: a uno de los balcones de la casa se asomó una mujer joven y muy bien parecida, la cual, agitando frenéticamente una bandera española, gritó con voz vibrante: "¡Viva España! ¡Viva!". A mí se me saltaron las lágrimas, y aun ahora, al referirte el episodio, me invade la emoción más profunda. Esa mujer me hizo pensar en María Pita, en Agustina de Zaragoza; me pareció España misma que gritaba: "¡No me he muerto y parte de mi alma permanece aquí!".

En el muelle se despidió Jiménez Castellanos de sus acompañantes y amigos. A Espada y a mí nos abrazó. Y seguido de su Estado Mayor, puso pie en una pasadera del vapor *Rabat* que debía conducirle hasta el puerto de Matanzas. Y así le vimos alejarse. La bahía, tan española durante más de cuatro siglos, estaba entonces poblada de barcos, goletas, botes y vaporcitos que enarbolaban banderas yanquis y cubanas. No pude impedir que mis ojos mirasen hacia el lugar donde emergen los restos retorcidos del *Maine* y que, por último, se fijaran en la "nueva bandera" que ondeaba sobre el mástil del Morro. ¡Dichoso tú, que no has vivido horas tan atroces! Creo que te hubieses muerto. A mí, Dios y España me prestarán los ánimos suficientes para arrostrar lo que venga.»

¡Inolvidable tío Antonio, qué recio español!

[15]
ELECTRA DESDE EL PARAÍSO DEL ESPAÑOL*

¡Cuántas escaleras! Todas las que conducían de la planta baja a la «cazuela» del teatro Español. Yo hubiese preferido una localidad más próxima a la escena; pero, sin duda, no andaba sobrado de dinero ninguno de nosotros. El caso es que los siete nos reunimos a la puerta del teatro, para sentarnos juntos —pues no se numeraba la entrada general— y asistir a una de las primeras representaciones de *Electra*. Era un domingo por la tarde. Había llegado hasta la universidad el revuelo producido en la opinión pública por la obra de Galdós, formándose entre los estudiantes los dos grupos antagónicos de costumbre. Era el más numeroso el de los «electrizados», del que yo formaba parte como lector constante y admirador de «don Benito», como le llamaba yo, familiarmente, sin haberle visto hasta entonces sino en caricaturas y retratos.

Por las reseñas y críticas de los periódicos conocía yo el argumento de *Electra*, nombre que tampoco ignoraba por figurar entre mis lecturas los temas mitológicos y existir en la biblioteca de mi padre versiones castellanas de Esquilo, Sófocles y Eurípides. La Electra de Galdós no tenía nada que ver, «en serio», con la hija de Agamenón y Clitemnestra. A su madre, que se llamó Eleuteria, Eleuteria Díaz, y fue todo lo contrario de un modelo de virtudes, la llamaban Electra, no tanto por embellecerle el nombre como porque a su padre, militar muy pundonoroso y valiente, pero marido harto desventurado, le pusieron de apodo Agamenón. La hija de Eleuteria heredó el áureo y helénico seudónimo de su madre, pero nada, en absoluto, de sus proclividades amatorias.

Mi recuerdo de aquella representación de la *Electra* galdosiana —la única a que he asistido— no puede ser más borroso. Desde mi localidad no llegaba a ver todo el escenario, ni me era posible seguir el movimiento de los actores sin moverme de un la-

* Capítulo LI del primer volumen de las *Memorias*.

do a otro y soliviarme un poco, suscitando la protesta de los espectadores de atrás. «¡Ése, ése, que se siente; todos queremos ver!» Tenían razón. Todos queríamos ver, pero todos veíamos muy mal y oíamos peor. «¡Qué broma —pensaba yo— llamarle "paraíso" a la parte más incómoda del teatro!» ¡Qué apreturas, qué gritos, qué atmósfera!… Estaba el teatro de bote en bote; pero mientras los seres felices de las butacas y los palcos, y aun los de la tertulia, podían presenciar la obra a su sabor —sabiéndoles bien o mal—, nosotros, los «paradisíacos», nos enterábamos a medias, o a cuartas, de lo que ocurría a los muñecos —es decir, a los personajes— de la tragicomedia de don Benito. La voz que llegaba mejor a mis oídos era la de Electra; esto es, la de Matilde Moreno, voz cálida y vibrante. La figura que más se ha grabado en mi memoria es la del actor que representaba a Pantoja, el supuesto padre de Electra. Salía durante toda la obra vestido de luto, hablaba con una voz cavernosa y era el antagonista de Máximo, el ingeniero, representado por el ilustre Francisco Fuentes, encargado de redimir a Electra, mártir del fanatismo de Pantoja. Hubo un momento en que Máximo tomó por las solapas a Pantoja y le sacudió, increpándole, con estas o semejantes palabras: «¡Hombre, diablo, águila, reptil o lo que seas!…». Y entonces cerca de mí varias voces gritaron: «¡Mátale! ¡Mátale!». Aquel «paraíso» me pareció un infierno. Y ojalá hubiese olido a azufre, porque olía a cosas peores y que prefiero no definir.

La impresión que me produjo *Electra* fue tan confusa como la visión que desde el «gallinero» pude tener de la obra. Pantoja, con su levita negra, me parecía un pajarraco, un cuervo enorme. A Máximo lo había hecho Galdós tan bueno, tan generoso, que sólo le faltaban alas para parecer un ángel. ¿Electra? Otro ángel de bondad, con una voz encantadora —la de Matilde Moreno—, que me gustaba más que sus palabras. ¿Los demás personajes? No los recuerdo. Me pareció además que *Electra* venía a ser, en cierto modo, una variante de *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, las dos primeras novelas anticlericales que yo había leído de Galdós. Claro que «el gran problema planteado en el drama —como había leído yo en algún artículo de periódico— era el de la fatalidad de la herencia», problema que yo, en mi fuero interno, o en el teatro de mi espíritu, resolvía sin necesidad de sombras reveladoras, como la de Eleuteria Díaz, que llegaba desde el otro mundo, desde el Purgatorio, sin duda, para decirle a Electra que no era hermana de Máximo, desvaneciendo así el engaño

de Pantoja. Pero ¿qué confianza podía inspirar el espectro de Eleuteria, que en su vida no había hecho más que mentir y fingir? De sobra sabíamos todos los espectadores que Electra y Máximo no eran hermanos y que terminarían casándose…

A la salida del teatro mis compañeros y yo entramos en un cafetín de la calle del León, y yo tuve la cautela de callar, paladeando mis churros mojados en café con leche, mientras ellos exponían sus opiniones acerca de la obra en los términos más entusiásticos.

—Electra —decía uno— es España; representa a España víctima del fanatismo religioso. Electra es la personificación de la España del porvenir, desligada de supersticiones, entrando con un impulso juvenil por las vías del progreso…

—¡Bravo, bravo! —respondía otro—. ¡Y que rabien Barrio y Mier, la Cabra Triste y todos los «carcas» y los «neos» de la universidad!

—Señores —intervenía un tercero—, el drama es magnífico, pero ¿qué es un drama de teatro? ¡Palabras, palabras y palabras!… Y con palabras nada se destruye, ni se construye, a menos que las palabras sean el acicate de la acción. Lo que España necesita son hombres de acción, hombres resueltos a luchar y a vencer, cueste lo que cueste. No se hacen revoluciones desde un escenario. La noche del estreno de *Electra* don Benito, aclamado por la muchedumbre, pero cómodamente sentado, se volvió a su casa en un simón…

—¿Pues qué querías? ¿Que se fuese a quemar iglesias y conventos?

Esta réplica, dicha en voz baja y sin interrumpir la ingurgitación de los churros, fue mía y produjo cierto asombro en mis condiscípulos.

—Pero qué, ¿ahora nos resultas un reaccionario?

—¡Anda éste, como estudió con los jesuitas!…

—Ahora recuerdo que te vi saliendo de las Calatravas.

Solté la risa y dije:

—No seáis idiotas. No soy un reaccionario. Lo que no soy es un fanático, como vosotros.

—¡Ah, vamos, eres un ecléctico! ¡Lo peor que se puede ser en el mundo! En lugar de sangre en las venas, tendrás agua tibia.

—Puedo probarte lo contrario, pero no me da la gana de reñir…

Otro mordisco al churro, bañado en café con leche. Y después:

—Voy a misa todos los domingos y fiestas de guardar… Estuve cuatro años en un colegio de la Compañía de Jesús… Y a mucha honra. Pero no admito la teocracia.

—¿Qué es la teocracia? —preguntó uno.

—El gobierno de los curas —respondió otro.

—En resumen —expresó el que llevaba la voz cantante—: que Pantoja no te parece el símbolo del fanatismo religioso…

—Sí que me lo parece —respondí—, pero un símbolo caricaturesco. Y que todos los fanáticos, del color que sean, son igualmente temibles. ¿En qué se diferencian los autos de fe de las bombas de los nihilistas rusos?

—Eso es verdad. ¿En qué se diferencian?

—Pues se diferencian —dijo el de la voz cantante— en que los nihilistas obran impulsados por un ideal social.

—Pero si los nihilistas no quieren nada… *Nihil*, nada —objetó uno.

—No quieren nada de lo que existe en la Rusia de los zares, en el mundo de los plutócratas y los Pantojas… Quieren una sociedad igualitaria, quieren…

Prosiguió la polémica, pero sin agriarse. Yo dije que si los nihilistas asesinaban en nombre de un ideal social, los inquisidores mandaban a los herejes a la pira en nombre de un ideal celestial, y que para mí cualquier ideal que luchase con procedimientos homicidas «era malo», pues se apartaba de las sublimes normas morales del cristianismo.

—No matarás, se dice en el Decálogo, y alguno de vosotros quería que Máximo matara a Pantoja.

Hubo réplicas y contrarréplicas y todo terminó entre risas, quedándose cada cual con sus ideas, en la hipótesis muy aventurada de que las tuviéramos propias… Recuerdo perfectamente los nombres y la fisonomía de los condiscípulos que me acompañaron —hace medio siglo— a aquella representación de *Electra*. Pero me he propuesto esperar a que ellos y yo hayamos salido de la universidad, con nuestros títulos flamantes en el bolsillo, para trazar una semblanza, cuando no un simple croquis, de cada uno. Lo que sí puedo decir desde ahora (diciembre de 1950) es que de los siete que estuvimos aquella tarde de febrero de 1901 en el «gallinero» del Español, sólo quedamos tres. Dos murieron muy jóvenes. Otros dos llegaron a peinar canas. De los

supervivientes, el que veía en Pantoja el símbolo del fanatismo religioso y en los nihilistas a los precursores de una sociedad igualitaria se ha enriquecido con su bufete, pues pocos abogados de Madrid le aventajan en ciencia, en elocuencia y… en gramática parda. Al otro camarada supérstite lo veo casi todas las tardes en nuestro club, envejeciendo sin prisa, acrecentando una fortuna heredada y faltándole ya dedos en la mano para la enumeración de sus nietos. Yo, ya lo saben ustedes… O intento que lo sepan por estas Memorias.

[…]

[16]
APARICIÓN DEL «AMIGO VALLE»*

Sólo nos interesa profundamente «lo que deseamos ser». Se cumple o no nuestro deseo. Y en el caso favorable, jamás en la medida de nuestra aspiración. No soñé nunca con ser un político. Veía al político frente a mí y fuera de mí como al comediante en el tablado, que nos divierte o nos conmueve, y a quien aplaudimos en ocasiones, pero sin la más remota idea de ir a ocupar su sitio. Admiré a ciertos estadistas de antaño y hogaño, españoles y de otros países. Pero ninguno me fascinaba, ninguno suscitaba en mí un sentimiento de emulación. Me hubiese dicho un hada: «Puedo hacer de ti un Cavour, un Thiers, un Cánovas», y yo le hubiera respondido: «Muchísimas gracias, pero no».

¿Por qué no? ¿Acaso porque hubiese preferido que hiciera de mí un gran jurisconsulto? ¡En manera alguna! Yo sabía muy bien —lo diré familiarmente— «que no me tiraba la abogacía», que estaba estudiando Derecho por una imposición paterna, aceptada sin disgusto, pero con la idea, vaga al principio de la carrera, y que de curso en curso se iba definiendo, de que no era ése mi camino ni mi destino. Lo cual no quiere decir que yo estudiase con indiferencia o indolencia, «para salir del paso», pues en cualquier género de estudios el amor propio me inclinaba sobre los libros, y, además, en los de Derecho hay mucha historia y —¿por qué no decirlo?— mucha literatura. ¡Ya salió la palabra! Lo que a mí me interesaba era la literatura. El hombre que me apasionaba era el literario. Lo que yo quería ser era escritor. Daba yo la gloria de todos los políticos, desde Pericles hasta… Jiménez de Cisneros, por una hojita de los laureles de Cervantes, y a todos los jurisconsultos del orbe, desde Solón hasta el orondo Sánchez Román, por una novela de don Benito y aun me parece que por un cuento de Clarín. Tal era mi afición a los libros llamados de imaginación o de ficción que me parecían —y me siguen pareciendo— los mejores que puedan escribirse y leerse,

* Capítulo lxi del primer volumen de las *Memorias*.

porque son ellos, a mi parecer, los que abarcan todos los aspectos de la vida cuando los produce una mente genial, como la cervantina, que hace del *Quijote* un libro-mundo, ya que en él aparecen el filósofo, el historiador, el psicólogo, el soñador, el humorista y hasta el místico —que la sublimación del amor en Dulcinea es misticismo puro—, y no deja nada por decir al espíritu del lector.

Había en esta idea mía de la literatura algo que llamaré «espejismo de la vocación», pues bien se me alcanza que si en mí hubieran prosperado los dones para el arte de la pintura habría dicho de algunos cuadros lo que ahora digo del *Quijote*; que si me hubiese inclinado mi vocación a la filosofía, diríalo de los diálogos platónicos; si a la Historia, de Tucídides o Tácito, y así en adelante, pues cada hombre que piense y sienta, que viva con el ansia de la verdad y la congoja del misterio elige su Ariadna en el dédalo de la existencia, y mi Ariadna era la literatura… Y dentro de la literatura, aquella parte o fibra del hilo representada por la novela, no por el teatro, ni por el poema, ni la lírica, pues lo que me atraía en estos géneros era lo que tuviesen de novelesco, y nadie ignora que todos lo contienen en proporciones y grados distintos. Yo leía la *Divina Comedia*, la *Jerusalén libertada*, el *Orlando*, la *Araucana*, como otras tantas novelas. ¿Pues qué decir de la *Celestina*, donde novela y teatro y poema de amor —¿hay amantes más amantes que Melibea y Calixto?— se juntan y ajustan con un equilibrio maravilloso?

Disculpe el lector este énfasis, este arrebato de quien, respetando todas las preferencias y hasta todas las indiferencias (como la de aquel jurisconsulto argentino Vélez Sarfield, autor del Código Civil de su patria, que se jactaba de «no haber leído el *Quijote*), ve en la novela el más alto y universal de todos los géneros literarios.

Así, pues, leyendo yo entonces «de todo», verso y prosa, y asistiendo al teatro muchas veces sin salir de casa, sentado en un sillón con mi Lope, mi Shakespeare o mi Molière en la mano, lo que «devoraba» eran novelas y cuentos de todos los países, épocas y autores. Gracias a las lecciones de mi profesor ruso de francés y a un esfuerzo propio, ya me las bandeaba yo con los novelistas y cuentistas galos; pero como escaseaban en su idioma original en la biblioteca de mi padre y yo carecía de posibles para comprarlos, me atenía a sus versiones españolas, entre las cuales muchas eran excelentes. Nada menos que Clarín traducía a Zola y Ruiz Contreras comenzaba a erigir su pirá-

mide de traductor magistral con los «materiales» de Colette —la de Willy—, y Maupassant y Anatole France. Dos editores de Barcelona y Valencia «inundaban» el mercado con sus libros «a peseta». Los periódicos publicaban folletines. En los de *El Liberal* leí yo por primera vez a Blasco Ibáñez, sin poder presumir entonces la extensa y sincera amistad que habría de sostener más adelante con el autor de *La barraca*.

Agoté los *Episodios nacionales* y las *Novelas españolas contemporáneas*, sin sospechar tampoco que no tardaría mucho en conocer en persona a don Benito y en figurar entre sus discípulos y acompañantes. De la Pardo Bazán diré que cada nuevo libro suyo —que enviaba dedicado a mi padre— era yo el primero en abrirlo y en leerlo, encantado, pues su prosa me seducía, pareciéndome mejor que la de Valera y aun que la de Leopoldo Alas, con quienes yo formaba el trébol de los grandes prosistas de «entre ambos siglos», hallando a veces la cuarta hoja, que no era siempre la misma, ya que en otros autores ilustres creía yo notar abandonos a una pluma demasiado fácil o excesos de giros regionales y lugares comunes. No pasaba todo esto de una «cuestión de gusto». Para mi padre, en cambio, «no había prosa como la de Castelar». Y a mí toda prosa que «supiese a discurso» me invitaba a dormir.

Claro está que si yo le hubiese exigido a todo novelista una prosa como la de doña Emilia, Valera y Clarín, habría leído a muy pocos. Pero no sólo no les exigía esos primores y diafanidades de estilo ni su riqueza —no derrochada, sino bien distribuida— del léxico, sino que me dejaba fascinar por muchos novelistas «que no escribían bien», pero que narraban estupendamente. ¿Cómo si no hubiera podido «tragarme» tanto folletín y tanta traducción perversa?

De los escritores nuestros recientes, pero ya conocidos por los lectores «de vanguardia», dos eran los que me parecían más interesantes: José Martínez Ruiz, *Azorín*, de quien leí por entonces *La voluntad* y *Los pueblos*, y un paisano de mi padre, hombre raro, que había venido a casa alguna vez y que debería muy pronto recibirme en la suya, que era por entonces una de corredor, donde ocupaba, con la altivez de un príncipe arruinado, dos minúsculas habitaciones, pobres, pero limpiamente amuebladas.

Tenía aquel señor una media melena endrina y una barba también oscura, que le llegaba al pecho. Faltábale un brazo, según él perdido en un combate en tierras americanas, donde había peleado con no sé qué tribu de indios insumisos «como un león en dos pies». Era muy flaco, pocho de color y de boca lobuna y maldiciente. Gastaba an-

teojos redondos, capa larga y castaña, chambergo y bastón, mayor de lo corriente, con puño de bola. Escribía con lápiz, acostado. Un pequeño libro suyo me lo leyó desde la cama. Antes había yo leído otro que le llevó él mismo, dedicado, a mi padre, y que me encantó, si bien se me antojara notar en algunos episodios reminiscencias de Casanova y de Barbey d'Aurevilly, de quienes, respectivamente, conocía fragmentos de las Memorias y el volumen de *Las diabólicas*. Claro que eso no importaba, porque lo esencial en literatura —decíame yo— no eran los hechos, sino el modo de contarlos. Y «el amigo Valle», como mi padre le llamó siempre, disponía para narrar de una prosa delicada y fragante, pero con fragancia de rosas mustias y de jardines húmedos y umbríos. Era aquella prosa más perfume que letra, más música que letra. A mí me parecía, leyendo aquel libro, no sólo recordar los senderos del jardín de un «pazo» varias veces secular y habitado por una dama enferma del pecho y herida de amor, sino entrar en su aposento, donde la dama adolecía de saudades y de temores y todo era presagio de su muerte próxima. La verdad sea dicha: en la prosa «del amigo Valle» parecíame también percibir olores de camposanto y de cámara mortuoria. Él mismo tenía ante mis ojos a veces algo de los aparecidos de la Santa Compaña o de un lívido asceta a punto de morirse.

Fue mi primera amistad literaria. También sería —como referiré más adelante— la más ilustre de mis enemistades de escritor. Por de pronto, yo me enorgullecía de que él me considerase su amigo e hiciera de mí, en cierto modo, su confidente. Incorporado en su camita de madera, con un mantoncillo de lana sobre los hombros y blandiendo con su única mano ora una espada imaginaria, ora un látigo invisible, tan pronto me refería sus heroicidades y victorias amorosas en México, donde eclipsara el sol de Hernán Cortés, como arremetía contra ciertos escritores políticos y comediantes con insultos de tal calibre y tan venenosos que —pensaba yo— no saldrían más atroces de la misma boca del diablo. Él mismo se me antojaba, por momentos, un diablo. Me parece oírle la tarde en que le dije que había presenciado en el Español una obra de Echegaray.

—¿De esa «beztia», de «eze» viejo imbécil? —me preguntó con voz airada, girándole los ojos ardientes en las órbitas, temblándole la barba como a un exorcista que viniera a sacarme un demonio del cuerpo—. ¡Ay, hijo mío —prosiguió—, no vuelvas a cometer «eze» pecado de «lezo» arte! Si vas al teatro cuando represente una obra

«eze viejo imbécil», que sea para silbar, para patear, para saltar al escenario y gritarle al público tu indignación.

Era mucho pedirme… Pero ya me había acostumbrado a las originalidades de aquel hombre, que tal vez no lo fueran del todo, pues yo había leído «cosas» semejantes a las suyas del poeta galo Baudelaire, y en la *Vida de los filósofos antiguos*, por Diógenes Laercio, las había hallado peores en boca de los cínicos. En resumen: el «amigo Valle» era para mí un espectáculo que me divertía e instruía al mismo tiempo, ya que entre *boutade* y sarcasmo, entre epigrama a lo Marcial y burla quevedesca, me daba provechosas lecciones de arte, hablándome con maestría de pintura y literatura y escuchando mis páginas y versos primerizos sin mofarse de mí. Al contrario: me aconsejaba, me señalaba los errores, me incitaba a proseguir rimando y escribiendo. ¿Creía realmente en mis dones y vocación de escritor o parecíale mi persona demasiado nueva e insignificante para ser triturada por sus colmillos de lobo? Dejaré la respuesta para más tarde.

Otros dos autores ejercieron sobre mí su influencia: Unamuno, de quien leía los ensayos en la gran revista de Lázaro Galdiano y cuyas novelas *Amor y pedagogía* y *Paz en la guerra* me inquietaban, y Rubén Darío, del cual me aprendí versos de memoria, indignándome cuando los parodiaba algún poetastro de la época. Yo me declaraba modernista; pero mi «modernismo» era muy relativo, ya que no me impedía seguir admirando a muchos autores «viejos». No me alejaba de los clásicos ni destruía mi convicción de que la mejor prosa era la más diáfana y la más directa, y la mejor lírica la que se expresara «con menos adornos». Veía en el modernismo, sencillamente, renovación y selección, rotura de moldes muy usados, ventanas que se abrían sobre un paisaje virginal. Pero si algún modernista —como Darío— me daba la impresión de un demiurgo, de un alma creadora «de otro modo de sentir y de expresar la belleza», la mayoría de aquellos escritores y poetas se me antojaban tontos, y no con gracia, como los del circo, sino tontos en la acepción más rigurosa del vocablo.

Uno de éstos solía venir por casa, a las reuniones de los miércoles, cada tres o cuatro meses con un libro nuevo, que mis hermanas y yo hojeábamos, riéndonos casi tanto como con los cuentos de Luis Taboada, y, desde luego, más que con los versos jocosos de Pérez Zúñiga y Melitón González.

[17]
CANALEJAS, UNAMUNO, BLASCO IBÁÑEZ*

De la Academia de Jurisprudencia, sita en la calle de Colmenares, sólo recuerdo una sala oblonga en la que comenzaban a descolgarse los cuadros y a quitar los asientos, porque la Academia se mudaba a su nuevo edificio de la antigua calle del Turco —«donde mataron a Prim»—, hoy del Marqués de Cubas. Allí se halla desde 1905. De la Academia nueva lo recuerdo todo: la sala de honor, en el piso bajo, bellamente decorada; la salita en el piso alto en que se discutían las memorias, antes de ser premiadas, si lo eran, pasando en el caso afirmativo a la sala grande, donde los académicos profesores le otorgaban el galardón, y la biblioteca, amplia y numerosa de libros jurídicos, sin que faltasen los literarios. Allí proseguí mi lectura de los clásicos.

En la salita había un estrado para la presidencia, unos bancos laterales, revestidos de terciopelo granate y un a modo de púlpito o tribuna, a la derecha del estrado, que era el lugar destinado para la presentación de las memorias. Desde allí leí yo la mía, que mereció comentarios relativamente apasionados, porque era un sí es no es «revolucionaria». Versaba «sobre beneficencia social» y yo estimaba que la acción de los filántropos resultaba insuficiente en este sentido y la de los municipios demasiado corta. Era menester enfocar el problema desde un punto de vista que considerase la beneficencia como una obligación del Estado, el cual debería mantener a las clases pobres y menesterosas de tal manera que desapareciesen «los fenómenos de la miseria y el hambre». No bastaban las obras pías de fundación particular, ni los esfuerzos caritativos de la Iglesia. Era necesario y urgente «socializar» la beneficencia, para lo cual se incautaría el Gobierno de cuantos organismos la representasen y aumentaría el número de los hospitales, las clínicas, los consultorios, las casas-cuna, los comedores gratuitos, los orfelinatos, los refugios para los ancianos pobres, etcétera, en tal forma que «a nadie le faltase la asistencia pública» y «se extirpase para siem-

* Capítulo lxvii del primer volumen de las *Memorias*.

pre del cuerpo social la lepra de la miseria y el cáncer de la mendicidad». Todo esto le parecía muy bien a los señores socios y académicos profesores, pero los argumentos que yo empleaba y los arbitrios que designaba para mi reforma de la beneficencia los consideraban utópicos los unos o excesivamente radicales los otros. Pues yo pedía nada menos que la creación de impuestos elevadísimos sobre el lujo, las rentas y las herencias cuantiosas, y —no parándome en barras— la supresión de ciertos organismos del Estado «que abrumaban sus presupuestos» y yo consideraba «perfectamente inútiles», como por ejemplo el Senado. Que se suprimiese el Senado. Y también que se disminuyese la cuantía de la lista civil. Hubo protestas, pero predominaron las risas… Se consideraba mi tesis como la de un soñador. Pero como la memoria «no estaba mal escrita» y «aquello no era el Congreso», las discusiones no llegaron a encresparse y mi memoria, premiada, pasó a discutirse en la sala de honor. ¡Oh, juventud! Pero lo cierto es que al «espíritu» de aquel escrito mío no le faltaba un soplo franciscano, ni un reflejo de la dulce sonrisa de San Vicente de Paúl. Al recibir yo el premio, en sesión pública y solemne, fui muy felicitado. Pero, más que el premio y que los juicios, asaz benévolos —y un tanto irónicos—, que le dedicó en su memoria y balance de aquel curso el secretario de la Academia, don Javier Gómez de la Serna (cuya noble figura evoco con el mayor afecto), me complació que el presidente de la corporación asistiera, en la sala chica, a una de las discusiones de mi tesis. Porque el presidente se llamaba don José Canalejas, a quien yo no había visto nunca, y era para mí una satisfacción inesperada la de verle de cerca, escuchar su voz y estrecharle la mano. Guardo vivo el recuerdo de su mirada sagaz, que hacían fúlgida los cristales de sus anteojos; del pliegue de sus labios, tan propensos a la burla, y de su levita… ¡Era, todavía, el tiempo de las levitas y de las chisteras! Y de las barbas. Pero Canalejas se conformaba con el bigote: un bigote negro y vibrante, pues parecía que en sus hebras repercutiesen sus palabras, como en un raro instrumento musical, y que en sus guías retorcidas se prendiese y palpitase un epigrama. Sabido es que don José Canalejas fue un hombre mordaz, epigramático, y que nadie se burlaba de sus colegas en el Parlamento y de sus ministros con más chispa que él. Han quedado para la *Petite Histoire* algunos de sus epigramas, que solían ser sangrientos. Pero yo no los recordaré, por respeto a la memoria de sus «víctimas».

Un pormenor curioso: la impresión de mi trabajillo, en un folleto de dieciséis páginas y con tirada de trescientos ejemplares, costó catorce duros, que no sin dificultad salieron de la bolsa de mi padre. Por entonces me hizo éste socio del Ateneo. Pero antes de hablar de mi aparición en la Docta Casa, de los episodios en que allí intervine y de las personas que hube de conocer en ella, habré de referirme a algo que marca una efemérides en mi época inicial de escritor. Se trata de mi primer encuentro con Unamuno. Yo diría de «mi primera audición» de Unamuno, porque nadie ignora que el insigne don Miguel dejaba difícilmente «hablar al otro». Y cuando «el otro» era un jovenzuelo como yo, un catecúmeno o neófito de la literatura, imagínense los lectores la escena. Don Miguel «le puso el paño al púlpito», habló *ex cathedra*, y para mí sólo quedaron los «desde luego» y los «claro está».

Me presentaron a Unamuno en Fornos, en la tertulia de Valle-Inclán. Salimos juntos del café. Él se albergaba en una casa de huéspedes de la calle de la Luna o de Silva, según me dijo, y yo me propuse acompañarle hasta ella. Unamuno tenía entonces poco más de cuarenta años. Era —como siempre lo fue— un hombre cenceño, de estatura más bien aventajada y ademanes un tanto imperiosos, como de persona acostumbrada a mandar y que no admite la contradicción. Yo iba orgulloso al lado del rector de la Universidad de Salamanca. ¡Un estudiante paseándose con un rector! Hubiese dado mucho porque me viera algún compañero mío de la calle Ancha. Don Miguel tenía un bigote lacio y una barba cubriéndole el mentón, ambos oscuros, con algún hilo gris. No llevaba corbata: el chaleco le subía hasta el gaznate. Usaba un sombrerito de fieltro negro, de copa redonda algo abollada. El traje era también negro. A mí me parecía un sacristán. Por las calles de Peligros y del Clavel entramos en la plaza de Bilbao —donde yo me permití señalarle los balcones de mi casa— y después seguimos por Infantas, San Onofre, Valverde y Desengaño para detenernos en el umbral de su posada, donde prosiguió su monólogo.

¿Qué me decía? No logro recordarlo. Como estábamos en la calle no sacó de sus bolsillos ningún papel para leérmelo. Ya me leería más adelante algunos de sus poemas, pues fueron varias a lo largo de nuestras vidas mis «conversaciones» con él. ¿Dije conversaciones? Rectifico. El diálogo con Unamuno era casi imposible. Quizá lo sostuviera con algunas personas, pero yo no tuve esa suerte. Siempre, a su lado, mi actitud fue la del discípulo que escucha al maestro sin atreverse a atravesar una opi-

nión. Y conste, desde ahora, que no figuré jamás entre sus admiradores incondicionales. Mi admiración por Unamuno, con ser profunda, era limitada, pues sus modos de pensar y de sentir no coincidían, en múltiples aspectos, con los míos. Por lo pronto, no simpatizo con los ególatras. Y en aquella tarde remota pude medir, hasta su último estrato, el egotismo de don Miguel. Tampoco me gustan las paradojas, cuando pasan de un juego o diversión mental y se convierten en un sistema filosófico. La filosofía ha de ir siempre derecha a la conquista de la verdad. Leyendo al autor de *En torno al casticismo* y de *Amor y pedagogía* notaba yo contradicciones de las que dejan a uno «sin saber a qué carta quedarse». Yo aspiro a que me persuadan, a que me convenzan. Y con Unamuno —escuchado o leído— me ocurría no estar nunca del todo conforme, sino con ganas de discutir. En suma: que «no congeniábamos». Lo cual no quiere decir que yo no reconociera su genio y no me conmoviera su ardoroso patriotismo. A mí también «me dolía España», pero no exactamente como a él. Cada cual sufre a su modo. Y amor y dolor, las dos categorías en la existencia de cada hombre, reciben el influjo de su carácter. El de Unamuno era el de un espíritu orgulloso. El mío se inclina a la humildad. Este choque de temperamentos se manifestó en alguna de las cartas que se cruzaron entre nosotros.

Muy distinta fue mi amistad con Blasco Ibáñez, iniciada por aquel entonces. Pedro González Blanco me presentó al gran novelista, cuya fama era doble: de escritor vigoroso y de político combatiente. Creo recordar que cuando yo le conocí había terminado su pugna con Rodrigo Soriano, de quien fue primero amigo íntimo y después rival implacable en la dirección de los grupos republicanos de Valencia, rivalidad que se inflamaba en sus periódicos y traían al Congreso, combatiéndose con saña en sus discursos. Dos gladiadores. Pero Blasco fue el primero en abandonar la liza, no vencido, sino cansado, para entregarse en cuerpo y alma a sus libros. Quería levantar su pirámide de libros. Y lo consiguió.

Habíase instalado recientemente en Madrid, en un hotelito próximo a la parte alta de la Castellana. Creo que aún conservaba su acta de diputado, pero que apenas iba por el Congreso. Tendría en tal fecha unos treinta y nueve años. Era el Blasco Ibáñez del retrato de Ramón Casas, con su cabellera rizosa, su bigote y barba tupidos, absolutamente negros. Sus ojos brillaban como los de un fauno. Su cabeza era la de

un conquistador. Vestíase al desgaire, con cierto aire bohemio, que acentuaban su corbata flotante y su sombrero blando y aludo, al estilo de los poetas y pintores de Montmartre. De toda su persona se desprendía un aire de fuerza, ese «no sé qué» de los hombres nacidos para arrollar e imponerse. Hablaba alto, manoteando.

Me dispensó una acogida afectuosa. En su cuarto de trabajo había una gran mesa, creo que de pino pintado, rebosante de libros y papeles. Una sola librería, hasta el techo. Unos dibujos de Sorolla, en las paredes, trazados con un carboncillo prodigioso sobre papel de estraza. Algunos grabados y fotografías de Victor Hugo, de Zola, de Tolstoi, y el retrato de Wagner, que era su ídolo musical. En la literatura no admitía a ninguno. En un ángulo de la habitación, junto a la ventana, una pianola de las de entonces, en la que pedaleaba haciendo sonar y resonar los «rollos» de *Sigfrido*, *Los maestros cantores* y *Parsifal*. Y fumaba, fumaba, mordiendo el cigarro con sus dientes desiguales, amarillos y largos.

Allí —y así— comenzó nuestra amistad, que mantuvimos siempre, y en la que hubo más de un episodio inolvidable.

[18]
EL PALACIO DE LA LITERATURA*

Conocí en casa de Blasco Ibáñez a Sorolla y a Mariano Benlliure. Los dos tenían para mí ese modo de aureola que, en los años juveniles, nos parece ver rodear la cabeza de las «grandes figuras». Lo eran, indudablemente, el pintor y el escultor valencianos. Ellos, el novelista de *Arroz y tartana* y Luis Morote —a quien, no obstante su republicanismo, llamaban el «rey de la "interviú"»— constituían un grupo parecido al de los Tres Mosqueteros, que eran cuatro, pues habían venido como del brazo, desde su tierra levantina, a la conquista de Madrid, puente para la de España —y quizá para la del mundo—, y el paisanaje era en ellos un vínculo irrompible por el hecho, muy importante, de que no se estorbaban entre sí, pues cada cual tenía «su campo de acción» y la competencia y la rivalidad, en que suele intervenir la envidia, no podían separarles. Si los cuatro hubiesen sido «lo mismo», muy otro sería el cuento. Sorolla apenas fijó en mí su atención. Yo era uno de los escritorcillos de la tertulia del gran novelista, en la que figuraban Pedro González Blanco, alias *el Gato*; Pepe Francés, que era un jovenzuelo muy pálido y con su cabellera castaña erguida en pomposo copete; Rafael Urbano, pequeñín, maldiciente, teosófico y antigaldosiano —esto último le petaba a Blasco Ibáñez—; el director de *Sophia*, revista ocultista, Viriato Díaz Pérez, que evocaba unas noches el espíritu de Helena Blavatski y otras el de Allan Kardec… o el de Pitágoras; Vicente Almela, a quien recomendaba en el *Heraldo* Luis Morote; el apolíneo Mariano Alarcón, que firmaba «de» Alarcón y se proponía renovar con sus dramas «simbólicos» el teatro, y algunos más que no recuerdo.

Luis Morote, a quien ya conocía de la tertulia del Lion d'Or, celebraba mis pinitos literarios del *Liberal* y *Blanco y Negro*. Mariano Benlliure, desde que le conocí hasta su muerte, fue para mí un excelente —y sonriente— amigo. Pero no se presentó

* Capítulo lxviii del primer volumen de las *Memorias*.

la ocasión de que me hiciera un busto. Sin duda porque no se lo pedí, considerándome «poco personaje» para él…

Aparecía a veces en el hotelito de Blasco una señora gruesa y bastante guapa, que escribía libros y artículos y usaba un seudónimo que siempre me pareció inadecuado: Colombine. Yo me imaginaba a la voluble esposa de Arlequín delgadita y muy ágil, casi etérea, y doña Carmen de Burgos Seguí, cuyo era el seudónimo en cuestión —que ella se ponía en francés—, era una dama de carnadura abundosa y palpitante como las ninfas de Rubens. Muy simpática, eso sí. Y de pluma tan fértil y varia que lo mismo escribía un recetario de cocina que una novela o unas glosas al *Amadís de Gaula*, amén de sus artículos en los periódicos. Colombine era también el Perico de los Palotes que hacía crítica de libros en el *Heraldo*. Vestía de oscuro, para disimular sus redondeces. Blasco la estimaba mucho, pero le inflaba el seudónimo llamándola «Colombona». Y ella sonreía, sin enfadarse, pues sabía que le llamaba «Salambona» a la Pardo Bazán. Cosas de Blasco…

Algunas tardes invitaba éste a cerveza y bocadillos a los muchachos «de su escolta». Pero no en su casa, sino en una de las cervecerías de la plaza de Santa Ana. Entre su hotelito y el establecimiento había una larga caminata, que hacíamos a pie, Castellana y Recoletos arriba, charlando. Lo de charlar era muy relativo. Sin competir con Unamuno en el arte del monólogo, era Blasco quien consumía casi todos los turnos de la conversación. A veces se detenía, tomaba aliento y alguno de nosotros aprovechaba la ocasión para intercalar una frase. Frase que había de ser muy breve y si era posible lacónica, porque Blasco se impacientaba con la elocuencia ajena y, en definitiva, era mejor no interrumpirle, ya que la interrupción sólo servía para espolear la suya, que ponía entonces al galope y no había quien la contuviese.

Seguíamos por las calles de Alcalá, Sevilla y Príncipe hasta vernos sentados en la cervecería, donde podían consumirse la Pilsen, la Spatenbrau, la Munich y demás cervezas de Teutonia, pero nuestro anfitrión, en este asunto, se declaraba muy nacionalista. La cerveza de Madrid, negra o dorada, era excelente, y más económica, claro está. Un «doble» para cada uno, eso sí. Y el bocadillo, que en aquella época venturosa comprendía entre las dos mitades de la barrita del sabroso «pan de Viena» una lon-

ja espesa de jamón, o una capa de *pâté de foie*, o una salchicha caliente, a la moda de Frankfurt o de Estrasburgo, que era todavía alemán. En cada mesa había un tarro de mostaza y se iban apilando los discos de fieltro que servían de pedestal a los *bocks*, los «tercios», los «dobles» y los «formidables», presentándose estos últimos en unos jarros de gres policromado y con motivos más o menos báquicos o bucólicos, tras los cuales se me escapaban los ojos con envidia. La idea de entrar solo en la cervecería y pedir uno no me pasó por la mente. Como estaban buenos la cerveza y el bocadillo eran así, en grupo, escuchando las anécdotas de Blasco —algunas mucho más picantes que la mostaza de la cervecería—, o sus opiniones sobre las letras y las artes. Nos hablaba de sus luchas políticas, cuando «los suyos» y «los de Soriano» se daban de palos en las calles de Valencia, «con algún tiro o navajazo de adorno». Nos refería su duelo con un militar y cómo era de profunda la herida que recibió en el lance, golpeándose el muslo donde guardaba la cicatriz. Opinaba en contra y en pro —más en contra que en pro— acerca de los escritores, músicos, políticos, académicos, pintores, poetas, escultores y cómicos que descollaban entonces. No era tan demoledor y ponzoñoso como Valle-Inclán. No reconocía entre los literatos de la época a ningún maestro. Del propio Galdós se mofaba «con sus Miquis y sus Tiquis Miquis» y con «sus barrios bajos, sus curas, sus menestrales y sus braseros». Le faltaba a don Benito «universalidad». En cambio le sobraba a Valera, cuyos griego y latín y erudición filosófica e histórica daban a sus libros un tono académico, más bien empalagoso y pedante. «¿Emilia?» Bueno, sí; ya hablaríamos. La verdad era que escribiendo parecía un hombre, «un señor con toda la barba». Él la conocía muy bien. La había visitado en Madrid, en su casa de La Coruña, en la calle de Tabernas, en su famoso «pazo» de Meirás… ¡Emilia, ah, Emilia! Y seguía hablando, menos reticente, de otros escritores: Pereda, magnífico, pero «tan clerical»; Picón, «un narcótico», y ese Trigo de *Las ingenuas*, y Valle-Inclán «con sus Sonatas delicuescentes», y el «alicantino Martínez Ruiz con su paraguas rojo y su Montaigne». ¡Bah! No había nadie, no había nada… Pero la revolución que abriría a la literatura española las puertas del mundo estaba en marcha. Y las llaves de esas puertas ¿quién iba a tenerlas sino él?

Yo, galdosiano, valerista y valleinclanesco, hubiese discutido con Blasco, defendiendo y enalteciendo mis admiraciones, pero ¿quién se atrevía? Ni Pedro González Blanco, tan sabiamente gatuno, hubiese osado contradecirle. Además: ¿quién pagaba

los bocadillos y la cerveza? Blasco. ¿Quién, en alguna ocasión, no muy frecuente, hacía repetir «la ronda»? Él. Nosotros no teníamos ni voz ni voto. Estábamos allí para beber, masticar y oír.

Precisamente aquel año murió don Juan Valera, cuyas obras me instruían y deleitaban, y a quien me hubiese encantado conocer. Pepita Jiménez, Juanita *la Larga* y su bellísimo pimpollo, Morsamor —Fausto sin Mefistófeles— y otros personajes, y no títeres, del gran retablo de Valera tenían espacio donde moverse y decirme cosas en el mundo de mi imaginación. No me importaba que todos se produjesen como si el ático don Juan les dictase las palabras; que Rafaela *la Generosa* de *Genio y figura* se expresase mejor que Aspasia debió de expresarse en el cenáculo de Pericles; ni, por fin, que no apareciese por ninguna parte en las ficciones de Valera ese naturalismo de Zola y sus discípulos, que doña Emilia había explicado y semiaprobado en su *Cuestión palpitante*, del que don Benito no había tenido necesidad para escribir sus mejores páginas realistas, pero que Blasco trasladaba a la novela española menos morbosa y tenebrosamente que en su original francés.

Yo comparaba la literatura con un palacio donde siempre la mesa estuviese puesta, así en el comedor de gala como en el de confianza y en el tinelo. Podía sentarse uno a comer con los señores, los grandes capitanes, los artistas gloriosos, los purpurados sutiles y las damas famosas por sus virtudes o por sus culpas, y a veces por lo uno y por lo otro. Podía uno compartir la refacción familiar —sin comer con el cuchillo, naturalmente—, gustando la cocina casera, los platos que no reclaman la ciencia de un Ruperto de Nola o un Carême, y son, sin duda, los más sustanciosos y digestibles. O preferir la mesa de la servidumbre, que en algunas casas, si no más selecta, es más copiosa que la de los señores y más libre, pues allí puede comerse con los dedos, hacer ruido al mascar y beber el vino a chorro o a pico de botella. En el palacio de la literatura también se reparten las sobras o se compone con ellas el bodrio de los perros. Hay de todo y para todos…

Y era, a mi parecer, lo que pasaba con la literatura, y con todas las artes. Libros, cuadros, músicas para todos los gustos. Pero el gusto no depende sólo del instinto. Intervienen en él la educación, la instrucción, la devoción y las inclinaciones —buenas o malas— de un temperamento. En mi caso particular, y en aquella época, mi gusto

literario se hallaba en formación, como en su infancia. Comía y leía de todo… O de casi todo. Pero sintiéndome más satisfecho con las páginas bien compuestas que con las escritas a «la diabla», y —pormenor muy importante— más feliz con las novelas en las que predominaba el tema amatorio que con las que lo evitasen o soslayasen, por razones que asistieran al novelista y que yo no me tomaba el trabajo de investigar.

He aquí por qué en el círculo de mis admiraciones figuraban literatos tan distintos como don Juan Valera y Blasco Ibáñez, como Galdós y Valle-Inclán. Decía Blasco del autor de *Pepita Jiménez* «que no era nunca objetivo». Y yo estuve por responderle —pero no me atreví— que «el objetivo, para los fotógrafos». ¿Quién se atrevería a sostener que el primer elemento, en todo arte, no fuera el espíritu del artista? Lo demás —pensaba yo— era accesorio y advenedizo, porque no venía «de dentro», sino que llegaba «de fuera», modificando al artista, sí, pero sin quitarle su «quid» profundo, esencia y potencia de su persona.

El subjetivismo, personalismo, aticismo, academicismo, literatismo, «eutrapelismo» y todos los demás ismos que quisieran señalarse en Valera, a mí me parecían deliciosos. Yo leía a don Juan golosamente, con gula no de glotón, sino de *gourmet*. Sus libros eran para mí «bocados de cardenal», como los que servían en el comedor de gala de mi palacio. Para leer otros libros, para gustar otros manjares —o condumios— estaban el comedor de diario y el tinelo. Y hasta la sopa de los perros… No sonría el lector, que los perros también entienden de literatura y de filosofía —como se sabe por el coloquio de Cipión y Berlanga—, y muchas veces le hacen asco al bodrio y se van al campo a purgarse —y purificarse— con ciertas hierbas.

Sentí que el «padre» de Morsamor, de Pepita, de Juana *la Larga* y de Rafaela *la Generosa* se hubiese ido de este mundo —de cuya luz física se había alejado antes— sin que yo, lector suyo y aspirante a novelista, le dijese:

—¡Ay, don Juan, quién escribiera como usted escribe! ¡Quién supiera burlarse tan donosamente como usted se burla de tantas gentes y cosas que, por debajo de su risa, le están inspirando a usted lástima y compasión!

Pero hube de conformarme con decirle todo esto a los retratos de Valera que publicaron los periódicos al día siguiente de su partida para el país de la calma y el silencio.

[19]
DE DON BENITO A DOÑA EMILIA*

Aludí antes, de pasada, a mi primera entrevista con Galdós. De éste me queda mucho por contar. Yo había visto a Galdós varias veces en los escenarios de Lara, la Comedia o el Español, cuando, entre los primeros actores, salía a recibir los plácemes del público. Era entonces don Benito un hombre de cincuenta años. Aventajada la estatura, los ojos pequeños, el bigote lacio, la cabeza chica, que la caja del talento no exige magnitud, pues muchos hombres geniales la han tenido no mayor que un coco, pero no de un coco lleno de agua, sino de numen. Estaba entonces Galdós en la plenitud de su fama de novelista y dramaturgo. No sé por qué serie de sus *Episodios* iba, ni qué punto alcanzaba la transformación de sus laureles en dinero. Pero aunque existieran algunos antigaldosianos, como Rafael Urbano y el ateneísta Peñaranda, que, verbalmente, no le dejaba un hueso en su sitio, es el caso que la cúspide de la literatura española estaba —y estuvo mientras no cerró los ojos— representada por él. Yo había leído casi todos sus libros, subyugado, sin que esta seducción me impidiese solazarme e instruirme con escritores como Pereda, a quien podía considerarse su antípoda «por las ideas»; o como Valera, Clarín y la Pardo Bazán, de léxico más numeroso que el suyo y de prosa más elegante que la suya. Me encantaba la «naturalidad» de Galdós: eso de escribir como si conversara, de no pararse en pelillos retóricos, ni de entretenerse en bordados y arabescos, para que sus criaturas viviesen como en la vida. En fin, la manera de Dickens y Balzac, cuyo estilo no está en la forma, sino en el fondo y el movimiento del relato. En resumen: que yo figuraba entre los admiradores y discípulos más fervientes del autor de *Ángel Guerra*, y que la noche en que pude estrechar su mano y escuchar su voz, pausada y poco expansiva, me hubiese deparado un momento de felicidad absoluta si no fuera por el contraste entre mi ropa de lechuguino y la modestísima de Galdós y sus acompañantes.

* Capítulo lxxi del primer volumen de las *Memorias*.

[…]

Pues bien: para aquel banquete en el Suizo, donde conocí a Galdós, tuve que ponerme la levita y pasar un mal rato. No muy malo durante la cena, que se le ofrecía a cierto escritor joven, con título de nobleza, y en el que había algunos *dandies* —recuerdo a Ramiro de Maeztu, recién llegado de Londres; a Alfonso Danvila, a Antonio de Hoyos con su monóculo y sus reflejos de Oscar Wilde—, sino después, cuando, al terminar el banquete y previa mi presentación a Galdós, por su discípulo José Betancourt, que escribía con el seudónimo de Ángel Guerra, me encontré primero en la calle y luego sentado en un café próximo a la Puerta del Sol, en compañía de don Benito, de Betancourt y de dos señores más, de cuyos nombres no consigo acordarme. Todos iban de americana, sombrero blando, capa o gabán. Galdós, con su fieltro negro y su bufanda. Bueno, yo no sabía qué hacer con mi chistera y mi «estúpida levita». Maldije de mi suerte, ya que no me era posible maldecir a la responsable de aquel momento ingratísimo. Ángel Guerra pidió café para todos. No logro recordar absolutamente nada de lo que se dijo en aquella tertulia improvisada, en la cual Galdós habría sido el menos locuaz si no le hubiese ganado yo en esto, pues no despegué los labios sino para emitir algún monosílabo y sorber el café. No obstante mi azoramiento, que era obra de la imaginación, ya que ninguno de los circunstantes parecía haber reparado en mi levita, ni advertí en ellos el menor gesto de burla, yo no apartaba los ojos de don Benito, examinando sus rasgos fisonómicos, y siguiendo sus ademanes como si de cada uno fuera a salir, por arte milagroso, un personaje de sus novelas.

Al conocer mi apellido tuvo la bondad de decirme que «leía mis artículos en *El Liberal* y que eran buenos. Me sonrojé. Disolvióse el grupo a la puerta del establecimiento. Ángel Guerra llamó un coche pesetero y subió a éste detrás de Galdós. Yo volví a mi casa a pie, aspirando el aire de la noche de otoño y prometiéndome sepultar la levita en el fondo de un baúl. La primera lección que recibía de don Benito, aparte de la que se desprendiese de cada uno de sus libros para mi espíritu, era una lección de sencillez.

Pero «la cosa» era muy diferente en casa de doña Emilia, en cuyas reuniones vespertinas los caballeros se presentaban enlevitados o de chaqué, y las señoras, muy bien

compuestas, con «boas» y los sombreros monumentales y floreados de la época. No era todavía condesa la gran escritora, pero iba a serlo muy pronto. En la Curia romana le estaban preparando el título. Su madre, la vieja condesa, no solía asistir a las tertulias literarias, pero sí sus hijos, Jaime, Blanca y Carmen. Blanca recitaba versos, sobre todo de Gabriel y Galán, a uno de cuyos libros le había puesto un prólogo encomiástico la autora de *La quimera*. Sobre esta novela no tardaría yo en publicar un artículo en *La República de las Letras*, semanario del que hablaré luego: artículo fervoroso, y del que me dijo, riéndose, Blasco Ibáñez que era «una declaración de amor». ¡Cosa más absurda! De lo que yo estaba enamorado era del estilo, de la prosa ejemplar de aquel libro, que era, exactamente, una novela de amor apasionado, muy lírica. La Pardo Bazán contaba ya cincuenta y tres años, y no era precisamente una Ninón. Sabido es que nunca fue guapa. Tenía una cara corta, unos ojillos de miope, que reclamaban el uso constante de los impertinentes, y el busto y los brazos demasiado opulentos.

La primera vez que estuve en su casa, no sé si propia, sita en la calle Ancha de San Bernardo, me hizo hacer el *tour du propriétaire*. Lo que mejor recuerdo es el oratorio, con un pequeño retablo, según ella del siglo XV; unas credencias, también antiquísimas; varios reclinatorios, con cojines de terciopelo rojo, frente al altar; cuadros, que supuse copias, de Rafael, Murillo y Zurbarán; un Jesús en la cruz que era —me dijo— del imaginero gallego Gregorio Hernández. En la antesala había panoplias, armaduras, bargueños. En los salones muebles «de época», alfombras y tapices y retratos suyos —el que le hizo Vahamonde, en un caballete— y de sus antepasados ilustres. Total, riqueza y buen gusto, quizá lindando con la ostentación.

Recibía en su despacho. Era un aposento interior, no grande, con luces que provenían de los ventanales de un largo pasillo, al fondo del cual se divisaba el comedor, de añoso mobiliario. Frente al bufete de doña Emilia, con escribanía de plata, carpeta de cordobán historiada y libros de consulta, a derecha e izquierda, muy bien ordenados, hallábase el estrado, compuesto por un diván y cuatro sillones de tapicería. Sillas volantes o de tijera completaban la comodidad de los contertulios, a quienes se permitía encender algún cigarrillo y ofrecíase alguna copa de refresco o licor. Doña Emilia, adelantado el busto, ágiles sus pequeñas manos, ocupaba su sillón como un trono. Definía, discernía, sentenciaba o imperaba… ¿Por qué no, si era la emperatriz

de nuestras letras? Rara vez extremosa en la censura, pero siempre tibia en la alabanza, como todos los ególatras. Éralo ella en alto grado. A mi padre, con quien mantuvo siempre buena amistad (algún día quizá publique las cartas que ella le escribió a La Habana sobre motivos y pleitos literarios), no le perdonaba su admiración por don Manuel Murguía, el esposo y viudo de Rosalía Castro, y escritor e historiador eminente. Y cierta vez, en una de sus reuniones, le dijo: «Desengáñese usted, Insúa: Galicia sólo ha tenido dos grandes escritores, y los dos de los que visten faldas: el padre Feijoo y yo».

Sabido es que doña Emilia se hizo «estatuar» en vida: en La Coruña y en Madrid, y cuántas desazones le produjo que la Real Academia Española no se resolviese a modificar sus estatutos para sentarse ella en uno de esos sillones que, según se dice, hacen inmortales a quienes los ocupan… Si alguien en su presencia ponía en duda el don mágico de los tales sillones, añadiendo que su gloria estaba asegurada y que moralmente era archiacadémica, ella le miraba con disgusto, replicando que «el genio no tenía sexo y que era una estupidez palmaria el no reconocerlo así». Nadie entonces se atrevía a contradecirla. Yo pensaba en la humilde Rosalía y en doña Concepción Arenal, toda modestia, lamentando que ella sufriese por lo que ambas desdeñaron: pompas y vanidades que el mérito real no necesita, y son efímeras y corruptibles cuando la aureola es de oropel y no del oro y la luz que irradian los espíritus selectos.

Quiso también doña Emilia ser poeta —quiero decir versificadora, que poeta lo era—, y compuso un librillo de versos celebrando las gracias infantiles de su hijo Jaime. Quiso ser «dramaturga», y escribió un drama y un par de comedias que no triunfaron. Hubiese querido ser, amén de académica, diputada, senadora, alcaldesa, todo… Y a mí me bastaba con *Insolación* y *Morriña* para ponerla en el lugar más elevado de las escritoras españolas de todos los tiempos. En el que, por mi parte, continúa.

Fue por entonces, si no recuerdo mal, cuando hizo su entrada en el Ateneo, donde no tardaría en presidir la sección de Literatura con singular eficacia. Entraba algunas veces en la Cacharrería, y no puede decirse que tomara parte en las discusiones, porque al presentarse ella hasta el propio general Vallés se echaba un punto en la boca, y todos eran a escuchar sus monólogos y a seguir el movimiento de sus brazos

y manos, una de las cuales adhería a sus ojos los impertinentes. Si además de polígrafa insigne hubiese sido una beldad como la Avellaneda, ¡qué de pasiones todavía románticas no hubiera despertado entre los jóvenes ateneístas! Y entre algunos de los viejos, también.

Las «Lecciones» del Ateneo de doña Emilia han sido recordadas y glosadas por Luis Araujo Costa en su libro ya mencionado. Fueron magistrales. En el «Catálogo de los retratos existentes en el Ateneo» que incluye García Martí en su crónica de la Docta Casa, no figura el de la Pardo Bazán. ¿Por qué? ¿No está terminado? ¿O será que yo, en mis rápidas visitas al Ateneo de 1951, no acerté a hallarlo entre esa multitud de óleos que reproducen semblantes dignos de recordación o que ya se desvanecieron en la memoria de las gentes?

[20]
ESCARAMUZAS DEL ATENEO Y COMBATES DEL PARLAMENTO*

Mientras mis compañeros de licenciatura en la universidad preparaban oposiciones, entraban de pasantes en algún bufete, permanecían en el Alma Máter para alcanzar el título de doctores o —por ser hijos o sobrinos de próceres de la política— le ponían los puntos a un acta de diputado, yo ni siquiera volví por la Academia de Jurisprudencia. Mi «campo de acción» estaba unas calles más allá, en la del Prado. Escribía en la biblioteca del Ateneo mis crónicas para *El Liberal*, mis gacetillas bibliográficas para *Nuestro Tiempo*, mis artículos para *Nuevo Mundo*. Y leía, leía… Mis camaradas del Ateneo eran, principalmente, Bernardo G. de Candamo, que solía exclamar, con Mallarmé: «*Ma chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres!*». Pero no era cierto, porque cada tarde «devoraba» un volumen y varias revistas. Y los González Blanco, Pedro y Andrés. Y Daniel López Orense, sobrino de mi inefable director de *El Correo* —pasado a serlo del romanonista *Diario Universal*—. Daniel firmaba sus comentarios críticos, muy ágiles, con el seudónimo de Fantasio, el héroe de la graciosa comedia de Musset. Y el Borreguero, García Sanchiz. Y el elegante y megalómano Enrique Amado. Y Urbano, el teósofo.

Evitaba la Cacharrería, donde mi padre no me hubiese dejado gritar. Y a mí me gustaba gritar, muy juvenil y españolamente, como lo hacía en los pasillos, en el Salón de Tapices y en las discusiones de las Memorias. En una, de Candamo, me revelé como orador impetuoso y terrible iconoclasta. Como alguien dijese «que había que quemar la Academia», yo propuse «que con los académicos dentro». La presidencia, más burlona que severa, me llamó al orden. Era el frenesí del modernismo. Recuerdo a Miguel Álvarez Ródenas, subido a uno de los bancos de la sala, disparando como flechas fulmíneas los versos de Rubén Darío. ¡Abajo los poetas «conservadores»!

* Capítulo lxxiv del primer volumen de las *Memorias*.

¡Al Rastro con sus liras mohosas! Y otras puerilidades por el estilo. Era tal la pasión revolucionaria de algunos ateneístas jóvenes que uno de ellos, Luis de Oteiza, desgarró con su bastoncillo de junco el retrato de un escritor tan correcto y persona tan venerable como don Jacinto Octavio Picón.

Ahora bien: frente a los «modernistas» se levantaba el grupo de los «clásicos» y las polémicas se encrespaban, llegando a los pasillos y el vestíbulo, pero sin pasar a los golpes. Varios poetas y escritores hispanoamericanos concurrían como socios al Ateneo, manteniéndose al margen del tumulto, aunque figurasen entre los destructores de los «antiguos moldes». Alguno de ellos, en ocasión memorable, subía a la tribuna, de levita, erguido, con su rostro incaico, su voz metálica y su seseo empalagoso y recitaba unos poemas galopantes, altisonantes, que sobrecogían de pronto al auditorio, como si cada verso fuese un caballo desbocado. Pero no tardaba en demostrar que su lira había sido templada por Calíope, y las risas y sonrisas iniciales convertíanse en celebraciones y en aplausos. Del Perú, del solar del Inca glorioso, el de los *Comentarios reales*, de media sangre española, nos llegaba José Santos Chócano, gran poeta y hombre de genio aventurero, que hubo de incorporarse durante varios años a la vida literaria de Madrid. Otro poeta hispanoamericano genial, también socio del Ateneo, contrastaba con el exuberante Chócano por su carácter retraído, por su discreción y timidez, su hablar siempre en voz baja y su mirar de persona afligida por tristezas recónditas. Advertíanse asimismo en su semblante facciones indianas, pero en su caso de ídolo azteca. Representaba en Madrid, como ministro diplomático, a su patria. Era el mexicano Amado Nervo, el de las *Perlas negras*, de quien fui muy amigo y de quien supe —o más bien adiviné— dolorosos secretos. ¡Noble figura la de Amado Nervo! ¡Con qué suavidad se producía siempre! Nunca le escuché una diatriba contra nadie. No recuerdo persona que atesorase más humildad, que pareciera más ajena al diabólico orgullo, que pasara por el mundo como una sombra de sí mismo. Rubén, ¿quién lo duda?, era teatral, simulador. Nervo, todo vida íntima y oculta, hombre de una sola y adorada mujer. Y con esto, en sus poemas, ¡qué iluminado panteísmo! No recuerdo que jamás subiese a la tribuna de la Docta Casa.

Fuera del Ateneo tenía yo otros amigos, escritores y poetas, en cierne o en plena madurez. Entre los primeros quiero recordar a Francisco Camba, hermano de Julio,

a Emilio Carrere, a Villaespesa. Y los del grupo blasquista, ya mencionados. También conocí por entonces a Alfonso Hernández Catá, hijo de una dama cubana santiagueña y huérfano de un militar español. Había venido a España para seguir la carrera de las Armas en el Colegio de Huérfanos de Toledo. Mas su afición a la literatura le hizo fugarse del colegio, presentándose en Madrid sin una peseta, pero con el tesoro de su optimismo. Tenía una memoria prodigiosa. Sentados los dos en algún banco de la plaza de Bilbao, me recitaba versos de Darío, de Guillermo Valencia, de Nervo, de Julián del Casal, de toda la pléyade modernista. Usaba unas corbatas polícromas, como grandes mariposas. También era melómano: «silbaba» las sonatas de Beethoven y las rapsodias de Listz. Pero su ídolo era Grieg. Paco Camba imitaba a Valle-Inclán en su primera novelita: *Camino adelante*. Por intermedio de Candamo conocí a Eduardo Marquina. Una tarde, en su casa, sobria de muebles, no lejos de la Moncloa, le oí declamar para un grupo de jóvenes admiradores las estrofas de su *Vendimión*. En otras circunstancias me presentaron a los dos Machado, a Nilo Fabra, poeta breve y bebedor insaciable de cerveza, flaco y valiente como Don Quijote. En un café de la calle de Alcalá, en la acera de La Equitativa, y que estaba al fondo de un extenso zaguán, descubrí a un hombre que me inspiraba un respeto y admiración sin límites. Lo «saqué» por sus fotografías. Era un señor de unos cincuenta años, con espejuelos y la barba grisácea. El gesto, pensativo, absorto. Tenía delante una copita de coñac. Era nada menos que don Marcelino Menéndez y Pelayo, una gloria de España, de quien había leído yo *Los orígenes de la novela* y una parte de *Los heterodoxos*. No me cansaba de mirarle. Cuando le vi beberse en dos tragos su copita y levantarse, pagué mi consumo y me dispuse a seguirle. ¿Iría a su casa, a la Academia? No, señores. A otro café, este de la Puerta del Sol, donde se hizo servir otra copita de lo mismo, su ambrosía sin duda, que los dioses también beben… No volví a verle, y eso que vivió hasta 1912, año de «desgracia», porque lo fue, y muy grande, que a los cincuenta y siete años escasos se apagara la hoguera de su genio.

En la librería de don Fernando Fe, en la carrera de San Jerónimo, adonde yo solía acompañar a Blasco Ibáñez, vi varias veces a Galdós, a don Eugenio Sellés y a Ruiz Contreras. Contemplando los escaparates de la librería de San Martín reconocí —por el retrato de la portada de *Los pueblos*— al «pequeño filósofo», que ya firmaba Azo-

rín, e iba sin paraguas. Era un hombre más bien fornido y cariancho, con monóculo. Pasó más de un lustro antes de que hiciéramos amistad. A Benavente y los Quintero los conocía «del teatro», de verlos salir de la mano de los actores a saludar al público. Y así, poco a poco, al través de los días —o de las noches— fui enterándome del físico de todos o casi todos los hombres que a principios del siglo «cultivaban» con mayor o menor fortuna las letras en Madrid. No concurría yo a sus «peñas» en los cafés, porque no hubiese podido representar en ellas sino un papel insignificante, de admirador o turiferario, y esto no iba con mi carácter independiente. ¿Satélite? De nadie. Lo cual no quiere decir que en algunos de aquellos hombres no reconociera yo grandes méritos y hasta que me produjesen ese sentimiento de la «buena envidia» que debe llamarse emulación. ¿Por qué no habría yo de competir con los mejores de ellos?

Y entretanto, ¿qué sucedía en España? Jamás la literatura, ni los hechos de mi vida privada, ni mis pasiones juveniles eclipsaron mi fervor patriótico. Yo seguía en los periódicos, en los corrillos del Ateneo y en la tertulia del despacho de mi padre los vaivenes de la vida nacional. Grandes y tempestuosos debates en el Parlamento con motivo de la llamada Ley de Jurisdicciones. Los ya endémicos disturbios en Barcelona, con sus luchas en las calles de catalanistas y lerrouxistas. La formación de la Solidaridad Catalana. Moret había reemplazado a Montero Ríos en la cabecera del banco azul y al bueno de «don Segis» le tocó capear el ciclón de aquella Ley de Jurisdicciones en virtud de la cual el enjuiciamiento y castigo de los delitos contra la patria y el ejército pasaba de los tribunales civiles a los militares. El proyecto había sido presentado en enero. Aprobado por los senadores, cayó en el Congreso «como una bomba». Después de violentas discusiones, se retiraron las minorías republicana y regionalista, y no tardaron en hacer lo propio los diputados carlistas y los representantes en la Cámara Baja del «cuarto poder». Pero iba a iniciarse la Conferencia de Algeciras para debatir el nuevo estatuto de Marruecos, y no era cosa de provocar una crisis llena de peligros para España, llegándose a una fórmula que hizo posible la aprobación de la ley.

Mientras esto ocurría en el Congreso, con sus repercusiones enconadas en la calle, tuvo lugar el mitin de Gerona, donde los republicanos, regionalistas y carlistas pidieron, airadamente, que se levantase la suspensión de las garantías constitucionales

que pesaba sobre Barcelona y que no se aprobase la referida ley. No se salieron con la suya. Pero, cansado de recibir insultos y amenazas, Moret presentó la dimisión colectiva de su gabinete, que no fue aceptada por el rey. El 22 de marzo leía don Segismundo el decreto del «cerrojazo» o suspensión de las sesiones. El escándalo fue formidable, y su eco en la opinión pública hizo que apenas interesaran las tareas de la Conferencia Internacional de Algeciras, que terminó a fines de marzo. En mayo se restituyeron las garantías a Barcelona. E inmediatamente los senadores y diputados que habían combatido en el Parlamento la Ley de Jurisdicciones se congregaron en la ciudad condal para recibir su homenaje. Y de una alianza de los republicanos no radicales —Lerroux mantuvo su bandera centralista— y de los nacionalistas catalanes y carlistas surgió la Solidaritat, que no fue aprobada en el congresillo del despacho de mi padre.

Pedían los de aquel grupo político, cuya presidencia ostentaba Salmerón, el reconocimiento de la autonomía regional, la libertad del municipio y la derogación de la Ley de Jurisdicciones. Nada menos. Mi padre, en quien nada quedaba de sus fervores regionalistas, se declaró contrario a cuanto menoscabase la supremacía de la nación y la unidad española, «tan laboriosa y dramáticamente obtenida merced a la gloriosa inspiración y vigoroso esfuerzo de los Reyes Católicos». Era la tesis maurista, del ídolo del doctor Sabucedo. Y yo no sabía qué pensar, pobre de mí, estremeciéndome cuando oía los vaticinios de mi padre y el doctor. «Todo aquello era disgregación y anarquía… Sin la concordia y la cohesión nacional, íbamos derechos al abismo… ¡Ay, qué locos éramos!… ¡De cuán poco nos habían servido las lecciones del 98!» Etcétera.

Yo salía del despacho como de un purgatorio. Pero los verdores y luces de la primavera no tardaban en restituirme a mi euforia juvenil. Para el 31 de aquel mayo florido estaba señalado el matrimonio de don Alfonso XIII con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg. Y la gran preocupación mía y de mis hermanas era conseguir en alguno de los balcones de la calle de Alcalá un buen sitio para presenciar el desfile de la boda. Lo encontramos en la casa de unos amigos íntimos, próxima al café de Fornos. ¡Bien ajenos estábamos de que aquel epitalamio fuera a convertirse en un raudal de lágrimas y sangre!

[21]
EL EPITALAMIO DE ALFONSO XIII*

Alrededor de las once de la mañana nos presentamos mis padres, mis hermanas y yo en casa de los señores de Ponte Abente, muy buenos amigos de nosotros. Don Celestino Ponte habíase labrado una gran fortuna en La Habana como contratista de uniformes para el Ejército, y ya en Madrid figuró entre los fundadores de un gran establecimiento bancario. Era un señor muy discreto, aficionado a la lectura y a los viajes. Su gran ilusión consistía en poseer una de las mejores casas de la Corte, y un día pudo satisfacerla adquiriendo en la calle de Alcalá, muy cerca de la de Peligros y frente por frente del edificio de La Equitativa, un espacioso inmueble. En la planta baja y en el primer piso habíanse instalado un cabaret y un restorán de «buen tono», con el rótulo parisiense de Maxim's. Él y su familia ocupaban el segundo piso, que amuebló lujosamente. Sus hijas, Carmen y Teresa, eran de la misma edad que mis hermanas, con quienes habían estudiado juntas en un colegio habanero. La señora de Ponte Abente, rubia y siempre muy enjoyada, había pertenecido al teatro. Complacíala mucho que la tomaran por una aristócrata. Lo era por sus modales, y al bajar de su landó, a la puerta del Real o a la entrada del Hipódromo, parecía realmente una Esquilache. Sentíase orgullosa de su salón, donde, en efecto, el mobiliario, los tapices, las alfombras y los cuadros revelaban su riqueza y su buen gusto.

Fuimos de los primeros en llegar. De modo que ocupamos los mejores sitios en la galería, pues, entre los balcones de dos amplios gabinetes, la casa tenía un cierro, muy elegante, más a la moda de Andalucía que a la de Galicia —de donde era natural don Celestino—, que abarcaba toda la anchura del salón.

Antes de sonar las doce ya estaban invadidos el cierro y los balcones por las amistades de la casa. Era el 31 de mayo de 1906. Fecha histórica. Las jóvenes lucían sus

* Capítulo lxxv del primer volumen de las *Memorias*.

galas de primavera. Ellas y las señoras se habían quitado sus grandes sombreros, con pomposas lazadas y flores, «para que los caballeros pudiesen ver». En el lujoso comedor, con mucha plata y bodegones antiguos en marcos «de la época», se había preparado un refrigerio —la dueña de la casa decía «un *lunch*»—, al que se haría honor cuando el cortejo de la boda real entrase en la Puerta del Sol y siguiera, por la calle Mayor, el camino de Palacio. La tarde era más bien calurosa, con la gracia y el aire de los abanicos. El cielo estaba azul. En todos los balcones de las calles de Alcalá y Sevilla, engalanados con los colores de la bandera nacional o con solemnes reposteros, se apretujaban los curiosos, mientras el público se mantenía, compacto e impaciente, en las aceras, contenido por los guardias a caballo o de a pie. La ceremonia nupcial estaba celebrándose en los Jerónimos. Por el Prado y la plaza de la Cibeles entraría el brillantísimo cortejo en la más bella y famosa de las calles de la Corte.

Fue hacia la una y media cuando los invitados de los señores de Ponte Abente vimos aparecer la cabecera del desfile. Me sería difícil evocar su esplendor, precisar el orden en que se distribuyeron las fuerzas militares y las carrozas. Recuerdo cascos relucientes al sol, uniformes de gala, penachos y banderas, jinetes muy erguidos en sus monturas. Y el sonar de los «claros clarines». Y el vocerío y los rumores de la muchedumbre. A una descripción exacta —como de crónica de periódico— no se presta mi memoria. Ello es que las carrozas de Palacio comenzaron a pasar ante nosotros. En una, los regios desposados. En otra, las personas de la familia real: doña María Cristina, la princesa de Asturias, las infantas. Y después, las que conducían a los rubios invitados: el príncipe de Gales, futuro Jorge V de Inglaterra; Felipe de Braganza, heredero del trono de Portugal; Fernando Francisco, archiduque de Austria… Nombres que se pronunciaban en nuestra galería con ese respeto que imponen los grandes de este mundo, los destinados a ceñir coronas y a perderlas, a veces con la vida…

Pero nadie pensaba, entre nosotros, en el destino de aquellos seres que nos parecían envidiables. Los veíamos pasar como a los actores de una gran ópera donde las Euménides se envolvían en sus mantos plutónicos, ocultando sus diademas de serpientes, sus antorchas encendidas y sus puñales exterminadores, para que sólo brillasen las sonrisas de las hadas y todo fuera júbilo y esperanza en aquella hora nupcial. El espectáculo era, al mismo tiempo, majestuoso y festivo. Saludaba el rey a sus súbditos, inclinando la cabeza pálida de un lado a otro, levantando una mano enguan-

tada y leve que parecía de marfil. Saludaba la blonda soberana con sus gracias circunspectas de la corte de Albión. Saludaba la reina madre, ya tan española, pero siempre con sus aires de abadesa. No así la infanta Isabel, que tenía los mismos gestos con que en las tardes de toros contestaba a los aplausos y las expresiones de simpatía del pueblo de Madrid. Saludaban todos los príncipes, y nobles y embajadores que formaban en el desfile espléndido. Hasta diríase que saludaban los caballos empenachados, las espadas fúlgidas y las tremolantes banderas.

Abajo, en la calle, se veían cabecitas de niños, aupados por sus madres para que viesen, atónitos, la maravilla del cortejo. De los balcones caían vítores y flores. Y echaban a volar palomas. Era el epitalamio de Alfonso XIII. Una página de nuestra Historia.

Cuando vimos entrar a los reyes y su séquito en la Puerta del Sol pasamos, en grupos o parejas ceremoniosas, al suntuoso comedor de la casa. Y fue allí, entre las «detonaciones» del champaña y el ataque a las bandejas de emparedados y de dulces, cuando alguien, no sé quién ni en qué forma, llegó con la noticia. Con la espantable noticia… En la calle Mayor habían arrojado una bomba contra los reyes. A la señora de Ponte Abente se le fue de las manos la copa de champaña. A don Celestino se le heló un brindis en los labios. Una señorita se desmayó. No, no era posible… Pero sí… El mensajero incógnito lo afirmaba. Los reyes habían resultado ilesos, a Dios gracias; pero había muchas víctimas. Mi padre, muy pálido, seguido por mí, se dirigió al teléfono; pidió el número de *El Liberal*. Comunicaba. «¡Jesús —decía—, qué catástrofe!» Ninguno de nosotros había oído la explosión, ni aun amortiguada por la distancia, porque el comedor hallábase al fondo de la casa y éramos más de cincuenta personas charlando y bebiendo alegremente. Algunas se pusieron a rezar. La señorita desmayada volvió en sí con el aire de un abanico y una aspiración de éter. Varios invitados se fueron a la calle sin despedirse. Otros se precipitaron a los balcones y la galería. Otros, ocupando los divanes y las butacas del salón, trataban de calmar sus nervios. Por fin, al cabo de un cuarto de hora, pudo obtener mi padre la comunicación con *El Liberal* y todos supimos que, ¡naturalmente!, se trataba de un atentado anarquista, que la bomba había sido arrojada desde un balcón, que el criminal había huido y era grande el número de los muertos. Un poco más tarde, ya en nuestra casa, bajé yo a comprar la hoja extraordinaria de *La Correspondencia*, y conocimos los

primeros detalles del atentado y los nombres de las víctimas, que eran veintitrés. Los heridos pasaban del centenar.

—¡Una verdadera hecatombe! —exclamaba mi padre—. ¡Qué horrible desgracia!

E hizo una serie de reflexiones y vaticinios pesimistas que a todos nos impresionaron mucho.

Pasaron dos o tres días al cabo de los cuales se supo que el autor del regicidio frustrado se llamaba Mateo Morral, que había sido profesor en la escuela del revolucionario Francisco Ferrer, en Barcelona, y que después de refugiarse durante unas horas en la redacción de *El Motín*, el periódico anarquista de Nakens, anduvo errante por el campo, hasta que, hambriento, entró en un ventorrillo de los alrededores de Torrejón de Ardoz y pidió de comer. Infundió allí sospechas, y alguno de los presentes fue a buscar al guardia jurado Francisco Vega. Interrogó éste al sospechoso y le intimó a seguirle. Obedeció Morral, pero a corta distancia del ventorro sacó un revólver, disparó sobre Vega, matándole en el acto, y después, con la propia arma, se quitó la vida. Se dijo que cierta mujer había sido la causante indirecta del crimen. Era la amiga íntima del ácrata Ferrer, de la cual se había enamorado Morral. Como ésta lo rechazara, el terrorista la amenazó «con hacer una locura». Mataría a los reyes. No creyó ella en la amenaza, que él cumplió en la forma que el lector conoce. ¿Qué hubo de cierto en esta «novela», que parece urdida por la imaginación de Stendhal? (Años más tarde, personas que trataron a Soledad Villafranca, en París, después del fusilamiento de Ferrer, me dijeron que ella insistía en esta explicación de la tragedia, que habría de constituir, en cierto modo, con variantes de lugar y de tiempo, el asunto de una novela corta mía titulada *La hiel*.)

¿Puede conducir a venganza tan absurda como horrenda un despecho amoroso? Creo que es más complejo «el caso de Morral». Su venganza se hubiera reducido a dar muerte a la mujer que lo rechazaba sin su proclividad de fanático de la anarquía, revelada en sus artículos y folletos, que se publicaron en Barcelona y en Madrid. En resumen, un desalmado, un monstruo, como lo definía mi padre con exactitud.

Aparecían por entonces en la Corte varios periódicos, o más bien periodicuchos, clerófobos. Recuerdo haber oído vocear por la costanilla de los Capuchinos *El Mo-*

tín, *Las Dominicales* y *El Libre Pensamiento*. Algunas veces, un vejancón estevado y sucio pasaba bajo nuestros balcones haciendo resonar un cencerro y pregonando precisamente una hojilla que se titulaba *El Cencerro*. Añadía el hombre: «¡*El Cencerro*, con los mismos perros!»… Nunca, ni por mera curiosidad, compré algún papel de éstos. El más notable de todos era *El Motín*, redactado por don José Nakens, un buen periodista, pero a quien le oscurecía el talento su fobia contra la Iglesia. Y fue este don José Nakens el hombre a quien recurrió el regicida para que lo ocultase. Duro compromiso. Ignoro los argumentos que empleó Morral para convencerle. El caso es que Nakens le prestó asilo y que, temeroso de ser descubierto por la Policía, sólo permaneció el terrorista unas horas en la redacción de *El Motín*. Los lectores conocen el epílogo de la tragedia. Como era natural —y legal—, Nakens fue encarcelado y procesado. Veinticuatro vidas inocentes les costaba a los españoles la «venganza» de Mateo Morral. Y en el espacio justo de un año, en la misma fecha, en París, y en Madrid, el anarquismo «decretaba» la muerte de don Alfonso XIII. Sangriento principio de uno de los reinados más difíciles y azarosos de nuestra Historia. Pero cuya continuidad, ¿quién la podría prever? Mi padre, amigo de hacer frases, acostumbraba decir: «La Historia es una esfinge». Y también: «El anarquismo tiene más cabezas que la hidra de Lerna. Pero ¿dónde está el Hércules que de un solo tajo se las corte, para que no renazcan?».

Y se llevaba las manos a la suya, con un gesto de consternación.

[22]
«EL LEÓN DE GRAUS»*

Al día siguiente de mi retorno a Madrid me presenté en el Ateneo, dándome cierta importancia ante mis amigos, como si aquel viaje me confiriese sobre ellos una enorme superioridad. Enrique Amado se sonrió, desdeñoso. Él también conocía París, «¡pero donde estuviese Londres!». Candamo me preguntó si había ido a la Sorbona, a los cursos de Bergson. Me dio vergüenza decirle que no. Yo me había comprado un monóculo, pero no me atreví a ponérmelo. En la biblioteca «puse en limpio» las notas de mi visita a Mademoiselle Vadier. Y por la noche me encaminé a la redacción de *El Imparcial*, donde Luis Bello, ya amigo mío, de la tertulia de Fornos, me presentó a Ortega y Munilla, que dirigía el periódico. Don José me recibió con una afabilidad inolvidable. Me dijo que le gustaban mis crónicas de *El Liberal* y que estaban abiertas para mí las páginas de *Los Lunes*. Pocos maestros de escritores me han prestado tanta ayuda como el autor de *La cigarra*, novelista y periodista ilustre y uno de los hombres más generosos que he conocido en toda mi existencia. No más de tres semanas tardó en publicarse mi artículo, que abarcaba casi tres columnas, y por el cual me abonaron —con gran asombro mío— la cantidad «fabulosa» de ocho duros. Sí, señores; fabulosa en 1906. Yo iba «subiendo»… A Vicenti le llevé algunas impresiones de Ginebra y quedó afirmada mi situación de cronista fijo de *El Liberal*, alternando con Zozaya, Cortón, Nogaler y Dicenta, que eran las estrellas mayores de aquella pléyade, a la que fuimos incorporados, creo que sin deslucir, Répide, Candamo y yo.

¿Qué había sucedido en España durante mi ausencia? ¿Qué debates habían tenido lugar en el «congresillo» de mi padre? ¿Qué hojas se llenaron con hechos españoles en el álbum de Clío? Pues no muchas. Estaba en el poder el general López Domínguez. Su ministro de la Gobernación, Dávila, había leído en las Cortes el

* Capítulo lxxix del primer volumen de las *Memorias*.

proyecto de Ley de Asociaciones y seguían las polémicas en torno al Decreto de Romanones relativo al matrimonio civil. Habían regresado los reyes de su viaje a Inglaterra, sin bombas. Se abrió el proceso de Nakens. Se firmaban tratados de comercio con diversos países, que disgustaron en las regiones que se creían perjudicadas. Revuelo en Vasconia al anunciarse una posible modificación del concierto económico. Bravatas de la Solidaridad Catalana. La «cola» de la Conferencia de Algeciras. Los disentimientos entre Maura y Moret. Y Madrid con más tranvías eléctricos, y su ópera en el Real, y su Echegaray en el Español, y su Benavente en la Comedia, y sus Quintero en el Lara, y su Arniches, su García Álvarez, su Chapí, sus Serrano, Vives y Lleós en Apolo, en Eslava, en la Zarzuela. Galdós y el río de sus *Episodios*… Blasco Ibáñez «zoleando» en sus novelas… La venerable *Corres* proclamando: «Este diario no pertenece al *Trust*». Y don Miguel Moya convertido en el árbitro del *Trust*, mientras, en silencio, don Torcuato Luca de Tena tomaba sus medidas para alzarse con el cetro de la monarquía de la prensa española.

Fue por entonces —noviembre de 1906— cuando, con motivo de una crónica mía, inserta en *El Liberal*, tuve el honor de recibir un abrazo y de escuchar palabras memorables de uno de los españoles más españoles y de los sabios más sabios de nuestra época. Me refiero a don Joaquín Costa. Ya referí en páginas anteriores que el gran polígrafo era concurrente asiduo a la biblioteca del Ateneo, donde trabajaba de firme, durante horas, entre rimeros de libros. Los jóvenes ateneístas sabíamos muy bien «quién era» y lo que significaba su obra de jurista, historiador e investigador de las esencias del espíritu ibérico. Sabíamos también que había inventado una palabra, la palabra «europeización», «aplicada» a España, pero no en el sentido —como gentes ignorantes o malévolas supusieron— de apartarla de sus tradiciones genuinas, sino, antes bien, como algo que resumía y definía las ideas que sobre la reorganización de su patria, que nadie amó tanto como él, iba exponiendo en sus discursos y en sus libros. Precisamente allí, en el Ateneo, había dado sus famosas conferencias sobre *Oligarquía y caciquismo*. Cuando habló de «cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid», no lo hizo sino para marcar una divisoria tajante entre las tradiciones substanciales y fecundas de España y las que él suponía simples consejas y leyendas poco dignas de crédito. Y cuando habló de «europeizar» España, no quiso decir, ni más ni menos, sino que había que incorporarla a lo más puro y eficaz de la civilización de Occidente,

sobre cuya decadencia no se había publicado por el momento ningún libro. Ésta y no otra era su actitud. Su célebre campaña de la Liga de los Contribuyentes de Ribagorza tuvo una expresión activa y un impulso político que se extendieron con la Liga Nacional a todo el ámbito de la patria. Él estaba por encima de los partidos, no quería mezclarse en las luchas parlamentarias; pero la tragedia del 98 le dolió de tal modo en su fibra patriótica que le hizo salir de su aislamiento especulativo para constituir la Liga Nacional de Productores, no sin haber constituido y presidido antes en Zaragoza —1899— la Asamblea de las Federaciones Agrícolas, con su programa político de la regeneración de la riqueza agraria nacional. Veía en la República un ancho cauce para el logro de sus aspiraciones. Pero no pudo entenderse con los republicanos, y se retiró a su casa de Graus. Entonces le llamaron el «león de Graus». Un león voluntariamente enjaulado, pero que no dejaba de rugir. Desde allí lanzó sus anatemas contra los políticos logreros. En noviembre de 1903 fue elegido diputado a Cortes por Madrid, Gerona y Zaragoza, por el partido republicano. Se negó a sentarse en el Congreso. Corresponde a este período de su vida —del que salió en 1908 para oponerse al proyecto de ley de Maura contra el terrorismo— la circunstancia en que hube de conocerle en la forma que paso a relatar.

Yo le veía casi todas las tardes «pegado» a su pupitre de la biblioteca del Ateneo, hojeando volúmenes, tomando notas, llenando cuartillas e irguiendo la cabeza, con visible disgusto, cuando los jóvenes ateneístas, con nuestra cháchara, le distraíamos de su labor. Nos chistaba, nos dirigía unas miradas que yo, en mi crónica de *El Liberal*, tuve la osadía de calificar de iracundas. Precisamente mi artículo se titulaba «La ira de Costa». No lo tengo a mano, como tampoco el que, años más tarde y con el rótulo de «El zarpazo del león», publiqué en *Nuevo Mundo*, refiriendo mi primer diálogo con él. Diálogo que marca una gran efemérides en la pequeña historia de mi vida de escritor.

Yo, en mi crónica, censuraba —respetuosamente, pero con sinceridad y brío— el «mal humor de Costa», pidiéndole que tuviese en cuenta «las naturales expansiones de la juventud, su derecho a la charla y a la risa»; que fuera más benévolo con nosotros, conocedores de su genio, pero también de «su mal genio». Hablaba de su misantropía, recomendándole que la dulcificara con el «bálsamo del estoicismo». En fin,

toda una serie de impertinencias, de las que me arrepentí no bien aparecieron estereotipadas en mi artículo. Debía de tener éste algún mérito literario, puesto que Vicenti lo publicó.

Ello es que, al llegar aquella tarde al Ateneo, mi excelente amigo Candamo me asustó al decirme: «Tu crónica es muy buena, pero ¡cómo va a ponerse contigo don Joaquín!»… Temblé. Y cuando al entrar en la biblioteca, el excelente Matías, poniéndome una mano en el hombro, me comunicó «que el señor Costa quería hablarme», que le había dicho «que le avisara en cuanto yo llegase», mi emoción fue, exactamente, de miedo. ¡Menudo rapapolvo —o zarpazo— me esperaba! ¿Quién era yo para «meterme» con aquel hombre extraordinario, que había removido la conciencia española? ¿Acertaría a disculparme?

Por indicación de Matías esperé a la entrada de la biblioteca. Vi levantarse a Costa, apoyando ambas manos sobre el pupitre, y dirigirse a mi encuentro con un paso vacilante, como de persona muy cansada y enferma. Tenía las manos y los pies pequeños, signo, a mi parecer, de aristocracia: de una aristocracia de la que carecen muchos duques y marqueses. Con asombro advertí que no era su gesto de enfado. ¡Sonreía! Adelanté hacia él y me abrazó, diciéndome: «¿Usted es Insúa?… Vamos a sentarnos». Y lo hicimos, en un diván de terciopelo rojo que ocupaba un buen espacio del corredor próximo a la biblioteca. Pude entonces apreciar el aire extenuado de su figura: sus ojos grandes y claros, pero tristes; su nariz valiente; su barba y cabellera copiosa. Los leones no pueden ser calvos… Pero, sin dejar de parecerme justo su apodo, me hizo pensar asimismo en un Júpiter, no tonante, sino afable en aquel momento, y en la cabeza miguelangélica de Moisés. Habló afectuosamente:

—Me ha gustado mucho su artículo. Tiene usted razón en cuanto dice. Me he convertido en un insoportable cascarrabias. Pero, ¡ay!, es que sufro por tantas cosas que… ¿Cómo no sufrir por España? Ése es mi gran dolor. Y además mi salud física no es buena. De todo eso resulta mi irritabilidad, mi mal humor. Voy a decir a usted algo muy raro, pero usted va a entenderlo. Es como si tuviera el alma en carne viva.

Yo le escuchaba conmovido y admirado. Balbucí palabras que no recuerdo. Parecíame que él era una montaña, con todas las voces y las luces y las sombras de la montaña, y yo un débil caminante incapaz de ascender a ella.

Y añadió:

—No es el primer artículo que leo de usted. Le sigo en *El Liberal* y *El Imparcial*. Y le considero a usted un escritor de veras, porque sabe usted aplicar el adjetivo al nombre de tal modo que el lector queda conforme y no siente ganas de operar ningún cambio. Digo esto por mí, que no sé leer de otra manera: protestando cuando no me parece justo el enlace del calificativo y el nombre. ¿Está ahí el secreto de la buena prosa? ¡Bendita sea la exactitud! Y quien dice exactitud, dice sencillez. Huyo de los escritores turbios y complicados. Si la literatura no es como un filtro o crisol del pensamiento, ¿para qué sirve? Para deslumbrar, para engañar.

Todo esto me dijo en aquella ocasión don Joaquín Costa, removiéndome el alma, fortificando mi fe en mi destino de hombre que se entrega, apasionadamente, a la literatura, pero que necesita el apoyo de espíritus como el suyo para mantenerse, al través de los desengaños, los errores y las dudas, en la línea de su vocación. Y de su deber.

Conste que he transcrito casi textualmente las palabras de Costa. El lector es muy dueño de aceptarlas o de rechazarlas. Tal como él las dijo las he puesto en esta hoja de papel. Y sólo con la muerte se borrarán de mi memoria.

[23]
UN ÁRBOL DE HOJAS DE PAPEL*

Al comenzar el año de 1907 habían cambiado las condiciones de mi vida. Acababa de contraer matrimonio y no tardó en anunciarse el primer hijo, que vio la luz casi al mismo tiempo que mi primer libro: *Don Quijote en los Alpes*. Sólo me faltaba «plantar el árbol». Pero pongamos que el árbol fue aquella casa editorial que, con fondos facilitados por una persona de mi familia, fundé y dirigí hasta mediados de 1908. Un árbol de hojas de papel. Y un árbol que se incorporó con impulso al bosque de la Minerva española. He aquí una lista de los autores que formaron el catálogo de la casa: doña Emilia Pardo Bazán, con una de sus mejores novelas, *La sirena negra*; Rubén Darío, con la edición príncipe de *El canto errante*; Valle-Inclán, con sus *Aromas de leyenda*. De Luis Bello, *El tributo a París*; de José López Pinillos, *La sangre de Cristo*, fuerte relato novelesco; de Eduardo Zamacois, un libro de crítica teatral; de Pedro de Répide, Ciges Aparicio y Alfonso Hernández-Catá, sendas novelas. Todo esto en una colección «grande», en octavo, primorosamente lograda por la Imprenta de Archivos y Bibliotecas, en la cual aparecieron también una obra de mi padre, mi *Don Quijote en los Alpes* y los dos primeros volúmenes de mi trilogía *Historia de un escéptico*. Paralelamente, en la colección «pequeña», en octavo menor, también muy cuidada —¡y a seis reales el ejemplar!—, fueron publicándose las primicias literarias de José Francés; Federico García Sanchiz; José Subirá, hoy día eminente musicólogo; Miguel A. Ródenas; Emiliano Ramírez Ángel, y otros jóvenes autores. Fuera de ambas colecciones edité la famosa novela del Aretino *El herrador*, vertida airosamente al castellano por Joaquín López Barbadillo; una novela del malogrado Rafael Leyda; otra del cubano Rodríguez Embil, y un tomo de Enrique Díez Canedo que comprendía versiones españolas de poetas franceses, ingleses e italianos y hasta algún japonés. Apartándome del Parnaso, inicié una colección científica, con un libro de puericultura. Y

* Capítulo lxxx del primer volumen de las *Memorias*.

entrando en otro terreno, las *Confesiones* de una tiple del género chico —hoy diríamos de una *vedette*— muy bella, popular y simpática, Julia Fons.

Todo esto, y algo que olvido, en el espacio de unos veinte meses. Cesé en mis funciones de editor por motivos para mí honrosos y sobre los cuales extenderé «el manto del silencio». No sólo cumplí con todos los autores, abonándoles «religiosamente» sus derechos, sino que supe perdonar a alguno que recibió dinero sobre promesa de un libro que nunca había de escribir.

Imagine el lector lo que significaba para un joven de mi edad, articulista ya «cotizado» y novelista en cierne, el hecho de dirigir una empresa editora. Añádase el local: un piso bajo, espacioso, en la calle de la Reina, con su oficina y sus tres empleados; una sala bien amueblada para las visitas y un despacho para mí, casi como de banquero. De la noche a la mañana, digámoslo así, me había convertido yo en una persona importante, pues no hay importancia mayor que la de una cuenta corriente asaz nutrida y la dirección de un negocio con el cual pueden beneficiarse algunos. Estos «algunos» eran escritores, gentes, por lo general, no sobradas de pecunia, pero sí de aspiraciones, más o menos fundadas, a los laureles de la gloria.

En mi «catálogo» figuraron, sin duda, nombres gloriosos, más de uno inmortal. Entre los autores nuevos, varios han hecho resonar las trompetas de la Fama, otros se malograron o eclipsaron. De todos —con la excepción de Valle-Inclán, y por causas que expondré más adelante— guardo gratas memorias, o me siguen uniendo a ellos lazos de compañerismo y amistad sincera.

Desfilaron por aquella casa editorial algunos tipos pintorescos, atraídos por el encanto de las Musas, pero sin méritos para que ellas les dedicaran una sonrisa. Y desfilaron también escritores ilustres, a quienes, por lo efímero de mi mando de aquella nave —que a poco de yo dejarla naufragó—, no pude complacer. Un día vino a verme el crítico y erudito Adolfo Bonilla y San Martín, que, si viviese, formaría pareja con el insigne Menéndez Pidal, y no me fue posible editar la obra que me proponía. Otra vez se presentó Martínez Sierra. Otra, Eduardo Gómez de Baquero. También llegaron demasiado tarde. Aquello —y no por mi culpa— se iba a pique… Tuve en una gaveta de mi escritorio, durante varias semanas, el original de *Casta de hidalgos*.

Mi socio, ya en disentimientos conmigo, no se resolvió a editar esta novela magnífica de Ricardo León, que habría de elevar a éste, no bien apareciera, al pináculo de nuestra literatura contemporánea. Fue uno de mis mayores disgustos, y no porque León se considerase desairado —que la más clara amistad nos unió a todo lo largo de su vida—, sino porque su libro me entusiasmó y sentí en el alma tener que devolvérselo.

Con la Pardo Bazán no tuve ningún roce. ¡Qué había de tener! Lo que pidió, adelantado, por su *Sirena negra* lo obtuvo inmediatamente. Su mayordomo me trajo las cuartillas y se llevó los billetes. Toma y daca. Con Rubén Darío, otro tanto. Me mandó desde Brest, en Bretaña, los versos de *El canto errante* y a vuelta de correo le envié yo el cheque de mil francos oro, que habíamos convenido como pago de la primera edición de su obra. Mil francos oro, en 1907, «eran dinero»… El contrato se formalizó con Luis Bello, gran amigo del poeta. Me escribió Rubén para pedirme que Valle-Inclán y Martínez Sierra revisaran las pruebas y esto me puso en un conflicto, pues, por no variar, Valle estaba reñido con Gregorio. Se lo comuniqué a Darío, en telegrama, preguntándole quién corregía las pruebas y su contestación, también por el telégrafo, no pudo ser más lacónica ni más honrosa para mí. Se redujo a esta palabra: «Usted».

Mas he aquí que el libro, ya compuesto, resultaba demasiado corto, y Luis Bello y yo, para que llegase a las doscientas páginas, recurrimos a unas *Dilucidaciones* que Rubén había publicado en *Los Lunes de El Imparcial*, insertándolas como prólogo. El volumen salió en forma primorosa, obtuvo el éxito esperado y el poeta y su editor quedaron satisfechos.

¡Otro gallo iba a cantarme con Valle-Inclán! Había pedido, y obtenido, sin discusión, el veinticinco por ciento del precio «al público» de su libro —de menos de cien páginas— que se vendería a tres pesetas, y un anticipo de cien duros, que recibió *ipso facto*. Mas como solicitase otro anticipo, apenas publicados sus *Aromas*, que se vendían muy lentamente, el cajero de la editorial, un señor Mariño, gallego como él, se permitió pedirle que esperase. «Aguarde usted unas semanas, don Ramón. Los libreros piden poco… Vea usted las liquidaciones.»

Valle —yo no asistí a la escena— parece que se enfadó, que enarboló su bastón, se mesó la barba y se fue de la boca, según su costumbre, profiriendo no sé qué in-

sultos, que no tomó en cuenta el bueno del señor Mariño. Y aquella misma tarde, en su tertulia del Lion d'Or, se despachó a su gusto contra mí. Llegó a compararme con el Pernales, que era el bandido de moda… Yo lo supe en seguida por Pedro González Blanco, gran correveidile, y, olvidándome de su manquedad y de su edad, bastante superior a la mía, quise, justamente indignado, mandarle los padrinos. Luis Bello y Manuel Machado me disuadieron. «No haga usted caso —me decían—, son "las cosas" de Valle.» Y así quedó el asunto: en ruptura inesperada —y definitiva— de una amistad de varios años, durante los cuales le di al autor de las *Sonatas* repetidas pruebas de afecto. A partir de entonces, siempre que Valle y yo nos encontrábamos en alguna reunión, en algún banquete, evitábamos mirarnos. Pero el día en que Marcel Prévost, cuando yo colaboraba en *La Revue de Paris*, me dijo: «Voy a publicar la *Sonata de otoño*. ¿Quiere usted hacerme una nota anónima que preceda al relato?», yo accedí, e hice, como era mi deber y mi placer, el elogio del admirable e intratable escritor. El cual se murió sin saberlo.

[24]
LA GENERACIÓN DE *EL CUENTO SEMANAL**

Un hecho simultáneo, en la vida literaria de Madrid, al de mis iniciativas y actividades editoriales fue la aparición de *El Cuento Semanal*, fundado por Eduardo Zamacois, en comandita con un señor de apostura elegante y trato muy cortés, que se llamaba, si no recuerdo mal, don Antonio Galiardo. *El Cuento Semanal* publicaba todos los martes o los sábados —que de esto no estoy seguro— una novela corta «de los mejores autores». Aparecieron en él las «firmas consagradas» de la Pardo Bazán, Dicenta, Picón, Baroja, Galdós y Zozaya, entre otras, y las firmas jóvenes, más o menos en camino de emular a las anteriores, de Pérez de Ayala, Acebal, Martínez Sierra, Pedro de Répide, José Francés, López de Haro, Sassone, Ramírez Ángel, algunos más, y la mía. En un concurso de aquella revista obtuvo el premio un escritor admirable «de provincias», que habría de crear un estilo y ser uno de los maestros más ilustres de la prosa y la novela españolas: Gabriel Miró.

El éxito de *El Cuento Semanal* fue fulminante. Un gran caricaturista, Manuel Tovar, hacía para la portada el retrato humorístico del autor de turno. El que hizo de doña Emilia indignó a la condesa. Yo fui testigo, en el teatro de Lara, del momento en que la gran escritora, esgrimiendo su sombrilla, quiso «castigar» al dibujante. Manolo Tovar hubo de esconderse en el saloncillo para no recibir los sombrillazos. Varios ilustradores interpretaban, mejor o peor, a los personajes de los novelistas. Aparecer en *El Cuento Semanal* era para los escritores noveles poner una pica en Flandes y recibir, durante seis días, el soplo de la Fama. Alguno de estos escritores se revelaron en *El Cuento Semanal* y quedaron unidos a la pléyade de los más gloriosos, constituyendo lo que, mucho más tarde —en 1951— llamaría un antologista y crítico autorizado, Federico Carlos Sainz de Robles, «la generación de *El Cuento Semanal*», que considera más fecunda que «la del 98». Yo ni quito ni pongo generaciones, pero me quedo, muy conforme, con la mía.

* Capítulo lxxxi del primer volumen de las *Memorias*.

El Cuento Semanal fue como el árbol patriarca de toda una serie de publicaciones que llegaron a formar una selva en nuestro género novelístico. Un cisma, por causas económicas, determinó que Zamacois se apartase del señor Galiardo (éste, inopinadamente, se alejó de la vida, ¿de quién fue la culpa?) y que fundase, con la misma traza, *Los Contemporáneos*. *El Cuento Semanal* siguió, languideciendo, en manos de la viuda de Galiardo, dama muy distinguida, que tuvo por asesores a Manuel Tovar y al diplomático y escritor Francisco Agramonte.

Es éste, sin duda, un capítulo —un gran capítulo— de nuestra historia literaria. De *El Cuento Semanal* y sus imitaciones surgieron novelistas «cortos» que se convirtieron en novelistas «largos». He aquí algunos de los títulos de los retoños de *El Cuento Semanal*: *La Novela Semanal*, de Prensa Gráfica, dirigida por José María Carretero y José Francés; *La Novela de Hoy*, fundada por Artemio Precioso y «animada» por Mariano Tomás; *El Libro Popular*, de Gómez Hidalgo; *La Novela Corta*, de Urquía; *La Novela Mundial*, de don Luis Montiel, insuperablemente dirigida por José García Mercadal, etcétera.

En *El Cuento Semanal* recibían los autores por sus originales sesenta, cincuenta, cuarenta duros. Precioso y Montiel llegaron a abonar —a algunos— mil quinientas y dos mil pesetas. ¡Tiempos aquellos del papel barato y la afición del público a los escritores vernáculos! Los actuales son muy otros. El papel por las nubes y la invasión de la pseudo o infraliteratura exótica. Sobre todo la que llega por el cauce —no siempre limpio— del cinematógrafo.

He dado algunos saltos cronológicos. Vuelvo a mi punto de partida. Estamos en los umbrales de 1907, año en que comienza realmente mi vida de escritor profesional y aparezco en la liza literaria con mi *Don Quijote en los Alpes.*

[25]
SAGITARIO. EL SALÓN DE ANTONIO DE HOYOS Y VARIAS ANÉCDOTAS*

En enero hubo una nueva crisis ministerial, que se resolvió encargando a Maura del poder. Pero yo había comenzado a desinteresarme del drama político por dos razones: porque me faltaba la tertulia del despacho de mi padre y porque absorbían todo mi tiempo mis menesteres de editor y mis afanes literarios. Cada uno a lo suyo… Y lo mío era eso: editar libros ajenos, componer alguno propio, escribir artículos y hasta lanzarme con varios camaradas del Ateneo a fundar una revista, que no llamamos, aunque lo fuese, «de vanguardia», porque todavía este vocablo no había entrado en circulación. El título de la revista era *Sagitario*. La hicimos entre dos de los González Blanco, Pedro y Andrés; Mariano Alarcón, el «apolíneo»; Enrique Amado, el *dandy* del grupo; un joven de quien sólo recuerdo los apellidos, Ordóñez Lecároz, y del cual nada he vuelto a saber; un muchacho de casa rica, Álvarez Villamil, que aspiraba a ser diputado y con el tiempo lo fue, y el que escribe estas Memorias. Un pintor mexicano, Ángel Zárraga, dibujó la viñeta *ad hoc*: un saetero ecuestre, con cuyas flechas nos disponíamos a traspasar «falsas reputaciones» y a dejar malparadas las revistas de Lázaro Galdiano, Salvador Canals y Francisco Acebal —*La España Moderna*, *Nuestro Tiempo* y *La Lectura*—, que nos parecían rutinarias y no estar al tanto de los «nuevos valores» de la lírica y la literatura surgidas del movimiento modernista. Sólo *Helios*, publicada por Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez, nos inspiraba consideración y simpatía. Nosotros éramos iconoclastas, antiacadémicos, revolucionarios. Pero *Sagitario* nacía pobre, sin más sangre económica que la de nuestros bolsillos. Y como los suscriptores no respondieron en el número que soñáramos, tuvimos que suspender al quinto mes. Enrique Amado, que administraba la revistilla, saldó «religiosamente» todas las cuentas y nos retiramos de la aventura sin deberle nada a nadie. Fue una lás-

* Capítulo lxxxii del primer volumen de las *Memorias*.

tima, porque en las páginas de *Sagitario* aparecieron artículos, ensayos y poemas de bastante mérito y era muy activo en espíritu «europeizador».

Una de las expresiones literarias de aquel tiempo la constituía el salón de un joven aristócrata que ya había publicado un par de libros, uno de ellos con prólogo de la Pardo Bazán. Era un joven alto y elegante, cuyo modelo parecía ser Oscar Wilde. Usaba monóculo y le afligía una sordera congénita e irremediable. Había que hablarle por señas, con el vocabulario digital de los sordomudos. Su casa, un piso bajo de la calle del Marqués del Riscal entonces —luego tuvo una, más suntuosa, en el paseo de la Castellana—, era un centro de reunión de los escritores y artistas noveles de la época, y la mujer (no se concibe un salón literario sin la mujer) estaba allí representada por la famosa Gloria Laguna, condesa de Requena; por su hermana Blanca, marquesa de Tenorio; por Carmen de Burgos, *Colombine*, y por alguna que otra poetisa, tonadillera o actriz. Gloria Laguna llevaba la voz cantante. Fue allí, en el salón de Antonio de Hoyos, futuro marqués de Vinent, donde hizo Gloria alguno de sus más recordados chistes. Tenía Gloria un sentido epigramático de la vida. Su *esprit* sólo era comparable, por lo rápido y agudo, al de Benavente. Ella y él eran competidores en la materia y el público solía atribuir a Gloria alguna sátira del autor de *La noche del sábado*, o viceversa. En dicha casa se entraba sin presentaciones, como *dans un moulin*. Cierta vez apareció en ella el periodista y poeta festivo Luis de Tapia, y como Antonio le preguntase a Gloria «¿quién es ese señor?», recurrió ésta al lenguaje de los dedos y remató su explicación gritándole al oído: «¡Tapia, Luis de Tapia, o a ver si tú te figuras que aquí el único "tapia" eres tú!».

Ofrecía Hoyos a sus visitantes —entre los que no faltaban algunos bohemios— una merienda poco variada: té, manzanilla, *brioches* y merengues. Llevándose a la boca un merengue de fresa, dijo Gloria una tarde: «Esto no es merendar, sino "merengar"». Pero el más memorable y punzante de los epigramas que le oí fue el siguiente, digno de la musa de Marcial. Llevaba ella sobre el escote un prendedor muy curioso, que representaba una cabecita de toro, en azabache, con los cuernos de marfil y por ojos dos rubíes. Un viejo conde, que se las daba de gracioso y de cuya vida conyugal se contaban incidentes tristes, le preguntó señalando al broche: «¿Es uno de tus antepasados?». Y Gloria repuso, incontinenti: «¡No, es un espejo!».

Nos divertíamos en las reuniones de Antonio de Hoyos, donde cada cual trataba de lucir su ingenio y se comentaban, en tono burlesco, «las cosas que pasaban en Madrid», entre sorbos de té o de manzanilla y el humo perfumado de los cigarrillos turcos. Una de las novelas de Hoyos se titulaba *Frivolidad* y este título era también el que correspondía a su ameno salón, si bien, algunas tardes, la atmósfera se hacía «más seria» porque llegaba doña Emilia, con sus impertinentes, o doña Blanca de los Ríos con su esposo, don Vicente Lampérez, el ilustre arquitecto, que formaban una pareja igual de pequeña y de simpática. Con todo, quede para la «pequeña historia» del Madrid literario de principios del siglo la estampa de aquel salón que, lustros más tarde, hallaría en el de Melchor de Almagro y San Martín una continuidad y variante que explicaremos a su debido tiempo.

Conocí por entonces, en el Ateneo, a Jacinto Benavente. Fui presentado a él por Nilo Fabra. Quizá por Enrique Amado. Uno y otro, el poeta y el escritor *dandy*, figuraban entre los admiradores y acompañantes de don Jacinto, que ya era considerado como el «más europeo» de nuestros dramaturgos. Los Quintero eran los «más castizos». Poníase el sol de Echegaray. Benavente era todavía muy joven. Iba a cumplir sus cuarenta años. Los caricaturistas —Tovar, Sileno, Sancha— le presentaban siempre con un puro monumental en la boca, el bigote rizado, la barbita aguda, la mirada burlesca, todo un aire mefistofélico. Creo recordar que se divertía entonces con el espiritismo y que allí, en el Ateneo, detrás de la tribuna, en un espacio oscuro, imitaba maravillosamente a Allan Kardec. No asistí yo a ninguna de las sesiones, pues no pertenecía al grupo de sus *ad lateres*, ni me sentía atraído por los misterios de ultratumba.

Ignoro si Benavente creía o no de veras en el espiritismo. No soy de los que toman a broma esta doctrina, que representa nada menos que un afán de superación de la materia corruptible y de conocimiento de los «avatares» de las almas, en el camino de su «purificación». Pero siempre me han bastado sus revelaciones espontáneas, que suelen llegar a mí por la vía «onírica», o dicho sea en buen romance, por los sueños. Conste que en tal época se ignoraba hasta el nombre del profesor Freud.

Yo asistía a las representaciones de todas las comedias de Benavente. Le admiraba. Lo mismo cuando sus personajes me parecían «reales» que cuando los consideraba imaginarios. Porque lo que me interesaba era, precisamente, su imaginación, su fa-

cultad creadora, ese mundo benaventino donde, como en el shakespeareano, todo «me sabía a inteligencia». Y si la inteligencia se reduce «a copiar», ya no es inteligencia. Sólo entienden la vida los soñadores, y, digan lo que se les antoje los positivistas, pensar no es otra cosa que soñar. Y vivir, otro tanto. Los mayores filósofos se llaman Segismundo y Hamlet.

Tenía Benavente —cómo no— sus negadores. A veces, alguna de sus comedias se «iba al foso», como *La gata de Angora*, desollada por una crítica obtusa, «pateada» por un público incivil. Otras —como *La comida de las fieras*— daban lugar a *gaffes* tan ruidosas como la de Gómez Carrillo, al escribir que era un trasunto o plagio de *Le Repas du lion*, de François de Curel, con el que no tenía la menor concomitancia. Benavente no era como Racine. No le afectaban las conjuras. Conocía muy bien las maquinaciones de la hipocresía y de la envidia. Él iba levantando, obra a obra, la fortaleza de su teatro, que ahí está, indestructible, a pesar de los barrenos del autor ilustre de *Las máscaras*.

Fue también en el Ateneo donde conocí a Felipe Trigo. Yo no había leído «del todo» ninguna de sus novelas, porque su prosa enmarañada y con no sé qué reflejos d'annunzianos, era como una antítesis de la mía, que se propone siempre ser clara y directa, sin que esto me impida admirar a ciertos escritores abstrusos o barrocos. Cada cual con su espíritu, pero uno es muy dueño de preferir al que tiene más afinidades con el propio. Hago esta aclaración porque cierta crítica superficial quiso ver en mí un epígono o discípulo de Trigo, cuyo temperamento de escritor y cuya fórmula de novelista eran contrarios a los míos. No obstante, las pocas páginas que leí de sus novelas me hicieron comprender su éxito. Y el trato amistoso que sostuvimos me permitió medir sus dotes de caballerosidad. En resumen, su persona me era simpática; su literatura, no. Usaba él unas tarjetas en las que hacía grabar debajo de su nombre estas tres palabras: «Hombre que escribe». Y Rafael Urbano añadió, con su lápiz, esta otra: «Mal». No lo entendían así los admiradores —y las admiradoras— del autor de *Las ingenuas*, para los cuales «ese modo de escribir de Trigo» era la emanación y conformidad misma de su genio.

Asimismo, en una de las tertulias del Ateneo tuvo su origen mi amistad con uno de los escritores que tengo en más alta estimación. Era, no obstante su juventud, un

periodista eminente, un poeta luminoso, y había triunfado en el teatro con obras originales y adaptaciones de los clásicos. Su gesto adusto, su labio desdeñoso y su verba irónica no le hacían muy atrayente de primera intención. Me lo habían presentado —en Fornos o en Lion d'Or— cuando yo era absolutamente un inédito. No se acordaba de mí. Una tarde, en el salón de tapices, comentábase en un grupo, en el que yo intervenía, la aparición de «firmas nuevas» en las columnas de *El Liberal* y *El Imparcial*. Y el contertulio a que me refiero hizo, de pronto, esta pregunta: «¿Quién será ese Alberto Insúa que publica en *El Liberal* unas crónicas tan interesantes?», añadiendo: «Debe de ser uno de esos buenos escritores de provincias que tardan en conocerse en Madrid, porque ¡vaya si conoce el oficio!». Sonrió Pedro González Blanco, y mordiéndose el bigote, según su costumbre, me señaló y dijo: «Pues Insúa es éste». Sorpresa de Cristóbal de Castro, que no era otro el protagonista de la anécdota. Y su felicitación cordial. Ahí está él, cuando escribo estas líneas, que no me dejará mentir. Desde entonces hemos sido amigos consecuentes, admiradores mutuos, compañeros de esos «que se leen» y se estimulan entre sí, sosteniéndose como hermanos en el duro menester de galeotes de la galera literaria. Y yo me pregunto ahora, Cristóbal: «¿Hasta cuándo?». Pero usted y yo hemos aceptado estoicamente, heroicamente, nuestro oficio. ¿Qué digo oficio? Nuestra misión. Y adelante, adelante. Mientras la mano pueda impulsar el remo y el corazón no diga «ya está bien» y le haya llegado la hora del supremo descanso.

[26]
LOS PERSONAJES DE *EN TIERRA DE SANTOS* Y TRES SALAS DE ARMAS*

Así como al zapatero lo que le importa —o debe importarle— son sus zapatos, a mí lo que me importaba, después de la publicación de mi primer libro, era mi segundo libro, que tendría que ser una novela. No obstante, yo leía los periódicos, iba por las redacciones de *El Liberal* y *El Imparcial* y muy rara era la tarde que no pasaba unas horas de charla con mis camaradas del Ateneo. Lo cual quiere decir que, por grandes que fuesen mis preocupaciones e ilusiones literarias y mis menesteres de editor, seguía la marcha de los sucesos políticos de España, aunque no quisiera, bien así como el que, paseando por un jardín, absorto en sus fantasías y pensamientos, advierte de pronto «que pica demasiado el sol», o que cierta nube que negreaba se rompe en un aguacero y le obliga a buscar presuroso un reparo cualquiera para no mojarse. Llovía sobre los jardines, los campos y los burgos de España. Y esta lluvia metafórica, derramada por sus nubarrones políticos, no era siempre beneficiosa. Así, verbigracia, no prometía nada bueno la ruptura de Maura y Moret, cuando más falta hacía la cohesión del único partido que representaba la unidad y autoridad suprema de la nación frente a las blanduras de los liberales con los elementos de la izquierda y el vigoroso impulso de los regionalistas catalanes. En las elecciones de marzo la Solidaridad ganó casi todas las actas, y sus diputados aparecieron en Madrid decididos a imponer su programa, que, si no equivalía a una fórmula separatista, entrañaba el principio y el peligro del desgarramiento nacional. Así lo proclamó Maura en sus discursos. Los parlamentarios catalanes repetían sus exigencias, a saber: el reconocimiento de «la personalidad de la región», la libertad del municipio y la derogación de la Ley de Jurisdicciones. A todo ello se opuso Maura, afirmando la supremacía de la nación sobre cualquier linaje de peticiones regionalistas. Por otro la-

* Capítulo lxxxiii del primer volumen de las *Memorias*.

do, Lerroux venía a sostener lo mismo, produciéndose entonces la escisión entre los republicanos que seguían a Salmerón, presidente de la Solidaridad Catalana, y los que se unieron al «centrista» don Alejandro. Comenzó entonces a iniciarse mi simpatía por éste, pues yo me iba sintiendo vagamente republicano, pero no admitía —quizá por la influencia de mi padre— «nada que me oliese a regionalismo, primer peldaño del separatismo».

Pero, la verdad, todo esto sin grandes preocupaciones. Yo había abierto mi paraguas. O, si se prefiere, me había encerrado en mi torre de marfil, desde cuya atalaya los políticos me parecían muñecos o pigmeos, y algunos escritores y poetas, gigantes. Una carta de Rubén Darío era para mí como si llevase en el bolsillo un rayo de sol para deslumbrar a mis jóvenes colegas. De las críticas, todas encomiásticas, que sugirió mi *Don Quijote en los Alpes*, no supe separar lo que tenían de benévolas o de interesadas —pues no se olvide que yo dirigía una casa editorial— de lo que realmente denotaba una verdadera estimación de mi obra. Las tomé todas «en serio» y me sentí muy orgulloso. Me retraté, en casa de Alfonso, con el cuello del abrigo levantado y un dedo en la mejilla, en actitud de pensador, como Ortega y Gasset… Me atreví a usar aquel monóculo que había comprado en los soportales del Palais Royal y lo sostuve sobre mi ojo izquierdo con tanta arrogancia como Felipe Sassone, que en esto del *monocle* le daba quince y raya a Oscar Wilde y Henri de Régnier. Nada, que me volví un *poseur*, que se me subió mi primer éxito a la cabeza y se me antojó que en el monte literario todo iba a ser orégano para mí… No tardarían en pincharme las zarzas, en picarme los insectos. Fue un espejismo de la primera juventud. Me volví tan vanidoso —o tan fatuo— que le mandé los padrinos al periodista y ex diputado Gabriel R. España porque en la tertulia de Felipe Trigo, en la Maison Dorée, me llamó discípulo del novelista de *Las ingenuas*. El asunto quedó resuelto con un acta. Y lo deploré, porque Ángel Lancho me había enseñado ya a defenderme con la espada. ¿De modo que yo iba para espadachín? Mi padre me llamó al orden. Y yo mismo comencé a moderar aquellos ímpetus de soberbia e impertinencia, que, de una, parte, provenían de mi temperamento fogoso, y de otra, de mi situación económica, relativamente privilegiada en el mundillo de los escritores, pues no me faltaban nunca veinte duros en la cartera, y podía darle uno o dos al compañero bohemio que

venía a pedírmelos para su cama en la posada o sus cafés «con media». Poco a poco fue reportándose, hasta desaparecer, esta condición, más que altiva, agresiva de mi carácter, que aún me había de proporcionar nuevos motivos de arrepentimiento. La vida me ha dado muchas lecciones de humildad y de paciencia. Y de aquel orgullo y petulancia juveniles ya no me quedan ni residuos en el corazón.

Al comenzar el verano de 1907 tenía yo en la mente el plan o proyecto de mi primera novela y un conato o embrión de su protagonista. Se trataba de un caballero rico, culto, todavía joven, ocioso y escéptico, al que iba yo a complicar en diversas aventuras amorosas, ante las cuales reaccionaría, de un modo u otro, en actitud filosófica. No se trataba, rigurosamente, de un filósofo, porque el filósofo posee una fórmula, más o menos directa o refleja, de pensar y trata de imponerla, formando adeptos y discípulos, y este señor a quien yo pretendía «humanizar» en mi libro no aspiraba, en modo alguno, a que nadie compartiese sus opiniones, ni aun siquiera sus sentimientos. Pero no era un ególatra, sino más bien un altruista. Dadivoso hasta la prodigalidad. Distante de cualquier fanatismo. Glacial, si se quiere, pero de un hielo —acepte el lector la metáfora— que se derretía fácilmente ante cualquier dolencia humana, del espíritu o de la carne. Había hecho de la compasión una ciencia muy rara, porque de quien más se compadecía era de sí mismo. Hubiera podido ser un asceta, y hasta un mártir, si hubiese sido creyente. Pero tenía la desgracia de ser incrédulo. Hubiera podido ser un gran patriota, pero, en fuerza de sentirse «universalmente humano», no acertaba a entender de fronteras ni de razas. A su lado, como contraste, se me había ocurrido plantar la figura de su secretario —o escudero—, que era un hombre sensual, egoísta y con unas ideas primarias y tajantes sobre todas las cosas de este mundo y… del otro, que negaba con un ateísmo perfectamente estúpido. Pero era un tipo pintoresco, decidor, discutidor, sarcástico y con una virtud que cohonestaba su torpeza: la lealtad permanente al caballero que había hecho de él su acompañante. Moraban uno y otro, de fijo, en Madrid, en una casa suntuosa, alejándose de ésta cuando lo exigía el tedio del señor. Muchos viajes por Europa. Una gran biblioteca. Dando cada cual a su soltería una expansión y un tono. Finos en el caballero, burdos en el secretario. Un día de verano tuvo aquél la ocurrencia de retirarse a cualquier ciudad española, «donde no conociera a nadie» y pudiese abismarse en su soledad. El secretario propuso Toledo, Salamanca, Ávila. «Salamanca, no —dijo el caballero—. Ahí

está Unamuno. Habría que servir de recipiente a los monólogos de Unamuno.» Toledo «se lo sabía de memoria». Eligió Ávila. Sentía admiración por Santa Teresa: una admiración *sui generis*. De heterodoxo. Una simpatía inefable por la mujer. Su ausencia de religiosidad le incapacitaba para comprender «del todo» a la santa.

Con estos dos personajes en la imaginación me instalé en Ávila, por dos meses de aquel verano, y escribí *En tierra de santos*, mi primera novela, que fue como la primera tabla del tríptico de mi *Historia de un escéptico*. A ella remito al lector. No voy a copiar ninguna de sus páginas. Diré, sí, que su parte descriptiva sigue pareciéndome admisible. No así las reflexiones de mis héroes, que reflejaban, en cierto modo, una situación de mi ánimo que hoy considero lamentable. Sufría yo entonces el influjo de los pensadores materialistas, un exceso de sensualidad juvenil y una crisis de descreimiento que fue, por fortuna, efímera.

Tenía el libro, al parecer, algunos aciertos literarios. Fue los que tuvo la crítica más en cuenta. Recuerdo que habiéndole mandado a Galdós un ejemplar de *En tierra de santos*, un día del otoño de aquel año tuve la suerte de encontrar a don Benito en la calle —concretamente en la de Sevilla y a la entrada del Banco Hispano Americano—, y como yo le preguntase qué le había parecido mi novela, me respondió: «Eso es Ávila». Se refería, indudablemente, a las descripciones, a la «pintura literaria» de la ciudad. Sólo eso me dijo. No hablamos del que llamaré «aspecto ideológico» de mi obra. Y, desde luego, su lacónico elogio obedeció más bien a su benevolencia que a su entusiasmo.

Tuvo muy buena crítica la novela. Gómez de Baquero le consagró todo un artículo en *Los Lunes*. Pero Eduardo Marquina, de palabra, me manifestó su disconformidad «con mi racionalismo». Y me profetizó: «¡Ya cambiarás!». Claro que cambié, aunque en mi retorno a la fe católica hube de tropezar todavía con fuertes obstáculos y tuve no poco que luchar con las tinieblas.

Es esto una confesión. Y no hay confesión —si es de cristiano— sin arrepentimiento.

Me referí en líneas anteriores a la sala de armas en que el maestro Ángel Lancho y su preboste, aquel simpático Fernández Aranda, me enseñaron a ser un mediano es-

grimista. Tres eran las salas más reputadas de Madrid en aquella época, en la cual subsistían los duelos, si bien en decadencia, y el marqués de Cabriñana era el árbitro más autorizado en las «cuestiones de honor». Carbonell, Afrodisio y Lancho se repartían a los discípulos. Entre los del último figuraba un adolescente, ágil y delgado, que solía hacer experimentos en la sala con un minúsculo aeroplano de su invención. Era hijo de un político, *ad latere* de Maura y que ocupó varias veces una poltrona ministerial. Nosotros interrumpíamos los juegos del florete, del sable o de la espada para asistir a las evoluciones del aparato «de Juanito». Andando el tiempo este Juanito fue Juan de la Cierva, el inventor del autogiro, una auténtica gloria nacional.

Otro de mis recuerdos de la sala de Lancho lo constituye la figura de Max Linder, «estrella» de la cinematografía primisecular y precursor de Charles Chaplin. Era un buen cómico. Hizo reír durante doce o quince años a toda Europa y no sé si llegó con su gracia, muy francesa, a los Estados Unidos. Se presentó en Madrid en un teatro, creo que el de la Comedia. Yo sólo le vi en la sala de Lancho, en un asalto memorable. ¡Qué elasticidad la suya! Saltaba como un gato. Le fulgían los ojos al gritar «*touché!*» Si Lancho se dejó tocar una o dos veces lo hizo por pura cortesía. Su espada era, sencillamente, una de las mejores del mundo. Con la mía no fui mucho al terreno. Por tiquismiquis literarios —que hoy me dan risa— sólo me batí una vez, a primera sangre, reconciliándome con mi adversario. ¡No, decididamente, no había yo nacido para espadachín!

[27]
EL MADRID DE *LA HORA TRÁGICA**

La hora trágica fue el rótulo de mi segunda novela. La había anunciado con el de *La vida en Madrid*, harto más ambicioso. Aunque Gómez de Baquero, que elogió mi obra en *Los Lunes de El Imparcial*, dijera que le gustaba más el primer título, yo preferí el segundo por la abrumadora razón de que en mi libro no recogía todos los aspectos de la vida en el Madrid primisecular, sino una parte, sector o aspecto de esta vida, que era, preferentemente, la del Madrid «de noche», y la de un Madrid vivido por mis dos héroes —los de *En tierra de santos*— y por otros nuevos personajes, que copié de la realidad, desfigurando los rasgos de algunos y complicándolos a todos en una trama de mi absoluta invención. Los fondos principales del relato eran el camarín y la casa de una primera tiple del género chico, los entre bastidores del teatro en que lucía más sus formas que su voz, y después ciertos lugares del esparcimiento nocturno, que iban desde el reservado de un «restaurante» oneroso y *chic*, a la parisiense, hasta los colmados y cafés cantantes de clientela más o menos variada y recomendable, amén de otros sitios peores que me guardaré de nombrar.

Sí, en efecto, *La hora trágica* era un cuadro de la vida del Madrid que trasnocha, que copea, que baila y canta, o que ve bailar y oye cantar. El Madrid de los noctámbulos, los nocharniegos y los noctívagos. Y de las noctifloras, o sea de esas «flores del vicio» que sólo se abren de noche y exhalan un perfume muchas veces letal. Desfilaban, pues, por las páginas de mi novela todos, o casi todos, los tipos del Madrid trasnochador de entonces, semejante al de ahora, en lo principal, diferente en lo accesorio, pues érase un Madrid, en los caballeros, todavía de capa, o de gabán de pieles y hongo o chistera; en los chulapos, de pantalón de talle y cordobés; en las *demi-mondaines* —llamémoslas así—, de boas, y sombreros-jardines; en las chulas, de mantón de flecos o «alfombras» y la falda ahuecada de percal. Tardaría mucho Madrid en

* Capítulo LXXXVIII del primer volumen de las *Memorias*.

«europeizarse» y «norteamericanizarse»; en ver sustituidos la guitarra, el acordeón y el piano de manubrio por la gramola, la pianola y el *jazz*. Y el vino y la cazalla por el *cock-tail*. Y el pasodoble y el chotis, por el *fox-trot*, el *charleston* y las danzas negroides y espasmódicas que llegaron después.

Era un Madrid «castizo», al que le iban muy bien, como fondo musical, las partituras de Barbieri, de Chueca, de Bretón y de Chapí. Era, además, un Madrid «en el que se conocía todo el mundo» y no resultaba difícil colocar sobre cada tipo el nombre, el apodo y la reputación más o menos buena que merecía: tal aristócrata atraído por los «bajos fondos»; tal señora que se complacía ciertas noches en dejar de serlo; tal escritor y dramaturgo célebre que no volvía nunca a su casa por sus pies, sino en coche pesetero y del brazo de sus «colaboradores» en la juerga; tal espada famoso que elegía el *cabaret* más elegante y costoso para obsequiar a sus idólatras con *champagne* legítimo, y tal poeta genial que permanecía fiel a su manzanilla o su Macharnudo y era catedrático en la asignatura del cante jondo. Y más tipos, muchos tipos de bohemios ilustres e ingeniosos y bohemios sin más espíritu que el del aguardiente. Y periodistas que «descansaban» de las tareas de la redacción en el cafetín o la taberna. Y los cómicos que se habían olvidado de dormir. Y pululando entre ellos alguna vieja astrosa y loca, como escapada de un «disparate» de Goya —la Madame Pimentón celebérrima— cuya voz gárrula y pestilente hacía daño, porque hasta le apestaba la voz. Y aquel «cantaor» desgalichado y taciturno a quien llamaban el Alegrías… Y aquella mujerona rubia y gordiflona, con mucho albayalde y colorete en la cara y una sortija en cada dedo, que era para unos la Anunciata y para otros la Bebé y había fundado un cafetín —o lo que fuere— de camareras que subían y bajaban, con algún cliente a la zaga, por aquella temblequeante y oscura escalera de caracol… Ojerosos y con gestos de suicidas se presentaban a última hora, la del alba, algunos caballeros que habían corrido en las timbas o los casinos desastrosas aventuras por los campos del tapete verde.

Toda esta humanidad, que hace de la noche día y a la que suelen acostar para siempre la tuberculosis, la angina de pecho o el colapso cardíaco, pasó por mi libro como una ronda de fantasmas o cortejo de larvas que, al rayar el sol, se disolvía u ocultaba para dejar paso a las buenas gentes laboriosas y normales de Madrid. Cerrá-

banse los antros y abríanse las iglesias. Sobre todas las horas del diablo soplaba el aliento misericordioso de Dios.

Debo advertir que el protagonista de mi libro era un trasnochador elegante, de círculo aristocrático y restaurante de lujo. El que acudía a estos lugares abyectos era su secretario, hombre de una sensualidad primaria, pero lo bastante hábil y prudente para no traspasar los límites de la crápula. Lo que él hacía era divertirse, «gozarla», tomar a risa todos aquellos espectáculos del Madrid noctámbulo, que yo «pinté» —dentro de mis facultades— hurtándole a Goya un cabito de lápiz o alguna pincelada lívida a la paleta de Valdés Leal. La novela fue bastante celebrada y se vendió muy bien. Su título correspondía al episodio principal —e inesperado— de la farsa. El protagonista, aquel señor escéptico, pero no cínico, aquel señor que no acababa de ponerse «más allá del bien y del mal», aquel misántropo que no desoía nunca los impulsos generosos de su corazón, veíase, de pronto, convertido en un homicida. Mataba a un hombre, pero en legítima defensa de la vida de una mujer, que la propia la hubiese inmolado sin estremecerse al designio de la fatalidad. Dramático, tal vez melodramático asunto. Pero *La hora trágica* llegó muy pronto a la cuarta edición, no sin que el novelista de *La cueva de los búhos* acabara de explicarse el éxito.

[…]

[28]
UN LIBRO ESCANDALOSO Y UNA REVOLUCIÓN EDITORIAL*

En octubre de 1909 publiqué un libro de cuyo título no quiero acordarme. Han pasado desde la aparición de aquella obra hasta el día en que redacto este capítulo de mis Memorias —el primero del otoño de 1951— cuarenta y dos años. Y todavía hay quienes, en carta anónima o en articulejos insidiosos, me echan en cara ese pecado de la juventud. Toda culpa es remisible por la vía del arrepentimiento. Para todo delito hay prescripción. Existen las palabras indulto y amnistía. Muy hermosas palabras. Sí; pero escriba usted de joven, de muy joven, un libro o un par de libros de los llamados inmorales o escandalosos, y ya tiene usted el sambenito encima y la coroza puesta para aquellos que no le quieren bien o prefieren juzgarle por el aspecto o episodio de su vida literaria más vulnerable para las saetas —o los navajazos— de la crítica.

Aquel libro mío, en nuestra literatura, y no digamos en la italiana y la francesa, «no constituía ninguna novedad». Mucho de ignorancia hubo en la mayor parte de sus censores. En otros, sabios, la censura provino de un sentimiento de simpatía y afecto hacia mi persona, que, a sus ojos, había puesto pie y hundídose hasta las rodillas en el fango. Un foliculario que me detestaba denunció, en una croniquilla rabiosa, mi novela a las autoridades. Debía recogerse el libro y desterrar a quien lo había escrito. ¿En qué estarían pensando las autoridades que no tuvieron para nada en cuenta las acusaciones del espontáneo y riguroso fiscal? Todo esto no pasó de un incidente pintoresco, que «liquidé» con una respuesta humorística a mi irritado Zoilo. Lo que me dolió, en cambio, fue que al presentarme en la redacción de *El Liberal* con mi «respuesta humorística» advertí en la mirada de mi maestro Vicenti una expresión inequívoca de disgusto.

* Capítulo xcii del primer volumen de las *Memorias*.

—Publicaré tus cuartillas —me dijo—; pero ese palo que te dan te lo mereces. Tu libro es una soberana equivocación. Y, desde luego, en tu carrera literaria un mal paso.

No me atrevía a defenderme. Añadió Vicenti que el libro pecaba «por una acumulación de escenas licenciosas que lo hacían irrespirable». Yo había escrito un libro… irrespirable. ¡Pobre de mí, y adiós a los argumentos de mi defensa! Yo creía de buena fe no haber ido tan lejos en mi libro como en el suyo el autor de *La lozana andaluza*. Pensaba además que en el país donde compuso sus versos, de un verde subido, el Arcipreste de Hita, donde se publicaron *La Celestina*, *La Serafina…*, *La tía fingida* y todas las novelas de doña María de Zayas, podía uno salir con una novelita del género amatorio escabroso sin que le pusieran en la picota. Al juicio severo de Vicenti se unió el de mi padre. El cual me hizo saber «que no había pasado de los primeros capítulos de la obra y que, metiéndola en un sobre de papel tela y lacrándola, habíala sepultado en el fondo de un cajón de su escritorio, por no resolverse su misericordia paterna a condenarla al fuego».

El éxito de librería de mi novela —arrollador para la época— no logró neutralizar la pesadumbre que me produjeron las repulsas de Vicenti y mi padre. No podía yo ver en ninguno de ellos nada que significase animadversión o hipocresía, sino todo lo contrario: un afecto profundo y una franqueza transparente. De ahí la desazón que no se apartaba de mi ánimo por aquellos días en que iban agotándose las dos primeras ediciones de mi libro y apareciendo artículos —como uno, de casi dos columnas, de Gómez de Baquero en *Los Lunes de El Imparcial*— donde se ponía a salvo «la forma literaria» de mi novela. ¡Ay!, sí; pero ¿y las otras formas? Yo las dejaba al descubierto o veladas apenas. Alguien escribió que precisamente el estar bien escrita hacía más peligrosa una novela indefendible desde todos los puntos de vista de la moral.

—Bueno, pero ¿qué pasa? —me dijo una tarde, en el Ateneo, Enrique de Mesa—. ¿Qué pasa en tu novela que no pase en la vida? Pasa el Amor. Pasan hombres y mujeres que se atraen, que se buscan y satisfacen sus pasiones, pues no son unos ángeles para no sentirlas ni unos santos para contenerlas… Te veo preocupado. Tú ríete por ahora. Y ya escribirás otros libros.

Algo me alentaron estas palabras de Mesa. Y otras por el estilo de mi gran camarada Dionisio Pérez, que autorizó con su pluma en un artículo de *Nuevo Mundo*. No

me faltaron, pues, defensores, y mentiría si dijese que me disgustaba que la venta de mi libro fuese *in crescendo*. Con todo, en «la copa de mi triunfo» eran más las hieles que las mieles, más los tragos amargos que los dulces. Y me resultó amarguísimo el del silencio de la Pardo Bazán, que acostumbraba ponerme unas líneas, con tal o cual frase afectuosa, al recibir la obra que yo acababa de publicar, si no era que aludía a ella, siempre benévola, en alguno de sus artículos para periódicos de España o la América del Sur.

Uno de nuestros escritores de personalidad más diversa, pues lo mismo hacía versos que prosa y pasaba de las novelas a las comedias, y del «libro» para una zarzuela al argumento de un ballet —con una agilidad pasmosa—, este escritor multiforme, especie de hombre-orquesta en la feria de la literatura, y que poseía además ese espíritu mercantil que suele ser nulo en la mayoría de sus colegas, acababa de establecer en Madrid, con su correspondiente socio capitalista, una casa editorial que no tardó en ser importante y en descollar sobre otras empresas del mismo género por la presentación cuidada y «artística» de sus libros.

Llamábase esta casa editorial recién nacida Renacimiento. Y su fundador y director, Gregorio Martínez Sierra, hombre a la sazón de unos veintinueve años. ¿He dicho hombre? Por su complexión no pasaba de hombrecito. Pero ¡qué hombrecito! ¡Qué actividad la suya! ¡Qué genialidad —ésta es la palabra— para convencerle a uno de que lo más interesante era siempre lo que le interesaba a él! Y como en muchos casos los intereses coincidían y las conveniencias eran mutuas, de ahí que Gregorio lograra, como editor, el triunfo memorable de Renacimiento, que ha de merecer algún día un capítulo en la historia de las letras españolas contemporáneas. Y esto será cuando se reconozca que el editor, el impresor, el librero, el ilustrador, cuantos concurren con el autor al hecho de producir y propagar un libro, deben también aparecer en esa historia sazonándola con algunos rasgos íntimos y con la mostaza y la sal de las anécdotas.

Bien querría ser yo quien escribiese esa historia de la editorial Renacimiento. No me lo permite la extensión que van alcanzando estas páginas, y, de otra parte, tal empeño me desviaría demasiado de mi ruta. Me reduciré, pues, a decir que Gregorio Martínez Sierra fue un editor escritor, un editor artista y un editor revolucionario. Digo esto último porque no sólo comenzó por respetar, y aun acrecentar, los dere-

chos de autor, sino que firmó con algunos autores aquellos contratos en que brillaba la cláusula de la asignación mensual, como anticipo de sus derechos, lo que venía a ser una renta, más o menos durable, pero una renta. ¡Ahí era nada para un autor de libros saber que todos los meses cobraría en la caja de Renacimiento las quinientas, las ochocientas o las mil pesetas, sin perjuicio de sus liquidaciones generales! No recuerdo ni me importa lo que cobraban en esta forma los dos autores que eran «los que mejor se vendían en la casa», o sea —y saboreen los lectores el contraste— Felipe Trigo y Ricardo León. Pero sí puedo decir que un día me buscó Martínez Sierra, hablamos, firmamos unos papeles y quedé incorporado a la casa, por decirlo así, «como novelista a sueldo». Se me reconocía como derecho de autor el veinticinco por ciento del precio marcado en el volumen. Debía yo entregar dos novelas al año. Con éstas y las reediciones no parecía temerario —y no lo fue— que Renacimiento me adelantase cada mes la bonita y redonda suma de cien duros. Con quinientas pesetas, en 1910, se adquirían tantas cosas como en 1951 con cinco mil.

Lo primero que hizo Gregorio fue lanzar una nueva edición —muy bien presentada— de ese libro mío de cuyo nombre no quiero acordarme. A los pocos meses le entregué otra novela, menos —¡oh, mucho menos!— naturalista que la anterior, pero en la cual, como gato escaldado, supe ser lo bastante hábil para espaciar y atenuar mis pinceladas verdes sin que dejase de ser sugestivo el cuadro. De esta vez volví a recibir el estímulo de una carta de doña Emilia. «Esto está mejor. Está casi bien. Sobra un poco, pero lo que queda es vigoroso; interesante, humano.» Pero de esta vez pasaron y pasaron las semanas sin que en *Los Lunes* apareciera el consabido artículo de Gómez de Baquero. Éste, al parecer, me retiraba su atención. O me ponía en cuarentena. Vicenti desarrugó el ceño y permitió que uno de sus redactores me diese un «bombo» en *El Liberal*. La novela tuvo éxito. Y siguió la racha. Más de quince años duré como autor de la editorial Renacimiento, en la cual fui muy considerado siempre por la persona que era su puntal económico, el caballeroso don Victorino Prieto, y por los sucesivos gerentes que tuvo, siendo el de mayores méritos y más digno de recordación don José Ruiz Castillo, lugarteniente de Martínez Sierra en aquella campaña editorial, donde no fueron pocas las victorias. Ruiz Castillo casi llenó un barco con libros de Renacimiento, y allá se fue al Uruguay y la Argentina y a Chile a venderlos, aunque no

muy seguro de cobrarlos. Nombró corresponsales. Gracias a él, en las «vidrieras» de las grandes librerías porteñas, las de la calle Florida, luciéronse las «bellas ediciones hispanas de Renacimiento». Y como se había llevado —de refuerzo para la propaganda— al «autor de moda», a Felipe Trigo, no faltaron banquetes ni entrevistas y retratos en los periódicos para el novelista de *Las ingenuas*. ¡Lástima que el simpático Felipe no fuese orador! En Hispanoamérica sugestiona la elocuencia peninsular. Tampoco era Felipe lo que se llama, en punto a Margaritas e Ineses, un seductor. No le acompañaba el tipo… Pero su modo de ser afable y su don de gentes suplieron estas deficiencias, y, según refería Ruiz Castillo en las tertulias literarias y otros lugares más entretenidos de Buenos Aires, «dejó bastante bien puesto su pabellón».

La editorial Renacimiento se había instalado en una vieja casa de la calle de Pontejos. Era amplio el local. Sus dos únicos balcones daban luz a la oficina y despacho del gerente. Veíanse allí varias mesas, con sus correspondientes empleados y mecanógrafas. Había un despacho para el director, en el cual los autores entraban sin anunciarse. Y había, por fin, una sala, asaz espaciosa, con un diván, varios sillones y una estufa, donde se conversaba y murmuraba, cuando no era que los ocupantes del diván, de los sillones y las sillas que iban trayéndose de otros sitios, habían sido invitados para escuchar la lectura de un drama o comedia de tal autor indígena, o los versos del último poeta chileno o de la penúltima poetisa guatemalteca recién llegada a Madrid. En tales ocasiones servíanse unos emparedados y dulces y unas copas de jerez.

No estaba nada mal todo aquello. Hasta entonces no se le había ocurrido a ningún editor matritense agasajar a los autores, darles un trato amistoso. El editor era exclusivamente un comerciante. Recibía de pie, y en raros casos celebraba con algún escritor ilustre y anciano un aparte en su escritorio. Martínez Sierra vino a cambiar las cosas. Renacimiento fue un círculo literario, sin que tal condición significara un obstáculo para la fertilidad del negocio. Martínez Sierra se había propuesto atraer a todos los autores. Firmó con unos contratos «de exclusiva». Se comprometió con otros a administrar sus obras. Publicó ediciones de nuestros clásicos en volúmenes encuadernados en tela o piel, muy bien impresos y con ornamentos de la época. Lanzó también ediciones populares: ¡libros a peseta y a seis reales!… Encargó a un dibujante expertísimo, Fernando Marco, las portadas de las novelas y de cuanto, por el lado

gráfico, contribuyera a la expresión más esmerada —y atrayente— de las obras. Y a los dos años, o algo menos, de fundada la casa pudo ofrecer al público y los libreros un catálogo pasmoso… Pasmoso digo porque en él figuraba —con la sola excepción de Blasco Ibáñez, atenido a su editorial propia de Valencia, y la de algunos escritores de Cataluña— la gran mayoría de los literatos conocidos de entonces. Jóvenes y viejos, dramaturgos y novelistas, poetas y ensayistas, historiadores y filósofos. Los que «ya eran» en el último tercio del siglo XIX o los que habían saltado del seno de las Musas en la alborada del presente.

Aquel catálogo aparecía con más páginas que una *Sonata* de Valle-Inclán. De unos autores se publicaron fotografías. De otros, caricaturas. Y el encargado de caricaturizar a los autores, con su estilo y estilización inimitables, fue aquel muchacho que se parecía a Beethoven y aventajaba a Nilo Fabra en su afición a la cerveza. Era un joven melenudo, de chalina y chambergo. Conmigo no acertó. Hizo un Unamuno que estaba graznando, un Baroja que estaba mordiendo y un Benavente con su puro en la boca y unas alitas en los hombros… Era un caricaturista esotérico. No resultaba fácil desentrañar su intención ni comprender sus símbolos. Llegó a ser célebre y a ganar dinero con algunas de sus exposiciones. Le retrató su paisano Ramón Casas. Había nacido en Barcelona, y Luis Bagaría era su nombre.

II. HORAS FELICES. TIEMPOS CRUELES

ADVERTENCIA AL LECTOR

Entre el primer volumen de estas Memorias, subtitulado Mi tiempo y yo*, y el presente no hay más solución de continuidad que la establecida por las conveniencias de la edición. Allí donde las páginas de aquél pasaban de la medida, levanté la pluma para continuar las que hoy forman este libro, que a su vez deja el campo abierto para otro y otros.*

Me propuse rememorar mi vida conciliando sus episodios íntimos con los nacionales y universales que tuve la ocasión de presenciar de cerca. Creo que, en mi propósito, lo histórico y lo anecdótico, lo trascendente y lo fugitivo, se dan la mano y se fortifican entre sí, pues ya dijo Plutarco que la anécdota es la sal de la Historia, y esa sal la puede derramar cualquiera que viva como yo he vivido y vivo, sintiéndose solidario de todos los trances, angustiosos o felices, de los hombres en la época que le tocó en suerte.

[1]
LA FERIA LITERARIA DE PARÍS*

Lo mismo en El Havre que en París me gustaba recorrer las librerías, contemplar sus escaparates y entrar en algunas, más bien por mirar los libros que para comprarlos. Todas me interesaban: las pequeñas como las grandes; las que invadían las aceras con sus tarimas cargadas de volúmenes «a mitad de precio»; las que alternaban la venta de libros con la de estampas y *bibelots artistiques*; las que ofrecían ediciones príncipes y ejemplares únicos; las científicas, con sus mapamundis, sus globos terráqueos, sus esferas celestes y armilares, o con sus hombres anatómicos de caucho y sus calaveras y esqueletos de pasta; las sórdidas, que solían ocultar sus tesoros bibliográficos, y las lujosas de la avenida de la Ópera y la Rue Royale… Pero donde pasaba más tiempo entretenido era en las que ocupaban —y ocupan— una parte de los porches del teatro del Odeón, en el Barrio Latino y a proximidad de los jardines del Luxemburgo. Allí estaban los libros en unos estantes que seguían hasta el techo la línea de la pared y en unos mostradores al alcance de la mano del comprador o del curioso. Estaba permitido hojear los volúmenes. En los plúteos lucían sus tejuelos y sus lomos de piel o tela los libros encuadernados, las ediciones de lujo, las grandes enciclopedias. Abajo, en los mostradores —como si dijéramos, taurinamente, en el tendido—, veíanse los libros en rústica o en cartoné, sin que respondiera su colocación a un orden jerárquico, cronológico o temático, pues, a lo mejor, al lado de los tomos amarillos del editor Fasquelle, el de Emilio Zola, aparecían los *Cuentos de hadas* de la condesa de Aulnoy, y no lejos de la *Introducción a la vida devota* de San Francisco de Sales, las *Claudinas*, de Colette y Willy, o las narraciones «satánicas» de Madame Rachilde, que mi cuñado Alfonso admiraba tanto y que yo sigo todavía sin leer.

Predominaban, con el pie editorial del nombrado Fasquelle, de Calmann-Levy, de Garnier, de Flammarion y de Plon Nourrit, esos volúmenes en octavo de cubiertas co-

* Primer capítulo del segundo volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Horas felices. Tiempos crueles*.

lor de paja o cáscara de limón, que han caracterizado durante más de un tercio de siglo las ediciones literarias de París. La cubierta ilustrada solía reservarse para las colecciones económicas, a precios baratísimos. Ahí estaban, en grandes grupos, las de Flammarion, Calmann-Levy y Fayard, que ofrecían, en *in quartos* de papel *couché* y «profusamente ilustrados», las mismas novelas que en las ediciones «serias» costaban tres francos. Realmente era un encanto discurrir acerca de lo que podía uno llevarse a su casa, en libros, por lo que costaba una butaca en la Ópera o una botella de champaña Chez Maxim's. ¡Casi una biblioteca! Recuerdo haber adquirido por ocho francos un Molière completo, en un dieciseisavo primoroso, y las *Provinciales* y los *Pensamientos* de Pascal, por dos. Nada resultaba más barato en aquel París —el de 1910— que la literatura, la filosofía y la ciencia en todas sus manifestaciones. Me refiero, claro está, a la adquisición de sus estuches o cápsulas —que esto vienen a ser los libros: los receptáculos del saber, de la belleza, de la gracia… o de ciertas drogas ponzoñosas—, ya que no se compran siempre libros para leerlos, ni todo lector se entera de lo que dicen; pero, a mi parecer, el solo hecho de comprar libros es ya un acto de reverencia a la cultura, y hasta supongo que de las páginas cerradas de muchos de ellos se desprende un fluido misterioso como del cáliz el perfume de las rosas, que unas veces es incitación a la lectura inmediata, otras adivinación de la sustancia oculta, y que otras veces nos aconseja esperar el instante en que nuestro espíritu va a necesitar ese libro y no otro, para que nos calme una angustia, o nos presente bajo una luz nueva el panorama del mundo.

De mí sé decir que entonces compraba, y aún ahora compro, muchos libros para leerlos «más adelante y no sé dónde», pues también he comprobado que el lugar de la lectura exalta o mengua el interés que un autor nos produce, o el goce que nos depara; que no es lo mismo leer al aire libre que en un espacio hermético, ni con las manos y los pies fríos que junto a la chimenea bien abastecida de combustible vegetal (el mineral no es lo mismo: a las Brontë, verbigracia, hay que leerlas ante una lumbre de retama y abeto; la camilla parece indicada para Galdós, y la estufa con recipiente de agua encima y que dé tufo es lo más propicio para Dostoievski). Ahora bien: en París se leía en todas partes: en los ómnibus —que eran todavía algunos de caballos, como el famoso de Panthéon-Courcelles, caricaturizado por la pluma genial de Courteline, y otros de vapor «con chimenea y todo», como el de Panthéon-Gare de l'Est—; en el Metro, en cuya

deuxième olía a humanidad poco limpia; en los restaurantes y las *brasseries* mientras llegaba el *ragoût* o la *choucroute*; en los *squares* y en los jardines… Precisamente, lo mejor de aquellas Galeries de l'Odéon, con su mercado permanente de libros que dirigía la casa Flammarion, consistía en su vecindad con el parque del Luxemburgo, que era, y es, uno de los más amenos del orbe y más a propósito para el acto de leer… Mucho he leído yo a la sombra de los árboles y entre las estatuas de reinas, princesas y escritores —¿cómo olvidarme de la de George Sand?— en esos jardines del Luxemburgo, en las Tullerías y en el parque Monceau, tan decorativo con su fuente oval —la Naumaquia, rodeada de columnitas corintias—, y, sobre todo, y para mí, con un Maupassant y un Chopin en mármol a quienes yo saludaba, inclinándome, antes de ponerme a leer. Y a soñar.

Pero algo enturbiaba o corrompía mis placeres de «bibliólatra» —y no bibliófilo, porque yo adoro los libros aunque no haya de poseerlos nunca—, y este algo era la ausencia casi absoluta de autores españoles en la gran feria literaria de París. Existían libreros ingleses, alemanes, italianos, rusos, bien dedicados a la venta exclusiva de publicaciones en su idioma, bien alternando éstas con las de Francia. Busqué en vano en las Galeries de l'Odéon, en los soportales de la calle de Castiglione, hasta en los muelles del Sena, algún libro nuestro, clásico o actual. Y nada… A ninguna de las casas francesas que editaban libros en castellano se le había ocurrido fundar una librería para su venta directa al público. En cuanto a nuestros autores vertidos al francés, sólo uno de ellos figuraba en los mostradores del Odeón y en tal o cual escaparate de la calle de Richelieu y el Boulevard Saint-Germain. Y era Blasco Ibáñez, que comenzaban a traducir un Monsieur Hérelle y una Mademoiselle Lafont. Sabía yo de algunas versiones francesas de Alarcón y Galdós, de Pereda y Valera, de Palacio Valdés y la Pardo, pero no vi ninguna circulando, alternando con las innumerables versiones de los novelistas ingleses más notorios, de los italianos presididos por D'Annunzio, de los tudescos, y no se diga de los rusos, pues de *Ana Karenina* y de *Guerra y paz*, de *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*, de Gogol y Pushkin, de Turgueniev, Gorki y Andreiev las traducciones se repetían y publicaban en diversas formas. No faltaban los escandinavos: todo Ibsen, casi todo Bjørnstjerne Bjørnson, algo de Strindberg y los ensayos críticos de Brandes, ni algunos checos, poloneses, rumanos y hasta indios. Podían hallarse fácilmente el Edgar Poe traducido por Baudelaire, las novelas y cuentos de Bret Harte, de Nathaniel Hawthorne y de Mark Twain…

Eran los tiempos de la Triple Entente, que ligaba, en previsión de una guerra europea desencadenada por los Hohenzollern, al Imperio británico, la República francesa y la Rusia del zarismo. Y como la política interna y exterior de las naciones se reflejará siempre en su literatura, y una gran potencia militar, terrestre, marítima —o bancaria, como los Estados Unidos— no tardaría en convertirse en primera potencia literaria y artística, veíame yo obligado a reconocer, con profundo disgusto e íntima protesta, que si a nosotros, los escritores españoles, de antaño y hogaño, «no se nos veía» en los escaparates de los libreros de París, no era, en modo alguno, porque nuestro valor intrínseco fuera menor que el de los anglosajones, los franceses, los itálicos, los escandinavos y los rusos, sino porque España, un día la nación más ilustre de Europa y la de imperio colonial más dilatado y más dignamente adquirido, hallábase, desde la funesta Paz de Utrecht, aislada políticamente del resto de Europa. Al aproximarse la segunda década del siglo, Albión mantenía su talasocracia, o dominio de los océanos; Francia había aumentado sus colonias asiáticas y africanas; París era, más que nunca, la capital del mundo, y Rusia ofrecía, para una eventualidad bélica, toda la carne de cañón que hiciese falta… Estas tres potencias, al agruparse, suscitaban la réplica de la Tríplice germano-austro-itálica, que podría ser la Cuádruple si se lograba la adhesión del Turco. Del otro lado del mar otra gran potencia: «Los Estados Unidos son potentes y grandes. / Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor / que pasa por las vértebras enormes de los Andes…». Yo recordaba el canto de Darío a Roosevelt, a Teodoro, «el Cazador, el Riflero terrible», el de los Rough-Riders de las lomas de San Juan, mientras en los porches del Odeón hojeaba literatura yanqui traducida al francés, y mi conclusión era que nosotros no le interesábamos a Francia porque «había dejado de temernos». Era indudable la influencia de nuestro gran teatro áureo en el suyo: imposible el *chef-d'œuvre* corneliano sin *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro; ni *Le Menteur*, sin *La verdad sospechosa*, y el *Don Juan* de Molière sin el de Tirso… Victor Hugo había tratado, con su arbitrariedad genial, temas españoles. Seguían existiendo en Francia hispanistas e hispanófilos, pero desde el viaje de Dumas, el padre, a nuestra tierra —*De Marseille à Cadix*—, y el de Gautier, hasta las «interpretaciones» del Greco y de Córdoba y Granada, de Barrès, en los escritores franceses predominaba una visión pintoresca y superficial de la vida española, cuyo ápice podría muy bien hallarse en *La femme et le pantin*, la andaluzada de Pierre Louys.

Lo cierto es que mientras *le gros public* —y yo diría, mejor, el buen público de Francia— podía adquirir por cuarenta o cincuenta francos un pequeño repertorio de las literaturas de allende el Pirineo y de la América del Norte, de la nuestra sólo se le ofrecían cuatro o cinco novelas de Blasco Ibáñez, merecedoras, sin duda, de su éxito. Pero de las de Alarcón, Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés, la Pardo Bazán y Clarín no tenía ese público la menor noticia. Y de los escritores que ya se llamaban del 98 ni la idea más remota… Y de todos los que figuraban en el gran catálogo de Renacimiento, lo mismo. ¡Nada, nada! ¿Qué me importaban a mí Foulché-Delsboc, con su *Revue Hispanique*, ni los Merimée, los Barrès y los Martinenche, todos amigos nuestros, si su hispanismo no lograba interesar sino a una *élite* de lectores, y no, como yo quería, a estos buenos franceses que compraban en los soportales del Odeón a los autores de la Entente y de la Tríplice? ¡Ah, la política! ¡Oh, el juego de las alianzas y los pactos! Que nadie viniese a hablarme de «nuestra decadencia», porque literariamente no habíamos decaído nunca. Ni aun en ese más ignorado que calumniado siglo XVIII, al que le bastaba con la luz de Feijoo para ser espléndido; y en el XIX y la alborada del XX teníamos dramaturgos, poetas y novelistas tan excelentes, a mi parecer, o mejores que todos estos que «se cotizaban» en el mercado de libros de París.

Tales eran mis ideas y mis pesares al recorrer las librerías de París y detenerme en alguna para observar y lamentar la ausencia de nuestros autores. Esta actitud patriótica fue exacerbándose en mi ánimo hasta hacerme concebir el propósito de introducir y propagar los libros españoles en la gran feria de París.

Mi temporada de El Havre se prolongó hasta mediados de noviembre. De aquellos meses en compañía de mi hermana Mercedes y mi cuñado Alfonso guardo la mejor memoria. En octubre y a pocos días de distancia, les nació a ellos un hijo y a mí otro. Casi al mismo tiempo terminé de escribir una novela. De regreso en Madrid —adonde ya habían retornado mis padres— una de las primeras cosas que hice fue presentarme en Renacimiento con el original de mi novela, que entregué en seguida a Ruiz Castillo, y con un proyecto que deseaba comunicar a éste, a Martínez Sierra y a don Victorino Prieto, que era, como creo ya haber dicho, el socio capitalista de aquella emprendedora casa. No tardamos en reunirnos los cuatro para almorzar juntos y estudiar *entre la poire et le fromage* —o sea, de sobremesa— mi proyecto, que no

era otro que el de establecer en París un depósito de las obras de Renacimiento encargándome yo de distribuirlas y propagarlas. En teoría, el asunto se presentaba fácil.

Reducíase a que yo alquilase un piso lo bastante espacioso para que me sirviese de vivienda y de oficina, a que la editorial me enviase —para empezar— unos centenares de volúmenes y un millar o dos de su catálogo y me concediera una pequeña comisión sobre las ventas, que yo aplicaría exclusivamente a la propaganda y al sueldo de uno o dos empleados, pues no estaba en mi ánimo la idea de lucrarme, sino la de presentar nuestros libros en París, no siendo menos que los ingleses, los alemanes y los italianos, que llevaban los suyos y disponían de locales propios, algunos en las mejores calles de la ciudad.

—Claro —argumentaba yo— que esto de fundar una Librería Española en la avenida de la Ópera, o en los grandes bulevares, no pasa, por ahora, de un sueño. Exigiría, por lo bajo, medio millón de pesetas. Pero lo que yo propongo es practicable. De sobra sé que los libreros de París no comprarán «en firme» nuestros libros, sino que los aceptarán en comisión… y gracias. Pero lo que importa es que se vean en sus escaparates y que los españoles e hispanoamericanos que viven o pasan temporadas en París sepan dónde los hay y puedan adquirirlos. No dudo de que pronto se formará una clientela, en la que figuren también algunos profesores, escritores y estudiantes franceses a quienes interesa nuestra literatura. Yo he tanteado ya el terreno y me siento optimista.

Martínez Sierra, don Victorino Prieto y Ruiz Castillo compartieron mi confianza. En aquel asunto, que acaso algún día fuera provechoso, lo importante era la intención patriótica. Martínez Sierra, que había hecho algunos viajes a París, corroboraba mis observaciones, doliéndose, lo mismo que yo, de que nuestros libros no se encontraran en la capital de Francia. Estaba seguro de que las ediciones de Renacimiento, tan pulcras y elegantes, «no harían un mal papel» en las librerías parisienses. Mi proyecto, pues, quedó aceptado. Ruiz Castillo se encargó de redactar el oportuno contrato, y pocos días después se procedió a elegir las obras y a determinar el número de ejemplares de los primeros envíos, ya que no todos los autores del gran catálogo de la casa podían tomar parte en la aventura con probabilidades de éxito.

[2]
CLARÁ, CASAS, RUSIÑOL. SEMBLANZA DE JUAN GRIS*

Tenía José Clará, cuando yo le conocí, treinta y tres años de edad y once o doce de trabajo, tormentos y triunfos en París. Fui presentado al magnífico escultor por mi cuñado Alfonso. La imagen fisionómica del Clará de entonces es la del retrato que le hizo Ramón Casas y que se admira en el Museo Municipal de Barcelona. Es un Pepe Clará con pelo —no mucho, que ya se le escapaba por las sienes—, bigote y barba. Más bien parece un joven catedrático que un escultor. Más de una década de vida en París le había dado cierto aire de francés. Pero todos sabemos esto: que invitado a adquirir la nacionalidad francesa para poder obtener la pensión de Roma, Clará hizo un gesto negativo y se quedó sin la beca… Había trabajado en el taller de Rodin, sin que la genialidad absorbente del maestro disminuyera sus impulsos por encontrarse a sí mismo. Entró en la Escuela de Bellas Artes y triunfó en todos los ejercicios. El número uno… Trabajó en la parte escultórica del Casino de Montecarlo y con el dinero que allí pudo agenciarse se fue a Italia, con su hermano Juan. A la vuelta se puso a modelar la figura que habría de revelarle: esa estatua *Tormento*, que le valió, en forma de artículo elogioso, el espaldarazo de Bourdelle.

Varias veces estuve, por aquel tiempo, en el taller de Clará, situado en la avenida Malakoff. Un local muy espacioso, en el cual, si no me equivoco, trabajaban los dos hermanos: el autor de *La diosa* y *El ritmo*, mano de cíclope y de ángel al mismo tiempo, y el de «las estatuitas» que se disputaban los fundidores de bronces artísticos de París. Me encantaba la modestia de Juan, tres años mayor y unas cinco pulgadas menor que José.

Con este último he mantenido y mantengo a estas fechas —fines de 1951— una amistad sin sombras. No veo escultor, entre los contemporáneos españoles, que me

* Capítulo IX del segundo volumen de las *Memorias*.

parezca más escultor que Clará. Su genialidad indiscutible es obra de una larga paciencia. Dos años trabajó en su *Tormento*. Y en su *Diosa* y en su *Éxtasis*, ¿cuántos? Clará es esto: don, vocación, estudio y esa partícula de *quid divinum* que no se obtiene en ninguna parte, ni en escuelas ni academias.

Es hoy día un señor de setenta y tres años, con la cabeza monda, el rostro rasurado, la voz tenue y la mirada triste. Y está, me parece, algo sordo. Sin duda porque la Fama le ha trompeteado mucho y demasiado cerca.

Clará me presentó a dos pintores, paisanos suyos, que comenzaron a ser célebres: Ramón Casas y Santiago Rusiñol. Rusiñol no era todavía el de la cabellera y barba grisáceas que unos comparaban por los retratos a Alfonso Daudet, y otros al novelista ruso Turgueniev. Rusiñol fue uno de esos hombres que ganan envejeciendo, como el vino. En su ancianidad tuvo una cabeza de Júpiter amable que estaba reclamando al escultor. Casas también lucía una frondosa barba negra, con su gran bigote correspondiente. Él y Rusiñol debían de comprarse los chambergos en la misma tienda. Los dos eran fumadores de pipa y consumidores de Pernod. A mí, en aquella *taverne* de la avenida de Clichy —en pleno centro de Montmartre—, donde me los presentó Clará, no me parecieron dos españoles, ni dos catalanes, ni dos franceses, sino dos figuras de esas que moldea el París de la Butte o el de la colina de Santa Genoveva, y que uno no sabe de dónde vienen, pero cuyo «parisinismo» salta a la vista y… al olfato. Rusiñol y Casas me olieron a tabaco «caporal» y un poco a *choucroute*: quizá acababan de comerla en un *estaminet* de la Rue Lepic… Apenas me hicieron caso, y aun creo que no se enteraron de mi nombre. Había demasiada gente en aquel café, donde el humo de los cigarrillos y las pipas y la calígine que se filtraba por las vidrieras iban como alejando y disolviendo los paneles de Willette, el buen Pierrot del Chat Noir, siempre jovial y siempre pobre y con la paleta más sonreída del mundo.

No me molestó lo más mínimo la displicencia de Casas y Rusiñol. Era más bien somnolencia. No muchos años después se iniciaría entre el segundo y yo una amistad efusiva, que duró hasta la hora de su muerte. Pero en París, por aquel tiempo, le vi muy poco. No obstante las incitaciones de mi hermano Pepe «para subir a Montmartre», yo era más bien ciudadano estadizo del Quartier, y dentro de éste no solía pasar del espacio en que se incluyen el Panteón, el parque del Luxemburgo, la Rue

Saint-Jacques —que fue la vía parisiense del Camino de Santiago— y las ruinas del monasterio de Cluny. Rara vez me alejaba del bulevar San Germán.

Así pues, se me pasaban las semanas sin cruzar el río. Un poco más y me hubiese parecido a nuestra cocinera, la incomparable Ursule, cuyo límite de París y del mundo estaba en la plaza Denfert, la del león simbólico de la defensa de Belfort. Y no era sólo simpatía por el Barrio Latino. Era también temor, horror, fobia del Metropolitano, para mí el medio de locomoción mecánica más desagradable del mundo. Los malos olores y las apreturas del Metro me daban asco. Para ir de mi casa al Barrio prefería mil veces el ómnibus a vapor de Montrouge-Gare de l'Est, cuando no era que cubría la distancia a pie. Lo que me importaba era el aire libre, no sentirme «hombre-lombriz» en los subterráneos del Metro, del que Pepe era decidido partidario.

Y no tuve necesidad de subir a Montmartre, ni aun siquiera de salir de mi calle, para volver a ver a un joven pintor español que había conocido en Madrid algunos años antes. Ya no era el mismo muchacho carirredondo, carinegro, de buena estatura y mirada todavía pueril, a quien una tarde, a la puerta de la primitiva librería de Gregorio Pueyo, en la calle de Mesonero Romanos, me presentara mi gran amigo José Francés. Si no recuerdo mal, aquel muchacho de facha gitanesca, con su largo gabán de bohemio limpio, su chalina y su pelo endrino, escapándosele del sombrero, estaba ilustrando o iba a ilustrar un libro cuya edición corría a cargo del inolvidable don Gregorio, fundador de toda una dinastía de libreros-editores matritenses. El libro se titulaba *Alma América*, y un gran poeta, un enorme poeta indo-hispánico, José Santos Chocano, era su autor. El joven que iba a hacer, o estaba haciendo, las ilustraciones de la obra llamábase Juan Gris. ¿Gris era pseudónimo o apellido? Lo ignoro.

Mi segunda entrevista con Juan Gris tuvo lugar a pocos pasos de mi casa, en la de Xaudaró. El Juan Gris de 1911 tenía aproximadamente treinta años. Llevaba algunos en París. Había adelgazado, blanqueado y perdido aquella mirada suya todavía con resplandores de la infancia. Era un hombre «rehecho», o deshecho, por París. Uno de esos hombres que París forma, reforma o deforma incorporándolos a sus aventuras y revoluciones en las letras y las artes. Este Juan Gris, pálido y flaco, no mejor trajeado que el de la puerta de la librería de Pueyo, con un chambergo más grande, eso sí, y oliendo a «caporal» y a niebla, andaba metido en una de esas revoluciones estéticas

de París, en una de esas *communes* que se fraguaban en Montmartre, en la Place du Tertre, y poco a poco iban invadiendo los grandes bulevares, los Campos Elíseos, y, por fin, todo espacio de la tierra donde se encontrara un *snob*.

Juan Gris, madrileño, con otro pintor español, de Málaga, Pablo Ruiz Picasso, venía a representar en la pintura —claro que en proporciones muy pequeñas— lo que Engels al lado de Marx en el *Manifiesto comunista*. El cubismo era, sin duda, una revolución en el mundo de las brochas y los colores. Ya había visto yo algunos cuadros cubistas, sin que me produjeran admiración ni indignación, sino, simplemente, un sentimiento de total desinterés. No entendía yo aquella pintura, y como sólo me interesa lo que entiendo, y sólo me apasiono por lo que me agrada, mi actitud ante las obras cubistas no podía ser sino la expuesta. De otra parte, no creo tener nada de *snob* ni de papanatas, por donde resulto absolutamente incapaz de decir que admiro lo que no comprendo. Tampoco siento el deseo de combatir en pro o en contra de ningún sistema, moda, teoría o «movimiento de renovación» en la literatura o en las artes plásticas. Bebo en mi vaso, cultivo mi campo y allá cada cual con sus ilusiones, sus mentiras o sus locuras. O sus verdades, que no dudo de la sinceridad, el entusiasmo y la nobleza de los «apóstoles» de las nuevas religiones estéticas. Y como no hay religión sin herejías, hágase cargo el lector…

Yo estaba al tanto desde la barrera —por decirlo así— de todas las conjuras y francas ofensivas contra el «arte viejo». No sabía bien lo que era arte viejo y arte nuevo, pareciéndome nuevas, juveniles, fragantes, primaverales, muchas estrofas de la poesía helénica y muchas esculturas de la misma edad. Yo leía libros, revistas y periódicos, oía conversaciones de *atelier* y de café donde sonaban los nombres de Max Jacob, Apollinaire, Reverdy, Braque, Raynal, creo que ya el de Cocteau y, fatalmente, los de Picasso y Juan Gris.

Me había sido éste tan simpático, lo mismo en el tabuco de Gregorio Pueyo que en la casa confortable y risueña de Xaudaró, que hubiera querido entender su pintura para celebrarla y decirle que donde estuviese él se retirasen Velázquez, con su aire libre; Rembrandt, con sus claroscuros; Leonardo, con la sonrisa glacial de su Gioconda; Renoir —que era uno de mis pintores—, con sus meriendas y sus *baignades*

campestres, y Sorolla —otro de «mis» pintores—, con todos los esplendores y las gracias de su luz. Hubiese querido decirle todo esto a Juan Gris, pero hubiera sido excesiva la farsa y él, de otra parte, estaba hecho a la incomprensión y la burla ante sus cuadros. Nada mejor, entonces, como prueba de amistad, que el silencio. Mas lo que no puede ni debe olvidarse es que Juan Gris, dióscuro con Picasso del cubismo, se mantuvo en una línea de fervor, de ortodoxia de su credo estético, que Picasso vulneró siempre que le convino. Juan Gris iba a pie, era un buen caminante. Picasso era —y es— un funámbulo. No se le concibe sin la cuerda floja, la sombrilla y la red.

[3]
ME ARAÑAN EN LA PEÑA DEL NAPOLITAIN*

Se publicaba por entonces en París, con el título de *Les Mille Nouvelles Nouvelles*, una revista quincenal donde aparecían, vertidos al francés, cuentos y novelas cortas (que es a las que en Francia llaman *nouvelles*) de autores contemporáneos de todos los países. Renée [Lafont] tenía a su cargo la sección española, que comprendía también a los escritores hispanoamericanos. Y para la tal revista, entre otros de los peninsulares, tradujo cuentos y novelitas —o *nivolitas*— de Blasco Ibáñez, Unamuno, la Pardo Bazán, Galdós, Palacio Valdés, Clarín, Baroja, sin olvidarse de los jóvenes posteriores a «los del 98» —que hoy nos dicen «los de *El Cuento Semanal*»—, entre los cuales figuraron Pérez de Ayala, Martínez Sierra, Répide, Francés, García Sanchiz, Miró, mi hermano político Hernández Catá —que seguía «maupassaneando» en El Havre— y, naturalmente, el autor de estas Memorias.

Antes de concluir el año de 1911 habían aparecido, en las versiones excelentes de Renée, una novela mía en *La Revue de Paris*, otra en *La Revue* de M. Finot, y en el *Paris Journal* una novela corta y varios cuentos de los que había publicado en el *Blanco y Negro* y *Los Lunes de El Imparcial*. Yo estaba encantado. Cada nueva traducción de mi prosa era para mí como un juguete o como una botella del mejor de los vinos de Champaña. Me la bebía, me la sorbía hasta marearme… Realmente, contra todas mis prevenciones y desconfianzas, era indiscutible que entre Renée y yo habíamos abierto en la «muralla de hielo» de París una pequeña brecha que iría agrandándose para que yo pasara victorioso con mis libros. Ya, para uno de ellos, tenía Renée en cartera un prólogo de J. H. Rosny *jeune*. Cualquier escritor extranjero que a los veintisiete años de edad, que eran entonces los míos, se hubiese encontrado en París en mis circunstancias, esto es, viéndose traducido, pagado por los editores y no maltratado por la crítica (Gustave Lanson me dedicó un artículo elogioso en *Le Matin*),

* Capítulo xviii del segundo volumen de las *Memorias*.

habría sentido seguramente lo que yo sentía: satisfacción, orgullo, algo así como esa alegría del buen vino que no llega a embriaguez y nos hace verlo todo de color de rosa…

Ahora bien, no podía ocultárseme que una gran parte de «mi éxito» se debía a mi traductora e introductora. ¿Que le había dado a Renée por encontrar magníficas mis novelas?… No iba yo a decirle: «No, señorita, usted se equivoca, mis novelas son deplorables. Las que usted debe traducir son las de Fulano, Mengano y Perengano, que ésos sí que tienen talento». Eso ya se lo dirían Fulano, Mengano y Perengano.

Y se lo dijeron desde Madrid, en cartas donde me desollaban; o en París, en su propia casa, pues no faltó quien hizo el viaje para sustituirme en el aprecio literario de Renée. En la tertulia del Napolitain Gómez Carrillo me arañaba, Fray Candil me mordía y Blanco Fombona concluía de devorarme. ¡Pues ya veríamos la actitud del autor de *Cañas y barro*, cuando, como tenía anunciado, retornara *vincitore* de la Argentina! (Anticiparé que su actitud no fue la de un rival: no podía yo hacerle sombra, y además, desde que nos conocimos me demostró un gran afecto. De mis relaciones con él en París, sobre todo durante la guerra del 14 al 18, mucho habré de referir más adelante.)

No me sorprendían —ni me molestaban— los arañazos de mi «buen amigo» Enrique, de los que él mismo me curaba poniéndome el árnica en algunas crónicas de *El Liberal*. Y, en cuanto a las insidias de Fombona y Fray Candil, mientras no me las dijeran cara a cara —lo que no ocurrió— me importaban lo que se dice un bledo. Sí me importaron, no las insidias, las… ironías de Alfonso, que en uno de sus viajes a París me dijo: «¡Vaya, has tenido suerte con la señorita Lafont! Le caíste en gracia. *Ce que femme veut…* Sin ella, imagínate, de eso de las traducciones, ¡piscis!».

A lo que respondí diciendo: «Es indudable que le he caído en gracia a la señorita Lafont, que también hay… debilidades literarias, ¿pero crees tú, de veras, que también les «he caído en gracia» a Marcel Prévost, a Monsieur Finot, a los editores Tallandier, Flammarion y Calmann-Levy, que se disponen a publicar mis novelas traducidas por Renée? Tú sabes que cada periódico o revista, o cada empresa editorial, tiene sus censores, o su comité de lectura, y no creo que en mi caso, y por las artes mágicas de Renée, hayan dejado de cumplir con sus obligaciones. Yo no tengo el me-

nor inconveniente en que Renée te traduzca. Envíale tus obras. Yo seré el primero en proclamar sus méritos».

«Se las mandaré», repuso. Y con esto terminó un diálogo más bien ingrato para mí, pues «me dolía» que Alfonso, a quien yo admiraba como escritor y quería como a hermano, sintiera aquella pelusa o celillos por mis éxitos… que hubiese querido regalarle. (Años después alcanzamos alguno en el teatro, juntos.)

[4]
EL REY DEL ARROZ*

Por entonces, sin que me sea posible precisar la fecha, volvió Blasco Ibáñez a París desde la Argentina. Daba la impresión de traer dinero. Renée y yo fuimos a visitarle a un elegante piso amueblado de la calle de Suresnes. Yo había dejado en Madrid a un Blasco Ibáñez barbudo y me encontré con otro de mejillas rasuradas y bigote corto, todavía negro. Estábamos en 1912. Tenía, pues, Blasco Ibáñez, si no le escamotean algunos sus biógrafos, cuarenta y cinco años de edad. O sea que se hallaba en la plenitud de su vida de hombre ambicioso y audaz, dotado de una confianza en sí mismo sólo comparable a la de un conquistador del temple de Hernán Cortés.

Había dirigido en su Valencia natal una mesnada política, descollando en la oposición republicana del Parlamento; fundado dos o tres periódicos, un par de casas editoriales y escrito unas veinte novelas, de cuyo éxito «arrollador» en España e Hispanoamérica no podía dudarse y que iban traduciéndose a todos los idiomas europeos y aun creo que alguna al árabe y el japonés. No obstante, Blasco sabía que una gran fortuna de las que se cuentan por millones no se logra escribiendo libros nada más. Ahí estaba el «pobre Galdós» —como él decía—, siempre en la brecha, siempre con sus apuros económicos. ¡Ah, si don Benito hubiese sido orador! Él sí lo era. Sus conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires —donde le precedieron Jaurès, Clemenceau y Guillermo Farrero y hubo de coincidir con Anatole France— entusiasmaron a la «colectividad» española y al auditorio argentino en tal forma que el Gobierno «de la joven y próspera República» le facilitó las tierras que quisiese para desarrollar «en gran escala» sus planes de colonizador. Y así fue como creó no una, sino dos colonias: la enclavada en la orilla izquierda del Río Negro, a la que puso el nombre de Cervantes, y la que fundó en la provincia de Corrientes, Nueva Valencia, trayendo un buen número de paisanos suyos para establecer y propagar en la Argentina el cultivo

* Capítulo xxi del segundo volumen de las *Memorias*.

del arroz. El Blasco Ibáñez colono no tuvo suerte, como no la tuvo Balzac en todas sus «industrias» para ganar dinero. Habría de ser, más tarde, una novela quien lo trajese en abundancia a las manos del autor de *Cañas y barro*. Pero en la ocasión a que me refiero, aproximadamente por abril y mayo de 1912, él aparecía hablando con entusiasmo de la Argentina y exhibiendo con aires de nabab pieles de guanaco, llamas, zorros grises patagónicos, lobitos de Tierra del Fuego, zorrinos, nutrias, gatos monteses, y presentándole a Renée unas *aigrettes* magníficas —o sea, penachos, copetes, airones del cocoi, de la familia de las garzas— y unas plumas de ñandú, el avestruz de la Pampa, «como no se compraban ni por diez mil francos en París».

—¡Para usted —decíale—, para usted! ¡Y estos bolsos de piel de yacaré, del cocodrilo del río Paraná!

Era Simbad el Marino mostrando sus riquezas. ¡Y qué jovialidad! Hizo chistes y nos contó anécdotas. Recuerdo que se detuvo en una referente a Anatole France, según la cual el irónico prosista usaba con el frac pechera y puños de «quita y pon» y corbatas de nudo hecho.

—Como ustedes lo oyen… Y usted perdone, Renée, pero es que en Francia los hombres no saben vestir. Clemenceau, que presumía de *dandy* al lado de Eduardo VII, se presentó allí hecho una birria… Y en cuanto a las conferencias, ¿a quién se le ocurre ir a hablar, como hizo France en Buenos Aires, de Rabelais, que sólo lo habrán leído por encima dos o tres catedráticos de Literatura? El que estuvo mejor fue Jaurès, pero, claro está, tres cuartas partes del público se quedaron sin entenderlo, porque eso de que en la Argentina se habla el francés tanto como el español es una filfa. ¡En cambio a mí! Figúrense… Se abarrotaban los teatros para oírme. Hablaba desde los balcones de los hoteles y las ventanillas de los trenes. Me sacaban en hombros, como a los toreros que triunfan en la plaza. Recorrí toda la República, desde el extremo norte hasta la Patagonia. Y de los banquetes, de los asados camperos, de las fiestas organizadas en mi honor en las más famosas estancias, ¿qué voy a decirles? Supongo que habrán leído ustedes mi libro.

Se refería a *La Argentina y sus grandezas*, que había publicado poco antes, y donde su pluma colorista pintaba el cuadro de la «nueva y gloriosa nación» con los tonos más encendidos y los relieves más recios que pudieran desearse. Y todo sin olvidar co-

marca ni aspecto alguno del gran país agropecuario, que era «la tierra de todos» y el «granero del mundo». Pero yo no había leído sino hojeado su libro, recorriendo las láminas, de modo que me atuve cortésmente a la respuesta afirmativa de Renée.

Lo que me gustaba era «oír a Blasco» hablando de lo que hablase, pues su elocuencia natural, su poder descriptivo y su egolatría uníanse para producir un hombre dotado de todos los recursos oratorios para sugestionar, para suspender el ánimo de sus oyentes y conducirles a donde a él se le antojase. Yo, que le había oído tantas veces, estaba curado de espanto, quiero decir de «sugestibilidad», pero entonces, como siempre, le escuchaba con gusto y sin la menor idea de interrumpirle. Constituía para mí un espectáculo, porque no era sólo su voz, no era sólo el juego de sus metáforas, ni su torrente verbal, sino también el brillo de sus miradas, sus ademanes, sus gestos, toda su mímica de tribuno de la plebe o de rapsoda homérico, tal y como yo me imaginaba a éstos. Ahora bien, al Blasco Ibáñez de 1912 faltábale, a mi parecer, un atributo: la barba, su barba negra y rizada de mercader oriental. Cuando sobre la alfombra de la sala en que nos recibía extendió aquellas pieles portentosas de la fauna americana, cuando hizo vibrar en el aire las *aigrettes* que había traído para Renée, yo, imaginativamente, le repuse la barba para completar mi ilusión y figurármelo en un mercado de Bagdad vendiendo aquellas pieles, aquellas plumas y quizá alguna esclava bellísima ataviada con las pieles y las plumas.

Sabía que Renée «estaba traduciéndome» y le pareció «muy bien». Yo era —dijo— «uno de los escritores jóvenes de España con más fibra de novelista». En las rivalidades literarias debe tenerse en cuenta en primer término la edad de los rivales. Un rival de Blasco podía ser Baroja, de quien sólo le separaba un lustro. Pero yo no, ni por la edad, pues había entre nosotros una diferencia de más de quince años, ni por la posición alcanzada. Yo estaba en la ladera y él en la cumbre. Yo me asomaba a una ventanita de París y él… lo dominaba desde el último piso de la torre Eiffel. Además, no con uno, sino con tres o cuatro traductores contaba él en Francia, dos de ellos excelentes: Hérelle y Renée. Bien podía «cederme» un poco de esta última.

Ello es que mis relaciones amistosas con Blasco, lejos de enfriarse, se afirmaron en aquella entrevista. Una semana después volvimos a encontrarnos en casa de los Lafont, en un almuerzo al que asistieron, deseosos de admirar y escuchar a *ce nouveau*

conquérant, J. H. Rosny *jeune*, M. Jean Psichari con su joven esposa y un diputado socialista y lugarteniente de Jaurès, Albert Thomas, que había sido discípulo de M. Lafont y del que nadie podía adivinar entonces lo que representaría para su país en la guerra del 14 al 18. En aquel almuerzo hubo arroz *à la valencienne*, y esto dio lugar a una pregunta de Rosny acerca de los arrozales *de Monsieur Blasco Ibanés là-bas, dans la Pampa*. Blasco explicó, elocuente —pero sin dejar de consumir su plato de arroz—, que no era en la Pampa, seca y difícilmente laborable, sino en los terrenos de la provincia de Corrientes donde él había iniciado el cultivo de la maravillosa gramínea que alimentaba exclusivamente a toda una raza, la amarilla, y, en competencia con el garbanzo, a los españoles. También los argentinos necesitaban el arroz, pues «no sólo de carne vive el hombre», y él les llevaba el arroz, que no tardaría en competir con la gran riqueza agrícola de la República, que era el trigo, el trigo…

—¡Porque el oro de América —exclamó— no es, señores, el de las minas fabulosas y los cofres de Atahualpa y Guatemozín, sino este del cereal dorado!… Y yo he completado ese tesoro con el arroz, que es de plata y va a producir mucha plata, que es como le llaman al dinero los argentinos. Yo ganaré muchos millones de pesos, muchos.

—Y a pesar de su patente republicanismo —interrumpió Albert Thomas—, le llamarán a usted el «rey del arroz».

Después de su fácil ironía, Thomas se sacudió sobre la servilleta los granitos que amarilleaban entre los pelos de su barba rojiza, una de las barbas más copiosas y rebeldes de Francia, y que, fatalmente, llegaría a ser la de un ministro.

De sobremesa, en el salón, apoyado unas veces en la chimenea o paseándose entre los suntuosos y marchitos sillones, prosiguió Blasco sus discursos. Los hacía alternativamente en español y en francés; en aquel francés suyo, del que se puede decir que era irresistible. Y digo esto no porque no fuera tolerable, sino por todo lo contrario: porque ni los franceses que hablaban su idioma con el mayor decoro académico dejaban de rendirse a la elocuencia de aquel *homme fantastique* que, según M. Jean Psichari, «había nacido para descubrir un tercer mundo, inventar idiomas y hasta conseguir que a un "pesado" como Albert Thomas se le ocurriese una frase con cierto *esprit*». Porque lo de «rey del arroz» no dejaba de tener gracia. Ni Psichari, ni yo, ni nadie entre los comensales de aquel almuerzo, podíamos sospechar entonces lo efímero del reinado del gran novelista en su Nueva Valencia.

[5]
TEMPORADA EN MADRID. OIGO LOS TIROS QUE MATARON A CANALEJAS*

En el otoño de 1912 hice un viaje a Madrid, tras un par de años de permanencia en Francia. Mi hermano Pepe había quedado al frente del negocio de los libros de Renacimiento, que continuaba lánguido, pero no lesivo para los intereses de la casa. A ésta entregué el original de una de mis novelas «de costumbres españolas», escrita en París, que pasó inmediatamente a la imprenta. Una vez cumplidas las efusiones familiares del retorno, me dediqué a visitar a mis amigos y maestros. Estuve en la dirección de *El Liberal* a saludar a Alfredo Vicenti, quien hubo de asombrarme por lo informado que estaba de mi vida en París, si bien, por algunos detalles novelescos y ciertas apreciaciones arbitrarias, comprendí que sus informes provenían de Gómez Carrillo, «chismógrafo» insigne, fantaseador formidable y especie de «diablo cojuelo» encargado de levantar los techos de toda casa de París donde viviera un español o hispanoamericano conspicuo, aunque muchas veces no viese nada de lo que decía después haber visto.

Estuve en el estudio de don Manuel Ángel, a quien hallé muy envejecido, pero siempre con sus fervores de artista y aquel don suyo de reconocer y admirar los méritos ajenos sin que la modestia de su labor de dibujante le oscureciera el juicio con las sombras de la envidia. Él siempre con sus «ilustraciones» de los libros de Calleja. Por entonces andaba con los reyes godos, para la excelente *Historia de España* de don Ángel Salcedo, que se publicaría dos años después. Con Manolo Tovar anduve por los teatros: más camarines que patio de butacas. El gran Dionisio Pérez me convidó a almorzar en su casa, que era la del primer gastrónomo de Madrid. En el Ateneo, mis colaboradores de *Sagitario* —el que tan pronto se quedó sin flechas— y otros amigos, como Bernardo G. de Candamo, oían con harta paciencia el relato de mis

* Capítulo xxii del segundo volumen de las *Memorias*.

«triunfos» en París, que yo probaba exhibiendo dos libros míos con vitola francesa: uno editado por Tallandier y otro por Calmann-Levy. Enrique Amado, gran señor, en quien progresaba el virus megalomaníaco, me dijo que acababan de traducirle sus obras completas al árabe, el hebreo y el japonés. Sus *Obras completas* se reducían a medio centenar de artículos. También insistió en que París era una «ciudad detestable, sin la *fashion* de Londres». Él se creía un George Brummell. A Federico García Sanchiz le interesaban mucho «las fabulosas aventuras» de su paisano Blasco lbáñez en la Argentina.

En mi casa, hacia fines de octubre, se recibió de La Habana una triste noticia. Tras rápida enfermedad mi tío Antonio acababa de fallecer a los cincuenta y dos años. Le había fallado el corazón a aquel hombre que lo tenía tan grande. No recuerdo si dije que había estado en Madrid en 1901, sano y sólido, con el propósito de entregar al Gobierno un residuo de su famosa suscripción «para fomento de la Marina de guerra» y que recibió del Gobierno una cruz. Le lloramos todos. Con él se nos iba uno de los ejemplares más completos de esos españoles de Ultramar que, mereciendo pasar a la Historia por su patriotismo activo y su trabajo fértil, caen en el anónimo; si no ocurre que algún cronista familiar, como yo en este caso, le ponga de relieve en un libro. En fin, así termina la etopeya de mi tío Antonio. Vino a darnos el pésame Jiménez Castellanos y por carta lo recibió mi padre del general Weyler.

De Buenos Aires, en cambio, nos llegaban inmejorables noticias. Los negocios de Waldo iban «viento en popa». No tardaría más de un año en venir a vernos. En las conversaciones del despacho de mi padre preferíanse los temas literarios a los políticos, precisamente porque éstos iban siendo «cada vez más complicados y difíciles de entender y resolver». El gran acontecimiento nacional de aquellas horas había sido la huelga general de los ferroviarios iniciada en Barcelona a mediados de septiembre y extendida con rapidez por todo el país. Canalejas había acertado a reprimirla con mano fuerte y a restablecer el orden. Reconocía mi padre sus dotes de gobernante. Canalejas llevaba en el poder cerca de tres años y había estado, en diversas circunstancias, y sobre todo en la cuestión de Marruecos, «a la altura de un gran estadista». No obstante, mi padre «no las tenía todas consigo». El foco revolucionario de Barcelona era una amenaza permanente. He aquí por qué «valía más hablar de literatura y dejar

que Canalejas nos condujese a puerto seguro, o nos precipitase en un abismo, que todo podría ser…». No era lo que pensaba Dionisio Pérez, diputado canalejista, ni todo el *entourage* de don José, para quienes éste era, sin la menor duda posible, «el Salvador de España y el político más grande desde los tiempos de Cisneros». Opiniones controvertidas por el doctor Sabucedo, más firme y tenaz cada día en su maurismo.

Así las cosas, el 12 de noviembre, creo que hacia la una de la tarde, iba yo por la calle del Arenal camino de la casa de mis padres, en la calle de los Caños, cuando sentí una detonación, como de tiro de revólver. No me detuve. Al pasar frente a la iglesia de San Ginés, un hombre de blusa y alpargatas, que corría, me rozó, gritando: «¡Acaban de matar a Canalejas!». Requerí: «¿Dónde? ¿Cómo?». «En la Puerta del Sol», dijo aquel hombre sin interrumpir su marcha.

Dicen, y es verdad, que las malas noticias corren como la pólvora. Ello es que cuando llegué al portal de mi casa el portero me confirmó el asesinato de Canalejas: «Sí, señorito, dos tiros por la espalda, a quemarropa, junto a la librería de San Martín». Ya lo sabía mi padre, pero no pareció tan conmovido como en agosto del 97, en La Habana, cuando se supo el asesinato de Cánovas. No tardaron en aparecer los suplementos de los periódicos. Y por ellos nos enteramos de que el asesino del presidente era un sujeto apellidado Pardiñas, anarquista, ¡naturalmente!, el cual aprovechó el momento en que Canalejas contemplaba uno de los escaparates de la librería de San Martín para consumar su crimen. Opinó mi padre que «aquello era una gran desgracia de la que, en cierto modo, era responsable la propia víctima, porque ¿cómo iba el partido liberal desde el poder a reprimir la acción directa del anarquismo si, en ocasiones trágicas como la de Cullera, por ejemplo, no había tenido el valor de aplicar la ley, indultando a los asesinos del juez y el secretario del juzgado de Sueca y el alguacil del pueblo?

—Y ya ves tú —proseguía mi padre—, diez meses después cae Canalejas asesinado en la Puerta del Sol… Pero también, ¿a quién se le ocurre salir solo, a pie, sin escolta? Con razón dicen que Dios ciega a los que quiere perder. En fin, no obstante los matices demagógicos de su política, Canalejas era un estadista de cuerpo entero, y como en el campo liberal no hay figura para sustituirle, imagínate tú lo que nos espera.

Después, mi padre, mientras tomábamos el café sorbo a sorbo, hizo un bello discurso acerca de «los grandes atentados políticos», remontándose al de Julio César.

—El genio de la Historia —decía— se llama Azar, y es un genio burlón, satánico, que se encarga de trastornar todos los planes y proyectos de los hombres. No cabe duda de que el asesinato de Prim cambió el rumbo de la vida de España, y que si Angiolillo no hubiese matado a Cánovas no habría sido el que fue el desenlace de la guerra de Cuba.

—Si a eso vamos —objeté—, si hubiesen triunfado en España los secuaces de la Beltraneja no habría habido reinado de los Reyes Católicos, ni toma de Granada, ni descubrimiento de América.

Mi padre soltó la risa.

—Es cierto. Sobre la base de «lo que sucedió y lo que pudo ser» podría escribirse de mil modos diferentes la Historia, y no dejaría de ser un juego divertido… Atengámonos a la realidad, que no es cosa de broma. ¿A quién, sino a García Prieto o Romanones puede llamar don Alfonso?

No era difícil el pronóstico. El *Heraldo* y demás periódicos de la noche, tras de extenderse en la necrología de Canalejas, anunciaron la llamada a Palacio del yerno de Montero Ríos para recibir de Su Majestad el encargo de presidir interinamente el Gobierno. En la tarde de aquel día, yo, camino del Ateneo, pasé por la Puerta del Sol, pero no pude aproximarme a la librería de San Martín para apreciar el impacto de la bala en el escaparate. No sé si aquel día o al siguiente, un popular actor, Rafael Arcos, émulo de Frégoli, se puso una levita, una chistera y unos bigotes para «transformarse» en Canalejas y reconstruir, con la ayuda de otro actor que representaba a Pardiñas, el episodio del atentado. Esa fotografía «trucada» se ha reproducido infinidad de veces.

El cadáver de Canalejas fue conducido al Ministerio de la Gobernación, desde donde al anochecer lo trasladaron al Congreso para quedar expuesto en el Salón de Sesiones hasta la hora de las exequias. No estuve en Gobernación ni en el Congreso, porque no he sentido nunca la menor curiosidad por los espectáculos fúnebres, pero asistí casualmente al paso de los correligionarios y amigos de Canalejas, por la carrera de San Jerónimo, portadores en hombros del cuerpo exánime de su jefe. Y de todos aquellos señores enlevitados, cariacontecidos, temblorosos, y más de uno lloroso,

no hago memoria sino del inolvidable Dionisio Pérez, que recibía las lágrimas en el bigote sin cuidar de enjugárselas. «¡Pobre Dionisio! —pensé—. La muerte de Canalejas es quizá el fin de tu carrera política, porque cuando cae una de estas águilas que empollan ministros y hacen diputados, ¡a cuántos arrastran tras de sí!…». Pero también pensé que la carrera victoriosa del gran periodista no sufriría ningún daño con aquella muerte. Y así fue.

[6]
MIS DOS GRANDES ATRACCIONES DE LONDRES: MRS. PANKHURST Y LA VENUS HERIDA*

Me resisto a consultar el Baedeker o el *Guide bleu* para reconstituir, con el plano a la vista, mi llegada a Londres, la capital entonces —1913— del imperio más poderoso del mundo. Era su rey y emperador un nieto de la reina Victoria, Jorge V, pero proseguía, sin que nadie presintiese su epílogo, la era victoriana. La flota inglesa, sin rival posible, conservaba el dominio de los mares. Como en los tiempos de Palmerston, la entrada en cualquier puerto de un acorazado británico bastaba para prevenir un *casus belli* o hacer abortar una rebelión en el sur de África o en la India. La omnipotente Albión tenía en Kipling su último bardo imperialista. Se le habían acabado los Disraeli y los Gladstone, pero iba defendiéndose, políticamente, con sus Balfour, sus Baldwin, sus Asquith y sus Lloyd George… Aquel turno pacífico de los *tories* y los *whigs* había venido a alterarlo la aparición del Labour Party, cuña harto peligrosa entre los dos grupos tradicionales de la política inglesa. No seguía yo al dedillo, ni tenía por qué, esa política, como tampoco la de Francia, fascinado como estaba por las sirenas de la literatura; pero con sólo leer por encima los periódicos cualquier señor, por joven e indiferente que fuera, se enteraba de los nombres y los actos más notorios de los hombres y las mujeres que entonces, por esto o por aquello, descollaban en la escena del mundo.

Así llegaba yo a Londres pensando ante todo —¿quién lo dijera?— en Mrs. Pankhurst, en Emmeline Pankhurst, muy admirada por Renée, que era la Pentesilea de las amazonas del sufragismo, a quienes llevaba a lacerar pinturas ilustres en los museos, apedrear las casas de los ministros y tratar de prenderle fuego a la de Lloyd George. Las sufragistas acababan de herir —¡qué absurdas!— a Venus, la más feminista de las diosas. En uno de los sótanos de la National Gallery estaba la deidad esperando a que

* Capítulo xxv del segundo volumen de las *Memorias*.

la restañasen, pues no era otra que la velazqueña, la que contempla su rostro, tenuemente sonreída, en el espejo que sostiene un cupidillo a sus pies. Ellas, la Venus lacerada y Mrs. Pankhurst, eran para mí las dos grandes atracciones de Londres.

Alfonso nos tenía preparado alojamiento a Renée y a mí en el mismo hotel donde él se hospedaba, que por lo anticuado de sus muebles y utensilios de tocador nos pareció más bien una casa particular de los tiempos de Dickens. Era, no obstante, un hotel céntrico, pues recuerdo muy bien que nos bastaban menos de cien pasos para encontrarnos a la entrada de Picadilly Circus.

Desde el primer instante quedó reconocida y acatada la supremacía de Renée sobre Alfonso en el dificilísimo arte para un extranjero inexperto de hacerse entender en inglés, por los ingleses. Dos o tres gestos de incomprensión por parte de un *policeman*, *waiter* o *cab-man*, fueron suficientes para que Alfonso, no sin sufrir en su amor propio, se rindiera a discreción. Y decía:

—Usted, Renée, merece que la llamen «señorita Pentecostés», porque posee como nadie el don de lenguas.

Por sus obligaciones de cónsul, Alfonso no podía prolongar más de una semana su visita a Londres. Renée y yo resolvimos no separarnos de él, completando a la vuelta de Birmingham nuestra aventura londinense, que en sus dos etapas fue absolutamente afortunada, porque en el Londres de 1913, con no muchas guineas en el bolsillo y un intérprete como Renée, todo resultaba fácil y agradable. Hacía frío, pero la niebla, el famoso *pea-soupe*, no apareció por ningún lado.

Mis recuerdos más vivaces, de personas, los constituyen ciertos tipos estrafalarios, más de mujeres que de hombres, vistos en las calles y los parques. Viejas como las que yo vi entonces en Londres no las he visto ni he vuelto a verlas nunca. Me parecían pájaros, me parecían parcas. Le pedía a Renée que me recordase las imprecaciones de las brujas de *Macbeth*. Oí, sin entenderlos, a oradores lunáticos en Hyde Park. Hubiese querido saludar a Emmeline Pankhurst, que no tenía cara de bruja, a juzgar por los retratos, sino que parecía una *lady* y era más inteligente y culta que la mayoría de las *ladies*. Pero Mrs. Pankhurst estaba en la cárcel.

No dejé, como es obligado, de contemplar o visitar ningún monumento, con cuyas descripciones, por repetidas, prefiero no impacientar al lector. Sí diré que en Tra-

falgar Square me molestaba la columna y hasta que hice un pareado, de patriótica protesta, en que rimaba Trafalgar con Gibraltar.

Fuimos a dos o tres teatros de comedia y a algún *music-hall*. Asistí a una representación de *A Midsummer night's dream* y a la representación de *The admirable Crichton*, de Barrie, que conocía, respectivamente, en sus versiones castellana y francesa, de modo que con la mímica de los actores me bastó para quedar enterado. Pero en los *music-halls* entendí mejor y me divertí más.

Uno de mis honestos placeres en aquel Londres finisecular (porque para mí, y creo que también para la Historia, el siglo XIX no muere, estrangulado, hasta 1914) era el preferir, entre todos sus vehículos, el *hansom*, donde no tenía uno delante la espalda del cochero, sino que éste iba en la trasera, en un pescante alto que le permitía ver y guiar al caballo. Era un carruaje con no sé qué de insecto: leve, elástico, feliz invención de un espíritu individualista. En el *hansom* el auriga hacíase invisible. En *hansom*, a mí Londres se me antojaba «mío». De modo que desdeñé los automóviles —habíalos ya de alquiler— y los ómnibus, y no se diga el *underground*, semejante, sin duda, al Metro de París.

Mientras Alfonso estuvo con Renée y conmigo formábamos un trío inseparable. Y como no cabíamos en un *cab*, tomábamos dos, echando a suerte la grata compañía de Renée.

Fue en nuestra segunda mañana de Londres cuando nos dirigimos a la National Gallery, con la intención —que cumplimos fervorosamente— de ir, ante todo, a felicitar a Venus por la levedad de sus heridas. El estilete de la partidaria de Mrs. Pankhurst no había ahondado en las carnes de la diosa pintada por el primero de los pintores del mundo y de todos los tiempos.

[7]
EN LA CASA DE SHAKESPEARE. LA ESPADA DE HAMLET…*

Unos veinte días duró mi temporada de Birmingham, y tuvo un intervalo inolvidable: la visita o peregrinación, si se quiere, a la casa de Shakespeare, en Stratford-on-Avon, el lugar de su nacimiento, que hice en compañía de Renée y Alfonso. No conocía yo el teatro de Shakespeare, como Renée, en su propio manantial, en su idioma, sino al través de traducciones más o menos admisibles y de varias adaptaciones a la escena contemporánea en París y Madrid, salvo *El sueño de una noche de verano*, por actores ingleses, en Londres. El Shakespeare de la biblioteca de mi padre era el de Macpherson, en laboriosos versos castellanos. Más tarde, y por mi cuenta, en el Ateneo y en la Biblioteca Nacional, leí el *Hamlet* traducido por Moratín, la excelente versión del *Macbeth* por García Villalta, y en la colección «Arte y Letras» las cuatro transcripciones de Menéndez y Pelayo y la del *Otelo*, por Navarro Ledesma. En el teatro, el nuestro, había visto las interpretaciones del Hamlet por dos grandes actores, Morano y Tallaví; la Cleopatra, con su Antonio, por María Guerrero, y no recuerdo a qué actrices en la Julieta, la Ofelia, la Porcia, la Desdémona y la Fierecilla.

En París, en la numerosa y polvorienta biblioteca de M. Lafont, hallé a Shakespeare en su lengua, en la francesa y otras. Leí la admirable adaptación del *Otelo* por Alfredo de Vigny y un *Macbeth* traducido recientemente, no mal, por Rosny, el menor. Sarah Bernhardt me había impresionado en su «travesti» luctuoso para encarnar la figura del príncipe taciturno. Sarah *la Divina*, con su cuerpo enjuto finísimo, el suficiente para contener su voz, que llamaban de oro, y a mí me pareció siempre, por lo aguda y tintineante, de cristal. El actor y director Gemier ofrecía un *Mercader de Venecia* con decoraciones magníficas y un vestuario suntuoso, digno por sus colores de la paleta del Veronés.

* Capítulo xxvii del segundo volumen de las *Memorias*.

No era yo, por lo tanto, un shakespeareano erudito. Faltábame para serlo la posesión de la lengua inglesa, y de otra parte, mi admiración por los más excelsos poetas y escritores de todas las épocas no ha suscitado nunca en mí el afán de investigar sus vidas revolviendo archivos, ni de someter sus obras al examen de una pluma-microscopio. Yo era un lector y espectador cualquiera del teatro de Shakespeare, con las limitaciones que ya dije, pero que no ignoraba del todo los orígenes o gérmenes de sus dramas, que podían ser un viejo cuento o página histórica de autor italiano, o tal o cual leyenda del pueblo escandinavo. Lo que me importaba y conmovía en Shakespeare era su manera única de ser elocuente sin ser huero, de estar él con su lumbre en el pecho de los personajes, de saberme siempre a verdad, aun en sus fantasías y *fairies*, y, sobre todo, de sentir en cada verso al poeta estremecido por el soplo de las pasiones eternas: el amor, la amistad, el odio, los celos, la avaricia, la envidia, la traición.

No ponía yo tampoco a Shakespeare por encima de mi Lope, mi Tirso y mi Calderón. Pero éste es otro asunto, porque mis nociones de nuestro teatro áureo eran directas y, por decirlo así, familiares, y la de Shakespeare de segunda, de tercera o cuarta mano, y a veces alguna mano debió cortarse antes que profanar —y discúlpese la fácil metáfora— el plumaje del «cisne del Avon».

Renée era shakespeareana. Los románticos franceses, acaudillados por Victor Hugo, habían barrido definitivamente la crítica superficial y mezquina de Voltaire y los filósofos de la Enciclopedia contra el genio de la dramaturgia británica; así como Carlyle y Lamb aventaron en Inglaterra los juicios malévolos de Goldsmith y los desdeñosos de Samuel Johnson. Alfonso también se declaraba admirador de Shakespeare, pero decía preferir el lírico de los sonetos al dramaturgo y no dejaba de preocuparle «el problema de la autenticidad de sus obras», problema que a Renée y a mí nos tenía perfectamente sin cuidado, pues nos daba lo mismo que Shakespeare fuera Bacon, o Rutland, o Derby, siempre que nadie negara la evidencia de ese teatro universal.

De nuestro viaje a Stratford persisten en mi memoria, ante todo, unas notas de color: el azul de los divanes y las cortinillas del tren, el verde húmedo y suave de unos prados y el dorado de las ovejas que pacían en ellos. Dejando atrás las fachadas renegridas y las chimeneas de Birmingham, este paisaje eclógico me pareció casi un milagro.

Nuestras horas en Stratford fueron rituales: la visita a la casa, a la tumba y al teatro de Shakespeare. El *poetical pilgrimage* que se aconseja a los turistas. Pero tuvimos suerte. En aquella tarde de fines de marzo, fría y con amagos de lluvia, fuimos nosotros los únicos turistas.

La casa, de madera y yeso, me pareció de pronto pobre y triste. En los espacios libres de sus paredes veíanse, a lápiz o a punta de cortapluma, firmas y signos de los visitantes de todo el mundo, lo que no dejó de parecerme una necedad y una profanación. Entre las reliquias de Shakespeare el guía de la casa hubo de mostrarnos, con «la mayor seriedad del mundo», «la espada de Hamlet», la linterna «con que el hermano Lorenzo descubrió los cuerpos exánimes de Romeo y Julieta» y el sillón en que «the great William» tomaba asiento, junto a la chimenea, mientras escuchaba las leyendas y tradiciones de su tierra. Era una silla de madera de roble, tosca y resistente. Pero como otra de las costumbres de los peregrinos consistía en sentarse en ella para embeberse del genio de Shakespeare, periódicamente se le renovaba el fondo. Ni Renée ni yo nos sentamos en la silla milagrosa. Pero Alfonso, irónico, dijo que «como estábamos escribiendo una comedia, no le parecía mal que uno de nosotros se aprovechase del fluido shakespeareano». Sentóse, pues. Mas, no obstante este episodio pintoresco, no dejó de ganarnos esa emoción que producen los que llamaré «santuarios del genio», siempre que su obra se refleje de algún modo en nuestro espíritu.

Entre dos hileras de tilos nos encaminamos a la iglesia, en cuyo porche gótico se abren dos pesadas e historiadas puertas de roble esculpido. El interior, espacioso, es digno de la fachada y sorprende por sus ricas tumbas, de nobles y burgueses, que hacen resaltar la modestia del sepulcro del poeta: una losa y en un nicho su busto. El epitafio, sobre la lápida, lo forman estos cuatro versos del propio Shakespeare. Cuatro versos que han impedido a reyes y gobernantes trasladar las cenizas del bardo a la abadía de Westminster y han hecho de Stratford-on-Avon la meta de los peregrinos literarios de todo el universo:

Good friend, for Jesus' sake forbeare
To dig the dust enclosed here.
Blessed be he that spares these stones,
And cursed be he that moves my bones.

(«Amigo mío, por Dios te lo ruego, abstente de cavar este polvo. Bendito sea aquel que respete estas piedras, y maldito el que remueva mis huesos.»)

Renée, Alfonso y yo nos abstuvimos de cavar en aquel polvo augusto. Pero desprendimos algunas briznas de la hierba que entornaba la tumba.

[8]
PRIMERA VISITA A BARRÈS. SUS DOS MENTORES EN TOLEDO*

En mi «departamentito» de la calle Molière recibí los primeros ejemplares de mi novela *Las flechas del amor*, traducida por Renée y prologada por Barrès. Pocos meses antes, por mediación de mi traductora, había conocido yo a Barrès, no en su casa de Neuilly-sur-Seine, entre sus libros, sino en su despacho de diputado, frente al mercado central, Les Halles, o sea en *le ventre de Paris*, según la expresión de Zola, novelista detestado por el autor de *El jardín de Berenice*.

Recuerdo muy bien mi primera entrevista con Barrès, quincuagenario entonces, académico, jefe de la minoría —muy menor— de los nacionalistas en la Cámara de Diputados, y uno de los adalides más esforzados de la *revanche*, o sea de ir lo más pronto posible a una guerra con Alemania que por el camino de la victoria restituyese a Francia la Alsacia y la Lorena, «sus amadas provincias». Barrès era lorenés. Su germanofobia incontenible le había inspirado una de sus novelas más leídas, pero no la mejor, *Colette Baudoche*. Barrès había sido uno de los antidreyfusistas más enconados, como se comprobaba en su libro *Ce que j'ai vu à Rennes*. Y, no obstante, una *dreyfussarde* tan apasionada y «socialdemócrata» convencida como Renée era quien me presentaba a él y quien obtenía de este príncipe de las letras francesas un prefacio para *Les flèches de l'amour*. ¡Deliciosa contradicción!

Pero uno de los encantos de Renée era, precisamente, aquella facultad o elasticidad de su espíritu que le permitía admirar a un individualista como Clemenceau y a un socialista como Jaurès. Y el genio o el talento le atraían y encantaban, como la buena música y la pintura, sin importarle los sentimientos religiosos y las ideas políticas del hombre. ¿Estaba ella muy firme en las suyas? Yo lo dudaba. Viéndola frente a Barrès, aquella mañana en que le visitamos, tan sonreída, tan medida en todas sus

* Capítulo xxxviii del segundo volumen de las *Memorias*.

frases, para que ninguna pudiera molestar al maestro, yo me inclinaba a suponerla *un peu comédienne* y en condiciones, por su cultura y su don de gentes, de representar en la escena del París literario los personajes más diversos.

Por lo demás, tampoco me pareció que Barrès tuviese la menor idea del «antidreyfusismo» y el socialismo de Renée. Era el Barrès todavía *dandy* del lienzo de Zuloaga: un rostro enjuto y cetrino con algo que me recordaba, por la curva nasal, el perfil de Descartes. Era el Barrès del mechón «ala de cuervo» en línea diagonal sobre la frente. Lo había pintado Zuloaga señoreando el panorama de Toledo, desde una de las colinas de la urbe imperial. Mejor lo hubiese pintado el gran cretense, revelador de los enigmas de las almas y Edipo del secreto de Toledo, según el propio Barrès. ¿Y cómo sería el alma de Barrès? Dígolo porque siempre, admirándole, le tuve por un *grand poseur* y cada *pose* bien sostenida es una careta del alma.

Yo había leído casi todos sus libros. Los de su segunda época de novelista se apartaban un tanto de su famoso «culto del yo» para extenderse a una revisión e interpretación de la vida social de Francia entre 1880 y 1895, o sea las aspiraciones del nacionalismo, los episodios del boulangismo y las peripecias del turbio asunto del canal de Panamá. El general Boulanger se convertía bajo su pluma, que era —según Émile Faguet— la de «un segundo Stendhal», en un gran *condotiero* al modo italiano.

En mi opinión, a Barrès, que se creía un psicólogo y un filósofo, «todo se le volvía novela entre las manos». Y esto estaba muy lejos de disgustarme. De otra parte, yo le agradecía sus páginas sobre nosotros, impresionadas, como quien dice, en sus tres viajes a Castilla y Andalucía, para ampliarlas e iluminarlas luego en dos de sus libros: *Du sang, de la volupté et de la mort* (traduzcamos *Sangre, placer y muerte*) y *Greco, ou le secret de Tolède*. El primero contenía visiones y ensoñaciones «muy suyas» de Córdoba y Granada. El segundo nos ofrecía su «versión» del Greco, pues no hay escritor francés de los que vienen a España que no la ofrezca desde que en 1941 Théophile Gautier dio la primera campanada, hablando de un «artista asombroso», e Imbert, unos treinta años más tarde, dijo en su libro *L'Espagne* haber descubierto un «pintor extraño y admirable». Después otros escritores y críticos de arte franceses se dedicaron a «explorar» el Greco: Émile Berteau, Paul Lafond, Legendre.

El Greco barresiano acababa de publicarse cuando yo visité a su autor durante el invierno de 1913. (Yo lo traduje a nuestro idioma algunos años más tarde.) El mismo Barrès me confesó que no hubiese podido escribir su obra sin sus dos mentores españoles en Toledo: el pintor y crítico don Aureliano de Beruete y *le jeune écrivain et professeur* Navarro Ledesma, cuya muerte prematura había arrebatado a España *un très bel esprit*.

En efecto, en 1893, que fue el año de las primeras andanzas toledanas de Barrès, Navarro dirigía el Museo Provincial: aquellos zaquizamíes vecinos de San Juan de los Reyes donde se apiñaban, descuidados, como en trastienda de chamarilero, los cuadros de Teotocópuli. Navarro Ledesma no tenía entonces más de veinticuatro años de edad. Barrès frisaba los treinta y dos. Habían pasado diez, y el recuerdo de Navarro Ledesma era en Barrès borroso, en tanto el de Beruete, que fue su cicerone en el segundo viaje (1902), se precisaba en frases reveladoras de admiración y amistad. Me preguntó Barrès si yo le conocía y le respondí afirmativamente. Entonces me pidió que, al volver yo a España, lo visitase en su nombre. Prometí y cumplí. (En su casa-museo de Madrid me recibió el notable pintor e ilustre crítico: no había cumplido aún los setenta, pero por su poblada barba aparentaba más.) No dejó de chocarme una laguna —una enorme laguna— en la hispanofilia de Barrès: su conocimiento muy elemental de nuestro idioma. Me dijo que hablaba «el suficiente para hacerse entender en los hoteles y que lo leía *pas mal* pero con la ayuda del diccionario».

—¡Estos hispanófilos que no hablan el español! —le dije a Renée al salir del *bureau* del diputado nacionalista y príncipe de los prosistas franceses.

Y ella me respondió, entre irónica y benévola:

—Beruete y Navarro Ledesma «le tradujeron» Toledo a Barrès… Sin contar con que son muchos los escritores franceses que sólo saben francés. Además, los secretarios de Barrès, los hermanos Tharaud, son casi políglotos. Y tú, dime: ¿para entender a Memling necesitas hablar flamenco? ¿Y para oír a Beethoven te hace falta saber alemán?

Era una simpática defensa del hispanismo de Barrès, ignorante del español. Y esto, dicho por quien lo hablaba —aparte, las erres arrastradas y el seseo inevitable— de un modo perfecto, tenía un alto mérito, que reconocí. De otra parte, Barrès había escrito el prólogo para mis *Flèches de l'amour*… Renée lo llevaba en su manguito de astracán. Me pidió que entrásemos en el primer *cabaret* para leerlo. Entre su copa de oporto y la mía de Pernod, nos sorbimos aquella página barresiana, que nos supo a gloria…

[9]
SE INICIA LA AVENTURA TEATRAL. AL EMPRESARIO LE GUSTÓ LA COMEDIA*

Yo no me había enfrentado nunca con un empresario, entiéndase de teatro. Entre 1907 y 1913 mi labor literaria fue casi exclusivamente novelesca, pues no menudearon los artículos que escribí para *El Liberal* y *Los Lunes de El Imparcial* y las crónicas y cuentos que publiqué en *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro*. Novelas, hasta entonces, unas veinte entre largas y cortas. Repito que siendo muy aficionado al teatro como lector y espectador, no había pensado jamás en escribir comedias, apartándome en esto de la generalidad de los españoles, pues se dice que es muy raro el que siendo algo «leído y escribido» no lleva un drama o un sainete en la cartera, y en Madrid hubo un limpiabotas apodado Cienhigos que aspiró al título de dramaturgo, y hasta creo que en la peña de Benavente, en el café de Levante, le hicieron concebir esperanzas, después de escuchar con regocijo alguno de sus engendros.

Los grandes autores del teatro llamado «de verso», para diferenciarlo del «lírico», eran, en la época a que estoy refiriéndome, Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Manuel Linares Rivas, Joaquín Dicenta, Eduardo Marquina y Gregorio Martínez Sierra. Habíase puesto el sol de Echegaray. No dejaba don Benito de asomarse a la escena, mostrando su garra de dramaturgo, y aun creo que por entonces tuvo a su cargo, con cierta pachorra, la dirección del Español. Comenzaba a perder la vista. Al decir «grandes autores» no me refiero a sus méritos literarios —en unos evidentes, en otros discutibles—, sino a la circunstancia de pertenecer al grupo de los que poseían la confianza de los empresarios y la atención del público. Eran, para decirlo más pronto, los autores «de cartel». Añádanse a los citados Pedro Muñoz Seca, que desde el teatro Cervantes, en la Corredera Alta, le tenía puesto sitio al de Lara, en la Baja; al ilustre Carlos Arniches, que alternaba la comedia y el sainete con igual maestría, y

* Capítulo XL del segundo volumen de las *Memorias*.

a Francisco Villaespesa, versificador zorrillesco. Se «asomaban» a la escena otros autores, como José López Pinillos, escritor abrupto, y Cristóbal de Castro, que aparte alguna obra original ofrecía trasposiciones de nuestros clásicos realizadas con indiscutible acierto. De la zarzuela grande y chica, de sus libretistas discretos o cerriles, de sus músicos geniales o adocenados, hay mucho bueno y malo que decir, pero quede para otra ocasión.

Ello es que al encontrarme yo con media comedia mía —porque la otra media era de mi cuñado Alfonso— en un cajón de mi bufete, allí la hubiera dejado dormitar por temor al juicio inapelable del empresario. Porque yo sabía muy bien que si a este empresario, llamárase Yáñez o Escudero, no le parecía bien la obra, sería harto difícil «colocarla». No era, pues, un literato, un comediógrafo, más o menos inteligente, quien iba a juzgar nuestra comedia, sino un comerciante, un buen señor que lo mismo que de productos teatrales hubiese podido ser empresario de pompas fúnebres o almacenista de víveres al por mayor. No creía yo que «mi nombre» hubiese llegado a sus oídos, y menos todavía el de Alfonso. En resumen, que sin la insistencia de mi colaborador, desde Birmingham, yo no me hubiese resuelto a pedirle a Martínez Sierra una presentación para don Eduardo Yáñez, en cuyas manos hacía ya tiempo que había depositado don Cándido Lara la gerencia de su teatrito. Teatrito por el tamaño —le solían llamar la Bombonera—, teatro mayor por su historia, por los autores y comediantes insignes que habían pasado —y pasaban— por sus tablas.

Tenía yo buena amistad con el autor de *Canción de cuna* —uno de los éxitos memorables de Lara—, y era amigo de Benavente, Linares Rivas y los Quintero. Mas no quise importunar a ninguno con la lectura de la obra. ¿Para qué? ¡Si a quien tenía que gustarle era al empresario!… No carta, sino tarjeta me dio Gregorio, y no para don Eduardo Yáñez, sino para el representante de la empresa, un señor Alenza, el cual me recibió muy atentamente y no tardó en comunicarme el día y la hora en que don Eduardo «escucharía con mucho gusto mi comedia». No es lo mismo «mucho gusto» que «buen gusto» y, además, el que el señor Yáñez pudiera tener en que yo le leyese una obra no pasaba de una fórmula de cortesía. No diré que temblando, como cuando iba a examinarme de canónico en la universidad, pero sí que algo nervioso y pesimista me presenté en Lara en la fecha y momento convenidos, y no tardé en verme ca-

ra a cara con don Eduardo. El cual me saludó muy cortésmente y me hizo pasar al saloncillo, donde nos sentamos y se dispuso él, benévolo, a escucharme. Era un señor robusto, con un buen bigote negro en un rostro más bien impasible y sin ningún rasgo que me permitiera deducir el género de su talento, si era hombre que tuviese alguno.

Comencé vacilante la lectura, y no tardé en advertir que el empresario pasaba, gradualmente, de la impasibilidad a la curiosidad y de la curiosidad al interés. Le gustó el primer acto. «Veamos el segundo», dijo. Y no bien lo hubo escuchado, con signos de aprobación y complacencia, tomó el original de la obra, lo enrolló, lo guardó entre sus manos —que tenía muy grandes— y pronunció las siguientes palabras:

—Está muy bien; la comedia está muy bien. Creo que gustará. Pero en esta temporada, que va de vencida, no es posible estrenarla. Ni al principio de la próxima, que comenzará con un estreno de Martínez Sierra. Si los Quintero no me traen nada, pondré en seguida lo de ustedes.

Me habló del reparto. Había «dos grandes papeles» para Catalina Bárcena, la primera actriz, y Leocadia Alba, que era la de carácter. El de Joaquina del Pino, «la segunda primera actriz», resultaba de menos relieve, pero «ella se lo daría». Con Mercedes Pardo, en el papel de una señorita de pueblo con pujos aristocráticos, quedaba completo el reparto femenino, aparte las figuras secundarias. En cuanto a los actores, el galán, naturalmente, para Luis Manrique; el del padre de la niña presumida, que tenia ciertos ribetes cómicos, veníale pintiparado a Pepe Isbert, y con el que quedaba tendría que conformarse Salvador Mora.

Yo, asombrado, deslumbrado más bien por mi éxito de lectura (aunque la lectura hubiese sido a un solo hombre, este hombre era el empresario), decía a todo amén, y ya veía la comedia en escena, maravillosamente interpretada y aplaudida con frenesí. Era el poder de la ilusión. El señor Yáñez, a quien a primera vista había comparado con un tendero de ultramarinos, trocóse para mí en un caballero de cultura, sensibilidad artística y perspicacia excepcionales. No cabía la menor duda de que, habiéndole gustado a él la comedia, le gustaría también al público y a los críticos. ¿Cómo iban a saber éstos más que don Eduardo Yáñez?

El cual me acompañó, dándome palmaditas en la espalda, hasta el vestíbulo del teatro. Vivía yo entonces, con mis padres, relativamente cerca de la Corredera Baja

de San Pablo, en la calle de los Caños, que nace en la plaza de Santo Domingo y muere en la de Isabel II. Era poca la distancia, pero yo tomé un coche para llegar antes y comunicar a los míos la estupenda noticia. Todos se congratularon por «lo bien que había empezado la cosa». Pero mi padre me echó, si no un jarro, un vaso de agua fría, al decirme:

—Muy bien. Le ha parecido bien la comedia a ese señor empresario. También a mí me gusta, pero no olvides que queda por despejar la incógnita del estreno y que hay críticos atrabiliarios, que rara vez encuentran algo bueno. No obstante, debes ponerle un cablegrama a tu cuñado Alfonso.

Así lo hice aquella misma tarde. Al día siguiente, en su despacho de Renacimiento, le referí a Martínez Sierra el resultado favorable de mi entrevista con Yáñez. Me felicitó por ello, y me dijo que don Eduardo le había dicho «que el papel de Catalina era de gran lucimiento». Añadió que debía frecuentar el teatro para conocer a las actrices y los actores. Él me presentaría a unas y otros, pues yo —con la excepción de Pepe Isbert, que había cursado conmigo dos o tres años en la universidad— sólo los había visto en escena, interpretando a Benavente, a los Quintero, a Linares Rivas y al mismo Gregorio.

Las palabras cambiadas con Martínez Sierra me confirmaron en mi optimismo. No sólo la obra había sido aceptada, sino que tendría un reparto insuperable. Pero como no sería posible estrenarla sino después de la de Martínez Sierra abriendo la próxima temporada 1913-1914, y como era probable que los Quintero llevasen otra que seguiría a la de Gregorio, el estreno de la que firmábamos Alfonso y yo quedaba un tanto en el aire. «A lo mejor no estrenan ustedes —calculó el autor de *Canción de cuna*— hasta el Sábado de Gloria. Pero no te importe. En el teatro no se sabe… Yo he escrito con verdadera ilusión *Los pastores*. Llevo tres éxitos en Lara. ¡Pues vaya usted a saber si a mis *Pastores* no me los silban!»

Fui al teatro. Era un autor de la casa. Mejor dicho, un medio autor, y en hipótesis. El otro medio estaba en Birmingham, y al recibir mi cable respondió con uno de treinta palabras, lo que revelaba un júbilo incontenible y caro. Martínez Sierra me presentó en primer término a Catalina Bárcena, que era la primera figura de la compañía de Lara y de quien se decía que estaba mejor en los papeles de ingenua que en

los otros de primera dama. Yo la había visto en unos y otros, así en Lara como en la Princesa, con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que la habían «lanzado», y en todos hubo de parecerme una admirable actriz. Pero más que ella me impresionó Leocadia Alba, una de las figuras excelsas de la farándula nacional. Era, entonces, una dama quizá sexagenaria, gruesa, de nariz roma y ojos grandes y aovados que le saltaban en las órbitas. Por su aire circunspecto hacía pensar en su camarín, al llegar de la calle, en una abadesa que había tomado el teatro por su convento. En «lo suyo», en su género, no hubo actriz española que la aventajase. Era en Lara «una institución». Había cantado zarzuelas y sido intérprete de Ramos Carrión, de Vital Aza y don Miguel Echegaray. Del juguete cómico y la comedia de enredo un tanto pueril había pasado al teatro mordaz de Benavente y al sentimental y «andalucista» de los Quintero con la destreza y el aplomo de las comediantas geniales. Hubiérale acompañado la figura y habría podido interpretar hasta *La dama de las Camelias*. Por su camarín pasaban, respetuosos y afectuosos, los autores más célebres y los que aspiraban a serlo. Allí conocí a don Miguel Ramos Carrión, ya en el ocaso de su carrera, que había sido brillantísima. El cuarto de Leocadia era como el *sancta-sanctorum* de aquel teatro. Allí se guardaban las tradiciones, allí se rememoraban otros tiempos y otros nombres de la escena española. Y todo sin murmurar, sin criticar, porque Leocadia era enemiga de la maledicencia y aun en las personas de quienes se decían «las cosas peores» hallaba un puntito luminoso en el que detenía su mirada noble.

Joaquina del Pino, la otra primera actriz, había llegado también desde la zarzuela a la comedia, de Apolo a Lara como quien dice, y en el tránsito de un género a otro no perdió ninguna de sus facultades artísticas, que eran excelentes. Cuando yo la conocí, fuera del escenario, era todavía una mujer de gran belleza, majestuosa y con un modo de sonreír, sin frisar la coquetería, inimitable. Era un dolor saber que comenzaba a quedarse ciega.

Pepe Isbert, a quien no veía desde la universidad, me dio varios abrazos y me espetó otros tantos chistes, entre cabriolas y chillidos simiescos. A los dos nos hacía mucha gracia recordar la Pandectas y el Fuero Juzgo entre los bastidores de Lara. Pepe Isbert era el actor cómico de la compañía, pero en algunos papeles dramáticos también demostraba su gran talento. Su propia fealdad resultaba simpática. Diríase más

bien una careta que no se quitaba ni para lavarse. Pero era —y es— hombre de alma limpia.

Isbert me presentó a Luis Manrique, que iba a ser el galán de mi comedia. Era hombre delgado, de calvicie prematura y más bien feo. Pero llevaba como un *dandy* la ropa, era inteligentísimo, y con las pelucas, los afeites y el mastique operaba verdaderos milagros. Me prometió «que saldría guapísimo en mi obra».

A todo esto, allá en sus soledades y nostalgias de Birmingham, Alfonso se consumía de impaciencia. Tenía esperanzas de un próximo traslado a Santander o Alicante. ¡No importaba! El caso era salir de aquel destierro, de aquella niebla, de aquel humo, de aquel frío. «Debemos ir preparando otras comedias», decíame en todas sus cartas, pues tenía una seguridad absoluta en el éxito, y él y yo podríamos formar una pareja de autores de categoría y cohesión semejantes a las de los Quintero.

¿No estaríamos Alfonso y yo representando a dúo la fábula de la lechera? Sólo unos meses tardaríamos en saberlo.

[10]
EL «CASO» DE *EN FAMILIA*. EL BANQUETE EN LA LEGACIÓN DE CUBA*

[…]

Mas he aquí que las ilusiones de Alfonso se cumplieron. Desde las primeras escenas se vio que *En familia* —como se dice en la jerga de entre bastidores— «había entrado en el público». El asunto de la comedia, que se componía de dos actos, como casi todas las que entonces se representaban en Lara, no podía ser más trivial: el primo rico y cortesano que se enamora de la primita pobre y palurda y se casa con ella. Contraste y choque entre los parientes acomodados y los menesterosos. Ambiente de una villa gallega. Batalla de prejuicios antes de la victoria del Amor. Un diálogo rápido y claro, en ciertos personajes con voces y modismos de la comarca. Con tan poco por parte de los autores, y lo mucho de la interpretación admirable de aquella ilustre compañía, la comedia «se fue a las nubes» y en las más doradas de ellas bogó, partiendo de Madrid, por toda España y los países americanos de nuestro idioma.

Para mí el éxito fue inesperado. No le temía a esa cosa ingrata y soez que se llama «el pateo», porque la comedia parecíame bien escrita y su asunto simpático, pero no creía que lograra mucho más que la benevolencia del público y la blandura de la crítica. Alfonso, en cambio, «no experimentó ninguna sorpresa», y mientras yo, en esa cadena que forman cómicos y autores para recibir los aplausos, salía con bastante azoramiento, él se adelantaba erguido y con un gesto que podía traducirse con esta frase: «¡Va, esto no es nada, ya verán ustedes las otras comedias!».

El telón se levantó más de diez o doce veces al final de la obra. Conforme salíamos del escenario, Martínez Sierra nos dijo: «Es un éxito de los grandes. Hay comedia para rato». Después de recibir en los camarines y el saloncillo los plácemes y abrazos que se prodigan en tales ocasiones, el representante de la empresa nos llevó a su

* Capítulo xlix del segundo volumen de las *Memorias*.

despacho y nos invitó a firmar varias autorizaciones para compañías de provincias y la de Rogelio Juárez, con Lola Membrives de ingenua —estábamos en 1914—, en la gran ciudad de Buenos Aires. Firmamos cuanto quiso el afabilísimo señor Alenza.

Al día siguiente Alfonso y yo mandamos a comprar todos los periódicos. Hasta el sordo y atrabiliario Laserna, crítico de *El Imparcial*, elogiaba la comedia. El de *El Liberal* —¡claro, allí teníamos a Vicenti!— «echaba las campanas a vuelo». En los diarios de la noche, lo mismo. El hirsuto Alejandro Miquis y el bilioso Caramanchel no le ponían peros a la obra y testificaban su triunfo. Floridor —el inolvidable Luis Gabaldón, de *Abc*— dijo que la comedia no parecía de autores noveles, sino de comediógrafos consumados. Habré de registrar las felicitaciones verbales y efusivas de Benavente, los Quintero, Marquina, Linares Rivas, Arniches… De *Prensa Gráfica* nos avisaron para las fotografías. Con nuestros intérpretes, Alfonso y yo «salimos» en todos los periódicos ilustrados. *La Esfera* dedicó una de sus portadas a las dos actrices con los primeros papeles de la obra: Leocadia Alba y Catalina Bárcena, tal y como salían a escena. Todavía recuerdo a la gran Leocadia con su traje de campesina gallega, no el tradicional con que se baila la muñeira y salen las Maruxas en el teatro, sino el propio de las mujeres del campo: el pañuelo oscuro a la cabeza, el corpiño ajustado, el delantal negro, la falda ahuecada por dos o tres refajos, las medias blancas de algodón, los zapatones claveteados, cuando no los zuecos. Leocadia no salió con zuecos.

Recordaré, como derivaciones del éxito, la presencia en uno de los palcos de Lara de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con la consabida petición de obra —que Alfonso y yo les escribimos y ellos nos estrenaron dos años más tarde—, y de la condesa de Pardo Bazán, que nos prometió un artículo y lo hizo en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, en los términos más encomiásticos. El banquete —famoso banquete deseado y «previsto» por Alfonso— efectuóse en la Legación de Cuba. Coincidía con otro, ofrecido la misma noche al propietario y director de *La Nación* de Buenos Aires, don Jorge Mitre, y Alfonso temblaba al decir: «¡Verás cómo nos quita a Benavente!». Pues no, señores. Sólo «nos quitó» a uno de los Quintero: Serafín fue para Mitre y Joaquín para nosotros. Ventajas de ser dos. Tuvimos también a Martínez Sierra, Marquina, Carlos Arniches y el conde de López-Muñoz, «entre

otras personalidades». Y como cronista mundano del «acontecimiento», el que lo era de *El Imparcial* y firmaba con el seudónimo de Montecristo. El cual nos dedicó más de una columna, con particulares y excesivos elogios para mis novelas, que «le gustaban mucho». Este Montecristo creo que se llamaba don Eduardo o don Eugenio de la Escalera, era un señor de pequeña estatura, elegante, con una barbita blanca y muy sordo. Mascarilla, o sea Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias, que fue muy mi amigo, mandó a uno de sus redactores de *La Época* por serle imposible no asistir al banquete de Mitre. Los brindis de costumbre y los fotógrafos… Todo lo que cuento consta en los diarios y las revistas ilustradas de entonces. Sólo quedó «en la intimidad» el gran almuerzo —con champaña y habanos— que nos ofrecieron en el Casino de Madrid don Cándido Lara y don Eduardo Yáñez.

Inmediatamente *En familia* fue editada en Renacimiento y Alfonso y yo comenzamos a planear otras obras. Nieves Suárez, que había sido una de las «estrellas» de Lara, actuaba aquel año en el Español, en compañía del gran Pepe Santiago. Nieves nos pidió una comedia para su beneficio. Y Joaquina del Pino otra para el suyo, que iba a celebrarse con el estreno de una obra de los Quintero escrita expresamente para ella.

Aunque yo no compartiese la pasión de Alfonso por el teatro y «siguiera prefiriendo la novela», la verdad es que me ilusioné bastante con el fácil triunfo de *En familia* e imaginé que éste no era sino el primero de una serie que iba a hacer de nosotros una pareja fraternal de autores fecundos semejantes a la de Serafín y Joaquín. En consecuencia, mi colaborador y yo nos pusimos a escribir la comedia para Nieves Suárez y el acto para Joaquina del Pino «a todo tren», mientras planeábamos un drama para «doña María y don Fernando».

Lo más urgente era el acto para la Pino. En horas veinticuatro —o poco más— estuvo hecho. Se titulaba *Nunca es tarde* y debería representarse a continuación de la obra de los Quintero, *La consulesa*, en cuyo estreno pasaron «cosas» que no quiero dejar de referir.

[11]
EL «PATEO» DE *LA CONSULESA*. REFLEXIONES AMARGAS SOBRE EL TEATRO*

Del estreno en Lara de *La consulesa*, comedia en dos actos, de los Álvarez Quintero, deduje varias consecuencias: la principal que el público, el que se encuentra —o se encontraba— en los teatros de Madrid las noches de las primeras representaciones, era un conglomerado humano terrible por la versatilidad de sus gustos y la vehemencia en la expresión de ellos. Vehemencia que en algunos casos parecía un frenesí desatado por las furias del rencor y la venganza, pues dijérase al escuchar los silbidos, el pateo y las voces coléricas de ciertos espectadores que el autor había ofendido al público en su honra y al público sólo le faltaba «lavarla con sangre». Deprimente espectáculo. Ya eran famosos, famosísimos, los Quintero; ya habían dado a nuestra escena obras perdurables; en aquel mismo teatro de Lara habían sido aclamados muchas noches; tenían, pues, derecho —pensaba yo— a la consideración del público, a que éste, cuando una de sus comedias no le satisfacía, expresara su descontento absteniéndose de aplaudir. Pero no… Entre las malas costumbres madrileñas de aquel entonces figuraba la de considerar las noches de estreno en los teatros como algo parecido a una batalla o un juicio de Dios… El combate se establecía entre la sala y el escenario. Los proyectiles eran las palabras. Si el autor había tenido la fortuna de formularlas a la medida de las orejas del auditorio y los actores las transmitían con acierto, la victoria del autor era probable. Digo probable y no segura, porque, según la obra, eran batallas en varios tiempos, como la de Waterloo, y el triunfo no se decidía hasta el final del último acto.

El público, además de combatiente, provisto de las armas de sus pies para echar al foso, bien trituradas, las comedias, venía allí como un juez inexorable a imponer crueles castigos, pues no podía haberlo más duro para el autor que el de ver retirada al tercer día su obra de los carteles, tras el consabido vapuleo de los críticos.

* Capítulo L del segundo volumen de las *Memorias*.

Estoy refiriéndome a un estreno en 1914. Dícenme —porque ni entonces fui «estrenista» ni ahora lo soy— que actualmente la representación inicial de una comedia, drama, zarzuela o revista, se desarrolla en Madrid en un ambiente amistoso. «Se regala el teatro.» Quiere decir que los espectadores, amigos de la empresa o del autor, y colegas de éste, «no han pasado por la taquilla» y están allí por invitación. En lugar de un *cock-tail* o de una cena fría se les ofrece una comedia. Perfectamente. El que no la encuentra de su gusto se calla: es regla de buena educación. Me permito opinar que también contribuye a que el público de los estrenos teatrales de Madrid sea en 1952 menos ruidoso, menos arrebatado y «mejor educado» que el de las primeras décadas del siglo el hecho de que Madrid ha alcanzado demográficamente la categoría de gran metrópoli, y en las ciudades que pasan del millón de habitantes —Madrid marcha hacia los dos— el público, por más mezclado, es menos coherente: el provinciano es tímido, el extranjero «no está en su casa», el madrileño mismo es menos familiar… De todo ello resulta que el tipo del «estrenista que paga y pega» y el del «reventador» son cada día más insólitos en los teatros. La pasión, el frenesí, se reservan ahora para el fútbol.

Sean atinadas o no estas consideraciones, la verdad es que estrenos tempestuosos y «catastróficos» como los de antaño no se presencian en el Madrid de los hoteles que se llaman Ritz, Palace, Astoria, Crillon y de los rascacielos de la Gran Vía y la plaza de España. El de *La consulesa* no fue, ciertamente, de tanto estrépito y escándalo como el de la comedia musical *Margot*, de Turina y Martínez Sierra, en la Zarzuela —en el que sólo faltó agredir corporalmente a Gregorio—, o como los de don Sinesio Delgado en Apolo, pero tuvo el cariz de una conjura contra los Quintero, de los cuales se decía que cobraban en la Sociedad de Autores «los más elevados trimestres». Y esto parece ser «que no podía tolerarse»…

Ello es que el primer acto de *La consulesa* —en el que lucía sus dotes de actriz y su majestuosa hermosura Joaquina del Pino— pasó apuradamente y que en el segundo no tardaron en insinuarse los siseos y las toses que preceden al momento en que los espectadores inconformes se sienten caballos o mulos y comienzan a piafar sobre el piso del teatro. Con el pateo se entreveran risas, chistes rara vez ingeniosos y voces de «¡Fuera!», «¡Vámonos!» y «¡Esto es intolerable!». Al reventador no le basta

«con meter los pies», sino que «mete también el bastón». Los caricaturistas representan a este espécimen de la «fauna teatral» madrileña con una cara de antropoide, unos terribles bigotes retorcidos como cuernos y un garrote en la mano. De tal modo se consideraba que el «reventador» podía ser un verdugo y un estreno una ejecución que cierto foliculario, en no sé qué periódico, publicaba las declaraciones que recibía de los autores antes del estreno con el título de «El autor en capilla». Nada, que el pobre autor era un ajusticiado en potencia: sólo el éxito podía absolverle.

Pues bien, a mí todo esto me parecía odioso, repugnante, y la idea de que alguna vez me «ajusticiaran» cubría de sombras mis ilusiones de dramaturgo bisoño, alimentadas por el fácil éxito de *En familia*.

Como ya anticipé al lector, la misma noche del estreno de *La consulesa* se presentaba al público la piececita que Alfonso y yo habíamos compuesto para el beneficio de Joaquina del Pino. Esta admirable actriz, la gran Leocadia Alba, Ramón Peña y Salvador Mora eran los personajes únicos de aquel acto breve, cuyo tema no podía ser más simple: una solterona (Joaquina), resignada o no a dejar de serlo, que de pronto encuentra un adorador (Ramón Peña), el cual la pide en matrimonio a sus padres (Leocadia Alba y Salvador Mora). Ni en teatro, ni en novela, ni en manifestación alguna de las artes, hay asunto trivial si el que lo trata acierta a expresarlo en tal forma que parezca nuevo. Las manzanas serán siempre manzanas, pero existe «la manzana de Cézanne». Fue sin duda lo que nos pasó a Alfonso y a mí con aquella mínima comedia, porque desde las primeras frases entre Leocadia y Joaquina, «se dibujó» su éxito, igual al de *En familia*. Ahora bien, entonces, cuando recibíamos las ovaciones, y tiempo después, cuando recordábamos el estreno de *Nunca es tarde*, Alfonso y yo estuvimos conformes en que muchos de aquellos aplausos envolvían la aviesa intención de molestar a los Quintero, marcando el contraste entre *La consulesa*, que «habían tirado al foso», y *Nunca es tarde*, que remontaban a las nubes… Tan patente era la mala intención, que equivalía a decir a los ilustres autores: «Ya veis, estos dos noveles valen más que vosotros», que mi colaborador y yo, avergonzados e indignados, no quisimos ser cómplices de la conjura contra los Quintero. Tres veces se levantó el telón al final de *Nunca es tarde* y Alfonso y yo nos negamos a salir a escena, no obstante los empujones que Serafín y Joaquín, que estaban entre bastidores

con nosotros, nos daban, diciéndonos: «¡Vosotros, salid! ¡Aprovechad esta ovación!». Al levantarse el telón por cuarta vez, Peña y Mora vinieron a sacarnos «a la fuerza» y fue, lectores, un delirio de bravos y de aplausos.

Entre las sorpresas y las malicias del teatro, figura esta de «hinchar el perro» de un autor para enflaquecer el de otro. Raro es el de gran fama y de «los que dan dinero» y lo ganan que no ha tenido que luchar contra la envidia. Los Quintero, como Benavente, como Arniches, como Martínez Sierra, como —en su género jocoso— Muñoz Seca, eran precisamente eso: «autores envidiables». Envidiados, claro está, por colegas suyos que aspiraban «a no ser menos que ellos» y por los que no eran nada y son los peores, porque no hay cólera más temible que la oculta en la pobre alma del inepto y el impotente. También en más de un crítico inexorable hay un dramaturgo frustrado en cuyos oídos un «pateo» suena más melódicamente que una sonata de Mozart.

No quiere decir nada de esto que no haya obras, aun de los autores más eminentes, que no sean «una equivocación»; o que, por tales o cuales razones, vayan contra la sensibilidad del público. Autor y público se equivocan. Y con respecto a los autores ilustres —compositores, escritores o poetas—, la historia universal del teatro nos dice que las equivocaciones del público son más frecuentes que las suyas. Es el caso famoso de *Carmen* en la capital de Francia, y el de *Las flores*, la encantadora y quizás la más bella comedia de los Quintero, entre nosotros.

Todas estas reflexiones nos las hacíamos Alfonso y yo la noche de *La consulesa*, al volvernos a casa con nuestro segundo éxito de Lara en el bolsillo.

—Si a mí me ocurre —decía yo— lo que les acaba de ocurrir a los Quintero, no escribiré una línea más para el teatro. La crítica puede ser igualmente hostil o favorable para el novelista que para el dramaturgo, pero si el primero no escucha los aplausos tampoco sufre la agresión de los espectadores transformados en reptiles que silban y en caballos que piafan. Tardaré en olvidarme del «pateo» de *La consulesa*.

Alfonso replicó:

—Eres un pusilánime, Alberto. Serán todo lo desagradables que quieras espectáculos como el de esta noche, pero ¿crees tú que Serafín y Joaquín van a arredrarse? Mañana mismo se pondrán a proseguir la comedia que tienen en el telar. La vocación

es el escudo del hombre de teatro. Pase lo que pase y mientras haya quien se las estrene, escribirán obra tras obra, alternando triunfos y derrotas, acíbares y mieles. ¡También a nosotros, prepárate, nos «patearán»!

Este vaticinio me estremeció. Aquella noche, en sueños, no escuché el eco de los aplausos de *Nunca es tarde*, sino el ruido isócrono de los bastones y los pies al bajar el telón en el estreno de la obra de los ya gloriosos Serafín y Joaquín.

[12]
EL BLASCO IBÁÑEZ DE LA RUE DAVIOUD EN EL PARÍS PANGLOSSIANO DE LA PRIMAVERA DEL 14*

Hasta fines de junio duró aquella temporada mía de París que fue —¡quién me lo hubiera dicho!— la última del «mundo sin pasaportes» y de la «dulce Francia de la paz». En París, instalado en un hotel particular del barrio de Passy, no lejos del bosque de Bolonia, me encontré a Blasco Ibáñez, que retornaba definitivamente, pero no *vincitore*, de la República Argentina. El hotel era de dos pisos, con techumbre de pizarra y columnas dóricas en el pórtico. Blasco había sentido siempre una gran afición a los bustos, las estatuas y las ánforas, pero como el asunto del arroz en Corrientes no le había hecho millonario, en el jardín que precedía al hotel sólo pudo colocar Venus y Dianas, Apolos y Mercurios de yeso, muy bien patinados, eso sí. Césped y flores no faltaban. Había perrera, sin perro, y algo así como una «pérgola» al estilo italiano. El hotel formaba ángulo entre dos calles, y sin ser suntuoso daba la impresión de estar habitado por gente rica.

No creo que entre los dos pisos tuviese más de seis habitaciones, sin contar la pequeña antesala. La más amplia de todas, en el bajo, era el comedor, cuyos muebles —el aparador, la mesa, el trinchero, las sillas—, en una madera verdosa y veteada y de un estilo innominado y moderno, debían de provenir de alguna almoneda. En ese comedor y frente a un *homard à l'américaine* servido por la casa Prunier, coincidí con Bonafoux, mala lengua y pluma venenosa, que nunca me había sido simpático. Era de esos hombres «que se meten con todo el mundo», que se creen Juvenales o Marciales y no pasan de maldicientes en prosa sucia. Otras veces los invitados éramos, exclusivamente, Renée y yo. La cocinera, francesa, preparaba unos arroces a la valenciana, siguiendo las instrucciones de Blasco, que podían comerse. No faltaba jamás en aquella mesa el buen queso de Brie, la pasión gastronómica del novelista.

* Capítulo lii del segundo volumen de las *Memorias*.

En el piso alto hallábase la alcoba, también de muebles claros, con una cama de matrimonio, cortinas de raso, *bergères* y reproducciones de las pinturas galantes de Fragonard y Watteau. El despacho era la habitación más reducida, pero tenía ventana sobre el jardín y en las paredes algunos dibujos de Sorolla y fotografías de lienzos de Velázquez y Goya y de varios maestros del Louvre. No había ningún cuadro original, a no ser unas «manchas» de Emerenciano, pintor amigo y paisano del dueño de la casa.

Este Blasco de la Rue Davioud vivía en cierto modo una «época balzaquiana». Tardaría aún algunos años en ser el de la Villa Fontana Rosa, en la Costa Azul. Quiero decir con esto que su situación económica no era muy boyante y que la liquidación de sus empresas en la Argentina le daba más de un disgusto. Pero con todo, sentábase a buena mesa, vestía con cierta elegancia y en un palco de la Ópera había siempre un sitio preferente para él. No ignorábamos Renée y yo sus relaciones, *son amitié amoureuse*, con una distinguida dama chilena, de gran fortuna, a quien más tarde se uniría en segundas nupcias.

Nos veíamos a menudo y hablábamos de todo, consumiendo él, como de costumbre, la mayor parte del diálogo. Siempre me resultó difícil hallar un resquicio en su elocuencia para introducir mis opiniones. Era uno de esos hombres, como Unamuno, «que no dejan hablar al otro», que se creen oráculos y no admiten réplicas. Pero, así como el despotismo oratorio de Unamuno solía impacientarme, la verbosidad de Blasco, llena de metáforas luminosas, de giros pintorescos y de tal cual interjección desvergonzada, me divertía mucho. Por donde yo, a quien también le rebullen y le fluyen las palabras, tardaba a veces una hora en decir «esta boca es mía», realmente interesado con el soliloquio del gran escritor, quien, de otra parte, me inspiraba bastante respeto, ya que su edad y su fama eran harto superiores a las mías.

Además —y esto me parece muy importante— en los monólogos de Blasco no aparecía en ningún momento el doctor, el profesor, ni el *poseur*. Todo era espontáneo, improvisado, fresco. No era hombre «que se repitiese», que poseyera un repertorio de frases y de sátiras en conserva para colocarlas en el instante oportuno. Y por si no bastara, en su conversación intervenía la risa en forma de carcajadas estrepitosas, que eran la expresión de su menosprecio o su desprecio por muchas personas o

cosas que acaso fueran respetables. Su egolatría era absoluta. Se consideraba el primer escritor latino de su época, y el único en quien parecía ver un rival en la vida literaria de Francia era D'Annunzio. El cual, en efecto, contaba con más traductores que él y le llevaba la ventaja del teatro: «¡Yo —decía— no quiero hacer teatro! Mis personajes los creo, los represento y los mato yo mismo. ¡Los cómicos me revientan!».

En realidad, aunque sus años de agricultor y colono en la Argentina no le hubiesen permitido aumentar el número de sus novelas, seguía siendo en Francia el único novelista español cuyas obras llegaban al gran público, mientras de Galdós veíase alguna en los viejos catálogos y de Unamuno, en tal o cual revista, este ensayo o el otro. De mí iban ya publicadas en francés unas cinco novelas, pero nada más lejos de su ánimo que considerarme un competidor. Nos separaban más de quince años de edad y un modo muy distinto de entender y practicar la literatura. De otra parte, Renée constituía entre nosotros un flexible lazo de amistad, pues yo —dada la predilección que ella sentía por mis libros— hubiese logrado fácilmente lo que jamás pensé: que no tradujera los de Blasco. Sobrábanle a él traductores, pero ninguno de la calidad de Renée, por el conocimiento que tenía ésta del castellano y su modo irreprochable de escribir en su idioma. Además, Renée le ayudaba a solventar ciertos asuntos que había dejado embrollados en la Argentina, y ella y yo, en cierta ocasión en que estuvo enfermo y sin parientes a su lado, le atendimos como si lo fuéramos.

Mi amistad con el autor de *La barraca* se mantuvo en estos términos de intimidad y cordialidad mientras permanecimos en París entre los años 14 y 18, y ya iré refiriendo anécdotas y sucedidos que estrecharon dicha amistad.

[…]

[13]
LA GUERRA: ALIADÓFILOS, GERMANÓFILOS Y NEUTRALES*

Desde hacía muchos años Renée y sus padres alternaban su veraneo entre Biarritz y Zarauz. La movilización general del Ejército y la Marina de su país les sorprendió en Zarauz, obligándoles a pasar la frontera en el primer tren. Alfonso y yo nos encontrábamos en San Sebastián para asistir al estreno por «los de Lara» y la compañía de Nieves Suárez de las dos obras con que habíamos iniciado nuestra aventura teatral. Despedimos en Irún a la familia Lafont. Renée esperaba todavía que el pacifismo de los socialdemócratas alemanes, en conexión con el de sus correligionarios franceses, fuera más eficaz que el belicismo de los *junkers*. Monsieur Lafont pensaba todo lo contrario. Según él, la guerra había comenzado el 28 de junio, con el atentado de Sarajevo, y había sido una temeridad no permanecer en su casa de París a la espera de los acontecimientos. Madame Lafont no decía nada. O, a lo sumo, «*Mon Dieu, mon Dieu*», suspirando. Estos buenos e inolvidables amigos arribaron a París el día 31 de julio por la mañana. En horas de la tarde de ese día llegó a San Sebastián la noticia del asesinato de Jaurès, semejante, por el *modus operandi* del asesino, al de Canalejas: un tiro a quemarropa y por detrás. Sólo que Canalejas lo recibía de pie, frente al escaparate de un librero de la Puerta del Sol, y Jaurès sentado en un café, de espaldas a la calle, junto a una ventana abierta. Escuchando la noticia no se me ocurrió más que decir: «Pobre Renée», porque supuse su consternación y angustia al enterarse de la muerte trágica de uno de sus ídolos. Para ella lo era el gran orador y político socialista, de quien había esperado hasta el último instante el milagro del mantenimiento de la paz. ¡Cuántas veces le había oído decir que entre él, Haase y Liebknecht —«sus colegas y amigos alemanes»— impedirían la catástrofe! He conocido pocas personas tan firmes en sus ilusiones como Renée. Por si no bastase para destruirlas entonces la muerte de

* Capítulo LIII del segundo volumen de las *Memorias*.

Jaurès, el 4 de agosto, en el Reichstag, al solicitar Guillermo II los créditos para la guerra, Hugo Haase —el sucesor de August Bebel— los votó, diciendo que anteponía los intereses de su patria a los de su partido. ¡Pobre Renée! Ya no le quedaban más que Liebknecht y la Rosa Roja, o sea Rosa Luxemburg, los fundadores de la Liga Espartaquista, que se habían propuesto redimir a todos los «esclavos del capitalismo».

Ante el hecho enorme de la guerra Alfonso y yo —ambos francófilos— reaccionamos de distinto modo. Yo me exalté. Alfonso no perdió la calma. El éxito de nuestras dos comedias en San Sebastián —pues, reformado el tercer acto, *Cabecita loca* «pasó como una seda»— siguió pareciéndole algo muy importante. Confirmaba el de Madrid. Otro tanto acontecía en varias provincias y había ocurrido con *En familia* en Buenos Aires y La Habana. Salvo el leve tropiezo del Español, «íbamos viento en popa». Y como yo un día, aquel en que los alemanes invadieron Bélgica, no me sintiese con ánimos para hacer nada en la obra que estábamos escribiendo, Alfonso puso en mí una mirada profunda y me dijo:

—Pero, vamos a ver, ¿es que sólo sientes la guerra? Pues también tienes que «pensarla». Y pensándola verás que, como tú no tienes en ella arte ni parte, es absurdo que te preocupe y absorba hasta el punto de impedirte escribir.

—Envidio tu serenidad —repuse—. Tengo la impresión de que tú has comenzado a seguir la guerra como una partida de ajedrez.

—En efecto, pero deseando que la gane Francia. Sólo que la ganará Inglaterra.

—¿Por qué Inglaterra?

—¡Porque —dogmatizó— la última batalla se gana siempre en el mar!

Estábamos en un buen hotel de la Concha, gastándonos alegremente las liquidaciones de la Sociedad de Autores, cuando la guerra vino a probarme que Alfonso era una mente reflexiva y egocéntrica y yo un desdichado sentimental. Para él lo primero —y conste que no lo digo en tono de censura— siguió siendo su persona, su dandismo, sus aspiraciones de escritor, su clavel en la solapa. Después, sí, la guerra: las hipótesis sobre el desenvolvimiento de la guerra. En cambio yo «estaba deshecho». Es decir que no era yo, que mi pobre yo se había perdido como un átomo en la inmensa tolvanera de Europa.

Ya eran beligerantes siete naciones: Alemania, Austria, Francia, Bélgica, Inglaterra, Servia, Rusia. La Tríplice en pie. En la Cuádruple, el enigma de Italia. Nada, por el momento, autorizaba a temer que nosotros los españoles nos viésemos complicados en la guerra. No bien declarada nos dividimos en germanófilos y aliadófilos, apasionadamente. Comenzaron las batallas verbales en los cafés, las barberías y los casinos y los combates de tinta en los periódicos. Entre los aliadófilos, unos lo eran por admiración a Francia, otros por temor a Inglaterra y en alguno de ellos —como en el monárquico Romanones y el republicano Lerroux— se insinuaba el intervencionismo. Ya se cuidaría el Gobierno, que presidía el prudente y sagaz Eduardo Dato, de mantener la neutralidad «contra viento y marea». El viento podía soplar desde Londres, la marea llegarnos del Quai d'Orsay. Pero no, España no cedería bases navales, ni sacrificaría uno solo de sus hombres en una guerra que no le afectaba directamente y en la que figuraban países que allá, en el fondo más o menos lejano de la Historia, habían sido rivales suyos. A mí, por ejemplo, podía parecerme muy borroso el cuadro histórico de la invasión napoleónica, pero en la mayoría de los españoles este cuadro, de repente, se presentó tan próximo y tan vivo como el de *Los fusilamientos de la Moncloa*.

Yo —debo declararlo con sinceridad— me sentía intervencionista. Hubiese querido que España se alistase al lado de Francia e Inglaterra. Al regresar a Madrid, en los primeros días de septiembre, después de la batalla del Marne —que habría de producir la «guerra de posiciones», la guerra larga—, encontré a mi padre muy filosófico.

—Comprendo tu emoción —decíame—. Llevas ya una buena parte de tu juventud vivida en Francia, sobre todo en París, en ese París donde contrajiste buenas amistades y que te ha puesto una dedada de miel en los labios con la traducción de algunas de tus novelas. No quiero oponerme a tu modo de sentir, pero no deberá sorprenderte que no coincida con el mío. Yo no soy germanófilo, ni aliadófilo, sino español a secas, muy a secas, por donde resulto impermeable para todo lo que no sea lo que entiendo convenirle a España y que es, simple y paladinamente, en este caso, proclamarse neutral. Y no —aclaró— por rencores históricos, que, si a eso vamos, mayores que los que podamos alimentar nosotros contra Inglaterra y Francia son los que éstas tienen entre sí, sino porque no…, porque nada iríamos ganando en la aventura. Ahí tienes a Italia comprometida en un pacto con los imperios centrales y di-

ciendo que *ferá da sé*. Pues no seamos más papistas que el Papa. Quiero decir, no lo seas tú; no escribas nada de tendencia intervencionista y prosigue con entusiasmo tu labor literaria, alternando la novela con el teatro, ahora que las puertas de éste se entreabren para ti. No sueñes con imposibles, no sufras por dolores que no provocaste.

—Pero una guerra de esta magnitud —dije— ¿no es un dolor universal?

—Toda guerra es un dolor. Y no me lo preguntes a mí, que todavía me sangra por dentro la que perdimos en el 98, ante, no lo olvides, una Europa indiferente u hostil. ¿Qué hicieron en aquella ocasión por España las grandes potencias europeas? ¿Sabes de algún voluntario francés en las guerrillas españolas del campo cubano? ¿Y qué hizo Inglaterra por moderar el *Vae victis* de los norteamericanos sobre nosotros? Reflexiona. Repasa la Historia. No es sólo Trafalgar, no es sólo el 2 de mayo. Mira más lejos: son los filibusteros franceses en nuestras Antillas y los marinos ingleses saqueando nuestros galeones, invadiendo nuestras provincias americanas.

—Pero —aduje— sin Wellington no hubiéramos vencido a Napoleón.

—Es verdad. Pero una Francia dueña del mundo no podía convenirle a Inglaterra. Inglaterra persiguió a Napoleón en todas partes.

Puestos a emplear argumentos históricos, llevaba yo siempre con mi padre las de perder. Además, dentro de la Historia él veía mejor lo oscuro que lo claro, los choques bélicos y las maquinaciones políticas contra España de ingleses y franceses, entonces unidos con los rusos para impedir la hegemonía de Alemania. Para él Francia seguía siendo la napoleónica, Inglaterra la depredadora de Gibraltar, y en toda época —insistía— «adversarias nuestras, envidiosas de la gloria del descubrimiento y la conquista de América», sólo de la gloria, que era lo único que no podían quitarnos, «porque del provecho siempre habían tratado de apoderarse bucaneros del Caribe y las invasiones de sus piratas convertidos en almirantes». El patriotismo de mi padre era de tal índole apasionado que no le permitía deducir el tanto de culpa que los monarcas españoles y sus validos y ministros pudieran tener en los diversos episodios que concurrían a formar el drama del derrumbamiento de nuestro imperio.

Yo renunciaba a discutir. Yo no podía oponer a sus «razones históricas» sino sentimientos demasiado personales. Yo quería a Francia por su cielo, por sus ríos, por sus poetas, por sus mujeres. Para mí Francia, en primer término, era París. Y la sola idea

de que París fuese invadido y devastado por los alemanes victoriosos me angustiaba y, en cierto modo, me enloquecía. Porque no podía yo estar «en mis cabales» al concebir proyecto tan absurdo como el de alistarme en la Legión Extranjera —¡yo, que en mi vida había disparado un revólver y odiaba todo género de violencia!— para luchar «por los principios de la libertad». Y porque sólo una mente desquiciada como la mía, entonces, podía incurrir en aquella obsesión, en aquel «no pensar sino en la guerra» y sentirla en el alma, como un dolor propio.

Irritábame la actitud de mi padre, la tranquilidad con que leía los comunicados de la guerra, su modo de decirme «calma, calma», cuando algún suceso de la campaña era contrario a la fortuna de los aliados. Las polémicas de barbería, círculo y café entre aliadófilos y germanófilos me exasperaban, hasta el punto de aislarme durante días y días en mi casa o de pasear solo por el solitario parque del Oeste. Las cartas de Renée me traían una imagen directa y palpitante del conflicto y su emoción en «aquel París milagrosamente salvado por la victoria del Marne». Victoria que para los críticos germanófilos de los periódicos españoles no era sino una retirada estratégica de los ejércitos de Von Kluck y el Kronprinz. Lo cierto era que la guerra «corta y alegre» concebida por la ilusión germánica se convertía en una guerra «larga, triste y sucia» de hombres-topos. Y con amenazas de ir socavando fronteras hasta trocarse en una guerra universal.

[14]
CLEMENCEAU O EL GENIO DE LA TERQUEDAD. LOS GASES. ENCUENTRO CON SALAVERRÍA*

Aparte Albert Thomas, diputado con vitola de ministro, a quien sus correligionarios llamaban «el sucesor de Jaurès», yo no sabía de las grandes figuras de la guerra, por el lado de Francia, más que por sus discursos en el Parlamento, sus declaraciones o artículos en la prensa, sus retratos en los periódicos y tal cual aparición en los «documentales» cinematográficos de la época. Para ver a algunos en carne y hueso me hubiese bastado con subir a la tribuna pública del Palais Bourbon; pero, más que los oradores, me interesaban los luchadores: los generales que dirigían la campaña y los escritores políticos, como Clemenceau y Maurras, que diariamente luchaban con Anastasie, que este nombre, no sé por qué, se asignaba a la Censura. Conocía, es cierto, a Barrès, pero Barrès, para mí, era *une amitié d'avant-guerre*. No obstante sus artículos en *L'Écho de Paris* —alternando en la primera columna con el *leader* católico Albert de Mun—, yo seguía viendo en él al autor de *El jardín de Berenice* y sobre todo de su libro sobre Toledo y el Greco, que yo había tenido el honor de traducir a nuestra lengua. Pude pedir a Barrès cartas de presentación para determinados personajes, pero parecíame no tener derecho a ello, ya que no se trataba de «entrevistarlos» e insertar sus declaraciones en algún periódico, sino de satisfacer el deseo de verles de cerca y de escucharles, pues muchos de ellos estaban destinados «a pasar a la Historia» o, por lo menos, «estaban haciendo la Historia». Este interés subjetivo no era suficiente para hacerme presentar a los generales, ministros, parlamentarios, escritores y periodistas de fuste que intervenían, cada cual a su modo, en el drama de la guerra.

¿Con qué cara me presentaba yo ante Clemenceau para decirle: «Quería ver si el "Tigre" —que no siempre ha de ser el león— es tan fiero como lo pintan. ¿Cuándo concluye usted de devorar a Briand y a Poincaré?»? No. Para lo que yo deseaba era

* Capítulo LX del segundo volumen de las *Memorias*.

necesario un título: el de periodista, el de corresponsal en París de un diario de importancia. Como, por ejemplo, el de Gómez Carrillo por *El Liberal*, o el de José María Salaverría por el *Abc*.

Envidiaba, en cierto modo, a Gómez Carrillo. Tenía acceso a todas partes, conocía a todo el mundo. A Salaverría —noble escritor y articulista excelente— no le envidiaba, en esto de representar en París al periódico más difundido de España, porque, habiéndole encontrado una tarde en la calle Soufflot, con su mirada gris y triste puesta en la cúpula del Panteón, me dijo que tenía «sus más o sus menos» con la Prefectura. Yo había leído en Madrid algunos de sus artículos, en los cuales se reflejaban sus opiniones políticas, que no eran precisamente las que hubiesen complacido en el Quai d'Orsay. Como Benavente y Ricardo León, Salaverría figuraba en el grupo de los escritores germanófilos, si bien, hallándose en París e investido de una función informativa, procuraba mantenerse «en una esfera neutral». Esto lo hacían harto posible su gran talento y su indudable hombría de bien. Pero ocurre que los sentimientos íntimos, por profundos que sean, por mucha voluntad que se ponga en mantenerlos ocultos, salen a la superficie y, sin que lo note el que escribe o el que habla, descubren su verdadero modo de pensar.

No creo que escribiera nada ofensivo para los franceses, pero es que los pueblos, en las circunstancias dolorosas de las guerras, están, por decirlo así, en carne viva y a lo que es objetividad o neutralidad llaman animosidad, hostilidad, y si entre compatriotas se admiten la crítica, la censura, la polémica y el libelo —¡pues así que no les daba zarpazos Clemenceau a Poincaré y a Briand, y que Maurras y León Daudet no aullaban cuanto querían contra la Tercera República!—, en cuanto un extranjero se permite algo por el estilo en letras de molde —como en el caso de Salaverría—, llega a su casa un agente policíaco para indicarle la conveniencia de elegir entre «cambiar de tono» o tomar el camino de la frontera.

A Londres había tenido que trasladarse el dicaz y procaz Luis Bonafoux por haber aplicado en una de sus crónicas para el *Heraldo de Madrid* un epíteto irreverente a su majestad la reina de los belgas. Bonafoux era un humorista escatológico y un hombre atravesado y José María Salaverría un alma delicada y una pluma pulquérrima. Pero la Prefectura no distinguía estos matices. Al menor asomo de germanofilia en un

artículo de un corresponsal extranjero comenzaba a vigilar a éste como a un sospechoso de espionaje o agente de la propaganda berlinesa. En general, los corresponsales españoles estaban «fichados» según los informes de la Embajada de Francia en Madrid y el cónsul de Barcelona. En cuanto a nuestros periódicos, había una «lista negra» en la cual, hasta entonces —y sobre esto tendré algo más que decir—, no figuraba el representado por Salaverría en Francia.

Según mi modo de sentir en aquellas circunstancias, donde hubiese estado muy bien Salaverría era en Berlín. Yo en su puesto y en París no habría tenido el menor disgusto, porque, precisamente, me encontraba en París «por mi gusto y a mi gusto», ya que sentía la causa de Francia como un francés, y no de los del grupo de Caillaux, o del «derrotismo» de Madame Cazes, sino como un buen patriota cualquiera. No se explicaría esto de «sentirme francés» —sin el sacrificio más leve de mi condición española— si no fuese por la idea, cada día más firme en mi mente, de que Francia estaba luchando por los motivos de la libertad y la justicia comunes a todas las patrias. «Los aliados —decíame yo entonces— defienden a todo el mundo. Los alemanes quieren dominar al mundo.» La explicación no podía ser más arbitraria, pero repito que alcanzaba en mi espíritu la fuerza de los dogmas. He aquí por qué ninguno de los hombres públicos —militares, políticos, escritores— de aquel período de la vida de Francia me parecía representar la virtud del patriotismo con tanto brillo como Georges Clemenceau. Sus artículos en *L'Homme Enchaîné* (*El hombre encadenado*, antítesis del título original de su periódico: *L'Homme Libre*), cuando Anastasie no los dejaba en blanco, eran para mí como el Evangelio. Solía comentarlos con Renée y su padre. La primera, no obstante su inclinación al socialismo, era más «clemencista» que Monsieur Lafont. Éste, siempre ponderado, establecía un paralelo entre las virtudes y los defectos de Clemenceau. Decíame, *verbi gratia*:

—Para mí sus mayores defectos son su tozudez y su terrible afición a la crítica epigramática. Hace los chistes más crueles, aun a costa de sus mejores amigos. Más de una batalla política la perdió por su mala lengua. Su espíritu burlón es implacable y como todos los grandes satíricos con frecuencia es injusto. Ha sembrado muchos odios, antipatías y rencores… Todo lo contrario de Briand, que es lo que nosotros llamamos *un charmeur*, un hombre que se mete a la gente en el bolsillo, como dicen en

España. Mire usted, cuando a Clemenceau se le clava una idea en la cabeza, ni a Hércules le sería posible arrancársela. Es el genio de la terquedad. Durante muchos años fue anticolonialista por estimar que Francia no debía distraer sus soldados ni su dinero, que necesitaba para la defensa del país, «en expansiones de un imperialismo pernicioso». Recuerdo esta frase suya como si la estuviera leyendo. Desprecia a Napoleón. Francia «sólo le debía males a ese trágico aventurero». Otro de los factores negativos de su carácter es su impaciencia. No deja madurar sus proyectos, «no consulta jamás con la almohada». De ahí ciertas precipitaciones y ciertos errores en su política, que luego, ante la inminencia de una catástrofe, se ve obligado a rectificar. Pero todos estos defectos —proseguía Monsieur Lafont— están altamente compensados por sus dos grandes virtudes: su amor a la verdad y su pasión por Francia…

—¡Ah, sí! —confirmaba Renée—. Su amor a la verdad quedó maravillosa, heroicamente demostrado en el asunto Dreyfus. Sin él, sin su pluma, sin su palabra, de nada hubiesen valido las revelaciones del coronel Picquart y el pobre Dreyfus se hubiese podrido en la Isla del Diablo.

Diálogos como éste aumentaban mis deseos de conocer a Clemenceau, lo que hube de lograr más adelante y en la forma que no dejaré de comunicar a mis lectores.

Entretanto, en el *petit appartement* de la calle de Jussieu eran frecuentes mis instantes de sosiego, de paz espiritual, de evasión de las inquietudes y tribulaciones de la guerra, gracias a una lectura, a una visita amable, a un ramo de rosas que perfumaba las dos habitaciones y, a veces —¿por qué no decirlo?—, a una botella de champaña compartida amistosamente. La guerra, estando tan próxima de París, se me borraba durante aquellas horas de la imaginación. El «parte del día», impreso mañana, tarde y noche en los periódicos, venía a «recordármela». Y los comentarios de los críticos militares —en su mayoría paisanos— me desorientaban más bien. No sabía uno a quién atenerse, a cuál considerar un oráculo, no sólo porque cada uno de ellos disponía de su receta para ganar la guerra —«¡Cañones, municiones!», clamaba constantemente en *Le Journal* el diputado Charles Humbert—, sino porque la tendencia o postura política del crítico se reflejaba lógicamente en sus comentarios. No era lo mismo seguir la campaña desde las columnas de *L'Humanité* que desde el «púlpito» de *L'Écho de Paris*. Además, había unos críticos siempre optimistas, que mojaban sus

plumas en una tinta color de rosa o «verde esperanza», y otros que lo veían todo negro y en el menor revés una catástrofe. A los primeros solían llamarles sus contrarios *bourreurs de crânes*, es decir, mistificadores de la opinión pública, a la que adormecían «con el opio de su prosa panglossiana». Y éstos les devolvían la pelota acusándoles de «derrotistas» y de vendidos a Alemania.

Lo cierto es que la guerra indefinida, sin término visible, ni siquiera conjeturable, permitía todo género de actitudes, desde la desesperada y como dispuesta a la capitulación hasta la que se elevaba a las cumbres del patriotismo no conformándose con nada menos que la victoria absoluta —*la revanche pleine*— sobre los germanos.

En junio de aquel año, una ofensiva franco-británica había intentado la ruptura del frente enemigo en el Artois, sin éxito. Antes, en abril, y por el sector belga de Yprés, hizo su aparición una nueva, inesperada y diabólica arma de guerra: el gas asfixiante, invento de los químicos del káiser y confesión palmaria de que sólo con soldados y proyectiles no podía ganar la guerra. Los belgas, los británicos y los galos no tardaron en prevenirse contra los gases. Unas caretas muy complicadas y con un tubo de oxígeno los inmunizaron contra aquel peligro. Se habló mucho de que los gases asfixiantes violaban todas las leyes de la guerra. Pero, aparte de que la guerra es la violación de la más humana de las leyes, del «No matarás», y de que la doctrina guerrera de Alemania era la de Clausewitz («al enemigo dejarle los ojos para llorar»), es cierto que los bombardeos aéreos de las ciudades abiertas los practicaban todos los beligerantes. Total, que en esto no cabían reproches, pues una vez desatadas las furias de la guerra, cada grupo combatiente se conducía como su contrario. De lo que se trataba era de terminar cuanto antes. ¿Y cuándo, cómo y dónde estaría la solución? ¿En las armas secretas? ¿En los submarinos de Von Tirpitz? ¿En el poder destructivo de la artillería aérea? ¿En la mente y la mano de un caudillo «milagroso», que por el lado de Francia pudo ser Joffre y que entonces parecía anunciarse con los nombres de Pétain y de Foch?

Alguna que otra noche, los *taubes* lograban burlar «la muralla aérea» de París y escupían algunas bombas sobre sus barrios. No faltaban, claro está, personas nerviosas que en los sótanos de las casas o las estaciones del Metro murmuraban entre dientes esta palabrita angustiosa: «*La paix, la paix*». Pero la aviación de guerra, entre los años 14 y 18, era más aparatosa que mortífera. Como en seguida demostraré.

[15]
BAJO EL CIELO SIN LUNA DE PARÍS*

Muy de tarde en tarde —quiero decir, de noche en noche— algún *taube* conseguía romper el cerco de la defensa aérea de París y los bomberos daban, con sus silbatos estridentes, la señal de alarma. Yo no me movía de mi alcoba. Y no por dármelas de Juan Sin Miedo, sino porque me parecía harto difícil que una bomba atravesara los siete pisos del inmueble en cuya planta baja tenía mis habitaciones. ¡Claro que si una bomba estallaba en el patio!… Esta hipótesis no me producía la más leve inquietud. «No va a estar pensando el aviador alemán —decíame— precisamente en apuntarme a mí.» Tal reflexión, absolutamente frívola, me bastaba para seguir leyendo —bien corrido el cortinaje de la alcoba— a la luz de mi lámpara, en espera de la otra señal, la de haber pasado el peligro, que anunciaba el tintineo alegre de la *berloque*. Entonces oía voces en el patio y en la escalera: los que se habían refugiado en los sótanos retornaban a sus casas. Y yo, cerrando el libro, me volvía a dormir.

En las noches de *raids*, los Lafont, que habitaban en un cuarto piso, se abstenían de bajar a la cueva. El ilustre catedrático optó, desde un principio, por meterse en la cama con su gorro de dormir y el volumen que le servía de narcótico. Para él como si no existieran aviones de bombardeo y no se librasen batallas más o menos estrepitosas bajo el cielo sin luna de París. Y no se figure nadie que Monsieur Lafont consideraba su actitud como un acto de devoción patriótica o un rasgo de valor personal. Decía simplemente:

—Las cuevas están heladas. Yo le temo más a una bronquitis o una pulmonía que a los proyectiles de los *taubes*. Además, mi sueño es letárgico. Y si una de esas bombas me diese en la nariz, ya me despertaría encantado en el otro mundo.

Madame Lafont, que nada tenía de humorista, ni de estoica, «hubiese bajado por su gusto». Pero su comprensión de los deberes conyugales la obligaba a seguir la pau-

* Capítulo lxi del segundo volumen de las *Memorias*.

ta de su marido. La buena señora me confesaba que el estridor de las sirenas de los bomberos —«*vraiment lugubre!*»— y el estrépito de las bombas la afligían profundamente. Y que mientras duraba el *raid* no hacía otra cosa sino temblar y rezar.

En cambio, Renée, siempre exaltada y *romanesque*, lo que hacía era cubrirse con su abrigo de nutria para asomarse a la ventana de su alcoba, que daba a un angosto *impasse* o callejón sin salida, «para seguir las peripecias del combate aéreo».

—Nunca me consolaré —decíame— de no haber nacido hombre. Y si lo fuera me habría hecho aviador. Matar o morir en las alturas celestes y no en el infierno de las trincheras. Será algo maravilloso, ¿no crees?

Yo no creía nada. La muerte, lo confieso, no me atraía en ninguna parte ni en ninguna forma. Yo no me hubiese asomado a la ventana como Renée.

No eran pocas las familias que, en tales ocasiones, procedían igual que los Lafont. Recuerdo a un matrimonio madrileño —ella una dama aristocrática y él un diplomático ilustre— que no había logrado ponerse de acuerdo en el modo de pasar las noches de *raids*. Porque ella prefería acostarse y él «salir»… Pero no salir, ascensor o escalera abajo, para introducirse en el sótano y esperar, leyendo o charlando con los vecinos, «a que pasara la cosa», sino para echarse a la calle, elegir un lugar adecuado desde donde contemplar «el fuego de artificio» y ponerse —como los *gavroches* temerarios— a recoger partículas del acero de las bombas. Era un fatalista y un humorista.

Todo esto, además de pertenecer a la Historia, pertenece —por así decirlo— a la prehistoria de la aviación como arma de guerra. Los aviones de bombardeo se han ido perfeccionando para hacerse más eficaces, es decir, más mortíferos, y los proyectiles que arrojan han adquirido un poder de penetración y destrucción tales que logran destruir ciudades y aun comarcas enteras. Entre 1914 y 1918, ¿quién hubiera podido presumir la bomba atómica? En tal época, en la retaguardia y en las noches de bombardeo por aviones o zeppelines, los accesorios defensivos de los que preferían bajar a los sótanos o refugiarse en las estaciones del Metro eran la lamparita eléctrica de mano, la silla de tijera, el sobretodo y el chal. No recuerdo haber visto a nadie en París, entonces, con la espantosa e incómoda careta contra los gases que, en más de una oca-

sión, tuve que ponerme en mis visitas a los campos de batalla. Y no creo errar en mis cálculos al establecer que en París más de dos tercios de sus habitantes imitaban a mis inolvidables amigos los Lafont.

Los casos en que esta actitud fatalista, optimista, patriótica, inconsciente —júzguela cada cual como se le antoje— tuvo consecuencias trágicas no dejaron de existir. Un redactor de la agencia Havas, amigo mío, y que era de «los que no bajaban», pereció en su cama y en su casa, al ser ésta totalmente atravesada y derruida por un obús. Tratábase, es cierto, de una casa muy vieja, de cuatro pisos, mas lo cierto es que, ya entonces, una bomba podía destruir un inmueble. También en el Metro, en la estación de la calle Bolívar, un torpedo aéreo produjo un centenar de víctimas.

Con todo, los parisienses no se empavorecían, ni apenas se asustaban. En la guerra como en la guerra… En algunos sótanos se colocaban alfombras, estufas, mesas y sillones y se proseguía la partida de *bridge* o de *bézigue*. O se charlaba, o se hacían girar los discos del gramófono hasta que la *berloque* de los bomberos y los guardias motorizados anunciaba el final del peligro. En ciertas *caves* del barrio aristocrático de la Estrella se improvisaban *dancings* durante los *raids*. Y en las populosas barriadas de Menilmontant, de Montparnasse y de Montmartre bastaba un acordeón para que el *poilu* con permiso se creyera en un *bal musette*.

Claro que resultaba más cómodo encontrarse en Madrid, en la Turena o en la Costa Azul. Porque hubo noches —más adelante— de dos bombardeos aéreos y hasta de tres, y todo el mundo no poseía el temple de nervios del sabio helenista, ni el alma aventurera de Renée, ni el buen humor del diplomático nuestro que coleccionaba, «tomados por su propia mano y todavía calientes», pedacitos de obús.

[16]
MI PRIMER ARTÍCULO PARA *ABC*. PRIMERAS NIEVES SOBRE PARÍS*

A MEDIADOS DE NOVIEMBRE DE 1915, en mi pisito de la calle de Jussieu, hacía yo mis primeras armas de periodista. Hasta entonces sólo había escrito y publicado en la prensa de Madrid crónicas literarias, ajenas a la actualidad; o bien hallando en ésta pretextos para divagaciones más o menos oportunas. Pero ahora se trataba de todo lo contrario: de hacer «un día sí y otro no», para el diario más leído de España, un artículo sobre la guerra desde uno de los grandes países beligerantes.

Y en aquella mañana de noviembre escribía yo, contemplando al levantar la pluma los copos de la primera nevada sobre París, mi primer artículo para *Abc*. Parecíame todavía «cosa de milagro» el verme investido de una función tan importante —así la consideraba— como la de "enviado especial" en París del periódico de don Torcuato Luca de Tena. De aquel *Abc* «que había nacido para ser diario» y cumplía entonces los diez años de su fundación. Yo no conocía sino de vista a don Torcuato. Algún cuento mío habíase publicado en *Blanco y Negro*, pero la ocasión de conocer al gran periodista no se había presentado aún.

Hallándome en Madrid, por razones familiares, pero con el propósito de regresar a Francia, aconteció que el puesto de corresponsal de *Abc* en París —que desempeñaba, en las condiciones que el lector ya sabe, José María Salaverría— quedó vacante y que, naturalmente, don Torcuato buscaba un sustituto. Así me lo dijo, en una de las visitas que le hice en su despacho de director de *El Liberal*, mi padrino en la religión literaria, don Alfredo Vicenti, preguntándome al mismo tiempo «si me gustaría colaborar en *Abc*». Le respondí afirmativamente, pues «no era yo de los que creían que el diario de don Torcuato fuese una tribuna germanófila, sino un espacio o ágora de la prensa nacional en que cada colaborador expresaba sus opiniones sin más lí-

* Capítulo LXIII del segundo volumen de las *Memorias*.

mites que los impuestos por el decoro en el lenguaje periodístico». Vicenti, tan aliadófilo —y anglófilo, sobre todo—, me contestó que así era, en efecto, y me dijo que hablaría por teléfono con Luca de Tena «proponiéndole mi firma».

Veintitantas horas después de este diálogo recibía yo una tarjeta de don Torcuato pidiéndome que le visitase en su casa de la calle de Ayala. Fui y no tardamos sino minutos en quedar de acuerdo. Luca de Tena, todavía joven, era hombre poco dado a circunloquios. Resolvía todo asunto con rapidez. No era de los del «veremos» o «lo pensaré», sino de los del «sí» rotundo y el «no» enérgico.

—Usted, en su sección —me dijo— es libre de manifestar sus sentimientos. Usted se convencerá de que ni yo ni *Abc* somos aliadófilos ni germanófilos, sino españoles. Mis colaboradores disfrutan de la más amplia autonomía. Ahora bien, la norma de mi periódico, en este caso de la guerra europea, es la misma del Gobierno y la mayoría de la opinión pública: la más estricta neutralidad. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Quedó concertado que yo le enviaría dos o tres crónicas a la semana para *Abc* y algún que otro artículo, con ilustraciones, para *Blanco y Negro*. No hubo contrato bilateral. Don Torcuato, al día siguiente de nuestra conversación, me mandó una carta, con las condiciones y precio de mi colaboración. Y esa carta equivalía a una escritura.

Antes de todo esto había yo pasado más de un mes en Madrid con mi familia. La cual deseaba que yo no volviese a Francia. A este deseo hubiera yo terminado por ceder sin la intervención de un azar que cambiaría durante más de cinco años el rumbo de mi vida literaria. Entre 1915 y 1920, adiós novelas, adiós cuentos. Artículos y más artículos. Me había pillado —como decía Vicenti— la rueda del periodismo, que ya nunca, del todo, habría de soltarme.

Pues bien, al trazar las líneas iniciales de mi artículo de prueba o estreno para *Abc*, no dejaba yo de sentir la preocupación «de quien hace algo que no había hecho nunca». Luca de Tena esperaba de mí no un relato novelesco, ni una divagación literaria, sino algo muy informativo y que reflejara la realidad del momento en Francia: una realidad vista y sentida por mí, naturalmente, y no copiada y «recortada» de los pe-

riódicos del país, como no dejaban de hacer algunos corresponsales, para quienes las líneas de fuego estaban entre la iglesia de la Magdalena y la plaza de la República. Ahora bien, esto de ser periodista y de cumplir mis menesteres de corresponsal me obligaba a consultar los periódicos, a visitar a ciertos personajes, a tener en mi mesa un mapa del «teatro de la guerra», a sustituir mis paseos por París, sentimentales y nostálgicos, por los de un señor que observa y hasta inscribe sus observaciones en un cuadernito.

Un par de días pasé repasando periódicos y no sin interrogar a mis dos oráculos —Monsieur Lafont y Renée— acerca de los episodios más trascendentales de la campaña. Al mismo tiempo recurrí a los recuerdos inmediatos, calientes todavía, como quien dice, de mi viaje entre la estación del Norte de Madrid y la del Quai d'Orsay, durante el cual yo me preguntaba «cómo iba a encontrar a los franceses». ¿Seguirían —con la excepción de los contagiados por el «derrotismo»— tan seguros de la victoria final como cuando los dejé? Porque yo había salido de Francia a raíz de una ofensiva victoriosa en Champaña y cuando, descartada la intervención de Bulgaria en la guerra al lado de Alemania y Austria, Grecia parecía reconocer en Venizelos al intérprete del sentir nacional y movilizaba su ejército al mismo tiempo que los búlgaros. Eran, pues, días relativamente claros y favorables. Los franceses, en un impulso vigoroso, penetraban por el sector champanés en la primera línea del enemigo y la diplomacia de los aliados ganaba en Atenas lo perdido en Sofía… Mas, de pronto, dimite Venizelos, Grecia proclama su neutralidad absoluta y los austroalemanes y los búlgaros no tardan en unir sus esfuerzos contra Servia, inútilmente heroica. Por el Palais Bourbon corren vientos tempestuosos. Francia desconfía de sus hombres políticos, hasta que vuelve a poner sus esperanzas en la figura de Briand. Por otra parte, la ofensiva en Champaña, tan brillantemente iniciada, se detiene y, sin dejar de ser fructífera y de significar un avance considerable del frente anglofrancés, prueba una vez más la poderosa organización defensiva del adversario.

En Italia sucede algo semejante con el ataque general de Cadorna. Los ingleses reconocen paladinamente su fracaso en la aventura de los Dardanelos, y en Londres, como en París, suben y bajan los ministros. Sólo de Rusia llegan noticias alentadoras: los soldados del zar vuelven al ataque, progresan en Galitzia y en Curlandia. Pero los ojos están puestos en los Balcanes. Se habría querido impedir «el holocausto de Ser-

via». Y la actitud de Grecia, ambigua, misteriosa, vacilando entre la política propiamente helénica de Venizelos y la orientación dinástica, que se dirige hacia Berlín, justifica toda la emoción e inquietud de Francia, que ha desembarcado en Salónica un ejército «del que no se sabe si ha caído en una celada o se encuentra entre amigos».

—Esto —le he oído decir a M. Lafont, el buen helenista y helenófilo— es de lo más extraño y desconcertante de la guerra. Francamente, es para que las naciones que han enviado tropas a Grecia sientan frío y cólera en el alma.

Tal era el curso de los sucesos en todos los frentes de la guerra cuando, tras una temporada familiar en Madrid, tomé el camino de Francia. Desde el punto y hora que yo era un periodista, un corresponsal, no podía ver las cosas vagamente, distraídamente, superficialmente, que acaso sea el mejor modo de verlas, pues eso de «desentrañarlas» se presta, en numerosas ocasiones, a desengaños tristes. Recuerdo muy bien aquel viaje que hice hasta la frontera en un tren casi vacío, pernoctando en Hendaya. A las seis de la mañana del día siguiente proseguí el viaje en otro tren no menos vacío. Pero no bien comenzó a alejarse de la frontera y a penetrar por sus ventanillas un sol pálido e indeciso, fue llenándose de viajeros en tal forma que en Burdeos y Poitiers le fueron añadidos varios coches. No había compartimiento sin militares: jefes y oficiales en la primera, clases y soldados en la segunda. Por los andenes de las estaciones iban y venían unos y otros, fundiéndose sus uniformes azules, pardos y grises en la misma austeridad de color, en la misma ausencia de dorados y adornos. Entre las boinas de los «alpinos» y los quepis de los «cazadores» veíanse aparecer los cascos de campaña de implantación reciente. Aquellos *casques Adrien* que eran sencillísimos, sin puntas ni cimeras llamativas y de un tono opaco y azuloso donde no podía reflejarse la luz y que, desde entonces, fueron incorporados al uniforme de campaña del soldado francés.

Después de los diques y las fábricas de Burdeos, por delante de los mástiles y de las grúas gigantescas, vi los rieles tendidos, los terraplenes, los postes, todo el aparato de un ferrocarril en construcción casi terminado que había de dar —si la guerra no llegaba hasta allí— mayor impulso al puerto del Garona.

A partir de Poitiers aquel tren fue un hervor de vida. Todos los viajeros charlaban, fumaban, leían periódicos y revistas. En la ruidosa segunda los *poilus* comían boca-

dillos de jamón, chocolate, peras y manzanas, bebiendo *à la régalade* —es decir, a chorro— el vino de sus cantimploras, porque no me pareció que contuviesen agua. En primera, en los grandes vidrios de los corredores, la saludable advertencia de Millerand, entonces ministro de la Guerra, recordaba al francés, de suyo parlanchín, que debía ser cauto y silencioso: «Callad… Desconfiad… Las orejas enemigas os escuchan». Pero el francés no callaba. O, al menos, mis orejas no debían de parecerles las de un enemigo, porque ¡vaya si oí cábalas y comentarios entre los militares en aquel tren!

—La guerra durará mucho tiempo —venían, en resumen, a decir todos—, pero no importa… Alemania tiene que vencer en todos los frentes y eso no es posible. Para que la victoria sea nuestra hay que hacer lo que ha dicho Lloyd George: «Echar los relojes a un pozo», no medir el tiempo. Quien más paciencia y más hombres tenga es el que vencerá. Y nosotros —no olvide el lector la época en que se dicen estas palabras—, con Inglaterra todavía incólume y nuestra fiel aliada Rusia inagotable en soldados, tendremos infinitamente más hombres que Alemania.

Nadie creía que la guerra pudiera decidirse en los Balcanes. «Aquí, en casa —proclamaba un sargento bigotudo—, es donde ha de resolverse.»

Una vez en París, y en varios días «de pulsar la opinión», pude comprobar que el pueblo francés, en su gran mayoría, pensaba lo mismo que el sargento. La frase de Briand: «La lucha hasta la victoria» era como el santo y seña de los franceses. Nadie, en público por lo menos, hablaba de paz. O si hablaba de ella era para referirse a los artículos de los dos grandes críticos alemanes de la guerra, Maximiliano Harden y Teodoro Wolff, reconociendo que Alemania «estaba todavía en buenas condiciones para pactar». Harden llamaba «la hora del Destino» a aquel momento de la guerra. Pero ni los aliados ni los germanos quisieron o pudieron escuchar aquella hora señalada por Harden.

Concluí mi primer artículo «para don Torcuato» viendo caer la primera nieve del año sobre París. ¡Cómo caería sobre las trincheras! La segunda campaña del invierno acababa de comenzar. Y eran muy pocos los que pensaban que sería la última.

[17]
LAS BELLAS SECRETARIAS Y LOS ESCRITORES DE LA MAISON DE LA PRESSE. ENCUENTRO CON JULIO CAMBA*

Había acertado. Mi primer artículo para *Abc* era periodístico. Así lo afirmaba en una carta que me escribió a vuelta de correo el señor Luca de Tena, felicitándome. Entre líneas leíase que él había dudado de que yo supiese respetar las normas del buen periodismo, que consisten, sencillamente, en «informar» al público de cualquier suceso o espectáculo con claridad, amenidad y concisión. De modo y manera que así como don Alfredo Vicenti me había armado articulista, incluyéndome, cuando yo tenía veinte años, entre los colaboradores «firmantes» de *El Liberal*, el ilustre don Torcuato, cuando eran mis años treinta y uno, me armaba periodista. Y fue grande mi satisfacción. La carta de Luca de Tena era para mí, al mismo tiempo, un estímulo y un programa. Yo pondría el mayor empeño en que todos mis artículos le complaciesen tanto como el primero.

No tardó en saberse entre los periodistas y escritores españoles que residían entonces, o estaban de paso, en París que yo era el sustituto de Salaverría como corresponsal del *Abc* en Francia. Blasco Ibáñez —que había dejado, por no sé qué motivos, su *petit hôtel* de la calle Davioud y trasladádose a un piso, más bien modesto, del barrio de Ternes— me dijo «que le parecía muy bien que colaborase en el periódico de Luca de Tena, siempre y cuando no me pusieran cortapisas». Gómez Carrillo, con su mirada verde y una sonrisita amarilla, me advirtió: «Tenga usted cuidado; ya sabe lo que pasó con Salaverría». Ni siquiera le respondí, porque él estaba perfectamente enterado de mis sentimientos francófilos. «Al *Abc* —añadió— es un milagro que ya no lo hayan puesto en la "lista negra".» A esto sí le respondí, diciéndole «que yo contribuiría con mis artículos a que el milagro continuase».

* Capítulo lxiv del segundo volumen de las *Memorias*.

Llevaría yo no más de un mes en mis funciones de corresponsal cuando una tarde, en el Boulevard Saint-Michel, vi a un joven que me pareció Julio Camba, y que era realmente el «genial humorista». Ya le llamaban así. Pero entonces escribía desde el país del «humor», de la niebla y del whisky artículos para el mismo periódico que yo: artículos en que, sin perder nada de su espíritu zumbón, informaba a los lectores de *Abc* de la actualidad londinense. Camba compró en un quiosco un número de *L'Humanité* y otro de *L'Action Française*. Porque siempre convenía «oír todas las campanas». Me dijo que el primer escritor y polemista de Francia era Charles Maurras y que allí cerca, con sólo cruzar el Boul'Mich, comeríamos en el *restaurant* Larivière, en la esquina de la Rue Monsieur-le-Prince, una de las mejores *bouillabaisses* de París. No pude, por estar invitado en otra parte, aceptar su convite, pero nos detuvimos alrededor de media hora en el café de La Source para tomar dos «oportos secos» y charlar amistosamente.

De los dos Cambas, Paco y Julio, mi más amigo era el primero. Con Julio había hablado pocas veces. Le recordaba sobre todo de sus tiempos de redactor en *El País*, viejo diario republicano, donde, en la sala de redacción, había un diván tan viejo como el periódico, que servía de cama algunas noches a un bohemio alto, flaco y dipsómano, del que yo sólo sabía que se llamaba Pedro Barrantes. El director de *El País*, don Roberto Castrovido, figura descollante del periodismo republicano, era contrahecho de piernas y andaba con muletas. Una noche, en su despacho, donde nos hallábamos Camba y yo, entró un perrito cojo y detrás del perrito, y casi en seguida, un gatito también cojo. «¡Caramba! —exclamó Julio—, en este periódico todos los animales son cojos.» Y el primero en reír a carcajadas el chiste fue Castrovido. Camba, a quien se lo recordé, se había olvidado del episodio. Y yo pensé que toda la doctrina de su humorismo podía concretarse en aquel chiste, que hizo reír a la propia persona objeto de su burla.

Los artículos de Julio Camba han sido siempre muy breves. Pero su brevedad no obedece a falta de tema, ni a penuria de imaginación, sino a algo «muy suyo»: a un modo de mandato o tijeretazo de su musa que le obliga a terminar el artículo cuando lo que tenía que decir en él está dicho, y lo demás, si lo pusiera, equivaldría a relleno o adorno. Camba confirmó mi parecer diciéndome: «Mi firma cae por sí sola en la cuartilla cuando debe caer. Claro que hay artículos míos que resultan más cor-

tos que la Salve». Y yo, con Gracián, repetí: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Camba me dio a entender que hubiese preferido la corresponsalía de París a la de Londres. Fue un modo de proponerme el canje. Le respondí que yo en Londres «estaría perdido», pues en inglés sólo sabía saludar y pedir *meat and potatoes*; que no conocía a nadie allí, y «que yo, la verdad, muy anglófilo no era»… Nos separamos amistosamente y no volvimos a coincidir en ningún lado en todo el tiempo de la guerra.

Para informar y orientar a los corresponsales extranjeros se había fundado en París, desde el otoño de 1914, una Maison de la Presse, que dependía por entonces del Ministerio de Relaciones Exteriores y cuyo director, si no recuerdo mal, era por entonces un señor de apellido polaco, Klobukowsky, de pelo y bigote blancos y tez bastante oscura. Pertenecía a la Carrière, es decir al cuerpo diplomático de Francia, a la que había representado como ministro y embajador en varios países, entre ellos Rusia. Era un señor de unos sesenta años, elegantemente vestido, muy afable y con la sonrisa retozándole debajo del bigote.

Fui a visitarle. Me recibió en su antedespacho una secretaria *tout à fait jolie*. La Maison de la Presse no sólo disponía de un grupo de funcionarios *sui generis*, a los que habré de referirme en seguida, sino también de una bandada, por decirlo así, de secretarias y esteno-dactilógrafas, por lo general muy bellas, y todas, desde luego, peinadas y ataviadas primorosamente. Cada jefe de sección disponía de la suya, blonda o morena. En todas se comprobaba por el modo de sonreír, de hablar y de andar, su condición de parisienses. Podría haber nacido ésta en Marsella y estotra en Amiens… Tal *demoiselle* sería normanda o bretona, pero París, que es una ciudad-teatro, les había impuesto a todas su sello, o dicho más adecuadamente, su *chic*. Con sólo reunirlas y escribir para ellas unos *couplets*, con música de su colaborador Villemetz, uno de aquellos inteligentes funcionarios, el autor frívolo Bousquet, hubiese podido componer un número para alguna de sus revistas, que tantos centenares de noches triunfaban en el Casino o en las Folies Bergères.

Entrar en la Maison de la Presse para pedir informaciones de la guerra o solicitar la audiencia de un político era… olvidarse de la guerra y de la política. Había sido, indudablemente, un acierto de la propaganda francesa la instalación en el barrio más elegante y cosmopolita de París —el de los Campos Elíseos— de aquel organismo. Por su

extensión y decoración, la Casa de la Prensa era casi un palacio. O mejor dicho, un *palace*. Escaleras alfombradas, amplios ascensores, salas espaciosas, espejos en las chimeneas, *bureaux* de ministros y sillones en los que debía de ser muy plácida la siesta.

Para dotar aquel organismo de funcionarios competentes, no había pensado la Propaganda en hombres graves y vetustos, ni en mujeres con el gesto triste y el cabello gris. Al contrario: había elegido hombres jóvenes, de talento —algunos de gran talento—, y muchachas graciosas y elegantes. He olvidado sus nombres. ¿Qué más da que se llamasen Yvonne, Suzette o Marion? Pero los nombres de «ellos», ¿cómo podría haberlos olvidado si pertenecían todos, o casi todos, a escritores y poetas que eran ya, o lo serían muy pronto, célebres e ilustres? Allí estaba, en puesto de altura, Jean Giraudoux, que no tardaría en ser, por la novela y el teatro, una de las glorias más legítimas de las letras de Francia. Allí Edmond Jaloux, crítico y novelista, ya cuarentón, que había jurado no morirse sin entrar en la Academia y que luce el frac verde de sus ilusiones desde hace más de dos décadas. Allí el poeta y dramaturgo Paul Geraldy, a quien dos libritos pequeños, pero intensos, darían un renombre casi universal: *Toi et moi* y *C'est la guerre, Madame*. Allí otro que le daría la vuelta al mundo, con su persona y con sus libros: Paul Morand. Ya había publicado, creo, su *Ouvert la nuit*, esa puerta por donde salió con todas sus joyas y sus vicios el París nocturno que se divierte y se aburre. Allí, yendo de una oficina a otra, con sus pasos de bailarín, un escritor muy simpático e ingenioso, Francis de Miomandre, que leía en español a sus colegas españoles. Para conversar en castellano nada como dirigirse al despachito confortable de Max Daireaux, el novelista francoargentino, que hablaba a maravilla el francés del Faubourg Saint-Germain y el español del Jockey Club de Buenos Aires. Pero había más escritores: Émile Monfort, cuya novela *La Turque*, saladísima, leíanla por turno las mecanógrafas; Jean Variot, poeta y ensayista; Henri de Péréra, de origen luso, y Jean Legrix, que colaboraban en las publicaciones de la editorial Plon-Nourrit, y otros que olvido. Había también diplomáticos, jóvenes, maduros y viejos. No faltaba algún filósofo, ni algún filólogo.

Figura eminente en aquella casa —y muy querida por los corresponsales españoles e hispanoamericanos— era la de Henri Bréal, poseedor de grandes fundos en Chi-

le y de una casa en Sevilla, donde, sin los deberes y sacrificios impuestos por la guerra, le hubiera gustado envejecer. Bréal, que hablaba con soltura y fineza nuestro idioma, era hombre culto, afable, aficionado a los toros, a los versos de los Machado y a la pintura de Valdés Leal. La Maison de la Presse era algo, en suma, que estaba muy bien. Era la sonrisa, el *mot d'esprit* y también la divagación y el ensueño literarios en medio de la tempestad de la guerra. Precisamente, la misión más importante y sutil de la Propaganda era hacer pensar al mundo que Francia hacía aquella guerra sucia y terrible como la *guerre en dentelles, et avec le sourire*.

Pero algunos franceses no lo entendían de este modo. Y a los poetas, escritores y diplomáticos jóvenes que regían aquella sucursal del Ministère des Affaires Etrangères, solían llamarles, con notoria injusticia, «emboscados». Designación que comprendía a quienes, en edad militar, se daban maña para eludir el servicio «dando el pecho en el frente». De poco, opino yo, hubiese servido un máuser en las manos de Giraudoux o una ametralladora en las de Francis de Miomandre. La Maison de la Presse salvó muchas cabezas pensadoras y soñadoras de Francia. Aunque entre ellas se filtraba la de algún intrigante y pusilánime, verdadero *embusqué*.

[18]
EL SABIO HELENISTA DESEABA UN DICTADOR*

Un día de aquel noviembre cruzaron el Canal —entiéndase, de la Mancha— los cuatro grandes ministros ingleses: Asquith, Lloyd George, Balfour y Sir Edward Grey, para entrevistarse con sus colegas franceses Briand, Gallieni, Jules Cambon, el almirante Lacaze y el generalísimo Joffre. Hasta el decimosexto mes de la guerra no se resolvieron los aliados a entablar conversaciones para constituir un organismo que les permitiera emprender una acción común y solidaria. O dicho de otro modo, para formar en lo político y lo militar «un frente único». Tratábase de establecer, por de pronto, un Consejo Mixto de los Aliados. De éste se desprendería, como un fruto maduro —verde durante casi un año y medio—, la «unidad de acción». Fácil, muy fácil, había sido para Alemania esta unidad. El emperador Guillermo y sus secretarios de Estado constituían una sola voluntad, que, sin vacilaciones, segura del respeto y de la fe que inspiraba, urdía planes estratégicos y decidía esto o lo otro sin que nadie se atreviera a protestar, ni aun a criticar. Los pueblos que luchaban al lado de Alemania —decíame yo entonces— habían depuesto toda iniciativa, todo resabio de personalidad. ¿Poseía, acaso, Alemania el secreto de ser respetada y obedecida, a ciegas, porque poseyera algo así como un hechizo, soplo fascinante o fuerza de atracción astral que convertía a todos sus aliados en satélites?

Recuerdo haberle hecho esta pregunta a Monsieur Lafont, lector asiduo y comentarista en los temas de sus alumnos de la *Germanía* de Tácito, y el sabio helenista me respondió, aproximadamente:

—Pienso, más bien, que la cohesión que se observa en el bloque de los imperios centrales no obedece más que a las circunstancias de su régimen político. Si Alemania fuera una república como la nuestra, o coronada como la inglesa, créame usted que cambiaría el aspecto de las cosas. Muy raras veces surgen en las repúblicas los

* Capítulo lxv del segundo volumen de las *Memorias*.

hombres dignos por su genio y sus virtudes de dirigirlas con mano de dictador. La dictadura y el imperialismo son para los demócratas (y yo sólo lo soy hasta cierto punto) dos males de la mayor gravedad. Por mi parte, deseo para mi patria y sus aliados un dictador, salga de donde salga, que nos conduzca a la victoria. Pero ¿qué quiere usted? —prosiguió melancólicamente—, Francia es demasiado indisciplinada y parlamentaria, demasiado individualista, *un pays où l'on parle de trop*, para producir un héroe máximo, estelar. Ya tuvimos a Napoleón y no sé, no sé qué decirle a usted…

Repuse:

—Francia ha hecho, ganando la batalla del Marne, que la guerra se alargue y que la victoria sea una cuestión de tiempo. Pedía usted un dictador «salga de donde salga». ¿Podría salir de Inglaterra?

—¡Oh, no! Inglaterra no sospechaba siquiera lo que ha ocurrido, ni lo que ocurre. Su enorme flota circuía sus islas, vigilaba sus bases y sus colonias y era una muralla para su defensa y un fantasma terrible para los demás. Pero han pasado los tiempos de Palmerston. Si de la Great Fleat dependiera, ya se habría firmado la paz. De modo, amigo mío, que sin soldados en número suficiente, porque aún sigue en «veremos» lo del servicio militar obligatorio, y sin Estado Mayor, ¿cómo quiere usted que sea Inglaterra la nación llamada a dirigir la guerra? Sería necio —añadió— pensar en Rusia para tan alto menester. Yo, la verdad, desconfío de los rusos… Y a nadie se le ocurrirá tampoco que Italia, llegada un poco tarde a la lucha, pueda asumir esa misión suprema. En resumen, amigo mío, Alemania no tiene aliados, sino subalternos. Inglaterra y Francia, Italia y Rusia, son cuatro rostros, cuatro voluntades, cuatro horizontes. Y Alemania es la línea recta, la voluntad única, el esfuerzo constante en la misma dirección.

—Según eso, ¿cree usted que vencerá Alemania?

—¡No! —replicó vivamente mi venerable amigo—. Pero creo que proseguirá, durísima, la guerra. Que harán falta largos meses para que los aliados se sientan y hallen verdaderamente unidos. Si la Cuádruple Entente ha logrado ya, en orden disperso, que las probabilidades del éxito se equilibren entre los adversarios, ¿qué obtendrá si, por instinto de conservación, forma, reflexivamente, trabajosamente, experimentalmente, una sola voluntad, un solo programa, una sola orientación? La guerra ha enseñado al francés, que es impulsivo y nervioso, a ser cauto, a ser paciente. La guerra

ha enseñado al inglés, que es lento y frío, a ser rápido y cordial. La guerra enseñará, por fin, a ingleses y franceses, viejos enemigos, a compenetrarse, a batirse codo con codo por la misma causa… Esperemos, amigo mío, esperemos. Me gustaría asistir a las deliberaciones del Consejo Mixto de los Aliados. Y, sobre todo, a los diálogos entre el sonrosado Lloyd George y nuestro melenudo Briand.

[19]
EN EL DÉDALO DE LAS TRINCHERAS*

Dejamos atrás Reims con sus ruinas, sus escombros y su silencio, sólo interrumpido por los disparos de la batería de Brimont, y nuestro coche emprendió la marcha hacia las trincheras. La tarde era tibia y luminosa. Aquellos campos y collados de la tierra de Champaña, aquellas riberas que el automóvil cruzaba y bordeaba velozmente, no producían una impresión bucólica: habíanse convertido en una posición militar.

Pasamos ante una granja medio derruida. Íbamos a saludar a un jefe del Estado Mayor. Cruzamos un portal y nos vimos en un pequeño huerto en el cual perduraban un emparrado y algunos árboles frutales. El lugar era apacible si sólo mirábamos hacia la izquierda, a un fondo de verdura y una pared blanca donde había una ventanita con dos tiestos de flores. Pero a mano derecha cambiaba la decoración: abríase un subterráneo, se iniciaba «una organización defensiva», veíanse soldados en pie de guerra. Fuimos presentados al jefe por el oficial que nos guiaba.

—Voy a llevarles —le dijo— hasta la primera línea. Estos señores han manifestado el deseo de visitarla.

Era verdad. Mientras almorzábamos en Reims, Mr. Hutchinson había dicho que «quería verlo todo y llegar lo más cerca posible de los alemanes». El jefe no vio en ello el menor inconveniente. Pero cuando el oficial le comunicó que también deseábamos visitar el pueblo de Bétheny —reconquistado por los franceses casa a casa en septiembre de 1914—, levantó la cabeza, sonrió mirándonos y repuso:

—Creo que pueden ir. Ayer tuvieron la ocurrencia de bombardearlo. Pero hoy no hay peligro. Habrían comenzado ya…

Llegamos a Bétheny. Apenas una casa que no fuera un montón de escombros. Ningún habitante. Corríamos los pequeños riesgos —alguno había— de nuestra pe-

* Capítulo lxxxv del segundo volumen de las *Memorias*.

regrinación a las trincheras, de las cuales ya estábamos muy próximos. Por un camino perpendicular al que seguíamos apareció un grupo de zapadores con palas, picos y espuertas. Yo tenía la impresión de que toda aquella tierra estaba horadada y minada. Dejábamos detrás varias líneas de trincheras, las de la cuarta, la tercera y la segunda posición. Pero la verdad es que yo no entendía nada, que iba como en un sueño, que más bien miraba a lo alto y a lo lejos que a mis lados y a mis pies, como si quisiera evadirme de la presencia de la guerra y buscar en el cielo y en la amplitud de los campos que me rodeaban el olvido de la crueldad de los hombres. Porque «parecía mentira» que en una tarde como aquélla, de cielo apacible y con la tierra en calma, los hombres estuviesen preparados para matar y morir. Pero también pensé: «¿Quién ha dicho que los días cálidos y claros no sean los más a propósito para la guerra? ¿No comenzó ésta en la plenitud de un verano? La sangre bulle mejor en estos días que en los grises del otoño y los oscuros y helados del invierno». Allí mismo, en aquel sector sosegado del frente, los artilleros alemanes y franceses no se dejaban adormecer por el encanto de la tarde estival, y disparaban de tiempo en tiempo un cañonazo, como para recordarse mutuamente: «¡Eh, que seguimos aquí, que es la guerra, aunque no estamos en Picardía ni en Verdún!».

El oficial nos advirtió, muy sonriente, que una abertura que nos había parecido un atajo era «la boca de las trincheras».

—Síganme ustedes. Yo debo guiarles por este laberinto.

Pasó el primero Mr. Gleasow. Y yo tuve delante de mí, a lo largo de aquellas fosas, de aquellas zanjas que parecían interminables, la alta y ágil figura de Mr. Hutchinson. Si no supusiera adónde íbamos, yo hubiese creído encontrarme en alguna *corredoira* de los campos gallegos —sin los tojos—, tal era la profusión de margaritas, amapolas y acianos que trepaban por sus bordes. Estábamos en un *boyau* (ramal) de comunicación. Detrás de las florecillas encarnadas y azules, o sea en campo raso, encontraríamos el horizonte, la anchura de visión a que están acostumbrados nuestros ojos, pero también encontraríamos la muerte. Aún no habíamos visto un solo soldado. En cada vuelta del ramal levantábase un a modo de tabique de madera y arpillera y veíanse unos rótulos que indicaban el «desagüe» o punto de evacuación de las trincheras. Y aquello duró mucho tiempo… No tanto como para sufrir cansancio

físico, pero algo que calificaré de desazón moral comenzó a invadirme. Era como una opresión angustiosa, como una «protesta del espíritu» que yo trataba de dominar diciéndome que otros hombres tan civilizados como yo habían pasado y pasaban por aquellas fosas camino de la muerte o del triunfo.

El sendero fue ensanchándose y comenzamos a encontrar soldados con el fusil al hombro que nos saludaban y se detenían para dejarnos paso. Vimos también algunas puertecillas de tablones o simples huecos cuadrangulares que llevaban a las galerías subterráneas. La madera y los sacos de arena contribuían a fortificar la posición. Nos hallábamos en una trinchera «organizada». El *boyau* que nos había conducido a ella describiendo una serie de líneas quebradas —y para mí inextricables— venía a ser como una vena o vaso de un sistema de circulación en el cual cada trinchera representaba una arteria y cada punto de partida para los asaltos un corazón.

Sentimos palpitar las trincheras. Iban y venían los soldados, ya para montar la guardia, ya con sus palas y sus picos para remover la tierra y asegurar o extender la posición. Queríamos verlo todo, enterarnos de todo: bajar por aquel hueco que nos parecía la entrada de un dormitorio, penetrar por un túnel diminuto que acaso nos acortase el camino de la primera línea. Unos minutos más de marcha y pusimos pie en ella. «Ahora estamos —dijo nuestro guía a media voz y con una sonrisa— a cuatrocientos metros de los alemanes.»

¿Cómo? ¡Los alemanes tan cerca y no sentíamos nada! Ni un murmullo, ni un tiro de fusil. Sólo a lo lejos el estampido de algún cañonazo. No se preparaba ni temíase ningún ataque y las trincheras sólo vivían «hacia dentro», pero vigilantes. Los centinelas estaban en sus puestos con el fusil pronto a disparar. Los vigías, desde sus ocultas atalayas, observaban «si algo bullía del otro lado», el oficial de cada grupo abandonaba de tiempo en tiempo su reducto para dar un vistazo, y los teléfonos se pondrían al habla con el Estado Mayor en cuanto pareciera que el enemigo comenzaba a moverse. Cuando sonase la hora de los asaltos, la trinchera lanzaría sus hombres al exterior, resistiría al empuje del enemigo o sucumbiría, desmoronándose, aplanándose, bajo el fuego y el acero de los proyectiles gigantes.

Así como aquélla eran todas las trincheras, las alemanas y las francesas, las británicas y las rusas… El terreno en que se excavaran y la latitud del país en que se ha-

llasen podrían hacerlas más o menos lóbregas y ahogadas, más o menos frías, pero los accidentes geológicos y atmosféricos no podían alterar lo que era en ellas semejante y permanente: su aspecto de sepulturas continuas donde el Azar elegiría a los hombres destinados a cambiarles por el montón de tierra que cubriría sus huesos, si no era que se quedaban «allí mismo», anónimos y confusos, como hormigas aplastadas por un pie ciclópeo; o, dígase sin metáfora, por la explosión de uno de aquellos obuses que convertían una trinchera en cráteres de volcanes muertos, como los de la luna. ¡Qué tristes reflexiones! Visitar una trinchera entonces era tanto como recorrer todas las que se habían cavado desde las playas del mar del Norte hasta los Vosgos en Francia, desde el golfo de Riga hasta el Cáucaso en Rusia, desde el desfiladero de Estelvio hasta el Adriático, en Italia. ¡Qué estúpida y horrible me pareció una guerra en que el ser humano se metamorfoseaba en lombriz, en topo, en ofidio oculto en su madriguera esperando el momento de morir o de matar! ¡Me alegré en el alma de no ser un combatiente: un combatiente que no podía luchar sobre la tierra y al aire libre, bajo la mirada de los dioses como las águilas, como los centauros y los lapitas, de los que no se sabe que se soterraran nunca!

Íbamos precisamente por una galería soterraña. A tientas. Un resplandor súbito, muy tenue, como de luz que llegara al través de varios obstáculos, nos permitió adivinar un hueco en una pared tosca y rezumante. Un soldado, del que sólo advertimos la silueta borrosa, apareció con una linternita eléctrica.

—¿Podemos subir? —preguntó nuestro guía.

—Sí, señor.

—¿No hay nada?

—Nada, mi capitán.

—¡Vamos arriba!

Pero no era fácil la ascensión a aquel «observatorio», que sobresalía apenas de la línea de las trincheras. Había que trepar por una escalerilla oculta en la oscuridad que sentíamos crujir y era tan angosta y de escalones tan separados unos de otros que exigían la agilidad de los acróbatas. El joven Mr. Gleasow la subió con presteza. Mr. Hutchinson, resoplando. Yo, con miedo a resbalar y caerme, pues mi peso era de más de noventa kilos y estaba sudoroso y francamente cansado. ¿Quién, si-

no yo, por mi afán de ver la guerra «más allá del cinematógrafo», se metía en semejantes trotes?

Una vez arriba volvimos a vernos las caras. Como por la mía resbalaba el sudor, saqué para enjugármela el pañuelo. El oficial me lo quitó de las manos. «¿No ve usted —me dijo— que los de enfrente nos observan? El blanco de su pañuelo, perceptible por la mirilla, puede servirles de blanco» —añadió, haciendo un *calembour*. Parece que por mi imprudencia hubiésemos podido recibir una bala de máuser como la que había dejado tuerto, en parecida circunstancia, al general Maunoury.

Pero «estaba de Dios» que no ocurriese nada trágico en nuestro recorrido de las trincheras. El lugar en que estábamos, a menos de medio kilómetro de los alemanes, era como una caja cuadrada, con una arpillera horizontal y muy angosta que servía de punto de mira al observador. Sólo dos podíamos estar de pie. Los otros tuvieron que sentarse en los ángulos, sobre unos tablones ex profeso. Una larga red de alambres con púas, los *fils barbelés*, tejían una maraña frente a las trincheras. Desde lejos nos pareció una defensa frágil, insignificante, pero el oficial nos dijo que para destruir «esa tela de araña» hacía falta una lluvia de plomo. Más allá de la manigua de alambres aparecíase un campo de amapolas y margaritas, cuya gracia bucólica se interrumpía para dejar paso a las alambradas del enemigo. Pero las florecillas rojas y azules, blancas y gualdas eran como un *camouflage* puesto allí, entre los alambres y los caballos de frisa, por la deidad del estío para que los combatientes de uno y otro bando se olvidasen del horror de la guerra. Estas reflexiones, que llamaré poéticas, contribuían a aminorar la sensación de angustia que no había dejado de afligirme desde que entré en el dédalo de las trincheras.

Después vimos las ametralladoras. Dirigidas taimadamente contra el enemigo, las dos de que disponía aquel puesto se me antojaron dos temibles fierecillas asomadas a la entrada del laberinto para olfatear su presa. La ametralladora es la mejor arma de tiro rápido que haya sido inventada por el demonio de la guerra. Una que yo vi entonces disparaba 4.000 cartuchos en un cuarto de hora. Supongo que en 1952, en Corea, las habrá que disparen el doble, o más, porque en la ciencia de matar es donde se alcanzan los mayores progresos. La ametralladora está en todas partes: agazapada en la trincheras, sobre un automóvil o en la torrecilla de un «tanque», adaptada a una

motocicleta, al servicio de los aviadores y en manos del soldado que la hace funcionar desde un reducto, detrás de un montón de escombros, o desde el agujero que formó la explosión de un proyectil de gran calibre. Es un arma pequeñita, ligera, flexible, que se somete a la voluntad o el instinto homicida de los hombres. Han llegado a inventarse, después de aquella guerra, la *mitraillette* o «ametralladora de bolsillo» y el fusil-ametralladora, armas favoritas de los *gangsters*.

Yo había comenzado a oír hablar de trincheras en 1905, durante la campaña ruso-japonesa en Manchuria, cuando se cavaron y organizaron para una defensiva que permitiese esperar la hora oportuna de los ataques en masa, cuerpo a cuerpo y al aire libre. La guerra de 1914 a 1918 habría de «eternizarse» en las trincheras.

Concluyó mi visita a las de Bétheny enterándome de lo que eran un blocao, un dormitorio de *poilus*, una *cagna* o habitación blindada de oficiales, un periscopio, un depósito de bombas y granadas de mano, un torpedo aéreo. ¡Qué sé yo!… Todo lo vi. Y todo, lo repito, me pareció muy triste. Sin duda porque carezco de «espíritu militar». Otros corresponsales, como Mr. Gleasow y Mr. Hutchinson, estaban entusiasmados y tomaban notas en sus carnets como si escribieran versos: unos versos en honor de Marte. Yo, soñador y cristiano, me sentía deprimido, como invadido por una compasión universal. Pero no sin comprender que la guerra está en la naturaleza del hombre y en la de todas las especies que viven en el mundo y se ven obligadas a matar para vivir.

Uno de los hijos de Madame Moulin «le temía más a las ratas de las trincheras que a los alemanes». Todavía peor que las ratas y los hemípteros parásitos resultaba el tedio, el *cafard*. Dos amigos míos, ambos poetas de talento, Charles Dumas y Émile Despax —sus nombres están en las antologías—, murieron cada uno de una bala de máuser por no querer vivir «enterrados». Cada vez que se presentaba una misión peligrosa fuera del escondrijo, el teniente Dumas ofrecíase para cumplirla. Era por salir al campo, por «volver a sentirse hombre». Y una noche, mientras cortaba una alambrada, el hondo poeta de *L'eau souterraine* recibió en el cuello un balazo alemán.

Por su parte, Despax —el autor de *La maison des glycines*, que hubiese firmado Albert Samain— salía de la trinchera para fumar al aire libre, mofándose de los que lamentaban su temeridad. Otra bala le mató. En realidad, los mató a ambos el hastío

de las trincheras. Pero no se necesitaba ser un soñador, ni un pensador, ni un artista, para sentir la nostalgia del aire puro, de la luz natural, del movimiento libre. El más tosco de los *poilus* sentía lo mismo que Dumas y Despax, ganándoles sin duda en poder de resistencia y en ese tesoro de los espíritus cristianos que se llama resignación.

Salí de las trincheras humildemente, compadecido de todos los hombres, de cualquier raza, condenados a hacer la guerra en condiciones tan depresivas y angustiosas. Y tan sucias… Mucho ingenio y dinero se gastaba en hacer las trincheras habitables. Pero una cueva será siempre una cueva, y una fosa, una fosa. El nuevo troglodita tenía que escudarse como pudiera contra el sol, la lluvia, la nieve, los roedores hediondos y los insectos voraces. Supuse que, de haber sido yo uno de esos hombres, hubiese imitado a Dumas y a Despax.

[20]
ADIÓS A ALFREDO VICENTI. DIVERSAS VISITAS Y ENCUENTROS EN MADRID*

En octubre hice un viaje a Madrid. Encontré en perfecto estado de salud a toda mi familia. De la salud pública, o sea de los problemas sociales —o «societarios», como decían algunos— y de las trifulcas verbales en el Parlamento me enteró con pormenores mi padre. Había habido, claro está, choques en Melilla y en la zona de Ceuta. Hubo una huelga ferroviaria parcial, que Romanones resolvió con el procedimiento de Canalejas. Proseguían germanófilos y aliadófilos discutiendo «apasionadamente» en casinos, cafés, tabernas y corros de la calle…, y en sus casas, porque «hasta el hogar llegan las disensiones motivadas por esta guerra que no concluye nunca». Y, añadía mi padre: «Menos mal que al nuestro no, porque a mí me basta y me sobra con las polémicas de la Cacharrería en el Ateneo, y lo que tu madre quiere es que ganen pronto los que deban ganar para que tú vuelvas. ¡Ay, lo malo está en las repercusiones, no sólo en la economía de la nación, sino también en la doméstica! Ha habido casi que doblar el presupuesto de la plaza. ¿Adónde vamos a parar si la guerra continúa? Se comprende que disminuyan las importaciones, con tantos torpedeos de barcos. Las notas de protesta de Romanones no tienen la menor resonancia en Berlín, pero aquí se las desvirtúa diciendo que lo que el conde quiere es llevarnos a la guerra. Créeme que esto es un callejón sin salida, porque si una parte de la opinión se indigna por los ataques de los submarinos, otra prefiere aguantarse, y en su conjunto la nación es acérrimamente neutral. Y no hay que olvidarse de los que se están llenando de millones con todo lo que por vía terrestre exportan para los aliados y por otras vías misteriosas a los alemanes, que a ellos lo único que les interesa es la ganancia. ¡Pues menudas algaradas las del Congreso cuando Alba presentó su proyecto acerca de la tributación de los beneficios de la guerra! En fin —concluía mi padre—, que

* Capítulo lxxxix del segundo volumen de las *Memorias*.

nada bueno puedo decirte de la vida pública nacional, como no sea que seguimos durmiendo a pierna suelta y que no vienen a bombardearnos esos aviones que a ti te interrumpen el sueño en París. Realmente, deberías dar la vuelta, porque, la verdad, tu madre y yo te encontramos muy nervioso y ya es hora de que reanudes tu vida literaria. Ten en cuenta que el periódico puede matar en ti al novelista. Te veo embarcado en una galera de la que te será muy difícil salir…».

A los consejos y temores de mi padre respondí diciéndole que yo tenía mediada una novela y planeaba alguna otra que publicaría a mi regreso, que mis artículos en el periódico de mayor circulación de España «difundían mi nombre y me daban popularidad» y, últimamente, que yo prefería, entonces, la vida de París a la de Madrid. «¡Allá tú!», exclamó, como solía hacerlo cuando consideraba agotadas sus razones para convencerme en cualquier asunto.

Era muy verdad que en Madrid se dormía a pierna suelta, que el pan era blanco y el cielo azul en aquel otoño admirable. Daba gusto pasear por la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, tomar café sin el azúcar medido, como en París, en el Colonial y en El Gato Negro, donde presidía una tertulia célebre el autor de *La gata de Angora*. No podía ser yo insensible a nada de esto, porque mis sentidos no eran los de un asceta y distintas cosas y espectáculos diversos de Madrid recreaban mis ojos, complacían mis oídos o deleitaban mi gusto. El Museo del Prado, el Retiro, el balcón de la plaza de la Armería me brindaban placeres visuales que nunca me darían el Louvre —entonces cerrado—, ni el bosque de Bolonia, ni la más alta plataforma de la torre Eiffel, porque, por muy universal que uno se crea, el color de la patria es el que le llega al alma.

Entrar en un teatro y oír dúos y coros de zarzuela, diálogos de juguetes cómicos, de comedias de los Quintero y Benavente, y acaso tonadillas y «cante jondo», no podía tampoco dejar de complacerme, porque así me olvidaba de muchos alejandrinos de los *sociétaires* de la Comedia Francesa, de los *vaudevilles* de Feydeau y los *couplets* de Mayol y la Mistinguette…

Y otro tanto por el lado del sentido del gusto. Aunque me deleitase la cocina de Carême, no desdeñaba yo, ni mucho menos, la de Ruperto de Nola. El cocido de mi

casa, con su media gallina, su buen pedazo de lacón y los chorizos que venían de La Estrada, me pareció mil veces superior al *pot-au-feu* y la *petite marmite*. ¡Pero si los franceses ignoraban esa maravilla del garbanzo! Pues ¿qué decir del bacalao con tomate, de los callos a la madrileña, del arroz con sus varios condimentos y, sobre todo, de la tortilla de patatas, al lado de la cual resultaban insignificantes las famosas de la Mère Poulard, que servían en todos los hoteles del Mont Saint-Michel y atraían más turistas que el propio monasterio de benedictinos elevado en su cumbre? «La tortilla de la Mère Poulard —expliqué— se compone exclusivamente de huevos y manteca. No le ponen nada dentro… Es la *omelette nature parfaite*, pero donde esté la nuestra con patatas que se retiren todas las tortillas del mundo… Pues ¿qué deciros del pescado frito? En Francia no saben freír el pescado. Imaginad que la famosa *friture de Seine*, pescaditos de río, van y la hacen con manteca de cerdo…»

—¡Qué locos! —interrumpía mi madre, divertidísima, pero sabiendo muy bien lo que había de exageración y de parcialidad patriótica en mis palabras—. Vamos, Alberto —decíame—, que a ti la manteca ya te gusta más que el aceite y… las madamas más que las señoras.

—No, mamá.

—Sí, Alberto, sí.

Y sonreía, perdonándome.

Un gran disgusto me llevé, o mejor, una gran pena sufrí al no poder visitar a mi maestro y padrino literario, por la simple y dolorosa razón de que ya no era de este mundo.

Alfredo Vicenti, el primero entre los articulistas políticos de España, escritor admirable y buen poeta además, había muerto pocos meses antes. No volvería yo a verle en su despacho de la dirección de *El Liberal*, ni a escuchar sus frases sutiles como las puntas de su bigote, ni a adivinar en el brillo y movilidad de sus ojos casi siempre lo que iba a decirme.

A él debía el espaldarazo en la orden de los caballeros andantes de la literatura, y a él las más sanas advertencias cuando sufrí algún extravío en mis novelas; a él, por fin, la presentación a Luca de Tena, que me valió la corresponsalía de *Abc* en París, que entonces consideraba, y ahora sigo considerando, como un alto honor.

Realmente, si en mi padre había aprendido yo mis primeras letras en la escuela literaria, con Vicenti había cursado las asignaturas superiores. Un grande y generoso maestro. Y no sólo para mí —por la ya referida amistad y paisanaje con mi padre—, sino con cuanto joven escritor de talento se presentaba en *El Liberal* con una crónica que a él le pareciese digna de alternar con las de José Nogales, Joaquín Dicenta y los tres Antonios de la casa, Palomero, Zozaya y Cortón. Así, al mismo tiempo que yo, fueron cronistas de aquel periódico, que presidía el «fondo» insuperable de Vicenti, Pedro de Répide y Bernardo G. de Candamo, y un poco más tarde Diego San José y Alfonso Hernández Catá.

Ni pasar quise por la calle del Turco. ¡Había subido tantas veces aquella escalera de mármol, con el pasamano de terciopelo carmesí, para detenerme ante la mesita del ordenanza y preguntarle «si podría recibirme don Alfredo»! Siempre pudo recibirme. Y ahora, claro, ni me importaba saber quién fuese el nuevo director. (Tengo entre mis papeles algunas páginas inéditas de Vicenti, que proceden del archivo de mi padre, así como todo un epistolario de Emilia Pardo Bazán. Pero de sobra se me alcanza que no encontraré editor para estas reliquias.)

A quien hallé «en forma», como dicen los deportistas, para proseguir su carrera triunfal en el periodismo fue a Luca de Tena, con quien no había dejado de comunicarme epistolarmente desde París. No visité a don Torcuato en el periódico, sino en su casa particular de la calle de Ayala, si no estoy transcordado, pues podría ser en otra del barrio de Salamanca. Recuerdo muy bien un gran vestíbulo y un amplio corredor, al término del cual, en una a manera de rotonda acristalada y con su correspondiente juego de cortinas, me recibió efusivo el gran periodista.

El fundador de *Blanco y Negro* y *Abc* —y de otros periódicos y revistas como *Actualidades*, *El Teatro*, *Gente Menuda* y *Los Toros*— era todavía un hombre joven. Su edad no pasaría de los cincuenta y cinco años, y es sabido que la juventud no es cuestión de fechas, sino de actos. Don Torcuato «actuaba» con la energía y el entusiasmo de su primera juventud, como cuando lanzó el primer número de *Blanco y Negro*.

Era sobrio, pero vibrante, en sus palabras. Apasionado, pero aunque sus pasiones fueran nobilísimas —el amor de su patria, la cultura y el arte— él sabía «equilibrarlas, no permitiendo que fuesen ciegas».

De haber sido verdad lo que decían entonces sus rivales, «que era un germanófilo acérrimo», ¿cómo me hubiese honrado a mí con la corresponsalía de su diario en Francia y dado a las cajas todos, absolutamente todos mis artículos sin tachar ni una línea?

Me importa repetir que don Torcuato Luca de Tena ha sido uno de los españoles más íntegros y uno de los espíritus más independientes que me ha sido dado conocer y admirar en mi vida.

En aquella visita a que me refiero, después de reiterarme su satisfacción por «el sentido periodístico de mis crónicas», no dejó de dolerse del equívoco que pesaba sobre su periódico en la Cancillería del Quai d'Orsay. La idea de un periódico extranjero neutral, que abriese sus columnas a las dos corrientes de opinión del país o, si se prefiere, a sus dos modos de sentir la guerra, resultaba, al parecer, inconcebible para aquellos señores… Pero él no cejaría en su propósito y mantendría al *Abc* en su situación, que era la de un espejo que reflejaba, con todos sus matices, las dos zonas de la opinión española. No podía estar más claro. Ya tenían los aliados en España su prensa adicta y los alemanes la suya. Razón de más para que existiese un periódico como el suyo, que no estaba en contra ni en favor de ninguno de los bandos y donde cada colaborador gozaba de una absoluta independencia de criterio.

De no haber yo pensado al unísono con Luca de Tena en este asunto, ni hubiese aceptado colaborar en *Abc* —donde me acompañaban aliadófilos tan ilustres como Azorín, Manuel Bueno y Federico García Sanchiz— ni le habría escrito una carta en que le decía «La verdad se abrirá paso» y que él reprodujo en lugar muy visible de su diario. Carta que el lector, si lo desea, hallará en el tomo de la colección de *Abc* correspondiente a aquel año, 1916.

Yo no la conservo. ¡Han sido tantos mis papeles perdidos! Pero hoy volvería a escribirla.

Luca de Tena, al término de la entrevista, se aproximó a su escritorio y plumeó sobre una hoja de papel, que puso luego en mis manos. Cinco o seis líneas nada más. Con ellas doblaba los honorarios de mis artículos.

Por aquellos días volvieron a Madrid algunos profesores, literatos y aristócratas que habían sido invitados por el Gobierno francés para contemplar «las ruinas de

Arras y de Reims, asomarse a las trincheras y asistir a fiestas dadas en su honor en el palacio presidencial del Elíseo y el Hôtel de Ville —Ayuntamiento— de París».

Sólo pude hablar con uno de estos rápidos espectadores de la guerra, en el «teatro» de Francia, porque, no obstante pertenecer a una generación muy distante de la mía, y algo menos de la dispersa del 98, era mi amigo. Me refiero al novelista y académico —si no me equivoco, secretario, entonces, de la Real de la Lengua— don Jacinto Octavio Picón, persona muy afable y de cuyas novelas decía, arbitrariamente, algún noventayochista que superaban en virtudes somníferas al opio y el veronal. Ya hubiese querido el autor de este chiste estúpido haber escrito *Dulce y sabrosa*, que es una de las mejores novelas de la que llamaremos «época de Galdós», por ser éste su figura más notoria, y la *Vida y obras de don Diego Velázquez*, biografía y estudio crítico excelentes del insuperable pintor.

Ello es que fui a visitar a don Jacinto Octavio, que él me correspondió la visita y que su opinión acerca del desenlace de la guerra fue «que la tenían perdida los alemanes». Creo que pensaban lo mismo el historiador Altamira, el duque de Alba y don Ramón Menéndez Pidal, que figuraron en aquel grupo de visitantes ilustres. Pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es de que otro escritor nuestro, de los grandes, en cuya prosa se advertía una feliz influencia de los clásicos del XVII, pensaba todo lo contrario. No me lo dijo. Y eso que entre él y yo existía una confianza de camaradas. Me refiero a Ricardo León, cuya germanofilia, o mejor, franco-anglofobia, era muy vehemente. Por lo cual junto a mí, sin duda, siempre prefirió ocultarla. Como yo, por mi parte, las dos o tres veces que nos vimos en aquel octubre, oculté mi apasionada francofilia.

Recuerdo, sobre todo, una tarde en que estuvimos sentados como una media hora en uno de los bancos de piedra del paseo del Prado. Pues bien —y esto es una de esas flores que sólo nacen en los huertos de la amistad—, no se cruzó entre nosotros una frase, una palabra que aludiera «a aquello que nos distanciaba», pero sí se pronunciaron muchas sobre los sentimientos e ideas que «nos unían». Éramos dos españoles, dos escritores, dos católicos y dos amigos de veras, entre los cuales no era posible que asomara su nariz esa bruja de la envidia, ya que nos queríamos y admirábamos mutuamente, alegrándonos, también de una manera recíproca, el uno de los éxitos del otro. Mayores, ¡oh, muy mayores!, los de Ricardo que los míos.

Hablamos de literatura. Las guerras, la política, los regímenes de gobiernos —o desgobiernos— de los pueblos pasan. Pero la literatura queda y es, entre todas las artes, la que mejor resiste a las devastaciones del tiempo. Frente a las ruinas de la Acrópolis surgen la juventud y fragancia inmarcesibles de los diálogos platónicos. ¿Y qué sería de nosotros, los españoles, sin esas mentes floridas y en floración constante que se llaman Santa Teresa, Cervantes y Fray Luis?

Bueno, de esto hablábamos Ricardo y yo. De ese poder de la literatura para elevarse, en una a modo de levitación gloriosa, de lo momentáneo e inmediato —que puede ser horrible— a esa altitud del ensueño donde el artista recibe el soplo y aspira el perfume de la Belleza y la Verdad. Claro que Ricardo y yo viajábamos en una nube y cielo arriba, para mirarnos como en purísimos espejos en las miradas de los grandes escritores, así fuera su pluma la del poeta, como la del místico, del pensador o… del novelista. ¡Ay, quién escribiese una, una sola, como *La española inglesa* o el *Coloquio de los perros*!

Finaba octubre y en el Prado era todavía el verano. La prueba, que ahí estaba, en una esquina del paseo, el quiosco de bebidas donde el vaso de la rubia cerveza y el de la cándida horchata se ofrecían por unos céntimos a los paseantes y los conversadores como nosotros.

—Te convido, Ricardo.

—No, yo a ti.

—Pues yo, horchata, que no cambio por los mejores sorbetes de Tortoni.

—Pues yo, verás tú, algo más refrescante y también muy castizo: agua de cebada con limón.

De acuerdo. Como no se brinda con líquidos no alcohólicos, no chocamos Ricardo y yo nuestros vasos. Estaba visto que de ninguna manera queríamos chocar.

Vi entonces en Madrid a otros amigos. En el Ateneo a los de siempre: Enrique de Mesa, Candamo, Federico García Sanchiz, Pérez Bojart, Rafael Urbano el teósofo, Díez Canedo, siempre ratonando en la biblioteca.

A la Cacharrería no quise ni asomarme, pues entre sus contertulios, según me advirtió mi padre, predominaban los germanófilos. Pero, no faltando anglófilos y francófilos de lengua aguda, las discusiones solían encresparse y agriarse. Siempre he rehuido las discusiones y las polémicas de viva voz, que para discutir, si a mano vie-

ne, dispongo de mi pluma, pero aquellos «duelos oratorios» de la Cacharrería me habían parecido siempre deplorables por su esterilidad absoluta y su tendencia desaforada al chiste trivial y a algo que llamaban «reóforo», nunca supe por qué, pues el reóforo, en física, es un conductor de electricidad, y en el Ateneo equivalía a una frase ininteligible y burlesca que se lanzaba para confundir al auditorio.

Un espacio de Madrid que siempre me había gustado era el que formaban las paredes, el techo y el piso de uno de los cafés con más clientela de la calle de Alcalá. Me refiero a la Maison Dorée, que yo había frecuentado mucho con Manolo Tovar y donde Felipe Trigo acostumbraba revisar junto a una ventana las pruebas de sus novelas. Hombre, como ya he dicho en otras páginas, de diálogo ingenioso y modales corteses, era natural que hablase de sus éxitos, de las reediciones de sus libros, de las cartas de sus admiradoras, porque es muy raro el artista, y sobre todo el escritor, que resiste a la tentación de pavonearse con sus triunfos, y más cuando, como en el caso de Trigo, eran reales y se traducían en pesetas, pues el autor de *Las ingenuas* fue durante un par de lustros uno de los cinco novelistas más solicitados por el público. Estos cinco eran entonces, mudando cuanto haya de mudarse en la escala de los méritos, el gran don Benito, Blasco Ibáñez, don Armando Palacio Valdés, Ricardo León y el autor de *Alma en los labios*.

Tenía yo en la Maison Dorée un amigo camarero, como antaño lo había tenido en Fornos. Los amigos que más me interesan son los que ejercen una profesión, un arte u oficio diferente del mío. Los amigos escritores, en la hipótesis de que sean inteligentes, ¿qué pueden enseñarme sino «más literatura»? En cambio, aquel amigo camarero de la Maison Dorée, que se apellidaba Molina, me habló muchas veces de Cuba, donde había hecho la guerra hasta el final, contándome episodios que yo ignoraba; diciéndome, verbigracia, cómo había visto caer de su caballo, ¡igual que a un rey!, al general Santocildes, en el combate de Peralejo; que él, Molina, estuvo a punto de casarse con una negra, pero que a tiempo se arrepintió; que la ginebra que servían en la Maison Dorée, y habían dado en llamar algunos clientes «cocido», no era la que se preparaba en Cuba en las «bodegas» con azúcar moreno, el ramito de hierbabuena y nada de jarabes ni de cascaritas de limón. «¡Allá sí que se bebía, y donde estuviese el daiquiri que se quitasen todos los “cotéles” de la casa Pidoux!»

Molina, Pepe Molina, por su dicción parecíame jaenés. Nunca le pregunté de dónde era. Tenía un perfil noble, el pelo muy negro y rizoso y peinado como se lo peinaba don Antonio Fuentes, que había sido «su torero favorito» y con el cual tenía cierta semejanza en las facciones. No hubo mozo más elegante ni cumplido que este Molina en todos los cafés de Madrid. Sentía uno ganas de decirle: «Siéntese usted a mi lado, beberemos juntos».

Una de las tardes de aquel octubre, conforme me servía mi «ginebra compuesta», me preguntó, de pronto, «si me acordaba de don Felipe». Yo no me hice cargo en seguida de qué don Felipe pudiera tratarse, y cuando investigué:

—¿Qué don Felipe?

—¡Hombre, don Alberto, qué don Felipe ha de ser sino el que se sentaba en aquella mesa, junto a la ventana, con todos sus papeles! —me respondió.

—¡Ah, sí, perdone usted, Molina, don Felipe Trigo! ¡Pues ya lo creo que lo recuerdo!

—Usted sabrá que… —y Molina con dos dedos de su diestra fingió una pistola, que se llevó a la sien.

—No —repuse—, creo que el tiro se lo dio en el pecho, exactamente sobre el corazón.

Aquel día me supo mal la ginebra. Siempre he meditado sobre el suicidio conforme a la filosofía cristiana, y no la pagana, por lo cual dejo a un lado a los Sócrates, los Lucanos y los Sénecas y demás suicidas ilustres anteriores al cristianismo, y compadezco a los Fígaros, los Nerval, los Vesteiro Torres, los Ganivet y los Trigo que no hallaron en la moral del Evangelio las razones dulces y profundas de la resignación y la esperanza. Los médicos suelen diagnosticar «neurastenia». Pero contra la neurastenia también en el «recetario» de Jesús se encuentran remedios.

Como ya hacía más de un año de la muerte voluntaria del autor de *Sor Demonio* nadie, salvo Pepe Molina, me habló de él en Madrid.

Anduve por varios teatros: saloncillos y entre bastidores. Pero sólo frecuenté el de Eslava, que dirigía Gregorio Martínez Sierra y cuya actriz estelar era Catalina Bárcena. Fue para mí entrar de nuevo, sin pasar muy adelante, en los dominios de Melpómene y Talía, tierra próvida para los menos, árida para los más, donde unos cortan laureles y recogen espigas doradas, otros hozan por si encuentran las trufas que se

convierten en billetes de banco y son muchos los que salen con las manos vacías y el espíritu lleno de amargura y rencor. Tierra embrujada, fascinante.

No dejaba de sorprenderme la poca atracción que ejercía sobre mí, que jamás hubiera puesto el pie en ella sin las instigaciones y aun las súplicas de mi cuñado Hernández-Catá: uno de los escritores de mi tiempo que más febrilmente han padecido —me atreveré a decir— la «enfermedad del teatro».

No tenía yo el menor propósito de volver a escribir comedias cuando fui a visitar en el saloncillo de Eslava al autor de *Canción de cuna*. Yo era, quizá, el único que iba a verle sin la consabida obra en el bolsillo o debajo del brazo. No estaba tan distante mi gran éxito en Lara, en compañía de Alfonso. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza habían puesto en escena un drama «de los dos», que fue muy aplaudido en América y no tanto en Madrid, y Margarita Xirgu, María Palou, Nieves Suárez, Ernesto Vilches y Ricardo Puga habían interpretado también obras nuestras con resultados estimables. Quiero decir con todo esto que no le hubiese sorprendido, sino complacido, a Martínez Sierra que yo le llevase una comedia. Y como no se la llevé él me la pidió, diciéndome que deseaba que «fuera exclusivamente mía». Y entonces me dijo acerca de las colaboraciones cosas que me parecen dignas de ser recordadas cuando, por estos años 52 y 53 de nuestro siglo, hay voces que propalan y plumas que escriben que la conocida, y jamás negada por Gregorio, colaboración suya con su esposa, María Lejárraga, no existió nunca, sino que era ella la única autora y él solamente el firmante de las obras.

Como en aquella ocasión yo le objetara a Martínez Sierra:

—¿No es todo su teatro en colaboración con su mujer?

—Sí —me respondió—, pero, aparte de que es una colaboración muy íntima y de que las obras vienen a ser «como nuestros hijos», de común acuerdo María y yo hemos decidido que ella oculte su nombre por entender que al público le atraen más las obras de un solo autor que las de dos autores.

—¿Y los Quintero? —reargüí.

—Son como si fuesen uno —me contestó lapidariamente Martínez Sierra.

No era que éste «tuviese nada contra Alfonso», sino que estaba convencido de que había en mí un hombre de teatro, que ese hombre estaba ya en mis novelas y que le parecía absurdo que no continuara escribiendo «yo solo» dramas y comedias. Le

respondí que el «hombre de teatro» no era en mí natural o congénito, sino postizo, porque aun en la infancia, cuando los futuros autores juegan a los teatros, yo había preferido otros juegos; que en la novela podía uno andar sin trabas, sin las preocupaciones del empresario y de los actores, y en el teatro él sabía tanto como el que más los disgustos y las angustias por que pasaba el autor… Seguí emitiendo más tópicos por el estilo, hasta que Martínez Sierra me dio el alto diciéndome con una sonrisita afable, pero burlona:

—Lo que a usted le ocurre es que tiene miedo.

A lo que respondí:

—Sin duda, miedo al público, a cierta parte del público, y a los críticos que sólo saben «pegar». Pero si yo fuese un hombre de teatro, como lo es usted, como lo es Benavente, como lo es el dúo de Serafín y Joaquín, sabría dominar esos temores y entrar en la batalla teatral arrostrando todas sus consecuencias. No obstante, querido Gregorio —concluí—, yo le escribiré a usted una obra, a ver qué ocurre.

Y así terminó aquel coloquio. Aparte de las suyas, que predominaban, como es lógico, en los carteles de Eslava, disponía Gregorio de una reserva incalculable de comedias, de otros autores, ya conocidos o en cierne. Estaba entonces en turno o en ensayo una de Felipe Sassone, titulada *A campo traviesa*, que fue uno de sus mayores éxitos. Rara fue la vez que no le vi en el saloncillo, de palique con el director, o por los cuartos de los actores y actrices, siempre con su monóculo y su verba epigramática. Gran escritor y amigo muy estimado.

Lo que no recuerdo bien es si conocí por entonces, o un año más tarde —cuando vine desde París a estrenar la obra ofrecida a Martínez Sierra—, a un joven de unos dieciocho años, vestido con sobria elegancia, que aspiraba a estrenar una comedia. Era más bien alto y delgado, de ademanes circunspectos y palabras muy medidas, pero daba la impresión de poseer una gran confianza en sí mismo. Su nombre de pila, doble, era Juan Ignacio. Antes de presentármelo, en el cuarto de Catalina Bárcena, me dijo Martínez Sierra:

—Ahí está el chico de Luca de Tena. Me trae una comedia. ¿Cree usted que valdrá?

Respondí:

—Si heredó el talento de su padre y lo aplica al teatro, ¿no ha de valer?

[21]
EL TEATRO DE LA GUERRA EN 1917*

Acudo a mis recuerdos, paso en revista mis artículos, no dejo de consultar algunos libros, y 1917 me parece el año clave de la que fue llamada Gran Guerra, porque los hombres que la sufrieron pensaron que no había habido ni podría haber nunca otra mayor. 1917 fue el año de los imponderables, en el sentido político de la palabra, que viene a significar lo que no pudo suponerse, ni sospecharse, y no figuró, por lo tanto, en las cábalas de las Cancillerías, en los planes de los Estados Mayores, ni en los discursos y peroratas de los Parlamentos. O sea, en la balanza donde se pesa el pro y el contra de todas las acciones y empresas humanas y cuyo almotacén tiene un nombre muy bello y muy trágico: el Azar.

Los autores de la Triple Entente no podían presumir la revolución social y el derrumbamiento de los ejércitos de Rusia; Guillermo II y sus generales y ministros no pudieron, «ni remotamente», imaginar la intervención de los Estados Unidos en la guerra. Estos dos enormes hechos, imprevisibles en 1914, inesperados todavía en 1916, reales y desconcertantes en 1917 (desconcertantes, digo, porque la Revolución rusa se inició con buen cariz para los aliados, y porque la intervención norteamericana no intimidó de pronto a los alemanes, sino que los «reanimó» para seguir la lucha), fueron, por decirlo así, los dos laterales del escenario de la guerra. Por uno, el siniestro —la Revolución rusa—, podía escapársele la victoria a la Entente; por el otro aparecer, áptera, pero pisando fuerte con sus grandes pies sobre coturnos de oro. Sí, los aliados iban a ganar la guerra con los dólares de Norteamérica, bien administrados por Mr. Wilson. Pero en poco estuvo que la perdieran, cuando casi la tenían ganada, por la infiltración y el contagio del morbo soviético en ciertas unidades de los ejércitos y determinados grupos políticos de Francia.

* Capítulo xciii del segundo volumen de las *Memorias*.

Era muy verdad que Alemania sabía —y admitía— la imposibilidad de ganar la guerra, que había sido lo soñado. Pero también sabía que podía ganar otra, mucho menor, que le permitiese pactar en buenas condiciones.

Para entender ese año tremendo, abisal unas veces, con luces de alborada otras, desde mi puesto de espectador en Francia, nada mejor, opino, que considerarlo teatralmente, como tragedia antigua u ópera moderna, wagneriana, si le place de este modo al lector. Los actores de la tragedia, o cantantes de la gran ópera, son, a mi parecer, los siguientes: por el lado alemán uno solo, figura de cíclope, pero con dos ojos bien penetrantes, de lince: Hindenburg. El Ulises de este Polifemo se llamará Clemenceau. Y éste, alias el *Tigre*, luego *Papá*, y, por último, *Le Père-la-Victoire*, será *la grande vedette* (perdón, que no se trata de una revista del Folies), el primer actor en el reparto de la tragicomedia de Francia. Pero existen otros dos *rôles* de suprema importancia y sin los cuales hubieran sido estériles el arte y el genio del primer actor: se llaman Foch y Pétain. Al actor inglés ya le conocemos: «trabajará» desde el principio hasta el final de la obra, es más bien pequeño, rechoncho y sonrosado; se llama Lloyd George.

Los Estados Unidos de la América del Norte figuran en la lista de actores con dos veces la W: Woodrow Wilson. Y Rusia, ¡ah, Rusia!, es la caja de Pandora que se abre y, después de presentarnos al fantoche Kerenski —la revolución que sonríe—, da suelta a las hidras que ocultaba en su doble fondo: Trotski y Lenin, la revolución que muerde, la revolución que emponzoña, la revolución que firma la paz de Brest-Litovsk para declararle la guerra comunista al mundo.

Así pues, sin desdeñar los segundos, ni los terceros, ni los cuartos papeles, escuchando los coros y hasta anotando la aparición de algún comparsa, creo posible insistir en que los grandes actores de la tetralogía de aquella guerra (no se olvide que duró cuatro años) fueron, en 1917, Hindenburg, Clemenceau, Foch, Pétain, Wilson, Kerenski, Trotski y Lenin. Ludendorff, genio militar sin duda, es como uno de los resortes o reflejos de Hindenburg. Éste ha sido quien concibe esa Línea Sigfrido que permite estacionar y prolongar la guerra en Francia y concluir el aplastamiento del frente ruso. El general Nivelle, diríase de pronto que va a ser el segundo héroe —el

primero fue Joffre— del cuadro militar de Francia. Pero no. Los héroes-dióscuros van a ser Foch y Pétain. El fracaso de Nivelle en una ofensiva —y nunca es uno solo el responsable de un fracaso— hace subir esa ola de lo que se llamó «derrotismo», en la cual sobrenadaron, como hábiles tritones, Caillaux y Malvy y quedaron sobre la arena, para ser recogidos por el sepulturero, unos títeres que se habían complicado en la farsa de la paz a destiempo. Títeres trágicos que ya casi nadie recuerda: Bolo Bajá, Lenoir, Almereyda, la majestuosa espía Mata Hari… Fusilamientos en los fosos de Vincennes, muertes misteriosas en la prisión de Fresnes, encarcelamiento de Caillaux, destierro de Malvy. Que si la cabeza de Caillaux, «peligrosamente inteligente», recibirá o no el tiro de gracia en Vincennes, constituye un *pari*, un juego de apuestas, durante varios días. Pero no cae la cabeza de Caillaux, personaje que resucitará de su «muerte política» una vez pasada la tormenta bélica.

Yo estoy en el teatro y mi papel —minúsculo— es el de un crítico que debe dar cuenta en su periódico del desarrollo de la farsa y el juego de los comediantes. Pero soy un crítico parcial, no sólo porque mi única visión directa es la que corresponde a Francia en el escenario, sino porque mis juicios se inclinarán a favor de los beligerantes occidentales, así como los del «crítico» que ocupa una butaca en Berlín, en Viena o en Constantinopla es lógico que favorezcan a los germanos y sus satélites. También hay «críticos» desde fuera, en los países neutrales, que dicen de la función «lo que les parece o lo que les dictan». En realidad, y como antes dije, hubo un momento, en abril de aquel año, en que pudo pensarse que «no habría nunca manera para la Entente de ganar la guerra, con los norteamericanos y sin ellos», y que el conflicto no se resolvería en una ni en cien batallas, sino «por tablas». Ello es que los alemanes, por tierra, triunfaban en los frentes orientales y en el occidental asombraban al mundo con su repliegue a la Siegfried Stellung, la zona fortificada concebida por Hindenburg para reducir el frente, establecer sus líneas en mejores condiciones y dar tiempo a que los submarinos, cada vez más numerosos, siguieran dañando al comercio y retrasando los preparativos del adversario.

La gran ofensiva de Nivelle, retrasada por orden del ministro de la Guerra, el matemático Painlevé —el cual esperaba que la intervención norteamericana supliese la deserción de los rusos—, se inicia con algunos éxitos locales y concluye en el fracaso

estratégico que determina la crisis en los altos mandos militares, resuelta, en cierto modo, con la destitución de Nivelle, a quien sustituye Pétain. Más de cien mil hombres le había costado a Francia la frustrada operación del Camino de las Damas, que bien merecía el nombre de Camino de las Parcas. En ningún período de la guerra escuché en París tantos rumores pesimistas, tanta frase de desaliento. Se hablaba de cuerpos enteros del Ejército sublevados, de fusilamientos en masa de jefes, oficiales y soldados… Era «la peste rusa» que se propagaba en Francia. Los americanos —decíase— han llegado «demasiado tarde». Ese Mr. Wilson sería el «hombre de los catorce puntos», pero no el de «las botas de siete leguas». Yo sentía debilitarse mi fe en el triunfo final de los aliados, pero me guardaba muy bien de decirlo en mis artículos. En mi opinión, compartida por muchas personas, entre ellas el siempre ponderado Monsieur Lafont y la exaltada Renée, lo que ocurría se llamaba «cansancio» y el remedio tenía este nombre: «paciencia». Eran ya más de treinta y dos meses de guerra, de batallas en que se saltaba de las trincheras para volver a enterrarse, de bombardeos nocturnos de París, de frío en las casas, de pan negro en las mesas, de restricciones de todo género, de duelos y lutos en las familias, y… no se veía la solución. Era un tejer y destejer, como si Belona se hubiese apoderado de la tela de Penélope y nada quedase hoy del tejido de la víspera. ¿Hasta cuándo? Pues hasta Clemenceau.

[…]

Yo tuve un modo de alejarme en espíritu de la guerra, de suprimirla en mi imaginación, y fue el trabajar en una novela que ni la más remota relación tenía con los hechos trágicos o tristes de que era testigo más o menos directo. Una novela de amor, naturalmente, y cuyos episodios se sucedían en Madrid, en la Bretaña francesa y en Mallorca, todo en años anteriores a la llegada a Europa de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Siempre será para los escritores esto de escribir un libro ajeno a las circunstancias que los rodean una fórmula magnífica de evasión. La pluma se transforma en lima que corta los barrotes del ventanillo del calabozo. Y esta imagen no es caprichosa, ni simplemente retórica: yo padecía con frecuencia la sensación de estar preso y de ser yo mismo mi carcelero. Un ideal, que al cabo de los años habría de parecerme engañoso, pero que entonces era todo luz en mi alma, me había apartado «de lo

mío», de mis ambiciones literarias, de mis comodidades domésticas y de los placeres normales de mi juventud, para contraerme a una vida dolorosa, porque yo no acertaba, como otros, a presenciar la guerra «con mirada objetiva», o como una enorme partida de ajedrez, para aplaudir al ganador, sino con ojos de buen cristiano, pero con una nube de latinidad. Y esto de la «nube de latinidad» quiere decir que yo veía en Alemania una adversaria del espíritu latino, representado entre los beligerantes por Francia e Italia y «un poco» por la misma Inglaterra, y que la hipótesis de una victoria alemana, de la supremacía en el mundo del espíritu de Bismarck, no el de Goethe, me daba miedo por todas las naciones latinas, y, más que por ninguna, por España, en quien lo germano y lo árabe no habían logrado nunca suplantar el aliento de Roma, de esa Roma a la que habíamos pertenecido, pero también dominado con emperadores, poetas y filósofos de nuestro suelo.

Ya no era de temer esa hegemonía. Pero una paz firmada entonces no hubiese hecho —en mi opinión— sino retrasar la hora en que Alemania insistiría vigorosamente por imponerla.

En fin, estos pensamientos me afirmaban en mi propósito de seguir siendo con mi pluma «un defensor más de la causa latina», y, en efecto, en mis artículos para *Abc* y periódicos de Hispanoamérica no se notaba la menor vacilación, la menor duda acerca del triunfo total de los aliados, aunque muchas veces en el aire de París me pareciera respirar esos miasmas del «derrotismo» que denunciaba y perseguía ferozmente, como un buen tigre, el viejo Clemenceau.

[…]

[22]
EL ÚLTIMO DISPARO. ¿QUIÉNES LE CONVENÍA A ESPAÑA QUE GANASEN LA GUERRA? UN RESPIRO PARA CONTINUAR*

La guerra terminó a las once de la mañana del día 11 de noviembre —dos veces 11—, cuando el oficial que mandaba el regimiento inglés King-Edward's Horse, reloj en mano, ordenó cesar el fuego. Habían caído en esta operación dos alemanes.

Las cláusulas del armisticio exigían la evacuación de Francia, Bélgica, Alsacia, Lorena y el Luxemburgo dentro de dos semanas; la entrega de no sé cuántos cañones, ametralladoras, aeroplanos, locomotoras, vagones y camiones —todos juntos pasarían de las doscientas mil unidades—; la evacuación de la orilla izquierda del Rhin, y en la derecha el establecimiento de tres cabezas de puente, y una zona neutral, profunda de diez kilómetros, desde Suiza hasta Holanda; la devolución de todos los prisioneros, sin reciprocidad; la renuncia a los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest; la evacuación de las tropas alemanas que operaban en el África oriental; la entrega de todos los submarinos; la internación de gran parte de la flota alemana y desarme del resto y, por fin, la inmovilidad y concentración de todas las fuerzas aéreas.

Es fácil de imaginar la aflicción del pobre Erzberger al suscribir estas condiciones, que los *revanchistes* franceses estimaron «demasiado blandas». No obstante, *le fait accompli* del término de las hostilidades, el pensar en cada casa que el hijo, el hermano, el padre, el marido, no partirían ya para el frente, la ilusión —lograda— de la recuperación de Alsacia y de Lorena, el retorno de los prisioneros, la seguridad de las noches tranquilas, cuanto, en fin, traían consigo los laureles de la victoria, alejaban, aun de los espíritus más previsores, el temor de una guerra futura. Los que, por su edad, habían vivido y sufrido la del 70 se felicitaban de que París no hubiese arrostrado las hambres y los horrores del sitio, con su epílogo rojo —sangre y fuego— de la Commune.

* Capítulo CIII del segundo volumen de las *Memorias*.

Claro está que los hospitales seguían llenos de heridos, que se veían por las calles muchos hombres inválidos, mucha gente enlutada, muchas *gueules cassées* —recompuestas en cierto modo por la cirugía plástica (algunas quedaban espantosas)—, y que las familias hacían el balance de sus bajas, y las ciudades y los pueblos de sus ruinas: de algunos sólo quedaban escombros y tal vez la huella de sus calles. Pero no importaba, nacionalmente. Francia había ganado la guerra. La había ganado —como proclamaría Clemenceau en el Parlamento— en compañía de «sus valerosos aliados» y «asociados», que así designó Wilson a sus hombres; pero como las batallas «decisivas» se libraron sobre el suelo de Francia y como en puridad de verdad no hubo entre los de Occidente generales mejores que los de Francia, ni estadista que superase a Clemenceau en inteligencia y en paciencia, no deberá extrañar que la mayoría de los franceses creyeran que ellos solos habían ganado la guerra.

Por su parte, los ingleses podían decir —y lo decían— que sin su dominio en los mares no habría habido bloqueo de los imperios centrales, ni fracaso de la guerra submarina, ni fácil transporte de las tropas y pertrechos norteamericanos. Y los belgas podían sostener que el primer golpe lo recibieron ellos, y que gracias a su resistencia, al sacrificio de Lieja y Amberes y al arrojo de sus soldados, a los defensores de Francia les fue posible rectificar los errores de su Estado Mayor —que esperaba la invasión por la frontera del Este— y ganar la batalla del Marne. Todo esto era cierto. Y aún podía añadirse que la entrada de Italia y Rumania en la guerra, extendiendo los frentes, y el primer período de las campañas de Rusia significaron también elementos importantes de la victoria.

Estas realidades, estos hechos, obligaban a reconocer, con criterio militar, los méritos de Alemania, que, por decirlo así, se había batido durante cuatro años largos «casi sola» contra la coalición occidental, pues sus aliados de Austria-Hungría no habían estado, ni mucho menos, a su altura, y los turcos y los búlgaros le «habían fallado» cuando más necesaria hubiese sido su resistencia.

Reflexiones de esta índole las hacía yo en mis artículos y ante algunos franceses de pensamiento «filosófico» que lograban superar la pasión patriótica y reconocer las virtudes militares del adversario, virtudes que podían ser una amenaza en lo futuro. ¿En qué futuro? Esto era lo que intentaban prever y prevenir los hombres que en París y en Londres proyectaban las cláusulas del tratado de paz movidos por dos temores: el

de un restablecimiento bélico de Alemania y el de que Wilson llegara con unas tijeras muy jurídicas a recortar las tales cláusulas cuando le parecieran leoninas. Pero la parte de la victoria ¿no ha sido siempre la del león?

Mi padre me había preguntado en una de sus cartas «si yo había pensado alguna vez en quiénes le convendría a España que ganasen la guerra». Él era uno de esos españoles «con la espina de Gibraltar clavada en el corazón». Francófilo hasta cierto punto, y su anglofobia se habría atenuado si «por un acto, no de generosidad, sino de mera equidad, los ingleses nos lo hubiesen devuelto». Además —decíame—, «no comparto, no puedo compartir tu admiración por los yanquis, porque yo me aplico el "*Remember the Maine*", y me acuerdo de otras cosas: de la Loma de San Juan y El Caney, de Santiago y Cavite, y pienso que sin todo eso Cuba y Filipinas seguirían siendo nuestras». Como caminante histórico —todos discurrimos por los senderos de la Historia—, él se había detenido en «su» 98, «que no era, ciertamente, el de los intelectuales que dudaban del vigor de España para reponerse de sus descalabros y resurgir gracias a las portentosas reservas de su espíritu». En una de sus cartas, fechadas en aquel noviembre, insistía en que yo volviera pronto a Madrid. «Ya has hecho bastante por esa Francia de tus amores —argumentaba— y es hora de que vengas a trabajar aquí, en lo tuyo y por lo tuyo. Y lo tuyo no es sólo la familia, es también tu patria.» Algo por el estilo me dijo Blasco Ibáñez, una de aquellas mañanas en que celebrábamos el fin de la guerra, conforme bajábamos del brazo las escaleras de la Maison de la Presse: «Usted ahora debe volverse a Madrid y reanudar su carrera de novelista. Está usted perdiendo el tiempo».

Yo creía, por el contrario, que estaba ganando el tiempo, porque «había vivido» un período de la vida del mundo que cambiaba los derroteros de la humanidad, y porque lo había vivido «universalmente», sintiendo como mías todas las angustias del tránsito de una época a otra y todas las esperanzas de que en la nueva era se lograse la concordia entre los hombres. Dos eran las mayores consecuencias de la guerra: el triunfo del comunismo en Rusia y la intervención de los Estados Unidos en las cuestiones de Europa. O sea, el orto de dos nuevas potencias, ideológicamente antagónicas, que señalaban el ocaso de las europeas y habrían de enfrentarse en un futuro más o menos próximo.

Pero, por encima de estas reflexiones, de estas hipótesis y conjeturas, se elevaba mi alegría —y la alegría no es un estado de ánimo filosófico— por la palpitante y tangible victoria de los pueblos que representaban «mi» historia y «mi» cultura de hombre latino. «La germanización del mundo —pensaba— me hubiese resultado irrespirable.» Mi padre tenía razón al hablar de «la Francia de mis amores», amores que él y yo estimábamos de distinto modo: él, temeroso de que influyeran en detrimento de mi españolidad, y yo, persuadido de que, afinándome literariamente, de que saturándome del espíritu —del *esprit*— de Francia no hacía sino aumentar las calidades de mi arte. Podía ser un error, una ilusión, pero tal era, lo repito, en aquellas horas de mi vida mi más profundo sentimiento.

El sentimiento de cada cual —no lo ignoro— es como una sombra o un espejismo de su pensamiento. Y el pensamiento en los hombres de mi clase —que es doble: literaria y universitaria— lo conforma y dirige su cultura. Yo no me había «cultivado» en universidades alemanas, yo no sabía el alemán, era un latino, nada más que un latino, y Francia, tanto como España, parecíame uno de los baluartes de la latinidad. Francia, con sus influjos germánicos. España, con sus rasgos árabes. Por donde no me era posible admitir que, conciliando esas dos maneras de ser latino, corriera yo el riesgo de ser menos hispánico, sino que —lo repito— fortificaba esa manera de ser.

¡Irme yo de París, entonces, ni pensarlo! Quien había pasado bajo su cielo las horas crueles, los días tormentosos, la noche de cuatro años de guerra, tenía derecho a disfrutar de la mañana luminosa de la paz. Esa luz —como nos ocurre a todos en la vida cotidiana, cuando tras un sueño lóbrego nos despierta un rayo de luz y nos llega el perfume de una floresta próxima o de un jardín cercano— producíame una euforia, una *joie de vivre* que me volvía el alma niña, suprimiendo de ella cavilaciones y temores, incitándola a recrearse, a deleitarse con todas las venturas del momento. ¿Frivolidad? ¡Oh, sí, mucho de frivolidad! A mí la frivolidad es lo único que me aparta de la angustia, que me proporciona respiros en la ascensión de la montaña de la vida, que nos impele, por modo inevitable, al precipicio y enigma de la muerte. ¿Sentimiento trágico de la vida? ¿Por qué no —siempre que se pueda— sentimiento pueril de la vida? ¿Jugar con ella?

Mis juegos iban a ser el reírme, el divertirme en París con los espectáculos de la victoria. Ya estaba yo en la lista de los corresponsales extranjeros invitados para pre-

senciar la *reprise* de la Alsacia y la Lorena. Ya había felicitado yo a Barrès, en la sala de los «Pasos perdidos» del Palais Bourbon, por el logro de sus más caras ilusiones, y Barrès, pálido, «ya viejo», se había rejuvenecido al corresponder a mi saludo con una sonrisa de felicidad. Y otros placeres: los teatros y los *music-halls*, que preparaban nuevas obras y revistas; las canciones de los cabarets —si esto puede decirse— convirtiéndose en cantos epinicios, las casas de la *haute couture* anunciando sus nuevos modelos, los restaurantes rechazando gente, pues en la clientela cosmopolita de París habíase abierto el caudal de los dólares de Norteamérica y afluía de nuevo el turismo de todas partes, ansioso de asistir al Desfile de la Victoria. Se despoblaba la Costa Azul. Los tesoros ocultos del Louvre no tardarían en recuperar sus puestos. Se rezaba en todas las iglesias. Renée pensaba reanudar muy pronto sus colaboraciones con las casas editoriales de Leipzig y Heidelberg. Mi buen amigo Dichter, el rumano, calculaba el engrandecimiento de su patria. Gómez Carrillo —lo vi al pasar frente al Napolitain— presidía de nuevo su tertulia: la voz chirriante, no cantante, de Ernest Lajeunesse llegaba, como un graznido continuo, hasta la acera del bulevar. Mi peña no se había mudado: siempre en el café Weber, donde el whisky lo pagaba Mr. Gleasow y yo el jerez. Sáez también era «de los que no se iban». Quedaba trabajo en el hospital y, ¡qué demonche!, «París había vuelto a ser París». Total, que con mucha diplomacia, echándole la culpa a mis periódicos, comuniqué a mis padres que «por el momento no podía moverme de París y que iría en cuanto me fuera posible, por una o dos semanas, a verlos».

Aceptaron, no sin disgusto, más ostensible en mi padre que en mi madre, aquellas razones, y yo me quedé en París, enviando, es verdad, mis artículos a los periódicos correspondientes, pero sobre todo gozando del tumulto feliz de aquellos días, en que eran tantas las atracciones y las «novedades» de París. Pues nuevas parecían las luces de sus bulevares, nuevas las sonrisas de sus mujeres, nuevas las frases que se escuchaban y nuevo era, sin la menor duda, el frac que me estaban cortando a toda prisa para asistir a las *soirées* de gala que iban a celebrarse en honor de Foch y sus lugartenientes en el Elíseo y el Hôtel de Ville. El chaqué, prenda entonces muy usual, se me había puesto «un poco antiguo» pero aún me sirvió para los tés y los *lunches* de las embajadas, que en la nuestra eran presididos por la afable y caballerosa persona de Quiñones de León. Repetíanse los almuerzos y las cenas en el Palais Dufayel, en el

Cercle des Alliés, en «Maxim's» y en algunas casas particulares, y en ellos, más que la etiqueta negra de los «civiles», lucían, estrellados de cruces, los uniformes azules y pardos de los hombres de armas.

Disponíase la recepción, aún sin fecha, del presidente Wilson, que llegaría acompañado de Mrs. Wilson, para la cual, aunque distase mucho de tener *une taille de mannequin*, ya estaban inventando modelos los grandes *couturiers* de la plaza Vendôme. Ya se habían quitado los sacos terreros que preservaron el zócalo de la histórica columna. El hombre del día —y de la noche— era Clemenceau, a quien se vitoreaba en todas partes, aunque él sólo se presentase en el Parlamento y en el despacho de su Presidencia, donde una mañana, en unión de otros periodistas, tuve el honor de estrechar su mano.

No olvidaré uno de los almuerzos en casa de Renée, durante el cual su padre, el sabio helenista, me dijo *sotto voce* que él «esperaba morirse antes de la tercera guerra». Yo no creía en la tercera guerra. Pensaba que los aliados y sus «asociados» tomarían todas las precauciones posibles para que no se produjese. Imaginaba una gran alianza entre todos los vencedores que obligaría a los alemanes a renunciar a sus sueños hegemónicos e inmovilizaría a la Rusia de los Soviets en sus fronteras. Como el cuadro más fácil de pintar es el de lo futuro, yo me lo pintaba de color de rosa. Para la *reprise* de la Alsacia y la Lorena me pondría mi viejo uniforme. Para tomar notas en la Sala de los Espejos del Quai d'Orsay, donde celebraríanse las sesiones preliminares del tratado de paz, estrenaría estilográfica. La usada durante la guerra, en mil artículos, me recordaría demasiado las horas tristes del peligro, del temor y de la incertidumbre.

Pero esto del Tratado de Versalles es «otra historia», querido lector. Y para narrarla como conviene vale más que me permitas detenerme en este punto, que yo me tome un descanso antes de entrar en ese laberinto, donde el hilo de Ariadna se convirtió muchas veces en una madeja inextricable.

Además, este segundo libro de mis Memorias se extiende en demasía, y, puesto a ponerle término, ¿cuál mejor que el de ese momento de la vida del mundo en que tantos hombres pensaron, y yo entre ellos, que se abría una prolongada era de paz?

Pero en la continuación de mis Memorias narraré también otros episodios de carácter universal y de mi vida propia, que es la de un hombre sensible a todos los dolores e ilusiones de sus semejantes, y principalmente, claro está, a los de esa fracción del mundo que es su patria. Ya demostraré que mis andanzas y mis aventuras fuera de ella no han hecho sino fortificar y acendrar el amor que me inspira: amor dispuesto a todas las abnegaciones y todos los sacrificios.

Y por ahora basta, paciente lector.

III. AMOR, VIAJES Y LITERATURA

[1]

En la Sala del Reloj del Quai d'Orsay. Los tres actores principales de la tragicomedia del tratado de paz. París volvió a ser de las mujeres. Las ideas disolventes de Renée Lafont*

Eran veintisiete las naciones que estuvieron representadas en el palacio del Quai d'Orsay, y luego en Versalles, para elaborar y firmar el tratado que, solemne y oficialmente, ponía término a la guerra del 14 al 18. Veintisiete naciones, entre aliadas y asociadas; veintisiete jefes de Estado o ministros. Y échese usted a contar sus *ad lateres*, consejeros, secretarios, informadores, observadores y periodistas… El idioma oficial era el francés. Pero los traductores ejercían su oficio y en aquella Babel bélico-diplomática todos se llegaban a enterar, aproximadamente, de la dirección y el fondo de los debates.

No diré yo que fuese una olla de grillos, ni un avispero la suntuosa Sala del Reloj, con su amplia galería, donde se efectuaban las deliberaciones, porque el protocolo respetábase en la distribución de los puestos y cada cual desempeñaba perfectamente su papel. El de no pocos de aquellos señores era mudo, de mera presencia, pero no de comparsas, aunque su intervención en el conflicto hubiese sido mínima y, en ciertos casos, más simbólica que real.

Los primerísimos actores no pasaban de tres: Wilson, Lloyd George y Clemenceau. Para ellos los máximos honores y las responsabilidades más duras ante el mundo. ¿No se trataba de asegurar la paz y la concordia entre todos los pueblos? Pues en sus manos —en las de Clemenceau, con sus eternos guantes grises; en las de Wilson, que habían redondeado sus catorce puntos; en las de Lloyd George, que, metafóricamente, en los momentos más graves y oscuros de la guerra, había arrojado al Támesis todos los relo-

* Capítulo VII del tercer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Amor, viajes y literatura*.

jes— estaba el «sí» o el «no» de ese Tratado. Es decir, que abriese una era de paz, o lanzara al aire las semillas de una segunda guerra. Yo, en mi modestísimo papel de corresponsal —como repetidas veces he dicho— figuraba entre los del «sí». Y por eso cuando desde uno de los arcos de la galería, abriéndome paso entre un japonés minúsculo y un australiano grandullón, por ejemplo, poníame en primera fila para percibir directamente al grupo presidencial, los semblantes que me atraían, y casi diré que me fascinaban, eran los de esos tres hombres: apergaminado y amarillo el del Tigre; sonrosado, casi rojo bajo la encrespada cabellera blanca, el de Lloyd George; pálido e impasible el de Wilson, cuando no lo animaba en cierto modo el marfil dental de su sonrisa.

Pero, pasada la fascinación, dirigía mis ojos hacia otras caras importantes. Y persisten en mi recuerdo, mejor que otras, las de los señores Orlando, Salandra y el barón de Sonnino, representantes de Italia, que tanto vaciló antes de jugar su carta en el tapete de la guerra. Orlando, de nombre Víctor Manuel, formaba con Wilson, Lloyd George y Clemenceau el cuarteto que ejecutaría el himno de la paz. Hombre bien parecido, de alta frente, ojos negros, pelo y bigote entrecanos. Su papel era muy difícil: exigía Fiume y hubo de chocar con la rotunda oposición de Wilson. Y fue entonces, bien que pasajeramente, un «Orlando furioso», puesto que Fiume, tras la «regencia» de D'Annunzio, y un período de república autónoma, habría de quedar por Italia. Esto lo «adivinaba» Orlando y por eso se encontró en París con el «no» de la firma de los preliminares del tratado.

El barón Sidney de Sonnino había sido con Salandra el destructor de aquel pacto de la Tríplice, debido en gran parte a la francofobia de Crispi, que ligaba a su país con los imperios centrales. Por esto ambos recibían los saludos más afectuosos de Clemenceau. Los dos peinaban cabellos canos. Sonnino era de Florencia, mitad hebreo, mitad inglés, hombre ponderado y sutil. Salandra había nacido en Tracia, o Troja, que también puede llamarse Troya en castellano, pues diz que fue fundada a principios del siglo XI por un gobernador griego para reemplazar, bajo la sonrisa irónica de Homero, la que desapareció por culpa de la bella Helena. De su provincia de Foggia pasó Salandra a Nápoles como estudiante de Derecho y no tardaría en ganar una cátedra en la Universidad de Roma. Entre él, Orlando y Sonnino habían operado la ablación de Italia de la Tríplice, pero el cirujano-jefe había sido este troyano del siglo XX.

Yo miraba con gran simpatía a los tres por parecerme que la más pura latinidad, ya que la de Francia está entreverada de germanismo, eran ellos quienes la representaban en aquella, más que reunión, conmistión de razas diversas, pues allí veíanse a un marqués —Sanonji—, a un barón —Makino— y a un vizconde —el de Chinda— japoneses, cuyos antecesores acaso hubiesen sido samurais, aunque portasen el chaqué tan británicamente como los honorables de Milner, Barnes y Balfour.

Había allí australianos, surafricanos que ilustraron sus nombres en la guerra del Transvaal; chinos, árabes —veo todavía al emir Abdul Hadi Acuni, con su indumentaria como para salir a cantar una ópera de Verdi— y los caballeros de color de Haití y de Liberia. No había rusos —*et pour cause!*—, pero otros eslavos, eslovacos y polacos, sí. De Iberia, pues España no quiso (si debió o no debió intervenir que se lo pregunten a Romanones, a Lerroux y a Maura) figurar en aquella guerra, teníamos no sólo las representaciones de Portugal y el Brasil, primos nuestros en primero y segundo grado, sino también las de ocho repúblicas hispanoamericanas, que eran Cuba, Panamá, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Bolivia, Ecuador y Perú.

La voz de Cuba la llevaba —¡cuán discretamente!— don Antonio Sánchez de Bustamante, colega y gran amigo de mi padre, a quien tuve el honor de saludar varias veces. Sánchez de Bustamante era una de las autoridades contemporáneas en Derecho Internacional, desde su cátedra en la Universidad de La Habana. De progenie españolísima, parte de la carrera la cursó en Madrid. Pasaba entonces su edad del medio siglo y la barba se le había puesto de un blanco-gris «muy apostólico». Era, realmente, un apóstol de la Justicia. Se me ocurre pensar que no todo le parecería justo en el proyecto del Tratado de Versalles. Él se sabía de memoria a su Vitoria y su Hugo Grocio y mentalmente, cordialmente, estaría mucho más cerca del «iluso» Wilson, que de los realistas y prácticos Lloyd George y Clemenceau. Esto lo pienso ahora, que entonces mi oráculo era el llamado desde el armisticio *le Père la Victoire*.

Había allí un hombre que traía en sus manos, simbólicamente, una República recién nacida y palpitante, con muchas ganas de vivir, de afirmar su triángulo de razas consanguíneas, pero que habían sufrido el yugo de otras dominantes. Ese hombre era Eduardo Benes, el gran ministro del presidente Masaryk. Juntos habían jugado con suerte en la lotería de la guerra, obteniendo el premio de la nación checoslovaca. A Benes, todavía joven, de unos treinta y cuatro años, le debería yo, meses más tarde, la co-

yuntura y el honor de ser el primer periodista de España que «estrenara» en sus artículos a la naciente República y que escuchase en entrevista privada la docta, y en cierto modo profética palabra de Masaryk. Pero sobre todo esto volveré más adelante.

Yo no asistía, la verdad, a todas aquellas sesiones de la Sala del Reloj del Quai d'Orsay. El reloj de la chimenea Imperio marcaría sin duda horas y minutos históricos y el espejo reflejaría rostros y gestos de los elaboradores del tratado, pero París brindaba un *renouveau* de sus actividades artísticas, un a modo de desquite de los años en que Marte en lugar de Apolo presidió su destino, y no era cosa de perder una exposición de pintura interesante, una conferencia de profesor ilustre, una taza de té o copita de oporto *chez Madame Une Telle* por ir a presenciar las deliberaciones de aquellos prohombres de la política y la diplomacia.

Además, había llegado la *belle saison*, la primavera, y resultaba delicioso tomar el sol —ese sol de París que nunca quema— en uno de los andenes de los Campos Elíseos o en algún pabellón del bosque de Bolonia, donde reaparecían las beldades de *avant-guerre* algo mustias acaso, pero en las que ese arte del *boudoir* y el vestido de la plaza Vendôme disimulan y hasta borran, por fuera, los estragos del tiempo… ¡Ay, *La Parisienne* de Henri Becque y las enamoradas y *demi-mondaines* de Maupassant, que no han sustituido con ventaja las pecadoras de Colette, ni las grandes damas de Marcel Proust! Y con estas «reaparecidas» alternaban las bellas de *après-guerre*, algunas de las cuales habían dejado de ser niñas cuando sus padres o hermanos luchaban en Verdún y en el Soma.

De estas mujeres, las «antiguas», más de una se despojaba de su uniforme de enfermera voluntaria para vestir un modelo de Poiret o de Drecoll. París, en mi opinión de incurable feminista, volvía a ser de la mujer, aunque pareciese dominado oficialmente por los hombres, ya fueran gobernantes, militares o verbosos parlamentarios. Aquello del *cherchez la femme* donde menos hace falta es en París, porque la mujer está presente, visible y dominante en todos los actos de su gran comedia humana, y no detrás, sino delante del varón, así sea éste un estadista, un cómico, un literato o un banquero. Es ella la que decide y pronuncia la última palabra.

Y a propósito de mujeres de París, quizás a algún lector de mis recuerdos le sorprenda que entre ellas no haya vuelto a destacar la simpática figura de Renée Lafont,

tan hispanista e hispanizante, por cuyo salón Luis XV desfilaron, antes y durante la guerra, todos, o casi todos, los escritores españoles e hispanoamericanos que aspiraban a ver traducidas sus obras al francés por quien dominaba nuestro idioma tanto como el propio. Sus autores predilectos —¡allá ella!— fuimos Blasco Ibáñez y yo. Precisamente por entonces lograba que la casa Flammarion publicase su versión de mi novela *El peligro*, que ella tituló *Le goût du danger*, y una nueva edición de *Las flechas del amor*, con el prólogo de Barrès. Quiere decir que nuestras relaciones literarias subsistían, si bien la que llamaré nuestra *amitié amoureuse* habíase enfriado un tanto por culpa de ambos. Ella me guardaba un dulce rencor, si se admite la antinomia, por haber yo resuelto que mi hijo Waldo, de quien había sido una madre espiritual, prosiguiera sus estudios, iniciados en el colegio de Santa Bárbara y el liceo Enrique IV de París, en España, oponiéndome diplomáticamente a su secreta idea de afrancesarme al niño. Razones del corazón… Ello es que ésta fue una de las causas de nuestro «enfriamiento». Pero hubo otras, entre las cuales pesó la rapidez con que ella había reanudado su contacto con los editores alemanes de sus estudios filológicos, lo que consumía gran parte de su tiempo, y algo que puede parecer inverosímil y contradictorio, pues consistió en que una admiradora tan arrebatada como ella del superindividualista Clemenceau volvía a sentirse, también apasionadamente, partidaria del socialismo, llegando no diré que a celebrar, pero sí a «explicarse» la revolución de Rusia, que había sustituido al moderado Kerenski con los marxistas a ultranza y a sangre y fuego representados por Lenin.

Un día discutimos, ella «en roja» y yo, si se quiere, «en blanco». Cometí la ligereza de llamarla loca y ella la de responderme con un insulto. Y aunque luego nos reconciliáramos y hasta fuésemos a la Taverne du Panthéon, *pour signer la paix* ante dos copas de ajenjo —que ella también lo bebía—, ambos sentimos y admitimos que en política éramos adversarios: ella proclive al comunismo y yo cada vez más impenetrable a la utopía marxista e inconforme con cualquier régimen que anule la libertad del individuo.

El sabio y bondadoso Monsieur Lafont no sólo no compartía las «ideas disolventes» de su hija, sino que las censuraba, sin acritud, tal era su ternura de padre, y prefería —me lo dijo— «tomar aquello por una veleidad sin consecuencias». Y vaya si las tuvo, muy dolorosas, como se verá en páginas posteriores de estas remembranzas, si es que llego a escribirlas.

Así queda explicado mi «distanciamiento». Alguna vez Renée venía, anunciando su visita por teléfono, a verme en mi pisito del Boulevard Malesherbes con pruebas de Flammarion en la mano. Y muy de tarde en tarde, o de noche en noche, cruzaba yo la plaza del Panteón y subía por la calle Clovis hasta esa altura de la montaña de Santa Genoveva —Rue du Cardinal Lemoine— donde estaba su casa. En más de una ocasión lo hice en compañía de Blasco Ibáñez, pues, pasadas las privaciones de la guerra, habían vuelto a ser suculentos y copiosos los *menus* preparados por Madame Lafont. Por aquella excelente señora a quien horrorizaban las «ideas» revolucionarias de su hija.

[2]

Yo nunca estuve sin España en París. Las cenas en Poccardi con Blasco Ibáñez. La modestia de un pequeño y gran médico español. Donde aparecen Villegas, Benlliure, Gonzalo Bilbao, Clará, el duque de Alba y otros compatriotas egregios*

Yo nunca estuve sin España en París. Ni aun en los momentos más oscuros de la guerra, cuando flaqueaba mi fe en la victoria de los occidentales y me absorbía la redacción de mis artículos, en los que daba siempre «una nota optimista»; ni en las horas del triunfo, que en cierto modo me embriagaron —espiritualmente—, dejé de sentirme español y de vivir, en lo posible, a la española. No era yo un desterrado, sino, como entonces se decía, un «enviado especial» de un periódico de Madrid y colaborador en varios de Hispanoamérica, de cuya estilográfica fluían las palabras en español y a quien le bastaba un acto de su voluntad para retornar a la patria. Los lazos que me unían a París, mentales y sentimentales, no eran de acero, no me pesaban, no estaba yo en Francia, en aquella Francia doliente y combatiente, por obligación, sino por devoción. De modo que la nostalgia, la saudade o el *mal du pays* no influían en mi ánimo en modo alguno.

De otra parte, no siendo pocos mis amigos franceses, muy estimados, con ninguno hube de intimar, con ninguno, salvo con Renée, me tuteaba: el vos en Francia se resiste a transformarse en tú. Mis dos grandes amigos en París y en aquel tiempo, ambos compatriotas, pertenecían a profesiones muy diversas: uno era escritor y escritor famoso, con fama «que había traspuesto las fronteras y los mares», y el otro era un joven médico, demasiado joven para ser célebre, sin inclinaciones, como tantos colegas

* Capítulo VIII del tercer volumen de las *Memorias*.

suyos, a la literatura, y de una modestia tan grande que jamás le oí hablar de sus éxitos como cirujano, que eran notorios.

No sólo la profesión y el carácter, también la edad y la oriundez ibérica diferenciaban a estos amigos míos. El escritor, gran novelista, pasaba de los cincuenta. Era valenciano. El médico andaba por su quinto lustro. Había nacido en Madrid, de padres castellanos nuevos.

Si el lector ha leído páginas anteriores de mis recuerdos, habrá adivinado que el escritor era Blasco lbáñez, nombre resplandeciente; y el médico Pedro Sáez, nombre que si no llegó a lucir no fue por falta de méritos, sino de ambiciones y por una ineptitud absoluta para la intriga.

Mientras duró la guerra y después, en las etapas del armisticio y de la Conferencia de la Paz, veíame frecuentemente con el autor de *La barraca*, ya entonces en la cumbre de su celebridad por *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Nos veíamos bien en su casa del barrio de Ternes —¡aquel Blasco Ibáñez todavía barbudo, en batín color sangre de toro, una catarata escribiendo!—, en la Maison de la Presse, en alguna cena *chez* Renée, pero sobre todo en el restaurante de su predilección, que era el de Poccardi, donde nunca permitía que yo pagase, a condición de que me atuviera a su «menú», que era siempre el mismo, italofrancés: una montaña de *spaghetti*, «*due côtelette milanese con molte patate*» (sic), un frasco de *chianti* y, por último, su pasión gastronómica, que era el mantecoso queso de Brie. Como si tal cosa consumía sus quinientos gramos. A veces nos acompañaba nuestra mutua traductora. Pero nos entendíamos mejor «los dos solos», hablando él siempre de sí mismo, en tal forma exuberante y pintoresca que yo le oía sin protestar, ni aun mentalmente, cuando su egolatría llegaba hasta el extremo de decir que él, con sus libros, «pesaba más en el mundo que España entera». No podía decirse que hablase mal de los escritores españoles, sus coetáneos, porque en realidad no los tomaba en cuenta. Acaso, por excepción, pronunciaba algunos nombres de novelistas como el coloso que se dignase mirar compasivamente a los pigmeos. Yo era uno de esos pigmeos, pero con trato de favor, pues alguna vez me dijo «que le gustaban mis escritos», y en varias ocasiones, a partir del término de la guerra, me aconsejó que me volviese a España a reanudar mi vida literaria.

No hay duda de que Blasco simpatizaba conmigo, desde aquella época en que yo, imberbe, iba a visitarle en Madrid, a su hotelito de la calle de Salas, próximo al final de la Castellana, en compañía de otros escritores juveniles, entre los cuales los más asiduos éramos Pepe Francés, Rafael Urbano, Pedro González Blanco y yo.

Por entonces —la época de *La horda* y *La maja desnuda*— Julio Camba «se había metido» con él, nada menos que en *El País*, de Catena y Castrovido, el órgano del partido de la República, y yo le había replicado a Camba con vehemencia. Mucho más tarde, allá por el año 16, Azorín publicó en *Abc* un artículo sobre Blasco, si no ofensivo, desdeñoso. Y a este artículo respondí yo, por tablas, en el propio *Abc* poniendo a Blasco por las nubes. Años más tarde, Azorín, pluma áurea, pero flexible, ha dedicado grandes elogios a su compatriota. Blasco Ibáñez tenía, pues, conmigo dos motivos de gratitud. Por eso, y porque nunca le llevé la contraria cuando hablábamos, siempre me demostró simpatía.

Creo que fue a fines del 17 cuando él terminó de escribir e hizo publicar en su casa editorial de Valencia *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Casi al mismo tiempo, una escritora norteamericana, Mrs. Charlotte Bresther de Jordán —no sé si recuerdo bien sus apellidos— nos escribió a entrambos proponiéndonos las traducciones de *Los cuatro jinetes* y de la única novela de la guerra escrita por mí, *De un mundo a otro*. Blasco no sólo recibió los 300 dólares de sus derechos de autor, ofrecidos por la traductora, sino varias centenas de miles más, pues su libro alcanzó en Norteamérica uno de esos éxitos «astronómicos» que sólo allí se producen. En cuanto a mí, todavía estoy esperando la respuesta de Mrs. Bresther. Mi novelita —altamente elogiada en España por Gómez de Baquero— debió de parecerle insignificante. Pero como entre mis pecados no ha querido Dios que figurase el de la envidia, mi fracaso, paralelo al triunfo de Blasco Ibáñez, no entibió los sentimientos amistosos que éste me inspiraba, ni mi admiración por su obra, que nunca fue la de un discípulo incondicional, sino la de quien apreciaba sus dotes de «colorista» y sus artes de narrador, pero que le hubiese preferido más cerca de Galdós que de Zola y menos elemental en la psicología de sus personajes. Pero entonces no hubiese sido Blasco Ibáñez.

Pedro Sáez y yo nos veíamos casi todos los días, y siempre que su trabajo no le obligaba a quedarse en el Hospital Español se reunía conmigo en algún *petit restaurant* o *chope* del barrio de la Magdalena. Como buen castellano era poco locuaz. No

sentía ninguna impaciencia por volver a Madrid. «¿Acaso —decíame— no es un pedazo de España nuestro hospital?» Y yo le respondía: «Naturalmente, y allí donde esté un español como tú está, no un pedazo de la tierra, sino un destello del espíritu de la patria.»

En cada español de los que durante la guerra estuvieron en París, bien en funciones diplomáticas, como corresponsales de nuestra prensa o de paso, veía yo uno de esos destellos o reflejos del espíritu hispánico. Un día de primavera, en Versalles, hallándome yo solo de remero en uno de los botecitos del Lac d'Amour, vi de pronto, en la orilla, unas barbas entrecanas caídas hasta el pecho, unos anteojos redondos, una manga hueca, todo un hombre escuálido y altivo, e hice como si no lo viera, pues se trataba de mi ilustre enemigo Valle-Inclán. Acompañábale el periodista Corpus Barga, corresponsal de *El Sol*.

Otro día, por la tarde, conforme viajaba yo en el Metro, vi en una de las estaciones, sentado —porque en el ferrocarril subterráneo de París había, y sigue habiendo, bancos en las paradas, comodidad de que no disfrutamos en Madrid—, al que era ya uno de los escritores perínclitos de España. Iba de boina y vestido de oscuro. Estaba allí inmóvil, viendo pasar los trenes, observando, sin el monóculo de su juventud, que britanizaba su semblante, y con un paraguas entre las piernas que no era precisamente rojo. Ya habrás reconocido, lector, a Azorín. No habría de volver a verle hasta mi regreso a España, pero antes leí los artículos en que recogía sus impresiones del París bombardeado, que luego reunió en un libro, sutil y original como todos los suyos.

Otro gran escritor nuestro que visitó aquel París dolorido, pero no plañidero, fue Gregorio Martínez Sierra, francófilo apasionado, que más tarde esperaría del ingenuo Kerenski la redención del mundo y casi casi se volvió comunista, pero que entonces presenciaba conmigo, desde la terraza del Café de la Paix, el desfile de las tropas aliadas, y el «Sambre et Meuse», el «Chant du départ», «La Marsellesa» y el «Tipperary» le enternecían.

Nunca tomé en serio el marxismo de Gregorio. Lo que siempre me importó fue su talento, su pasión por el arte, su «buen gusto», sus actividades de «teatrólogo» y editor, sin andarme a discutir si era María o era él el autor de las comedias que se representaban con su nombre. Mi amistad con Martínez Sierra no conoció eclipses, y

se hizo más cordial en Buenos Aires, entre los años 37 y 48, porque allí sí que nos hermanaba la saudade de la patria.

También pasaron por el París de la guerra otros compañeros y amigos, como Federico García Sanchiz, que no tardaría en ser el creador de un nuevo género de la oratoria, inimitable, porque suyo es el secreto; Francisco Serrano Anguita, futura gloria de nuestro periodismo y nuestra escena; Fabián Vidal, que recorrió todos los frentes aliados de la campaña y cuyas crónicas, escritas «en aliadófilo», pero sin denigrar al enemigo, fueron las mejores publicadas en nuestra prensa; el precoz Manuel Aznar, maestro de periodistas antes de los veinte años, y algunos más que ahora escapan a mi memoria.

Pero sí recuerdo vivazmente, «como si lo tuviera delante», al gran Ramiro de Maeztu, que desde Londres llegaba de tiempo en tiempo a París para recorrer los frentes francobritánicos y transmitir sus impresiones a *La Correspondencia de España* y *La Prensa* de Buenos Aires. A mí Maeztu, medio inglés, me parecía, por sus ojos claros y su indumentaria —*jaquette* y chistera— un íntegro inglés, aunque luego hubo de verse que nadie le ganaría en lo de sentir y querer a España hasta el martirio.

Concluida la lucha y entreabiertas las puertas de París por el armisticio, ¡ay, Señor!, no fueron pocos los españoles que se precipitaron a franquearlas. Unos, admitiendo la posibilidad de emprender o reanudar algún negocio más o menos lícito; otros por el deseo de ver «cómo había quedado París después de los horrores de la guerra»; algunas damas de alto copete, o nuevas ricas, para ser las primeras en adquirir los modelos de los grandes modistos y lanzar en España el *dernier cri*, y algunos señores importantes con el propósito de demostrar su adhesión desde un principio a la causa de los aliados, como fue el caso del conde de Romanones, no sé si antes o después de la crisis del 6 de noviembre, con que se disolvía el Gobierno de Concentración Nacional, presidido por Maura y en el que regentó dos ministerios don Álvaro.

Romanones fue recibido por las autoridades francesas como correspondía a su doble condición de primer aliadófilo y de presidente del Consejo de Ministros de la «nación hermana», que él había hecho todo lo posible porque interviniese en la guerra. Le vi entrar en el Elíseo y escuché declaraciones suyas a los periodistas en uno de los hoteles de la calle de Rivoli. No me honraba yo entonces con su amistad, lo que acon-

teció más luego con recíproca simpatía. En mis artículos de *La Voz* comenté alguno de sus libros histórico-anecdóticos, que son realmente interesantes.

España se manifestó en París por aquel tiempo en una de sus expresiones más puras y universales, sin perder nada de su esencia propia. Me refiero al arte, pero no al arte literario, que ha de vencer los obstáculos de la pluralidad de lenguas, sino a ese otro arte que no exige ser traducido, que entra por los ojos, que es la pintura, como la música entra por los oídos. ¡Felices los Velázquez y los Beethoven que no pueden ser «traicionados»!

Así, pues, durante varios días, en la primavera de 1919, mientras se pintaba en el Quai d'Orsay el cuadro del tratado de paz, a cuya exposición (nada más expuesto a desaparecer que un cuadro de tal género) asistiríamos en Versalles, llegaron a París varios ilustres pintores y escultores nuestros, en compañía de un altísimo aristócrata tan famoso por sus títulos nobiliarios como por sus devociones artísticas, para organizar y presentar una exposición de pintura y escultura españolas en las salas del Petit Palais.

Recuerdo nombres: el duque de Alba, Mariano Benlliure, José Villegas y Gonzalo Bilbao. Clará y Beltrán y Masses tenían sus estudios en París. Salvo el duque, a quien conocí entonces, yo era amigo de todos ellos, principalmente de Mariano Benlliure. Todavía me pregunto por qué representé yo un papelito en aquella exposición memorable, pues, sin solicitarlo, vine a ser algo así como su cronista oficial para España y miembro de la comisión organizadora. Debió de ser ocurrencia de Benlliure. Yo cumplí mis deberes de cronista enviando artículos a *La Correspondencia de España* y a *Nuevo Mundo*.

Antes de la inauguración celebraron aquellos señores un almuerzo «para cambiar impresiones», en el restaurante Marguery. José Clará, Federico Beltrán y yo figuramos entre los comensales. Todos reconocimos la exquisitez del famoso lenguado de la casa, saboreamos vinos y un champaña selectos, y para los fumadores hubo cigarros legítimos del Hoyo de Monterrey.

El más viejo de aquel grupo de artistas era don José Villegas, pintor ya histórico y «de historia» profana y religiosa. No recuerdo si antes o después de la exposición del Petit Palais apareció en París con los grandes lienzos de su *Decálogo*. Era su despedida de la vida y de su arte, más decorativo y anecdótico que hondo. Murió en Madrid,

a los setenta y tres años, y casi al mismo tiempo que Pradilla, dispar amigo suyo en el concepto de la pintura. Mariano Benlliure era todavía «relativamente joven»: no llegaba a los sesenta años, seguía muy ágil y su sombrerito redondo y flexible de fieltro negro cubría en la calle su cabellera rizosa, que comenzaba a encanecer. Con ese sombrerito, sus patillas y su chalina era la suya, según dicen en Francia, *une tête d'artiste*, como si no las hubiera sin pelo y con bombín. Gonzalo Bilbao le llevaba un par de años a Benlliure. Ya no era el del retrato que le hizo Ramón Casas, con su barba y su bigote negros, sino un señor afeitado y miope, más bien triste, como si toda la luz de sus ojos y todo el ángel de su espíritu sevillano se hubiesen quedado en sus lienzos.

El duque de Alba, decimosexto de este título —don Jacobo Stuart James y Falcó— y noveno de Bervick, era el más joven de los cuatro comensales o columnas de aquel almuerzo *chez* Marguery. Pasaba apenas de los cuarenta años y era, como es lógico por su ilustre prosapia, senador por derecho propio y figuraba ya en dos Reales Academias: la de la Historia y la de Bellas Artes. Sospecho que a su mecenazgo generoso se debería una buena parte del brillo de la exposición española del Petit Palais, que originó grandes gastos.

Clará era, poco más o menos, coetáneo del duque. Beltrán y Masses, con sus treinta y tres años entonces, y yo con mis treinta y cinco exuberantes, éramos los más jóvenes de los concurrentes a aquel ágape íntimo, al que sucederían banquetes oficiales, con nuestra representación diplomática y autoridades, escultores y pintores franceses *médaillés* luciendo la cintita o la roseta de la Legión de Honor.

Pocos días después, en la primavera de París, más bien tenue de luz, Goya deslumbraba y fascinaba al público. Y con él, en noble fila, y cada cual con su antorcha o su estrella, otros pintores y escultores de España, mensajeros de su arte y de su genio.

[3]

El rey y Pétain evocan la batalla*

[…]

No sé si antes o después de la firma del Tratado de Versalles —lo que importa no es la fecha, sino el hecho— España vino a Francia en la persona de su rey. Nadie ignora que a los franceses les gustan los reyes, aunque en ocasiones los manden a la guillotina. Son famosos los recibimientos que ha tributado París a emperadores, zares, sultanes, shaes y rajaes, a todos los cráneos coronados que, junto a las chisteras de los presidentes, han hecho el clásico desfile por los Campos Elíseos.

Alfonso XIII no tenía un puente sobre el Sena como Alejandro III de Rusia, ni avenidas o calles como Jorge V de Inglaterra, Alberto de Bélgica y otros soberanos, pero, en general, contaba con la simpatía de los franceses a partir de aquella tarde de mayo, en 1905, cuando, según la frase que salió de sus labios, recibía «su bautismo de sangre» en la calle de Rohann. La bomba que arrojaron contra el coche en que iba con el presidente Loubet no hizo blanco: hirió a algunos coraceros de la escolta, pero la actitud de don Alfonso fue serena, gallarda y «elegante». Y París, tan sensible a los *beaux gestes*, la aplaudió sin reservas.

Otras veces estuvo en París, de incógnito, el rey de España. El viaje a que voy a referirme no sabría decir hasta qué punto fue oficial, pues no recuerdo recepciones en el Elíseo ni en el Hôtel de Ville. Sólo supe de la presencia del rey en París por un aviso de nuestra Embajada significándome que yo, en nombre de *La Correspondencia de España*, figuraba entre las personas que acompañarían a Su Majestad en su visita a Verdún. Es de suponer que no fui yo el único corresponsal testigo y cronista de aquel episodio, pero no hago memoria del nombre de ninguno, y acaso se me concediese el honor de la «exclusiva» por ser *La Corres* el diario más ostensiblemente aliadófilo de España.

* Capítulo IX del tercer volumen de las *Memorias*.

Ello es que una mañana me vi en uno de los compartimientos del mismo tren en que don Alfonso, acompañado por Quiñones de León, el agregado militar coronel Benítez y otros miembros de la Embajada, se dirigía a la «ciudad mártir», donde le esperaba el mariscal Pétain.

Los actos benéficos de Alfonso XIII durante la guerra, ayudando con su peculio al sostenimiento del Hospital Español en París, y colaborando con la Cruz Roja en el canje de prisioneros y las atenciones sanitarias que éstos recibían, eran recordados con gratitud por los franceses, aunque algunos hubieran preferido —porque cuando arde nuestra casa todo auxilio se agradece— que Romanones y no Maura y Vázquez de Mella hubiesen influido en el ánimo de don Alfonso hasta arrastrar a su país a la guerra.

Esta opinión no la leí en ningún periódico, pero la oí en el propio Verdún, a la salida de la estación improvisada sobre las ruinas de la que destruyeron los cañones del Kromprinz. Y fue que al cruzar los umbrales don Alfonso, a la derecha de Pétain, y después de revistar las tropas que le rindieron los honores, alguien del grupo de curiosos, militar o paisano, dijo entre dientes: «*C'est maintenant qu'il vient!*». No tuvo eco la frase murmurada, ni tampoco se escucharon aplausos. Todo se producía en silencio, de acuerdo con la situación, que no era la entrada en una ciudad viva y más o menos dichosa, sino en una ciudad muerta. Porque de Verdún sólo quedaban, por decirlo así, los huesos: la línea entre escombros de alguna calle, tal trozo de pared casi a ras de tierra, el esqueleto desperdigado de una ciudad.

Yo había estado en Verdún, durante la batalla, dos veces. La había visto agonizar y morir, con esa muerte de las ciudades que puede ser seguida más o menos pronto de una resurrección. Lo que no ocurre con la muerte de los hombres, a no ser por la gracia divina y los milagros. Entonces, cuando la visitó Alfonso XIII, no había habido tiempo siquiera para pensar en reconstruir Verdún. Por lo pronto, no era sino un montón de ruinas y un cementerio enorme, cuyos osarios mayores estaban en los fuertes derruidos de Vaux y de Douaumont.

Sobre este último, precisamente, escuchó Alfonso XIII la explicación de la batalla por el hombre que la había ganado. Tenían delante el panorama de las riberas, las alturas y los bosques arrasados del Mosa. Pétain, rígido, explicaba los episodios del ataque alemán y de la resistencia, al fin victoriosa, de los franceses. El rey seguía con la

mirada el índice tendido del mariscal que parecía apoyarse en un nombre, o ahondar en algún elemento de aquel paisaje sin más vida que la del río de aguas oscuras y calmosas, como si respetara la desolación de aquella tierra que pronto volvería a fertilizar.

Era una mañana gris, no fría ni lluviosa: triste. Las figuras centrales de aquel cuadro viviente —que jamás encontraría su pintor, como tantos de la Historia, que luego inventan los artistas a su antojo—, los actores de aquella escena, que no sé si fue captada por algún fotógrafo, ofrecían un contraste bien visible por la actitud y por la raza. Blanco y sonrosado uno de los semblantes, cetrino el otro. Regulares las facciones de éste, marcadas las de aquél por un ligero prognatismo. Una mirada azul y lenta, y la de unos ojos pardos, profundos, inquietos y brillantes. Pero ambas figuras majestuosas: la del rey joven «en su papel», con naturalidad sin afectación; la de Pétain, no tan sólo por la aureola de su victoria, sino también por su apostura, por su pie firme en la linde de la ancianidad, como si quisiera aplicarle a sus años —más de sesenta— el «¡No pasarán!» de sus soldados en la defensa de Verdún.

¡Qué español Alfonso XIII! ¡Qué bien en aquella hora y en aquel fondo «negro» para que lo pintase Solana! Pétain pedía un pintor flamenco: digamos Franz Hals.

El rey no sólo escuchaba. También interrogaba. Y hubo un momento en que hilvanó algunas frases, en correcto francés, para demostrarle al mariscal que le había entendido y se llevaba una impresión perfecta de la batalla, la «que le hubiese gustado presenciar». Dijo que la había seguido, desde Madrid, con los mapas y planos a la vista. Y como entrase en algunas explicaciones técnicas, Pétain, poco risueño, sonrió afable y le dijo:

—*Majesté, vous avez suivi la bataille aussi bien que moi.*

A lo que repuso don Alfonso, en excelente francés:

—*Mais c'est vous, Maréchal, qui l'avez gagnée!*

Y fue de este modo como, si no en la hora bélica, en la del respeto y la admiración por sus héroes, estuvo representada España en Verdún por el más encumbrado de sus hijos.

[4]

Aquel transeúnte solitario. La utopía de la Sociedad de las Naciones. Vuelvo a escribir novelas. Mi adorado siglo XIX. Quisieron matar a Clemenceau*

Entre una muchedumbre de corresponsales, políticos y burócratas asistí en junio del año 19 a la firma del Tratado de Versalles. De haberlos visto tantas veces en la Sala del Reloj del Quai d'Orsay, durante su faena de tejedores para urdir lo que alguien llamaría la «Túnica de Neso de Alemania» —en que no llegó a abrasarse el Hércules teutónico—, sabíame de memoria, por fuera, a los firmantes de las naciones vencedoras. No así a los de Germania vencida, que fueron el conde de Brockdorff-Ratzau, los doctores Landsberg, Schucking y Melchior, el ministro Giesberts y el presidente de la Asamblea Nacional Prusiana, Leitnez. Cinco cuerpos enlevitados, cinco rostros que me parecieron impasibles, cinco manos que no temblaron al firmar.

Escribo estas líneas en el invierno de 1955, a los treinta y seis años de la firma de aquel pacto, que entonces, dada mi parcialidad aliadófila, no me pareció leonino. Y la verdad, no me siento con ánimos para revolver sus cenizas.

Lo advenido después, en estos siete lustros —Hitler, Stalin, Mussolini, Roosevelt, nuestra tercera guerra de independencia, la segunda mundial, la de Corea, la fría, amasada con las nieves de Rusia, la bomba atómica, las convulsiones sociales de Iberoamérica—, es tan complejo y tremendo que exige la ecuanimidad de los grandes historiadores, a lo Tucídides y lo Tácito, y alguno existe contemporáneo, como Toynbee, para advertir entre las tinieblas del cuadro las luces tenues de la esperanza en un mundo mejor, que no será mejor mientras los hombres se obstinen en vivir separados por sus odios y rivalidades de razas y en no reconocer y acatar las normas del Decálogo.

* Capítulo X del tercer volumen de las *Memorias*.

Alguien hubo entonces que tenía fe en sus semejantes, e imaginó posible un mundo asociado o hermandad ecuménica en los que cualquier conflicto entre las naciones se resolvería sin recurrir a las armas, por medio de la más generosa jurisprudencia. Este personaje, que tanto significó en aquella época —como que de él procede que la cumbre política del mundo haya dejado de ser europea— es un gran olvidado. Pasan inadvertidos los aniversarios de su muerte. Pero yo, que le admiré, como admiro a todos los hombres «de buena voluntad», voy a recordarle en esta página, evocando antes su aspecto físico que su figura histórica.

Lo más notable de su rostro era la sonrisa, una sonrisa ancha que descubría casi todos sus dientes. Pero no una sonrisa móvil y un tanto frívola, reveladora de un carácter jovial y superficial, sino una sonrisa grave y uniforme, sin paradoja, seria.

La expresión de la sonrisa depende sólo en parte de los músculos de la cara. En ningún gesto humano interviene tanto el espíritu como en la sonrisa, que recorre toda la escala de los sentimientos. La de este hombre era «única», sin matices, siempre igual, mecánica. Con ella había entrado en París y recorrido, chistera en mano, la avenida de los Campos Elíseos, donde una multitud entusiástica, contenida por los soldados en línea militar, amontonada en los balcones y trepada a los árboles, prorrumpía en vítores y aplausos en su honor. Rígido, fino, frío, espejeando al sol de otoño sus lentes y su sombrero de copa, el personaje no acertaba a renovar su sonrisa. Con la cual, más tarde, en noviembre de 1919, y en cierta sala —no de las más espaciosas y lujosas— del palacio del Quai d'Orsay, leyó el artículo de su «gran proyecto» que no era otro que el de la fundación de la Sociedad de las Naciones. Con la cual, en las conferencias que precedieron a la firma del Tratado de Versalles, volvió a leer sus «catorce puntos». ¡Catorce puntos de sutura en el cuerpo malherido de la pobre Europa! Y con la cual se despidió un día de París, rumbo a Washington…

Era —el lector lo ha reconocido— Woodrow Wilson, el presidente de los Estados Unidos; el estadista mejor intencionado y más soñador y candoroso de todos los tiempos. Nada queda de su obra. Ya, al lado de la suya, la sonrisa de Poincaré —su compañero de coche en los desfiles triunfales— revelaba escepticismo, y la de Clemenceau, que sonreía a sus horas, cierta mofa.

Pero el buen pueblo de París no imitaba al Tigre. Creía en la panacea wilsoniana. Y Wilson fue uno de sus ídolos. El antiguo profesor, convertido en el «artífice de la

paz», en el «apóstol de la justicia», gozó de una popularidad inenarrable, que se transmitía a su esposa, una dama bella y algo gruesa, que renovó su vestuario en las grandes casas de la Rue de la Paix e hizo subir el precio de las rosas, los claveles y las violetas de la Costa Azul.

Yo me contagié y fui uno de los panegiristas del presidente Wilson. Mis funciones de corresponsal me facilitaban la visión próxima y frecuente del estadista norteamericano. Le veo y le escucho desgranar, como las cuentas de un rosario ideológico —y utópico—, los artículos del Convenant, en aquella sala poco espaciosa del Quai d'Orsay, que al conjuro de su voz monótona y solemne se trocaba en un templo.

Le veo y le sigo con la mirada al salir de sus debates a puerta cerrada con el nervioso y sonrosado Lloyd George, con el macilento y violento Clemenceau, con el melenudo Orlando, el melancólico Sonnino, el severo Foch, el enigmático Benes y el séquito de secretarios, traductores e intérpretes. Puedo contemplarlo en el Elíseo y en el Hôtel de Ville, en los agasajos y honores que con él comparte la dichosa y florida Mrs. Wilson.

Una vez y otra describo su figura corpórea y ensalzo su «misión histórica, de hombre providencial» en artículos que ven la luz en Madrid, en La Habana, en México, en Buenos Aires. Todos respondían a una ilusión —y a una emoción— del momento. Y no es mi propósito en estas líneas despojar a Wilson de su aureola de entonces, que de ello ya se encargó Clío, la musa inexorable.

Al contrario. Pláceme evocar su figura en la hora propicia y en su última apoteosis. Porque fue un hombre de buena fe y uno de esos ilusos de la concordia humana —como Briand— que no fracasan sino por exceso de confianza en sus semejantes. Eludo, pues, el análisis de la obra política de Wilson, erigida sobre las arenas de la ilusión. Y de la incomprensión de las realidades europeas.

Un día, al atardecer, cruzaba yo una de las calles de Passy, por su sector aristocrático, el que atraviesa la avenida Henri Martin y está próxima al Bois. Una calle de hoteles suntuosos, de fachadas claras, de palacios con verjas que sostienen una corona y al través de las cuales se descubre un estilizado jardín. Y de una de esas casas salió, solo, un caballero bien trajeado, de estatura aventajada, con un abrigo oscuro y un sombrero de fieltro. Parecióme que era el presidente Wilson. Mas ¿era posible que anduviese solo y a pie, sin escolta, sin chistera, sin su secretario y su médico, que

le seguían como su doble sombra a todas partes? Misterio. El asombro y la duda me incitaban a mirar al desconocido con una de esas miradas que equivalen a una interrogación.

Y una sonrisa amplia, fina y fría me probó y demostró por manera inequívoca que aquel transeúnte solitario era Wilson. ¿De qué casa salía? ¿Adónde se encaminaba el «árbitro» del mundo? Todavía lo ignoro y lo ignoraré siempre. Tal vez no era que anduviese solo. Sino que ya entonces comenzaban a dejarlo solo… A solas con sus ilusiones y del brazo de su quimera de la paz.

No sigo, bien se ve, un orden cronológico en mis recuerdos. Entre la firma del Tratado de Versalles y la lectura por Wilson de su proyecto de la Sociedad de las Naciones pasaron cinco meses. Durante ellos mi vida privada en París fue apacible y venturosa y me permitió reanudar la composición de una novela que tenía abandonada desde el año 15. También pude planear otra para las colecciones de Martínez Sierra, ver editadas o reeditadas algunas de las traducidas por Mlle. Lafont. Así, pues, «volvía a sentirme novelista». Pero, la verdad, gustábame más leer que escribir. Aparte la tarea diaria, apresurada, de los artículos, mi literatura novelesca iba despacio. Entonces podía hacerlo. Ganaba lo bastante con mis trabajos periodísticos para permitirme ese lujo, del que gozan los escritores ricos o que poseen una renta suficiente como Flaubert. ¡Ay, qué habría sido de *Madame Bovary* despachada en unos meses como cualquiera de las novelas de Jorge Ohnet! Lo que no quiere decir que todas las escritas *calamo currente* sean malas o mediocres, pues allí están para demostrar lo contrario las siempre geniales de nuestro inmenso Galdós.

En consecuencia, dedicaba muchas más horas a la lectura de los libros ajenos que a la composición de los propios. Leía más a los clásicos que a los modernos, y menos a los contemporáneos. Ni aun durante la guerra habían cesado los escritores y editores de acrecer el caudal de las letras francesas. Raro era el día sin libro nuevo. A mí los libros nuevos, recién salidos de las manos del impresor, me han parecido siempre fruto en agraz. Son muy pocos los que no se malogran. De ahí que los abra, si el tema y el autor me atraen, con cierta desconfianza, no vaya a resultar que sólo tienen cáscara. Algunos, muy contados, «traían algo dentro». Predominaban las novelas de la guerra, que yo solía pasar por alto, porque, en cierto modo, yo también «había he-

cho la guerra», y seguía escribiendo sobre sus resultados y, en realidad, *j'en avais assez de la guerre*, como cualquier *poilu*.

Volví a leer a los románticos franceses, a los naturalistas templados como el amable Daudet, Alfonso, la antítesis de su áspero hijo, León. A los parnasianos y los simbolistas. A los moralistas, a fondo, y a los filósofos «por encima», pues a unos no los entiendo, otros me fastidian y raro es el que me consuela.

No todo era leer. Iba al teatro. Y más que al teatro, porque rehuía en lo posible las obras amargas de François de Curol y las tenebrosas de Lenormand, al *music-hall* y el cabaret, prefiriendo la frivolidad de Mistinguette a los estertores de la voz de oro de «la grande Sarah» y los gemidos de Réjane en alguna de las obras plañideras de Henri Bataille, el cual, con su tocayo Bernstein, había vuelto a la carga más impetuoso que antes. A propósito de Henri Bataille recuerdo haberle oído en el café Napolitain, en la tertulia de Gómez Carrillo, este *calembour* a Ernest Lajeunesse, que no hablaba, sino que graznaba: «*Je crois que, finie la guerre, il n'y aura plus de bataille*». Pero sí las hubo. A las batallas escénicas del autor de *La marche nuptiale* sólo puso término su muerte, en 1922.

En la Comedia Francesa, la Casa de Molière, más que éste, Corneille, Racine y Rotrou, tan leídos y oídos, me interesaban entonces los dos Dumas, Augier y Pailleron: siglo XIX, el de mi infancia y adolescencia, que me gusta infinitamente más que aquel en que fui joven y me he ido haciendo viejo: este siglo XX, tan bárbaro, tan bélico y tan contradictorio, que por un lado —el de la nueva terapéutica— nos alarga la vida, y por otro —el de la guerra mecanizada y «atomizada»— nos la quita, y no hombre a hombre, sino como a minúsculos insectos, por miríadas de hombres.

Yo había aprendido la mejor lección de la filosofía estoica, que consiste en no sufrir por aquello que no está en nuestra mano remediar. Aun para los santos la misericordia tiene sus límites. Seguían siendo en el mundo, no obstante el término de la guerra, muchos los motivos de aflicción. Yo recordaba esta frase de Amiel: «*J'ai trop mince l'épiderme du cœur*», y hacía todo lo posible por endurecer mi corazón, por hacerlo insensible y como refractario a lo que no lo tocase de cerca. Así, pues, las noticias de los fusilamientos de rusos blancos por los rusos rojos, de las algaradas san-

grientas en los Balcanes, de tal atentado contra cualquier ministro de remoto país, tan pronto eran leídas como olvidadas, mientras que lo que ocurriera en Francia, y particularmente en París, me impresionaba, en un sentido o en otro, con esa oscilación ineluctable del alma humana entre el gozo y el pesar.

Y vienen a cuento estas reflexiones, de una filosofía que llamaré «de bolsillo», porque algo ocurrió en París por entonces que me produjo tanta indignación como tristeza. Y fue que habían querido matar a Clemenceau, el llamado «Padre de la Victoria», que, como Marco Tulio, hubiese merecido también el sobrenombre de «Padre de la Patria».

Hallábame yo en mi gabinete, con un libro en la mano, cuando sonó el teléfono y una voz femenina, entrecortada, me dijo: «*Tu ne sais pas? Quelle horreur! On a voulu tuer Clemenceau!*». Con una voz semejante, en agosto del 14, en San Sebastián, me había dado Renée la noticia del asesinato de Jaurès. ¡Asombroso espíritu el suyo, que así lamentaba la muerte y el roce de la muerte en dos hombres tan distintos! Ella, socialista y ya «casi comunista», lloraba a la sola idea de que la bala del ácrata Cottin hubiese hecho blanco en la nuca de Clemenceau, como en la de su otro ídolo, Jaurès.

Pero las balas, cuatro o cinco, de la pistola de Cottin dieron en la trasera del automóvil del Tigre, y sólo una, ya sin fuerza, le tocó en la espalda. Renée quiso que la acompañara a dejar tarjeta en el domicilio de Clemenceau. Algunas personas pensaron, y periodistas escribieron, que Cottin había obedecido órdenes de Moscú. Otros que era sencillamente un loco. Él no dijo nada, porque los agentes que lo detuvieron le quitaron con sus porras el habla.

Escribí un artículo lleno de reflexiones sobre «los crímenes del anarquismo», aludiendo a Cánovas, que tuvo menos suerte que Clemenceau. Y a Canalejas, que perdió la vida por su afición a los libros y su democrática costumbre de andar a pie. Cuando le hicieron la primera cura, el Tigre no lanzó un rugido, sino una carcajada y un chiste de los suyos:

—*Il m'a raté ce cochon là!*

[5]

Entrevista con Masaryk. Reflexiones sobre el comunismo*

[…]

Mi entrevista con el insigne Masaryk la narré en un par de extensos artículos para *La Correspondencia de España* y *La Nación*, de Buenos Aires. De este último tengo a mano un recorte, del que reproduciré los párrafos que me parecen más substanciosos y que dicen así:

«Uno de los primeros sabios de Europa, Tomás Garrigue Masaryk, dirige desde la cuna los destinos de su Bohemia natal engrandecida, convertida territorialmente en una gran nación, pero rodeada, cercada por otros pueblos mayores, entre ellos Rusia. Los rusos viven, sufren, exprimen ahora el segundo año de su "transformación". Es la autocracia de Lenin».

Mi curiosidad más viva en Praga, y lo que me había traído a ella, era el conocer la actitud política y la postura mental de Masaryk ante el pleno triunfo del marxismo en Rusia. No de pie, con solemnidad y disimulada impaciencia, como suelen recibir a los periodistas los jefes de Estado, sino sin prisa y sentados frente a frente, transcurrió mi diálogo con Masaryk —diálogo de preguntas concisas y respuestas terminantes.

El presidente, yo diría mejor el padre de Checoslovaquia, cumplirá pronto sus setenta años, pero no los representa. Su tipo es plenamente universitario. Bigote blanco, perilla blanca, lentes de oro prendidos a la nariz recta y fuerte, manos expresivas, pero que accionan con lentitud, que no se estremecen nunca como las de Clemenceau. Yo diría que Clemenceau, casi octogenario, sigue siendo un hombre de barri-

* Capítulo XII del tercer volumen de las *Memorias*.

cada, y Masaryk un hombre de cátedra. Pero claro está que también se lucha y se ganan batallas desde las cátedras. ¿Qué otra cosa ha hecho Masaryk?

Al fin le hago la pregunta que me tiembla en los labios: «¿Cree Su Excelencia en la propagación del bolchevismo a toda Europa?». Y he aquí su respuesta: «Yo no soy marxista. No comparto las ideas de Lenin sobre la organización social del mundo de mañana. No creo que la vida del hombre dependa sólo del factor económico. La vida es plural y el marxismo es una unidad cerrada, absoluta. Si yo tuviera fe en el resultado venturoso del experimento marxista, después de la paz separada de Rusia con los imperios centrales, no hubiese permitido que los soldados checos se batieran en los campos de Francia y por el ideario occidental. Rusia es Oriente, mucho más Asia que Europa. En el tiempo, y no obstante sus grandes escritores y artistas, Rusia sigue enclavada en el siglo XVI. La pasividad, la inercia, la incultura, el *nitchevo* de sus masas ha permitido allí lo que en otras latitudes europeas hubiese sido imposible. Imposible, preciso, de transportarse con garantías de éxito. El bolchevismo es, no lo olvide, un fenómeno específicamente ruso, pero, ¡ay!, un fenómeno contagioso, porque su punto de partida, que es la quimera de la igualdad humana, resulta seductor y ejercerá sobre los espíritus jóvenes o simplistas una gran influencia. Ese vivir edénico que el bolchevismo promete, ¿para cuándo?, para después de todos los sacrificios, todas las crueldades y todas las catástrofes, ilusionará a cuantos creen factible perfeccionar la sociedad antes de mejorar al individuo. Así, pues, la Rusia marxista tendrá adeptos e imitadores, no sólo en Asia y Europa, sino en todo el mundo. Mas fíjese bien en esto: esas imitaciones no serán duraderas, fracasarán en definitiva, pero no sin producir convulsiones tremendas. La fiebre roja la sufrirán algunos pueblos, bastantes pueblos, y una vez remitida esa fiebre encontrarán la salud con una fórmula que no acierto a definir ahora, pero en la que estará presente lo que es la médula misma de los pueblos: el sentido y el sentimiento nacionales. En una palabra —y tras sus lentes y bajo su bigote blanco sonrió Masaryk—, el bolchevismo es una planta de flores de apariencia bella, pero ponzoñosas. Del socialismo yo sólo acepto lo practicable, lo que no pugna con la naturaleza humana y lo que sea compatible con la personalidad de mi nación. En esto mi conformidad es absoluta con Federico el Grande: no creo en ninguna doctrina ni régimen político que anule en los hombres las características de su raza, que haga de un sajón un eslavo o de un latino un germano».

Así me habló Masaryk en el verano de 1919. Y yo rememoro en el invierno de 1955 sus palabras, que muy pronto, y por desgracia para la civilización, la moral y la cultura del Occidente cristiano, adquirieron un valor profético. Del mal ruso, del cáncer soviético, se contagiaron rápidamente, con mayor o menor encono, Hungría, Italia y Alemania. ¿Quién no recuerda la atroz dictadura marxista de Béla Kun en la nación magiar? ¿Y el movimiento Spartacus en Alemania, dirigido por Liebnecht y Rosa Luxemburg? De las sacudidas sociales de Italia a fines de aquel año 19 fui testigo presencial. Era una Italia en disolución. Se incautaban los obreros de las fábricas —como después en Francia—, se producían huelgas ilegales a cada paso y, en general, la atmósfera era la de un país en vísperas de una revolución semejante a la rusa. También Portugal pasó su Cabo de las Tormentas.

Había de ser España quien, por un conjunto de circunstancias políticas dolorosas, sufriese más terriblemente que nadie el martirio, la vivisección —por así decirlo— del experimento ruso. No lo creía, no lo esperaba yo así al escuchar las advertencias de Masaryk.

Supuse —¡error profundo!—, al advenir la República, que España había encontrado también «su fórmula». Nació la República de una manera pacífica, y aunque muy pronto aparecieron los síntomas de la demagogia y la anarquía, pudo pensarse que el «instinto de conservación nacional» diría la última palabra. No fue así. Que los socialistas afectos a la Tercera Internacional y todos los elementos anárquicos del país quisieran desnaturalizar la República y aprovecharla para sus designios de la lucha de clases no podía sorprender a nadie que poseyera algún sentido de la realidad. Pero que los republicanos, aunque se llamasen de izquierda, coadyuvaran a la revolución social, ¿quién hubiese podido admitirlo? Lerroux, el más sensible de los republicanos españoles, lo temió, lo previó. Y por eso, con su retirada del poder y su ostracismo voluntario de dos largos años, denunció el riesgo de proseguir la alianza socialista-republicana, que consolidó Azaña abrazándose a Prieto en el mitin histórico del Frontón central.

Aún pudo creerse en la frustración de la maniobra revolucionaria. El aplastante triunfo de los partidos conservadores y moderados en las elecciones del 33 autorizaba este optimismo. Pero desde entonces interviene como un injusto maleficio para España la política equivocada del presidente Alcalá Zamora, quien con sólo proceder

constitucionalmente en diciembre de 1935, entregando el poder al grupo más numeroso de la Cámara, hubiese evitado los horrores de la revolución y de la Guerra Civil. Tremendas la responsabilidad de Alcalá Zamora, la del nefasto Portola Valladares, la de Azaña, la de Martínez Barrios, la de todos los jefes de los grupos y subgrupos republicanos que no supieron dotar a aquel régimen de una contextura española.

Los vaticinios de Masaryk habrían de cumplirse en nuestra patria en sus dos tiempos: el del martirio y el de la redención. Se me han ido la mente y la pluma a estas reflexiones, porque no es posible navegar por los ríos del recuerdo sin que los invadan y revuelvan los torrentes de lo actual. Y lo actual, lo temiblemente actual, sigue siendo el comunismo imperialista ruso, ya se llame el autócrata de Lenin o sean sus jefes los albaceas de este último.

Pero estábamos, lector, en agosto de 1919 y en la no «alegre y confiada», pero sí hospitalaria y bellísima ciudad de Praga, de la que me queda no poco y bueno que contarte.

[6]

En Madrid, octubre de 1919. Mi conferencia en el Ateneo en contra del comunismo. Una *claque* amistosa. Rápida discusión con Martínez Sierra. El panorama político de España según mi padre*

Después de asistir en las dos Cámaras francesas a la aprobación, por una mayoría «abrumadora» de votos, del Tratado de Versalles, lo que equivalía al mayor triunfo parlamentario de Clemenceau, realicé uno de mis viajes relámpago a Madrid con el doble propósito de ver a mi familia y dar una conferencia en el Ateneo «sobre y contra el comunismo».

No hubo inconveniente alguno en la que entonces llamaban —con evidente exageración, pues allí había «de todo»— la Docta Casa para que yo ocupase su tribuna. De mozalbete había visto subir a ella y escuchado con admiración a oradores tan ilustres como Silvela, Moret, Canalejas, don Rafael María de Labra, el ínclito don Joaquín Costa y a varios más. A esa tribuna también había subido mi padre, hombre de elocución fácil y entonada, para hablar, naturalmente, de su Galicia, en el aspecto literario principalmente, ya que del regionalista templado que había sido nada quedaba, en absoluto, que significase la más leve sombra en su amor a la patria grande y una.

Fue él, ateneísta veterano y «punto fuerte» de la Cacharrería, quien obtuvo de las autoridades del Ateneo —¿cuáles eran entonces?— el permiso para que yo hablara en aquella cátedra, ya que desde los bancos del salón de actos lo había hecho con esa audacia y ligereza propia de los jóvenes alistados en el modernismo y para quienes los clasicistas y todo lo que oliera a siglo XIX eran, respectivamente, «unos fósiles» y «los

* Capítulo XIV del tercer volumen de las *Memorias*.

detritus de un tiempo muerto». Frases tan absurdas había lanzado yo en la sala grande del Ateneo, no sin que la presidencia «me tocara la campanilla» y yo persistiera en mis despropósitos. Pero, *il faut que jeunesse se passe*. La juventud más díscola suele ser la de los escritores y los artistas. Y hoy, en mi sosegada senectud, pienso que «la juventud no peca, porque no sabe».

Antes de la conferencia fui dos o tres tardes por el Ateneo para abrazar a los amigos con quienes, allá por los años 7 y 8, formaba tertulia en el Salón de Tapices, o, irritando a don Joaquín Costa, que trabajaba en uno de los pupitres, dialogaba *sotto voce* en la biblioteca. Estos amigos eran Bernardo G. de Candamo, lector incansable y crítico sutil; el teósofo Rafael Urbano, que llamaba Benito Pérez a Galdós; Javier Cabezas, dado a la entomología y traductor verbal de *La vida de las abejas*, de Maeterlinck; Victoriano García Martí, espíritu filosófico; Pérez Bojart, poeta en voz muy baja o «de versos al oído»; Daniel López *Fantasio*, excelente escritor, que comenzaba a ser absorbido por la burocracia, y Federico García Sanchiz, a quien todavía llamábamos los de su grupo el Borreguero y nos preparaba la sorpresa de su oratoria *sui generis* e inimitable, que habría de convertirlo en el español más escuchado de nuestro tiempo.

Tales amigos vendrían a aplaudir mi conferencia, formando una a modo de *claque* y de guardia valerosa si mi anticomunismo suscitaba protestas así en la sala como en la tribuna pública. Porque dentro y fuera del Ateneo, en Madrid no faltaban los admiradores de la Rusia bolchevique, y se me anunció que algunos vendrían a «abuchearme» o ahuecharme, como prefiere que se diga la Academia. Pero no. Silbidos no hubo, protestas en voz alta tampoco. Algún murmullo de inconformidad, acaso.

La *claque* amistosa sostuvo los aplausos, que propagaron francófilos y franceses de Madrid, presididos los primeros por Pepe Francés, sin el cual, pluma y palabra arrolladoras, *Prensa Gráfica* hubiese sido germanófila, y los segundos por León Rollin, el periodista galo que fue uno de los jefes de la propaganda de los aliados en Madrid.

Esta ventaja, unida a la actualidad palpitante del tema, me proporcionó no pocos aplausos al término de la conferencia. Salí del Ateneo con mi padre como quien ha sorteado felizmente un peligro. Mientras nos dirigíamos a nuestra casa por la calle del

Príncipe y la carrera de San Jerónimo, mi padre me expresó «que compartía en absoluto mis ideas sobre el comunismo, que todo el mundo cristiano debería tener muy en cuenta las advertencias de Clemenceau y Masaryk, que eran en el fondo las mismas de Donoso Cortés en su célebre *Ensayo* y de los discursos proféticos de Cánovas precisamente en la cátedra del Ateneo». Y añadió: «En cambio, en el elogio que hiciste del Tratado de Versalles no te puedo seguir, porque me parece inicuo en muchos de sus aspectos». Mi padre, cuando censuraba algunos de mis escritos o mis actos, lo hacía en tal forma afectuosa que con él me era imposible discutir. Por lo tanto, nada objeté a su crítica acerca del Tratado de Versalles. Y ya en casa no se habló más del asunto.

Pero sí se habló, aquella misma noche, y en tono de polémica, en el saloncillo del teatro Eslava, adonde fui para visitar a mi gran amigo Gregorio Martínez Sierra. Encontré a éste en compañía de Felipe Sassone, el cual había estrenado ya con fortuna sus primeras comedias. Al verme entrar, Gregorio, no digo que me increpase, porque dada nuestra amistad esto no era posible, pero sí que puso vehemencia en la voz al reprocharme «lo que había dicho en el Ateneo en contra de la Revolución rusa». Alguien vino a contárselo y «le parecía mentira que yo no comprendiese lo que significaban para el futuro de la humanidad los postulados del marxismo».

Yo mantuve mis argumentos y le dije, no sin acritud, que no le creía un marxista convencido, ni mucho menos, sino uno más entre los escritores que se disfrazaban de bolcheviques, siendo en realidad unos burgueses que aspiraban, como él, a una vida cómoda y a ganar mucho dinero. Él era un aristócrata de la pluma, con un teatro para estrenar cuanto escribiese, una bella actriz para representarlo y una empresa editora para publicar sus libros. Todo esto me parecía muy bien pero «lo otro», lo fingido y postizo, deplorable. «¡El proletario de la pluma —concluí— soy yo!»

Debí de producirme con demasiada viveza porque vi enmudecer, palideciendo, a Gregorio y sentí la presión de una mano de Sassone en mi brazo derecho, mientras exclamaba: «¡Vamos, ya está bien! A otra cosa, ¿no os parece?». Nos pusimos a hablar, como era nuestro deber, de literatura. Y Martínez Sierra y yo quedamos tan amigos como antes.

Con mi padre hablaba sobre todo de política española, naturalmente. Es decir, hablaba él, sin que yo apenas le interrumpiese, pues no estaba muy al tanto de los pro-

blemas que tenían planteados nuestros gobernantes y que eran de ardua solución. El más difícil de todos el de Cataluña. Los patronos acababan de declarar el *lock-out*, o sea el cierre de sus industrias, en vista de la impunidad en que quedaban los atentados, casi siempre mortales, contra ellos y entre los sindicalistas de distintos grupos. A Maura no le dejaban gobernar. Había dimitido en el verano, sucediéndole el señor Sánchez Toca, que no carecía de talento ni de cultura, pero que no alcanzaba la talla de los dos jefes del conservadurismo: Maura y Dato. A las dimensiones de la nariz de Sánchez de Toca no correspondía la finura del olfato: no venteaba los conflictos.

Para mi padre el único estadista «genial» era don Antonio Maura, pero la obstrucción parlamentaria de las izquierdas y las campañas de los periódicos del mismo color impedían el triunfo de su programa de regeneración nacional. «No se lo merece España», decía con un gesto desolado. ¡Lástima de país! Por donde quiera que se mirase no se hallaba nada halagüeño. En Cataluña, aparte la sangrienta lucha entre los patronos y los sindicatos, el separatismo no deponía su actitud. Habíase creado una Comisaría de Abastos para regular los precios de las subsistencias, y ¡que si quieres!, todo estaba por las nubes y seguía subiendo. No le parecía mal que los obreros obtuviesen la jornada de ocho horas, pero «ya verás como no tardan en pedir que les aumenten los jornales». El espíritu de subversión seguía latente en algunos sectores del Ejército. En fin, que no se sabía a quién echarle la culpa de tantos desatinos e infortunios, si a los gobernantes o a los gobernados… «A unos y a otros —se respondía a sí mismo en seguida—, porque el español es un hombre díscolo, indisciplinado, y los gobernantes no han sabido enseñarle a obedecer. Escribe Ganivet en su *Idearium* que al pueblo, el nuestro, hay que tratarlo "con mucho amor y muchos palos". Estimo que sobran los palos. Si "los de arriba" amasen verdaderamente al pueblo no lo mantendrían en la ignorancia y la pobreza. Lo que nos falta es cristianismo. En dos de las obras de misericordia, "enseñar al que no sabe" y "dar de comer al hambriento", resumo yo la política que se debería hacer: la política de Dios. Y no hay que esperar que la practiquen los socialistas, que son ateos y constituyen, como ya profetizó Donoso Cortés, la vanguardia del comunismo.»

[…]

[7]

La muerte de Galdós. 1898: el «Episodio» que no escribió don Benito. Evocaciones enternecidas de su gran figura*

Una mañana de aquel mes de enero leí en los periódicos, escueta, sin retrato, la noticia de la muerte de Galdós. Al día siguiente me llegó el número de *La Corres* con un par de columnas dedicadas al fallecimiento del glorioso novelista. Después recibí recortes del *Abc*, *El Imparcial* y *El Liberal*. A éstos acompañaba una carta de mi padre en la que me decía textualmente:

«Como era tan grande tu admiración por don Benito (corregí: "es" y "será"), ahí te mando los artículos necrológicos más importantes que le han dedicado. Tú sabes que yo también le admiraba, pero no tanto como tú, pues no compartía sus ideas republicanas ni mucho menos su anticlericalismo. Creo que sin el Trono y la Iglesia España dejaría de ser España. Todos sabíamos que Galdós, ciego y medio inválido, no podía durar ya mucho tiempo. Muere antes de cumplir los setenta y siete años y no ofrece duda que deja una obra formidable en la cual lo que más admiro es la serie de los *Episodios*, porque hacen vibrar mi cuerda patriótica, si bien siempre me he preguntado, y tú mismo te has hecho esta pregunta, por qué no dedicó alguno de esos libros —que no son testimonios ni reflejos de "cosas vistas", sino que están compuestos con referencias históricas y un caudal enorme de imaginación y fantasía— a narrar los episodios de las dos grandes guerras de Cuba y el final de la última, desastroso para nosotros.

Datos le sobraban en los periódicos de la época. Pudo hablar con Martínez Campos, con Blanco, con Weyler, con Jiménez Castellanos, los generales que libraron aquella guerra, hasta que el último, el querido don Adolfo, pasó por la amargura de

* Capítulo xxxi del tercer volumen de las *Memorias*.

entregar la Isla. Imagínate uno de esos grandes Episodios de Galdós con este título tremendo en cuatro números: ¡1898! Pero, nada, no lo escribió. En España con esos números trágicos sólo se ha hecho literatura, y literatura lamentable por su entrega al pesimismo. Claro que yo sangro por la herida, porque mi novela *Los últimos días de España en Cuba*, si no fue en absoluto como tirarla a un pozo debióse al artículo que escribió Cavia, elogiándola, en *El Imparcial*».

Hasta aquí, en aquella carta de mi padre, que he hallado entre mis viejos papeles, con alguna otra, lo referente a Galdós. Sí, yo sabía muy bien que su novelista predilecto no era el autor de *Ángel Guerra*, sino la autora de *Los pazos de Ulloa*; que leía con fruición a Pereda y que no había querido asistir a las representaciones de *Electra* por «la intención y el tono sectarios de la obra». Pero sabía también que en su biblioteca no faltaba, encuadernado en pasta española, ninguno de los libros de Galdós, y que fue en su biblioteca de La Habana donde, teniendo yo trece años, leí *Marianela*, *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*. Después, en Madrid, adquiría él con puntualidad cada *Episodio*, repitiendo siempre que ninguno como *Trafalgar*, que solía abrir para leerme en voz vibrante aquella página en que Gabriel Araceli, eje y alma de los diez primeros *Episodios*, dice lo que yo ahora voy a copiar y siempre leo con los ojos turbios:

«Soy joven: el tiempo no ha pasado, tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante el azaroso período comprendido entre 1805 y 1824. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria!».

Al llegar a este punto la voz de mi padre, primero altisonora, se humedecía y apagábase reprimiendo un sollozo. «Por esta frase —balbucía—, "aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria", yo le perdono a Galdós todo lo que en él

no me gusta. ¡Ah, si nos hubiera visto llorar a ti y a mí en La Habana cuando se perdió nuestra escuadra! Ese amor ha de ponerse, y yo lo pongo, sobre todos los amores. Por eso a la patria la llamamos Madre.»

Y después, más sosegado, proseguía la lectura de ese canto al patriotismo, sublime página de Galdós: «En cambio, yo aún puedo consagrarte (a la patria) una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día… A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndolo por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real. Muchas cosas voy a contaros: ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!».

Y concluía mi padre, cerrando el libro y como si lo acariciase: «Esto es amar a España. Y así se explica que Menéndez y Pelayo, y Pereda, los dos católicos a machamartillo, estimasen tanto a Galdós».

Yo me pasé todo aquel día, de un enero en París con nieve en la calle, pero con un aire templado y deliciosa calma en mi hogar, pensando en Galdós, rememorando, en orden retrospectivo, las veces que tuve la suerte de verle y hablarle. La última había sido algunos meses antes de su muerte, cuando mi cuñado Alfonso Hernández Catá y yo estuvimos a visitarle en su hotelito del barrio de Argüelles, en la calle de Hilarión Eslava, entonces suburbios de Madrid. Hallamos un Galdós con gafas negras sobre los ojos sin luz, envuelto de cintura abajo en una manta, pero cuyos bigotes más amarillos que blancos y caídos como los de un mandarín (siempre hubo algo de chinesco en el semblante de Galdós) se alzaban para sonreírnos afablemente o proferir algunas palabras afectuosas.

Hacía unos siete años, durante el invierno del 13, Alfonso y yo habíamos hablado con don Benito en el teatro Español, donde se hallaba no recuerdo bien si en funciones directivas o como contertulio en el saloncillo. También por entonces o algo antes —no respondo de fechas— le vi ensayando en el teatro de la Princesa su *Alcestes*, escrito para María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Recuerdo que el caballero actor exclamó al verme y saludarme: «Estamos en plena mitología. Siéntese. A ver si acertamos con estos griegos sobrenaturales de Galdós». No sé si acertaron, pues aunque asistí al estreno, no guardo la menor memoria de la obra.

Cuando en 1907 publiqué mi primera novela, cuya acción transcurre en Ávila, envié un ejemplar a don Benito, y éste, con quien coincidí en el vestíbulo del Banco Hispano Americano, me dijo: «He leído su novela y (textual) "eso" es Ávila». Le agradecí el elogio, que supuse más hijo de la cortesía que de la admiración, pues ¿qué podía valer «mi» Ávila al lado de «su» Toledo, el de *Ángel Guerra*? Añadiré que doña Emilia Pardo Bazán, ésta en una carta, alabó también aquel libro. Frases «así», en labios de maestros, estimulan a los escritores en cierne.

En varias ocasiones había oído yo a Galdós en algunos actos políticos o literarios. No poseía el don de la oratoria. Veíasele subir a la tribuna o salir al escenario un tanto cohibido, como si le intimidara, o molestara «actuar en público» y sacar del bolsillo interior de la americana un papelito. En aquel papelito venía su discurso, su lacónico discurso, que él era sólo fluvial —como ahora se dice— con la pluma en la mano. Lo mismo que Dickens y Balzac, con quienes solía y suele comparársele, era uno de esos escritores que por un río de tinta caudaloso como el Tajo —diré tratándose de un español— hacen navegar las naves de su ingenio y de su ensueño y sumergirse o nadar a algunos de sus héroes. ¡Vaya ríos con afluentes los de las cuatro series de los *Episodios nacionales*! Queda el río de sus *Novelas contemporáneas*.

Y aparece, más laguna que río, pero anchurosa laguna, su teatro, del que se ha dicho que era «una novelística llevada a la escena», lo que en realidad «es también teatro», pues lo hay donde no falte la acción y exista el diálogo en la forma que corresponda a cada personaje. No pocas comedias de Lope son también «novelística llevada al teatro».

Ello es que yo no dejaba de asistir a las representaciones escénicas de Galdós, comprobando el interés con que las escuchaba el público. Desde luego, Ibsen había influido en él, pero no hasta el punto de hacerle uno de sus discípulos —como, por ejemplo, en Francia, François de Curel—, ni siquiera uno de sus émulos, pues nada podía sentir y expresar Galdós sino «muy españolamente». Y esto, el espíritu nacional, es lo que otorga un valor perdurable a su obra y le abre las puertas de lo universal. Ibsen era un corazón del norte, Galdós un alma cálida del sur: podían aproximarse, pero no confundirse.

Mas no es mi propósito esbozar un ensayo crítico de la novela y el teatro de Galdós. Y si lo intentase y lograse, más que crítica, más que análisis, sería panegírico, porque a mí en Galdós «todo me gustaba», todo lo leía o veía representar con *intelletto d'amore*, y el verdadero crítico no debe enamorarse del autor, ni lo contrario. Quiero

decir que si no evita los excesos de la pasión, en pro o en contra de la obra que enjuicia, se convierte en un idólatra o en un iconoclasta. Esto último fue lo que le ocurrió a Unamuno, que nunca quiso ni entendió a don Benito. Y basta.

Vuelvo a mis evocaciones personales de Galdós. La primera vez que le vi y escuché de cerca quedaba muy lejos en el paisaje de mi memoria. Año 1902. Era yo todavía estudiante de Derecho en la Central, pero dedicaba más horas a leer historias, novelas y teatro clásico que al estudio de las asignaturas. Y escribía, escribía «para mí», ¡hasta versos! Mi afán por conocer a los escritores de fama —¡cuán efímera fue la de muchos de aquel tiempo!— me llevó a alguno de esos banquetes donde el que paga, sea quien fuere, pasa, come y bebe mejor o peor, escucha los brindis y le pide al agasajado que le firme el menú.

En uno de esos banquetes fui presentado a Galdós por su paisano y discípulo José Betancourt, buen publicista que firmaba sus escritos con el seudónimo de Ángel Guerra. Estábamos en invierno. El banquete, en los altos del café Suizo, no era en honor de don Benito, sino de un novelista joven, aristocrático, ya con algún público.

Mi presentación al maestro fue hecha a la salida del Suizo, en la calle de Alcalá, camino de la Puerta del Sol. La edad de don Benito no pasaba entonces de los sesenta años. Quedábanle hebras oscuras en el cabello, su bigote amarilleaba. Vestía un abrigo de paño negro, no muy flamante, y su bufanda, de un color gris muy subido, la llevaba flotando por encima del gabán. El sombrero de fieltro negro, alicorto y de copa alta, lo introducía hasta el occipucio. No había nada en su pergeño destinado a «llamar la atención». Ya paseaba Valle-Inclán por Madrid sus quevedos, su manga vacía y sus barbas «ticianescas». Ya lucía Maeztu sus levitas entalladas y su chistera de *gentleman*, Rusiñol su chambergo y su cabeza «de artista», Benavente su bigote «mefistofélico» y su puro, y en los salones el monóculo de Antonio de Hoyos, marqués de Vinent. A don Benito no le gustaba «distinguirse». En su vida pública y privada era, como en el tren, un ciudadano «de tercera». Pero sus libros y sus dramas le iban conduciendo en carroza de oro hacia el país donde moran y discurren las almas inmortales.

De este modo me pasé aquel día de enero, en París, con nieve en la calle, evocando a Galdós: al «mío», porque cada hombre de genio es tantas veces uno y distinto como admiradores tiene y personas le aman.

[8]

De cómo tuve noticia de la muerte de la condesa de Pardo Bazán. Los comentarios de los periódicos parisienses. Recordación y glosa de una carta de mi padre. Mi juicio sobre la eximia escritora*

Doy otro salto de algunos meses en mis recuerdos para situarme en el de mayo de 1921 y en París, donde una mañana supe por labios de nuestro embajador, Quiñones de León, que la condesa de Pardo Bazán había muerto en Madrid. Dada mi amistad con la insigne escritora y la admiración que me inspiraba su obra, la infausta noticia me entristeció hondamente. En la tarde de aquel mismo día leí en *Le Temps* y *Le Journal des Débats* y a la mañana siguiente en el *Figaro* y otros periódicos, las líneas necrobibliográficas que insertaban acerca de la *célèbre romancière espagnole*. No faltó el crítico anónimo que, creyendo, sin duda, favorecerla, la comparase con Emilio Zola y dijese que había sido «la introductora del naturalismo en España». Volveré sobre esto para demostrar lo absurdo de la equiparación y lo discutible del segundo aserto.

Antes habré de referirme a la carta que recibí de mi padre, a quien debía yo mis relaciones con la autora de tantas novelas admirables y la generosidad con que en varias ocasiones habló en sus artículos de las mías. No conservo entre mis papeles esa carta, pero recuerdo muy bien que en ella me informaba de que había asistido al entierro de doña Emilia, dado de viva voz el pésame a sus hijos y acompañado sus restos mortales hasta la Sacramental donde reposan. Entraba luego a lamentar la desaparición de esa «gran mujer, que formaba con Rosalía Castro y Concepción Arenal, paisanas suyas, el grupo de las grandes escritoras españolas de su tiempo, las tres gallegas». Después se extendía en consideraciones acerca de los méritos de doña Emilia

* Capítulo xxxvi del tercer volumen de las *Memorias*.

—él siempre la llamó así—, entendiendo que eran muy altos e indiscutibles en todos los géneros literarios que cultivara: el ensayo crítico o histórico, el artículo de periódico, el cuento y la novela. Por razones «natales» —precisaba— era natural que él la prefiriese a los grandes novelistas españoles, sus contemporáneos, Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés, Leopoldo Alas y más tarde Blasco Ibáñez, sin que esto significara disminuir la gloria de ninguno. Sí, «era natural», porque mi padre sentía siempre «en gallego» y porque la sensibilidad, aun en los lectores y críticos menos sentimentales, entra por mucho en sus predilecciones artísticas, así en literatura como en las artes plásticas. Un veneciano es posible que se quede frío ante los lienzos de Vinci y vibre de entusiasmo frente a los de Ticiano y el Tintoretto.

No obstante —y sigo en el recuerdo y la glosa de la carta de mi padre—, aun descartando la inclinación o parcialidad regionalista, ¿cómo no reconocer en la autora de *Los pazos de Ulloa* a una novelista «de cuerpo entero», tan grande como el que más lo fuere? En el cuento, que es novela en germen, cuando no obra cumplida y «redonda», nadie, ni siquiera el insigne Clarín, la había aventajado, y menos todavía en la novela breve. Y ahí estaban, en este último aspecto para demostrarlo, *Morriña* e *Insolación*.

No se contrajo la condesa, en su arte narrativo y sus análisis de caracteres, a los fondos y la humanidad de Galicia. También la atrajeron las costumbres de Madrid, las figuras y figurillas de la Corte de España adonde llegó en 1869, a raíz de su boda y cuando su padre había sido elegido diputado para las Constituyentes. A partir de entonces la escritora pasaba los inviernos y las primaveras en Madrid y los estíos en su casa y «pazo» solariegos de La Coruña y Meirás, aparte de sus viajes, en distintas épocas, a Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Alemania y, «naturalmente», Portugal.

En Madrid transcurrieron los días más laboriosos y apasionados de su existencia, porque en Madrid vivían, aparte de Pereda y Clarín, que desde su Polanco y su Oviedo sólo hacían escapadas a la Corte, los escritores más considerados de su época, con los cuales, desde edad temprana, quiso y pudo competir y medirse. Porque en Madrid estaban los más famosos salones de la nobleza, en los que brilló por su prosapia y por su ingenio. Porque Madrid era la capitalidad del idioma —y ella escribía magistralmente en castellano— y porque en Madrid estaba la Academia de la Lengua, cuyas murallas expugnó varias veces sin suerte. Ése fue el gran dolor literario de do-

ña Emilia. Méritos poseía de sobra para justificar la revolución que habría significado, no sólo en España, sino en toda Europa, su nombramiento. Siendo tantos los escritores que «se perecen» por conseguirlo, no debe asombrar que una mujer se sintiese atraída, fascinada casi, por el sillón. No era modesta y humilde, como Rosalía Castro, sino altiva y orgullosa. Estas condiciones de su espíritu hicieron de ella una mujer dominante, deseosa de figurar siempre en primera línea, y con razón, porque al fin y al cabo, en aquel asunto de la Academia, se hacía la justicia que, parapetados en las tradiciones y el reglamento de la Casa, le negaban algunos académicos. No es necesario decir que, «moralmente», doña Emilia estuvo entre ellos, pues, si no en cantidad, tuvo en calidad los mejores votos de aquel cónclave de literatos que la eligieron en elección y selección ocultas. Claro que ella no se conformó con esto. (Entre paréntesis, y ya me aparto de la carta de mi padre, el «caso de doña Emilia», andando el tiempo, se ha repetido con dos escritoras insignes, doña Blanca de los Ríos y doña Concha Espina, pero los reglamentos son los reglamentos hasta que parezca oportuno reformarlos.)

En cuanto al «madrileñismo» de la Pardo, debe decirse que en algunos de sus libros, como *La quimera* y *La sirena negra*, y en gran número de sus cuentos y artículos, se halla reflejado, aunque sin esa intimidad y el detallismo de Galdós. La condesa sabía de sobra que *Fortunata y Jacinta* era una obra inimitable y que —como cantera literaria— había que dejarle Madrid a don Benito, sobre todo el de la «clase media». Doña Emilia cultivó —como dama y como novelista— el Madrid aristocrático, sin que, comprensiva, dejara de asomarse al pueblo.

Y ahora voy contra la crítica anónima que leí, no recuerdo en qué periódico de París, donde en son de elogio se la equiparaba con el autor de *La Terre* y se decía que introdujo en la novela española el naturalismo de Zola. En cuanto a lo primero, la comparación no era favorable para doña Emilia, porque, en fin de cuentas —y advertíase entre líneas *l'arrière-pensée* del crítico—, venía a quedar la grande y original escritora en situación de discípula o imitadora del enorme novelista francés, y la Pardo Bazán no era discípula de nadie, sino maestra, si bien no existan maestros que no hayan sido enseñados y orientados por otros, y la condesa los buscó, más que entre los de fuera, entre los de casa, que no en vano —y el sutil Barrès lo reconocía— los

inventores de la novela moderna son los españoles, partiendo de la picaresca y de las *Ejemplares* cervantinas. Ella lo leyó todo, por aquí y por allá, en el tiempo y en el espacio de la literatura, y se impregnó, haciéndolo suyo, adaptándolo a su sensibilidad y sus ideas. Leyó a los italianos, a los rusos, a los alemanes y los ingleses tanto como a los ingenios de Francia, pero su tradición, de donde extraía y traía lo mejor de su arte, era de raíz y jugo ibéricos.

No debe verse en *La cuestión palpitante* una defensa, y menos una apología del «naturalismo» de Zola y sus discípulos, sino un análisis aclaratorio de éste, en el cual hallaba la escritora aspectos admisibles y tendencias reprobables, ya que ella era católica, y todo ese realismo galo se inspiraba en un materialismo desaforado y prescindía de la presencia y el soplo de Dios. De otra parte, el realismo español, el de los grandes autores de la novela picaresca, era anterior en más de tres centurias al naturalismo de la escuela de Medán, bajo el magisterio de Zola, y le llevaba la ventaja de sólo ser excepcional y deliberadamente obsceno, como en *La lozana andaluza*, y de tomar a risa —la risa del *castigat ridendo mores*— las proclividades y bajos instintos de la raza humana. El realismo de la picaresca «caricaturizaba», era burlón, satírico, sarcástico, y el naturalismo francés «pintaba al desnudo», y no frente al desnudo estético y noble de las Venus y los Apolos helénicos, sino ante el de los hombres y las mujeres entregados a todos los vicios. Nadie mejor que Anatole France, que nada tenía de ortodoxo, señaló y censuró, asqueado, «la complacencia en lo sucio y lo abyecto» de Zola y sus epígonos, que habría de exacerbarse en Octavio Mirbeau.

Es muy verdad que algo, muy poco, de su contacto con el *naturalisme* morboso y mefítico se respira en ciertas páginas de doña Emilia, pero «una golondrina no hace verano», y eso viene a ser la escoria de los metales preciosos con que están elaborados sus libros. Yo hubiese querido publicar estas aclaraciones y rectificaciones en algún diario de París, pero sabía de sobra, por la ligereza e incompetencia con que suelen tratarse en Francia «las cosas de España», así en literatura como en política, que les habrían dado carpetazo. Pensé que algún hispanófilo las hiciese. Pero si las hizo, yo no las vi.

El primero de abril de 1883, el año mismo en que se publicaba *La cuestión palpitante*, firmaba la condesa para mi padre una fotografía en la que aparece sen-

tada en el escritorio de su casa de La Coruña, sita en la calle de Tabernas, que es donde se inicia la Ciudad Alta, llena de recuerdos históricos. Tenía entonces la insigne polígrafa treinta y tres años. Ya era célebre. La dedicatoria dice: «Al distinguido escritor don Waldo Álvarez Insúa, en testimonio de amistad». En la fotografía, muy borrosa, puede apreciarse el lujo del aposento. La mesa, muy grande, es de cierta madera de roble y de estilo gótico. Gótico también el sillón o sitial en que ella ha adoptado una postura majestuosa, con la cabeza reclinada suavemente y las manos cruzadas, como si estuviera en un momento de descanso. Al fondo, un tapiz con el escudo de su estirpe. A su izquierda, sobre el bufete, un búcaro con flores y una estatua que parece ser de bronce y representa a un guerrero troyano, armado con escudo y lanza. A su derecha, varios libros gruesos, un ánfora de plata, y en un jarrón, semioculto por los libros, una planta de begonias. Detrás de ésta, una pequeña biblioteca con varios *bibelots* en la repisa. Completan la decoración de la estancia una consola, un reloj de pared y varios cuadros de breves dimensiones. Los pies de doña Emilia reposan sobre un cojín de terciopelo. En primer término otros dos cojines, de los que llaman *poufs* y pueden servir de asientos.

Esta fotografía figura en un «puesto de honor» de mi despacho. En mi anaquel de las reliquias guardo un paquete con las cartas que la autora de *Insolación* escribió a mi padre cuando éste dirigía *El Eco de Galicia*, por él fundado, en La Habana, y en el cual, al mismo tiempo que ella, colaboraron los escritores y poetas gallegos más famosos de la época: Rosalía Castro, Curros Enríquez, Alfredo Brañas, Manuel Murguía, Eduardo Pondal y algún otro. Esas cartas, que versan sobre temas y pleitos literarios, reflejan vivamente el espíritu polémico de la escritora, y me propongo, Dios mediante, publicarlas y glosarlas algún día.

Entre las «herencias morales» que recibí de mi padre conceptúo preciosa la de su amistad con doña Emilia, que prosiguió entre ella y yo, de maestra a discípulo. Y ahora, al redactar estas líneas, en el otoño de 1956, a los treinta y cinco años de su muerte, me asalta la duda de si podría juzgar su obra, como lo hacía mi padre en 1921, y yo en sus huellas, sin que el sentimiento amistoso me incline a una admiración desmedida, por no decir idolátrica. Pero, tras este escrúpulo, pienso que la mejor crítica es la que se hace con *intellecto d'amore*, que la simpatía es una de las formas de las afi-

nidades del espíritu, de la consonancia de gustos estéticos, y que me asiste el derecho de proclamar que ningún novelista ilustre entre los españoles que yo llamo «interseculares» me inspira una devoción más profunda que la condesa de Pardo Bazán. No se trata, ni mucho menos, de un culto exclusivo, pues, por diversos modos y razones, admiro y reverencio a los grandes coetáneos de doña Emilia: a Galdós, a Pereda, a Valera, a Clarín, a Palacio Valdés.

Mas, probablemente, por mi «media sangre gallega» es la autora de *Los pazos de Ulloa* la que «más me llega al alma» entre los de su tiempo. Es lo que suele llamarse «el tirón o el latido de la tierra». Me hice hombre en Galicia. Hecha abstracción de este sentimiento —que siempre será lícito hacer intervenir en nuestros juicios, pues «lo que mejor se entiende es lo que mejor se ama»—, estimo que escritor alguno de su época ha superado a Emilia Pardo Bazán en el dominio de la prosa castellana, que fue en ella absoluto por la opulencia del vocabulario y el equilibrio entre el fondo y la forma. En sus novelas, como en sus cuentos y sus ensayos de crítica, el idioma obedece siempre a la escritora. Es fluido y flexible, es numeroso, no es jamás incorrecto. Esto de escribir «correctamente» se estima hoy, entre algunos escritores, innecesario, como si el primer deber del literato no consistiera, sencillamente, en «escribir bien», en respetar las normas del lenguaje, que no son, por cierto, rígidas, pues se adaptan a todos los temperamentos y gustos, a condición de respetar su médula y su espíritu, que es la gramática. La gramática, que no se opone a los neologismos, cuando son oportunos; ni a los arcaísmos, cuando dan solera a la prosa; ni a los regionalismos, cuando la matizan con un acento familiar. Nunca serán recusables los andalucismos de Valera, ni las locuciones montañosas de Pereda, ni las voces dialectales de la Pardo Bazán. Todo eso no hace sino acrecer la «expresividad» de la prosa, su riqueza y su garbo.

Póngase, pues, a Emilia Pardo Bazán en lugar brillantísimo en la pléyade de los grandes prosistas españoles, de los magistrales, de los inmortales, de los que en todo tiempo nos darán lecciones de buen decir y de bien escribir. No se llame «academicismo» a lo que es «castellanismo». La prosa castellana puede y debe girar al compás de los tiempos y obedecer a la idiosincrasia de cada escritor —que el estilo es el hombre—, pero no será «buena prosa» sino en tanto respete la concordancia y la armonía del lenguaje, que no es laguna estática, sino río impetuoso y caudal.

Los libros —todos los libros— de la Pardo Bazán serán siempre actuales, porque brotaron de una pluma que conocía todos los secretos y todos los encantos del idioma, que el Hada-Gramática descubre a quienes, por conocerla a fondo, son dignos de su confianza, y cuando «se toman una libertad o una licencia» lo hacen con su consentimiento…

[…]

[9]

La primera idea de *El negro que tenía el alma blanca**

Paseando una tarde por la calle de Alcalá en compañía de mi hermano menor, como se cruzara con nosotros un joven negro, no mal parecido, en lo que cabe, dado el concepto de la belleza física que tenemos los de la raza blanca, se detuvo Manuel, siguió con la mirada al transeúnte, que era alto, ágil de movimientos y vestía con elegancia, y me dijo:

—Este negro debe de ser bailarín. Me recuerda a uno que lo fue y que bailaba en Maxim's.

—¿El de la Rue Royale? —le pregunté.

—No. En este de la calle de Alcalá. Era muy simpático y dicen que se murió de amor. ¿Crees tú que se puede morir de amor?

—Yo sí.

—Aquel negro, que se apellidaba Cólber, se enamoró de una de sus parejas, una chica rubia, preciosa, que no le hizo caso. Y le dolió tanto el desdén de la muchacha que se puso a morir. Bueno, también padecía una enfermedad del corazón. Cardíaco y sentimental. En resumidas cuentas, que se murió. ¿Por qué no escribes con ese asunto una novelita? Un negro enamorado de una blanca se presta.

—¡Vaya si se presta! Pero yo no conocí al pobre Cólber.

—¡Y qué te importa! ¿Para qué te sirve la imaginación?

—Es verdad. Los mejores personajes de las novelas y los dramas tal vez sean los imaginarios. Claro que se necesita un punto de apoyo en la realidad. ¿Cómo era Cólber?

—Como ese que acaba de pasar. Y bailaba admirablemente.

—Pues mira, a lo mejor cualquier día, con los escasos datos que tú me proporcionas, voy y escribo un cuento o una novela corta.

* Capítulo xxxix del tercer volumen de las *Memorias*.

Y no volvimos a hablar «del pobre Cólber, del negro sentimental y cardíaco» que se enamoró de su parejita blanca.

Pasó el tiempo, bastantes años, y hallándome en aquella playa bretona de Erquy, sin asunto para una novelita, no sé cómo me vino a mi memoria aquel diálogo con Manuel. Yo había visto en París a muchos negros bailarines, cantores o músicos de *jazz-band*. Y sabía de algunos que tenían, cuando no esposas, *petites amies* rubias y de tez color de nardo, como aquella que, en el Maxim's de la calle de Alcalá, no pudo corresponder a la pasión de Cólber. El motivo de su desdén no podía ser otro que la natural repulsión que, para ligarse en matrimonio, o «liarse» en otra forma, inspiran los hombres negros a las blancas. Repulsión nada frecuente en el caso opuesto, pues, por lo general, el mulato es un producto de la unión entre blanco y negra. Y si no, dígalo el mestizaje de las Antillas y de otros países de América, que se debe en gran parte al hombre español y al portugués, poco dado a esas «discriminaciones raciales» de los anglosajones. Éstos son endógamos, sólo se casan con las de su color. Al ibero, luso o hispánico, el pigmento contrario al propio no le parece una «barrera infranqueable» para el amor, y así, en coyunda legal y santificada por la Iglesia, o en simple barraganía, no son pocos los portugueses y españoles que engendran hijos mulatos, contribuyendo a la fusión de las especies, no mal vista por los ojos de Dios, sólo atentos a los colores del alma.

De todos modos, la mujer blanca a quien no repele el hombre negro es una excepción. Y en esa excepción no figuraba la bailarina que rechazó las pretensiones amorosas de Cólber. Éste era el drama, el tema o tesis de mi novela corta: el estudio de los sentimientos y sensibilidades de dos personas de piel diferente, hombre y mujer. En ella repugnancia física; en él, por el contrario, atracción. La pequeña bailarina no tenía nada de Desdémona.

Y para mitigar la pena que me causaban las noticias de la catástrofe de Annual, y de otra parte, porque me convenía que mi nombre literario no dejase de sonar en Madrid, me puse a escribir la novelita que, conforme tomaba cuerpo y rumbo el relato, habría de convertirse en una novela grande. Con un bloc de cuartillas y una estilográfica la comencé en Erquy. No la pude terminar. Tenía también que escribir algunos artículos para mis periódicos. […]

[10]

Un novelista en busca de un título. Opinión y chiste de Jardiel Poncela. Las profecías del impresor Pueyo. De cómo me salvé del naufragio de *La Corres* embarcándome en *La Voz**

Adelantaba yo en el trabajo de mi novela del negro enamorado, sin dar con un título que me gustara y fuera la expresión más justa posible del carácter de mi héroe. Un día pensé que la diferencia de razas del bailarín y la bailarina me brindaba un buen título: *Blanca y negro*. Al comunicárselo a Jardielito en la mesa de redacción de *La Corres*, el futuro gran humorista sonrió de medio lado, elevó una de las cejas a lo payaso y comentó: «A quien le gustará ese título es a Luca de Tena. El público no leerá *Blanca y negro*, sino *Blanco y Negro*.

Con lo cual, y plenamente persuadido, volví a verme sin rótulo para mi obra, cuyos personajes iba «bautizando» conforme nacían de mi pluma: Pedro Valdés y Peter Wald, el negro, en las dos manifestaciones de su vida; Emma Cortadell, alias la *Cortadita*, su pareja; Don Mucio, padre de la joven danzante; Piedad de Arencibia, después marquesa de Yéboles, hermana de leche de Pedrito; la negra María Francisca, madre del que yo convertiría en un bailarín de fama internacional. Y así todos mis muñecos. Pero el título de la farsa seguía sin aparecer. Pequeño conflicto en que suelen hallarse los autores de cualquier género literario, comedia, cuento, novela o poema, y que se puede obviar, sobre todo en la novela, recurriendo al nombre, sólo al nombre y apellido del protagonista: *David Copperfield*, *Ana Karenina*, *Madame Bovary*, *Pepita Jiménez*, *Ángel Guerra* y tantos más de otros libros famosos. «Ni el hábito hace al monje, ni el título a la novela —pensé—, y si la mía lleva luz dentro brillará con cualquier letrerito que le ponga.»

* Capítulo XL del tercer volumen de las *Memorias*.

A principios de marzo de aquel año 22 comencé el envío de original a la imprenta de don Juan Pueyo, en la calle de la Luna, la que más rápidamente imprimía los volúmenes de la editorial Renacimiento. Y el título deseado, que yo quería expresivo y «de escaparate», me llegó una tarde con las pruebas de un capítulo en el que se hablaba de la blancura y la negrura de las almas, asignándosele a la de Peter el primer color, ya que era cándida y generosa como la de muy contados hombres blancos, a menos que se buscasen en el santoral. A Jardiel Poncela lo de *El negro que tenía el alma blanca* le pareció «estupendísimo». A mi padre, conocedor del argumento del libro, «muy acertado». A mi hermano Manuel, «de perlas». García Sanchiz, Bernardo Candamo, Pepe Francés, Dionisio Pérez y Juan Pujol, entre otros camaradas íntimos con quienes hablaba de mi obra, entendieron, con distintas palabras, que era un título precioso, curioso, brillante e intrigante. Con todo lo cual y ante testigos recibió nombre mi novela, que yo escribía por las tardes, pues las mañanas eran para los artículos en mi casa o en la redacción de *La Correspondencia*, y las noches, de no ir al teatro o al «cine» con Gabriela, para dormir.

Ninguno de mis libros me ha costado menor esfuerzo que aquél. Era como si un hada familiar me lo dictase. Todos los personajes, así los que representaban los primeros papeles como los secundarios y episódicos, me obedecían con esa docilidad de los títeres que manipula el titiritero. Lo que no significaba que quisieran quedarse en meras figurillas de cartón o de trapo, sino que confiaban en que yo les infundiera vida como a hombres y mujeres «de la realidad». Algunos venían directamente de esa realidad cotidiana, donde los cazan o pescan los autores para, mejor o peor aderezados, servirlos en sus argumentos; otros no tenían de verdaderos, como en el caso del protagonista, más que un leve punto de apoyo en la realidad, y, por fin, no faltaban los imaginados, los compuestos por el novelista y que no son nunca del todo originales en el sentido de que entonces comiencen a existir, pues en la vida real de los hombres, como en la ficticia de las artes, no hay cosa ni ser que surja por generación espontánea.

Quiero expresar con esto que aun los personajes de mi invención procedían de una realidad indeterminada, pero ofreciéndome una primera materia humana que en mi mano estaba que lograse consistencia o se disolviera en polvo. Añadiré que yo to-

maba «mis precauciones» buscando para los fondos de mi novela ambientes respirados por mí, como el de la Cuba de mi nacimiento y primera infancia, donde hacía nacer al negro de la fábula; el de un Madrid vivido en mis tiempos de estudiante y de escritor en cierne; el de un París que me sugestionaba y, por último, ese aire que llaman de «entre bastidores», o de la farándula, mefítico para unos y que otros aspiran con deleite.

Ello es, repito con expresión trivial, que la obra «me iba saliendo como una seda», aunque en algunos capítulos la seda se deslizara más premiosamente que en otros. En los promedios de abril iba yo por la mitad del libro, y presumía que me faltaban tres meses para terminarlo, cuando he aquí que una tarde, en lugar de uno de los chicos de la imprenta, se presentó en mi casa con las galeradas de turno el propio impresor, don Juan Pueyo, hombre rechoncho, de ancha sonrisa y rizado bigote negro, y me disparó a quemarropa estas palabras:

—¿Sabe usted, Insúa, que está usted escribiendo una novela «súper», y que tiene usted que publicarla antes de San Isidro?

Respondí desconcertado:

—Nunca sabe uno lo que está escribiendo. Pero lo que sí sé es que esta novela no estará terminada hasta el otoño.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque me falta la mitad!

—Pues esa mitad va usted y no sale de casa, la escribe en quince o veinte días, yo compongo e imprimo a todo meter y para San Isidro «estamos» en la calle y el éxito va a ser de los de «a ver quién puede conmigo».

Y como yo sonriese, escéptico.

—¡Parece mentira! —exclamó don Juan Pueyo—. ¡Cómo son ustedes, los escritores! Nunca saben lo que se traen entre manos. Pues yo, oiga usted, con sólo mirar por encima las galeradas me doy cuenta de si va a salir un churro o un monumento. Y si su novela sigue como hasta ahora se van a suceder las ediciones. Le doy mi palabra de impresor.

—Impresor y de los mejores —repuse— es usted, amigo Pueyo, pero dudo de que también sea profeta y que con sólo pasar la vista por las galeradas adivine la suerte que correrán los libros que imprime. No obstante, sus palabras son para mí un está-

mulo y aumentan mi confianza en una obra que estoy escribiendo con mucha ilusión. Así que le prometo que la novela estará en las librerías para San Isidro.

—¡Chóquela usted! Así me gusta. Y prepárese, que no le dejaré dormir. Cada mañana mandaré a recoger las cuartillas que tenga hechas. ¿Estamos?

Este diálogo fue, por parte del impresor, más efusivo y pintoresco. Se trataba de un hombre muy ocurrente. Podía hablar sin quitarse el puro de la boca. Entre chiste y chiste soltaba una humareda que le corría desde la nariz hasta el bigote, formando unas volutas grises que disipaba de un soplo.

No deberán confundir a este don Juan Pueyo, impresor, con el don Gregorio del mismo apellido, fundador de una dinastía de editores y libreros que tanto ha influido en el desarrollo de ambas industrias españolas. Don Gregorio no era locuaz como su homónimo: de pocas palabras, pero de su palabra se decía que era una escritura. De nariz grande y violácea, olfateaba los éxitos y los fracasos de los escritores y poetas que acudían a su famosa tienda-zaquizamí de la calle de Mesonero Romanos. Y no pocos de ellos encontraron en él un mecenas. Claro que con cuentagotas, pero esas gotas impidieron que más de uno se muriese de hambre. En cuanto al otro Pueyo, su imprenta en aquel caserón de la calle de la Luna era de las más acreditadas de Madrid, sobre todo para las publicaciones y los libros baratos.

Precisamente, cuando Pueyo me espoleaba para que yo acelerase la marcha de mi novela, habíase aumentado mi labor de periodista, nada abrumadora en *La Correspondencia*, donde solía publicar artículos breves. Pero ocurrió que un día «me mudé de periódico», pasando de la vieja gaceta de los Santa Ana al flamante diario de don Nicolás María Urgoiti titulado *La Voz*. No fui yo el primero en anticiparme al naufragio de *La Corres*, temido y previsto por todos sus tripulantes. Ni lo hubiera hecho sin la carta que me escribió Enrique Fajardo, que había sido su redactor más conspicuo, sobre todo durante la guerra del 14 al 18 en su papel de crítico de la campaña, que desempeñó con acierto y la imparcialidad posible, dada su actitud de aliadófilo. En la tal carta me proponía una colaboración de tres artículos semanales en aquel diario, que él dirigía y que a los pocos meses de su aparición era el más popular entre los vespertinos de Madrid.

Vacilé antes de aceptar por dos motivos: uno por parecerme demasiado trabajo el de una crónica «un día si y otro no», habida cuenta de que colaboraba en otras pu-

blicaciones y me había comprometido con el simpático Pueyo a lo que el lector ya sabe. Y el otro motivo era mi amistad con el director de *La Correspondencia* y el afecto que todos sus redactores me inspiraban. Pero el propio Serrán me dijo: «Lamento que me dejes, pero debes irte, porque esto se va…».

Me fui. Y pocos meses después de mi marcha se hundió la vetusta fragata de *La Corres*, que había navegado mucho y sido en algún tiempo el más alto representante en España de lo que todavía se llamaba el «cuarto poder». De *La Corres* había sido corresponsal en Londres, en los años de la primera guerra europea, el insigne Ramiro de Maeztu, que desde hacía más de un año firmaba artículos y redactaba editoriales en *El Sol*, diario austero, sin reseña de toros y publicidad muy escogida, cuyo primer director fue Manuel Aznar, el «caso» de mayor precocidad periodística conocido en España y quizá en el mundo.

Entonces, cuando yo entré en *La Voz*, dirigía *El Sol* Félix Lorenzo, que firmaba algunos comentarios de intención satírica con el seudónimo de Heliófilo. Figuras relevantes de *El Sol* eran Ortega y Gasset, árbitro y eminencia gris de los dos periódicos del señor Urgoiti, y don Eduardo Gómez de Baquero, que había evolucionado desde el «conservadurismo» de *La Época* a una postura liberal moderada, si bien más que la política le atrajese la literatura. Fue Gómez de Baquero, así en *Los Lunes de El Imparcial* como en *El Sol* un crítico literario inteligente. Adoptó el seudónimo de Andrenio para colaborar en *La Voz* y *Prensa Gráfica*. Con Ortega y Baquero vino a formar Maeztu el trío de las firmas más ilustres de *El Sol*, si bien lo fueran otras, como las de Salvador de Madariaga, Pérez de Ayala, Adolfo Salazar, Francisco Alcántara, Ricardo Baeza y Tomás Borrás. Debo advertir que fue precisamente en *El Sol* donde se iniciaron las mutaciones espirituales de Maeztu y su nueva orientación política, que un día le llevaron del diario del señor Urgoiti, foco de liberalismo, al de don Torcuato Luca de Tena, cuyo «clima» era el opuesto y donde Maeztu pudo escribir «a sus anchas»: a lo ancho y a lo hondo de su mente y su corazón.

Con la seriedad, a veces presuntuosa, y un sí es no es pedante de *El Sol*, contrastaba la ligereza premeditada de *La Voz*, que los «maestros» de *El Sol* toleraban benévolos desde sus alturas sidéreas, no sin tener presente los datos administrativos, según los cuales la venta de *La Voz* superaba con mucho a la de *El Sol*.

Desde un principio me sentí a gusto en *La Voz*, que hacía compatible su amenidad con una información copiosa y las glosas que a sus redactores y colaboradores sugerían los acontecimientos nacionales y de todo el mundo. Entre éstos, socialista templado —si cabe la templanza en el punto de partida del comunismo—, figuraban Luis de Araquistáin; el viejo e inocuo republicano Roberto Castrovido; Baquero, que había hallado en Gracián su seudónimo; Luis Bello, uno «de los del 98», no muy tenido en consideración por sus coetáneos, a alguno de los cuales hubiese podido aleccionar en literatura, y el poeta y crítico Díez Canedo, que escribía «La cena de las burlas», comentarios irónicos de la actualidad, donde no siempre lucía su indudable ingenio. También firmaba críticas literarias en *El Sol*.

Los de *El Sol*, cuando colaboraban en *La Voz* era como si sustituyesen la toga o la levita —que se usaba todavía entonces— por la simple americana, o por la blusa, si no es que se quedaban en mangas de camisa. En *La Voz* no se podía ser solemne y mayestático como en *El Sol*. Por nada del mundo hubiera descendido de su carro febeo don José Ortega y Gasset para firmar una croniquilla en *La Voz*.

Los martes, jueves y sábados llegaba a mi casa de la plaza de la Moncloa uno de los ciclistas del periódico para recoger el artículo, que se publicaba en las noches de los lunes, miércoles y viernes. Nunca se fue sin las cuartillas. No frecuentaba yo mucho la redacción. A lo sumo un par de veces al mes para «cambiar impresiones» con el director, Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal. Era Fajardo un hombre alto, desgarbado, ventrudo, francamente feo, con andares de palmípedo. Nada de lo cual afectaba a sus dotes de periodista experto y ecuánime. Años después, mas por contagio que por convicción, viose arrastrado por la ola roja del Frente Popular, lo que hubo de costarle su expatriación a México y, por fin, una muerte voluntaria. Evoco su persona con sincera piedad.

En las dos naves periodísticas del señor Urgoiti la brújula se inclinaba ligeramente hacia la izquierda. En las reuniones que celebraban los colaboradores y redactores de *El Sol* respirábase el aire de la Institución Libre de Enseñanza. En la redacción de *La Voz* se respiraban humo de tabaco y efluvios del café con leche que traían del bar próximo. Pero no faltaba uno de los redactores principales —que no habré de nombrar— en quien larvaba un comunista de acción y de los más violentos.

El contraste entre *El Sol* y *La Voz* extendíase hasta sus redactores-dibujantes, encargados de dar la nota humorística. La de Bagaría era cerebral, abstracta, de una sátira en cierto modo esotérica. Iba muy bien con los señores enchaquetados de *El Sol*. La de Manuel Tovar era espontánea, desenvuelta y muy del gusto del hombre de la calle. Ese hombre que compraba el periódico, aunque sólo fuera por el «mono» del gran caricaturista.

Diez o doce crónicas había publicado yo en *La Voz* cuando, con una primorosa portada de Federico Ribas, hizo su aparición en las librerías *El negro que tenía el alma blanca*.

[11]

Evocación de don José Ortega Munilla. Su generoso artículo en *Abc* sobre *El negro que tenía el alma blanca*. El valor confidencial e histórico de esa crónica del maestro. De cómo franqueó las puertas de la fama a muchos escritores desde *Los Lunes de El Imparcial* *

Pocos días antes de la aparición de mi novela saludé en el vestíbulo del teatro de la Princesa a don José Ortega Munilla, figura prócer de nuestro periodismo, novelista a quien admiraba y mano generosa que en 1906, en el albor de mi vida literaria, me había franqueado las puertas de *El Imparcial*. Para la página famosa de *Los Lunes* admitió varios de mis primeros artículos y cuentos. Aparte de mi admiración por su obra, debíale, pues, gratitud. Mas no sabía ni esperaba yo entonces, en mayo de 1922, que esta gratitud habría de acrecerse y convertirse en un sentimiento perdurable. Nada más verme, Ortega Munilla me preguntó: «¿Qué está usted escribiendo?». Le respondí que una novela, con tal título. «Pues mándemela usted en cuanto se publique, porque tengo ganas, Insúa, de demostrarle mi consideración y mi cariño. Mándemela y haré sobre ella un artículo para *Abc*.»

Promesa cumplida y en la forma magnánima que pronto apreciará el lector. Pero antes de reproducir el artículo del insigne escritor, aparecido en el *Abc* del 6 de julio de 1922, quiero recordar que cuando redacto estas líneas, en el otoño de 1956, se cumple el centenario de su natalicio, y habrán corrido casi siete lustros desde el día de su fallecimiento. Nació don José Ortega Munilla en Cárdenas (Cuba) el 26 de octubre de 1856 y murió en Madrid el penúltimo día de diciembre de 1922. Es decir, que le quedaba medio año de vida cuando me prometió y publicó el artículo más generoso que se ha escrito sobre mi arte de novelista.

* Capítulo XLI del tercer volumen de las *Memorias*.

Esta circunstancia de la proximidad del momento en que don José me dedica tantos elogios y de la hora de su muerte, sin duda presentida y esperada, da a ese artículo suyo un como latido de *ultima verba*, de confesión pública y de aspiración de su alma dolorida a la paz y el silencio de un mundo donde las torpezas humanas no le harían sufrir.

Por eso, por considerar que, aparte la alabanza que hace de mi novela, tiene ese artículo de Ortega Munilla un valor de confidencia, de lamentación de un espíritu cristiano profundamente afligido por el triste espectáculo de su tiempo, sobre todo en la esfera del arte —¡pues qué pensaría del de ahora!—, voy a reproducirlo en toda su extensión. Su título es «Una novela de Insúa», y dice de este modo:

«Alberto Insúa es un isleño hispánico. Mucho tiempo ha que vive entre nosotros, y cuando moró en Francia y en otras naciones europeas tuvo siempre la noción española y la impuso a todas las novedades tristes que nos contrariaban y ofendían. Alberto Insúa es un español que no nació en España.

Famoso en el campo de las letras por sus inspiraciones meritorias, acaba de publicar una novela que se titula *El negro que tenía el alma blanca*. Considero este libro como uno de los más interesantes, sugestivos y hermosos que han aparecido en los últimos tiempos. Su autor sabe contar como pocos; sabe escribir como acaso nadie en la nueva literatura. Observa, analiza, concentra su juicio en unas líneas, y así, al correr de la pluma, personajes y escenas desfilan rápidamente, vertiginosamente, pero no como los del cinema, sino con una fuerza de proyección perturbadora de los entendimientos y admirable en su efecto y en su perdurancia.

Esta novela es una invención singularísima, en la que se unen dos elementos hispánicos: la antigua isla de Cuba, bajo el dominio de España, y España, en su propio territorio, en la actualidad.

Yo quisiera disponer de largo espacio para ocuparme de este libro, no sólo por lo que él merece, sino porque habría llegado la ocasión de mis revelaciones, de mis confidencias, de mis entusiasmos y de mis indignaciones… Indignaciones, sí, porque me encuentro en el caso de aquel nacido en Atenas que no podía aportar por el Ágora porque se hallaba seguro de que los oradores iban a decir cosas que le molestasen. A eso lo llamó un crítico ateniense “decadencia”.

No era decadencia, era que se había roto, en innumerables losanges, el pavimento nacional. Y eso ocurre en España, y más que en cosa alguna española, en el arte. Tengo sobre mi mesa, o en los armarios inmediatos, cientos de libros novelescos que empiezan en la liviandad y acaban en la repugnancia. Si ése fuese el espíritu humano, habría que convenir en que tal vez el hijo de Adán no sea descendiente de un mono, pero sí que ha llegado a ser un mico libidinoso y repugnante que hace gestos impúdicos ante la Venus clásica. Literatura de esta especie no es tolerable. Poco ha que se realizó aquí un empeño de propaganda contra determinadas disposiciones de la Policía que existen y se practican en todas las naciones cultas, principalmente en Inglaterra.

La obra de Alberto Insúa estudia el amor dignamente. Describe antros del pecado con nobleza de alta espiritualidad. Es un ejemplo de la reparación que esperamos los viejos. Porque, en verdad, he de decir a quienes me lean que no me resigno a desaparecer mientras esta retórica de Gomorra no sea enterrada, ya a golpes de la Ley, ya por el desdén de los lectores.

Alberto Insúa es un alto espíritu, y este libro de que hablo lo acredita. He aquí que un negro oriundo de la isla de Cuba, de familia de esclavos, que se llamó al nacer Pedro Valdés, ha trocado su nombre por otro norteamericano: el de Peter Wald. Sus patronos fueron los marqueses de Arencibia. En su tiempo, en el de la infancia del muchachito, ocurrieron las catástrofes de la guerra separatista. Mil aventuras pasaron sobre el niño negro. Una genialidad inesperada lo convierte en el rey del baile norteamericano. Donde quiera que aparecía llenaba los teatros.

Y eso ha servido a Alberto Insúa para recordar antiguas tradiciones cubanas y para el estudio del industrialismo teatral. No es posible escribir páginas más emocionantes, más sugestionadoras que las que Alberto Insúa ha escrito sobre un teatro matritense, donde apareció Peter Wald asombrando a los espectadores por la gracia varonil de un estilo de baile. Y en medio de todo esto surge un amor: el negro codicia noblemente a una artista humildísima, a una cómica desdichada. Ésta es una española de verdad; no se rinde a los halagos ni al dinero. Además, por un sentimiento racial odia al negro. Pero Peter Wald aparece ante ella, al fin de una larga lucha, como un caballero, como un mártir al que la naturaleza hubiera puesto la sombra de la desdicha. Peter Wald lucha por conseguir a esa española. En la fatiga de la con-

tienda desfallece, y un día, cuando la española se entera de lo que vale aquel negro nacido en Cuba, éste cae en el morir. La comiquilla madrileña besa la frente del bailarín, y éste desaparece dejando a su amor un pingüe recuerdo testamentario.

Singular contraste. El bailarín negro, hijo de esclavos, se destaca sobre la escena de un teatro en el que odios, envidias, concupiscencias y liviandades lo llenan todo. Un vil empresario rige aquel mundillo de la farándula, desdeñando a los maestros del ingenio. Más noble, más digno, menos impuro, es Peter Wald. El negro tiene el alma blanca y muchos de aquellos blancos tienen el alma negra.

Adviértase que Insúa no ha intentado un libro simbólico y tendencioso. Nada más lejos de su calidad estética. Es que al narrar descubre esencias de la vida. Es que al analizar es de una lealtad absoluta, y los hechos y los espíritus quedan proyectados bajo la luz de una observación definitiva.

Entre muchos tipos de la farsa novelesca hay un negociante teatral, don Narciso, que sintetiza la morbosidad imperante en los coliseos. Hablando él de su teatro y de su negocio dice: "Las tradiciones de esta casa son las de hacer pesetas. A espuertas se ganaron aquí con el sainete, con el juguete cómico, con la obra del enredo… El mal llegó cuando se metieron a escribir los escritores…".

¿No es esto una revelación de la decadencia de la escena? Nunca se pronunció la sentencia con tanta sobriedad ni con tanta energía.

Ésta es la novela. Pero no es toda la novela, porque en cada página hay primores de observación, gracias infinitas narrativas, un poder delicado de estilo y de análisis…

J. Ortega Munilla».

La lectura de este artículo, publicado en el que era —y sigue siendo— el periódico más leído de España y firmado por un escritor tan ilustre, me produjo, amén de júbilo natural por las alabanzas que hacía de mi obra, una conmoción espiritual profunda. Y esto por parecerme —como antes insinué— que yo leía algo así como el adiós a la vida literaria de uno de nuestros escritores procedentes de la segunda mitad del siglo XIX que había alcanzado fama en la novela, el cuento y el periodismo, que pertenecía a la Academia, al que nadie negaba autoridad y muchos debían gratitud, y que ese adiós era un grito de indignación y, como si dijéramos, el rugido de un viejo león de las letras castellanas, asqueado ante el espectáculo de «los micos li-

bidinosos y repugnantes que hacían gestos impúdicos ante la Venus clásica». No significaba esto que el novelista romántico y naturalista a la vez de *La cigarra* y *Sor Lucila* renegara de la literatura amatoria, en la que fuera un maestro, sino que establecía una distinción o distancia abismal entre los temas de amor tratados con nobleza y limpieza y los mismos profanados por la impudencia y lubricidad de algunos escritores, tales cuales no desprovistos de talento.

En resumen, Ortega Munilla, al clamar indignado contra la literatura libidinosa no hace sino defender «lo suyo», su técnica y táctica de escritor en el género narrativo, que eran las del buen realismo costumbrista hispánico, tal como se aprende, cuando quiere aprenderse, en Cervantes y los grandes autores de la picaresca, excluyendo, claro está, los extravíos y desenfados de algunos. Dentro de la novela, sus contemporáneos, o mejor sus coetáneos, habían sido Galdós, Valera, Pereda, Leopoldo Alas, Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán. Sólo el penúltimo de los citados habría de sobrevivirle. Pues bien, ninguno de esta constelación de grandes novelistas españoles se dejó contagiar por el naturalismo de Zola, o el contagio fue superficial y efímero. A Ortega apenas le rozó. Si miraba más allá de nuestro mundo literario era para fijarse en Balzac y en Dickens.

Ahora bien, Ortega Munilla hubiese podido competir en el campo de la novela con los de esa promoción que llamaré galdosiana, por ser don Benito su figura más descollante. Pero en Ortega el periodista, el gran periodista que fue, hubo de sacrificar en parte al novelista, ya que en sus últimos años volvía a sus amores novelescos con *El paño pardo*, *Estrazilla* y *La señorita de Cisniega*. Y únanse a sus narraciones largas las menores, es decir, sus cuentos, algunos de los cuales son inmarcesibles, como *Trinuelga*.

Durante veintisiete años dirigió Ortega Munilla *Los Lunes de El Imparcial*, y no recuerdo cuántos el diario fundado en 1867 por don Eduardo Gasset y Artime, a cuya familia perteneció por enlace matrimonial. Sus veintisiete años de los *Lunes* no hicieron de él un árbitro que pretendiese imponer sus gustos, favorecer a sus amigos e ignorar a los que no lo fueran, sino todo lo contrario: un espíritu abierto a todas las expresiones literarias siempre que obedecieran a este o aquel temperamento, a tal o cual escuela o tendencia, y que en sus autores reconociera o adivinase esos dones que concurren en el verdadero escritor.

Durante ese tiempo, *Los Lunes* fueron la puerta de la fama franqueada por Ortega Munilla a quien lo mereciere. «Cuantiosa parte de la literatura española contemporánea tiene en *Los Lunes de El Imparcial* su fuente o su espejo: desde Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas hacia acá, pasando por Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Maeztu…» Son palabras de Melchor Fernández Almagro, el ilustre historiador y maestro en la crítica literaria, en el artículo que dedicó a Ortega Munilla (*Abc* del 26-x-1956) al cumplirse los cien años del nacimiento del autor de *La cigarra*.

Dice muy bien Fernández Almagro. En cuanto a mí, no una vez, sino dos veces, me franqueó Ortega Munilla «las puertas de la fama»: la primera, cuando, en 1906, a punto de cesar en su dirección, admitía artículos y cuentos míos para el glorioso semanario, y la segunda, cuando el 6 de julio de 1922, con su generoso y apasionado artículo en *Abc*, le abría de par en par esas puertas al negro de mi fábula. Otros artículos habíanse publicado ya sobre mi novela, todos encomiásticos, pero ninguno, por la autoridad del autor y la difusión del periódico en que se publicaba, contribuyó tanto como el del maestro Ortega al éxito de mi libro.

¿Quién me habría de decir que seis meses después de haber firmado ese artículo —derroche de bondad para mí, lección, admonición y castigo para novelistas descarriados— iba a despedirse de este mundo el preclaro escritor? Hoy diríamos que murió joven, a los sesenta y seis años. Su hijo, el filósofo, pasó de los setenta. Pero hasta acercarse a su mitad el siglo XX la vida humana era más corta, y en 1922 la edad de Ortega Munilla equivalía a la de un anciano venerable.

A mi gratitud profunda por la merced de su artículo no tardó en unirse mi pesar por su muerte. Al recordarlo en estas líneas, la emoción me obliga a detener la pluma.

[12]

El panorama de la novela española en 1922. La liquidación del desastre de Annual. Maura desplazado del poder. Elogio de un Madrid que ha pasado a la historia*

La consecuencia inmediata del éxito de librería —y de crítica— de *El negro que tenía el alma blanca* no fue un banquete, sino algo más substancioso para mí: una renovación y mejora de contrato con la casa Renacimiento, que en menos de un año publicó tres copiosas ediciones del libro. Desde su publicación en mayo de 1922 hasta la fecha en que redacto estas líneas, noviembre de 1956, ese éxito no sólo se ha mantenido, sino multiplicado con tres adaptaciones al «cine» y una al teatro, y la traducción de la novela a nueve idiomas.

Semejante victoria literaria vino a poner término a mi situación de novelista semiolvidado. Tres novelas anteriores al *Negro*, si no habían caído en el pozo del silencio, pues no pasaron inadvertidas para algunos críticos —¿cómo no recordar el elogio que la condesa de Pardo Bazán hizo en *Abc* de *Maravilla*?— ni dejaron de tener lectores, es lo cierto que no acababa yo de contar con un público que me siguiese, como seguía a otros novelistas ya viejos, ya maduros, ya jóvenes, o ya fuera de este mundo, como el glorioso Galdós, cuyos *Episodios*, con los colores de nuestra bandera en la portada, veíanse en muchos escaparates; como Palacio Valdés, ya el decano de la novela española, a quien yo saludaba en su tertulia de la librería de San Martín y cuyo auge no decaía; como mi fraternal amigo Ricardo León, en la plenitud de su talento y de sus éxitos; como Unamuno, Pío Baroja y Valle-Inclán, con sus crecientes y apasionados grupos de lectores; como Alejandro Pérez Lugín, repitiendo sus ediciones de *La casa de la Troya*; como Blasco Ibáñez, a la cabeza de todos después del galope univer-

* Capítulo XLII del tercer volumen de las *Memorias*.

sal de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; como Ramón Pérez de Ayala, Wenceslao Fernández Flórez, José Francés, Francisco Camba, Augusto Martínez Olmedilla y Alfonso Hernández Catá, los seis de mi generación —siguiente a la del 98—, y, por fin, como Pedro Mata, «de gran venta», y José María Carretero, *el Caballero Audaz*, a quien vapuleaban o desdeñaban los críticos, pero que contaba con ese público aficionado a la novela galante y que no repara en el estilo ni en la sintaxis.

Menciono a estos autores —y acaso olvido a algunos— sin determinar mis preferencias, que de sobra las adivina el lector, para establecer la nómina de los que entonces abastecían al mercado interior de novelas, no arrolladoramente invadido, como lustros después, por las traducidas, generalmente mal, del extranjero, y al mercado exterior de Hispanoamérica, que consumía la mitad de las ediciones. No eran malos tiempos para el libro español. Madrid, Barcelona y Valencia competían editorialmente. Y no pocos de los autores muertos seguían vivos para el público, entre ellos, claro está, los clásicos permanentes. Yo entré en batalla con mi *Negro* y me puse, como es notorio, en la vanguardia.

De otra parte, había cobrado gran impulso la novela corta, género muy nuestro desde las *Ejemplares* cervantinas. Del famoso árbol de *El Cuento Semanal*, fundado por Eduardo Zamacois, otro novelista en auge, habíanse desprendido varios vástagos, y cada martes o cada sábado aparecía en los quioscos una novelita a treinta céntimos, en ocasiones de plumas excelentes. Escribí no sé cuántas.

Y a todo esto, no abandonaba el periodismo. A lo cual me obligaba no tan sólo mi ventajoso contrato con *La Voz*, sino también la afición al artículo firmado, en el que se puede tratar todos los temas y divagar a gusto, o a disgusto, pues no siempre el tema es placentero. Lo más frecuente, dada la condición humana que hace del hombre el ser —iba a decir el animal, ¿por qué no?— más belicoso del mundo, son las guerras, civiles o internacionales, y las revoluciones los motivos que mueven la pluma de los articulistas que van escribiendo, día a día, la historia de su tiempo.

Claro que cabe la evasión, que puede uno ponerse *au-dessus de la mêlée* y proseguir en su tarea de crítico de literatura o de arte, de costumbrista que sólo observa y describe los hechos menores de la vida cotidiana, o bien ser uno de esos escritores que cultivan el humorismo jocoso, ya que no falta el dramático, del que son ejemplo los maestros de la sátira desde Juvenal a Bernard Shaw, pasando por nuestro Fígaro, y

que existirá siempre el escritor frívolo y panglossiano, insensible al dolor y la angustia de sus semejantes y que lo ve todo de color de rosa. No obstante, hay una frivolidad aparente, que es como un ansia de olvido de ese dolor y de esa angustia, algo así como un opio o morfina que adormece el espíritu y lo abstrae, en lo posible, del drama interminable de la existencia.

Pues bien, lo confieso, yo me atuve en mis artículos para *La Voz* a esa ligereza y frivolidad aparentes, tocadas de estoicismo, porque estaba cansado de los temas tristes, porque durante siete años, desde el 14 al 21, fui un testigo y comentarista de una guerra horrenda y de una paz que supuse redentora y ya se me aparecía como un puente para otra pugna peor.

Y esto aparte, la realidad nacional, de una España que había tenido la suerte de no complicarse en la guerra a la que no puso fin, sino un paréntesis, el Tratado de Versalles, no era, ni mucho menos, la de un país dichoso, sin conflictos bélicos ni problemas sociales, pues ahí estaban, a la vista de todos, las realidades palpitantes de la liquidación de la derrota sufrida por nuestro Ejército en Marruecos, la huelga de los funcionarios de Correos, los actos de indisciplina militar, el terrorismo y los resabios separatistas en Barcelona.

Un segundo Gobierno de concentración nacional, presidido por don Antonio Maura, con los jefes de todos los partidos —los mismos, según frase del gran estadista, que nos habían traído con sus errores a situación tan peligrosa— hubo de enfrentarse con tal cúmulo de problemas, de solución urgente para la patria, y sólo en parte pudo resolverlos o paliarlos.

Habíase reparado, lentamente, con nuevas pérdidas de vidas, el desastre de Annual, reconquistándose el territorio abandonado hasta los límites indispensables para la seguridad de la plaza de Melilla. También contuvo Maura las explosiones del sindicalismo en el Ejército, manifestado en las Juntas de Defensa, y puso término a la anarquía administrativa con el Estatuto de funcionarios. Pero como en su Gobierno faltaba, según también frase suya, el «apiñamiento patriótico», como en aquel grupo heterogéneo de ministros cada cual iba por su lado, un buen día, un mal día, una maniobra de los conservadores de Dato señaló, como habría de comprobarse más luego, el final de la vida pública del hombre de la «revolución desde arriba». Y ocupó el poder el señor Sánchez Guerra.

A todo esto, es decir, a los distintos aspectos del panorama político de España, había dedicado yo algunos fondos o artículos con mi firma en *La Correspondencia*, pero en *La Voz* este menester incumbía a otros redactores y colaboradores. De lo cual yo me felicitaba. Y no sólo por los motivos que antes dije, sino también porque habiendo alcanzado con mi novela un innegable triunfo no podía contener, aunque sí disimular, esa propensión al optimismo que acompaña los éxitos en cualquier instante de la vida de cada cual.

Por donde quiera que la considerase, mi vida íntima era la de un hombre dichoso. En mi edad, que se acercaba a los cuarenta años, no aparecía el menor signo de desfallecimiento. Era la mía «una salud a toda prueba». A la sombra de mis padres veía crecer felices a mis hijos. En mi casa, con mi compañera hacendosa e inteligentísima, de la que estaba no locamente, sino sensatamente enamorado, *tout était ordre, beauté, calme et volupté*, y para completar mi ventura había vuelto a tomarle gusto a Madrid, que iba creciendo poco a poco, que conservaba mucho del siglo XIX, donde lo familiar de sus costumbres y eso que se llama «madrileñismo» subsistían, aunque ya apareciesen en su semblante algunos de los rasgos de la cosmópolis futura.

Era todavía el Madrid de Alfonso XIII, del Nuevo Club, de la Gran Peña, del Casino, del Ateneo con ciertos pujos revolucionarios y del flamante Círculo de Bellas Artes, donde, arriba, «se jugaba»; en su espacioso vestíbulo, alfombrado, se formaban tertulias de artistas y escritores, y abajo había una piscina y un cabaret.

Era un Madrid con su calle de Alcalá numerosa de teatros y cafés, de gente conocida —políticos, literatos, cómicos y toreros— que se saludaban al paso, o se detenían en grupos para conversar. Era el Madrid de El Gato Negro, con la peña de Benavente, de la Maison Dorée, el Lion d'Or y el Levante con otras peñas presididas por escritores y músicos. Era un Madrid del que no habían desaparecido —aunque ya se retirasen— la mantilla ni el mantón de flecos. Era un Madrid con sus ídolos y sus hombres populares, así se llamasen Juan Belmonte, Emilio Carrère o don Ramón María del Valle-Inclán. Tiempos del cine mudo con la Perla Blanca, la Bertini, la Cavallieri y el maravilloso Charlot. Se construían hermosas salas para proyectar sus películas.

Había ópera en el Real. Y ahí estaba el teatro de Apolo, alternando las zarzuelas con las revistas de Eulogio Velasco, con finos argumentos de Tomás Borrás. La Puer-

ta del Sol, no derrotada aún por la Gran Vía… Los automóviles de alquiler, pocos, provistos de una banda azul. El fútbol, sí, pero incipiente. El espectáculo nacional seguía siendo el de los toros.

Y aquí se detendrá mi pluma, nostálgica en 1956 de los atractivos de aquel Madrid de los años 20 al 30 que ha pasado a la historia y que los jóvenes y semijóvenes de entonces que sobrevivimos no cesamos de evocar ante el desdén o la burla de la juventud de ahora.

Entre todos los espectáculos y distracciones que me ofrecía aquel Madrid —teatros, cines, el Retiro, el parque del Oeste, la Moncloa y las verbenas, a partir de «la primera que Dios envía»—, el que más me interesaba, sin duda porque me restituía a mi condición de español, era el de los toros.

Mi vida en Francia desde el año 14 al 21 no me permitió presenciar el cenit y el ocaso de la gloria de Joselito, a cuya alternativa, de manos de Machaquito, había asistido en octubre del 13. Todavía, en la temporada del 22, los buenos aficionados lloraban su muerte, sobrevenida dos años antes en la plaza de Talavera de la Reina. Con la cual muerte, en las astas del toro, de quien se consideraba el Aquiles de la tauromaquia, quedaba rota una de esas nobles competencias que han dado su mayor lustre y prestigio a la fiesta nacional. Quedó, desparejado, Belmonte. Y Belmonte, con serenidad que llamaré senequista —ya que era el torero de los «intelectuales», de un Ortega y Gasset, de un Pérez de Ayala—, aceptó su destino de cargar él solo con el cetro y la cruz de la torería. Pero Juan no era un rey infatuado, sino modesto, pronto a reconocer y alentar los méritos de sus colegas, entre los cuales se contaban el hermano de José, el *Gallo*, y Sánchez Mejías, Marcial Lalanda, los Bienvenidas, Granero y algunos más. Gran época del toreo y que, a mi modo de ver, señala su máximo esplendor y el principio de su decadencia.

Yo iba entonces mucho a los toros. (Ya no voy.) Volví a ser un aficionado, pero no de los partidistas o fanáticos que sólo aplauden y aclaman las faenas del que tienen por el mejor, por el «único», sin que en ocasiones, como en el caso de Joselito, por exigir demasiado del ídolo, esos idólatras se convirtieran en iconoclastas. ¡Cuánto no influyeron en el desánimo que precedió a la muerte de aquel torero portentoso los desvíos y las injusticias de su público!

Ya no había tenido tiempo para intervenir en los episodios de la célebre competencia y declararme gallista o belmontista. De modo que en 1922 no era posible hacerlo. Además, no hubiera yo adoptado nunca tal posición, por pertenecer a esa categoría de aficionados que van a la plaza dispuestos a reconocer y aplaudir el mérito allí donde lo hallaren. Mi preferencia se inclinaba hacia Belmonte, pero sin fanatismo.

Yo era, no obstante ser joven todavía, un viejo aficionado, pues mi gusto de los toros se remontaba a las horas de mi más temprana niñez. Tendría yo cuatro o cinco años cuando asistí, con mi padre, a la primera corrida de toros, en la plaza de La Habana. Vi torear a Lagartijo y Frascuelo. Después, ya en España, presencié los triunfos del Guerra y de aquellos maestros de la tauromaquia que se llamaron Mazzantini y Antonio Fuentes. Más tarde vi aparecer y descollar a otras figuras, como las de Machaquito y Ricardo Torres.

En 1922 la fiesta de los toros, en la plenitud del arte belmontista, conservaba todo su esplendor: no era el toreo «cosa fácil» con las reses, apañadas para restarles bríos. En fin, aquella época de la tauromaquia habría de inspirarme un lustro después mi novela *La mujer, el torero y el toro*, a la que remito a aquellos de mis lectores que deseen explicarse el motivo de mi «desafición».

[…]

[13]

La muerte de un genio de la pintura. Un episodio macabro y patético*

[...]

En ese mismo año [1922] otros hechos de la vida española, en sus zonas de la literatura y el arte, me produjeron mayor impresión que el contacto verbal entre el rey y el ilustre rector de la Universidad de Salamanca. Y como las cosas y los hechos y los hombres que los suscitan tienen, aparte de su importancia y trascendencia, que pueden influir en la Historia, un reflejo particular en cada espectador, según sus ocupaciones y su temperamento, no sorprenderá que en mí, pintor frustrado y escritor «en ejercicio», se reflejasen dolorosamente los hechos de la segunda categoría, a saber: la enfermedad que marcaba el acabamiento del más grande de nuestros pintores contemporáneos, y la muerte prematura de un escritor genial con el que no siempre hice las mejores migas, pero del que nunca dejé de reconocer y alabar los méritos. El pintor era nada menos que don Joaquín Sorolla; el escritor, José López Pinillos.

Pues bien, aconteció que por entonces quedó el primero paralítico, es decir, inútil para su arte, y que el segundo cerró los ojos para siempre. No habré de insistir en lo que significaba de triste y de trágico para nuestra pintura la parálisis de Sorolla, su mano inerte, su *mors in vita*, cuando hubiese sido maravilloso que esa mano moviese el pincel y sus ojos se apoderasen de todas las luces de nuestro mar y nuestro cielo hasta alcanzar, como Ticiano, una edad centenaria. Moría, para «lo suyo», Sorolla a los sesenta años; se apagaba uno de esos genios renovadores de la pintura, como los Velázquez, los Greco y los Goya. No era una pérdida, un dolor solamente nacional, sino universal; dejaba obras inconclusas; ya no era más que un pobre anciano inmóvil y casi sin habla en un sillón de ruedas.

* Capítulo XLIII del tercer volumen de las *Memorias*.

Le había conocido, no tratado mucho, pero sí admirado profundamente en los momentos mayores de su gloria, cuando yo era un aspirantillo a pintor en aquel estudio de don Manuel Ángel, el gran dibujante, mi maestro, y del marqués de Santamaría, ducho en las copias de las figuras velazqueñas.

Había sido presentado a Sorolla por uno de sus grandes paisanos, Benlliure, el escultor, lo que hubo de franquearme la entrada en su taller y me deparó el arrobo de verle pintar. Cuando fui por primera vez a Valencia y me vi frente a su mar, me dije: «Esta luz, este color, estas velas, este aire ya los había yo visto y respirado en los lienzos de Sorolla». Y creo que no cabe decir más.

En cuanto al escritor, veamos… José López Pinillos no me había sido nunca, como persona, simpático. No congeniábamos. Él era un hombre áspero, agrio, así en sus escritos como en su trato. A tal punto llegaba la acrimonia de su carácter, su fama de hombre avinagrado, que, jugando con sus dos apellidos, los vendedores callejeros de las revistas semanales, cuando aparecía una con un cuento suyo, la pregonaban diciendo después del título: «Por José López Pinillos… por López-pinillos en vinagre». La anécdota podrá no tener gracia, pero es cierta.

Aquel escritor, gran escritor como novelista, articulista y dramaturgo, era, en efecto, lo que se dice «un hombre avinagrado», maldiciente y sarcástico. Era andaluz, de Sevilla, pero sin «ángel». No digo que no tuviese «duende», pero su duende tenía uñas prontas al zarpazo. Por su tipo no parecía nacido en la Bética. Siempre nos imaginamos, al menos yo me los imagino, a los andaluces morenos, cenceños, garbosos al andar, graciosos en la conversación y afables —claro que los hay que contradicen estas condiciones—, y López Pinillos era coloradote como un flamenco, no de Triana, sino de las Flandes, con el pelo rubio algo crespo y una barba cuadrada del mismo color, que lució hasta que una enfermedad cutánea lo volvió medio calvo y le obligó a rasurarse.

Para que se entienda que, no obstante nuestra disparidad de caracteres, yo estimaba en Pinillos al escritor, recordaré que su primer libro, una novela titulada *La sangre de Cristo*, fue publicado en 1907 por una editorial de la que era yo el asesor literario. Y añadiré que tiempo adelante, cuando Pinillos popularizó su seudónimo de Parmeno en las columnas del *Heraldo*, en sus entrevistas con «personajes y personajillos» —la distinción es suya—, y cuando a *La sangre de Cristo* sucedieron sus recias

novelas *Doña Mesalina* y *Las águilas* y, tras fatigas y descalabros, logró abrirse camino como dramaturgo, yo me alegré, como me alegra en toda ocasión el triunfo de mis cofrades en la hermandad literaria, aunque su modo de entender el arte no fuese el mío. ¡Pues no faltaría más sino que todos lo entendiésemos del mismo modo!

Pinillos y yo éramos antípodas: él, brusco, duro y pedregoso en su estilo; yo, procurando ser dúctil, llano y transparente. Él, amigo de la hipérbole, del trazo caricatural, buen discípulo de Quevedo; yo, mirándome siempre en el límpido espejo de Cervantes.

Y he aquí que este hombre, que este escritor excepcional va y se muere cuando comenzaba a gustar las delicias del éxito en el teatro, su constante deseo, su ambición más alta. ¡Qué forcejeo el de Pinillos antes de ver sus comedias y dramas admitidos por los empresarios, interpretados por una María Guerrero y un Enrique Borrás!

Ello es que un día leí apenado en los periódicos la noticia de su muerte y me dispuse a asistir a su entierro. El cual se efectuó en una tarde luminosa de aquel mes de mayo, en el camposanto de Nuestra Señora de la Almudena. No había cumplido Pinillos los cuarenta y ocho años al despedirse de este mundo. Tal vez envejeciendo se hubiese amansado, dulcificado, logrando ese equilibrio del espíritu que nos permite contemplar la vida en todos sus aspectos y ser más inclinados a la tolerancia y el perdón que al dicterio y el sarcasmo. Pinillos no tuvo tiempo de cambiar.

De cuantos y quienes le acompañamos, según el tópico, a «su última morada» sólo recuerdo a uno, porque ese uno y yo le seguimos del brazo hasta la fosa. Ese uno era un autor de comedias, entonces en el apogeo de su fama, tan aplaudido por el público y solicitado por las empresas como vapuleado por algunos Aristarcos.

Llamábase don Pedro Muñoz Seca, cuyo teatro jocoso, modelo en algunas de sus comedias del *castigat ridendo mores*, y en otras lindando con la bufonería, revelaba siempre la mano de un autor cómico excepcional. En cuanto a su físico, era el de un hombre joven aún, alto, moreno —¡éste sí que era andaluz!—, brillantes los ojos de inteligencia, con chispazos de burla y, por fin, con unos bigotes endrinos de los que entonces se llamaban «de mosquetero». Tenía un colaborador, tocayo suyo, andaluz como él y con dos patronímicos muy nuestros: Pérez y Fernández. Ningún Pedro «pisaba» al otro; pero del segundo, por ligereza, se olvidaban algunos críticos y reservaban los palos para Muñoz Seca.

Conforme nos acercábamos, a pie, al lugar donde sería sepultado Pinillos, Muñoz Seca le dedicó varias frases de elogio: «Era un gran novelista. *Las águilas*, de lo mejor sobre el tema del toreo… *Doña Mesalina*, un estudio satírico y profundo de la fémina demasiado ardorosa… Y también había en Pinillos un hombre de teatro. ¡Si no lo tomara todo por la tremenda!».

Llegamos al borde de la fosa. La tarde de mayo era alegre de luz, de aromas de flores nuevas o marchitas sobre las tumbas. No sé por qué, no siendo pocos los acompañantes del difunto —escritores, actores, periodistas—, nos encontramos Muñoz Seca y yo los primeros junto al ataúd, nada lujoso, y asistimos a la operación mortuoria, que ignoro si sigue practicándose, de levantar la tapa del féretro por si los deudos y amigos del finado quieren dirigirle la última mirada o poner sobre la mortaja unas flores.

Muñoz Seca y yo miramos, sí, al rostro yerto de Pinillos. Pero no nos pareció Pinillos. La Muerte, cruel pintora, había amarilleado y enverdecido su rostro rubicundo, amoratado los párpados, hecho como de mármol la boca. Un sepulturero derramó cal sobre el cadáver, cerró la caja, y con la ayuda de otro pasó las cuerdas para el descenso del ataúd al fondo del sepulcro. Y sobre éste, una de Muñoz Seca y otra mía, cayeron dos paletadas de tierra.

Este macabro y patético episodio no lo olvidaré jamás. Muñoz Seca y yo, en la luminosa, en la alegre tarde de mayo, sentimos frío: ese frío en el alma que es como una ráfaga del aire de los muertos, de ese aire que un día —¿cuándo?— soplará también sobre nosotros y en sus alas invisibles nos llevará al círculo dantesco que nos corresponda según nuestras virtudes o nuestras culpas.

[14]

«La República de los lobos». Mi ilustre enemigo Valle-Inclán. Amigos y camaradas. De Ricardo León a Joaquín Xaudaró y Manuel Tovar*

Son muy delgados y frágiles los hilos de la amistad. Entre todas las amistades las menos consecuentes y las más quebradizas son las de artistas del mismo género, llámense escritores, poetas, pintores, escultores, cantantes, danzantes, comediantes.

Dice el viejo refrán: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio». Y Beaumarchais pone en boca de Fígaro esta frase: «*La République des lettres à Madrid était celle des loups*», que resultaría exacta si se refiriese a los lobos —y chacales y hienas— de todas las repúblicas literarias del mundo, poniendo en primer término la de París.

La rivalidad existe en todas las profesiones. Pero en ninguna dispone de tantas armas para ofender y defenderse como en las del campo literario. Porque el escritor, amén de la maledicencia, de la diatriba y los denuestos verbales, que son comunes a todos los oficios, cuenta con la pluma que unos mojan en la hiel de la envidia, otros en el veneno de su fracaso y los de acullá en la tinta, que suponen dorada, de su orgullo, porque se consideran genios indiscutibles.

Claro que no faltan escritores, poetas, novelistas y dramaturgos que se estiman entre sí, que reconocen y alaban los méritos de sus contemporáneos, a quienes unen amistades sinceras y «durables», aunque sus ideas y sentimientos no sean los mismos, y a veces antagónicos, de lo cual en España pueden citarse altos ejemplos como el de la amistad de Pereda y Menéndez y Pelayo, católicos y conservadores, con el anticlerical, pero no ateo, y revolucionario hasta cierto punto, Galdós. Nada más noble y más bello que esa admiración recíproca, que no compromete la autonomía del espíritu y el estilo, que es el hombre, de cada cual.

* Capítulo xliv del tercer volumen de las *Memorias*.

Pero es más frecuente… lo otro. Y de esto nadie supo y sufrió tanto como el príncipe de los escritores españoles, Cervantes. En ocasiones la enemistad, como la amistad, se produce *inter pares*, como en el caso de Cervantes y Lope, con la ventaja de la generosidad en favor del primero.

Entrando en nuestra época, Unamuno no sólo no ocultó su antipatía hacia Galdós, sino que a raíz de la muerte de don Benito la explayó de palabra y con la pluma.

Viene todo esto a cuento porque yo sufría —disfrutaba— entonces, en Madrid, de una enemistad ilustre, casi diré gloriosa, porque el enemigo era uno de los escritores más justamente famosos de la época. Nombro a don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro —en su fe de bautismo, José Ramón Valle y Peña—, que me había honrado con una amistad íntima, cuando ya «él era él» y yo apenas comenzaba «a ser alguien» en la vida literaria, y de pronto, por causas que ya expuse en algún capítulo de mis Memorias, se volvió contra mí, y habló mal de mí, y yo me propuse no tomar en consideración sus vejámenes mientras no afectasen a mi honra personal, lo que no aconteció nunca.

Valle había regresado de un viaje, decían que «triunfal», a Hispanoamérica. Un día lo vi en un banquete a no recuerdo qué escritor, e hicimos mutuamente como si no nos viéramos. Yo le miré luego, de soslayo, para ver si había cambiado mucho su faz desde que en 1904 o 1905, en su mísera alcoba de una casa de las llamadas de corredor, o sea de vecindario menesteroso, en la calle de la Gorguera, me leía incorporado en la cama, en hojas escritas a lápiz, los capítulos de su novela *Flor de santidad*. Eran los tiempos en que fue uno de los más ilustres ayunadores o faquires a la fuerza de Madrid. También quería yo ver si sus barbas seguían siendo las que, en 1907, comparó Rubén Darío con las de un chivo, o cuando parecíanse en realidad a las de un caballero de Ticiano, o mejor a las de un apóstol del Greco. Nobles y no ridículas aquellas barbas, que tan próximas tuve de mis ojos cuando, en la fecha antedicha, vino ese «gran don Ramón» a traerme los versos de sus *Aromas de leyenda*, cuya edición, por motivos que no le favorecen (véase el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias), fue la causa de nuestra enemistad irremediable.

Pues, sí. En 1922 los años de Valle eran pocos más de cincuenta, pero las barbas, de un negro endrino, se le habían vuelto grises, iban blanqueando lentamente y, la

verdad, resultaban unas barbas muy pictóricas, como puede apreciarse en su retrato por Juan de Echevarría.

Ya se había cortado la guedeja y su cráneo aparecía más bien corto y deprimido. Alta la frente, los ojos chispeantes bajo los cristales de los quevedos, la mano única nada torpe en el uso del tenedor. Observándole, como ya dije, de soslayo, lamenté una vez más que hubiésemos dejado de ser amigos y que no fuera posible, como en otras enemistades suyas, la reconciliación. A él correspondía dar el primer paso, no a mí. En mi admiración por su obra no había influido para nada nuestra ruptura.

Otros amigos, de los buenos, no me faltaban y suplían ampliamente a Valle-Inclán. Por ejemplo, Ricardo León. Teóricamente habíamos sido adversarios durante la guerra del 14. Germanófilo él, francófilo yo; pero nunca se presentó el caso de que discutiéramos. Nada valían esas diferencias de opinión ante la sinceridad de nuestro mutuo aprecio.

Entre otros amigos de los de veras, en el grupo literario, citaré a algunos que provenían de mis tiempos de estudiante en la universidad, como Juan Pujol, poeta y novelista destinado a ser un maestro y reformador de nuestro periodismo; Luis Araujo-Costa, que brilló en la crítica y el ensayo literarios, y Salvador Martínez Cuenca, que había de escribir excelentes comedias. En ellos, como en mí, pudieron más las Musas que Temis.

Otros amigos, igualmente «de veras», ignoro si pasaron por la universidad. Los hallé a unos en el Ateneo, a otros en tal o cual tertulia, en saloncillos y camarines de teatro o en las redacciones de los periódicos y revistas de la época. Nos conocimos cuando todos éramos principiantes.

Citaré a Federico García Sanchiz, que ya en 1922 había logrado fama con sus charlas, género oratorio *sui generis*, o más bien suyo propio, en el que todavía no ha encontrado rival; a Augusto Martínez Olmedilla, que en plena juventud gastaba barba. Éste sí era abogado, pero de cursos anteriores al mío. Volvió a la universidad para tomar unos apuntes que todos recogíamos por suscripción en la librería de don Victoriano Suárez y nos facilitaban el estudio de las asignaturas. Triunfó en la crónica periodística, la novela y el teatro.

Nombraré también a Felipe Sassone, que en el año que recuerdo era ya un dramaturgo de primera línea; a José Francés, que descolló muy pronto en la novela y el cuen-

to; a Emiliano Ramírez Ángel, del que cabe decir lo mismo; a José Subirá, musicólogo eminente; a Wenceslao Fernández Flórez, el profundo humorista y camarada mío desde la adolescencia, y a Alfonso Hernández Catá, cuentista de la talla de Clarín y doña Emilia, a quien desde 1907 me unió parentesco político por su matrimonio con mi hermana Mercedes y con el cual escribí «a cuatro manos» unas cuantas comedias.

Todos éstos pertenecían a mi «generación». En la llamada del 98 tuve por amigo a Luis Bello, periodista y literato de los mejores y del que suelen olvidarse los que, al escribir sobre ese grupo heterogéneo de escritores, sólo piensan en Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu. También se olvidan de Manuel Bueno, a quien ninguno superó en el arte del artículo periodístico.

Incluiré en esta relación de amigos, aunque me aventajasen en méritos y en edad, a Gregorio Martínez Sierra, a Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, a Manuel y Antonio Machado, a Enrique de Mesa, a Jacinto Benavente y a Dionisio Pérez. Mis lectores saben lo que cada uno de ellos significó en nuestro periodismo, nuestra lírica y nuestra escena. Son seis nombres gloriosos.

Con ninguno de los citados sufrió mengua mi relación amistosa, que era unas veces la de discípulo a maestro y otras la de camaradas «de la misma quinta». Es muy elástico el concepto de amigo. No son fáciles de establecer los límites de la amistad. En la literatura como en todas las profesiones, son más numerosas las «amistades aparentes» que las verdaderas. Y así, no puedo considerar amigos, en la pura acepción de la palabra, a muchos escritores ilustres de mi tiempo, que «en el fondo» no me estimaban, como el gran Pío Baroja, arañándome en sus Memorias, según me dicen, pues no las leí. Y otros que no quiero nombrar.

Mas he aquí que existen otras clases de amistades, que siempre he cultivado y de las que he recibido pruebas inequívocas de lealtad. Son las que se contraen con personas que no son de nuestro oficio y en las que no cabe la competencia. Amistades con médicos, de los que no escriben, como la que me unió, primero en el París de la guerra y después en Madrid, a mi inolvidable camarada Pedro Sáez; con pintores que tampoco escriben —exceptuando a Santiago Rusiñol, a quien admiraba en sus dos aspectos—; con músicos como Amadeo Vives; con humoristas del lápiz como Joaquín Xaudaró y Manuel Tovar.

El primero en París, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, y el segundo en Madrid, en todo tiempo, fueron para mí camaradas inmejorables, porque los dos «me divertían» y no hay mejores amigos que los que nos divierten, los que con un chiste nos desarrugan el ceño si nos sentimos melancólicos, los que —sea la que fuere la procesión que les ande por dentro— no se quitan la careta del buen humor. Y así eran Tovar, el andaluz, y Xaudaró, baturro de origen y filipino *per accidens*.

La circunstancia de pertenecer Joaquín, en la época a que me refiero, a la redacción de *Blanco y Negro* y Tovar a la de *La Voz* hizo más frecuente, casi cotidiana, mi intimidad con este último. A Xaudaró veíalo alguna vez en el Círculo de Bellas Artes. Con Tovar me reunía en la Maison Dorée, a la hora del vermú, o bien en algún colmado si preferíamos los chatos de manzanilla. Nos convidábamos mutuamente a comer. Íbamos juntos a los toros. Y en los toros, entre Gabriela y yo, era él, por más entendido, quien le explicaba los incidentes y pormenores de la corrida a mi parisiense, que le escuchaba sin apartar la vista del torero y la res.

Tovar y yo nos conocimos en 1907, cuando yo publicaba mis primeras novelas y él ya figuraba entre los más populares caricaturistas españoles. Fue el encargado de hacer las caricaturas de los autores de *El Cuento Semanal*, sin que ninguno protestase, a no ser una autora, la condesa de Pardo Bazán, que nunca le perdonó la que le hizo. (Vea el lector el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias.)

Ello es que en 1922, al hallarme yo avecindado de nuevo en Madrid, en aquel quinto piso de una casa de la plaza de la Moncloa, desde cuyos balcones abarcaba el magnífico panorama de la sierra —y que cayó bajo los bombardeos de la guerra—, mi amigo íntimo, el camarada inseparable, no fue un escritor, sino un hombre que sólo escribía las leyendas, un chiste cada una, de sus dibujos humorísticos. Mi amistad con Tovar fue «de por vida». Él murió de repente, con el lápiz en la mano, en agosto del 35. Se ahorró muchas penas.

Y yo sigo, pluma en ristre, actuando y defendiéndome en esta República de las Letras, que no es siempre la de «los lobos». Acabo de contradecir al Fígaro de Beaumarchais con la relación y alabanza de mis amigos escritores. Pero siempre le convendrá al escritor disponer de un amigo «que no escriba». Por si acaso. Por si, cuando menos lo esperamos, se nos transforma de amigo en «enemigo íntimo», como a mí hartas veces me sucedió.

[15]

Octubre de 1922, con Unamuno en Salamanca. Mis coloquios con don Miguel. De cómo me lo imaginaba vestido de cardenal*

En octubre de aquel año aconteció el tercero de mis grandes «encuentros» con Unamuno. No faltaron otros menores. De los precedentes —el de Madrid, cuando yo era todavía estudiante de Derecho, pero ya colaboraba en algunos periódicos, y en el cenáculo literario del Fornos, donde se me admitía como neófito, me presentaron a don Miguel, y el de Pontevedra, en 1913— he hablado en los dos primeros volúmenes de mis Memorias. Fue el tercero el de Salamanca, que ahora me toca referir. Y sería el cuarto el de Hendaya, el de Unamuno durante su exilio voluntario, por su oposición vehementísima a la dictadura de su homónimo el general Primo de Rivera, del que hablaré «a su debido tiempo». He aquí el de Salamanca.

Por fortuna lo hallo, con casi todos «sus pelos y señales», en uno de mis artículos de *La Prensa*, de Buenos Aires, publicado en noviembre de 1939, diecisiete años después de la entrevista. Reproduciré dicho artículo. Pero como faltan en él algunos pormenores, creo preferible ponerlos entre paréntesis que recurrir a las notas al pie, que suelen ser enfadosas.

Así, pues, paso a copiarme a mí mismo:

«Escribía yo por entonces, otoño de 1922, en cierto diario de Madrid (*La Voz*) unas crónicas sobre la infancia desvalida. Leyólas un amigo de Salamanca (don Filiberto Villalobos, médico ilustre), hombre muy versado en puericultura y pedagogía, gustáronle, y me invitó a visitar un sanatorio-escuela que una dama generosa (marquesa o condesa, cuyo título no recuerdo) había fundado recientemente en una villa

* Capítulo LV del tercer volumen de las *Memorias*.

salmantina próxima a Béjar, que se llama Candelario. "Le brindo nuevos temas para su campaña —decíame en su carta el bondadoso doctor— y, además, es muy probable que nos acompañe Unamuno." Miel sobre hojuelas. ¡Un viaje por la Castilla fértil y arbolada de las vertientes de Gredos y don Miguel de Unamuno como "miembro" de la excursión! Recibida la carta por la mañana, tomé el tren aquella misma noche.

Pero don Miguel no pudo acompañarnos. […]

Henos aquí de nuevo en Salamanca: en el "feudo" intelectual de Unamuno. En esta "pequeña Roma", en esta "madre de las virtudes, de las ciencias y las artes"; en esta maravilla de piedra rosada —color de rosa viva y de rosa mustia—, en esta doctoral "Salmántica", cuna de los nobles más nobles, de los sabios más sabios y de los pícaros más pícaros —¡eh, Lazarillo!— de nuestra casta. Mas ocurre que mis recuerdos, no obstante corresponder a sucedidos no muy remotos, se presentan embrollados y turbios. Querría imponerles un ritmo cronológico, determinar el punto y hora en que nacen —que, apenas vivido, todo hecho es recuerdo, semilla sembrada en la memoria—, pero se resisten, no se dejan asir, enderezar, plantar como las imágenes firmes de un cuadro, sino que se empeñan y complacen en una vagarosidad e indecisión semejantes a las de los sueños. Y así, lector, no me es dado responder de la exactitud de su colocación en el tiempo y el espacio idos.

Vi a Unamuno en su rectoral universitaria. Paseé con él y nuestro amigo el médico por los soportales de la plaza Mayor y las riberas del Tormes. En su compañía ilustre visité las dos catedrales y algunos templos. Rector, galeno y transeúnte yantaron en la misma mesa, y no siendo desabrida ni corta la bucólica, fue lo mejor de aquel festín la salsa de sus palabras. Pero renuncio, porque Mnemósine no quiere ayudarme, a la ordenación cronológica de estos episodios, que realzaron y sazonaron aquella visita mía a Salamanca.

Don Miguel en su despacho de la Rectoral. Un viejo y afable bedel nos conduce, nos anuncia. Allí está Unamuno, entre libros. Su escritorio, próximo a una ventana. El aposento no tiene alfombras, ni alcatifas, sino una de esas sólidas esteras de pleita —esparto trenzado— de uso muy frecuente en las antiguas casas, tribunales, sacristías y conventos españoles. Una estera "así" teníamos en la biblioteca de la Universidad Central… Todo en el despacho del rector salmanticense es muy español, pero muy sobrio, de una austeridad casi monástica. Hay sillones frailunos, tal cual jamu-

ga de cordobán, un anaquel con expedientes, un tintero talaverano en la mesa. Sólo faltan la pluma de ave y la toga con golilla sobre los hombros de don Miguel. De este don Miguel al que —en la monarquía de las letras castellanas— llamo don Miguel II. El primero es Cervantes.

La conversación fue rápida. Salimos pronto a la calle. Saludando a casi todo el mundo —¿quién no le conocía?—, sin quitarse el sombrero, con un simple y expresivo ademán de brazo y mano, que tenía algo de bendición y algo de poner a raya a los importunos, don Miguel dio rienda suelta en seguida al enjambre de sus cogitaciones y paradojas. Yo sentíale, en "aquella su Salamanca", conforme a él le gustaba decir, como al pez en el agua, y si la comparación pudiera tildarse de irrespetuosa, como a la figura principal del cuadro salmantino; pero no como a figura pasiva, quieta, inmovilizada por el arte del pintor, sino como a figura que se escapaba del marco y era, al mismo tiempo, el espectador y el espectáculo.

No era mi primera visita a Salamanca. Pero ahora, al lado de este hombre, la veía de otro modo: en su antaño y su hogaño, con sus apariencias actuales y en las honduras de su historia, de la que era Unamuno continuador y animador. Mas si yo narrase mi paseo por Salamanca con este guía, si reprodujera sus explicaciones ante cada monumento augusto —catedral, universidad, plaza Mayor, puente romano—, o en los rincones íntimos —claustros, coros, sacristías, plazuelas— de la urbe salmanticense, quedaríame sin espacio para anotar "ciertas cosas" de orden político, literario y filosófico que entonces me dijo y considero importantes. Además, estas "cosas", en aquella luz tan pura y sirviéndoles de fondo las piedras claras, toscas, ocres, áureas de las casas y los templos salmantinos, o las riberas festoneadas de chopos del Tormes ilustre, sonaban en mis oídos como una música instransferible: como si dichas o tañidas en otra parte y en otro instrumento ya perdieran resonancia e impulso.

Habló Unamuno de la elegancia: de la elegancia humana, corporal. ¿Dónde? Quizá en las galerías de la plaza y al ver pasar a un petimetre vestido por un sastre caro de la Corte. Como yo —¡pobre de mí!— aludiese a Brummel y… al duque de Tamames, que era entonces el Petronio matritense, Unamuno enderezó el talle, levantó el pecho y dijo:

—Pues yo le propondría a ese duque que nos desnudásemos los dos.

Y ante mi extrañeza:

—Sí —explicó—, porque la elegancia no ha de medirse por el vestido, por el disfraz, sino por la anatomía. Una persona elegante no es la bien trajeada, sino la bien formada. Aunque se vistan con los sastres de Londres o los costureros de París, el hombre y la mujer defectuosos serán siempre ridículos. Yo voy siempre vestido igual, no entiendo ni quiero entender de novedades, me río de las fantasías de la moda; pero tráigame usted al duque ese, y puestos él y yo *in puribus*, ¿a ver qué ocurre?

Sonreí. No estaba yo conforme. Hubiese podido lucir cierta erudición en materia de trajes y de modas: citar a Carlyle y a Balzac, autor de un pequeño *Traité de la vie élégante* que diputo por lo más sutil que se ha escrito, en tono filosófico, acerca de la moda (necesidad social que afina el porte y aumenta el decoro de los hombres). Pero yo no había ido a Salamanca para discutir con Unamuno. Y lo que me importaba de su opinión, tan subjetiva, de la moda era el contento que él tenía de sí mismo, de su figura física, en verdad la de un hombre bien hecho, bien proporcionado y que debía conservar hasta su senectud el pecho erguido, las piernas sólidas y en todo su ser agilidad y majestad. Ahora bien, y dijese lo que él dijese, a mí me habría parecido más elegante con una toga de senador romano —¿y por qué no con la púrpura cardenalicia?— que con aquel su indumento un tanto estrambótico, mezcla rebuscada de lo seglar y lo eclesiástico.

En el paseo que dimos por las orillas del Tormes hablamos de política y tocó Unamuno el tema de su encuentro con don Alfonso XIII. Habíale quedado de su conversación con el rey un a manera de reconcomio o prurito en el espíritu que le obligaba a referirse a aquel "suceso histórico" constantemente y en un tono melancólico.

—Romanones —decíame— sirvió de intermediario. Él (por el monarca) quería conocerme. Y yo deseaba decirle algunas cosas, algunas verdades. Y se las dije… ¿Por qué no? Yo no era un cortesano. Yo no había ido a adular, sino a presentar quejas, a indicarle remedios, manifestándole lo que pienso de esta España, lo que temo y sufro por esta España, y a quitarle a él humo de la cabeza y telaraña de los ojos. "Señor", le dije… Y le solté un memorial de agravios. Entiéndame bien: no míos, sino de los españoles. Me dejó hablar, estuvo afable, "hecho un buen muchacho" y eso que se dice "un hombre de mundo". Perfectamente. No, quiero decir ¡imperfectamente! Porque lo perfecto y lo útil hubiese estado en que nos entendiéramos, y él no pudo

—no digo que no quiso, sino que no pudo— entenderme, o más bien entenderse conmigo. Muchos resabios borbónicos y mucha "camarilla" entre los dos. Una lástima, una verdadera lástima, porque él no tiene pelo de tonto y si yo…, y si a mí… Vamos, que yo hubiese podido ayudarle, aconsejarle, ¿me comprende usted? Y todo quedóse en virutas, en agua de cerrajas. ¡Ah!

Y fue entonces, al decir este "ah", con el que se le rompía un ensueño y se le evaporaba una ilusión, cuando me lo figuré vestido como un Richelieu o un Jiménez de Cisneros, pues siempre —y no sólo por el corte semieclesiástico de su chaleco, sino también por su apostura majestuosa y la cadencia de sus ademanes— tuve la propensión a esta metamorfosis imaginaria de su ropaje, que era entonces, sirviéndole de fondo el río con su puente romano, un cielo azul de tarde de otoño declinante y una hilera de álamos tristes, la de un cardenal, como en otras ocasiones fuera la de un prior dominico, la de un prefecto ignaciano o la de un cartujo. Digo que lo vi empurpurado, con el capelo y el birrete. Y más aún: que esta figura iluminada en mi mente evadíase de las márgenes del Tormes y de los claustros y las salas capitulares de Salamanca para transitar por los salones palatinos y, en uno de sus coloquios con el monarca, detenerse en alguna de esas ventanas que descubren las frondas de los jardines reales y la zarca y blanca cima el Guadarrama, de quienes el color y la luz tentaron —y se entregaron— como a nadie a Velázquez. ¡Ah, por este camino pude poner a Unamuno a caballo, como al conde duque! Pero ya digo que le vi como a un otro Jiménez de Cisneros. O sea, siendo algo muy semejante a "lo que le hubiera gustado ser"…

Terminaré refiriendo una pequeña y gustosa discordia que tuve con Unamuno mientras discurríamos por el claustro de San Esteban. Y fue que, como hablásemos de teatro, y de teatro de poetas, sonaron los nombres de algunos contemporáneos —los de D'Annunzio, Maeterlinck y Verhaeren— y yo le dije a don Miguel que durante la guerra había asistido en la Comédie Française a una representación de *Le cloître* (*El claustro*), de Verhaeren. Oído lo cual Unamuno me replicó:

—*Les moines* (*Los monjes*) querrá usted decir, y no *El claustro*.

—No, don Miguel; ese drama de Verhaeren, interpretado por el actor rumano afrancesado De Max, se titula *El claustro*.

—¡*Los monjes*!

—*El claustro*. Hay un poema de Verhaeren titulado *Los monjes*, pero el drama, estoy seguro, es *El claustro*.

—Le digo a usted que no. Me conozco al dedillo toda la obra de Verhaeren.

No insistí. La pertinacia de Unamuno en su error —que él suponía verdad—, lo fútil de la disputa y el respeto a la persona del polígrafo me obligaron a ceder. Llegado a Madrid pude tomar el volumen en que venía inserta la obra de Verhaeren y mandárselo al testarudo rector. No lo hice por razones de delicadeza. Pero el menudo incidente me sirvió para corroborar en mi ánimo algo que me sabía de antiguo: que Unamuno creíase infalible. O, por lo menos, que no toleraba más contradicciones que las de sí mismo. ¡Gran carácter! Carácter de caudillo, de pontífice del pensamiento. Todo en sus labios adquiría un sabor de dogma. Pero él —porque no se atenía al verdadero— cambiaba de dogmas, jugaba con sus ideas, las sustentaba ahora para desecharlas luego. Mas que nadie —eso nunca— pretendiese soplar en la áurea veleta de su espíritu, que jugó con todo mentalmente, menos con "su España", de cuya angustia había de morir».

Hasta aquí mi artículo de *La Prensa*, de Buenos Aires. Al releerlo en febrero de 1957 no hallo en él nada que exija rectificación. Respondo de su exactitud, de haber reproducido, si no textualmente, con la fidelidad que me permite la memoria las palabras de Unamuno en aquel inolvidable encuentro. Bien quisiese invocar el testimonio del doctor Villalobos, que escuchó algunas de ellas, pero este noble amigo ya no es de este mundo. Concédame su crédito el lector.

Mas desearía insistir en los que he llamado «los dogmas de Unamuno», que no hubiesen sido voltarios, sino firmes, de haber respondido a la fe católica, que le faltó. No era don Miguel un ateo, sino un deísta a su manera. Anduvo buscando a Dios, pero no tuvo la suerte de encontrarlo, como un San Pablo, un Pascal, o —entre nosotros— un Maeztu o un García Morente. De su cristianismo no cabe dudar. Véase su *Cristo de Velázquez*.

[…]

[16]

El nudo gordiano de Marruecos. El Sha de Persia, en Madrid. El homenaje póstumo a Rubén Darío. La vida teatral. El premio Nobel a Benavente. Llegan los cómicos argentinos*

En el otoño de 1922 seguía sin cortar el nudo gordiano de Marruecos. Ninguno de los generales a quienes se confiaba el restablecimiento de la normalidad en nuestra zona poseía las dotes de Alejandro. Eran, eso sí, valerosos; pero luchaban con un enemigo astuto, de redomada doblez, al que había de dominarse no sólo con el cañón y la bayoneta, sino también con las finas artes de la diplomacia. El general Burguete, que sustituyera a Dámaso Berenguer, entró en negociaciones con el ambiguo Rausili, y secundado hábilmente por el general Castro Girona pudo pactar con el famoso jefe rifeño, que acató con sus partidarios la autoridad del califa.

Pero seguían en poder de Abd el Krim los prisioneros del desastre de Annual, que no se rescatarían hasta enero del siguiente año y mediante la entrega de cuatro millones de pesetas al caudillo y santón de los Beni Urriaguel. Mal negocio, necesaria componenda. Apareció en esta circunstancia un hombre esforzado, un buen patriota, don Horacio Echevarrieta, que tuvo el rasgo de constituirse en rehén en Axdir para garantizar el cumplimiento de las exigencias de los moros.

Antes del ansiado rescate, que devolvió la tranquilidad a muchas familias españolas, el Gobierno del señor Sánchez Guerra seguía depurando las responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla, lo que motivó manifestaciones públicas, que tenían su foco en la juventud del Ateneo. Y el resultado fue que en diciembre presentó la dimisión Sánchez Guerra y, tras una de esas crisis ministeriales

* Capítulo LVII del tercer volumen de las *Memorias*.

que ponían a prueba el patriotismo de don Alfonso XIII, fue elevado al poder, al frente de la concentración liberal, el señor García Prieto.

Tal era el panorama de nuestra vida pública en el último trimestre del año 22. Y tales las razones del malestar general, agravado por los conflictos sociales de Cataluña. Pero yo, después de oír los comentarios sombríos de mi padre, volvíame al oasis de mi literatura, a mis artículos, a mis novelas, al bullir del mundillo de las letras y a las varias distracciones que la Villa y Corte me brindaba; unas en la calle, presenciadas desde un balcón; otras desde una butaca, en el teatro. Entre las primeras recuerdo la visita del sha de Persia, en octubre, con desfile de uniformes de gala y las fastuosas carrozas de palacio.

El sha, carirredondo, de tez olivácea y brillantes ojos negros, formaba contraste con la fina apostura y el semblante pálido de don Alfonso XIII, que había cumplido los treinta y siete años de su edad y los veinte de su reinado. Hubo grandes fiestas palatinas, y para el público la pompa del recibimiento, al que daban el soberano persa y su séquito una brillantez oriental. Y para que en España encontrase su Oriente, el rey se trasladó con su majestuoso visitante a Toledo.

Por aquellos días, los poetas y escritores de Madrid nos reuníamos para asistir al descubrimiento de la lápida que cambiaba el nombre de la glorieta del Cisne por el de Rubén Darío. Otro cisne. Rubén había muerto en su Nicaragua natal seis años antes. El Madrid literario lo recordaba fervorosamente. Hubo versos y discursos. Lo habíamos tenido entre nosotros como representante diplomático de su país y como primera figura del cenáculo modernista. No se había puesto todavía el sol —lento y bello ocaso— del modernismo.

La influencia de Rubén era visible en algunos de nuestros líricos. En aquel acto yo rememoraba al poeta, sobre todo en París, donde hube de visitarle varias veces en su casa de la calle Herschel, no lejos de los jardines de Luxemburgo. Figuré entre los comensales del banquete, presidido por Paul Fort, que sus admiradores de París le ofrecieron en el histórico café Voltaire, de la plaza del Odeón, en el cual, según apunto en el capítulo III del segundo tomo de mis Memorias, no se pronunció ningún brindis en la lengua de Góngora y de Rubén… Con éste tomé algunas copas en Bodega, de la Rue de Rivoli. Pero mi mayor título de amistad con él era el haber sido el editor de su libro *El canto errante*. En mi despacho, y en puesto de honor, tengo su cabeza, ya clásica, por Vázquez Díaz.

Un recuerdo agudo de la guerra del 14 al 18 me lo trajo la noticia del término de la vida política de Lloyd George, el gran gobernante inglés, galés, par de Clemenceau en la lucha por la victoria de los aliados. El Tigre ya llevaba algún tiempo entre las flores de su jardín de la Vendée. Uno a uno iban entrando en la Historia, o en el olvido, los principales actores de la tragedia, de la que fui espectador y cronista en uno de sus escenarios.

Otros escenarios, de tablas y papel, entreteníanme entonces. Iba algunas noches al teatro, pero rara vez a los estrenos, porque no era el mío el temperamento de los «estrenistas», gente apasionada, que así aplaudía las obras «a rabiar» como las arrojaba al foso con los pies. La costumbre española del «pateo» la considero incivil y detestable. Así, pues, cuando era seguro el éxito de una comedia acudía a presenciarla. En la época a que me refiero los autores de primera línea, a los que llamaban «consagrados», aunque algún crítico no respetase la «consagración», eran Benavente, los hermanos Quintero, Federico Oliver, Carlos Arniches, Linares Rivas, Martínez Sierra, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa.

Se olvidaba la gran dramaturgia de Galdós, desaparecido dos años antes. Triunfaban autores más jóvenes. Uno, muy vapuleado por los críticos, Pedro Muñoz Seca, solo, o en unión de su tocayo Pérez Fernández, era un excelente autor cómico, más caricaturista que realista. Decíase que había creado un género: el del «astracán». Todavía no me he explicado este adjetivo, transformado en nombre para definir el teatro de Muñoz Seca. ¿Qué tendría que ver con las comedias el astracán, piel rizada de corderos nonatos o recién nacidos, de que tanto gustan para abrigos las señoras? Ello es que las «astracanadas» de Muñoz Seca y su colaborador divertían a un público numeroso, cuyo instinto, más sutil que la inteligencia de ciertos Aristarcos, adivinaba que bajo el retruécano y el chiste hilarante latía una sátira ejemplar. Por mi parte estimé la obra y la persona del fustigado y afortunado autor, hombre jovial, simpático y caballeroso, que era la *bête noire* de otro gran amigo mío, el excelente poeta y crítico implacable Enrique de Mesa.

Entre los autores relativamente jóvenes, pues iban cumpliendo sus cuarenta otoños, descollaba Felipe Sassone, peruano de nación, de sangre itálica y española, cuyas comedias «cultas», de savia psicológica, no de muñecos, sino de hombres y mujeres «de verdad», eran de lo mejor y más digno que se escuchaba en el teatro. Epigramá-

tico y… tierno Sassone, ya que el epigrama es algunas veces el disfraz de una lágrima. Y Francisco Serrano Anguita, que había popularizado su seudónimo de Tartarín en los periódicos, estrenaba con general aplauso sus primeras comedias. Por entonces obtuvo un sonoro éxito Eduardo Marquina con *El pavo real*, gran triunfo de la actriz Catalina Bárcena.

En el género nacional de la zarzuela, los maestros eran: Amadeo Vives, por encima de todos, José Serrano, Jacinto Guerrero y Francisco Alonso, estos dos últimos compositores de música fácil y «pegadiza». Se representaban operetas vienesas y revistas con gran lujo de decoraciones, de trajes, de plumas y de tiples de escasa voz pero de bellas formas. Recuerdo, en el teatro de Apolo, el *Arco iris*, con letra de Tomás Borrás y partitura de no sé quién. María Caballé y Eugenia Zuffoli, dos beldades, eran las *vedettes*; Eulogio Velasco, el director y empresario. Las revistas españolas se diferenciaban de las del Casino de París y las Folies Bergères por su moderación en el desnudo femenino y porque sus chistes rara vez incurrían en lo obsceno. Eran espectáculos gratos a los oídos y a la vista.

Numerosas las «estrellas» de las «variedades». Alguna, como la Goya, Aurora Mañanés Jauffret, a quien yo había conocido, casi niña, en París, elevaba el llamado «género ínfimo» en un entremés de los Quintero, a una categoría superior. Su belleza, su elegancia, su gracia, recordaban a la Tirana. No el *couplet* picante, a la francesa, en el que nadie aventajó a la inolvidable Fornarina, sino la copla nuestra del mejor folklore —y no del falso del promedio de este siglo— formaba su repertorio, muy aplaudido en Maravillas o en Lara por las señoras «bien». Pastora Imperio iba a la cabeza de las «cantaoras» y «bailaoras» del flamenco. Había renunciado yo al teatro como autor, en el que fue rápida mi fortuna, pero no como espectador, y lamentaba que el clásico, el romántico y el posromántico se representasen apenas. No tenían en España Lope, Tirso y Calderón la suerte que no abandonaba en Francia a Corneille, Racine y Molière, y en Inglaterra a Shakespeare. Sólo un autor benemérito e ilustre, Ricardo Calvo, exhumaba en el Español a los autores del Siglo de Oro y al duque de Rivas y Zorrilla. De este último, eso sí, todos los noviembres se representaba el inolvidable *Tenorio*. Ricardo Calvo, a quien me unía y me une verdadera amistad, era el único en mantener encendida la antorcha de nuestra dramaturgia áurea. Pero, la verdad, el público, indiferente o insensible, no correspondía como debiera a su esfuer-

zo. Siete años en el Español, trabajando a veces con media sala o seis filas de butacas. Con su Pedro Crespo y su Segismundo solía llenar el teatro. Recuerdo, con pena, que no duraron en el cartel *Las mocedades del Cid*, origen del *chef d'œuvre* corneliano. Nadie decía los versos como él. Pero el público «no estaba por lo antiguo», aunque lo antiguo tuviera la juventud y la fragancia de lo imperecedero. Yo era un asiduo a las noches de Ricardo Calvo en el Español.

Fue en aquel año 22 cuando «le tocó» a Benavente el premio Nobel en la lotería de la Academia de Estocolmo. Si hubiese vivido Galdós habría habido, tal vez, discusiones y protestas, ya que, reconocidos los méritos del autor de *Los intereses creados*, no era posible dudar de que el príncipe de las letras españolas era don Benito. Pero Galdós había muerto y Benavente no tenía competidor. Justo, pues, el premio que no se concede a título póstumo. No hubo polémicas ni manifiestos en contra, como en la ocasión del Nobel de Echegaray. Los académicos suecos no se dejaron influir, probablemente no los habían leído, por los ataques durísimos al teatro de Benavente de Ramón Pérez de Ayala. Las diatribas de Enrique de Mesa, otro antibenaventiano, se quedaban en Madrid.

A Benavente «le sorprendió» el premio durante su primera gira a la Argentina con los insignes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Se cuenta, no sé si será cierto, que recibió la noticia en un telegrama, conforme iba en el tren de Buenos Aires a Mendoza, y que no le tembló de júbilo el puro entre los labios. Pero, sin duda, el premio debió de ser un bálsamo sobre las heridas que le infirieran los eminentes escritores nombrados y otros de menor calibre.

En realidad, y descontado por su muerte Galdós, la figura de Benavente era la más descollante de nuestra dramaturgia. No faltaban quienes, por más españoles, prefiriesen a los Quintero. O a don Carlos Arniches, por sus sainetes castizos. O a Marquina, por su teatro poético. En suma, el premio complació a la mayoría y fue causa de un regocijo patriótico, sin aquellas sombras del manifiesto de un grupo de escritores, presidido por Valle-Inclán y Manuel Bueno, contra don José Echegaray.

Desde hacía algún tiempo llegaban a Madrid comediantes hispanoamericanos, sobre todo de México y la Argentina. En el teatro de Lara se aplaudían el arte y la be-

lleza de María Teresa Montoya, y en la Zarzuela, los sainetes y melodramas comprimidos de dos excelentes cómicos de Buenos Aires, Enrique Muiño y Elías Alippi. La farándula porteña hizo popular la música del *Pericón*, que tocaban los ciegos por las calles. Antes o después de Muiño, de sangre gallega, y de Alippi, de ascendencia italiana, llegaron, asimismo, de la Argentina la recitadora Berta Singermann, de origen hebreo, el famoso cantor de tangos Carlitos Gardel, su émulo Spaventa y dos hermosas mujeres que se quedaron en Madrid como primeras figuras del teatro de variedades: Perlita Greco y Celia Gámez.

No respondo del orden cronológico de estos recuerdos. Con Enrique García Velloso y su gran intérprete Parravicini se completó la lista de los autores y cómicos que pasaban de la calle Corrientes a los escenarios de la Villa y Corte. Todo lo argentino gustaba mucho en Madrid. Existía, sin duda, naciente, un teatro rioplatense, cuyos autores más importantes eran García Velloso, Alberto Vacareza y el uruguayo Florencio Sánchez.

El cinematógrafo, todavía mudo, pero ya con grandes salas en Madrid, no se había convertido aún en un rival temible del teatro. Ni el fútbol en un competidor de la fiesta de los toros. Quiere decir que el Madrid de entonces, en materia de espectáculos, conservaba sus esencias y costumbres nacionales y locales, pues en éstas entraban su afición al *bel canto* y a la buena música, que se satisfacía en el Real y los conciertos. Traducíanse para el teatro no pocas obras extranjeras, pero los autores y los actores las «españolizaban». Los novelistas extranjeros no absorbían a los de casa, como en este medio siglo XX en que nos hallamos cuando escribo estas notas. En suma, que Madrid tardaría aún algunos años en convertirse en una cosmópolis, lo que no puede suceder sin que se atenúen o se borren su personalidad y su «casticismo». Y es inútil deplorarlo. La máquina del progreso arrolla a los nostálgicos del pasado, entre los que figuro resignado e inerme.

[17]

Los primeros meses del Directorio Militar. El Ateneo, club político. Multas y deportaciones. Primo de Rivera responde a los regionalistas catalanes en su conferencia de Barcelona en la Sala Mozart*

«Me parece que tendré que dejar de ir al Ateneo», decíame mi padre en una de las cartas que me escribió a Barcelona. No dejó de ir. Pudo más su costumbre del paseíto desde su casa, a pie —con lluvia no salía a la calle—, hasta la «Docta», donde ocupaba uno de los sillones de la Cacharrería, que el temor a chocar con alguno de los ateneístas «que despotricaban contra Primo de Rivera y su Gobierno».

Me consta que no chocó. Frase suya era esta de que «había que endulzar las discusiones con una sonrisa ocultamente desdeñosa cuando comenzaban a agriarse». Además, él ya era viejo, iba a cumplir sus sesenta y siete años y «sabía perfectamente que los viejos muy raras veces convencen a los jóvenes». Esto no quería decir que sólo la juventud ateneísta se rebelase, verbalmente, contra el Directorio. Por cada primorriverista contaba él, por lo menos, cuatro contrarios de cualquier edad. «Yo no oculto —añadía— mis opiniones, pero no levanto la voz ni tuerzo el gesto al exponerlas, y hago mutis en cuanto mi antagonista convierte la palabra en grito.» Él, esto lo sabía yo muy bien, sólo gritaba en su casa. Pocos hombres he conocido tan ponderados y comedidos fuera de ella como mi padre.

Siempre había sido el Ateneo Artístico, Científico y Literario de Madrid un club político, pero no con un solo programa y una disciplina como cualquier partido que obedece a una jefatura, sino un foro o ágora con paredes, techo, alfombras y sillones para discutir a gusto, o a disgusto. Por su tribuna habían pasado cristinos y carlistas,

* Capítulo LXII del tercer volumen de las *Memorias*.

afrancesados y patriotas, monárquicos y republicanos. Oratoria de cátedra respetada, así fuese la de un Donoso Cortés, de un Cánovas, un Costa, un Maura, un Canalejas, un Labra o un Moret. Una cosa eran los discursos y las conferencias y otra las discusiones en la sala de actos sobre el tema de una memoria y las polémicas, en el Salón de Tapices, la Galería de Retratos y el mentidero y desolladero de la Cacharrería.

A partir del desastre de Annual, el Ateneo relegó a los últimos términos el arte, la ciencia y la literatura para inmiscuirse apasionadamente en todas las cuestiones políticas. En alguna ocasión «se echó a la calle», exigiendo depuraciones y responsabilidades por el descalabro de Marruecos, para oponerse a un proyecto de ley o manifestarse en contra de algún ministro. A los ateneístas se les llamaba también «intelectuales», como si poseyeran el monopolio de la inteligencia, que es común a todos los humanos, con la excepción natural de los imbéciles y los mentecatos, de los que no faltan ejemplares en el propio Ateneo. El cual, desde un principio, si no de un modo unánime, sí por mayoría de voces, se puso enfrente del Gobierno de Primo de Rivera. A juzgar por las cartas de mi padre, lo mejor que podía hacer un primorriverista en el Ateneo era callarse. Conducta que él seguía «para que algún jovenzuelo exaltado no se le subiese a las barbas». Y esto era un decir, porque él no las llevaba.

Ahora bien, el Ateneo venía a ser una isla, en el archipiélago de las sociedades de su clase, de los círculos de recreo, de los casinos, casinillos, cafés y barberías de toda España, de todo lugar donde se reunieran los españoles, a partir de dos, para hablar de toros (ahora es del fútbol) y de política, según las entendederas, las conveniencias y el partido o la facción de cada cual.

De un modo automático y sincrónico se habían formado los grupos de la adhesión y la oposición al Directorio. Oficial el primero, en el que entraba gente nueva, «no contaminada de la vieja política», y no pocos tránsfugas de esa misma política, y heterogéneo y muy confuso el segundo, pues en él figuraban por lo pronto los desahuciados *manu militar* del poder, los jefes y correligionarios de todos los partidos, así conservadores, liberales y reformistas, esto es, gubernamentales, como los republicanos, regionalistas y socialistas. Y después el *totum revolutum* de los senadores, diputados, alcaldes y concejales destituidos por el Directorio. Y los paniaguados de estos señores. Y los adversarios, por principio, de los gobiernos militares.

Con esta oposición natural contaba Primo de Rivera. Pero también era natural que tratase de aplacarla o dominarla. Y sus medidas para lograrlo, amén de la suspensión de las garantías constitucionales y de la libertad de la prensa, fueron las multas y las deportaciones. Es decir, nada que le costase la vida a nadie.

Uno de los primeros en protestar airadamente contra la dictadura fue el más ilustre de los tocayos del dictador, don Miguel de Unamuno. Costóle la protesta su rectoría de la Universidad de Salamanca, su cátedra de griego y su deportación a la isla de Fuerteventura, de donde no le resultó difícil fugarse. Le visité en Hendaya —y de esto hablaré a su tiempo— cuando prefirió su voluntario destierro a la amnistía decretada por el general.

Entre las multas que éste impuso, una de las mayores fue la que no pasó de arañar la gran fortuna de uno de los políticos más simpáticos y sagaces del sistema derrocado: el conde de Romanones. Hubo otras multas y deportaciones y… su poquito de cárcel.

En febrero del año 24, a los cinco meses de establecida la dictadura, nadie, por adivino que fuese, podía prever su duración ni sus derivaciones. Por lo pronto, era innegable que Primo de Rivera había restablecido el orden público en toda España y que se preparaba a concluir con «la pesadilla de Marruecos». Que «un gran escritor y estrafalario ciudadano» —referíase a Valle-Inclán— le zahiriese en sus tertulias de café, ¿qué podía importarle? Su mejor arma era su optimismo, su fe sin soberbia en el triunfo.

No recuerdo si fue antes o después de la visita de nuestros reyes a Italia cuando Primo de Rivera, en un decreto relativo al régimen municipal, hizo electora y elegible a la mujer. Íbamos a tener concejalas y también alcaldesas. Buen paso para que también tuviéramos diputadas y ministras… Con lo cual se atrajo don Miguel la adhesión de una gran parte del sexo débil, que comenzaba a ser fuerte.

Mi padre me escribió: «Con esto sí que no estoy conforme. No te diré aquello de que "la mujer, la pierna quebrada y en casa", no. Que conserve sanas y hermosas sus dos piernas, que salga a la calle, pero que no se meta en los asuntos públicos porque los embrollaría más que nosotros. Isabel la Católica no ha habido más que una». De siempre, mi padre había sido contrario al voto femenino. Yo no. Por mí, «que las mujeres mandasen», a ver «si convertían en balsas de aceite los pueblos y las naciones». ¡Qué descanso para los maridos con la victoria de Lisístrata!

No respondo de la exactitud en las fechas de estos recuerdos, sí de que se refieren a episodios de nuestra vida nacional durante los primeros meses de aquel año 24. Las cartas de mi padre y los periódicos de Madrid me llegaban con un día de retraso, pero los diarios de Barcelona me traían la actualidad palpitante al mismo tiempo que la camarera de la pensión el desayuno. Antes del primer sorbo del café con leche y del mordisco a la ensaimada abría yo *La Vanguardia*, pasando la vista por los títulos de los editoriales y las firmas de los artículos con el propósito de leerlos después, o de saltármelos… Y así, una mañana de enero leí que el marqués de Camps, representante de los regionalistas catalanes, le había comunicado respetuosamente a Primo de Rivera que «no estando conforme con su apreciación del problema catalán, no le sería posible colaborar con el Directorio». El marqués de Camps, de profesión ingeniero y aficionado a la literatura, había sido senador del Reino, diputado a Cortes, presidente de la Diputación provincial de Gerona y de varias instituciones culturales y agrícolas, y un hombre dispuesto a mantener su postura política y a decir siempre su verdad.

Esta actitud respetuosa, pero firme del marqués de Camps, defendiendo los ideales del regionalismo —no del separatismo— catalán, debió de influir en el ánimo de Primo de Rivera, ya que un día de aquel mismo mes de enero resolvió trasladarse a Barcelona para enfrentarse, precisamente, con los jerarcas del regionalismo y sus secuaces*. Pero no llegaba a Barcelona retador y soberbio, sino con el propósito de explicar sus intenciones y planes políticos en una conferencia. Para él lo primero consistía en mantener la unidad española. Camps y Cambó defendían el regionalismo sin intención separatista, desde luego. Pero la experiencia, una dolorosa experiencia, demostraba que el regionalismo derivaba fácil, cuando no fatalmente, al separatismo, y si él, Primo de Rivera, no podía admitir la más leve fisura en la unidad de la nación, ¿cómo no iba a oponerse a cualquier programa regionalista, por moderado que fuese?

Asistí a la conferencia del marqués de Estella en la Sala Mozart. No diré que el general dejase persuadido a un auditorio contrario a sus ideas, pero sí que su palabra no

* Alberto Insúa, junto a otros escritores en lengua castellana, suscribe el Manifiesto en defensa y elogio de la lengua catalana, dirigido al presidente del Directorio Militar, pues «las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y que serán eternas mientras exista en España el culto del amor desinteresado a la belleza» (Madrid, marzo de 1924). [*N. del e.*]

fue interrumpida, ni con un murmullo, y que su sinceridad, su innegable don de gentes y su congénita simpatía le valieron muchos aplausos.

Por entonces había abierto la mano el Directorio en la censura de prensa, para pulsar y medir mejor los latidos de la opinión pública, que más pronto de lo que se esperaba le iba siendo en grandes sectores propicia. Mas he aquí que otro marqués —al de Estella siempre le salía al paso otro marqués— aprovechó la circunstancia para escribir en una gaceta de asuntos económicos un artículo que Primo de Rivera consideró insidioso e injurioso y dio con el articulista en Fuerteventura, donde no sé si se encontraría con el eterno inconforme —hasta consigo mismo— y príncipe de la paradoja y el monólogo, don Miguel de Unamuno. Tratábase de don José Gómez Acebo y Cortina, marqués de Cortina, varias veces diputado a Cortes, senador por la Corona, ministro de Hacienda y de Fomento bajo la presidencia de Romanones. Su reputación de financiero hubo de confirmarse en la negociación con el Gobierno inglés conocida por el Convenio Cortina.

Yo le había oído hablar en el Congreso. Era un orador fácil e incisivo. En su artículo no se reducía a censurar la política económica del Directorio, sino que la consideraba catastrófica para el país. Y decía esto con tal acritud y tono despectivo que en una dictadura menos blanda que la de Primo de Rivera le hubiera valido algo más grave que la simple deportación a una de las Islas Afortunadas, donde los deportados no lo pasaban del todo mal, pues no eran grandes las dificultades —que se lo preguntaran a Unamuno— para fletar una lancha, subir a un barco y desembarcar en algún puerto de Portugal, Francia o Inglaterra. Lo que muy pocos dejaron de hacer, pues ningún cancerbero se encargó de impedirlo.

[18]

Episodios memorables en la corte de Alfonso XIII. La vida literaria*

[…]

Rememoro, sin precisar fechas, algunas manifestaciones artísticas literarias de la corte de don Alfonso XIII por aquel entonces. En una de ellas intervino el propio monarca, y fue en el homenaje rendido a Benavente por el Ayuntamiento de la Villa de Madrid. El rey impuso las insignias de la Gran Cruz de Alfonso XII al flamante premio Nobel, que regresaba de una gira triunfal —el adjetivo era justo— por países de Hispanoamérica. El acto fue presidido por S. M. y Primo de Rivera. El Ayuntamiento nombró hijo predilecto de Madrid al insigne dramaturgo. Dos grandes oradores: el rector de la Universidad, el químico Rodríguez Carracido, que aquilató los «méritos educativos» del teatro de Benavente, y el ministro de Cuba en España, don Mario García Kohly, de brillantísima elocuencia. No asistí al homenaje, pero fui a estrechar la mano de don Jacinto a su tertulia del café de El Gato Negro.

Benavente, calvo y con su barbita en punta, ya canosa, habíase alzado, a semejanza de Lope de Vega, con el cetro de la dramaturgia española y su nombradía ya era universal. Mas no se consideraba un rey absoluto y absorbente de la nación escénica, pues en su torno florecían el hispanísimo teatro de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, el poético de Eduardo Marquina, el sentimental de Martínez Sierra, el hilarante de Muñoz Seca, el aburguesado y muy discutido del gallego Linares Rivas, el «social» de Federico Oliver, el «madrileñista» de Carlos Arniches —tan elogiado por Pérez de Ayala, detractor de Benavente—, y autores jóvenes como Felipe Sassone, Federico García Lorca, Francisco Serrano Anguita, Tomás Borrás, Juan Ignacio Luca de Tena y Luis Fernández Ardavín, entre otros, demostraban con distintos modos la fa-

* Capítulo lxv del tercer volumen de las *Memorias*.

cultad renovadora de nuestro teatro. Estrenaban comedias, sainetes y zarzuelas. No faltaban los buenos músicos, que recogían las herencias de Bretón, Chueca y Chapí. El género revista, de importación austrofrancesa españolizada, triunfaba en el bellísimo teatro de Apolo, de la calle de Alcalá, años ha desaparecido para dejar su puesto a uno de esos alcázares de la plutocracia.

Ilustres actrices del momento —y el nombre de algunas se ha hecho perdurable— representaban las obras de dichos autores. Eran la gran María Guerrero, la gentil Rosario Pino, la incomparable característica Leocadia Alba y su hermana Irene, Loreto Prado, Carmen Cobeña, Joaquina del Pino, Concha Catalá, Nieves Suárez, todas excelentes comediantas, y otras ya famosas en plena juventud, como Catalina Bárcena, Mercedes Pérez de Vargas, Aurora Redondo, Adela Carbonell, María Fernanda Ladrón de Guevara, Irene López Heredia y María Palou, que son las que acuden a mi memoria. Los actores más notables se llamaban Enrique Borrás, Fernando Díaz de Mendoza, Enrique Chicote, los dos Ricardos, Calvo y Simó Raso; José Santiago, Juan Bonafé, Alberto Romea, Francisco Morano, Manuel González, Valeriano León, José Isbert, Ramón Peña, Santiago Artigas, con su compañera Josefina Díaz; Pedro Zorrilla, Manuel Collado, Jesús Tordesillas y otros varios que involuntariamente olvido. A los cuales, «ellas» y «ellos», deberán unirse los del llamado género lírico, y el «chico», el más nacional de todos y con frecuencia «grande».

Gracias a un inteligente empresario, Eulogio Velasco, y a dos autores, Juan José Cadenas y Tomás Borrás, la opereta de origen o corte vienés y la revista de gran espectáculo y con hermosas tiples, como María Caballé, Eugenia Zuffoli, Consuelo Hidalgo, su homónima la Mayendía y Teresita Saavedra, estaban en auge. No faltaban las traducciones y las adaptaciones del francés, del inglés y el italiano. María Palou nos «descubría» a Pirandello, Josefina Díaz, a Barrie. El cinematógrafo, mudo, tardaría en hacerse parlante y policromo y atraer más público que el teatro.

Yo asistía rara vez a la «batalla» de los estrenos, en que se desfogaba la pasión o furia española, así con las manos como con los pies. Cuando la obra no gustaba al «respetable», con sus zapatitos Luis XV «pateaban» hasta las mujeres. Quizá, entre otras razones, por el temor, lo confieso, a los «estrenistas» había yo dejado de escribir para el teatro, aunque me instase a hacerlo mi hermano político y colaborador Alfonso Hernández Catá, en cuya compañía obtuve algunos éxitos. (Tuve una «reincidencia»,

en 1928, del brazo de Tomás Borrás, de la que hablaré más adelante.) Prefería el público invisible e inaudible de la novela. Yo solo, en mi casa, con mis personajes, siendo decorador y director. ¡Qué comodidad!

[…]

Recordaré otros hechos nobles y amables de aquel mismo período, comprendido entre los meses de marzo y abril. Un homenaje a la gran escritora Blanca de los Ríos, al que asistí, por figurar entre sus amigos y admiradores. Doña Blanca, que había de morir casi centenaria, venía a ser algo así como un Menéndez y Pelayo con faldas, aunque sin el universalismo del glorioso polígrafo de Santander. Poetisa y novelista, descolló sobre todo en la crítica literaria. Ahí están, perdurables, sus estudios sobre uno de los genios de nuestro teatro: Tirso de Molina.

El homenaje le fue rendido por la Academia de Jurisprudencia —¿por qué no en la otra, la de la Lengua, aunque el reglamento no le permitiese entrar?—, y en él varios oradores ilustres ensalzaron sus méritos y su labor «españolista». Le dediqué un artículo. Muerta Emilia Pardo Bazán, doña Blanca y Concha Espina eran los dos astros de la literatura hispánica por manos de mujeres, que más tarde formarían columnas.

Otro de estos actos dignos de recordación fue el estreno, en el escenario de la Princesa, por la compañía Guerrero-Mendoza, de una excelente comedia de Eduardo Marquina, el gran poeta, que compensaba al público de los abusos y excesos del teatro de «pan llevar», pesadumbre de Talía. En el salón de la Sociedad de Amigos del Arte se expuso un Cristo en la cruz, admirable, del gran escultor Miguel Blay. Con una nueva interpretación de *Concha la limpia*, una de las mejores obras de los hermanos Quintero, vimos reaparecer en el escenario de Lara a Rosario Pino, sin duda la más bella de nuestras actrices. Y en el Español, Benavente, en el apogeo de su fama y su talento, nos ofrecía esas *Lecciones de buen amor* que son una de las cumbres de su dramaturgia. Fue —dijeron algunos críticos— «una función de desagravio», pues es notorio que don Jacinto había sido censurado acerbamente por ciertos escritores que ya cité.

Entretanto, en lo mío, la novela, la producción era arrolladora, desde lo óptimo hasta lo mediano y lo que debía ponerse «más allá de la literatura». Era barato el pa-

pel y escasa la competencia de los autores exóticos. Valle-Inclán, en su mayor altura. Su paisano Fernández Flórez, pasando del artículo a la novela con indudable maestría. Don Armando Palacio Valdés y Blasco Ibáñez, incansables y triunfadores. Azorín, en su línea. Gabriel Miró, dechado de prosistas, y Ramón Pérez de Ayala, enalteciendo nuestras letras. A propósito de Azorín hablaré seguidamente del PEN Club, que él presidía, y de la amistad con que por entonces me honró.

[19]

Mi amistad con Azorín. Pasan por el PEN Club Gabriela Mistral y Paul Claudel. La reaparición de Belmonte*

Mi amistad con Azorín comenzó en la primavera de aquel año 24. Yo le admiraba desde mi época de estudiante y mis balbuceos de escritor. Le vi por primera vez frente al escaparate de la librería de San Martín, en la Puerta del Sol. Tendría él entonces unos veintiséis años y era ya famoso. Había publicado con sus apellidos de Martínez Ruiz el *Charivari*, las novelas *Antonio Azorín* y *La voluntad*, y con su seudónimo, *Los pueblos*. No parecía un levantino. Sus ojos claros, su faz rubicunda y rasurada y su monóculo le daban el aire de un inglés. Más tarde le fui presentado, no recuerdo si en un banquete o en la librería de don Fernando Fe, ya trasladada de la carrera de San Jerónimo a la Puerta del Sol. No creo que recordase mi nombre. Yo todavía, en literatura, no era nadie. De todos los escritores de esa generación indefinible llamada «del 98», él y Valle-Inclán fueron los que yo imitaba en mis iniciales escritos. Influencia efímera. Baroja jamás influyó en mí.

Atraíame, por lo precisa y transparente, la prosa azoriniana, y del Valle-Inclán de las *Sonatas* el tenue eco del romanticismo y el perfume galaico que aspirara en los versos de Pondal y Rosalía. A los demás escritores de ese grupo, como Macías Picavea, Unamuno, Manuel Bueno y Maeztu, leíalos con interés, pero sin postura de discípulo. Los artículos de Azorín, en el periódico de don Manuel Troyano, *El Español*, parecíanme ejemplares: había en ellos mucho que aprender. Compraba todos los libros del «Pequeño filósofo», el cual, a su vez, había aprendido a serlo en uno grande, pero no de su tierra ni su idioma: en Miguel de Montaigne. Se hablaba de su «paraguas rojo», un paraguas literario: en sus manos nunca lo hallé.

* Capítulo lxvi del tercer volumen de las *Memorias*.

Ya hecho yo un escritor «responsable», con mi manera y estilo de articulista y novelista, con más de quince volúmenes publicados, no pocos de ellos traducidos a varias lenguas, y —¿por qué no decirlo?— en la plenitud de mis éxitos, fue cuando contraje con el maestro Azorín una amistad que, si no llegó a ser íntima, se mantuvo siempre en los términos de mutua estimación. Por entonces, o quizá unos años antes —1922 o 1923— fundárase en Madrid, copiada del extranjero, la institución del PEN Club, que, según su sigla, agrupaba a los poetas, ensayistas y novelistas que desearan incorporarse a él. El PEN Club madrileño lo presidía Azorín. Era un club sin local propio. Reuníanse sus miembros, acaso una vez al mes, en algún restaurante, principalmente en el «histórico» de Lhardy. No solía haber discursos, coloquios sí, entre los comensales, y dilatada sobremesa.

En alguna ocasión se invitaba a escritores extranjeros de paso en Madrid. Y entonces no faltaba el poeta que leyera versos en su honor o el labio que lo elogiase en un brindis. Sin precisar fechas, diré que en esos ágapes del PEN Club conocí a Paul Claudel y a la poetisa chilena y futuro premio Nobel Gabriela Mistral. Por cierto que no olvidaré nunca que al preguntarle al gran poeta y dramaturgo francés «si había estado ya en Santiago de Compostela», me sorprendió que me respondiese: «*Cela tombe un peu loin*». ¡Lejos Santiago para un católico de su alcurnia!

Recordé la sentencia de Dante: «*Non s'intende pellegrino senon chi va verso la casa de San Jacopo*». ¿Cumpliría más tarde el poeta de *El anuncio hecho a María* la obligada y entonces nada incómoda peregrinación? Es de suponer que sí. Gabriela Mistral fue recibida y oída con unos versos fervorosos por Eduardo Marquina, a los que respondió con un himno o canto a España. Gabriela me pareció —¿cómo lo diré?— no muy femenina, una de esas mujeres graves y tristes, sumidas en sus nostalgias amorosas y sus sueños, que se olvidan del tocador y a las que no les importan los hombres en lo corpóreo. (A ella sólo le importó uno, y le importaban los niños, los de las otras.) Era la maestra, «la maestrita rural», y mejor que su traje sastre, gris, y su media melena, también gris y opaca, le hubiesen sentado las tocas y el hábito de Santa Teresa, de quien no copiaba la sonrisa.

Por aquellas reuniones del PEN Club pasaban otros novelistas, ensayistas y poetas no españoles, o hispanoamericanos que no considerábamos extranjeros, como Rubén Darío y el silencioso y abstraído Amado Nervo, el de un único y noble amor, roto por la muerte. ¡Cuánto le quise, le compadecí y le admiré!

Entre los nuestros evoco a varios que ya no existen, pero que han dejado una obra imperecedera: a Gabriel Miró, ojos claramente azules y mirada profunda, de voz tímida y ademanes lentos; a Ramiro de Maeztu, que ya había establecido el concepto de hispanidad y elevado la crítica literaria a sus más altas cumbres; a Eugenio d'Ors, orientador de la juventud por los caminos de la filosofía y de la estética, y a Ortega y Gasset, en el apogeo de su genio. Alguna vez veíamos al gran Unamuno y a otras figuras «del 98», como Luis Bello, Manuel Bueno y Francisco Grandmontagne. Fuera de esa generación, a Ricardo Baeza, crítico sutil e intransigente, traductor de Oscar Wilde y Dostoievski, y para quien nuestro primer dramaturgo era un Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; a Eduardo Gómez de Baquero, también crítico, ecléctico y templado en sus folletones de *El Sol*; a tres poetas muy distintos: Marquina, vigoroso y elocuente; Enrique de Mesa, delicado amante de Castilla, un nuevo marqués de Santillana, y Emilio Carrère, el de la «Musa del arroyo».

Subsisten, y que de larga vida gocen, cada cual triunfante en sus lides literarias, Ramón Pérez de Ayala y su homónimo Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, Fernández Flórez, Julio Camba y algunos más. Como Azorín había querido, y a mi parecer con razón, que las reuniones del PEN Club tuviesen un aire aristocrático —el de la «aristocracia de las letras»—, que se guardase en ellos la *tenue*, que dicen los franceses, celebrábanse los banquetes en Lhardy o en algún otro restaurante relativamente caro para la época. Pero no faltaban los *club-men* que hubiesen preferido, por más económicos, a los filetes de lenguado *à la Meunière* y las pechugas a la Villeroi, el cochinillo y el cordero del horno de Botín y la tortilla de patatas del café de San Isidro. Azorín no prestaba atención a las protestas, nunca estridentes, de los chambergos, las pipas y las chalinas. No simpatizaba con la bohemia. Así, pues, los ágapes mantuvieron su buen tono, y si se hubieran celebrado de noche habrían exigido el smoking o el frac.

Es una lástima que, en Madrid, del PEN Club sólo quede el recuerdo. La urbanidad y la cortesía eran sus normas. Y en la República literaria se olvidan, con lamentable frecuencia, esas normas. (Entre paréntesis diré que el PEN Club no ha desaparecido en otras capitales de Europa y América, que en alguna, como en Río de Janeiro, dispone de un lugar propio, gracias a un escritor-mecenas, y que se «internacionaliza» en congresos y coloquios, a los que concurren poetas, ensayistas y nove-

listas de todo el mundo occidental. Que alguien recoja de manos del maestro Azorín, en España, la buena tradición del PEN Club, falta hace.)

Hasta entonces, esto es, hasta que yo fui uno de los miembros asiduos del Club, mi amistad con Azorín había sido una de esa relaciones entre literatos que se ven de tarde en tarde, o de noche en noche y se saludan en un banquete, en un entierro, en un teatro, en la redacción de un periódico o en la antesala de un editor. Relaciones superficiales, sin diálogo: el «¿cómo está usted?», el «encantado de verle», y nada más. Pero como Azorín y yo quedásemos cierto día codo a codo en una mesa y habláramos —¿de qué íbamos a hablar sino de literatura?— yo le demostré que conocía toda su obra y él me pidió que le mandase mi última novela. Así lo hice, muy honrado, y una mañana, al recibir el *Abc*, me hallé con un afectuoso artículo suyo sobre mi libro. Quedó establecida de este modo una amistad que no había de interrumpirse. Vino a comer a mi casa, fui yo a la suya. A otras manifestaciones de esa amistad me referiré cuando correspondan al orden de estos recuerdos.

[…]

Yo era por entonces muy aficionado a los toros y figuraba en el partido belmontista. Belmonte, de quien era amigo, tras una de esas retiradas que son frecuentes en los toreros y no significan sino un paréntesis de reposo, volvía «a lo suyo»: a apasionar al público con su arte inimitable. Con él se abría una nueva época del toreo. Desgarbado, con su mandíbula de prognato y aquel modo de doblar en algunos pases todo el cuerpo, desafiando las embestidas de la res, venía a ser todo lo contrario del torero elegante, eurítmico y razonador, yo diría cerebral, como el Guerra. Claro que razonaba, que calculaba, que conocía «las razones del toro», que eran las de matarle, pero daba la impresión de ignorarlas. ¿Temeridad? Mejor, seguridad y confianza en sí mismo. Cierta vez le pregunté «si no sentía miedo ante los toros», y me dijo filosóficamente: «Mucho, pero ¿en qué consiste el valor sino en dominar al miedo?». No perdí aquel año ninguna corrida suya en Madrid, y en Toledo la del Corpus.

[20]

Cuando murió Anatole France. Su traductor, Ruiz Contreras. Benavente y el cinematógrafo. Blasco Ibáñez y Zola. Andrés González Blanco. Azorín, académico. Millán Astray y el teniente Topete. *La pared de tela de araña* y *Luces de bohemia* *

El 12 de octubre, a la hora de la cena, sonó el teléfono de mi casa. El director de *La Voz*, don Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal, me llamaba para decirme que había muerto Anatole France y que deseaba un artículo mío para el número del día siguiente. La noticia no debió de llegar a tiempo a Madrid pues no la insertaban los periódicos vespertinos. Me dispuse, pues, a escribir el artículo, que no conservo. Anatole France era uno de los escritores franceses más leídos en España porque había tenido la fortuna de contar con un buen traductor, don Luis Ruiz Contreras, que era a su vez un literato notable.

Una minoría leía en su lengua al autor de *Le lys rouge*, pero el gran público atenía-se a las versiones de Ruiz Contreras, en lo que cabe excelentes. Conocía éste a fondo el francés y trasladaba a un buen castellano las páginas de France, no sin que en el traslado, como ocurre aun en las traducciones más plausibles, se perdieran matices de intención, gracias de estilo y pormenores de ambiente. Don Luis Ruiz Contreras no sólo traducía las obras de France, sino que también las editaba. Algo tradujo de Colette —las *Claudinas*—, de Maupassant y de Rachilde; pero su «especialidad» eran los libros del creador de Monsieur Bergeret. Yo había iniciado mi conocimiento de France con Ruiz Contreras. Después pude gustarle en su propio idioma. Al segundo me unía una gran amistad. Al primero le vi sólo dos veces en mi vida y ninguna tuve la

* Capítulo LXX del tercer volumen de las *Memorias*.

fortuna de hablarle. La primera en París, en uno de los muelles del Sena, donde el maestro, buen bibliófilo, hurgaba en el tenderete de un *bouquiniste*. La segunda en Madrid, donde estuvo de paso y de incógnito. Una tarde entró en la librería de don Fernando Fe y fue reconocido por aquel culto librero que se llamó don Francisco Beltrán, y por mí. Como Beltrán le viese con una de sus novelas en la mano se le acercó, sonriente y discreto, y le dijo: «*Monsieur France, vos romans sont les préférés de notre public*». Y France repuso con una tenue sonrisa: «*Je ne m'y attendais pas… Merci, merci!…*». Y salió de la librería después de comprar una guía del Museo del Prado.

Anatole France y Ruiz Contreras parecíanse en un detalle de su indumentaria: los dos usaban ese gorrito redondo, de seda oscura, que en Francia llaman *calotte* y nosotros llamamos solideo. Es propio de eclesiásticos, pero le va bien a los calvos aunque sean seglares. Éranlo entrambos escritores, más Contreras que France. Don Luis no se quitaba su gorro ni en el teatro. También se parecían en su pasión por los libros. Entre los cuales había nacido y crecido Anatole, en la *boutique* de su padre, librero de viejo famoso del Quai Malaquais.

Y en la casa de Ruiz Contreras, en Madrid, calle de Lista, los libros se alineaban en estantes hasta el techo en todas las habitaciones: libros antiguos, «raros y curiosos» y de la minerva contemporánea. Otro parecido: los dos eran célibes. Yo solía visitar a don Luis y alguna vez me convidó a almorzar. Su cocinera guisaba a maravilla. Un día le pregunté: «¿Conoce usted a Anatole France?». Y su respuesta me dejó asombrado: «No, ni quiero; sólo me importan sus obras». No insistí. Contreras se consideraba, sin vanagloria, un verdadero literato y quizá temió que France, del que ignoro si poseía nuestro idioma, le tomase por uno de esos traductores, y con frecuencia *traditori*, que vertían sus páginas a todas las lenguas. Procedió altivamente, orgullosamente Ruiz Contreras no queriendo conocer a France en persona, desde el punto y hora en que no podía existir una estimación recíproca. Creo que a France le hubiese gustado don Luis, que tenía mucho de novelesco y más de un punto de semejanza con alguno de sus héroes.

Mas volvamos a mi artículo para *La Voz*, que habría de extenderse a tres columnas del periódico. En él trazaba una rápida biografía del novelista y deteníame en el examen de su obra, que era también la de un crítico y un poeta: del crítico de *La Vie Littéraire*, en sus famosos folletones de *Le Temps*, y del poeta de *Les Poèmes dorés* y de *Les Noces*

corinthiennes. Lo fundamental en France era la prosa. Diáfana, flexible y elegante y sin retórica superflua la suya, como la de su maestro Renan. Se hablaba de su escepticismo, en el que no se advertía sequedad, sino cierta ternura recóndita y una comprensión piadosa de las pasiones y flaquezas de los hombres. Era un espíritu burlón, un humorista. No trataba las cosas santas santamente. En esto asemejábase a Eça de Queiroz y era natural que, desde el punto de vista ortodoxo, fuera recusable. Mezclaba la ironía con la simpatía, la sensibilidad con la espiritualidad. Nadie censuró más severamente que él el materialismo desbordado de Zola. Al cumplir los ochenta años y celebrarse su jubileo se le consideraba el escritor más universal de Francia. Fuera ésta o aquélla la actitud de los críticos ante su obra, ninguno podía negarle la primordial virtud estética, que no es otra y será siempre la del estilo. Algo de todo esto escribí en mi artículo necrológico, del que me dijo Ruiz Contreras que «no estaba mal». Él, sin duda, lo hubiera escrito mejor.

De aquel mismo otoño de 1924 son otros hechos relacionados con la literatura: la nuestra. En opinión de Unamuno, que se declaraba adversario del cinematógrafo, porque él no admitía a «esos fantasmas mudos» (ignoro si cambió de parecer cuando el cine se hizo parlante), Benavente, sin abandonar sus comedias, escribió un par de obras para el celuloide. Asistí a la representación de una de ellas, titulada *Para toda la vida*. Los letreros eran de él y, como suyos, ingeniosos.

Un día me enteré por los periódicos de la muerte prematura de un escritor de gran talento y merecida fama, al que me había unido una amistad, rota por tiquismiquis y desavenencias literarias que andando el tiempo hubiéramos olvidado los dos. A punto estuvimos por esas «pequeñeces» de cruzar las armas, Andrés González Blanco y yo, que éste era el nombre del ilustre y malogrado escritor. Un acta, honorable para ambos, puso término a la cuestión. Pero no volvimos a saludarnos. Con Andrés, su hermano Pedro y otros jóvenes escritores fundé en 1907 la primera revista «de vanguardia» que se publicó en Madrid: *Sagitario*, de la que sólo pudimos editar cuatro números: nos fallaron los suscriptores. Andrés era la pluma más fecunda de la revista. Pasmosa su erudición para sus años y penetrante su sentido crítico. Dejaba varias novelas, pero lo fundamental en él era la crítica literaria, que a mí—por el motivo apuntado— «me silenció». Al morir presidía la sección de literatura del Ateneo. Íntimamente lamenté su temprano fin.

Entretanto, sin salir de aquel mes de octubre, nuestro gran novelista Blasco Ibáñez, en la cumbre de sus éxitos, presidía la peregrinación a Medan que todos los años organizaban los Amigos de Zola. ¿No era él un discípulo de Zola? Pero un discípulo menos crudo y sombrío que el maestro. Vi una fotografía que le representaba hablando en Medan, supongo que en aquel francés suyo originalísimo y arbitrario que haría sonreír por dentro a su auditorio. Y sonó la hora en el reloj literario de la entrada del insigne Azorín en la Academia de la Lengua. Me invitó a escuchar su discurso. No recuerdo de qué trataba. De aquel solemne episodio sólo acuden a mi memoria dos semblantes: el del recipiendario —¡qué dura palabra!— y el del presidente de la Real Corporación, nuestro gran estadista don Antonio Maura.

No era Azorín un académico precoz, como Menéndez y Pelayo que recibía esa investidura a los veintidós años, pues los suyos llegaban a los cincuenta y habíanle dado tiempo para evolucionar desde su postura de crítico «demoledor» hasta otra, contemporizadora y ecléctica, que no alteraría el equilibrio de la Academia. Apreciaba y premiaba ésta, con algún retraso, los méritos del más fino prosista y original ingenio de la rebelde y desunida «generación del 98».

Pues bien; ya estaba «consagrado» el rebelde Azorín. Su rostro impasible, sin barbas ni bigotes —allí donde había tantos—, contrastaba con el ya venerable de don Antonio Maura, que le impuso la insignia de príncipe de nuestras letras. Le di un abrazo al querido Azorín. Como, en circunstancia semejante, se lo hubiera dado a Benavente, que nunca escribió su discurso y se quedó en académico electo.

Y paso de los fracs y los vistosos indumentos de la milicia literaria a los uniformes de la otra milicia, la castrense, que seguían bregando en el Rif y muchas veces se «adornaban» con sangre, cuando no quedaban cubiertos de tierra. Esto pudo ocurrirle a uno de mis grandes amigos, el coronel Millán Astray, el fundador de la Legión, que arengaba a sus hombres con laconismo espartano: «¡Caballeros legionarios, vais a morir!». Él, a la cabeza en los combates, no murió, pero quedóse manco radicalmente, y no sólo con la mano inválida, a lo cervantino, pues hubo que amputarle el brazo izquierdo, destrozado por una bala. Tiempo después se doblaría su invalidez con la pérdida de un ojo. Mi último y persistente recuerdo de Millán Astray, ya ascendido a general, es el de un hombre alto, pálido y enjuto, como Don Quijote, pe-

ro sin barba, con su manga vacía y el parche negro que le cubre la órbita sin luz. ¡Qué heroico militar y noble amigo!

Por él supe que el mismo proyectil que le había deshecho el brazo fue a rebotar en el pecho de uno de los jóvenes héroes de la campaña, el teniente Topete, hiriéndole en el corazón. «Mira tú que trágica e inverosímil carambola —decíame Millán—, esa bala que debió matarme a mí, va y se nos lleva a ese muchacho, que era un prodigio de audacia y de valor. ¡Cosas de la guerra!».

Y yo pensaba: «Cuántas cosas "así" en aquella guerra y en todas las guerras». Siendo alférez había defendido Topete la posición de Tifaurin, asediada por los moros, con un puñado de hombres. Sin agua, economizando las municiones, aquel grupo de bravos rechazaba, uno a uno, los furiosos ataques de los rifeños, obligándoles a ceder. Entonces le respetó la muerte. Su destino era morir, hermanado por la sangre, junto a su jefe, el glorioso Millán Astray.

Por entonces —y esto es seguir en Marruecos— aparecía una gran novela de Tomás Borrás, *La pared de tela de araña*, cuyo fondo era el paisaje de Tetuán. El joven escritor, a quien me unía y me une fraternal afecto, había sido corresponsal de guerra en la zona y conocía mejor que nadie las costumbres y el ambiente de esa parte del norte de África. Prosista luminoso, a través de un asunto dramático, mantenía en suspenso el ánimo de los lectores. Hice sobre ella un artículo en *La Voz*, donde seguía la actualidad literaria de la época, hablando de los libros «de mi gusto». El de Borrás me complació enteramente por la fuerza y la finura, bien armonizadas, de su estilo y por su don, suprema virtud estética, de embellecer la realidad con el ensueño.

Otro libro sobre el que hubiera querido escribir —pero no lo hice, dada mi enemistad irremediable con su autor— fue el recientemente publicado por Valle-Inclán, *Luces de bohemia*, de la serie de sus *Esperpentos*, cuán distintos de sus *Sonatas* sentimentales y de aquella suave *Flor de santidad* que me había leído, en cuartillas al lápiz, en el lecho de su pobre alcoba en una casa de corredor de la calle de la Gorguera. Siempre lamenté mi ruptura con él, del que nunca hablé mal. Él de mí, sí. Yo seguía leyéndole con abstracción de su persona física, como si ya «se hubiese muerto y entrado en el paraíso de los clásicos».

Tiempos áureos para la literatura española, que, en mi opinión, no han sido superados después.

[21]

De cómo me convertí en un aficionado a los toros. Vi torear a Lagartijo y Frascuelo en La Habana. En España, a Reverte, al Guerra, a Fuentes, a Mazzantini y a tantos otros. Surge mi amistad con un espada y el proyecto de una novela taurina*

Tendría yo apenas cuatro años —allá por el 1887, en La Habana— cuando mi padre me llevó a una corrida de toros. Tengo entendido que los matadores, celebérrimos ambos, eran Salvador Sánchez, *Frascuelo*, y Rafael Molina, *Lagartijo*, los príncipes de la tauromaquia en tal época. La Habana, capital de la Cuba española —quedábanle más de dos lustros de serlo—, tenía una plaza de toros que, si no recuerdo mal, era de madera y muy chica.

De la mano de mi padre subí a uno de los palcos. En el redondel el sol hacía de plata la arena, dejando un hemiciclo de sombra. Veía yo a los toreros como a unos soldaditos de juguete que por arte de magia se movían de aquí para allá, y en vez de los uniformes azules y rojos y los quepis charolados, llevaban unos trajes todavía más vistosos que los de mis soldaditos de plomo. Ésta era mi impresión: que aquellos hombres, a pie o a caballo, jugaban con un extraño y enorme animal, negro, como pintado con tinta china, y que tenía en el testuz dos agudos palitroques de marfil. Mi primera visión del toro.

Yo, hasta entonces, sólo había visto los bueyes mansos, tardos y amarillos que tiraban de las carretas en algunas calles polvorientas de la ciudad, o aquellos del carromato con toldo de pieles de otros bueyes en que había ido cierta vez desde un paradero del ferrocarril en la provincia de Matanzas al ingenio de mi tío Antonio que se llamaba Casualidad y pudo llamarse Fatalidad cuando fue demolido e incendiado por

* Capítulo lxxi del tercer volumen de las *Memorias*.

los mambises. Los bueyes hundían sus pezuñas en la tierra color de sangre de las trochas de la manigua, a trechos sombreadas por los frondosos mameyes, las altísimas caibas y las palmas, cuyo ramaje, de un verde metálico, en penachos, parecía incrustarse en el cielo de un azul raso y fúlgido. Mi abuelo Ángel, caballero y guajiro, mitad por mitad, aguijaba a los bueyes. Y yo pensaba en él, que apenas rozaba el lomo de las bestias, frente a aquellos hombrones que martirizaban al toro con sus picas. ¡Qué brutos! Y aplaudía cuando el toro los descabalgaba y caían pesadamente sobre la arena, no sin sentir lástima de los caballos, tapándome los ojos para no ver su sangre y el derrame de sus vísceras.

Prefería a los que «adornaban» al toro con unos rehiletes de colores, algunos con los mismos de la bandera española. ¡Qué ágiles y graciosos! Eso era jugar. Y también era juego el de los capotes desplegados ante la res, con giros de grandes mariposas. Pero cuando vi que un torero sustituía la capa por un trapo punzó y requería una espada, le pregunté a mi padre «si iba a matar al toro». Y él, sonriendo, me dijo: «Pues claro, para que el toro no le mate a él». Salí triste y nervioso de la plaza. Me gustaba el circo, donde nadie mataba a nadie, ni los leones y los tigres al domador.

No volví a ver corridas hasta diez años después, cuando los míos eran catorce y presumía ya de valiente. Pero no fue en La Habana, sino en La Coruña, durante las fiestas de agosto. Recuerdo muy bien que los matadores se llamaban Bonarillo y Reverte. Me gustó mucho Reverte por su elegancia, su valor y la habilidad con que rehuía los ataques del toro. Aprendí a cantar aquello de «No te tires, Reverte», y otra cancioncilla que decía: «La novia de Reverte tiene un pañuelo, con cuatro picadores, Reverte en medio». En la misma plaza de La Coruña vi torear al Guerra, a quien se consideraba el rey, o el califa de la tauromaquia. Y también vi al elegante Fuentes, al Bomba, el Algabeño, el Conejito, a un torero que me pareció un gigante y cuya espada fulminaba al toro, don Luis Mazzantini, y a otro, muy pequeño, casi un enano, el Minuto, que se ponía en puntillas para alcanzar con el estoque el morrillo de la res. Total, que me fui aficionando a los toros y que dejé de taparme los ojos para no ver la sangre y las tripas de los jamelgos despanzurrados.

Ya en Madrid, en octubre de 1899, mi afición fue completándose. Asistí a algunas novilladas, coleccioné los cromos, las famosas fototipias de las cajas de fósforos de a

diez céntimos, que se compraban y canjeaban en la Puerta del Sol, comercio en el que se distinguía mi hermano Waldo. Con éste fui a los tendidos de sol —no teníamos dinero ni para los de sol y sombra— a algunas corridas de mayo, y volvíamos a casa a pie, calle de Alcalá arriba comentando los incidentes de la fiesta.

Años después, ya hombre y con peculio propio, pude abonarme a una delantera «del 2» y conocer a los espadas que, con mayor o menor brillo, iban sucediéndose en los carteles. Pero yo no podía adivinar entonces que llegaría a tener intimidad con un torero y por tal causa a escribir una novela de tema taurino, una más en la copiosa lista de autores españoles, entre los que sobresalen los andaluces Arturo Reyes, Manuel Héctor Abreu, José López Pinillos y de otras provincias como Blasco Ibáñez, Pérez Lugín y Gómez de la Serna. Claro que en mi libro no imité a ninguno de éstos.

¿Y quién fue el espada que hubo de inspirármelo y de servirme, *mutatis mutandis*, de modelo para el protagonista? Pues no era un sevillano, ni un cordobés, ni un rondeño, sino de Aragón, también tierra de taurómacos, y paisano en suma de «don Francisco el de los toros». No hubo elección ni preferencia.

Todo provino del azar de una tarde en que vi a aquel hombre desafiar a la muerte con un valor temerario, en el que no advertí la destreza de otros toreros valerosos, verbigracia, Belmonte, que daba siempre la impresión de dominar al toro, sino que todo me pareció desprovisto de ese arte que consiste en burlar las acometidas del cornúpeta con el engaño de la muleta y los esguinces del cuerpo. Sabido es que esa maestría no hace al torero invulnerable, que el más sabio tiene «su talón de Aquiles», y ahí están, próximos a nosotros todavía, los ejemplos de Joselito y Manolete, que asombraban por su conocimiento o adivinación del temperamento de cada toro y le imponían con el capote y la muleta los lances y pases oportunos para dominarlo. Y si el arte y la ciencia de estos toreros fallan en ocasiones, porque no han llegado a adivinar el enigma del toro, o por un descuido o exceso de confianza, piénsese en lo que puede ocurrir, y con frecuencia ocurre, cuando el torero no es más que impulsivo y confunde el valor, que ha de ser consciente, con la temeridad, que es ciega.

Entendí que éste era el caso de aquel hombre a quien veía torear por primera vez, y en tal sentido, yo, que nunca había reflejado en un artículo mi impresión de un torero, escribí uno para mi periódico que hubo de molestarle, pues, sin altivez, pero con

dignidad, me dirigió una carta en la que rechazaba mis argumentos y me decía que, «además de ser valiente, estaba al tanto de las reglas del toreo». Y como mi intención no era, en modo alguno, producirle enojo, sino aconsejarle, precisamente, que atemperase su reconocido valor a esas reglas, escribí un segundo artículo diciendo que mi juicio distaba mucho de ser infalible y que deseaba me ofreciera pronto la ocasión de rectificarlo.

Entonces me visitó su representante para darme las gracias en su nombre y con la promesa de que Braulio —así se llamaba el torero, su apellido era Lausín y su mote o seudónimo Gitanillo de Ricla— pensaba brindarme un toro. Me lo brindó, en efecto, y en su faena estuvo afortunado. De este modo nos hicimos amigos y, como en mí la amistad ablanda, cuando no anula el sentido de la crítica, en adelante, si no con la pluma, con la voz, fui uno de los entusiastas del espada aragonés. No perdí corrida en que torease, en la Corte o las ferias de provincias.

Gitanillo de Ricla, que parecía destinado a ser «carne de toro», vive, retirado y feliz, porque amor y fortuna le acompañan, en la gran ciudad de Zaragoza. En 1949 le volví a ver en su «peña» del Salduba, café famoso que ya no existe. Allí me ofreció un banquete. Fueron numerosas y graves sus cogidas. Tal de ellas le puso a la muerte, pero ninguna le dejó inválido. Sigue entero y animoso. Su época coincidió con la vuelta de Belmonte a las plazas. Alternó con Juan en los carteles, con el rondeño Cayetano Ordóñez, *el Niño de la Palma*, fundador de una dinastía, con Marcial Lalanda, su paisano Nicanor Villalta, Chicuelo, Valencia II, el mexicano Rodolfo Gaona, Ignacio Sánchez Mejías, otro Gitanillo, el de Triana y los demás que «eran figuras» de la tauromaquia en aquel tiempo, posterior al de los Bombita y Machaquito. Época áurea de la fiesta nacional. Sin duda olvido nombres. Braulio toreó en toda España, estuvo en México, Colombia y Venezuela. Ignoro la fecha de su retirada.

Pues bien, este Braulio Lausín, del que he trazado una biografía muy incompleta, me sirvió, como antes dije, de modelo convencional para uno de los dos primeros personajes de mi novela *La mujer, el torero y el toro*, una de las que han merecido mayor favor del público y ha sido trasladada a los idiomas portugués, italiano, francés y alemán, y adaptada, sin acierto, al cinematógrafo. Pero debo insistir en que el espada Zaragoza de mi novela sólo se parece al valeroso Braulio en algo categórico, el carác-

ter, y que todo lo demás es imaginativo. Se trata de una de esas ficciones en las cuales el novelista acude a la realidad en busca de ciertos rasgos que «humanicen» a sus héroes y no les hagan parecer meros fantoches. No hay ninguno en ese libro, aun secundario, al que le falte su punto de partida en alguna persona de veras.

Gracias a mi amistad con Lausín pude conocer ciertos aspectos íntimos de la vida de los toreros, a los cuales sólo había contemplado hasta entonces en la plaza durante el vistoso paseíllo y las tres suertes de la corrida. Con Braulio vi a un torero descansar en la cama mientras su mozo de estoques le preparaba el traje y le ayudaba a vestirse en presencia de ese grupo de amigos que le acompañan hasta el momento en que sube al coche que le lleva al triunfo, al fracaso y en ocasiones a la muerte. Gracias, asimismo, a Lausín supe lo que era pasar, temeroso, a la enfermería para ver si la cornada que sufrió el diestro es de las que «no le permiten continuar la lidia» o de las que amenazan su existencia. De éstas tuvo varias Gitanillo; pero el hombre, de carne dura, no tardaba en curarse. Con él, en Madrid o en las ferias de provincias, concurrí a esas tertulias de hoteles y cafés donde, junto a los espadas, aparecen sus apoderados, sus admiradores más íntimos, algún ganadero y no falta el crítico, que puede ser imparcial, o de los que algunas veces admiten el soborno.

Ahora bien; de mi novela taurina, que no hubiese escrito sin la circunstancia de mi amistad con el arrojado torero aragonés, me queda no poco que decir. Pero ello será más adelante, pues habré de seguir en orden de fechas los pasos que di para «documentarme», yendo, como fui, a una ganadería andaluza, donde, gracias a la hospitalidad de sus dueños, de ilustre familia, pude asistir a la vida del toro en el campo, que era uno de los motivos de mi obra.

Sucedió esto en la primavera del año 25, y mi conocimiento de Lausín pertenece a la del 24, que es la data en que estoy en esta parte de mis recuerdos.

Entretanto, mientras pensaba en esa novela y preparaba su argumento, seguía en mi labor de articulista, mariposeando de tema en tema, como quien dice, de flor en flor entre los jardines de la actualidad, sin posarme en los de la política, y escribía alguna novela corta.

Una tarde, en el camarín de una comedianta, coincidí con un famoso torero, que también era escritor y se disponía a estrenar una comedia. El cual, andaluz, de Sevilla y hombre de mordaz ingenio, me dijo:

—Parece que va usted a escribir una novela de toros y que se la ha inspirado un torero baturro. ¿Es que no le gustamos a usted los andaluces?

Y le respondí a Ignacio Sánchez Mejías, a quien admiraba más en el ruedo que en sus veleidades literarias:

—Pues claro que me gustan, y que algunos me entusiasman. Pero el novelista hace lo que quiere, y si se me ocurre que el protagonista de mi obra no sea un torero, sino el toro, ¿qué diría usted?

Ignacio torció el gesto y no dijo más. Pero conste que en mi farsa novelesca «también puse a un torero andaluz».

Con esta anécdota, lector, pondré término a mis recuerdos del año 24. Y son muchos, y muy variados, como verás, si me sigues, los del 25.

[22]

Entre marzo y abril de 1925. Los veintidós mil dibujos de Manuel Tovar. La estatua *in vita* de Ramón y Cajal. Pasan por Madrid los restos de Ángel Ganivet. Muere un gran periodista: Leopoldo Romeo*

En marzo mi gran amigo Manuel Tovar, excelente dibujante humorista, llevaba hechos veintidós mil «monos». Él y Joaquín Xaudaró —también amigo mío desde los tiempos juveniles de París— eran los más populares entre los caricaturistas españoles. Y cuenta que había otros, como K-Hito, Bagaría, Echea, Sancha, Sileno, Fresno y el cubano Sirio, que disfrutaban del favor del público. Para celebrar el acontecimiento de sus veintidós mil dibujos, Tovar me invitó a tomar una copa —entiéndase que fueron varias copas del mejor jerez— en el hotelito que había comprado en Chamartín. Donde le vi aquella tarde envuelto en una chilaba, calzando babuchas y con sus gafas de aro de carey que le resbalaban por la nerviosa nariz.

Tovar, a quien conocí en 1906, tenía entonces cincuenta años. Había llegado a Madrid en 1899, con una barba endrina que no tardó en afeitarse. En mis Memorias hablo de él largo y tendido y afectuosamente. Era un hombre muy moreno, rechoncho, suelto de ademanes y de un carácter jovial. Tan chispeante en sus dibujos como en sus dichos. Fue en Madrid, por tal época, mi mejor camarada. Con él iba a los toros y al teatro, al café y, si nos petaba, a los merenderos de las Ventas y la Bombilla.

Famosas fueron sus caricaturas de los autores de la primera época de *El Cuento Semanal*. Y ya he contado que la que hizo de la condesa de Pardo Bazán, por parecerle excesiva, no le fue nunca perdonada por la gran escritora. A él le debo la mejor que me han hecho, aunque no dejaron de agradarme las de Bagaría, Sirio y Fernan-

* Capítulo LXXIV del tercer volumen de las *Memorias*.

do Fresno, y la de un joven y malogrado dibujante, Rogelio Moyano, que imitaba a Sem y se fue a París, donde, tras una bohemia más o menos dorada, pereció en un paseo por el Sena.

Si yo hubiera entendido la caricatura como doña Emilia, habría rechazado mi imagen vista por Tovar, en la que se afean todas mis facciones. Aparezco con una gran papada, unos ojos de asiático y un bigote híspido, como de cerdas. Pero no. Una buena caricatura debe ser «implacable». Tovar también me exageró la frente y me puso una altísima y «filosófica». ¡Gracias, Manolo! En la de Bagaría no soy yo. La de Fresno es más bien un retrato. Muy acertada la de Sirio.

Antes de llegar a Madrid el que habría de ser un maestro de la caricatura había pintado abanicos en Valencia y monigotes en los periódicos satíricos de Barcelona, a ocho reales la pieza. Enflaqueció. En la Corte tuvo más suerte. «Madrid —decíame— era Jauja para los dibujantes.» Por una historieta le pagaron doce pesetas en *Nuevo Mundo*. Fue subiendo y al fin entró de redactor gráfico en *La Correspondencia de España* y más tarde en *España Nueva*, el periódico estridente de Rodrigo Soriano, donde permaneció cerca de tres lustros. Pasó de *España Nueva* a *La Voz*, al fundarse este diario. Su lápiz, incansable, no era tan sólo el de un costumbrista. Ningún tema nacional le era ajeno: la política, los conflictos sociales, las campañas de Marruecos, los crímenes, los apuros de la pequeña burguesía y la plebe ante la subida de las subsistencias. Del personaje o el «hombre del día», así fuese un ministro, un torero, un general, un banquero, un actor, pasaba al golfo andrajoso, al poeta bohemio, al señorito chulo, a la verdulera procaz, al «cantaor» flamenco, a la bailarina o cupletista «de tablao», a las que ya eran famosas, al cochero de los simones, a los «chóferes» de los taxis, que ya pululaban por Madrid…

Tras un período que llamaré epigramático, en el que sus chistes herían como las sátiras de Marcial, había llegado con la madurez a una postura de ironista benévolo, de espíritu tolerante y piadoso que sonríe para no llorar. Y allí estaba, el día en que yo fui a felicitarle por sus veintidós mil dibujos, preparando otros dos, porque aquel dibujante estupendo necesitaba hacer tres «monos» diarios para sostener con decoro su casa y tener siempre junto al frasco de tinta china su botella del buen vino andaluz.

Celebráronse en un banquete sus bodas de plata con Madrid. No quiero entrar en comparaciones, pero salvo el genial Francisco Sancha ningún dibujante humorista le superó en sus interpretaciones jocosas y a veces dramáticas del costumbrismo de Madrid.

El nombre más glorioso de España en aquel momento —y su gloria no fue efímera ni voluble, sino que persiste y se acrece con los años— no era un político, ni un escritor, ni un artista, ni un militar, y cuenta que entre éstos los había de altos méritos y muy justa fama. Era el de un hombre de ciencia, de natural modestísimo, que apenas salía de su laboratorio para formar tertulia en algún café o pasear solitario por los parques de la Corte. Era uno de nuestros premios Nobel.

No intentaré, ni en esbozo, la biografía de don Santiago Ramón y Cajal, aunque no me falten elementos para ello, pues me concedió trato amistoso y entre él y yo se cruzaron diálogos y cartas. Sólo quiero referirme ahora a un curioso episodio de su vida, ocurrido al iniciarse la primavera del año 25, y que fue el de la estatua que le hicieron erigir en Zaragoza sus conterráneos aragoneses, pues si bien había nacido en una aldea de Navarra, Petilla de Aragón, allí donde el suelo pamplonés se hermana con el zaragozano, él había dicho siempre que su verdadera «patria chica» era Ayerbe, en Huesca, el lugar de su infancia y del paso a su adolescencia y juventud. Le confirmaba como aragonés su estatua en Zaragoza: una bella estatua sedente, en mármol, labrada por un escultor que no recuerdo.

Ello es que Cajal debió de decirse: «Que me espere sentada mi estatua», pues no asistió a su descubrimiento. Quedóse en Madrid, encorvado sobre su microscopio. No he conocido a nadie más ajeno a la vanidad. Aceptaba los homenajes que se le rendían «en nombre de la ciencia española». He asistido a la inauguración de algunas estatuas *in vita*, de varones o mujeres más o menos ilustres que a duras penas disimulaban su orgullo, creyéndose ya «inmortales», y cuyas efigies, en bronce o en piedra, han desaparecido en los vaivenes de las revoluciones y las luchas civiles. Las de Ramón y Cajal resisten a todos los vientos de las pasiones políticas. La de Zaragoza, en un acto solemne, fue descubierta por el rey de España. Y Ramón y Cajal, «el gran retraído», en su casa, en las soledades fecundas de su laboratorio, como si el asunto no fuera con él.

Otros hechos ocurridos en la primavera de aquel año me vienen a la memoria. Fue uno el traslado a su Granada nativa de los restos de Ángel Ganivet, el gran escritor y pensador del *Idearium*, de *Granada la Bella*, de *La conquista del reino de Maya*, de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de las *Cartas finlandesas* y los *Hombres del Nor-*

te, libros todos que había yo leído con amor y tristeza pensando en la mente prodigiosa que los produjo y que no quiso, o no pudo, seguir iluminando con otras páginas geniales a las conciencias españolas.

Son numerosos los artículos y ensayos sobre su vida y su obra. Creo haberlos leído todos: el de Rouane en la *Revue Hispanique*; el de Navarro Ledesma, que recoge sus cartas a Ganivet y describe en un extenso prólogo su amistad a distancia, pero continua, con éste; las semblanzas de Unamuno y Azorín; el «paralelo» entre Larra y Ganivet por José G. Acuña, y escritos varios de Seco de Lucena, de Román Salamero, Cejador y Cansinos Assens. Pero la biografía completa y el más hondo análisis del espíritu del gran pensador se deben a un granadino como él: a Fernández Almagro.

En aquella ocasión, es decir, cuando una multitud de escritores, profesores y estudiantes acompañaron por las calles y plazas de Madrid, en manifestación silenciosa y fervorosa, los restos de Ángel Ganivet, que reposarían en su Granada, yo también escribí un artículo en *La Voz*, que no hallo entre mis papeles. No importa. En él no podía decir entonces sino lo mismo que ahora pienso: que ningún hombre hispánico aventajó a Ganivet en su pasión patriótica, que esta pasión no se manifestaba en arrebatos retóricos, sino con una crítica aguda que removía el fondo de los problemas de la raza, fluctuando, como la de todos los pensadores sinceros, entre la desesperación y la esperanza, entre las ideas de lo que hay de irremediable y fatal en la condición humana y lo que en esta misma condición pueda haber de perfectible. De ahí su *Idearium*, o teoría de la mejora y el posible perfeccionamiento del hombre español.

Pero no fue teórica, sino funestamente práctica, la solución de su propio destino. No por penas y desengaños de amor, como Fígaro, recurre Ganivet a la muerte voluntaria. Larra es un sentimental, un romántico, una especie de Werther. Ganivet, un hiperestésico, una víctima de su sensibilidad exasperada. Pero sean las que fueren las razones y sinrazones que arrastraron a los dos al suicidio, lo cierto es que ambos se asemejan en su modo de sentir España, con dolor filial, entrañable, como habría de dolerle a Unamuno, y que en Fígaro la sátira y en Ganivet la ironía, la fantasía y la paradoja fueron las expresiones de su pasión por España. El estrecho por donde enfilan sus naves los escritores del 98, rumbo al mar de las corrientes universales, lo forman, cual las columnas legendarias de Hércules, Mariano José de Larra y Ángel Ganivet.

Fígaro vio a España «desde dentro», Madrid fue su punto de mira y Madrid le presentaba los diversos tipos y arquetipos de la humanidad española, a los que con frecuencia imponía los perfiles y los tonos de la caricatura. Ganivet ve a España desde fuera, pero con una nostalgia que lejos de adormecerle el espíritu se traduce en ese afán suyo de «hacer otra España»: la que él quiere, la que él proyecta en su *Idearium*. Es un pensador arrebatado, febril, pero que se contiene y se ciñe en su prosa, que es un modelo de precisión y concisión. Nadie ha dicho más que él con menos palabras.

Mucho, debe repetirse, espigaron en su campo ideológico los escritores del consabido 98. Y allí estaban los más notables en el transcurso por Madrid de sus restos mortales, que irían a consumirse en su tierra de Granada la Bella, el amor profundo y perenne de su vida. Yo no puedo olvidar la anécdota narrada por su gran amigo Navarro Ledesma en el prólogo del *Epistolario*: que en uno de sus retornos a Granada se echó de bruces en una heredad ¡y comió hierba! Con lo que satisfizo su hambre de las substancias de la patria.

Por aquellos días primaverales, bajo el mismo cielo de Madrid, escritores y periodistas acompañamos hasta su tumba los restos de otro español ilustre, que había sido uno de los capitanes de nuestra prensa, en cuya compañía serví. Era don Leopoldo Romeo, fundador de periódicos, director de varios, y de péñola tan fácil que él solo valía por una redacción. A sus órdenes trabajé en *La Correspondencia de España*, que al marcharse para fundar *Informaciones* dejó en punto de naufragio.

Fueron famosas sus campanas en *El Evangelio*, diario de rebeldías patrióticas. Firmaba sus artículos ora con su nombre, ora con su seudónimo de Juan de Aragón. Testarudo y sincero como buen aragonés. Batíase por «un quítame allá esas líneas», a espada o a pistola. Fue diputado a Cortes y gobernador civil de Madrid. Al morir, relativamente joven, representaba a dos grandes diarios extranjeros: *Le Temps* y *The Daily Telegraph*. Túvele, como a don Daniel López, Alfredo Vicenti, Baldomero Argente y don Torcuato Luca de Tena, por uno de mis maestros en la escuela del periodismo.

[23]

A París en busca de un negro. De cómo lo encontramos a medias. Conchita Piquer, Benito Perojo y Raymond de Sarká. Voy a Andalucía, a ver al toro en el campo*

A los pocos meses de publicarse *El negro que tenía el alma blanca* comencé a recibir proposiciones para adaptar esta novela al cinematógrafo. Más de un joven actor se pintó con una mezcla de hollín y cerveza para demostrarme que representaría perfectamente el papel de Peter Wald, el bailarín de mi libro. Eran todavía los tiempos del «cine» mudo, y la industria del llamado «séptimo arte» apenas iniciaba su desarrollo entre nosotros. Había, no obstante, algunos directores inteligentes, como Juan de Orduña y Benito Perojo. Fue este último el que produjo, entre 1925 y 1926, la primera película de las tres que se han hecho respetando más o menos el argumento de mi obra. También la segunda, ya hablada, y producida en 1934, tuvo a Perojo por director.

Había ya pensado éste en los intérpretes posibles de los personajes de la novela. Para el papel de Emma, la bailarina blanca, creía contar con una artista de la canción española, de gran talento y espléndida belleza, que había alcanzado celebridad antes de cumplir los veinte años. Era Conchita Piquer. Pero… «le faltaba el negro». No veía por ninguna parte, en Madrid, un actor de color, natural o ficticio, que le conviniera. El ideal sería un negro auténtico cuyos rasgos no fuesen demasiado africanos, pues yo, con ese poder mágico que se atribuyen los novelistas, había dotado al mío de facciones delicadas, alargándole la nariz y atenuándole el grosor de los labios. En suma, un negro hermoso, según el criterio grecolatino de la belleza. En cuanto a la esbeltez y elegancia corpóreas no tuve nada que modificar, pues abundan entre los negros los tipos apolíneos.

* Capítulo LXXVI del tercer volumen de las *Memorias*.

El caso fue que un día me propuso Perojo que fuésemos, no a Harlem ni a La Habana, sino a París, a buscar un negro. Y fuimos. Entre los músicos y cantores de *jazz*, en los *cabarets* de Montmartre, entre los bailarines de las *boîtes* y los *dancings*, no le parecía difícil encontrar a nuestro hombre. Era por el mes de julio, antes del día 14, la gran efemérides patriótica, a partir de la cual se inicia el veraneo de los parisienses. Recorrimos todos los lugares frecuentados por los negros de las colonias francesas o de Norteamérica. Y la verdad es que ninguno reunía las condiciones adecuadas para el papel del protagonista de mi obra.

—Habrá que recurrir—concluyó Perojo— a un blanco que se embadurne la cara y las manos de negro.

Mas he aquí que no fue un blanco el que tuvo que ennegrecerse. En un estudio cinematográfico descubrió Perojo, entre los «extras» o comparsas de una película en rodaje, a un joven egipcio muy esbelto y elegante, con la cabellera crespa, sin llegar a negroide, la piel como de oro tirando a cobre. Acaso tuviese alguna sangre abisinia. Perojo le vio bailar. Era un buen bailarín. La pareja soñada para Conchita Piquer, que «por nada del mundo hubiese bailado con un negro feo». Éste resultaría, no bien se pintase, un negro guapo. Perojo le hizo vestir el frac. Lo llevaba con impecable soltura, como uno de los *boys* del Casino de París. Después de varias pruebas quedó contratado. Su nombre de artista era Raymond de Sarká. Y en efecto, interpretó aceptablemente el papel de bailarín de mi farsa, en cuya adaptación al cinematógrafo descollaron la belleza y el garbo de Conchita Piquer.

Quedóse Perojo en París, donde habrían de «filmarse» algunos episodios de la película, y yo me fui, como de costumbre, con Gabriela a visitar a su familia de Vendôme y después a pasar el mes de agosto en Deauville. En septiembre nos hallábamos de nuevo en Madrid.

Yo tenía en proyecto mi novela taurina —la que hubo de titularse *La mujer, el torero y el toro*— y como deseara «ver al toro en el campo» y hubiese hablado de ello con mi gran amigo don Juan Manuel de Urquijo y Ussía, el banquero, éste me invitó a su cortijo de Juan Gómez, próximo a Sevilla, en cuyos prados se criaban las reses de la famosa ganadería de Murube, que él había adquirido y puesto a nombre de su esposa, doña Carmen de Federico y Riestra.

Pasé en Juan Gómez un par de semanas. Poco será cuanto diga de las atenciones y la hospitalidad que me dispensaron sus dueños, a los que nunca olvidaré. Don Juan Manuel figura en mi novela con otro nombre. Doña Carmen no aparece porque no me pareció discreto hacer coincidir a tan noble dama con el principal personaje femenino de mi obra, que era una actriz de *music-hall*, sucesivamente enamorada de los dos toreros que sostenían en mi relato una doble competencia: frente al toro y el corazón voluble de la bella actriz. Tampoco «salen en mi novela los hijos del ilustre matrimonio: Carmen, Teresa, Antonio, Francisco, Carlos, Rosario, Cecilia, Marichu y Antonia. Los personajes de mi libro proceden unos de la realidad y otros de mi fantasía, si bien en estos últimos pueda advertirse cierto parecido con personas verdaderas. A todos los desfiguro, o mejor transfiguro, adaptándolos a una acción imaginaria. A ninguno de ellos les pasó en la vida, en sus vidas, lo que les ocurre en mi novela. Yo les presté, les impuse otras. El don del novelista supongo que consiste en lograr que sus existencias inventadas interesen y conmuevan al lector como si fueran reales.

Lo mismo sucede en el teatro, a no ser que novela y teatro procedan de plumas frívolas o ignaras, incapaces de llegar al fondo de las pasiones y los caracteres humanos, que son siempre los mismos. Cambian las «modas», pero no los «modos». Si se arguye que no puede negarse en el poema, en el teatro y en la novela un puesto a la fantasía, cabe redargüir que la propia vida es fantástica, que el sueño y el ensueño son tan elementos suyos como los actos cotidianos, visibles y palpables.

[…]

[24]

Acerca de los estilos literarios. El panorama de la novela española en el quinto lustro de nuestro siglo*

[...]

Pongo fin a estas reflexiones, de una filosofía harto fácil, para evocar otros episodios de la vida literaria de Madrid, en la que me hallaba incurso y, si a mano viene, de la vida social española, pues, como el lector habrá advertido, no fue mi intención al decidirme a emprender estas Memorias hablar «sólo de mí», que Dios me ha librado de ese mal de la egolatría que otros escritores padecen. Mi sensibilidad es la de un modesto ciudadano que pone por encima de todo el amor a su patria. Y de ahí que en estos recuerdos conceda mayor importancia a los que se refieren a hechos colectivos de la época de España que me ha tocado vivir que a los míos propios. Dígolo, además, porque algún crítico me ha reprochado «mis incursiones o desviaciones históricas en detrimento de lo autobiográfico, que resultaría más interesante».

No lo creo. Deliberadamente me aparto, en lo que cabe, del «yo», de las confesiones demasiado íntimas. De mi existencia personal y familiar sólo evoco lo que el corazón me dicta. Doy preferencia a mi vida literaria, de comunicación con un grupo de lectores; esto es, una vida social. Puedo equivocarme, pero estimo que lo que más puede interesar en mí es el hombre público, el escritor.

Ahora bien, por muy individualista, retraído o misántropo que sea el escritor, por mucho que procure aislarse en su tonel —a lo Diógenes— o en su torre de marfil, no logrará evadirse de su tiempo. Quiéralo o no es una partícula, por mínima que sea, del gran mosaico de la literatura, que no es ciertamente una obra ajustada y ar-

* Capítulo LXXIX del tercer volumen de las *Memorias*.

moniosa, pues en el tal mosaico se mezclan y chocan las más diversas piedrecitas; esto es, todos los temperamentos, escuelas y estilos de los escritores, que no forman, ni mucho menos, una hermandad, pues la llamada República de las Letras ha estado constituida siempre por grupos, cenáculos o individuos que se aplauden, se ignoran o se desprecian entre sí.

En 1925, y antes y después, en la tertulia de *La Revista de Occidente* no se tomaba en consideración a nadie que no fuera orteguiano; Unamuno era adverso a Galdós, Baroja a Blasco Ibáñez y… viceversa; para el ensayista y crítico Ricardo Baeza el primer dramaturgo español se llamaba Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; en pie estaban los juicios desfavorables de Ramón Pérez de Ayala sobre la dramaturgia benaventiana; por un lado iban los admiradores e imitadores de Azorín, por otro los del novelista Gabriel Miró. Valle-Inclán, en sus tertulias del Lion d'Or o del Regina, no dejaba títere con cabeza, tremendo Quijote del retablillo literario… Eran las hostilidades, las enemistades, las intolerancias e incomprensiones que en toda época han existido entre los liróforos y los plumíferos. Recuérdese la actitud despectiva de Lope hacia Cervantes.

Algo que difícilmente «se perdona» entre los literatos es el éxito. Yo, a partir de mi novela *El negro que tenía el alma blanca*, era uno de los autores más favorecidos por el público y más medido en los elogios por los críticos, cuando no era que alguno me negaba, me «decapitaba» con el alfanje de un artículo violento. Pero mi cabeza seguía sobre mis hombros y permitíame publicar un libro cada año y revisar las nuevas ediciones de los anteriores. En Portugal, en Francia, en Suecia, Alemania e Italia se traducían algunas de mis novelas. No obstante, los Aristarcos malévolos, y no diré que fuesen Zoilos, daban en compararme con algún seudonovelista, que con razón estaba, según la frase de Jules Lemaître, «fuera de la literatura», y se resistían a admitir que el realismo, muy español, de algunas de mis páginas no tuviese semejanza alguna con el naturalismo zolesco. Tampoco querrán reconocer el fondo cristiano de todas mis novelas.

Yo no me quejaba, no protestaba. ¿Para qué? Mi pluma no fue nunca polémica. Cuando algún correveidile venía a contarme la última diatriba de Valle-Inclán contra mí, sonreía pensando en la afectuosa amistad que nos había unido en otro tiempo y no entraba a investigar las ocultas razones por que se había tornado en mi enemigo acérrimo. Yo seguía leyéndole, admirando al escritor y compadeciendo al hombre.

Agradecía los plácemes, que no me faltaban, y los «palos», lejos de dolerme, me estimulaban a seguir mi camino y mi destino de escritor fecundo, pero no fácil, como seguidamente explicaré. Mi madre, gran refranera y mujer discretísima, me había dicho alguna vez que «nadie era onza de oro para gustarle a todo el mundo». Y si la onza de Galdós le parecía de cobre al ingenio doctísimo de don Miguel de Unamuno, ¿cómo iba yo a sorprenderme de que la mía la consideraran ciertos críticos del más bajo metal?

En cuanto a lo de que yo fuera un Fra Presto, como de mi literatura decía un novelista premioso, de un estilo «castigado» y oscuro, replicaré que mi facilidad era la que llaman «difícil», la contraria del currente cálamo, la que persigue la claridad y la concisión, según el consejo de Quintiliano. El ser claro y conciso exige siempre un esfuerzo. Una prosa llana y transparente no se consigue tan aína, que son muchos los obstáculos que se atraviesan en el camino del escritor que se propone alcanzar esas virtudes del estilo tan alabadas por Cervantes.

A propósito de mi «facilidad», suelo referir la respuesta, un tanto jocosa, que hube de darle a uno de mis lectores, que me dijo: «Usted, don Alberto, ¿escribirá como quien lava?». «Sí, amigo —le contesté—; pero como quien lava con mucho jabón.»

Nada de esto quiere decir que entre los escritores que admiro, españoles o de otros países, clásicos, modernos o contemporáneos, no figuren mis contrarios o mis antípodas. Soy lector, muy gustoso, del abstruso Gracián y del hermético Góngora, cuando lo es. Reconozco las bellezas del preciosismo, mas prefiero a las piedras preciosas las de simple cristal, y aun las de vidrio, que también brillan a la luz del sol. Leo a los arcaizantes y a los que se enamoran de los vocablos que yacían en los panteones de la lengua y desdeñan los que viven en el habla vulgar de su época, como si de ese vulgo, con sus «familiarismos», no brotase una de las corrientes renovadoras del idioma, que es un río, y como tal río, con sus claros remansos, sus amenas orillas y… su légamo en el fondo, que algunas plumas remueven. El más grande, el más ilustre de los novelistas españoles, después de Cervantes, ha sido Pérez Galdós. Y Galdós se producía en ese habla del pueblo, claro está que ennobleciéndola y dotándola con todas las gracias de su espíritu humanísimo.

En conclusión, allí donde se halle un escritor de verdad, y no de los miméticos fementidos, estaré yo para admirarle, pero no para imitarle, que la imitación, en cualquiera de las artes, es servidumbre. Otra cosa es ser discípulo, pero no para remedar a los maestros, sino para aprender sus lecciones y adaptarlas a nuestra índole.

Acerca de la cuestión, ardua cuestión, del estilo seguiré pensando que «es el hombre»: el hombre con su sensibilidad, con sus gustos, sus pasiones y su cultura. Y en cuanto a la cultura, no se le puede exigir a todos los escritores que sean helénicos y latinistas, como don Juan Valera, pues sin la posesión de esas lenguas mal llamadas muertas, ya que perviven en los filósofos y los poetas de la Hélade y el Lacio, y con sólo el dominio de la propia, se han escrito obras inmortales. No se si será cierto, pero he leído que a uno de los novelistas contemporáneos de genialidad reconocida, Maupassant, le bastaba con «su francés». Puesto a preferir un estilo, opto por el que llamo «desnudo», que no vale por su ropaje y sus galas, sino por su movimiento y su euritmia. Es el del Discóbolo. Con esto basta, y te pido, lector, que me perdones esta «filosofía del estilo», si no es la tuya, y que me sigas leyendo con benevolencia.

Nunca escribí tanto como en aquellos años, que ya no eran los de mi segunda juventud, pues había entrado, robusto y animoso, en la madurez. Escribía anualmente una novela grande, cuatro o cinco de las cortas y unos veinte artículos al mes para *La Voz* y otros periódicos y semanarios. Yo solía decir que era «un escritor con dos tinteros». En el uno, una tinta densa, la del novelista, que obligaba a mi pluma a ir despacio, y en el otro, la más leve del articulista, deliberadamente ligero, pues no quería que mis artículos pareciesen ensayos ni que les pesaran a mis lectores.

Eran tiempos prósperos para la novela española. Aún no sufría la competencia de la exótica, que más tarde habría de perjudicarla, y el mercado de Hispanoamérica consumía la mitad, por lo menos, de nuestras ediciones. Teníamos un novelista universal, Blasco Ibáñez, traducido a quince o veinte idiomas, y ganando millones con sus libros y sus películas en Norteamérica. Pero Galdós seguía «vendiéndose», y don Armando Palacio Valdés escribiendo y reeditándose, y estaban en boga otros novelistas con mayor o menor número de lectores, como Pérez Lugín, Ricardo León, Valle-Inclán, Eduardo Zamacois, Pedro Mata, José Francés, Francisco Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Baroja, Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Gabriel Miró, To-

más Borrás, Augusto Martínez Olmedilla y Gómez de la Serna, a los que cito en orden fortuito y sin entrar en la apreciación de sus méritos, en unos muy elevados y en otros mínimos o inexistentes. Yo figuraba, y dígolo sin vanidad, entre los «de mayor venta».

Y con esto concluyo este capítulo, en el que temas tan distintos he tratado, y en el cual mi pluma aspiró a ser sincera y objetiva en lo posible, ya que el «yo» nos persigue siempre y es necesario contenerlo para que no resulte odioso, según el dicho de Pascal.

[25]

Por qué cambié de editor. Mi fórmula de articulista*

[…]

Yo estaba terminando *La mujer, el torero y el toro*, que habría de publicarse el año próximo. Como le pidiese a mis editores de Renacimiento que aumentasen mis derechos de autor, del 25 por 100 sobre el precio fuerte de mis libros, que se vendían a cinco pesetas el ejemplar, al 30 por 100, y no accediesen a mi demanda, hube de buscar nuevo editor y lo hallé en la persona de uno de mis grandes amigos, don Luis Montiel, jefe de la casa Rivadeneyra, con el que firmé un contrato ventajosísimo para mí, pues no sólo aceptaba el tanto por ciento que yo pretendía, sino que se comprometió a hacer una primera edición de veinte mil ejemplares de la novela, pagaderos en firme, y a reeditar todas las que fueran agotándose en Renacimiento.

No creas, lector, que hablo de todo esto por vanidad. No era yo el único novelista de quien se hacían «tiradas» numerosas, dentro de las posibilidades de nuestro mercado y su extensión al de Hispanoamérica. Dígolo para recordar aquellos tiempos en los cuales, uniéndose a la boga del autor la baratura del papel y de la imprenta, eran posibles esas ediciones. La primera de *La mujer, el torero y el toro* se agotó en un año.

Creí, la verdad, que iba a enriquecerme con mis novelas. De todas se repetían las ediciones. Y con la del *Negro*, y de la mano de Benito Perojo, entré en la zona del cinematógrafo, lo que me produjo inesperadas y muy pingües ganancias. Producida entre 1925 y 1926, año en que se estrenó, fue una de las más notables películas de las postrimerías del cine mudo. En ella brilló sobre todos los intérpretes, por su juventud y espléndida hermosura y su buen arte escénico, la que poco más tarde sería considerada como la reina de la canción española, Conchita Piquer. Fue una lástima que

* Capítulo LXXX del tercer volumen de las *Memorias*.

no cantase en la película, pero aún tardaría varios años en inventarse y perfeccionarse el cine sonoro, al que ya corresponden los otros dos *films* que se han producido de la más divulgada de mis novelas. La que yo llamo «de Conchita» se proyectó también en Francia, Italia, Portugal y todos los países de Iberoamérica, alcanzando su mayor éxito en Cuba y el Brasil.

Dados los ingresos que mis libros me proporcionaban hubiese podido prescindir de la tarea casi cotidiana de mis artículos. Pero no lo hice porque ese género literario me atraía —y atrae— tanto como el de la novela, porque en mí el novelista no perjudicaba al periodista, ni viceversa. Y también porque esos trabajos menores y que realizaba sin gran esfuerzo contribuían a mi popularidad.

Mis artículos gustaban, y no sólo a los lectores desconocidos «del montón», sino a personas de tanta sabiduría y cultura como don Santiago Ramón y Cajal, que me hablaba de ellos con elogio, y a un periodista tan mundano, en el mejor sentido de la palabra, como el marqués de Valdeiglesias. Procuraba yo ante todo que mis artículos no pareciesen ensayos, que resultasen amenos y reflejaran episodios de la actualidad, así de España como de otros países, pues yo pertenecía al grupo de escritores viajeros, trotamundos o cosmopolitas, y no era Madrid, con sus costumbres, sus modas y sus modos, el tema exclusivo de mis crónicas. No faltaban articulistas profundos, densos y eruditos que me tildasen de superficial y de ligero, y sin duda tenían razón. Pero yo pensaba que a la superficie del gran lago de la vida se asoma a menudo el légamo de las pasiones y que la ligereza, cuando es sinónimo de agilidad, no es en la literatura un defecto, sino un don que no todos los escritores poseen.

No pretendo, ¡Dios me libre!, que mi fórmula de articulista sea la única, ni la mejor. Emplee cada cual la suya según su temperamento, sus aficiones y su ciencia. Pero estimo que el articulista ligero, sencillo, claro y no abstruso, o dado a lucir su erudición —como si el artículo fuera un escaparate—, es el que logra mayor número de lectores, el que más llega al público.

Grandes articulistas ha tenido y tiene España, unos propensos a filosofar, otros que defienden un ideario político, otros que cultivan el costumbrismo, etcétera. Pero los que más influyen en la opinión pública serán siempre los más ágiles y más claros. Ágil y claro era Fígaro, preciso y transparente Ángel Ganivet, cuyos *Hombres del*

Norte y sus *Cartas finlandesas* son dechados de artículos. Y nunca resultaron pesadas la pluma casticísima de don Mariano de Cavia, ni la académica y helenista de don Juan Valera, ni la vigorosa de doña Emilia Pardo Bazán, ni la inflamada en el más puro amor patriótico de Ramiro de Maeztu, que fueron grandes articulistas. Entre los actuales son numerosos los que siguen las normas de la claridad y… la amenidad.

Por entonces, en una serie de artículos publicados en *La Voz*, tuve la osadía de contradecir al maestro Ortega y Gasset en sus juicios adversos de la novela, que consideraba un género agonizante y al que extendía su esquela de defunción. Han pasado más de treinta años y la novela se obstina en seguir viviendo en España, en toda Europa y surgen novelistas magistrales en las dos Américas.

Ortega no me hizo el honor de contestarme. Y yo estimo que su propia filosofía es novelesca, que novela vale tanto como «novedad» y él impuso un rumbo y ritmos nuevos al pensamiento filosófico de su época. ¡Y qué fluente y límpida su prosa, que deleita hasta a los que, como yo, no siempre estamos conformes con su visión y análisis de la sociedad y el individuo!

[26]

El carnaval agonizaba en Madrid. La gran mascarada del mundo. Mi literatura*

Nunca, por mi voluntad, me he disfrazado. De muy niño, en mi casa de La Habana, pusiéronme un traje de aldeanito gallego para acompañar a mis hermanas Margot y Mercedes, ataviadas de galleguitas, al baile infantil de aquel centro regional, el más poderoso de América, fundado por mi padre. Después, en Madrid, ya adolescente, me declaré enemigo de los disfraces. ¿Yo ponerme careta? Para qué, si pensaba, sin haber leído a Fígaro, que «todo el año es carnaval» y que, por su cambio de expresiones para ocultar los verdaderos sentimientos, no hay máscara que aventaje al rostro.

Voy, sin embargo, a recordar las carnestolendas de Madrid del año 26 por un pequeño episodio familiar, que consistió en la rotunda negativa de mi hijo Waldo a disfrazarse y figurar en una carroza con sus tres hermanas. Iba a cumplir sus quince años y se había vuelto «muy serio». Intervino, sí, en la decoración de la carroza, que representaba un bohío cubano con sus guajiras y guajiros, pero prefirió asistir a los desfiles de Recoletos y la Castellana al lado mío en una tribuna, disparando serpentinas y montones de confeti.

En París no lo disfrazaron porque los años que vivió en Francia fueron los de la guerra del 14 al 18 y no se conocían más caretas que las que preservaban a los *poilus* de los gases y las bombas lacrimógenas. En 1922, ya en España, hizo una imitación estupenda de Charlot; en 1923, él mismo se dibujó un disfraz de Arlequín, y en los carnavales anteriores a los del 26 travistióse de payaso y de diablo. Fueron sus últimas diabluras. En 1926 el carnaval agonizaba en Madrid.

Yo recordaba otros, muy animados, de las dos primeras décadas del siglo, con sus comparsas, sus máscaras de coche y de a pie, el concurso de carrozas, los bailes en el

* Capítulo lxxxv del tercer volumen de las *Memorias*.

Real y la Zarzuela y el tumulto y el holgorio en las calles de la Corte. Distinción, lujo y… plebeyismo. En 1926 Momo iba de capa caída y muy pronto la capa se le volvería un sudario. Yo recordaba los carnavales de París, entre 1911 y 1914, con sus bailes famosos del Quat'zarts, de Bullier, en el Barrio Latino, del Moulin Rouge y el Moulin de la Galette, en Montmartre. Y los de Niza, que rivalizaban con los de Venecia. Y más lejos, los de mi niñez en La Habana, en los cuales nada era tan típico y curioso como las comparsas de los negros que bailaban sus rumbas epilépticas y aquella «danza de la serpiente», un reptil de trapo, que el primer bailarín, pintarrajeado y emplumado a lo salvaje, hacía saltar entre el polvo de las calles de la vieja Habana, si bien por el Prado, el paseo de la gente rica, desfilaban los quitrines y las volantas con las más bellas habaneras entre proyectiles de flores.

En el año que rememoro el carnaval iba despidiéndose de Madrid, pero su adiós era lento y aún conservaba su prestigio en bailes como los organizados por la Asociación de la Prensa, el Casino, La Peña y el Círculo de Bellas Artes. El Ayuntamiento premiaba a las carrozas mejor presentadas y a las máscaras más vistosas.

Persistía la costumbre de los «asaltos», que consistían en la alegre invasión de las casas amigas por los bebés, los dominós, los arlequines y las locuras con sus caretas de alambre o de cartón y sus antifaces negros, blancos y de color de rosa. En las calles, salvo la excepción de los niños de las manos de sus padres, el colorete en las mejillas y disfrazados de gitanos, de charros, de baturros, de aldeanos de todas las regiones, de soldaditos y de príncipes, la mascarada era con frecuencia sucia y ridícula y, desde luego, soez y con ese desenfreno diabólico que Goya, en su cuadro del *Carnaval*, el del estandarte con una careta de monstruo y las contorsiones de la chusma fantasmal y embrujada, nos ha legado como una de sus sátiras más tremendas. Después de Goya ese tremendismo del carnaval de la plebe habría de tener en Solana un pintor genial. Pues bien, de esas máscaras goyescas y solanescas veíanse todavía algunos «ejemplares» en el Madrid del año 26, y no faltaban las andrajosas y las impúdicas, que difícilmente podían perseguir los guardias en medio de las apreturas de la multitud.

En realidad las carnestolendas de Madrid, prohibidas como espectáculo callejero por Felipe V, autorizadas por Carlos III y relegadas a las casas por Fernando VII —que algunas cosas buenas supo hacer— no brillaron nunca por su riqueza y elegancia, como las de Colonia, Niza y Venecia, sino en algunos salones de aristócratas

y en los bailes de los casinos. Durante la regencia de doña María Cristina y el reinado de Alfonso XIII, volvieron a la calle, pero sin eximirse del todo de su plebeyez. Y por esa plebeyez, propensa al libertinaje y lo obsceno, estaban condenadas a morir. En la actualidad —1957— y desde hace años, sólo se permiten en Madrid, en un Madrid convertido en una de las grandes metrópolis europeas, los bailes de máscaras, pero sin careta, que basta y sobra con la de los gestos, pues insisto en mi opinión de que ninguna aventaja al rostro humano en el fingir «lo que no se siente», en sus sonrisas «de cumplido», en esa facultad de la mentira que sólo poseemos los hombres, pues los irracionales carecen de ella.

De otra parte, en el carnaval «de todo el año», ¿no se disfrazan en su mayoría las mujeres en el tocador? Los recursos de la cosmética superponen un color falso al natural de su tez, les agrandan y abrillantan los ojos, ponen en sus labios ese tono «de púrpura maldita», como dijo el poeta, que deja sus huellas en las copas y en la punta del cigarrillo, que casi todas fuman. El «maquillaje» —¿por qué no decir el «afeite», en castellano?— es la máscara de la mujer en la calle, en el salón, en el teatro. Sólo «es como es» en la intimidad de su alcoba. Una es Carmen, Dolores o Rosario al levantarse y pasar a su *boudoir*, donde la aguarda su cómplice el espejo, y otra al salir del que llamaríamos su «instituto privado de belleza» con la máscara que el *kohol*, el colorete y el lápiz labial pusieron en su semblante. Algunas, es cierto, salen más bonitas, otras… más feas. Intervienen en su enmascaramiento las pestañas artificiales y las tinturas del cabello. En fin, que la mujer siempre se ha pintado y que han sido inútiles las diatribas de La Bruyère contra el *fard*. ¡Que les fuesen con ese cuento de la «naturalidad» a las «preciosas ridículas» y a la marquesa de Pompadour! Y el moralista se equivoca al suponer que a los hombres no les gustan las mujeres pintadas. No sólo, en general, les atraen, sino que ellos mismos, si no se pintan, se las arreglan para agradarlas suprimiendo la barba si les envejece, afinando o raspándose el bigote, disimulando la calvicie con el bisoñé o poniendo de moda el cráneo desnudo, mondo y brillante como bola de billar. En resumen, que el mundo es una gran mascarada y maldita la falta que hace el carnaval.

Corto la digresión para volver a mi hijo, que a los quince años no quiso volver a disfrazarse. Ya se perfilaba su temperamento, que habría de ser, en la breve vida que alcanzó, el de un hombre poco expansivo y harto silencioso, en lo que no salió a mí, que peco de espontáneo y de locuaz. Nunca pude despejar su «incógnita». Acaso, por

una mirada de sus grandes ojos bellos y tristes, por un pliegue de su frente noble, por una sonrisa o contracción de sus labios finos, podía presumir sus sensaciones y sentimientos. Era yo la persona con quien más hablaba y, no obstante, jamás pude llegar al fondo de su espíritu. Fui, sin duda, su mejor amigo. No quise, ni supe, ser un padre autoritario. Mas es pronto para seguir hablando de él. Sólo he querido apuntar ese rasgo de no querer enmascararse siendo todavía un niño, porque esa actitud revelaba en su carácter un alejamiento de lo frívolo que no suele producirse en la infancia.

Por entonces mis asuntos iban viento en popa. De todas mis novelas repetíanse las ediciones y las traducciones. Un día don Federico Oliver, editor de comedias y dramas que obtenían grandes éxitos, me propuso adaptar al teatro *El negro que tenía el alma blanca*, proyecto que acepté encantado, pues estaba seguro de que su pluma expertísima lograría en el traslado de mi libro a la escena un resultado halagüeño, como así sucedió, dos años más tarde.

Entretanto, Benito Perojo terminaba de «rodar» en París, en la Costa Azul y en Madrid, la película de esa novela, que fue uno de sus mayores triunfos de cineasta. Y de una de mis novelas cortas, *Los vencedores de la muerte*, el actor y director Juan de Orduña producía otro *film*. A propósito de novelas cortas, no menos de tres escribía cada año para las editoriales que explotaban este género, entre las que descollaban las de don Artemio Precioso —«La Novela de Hoy»— y de don Luis Montiel—«La Novela Mundial»—. Ambos pagaban con esplendidez a sus colaboradores. Fue, en verdad, un tiempo próspero para la literatura española por ese auge de las novelas breves que incitaba al público a pasar del quiosco a la librería para adquirir las grandes. Si el lector desea informarse de lo que significó aquel movimiento literario hallará todos sus antecedentes y consecuencias en dos obras del ilustre crítico don Federico Carlos Sainz de Robles: *La novela corta española* y *La novela española en el siglo* XX, ambas «panorámicas» y escritas con un criterio imparcial.

[…]

[27]

El Arma de Artillería plantea un conflicto a Primo de Rivera. Muere en Galicia el autor de *La casa de la Troya*. El maestro Azorín quiere ser dramaturgo*

¿Qué había ocurrido en España durante mi ausencia? Dos informadores fidedignos satisficieron mi curiosidad: mi padre por el lado de la política, y algunos compañeros en el oficio por el de la literatura. A mi padre le parecía un mal síntoma, una amenaza para el Gobierno de Primo de Rivera el conflicto planteado por el Arma de Artillería, oficialmente resuelto, pero que demostraba la inconformidad con la dictadura de una parte del Ejército. Con motivo de la insubordinación de los jefes y oficiales de aquel Arma se había proclamado en Madrid, en septiembre, la Ley marcial. La Unión Patriótica no alcanzaba la consistencia del «fascio» italiano. No tenía don Miguel ni el puño ni la talla de Mussolini.

Tres años corridos de Directorio y, lejos de afirmarse, se tambaleaba, pues al descontento de los militares venía a unirse la oposición, cada día más enconada, de los viejos partidos desposeídos del poder, que reclamaban la apertura del Parlamento, y de las clases pudientes, a las que asustaba la política obrera del general. (No obstante, como es sabido, la dictadura duró siete años, en cuyo transcurso se emprendieron y realizaron importantes obras públicas, se pacificó Marruecos, se contuvo el separatismo catalán y se mantuvo el orden en España.)

Uno de mis más fieles compañeros en la vida literaria, el admirable cuentista y novelista Tomás Borrás, que solía verme en mi casa, por conocer mi poca afición a las tertulias, vino a decirme que había muerto hacía unas semanas en Galicia un buen

* Capítulo LXXXVIII del tercer volumen de las *Memorias*.

amigo, y colega de los dos, que no era precisamente gallego y había escrito una novela de ambiente compostelano que reflejaba, con risueño humorismo, la vida de los estudiantes de Santiago, novela de la que se repetían las ediciones y había sido trasladada al cinematógrafo y al teatro.

—Ha muerto en La Coruña, en El Burgo, Alejandro Pérez Lugín, a quien yo vi escribir *La casa de la Troya*, pues ya sabes que plumas y lenguas malévolas le negaron la paternidad de esa obra.

—Lo sé. Le conocí antes que tú, en 1902, cuando entré de meritorio en la redacción de *El Correo*. Pérez Lugín me guió en mis primeros pasos por la senda del periodismo. Era un hombre inteligentísimo y fundamentalmente bueno. No me sorprendió su triunfo como novelista. ¿Cuántos años tenía al morir?

—Cincuenta y seis.

El «caso» de Pérez Lugín fue único en la República de las letras españolas. Antes de publicar su famosísima novela, no se le consideraba sino un buen periodista, que había popularizado su seudónimo de Don Pío como revistero de toros en la época de la competencia de Gallito y Belmonte. Él se manifestó apasionadamente «gallista». Organizaba unos viajes en aquellos trenes llamados entonces «botijos» para llevar un público bullicioso a las ferias donde toreaba su ídolo. Había nacido en Madrid y cursado la carrera de Derecho en Santiago. Y los recuerdos de su vida de estudiante en la ciudad del Apóstol le bastaron, con el apoyo de su fantasía, para escribir *La casa de la Troya*, que si, por su composición y por su estilo, no merece el título de una gran novela, poseía en cambio la seducción de un relato en el que lo jovial predominaba sobre lo serio, el realismo rehuía lo triste y lo cruel, y todo, en fin, resultaba pintoresco y amable.

Ello es que el éxito de *La casa de la Troya* fue enorme, que tuvo uno de los galardones de la Academia y que para Pérez Lugín, convertido de la noche a la mañana en el novelista «de mayor venta», no todas fueron mieles, pues no le faltaron las hieles de los envidiosos, los que decían y propalaban que era «otro» el autor de su obra. Algo semejante a lo que le ocurría al de *La gloria de don Ramiro*. Envidia se llama esta figura. Lugín no perdió los estribos y su respuesta fue seguir cabalgando, es decir, escribiendo otros libros, entre los cuales su ficción andaluza, con un héroe torero, Currito de la Cruz, confirmó sus condiciones de novelista.

Tomás Borrás me informó de otra novedad literaria, que no dejó de sorprenderme: el estreno de una comedia de Azorín durante el verano, cuando algunas compañías «probaban» las obras en provincias antes de someterlas al público y al dictamen de los Aristarcos y los Zoilos de Madrid. No le bastaban al gran estilista sus triunfos sobre el papel de los libros y los periódicos. Atraíale también el teatro. No había visto Borrás la comedia y él y yo esperábamos su representación en la Corte, con el ánimo de aplaudirla. Seguía el admirado maestro la línea de Clarín, de la Pardo Bazán y de Unamuno.

No hay hombre de letras español a quien no seduzcan los guiños de Melpómene y Talía. Raro es el que no aspira a probar su suerte en la escena. Pero, por lo general, después de su aventura en las tablas, vuelven a sus ensayos, a sus artículos y novelas. Del propio Galdós, el de *Realidad*, de *La loca de la casa*, de *El abuelo* y de *Electra*, seguía diciéndose —y no era yo de esta opinión— que el novelista perjudicaba al dramaturgo. Recordábase el fracaso de Clarín, con su drama *Teresa*. Doña Emilia Pardo Bazán, con *La suerte* y *Cuesta abajo*, no había tenido mayor fortuna, ni *La venda*, ni la *Fedra*, de Unamuno, habían interesado al gran público, y sólo su novelita —o «nivola»— *Nada menos que todo un hombre*, escenificada por el joven escritor Julio Hoyos, suscitó el interés de los espectadores.

A pesar de estos antecedentes, nada propicios, el admirable Azorín no dudó en correr la aventura del teatro, que si no fue venturosa, tampoco fue tempestuosa, pues el público, unos meses más tarde, escuchó con respeto su primera comedia, a la que puso el título en inglés: *Old Spain*. Después escribió otra: *Brandy, mucho brandy*, y una más con don Pedro Muñoz Seca, sin importarle la censura de los críticos intransigentes, que negaban a este fecundo autor el pan y la sal en la mesa literaria, como si no fuese también literatura el género humorístico de Muñoz Seca. En conclusión, los admiradores de Azorín nos quedamos con los personajes de sus libros novelescos y la substancia delectable de su prosa.

Nada de esto quiere decir que un novelista no pueda ser también dramaturgo. Lo fue, entre nosotros, genialmente, Galdós. El público español no posee la virtud de la paciencia ni el gusto del análisis, como, por ejemplo, el de Francia, que sigue con atención y deleite a autores contemporáneos por el estilo de Giraudoux y Montherlant, que se detienen en la introspección de sus personajes, de los que más importa «lo que dicen» que «lo que hacen».

En España los autores han de ir deprisa y aun los más ilustres se ven obligados a resumir los diálogos, a cortar parlamentos. Es esa poda del árbol de la comedia, a que les obligan los empresarios, o que los propios actores realizan a su antojo, para que «no pese» la obra. Los hermanos Quintero se resistían a tal «operación», lo que no dejó de acarrearles algún disgusto. En los ensayos van cayendo frases, como ramas y hojas superfluas, bajo la podadera inexorable, y a veces torpe, del director de escena o del primer actor. Precisamente por esa condición de la impaciencia de nuestro público, yo no hice sino asomarme al teatro, prefiriendo la libertad y autonomía del novelista, que escribe lo que quiere y «va a donde le da la gana». Hay autores, y algunos insignes, que aciertan a satisfacer la sensibilidad y mentalidad de nuestro público, o que se imponen a éste a lo largo de algunas derrotas, como le ocurrió al glorioso Benavente. A tales reflexiones me trajo la tentativa teatral de Azorín.

[…]

[28]

Los centros españoles de Cuba. En el Unión Club. La noche mágica de su piscina. La playa de Marianao y evocación de los baños antiguos. Hablo en el Casino Español y el Centro Gallego*

«Los centros españoles —escribía yo en mi segunda carta, con fecha 5 de febrero— son unas hermandades regionales y los instrumentos pacíficos de la conquista individual de América. Sus instalaciones suelen ser grandiosas. Los gallegos se enorgullecen, con razón, de poseer uno de los más suntuosos palacios de La Habana moderna y de haber erigido en su seno el teatro Nacional, en la misma área del antiguo Tacón. En todas las asociaciones peninsulares se dan fiestas filarmónicas, literarias, oratorias y banquetes patrióticos. En todas puede jugarse a la baraja, al dominó, al ajedrez, al billar y recrearse con la lectura de los libros y los periódicos de España. Pero lo que predomina en ellos es el sentido de comunidades organizadas para defenderse. Sus aspectos pedagógicos y sanitarios superan, en mucho, a los recreativos. Su ambiente es democrático. Y su españolidad tan sensible, tan exacerbada por la nostalgia, que cualquiera que llegue de la Península y se atreva a censurar algunas de sus costumbres o a hacer crítica acerca de sus gobernantes se concitará el boicot de estos círculos, cuya fuerza se hace sentir en toda la superficie de la Isla. Cada una de dichas sociedades es una especie de somatén. No tiene España admiradores más absolutos, defensores más pugnaces —con armas retóricas— que estos hijos suyos que cruzaron el mar casi sin conocerla. Al patriotismo le sucede lo que al amar y es un fenómeno biológico: de cerca se entibia, se ablanda y desfallece; de lejos se fortifica e inflama con todas las centellas de la ilusión. Por donde resulta lógico que en sus salones cuel-

* Capítulo XCIV del tercer volumen de las *Memorias*.

guen los retratos de doña María Cristina de Habsburgo, de Alfonso XIII, de Cánovas, de Canalejas, de Maura y que para alguno de estos centros se esté pintando el del jefe del Directorio. ¡Qué son sino agrupaciones nacionalistas!

En cambio, en los clubes cubanos todo es mundanidad, amenidad, comodidad y deporte. Poca política. El patriotismo de los socios se sobreentiende. No se habla de la patria: se la disfruta. Almorzar en la terraza del Unión Club, frente al Morro, que desde ese punto da una impresión de cercanía, tan neto bajo el cielo, tan precisas sus líneas, tan nítidos sus colores, que se le "echa a uno encima", como cuando contemplamos cualquier panorama con potentes prismáticos. Almorzar, digo, en esa *loggia* del Unión es para mí un placer que me ha deparado ya varias veces el presidente del Senado, Vázquez Bello; el ministro de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes, y mi gran camarada, el tabaquero *gentleman* Ramón Irijoa. Cerca de nosotros se hallaban el alcalde, tal banquero o hacendado poderoso. Cada cual en su mesita portátil. Te traen si lo pides, y debes pedirlo, el cangrejo moro, rey de los crustáceos de Cuba, que se consume con mucho limón, o el *cock-tail* de ostras, la media toronja espolvoreada de azúcar y regada con *kirsh*. Y después del plato de pescado o de carne, que será excelente, concluyes con unos cascos de guayaba, un café insuperable, y un tabaco de La Vuelta.

Muchas cosas en La Habana me atraen como por instinto, como si me hubieran faltado durante mucho tiempo y me arrojara ahora sobre ellas con un ansia de desquite. Así, en la mesa, las frutas y los dulces. Así, en la calle, su colorido humano diverso. Veo, por detrás, una mujer admirablemente vestida y de rítmico andar, adelanto varios pasos para admirar su rostro, y es el de una "parda" o "canela", como aquí llaman a las mulatas. En estos clubes habaneros hay algo que satisface la más inocente de mis pasiones: la del agua, el agua convertida en un deporte y en un elemento voluptuoso. En el Unión, la ducha después del asalto de esgrima o al llegar sudoroso del trabajo. En el Country hay una piscina maravillosa, que he visto solitaria, como un grande espejo que reflejara la noche, una noche artificial. Visitaba yo el club con Irijoa, y al acercarme a la piscina el criado acompañante hizo girar un mecanismo, y el agua, negra y quieta, se estremeció herida, hendida por una luz multicolora de *kermesse*. Me figuré el cuadro de la piscina en una noche de junio. Ni los pinceles mágicos de Anglada lo podrían pintar.

Y en el Yacht-Club, la playa, esa playa de Marianao, que deprime la línea del litoral recta hasta allí, desde el río Almendares, formando una curva, honda y armoniosa, con perfiles de corazón. Hállase dispuesta según los mejores modelos de la Florida y California. La gris Ostende se moriría de envidia frente a tanto espacio claro y tanta agua azul, con azules de turquesas y zafiros. Y, sobre todo, frente a la longitud paradisíaca de una *season* de ocho a diez meses. Ya en febrero hay bañistas. Admirando esta playa magnífica de Marianao recordaba aquellos baños de mar primitivos de los Campos Elíseos y San Rafael, donde tú me enseñaste la natación. Estaban cavados en la roca y aislados unos de otros con tabiques de pino. Eran unas pozas cuadradas u oblongas. El mar irrumpía en ellas por una abertura natural o artificial de los peñascos. Si la separación de éstos era excesiva, sólidos barrotes de hierro la atravesaban, como rejas de calabozo. Y yo me decía, mirándolas: "Esto es para que los tiburones no vengan de noche, a hacerse los dormidos, y después…". El tiburón, desde que vi uno enorme en una goleta del muelle de Caballería, cazado por un tripulante, era una de las obsesiones de mi infancia. En el colegio de Belén, en el gabinete de Historia Natural, tenían los padres uno pequeño, con la dura piel carcomida, que me sirvió para enterarme de las características del voraz escualo, peste de los mares del Trópico. Yo lo buscaba siempre, antes de entrar en el baño, en aquel mar cuajado de algas viscosas, que me parecían reptiles y que arrastraban las olas en su torbellino al precipitarse sobre los peñascos y cubrir las pozas de espuma. El tiburón "no estaba allí", pero yo miraba por si acaso… Junto al mar exterior, verde o azul, según las horas y los días, pero tan rápido y enorme, aquellas fosas se me antojaban pavorosos sepulcros inundados por un agua glacial. Entrabas tú, me decías: "Vamos, Alberto", y yo, súbitamente "heroico" por tu presencia, me hundía de un salto en el agua oscura, que tu cuerpo joven tornaba luminosa. Tú me recibías en tus brazos, y tomándome por la barbilla, una mañana y otra, me enseñaste a nadar. Creo que aprendí pronto, y en cuanto supe, ¿te acuerdas?, te pedí que me permitieses ir al baño llamado "público", de hombres, excluidos los de color. Era una hoya cuadrangular apenas separada del golfo por unos arrecifes agudos y distantes entre sí, que remontaban las olas. Una muchedumbre de hombres y muchachos venía, desnuda de pecho y pierna, a bañarse allí. Algunos se zambullían en el mar libre y se alejaban nadando. Al principio me parecieron locos. ¿No le temían a los tiburones? Como a nin-

guno le atacasen, burlando la vigilancia de mi criado, me lancé sobre el mar infinito, entonces azul y acribillado por los estiletes del sol. Ufano de mi audacia, me alejé. Del lado de la Punta estaban bañando a unos caballos. Tengo entendido que el gran Maceo fue, en su juventud, bañador de caballos. Subido en uno de ellos pensé que hubiera sido muy hermoso dar una vuelta alrededor de la isla que Colón había tomado por un continente. ¡Cuántos recuerdos y ensoñaciones!

A la playa de Marianao, donde ya me he bañado con mis primas Beatriz y Waldina, que nadan como dos sirenas, vienen las criollas de línea firme y ágil y algunas de formas exuberantes. Y vienen las rubias extranjeras del Norte. Sí, esta playa será una maravilla conjunta de la naturaleza y la civilización; pero yo no dejo de sentir la añoranza de los baños antiguos. Tras ligeras pesquisas, asomándome por el parapeto del malecón, di con una masa de rocas donde se advierten, cual alvéolos ingentes, lo que de ellos persiste, a pesar de los embates del mar. Las olas van limpiando, borrando sus rectas y sus ángulos. Sólo una mirada atenta y penetrante, reconstructora, verá lo que yo quise ver.

El recuerdo de "nuestra Habana" me entristece, más bien me abruma, me hace sentir en el corazón el peso de las dos Habanas y debatirme entre un "¿ésta o aquélla?" del que necesito desprenderme pronto, pues yo no he venido aquí *à la recherche du temps perdu*. ¡Qué más quisiera, sino solventar los asuntos de intereses que me encomendó mi padre y de paso apreciar las bellezas y el progreso de Cuba en el vigésimo séptimo año de su independencia! De todo lo cual te hablaré en otras cartas.»

Pero esas otras cartas no las hallé entre los papeles de mi madre. Y también se perdieron las que escribí a Gabriela en los registros y saqueos de mi casa de Madrid. Hubiéranme ayudado mucho en la continuación de estas Memorias, como documentos íntimos. En algunas de ellas debí de referirme a las dos únicas ocasiones en que actué como conferenciante en La Habana: la primera, en el Casino Español, y la segunda, en el Centro Gallego.

Yo no había ido a Cuba «en plan de orador», y si lo hice en público varias veces fue porque me lo pidieron y la cortesía y la gratitud me obligaron a obedecer. Hablé en los referidos círculos, en un homenaje a María Guerrero, que merecerá más adelante unas líneas, y al final de los banquetes con que me agasajaron. El que estaba en

La Habana en funciones de conferenciante, invitado y bien pagado por la Institución Cultural y la Universidad, era el profesor, miembro del partido socialista, don Fernando de los Ríos, cuyas ideas políticas, aparte la fluidez y elegancia de su oratoria, no hicieron más que asomarse en sus discursos.

El que yo pronuncié en el Casino Español, bajo la presidencia del ministro de Instrucción Pública, el doctor Martínez Ortiz, estuvo precedido por otro del profesor de Literatura de la Universidad habanera, el doctor R. Salazar, y fue aquel que unos jóvenes universitarios me habían pedido en la hora de mi desembarque. Versó principalmente sobre la noble y genial figura de José Martí.

El del Centro Gallego fue algo muy distinto, entre familiar y solemne, pues consistió, ante un auditorio de más de mil personas, en una rememoración de la vida de mi padre en Cuba, consagrada en primer término a la defensa de los intereses gallegos en la Isla, a la exaltación de las glorias de su patria chica en su periódico y al lanzamiento de la idea de la fundación de un círculo regional que, andando el tiempo, habría de ser el más poderoso de Hispanoamérica. A un lado de la presidencia, y con una cenefa de flores, habían puesto el retrato de mi padre; ese retrato que figuraba en una de las salas del centro entre las imágenes de los próceres de la institución. Era, como los demás, un retrato hecho sobre fotografía y, la verdad, de un parecido harto remoto, pues cuando en mi primera visita al centro me lo mostró el presidente, Bonzas, no pude menos de decirle: «Habrá que hacerle otro del natural».

Me presentó un miembro de la directiva, llamándome maestro de la novela española, príncipe de nuestras letras, y dedicándome otras de las hipérboles que son de rigor en tales casos. Mi discurso duró cerca de una hora y fue reproducido íntegro en casi todos los periódicos. Después, un refrigerio, con derroche de golosinas, de champaña y de los vinos de Galicia. Se cursaron cablegramas a don Waldo, que en su casa de Madrid quedó reconocido al recuerdo de sus compatriotas, a quienes consagró los años más apasionados y fecundos de su vida. Contaba ya más de setenta y la ancianidad había ido acentuando su modestia, su desasimiento de las pompas y vanidades de este mundo y su deseo de vivir tranquilo entre los suyos, sin ambiciones, ni envidioso, ni envidiado, y preparándose cristianamente para su hora postrera, que aún tardaría unos diez años en sonar.

Se acabó de imprimir

en Madrid

el 15 de abril de 2003

Las *Memorias* de Alberto Insúa, cuya antología edita la Fundación Santander Central Hispano, recogen las vivencias personales de su autor enmarcadas en un tiempo, a caballo entre dos siglos, denso de acontecimientos históricos, sociales, artísticos y de amplia resonancia en España, Europa y en el mundo.

Federico C. Sainz de Robles, principal difusor de la promoción de *El Cuento Semanal*, escribía en *La Estafeta Literaria* el día 1 de noviembre de 1969: «En cualquier otro país menos subdesarrollado literariamente que el nuestro, bastarían los tres nutridísimos tomos de sus *Memorias: mi tiempo y yo* (1952, 1953, 1959) para asegurar a Insúa un puesto permanente en las más ceñidas historias de la literatura española. Tantas son la verdad, la amenidad, los agudísimos juicios, las noticias literarias "de primera mano" que hay en ellos». Y añadía: «Pues si fuera preciso señalar las dos novelas españolas más veces reimpresas entre 1900 y 1936, sería de justicia proclamar que *La casa de la Troya: estudiantina*, del madrileño Alejandro Pérez Lugín, y *El negro que tenía el alma blanca*, de Insúa. Novelas que aún hoy se reimprimen con frecuencia». Pese a ello, seis años antes (9-xi-1963), una escueta nota en el periódico *Madrid* aludía al fallecimiento del novelista de su promoción más veces traducido y a más idiomas: «Ha muerto Alberto Insúa. Durante muchos años fue uno de los novelistas más leídos en España».

Santiago Fortuño Llorens, profesor de Literatura Española de la Universidad Jaume I de Castellón, ha realizado el estudio preliminar, la recopilación bibliográfica y la antología de estas *Memorias* de Alberto Insúa. Es autor, asimismo, del estudio *Primera generación poética de postguerra* y de ediciones de diferentes épocas literarias (Fernando de Herrera, José Cadalso, Conde de Noroña, Amalia Fenollosa y Benito Pérez Galdós), entre las que destacan las de *El negro que tenía el alma blanca* (1998) y *Humo, dolor, placer* (1999) de Insúa.

9 788489 913431

ÍNDICE

Introducción, por Santiago Fortuño Llorens [**XI**]

Bibliografía [**XL**]

I. MI TIEMPO Y YO

[1]. Cuba y España en la mente de un niño [**3**]
[2]. Primera revelación de España [**9**]
[3]. *Campus Stellae* [**15**]
[4]. Más españolito que antes [**25**]
[5]. Esperando a Weyler [**33**]
[6]. Mi nueva imagen de la guerra [**41**]
[7]. Segunda presencia de Murguía [**47**]
[8]. Las puertas de oro del *Quijote* [**55**]
[9]. Y llegó el *Maine* [**59**]
[10]. Y voló el *Maine* [**63**]
[11]. Horas de angustia [**71**]
[12]. La tarde del 21 de abril [**75**]
[13]. El bloqueo, las tinieblas [**85**]
[14]. La última hora de España en Cuba [**89**]
[15]. *Electra* desde el paraíso del Español [**93**]
[16]. Aparición del «amigo Valle» [**99**]
[17]. Canalejas, Unamuno, Blasco Ibáñez [**105**]
[18]. El palacio de la literatura [**111**]
[19]. De don Benito a doña Emilia [**117**]
[20]. Escaramuzas del Ateneo y combates del Parlamento [**123**]
[21]. El epitalamio de Alfonso XIII [**129**]
[22]. «El león de Graus» [**135**]
[23]. Un árbol de hojas de papel [**141**]
[24]. La generación de *El Cuento Semanal* [**145**]
[25]. *Sagitario*. El salón de Antonio de Hoyos y varias anécdotas [**147**]

[26]. Los personajes de *En tierra de santos* y tres salas de armas [**153**]
[27]. El Madrid de *La hora trágica* [**159**]
[28]. Un libro escandaloso y una revolución editorial [**163**]

II. HORAS FELICES. TIEMPOS CRUELES

Advertencia al lector [**171**]
[1]. La feria literaria de París [**173**]
[2]. Clará, Casas, Rusiñol. Semblanza de Juan Gris [**179**]
[3]. Me arañan en la peña del Napolitain [**185**]
[4]. El rey del arroz [**189**]
[5]. Temporada en Madrid. Oigo los tiros que mataron a Canalejas [**193**]
[6]. Mis dos grandes atracciones de Londres: Mrs. Pankhurst y la Venus herida [**199**]
[7]. En la casa de Shakespeare. La espada de Hamlet… [**203**]
[8]. Primera visita a Barrès. Sus dos mentores en Toledo [**207**]
[9]. Se inicia la aventura teatral. Al empresario le gustó la comedia [**211**]
[10]. El «caso» de *En familia*. El banquete en la Legación de Cuba [**217**]
[11]. El «pateo» de *La consulesa*. Reflexiones amargas sobre el teatro [**221**]
[12]. El Blasco Ibáñez de la Rue Davioud en el París panglossiano de la primavera del 14 [**227**]
[13]. La guerra: aliadófilos, germanófilos y neutrales [**231**]
[14]. Clemenceau o el genio de la terquedad. Los gases. Encuentro con Salaverría [**237**]
[15]. Bajo el cielo sin luna de París [**243**]
[16]. Mi primer artículo para *Abc*. Primeras nieves sobre París [**247**]
[17]. Las bellas secretarias y los escritores de la Maison de la Presse. Encuentro con Julio Camba [**253**]
[18]. El sabio helenista deseaba un dictador [**259**]
[19]. En el dédalo de las trincheras [**263**]
[20]. Adiós a Alfredo Vicenti. Diversas visitas y encuentros en Madrid [**271**]
[21]. El teatro de la guerra en 1917 [**283**]
[22]. El último disparo. ¿Quiénes le convenía a España que ganasen la guerra? Un respiro para continuar [**289**]

III. AMOR, VIAJES Y LITERATURA

[1]. [En la Sala del Reloj del Quai d'Orsay…] [**299**]
[2]. [Yo nunca estuve sin España en París…] [**305**]
[3]. [El rey y Pétain evocan la batalla] [**313**]
[4]. [Aquel transeúnte solitario…] [**317**]
[5]. [Entrevista con Masaryk…] [**323**]
[6]. [En Madrid, octubre de 1919…] [**327**]
[7]. [La muerte de Galdós…] [**331**]
[8]. [De cómo tuve noticia de la muerte de la condesa de Pardo Bazán…] [**337**]
[9]. [La primera idea de *El negro que tenía el alma blanca*] [**345**]
[10]. [Un novelista en busca de un título…] [**347**]
[11]. [Evocación de don José Ortega Munilla…] [**355**]
[12]. [El panorama de la novela española en 1922…] [**361**]
[13]. [La muerte de un genio de la pintura…] [**367**]
[14]. [«La República de los lobos»…] [**371**]
[15]. [Octubre de 1922, con Unamuno en Salamanca…] [**377**]
[16]. [El nudo gordiano de Marruecos…] [**383**]
[17]. [Los primeros meses del Directorio Militar…] [**389**]
[18]. [Episodios memorables en la corte de Alfonso XIII…] [**395**]
[19]. [Mi amistad con Azorín…] [**399**]
[20]. [Cuando murió Anatole France…] [**403**]
[21]. [De cómo me convertí en un aficionado a los toros…] [**409**]
[22]. [Entre marzo y abril de 1925…] [**415**]
[23]. [A París en busca de un negro…] [**421**]
[24]. [Acerca de los estilos literarios…] [**425**]
[25]. [Por qué cambié de editor…] [**431**]
[26]. [El carnaval agonizaba en Madrid…] [**435**]
[27]. [El Arma de Artillería plantea un conflicto a Primo de Rivera…] [**439**]
[28]. [Los centros españoles de Cuba…] [**443**]

Santiago Fortuño Llorens

INTRODUCCIÓN

Alberto Insúa (1883-1963) es el seudónimo de Alberto Galt y Escobar, nacido en La Habana (Cuba). Su padre era pontevedrés, de San Paio de Figueroa (A Estrada), y su madre, perteneciente a una familia aristocrática, oriunda de Camagüey (Cuba). La abuela materna, Dolores de Cisneros, fue descendiente del cardenal impulsor de la Universidad de Alcalá de Henares, «el español más español de España»[1]. Tras la liquidación colonial de Cuba en 1898, Alberto Insúa se traslada, con su familia, a La Coruña y, posteriormente, a Madrid, donde cursa los estudios de Derecho, y comienza a alternar el trabajo de periodista con su tarea literaria. Entre 1905 y 1948 escribió centenares de artículos periodísticos y literarios en España, Francia y Buenos Aires. Su numerosa obra narrativa —más de medio centenar de novelas—, que se extiende entre 1907 y 1955, conoció el éxito popular. Considerado mayoritariamente, por la crítica, de la promoción de *El Cuento Semanal*[2], José Luis Abellán lo sitúa en la generación del 14 «por su actuación intelectual y periodística»[3]. Algunas de sus novelas, como *La mujer fácil* (1910)[4],

[1] Así lo define Alberto Insúa en sus *Memorias 1*, Madrid, Tesoro, 1952, pág. 74.

[2] Carlos Sainz de Robles, F., *La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920)*, Madrid, Aguilar, 1959, y *La promoción de «El Cuento Semanal» 1907-1925. (Un interesante e imprescindible capítulo de la historia de la novela española)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1975.

[3] Cito por Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, pág. 216, nota 2.

[4] Libro controvertido del que Insúa escribe diez años más tarde: «Un mal paso, porque hizo —y con razón— que durante algunos años se me confundiese con los autores pornográficos. […] Es un libro débil y un libro frívolo. […] Una conversación de tenorios madrileños en un rincón de Fornos, del antiguo Fornos. Y nada más, desgraciadamente…», «Post-Scriptum a *La mujer fácil*», Madrid, Renacimiento, 1920.

Las flechas del amor (1912) y *El negro que tenía el alma blanca* (1922), llegaron a ser las obras más leídas de estas dos décadas y se tradujeron al francés, italiano, alemán, sueco y portugués[5]. En los relatos de Insúa se trenzan los elementos costumbristas, de realismo social y la descripción naturalista con una destacada dosis de ingredientes folletinescos[6]. Concretamente, en *El negro que tenía el alma blanca*, en *Humo, dolor, placer*, en *Las neuróticas*, en *Las flechas del amor* y en *El peligro* presenta el conflicto cubano como marco de sus vivencias infantiles[7]. «Alberto Insúa es un español de Cuba. Y esto, tal vez, le ha dado desde niño un sentido de universalidad […]. Y vio cómo España acababa de quedarse sola, replegada en los viejos límites peninsulares, vencida por haberse quedado rezagada…»[8].

Sobre la novela *El negro que tenía el alma blanca*, José Ortega Munilla escribió una reseña elogiosa en el periódico madrileño *Abc* en la que, entre otras cosas, decía:

«Esta novela es una invención singularísima, en la que se unen dos elementos hispánicos: la antigua isla de Cuba, bajo el dominio de España, y España, en su propio territorio, en la actualidad»[9].

[5] Maurice Hemingway, «Alberto Insúa (1883-1963). Ensayo bibliográfico», *Revista de Literatura*, LVI, núm. 112, 1994, págs. 510-512. Este artículo constituye una recopilación amplia de la obra de A. Insúa. De «maestro de novelistas» califica José Luis Sampedro a A. Insúa en *El amante lesbiano*, Barcelona, Areté, 2000, pág. 16.

[6] El estudio de este tipo de novelas ha merecido recientemente la atención crítica. A título de ejemplo, el libro de Magnien, Brigitte y otros, *Ideología y texto en «El Cuento Semanal» (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1986, y el de Mogin-Martin, Roselyne, *La novela corta*, Madrid, CSIC, 2000.

[7] Véanse mis ediciones de *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Clásicos Castalia, 1998, y *Humo, dolor, placer*, más concretamente la introducción, «Cuba y el conflicto del 98 en *Humo, dolor, placer*», Madrid, Castalia-Comunidad de Madrid, 1999, págs. 28-35, y mi artículo «El conflicto del 98 en la novela del hispano-cubano Alberto Insúa», *Actas del Simposio Internacional «La crisis española de fin del siglo y la generación del 98»*, Universitat de Barcelona, 1999, págs. 343-354.

[8] Valentín de Pedro, «Semblanza», en Alberto Insúa, *Dos francesas y un español*, Madrid, Renacimiento, 1931, 2.ª ed., pág. 18.

[9] *Abc*, 6 de julio de 1922, págs. 3-4. Lo recuerda, asimismo, en sus *Memorias III*, Madrid, Tesoro, 1959, pág. 227.

A pocas fechas de la publicación de *Humo, dolor, placer*, el también escritor y famoso orador Federico García Sanchiz advertía la intención patriótica de Insúa en esta novela:

«Novela cubana y cubanizante. […] La devoción filial y la intención patriótica animan la última obra de Insúa […]. La Habana recobró su conciencia en *Humo, dolor, placer*, […] molde en el que lograron forma definitiva todos los sentimientos cubanizantes en fusión»[10].

Fue Alberto Insúa, además de un escritor prolífico y periodista versátil, una persona involucrada en la vida social y cultural del Madrid de su tiempo (fundador de la editorial Pérez Villavicencio[11], miembro del Ateneo y de la Sociedad de Cursos y Conferencias de la Residencia de Estudiantes, asiduo contertulio de cafés…), que desempeñó, en el seno del partido de Alejandro Lerroux, el cargo de gobernador civil en Málaga y Vitoria[12]. Tras una estancia larga en Buenos Aires de 1937 a 1949, murió en Madrid el 8 de noviembre de 1963.

Tres aspectos destacan, de manera especial, en las *Memorias* de Alberto Insúa: el conflicto de España y Estados Unidos por la colonia española de Cuba[13], a la que describe con grandes dosis de colorido y sensualidad (I, cap. II); la visión de la primera guerra mundial desde una perspectiva excepcional, por su calidad de periodista y enviado especial a Francia, y, singularmente, las referencias a su trayectoria literaria.

Los tres volúmenes de las *Memorias* fueron publicados en 1952, 1956 y 1959 respectivamente, redactados cuando Alberto Insúa ya era sexagenario. Las reflexiones se imbrican con las evocaciones, habida cuenta de la evidente dificultad de separar el

[10] «Al margen de *Humo, dolor, placer*. La Habana y sus enamorados», *El Imparcial, Suplemento Literario*, 29-VII-1928, pág. 14.

[11] Su experiencia como editor la cuenta en «Un árbol de hojas de papel» (I, cap. LXXX).

[12] En concreto, desde el 23 de diciembre de 1933 al 30 de noviembre de 1935 en Málaga y del 5 de diciembre de 1935 al 23 del mismo mes y año en la capital de Álava.

[13] «Mi actitud ante los episodios bélicos y políticos que constituyen el tema y la sustancia de esta primera parte de mis Memorias» (I, cap. XIII).

tiempo narrado desde el presente de la narración (I, cap. IV). Ocupan, en su primera edición, una extensión de mil setecientas setenta páginas. «Mi tiempo y yo» es el subtítulo del primer volumen, «Horas felices. Tiempos crueles» el del segundo y «Amor, viajes y literatura» el del tercero[14]. Con anterioridad, ya habían sido dadas a conocer en el semanario *Domingo* de Madrid[15]. En estas *Memorias* su autor mezcla la anécdota con la historia («la anécdota es la sal de la Historia», dijo Plutarco y menciona Insúa), su propia vida con el hecho trascendental de la historia europea: «Me propuse rememorar mi vida conciliando sus episodios íntimos con los nacionales y universales que tuve la ocasión de presenciar de cerca. Creo que, en mi propósito, lo histórico y lo anecdótico, lo trascendente y lo fugitivo, se dan la mano y se fortifican entre sí»[16]. Son las *Memorias* de un hombre que se autodefine como epicúreo, perezoso, cosmopolita, locuaz, individualista, conservador y anticomunista. Insúa es un testigo excepcional del desmoronamiento colonial de La Habana y de la influencia norteamericana posterior. Como periodista vive, conoce y relata desde París, en las páginas de *Abc* y *La Correspondencia de España*, el desarrollo de la primera conflagración mundial del siglo XX. Ya había recopilado sus crónicas de guerra en los libros *Páginas de la guerra*. *Por Francia y por la libertad* (1917) y *Nuevas páginas de la guerra* (1917), muchas de cuyas páginas encuentran nuevo acomodo en estas *Memorias*, que resultan fundamentales para conocer, con su análisis y reflexión, ambos hechos históricos, a caballo entre dos siglos, vividos intensamente por nuestro autor y comentados por él mismo con detalle: la pérdida de Cuba por España (1898) y la primera guerra mundial (1914-1919)[17], ante la que toma una postura firme y explícita a favor de los aliados: «En estos artículos [el autor] defendió la causa de la libertad de los pueblos, que es la misma que defiende Francia», escribió, desde París, en diciembre de 1916, en el prólogo a *Por Francia y por la libertad*.

[14] Dedica este último tomo «A Melchor Fernández Almagro, que tanto me animó a proseguir estas Memorias. Al crítico, el historiador, el ensayista ilustre, y al amigo de siempre».

[15] *Memorias II*, Madrid, Tesoro, 1953, pág. 386.

[16] Advertencia al lector, tomo II, pág. 5.

[17] Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», cit., págs. 215-222.

Alberto Insúa, al inicio de sus *Memorias*, describe con sencillez y claridad cuál es la situación de algunas nacionalidades europeas, que intervendrán activamente en la Primera Guerra Mundial:

«La España del 98, para todo español consciente y honrado, era una patria dolorida, desmembrada, exhausta de energías al parecer. No podía pensar ese español sino en salvarla, en renovarla; alguno diría en "europeizarla". En cambio, el inglés vivía aún en el epílogo glorioso de la era victoriana; el francés sentíase "*content de lui-même*", no obstante sus temores de una nueva agresión teutona, y el alemán disponíase alegremente a conquistar el mundo»[18].

El conflicto cubano en las *Memorias*

La guerra e independencia cubanas ocupan lugar preferente en el primer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa. Es un tema tratado con patriotismo y fervor romántico, al que no deja de aludir en los otros volúmenes. Su postura a favor de la dependencia cubana de España es clara y rotunda en cualquiera de estas páginas. Apóyala una obligación histórica y también cultural:

«[…] esta parte de mis Memorias, en que he tratado de historiar, a mi manera, los trances diversos de la campaña de Cuba hasta la hora en que la fatalidad obligó a España a retirarse de una tierra que había descubierto, fecundado y evangelizado, hecho, en fin, a su imagen y semejanza, y a aceptar el *vae victis* que señalaba el ocaso definitivo de su imperio en América y su archipiélago de Oceanía. Nos los arrebataron todo, o casi todo… Menos el honor y la esperanza»[19].

En 1895, al estallar la guerra, Alberto Insúa tiene doce años. Los nombres de José Martí, Maceo, Máximo Gómez *el Chino Viejo*, entre otros insurrectos independentistas,

[18] *Memorias I*, cit., pág. 8.

[19] *Ibidem*, págs. 253-254.

se unen en su imaginación al de Martínez Campos, el general español encargado de «meter en cintura a los mambises». Desde pequeño y pese a la diversa opinión entre sus familiares, alineados a favor y en contra del separatismo, adopta, como su padre, una postura radicalmente españolista, «que Cuba no dejase de ser española», que continúa mostrando a través de sus *Memorias*. Admira de los españoles su propensión al mestizaje ya «que no ha habido, que yo sepa, hombres en el mundo que resolvieran más fácil y humanamente los conflictos planteados por la diversidad de las razas»[20]. En La Coruña, donde se establece con su familia en 1895, observa cómo al Muelle de Hierro llegan de su isla natal «juventudes tronchadas, cuerpos rotos, lágrimas, angustias, muertes»[21].

En estas *Memorias* se expone pormenorizadamente la evolución del conflicto cubano desde 1895 hasta su desenlace, tres años después. Se desgranan los hechos y acontecimientos: el cambio de generales en la isla (Martínez Campos, Weyler), la postura oficial del Gobierno de Madrid y la de los Estados Unidos, la fiesta previa a la explosión del *Maine*, pretexto de la definitiva intervención estadounidense, a todas luces inimputable a un complot español, según el autor de las mismas. Se narra la historia desde la inmediatez de los propios personajes intervinientes, con toda la crudeza y apasionamiento, sin la imparcialidad del historiador:

«Don Pancho Recamán […] habló únicamente, y con laconismo, de la explosión, porque había estado alrededor del barco hundido y entre las llamas prestando socorro, "salvando gente, como era su deber". Tenía una de las manos envuelta en una gasa. […]

Al preguntarle mi padre por la causa de la explosión:

—Interna —dijo, despidiéndose. […]

Los despojos de las víctimas del *Maine* —menos de ochenta— fueron conducidos al Ayuntamiento, en cuya sala capitular estuvieron tendidos hasta que llegaron los ataúdes»[22].

Una de las ideas constantes de las *Memorias* de Alberto Insúa es la creencia en que el desmembramiento de Cuba habría podido ser evitado si las reformas concretas del

[20] *Ibidem*, pág. 24.

[21] *Ibidem*, pág. 79.

[22] *Ibidem*, pág. 162.

presidente Antonio Maura se hubieran llevado a cabo, sin la oposición de Romero Robledo y sus afines al joven político, quien suscitaba grandes envidias en el Congreso:

«La admiración de mi padre por don Antonio Maura databa —como él decía— de "los tiempos de Cuba, cuando aquel político previsor expuso sus famosas reformas que hubiesen frustrado la guerra que concluyó con el desastre de Santiago y liquidó el funesto Tratado de París". […] Maura había tardado seis meses en elaborar su proyecto, que descentralizaba en gran parte la administración de Cuba de la de España, rebajando la cuota contributiva impuesta para figurar en el censo electoral, y aumentaba en alta proporción el número de electores cubanos»[23].

A la muerte de Antonio Maura, el día 13 de diciembre de 1925, Alberto Insúa insiste en el recuerdo de las palabras de su padre Waldo:

«Si sus reformas hubiesen prosperado —díjome— no estaríamos tú y yo ahora hablando en Madrid, sino en La Habana. Pero, en fin, se opuso el ciego Destino a que así fuese. Y a esa ceguera fatal contribuyeron todos los españoles, que no acertaron a ver al más patriota e inteligente de nuestros políticos, después de Cánovas, en este grande hombre que acaba de morir. Es un día de luto para mí. Las reformas de Maura no sólo hubiesen evitado la segunda guerra de Cuba y retardado la emancipación de la isla, sino también resuelto los problemas más agudos y dolorosos de España»[24].

Los separatistas cubanos se negaban a todo pacto y rechazaban el régimen autonómico, aunque lo aprobasen los Estados Unidos. También las gestiones del papa León XIII fueron rechazadas por McKinley, quien había solicitado a las dos Cámaras de su país «emplear las armas al intervenir en Cuba con el propósito de crear en ella un Gobierno independiente y fuerte»[25].

23 *Memorias III*, cit., pág. 464.

24 *Ibidem*, pág. 465.

25 *Memorias I*, cit., pág. 170.

Insúa extrañaba que Benito Pérez Galdós, uno de los novelistas más reconocidos de la época, no hubiera escrito el Episodio Nacional de la guerra de Cuba:

«¿Por qué entre los *Episodios nacionales* no figuran los de la rota de Cavite y Santiago de Cuba y el de la magnífica epopeya de El Caney y San Juan? Bien pudo Galdós escribir ese episodio, como escribiera los de Trafalgar y Zaragoza, sin haberlos presenciado, pero sí pensado y soñado sin otra levadura y sal de realidad que las que halló en las gacetas y memorias de la época»[26].

A los sesenta años de estos hechos, cuando Insúa escribe estas *Memorias*, el amor patriótico brota de entre sus recuerdos y reconoce que los españoles supieron perder:

«Esta otra Cuba que surgía de la guerra, de una guerra que, en definitiva, habían ganado hombres de una raza distinta de la nuestra, unos hombres que hablaban inglés, no era la Cuba de mis amores y mis sueños»[27].

El 31 de diciembre de 1898, «la víspera del día nefasto para los españoles en que nuestra bandera sería sustituida en el mástil del Morro por el pabellón, cuajado de estrellas, de los Estados Unidos, y no por el de Cuba, con "su estrellita solitaria" en el triángulo rojo»[28], Alberto Insúa, con su familia, zarpaba, en el barco *La Navarre*, del puerto de La Habana rumbo a La Coruña española. Lo que a continuación sucedió, lo oficial y protocolario de la entrega de poderes por el último gobernador general en Cuba, el general Jiménez Castellanos, nos lo narra también desde una perspectiva lírica y a través de la emocionada nostalgia del vencido. Insúa basa su texto en los testimonios y cartas conservados por su padre. Así rememoraría estos acontecimientos:

«A uno de los balcones se asomó una mujer joven y muy bien parecida, la cual, agitando frenéticamente una bandera española, gritó con voz vibrante: "¡Viva España!

[26] *Ibidem*, pág. 220.

[27] *Ibidem*, pág. 234.

[28] *Ibidem*, pág. 243.

¡Viva!". A mí se me saltaron las lágrimas. […] Esa mujer me hizo pensar en María Pita, en Agustina de Zaragoza; me pareció España misma que gritaba: "¡No me he muerto y parte de mi alma permanece aquí!"»[29].

Por el contrario, en España se asistía con indiferencia a los nuevos rumbos de la ex colonia española, segregada por el Tratado de París. Como también hiciera constar Pío Baroja, Insúa extraña y anota el nulo interés mostrado por la mayoría de la gente ante el problema del desastre nacional, a menos de un año de la consumación de los hechos, en octubre de 1899, cuando se dispone a iniciar los estudios de la licenciatura de Derecho en la Universidad de Madrid. A sus dieciséis años, con todo el bagaje personal acumulado, se considera un adulto respecto a sus condiscípulos:

«Pero el tema más importante de sus conversaciones, en el que solían detenerse, bien para mirarse de un modo melancólico, bien para emitir conceptos en que se reflejaba su desencanto —o su patriótica indignación— era, según decían, "el silencio casi absoluto, la indiferencia general que se observaba en España frente al hecho, más que doloroso, terrible, de la pérdida de las Colonias". […] Por "aquello" que "equivalía al ocaso de un imperio, a la liquidación de una España todavía poderosa, a un vuelco espantoso en nuestra historia"»[30].

Como hombre que participó de las inquietudes de la generación del 98, Insúa se hace eco de las preocupaciones del momento entre los políticos e intelectuales. Su padre, Waldo Álvarez Insúa, fundador de *El Eco de Galicia. Revista Semanal de Ciencias, Artes y Literatura* en La Habana, que escribiera en 1896 *El problema cubano*, con escaso éxito[31], fue un hombre obsesionado en toda su vida por el problema de España, motivado, según él mismo, por la fuerte individualidad de los españoles, que se resisten a obedecer, «aquella locura de creerse cada uno, dentro de sí, un rey»[32]. Waldo

[29] *Ibidem*, pág. 256.

[30] *Ibidem*, págs. 288 y 290.

[31] *Ibidem*, capítulo «Palitos de pasa», págs. 326-329.

[32] *Ibidem*, pág. 305.

Álvarez Insúa participó asimismo en el resurgimiento del regionalismo gallego[33] y se relacionó con las primeras figuras políticas de su tiempo. Su hijo nos lo presenta en sus *Memorias* como persona inquieta por intervenir, en primera fila, en la política y a quien le cupo al menos la suerte de haber influido, con su palabra y sus artículos, en el escenario político cubano y español de entresiglos. «Como caminante histórico […], él se había detenido en "su" 98, "que no era, ciertamente, el de los intelectuales que dudaban del vigor de España para reponerse de sus descalabros y resurgir gracias a las portentosas reservas de su espíritu"»[34]. He aquí el sumario político del siglo XIX, a juicio del padre de Alberto Insúa:

«Desde el punto de vista de los progresos materiales, no ha sido el XIX un mal siglo. Desde el punto de vista político, no sé qué decirte… O sí sé qué decirte y me lo callo, porque no quiero disminuir tus ilusiones. Para mí, este siglo que se va, que se retira por el foro, ha sido un siglo funesto, porque ha significado para España lo que tú no ignoras. Durante él fuimos perdiendo, una a una, nuestras posesiones de ultramar, y aquí, en casa, tuvimos que rechazar una invasión francesa, sostener varias guerras dinásticas y aun saltar a África para sentarles la mano a los rifeños… ¡Vaya con Dios o con el diablo el siglo XIX! Y de lo que haya de suceder en el XX, ¿qué podría yo decirte? Ni yo ni nadie puede saberlo. A mí lo único que me importa es España»[35].

Por su cercanía cronológica, resulta de interés la valoración de Alberto Insúa de los escritores agrupados por Ortega y Gasset y Azorín en 1913 con la denominación de generación del 98. Sus componentes, según nuestro escritor, no vivieron de cerca el problema de Cuba ni les aglutinó motivo alguno más que la mera cronología:

«Que publicaban (Ganivet, Unamuno, Azorín, Maeztu…) "ensayos", versos y novelas y escribían comedias sin que pudiese nadie adivinar que, andando el tiempo, se

33 Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, «Aproximación a un galleguista insigne: Ideología y texto de la obra literaria de Waldo Álvarez Insúa», *El Museo de Pontevedra*, tomo LII, 1998, págs. 481-496.

34 *Memorias II*, cit., pág. 512.

35 *Memorias I*, cit., págs. 308-309.

les agruparía bajo el título de la "generación del 98", como si hubiesen constituido una pléyade, con sus estrellas de un fulgor semejante, cuando en realidad no existió entre ellos armonía, ni siquiera simpatía, sino una circunstancia que les hizo «manifestarse» como escritores alrededor de la fecha del 98. […] Y no —insisto— como considerándose parte de un «todo» intelectual destinado a dirigir los nuevos rumbos de la patria. […] Pero cada cual veía a España a su manera y ninguno de ellos había estado en Cuba o Filipinas manejando su fusil»[36].

Y continuaba:

«Mi padre solía decir que él era "un verdadero hombre del 98", pero no de la generación de escritores a la que se asignaba tal fecha, sino "de la que había vivido y sufrido" sobre el terreno la última guerra de Cuba, con su triste final para nosotros, y que esa herida no acababa de cicatrizarse en su alma. Esto era verdad. Seguía doliéndole "su 98"»[37].

«No pertenezco en la vida literaria a "la promoción del 98", pero viví y sufrí el 98 en la propia Cuba, cordialmente, no intelectualmente como aquellos ilustres literatos en Madrid»[38].

Para Alberto Insúa lo acaecido en Cuba marca un antes y un después en la historia española. Según él, este desastre del 98 es comparable a la derrota de la Invencible frente a los ingleses en el siglo XVI. Transcurrieron muchos años hasta que los españoles se percataron de los graves riesgos a que estaba sometida la patria: el discurso de alerta, en el Congreso, de Antonio Maura, a finales de 1907, sobre la reconstrucción de la Marina de guerra de un país «rodeado por tres mares, con la interrupción de los Pirineos, y sin ninguna defensa naval»[39], el «contubernio» de republicanos, demócratas y liberales, el separatismo catalán y las manifestaciones en contra de Mau-

36 *Ibidem*, pág. 401.

37 *Memorias III*, cit., pág. 311.

38 *Ibidem*, pág. 562.

39 *Memorias I*, cit., pág. 565.

ra en las principales ciudades del país en 1909, que hacían exclamar a más de uno: ¡Después de lo de Cuba, esto![40].

La guerra de África librada por España frente a los rebeldes marroquíes, en este mismo año, le hace evocar y revivir «la guerra que yo había vivido: la de Cuba, tan próxima en el panorama de la Historia, tan presente y vívida en mi corazón […], y estos soldados, que cayendo a racimos expugnaban el diabólico Gurugú, eran, con nombres y cuerpos diferentes, los mismos, por el alma, que los de Cascorro y El Caney»[41]. Años después, cuando Alberto Insúa se encuentra en París, en los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial, añade:

«Toda guerra es un dolor. Y no me lo preguntes a mí, que todavía me sangra por dentro la que perdimos en el 98, ante, no lo olvides, una Europa indiferente u hostil. ¿Qué hicieron en aquella ocasión por España las grandes potencias europeas? ¿Sabes de algún voluntario francés en las guerrillas españolas del campo cubano? ¿Y qué hizo Inglaterra por moderar el *vae victis* de los norteamericanos sobre nosotros?»[42].

Una guerra, la de Cuba, sin los adelantos de los que la técnica militar hizo gala en la primera mundial:

«Yo recordaba "mi guerra", la de Cuba, vivida y sufrida moralmente en La Habana, pero sin ningún peligro material inmediato, pues los acorazados yanquis del bloqueo no llegaron a bombardearnos»[43].

En 1927, Alberto Insúa regresa a la isla. Al año siguiente, en su novela *Humo, dolor, placer* recrea literariamente este retorno a su país natal. La figura del protagonista, Antonio, reemplaza al propio autor, quien —son sus palabras— «a los cuaren-

40 *Ibidem*, págs. 572-573.

41 *Ibidem*, pág. 581.

42 *Memorias II*, cit., pág. 233.

43 *Ibidem*, pág. 479.

ta y tres años de edad, en el mejor momento de mi vida literaria, que mis novelas se leían en todos los países de nuestro idioma y que si mi fama de escritor se extendía por toda la América española, se acrecentaba en Cuba por el hecho de ser yo uno de sus hijos»[44]:

«Con todo, seguía preguntándome cuáles serían las reacciones de mi espíritu en Cuba libre, es decir, al observar el contraste entre la que había dejado en octubre del 98 y la que iba a encontrar después de un cuarto de siglo de su independencia»[45].

«En 1927 no iba yo a Santiago de Cuba "en plan" de turista, ni de conferenciante —aunque me vi obligado a hacer algún discurso—, sino con el propósito de cumplir la que he llamado "peregrinación patriótica", en contraste con la familiar de Camagüey, visitando los lugares en que nuestras tropas se batieron con las yanquis —La Loma de San Juan y el Caney— y asomarme a ese espacio de mar donde la débil escuadra del almirante Cervera consumó su heroico sacrificio»[46].

En el capítulo XCIII del tercer volumen de sus *Memorias*, Alberto Insúa se explaya en referirnos los cambios que observa en La Habana: una ciudad moderna, con fuerte influencia del imperio yanqui, en la que se imponen el capitalismo y la sociedad de consumo con toda su fuerza e intensidad mercantiles:

«Neoyorquina me pareció La Habana con sus rascacielos y un "palacetitanic" […].

Pero era una Habana tan ruidosa, tan lumínica, tan… cinematográfica. […] Son […] las habaneras de ahora finas, deportistas, continentales, no del Viejo, sino del Nuevo continente, pues cuanto hay de exótico en sus maneras proviene de los Estados Unidos y no de la lejana Europa. […] Los yanquis han importado sus aparatos de higiene y su música "en conserva", todos los productos "standard" desde el Ford que ha vencido a la "guagua", hasta la Gillette y el ventilador eléctrico. Hay en San

44 *Memorias III*, cit., pág. 508.

45 *Ibidem*, pág. 495.

46 *Ibidem*, pág. 562.

Rafael y Obispo unos bazares donde cada objeto cuesta diez o veinte centavos. Me recuerdan los "Todo a 0,65" de Madrid, pero en grande, en fuerte, en colosal [...]. Siempre están llenos de compradores de fruslerías e inutilidades los famosos "Ten Cents"»[47].

Este recelo de Alberto Insúa frente al país que arruinó al suyo le hace reflexionar sobre el papel de protagonistas mundiales que están asumiendo, por estos años, los Estados Unidos e Inglaterra. En las *Memorias* muestra un patente desamor hacia los Estados Unidos cuya vocación imperialista alteró su vida y la de su país:

«Si el partido imperialista norteamericano, cuya bandera enarbolaba McKinley, no hubiese ayudado a los separatistas cubanos, provocando una guerra que España "no podía ganar", Cuba habría seguido siendo española aun después de haber adquirido gradualmente la extensión de un régimen autónomo que la conducía a la independencia absoluta sin romper los lazos familiares con la Madre Patria»[48].

La posesión y el saqueo de las minas de oro y de diamantes, que provocaron la guerra de Transvaal entre los ingleses y los bóers —campesinos de Holanda—, casi coetánea (1899) a la de los españoles contra los norteamericanos en Cuba, provoca asimismo la indignación de Alberto Insúa frente a los imperialismos, causa para éste de ambas guerras —las de Cuba y Transvaal—. Estados Unidos e Inglaterra se enfrentan a dos países y culturas que habían aportado su civilización y el Evangelio a dos zonas atrasadas del mundo. Si Cánovas cayó desplomado por los tiros del anarquista Angiolillo, otro tanto le ocurrió a McKinley con Czolgose. El estadista español y el presidente norteamericano representaban a dos potencias. El surgimiento de una comportó la desaparición de la otra:

«Los Estados Unidos, protectores de Cuba y dueños de Puerto Rico y Filipinas, se encontraban, al recibir McKinley en Buffalo dos tiros de revólver, más poderosos que

[47] *Ibidem*, págs. 517-520.

[48] *Memorias I*, cit., pág. 346.

antes. Su fácil victoria sobre España —obra del número, no del valor; del dólar contra la peseta— les colocaban en el tablero de la política internacional en situación de gran potencia y en camino de sustituir a Inglaterra en su poderío internacional, en su talasocracia y en su papel de árbitro de los destinos del mundo…»[49].

Insúa atribuye a Inglaterra ser un país depredador de los frutos del esfuerzo ajeno como Estados Unidos lo fue al saquear toda la labor cultural y confraternizadora de España en Cuba.

Sus *Memorias* constituyen un documento ineludible para conocer y comprender algunos de los hechos más importantes y significativos de la reciente historia española y también europea. Están escritas con amenidad, sinceridad y apasionamiento. En sus páginas, la historia se impregna de cordialidad, las fechas encuadran a personajes representativos de la política, la literatura y el arte, descritos en su más honda cotidianidad humana. Y sobre todo, lo que Insúa quiere mostrar es la relación del hombre con todo aquello que le envuelve y le ha antecedido, en sintonía con el filósofo José Ortega y Gasset, coetáneo suyo:

«Todos dependemos, todos somos hijos —por decirlo así— de las guerras, de las revoluciones, de las grandes luchas humanas. La etopeya sigue a la epopeya como una niña débil y medrosa a una madre impávida y robusta»[50].

Alberto Insúa, cronista de la Primera Guerra Mundial

En el segundo volumen de sus *Memorias, Horas felices. Tiempos crueles*, Alberto Insúa, viajero incansable, redacta la crónica de la Gran Guerra. *Páginas de la guerra. Por Francia y por la libertad* y *Nuevas páginas de la guerra* son sendos libros que escribe en 1916 y 1917, respectivamente, en donde recoge el desarrollo bélico, las impresiones, algunas en tono lírico, y las valoraciones de esta primera guerra mundial

[49] *Ibidem*, pág. 350.

[50] *Ibidem*, pág. 7.

del siglo XX. Ya en *Dos francesas y un español* (1925) había novelado algunas de estas experiencias. En la rivalidad entre Francia e Inglaterra, su postura es claramente francófila.

Entre 1911 y 1913 trabaja, en París, de agente de la editorial Renacimiento, cuando en Francia caldeábanse los ánimos, se establecían las relaciones con los ingleses y rusos y comenzaban los conflictos con Alemania. En este último año viaja a Londres, «la capital […] del imperio más poderoso del mundo». Visita, en Stratford-on-Avon, la casa natal de Shakespeare, y el teatro de éste y, más tarde, se traslada a Bélgica, donde se empapa de arte, cultura e historia en Gante y Brujas.

Ante la declaración de guerra y la resuelta neutralidad española, Alberto Insúa reclama, en sus artículos periodísticos, un alineamiento de España con Inglaterra y Francia, lo que propiciaría una política euroamericana:

«Pero no, España no cedería bases navales, ni sacrificaría uno solo de sus hombres en una guerra que no le afectaba directamente y en la que figuraban países que allá, en el fondo más o menos lejano de la Historia, habían sido rivales suyos. […] Yo —debo declararlo con sinceridad— me sentía intervencionista. Hubiese querido que España se alistase al lado de Francia e Inglaterra» (II, cap. LIII).

Las razones de este intervencionismo junto a los aliados encontraban su justificación en razones culturales, étnicas y en el deseo de compartir una misma situación económica (II, cap. LXXVII):

«El de nuestra posición geográfica, que nos aconsejaba una buena amistad con Inglaterra y nuestros vecinos los franceses, con los cuales deberíamos compartir los protectorados de África. […] Inglaterra nos devolvería el peñón, "por gratitud". Y yo remachaba mi argumento pensando "que si habíamos luchado algunas veces contra Inglaterra, al lado de Francia y contra Francia codo a codo con Inglaterra, cuando una y otra se unían para defender la civilización occidental, la herencia de la Hélade, de Roma y del Renacimiento, el deber de España […] consistía en combatir junto a los aliados"» (II, cap. LVII).

Esta firme y radical postura aliadófila, que surge, por doquier, en las *Memorias*, se muestra enfrentada ante sus adversarios, al representar Prusia la raíz y el origen del militarismo alemán[51]:

«Francia estaba luchando por los motivos de la libertad y la justicia comunes a todas las patrias. "Los aliados —decíame yo entonces— defienden a todo el mundo. Los alemanes quieren dominar al mundo"» (II, cap. LX).

«Yo, por mi parte, deseaba con vehemencia el triunfo de los aliados y que en este triunfo la palma y corona correspondieran a Francia» (II, cap. LXVII).

«Pero, por encima de estas reflexiones, de estas hipótesis y conjeturas, se elevaba mi alegría […] por la palpitante y tangible victoria de los pueblos que representaban "mi" historia y "mi" cultura de hombre latino. "La germanización del mundo —pensaba— me hubiese resultado irrespirable" […].

Yo […] era un latino, nada más que un latino, y Francia, tanto como España, parecíame uno de los baluartes de la latinidad» (II, cap. CIII).

A mediados de noviembre de 1915 escribe, como corresponsal en París, su primer artículo, en el diario *Abc*. Esta dedicación periodística supuso una salida profesional para muchos escritores, pues «al empezar la guerra, salieron para Francia casi todos los escritores de más fama como corresponsales»[52]. Insúa «supo construirse un personaje de periodista político a la moderna, con un proyecto más amplio que el de relatar los hechos cotidianos»[53] al analizarlos y mostrarlos como testimonio. Se mantendrá en esta actividad hasta 1920, dejando aparcada su faceta novelística, aunque continuaba escribiendo cuentos para el *Paris Journal* y *L'Écho de Paris*. Cuando, por su orientación germanófila, el periódico de don Torcuato Luca de Tena fue incluido en las listas ne-

[51] *Abc*, 18-VI-1916.

[52] Claire-Nicolle Robin, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la primera guerra mundial», cit., pág. 222, nota 46.

[53] *Ibidem*, pág. 222.

gras por la Maison de la Presse, en los primeros meses de 1917, Alberto Insúa ocupó en la capital de Francia el cargo de enviado especial, a partir de mayo de este mismo año, de *La Correspondencia de España*. El Gobierno francés, en 1919, lo recompensó con la medalla de la Legión de Honor, que recibió junto a Fabián Vidal y Álvaro Alcalá Galiano. En 1922, concluye esta etapa importante y decisiva de su vida con su traslado a Madrid, tras una guerra vivida con intensidad y redactada día a día:

«Si me he detenido en el tema de este capítulo de mis Memorias es porque permite observar cómo las guerras del mundo civilizado se van haciendo cada vez más inhumanas, más "bárbaras". Los campos de concentración de la segunda han sido peores que ergástulas. Se tendía a la supresión del prisionero, a veces sobre el mismo campo de batalla. Como en los tiempos de Gengis Khan…

De la guerra del 14 al 18, por contraste con las posteriores, puede decirse "que fue todavía una guerra humanitaria y caballeresca"» (II, cap. LXXXVIII).

La trayectoria literaria de Insúa a través de sus *Memorias*

Las *Memorias* de Alberto Insúa, que comprenden desde su infancia cubana hasta el año 1927, cuando regresa, en visita, a su isla natal, recogen también la evolución, el análisis, la poética y la recepción de su obra literaria. Describen el ambiente cultural de su tiempo, las amistades y enemistades, los triunfos y rivalidades de quienes componían la República de las letras, «que no pasa de ser una feria de gitanos y chalanes», como la definiera Unamuno en los albores del mismo siglo[54], y «que ha estado constituida siempre por grupos, cenáculos o individuos que se aplauden, se ignoran o se desprecian entre sí»[55]. Son, asimismo, un testimonio de sociología literaria por las valoraciones que Insúa emite de los escritores y artistas contemporáneos. Alberto Insúa alternaba la novela y los relatos breves, principalmente en las colecciones «El Cuento

[54] Salamanca, marzo de 1907. Cito por «Ibsen y Kierkegaard», *Mi religión y otros ensayos breves*, Madrid, Colección Austral, Espasa-Calpe, 1973, pág. 55.

[55] *Memorias III*, cit., pág. 438.

Semanal», «Los Contemporáneos» y «La Novela Mundial», con sus colaboraciones periodísticas. «Aparecer en *El Cuento Semanal* era para los escritores noveles poner una pica en Flandes y recibir, durante seis días, el soplo de la Fama» (I, cap. LXXXI)[56].

La publicación de su primer libro, *Don Quijote en los Alpes* (1907), coincidió casi con el nacimiento de su primogénito y con la dirección de una pequeña editorial, Pérez Villavicencio, en la que Insúa publica esta recopilación de ensayos, «mi primer retrato espiritual» desde Ginebra, y sus dos primeras novelas. La primera de éstas (1907) la comenta así: «Con estos dos personajes en la imaginación me instalé en Ávila, por dos meses de aquel verano, y escribí *En tierra de santos*, mi primera novela, que fue como la primera tabla del tríptico de mi *Historia de un escéptico*. […] Diré, sí, que su parte descriptiva sigue pareciéndome admisible. No así las reflexiones de mis héroes, que reflejaban, en cierto modo, una situación de mi ánimo que hoy considero lamentable. Sufría yo entonces el influjo de los pensadores materialistas, un exceso de sensualidad juvenil y una crisis de descreimiento que fue, por fortuna, efímera» (I, cap. LXXXIII, pág. 541). Tanto Pérez Galdós como la condesa Pardo Bazán, «la impetuosa novelista» (I, cap. IV), estimularon la incipiente vocación novelística de Insúa (III, cap. XXXI). La segunda, *La hora trágica* (1908), «era un cuadro de la vida del Madrid que trasnocha, que copea, que baila y canta, o que ve bailar y oye cantar. El Madrid de los noctámbulos, los nocharniegos y los noctívagos. Y de las noctifloras, o sea de esas "flores del vicio" que sólo se abren de noche y exhalan un perfume muchas veces letal» (I, cap. LXXXVIII, pág. 566). *El triunfo* (1909), novela de tono noven-

[56] La valoración que Juan Manuel de Prada hace de esta colección literaria resulta parcial e injusta si nos atenemos a que la literatura de alcance popular, por sí misma, ya no es desdeñable. He aquí de este novelista sólo un pequeño fragmento de su texto: «*El Cuento Semanal* se convirtió en un éxito ruidosísimo que llegaría a desbancar a las restantes publicaciones periódicas. […] Un público abigarrado, compuesto de artesanos, modistillas, soldados tullidos, oficinistas y solteronas con sarpullido […] manifestaba así su sed de lectura. […] Eduardo Zamacois encabezó una promoción muy homogénea en su estilo e intenciones, en la que destacaban Alberto Insúa, Alfonso Hernández Catá, Antonio de Hoyos y Vinent, Felipe Trigo, Pedro Mata, Joaquín Belda y otros muchos cortados por el mismo patrón, cultivadores de un naturalismo decadente y cursi, nombres que en los primeros veinte años del siglo eran sinónimo de popularidad y que hoy ya sólo sirven para amueblar un museo de espectros», *Las máscaras del héroe*, Madrid, Valdemar, 1996, págs. 125-126.

tayochista, cierra la trilogía: «Lo mejor de *El triunfo* no residía en la acción de la novela, sino en su parte descriptiva, en sus anotaciones e interpretación del paisaje atlántico de Galicia» (I, cap. XCI, pág. 588).

«En octubre de 1909 publiqué un libro de cuyo título no quiero acordarme. […] Y todavía hay quienes, en carta anónima o en articulejos insidiosos, me echan en cara ese pecado de la juventud» (I, cap. XCII, pág. 590). Se refiere a *La mujer fácil*. Es un libro, folletinesco y naturalista, que narra las aventuras amorosas de un personaje libertino, y que fue recibido con éxito y tildado de inmoral, en una época dominada literariamente por Blasco Ibáñez[57], Pérez Galdós, Valle-Inclán y Unamuno (I, cap. LXXIV, pág. 497).

A instancias de su cuñado, Alfonso Hernández-Catá, cónsul de España en diversas capitales europeas, Alberto Insúa inicia su andadura de dramaturgo, pese a las reticencias que siempre mostró hacia el arte de Talía.

En 1912 escribe: «En mi "departamentito" de la calle Molière [de París] recibí los primeros ejemplares de mi novela *Las flechas del amor*, traducida por Renée y prologada por Maurice Barrès» (I, cap. LXXXVIII), político nacionalista y de derechas, autor de *Sangre, placer y muerte* (1894), de quien, a su vez, Insúa traduce el ensayo *El Greco o el secreto de Toledo* (1914), que acompaña con un ponderado prólogo en el que recuerda la atención mostrada por Ortega y Gasset y Azorín hacia el escritor francés.

Entre 1907 y 1913 mantiene Insúa una intensa actividad novelística que no impide sus artículos en *El Liberal*, *Los Lunes de El Imparcial*, y sus crónicas y cuentos en *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro*: «En octubre [de 1913] publiqué una novela llamada a tener gran divulgación: *Los hombres*, en dos tomos: *Mary los descubre* y *Mary los perdona*. No colaboraba con asiduidad en ningún diario, pero sí en las revistas del tipo de *El Cuento Semanal*, para las cuales escribí durante varios años un gran número de novelas cortas, género que entonces "se vendía en España como pan", y aún más barato que el pan, pues por treinta céntimos, menos del costo de una libra de éste,

[57] Quien «no reconocía entre los literatos de la época a ningún maestro. Del propio Galdós se mofaba "con sus Miquis y Tiquis Miquis" y con "sus barrios bajos, sus curas, sus menestrales y sus braseros". Le faltaba a don Benito "universalidad". […] "¿Emilia?" […]. La verdad era que escribiendo parecía un hombre, "un señor con toda la barba". […] Pereda, magnífico pero "tan clerical" […] y Valle-Inclán "con sus Sonatas delicuescentes" y el *alicantino* "Martínez Ruiz con su paraguas rojo y su Montaigne". ¡Bah! No había nadie, no había nada…» (I, cap. LXVIII).

ofrecían los editores de aquellos semanarios literatura novelesca inédita de los autores más ilustres o populares de entonces» (II, cap. XLVIII).

Mientras el público de la escena aplaudía a Pérez Galdós, a Benavente, a los hermanos Álvarez Quintero, a Marquina y a Martínez Sierra, Alberto Insúa estrena, en la noche del 23 de enero de 1914, en el teatro Lara de Madrid, en coautoría con Alfonso Hernández-Catá, *En familia*, cuya acción se sitúa en Galicia. Una obra que «no podía ser más trivial», y que «obtuvo un éxito "de clamor", como entonces se decía. […] La piececita, en un Madrid que andaba bastante lejos del millón de habitantes, se mantuvo en el cartel hasta el Sábado de Gloria y pasó muy pronto a las compañías que actuaban en provincias y en Hispanoamérica» (II, cap. XLIX). Suceden a ésta *Nunca es tarde* (1914), «mínima comedia» de la que, «desde las primeras frases entre Leocadia y Joaquina, "se dibujó" su éxito» (II, cap. L); *Cabecita loca*, del mismo año, con desigual fortuna en el teatro Español de Madrid, y *El bandido*, estrenada en La Habana en 1915 (III, cap. XCVI).

A principios de 1915, se traslada a París. A pocos kilómetros del frente de la guerra, que «era demasiado fuerte y tremendo para permitirme pensar en lo que no fuese "eso mismo", le inspira *De un mundo a otro* (1916), proyectada, en un primer momento, como una serie de episodios galdosianos, e interrumpida por sus artículos, en francés, en *Paris Journal* y *L'Écho de Paris*.

En *Las fronteras de la pasión* (1920) recreará el paisaje de Mallorca tras una estancia, cinco años antes, en esta isla con Renée Lafont, su traductora al francés de distintos libros en la editorial Tallandier y de sus colaboraciones en revistas francesas, con la que mantuvo una larga relación literaria y también sentimental (II, cap. XLVII).

Entre 1915 y 1920, escribe en Francia algunos artículos periodísticos para el *Abc* y otros diarios. «No echaba yo de menos la vida literaria de Madrid, ni lamentaba haber interrumpido mi labor de novelista —con una docena de obras en circulación— y de dramaturgo en cierne, para dedicar mi pluma al periodismo» (II, cap. LXX). *El peligro* (1915) que apareció en Madrid fue «una de mis novelas mejor acogidas por la crítica. […] Habían quedado en poder de Alfonso tres obras teatrales, segunda y última parte de nuestra colaboración, que estrenaron Margarita Xirgu y Ricardo Puga, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y Ernesto Vilches. […] Ninguna llegó al gran éxito. […] Yo daba, sin amargura, por terminada mi "carrera de drama-

turgo" (II, cap. LXX). A la vuelta de París, entrega al comediógrafo Gregorio Martínez Sierra *La madrileña* (1917), una comedia «que concebí y plasmé como un tema muy universal "localizado" en el Madrid contemporáneo» (II, cap. XCIV).

Si Felipe Trigo, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Armando Palacio Valdés y Ricardo León eran, en esta década, los escritores más solicitados por el público, obtenían el aplauso popular los actores Manuel González, Pedro Zorrilla, Ernesto Vilches, Juan Bonafé, Mariano Asquerino, Antonio Riquelme y Pepe Santiago.

Insúa ve impresa, en la conocida editorial francesa Flammarion, su novela *El peligro*, con el título de *Le goût du danger*, y una edición de *Las flechas del amor* con el de *Les flèches de l'amour. Mœurs madrilènes*, prologada por M. Barrès y traducidas ambas por Renée Lafont (III, cap. VII). Ausente, durante un lustro, de España, relee a los clásicos franceses, románticos, naturalistas, simbolistas y parnasianos y también a los moralistas y filósofos. Frecuenta la escena francesa cuando en España triunfaban Valle-Inclán y Ricardo León y despuntaban W. Fernández Flórez y Pérez de Ayala (III, cap. XIV), aunque sus preferencias se dirigen más hacia los autores del siglo XIX que a los de su propio siglo (III, cap. X).

Insúa publica, entre 1918 y 1921, *Maravilla*, novela recibida con elogios por la condesa Pardo Bazán (III, cap. XLII), *Las fronteras de la pasión*, *Un corazón burlado* y *La batalla sentimental*, «estudios psicológicos en torno al sentimiento amoroso y cuadros de costumbres españolas» (III, cap. XXXVIII), que no fueron bien acogidos por el público español, pues se apartaban de su trayectoria general.

En 1921, veraneando con su segunda mujer, Gabriela Sagó, en Equy, en la Bretaña francesa, escribe su novela más popular, *El negro que tenía el alma blanca*, cuyo argumento surge al hilo de una anécdota, ocurrida junto a su hermano Manuel (III, cap. XXXIX), comentada detalladamente en sus *Memorias* (III, caps. XXXIX, XL, XLI y XLI), y que lo aúpa a la vanguardia de los escritores contemporáneos más leídos. Destacan en esta novela el análisis de la pasión amorosa y la descripción de ambientes vividos por su autor: Cuba, Madrid, París y «ese aire que llaman de "entre bastidores", o de la farándula». José Ortega Munilla, en el periódico *Abc*, le dedicó a esta novela «un generoso y apasionado artículo». El teatro y el cine colaboraron a la celebridad del libro, que conoció tres versiones cinematográficas[58] en 1927, 1934, bajo la direc-

[58] Ver *El negro que tenía el alma blanca*, ed. de Santiago Fortuño, Madrid, Clásicos Castalia, 1998, págs. 42-43.

ción de Benito Perojo, y 1948. Juan de Orduña ya se había inspirado en una novela corta de Alberto Insúa para realizar su guión cinematográfico *Los vencedores de la muerte*[59]. De vuelta a Madrid, sigue con sus colaboraciones en diversos periódicos: *La Correspondencia*, *La Voz*, *El Sol*…

El público español, en el comienzo de la década de los años veinte, celebra a los ya clásicos: Galdós, recientemente fallecido, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés, Unamuno, Pío Baroja, Ricardo León, Valle-Inclán, W. Fernández Flórez, Pedro Mata, Alejandro Pérez Lugín, Pérez de Ayala, Gómez de la Serna, Gabriel Miró, Francisco Camba, Augusto Martínez Olmedilla, Juan Pujol, Rafael López de Haro, José Francés, Eduardo Zamacois, Ramírez Ángel, Antonio de Hoyos y José María Carretero (III, caps. XXXVIII y XLII). Otro tanto sucede en la escena con Benavente, los hermanos Quintero, Federico Oliver, Carlos Arniches, Linares Rivas, Martínez Sierra, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa, los autores de primera fila (III, cap. LVII). Comenzaban, por su parte, a sobresalir los jóvenes García Lorca, Juan Ignacio Luca de Tena, Felipe Sassone… (III, cap. LXV) y muchos actores y actrices de la talla de Enrique Borrás, José Isbert, Fernando Díaz de Mendoza, María Guerrero, Aurora Redondo y Fernanda Ladrón de Guevara…

La afición a los toros y toreros más aplaudidos de la época —buena muestra fue su prólogo documentado a *El toro, ese genio de combate* (1955) de la francesa Marie Mauron, «el primer libro que leemos, acerca del toro y los toros, escrito por una mujer»— motiva su novela *La mujer, el torero y el toro* (1926), que alterna con las novelas cortas, pues sigue escribiendo cuatro o cinco al año. «Fue, en verdad, un tiempo próspero para la literatura española por ese auge de las novelas breves que incitaba al público a pasar del quiosco a la librería para adquirir las grandes» (III, cap. LXXXV). Destacaban, de entre muchas[60], «La Novela de Hoy» de Artemio Precioso y «La Novela Mundial» de Luis Montiel, que «pagaban con esplendidez a sus colaboradores».

[59] *Memorias III*, cap. LXXXV, pág. 475. *Los vencedores de la muerte* (1927), film cuyo director fue Antonio Calvache, su protagonista Juan de Orduña y su productora Films Numancia. Adaptación de una novela de Insúa sobre temática automovilística. Carlos Aguilar, *Guía del vídeo-cine*, Madrid, Cátedra, 1997. En la bibliografía de Alberto Insúa no aparece ninguna novela publicada con este título.

[60] A. Sánchez Álvarez-Insúa, *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España* (1907-1957), Madrid, Libris, 1996.

La recepción de la obra literaria y la poética de Alberto Insúa

Alberto Insúa fue proclive a desvelar las claves de su escritura. En las *Memorias* nos ofrece, junto a sus reflexiones en torno a los acontecimientos vividos («pormenores de mi vida amatoria, de la que hay tantos reflejos en mi obra novelesca», reconocerá[61]), el mundillo literario del que forma parte y también su poética, los principios estéticos que informan su obra, de qué lecturas se nutre ésta, los objetivos que se propone con la misma y la tradición literaria en la que se inscribe o, dado el caso, de la que marca distancias.

Insúa fue un lector voraz. No poseía, según manifiesta en sus *Memorias*, una facilidad natural para escribir. Como escritor, se inclinaba más hacia la novela, predominantemente la de tema amoroso, que al teatro del que ofreció no escasas muestras:

«Estas inquietudes se manifestaban en tres formas […]. La lectura ávida de novelas, de ensayos más o menos filosóficos, de artículos de periódicos. […] Porque mi pluma no era fácil, sino premiosa, y en muy raras ocasiones corría "a rienda suelta" sobre el papel. […] Lo que ocurría era, sencillamente, que la novela me apasionaba, y el teatro, en cambio, sólo me atraía como espectador y lector» (I, cap. LIII).

«Yo no me siento libre cuando escribo para el teatro. Será cuestión de temperamento o falta de habilidad. En la atmósfera de la novela respiro a mis anchas» (III, cap. XIV).

Insúa suscribe, junto a otros escritores, en 1908, el Manifiesto del Teatro de Arte en el que se hace una llamada a abrir nuevos caminos al arte escénico con «el definitivo derrumbamiento de las fórmulas viejas que lo oprimen y anquilosan».

Prefería nuestro novelista la lectura de los autores clásicos a los contemporáneos, que no han recibido aún la criba del tiempo:

«Yo no ponía ni quitaba autores, pero ayudaba a los míos, entre los cuales no predominaban los modernos ni los más recientes, pues gusto de esperar a que ma-

[61] I, cap. LXXVI.

duren para mi paladar de lector, y algunos se me quedan siempre en agraz. […] Mis lecturas eran sobre todo españolas y más de autores clásicos que contemporáneos, si bien, entre estos últimos, figurase en primer término mi amado Galdós» (III, cap. XXXIV).

Reiteradamente declara que en su quehacer literario busca la claridad, la sencillez, evitando los excesos formalistas. Cree, al tiempo que surgía la teoría de la deshumanización del arte, que la literatura debe reproducir la vida y el lenguaje vivo y expresivo de sus personajes, que plasme en sus obras no sólo las pasiones humanas sino también su variada expresión verbal:

«No me alejaba de los clásicos ni destruía mi convicción de que la mejor prosa era la más diáfana y la más directa, y la mejor lírica la que se expresara "con menos adornos"» (I, cap. LXI).

«Una disposición ingénita en mi espíritu […] me alejaba de lo enfático y declamatorio en el diálogo de los personajes, para preferir, precisamente, *eso* que llamaban naturalidad» (I, cap. LIII).

«Yo, mirándome siempre en el límpido espejo de Cervantes» (III, cap. XLIII).

«Reconozco las bellezas del preciosismo, mas prefiero a las piedras preciosas las del simple cristal, y aun las de vidrio, que también brillan a la luz del sol. Leo a los arcaizantes y a los que se enamoran de los vocablos que yacían en los panteones de la Lengua y desdeñan los que viven en el habla vulgar de su época, como si de ese vulgo, con sus "familiarismos", no brotase una de las corrientes renovadoras del idioma. […] Puesto a preferir un estilo, opto por el que llamo "desnudo", que no vale por su ropaje y sus galas, sino por su movimiento y su euritmia» (III, cap. LXXIX).

Y da su propia interpretación de cómo deben respetarse la gramática y las reglas de la buena literatura:

«Esto de escribir "correctamente" se estima hoy, entre algunos escritores, innecesario, como si el primer deber del literato no consistiera, sencillamente, en "escribir bien", en respetar las normas del lenguaje, que no son, por cierto, rígidas, pues se adaptan a todos los temperamentos y gustos» (III, cap. XXXVI).

Cultivó los distintos géneros literarios evitando tener muy cercano e inmediato el hecho que suscita el argumento novelístico. En otras ocasiones, las *Memorias* de Alberto Insúa componen un manual de estilo y un conjunto de reflexiones en torno al arte de escribir:

«Siempre será para los escritores esto de escribir un libro ajeno a las circunstancias que los rodean, una fórmula magnífica de evasión» (II, cap. XCIII).

«Y algo, que me parece importante en la vida de un escritor cualquiera, pude comprobar entonces: que la discontinuidad y alternación de sus trabajos no perjudican, sino más bien favorecen, el mejor desarrollo y ajuste de sus obras» (II, cap. XCIV),

pues

«escribir también era pintar, que el pintor presentaba visibles los colores y el escritor los sugería a la mente y la sensibilidad de sus lectores» (III, cap. LVI),

y

«Los personajes de mi libro proceden unos de la realidad y otros de mi fantasía, si bien en estos últimos pueda advertirse cierto parecido con personas verdaderas. A todos los desfiguro, o mejor transfiguro, adaptándolos a una acción imaginaria. A ninguno de ellos les pasó en la vida, en sus vidas, lo que les ocurre en mi novela. Yo les presté, les impuse otras. El don del novelista supongo que consiste en lograr que sus existencias inventadas interesen y conmuevan al lector como si fueran reales. […] Si se arguye que no puede negarse en el poema, en el teatro y en la novela un puesto a la fantasía, cabe redargüir que la propia vida es fantástica, que el sueño y el ensueño son tan elementos suyos como los actos cotidianos, visibles, palpables» (III, cap. LXXVI),

siempre en busca de la amenidad, que no encontraba, de manera alguna, en la prosa de los discursos políticos, en boga en su época:

«Procuraba yo, ante todo, que mis artículos no pareciesen ensayos, que resultasen amenos y que reflejasen episodios de la actualidad» (III, cap. LXXX).

Las diversas orientaciones literarias del siglo XX no han impedido que la novela de Alberto Insúa haya dejado de ser objeto de lectura y estudio. Con el exilio del escritor, tras la guerra civil de 1936, fue relegado a un segundo lugar. En estos últimos años, como se desprende de la bibliografía sobre su obra, la atención hacia ésta se ha incrementado, aun por parte de hispanistas franceses, ingleses y norteamericanos.

Si bien es cierto que la obra literaria de Alberto Insúa consiguió un público popular fervoroso, fiel y amplio, también algunas figuras coetáneas de la intelectualidad y de renombre literario (Maurice Barrès, de la Academia Francesa, José Ortega Munilla, Federico García Sanchiz, José de Armas, Valentín de Pedro…) reconocieron su valía:

«Mis artículos gustaban, y no sólo a los lectores desconocidos "del montón", sino a personas de tanta sabiduría y cultura como don Santiago Ramón y Cajal, que me hablaba de ellos con elogio, y a un periodista tan mundano, en el mejor sentido de la palabra, como el marqués de Valdeiglesias» (III, cap. LXXX).

Recibió asimismo elogios de Joaquín Costa, asiduo del Ateneo de Madrid y lector de los artículos de Insúa en *El Liberal* y *El Imparcial*, de quien recordaba este breve juicio que resume toda una marca de estilo:

«Y le considero a usted un escritor de veras, porque sabe aplicar el adjetivo al nombre de tal modo que el lector queda conforme y no siente ganas de operar ningún cambio» (I, cap. LXXIX).

Alberto Insúa integra en estas *Memorias* los años centrales de su vida en el panorama de su tiempo, al que valora y describe con entusiasmo, «mi anhelo de ser en es-

tas páginas nada más que un hombre que da testimonio de los grandes hechos de su época»[62], y en el que participó activamente. Sus *Memorias* también nos facilitan las claves interpretativas de su obra, una de las más populares en la primera mitad del siglo XX.

S. F. LL.

[62] *Memorias I*, cit., pág. 10.

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La presente antología de las *Memorias* de Alberto Insúa recoge un considerable número de textos de los tres volúmenes de éstas, publicados, en primera y única edición, los años 1952, 1956 y 1959, respectivamente, en la editorial madrileña Tesoro.

Esta selección abarca tres ámbitos, el social, el histórico y el cultural-literario, principalmente, relacionados con la biografía de Alberto Insúa: sus vivencias personales de la guerra de Cuba, sus viajes por la Europa de las dos primeras décadas del siglo xx como corresponsal de guerra en París, la trayectoria literaria y las relaciones sociales del novelista con los escritores contemporáneos.

Seguimos, y lo señalamos en esta edición, el orden de los volúmenes y de los capítulos de las *Memorias*. Dada su relevancia y, en ocasiones, su extensión, éstos se presentan en su integridad o fragmentariamente.

En todo caso, hemos intentado justificar la selección de los textos por su alcance significativo, aun a sabiendas de la inherente parcialidad de cualquier antología, sus inevitables omisiones y saltos cronológicos. Se ha actualizado la ortografía y, en su caso, respetado los peculiares rasgos de estilo por la espontaneidad de su escritura.

Quiero agradecer a Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, quien siempre me ha ofrecido generosamente cualquier información acerca de la vida y obra de su abuelo, Alberto Insúa. A los profesores Richard Hitchcock de la University of Exeter, a Roselyne Mogin de la Université d'Angers, a Jean-Claude Rabaté de la Université de Paris III-Sorbonne por su información bibliográfica y a María Isabel Cazenave Quero por la ayuda ofrecida en el Archivo de la Subdelegación de Gobierno de Málaga.

BIBLIOGRAFÍA

De Alberto Insúa

Novelas

Historia de un escéptico. En tierra de santos, 1907.

Historia de un escéptico. La hora trágica, 1908.

Historia de un escéptico. El triunfo, 1909.

La mujer fácil, 1909.

Las neuróticas, 1910.

La mujer desconocida, 1911.

El demonio de la voluptuosidad, 1911.

Las flechas del amor, 1912.

Los hombres. Mary los descubre, 1913; *Mary los perdona*, 1913.

El peligro, 1915.

De un mundo a otro. Novela de la guerra, 1916.

Las fronteras de la pasión, 1920.

La batalla sentimental, 1921.

Un corazón burlado, 1921.

El negro que tenía el alma blanca, 1922.

La mujer que necesita amar, 1923.

La mujer que agotó el amor, 1924.

Un enemigo del matrimonio, 1925.

Dos francesas y un español, 1925.

La mujer, el torero y el toro, 1926.

La virgen y la fiera, 1927.

El secreto de Cristina, 1928.

Marte interrumpe el amor, 1928.

La dama misteriosa, 1928.

Humo, dolor, placer, 1928.

El barco embrujado, 1929.

El amante invisible, 1930.

El amor en dos tiempos, 1931.

Ha llegado el día, 1932.

La diosa número 2 (en colaboración con Alfonso Hernández-Catá, José Francés y Concha Espina. Cada uno de estos autores escribió uno de sus cuatro capítulos), 1931.

El complejo de Edipo, 1933.

La sombra de Peter Wald. Segunda parte de *El negro que tenía el alma blanca*, 1938.

Nieves en Buenos Aires, 1955.

Novelas breves

Las señoritas, 1907.

Amor prohibido, 1909.

Cómo cambia el amor, 1909.

El crimen de la calle de…, 1909.

La camarera del Bar Inglés, 1910.

Amores primaverales, 1911.

El padre y el hijo, 1911.

El alma y el cuerpo de Don Juan, 1912.

Aguas termales, 1912.

Tres líneas de «Matin», 1913.

En memoria de Víctor Bruzón, 1913.

El rival, 1914.

El cordero-lobo, 1915.

Juventina, 1915.

Marichu, 1915.

Espejismo, 1916.

La madrina. Tragicomedia, 1916.

Los hombres (Mary los descubre), versión abreviada, 1916.

Los hombres (Mary los perdona), versión abreviada, 1916.

La agonía de Don Juan, 1919.

Maravilla, 1920.

Las alas rotas, 1920.

Los filántropos, 1920.

Las cigarras, 1921.

La hiel, 1921.

Memorias de un asesino genial, 1921.

Hebes del arroyo, 1921.

Una aventura termal, 1922.

El hijo golfo, 1922.

La mujer y la muñeca, 1922.

Mi tía Manolita, 1922.

El manuscrito del Padre Clarencio, 1922.

Un idilio de quince días, 1922.

El regalo de la muerte, 1923.

El mejor de los tres, 1923.

Un asesino impecable, 1924.

La caricia de los brillantes, 1924.

La sangre triunfante, 1924.

Felicidad, 1924.

La locura del Rolls, 1924.

Las doce aventuras del año, 1924.

Las dos manos del amor, 1925.

El hijo postizo, 1925.

Una historia francamente inmoral, 1926.

El reflejo de Caín, 1926.

Olga, la revolucionaria, 1926.

La liga, 1926.

En el alegre Madrid de 1905, 1926.

La señorita y el obrero o un «flirt» en la verbena de San Antonio, 1926.

Mademoiselle Simone en Madrid, 1926.

La casa de los solteros, 1927.

El galán supersticioso o el matrimonio imposible, 1927.

El vicio y la virtud en el Atlántico, 1927.

Todo acabó bien, 1928.

Germana y su fox, 1928.

La amante vieja y el poeta, 1928.

El capitán Malacentella, 1929.

Pasión de artista, novela escénica en tres cuadros, 1929.

Aquel hombre…, 1930.

La encantadora señorita Irma, 1931.

Las flechas del amor, 1932.

El secreto de la abuela, 1936.

La batalla sentimental, 1936.

La curiosa impertinente, 1941.

Dos muñecas de París, 1941.

El tercer ladrón, 1952.

Epicteto, 1952 (en la colección de novela breve «La hiel»).

Sastre, 1952 (en la colección de novela breve «La hiel»).

Colecciones de novelas breves

Amores primaverales, 1911.

El deseo, 1912.

El alma y el cuerpo de Don Juan, 1915.

Juventina la bella, 1921.

Mi tía Manolita, 1926.

Hombres y mujeres que aman, 1927.

La segunda Salomé, 1931.

La hiel, 1952.

La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920), 1959.

Cuentos

«Espíritu Santo», 1906.

«Remordimiento», 1908.

«Confesión», 1910.

«Historieta de las vestiduras trocadas», 1911.

«La sabia», 1916.

Cuentos dramáticos. 1910. Contiene «El imperdible», «El cómplice», «Espíritu Santo», «El jorobadito», «Pepino» y «Epílogo risueño».

Dramas (fecha de su estreno)

En familia, 1914.

Nunca es tarde, 1914.

Cabecita loca, 1914.

El amor tardío, 1915.

El bandido, 1915.

La culpa ajena, 1916 (esta obra y las cinco anteriores fueron compuestas con la colaboración de Alfonso Hernández-Catá).

La madrileña, 1917.

Una mano suave (en colaboración con Tomás Borrás), 1928.

Ensayos

Sobre beneficencia social. Memoria, presentada para su discusión en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación durante el curso 1904-1905. Madrid, Imprenta de la sucesora de M. Minuesa de los Ríos, 1905.

Don Quijote en los Alpes, Madrid, Renacimiento, 1921 (edición definitiva).

Los días mejores, Madrid, Librería de los sucesores de Hernando, Biblioteca de Escritores Gallegos, 1910.

Páginas de la guerra. Por Francia y por la libertad, Madrid, Renacimiento, 1917.

Nuevas páginas de la guerra, Madrid, Renacimiento, 1917.

Evocación de Hernández-Catá. Conferencia, Buenos Aires, 1943.

Mujeres de papel, Santa Fe, República Argentina, 1948.

El problema del hambre. Juicios emitidos, en colaboración para este libro, por D. Jacinto Benavente, D. A. Palacio Valdés y Alberto Insúa, Madrid, Minuesa, 1932.

Memorias

Memorias I. Mi tiempo y yo, Madrid, Tesoro, 1952.

Memorias II. Horas felices, tiempos crueles, Madrid, Tesoro, 1953.

Memorias III. Amor, viajes y literatura, Madrid, 1959.

Artículos en revistas

«A través de un libro», *La República de las Letras*, año I, núm. 5, 3 de junio de 1905, págs. 2-3.

«Juventud discreta», *La República de la Letras*, año I, núm. 9, 1 de julio de 1905, pág. 5.

«De un colegio de jesuitas. Dulces memorias», *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 2, 21 de abril de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. Dulces memorias» (continuación), *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 3, 28 de abril de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. En los claustros solitarios», *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 4, 5 de mayo de 1907, págs. 8-9.

«De un colegio de jesuitas. Proyectos» (conclusión), *La República de las Letras*, año I, 2.ª época, núm. 5, 5 de mayo de 1907, págs. 8-9.

Reseñas y artículos periodísticos

«Frivolidad, novela por Antonio Hoyos y Vinent. Madrid, 1905», *Nuestro Tiempo*, 6, 1906, págs. 172-176.

«Enrique Federico Amiel. Más allá de *Diario íntimo*. Berta Vadier», *Los Lunes de El Imparcial*, año XLI, 4 de febrero de 1907, págs. 3-4.

«Ecos de París. Una novela de Marcel Prevost», *Blanco y Negro*, año 26, 7 de mayo de 1916.

«El cinematógrafo y España. La revolución de Musidora», *La Esfera*, año VIII, 30 de abril de 1921.

«Anormalidad española», *La Voz*, año IV, 28 de abril de 1923.

«La ingenuidad de Loti», *La Voz*, año IV, 18 de junio de 1923.

«Una carta de Alberto Insúa», *El Sol*, año IV, 10 de julio de 1923.

«Glosas. El arte y la libertad. Carta abierta a W. Fernández Flórez», *La Voz*, 24 de octubre de 1924, pág. 2.

«Doña Perfecta. ¿Es una realidad?», *La Voz*, año VI, 21 de marzo de 1925.

«Doña Perfecta. Su ideal y el de Pepe Rey», *La Voz*, año VI, 26 de marzo de 1925.

«Doña Perfecta. Árbol y fruto», *La Voz*, año VI, 27 de marzo de 1925.

«Perspectivas. El secreto de la novela», *La Voz*, año VI, 21 de diciembre de 1925.

Prólogos

Fernando Mora, *Nieve. Cuentos naturalistas*, Madrid, Librería de Pueyo, 1910. Prólogo de Alberto Insúa.

Maurice Barrès, *El Greco o el secreto de Toledo*, Madrid, Renacimiento, 1914. Traducción y prólogo de Alberto Insúa.

Georges Rodenbach, *Brujas, la muerta*, Madrid, Fortanet, 1918. Prólogo de Alberto Insúa.

Henry Ardel, *Lecturas para mi hija. La hora decisiva. Novela*. Madrid, Rivadeneyra, 1922. Prólogo de Alberto Insúa.

Elissa Rhais, *Saâda la marroquí*, Madrid, Rivadeneyra, 1922. Nota de Alberto Insúa.

Jean de Foville, *La sonata de Bach*, Madrid, Rivadeneyra, 1923. Prólogo de Alberto Insúa.

Paul Morand, *La Europa galante*, Madrid, Siglo XXI, 1926. Prólogo de Alberto Insúa.

Louis Hemon, *María Chapdelaine. Novela canadiense*, Madrid, Rivadeneyra, 1932. Prólogo de Alberto Insúa.

Curros Enríquez, *Aires d'a miña terra*, Buenos Aires, Emecé, 1940. Prólogo de Alberto Insúa.

Anselmo González Climent, *Andalucía en los toros, el cante y la danza*, Madrid, Imprenta de E. Sánchez Leal, 1953. Prólogo de Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *Caciques aborígenes venezolanos*, Caracas, Imprenta Nacional, 1953. Prólogo de Alberto Insúa.

Marie Mauron, *El toro, ese genio del combate*, Madrid, Ediciones y Publicaciones, S. A., 1955. Traducción de Gabriela Insúa y prólogo de Alberto Insúa.

Teodoro Bardají, *La cocina de ellas y gastronomía elemental y superior*, 2.ª ed., Madrid, Nuevas Gráficas, 1955. Prólogos de José M.ª Pemán y Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *La humanidad de los mitos*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1955. Prólogo de Alberto Insúa.

Antonio Reyes, *El libro de mi vida: memorias*, Madrid, Cultura Clásica y Moderna, 1960-1961. Prólogo de Alberto Insúa.

Traducciones

Maurice Barrès, *El Greco o el secreto de Toledo*, Madrid, Renacimiento, 1914.

Edmond, Jaloux, *Lo demás es silencio*, Madrid, Estrella, 1921.

Edmond Louis Antoine Huot y Jules de Goncourt, *La mujer en el siglo XVIII* (1862), Buenos Aires, Luis D. Álvarez, 1946. Nota preliminar de Pedro Massa. Prólogo de Edmundo y Julio de Goncourt, París, febrero de 1862.

Laure Permon Abrantes, duquesa de, *Portugal a principios del siglo XIX. Recuerdos de una embajadora*, París, 1912; Madrid, Espasa-Calpe, 1945.

Algunas traducciones de las obras de Alberto Insúa

Al francés

Le démon de la volupté. Mœurs espagnoles, 1913.

Les flèches de l'amour. Mœurs madrilènes, 1914.

Le goût du danger, 1919.

La femme, le toréador et le taureau, 1920.

La femme et la poupée. Nouvelle inédite, 1921.

Maravilla. Nouvelle inédite, 1921.

Le nègre qui avait l'âme blanche. Roman, 1930.

Les névrosées.

La femme et la poupée, nouvelle inédite, 1934.

Al portugués

O preto que tinha a alma branca, 1926.

O inimigo do matrimonio. Romance da actualidade, 1927.

Um coraçao ludibriado. Romance, 1927.

A mulher que precisa de amor, 1927 y 1935.

A mulher que esgotou o amor. Romance da actualidade, 1927.

O prazer do perigo, 1927.

Al alemán

*Die Pfeile des Liebe**.

Weib, Torero und Stier, 1930.

Al italiano**

La donna, il torero e il toro.

Le frecce dell'amore.

Il negro dall'anima bianca.

Un nemico del matrimonio.

Al sueco

Negern som hade en vit själ, 1928.

* No me ha sido posible localizar en las bibliotecas públicas alemanas ejemplar alguno de esta novela.

** En ninguna biblioteca pública de Italia se catalogan estas novelas traducidas de Alberto Insúa.

Sobre Alberto Insúa

Libros y ediciones

Aub, Max, *Manual de historia de la literatura española*, México, 1. D. F., Editorial Pormaca, s/a.

Cansinos Assens, Rafael, *La nueva literatura*. iv. *La evolución de la novela (1917-1927)*, Colección de estudios críticos, Madrid, Editorial Páez, 1927, págs. 160-169.

—, *La novela de un literato, 1*, *2*, *3*, Madrid, Alianza Editorial, 1966.

Carmona Nenclares, Francisco, *El amor y la muerte en las novelas de Alberto Insúa*, Madrid, Crítica, 1928.

Cejador y Frauca, Julio, *Historia de la lengua y literatura castellana, comprendidos los autores hispanoamericanos*, tomo xii, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1920. Edición facsímil, Madrid, Gredos, 1972, págs. 209-210.

Entrambasaguas, Joaquín de, *Las mejores novelas contemporáneas*, tomo vi, Barcelona, Planeta, 1960, págs. xiii-xx y 305-341.

Fortuño Llorens, Santiago, (ed., introd. y notas), en Alberto Insúa, *El negro que tenía el alma blanca*, Madrid, Clásicos Castalia, 1998.

— (ed., introd. y notas), en Alberto Insúa, *Humo, dolor, placer*, Madrid, Castalia-Clásicos Madrileños, 1999.

García de Nora, Eugenio, *La novela española contemporánea (1898-1927)* y *(1927-1939)*, Madrid, Gredos, 1973.

Landeira, Ricardo, *The Modern Spanish Novel 1898-1936*, Boston, Twayne Publisher, 1985.

Litvak, Lily, *Antología de la novela corta erótica española de entreguerras 1918-1936*, Madrid, Taurus, 1993.

Magnien, Brigitte, y otros, *Ideología y texto en El Cuento Semanal (1907-1912)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1986.

Mainer, José-Carlos, *Literatura y pequeña burguesía en España. Notas (1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1972.

—, *Historia y crítica de la literatura española. Modernismo y 98*, Barcelona, Crítica, 1994, tomo 6/1.

Martínez Cachero, José María, *La novela española entre 1936 y el fin de siglo. Historia de una aventura*, Madrid, Castalia, 1997.

Osuna, Rafael, *Las revistas españolas entre dos dictaduras: 1931-1939*, Valencia, Pretextos, 1986, pág. 96.

Sainz de Robles, Federico Carlos (estudio preliminar, selección y notas), *La novela corta española. Promoción de «El Cuento Semanal» (1901-1920)*. Madrid, Aguilar, 1959.

— (introd.), en Alberto Insúa, *Obras selectas*, Barcelona, AHR, 1959, lii, págs. xxxvii-xli.

—, «Alberto Insúa (1883-1963)», en *Raros y olvidados, La Estafeta Literaria*, 1-XI-1969, pág. 20.

—, *Raros y olvidados (La promoción de «El Cuento Semanal»)*, Madrid, Prensa Española, 1971.

—, *La promoción de El Cuento Semanal (1907-1925)*, Madrid, Austral, 1975.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, M., *Alberto Insúa y su entorno histórico y literario (1883-1963)*, Madrid, Ayuntamiento e Instituto de Estudios Madrileños del CSIC, 1986.

SCHEERER, Thomas M., *Studien zum sentimentalen Unterhaultungsroman in Spanien. Pedro Mata, Alberto Insúa und José María Carretero*, Heildelberg, Carl Winter, Universitätsverlaag, 1983.

VALBUENA PRAT, Antonio, *Historia de la literatura española. Del realismo al vanguardismo*, tomo V, Barcelona, Gustavo Gili, S. A., 1983, 9.ª ed. ampliada y puesta al día por M.ª del Pilar Palomo.

Artículos

ARMAS DE, José, «Alberto Insúa juzgado por José de Armas», *El Liberal*, Madrid, primavera de 1914.

BARRÈRE, Bernard, «La crise du roman en Espagne 1915-1936. Le cas d'un romancier: Alberto Insúa», *Bulletin Hispanique*, LXXXV, 3-4, 1983, págs. 233-279.

FEBLES, Jorge, «Encuentro, desencuentro: España frente a Cuba en las *Memorias* de Alberto Insúa», *Letras Peninsulares*, Spring, 1992, págs. 57-74.

FORTUÑO LLORENS, S., «Les *Mémoires* d'Alberto Insúa: Cuba entre deux Empires», *Annales de l'Université de Savoie, Fin(s) d'Empire(s), recherche de nouvelles identités nationales*, n. 29, 2002, págs. 117-126.

GARCÍA SANCHIZ, Federico, «Al margen de *Humo, dolor, placer*. La Habana y sus enamorados», *El Imparcial. Suplemento Literario*, 29 de julio 1928, pág. 14.

HEMINGWAY, Maurice, «Alberto Insúa (1883-1963): Ensayo bibliográfico», *Revista de Literatura*, LVI, núm. 112, julio-diciembre de 1994, págs. 495-512.

MCQUADE, Frank, «Sentimental Battles. An Introduction to the Works of Alberto Insúa», *A Further Range. Studies in Modern Spanish Literature from Galdós to Unamuno*, A. H. Clarke (ed.), University of Exeter Press, 1999, págs. 219-237.

ROBIN, Claire-Nicolle, «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, págs. 215-222.

—, «París como experiencia vital de Alberto Insúa», *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, Paris X, Nanterre, 1998, págs. 369-374.

ROMÁN GUTIÉRREZ, Isabel, «Aproximación a la *Historia de un escéptico*, de Alberto Insúa», *Mosaico de varia lección*, Huelva, 1992, págs. 331-354.

Sánchez de Palacios, Mariano, «Tres escritores contemporáneos: Alberto Insúa, José Ortiz de Pinedo y Francisco Serrano Anguita», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, Madrid, 1980, págs. 459-466.

Urrutia, Louis, «Les collections populaires de romans et nouvelles (1907-1936)», *L'infra-littérature en Espagne aux XIX et XXème siècles*, Grenoble, Presses Universitaires, 1977.

Bibliografía sobre las *Memorias*

Febles, J., «Encuentro, desencuentro y reencuentro: España frente a Cuba en las *Memorias* de Alberto Insúa», *Letras Peninsulares*, Spring, 1992, págs. 57-74.

Fortuño Llorens, S., «Les *Mémoires* d'Alberto Insúa: Cuba entre deux Empires», *Annales de l'Université de Savoie, Fin(s) d'Empire(s)*, *recherche de nouvelles identités nationales*, n. 29, junio de 2002, págs. 117-126.

Robin, C.-N., «Alberto Insúa, periodista aliadófilo durante la Primera Guerra Mundial», *Actas del X Congreso de Hispanistas*, Barcelona, 1992, págs. 215-222.

—, «París como experiencia vital de Alberto Insúa», *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, Paris X-Nanterre, 1998, págs. 369-374.

I. MI TIEMPO Y YO

[1]
CUBA Y ESPAÑA EN LA MENTE DE UN NIÑO*

Nací en la ciudad de La Habana. Mi padre era español, de la villa de San Pelayo de la Estrada, en la provincia de Pontevedra. Mi madre perteneció a una familia aristocrática de Puerto Príncipe, provincia que en Cuba independiente ha recuperado su nombre indígena de Camagüey. Mi padre era abogado, escritor y periodista.

Deseo exponer las razones que determinaron en mi espíritu, desde la primera infancia, un hondo amor a España que en manera alguna se opuso a mis sentimientos de niño cubano. No bien apuntó en mi mente la idea de patria, esta idea fue la de que España era mi patria grande y Cuba mi patria chica, bien así como el mayor número de españoles, peninsulares e insulares, lo entienden y expresan al distinguir entre su comarca natal y el conjunto geográfico y político de la nación española.

Mi caso no era único, ni mucho menos. En las familias formadas por un matrimonio entre criollas y españoles, la prole sentíase española o cubana según determinados antecedentes y circunstancias que enumeraré. Si el padre era militar, la esposa y los hijos hacíanse, automáticamente, españoles; es decir, que no deseaban una Cuba libre, sino formando parte, como región ultramarina, de España. Si el padre peninsular era de origen humilde y se había enriquecido y echado raíces en Cuba, los hijos se inclinaban más bien a lo contrario; esto es, a una Cuba emancipada de la metrópoli. Si el padre español era un hombre espiritualmente inferior a la madre cubana, la descendencia seguía las efusiones sentimentales de esta última. Podían ser españoles el padre y la madre y sentirse los hijos separatistas. Ahí está el ejemplo de Martí. La educación (el maestro tuvo en la Cuba colonial una influencia muy grande) modelaba, iluminaba, o trataba de modelar e iluminar a las inteligencias infantiles en un sentido o en otro. Entre los maestros cubanos hubo algunos ilustres. Todos, en mayor o menor grado, actuaban como precursores de la independencia del país.

* Capítulo II del primer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Mi tiempo y yo*.

Los maestros españoles eran predominantemente eclesiásticos: los jesuitas del colegio de Nuestra Señora de Belén, en La Habana, y los padres escolapios de Guanabacoa. En los colegios privados dirigidos por españoles y en los institutos y la universidad se impartía, oficialmente, una enseñanza neutra. Pero «cada maestrillo tiene su librillo», y también sus sentimientos en materia política. Por mucho que se obstine en ocultarlos o soslayarlos, esos sentimientos flotarán como un fluido en sus lecciones. La alusión, la indirecta, la reticencia, la pausa silenciosa, el contraste entre la palabra y el gesto —¡cuántas veces los ojos niegan lo que la lengua dice!— son armas lícitas en todos los géneros oratorios, incluso, naturalmente, el didáctico.

Claro está que la influencia de dómines, preceptores y catedráticos ha sido, es y será siempre muy relativa. Han de existir en el discípulo, en el alumno, una predisposición de ánimo, una receptividad, una afinidad de espíritu latente con el maestro para que esa influencia no resulte mínima o fugitiva, sino considerable y permanente. Además, son muchos, por desgracia, los niños y jóvenes insensibles, refractarios a las más intensas y nobles enseñanzas. Forman esa gran escuela de los indiferentes, de los grises, de los torpes, de los blandos, de donde salen los licenciados y doctores en picardía, en delincuencia y en los vicios y aberraciones más deplorables de la especie.

Yo pertenecí al grupo de los discípulos sensibles —¿por qué no decir «influibles»?—, y mis primeros maestros fueron mis padres. A mi madre, por obra y gracia del amor, se le «españolizó» el alma en tal forma que fue ella la primera en hablar a sus hijos de las «cosas de España». Y no de cosas leídas, sino vistas y vividas, pues su luna de miel había transcurrido en varias regiones y ciudades españolas: casi toda Galicia, Barcelona, Madrid y buena parte de Andalucía. Nos hablaba de España como de un paraíso, describiendo las comarcas que había visitado y sus costumbres en un lenguaje elemental y expresivo —como el del Romancero—, el más adecuado a su infantil auditorio.

Mas nada de esto —quiero decir, de su admiración, de su entusiasmo por la España que había visto con ojos de enamorada y durante un venturoso vuelo nupcial— alejaba del espíritu de mi madre los recuerdos de su infancia, entre los cuales los más profundos y patéticos correspondían al período de la llamada Guerra de los Diez Años: 1868-1878. No más de diez tenía ella al dar Carlos Manuel de Céspedes, en Yara, el grito de

independencia. Casi todos los hombres de su familia «se fueron al campo», según entonces se definía el hecho de levantar armas contra el dominio de la metrópoli. He dicho «casi», porque mi abuelo materno, por su natural pacífico y tener ya una de sus hijas casada con un español, se redujo a abandonar su casa de Puerto Príncipe y refugiarse con su esposa y prole en la más recóndita y fragosa de unas tierras que poseía en la provincia. Muchos cubanos procedieron como él en ambas guerras. Mas no le valió a mi abuelo aquella actitud sino para salvar la vida y apartar a los suyos de persecuciones posibles. Sus bienes fueron confiscados y su nombre pregonado como el de un rebelde. ¿Por qué? Porque su esposa, doña Dolores de Cisneros y Álvarez, era prima de dos prohombres de la causa separatista: don Salvador de Cisneros y Betancourt, marqués de Santa Lucía, representante del Camagüey en los preparativos del alzamiento de Céspedes, y don Gaspar Betancourt y Cisneros, uno de los emigrados en los Estados Unidos que se dirigieron a Bolívar rogándole que interviniese con su espada en favor de Cuba. Este don Gaspar Betancourt y Cisneros firmó con el seudónimo de el Lugareño narraciones y cuadros de costumbres cubanas que le sitúan literariamente en la línea de los grandes costumbristas españoles: los Mesonero Romanos y los Estébanez Calderón.

Si se añade que mi abuela estaba también emparentada con los Agüero y los Agramonte —familias próceres de Camagüey que dieron paladines y mártires a la causa—, se comprenderá fácilmente que las autoridades españolas vieran en mi abuelo a un sospechoso. Ni el Marqués —como todos llamaban a don Salvador, aunque la Corona le hubiese privado del título—, ni el Lugareño hicieron nada para convertir al padre de mi madre en un combatiente. Respetaron sus sentimientos familiares, persuadidos de que en lo profundo eran los de un separatista platónico. Pero allá, en la tierra casi incógnita en que se había escondido con su mujer, descendencia y servidumbre, tuvo que luchar, machete y carabina en mano, para que todos tuvieran sustento, y hubo de estar siempre en guardia contra posibles sorpresas de los españoles, o la aparición de una partida mambí cuyo jefe intentase incorporarle a sus huestes considerando que haría un magnífico soldado aquel hombre robusto, de un metro noventa de estatura, que domaba potros montaraces, cazaba puercos jíbaros sin fallarle el tiro y se orientaba como pocos en la espesura de la manigua.

Esto no ocurrió. Mi abuelo no fue un héroe sino en los relatos que mi madre nos hacía a mis hermanos y a mí. Relatos también con su heroína —mi abuela— y con

sus personajes menores, entre los cuales no podían faltar los esclavos (en Cuba duró la esclavitud hasta 1871), «que eran como parte de la familia».

De modo que las primeras historias que yo escuché fueron historias de guerra: de una guerra en que mis antecesores inmediatos, por la línea materna, representaron papeles de víctimas. En mis oídos infantiles aquellas remembranzas de mi madre adquirían el fulgor, el interés y el *pathos* de los poemas heroicos. Años más tarde, cuando leí resúmenes de la *Odisea* me imaginaba a Ulises con el rostro atezado y afable de mi abuelo materno.

Las aventuras de éste, más bien sus desventuras, se resumieron en el éxodo familiar a La Habana y la pérdida —por confiscación— de todos sus bienes en Camagüey. Mi madre, niña todavía, tuvo que sentarse a una máquina Singer para coser sábanas cuarteleras y uniformes de soldados españoles. Mi abuela hizo milagros de economía doméstica. En fin, aquello fue el combate contra el hambre, contra el caballo negro del Apocalipsis, del que salieron vivos y enriquecidos por el oro invisible de la experiencia. Mi madre me decía: «Aprendimos a ser pobres». ¡Maravillosa lección, en cuatro palabras, que a mí, su hijo, otra guerra me ha obligado también a aprender!

Mas todas las evocaciones de la Guerra de los Diez Años, así las del ocultamiento en lugar fragoso del campo de Camagüey como las de La Habana de entonces, tomaban para mí, por obra y gracia de mi madre —de su voz, de su sonrisa, de su hermosura—, el movimiento, colorido y resplandor de las cosas de magia. No me parecían posibles del todo. Quizá mi madre, de niña, las había soñado. Pero quedaba, eso sí, algo esencial: el fondo, el escenario de aquella *féerie*, donde, al fin, aparecieron las hadas de la fortuna y el amor. Quedaba mi primera idea, mi primera imagen del campo cubano, que mi mente reducía al pequeño espacio de la isla comprendido en las descripciones maternas. Cuando, ya hombre maduro y autor de libros novelescos, tuve que reflejar en algunas páginas mi visión y emoción de la tierra nativa, no recurrí a datos más recientes y directos de mis propios ojos, sino a aquellas evocaciones de mi madre. Árboles y flores, aromas de las frutas, efluvios de la manigua sofocada por el sol, acariciada por el relente y fecundada por la lluvia; los pájaros que trinan como el sinsonte, arrullan como la tojosa y silban como la cocuba; los reptiles cautelosos e inofensivos como el majá; el verde, muy verde, primaria-

mente verde, de todo tallo y hojarasca; el azul, muy azul, metálicamente azul, del cielo diurno, que rojea con los fulgores del rubí en los ocasos; el cañaveral, el caballo, el guajiro y su bohío, el guateque, el negro y sus cantos y sus danzas; el ñáñigo y sus ritos y sus crímenes; la dama habanera y su bata de holán y su abanico de varillas de sándalo; el azúcar, el tabaco; el caballero criollo y el señor o el dependiente peninsular; cuanto haya de la vida y del paisaje cubanos en mis novelas, lo debo a la memoria de mi madre y a su arte intuitivo de la narración, que hacía de cada uno de sus relatos algo que volvía a vivir, a vivir en mí, claro está, en mi mente de niño curioso y soñador.

A sus relatos se unieron las cosas exteriores que mis sentidos recibían e interpretaban a su modo, pues cada hombre, en cualquier edad, tiene inclinaciones y matices propios en sus facultades sensitivas. Antes que por los ojos, yo sentí a mi tierra por el olfato. Y así, de un viaje en carreta de bueyes que hice con mi familia al ingenio del hermano de mi padre, Antonio, recuerdo casi exclusivamente los olores del camino: el olor de las pieles vacunas que entoldaban las carretas, el olor del vaho despedido por los bueyes, el olor cálido y acre de la manigua, el olor de las frutas que llevábamos en unas canastas: plátanos, anones, mangos, mameyes, frutas todas de esa isla tropical que, como los licores espirituosos, comienzan a alimentar por el olfato. Y una vez en el ingenio, los olores de la caña cortada, de la caña triturada y licuada, del melado oscuro y espeso, del azúcar ya obtenido, rubio, húmedo y todavía caliente… Y el olor de los negros segadores y acarreadores de la caña, desnudos de cintura para arriba, amparadas las cabezas contra el sol abrasante por los sombreros de yarey. Y el olor, el aroma de los tabacos (en Cuba un «puro», un «cigarro puro», es un «tabaco») que fumaban mi abuelo, mi tío y otros señores visitantes. Y —lo diré también— el olor de las mujeres de la casa, todas muy bañadas, empolvadas y perfumadas.

Observo, con temor, que no consigo eludir los escollos de la autobiografía. Alma y pluma se me van hacia ellos, como si no fueran tales escollos, sino montes de fácil acceso y cumbres despejadas que me permiten otear mejor en el paisaje y la humanidad del mundo de mi infancia; mundo del que no hablaría si en él y ante mis ojos no hubiesen acontecido hechos que determinaron nuevas situaciones y nuevos rumbos en la vida universal. Con todo, pido al lector disculpa cada vez que estime que me detengo demasiado en esas despejadas cumbres.

Así, pues, los recuerdos de mi madre, cuando se referían a episodios y personajes cubanos y a la naturaleza del país, contaban frente a mis sentidos con el sostén de la realidad en torno. En cambio, en sus evocaciones de España, para labrar en mi mente imágenes con la sustancia aérea de su voz, veíame obligado a recurrir a los geniecillos de mi fantasía. Mi Cuba de niño, restringida, naturalmente, a mi casa, mi colegio y mi ciudad, era una Cuba real, sensorial y con su parte, su gran parte, del colorido subjetivo que yo, en aquellos primeros años de mi vida inocente, pudiera darle. Pero mi España de niño era fantástica, ilusoria, y mi fantasía y mi ilusión la dotaban de tales encantos y bellezas que sólo la idea del Paraíso, ya presente en mi espíritu, lograba fijarme, convencido, en un punto de semejanza.

A mi padre, con su bufete de abogado y un periódico semanal que dirigía, faltábale tiempo «para ocuparse de los chiquillos». Además, era adusto y más propenso con su prole a la reconvención que a la caricia. No era entonces (lo fue más tarde conmigo, generosamente) un padre-maestro, sino un padre ordenador y administrador, más déspota en el dicho que en el hecho, pues, en definitiva, en el castillo de mi hogar era la castellana quien dictaba la ley.

No hago memoria, en la época a que aludo, de ninguna ocasión en que mi padre contara cuentos o describiese tales o cuales cosas a sus hijos. Los que él hacía eran discursos. Claro está que yo tardé bastante en enterarme de que cuando hablaba y hablaba —en la sala con las visitas, o en la mesa con los invitados— durante mucho tiempo, sin interrupción, y accionando vivamente las manos, estaba haciendo un discurso. Era un orador nato. Yo le escuchaba entonces sin entenderle y preguntándome de dónde le salían aquellas ces y zetas tan precisas, tan rotundas, y por qué a veces parecía muy enfadado y otras veces se le atenuaba la voz y se le entrecortaba como si fuera a prorrumpir en un sollozo. ¡Oh, cuando supe que el tema principal de sus discursos era España, comprendí que en algunos períodos se le empañara la voz y se le subiera, por decirlo así, el corazón a la garganta!

Pero del vehemente patriotismo de mi padre tendré mucho que decir más adelante.

[2]
PRIMERA REVELACIÓN DE ESPAÑA*

Un día, allá por el verano de 1890, supimos mis hermanos y yo que «nos íbamos a España». Todos: los padres; las dos niñas, que eran las mayores; los cuatro chicos, y hasta la joven mulata «manejadora», esto es, niñera, del más pequeño. Nuestro júbilo fue estrepitoso. Tanto que doña Dolores, nuestra abuela, se mostró muy disgustada, casi iracunda, y entre los fulgores de sus grandes ojos azules dijo cosas que no entendimos y que no recuerdo. Supongo, ahora, que nos llamaría «renegados» o algo así. Porque ella, no obstante sus dos yernos peninsulares y su claro abolengo hispánico, discurría acerca de los problemas de Cuba «como su primo el Marqués». Su oposición a aquel viaje, más reticente que paladina, no alteró en lo más mínimo los propósitos de mi padre. Ello es que un día del mismo año de 1890, a fines del mes de agosto, nos embarcamos en un trasatlántico francés, el *Lafayette*, con rumbo a La Coruña.

Mi padre, que había comenzado su «carrera mayor» en Santiago y obtenido en la Universidad de La Habana su licenciatura en ambos Derechos, deseaba doctorarse en Compostela. Esto lo sabíamos mis hermanos y yo por conversaciones escuchadas en casa y entendidas a nuestro modo. Téngase en cuenta que la niña mayor no pasaba de los diez años y que el benjamín no llegaría a los dos. De suerte que en realidad —en la realidad mágica de los niños— a nosotros lo único que nos importaba era el viaje: tomar un barco que nos parecía enorme (y era más bien pequeño y viejo, uno de los veteranos de la Trasatlántica francesa), vivir en ese barco jugando, saltando y soñando entre el cielo y el mar, y ver un día fascinados cómo de la inmensidad del océano se levantaban en el horizonte unas sombras azules, unas como franjas verdes muy pálidas y suaves, que iban creciendo, extendiéndose y denotando sus colores len-

* Capítulo III del primer volumen de las *Memorias*.

tamente, hasta revelar que eran tierras con árboles y casas: tierras que yo, por mi parte, suponía las más hermosas del mundo.

Quiero insistir en esta disposición de mi ánimo para encontrar adorable todo lo que España fuera presentando a mis sentidos. Eran los sentidos de un inocente y era el espíritu de un párvulo, cuyas primeras luces procedían de dos almas mayores en quienes el amor a España alcanzaba las cumbres de la adoración. No obstante, pudo entonces mi ánimo sufrir algún desaliento y establecer intuitivamente una distancia entre sus ilusiones y la realidad, en perjuicio de aquéllas. Pues bien: no sólo no sucedió esto, no sólo las cosas vistas fueron tan bellas como las soñadas, sino que esa actitud amorosa frente a la naturaleza de España, frente a sus formas permanentes y esenciales —no a algunas de sus expresiones humanas transitorias— se ha mantenido en mí al través de los años y de las peripecias de la vida. Concluyo que la pasión patriótica es una manera de gracia semejante a la que asiste a los santos en el orden divino. La pasión patriótica, como todas las pasiones, tiene sus eclipses, sus menguas, sus puntos culminantes, mas es muy raro que su fin no sea otro que la muerte del propio apasionado. De esta última índole ha sido y será mi pasión por la España permanente: tierra y genio.

Lo primero que mis ojos contemplaron de la tierra de España fue la costa de La Coruña. Para entrar en el puerto coruñés ha de bordearse, por el Oeste, una ensenada furiosa, la del Orzón, y seguir rodeando la península en cuyo istmo está asentada la ciudad. Al Norte, sobre un promontorio poco abrupto, aparece la Torre de Hércules (de origen fenicio o cartaginés, según los historiadores), que era en 1890, y lo sigue siendo ahora, una torre cuadrangular, ágil de líneas y de un color entre dorado mate y rosa tenue, que mi pupila infantil equiparaba con el de los barquillos. El puerto, al Este, dilatado y seguro, está defendido —ya simbólicamente— por dos viejas fortalezas: los castillos de San Antón y de San Diego. El de San Antón ocupa el área entera de un islote y fue el único que vi entonces, pareciéndome, por lo preciso y lo airoso de su forma, un castillo de juguete ampliado para los juegos de algún niño gigante.

Ancló el vetusto *Lafayette* en la amplia bahía. Y asomado yo a la borda, lo que me produjo la mayor sorpresa, una sorpresa jubilosa, fue el caserío de La Coruña, que

aparecía enfrente y por encima de unas filas de árboles con ramas ya desnudas o con las hojas macilentas del otoño. Aquéllas no eran casas, sino unas como jaulas de cristal, donde debían de vivir, pensaba yo, muchas gentes felices. Pero sí: eran casas, casas de galerías de cristales (entiéndase vidrios), que a mí, niño habanero, de ojos acostumbrados a casas por lo general de un solo piso, con puertas enormes a la calle y ventanas de rejas, no podían parecerme sino lo que antes dije, o también pequeños palacios construidos en una materia transparente para uso y placer de las hadas niñas y los gnomos. Yo estaba en la maravillosa edad de la ignorancia y no podía saber que aquellas «casas de cristal» eran las más convenientes en un país donde la lluvia y los fríos invernales no favorecen la salida al balcón o los paliques al través de los hierros de la ventana. En resumen, que me encantaron aquellas casitas, en algunas de las cuales —no lo podía yo sospechar entonces— habrían de transcurrir tantas horas felices de mi niñez y juventud.

La segunda sorpresa se la debí al Muelle de Hierro, al famoso Muelle de Hierro —así, con dos mayúsculas—, ha luengos años desaparecido, pero que en 1890 era el único a que atracaban los botes y remolcadores que recogían a los viajeros de Ultramar, o a los que llegaban de cualquier punto de Europa o de la Península. De modo que yo, antes que la tierra propiamente dicha de España, toqué hierro y madera de España. Ascendíase al muelle por dos, tal vez por tres o cuatro escaleras que aparecían por la bajamar pobladas de pequeños crustáceos y de moluscos incrustados en los escalones o formando racimos con las algas. ¡Qué profusión de algas! Unas eran muy verdes y finas, con flecos, como de encaje; otras, de colores oscuros, planas, lanceoladas o cilíndricas. Estas últimas retorcíanse como reptiles. Y toda aquella fauna y flora viscosa y brillante rebullía y exhalaba ese olor profundo del océano que sólo aspiran sin pestañear los pescadores y los mareantes.

Debía de estar baja la marea en la hora de mi primer desembarco en La Coruña, pues de otro modo no me explico la descripción precedente, que se ha impuesto a mi pluma. Puede ser también que esta «imposición» obedezca a la importancia histórica del muelle, por el cual no sólo pasaron durante muchas décadas miles de viajeros y emigrantes, rumbo a América o de retorno a España, sino que, entre 1895 y 1898, sirvió para expedir a muchedumbres de soldados que iban a pelear a Cuba o que regre-

saban, extenuados y trementes de fiebre muchos de ellos, cuando tenían la dicha de volver. ¡No es pequeña la historia del Muelle de Hierro, lasca o retazo desprendido de la gran historia del puerto coruñés!

Mas ahora, volviendo al orden cronológico, tan difícil de seguir para mi memoria, diré que en La Coruña de aquel tiempo no vi ni sentí nada que no me pareciera admirable. Como cada niño es mentalmente un taumaturgo, yo transfiguraba los seres y las cosas a la medida de mis ensueños y con el colorido de mis ilusiones. Existían además seres y cosas reales que mi imaginación no necesitaba iluminar ni embellecer, porque eran bellas en sí, categóricamente, o porque tales y como eran me complacían entrañablemente. Así, por ejemplo, me complacieron por su pulcritud las calles de La Coruña, de anchura desigual y cortas en su mayoría. Yo dejaba atrás el polvo de las calles habaneras, aquel polvo que sólo aplacaban las lluvias, pues en La Habana finisecular las calles con adoquines eran muy pocas, y me encontraba con éstas, empedradas, enlosadas, mejor dicho, con losas pulidas por el tiempo y el clima, con losas de colores suaves, grises, sonrosadas, glaucas, y no como aquellas de las aceras de La Habana, que centelleaban bajo el sol, dándole a cada partícula de mica el fulgor de un diamante.

Mi idea del progreso era entonces —natural y afortunadamente— muy rudimentaria. Así, en las portadoras de agua de La Coruña, esbeltas rapazas o mujeronas robustas que sostenían la «sella» —herrada cónica— sobre la cabeza, con tanto equilibrio como soltura, yo no podía ver «una señal de atraso», ni «una acusación contra el Ayuntamiento, que no dotaba de agua corriente a los vecinos». Yo no podía ver más que gracia y elegancia: la gracia y elegancia de las canéforas, pues con sustituir la «sella» por el canastillo de flores o de frutos quedaba justa la comparación. Años tardaría yo en saber de canéforas; pero no bien lo supe y vi algunas de mármol y pintadas, pensé en las aguadoras de La Coruña: en la cadencia de su marcha, en la seguridad de sus movimientos y en aquel modo que tenían todas de impedir con el dorso de la mano izquierda que el agua rezumante de la «sella» goteara sobre su seno.

Ahora bien: las canéforas de La Coruña portaban también leche, pescados, frutas; la leche, en unos cántaros de latón muy abollados; las frutas, las hortalizas y los pescados, en canastas muy anchas y poco hondas. Todo sobre la cabeza, como si la raza la tuvie-

ra de bronce. En su mayoría, aquellas mujeres iban descalzas. Algunas con zuecos. Me gustaron más las primeras, porque parecían deslizarse y aun elevarse sobre las losas, y no como las de los zuecos, que las golpeaban con una dureza que estimé excesiva…

Otro de mis asombros provino de que los vendedores ambulantes fueran casi exclusivamente del género femenil. En La Habana ocurría lo contrario: eran hombres de color, chinos y blancos. Alguna que otra mujer negra y anciana vendía dulces caseros o billetes de la lotería. Acostumbrados mis ojos desde la cuna a las personas llamadas «de color» y de la raza amarilla (mi «manejadora» había sido una negra y hubo en mi casa más de un cocinero chino), me extrañaba no ver en La Coruña más que mujeres y hombres blancos. Y casi diré que me disgustaba, pues de vez en cuando me ponía a mirar a la niñera de mi hermano menor, la mulata Avelina, con una curiosidad afectuosa y diciéndome a mí mismo —como pudiera decirme yo entonces tales cosas— que un país era tanto más humano cuantos más fueran los colores de la piel de sus habitantes. Y esta idea, o, más bien, sentimiento, debía de provenir de mi sangre española, ya que no ha habido, que yo sepa, hombres en el mundo que resolvieran más fácil y humanamente los conflictos planteados por la diversidad de las razas. Los resuelven, como es sabido, por el injerto, por la cruza. Nadie más exógamo que el español. A él se deben todos los mestizajes de América. Y a esa función magnífica, propagadora y niveladora de la especie como ninguna, venía preparado por esa larga experiencia peninsular que la Historia recoge y los biólogos estudian. En América, el español hizo con las indias —y también con las negras— lo que sus antecesores hicieron en España con las moras y las hebreas: mezclarse en matrimonio o en barraganía, que de esto se le da muy poco al Genio de la Especie.

Corto la digresión. No fueron muchos los días que pasamos en La Coruña, donde no hicimos más que disponernos para seguir viaje a Santiago. Ya existían en España los ferrocarriles; pero entre La Coruña y Compostela —es decir, entre la capital del antiguo Reino de Galicia y la «Ciudad del Apóstol» o «Roma de Occidente»— no se había logrado aún, y tardaríanse décadas en lograrlo, otro modo de transporte que la diligencia. Y tan persuadida estaba la diligencia de que suplía al ferrocarril y de que éste, tarde o temprano, la obligaría a retirarse, que había adoptado un título graciosísimo: se llamaba la Ferro-Carrilana, adulando y anunciando al ferrocarril.

Ahora bien, la diligencia de La Coruña a Santiago —y viceversa— tenía sus razones para presumir y sentirse a la altura de su misión. Ignoro de cuántos coches disponía la empresa. El que yo vi en 1890 —y bastantes años más tarde— era una «señora diligencia»: un vehículo amplio, muy bien barnizado y con capacidad para más de treinta personas. En la «berlina» —o sea, el asiento delantero, paralelo al pescante y respaldado por una vidriera— cabían cómodamente tres. Era lo más caro y lujoso, y solía reservarse para los ricachones, los caciques y los altos eclesiásticos. En el coche propiamente dicho se instalaban, algo apretadas, dos filas de ocho personas. En la baca, bajo el toldo de lona embreada y entre los baúles, las maletas y los cestos de provisiones, poníanse cuantas cupiesen, a juicio del mayoral… Venía a ser la baca la «tercera» o la «proa» de la diligencia. A la cual impelía un tiro de siete mulas robustas, lustrosas y enjaezadas con profusión de correajes y cascabeles. Con un relevo a mitad del camino, en Órdenes, las mulas salvaban en seis horas la distancia entre La Coruña y Santiago, que es de unos setenta kilómetros. El mayoral y el postillón de la Ferro-Carrilana —los que yo recuerdo— eran leoneses, de Astorga. El mayoral, fornido y alegre, vestía jubón de terciopelo de un color de guinda poco menos encendido que el de sus mofletes, y sobre el jubón, contra el frío, una zamarra con cuello de piel. Completaba su indumentaria con una gorra de paño. El postillón usaba montera de pelo de carnero y botas de cordobán.

De la Rúa Nueva de La Coruña partían otras diligencias. Seguía en importancia a la de Santiago la de Corcubión. La partida y la llegada de las diligencias por los cantones coruñeses hacían de la Rúa Nueva el «centro nervioso» de la capital. Las personas que hemos conocido —y sufrido o disfrutado; por mi parte, disfrutado— la diligencia somos, en el mundo del automóvil y el avión, unos seres —absurdos o anacrónicos nos llaman— con temores y nostalgias que hacen reír a los que «viven su época». Somos de otra época. Y permítame el lector que insista: aquel «tempo lento» se acordaba con mi espíritu infinitamente mejor que el actual.

Veamos ahora cómo fue mi «descubrimiento» de Santiago.

[3]
*CAMPUS STELLAE**

No se vea en todo este capítulo sino el propósito, muy humilde, de presentar el caso de una ciudad augusta, cumbre del mundo cristiano, vista por un niño que andando el tiempo será un escritor, un narrador, un explorador de otros muchos lugares, santos o profanos, de la Tierra. Todos sabemos que «el niño no muere nunca en el hombre», que la infancia es la raíz de la vida y su manantial íntimo y perenne. No hay artista, pensador o inventor que no haya presentido su futuro en esa edad de la inocencia y la sorpresa: en esa edad inerme y, no obstante, la más osada y rápida de pensamiento. El niño se precipita en el pensar, que es entonces adivinar, suponer, presumir. La infancia acumula entre sus errores las verdades que luego se comprueban, se explican o se corrompen y se adaptan al *modus vivendi* de cada hombre, clase, secta o país. Sólo, tal vez, los niños han sentido el soplo de la verdad universal.

En cuanto a mí, no hay obra alguna de la juventud, madurez o ancianidad literaria en que no haya recurrido a ese manantial inagotable de los recuerdos infantiles. Así, ahora, al pretender una evocación —no descripción— de Santiago de Compostela, del *Campus Stellae*, la luz que me alumbra es la del lucero de la mañana de mi vida.

Mi padre había sido en La Habana el iniciador del Centro Gallego, la más poderosa de las sociedades regionales de América. También había fundado y dirigía un semanario regionalista, en el que colaboraban, desde España, los más ilustres poetas y escritores gallegos. Su nombre, en plena juventud, «sonaba» entre sus paisanos, y sus amistades en Galicia eran selectas. No sorprenderá, pues, que al descender con su familia de la Ferro-Carrilana en Santiago le esperasen el rector, el secretario y profesores de la universidad, el alcalde, algunos literatos y un hombrecito minúsculo, casi un

* Capítulo IV del primer volumen de las *Memorias*.

gnomo, que procuraba aumentar su exigua estatura con un sombrero de copa muy gastado por el uso. Tenía aquel señor una perilla entrecana, unos espejuelos de armadura metálica y una levita que me hubiera servido a mí de gabán. Aquel enano era un grande hombre, un personaje. Me bastó para advertirlo notar el afectuoso respeto y la emoción de mi padre al corresponder a su abrazo, que él hubo de darle poniéndose de puntillas. Se llamaba don Manuel Murguía. Era historiador y escritor ilustre. Había sido el esposo y el maestro de Rosalía Castro. Su monumental *Historia de Galicia* —que dejó inconclusa— y sus escritos menores, en una prosa intachable, conferíanle el cetro de la literatura regional, en castellano, si bien en Madrid lo ostentase la impetuosa novelista de *Los pazos de Ulloa*.

En mi casa de La Habana, con sendas dedicatorias a mi padre, había dos retratos fotográficos de Rosalía y de doña Emilia. Una Rosalía triste, humilde, como oscurecida por su «sombra interior». Una Pardo Bazán joven, robusta, sentada a su mesa suntuosa de trabajo con una majestad de emperatriz. Nada podía yo haber leído entonces de la insigne escritora, pero algunos de los famosos cantares de Rosalía fueron, en labios de mi madre, mis canciones de cuna.

La casa que nos habían preparado hallábase en el Preguntoiro, la rúa más transitada y «moderna» de Santiago. Mis hermanos y yo traíamos, por decirlo así, los cascabeles de las mulas, los trallazos del mayoral y el chirriar de los ejes de la diligencia en el tímpano. Y los músculos, entorpecidos por un viaje incómodo —casi todo el tiempo en la misma postura—, reclamaban expansión y agitación… Por unas escaleras de madera encerada, como de color de ámbar, subimos a una casa espaciosa, de anchos corredores, de aposentos amueblados con un lujo noble, pero… oscura, con no sabíamos qué aire de severidad eclesiástica, qué suavidades grises envolviéndolo todo, no obstante la profusión de luces en círculo de los quinqués, que en veladores y consolas ardían —me pareció— como lámparas de iglesia…

Y, además, la lluvia: una lluvia delgada, ahilada, que se adhería o resbalaba lentamente por los vidrios de las ventanas, poniendo entre las personas y las cosas una niebla de seda y que entorpecía la percepción de la distancia. Torres y techumbres próximas parecían remotas. Y creeríanse también fantasmagóricas, irreales, reflejos de sí mismas en un espejo turbio, y que iban a ser menos que sombras disolviéndo-

se y trasfundiéndose en aquellos grises dominantes. Era la lluvia de Santiago, rara vez huracanada, sin prisa, señora del otoño, del invierno, de la primavera y que todavía por el verano aparece, más rápida, recordando que las piedras de la ciudad le pertenecen, que de ella dimanan sus tonos opacos, su suavidad y dulzura, pues ella es «la pintora» del semblante de Santiago. Semblante triste, pero de una tristeza reposada y noble.

Por mi parte, entendí y amé en seguida y sin esfuerzo, como por atávicas razones del corazón, el aire y la fisonomía de Santiago. Preferí a la luz espléndida de mi isla natal aquella otra luz desmayada, delicada, que nunca definía en su perfil estricto las cosas, sino que invitaba a ensoñaciones e interpretaciones personales: a una no descomposición, sino recomposición superada o sublimada de la materia, con lo cual a veces lo tangible, humano y perecedero hacíase glorioso, maravilloso y cobraba caracteres de eternidad.

No exagero. No hago memoria de un solo instante de inconformidad, de nostalgia, de no sentirme acariciado y mecido por la vida en aquella temporada de Compostela. ¿Temporada? No existía el tiempo, no quería mi alma que existiese… ¿Era yo un niño? ¿Un hombre? Si niño, todo era en mí anticipación de la sensibilidad del hombre futuro, pues Santiago, su catedral, su Pórtico de la Gloria —que es la suma teológica de nuestro credo—, sus iglesias y cenobios, sus rúas silenciosas, sus fuentes de una linfa áfona, sus campanas de sones distintos, pero acompasados a la sinfonía *in moderato* de la ciudad, la penumbra y el vaho húmedo de sus templos, las formas enlutadas y sutiles de sus beatas, el luminar de los cirios perennes del sepulcro del Apóstol —¡oh, este sepulcro del Apóstol, del hombre que llegó hasta aquí conducido y amortajado por una estrella!—, todo el aroma, sabor y color místicos de Santiago conformaron mi retina y mi espíritu, de suerte que más tarde la gracia y la línea mental del arte árabe, la luz límpida de Roma y hasta la policromía vibrante de Venecia los incitara sólo a un entusiasmo con mesura, a un lírico prejuicio a favor, siempre, de Santiago: la otra Roma, la occidental, pero sin pasado pagano, ni fiebres bizantinas, ni nada que no fuera genuina e invariablemente cristiano. Manantial sin impurezas, raíz incorruptible de una doctrina, de un culto, de un sentido y un sentimiento celestes de nuestra vida transitoria. Si es Roma la cuna y sede del cristianismo, Compostela es el lecho en que descansa íntegro, y no en letargo, sino en reposo

vigilante, en treguas a las acciones redentoras que la miseria y el dolor del mundo puedan exigirle aún.

[…]

Uno de los recuerdos más vivaces de aquel período de mi niñez es el de la escuela donde recibí las primeras lecciones de Historia y Geografía, Gramática y Aritmética. Lecciones tan elementales que uno de los textos era el *Juanito*, donde se decía de todo un poco, en forma muy amena y apropiada a los niños. La Historia Sagrada la estudiábamos en el *Fleury*; la de España, en no sé qué librillo de un centenar de páginas; la Gramática, en el *Epítome* de la Real Academia, y para la Aritmética nos bastaba con un cuaderno que contenía las cuatro tablas y las operaciones más simples.

El maestro era un hombre cuarentón y bigotudo, no mal parecido, pero muy apegado a los métodos de la pedagogía con palmeta. A mí nunca me la aplicó. Yo era estudioso y me portaba bastante bien. Fue en aquella escuelita compostelana, con aquel maestro severo, pero concienzudo, donde recibí las primeras luces de la enseñanza. Fue allí donde supe lo que era una isla, un archipiélago, una península, un rey, un adverbio, un político, etc. Y digo lo de político porque recuerdo que en ciertas ocasiones el pedagogo aludía a los señores Cánovas y Sagasta y se le estremecía de emoción el bigote al pronunciar el nombre de Montero Ríos, «nuestro gran jefe político, nuestro insigne estadista regional». Pregunté a mi padre quiénes eran «aquellos señores». Y me contestó que los dos primeros eran «los que mandaban en España, y Montero Ríos el que mandaba en Galicia». Mi confusión fue grande: creía yo que «quien mandaba en España» era el rey, aunque fuese un niño de cuatro años, porque los reyes «no necesitaban estudiar para saber, sino que nacían sabiendo». Además, Alfonso XIII tenía a su mamá, la reina doña María Cristina, para sacarle de los apurillos en que pudiera verse. ¡Y ahora resultaba que eran un señor Cánovas y un señor Sagasta los reyes de la Península!

De modo que a mis primeras nociones de la muerte y de la propiedad vinieron a unirse, en la forma que acabo de recordar, las ideas del «político» y de la «política». Acerca del poder y la sabiduría del rey, me fundaba en un testimonio brillante y sonoro —el de las monedas— para pensar que estaban por encima del tiempo y del juicio de los hombres, ya que los reyes de España, cuya efigie figuraba en las pesetas y

los duros, lo eran «por la Gracia de Dios», y Dios no podía equivocarse asistiendo con su gracia, iluminando con su resplandor a quienes no pudieran merecerlo. En definitiva, yo me quedaba con mi opinión y rechazaba la de mi padre. Además, lo de que fuera un niño el soberano de los españoles me gustaba sobremanera, por razones de «clase». ¡Uno de nosotros, un niño, era nada menos que el rey!

[…]

Otro de mis imborrables recuerdos de Santiago es el de don Manuel Murguía. He dedicado varios artículos y fragmentos de conferencias al insigne historiador de Galicia, intérprete de los misterios compostelanos, biógrafo del arzobispo Gelmírez y marido y maestro de Rosalía Castro. (No «de» Castro: la lírica prodigiosa no usó jamás la «partícula».) También en alguna novela mía, con nombre cambiado, aparece y dice cosas dignas de Sócrates este hombrecito admirable, que volverá a lucir con su ingenio —ya que no con su pobre chistera opaca— en algún otro capítulo de estas Memorias. Ahora sólo quiero evocar al Murguía de Santiago, el de 1890, con su barba todavía relativamente negra, pero ya viudo de la autora de los *Cantares* y *Follas novas*. Rosalía había muerto un lustro antes. Estaba sepultada allí, en Santiago, en la iglesia gótica de Santo Domingo. Querría decir yo que, de la mano de Murguía, fui a rezarle una oración. Pero no hago memoria sino de haber visitado su tumba muchos años más tarde, ya de hombre.

Pero ¿quién era, qué era para mí Rosalía? ¿Un hada? ¿Una santa? Mis padres hablaban de ella con tal respeto, con tal fervor, que a mí me parecía imposible que la Rosalía «de quien era viudo don Manuel», y de quien eran hijas Alejandra, Áurea, Gala y Amara —¡cuatro mujeres grandes!—, y la que yo me había imaginado fuesen la misma. Pude salir de dudas interrogando a mi madre. Pero allí estaba la prima Juventina, la cantora, para aclararme el misterio. Algo por este estilo escuché de sus labios: «Rosalía y don Manuel estuvieron casados cerca de treinta años… Naciéronle cinco hijos: las cuatro mujeres que ya conoces y un hijo, llamado Ovidio, que *te* era pintor y murió muy joven, dejando desesperada a su madre. Rosalía era… poetisa; vamos, que hacía versos, unos versos muy tristes, de esos que te estremecen y te hacen llorar. Hacíalos en gallego… ¡Es que no *te* hay un idioma más dulce! Ya aprecia-

rás más adelante. Hacíalos también en castellano. Y novelas. ¡Ay, *El caballero de las botas azules*! Tenía mucho que contar y que cantar y… ¿sabes?… no quería hacerlo. Sin don Manuel no *te* hubiese escrito nada. Mujer más humilde no la hubo. Figúrate que cuando murió ¡malpocada!, aquí, cerquiña de Santiago, en Padrón, le dijo a Alejandra: "Quema todos mis retratos, todos mis versos, todos mis papeles". No quería dejar más que sus cenizas… Claro que don Manuel no lo permitió. ¡Qué había de permitir! ¡Si aquello era mismamente un tesoro!».

De aquel tesoro ofrecíame algunas perlas: cantares de Rosalía, «a los que pusiera música el maestro Baldomir». Una música lánguida y llorosa. La voz de Juventina, en cambio, era clara y vibrante, pero hacía de modo que pareciera grave y triste, cuando cantaba, por ejemplo:

N'o ceo, azul crarisimo
N'o chan verdor intenso
N'o fondo d'alma miña
Todo sombriso e negro.

Yo comprendía perfectamente que esa alma, donde todo era negro y sombrío, no era la de Juventina, mujer saludable y bienhumorada, sino que había sido el alma de Rosalía, «que siempre estuviera enferma y llorara tanto por sus dolores y los de Galicia y los del mundo entero».

El cantar de «Mayo longo» era el predilecto de Juventina y el más emocionante para mí:

Mayo longo… Mayo longo,
Todo cuberto de rosas,
Para algús telas de morte,
Para outros telas de boda.

Mayo longo, mayo longo
Fuches curto para min,
Veu contigo a miña dicha,
Volveu contigo a fuxir.

Cantándolo, la voz de Juventina dejaba de ser alegre, como si el cantar le recordase algún desengaño, algún dolor suyo. «Mayo longo, todo cuberto de rosas», también habría sido para ella corto y cruel.

Además de cantar versos de Rosalía, y, naturalmente, de Curros Enríquez, declamaba composiciones enteras de ambos poetas. No he olvidado el comienzo de una, que Juventina me recitó la primera vez diciéndome: «Para ti, que eres de La Habana». El poema es el titulado «Prá a Habana» y sus estrofas iniciales dicen:

Venderonll'os bois,
Venderonll'as vacas
O pote d'o caldo,
Y a manta d'al cama.

Venderonll'o carro
Y as leiras que tiña,
Deixarono soyo
C'o á roupa vestida.

—María, eu sou mozo,
Pedir non m'é dado
Eu vou pó lo mundo
Pra ve de ganalo.

Galicia está probe,
Y á Habana me vou…
¡Adios, adios prendas
D'o meu corazón!

Lo de un mozo tan digno, que no quería pedir limosna sino ganarse el pan con el sudor de su frente (y en Cuba se sudaba por todas partes), me parecía muy bien; pero lo de que «*Galicia está probe*» me sonaba a exageración. ¿Pobre Galicia, con unos campos tan verdes? ¿Pobre, con un ministro tan poderoso como Montero Ríos? ¿Po-

bre, con su Apóstol, a pie o a caballo, dispuesto a reproducir su victoria de Clavijo cada vez que Galicia la necesitara?

Juventina hubo de explicarme del modo más adecuado a mis entendederas «aquel drama de la emigración», del que tanto se plañían las musas de Rosalía y de Curros.

—Tu mismo padre —me dijo— *te* fue un emigrante. Claro que no como el mozo de los versos de Rosalía. Tu padre ya *saliera* de aquí con un título en el bolsillo y desembarcó en La Habana con sombrero de copa.

Volvamos a las hijas de Rosalía. ¿Cuál era la de los grandes ojos dorados y los cabellos rubios? Es de suponer que Áurea. La que recuerdo mejor es Alejandra: alta, morena, de cabellera y ojos negros. Fue la que recogió el último arrullo de la «tórtola de Galicia». Cuando le oí a Juventina comparar a Rosalía con una tórtola, me lo expliqué todo a mí mismo: ángel o pájaro, ¿qué más daba? Rosalía había abierto las alas para escaparse de este mundo.

Mucho aprendí en Santiago: a leer, a soñar, a creer más en lo soñado que en lo visto… Yo esperaba con ansiedad el mes de julio para asistir a las fiestas del Apóstol, de cuyo esplendor tanto me habían contado. Mi ilusión no fue defraudada. ¡Qué había de serlo! La realidad contemplada y entendida como podía yo entenderla resultó más hermosa y deslumbrante que mi propio ensueño. Pero en aquel grandioso y profundo espectáculo de las fiestas jacobeas, lo que en definitiva importaba, como en todos los espectáculos, era el espectador. O, dicho de otro modo, la maravilla de cualquier paisaje, de cualquier obra de arte, de cualquier situación humana —patética o jocosa— reside en reservar determinados matices y emociones para cada espectador, y aun para las diversas edades y actitudes anímicas de ese mismo espectador.

Viene esto a cuento de que, interesándome cuanto vi entonces en Santiago, existió un orden jerárquico en mis admiraciones, las cuales presentaré partiendo de las menores hacia las mayúsculas. Mucho me gustaron las procesiones y me sorprendieron y admiraron los fuegos artificiales en la grandiosa plaza del Hospital, que ardían sobre la puerta del Obradoiro. Y los peregrinos, con sus bordones y sus veneras, que algunos llevaban de oro y plata, me hacían soñar con aquellos —santos, emperadores y príncipes— que mi padre «pintaba» en sus *Cartas de Santiago*. Los concursos de gaitas y bailes en la robleda de Santa Susana me cautivaron: ya había yo escuchado la

gaita y visto bailar la muñeira en La Habana, en los espectáculos del Centro Gallego, pero la gaita y la muñeira en Galicia —¡y en Santiago!— sonaban y giraban de un modo mejor: lo hacían en su propia luz, bajo su propio cielo que, entonces, en Compostela, también era azul. Además, en Santa Susana olía a campo, a tierra; las rapazas y los mozos que bailaban la «molinera» —que eso quiere decir «muñeira»— tenían una gracia tan natural en sus movimientos que no parecía que hubiesen aprendido nunca aquel baile, sino que habían nacido sabiéndolo. ¡Y los trajes!

Mas he aquí la última —es decir, la primera— de mis admiraciones: el botafumeiro, el más grande de los incensarios del mundo. Pendía de la cúpula del crucero; no sé qué fuerza gloriosa (supe, años más tarde, que era la de unos robustos mozos) lo impulsaba en un vaivén magnífico y temible, pues parecía a veces que iba a chocar contra las bóvedas derramando sus brasas y su incienso encendido sobre la muchedumbre de los peregrinos y los fieles. Según me había contado la prima Juventina, gran «sabelotodo», esto había sucedido en dos ocasiones. Pero nadie ignora que la actitud temeraria y hasta heroica es más fácil de adoptar en la infancia que en las edades superiores. A mí no me atemorizaba el botafumeiro: me sugestionaba, me transportaba a un mundo de maravilla, de Santa Maravilla, donde las nubes eran de humo y de perfume —de humo blanco, gris, azul, a veces con jirones negros—, y el perfume era, no podía existir la menor duda, el que se aspiraba en la Gloria. Sonaban las chirimías, brotaba del órgano una música profunda y suave, cantaban himnos los romeros y los fieles. Mi abuela me tenía de la mano, sin soltarme, pues parece que al pasar el botafumeiro, ignita granada inmensa, frente a nosotros, se me iban los ojos y los brazos hacia él y daba yo unos saltitos como si pretendiese volar.

—¿Creíste que eras un ángel? —me preguntó ella cuando salimos del templo.

[4]
MÁS ESPAÑOLITO QUE ANTES*

[…]

Prescindiré de algunos recuerdos menores, y harto imprecisos en mi memoria —como la nueva casa que mi padre puso en La Habana; el colegio que antecedió a mi entrada en el de Belén, de la Compañía de Jesús—, para referirme a un acontecimiento que me impresionó profundamente y fue, sin duda, el primero de sustancia histórica a que asistí en mi vida. En octubre de 1892, con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América, celebráronse en la capital de Cuba grandes fiestas, militares y cívicas. Los restos de Colón estaban entonces en la catedral de La Habana, en un féretro magnífico portado por cuatro figuras que yo supuse, por su majestad y grandeza, de reyes o emperadores, hasta que mi padre me explicó que eran las de cuatro heraldos que representaban a los reinos de Castilla, León, Aragón y Navarra. Existía en La Habana otro monumento que me causaba una honda impresión. Era el llamado «Templete», sito en la Plaza de Armas, donde se hallaba el palacio del capitán general de la Isla. El Templete, construcción muy sencilla y airosa, con su ático triangular y sus cuatro columnas dóricas, se erigía en el mismo punto, al extremo Este de la plaza en que, a la sombra de una ceiba, se rezó la primera misa al fundarse la ciudad. Yo me imaginaba a Colón y sus compañeros escuchando, de hinojos, esta primera misa, pues mis conocimientos escolares de la Historia de Cuba** me impulsaban a todo género de anacronismos. Cada vez que pasaba junto al Templete hacía yo, con toda reverencia, la señal de la cruz.

El Gran Almirante descubrió, antes que la isla de Cuba, que tomó por un continente, la pequeña isla de Guanahaní —esto yo no lo ignoraba— y no puso pie en la

* Capítulo v del primer volumen de las *Memorias*.

** La Habana fue fundada por Diego Velázquez, conquistador y primer gobernador de Cuba en 1515. Le dio el nombre de San Cristóbal de La Habana. El Templete se erigió en 1828. [*N. del a.*]

mayor de las Antillas hasta el anochecer del 27 de octubre. Cuatro siglos después de este día, La Habana celebraba con el más vivo entusiasmo la efemérides máxima del Descubrimiento. Supongo que en teatros y círculos se pronunciaron muchos discursos y se recitaron infinitos versos. Tuvo que haber también numerosos desfiles militares de la guarnición y de las compañías de voluntarios, amén de bailes públicos, cabalgatas alegóricas y fuegos de artificio. No es posible que faltaran un *Te Deum* en la catedral, funciones en los demás templos y un banquete de gala en la Capitanía General. Pero de lo que puedo ofrecer un testimonio directo, una evocación fidedigna, es de los actos en que yo «tomé parte» y de los espectáculos que presencié con mis ojos mágicos de niño. Entre éstos figuran una batalla de flores, que se celebró en el paseo del Prado y dio varias vueltas por el Parque Central, que presidía una estatua de S. M. Doña Isabel II. Para esta batalla, que fue magnífica, mis padres alquilaron un landó, que ocupamos «los seis niños». Ellos subieron a la victoria de la casa. Mis hermanos y yo nos sentíamos muy orgullosos porque nuestro coche iba tirado por dos alazanes soberbios y nosotros lucíamos galas nuevas: las niñas, una de azul y otra de rosa; Waldo y yo, de marineritos; los dos pequeños, de blanco, con cuellos de encaje y los cabellos en tirabuzones. Al comenzar la batalla, las flores, desde el fondo del landó, nos subían hasta las rodillas y nos embriagaban con su aroma. Pero pronto fueron disminuyendo, hasta agotarse, las rosas, los claveles, los jazmines del Cabo y los ramilletes formados con florecillas menudas. Fue muy grande nuestro júbilo, pero volvimos a casa sudorosos y agitados y con los vestidos nuevos hechos una lástima. Mi padre, que solía velar por el decoro de nuestra indumentaria, aquel día no nos riñó. Además, él tenía que ir por la noche a un banquete y pronunciar un discurso.

La más emocionante para mí, entre todas las fiestas de aquellos días felices, fue la contemplación de las tres carabelas ancladas en el puerto y que podían visitarse. Mi ingenuidad no llegaba hasta el punto de figurarme que eran las mismas en que Colón y sus compañeros habían llegado a Cuba. Sin embargo, yo «veía» a Colón en la tolda de la *Santa María*, dando las órdenes de desembarco. Veía a los Pinzones en *La Pinta* y *La Niña*, y a aquel Rodrigo de Triana que había sido el primero en dar el grito de «¡Tierra!». A las personas que acudían a visitar las carabelas —en remolcadores empavesados o en aquellos botecitos entoldados que pululaban en el puerto— yo, con la facultad maravillosa de mi fantasía, las transfiguraba en indios, en caribes y en

siboneyes que llegaban desnudos, con sus arcos y flechas de madera y plumas multicolores en la cabeza, a rendir pleitesía al Almirante. Colón les sonreía, los bendecía. El cacique se prosternaba. Una india joven, de carnes doradas, cabellos color de azabache y unos ojos que parecían dos soles, besaba las manos de Colón. Y después, entre gajos de palmas y hojas de plátano y a los sones de una música de tambores y trompetas, todos se encaminaban al Templete para escuchar la primera misa.

¡Oh, feliz ignorancia! ¡O, más bien, poder incomparable de la mente infantil para inventar cuadros mejores que los de la Historia y dotar a la vida de una gracia y encanto edénicos! Yo había olvidado, en absoluto, aquella guerra de que mi madre me hablara tantas veces: aquella guerra con que los cubanos pretendían separarse de España; aquella guerra triste y absurda, pues ¿cómo iba a ser posible que nadie superara en fuerzas al león hispánico? 1892, 1898… Sólo faltaban seis años para la separación. Pero ¿quién era yo para que Clío me revelara sus profundos misterios?

Así, en tal estado de inocencia y de ventura, llegó aquel mismo año el noveno de mi vida. En este año de gracia volví, en cierto modo, a España. Pues fue, espiritualmente, «volver a España» el ingresar, como alumno de primera enseñanza, en el colegio de Nuestra Señora de Belén, de la Compañía de Jesús, donde iba a seguir los dos primeros cursos del bachillerato, previos unos meses de preparación.

Ingresaron conmigo mis hermanos menores, Waldo y Pepe. Belén, el colegio de los niños de familias ricas de La Habana, estaba instalado en un gran edificio que había sido primero convento y más tarde cuartel. Durante el reinado de doña Isabel II*, las autoridades de la Isla lo cedieron a la Compañía, con su iglesia aneja que databa de principios del siglo XVIII. Además del colegio, los padres jesuitas instalaron un observatorio, considerado como el mejor de la América de origen hispánico y al que dio celebridad el padre catalán Benito Viñes, lumbrera de la ciencia meteorológica. El padre Viñes murió el mismo año de mi ingreso en el colegio.

De mi período de educando de los jesuitas tengo mucho que hablar, no sólo porque marca en mi vida el tránsito de la edad inocente y quimérica a las primeras manifestaciones de la edad razonante, sino también porque influyó hondamente en mi espíritu de dos maneras: una, imprimiéndole por modo indeleble el sello de la fe

* Exactamente en 1853. [*N. del a.*]

católica (que en vano lecturas juveniles intentaron borrar), y la segunda, instruyéndolo en los métodos de la obediencia, de la disciplina y del combate contra las pasiones que nos apartan de los senderos luminosos del Evangelio.

Yo no era un niño «malo», pero sí un niño díscolo e indolente. No me gustaba estudiar las lecciones que me «ponían» los maestros, sino leer a mi antojo aventuras, cuentos de hadas y los folletines de Montepin y Paul Feval que aparecían en los periódicos. No obstante, estudiaba y figuraba en la escuela entre los alumnos más aplicados. Pero era una aplicación a la fuerza y que —dicho sea sin el más leve asomo de jactancia— hacíase fácil para mi entendimiento, más agudo que el de la mayoría de mis condiscípulos. Lo que me molestaba era obedecer, seguir una línea determinada por otra voluntad que la propia. Mis profesores jesuitas me enseñaron, en suma, a obedecer, a comprender que el estudio no es un juego, sino un orden, una regla, y que ese orden y esa regla, aceptados por de pronto como sacrificios, pueden y llegan en muchos casos a convertirse en un goce. Claro que el don y la vocación no abandonan nunca sus fueros. Así, desde las primeras horas de mi existencia estudiantil quedaron bien definidas mi escasa aptitud para las ciencias exactas y mi «receptividad» para cuanto girase en las órbitas de la Literatura y de la Historia.

He dicho y repito que el ingreso en Belén fue para mí «como volver a España». Por el ambiente, por la luz, el colegio era una superficie habanera, un espacio tropical. Pero su espíritu, representado por los padres, por los métodos de enseñanza de la Compañía y hasta por la servidumbre —toda ella peninsular—, no podía ser más español. Los alumnos, con su dicción cubana, con la tez trigueña y los ojos negros que predominaban en la mayoría de ellos, con sus trajecillos de dril claro y su afición al deporte yanqui del *base-ball*, así como la vegetación de los patios y jardines y los platos criollos que alternaban en la mesa con los españoles, ponían, sin duda, notas de color local. Pero estas notas resultaban menores, por decirlo así, dentro de la gran sinfonía hispánica del colegio. ¡Qué castellano más puro el de los padres! A las horas del recreo, bajo el sol, a la sombra de las ceibas, los tamarindos y los «flamboyanes» —el árbol bien nombrado, pues sus flores parecen de fuego—, no era posible que yo ignorase que estaba en Cuba. En el comedor tampoco, por la presencia del ajiaco (la olla antillana, con trozos de maíz tierno), del arroz en blanco y el picadillo de tasajo.

Pero en las aulas, en el estudio y en la capilla —donde los alumnos hacían de acólitos y escuchaban lecturas edificantes, como la *Preparación para la muerte*, de San Alfonso María de Ligorio, páginas de San Ignacio y las *Vidas* de San Luis Gonzaga y San Estanislao de Koska— era tan dominante el alma de la Compañía y tan fuerte la personalidad de los padres que los educandos no éramos sino vagas figurillas en la composición española —y por española, universal— del cuadro.

No afirmo que mis camaradas compartiesen mis sentimientos. Hablo, exclusivamente, de los míos, en los que influían dos factores personales: mi viaje a España y aquel amor y veneración de España que me había transmitido la pasión patriótica de mi padre.

Al principio me costó trabajo dominar mi carácter de niño desobediente y la repugnancia que sentía por los libros que no me hicieran soñar. Pero no tardé en adaptarme a la disciplina del colegio —aunque mis notas de conducta no fueron siempre de las mejores— y en alcanzar uno de los primeros puestos en las aulas. Fui «cónsul de Roma». Las clases se dividían en dos grupos rivales: el de Roma, constituido por los internos, y el de Cartago, por los externos. Sobre ambos, con licencia de Clío, reinaba un mismo «emperador», que era el alumno más aprovechado de la clase. Y el más óptimo de conducta, pues no bastaba la aplicación para obtener tan altísima investidura.

Así como el colegio con los patios, claustros y corredores espaciosos conservaba sus aires de convento y de cuartel, así en su régimen interior todo obedecía a un espíritu perfectamente ignaciano de regla y de milicia. Dentro de Belén los alumnos vestíamos a nuestro gusto, todos con pulcritud y sencillez. Para las salidas a la calle, las solemnidades religiosas y las «concertaciones» o justas escolares, teníamos que ponernos de uniforme: chaquetas o levitillas de azul oscuro, pantalones blancos, gorras galoneadas, y lucir, el que las tuviese, las insignias de su grado. El más eminente era el de «brigadier». Y venían luego los grados de «cuestor de pobres», de «bedeles de juego» y «jefes de fila». Ni siquiera alcancé este último, por no haber concurrido nunca en mí, por desgracia, la buena aplicación, que tuve, con la conducta irreprochable. Pero fui «cónsul» y gané en unas concertaciones el premio por mí más apetecido: el de Historia de España, en el segundo año del bachillerato.

[…]

Algo que aprendí también en el colegio, y que me sorprendió y dolió, fue que no todos mis condiscípulos compartían mis sentimientos sobre España. Sucedió esto al pasar yo de la tercera división a la segunda, en que se cursaba la primera mitad del bachillerato. Entonces advertí que había niños «insurrectos», niños que hablaban de «Cuba libre» y escondían bajo la solapa las «estrellitas de cinco puntas», que eran el símbolo del separatismo.

No ignoraba yo, por las narraciones de mi madre, que había habido dos guerras: la de los Diez Años y la llamada Chiquita. Pero ambas se confundían en mi imaginación como dos sombras lejanas que iban alejándose del horizonte de Cuba para no reproducirse en ninguna forma. No creía yo posible que Cuba quisiera, o pudiera, separarse de España. Lo que me asombraba era que algunos de mis condiscípulos, hijos o nietos de españoles, no compartieran mis ideas. En resumen: no me impresionaban gran cosa las «estrellitas de cinco puntas», ni las «banderitas de Cuba libre» que con lápiz azul y rojo pintaba un tal Arango, con quien tuve alguna riña en el recreo, pues me llamaba «patón» y «gallego». Lo de gallego no me hubiese importado sin el tono de estúpido desdén con que Arango me lo decía. Pero lo de patón no se lo toleré nunca sin llegar a las manos, pues patón era el mote injurioso con que los criollos designaban a los españoles, aunque tuviesen los pies muy finos y pequeños, como los de mi padre, por ejemplo.

No se me ocurrió nunca acusar a Arango. Al acusador, al soplón, le llamábamos «chota», apodo caprino que por nada del mundo hubiese querido merecer. Entendía yo que me bastaban los puños para vengar los agravios que se me infiriesen. Así lo hacía, figurando yo —y de ahí mis faltas de conducta— entre los chicos más belicosos del colegio.

En el cual pasé muchas horas felices, pues me gustaban —ya en la segunda división— el estudio luminoso, con sus pupitres independientes, de clara madera barnizada; los ejercicios en el gimnasio y el baño en la piscina. ¡Oh, hubiera querido vivir en el agua! Algunos padres, entre los que recuerdo al padre Oberet, maestro de Latín; al padre Santisteban, profesor de Historia, y al padre Garay, rector en aquella época, eran tan afables de suyo y fueron tan bondadosos conmigo que siempre les rendiré veneración en mi memoria. En cambio, del padre prefecto, cuyo nombre he olvida-

do, no podría decir lo mismo. Y no porque no fuera un varón justo, sino porque su boca, que era abultada y torcida; sus ojos, con un estrabismo convergente; el color bazo de su rostro, negro en las mejillas por la rasura insuficiente, y su pelo, híspido, como de alambre, concurrían a hacer de él un dechado de fealdad.

Pero si aquel padre no hubiese sido, por su investidura de prefecto, el encargado de gobernar a la grey estudiantil y, sobre todo, de leer las notas semanales, en cada división, desde la tribuna del estudio, confieso que no me habría parecido tan feo. Voy más allá: si mis notas hubiesen sido siempre las mejores, las que él leía dulcificando la mirada y con una sonrisa que abarcaba todo el estudio, posándose por fin en el alumno que las obtenía, sus ásperas facciones se habrían embellecido e iluminado ante mis ojos. La nota sobresaliente era la «A». «A-e» significaba notable; «E-i», regular; «I», mal; «I-o», pésimo. Desde la «I» hasta la «I-o» la mirada y el gesto de nuestro juez se iban haciendo más irascibles, hasta convertirse —perdónese la hipérbole— en un a modo de rayo que fulminaba al «delincuente». Sólo una vez padecí la «I-o» por mis peleas en el recreo, y me costó muchas lágrimas. Como mis notas de aplicación eran excelentes, un día el padre prefecto me hizo subir a su celda y me amonestó, con voz suavísima, en estos o parecidos términos:

—Debes reprimir tu carácter levantisco. Es una lástima que, obteniendo calificaciones tan buenas en tus estudios, no figures entre los que merecen «el A por todo». También quiero decirte que no seas, como me ha dicho el padre Arvizu, tan lengua larga. Todo se te vuelve contestar, discutir, y eso, hijo mío, no es independencia, sino soberbia. Anda con Dios y prométeme cambiar de genio.

Se lo prometí, me bendijo, me regaló una estampita de San Luis Gonzaga y salí de su celda con los mejores propósitos de enmienda, que en adelante se frustraron en muy rara ocasión. El «A por todo» no lo merecí nunca.

[…]

Las [remembranzas] más precisas en mi memoria son las del último curso que allí estudié. Se dio el grito de la rebelión en febrero de 1895, en el pueblo de Baire, en la provincia de Santiago de Cuba. Había yo cumplido once años de edad en noviembre del 94 y comenzaban a alejarse de mi mente los ensueños y fantasmagorías de la primera infancia.

Tuve que darle la razón a Arango: la «estrellita de cinco puntas» se multiplicó en el reverso de muchas solapas. No obstante, la realidad de la guerra no disminuyó en lo más mínimo mi confianza en el triunfo de España, de la España de Viriato, de los numantinos, de los astures de Covadonga, de los Reyes Católicos, de Gonzalo de Córdoba, del césar Carlos V, de los vencedores de Lepanto, de toda la legión de héroes que desfilaba por las páginas de mi Historia, de aquel librito mágico que me acariciaba y fortalecía el corazón. No recuerdo que el librito me instruyese sobre las guerras de independencia de América. Quizá se detenía en nuestra victoria de Bailén sobre el ejército de Napoleón. O no daba la duración del curso para seguir más adelante. Además, aunque alguien, con el mapa de América a la vista, me hubiese señalado los inmensos países continentales en que se había ido «poniendo el sol de España», yo no hubiese creído que Cuba significase la consumación del ocaso. La guerra que se iniciaba entonces sería dominada como las anteriores. Buenos generales tenía España para ello, y los mejores soldados del mundo. Y —argumento supremo— ésta era la opinión de mi padre, y yo veía por los ojos de mi padre.

De otra parte, en Belén el ambiente seguía siendo majestuosamente español y los nombres de Martí, Maceo, Máximo Gómez y Calixto García, paladines de la causa de Cuba libre, que algunos pronunciaban con entusiasmo, me hacían sonreír ante el de Martínez Campos, que —como yo había oído en mi casa— iba a llegar de España «para meter en cintura a los mambises».

Así las cosas en mi pequeña alma ilusionada, mi padre resolvió un nuevo viaje a la Península, «no bien terminaran los exámenes de los niños». Mis postreros meses de Belén fueron los más felices. Me había acostumbrado a la disciplina. Mis propias notas de conducta eran cada vez mejores. El padre Garay, el rector, me honraba con frecuencia tomándome de acólito y era muy profundo mi gozo al vestir la túnica roja y la sobrepelliz de encaje y ayudar al santo sacrificio de la misa. También se me elegía para dirigir el rosario. Quiero apuntar que todos los actos del culto me impresionaban dulcemente, que mi devoción infantil era honda y espontánea y que más tarde, cuando lecturas y pasiones de la juventud pusieron en mi espíritu las sombras de la duda y los espejismos de la diosa Razón lo ofuscaron, aquella fe del «niño» llegó siempre a tiempo para preservar de la caída irremediable al «hombre».

[…]

[5]
ESPERANDO A WEYLER*

Tales eran mi familia y los amigos y fámulos de mi casa en 1895, al estallar la guerra. Yo iba a cumplir doce años. Mi idea del mundo, de la vida, «de las cosas que ocurren», comenzaba a hacerse razonable. No quiere esto decir que el hada Fantasía hubiera dejado de reinar en mis ensueños y pensamientos, sino que ya no era una soberana absoluta: cada día se ocultaba con mayor frecuencia para que me hablasen las voces exteriores de la realidad, para que mi espíritu recibiese algunas revelaciones que no dejaban de conturbarlo pues, ¡ay!, venían, precisamente, a ensombrecer o borrar los más bellos cuadros que habían pintado mi ignorancia y mi imaginación. Por ejemplo: aunque yo supiese, desde la clase de Geografía, que numerosos países de América habían sido españoles y dejado de serlo, convirtiéndose en naciones independientes, de tal noción no emanaba siquiera la hipótesis de que Cuba, algún día, los imitase, separándose de España. Pero ¿cómo dudar de que algunos cubanos lo querían «así» y estaban luchando por su independencia? ¿Cómo impedir que ciertos nombres, que yo oía a cada instante en mi casa, no viniesen a ponerme «dentro de la realidad»? Estos nombres eran los de Martí, Maceo, Máximo Gómez —a quien llamaban el Chino Viejo—, Calixto García, Roloff, Collazo, jefes de aquellas «partidas de insurrectos» que Martínez Campos, entonces, era el encargado de perseguir y dominar.

Un día llegó la noticia de la muerte de Martí en el encuentro de Dos Ríos, entre las tropas de Máximo Gómez y la columna del coronel Ximénez de Sandoval. Otro día se supo que el general Santocildes había sucumbido heroicamente en la acción del Alto de Peralejo, sostenida por Maceo, y que Martínez Campos penetraba entonces en Bayamo, ciudad de Oriente, que era —¿a quién se lo oí decir?— «la Numancia de los cubanos», pues éstos le habían prendido fuego antes de entregarla a los españoles.

* Capítulo vii del primer volumen de las *Memorias*.

La victoria de Antonio Maceo en Peralejo, la muerte de Santocildes —de cuyo valor se hacían lenguas sus propios adversarios y era un ídolo de los españoles de la Isla— produjeron en mi casa profunda consternación. Mi padre y mi tío Antonio habían tratado al general. Creo, mas no estoy seguro de ello, que alguna vez había venido a sentarse a nuestra mesa. De lo que sí estoy cierto es de que años más tarde existió amistad, en Madrid, entre la viuda e hijos de Santocildes y mi familia. En suma, me pareció notar aquellos días una sombra de tristeza, quizá de angustia y pesimismo, en los ojos de mi padre. No así en los de mi tío Antonio y el doctor Espada, que seguían confiando en la pericia guerrera de Martínez Campos y en sus dotes de diplomático, pues don Arsenio con una mano blandía la espada vengadora y con la otra brindaba las reformas políticas y administrativas —ya preconizadas por Maura— que, con una paz más sólida que la del Zanjón, pondrían término a la guerra.

Los retratos de Martínez Campos, de los generales Santocildes y Vara de Rey y de otros jefes españoles aparecían en los periódicos con sus expresiones naturales ante la cámara del fotógrafo. No así los de Gómez, Maceo y demás adalides de la insurrección, que eran, las más veces, caricaturas en que el Chino Viejo semejaba, efectivamente, un feo mandarín de grandes y lacios bigotes, y Maceo, mulato y no mal parecido, resultaba tan feróstico y negro como Quintín Banderas.

Para mí, la expresión más directa y vívida del militar español era el comandante Latorre, que llegaba de vez en vez a mi casa, desde la manigua, con su uniforme de rayadillo manchado de tierra y una luz de triunfo en los ojos. Daba la impresión de que él solo se bastaba para ganar la guerra. Tenía el mando de una guerrilla, con su hijo Esteban de ayudante. Latorre era la jovialidad en persona. Esteban (a quien más tarde me recordarían los retratos de Felipe IV, por Velázquez) era más bien silencioso y muy circunspecto. Fue malherido en aquella guerra y ascendió a capitán.

El ferretero Vila, que era coronel de Voluntarios, nos visitaba también a veces de uniforme. Pero no tenía nada de marcial en su figura. Hombre pacífico por temperamento, contrastaban su sencillez y parquedad de palabras con la exuberancia verbal de su mujer, la mexicana colosal que fumaba constantemente, guiñando un ojo, y hubiese portado con más brío los galones y las armas que su cónyuge. El doctor Espada, cuando se refería a los episodios de la guerra, enarbolaba su bastón de manatí, como si a ello le obligase su bélico apellido, y describía los combates como si los hubiese

librado él mismo, todo sin descomponer la elegancia de su persona. ¡Qué bien se ajustaba a su torso la levita de alpaca! No era muy alto, pero cuando se erguía sobre la punta de los pies —pequeños y siempre calzados de charol coruscante— lo parecía. Si hablaba en la saleta, junto al patio, mil y una luces se reflejaban en sus espejuelos con armadura de oro, en su levita, en sus zapatos, en su bastón color de ámbar. A él, a este noble y magnífico doctor Espada, le oí decir «que don Arsenio estaba equivocándose», que no hacía falta un «conciliador», sino un «puño de hierro», porque si no se exterminaban pronto las partidas insurrectas, si se les permitía otro Peralejo, la ayuda de los yanquis alcanzaría proporciones insospechadas, y entonces… Pero no; España mandaría otro general a tiempo. ¿Y quién podía ser sino Weyler?

Mi tío Antonio era de la misma opinión. Martínez Campos chocheaba. El Chino Viejo y Maceo se le subían a las barbas… Claro que sin la obligada protección a la zona azucarera, que mantenían nuestras mejores tropas, Maceo no hubiese cruzado la trocha de Júcaro en veinte días, ni hubiese podido reunirse con Máximo Gómez, que ya estaba a las puertas de La Habana… ¡Pero en cuanto llegase Weyler! Ése era el hombre. Porque Weyler…

El tío Antonio hablaba también de la política de Madrid, del partido autonomista, de Cánovas. Sí, tal vez conviniera la autonomía, pero ante todo la victoria. Demostrar a los insurrectos, a los filibusteros y los anexionistas de Norteamérica «que no había quien le limase las garras al león español…».

Yo, la verdad, quedaba muy impresionado con aquellos discursos. Y digo discursos, porque tales eran, aunque fuesen pronunciados (los del tío Antonio) en la mesa, entre plato y plato, o con el cuchillo y el tenedor en el aire para no interrumpir un argumento. Mi tío Antonio era un hombre alto, fuerte, atezado, con unos bigotes de mosquetero y unos ojos negros y chispeantes como sólo se ven entre los moros. No terminaría la guerra, como se verá más adelante, sin que vistiese un uniforme muy vistoso y se pusiera al frente de una compañía de voluntarios.

Mi padre también «hacía discursos», pero menos afirmativos que los del doctor Espada y menos vehementes que los de su hermano Antonio. Él era, sin duda, partidario de la autonomía. Mas ¿cómo implantarla en plena guerra, sobre todo conociendo el encono de los separatistas contra España y la ayuda prestada a éstos por los

Estados Unidos, que no perseguían sino la anexión de Cuba? ¡Ah, qué ciegos estaban los cubanos! Porque, admitiendo la hipótesis de que ganaran la guerra, no iban a ganarla por sí solos, sino gracias a los créditos y pertrechos facilitados por los yanquis, y a la hora de la liquidación se encontrarían convertidos en una colonia norteamericana, cuya población se engrosaría con todos los hombres de color que le estorbaban a la poderosa república del norte. De esto estaba él perfectamente seguro. De una parte el heroísmo de los soldados españoles y de otra la acción del partido autonomista, en el cual figuraban los cubanos más clarividentes: los Montoro, los Giberga, los Gálvez evitarían que Cuba se perdiera para todos, porque, al dejar de ser española, dejaría también de ser cubana. Y volvía a su tema de la anexión de Cuba por los Estados Unidos. ¡Ah, cuán lamentable la ceguera de los que se llamaban sus libertadores!

Yo prefería, a los tristes augurios de mi padre, el optimismo de mi tío, del doctor Espada, de Latorre y de aquellos periódicos habaneros —como *La Unión Constitucional* y el *Diario de la Marina*— cuya fe en la victoria de nuestro ejército no flaqueaba en ningún momento. De otra parte, con la volubilidad propia de los cortos años, mi pensamiento se alejaba de la idea dramática de la guerra para detenerse en realidades más inmediatas y venturosas. Por entonces, mi madre, que poseía ciertos dones literarios, componía minúsculas comedias para que mis hermanas, María la institutriz, mi hermano Waldo y yo las representásemos en un teatrito que se improvisaba en el patio. Hizo una adaptación de *Marianela*, «repartiéndome» el papel del galán ciego, enamorado de la pobre zagala, su lazarillo, hasta que sus ojos, abiertos a la luz «por un milagro de la ciencia», le descubrían el contraste de la fealdad y la hermosura y… ya sabe lo demás el lector. A mí no me gustaba el desenlace y le propuse a mi madre que lo cambiara. Yo me hubiera casado con Marianela, pues la bondad de su alma suplía, con creces, lo desdichado de su rostro. Menos mal que en la «adaptación», que duraba a lo sumo un cuarto de hora, se suprimía el episodio de la muerte de Marianela. También nos hacía mi madre recitar versos de la Avellaneda y de Zorrilla; algunos, en gallego, de Rosalía y Curros. Y escribió varios «entremeses» en que figuraban esclavos y guajiros. Alguna vez yo tuve que pintarme de negro.

Asimismo, por aquella época se reveló mi vocación literaria y comencé a colaborar en el periódico de mi padre. Recuerdo que mi primer artículo se refería a unos

acróbatas japoneses que me habían entusiasmado en el circo. La verdad es que la mano paterna tuvo que intervenir demasiadamente en aquel balbuceo, lo cual no obstó para que el doctor Espada me regalase una pluma de ave, en oro legítimo, armándome sin más ni más escritor, y para que don Pancho, a su vez, me obsequiase con un precioso bergantín. Pluma y barco que me llevaron muy lejos: a países que me reservaban más dolor y tristezas que satisfacciones, pues la pluma se hizo hartas veces de vil metal y el barco perdió el rumbo con frecuencia. ¿Qué sabía yo entonces de mi destino, de los errores en que incurriría mi juventud?

Lo mejor de aquel período de mi vida fueron los libros: algunos de los libros de la biblioteca de mi padre, que estaban distribuidos en cuatro estanterías, dos de ellas con vidrieras, bajo llave, y al descubierto las otras dos. Una de éstas contenía códigos, ventrudos tomos de jurisprudencia y comentarios jurídicos, en severas encuadernaciones de becerro, ante los cuales yo pasaba sin detenerme. Pero la otra me atraía con sus volúmenes de Historia. Allí el padre Mariana, Masdeu, Lafuente, continuado por Valera. Ahí Prescott, con su historia de los Reyes Católicos; Lamartine, hablando de los girondinos; César Cantú, con su Historia Universal; Thiers, con la suya de la Revolución, el Consulado y el Imperio de Francia. También la Geografía de Malte-Brun; una gran Historia Natural, por varios autores, con láminas magníficas y… novelas: *El eco de los folletines*, todo Fernández y González; algo de Ortega y Frías, Pérez Escrich y Ayguals de Izco; Larra, con *El doncel de Enrique III*; Enrique Gil, con *El señor de Bembibre*; Cánovas, con su *Campana de Huesca*; Rosalía Castro, con *El caballero de las botas azules*… Y muchos tomos de Fernán Caballero, Alarcón, Galdós, Pereda, Valera y doña Emilia. No faltaba el *Quijote*, ilustrado por Doré; ni el *Lazarillo*, el *Buscón* y el *Guzmán*. Pero, sin duda por haber ganado en Belén el famoso premio de Historia, y porque, realmente, yo estaba viviendo, a mi modo, un capítulo de la nuestra, es lo cierto que mi lectura preferida era la de Lafuente. Hojeaba todos los libros, leía algunos fragmentos, contemplaba las ilustraciones, mas sólo me detenía, extasiado, en las páginas referentes a los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II. Y al final de la Reconquista, el Descubrimiento, el Imperio, la colonización de América. En cuanto aparecía el tercer Felipe, con su débil carácter y sus validos perniciosos, ya la Historia me interesaba menos. Llegué a formarme, con un método a mi capricho, una Historia de España plenamente triunfal, donde pululaban los héroes y los san-

tos, y en la cual, después de la reina Isabel, no había figura que me pareciese más grande que la del cardenal Cisneros, y esto —aparte las razones históricas que permitían pensarlo, pues ¿qué ministro tuvo España de su virtud, su sabiduría y su vigor?— por una pequeña razón íntima, que ahora me hace sonreír, pero que entonces llenaba de júbilo y orgullo mi inocente espíritu: y era aquella idea, fomentada por mi madre, de que nuestra rama de los Cisneros procedía directamente de la familia del cardenal. De modo que mi abuela materna, doña Dolores de Cisneros, tan antiespañola, y el marqués don Salvador, presidente de la República de Cuba en la manigua, eran descendientes del español más español de España y… no querían a España. ¡Qué locura! Yo los compadecía con toda mi alma. Pues yo sí, yo era un Cisneros absoluto; yo admiraba al cardenal en todos los actos de su vida de confesor y consejero de la reina, de dominador de los nobles infatuados, de padre de la piedad y la cultura españolas, de conquistador del norte de África para impedir nuevas invasiones de los infieles. Y era tanta mi veneración por Cisneros que, para mí, el único borrón en la biografía áurea de Carlos V era el no haber comprendido la grandeza del primer genio político de España. ¡Pues no había esperado a que se muriese en Roa, cuando, casi agonizante, iba en su busca, para ocupar el trono en Valladolid, con su corte envidiosa y depredadora de flamencos! No, esto yo no se lo perdonaba a Carlos V. Y después, al rebelarse contra él las comunidades de Castilla y las germanías de Valencia, ¿qué no hubiera dado yo porque Padilla lo venciese en Villalar y los agermanados en sus últimos combates?

Esto pasó. Luego, conforme el príncipe rubio va españolizándose, haciéndose el digno nieto de sus abuelos, cuando vence a un casquivano rey francés y lo trae cautivo a Madrid, cuando no vacila en luchar contra el Papa, que quiere arrojarle de Italia, y combate la herejía de Martín Lutero, «yo le perdono» los errores con que inicia su espléndido reinado…

Felipe II me inspira una admiración absoluta. Le veo procediendo en todo españolamente. Los capitanes que, bajo su inspiración, mantienen la integridad de su corona y le añaden nuevos florones —quiero decir, nuevas provincias—, el duque de Alba, don Juan de Austria, Alejandro Farnesio, son para mí unos hombres sublimes que Dios ha forjado con el metal más puro y a quienes ha infundido su propio alien-

to para que sean en la Tierra, y bajo las banderas de España, los paladines de la Cruz. Me duele el desastre de la Invencible. Maldigo al artero Drake, a la degenerada Isabel, al tonto de Medina Sidonia. ¿Por qué se le ocurriría morirse a don Álvaro de Bazán? Pero concluyo aceptando —y repitiendo como una plegaria consoladora— las palabras de Felipe: «Yo mandé a mis barcos a luchar con los hombres, no con los elementos».

En tres capítulos del glorioso reinado se detiene y complace mi devoción: San Quintín, Lepanto, y, sobre todo, la unidad ibérica al ceñir nuestro monarca la corona de Portugal.

A estas glorias y victorias venían a unirse las proezas maravillosas de la conquista de América. Hernán Cortés, los Pizarro, Almagro, Valdivia, Alvarado —al que me figuraba enorme como un cíclope, dando su famoso «salto»— no me parecían menos magníficos que los grandes capitanes de las guerras de los Países Bajos y de Italia. Con la arbitrariedad propia de mis juicios pueriles, y con el afán de no admitir nada que se opusiera al esplendor y triunfo de las armas españolas, los jefes y caciques de la América precolombina, los Moctezuma, los Guatimozin, los Atahualpa, los Hatuey, no me inspiraban admiración, ni compasión: me parecían algo así como unos predecesores de los mambises cubanos, a quienes yo no lograba imaginarme sino caricaturalmente, tal y como los presentaban algunos periódicos, con la estrella de cinco puntas en el sombrero alzado por delante, al hombro el rifle y el machete amenazador en la diestra.

[…]

[6]
MI NUEVA IMAGEN DE LA GUERRA*

No logro recordar con exactitud la fecha de nuestro segundo viaje a España. Debió de ser entre septiembre y octubre del 95. Tampoco podría decir a qué razones personales obedeció mi padre al emprenderlo, pues él tenía de reservado y cauteloso para sus sentimientos íntimos todo lo que le sobraba de exuberante en sus expansiones oratorias. Me inclino a suponer que entonces, como antes, fue la morriña la causa principal de su retorno a la Península. Pero también pudo influir en su decisión la idea de un desenlace adverso de la guerra para España. Siempre le oí decir «que sólo viviría en Cuba española», y, además, me consta, por un cúmulo de episodios y frases familiares que no vienen a cuento, que no llegó nunca, como otros españoles, a sentirse a gusto en la Isla, a aclimatarse, a «aplatanarse». En espíritu, por así decirlo, no salió nunca de España, y más concretamente de Galicia.

Salimos, pues, de La Habana, con rumbo a La Coruña, en un barco de la Trasatlántica francesa llamado *La Navarre*, que ya entonces salvaba en nueve días la distancia entre los dos puertos. Mi padre levantó la casa, confiando los muebles a uno de sus amigos, comerciante y dueño de unos amplios almacenes. Sólo llevó consigo, amén de los baúles de la ropa, una pequeña parte de su biblioteca. Viajó siempre, no obstante su profundo españolismo, en barcos franceses, porque, en realidad, en aquella época eran más veloces que los nuestros y porque el consignatario de la compañía francesa, con quien tenía trato amistoso, hacíale los «mejores descuentos».

Los jefes, oficiales y soldados españoles viajaban, como era lógico, en los barcos de nuestra bandera. De modo que en aquella travesía, en una partícula de Francia sobre el mar, se atenuó y casi desapareció de mi memoria el hecho de la guerra. Con la volubilidad propia del alma infantil, olvidé cuanto pudiera aminorar el encanto del viaje (yo no me mareaba) y el júbilo que me producía el retorno a una tierra que se

* Capítulo VIII del primer volumen de las *Memorias*.

me antojaba un paraíso. Íbamos «a poner casa» en La Coruña. Y la pusimos, en efecto, en el punto más céntrico y alegre de la ciudad: el Cantón Grande. Pero en La Coruña, al través de varias y suaves satisfacciones, me esperaban algunas cosas un tanto ásperas que hirieron mi amor propio y algunas realidades dramáticas que me presentaron otro aspecto de la guerra.

Mis condiscípulos del Instituto Da Guarda, donde cursé el tercer año de bachillerato, se burlaban de mi acento cubano y solían llamarme «mambís», no sin que yo me rebelase contra este apodo, que en sus labios tenía la intención de un insulto. Hice esfuerzos por hablar como ellos: con la zeda y la ce. Y en algún caso hube de andar a golpes con un tal Abelenda, que era el más burlón de todos y que, mediado el curso, fue el mejor de mis camaradas.

Lo otro fue más grave y más triste. Del puerto de La Coruña salían tropas bisoñas para ir a combatir en la manigua. Y parte de estas tropas no tardaba en repatriarse maltrecha, inválida y en ocasiones moribunda. Mi madre había sido honrada con un puesto entre las Damas de la Cruz Roja. Ella y mis hermanas hacían hilas y vendas para los enfermos. Cuando llegaba un barco de repatriados, mi madre, vestida de negro y con mantilla, como las demás señoras, iba al Muelle de Hierro a cumplir su deber patriótico y humanitario. Y yo la acompañaba a veces, portador en sendos paquetes de bufandas y pañuelos, golosinas y cigarrillos. No olvidaré nunca algunos rostros de repatriados: amarillos, con la calavera marcándose bajo la piel, los ojos calenturientos sumidos en las órbitas y los labios exangües, que intentaban sonrisas y frases de gratitud. No olvidaré a aquellos soldaditos que venían tiritando bajo sus capotes o sus mantas, algunos sin un brazo, sin una mano, sin una pierna. Otros, en camillas, cuya ascensión por aquellas escaleras, invadidas por las algas y los moluscos del Muelle de Hierro, constituía un espectáculo desgarrante, aun para las personas menos blandas de corazón.

Y fue así como cambió en el mío la imagen de la guerra. En La Habana yo no había visto hombres heridos o agotados, como estos que llegaban —muchos para morir— al puerto de La Coruña. En La Habana había oído hablar de la guerra a hombres vigorosos y locuaces, en el comedor de mi casa, entre dos chupadas al aromoso «tabaco» o dos tragos del buen vino español. Es decir que, apartándome del lugar

preciso, del propio teatro de la guerra, yo comenzaba a sentirla, a comprender su crueldad y su dolor, bien así como en los teatros de la farsa se aprende más de la vida y de sus tragedias verdaderas entre bastidores que contemplando desde una butaca lo que ocurre en el escenario. Aquello era el reflujo de la guerra: juventudes tronchadas, cuerpos rotos, lágrimas, angustias, muertes. Yo no había llorado nunca en La Habana. En La Coruña vertí muchas lágrimas en aquel Muelle de Hierro que recibía a los sacrificados, a los héroes, a los mártires de una campaña que no pudo evitarse y en la cual siempre quedaron a salvo el honor y la intrepidez incomparable de nuestro Ejército.

Algo que también mantenía mi curiosidad y ansiedad por todos los incidentes y contrastes de la guerra de Cuba eran los periódicos. Así los de la prensa local como los que llegaban de Madrid: *El Imparcial*, *La Época*, *La Correspondencia de España*. Traían telegramas, artículos y comentarios. Pero mi preferido, el que yo me precipitaba a comprar no bien llegaba a la calle Real de La Coruña, era *La Campaña de Cuba y Actualidades*, semanario toscamente ilustrado, en cuyas planas la imaginación de los dibujantes «reproducía» los últimos encuentros de nuestras tropas con los rebeldes, presentando a las unas con rasgos de bizarría y heroísmo y a los otros como una caterva de salvajes, en que predominaban negros y mulatos, cuya rabia cedía siempre ante el impulso de los infantes y jinetes españoles. Aunque yo supiera que la mayoría de los insurrectos eran blancos, tan blancos como sus ascendientes los peninsulares, y no me pareciera de Cuba, sino del infierno, el campo que se veía en aquellas «ilustraciones» —¡ay, qué palmeras y bohíos fulminados por la metralla y qué manigua más intrincada y oscura!—, es el caso que las tales ilustraciones me fascinaban y que algunas de ellas permanecían como aletargadas en mi memoria para despertar por la noche en pesadillas más o menos angustiosas. Pues, por veces, el mago de mis sueños convertía el disparate en un cuadro bélico magnífico, a todo color, y en el que ondeaba sobre un cielo de azul espléndido nuestra bandera, victoriosa siempre.

Pero hay más. Después de un rápido viaje a Madrid, donde visitó a varios señores de la política, mi padre se había puesto a escribir un libro sobre la guerra de Cuba. Como mi letra era muy clara, él, que la tenía casi ilegible, me dictó el original para la imprenta. Su libro iba a publicarse, primero en forma de artículos, en varios

números de *La Revista de Jurisprudencia y Legislación*, que dirigían en Madrid dos ilustres jurisconsultos: Azcárate y Silvela, don Francisco, si no me engañan mis recuerdos.

Mi padre era impaciente y exigente. Yo le temía, sobre todo, a mis errores ortográficos, porque, cuando no tirones de orejas, me costaban calificativos de «necio», «burro» y «estúpido», que me dolían mucho más. Si la falta no era subsanable por la goma o el raspador, no había más remedio que recomenzar la página. Por fortuna, no obstante ser yo un amanuense de escasos doce años, mi ortografía era bastante buena, y la copia de *El problema cubano* —éste era el título del libro— fue saliendo conforme la deseaba su autor, «muy clarita y muy limpia».

Yo escribía sin comprender bien lo que me dictaban. No porque mi padre fuese un escritor abstruso o aficionado a los vocablos insólitos, sino porque mi ignorancia de «los antecedentes de la cuestión» era casi absoluta. Así, yo no supe hasta entonces que los Estados Unidos habían querido varias veces comprar Cuba, como quien compra una tierra cualquiera, y también ignoraba que hubiesen existido cubanos dispuestos a vender su patria a los yanquis. O, dicho de una manera menos vergonzosa, partidarios de la anexión. Según mi padre, los Estados Unidos aspiraban a la propiedad de Cuba para trasladar a ella su población negra y convertirla en una base naval que más adelante le permitiese ir apoderándose paulatinamente de toda la América del Sur. Pero si España no vacilaba en otorgar a Cuba la más amplia y sincera autonomía, identificándola en lo político y lo administrativo a las provincias peninsulares —para lo cual contaba con el apoyo de los verdaderos patriotas cubanos, que eran los autonomistas—, la solución del problema hacíase menos ardua, siempre y cuando la concesión de las reformas fuese precedida de un triunfo incontestable de nuestro Ejército. Entre la paz del Zanjón y el grito de Baire se había estado perdiendo el tiempo, un «tiempo precioso», que los «jingoístas» americanos habían sabido aprovechar. La buena fe de muchos cubanos y el fanatismo y la ceguera de otros dieron pábulo a la idea, «a todas luces errónea», de que los yanquis sólo aspiraban a ayudarles en la conquista de su libertad. De otra parte, los políticos de Madrid continuaban escatimando derechos a los antillanos y los españoles intransigentes de Cuba contribuían a agravar la situación. ¡Ah, si no se hubiese rechazado el proyecto de reformas de don Antonio Maura!

En definitiva, mi padre creía aún en la salvación de Cuba, en la continuidad del espíritu de España —idioma, raza, religión, cultura— «en aquella isla encantada». Los tiempos habían cambiado favoreciendo con la navegación a vapor, cada día más rápida, el enlace entre la metrópoli y sus provincias ultramarinas. ¿No se salvaba ya en nueve días la distancia entre Cuba y España? ¿Por qué razón no habrían de ser los cubanos, como los canarios, insulares atlánticos, sin duda, pero entrañablemente españoles? Y entonces, a los vaticinios de una Cuba negra, de una Cuba esclava, sucedían en el libro de mi padre los cuadros color de rosa de una Cuba feliz, gobernada por los mejores de sus hijos en nombre de la Madre Patria. Esto era lo que me gustaba del libro: que Cuba no dejara de ser española.

[7]
SEGUNDA PRESENCIA DE MURGUÍA*

De todos modos, y a pesar de tales ecos y reflejos de la guerra en mi ánimo, yo viví entonces en La Coruña las horas más felices de mi niñez. La ciudad me encantaba. ¡Era tan pequeña, tan limpia, tan alegre! En las calles no había polvo, como en muchas de La Habana. No hacía calor y «todo el mundo era blanco». Entre mi primero y mi segundo viaje a España, La Coruña no había tenido tiempo de cambiar, de extenderse, de convertirse en una urbe importante, con sus dársenas, sus largas avenidas, sus hoteles lujosos, sus tranvías eléctricos y hasta sus «rascacielos». De aquella Coruña finisecular he escrito en alguno de mis libros que era «una ciudad en forma de mujer: de mujer encorsetada y con cintura de avispa». Esta imagen sigue siendo válida si se refiere al centro geográfico de La Coruña, que las reformas y ampliaciones no han podido alterar, afortunadamente. El istmo de la península coruñesa, en su parte más angosta, mide unos setecientos metros, de los cuales alrededor de trescientos le han sido ganados al mar. Imitando en pequeño a su padre Júpiter —soñaba yo— pudo Hércules raptar a La Coruña por el talle. Pero prefirió quedarse junto a ella, metamorfoseado en torre, vigilándola. Según la leyenda, la Torre de Hércules poseía un espejo en el que se reflejaban todos los sucesos del mundo. Era, sin duda, la pupila celosa del semidiós.

Pues bien; en ese istmo estaba —y está— el centro urbano de La Coruña. Es decir, entre el puerto, abrigado y anchuroso, y la ensenada del Orzán, donde ya la ría se ha entregado al Atlántico. El Orzán es turbulento. Yo me asombraba de que algunos días invernales sus olas no barriesen La Coruña, de un lado a otro, como la cubierta de un barco. Y no. El Orzán brama, amenaza; sus procelas son de gran estilo, muy teatrales, pero las olas no han llegado nunca, que yo sepa, a la calle de San Andrés. Desde la calle de San Andrés —tomada por la Rúa Nueva, por esa Rúa Nueva que se halla, en línea vertical, a unos doscientos pasos del puerto— la distancia se re-

* Capítulo IX del primer volumen de las *Memorias*.

corre en escasos minutos. A mí me encantaba ver zarpar los vapores del puerto. Porque esos vapores no se iban de una vez. Un instante ocultos, como escamoteados por el castillo de San Antón, y ya perdidos de vista, me bastaba con atravesar el istmo, despacio, para volverlos a ver. Asomaban por detrás de la torre de Hércules, como si ésta, al salir de la ría dificultosa, les diese paso libre y seguro hacia el Atlántico. Por fin, las siluetas de aquellas naves, menguando lentamente, se borraban en el horizonte. Era, quizá, el más puro goce de las almas infantiles —y aun adultas— esta despedida «en dos tiempos» de los vapores: esta ilusión de una cosa perdida que se recobra, que se vuelve a poseer fugazmente, en un adiós definitivo y ya resignado, como en esas despedidas amorosas que tienen una coda inesperada después del adagio.

Junto al Orzán, protegida por el monte San Pedro, la playa de Riazor, a partir del otoño, era feudo de los chicos del instituto y de los *rillotes* —es decir, los pilletes— del arrabal de Santa Margarita. Se armaban allí grandes peleas entre unos y otros, a pedrada limpia. Los *crollos* (guijarros), a veces del grosor de manzanas, disparábanse a mano, o bien con hondas, que algunos muchachos manejaban tan certeramente como esos pastores que no marran un tiro. Los honderos figuraban en primera línea; eran la vanguardia de la guerrilla. Realmente aquello venía a ser una guerra en pequeño, por la edad de los adversarios y lo primitivo de las armas. Pero no por la furia de los combates, de los que solían resultar algunas cabezas descalabradas y algunas bocas y narices chorreando sangre. ¡Qué gritos los del bando victorioso, que no era siempre el nuestro! ¡Qué fugas hacia el próximo instituto cuando Belona, voltaria deidad, favorecía a los *rillotes* de San Pedro! Yo no era de los más veloces en huir. Y me ocurría pensar, durante la batalla, en la otra guerra que estaba librándose en Cuba entre hombres que, si no eran del mismo color, hablaban el mismo idioma y hubiesen debido quererse como hermanos. Pero ¿se querían «siempre» los hermanos? Ahí estaba, en las primeras páginas del *Fleury*, el ejemplo de Caín y Abel… Y yo mismo ¿no iba a Riazor a pelear contra los *rillotes*? ¿No habría modo de vivir sin reñir?

Estas reflexiones me afligían fugazmente. ¡Eran tantas las distracciones, tantos los juegos, tantos los espectáculos y las lecturas que me hacían feliz! La casa en que vivíamos, la del número 15 de Cantón Grande, era espaciosa y alegre. Desde la galería principal se divisaban el Relleno, el parque o paseo arbolado de la ciudad, y los jardi-

nes de Méndez Núñez. Volviendo la mirada a la izquierda, aparecía aquel espacio en que la Rúa Nueva, la calle Real y la Marina uníanse en una encrucijada llena siempre de animación. Allí, en lo que era y es el centro de la ciudad, erguíase el Obelisco de Linares Rivas, una columna de orden corintio sobre cuyo capitel marcaba el curso de las horas un reloj de cuatro esferas, iluminadas por la noche. En una de las caras del reloj notábase un agujerito circular, del tamaño de una monedita de un céntimo, que había labrado en el cristal con su «tirabalas» un jovenzuelo apellidado Valmonde, alias Fechorías, famoso por sus diabluras, a quien admiraba y temía toda la grey infantil. Valmonde era un mozallón musculoso, tan ágil de manos como rápido de pies. Los *chapurros*, mote con que se designaba a los guardias del orden público, no lograron atraparle nunca. Pertenecer a su pandilla —pues todos los chicos nos alistábamos en alguna— era un alto y codiciado honor que yo nunca codicié, dado que una de las «hazañas» de Valmonde había consistido en disparar contra la chistera de aquel grande hombre pequeñito, gloria de la región y hazmerreír de los pilletes de La Coruña, que se llamaba don Manuel Murguía, el más ilustre y venerado amigo de mi padre. Lo que yo hubiera querido era desafiar a Fechorías y brearlo a golpes. Pero una elemental prudencia me impidió convertir en un hecho mi soñado desagravio a don Manuel.

El cual frecuentaba mi casa y era un comensal jovialísimo y glotón. Todo hay que decirlo: aquel pigmeo tenía unas tragaderas de gigante. Recuerdo que solíamos pasear juntos por el Relleno, de la mano, como si su verde vejez y mi infancia todavía tierna se completasen por no sé qué misteriosas razones de temperamento. O él seguía con mucho de infantil en el alma, o yo era, por mis gustos y aficiones, un niño «con cosas de viejos»: un niño que prefería leer a jugar, estarse pensando y soñando, entre las personas mayores, o frente al paisaje, como si tuviera que «descubrirse» el mundo en que había comenzado a vivir, a confundirse en el tropel bullicioso de los otros niños.

Ello es que una tarde, como estuviésemos apoyados en uno de los pretiles de la Marina, cara al puerto, recibí de labios de Murguía cierta lección de Historia que me impresionó harto más que las del catedrático, en el Instituto Da Guarda, de Historia Universal. Era éste un señor severo, triste, para quien la Historia venía a ser como una galería de estatuas solemnes o una necrópolis inmensa con túmulos y mausoleos magníficos y un osario sin fondo. Sus lecciones me daban ganas de llorar. Esto provenía, sin duda, no de un sentido macabro de la Historia (que con cierto humorismo podría

sostenerse, pues ¿qué es la Historia sino la gran Danza de la Muerte, cuyos actores pasan rápidos por el mundo para recibir sus papeles y sus símbolos en la farsa infinita?), sino de aquel su modo de hablar, lento y frío, y de su cara enjuta y verdosa, como la de un muerto. Que no vaya esto más allá de una opinión o paradoja infantil. ¡En cambio, Murguía! Murguía era, por decirlo así, un «vivificador» de la Historia. Quizá fueran sus ojitos azules, tan chispeantes bajo los quevedos, su boca sonrosada y sensual y su barbita de gnomo quienes ponían luz y acción en sus palabras. Ello es que, escuchándole, me parecía ver y oír a los personajes y héroes de la historia coruñesa, parte, como todas las historias, de los anales del Universo. Por La Coruña, al través de los siglos, habían pasado a veces ráfagas huracanadas de las pasiones del mundo.

—Has de saber —me dijo aquella tarde memorable— que aquí también han sucedido cosas, grandes cosas tristes. No te dejes embaucar por esta Coruña frívola y olvidadiza. Ya la ves, tan alegre, cuando esos soldaditos cadavéricos que nos devuelve Cuba, por este puerto, deberían estremecerla de angustia. Pues bien, escucha: este puerto tan azul, tan apacible, con su muelle decrépito, su castillo que parece de juguete, y allá, al fondo, la dorada playa de Santa Cruz, bien pudiera ser llamado el Puerto de las Tristezas. En sus aguas, bajo este mismo cielo, ¿tú lo sabías?, estuvo a la ida, carenándose, un grupo de las naos de la famosa Invencible. Y después del fracaso, otras naves, desarboladas, desencuadernadas, los restos del desastre, recalaron aquí… La Coruña supo de la ilusión y el desengaño de Felipe II, el rival de la grande Isabel. ¡Inglaterra! ¡Inglaterra! Aquí hemos tenido varias veces a Inglaterra. No siempre en enemiga. En cierta ocasión, en protectora, pero no sé qué decirte… Repelimos la agresión de Drake. María Pita, que es la Juana de Arco de Galicia, mantuvo a raya a los 14.000 soldados de Morris, quienes, diezmados, hubieron de volver a sus buques y poner proa a su país… Aún nos «visitó», con ánimo de conquista, otra armada inglesa, en 1658, que también rechazamos. Y la famosa batalla de Elviña, en 1809, entre los invasores franceses, dirigidos por Soult, y los protectores británicos, bajo el mando de sir John Moore, no fue una batalla presentada, sino arrostrada por los ingleses, que habían venido aquí a marchas forzadas, desde León, para embarcar a sus heridos y sus enfermos… La batalla tuvo un resultado indeciso. Murió sir John Moore, el que yace en el jardín de San Carlos. Pero siempre aquí, de un modo u otro, hemos tenido a los ingleses en son de guerra. Historia antigua, dirás. Lo dramático de la Historia es… que se repite. Vivir es hacer historia. Y esos vapores de los

repatriados de Cuba, ¿qué representan?, dime. Tal vez el epílogo, el término de nuestro imperio colonial, la puesta del sol de España en América, si no podemos evitar que los yanquis nos ganen la partida; los yanquis, que son retoños de la temible Inglaterra. En fin, en fin, veremos. Tu padre, a pesar de todo, es optimista. Yo no sé qué decirte…

Y no dijo nada más aquella tarde. Otra me llevó, atravesando las calles silenciosas de la ciudad vieja, al jardín de San Carlos. Ningún jardín en el mundo me ha causado tal sobrecogimiento del ánimo, tal sensación de hallarme en un lugar donde la vida parece muerta o, más bien, donde la vida y la muerte se reconcilian gozosas. Precisamente daba gozo sentir entre aquellos mirtos, cipreses, palmeras y aligustres la calma y suavidad de un camposanto, junto a expresiones fundamentales de la vida, como el mar, la piedra, el pájaro y la flor. El jardín se erige en lo más alto del promontorio en que se asienta la ciudad antigua. Su forma es circular, con ocho carreras radiales reunidas en una rotonda, donde se levanta la tumba de sir John Moore, dentro de una verja, con un cañón de la época clavado a la funerala en cada esquina y cuatro jarrones con flores en los extremos del sepulcro.

Aquella tarde hacía frío. Salvo los de hojas perennes, los árboles delineaban su ramaje desnudo en un fondo de cielo azul pálido con lentas nubes plomizas. Nos acercamos al mausoleo y Murguía me tradujo la inscripción puesta en inglés: «En memoria del general sir John Moore, que cayó en la batalla de Elviña mientras cubría el embarque de las tropas británicas. 16 de enero de 1809».

Después mi adorable maestro y yo nos sentamos en un banco de granito, húmedo y verdoso de musgo. La grava del suelo se adhería a nuestros zapatos. Murguía comenzó a murmurar unos versos:

Cuán lonxe, canto, d'as escuras niebres,
d'os verdes pinos, d'as ferventes olas
q'o nacer viron…; d'os paternos lares
d'o ceo d'a patria, d'o alumou mimoso,
d'os sitios, ¡ay!, d'o seu querer, ¡qué lexos
viu a caer, baix'enemigo golpe
pra nunca máis se levantar, coitado!

¡Morrer asin en extranxeiras prayas,
morrer tan mozo, abandoná-la vida
non farto ainda de vivir e ansiando
gustar d'a froita que coidado houbera!
Y en vez d'as pónlas d'o loureiro altivo
que d'o heroe a testa varonil coroan
baixar a tomba silenciosa e muda.

Guardó silencio un instante y con voz enternecida me dijo:

—Estos versos son de «ella» —yo comprendí: de Rosalía—. Es un poema muy largo y muy triste, que alguna vez leerás en *Follas novas*.

—Ya lo he leído, don Manuel. Y sé que sigue diciendo:

¡Ou, brancos cisnes d'as britanas islas,
ou arboredas que bordás galanos
d'os mansos ríos as ribeiras verdes!… *

—Muy bien, *filliño*… —me interrumpió, emocionado—. Pues nos toca ahora ver lo que lord Wellington decía de los soldados gallegos después de la batalla de San Marcial.

Y me llevó de la mano, entre los mirtos y las buganvillas, hasta descubrir una lápida de mármol, donde leí:

«Guerreros del mundo civilizado: Aprended a serlo de los individuos del Cuarto Ejército, que tengo la dicha de mandar; cada soldado de él merece con más justo motivo que yo el bastón que empuño. Todos somos testigos de un valor desconocido hasta ahora… Españoles: Dedicaos todos a imitar a los inimitables gallegos. Wellington. Cuartel General de Lesaca. 4 de septiembre de 1813».

* En julio de 1927 el Ayuntamiento de La Coruña, a propuesta del alcalde, don Manuel Casás, acordó colocar en el mirador del jardín, sobre la bahía, una lápida de mármol con fragmentos del poema de Rosalía a la memoria del general Moore. En otra lápida, en el mismo sitio, figuran fragmentos de la composición titulada «The Burial of Sir John Moore» del poeta Charles Wolfe. [*N. del a.*]

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Y en cuanto pude balbucí —lo recuerdo muy bien— estas asombrosas palabras:

—Pues si los gallegos son los mejores soldados del mundo, ¿por qué no van a Cuba para acabar de una vez con la guerra?

Murguía sonrió:

—Todos los españoles —dijo— son valientes. Y los cubanos, hijos de españoles, son valientes también. Esa guerra, esa guerra…

No dio término a su frase. Y nos alejamos del jardín por la calle de San Carlos, maravillosa de silencio.

Fue también en la ciudad vieja donde recibí, de labios de Murguía, las primeras nociones del arte arquitectónico. Frente a cada templo o convento —alguno data del siglo XI— don Manuel me explicaba los estilos, haciéndome distinguir el románico del gótico; señalándome en tal fachada el tránsito de uno a otro y enseñándome, por último, a diferenciar trazas de columnas y órdenes de capiteles. ¿Cómo olvidarme de aquellas lecciones del autor de *El arte en Santiago*, de aquel viejo tan niño (tenía entonces más de setenta años) que lograba cautivar mi atención con espectáculos que generalmente aburren a los chicuelos de mi edad? Me encantaba escucharle, seguir el rumbo de sus ojos azules, la indicación de sus manecitas, leves y blancas, que me parecían las de un enano de marfil. ¡Yo ya era más alto que él! Además, su risa y su sonrisa… Su risa, cuando al salir de la ciudad, por la calle de Tabernas, deteníase ante cierta mansión y exclamaba: «¡Allí vive ella, cuando no está en Madrid presumiendo de reina de la literatura, o en su pazo de Meirás, figurándose que nadie la aventaja en blasones!». Referíase a Emilia Pardo Bazán, con quien estaba reñido. No recuerdo si fue por aquellos años, o más adelante, cuando sostuvo con la gran escritora una polémica en que ambos se dispararon frases como flechas emponzoñadas, y cuyo motivo fue que doña Emilia había hablado con algún desdén de la obra de Rosalía Castro. Rememoro, en cambio, perfectamente que el epílogo de nuestros paseos era siempre el mismo: entrábamos en una confitería de la calle del Riego de Agua y consumíamos una bandeja de dulces.

Me ha gustado siempre explicarme, o que me expliquen, el nombre de la calle donde vivo.

—¿Por qué —hube de preguntarle en cierta ocasión a Murguía, en el Relleno, mirando a la galería de mi casa—, por qué los rótulos del Cantón no dicen «Cantón Grande», sino calle del General Porlier? ¿Quién era ese general?

—Uno —me respondió— de los más famosos de la guerra de la Independencia. Por suponerle las gentes sobrino de un marqués, el de la Romana, le llamaban el Marquesito. Había nacido, como tú, en América, en Cartagena de Indias, ciudad y puerto de Colombia.

Y me narró las proezas «del más joven de los jefes de nuestro Ejército que habían rechazado a las huestes napoleónicas, hasta entonces invictas».

—Escúchame, hijo mío: a ese valeroso Porlier, que se batió en Trafalgar y se había cubierto de gloria en cien combates; que figuró entre los triunfadores de San Marcial y fue la flor y nata de aquellos guerrilleros que eran el terror y el asombro de los bonapartistas, lo ahorcaron ignominiosamente aquí, en La Coruña, cuando apenas pasaba de los veinticinco años.

—Pero —interrumpí, atónito— ¿qué hizo para que lo ahorcasen? ¿Por qué no lo fusilaron? ¿Qué pasó, don Manuel?

—Pues, verás… Fueron cosas de la política. Porlier levantóse en armas contra Fernando VII, cuando éste derogó la Constitución del año 12, que concedía libertades a los españoles. Fernando VII no se resignaba a no ser un rey absoluto. Todo esto lo estudiarás y comprenderás más adelante. ¿Qué os enseñan en el instituto? El caso fue que Porlier vino a La Coruña a conspirar contra Fernando. Fundó la Junta de Galicia. Se dirigió a Santiago para ponerse al frente de las tropas conjuradas. Le traicionaron, le prendieron y, te repito, le colgaron como a un criminal. Ésta es la historia de Porlier, hijo mío, y esto es la Historia, reflejo de las pasiones y las locuras de los hombres…

[8]
LAS PUERTAS DE ORO DEL *QUIJOTE**

Fue por aquel tiempo cuando leí por primera vez el *Quijote*. Y ya fue en mí todo de otra manera. Conforme iba leyendo me pareció que crecía de alma y de cuerpo; que una luz prodigiosa me revelaba los seres y la tierra de España con un acento y colorido tales que era como si los tuviera ante los ojos y los palpase con mis manos. Nada me sabía a mentira, sino a verdad; a una verdad dorada, como celeste, que embellecía hasta lo torpe y borraba los límites entre la realidad y el fingimiento. Todo era y tenía que ser como estaba allí escrito. Pero, igual que en la vida, que en mi vida, el corazón marcaba sus preferencias y sus aversiones entre los personajes de la historia. Y así, Don Quijote parecíame siempre admirable y adorable, Sancho siempre simpático y gracioso, buenas el ama y la sobrina, generoso el cura, lo mismo el barbero y los cabreros y piadosa la feísima Maritornes. Pero los duques que se burlaban de Don Quijote y Sancho, el bachiller, el capellán de los duques y la propia Altisidora me resultaban odiosos. Quienquiera se mofase de Don Quijote producíame indignación. Mis predilecciones y antipatías —¿cómo no detestar a los estúpidos y feroces yangüeses y a los canallescos galeotes?— no hacían sino aumentar el encanto de la lectura. Aquello no era leer: era vivir, vivir apasionadamente; tan pronto con la risa en los labios como con el llanto en los ojos y una angustia o un latido de júbilo en el pecho. Y para mí, que sólo había visto una España verde y húmeda, una España de huertos y de mar, aquello era asimismo descubrir la España seca de Castilla, la montuosa de Sierra Morena y penetrar en las ventas, mansiones y palacios donde se sucedían las aventuras y desventuras del incomparable caballero. Era subir, haciéndome invisible y muy leve —que también a mí me tocaba la taumaturgia del libro—, a la grupa de Rocinante o del Rucio y acompañar a Don Quijote y su escudero en sus fantásticas batallas con los gigantes trocados en molinos y los ejércitos convertidos en re-

* Capítulo xiii del primer volumen de las *Memorias*.

baños de ovejas por la envidia y malicia de los encantadores enemigos del mejor y más valeroso de los hombres del mundo. Así, pues, con Don Quijote y Sancho recorrí los campos de la Mancha, estuve en la espaciosa morada del Caballero del Verde Gabán, en el palacio de los malévolos duques, en las esferas siderales adonde les remontó Clavileño y en la alegre Barcelona, visitando las galeras que estaban en la playa y oyendo las adivinaciones de la Cabeza Encantada. Trepé al carro de las Cortes de la Muerte, me escondí tras el retablillo de Maese Pedro, presencié la aventura de los leones y acompañé a Sancho en su efímera y ejemplar gobernación de la Ínsula. No hubo escena de la tragicomedia en que yo, con el supremo derecho de mi fantasía, no interviniese y me solazara o sufriera. Y, por fin, cuando Don Quijote, agonizante, recuperaba la razón y decía aquello «de yo fui loco y ya soy cuerdo…; ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño», yo, la verdad, lo que lamentaba es que fueran idos y desaparecidos aquellos pájaros de la ilusión y que la realidad, injusta y cruel, se impusiera a los ensueños y las «locuras» de un corazón enamorado de la belleza y la justicia.

Así, pues, el mundo entero entró en mi alma por las puertas de oro del *Quijote*. Y aunque físicamente yo no hubiera salido de Galicia, volvía a Cuba con una noción universal de la existencia —de sus pasiones, de sus ideales, de sus victorias y sus fracasos— tal y como esa noción podía ser asimilada por un espíritu adolescente. Únanse a esto las lecciones de Historia de Murguía, más eficaces que las del instituto, y otras lecciones que aprendí leyendo otros libros u observando por mi cuenta a los seres y las cosas que tenía a mi alrededor en una ciudad que era, como todas las ciudades, grandes o chicas, un resumen o espejo del drama permanente de la humanidad.

Volví a Cuba, si no hecho un hombre, hecho «un hombrecito». Pero, como diría mi abuela doña Dolores, al besarme y oírme hablar con el dejo coruñés, «un hombrecito muy español». Así era realmente, y tengo interés en recalcarlo, en insistir en la que llamaré «mi sensibilidad hispánica», porque, de lo contrario, no se comprendería mi actitud ante los episodios bélicos y políticos que constituyen el tema y la sustancia de esta primera parte de mis Memorias. Quiero también insistir en que mi «sensibilidad hispánica», sucesivamente labrada en el hogar, en el colegio y en mis dos viajes a Galicia, no incluía en modo alguno desamor a Cuba, sino que —como en tantas personas mayores de la Isla, peninsulares y criollos— significaba, noblemente,

un profundo anhelo de que Cuba no dejase de ser española. Es decir que yo, con mis trece años apenas cumplidos, pensaba como cualquiera de aquellos cubanos autonomistas, fieles a la Madre Patria, o como cualquiera de aquellos españoles que habían fundado en Cuba sus hogares y no podían admitir sino doliéndoles el alma la victoria posible del separatismo.

Yo hubiese querido en aquella temporada adelantar en el conocimiento del idioma gallego: el de Macías el Enamorado, el de las cantigas del rey poeta, el de Rosalía, el de Curros Enríquez, el del autor de aquellos *Queixumes dos pinos*, el bardo Pondal, gran amigo de mi padre. Pero me faltaron mis profesoras de Santiago: mi abuela paterna, fallecida algún tiempo antes, y mis tías Juventina y Pastora, quienes, por no sé qué causas, no vinieron a vernos a La Coruña. Murguía hubiese podido hablarme en el lenguaje melódico de Rosalía, pero me habló siempre en castellano. Y en mi casa del Cantón Grande, el gallego de las criadas, de la aguadora y la cocinera no era, precisamente, el de *Follas novas*, y yo no acababa de entenderlo. Además, fueron numerosas mis lecturas nacionales. Leí entonces algunas novelas de Galdós, de Palacio Valdés, de Valera, de Pereda y de doña Emilia. Y leí también periódicos y semanarios ilustrados de la Corte, en los cuales quizá las caricaturas de Cilla y de Mecachis y los cuentos jocosos de Luis Taboada me interesaban más que los artículos de fondo… Por aquellas hojas impresas conocí los semblantes de los jefes políticos de la época: el de Cánovas, severo; el de Sagasta, con su extensa boca sonreída y su famoso tupé; el de Romero Robledo, jovial; el de Montero Ríos, impasible. Conocí también las caras de los toreros y cómicos en auge: Frascuelo, Lagartijo, Fuentes, el Guerra, doña María Tubau, don Antonio Vico, Emilio Carreras, Pepe Rubio… Creo que fui una vez a los toros y algunas veces al teatro.

En fin: que yo volvía a Cuba «con mucha España dentro», con mucha España pintada, imaginada, soñada, ya que topográficamente sólo una de sus regiones me había entrado por los ojos, dejándome el alma cautiva de su belleza.

Embarcamos. Venía con nosotros Simbad el Marino… Quiero decir, don Pancho Recamán.

[9]
Y LLEGÓ EL *MAINE* *

Asistí a la entrada del *Maine* en compañía de mi hermano Waldo, que llevaba su cintita española en el sombrero, y con el tío Leopoldo, que, «por estar la tarde fresca», se había puesto un chaqué de casimir color tabaco y unos pantalones de «todos tenemos» —a cuadritos grises y blancos— que le transmitiera mi tío Antonio. Hacia las dos de la tarde nos dirigimos al puerto, no sin hacer escala en el café de Cajigas, donde don Leopoldo de Cisneros, mientras consumía pan y jamón y varios vasos de vino, afirmaba que el *Maine* era un cascarón de nuez.

Nuestra intención era llegar hasta el Malecón de la Punta, frente al Morro, o sea a la boca misma de la bahía, pero no pudimos pasar del muelle de San Francisco a causa de la multitud, a quien atraía el mismo espectáculo que a nosotros. Espectáculo que era doble, pues también se esperaba aquella tarde al *Montserrat*, de la Compañía Trasatlántica, con una importante expedición de soldados y buen número de pasajeros e inmigrantes. La tarde era casi fría. Soplaba el nordeste agitando las aguas del puerto. Cabeceaban algunas embarcaciones, otras se balanceaban y aquellos botecitos entoldados, que parecían unas cunas flotantes, saltaban como si fueran a zozobrar.

—¡Qué gentío y cuántos negros! —murmuró el tío Leopoldo con un gesto de desdén aristocrático, que me hizo reír.

Era verdad. En aquella muchedumbre —que colmaba los muelles y se extendía a todo lo largo de la Cortina de Valdés y el Malecón de la Punta— se veía mucha «gente de color», negros, «pardos» y cuarterones, y no faltaban algunos chinos que andaban por allí vendiendo dulces y «chichipó» (gaseosa). Pero predominaban los blancos, españoles y criollos, de todas las clases. Había caballeros bigotudos, con flux de casimir y bastón de puño de bola; dependientes de comercio con indumentaria menos elegante —algunos «riéndose del frío de La Habana», en mangas de camisa—;

* Capítulo xviii del primer volumen de las *Memorias*.

señoras con sombrero o mantilla; criadas peninsulares, sobre todo gallegas, y no pocos voluntarios de uniforme. De aquí para allá iba algún marino del Apostadero, algún guardia del Orden Público, algún vigilante de los muelles. ¿Pero quién pensaba en robarse un saco de azúcar, un fardo de tasajo o un cesto de cebollas? A todo esto —y a humanidad apiñada— olía el muelle de San Francisco.

Waldo escaló una montaña de sacos de azúcar y nos sirvió de vigía al tío Leopoldo y a mí.

—¡Cómo están de soldados, fíjense, los muros de la Cabaña! ¡Cómo me gustan a mí los soldados! ¡Viva España! ¡Y qué de goletas y de barcos grandes! Oigan, ¿por qué no suben?

No subimos. ¡A cualquier hora exponía el tío Leopoldo su chaqué y sus pantalones a cuadros en aquella ascensión! Lo que yo hice fue empinarme cuanto pude sobre la punta de los pies para alcanzar con la mirada más lejos y más alto. De pronto, en uno de los movimientos de la multitud, me sentí empujado hasta el borde mismo del agua, y al volverme, para protestar, reconocí al cocinero del café de Cajigas, mi gran amigo, que me prestaba la protección de sus brazos hasta colocarme en un sitio de preferencia. Lucía su uniforme de voluntario, azul con franjas verdes, y sobre el gran sombrero de jipijapa la escarapela roja y gualda, tan brillante que parecía de metal. Yo no hubiese cambiado a mi amigo, el cocinero de Cajigas, por el propio capitán general. Perdí de vista al tío Leopoldo y dejé de oír las exclamaciones patrióticas de Waldo. Mis ojos abarcaban el amplio semicírculo de la bahía. Hacia el fondo, por el lado Este, emergían los palos negruzcos y verdosos de un buque destruido meses antes por un incendio. Vi pasar dos veces el vaporcito de ruedas que hacía el servicio entre La Habana y Casablanca, antes de que el vigía del Morro anunciara al *Montserrat*. La llegada de un buque de la Trasatlántica, de uno de los «Correos de España», hacía afluir siempre al puerto a un público numeroso. Pero aquella tarde el gran espectáculo no lo constituía el barco español, que era «cosa de la familia», sin amenazas y misterios, sino el *Maine*… Entró el *Montserrat*. La muchedumbre agitó pañuelos, profirió gritos de bienvenida, vertió algunas lágrimas. Desde los muros de la fortaleza de la Cabaña un enjambre de soldados saludó con sus gorrillos de cuartel a los camaradas que traía el *Montserrat* para sustituirles o acompañarles en los últimos episodios de la guerra. Mi amigo el cocinero saludó

también con su jipijapa y no se conformó con dar un «¡Viva España!» estentóreo, sino que lanzó un *aturuxo* —el grito de amor y de combate de sus antepasados celtas—, que vibró entre los azules del cielo y del mar y suscitó en el barco otros *aturuxos*, pero éstos amortiguados por la distancia, y me dejó a mí, por un instante, convertida en una caracola la cabeza.

Pasó una hora. Quizá más. No logro «cronometrar» mis recuerdos. Ello es que cuando el vigía del Morro empezó a comunicarse por medio de sus banderolas con la Comandancia de Marina y millares de voces prorrumpieron en las mismas exclamaciones: «¡Ya llega!», «¡Ahí está!», ello es —repito— que entonces se hizo en la tarde, o en mi alma, menos esplendoroso el día. Y cuando, allá en el mástil del faro, apareció la bandera yanqui, confirmando la llegada inmediata del buque-esfinge, a mí me pareció que se había hecho de noche. Y era, sin duda, porque dos buenos lagrimones me nublarían la vista. Debió de ser así, puesto que mi amigo el voluntario me sacudió suavemente por un hombro, diciéndome, en voz baja, que *non chorase*, que también nosotros teníamos barcos y mil veces mejores y *mais bonitos* que aquél.

¡Barcos bonitos! No olvidaré nunca esta frase… El *Maine*, que ya estaba allí, a la entrada del canal, dando unos bandazos terribles, me pareció muy feo. Avanzaba como una masa enorme, como un inmenso animal antediluviano, negro y sucio, embarrado de un fango pestilente. Hasta me olía mal aquel monstruo. El megaterio, o lo que fuese, adelantó hacia el seno de la bahía y yo tuve que rendirme a la realidad. Era un barco, no bonito, pero un barco de guerra con todo lo que, en proporción mayor o menor, corresponde a esas máquinas flotantes de la muerte. Advertí tres torres blindadas, la hilera de los cañones de estribor y los tres emplazados a la proa. Traía el *Maine* un velamen ostentoso, excesivo, y de los palos mayor y de mesana suspendidas incontables banderas y grímpolas. Todo esto, la verdad, me lo hizo menos antipático y temible: eran blancores y colorines en su arboladura, en contraste con el negror bituminoso del casco. La batería del Morro disparaba las salvas de ordenanza. El *Maine* respondía con las suyas mientras se izaban banderas y gallardetes en la Capitanía del Puerto y el pabellón estrellado reemplazaba en el castillo al nuestro, fugazmente, según norma de la cortesía internacional, que yo entonces ignoraba y me reveló mi acompañante.

Piloteado diestramente por don Francisco Recamán —a quien yo me figuraba muy triste, pero digno y seguro en su puesto—, atravesó el *Maine* la bahía sin que nadie se atreviese a aclamar o protestar. El recelo amordazaba las bocas. Se oían exclamaciones, murmullos, tal voz atiplada de niño o de mujer, algún vozarrón o risotada de hombre, pero todo neutro, solapado y como fundido en ese rumor de las muchedumbres tan parecido al del oleaje.

[…]

[10]
Y VOLÓ EL *MAINE**

El Gobierno seguía tan contento… Y tan activo en su tarea de nombrar subsecretarios, directores generales, alcaldes y jefes de la Magistratura, según las fórmulas de la burocracia de Madrid cuando los conservadores barrían a los liberales, o viceversa. El ministro de Justicia y Gobernación, don Antonio Govin, no respetaba siquiera los nombramientos hechos por don Segismundo Moret, a quien se llamaba el «padre de la Constitución autonómica», nombramientos anteriores al 31 de diciembre del 97. Agentes, curiales, escribientes, abogados sin pleitos, peritos mercantiles sin ocupación, poblaban las oficinas del flamante Estado, y los «viejos haraganes de la colonia», como se llamaba a los empleados españoles, maldecían a Govin, a Moret y al Sursuncorda al verse declarados cesantes.

En mi casa tuvimos por aquellos días la satisfacción de ver colocados al tío Alfredo en la Policía gubernativa y al tío Leopoldo en no sé qué oficina de la Secretaría de Hacienda. De algo habían de servir las relaciones amistosas de mi padre con los prohombres del autonomismo.

Así, pues, iban pasando ante mis ojos y por mi corazón los días precedentes al 15 de febrero. Temores oficiales, por decirlo así, no existían. Ni en el gabinete de Gálvez, ni en el palacio de la Plaza de Armas. Desde Washington, el embajador Polo de Bernabé se encargaba de disipar todas las sombras. Él respondía de las intenciones pacíficas de McKinley; no había que tomar en serio las baladronadas de Morgan, Cullon y otros parlamentarios yanquis, ni los infundios de los periódicos hispanófobos. McKinley —aseguraba Polo de Bernabé— opondría su veto a cualquier resolución de las dos Cámaras que de algún modo lastimase o intentara lastimar a la soberanía española. No estallaría, por lo tanto, esa guerra con que soñaban los «jingoes» y los separatistas.

* Capítulo xx del primer volumen de las *Memorias*.

Hacia el 10 de febrero leí en los periódicos y oí hablar en mi casa acerca de una fiesta que se preparaba en la mansión del presidente del Gobierno. El señor Gálvez había vivido hasta entonces con decorosa modestia; pero su investidura presidencial le obligaba a instalarse en una de las mejores casas de La Habana, sita en la calle de San Miguel. Una legión de pintores, tapiceros, ebanistas y floristas había recibido el encargo de decorar el improvisado palacio. Mis padres contaban, desde luego, con recibir invitaciones, porque hubo en mi casa ir y venir de la modista francesa de mi madre y supe que mi padre estrenaría un frac. El doctor Espada y mi tío Antonio figuraban también entre los invitados; pero el segundo dudaba «entre ir o no ir», porque se hablaba de la posible presencia de míster Lee en la fiesta. Y decía mi tío:

—Yo a ese hombre no lo trago. El general lo recibe porque no tiene más remedio. Y quiera Dios que con esas entrevistas se disipen las sombras que nos envuelven. ¿A qué estamos hoy? A 12. Pues a mí me consta que mañana, 13, por la noche, en la quinta de míster Williams cenarán y conspirarán juntos míster Lee; el comandante del *Maine*, Sigsbee; el cónsul británico, y tres o cuatro separatistas de los de tomo y lomo. De manera que ese míster Lee juega a las dos bandas….

A lo que argüía mi padre:

—¡Medrados estaríamos, Antonio, si nos tragásemos todas las bolas que ruedan por La Habana! Lo cierto es que transcurren los días y la posición del Gobierno insular se hace más firme. De lo que se trata ahora es de ayudarle y de evitar roces con los Estados Unidos… A mí también me es profundamente antipático míster Lee, pero en estos momentos, por nuestra parte, toda diplomacia es poca…

Intervenía el doctor Espada:

—Me inclino a creer en el doble juego de míster Lee. Respondamos nosotros jugando limpio, con las cartas sobre la mesa. Y confiemos en que los hombres más moderados e inteligentes del autonomismo, los Cueto, los Montoro, los Fernández de Castro, sabrán contener los ardores de los reformistas y atraer a la legalidad a los insurrectos. Yo tengo confianza. Y confieso que asistiré a la fiesta presidencial como a una boda. Hasta pienso bailar.

El día 14 se conoció por la prensa la nómina de los invitados. «Todo el mundo oficial —resumía un cronista de salones— y la "crema" de la sociedad habanera.» Me costó trabajo admitir que formasen parte de una sustancia tan delicada personas co-

mo don Pancho Aldao, con su volumen de mastodonte, y la colosal mujer del ferretero Vila, que fumaba como un sargento. En cambio, me imaginaba a mi tío eclipsando a todos los militares con su uniforme, al doctor Espada danzando muy gentilmente una polca y, desde luego, a mi madre —que no pasaba entonces de los treinta y ocho años— convertida en la soberana del baile.

Y llegó el día 15. Día invernal. Existe un suave invierno habanero, que las damas elegantes aprovechan para lucir sus pieles compradas en Nueva York. Amaneció lloviendo. Era una lluvia fina y continua, que por la tarde se hizo intermitente. ¡Qué lástima! Hubiese sido preferible uno de aquellos chubascos que parecían de pronto un diluvio y quedaban reducidos a un riego celeste que barría la basura de la ciudad. Aquel orvallo podía deslucir la fiesta con el lodo casi líquido que iba formándose en las calles y que salpicaría el charol de los coches, los vestidos de las señoras y los pantalones de los caballeros. Se temió esa tragedia… Pero el sol lució a última hora, secó rápidamente las calles y mi madre dejó de temblar por su *toilette*. Era un vestido de satén negro, escotado, muy pomposo, con bullones, encajes —que oí llamar ponderativamente a la modista «de Chantilly»— y aquel polisón, tan gracioso en algunas mujeres y tan ridículo en otras, pero que —parcialidad de hijo— a mi madre, que era alta y esbelta, le sentaba muy bien. Mis hermanas Margarita y Mercedes, de dieciséis y quince años, la miraban suspensas de admiración. Mi padre, con su frac recién entregado por el sastre, estaba hecho un figurín. Yo le ayudé a ponerse el abrigo y me di el gusto de abrir el clac. Una capa de seda blanca, o tal vez un chal de lo mismo, cubrió los hombros de mi madre. El coche esperaba. Mis hermanas y Waldo bajaron hasta el zaguán. Yo prefería asomarme al balcón, donde permanecí hasta que el landó, con aquella pareja enamorada y en aquel momento absolutamente dichosa, dio la vuelta por la esquina de San Rafael.

El baile presidencial estaba anunciado para las ocho. A esa hora debieron de salir mis padres. No recuerdo lo que hice hasta el instante en que aquella noche de confianza y holgorio se trocó en noche de sangre y fuego y de terribles augurios. Pero recuerdo muy bien que me encontraba solo, de codos en el balcón, mirando a la calle, cuando me sobrecogió un gran ruido como de trueno, y vi cubrirse el cielo de una

luz rojiza que resplandeció en las fachadas de las casas y las losas de las aceras: ruido y luz tremebundos. Mis hermanas aparecieron, temblorosas, en el balcón:

—¡Ay, Jesús! ¿Qué fue?

Yo dije:

—Un polvorín… Una explosión.

La gente corría por la calle. Se oyeron voces y pitidos de alarma. Waldo se precipitó escaleras abajo, curioso y temerario siempre. Sonó el timbre del teléfono. Atendí yo. Era la voz de don Pancho Recamán. Y sus palabras fueron:

—¡Ah, eres tú, Albertiño! Acaba de saltar el *Maine*. ¡Dios nos coja confesados!

Y colgó. «¡Acaba de saltar el *Maine*!» Es decir, de estallar… Al darles la noticia, mis hermanas permanecieron silenciosas. Ya sabían «lo que era» y se les pasaba el susto. A mí me entró entonces… Apareció Waldo hecho un diablillo:

—¡Ha reventado el *Maine*! ¡Me alegro! ¡Viva España!

Le increpé:

—¡No seas bruto! ¡Cállate! Esto a los españoles no puede convenirnos. Don Pancho dice «que Dios nos coja confesados». ¿Comprendes?

Volvimos todos al balcón:

—¿Y papá? ¿Y mamá?

—¡Ay, Dios mío! ¿Les habrá ocurrido algo? —decían mis hermanas.

Las tranquilicé. En la calle todo era dar carreras, formar grupos, repetir: «Voló el *Maine*. Sonaban los silbatos de los guardias de Orden Público. Y las campanas de las iglesias repicaron juntas. Vimos pasar la «bomba» y el «carretel» de los bomberos del Comercio por la esquina de San Rafael.

—Parece que se hunde La Habana.

—¡Ay, Virgen Santísima! ¿Y papá? ¿Y mamá?

—¡Virgen de la Caridad del Cobre!

Se hincó de rodillas, allí mismo, en el balcón, la más devota de mis hermanas, Mercedes. Comenzó a llorar la otra, Margarita. Y el «bárbaro de Waldo»:

—¡Miedosas, so miedosas! ¡Ahora mismo corro yo al muelle de la Machina a enterarme!

En esto vimos aparecer el landó de casa, con la capota echada, y dentro, sin duda, papá y mamá. No olvidaré nunca la escena. Bajamos los cuatro hijos que estábamos en

pie —los dos pequeños dormían— y las criadas a esperarlos, a recibirlos en la puerta de la calle, como si fueran a llegarnos maltrechos, quizá heridos y medio chamuscados por la explosión. Descendió mi madre del coche sosegadamente, y tan bien compuesta como había salido. Pero mi padre bajó de un salto, muy nervioso, con el clac de medio lado, sólo el tallo de la gardenia en la solapa y la cólera resplandeciéndole en los ojos.

—¡Subid deprisa! —nos gritó.

Obedecimos. Ya arriba, en la saleta, mi madre respondió a los besos y las preguntas de las niñas, y mi padre, entregándome el famoso clac —que, a pesar de todo, cerré— y aflojándose el cuello de la camisa, pidió un vaso de agua… Después dijo, me dijo más bien, con un resuello de angustia:

—Ya sabéis. ¿Cómo supisteis?

Respondí:

—Telefoneó don Pancho.

—¡Ay, hijo, qué desgracia, qué espantosa desgracia! Porque dirán…, ¡claro!…, dirán que hemos sido nosotros… Ya…, ya en el baile ha habido quien lo ha dicho… ¿Nosotros? ¡Miserables! ¿Hacer nosotros lo que buscaban ellos?… ¿O hacer lo que sólo a ellos podía convenirles?… ¡Qué odiosa maquinación! ¿Qué ocurrirá, Dios mío? ¡La guerra! Sí, la guerra… Ya tienen nuestros enemigos el *casus belli*.

Mi madre puso las joyas que acababa de quitarse en manos de mis hermanas, se acercó a aquel hombre anonadado por la tragedia y, en tono maternal, le dijo:

—Todo lo que ahora piensas puede resultar muy distinto. Estás bajo el peso de una emoción demasiado fuerte.

Y sentándose a su lado:

—¿Por qué no admitir lo más simple?

—¿A qué llamas tú lo más simple?

—A que esa explosión haya sido casual, como tantas explosiones.

—Quizá haya sido casual. Pero, aun así, Sara, pueden achacárnosla.

—Yo no comparto tus temores, Waldo. Verás como no pasa nada.

Mi padre sonrió con tristeza, y levantándose tomó del brazo a mi madre, parodió un paso de baile y dijo con un acento de burla dolorosa:

—¡De modo, Sara, que bailábamos sobre un volcán! ¡Qué buena eres al querer darme una confianza que no tienes, que no puedes tener!

Se detuvo, y envolviendo en la misma mirada a los cuatro hijos que tenía delante, profirió:

—Id a acostaros y que Dios os bendiga.

Yo tardé mucho tiempo en dormirme. Recordaba todas las escenas de la aparición del *Maine* en el puerto, volvía a ver al orondo míster Lee en la escala del buque y a mi gran amigo, el cocinero de Cajigas, cuando cerró el puño, le flamearon los ojos y masculló: «*¡Q'inda estoupes!*». Pues ya había reventado el *Maine*. Pero yo sabía muy bien que ninguna mano española hubiese puesto en práctica la maldición de mi amigo; que del dicho al hecho, en aquel caso el trecho lo formaban la sensatez y la prudencia de los españoles de la Isla, pues ninguno, ni el más exaltado, ni el más «quemado» por las provocaciones e insidias de los «jingoes» y de los criollos que les hacían el juego, dejaba de medir las consecuencias trágicas para España del menor atentado contra el *Maine*, cuyos oficiales y tripulantes paseaban por las calles habaneras y entraban en los cafés y en los teatros sin que nadie, nadie, les dirigiese siquiera una mirada hostil.

Mi «idea» era la misma de mi padre: que de haber sido intencionada, provocada, ejecutada la explosión por alguien, ese alguien no era un español. Y segundo: que si la explosión había sido fortuita e interna, una cábala diabólica ya se formaría para imputárnosla a nosotros. De ser así, naturalmente, era el *casus belli*. (¡Qué orgulloso estaba yo de saber este latinajo!) Y estallaría la guerra… Bueno; y si estallaba, ya nos defenderíamos los españoles, por mar y por tierra. Y como estábamos acostumbrados a pelear y el «heroísmo en nosotros era espontáneo y fecundo en hazañas» (esta frase me prometí ponerla en uno de mis artículos de *El Eco*), ya verían McKinley, míster Lee y sus huestes lo que era provocar a los hijos del Cid.

A esta reacción patriótica le debí un primer sueño sosegado, del que desperté con angustia a causa de aquel «Dios nos coja confesados» de don Pancho Recamán, que volvía a mi memoria como un presagio de acontecimientos espantables.

Al día siguiente, muy de mañana, con el último sorbo del desayuno en la boca, Waldo y yo nos echamos a la calle. Una «guagua» repleta de trabajadores blancos y de color nos dejó cerca de la Plaza de Armas. Era nuestra intención, por de pronto,

ver lo «que quedaba» del *Maine*, y luego visitar a don Pancho para que nos comunicase pormenores de la catástrofe, pues suponíamos, con razón, que habría figurado entre las autoridades y personas que prestaron los primeros socorros. Ya en la «guagua» oímos comentarios acerca del siniestro: comentarios a media voz, reticentes, como si nadie se atreviera a manifestar su parecer. Un hombre anciano, español, dijo: «La cosa vino de adentro». Un cuarterón mal encarado opuso un «quién sabe», al que siguió la risa insolente de un negro viejo, que mascaba tabaco y tenía apestado todo el vehículo. El cochero gritó desde el pescante: «¿Quieren callarse el "bembo", caballeros?». Callaron las bocas, pero las miradas seguían revelando las ideas de cada cual.

No resultó fácil el acceso a los muelles. Había cordones de tropas, grupos de bomberos y marinos que iban de un lado a otro, gentes del Servicio de Sanidad y los hospitales, guardias de Orden Público que contenían a la multitud.

—No se puede pasar… Están buscando los cadáveres… Se temen nuevas explosiones…

Algunos curiosos se retiraban en silencio. Otros esperaban la ocasión de burlar la vigilancia. La astucia de Waldo no tardó en depararnos un puesto desde el cual vimos bien poca cosa, la verdad, pues lo que del *Maine* quedaba a la vista era una pequeña confusión de hierros retorcidos, una pobre chatarra todavía humeante y que parecía pronta a desaparecer. Sin el enjambre de embarcaciones que rodeaban los restos visibles del *Maine*, sin la ansiedad que flotaba en el ambiente, sin la imagen que cada uno se formaba del acorazado hundido en el fondo de la bahía y, sobre todo, sin el temor a las consecuencias de la catástrofe, el espectáculo hubiera sido apenas impresionante. Una de las piezas que emergían me pareció simbólica por su forma aproximada de un punto de interrogación… ¿Qué iba a pasar? O más bien, lo que fuere, ¿cuándo iba a pasar?

Del crucero *Alfonso XIII*, a corta distancia del *Maine*, vimos bajar algunos bultos largos, envueltos en lonas, y varias camillas. Ignorábase el número de los muertos, pero se sabía que entre ellos no figuraba el comandante Sigsbee ni miembro alguno de la alta oficialidad: «Estaban de guateque en el *Washington*», le oímos decir a alguien junto a nosotros. De guateque, de fiesta, en el *Washington*, uno de los barcos de la línea Ward, entre Nueva York y La Habana… La misma persona hizo este comentario: «Pero siempre quiebra la soga por lo más delgado… Los marineritos cayeron co-

mo moscas». Quien así hablaba era un joven bien trajeado. Nosotros hubiéramos querido seguir escuchándole —pues en seguida advertimos que era español—; pero apareció un guardia, bastante benévolo, que nos dijo:

—Ya que se han podido colar, no hablen. No está el horno para bollos.

—Vámonos —le propuse a Waldo.

La noticia del guateque a bordo del *Washington* me había impresionado mucho. La explosión del *Maine* —pensé— había sobrevenido con música, con danzas y probablemente con las explosiones de los corchos del *champagne*… Baile en el «palacio» del presidente, baile a bordo de un simpático paquebote. Y ahora, esta Habana medrosa y recelosa, de gentes empavorecidas y gentes —como el cuarterón mal encarado de la «guagua— que veían en la voladura del *Maine* el buscado pretexto para la guerra de los españoles con los yanquis.

[…]

[11]
HORAS DE ANGUSTIA*

Aquella actitud patriótica de mi padre y mi tío, expresada en tonos y con matices distintos —según el grado de la inteligencia y cultura de cada cual— fue unánime entre los españoles «del escenario de mi casa». Don Pancho Recamán, que vino a vernos en la noche del 16, no fue elocuente, sino silencioso. Oyó hablar a todos y no dijo nada que aludiese a lo venidero, a las «consecuencias políticas y militares de la catástrofe». Habló únicamente, y con laconismo, de la explosión, porque había estado alrededor del barco hundido y entre las llamas prestando socorro, «salvando gente, como era su deber». Tenía una de las manos envuelta en una gasa. «Una mordida de uno de los pobres marineros —explicó—. ¡Caramba, qué dientes! Pero lo salvé.»

Al preguntarle mi padre por la causa de la explosión:

—Interna —dijo, despidiéndose.

Quedaba mucho por hacer allá en el puerto. Seguían las aguas «escupiendo» cadáveres carbonizados, decapitados, mutilados, y no sólo por la pólvora, sino también por los tiburones, «que se estaban dando un festín».

Una sonrisa misericordiosa acompañó, quitándole toda crueldad, a este chiste macabro. Todos guardamos silencio, impresionados por aquella sonrisa del buen navegante, para quien en la hora del dolor y la muerte eran como hermanos todos los hombres del mar.

Los despojos de las víctimas del *Maine* —menos de ochenta— fueron conducidos al Ayuntamiento, en cuya sala capitular estuvieron tendidos hasta que llegaron los ataúdes. Las coronas llenaban el salón de sesiones. El gobernador militar, el Ministerio, las corporaciones civiles y militares, los voluntarios y todas las asociaciones españolas y un gran número de particulares habían rivalizado en el tributo. Con la experiencia del día anterior, me abstuve de formar parte de la muchedumbre que acu-

* Capítulo xxi del primer volumen de las *Memorias*.

día al Ayuntamiento a presenciar aquella «gran ópera fúnebre». Pero desde el balcón de mi casa, que casi hacía esquina con la calle de San Rafael, pude asistir al paso del entierro, que comenzó a desfilar por la tarde, temprano, a eso de las tres. Algunos balcones estaban enlutados. Vi pasar primero seis grandes carros atestados de coronas y cruces de flores, y detrás de ellos, en diversos vehículos, desde la espléndida carroza mortuoria hasta el simple armón de artillería, algo más de setenta cajas de caoba con adornos de plata, que relucían bajo el sol. Como, según pronto se supo, los muertos en su mayor parte eran católicos, de los Estados del Sur, seguía el clero parroquial con cruz alzada. Aparecía después la presidencia del duelo, formada por el cónsul Lee, el comandante Sigsbee y sus oficiales —los que cenaban en el *Washington* en el momento de la explosión—, y dos ayudantes del gobernador general. Y en seguida las representaciones de todos los cuerpos militares y de voluntarios, del Gobierno Insular, del Municipio, de la Audiencia, de la Cámara de Comercio, del Casino Español, de los Centros regionales… Una compañía de soldados de Infantería de Marina, con los fusiles a la funerala y la bandera enlutada y más de mil carruajes ponían término al cortejo, al cual siguió una multitud popular heterogénea de razas, pero unánime en la marcha despaciosa, arrastrando los pies como en las procesiones y en el más profundo silencio. Entre el Municipio y el camposanto la distancia era enorme. No obstante, según leí a la mañana siguiente en los periódicos, fueron incontables las personas que ya al anochecer asistieron «en el magnífico cementerio de Colón al epílogo del luctuoso episodio». En dos grandes fosas tomaron tierra provisionalmente los marineritos del *Maine*. No hubo discursos, sino un breve responso. Míster Lee dio las gracias al alcalde de La Habana, como representante del pueblo, por el tributo rendido a las víctimas. Y así concluyó aquel día memorable. Que no era, ciertamente, un epílogo, sino parte del prólogo de más dramáticos capítulos de nuestra Historia. Y, desde luego, de la Historia del mundo.

Comenzó a salir gente de La Habana. Gente adinerada. «Huían de la quema…» A eso lo llamaban «chaquetear». Las agencias de navegación despachaban pasajes para los Estados Unidos y México, para España y Francia.

—Nosotros nos quedamos —declaró mi padre—, y nos quedamos, en primer término, por una simplicísima razón de dignidad patriótica, y en segundo término, por-

que, en el caso de que estalle la guerra…, que no está dicho que estalle…, no creo que vaya a convertirse La Habana en una Numancia o una Troya. Los que huyen no lo hacen todos por temor ni por miedo. Los que se embarcan para La Florida y Nueva York lo hacen por complicidad con los jingoístas. Quieren sembrar el pánico.

En efecto. El jingoísmo golpeaba en la caja de los truenos. Pedía el reconocimiento de la independencia de Cuba por parte de España. Y si de las investigaciones que se hiciesen para conocer las causas de la explosión del *Maine* resultaba algún indicio desfavorable para España, exigía la declaración inmediata de la guerra.

Mi padre y el doctor Espada, que solían estar casi siempre de acuerdo, mostraron en aquella ocasión un optimismo angelical.

—Los yanquis —decía el doctor— son perros ladradores, no mordedores. Además, estoy persuadido de que sólo una exigua minoría del pueblo yanqui desea la intervención; la parte más sana y numerosa se opone resueltamente a ella. Y una vez que se averigüen las causas de la «voladura» y resplandezca, como el mismo sol, la rectitud de España, no es posible…, ¡vamos, será algo monstruoso!…, que el Parlamento de Washington vote la declaración de guerra.

Y mi padre aprobaba, añadiendo que «algún suceso imprevisto podía presentarse y disipar los nubarrones y las sombras…».

Previstos o imprevistos, los sucesos contradecían la confianza de aquellos dos buenos españoles, que eran para mí un par de oráculos. Así, la aparición de nuestro crucero *Vizcaya* en la bahía de Nueva York fue interpretada por ellos «como algo que haría meditar a McKinley, facilitando un arreglo amistoso». Y no tardó en saberse «que el presidente no transigía con menos que la total evacuación de las tropas españolas del territorio cubano y la conclusión inmediata de la guerra». De otra parte, el Congreso de la Unión otorgaba cincuenta millones de dólares al Departamento de Guerra «para eventualidades posibles». Y barcos de la escuadra yanqui llegaban a varios puertos de Cuba con víveres «para regalar a las pobres víctimas de la reconcentración weyleriana». Un míster Proctor y un míster Thuston andaban recorriendo, como emisarios de McKinley, las provincias de Matanzas y Pinar del Río, y sus informes presentaban a todo el país muriéndose de miseria y de hambre… Con lo cual se trataba de dar a la intervención un cariz humanitario y de atraer a los filántropos al campo jingoísta.

Hacia fines de marzo el doctor Espada, mi tío Antonio, mi padre y, en general, todos los españoles de la Isla se llevaron un gran disgusto. Dos comisiones navales, una norteamericana y otra nuestra, se habían constituido para investigar las causas de la catástrofe del *Maine*. Los técnicos españoles manifestaron que la explosión «no pudo ser externa», porque, examinado el casco por los buzos al través del légamo de la bahía, «se comprobó que no había sufrido daño alguno». Pero la comisión yanqui afirmó en su informe —del día 25 de aquel mes— lo contrario: «Que la voladura había sido ocasionada por el estallido de una mina que se comunicó a varios depósitos de pólvora del pañol de proa». Publicado este informe, el grupo intervencionista arreció en su campaña, y, al grito famoso de «*¡Remember the* Maine*!*», las turbas se echaron a la calle exigiendo la declaración de la guerra.

—¡Qué indignidad, qué injusticia! —exclamaba, consternado, mi padre.

Su amigo el doctor le hacía eco. Y ambos explayábanse después en conjeturas, pronósticos y distingos… La guerra no era todavía inevitable. Los informes de las dos comisiones, «a todas luces contradictorios», serían sin duda examinados, comparados, por una comisión neutral de las grandes potencias… Además, la diplomacia «no había dicho su última palabra». Y quedaba por jugar una gran carta, la de León XIII, que ya en 1885, en la diferencia surgida entre España y Alemania sobre la posesión de las islas Carolinas, había intervenido como árbitro luminosa y eficazmente, reconociendo la soberanía de la Corona española sobre aquel archipiélago.

Por entonces entraron en la bahía de La Habana nuestros cruceros *Oquendo* y *Vizcaya*. Eran como la avanzada de una gran flota que completarían el *Pelayo*, el *Carlos V*, el *María Teresa* y «otros buques formidables». Decíase en los periódicos y los corrillos que el grueso de nuestra Armada había salido ya de Canarias dispuesta a ser la primera en el ataque, «si no se encontraba un medio honroso de evitar el conflicto».

[…]

[12]
LA TARDE DEL 21 DE ABRIL*

Pero yo tenía otros modos de ganar la guerra. ¡Mis artículos! Después de escribir para *El Eco* unas croniquillas ardientes de fe en nuestra victoria e iluminadas con ejemplos rutilantes del valor hispánico, quedaba yo tan convencido de que los sucesos se irían desarrollando tal y como se fraguaban en mi mente. Que yo soñase y escribiese «así» poco o nada tiene de extraño; mi mundo era todavía una obra de magia. Pero es el caso que, con mejor sintaxis, las dos plumas próceres de *El Eco*, las del doctor Espada y mi padre, escribían lo mismo. Y más aún: en todos los periódicos españoles de La Habana (los separatistas eran clandestinos) no había información o comentario que no revelase confianza en el triunfo de nuestras armas. Si este optimismo provenía del deseo, del frenesí patriótico y no de un examen «frío» de las circunstancias, no era yo quién entonces para entenderlo. Bien es verdad que, a falta de un periódico que diera la nota pesimista (el Gobierno había establecido la censura), los partidarios de la intervención echaban a rodar sus «bolas» y a volar sus *canards*, que en algunos españoles producían su efecto.

En fin: un día se supo que los separatistas se negaban a todo pacto, que rechazaban el régimen autonómico, aunque lo amparasen los propios Estados Unidos, contra quienes lucharían, llegado el caso, «con el mismo denuedo con que lo habían hecho contra los españoles». Esta frase figuraba en un manifiesto firmado por Estrada Palma. El armisticio resultaba, pues, inútil, y las maniobras diplomáticas de Giberga, Dolz, Viondi y otros jefes autonomistas para la obtención de la paz sin la injerencia yanqui, totalmente estériles.

—¡No queda otro recurso que luchar! ¡Que luchar y vencer! —exclamaba mi tío Antonio—. Los voluntarios estamos dispuestos.

El 6 de abril llegó la noticia del fracaso de las gestiones de Su Santidad León XIII, «cortésmente» rechazadas por McKinley. ¿Era la guerra? Quizá no; toda-

* Capítulo xxii del primer volumen de las *Memorias*.

vía… El Gobierno insular publicó un manifiesto, dirigido a todas las naciones, en que describía «la verdadera situación política, social y económica de Cuba, que bajo la soberanía española había alcanzado un grado altísimo de civilización y de cultura», y en el que protestaba «de las intromisiones de la Casa Blanca en los asuntos de la Isla». Los Estados Unidos sabían perfectamente que el nuevo régimen satisfacía las más altas aspiraciones de los cubanos y que las Cámaras, próximas a reunirse, votarían una Constitución que amparase todos los intereses de la patria. Este documento; la noticia de que la fracción conservadora, presidida por el marqués de Apezteguía, aceptaba en absoluto «los hechos consumados» —esto es, el Gobierno autonómico—, poniéndose a disposición del gobernador general; los rumores de que en Madrid se rechazaba «cuanto pudiera atentar a la dignidad española, y, por fin, la suspensión del anunciado mensaje presidencial al Congreso norteamericano, vinieron a levantar los ánimos de quienes —como mi padre— no depusieron hasta última hora su esperanza en una solución pacífica del conflicto.

Por otro lado —según el comandante Latorre—, Rabí negábase resueltamente a seguir peleando y estaba dispuesto a reconocer al Gobierno autonómico; otros jefes separatistas, entre ellos Massó, parecían inclinados a imitar su conducta, pues «les repugnaba el apoyo de los yanquis, que serían capaces de alzarse con el santo y la limosna». Y, por fin, «el propio Máximo Gómez vacilaba entre sostener sus compromisos con Lee o aceptar el fraterno abrazo de los autonomistas».

Cuatro o cinco días después, los hechos comenzaron a derribar, uno a uno, aquellos castillos de naipes. Míster Lee tomaba el tole para Nueva York, dejando a su colega el cónsul inglés como representante de los intereses norteamericanos en la Isla.

—¡Ya se ha ido ese hombre! —le oí exclamar a mi tío Antonio—. ¡Tanto mejor; así no tendremos que arrastrarle!

Pero mientras los auténticos patriotas españoles «se crecían» ante la amenaza inminente, otros, patriotas tibios o separatistas encubiertos, liaban sus bártulos y asaltaban cualquier barco surto en bahía que partiese para Santo Domingo, Jamaica o Nueva York; para cualquier parte. Era una desbandada, un «sálvese el que pueda» que mi padre calificó de «ignominioso» en un artículo de *El Eco*.

Entre las personas de mi familia y nuestras amistades no hubo ningún «desertor».

Otro día, a mediados de aquel luminoso abril habanero, se supo que McKinley había presentado un mensaje a las Cámaras pidiéndoles autorización «para emplear las armas al intervenir en Cuba con el propósito de crear en ella un Gobierno independiente y fuerte». También se supo que en Madrid se abría una suscripción nacional para fomento de la Marina de guerra, a la cual —esto lo escuché en mi casa— «concurrían los fondos recaudados por mi tío Antonio, que éste había ido entregando "religiosamente" al gobernador militar». Se hablaba asimismo de un manifiesto de don Carlos de Borbón amenazando con una nueva guerra civil si se transigía con los Estados Unidos, y se aseguraba que había habido tumultos en Madrid, en Valencia, en Granada, en Málaga, en casi toda la Península, y que en algunas ciudades el pueblo había apedreado el Consulado yanqui.

—Todo esto es cierto —afirmó mi padre una mañana, en el comedor—. Sé de buena tinta que el embajador de los Estados Unidos en Madrid se ha retirado, que el nuestro en Washington se marcha al Canadá y que la escuadra yanqui está ya evolucionando en las costas de La Florida. De modo, Sara; de modo, hijos míos, que esto se acaba, o, mejor dicho, que esto empieza, pues se levanta el telón sobre el último acto del drama, cuyo desenlace yo espero, confío y estoy seguro que nos será favorable.

El tío Leopoldo, que almorzaba con nosotros, dio un viva a España y se bebió de un trago su buena copa de jerez.

Entre los papeles de mi padre —que consulto y me ayudan a dar consistencia histórica a esta parte de mis Memorias— hallo una transcripción de la respuesta que las dos Cámaras norteamericanas dieron al mensaje del presidente McKinley. Fue éste, según dicha copia: «Que el pueblo de Cuba era y debía ser libre e independiente.

Que era deber de los Estados Unidos exigir que el Gobierno español renunciase inmediatamente a su autoridad en Cuba y retirase todas sus fuerzas de las tierras y mares de la Isla.

Que se autorizaba al presidente de los Estados Unidos para que dispusiese de todas sus fuerzas terrestres y navales, llamando a las milicias de los Estados al servicio activo.

Y que los Estados Unidos declaraban y negaban que tuvieran ningún deseo de ejercer jurisdicción ni soberanía, ni de intervenir en el Gobierno de Cuba, sino para

la pacificación de la Isla, afirmando su propósito de dejar el gobierno y dominio de ésta al pueblo cubano una vez lograda la pacificación».

El día 21 de abril los periódicos habaneros divulgaron y comentaron estas graves noticias. Muy graves, gravísimas; como que significaban «la primera piedra en la lucha con el gigante americano», según leí en *La Unión Constitucional*. Pero lo que sucedió en La Habana entonces no fue que la gente se acobardase o entristeciera, sino que se echó a la calle dando vivas a España y a la autonomía, desplegando banderas y cantando la «Marcha real»…

No puedo menos de recordar que uno de los primeros manifestantes fue… Waldo. No sé dónde encontró una de las cortinas que en las solemnidades religiosas y patrióticas colgaban de nuestro balcón, y, a tijeretazos cortó el trozo que le convenía para improvisar una bandera española.

De asta le sirvió un palo de escoba. Y seguido por mí, tremolando orgulloso su estandarte, entró en la calle de San Rafael, ya invadida por el gentío que se encaminaba al Parque Central. Aquella multitud formábanla sobre todo españoles —voluntarios con sus uniformes de campaña, comerciantes, obreros, trabajadores del muelle—, pero se veían también, como en todas las aglomeraciones de La Habana, negros y mulatos… y hasta chinos. Había algunas mujeres. La tarde de abril era espléndida y no muy calurosa. Había caído, entre la una y las dos, uno de esos chaparrones que dejaban limpias y «oliendo a campo» las calles de la ciudad. En casi todos los balcones lucían el rojo y oro de nuestra insignia, sin contar con que la banderita de Waldo no era sino una, y no de las mayores, entre cien, entre mil. Pero nadie daba vivas a España más continuos, más agudos, más «musicales» que él. Su pequeña garganta era un clarín. Iba con el pelo alborotado, los ojillos chispeantes, las mejillas coloradas, el sudor corriéndole hasta la boca. No andaba, sino que saltaba, con el brazo derecho muy en alto, porque no podía permitir que nadie enarbolara una bandera más grande ni más hermosa que la suya.

Y así llegamos al Parque Central. En los leones de mármol de las esquinas cabalgaban negritos y blanquitos «mataperros». La estatua en bronce de Isabel II negreaba entre el azul del cielo y los verdores y la policromía floral del jardín. Waldo saludó a la reina con su bandera y dio un inesperado «¡Viva Isabel II!» que hizo reír —y aplaudir— a la gente que nos rodeaba.

—¡Miren al galleguito!

—¡Y qué guapo va!

Waldo no se daba cuenta de su triunfo. Tenía la sencillez de los héroes… Dos mocetones blancos lo pasearon en hombros hasta la salida del parque, y entonces sí que su bandera fue la más alta y flameante de todas.

Por la calle del Obispo, roja y amarilla de colgaduras, cuajada de gente en los balcones y las puertas de los comercios, la muchedumbre se encaminó en orden casi marcial a la Plaza de Armas, gritando siempre «¡Viva España!», «¡Viva la autonomía!», y no sin algunos «mueras» a McKinley y míster Lee.

El gentío se detuvo frente al palacio del gobernador —antes capitán general—. Y no tardó en asomarse al balcón del centro Su Excelencia, con su uniforme de diario, de rayadillo. Yo no lo había visto nunca. Con su bigote lacio y su perilla, ya canosos, y el semblante muy pálido, el general me pareció un enfermo a quien un deber ineludible obligaba a levantarse de la cama. Pero en seguida sus ojos brillaron, su rostro se animó y, erguido el busto y elevado el brazo derecho, comenzó a pronunciar una arenga de la cual no escuché sino algunas palabras, porque su voz sólo se oía bien desde las primeras filas de los manifestantes, y Waldo y yo nos hallábamos en las últimas. Además, los aplausos y los vítores interrumpían el discurso. Recuerdo esta frase: «España saldrá victoriosa de agresión tan inicua… Pero si la suerte se nos mostrase adversa sabremos imitar, y yo el primero, el sublime ejemplo numantino». Aquello parecía dictado por mi padre y, sin la menor duda, mi tío Antonio lo hubiese dicho con más vehemencia que el general Blanco. De todos modos, al retirarse del balcón Su Excelencia, redoblaron los vivas y los aplausos. Yo vi a muchos llorar y abrazarse, querer seguir gritando y no acertar sino a contraer la boca con un gesto de rabia. ¡Qué emoción y qué lagrimones los míos! Waldo no lloraba: gritaba y seguía incansable tremolando su bandera.

Divididos en dos columnas, los manifestantes entraron por las calles contiguas del Obispo y O'Reilly, para reunirse de nuevo en el Parque Central. Pero yo, que me sentía muy cansado y nervioso, le propuse a Waldo:

—¿Y si fuéramos al café de Cajigas?… Ya que estamos junto al callejón de San Pedro. ¿No tienes hambre?

—Sí, mucha. Y sed. ¡Ay, qué sed!

—¡Pues vamos!

Enrolló su bandera, se enjugó el sudor. Tenía los cachetes como dos tomates.

Encontramos el café convertido en un anejo de la Plaza de Armas. Había un hombre peninsular, cuarentón, bigotudo, en mangas de camisa, subido sobre una mesa. Peroraba. Decía:

—¡Antes que ceder, morir hasta el último!

Alguien clamó:

—*¡Morirás ti, que eu non vou a morrer, sino a matar a muitos de esos yanquis do demo!*

—*¡Eu tamén!* —repuso el orador.

Y siguió entre risas y bravos su perorata, en la cual salieron a relucir los nombres de Pelayo, de María Pita, de Méndez Núñez, de Daoiz y Velarde y de… Weyler.

El dueño del café, con su uniforme de capitán de voluntarios, vino a tirarle de la manga.

—¡Mira, Regueira, cállate ya!… Te sobra razón, pero también te sobra bebida en el cuerpo.

Fue entonces cuando vimos entrar a nuestro gran amigo, el cocinero. Venía de la Plaza de Armas, como nosotros.

Según su costumbre, nos hizo pasar a la cocina y —era lo que Waldo y yo veníamos buscando— nos ofreció un sabroso piscolabis. De pronto le vi ponerse algo serio, como perseguido por una idea, y concluyó haciéndome, con timidez, esta asombrosa pregunta:

—¿Quiénes fueron los numantinos? Eu estoy dispuesto a imitarlos, pero ¿qué ficieron?

Y allí, en la cocina inolvidable del café de Cajigas, puse cátedra de Historia hispanorromana.

—Non creo —dijo, después de haberme escuchado boquiabierto mi «alumno»— que ningún yanqui pueda compararse con ese Cipión…

—Escipión.

—Bueno, con ese Escipión que tú me has dicho. Pero entre las tres maneras que tuvieron los numantinos de morir, unos atravesándose con sus espadas, otros tragán-

dose un veneno y otros arrojándose a las filas romanas para morrer matando, a mí la que me parece millor es la última. Yo me llevaré una docena de «jingoes» por delante… Pero ya verás cómo no hace falta. Venceremos. Lo que es por tierra no podrán con nosotros. Y por mar, diréche…

—Pueden bloquearnos, rendirnos por hambre…

—¡Bah! La Isla está atiborrada de víveres. De tasajo, de azúcar, de bacalao, de aceite, de fariña, de manteca. Y se puede vivir chupando caña y comiendo aguacates y mangos. Y se puede pescar y cazar. Y, si chega el caso, sembraremos «patacas» y coles en el Parque Central. ¡Que vengan! ¡Que veñan! ¡Los esperamos!

—¡Que vengan, que vengan! —repetía Waldo, blandiendo el cuchillo de cortar la carne.

Cuando regresamos a casa, al cruzar el parque vimos cubierta de flores y banderas la estatua de Isabel II.

Y en el comedor de casa encontramos, a punto de sentarse todos a la mesa, al doctor Espada, que decía, aproximadamente, las mismas cosas que el insigne cocinero de Cajigas.

—Vendrán; sí, señores. Nos bloquearán. Pero en cuanto asomen nuestros barcos y les larguen unas cuantas andanadas, piden la paz, nos pagan una fuerte indemnización y dejan colgados al Chino Viejo, a Calixto García y a todos los «mentecatos» que tuvieron confianza en ellos.

—¡Amén! —respondió mi padre—. ¡Ojalá todo ocurra como usted dice, mi querido Espada!… No es que yo no desee exactamente lo mismo que usted. ¿No es lo que escribo en mis artículos? Pero aquí, *inter nos*, ¿cómo no reconocer, primero: que los americanos vienen a hacernos la guerra contando con fuerzas más poderosas que las nuestras; segundo: que los rebeldes no han querido pactar con nosotros, que han rechazado la autonomía y ayudarán con todo ahínco a los que llaman «sus salvadores»; y, tercero y principal: la distancia? Nosotros estamos lejos de Cuba, con mucho mar de por medio. Y los yanquis están aquí al lado. Y de la cuestión dinero, ¿cree usted posible, Espada, que en un duelo entre el dólar y la peseta, salga triunfante esta última?

—Lo noto a usted pesimista —dijo Espada.

—Nada de eso. Reflexivo, nada más.

—No olvide usted que La Habana está maravillosamente artillada y que no la podrán tomar ni en diez años todos los acorazados yanquis e ingleses reunidos.

—Lo sé. Así se afirma. ¿Qué más quiero yo, sino que sea cierto? Pero, dígame usted, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Cárdenas y los otros puertos, que sin duda serán atacados, ¿están bien defendidos, maravillosamente artillados, como La Habana? Y, dígame usted más, si lo sabe, porque para mí es un enigma, ¿dónde está nuestra escuadra? ¿Qué se hizo del *Oquendo* y el *Vizcaya*? ¿Qué barcos útiles tenemos en bahía? ¿Cómo estamos de carbón, de pertrechos, de víveres?

—De carbón y de pertrechos, lo ignoro. Pero de víveres, ¡que le respondan los almacenistas y los bodegueros! Tienen colmados sus depósitos. ¡Y la Isla es tan feraz! Con piñas, aguacates y mangos, nos podemos mantener un siglo —vi, junto al rostro del admirable doctor, el de mi amigo el cocinero—. Y, si hace falta, pueden sembrarse patatas y repollos en el Parque Central. Todo, menos rendirnos.

—¿Quién habla de rendirse?

—Además, usted olvida, mi querido amigo, que, sin contar con los voluntarios, en cada uno de los cuales hay un héroe oculto, tenemos cerca de trescientos mil hombres en tierra, aclimatados y tan conocedores de la manigua como los mambises. Para vencerlos tendrán que desembarcar los yanquis un millón de esos muchachotes rubios que no se han batido nunca sino con el «bate» y la pelota. Déjeme usted reír. ¿Cómo vencimos a Napoleón? ¡Con las guerrillas! ¡Pues que se multipliquen los Latorre, que no han «chaqueteado» nunca!

Yo aplaudí, entusiasmado. Me dolía un poco que mi padre no compartiera las ideas del doctor Espada. Mi padre, lejos de mirarme con severidad, lo hizo con ternura, y me dijo:

—Muy bien, muy bien. Toma nota de cuanto dice Espada, para tu próximo artículo del *Eco*.

De propósito he querido reunir —para que el lector se forme una idea de cómo pensaban los españoles de Cuba en aquellos temerosos días— las opiniones de cuatro patriotas diferentes. El cocinero era el patriota iletrado, sin más juicio que su sentimiento, con su «máquina de discurrir», no en la cabeza, sino en el corazón. Espada era el español instruido, culto —como se dice ahora—, pero en quien el ideal pa-

triótico era más fuerte que la reflexión y le impedía establecer un contraste entre sus deseos y los hechos. Más de una vez, recordando a aquel hombre tan inteligente, me he permitido suponer que cierto ramo de locura —una a modo de megalomanía patriótica— era la causa de aquella fe suya, tan firme, en el triunfo de nuestras armas. Fe sólo comparable a la de mi tío Antonio, en cuya mirada fúlgida cada destello representaba una ilusión. Y, por fin, mi padre era el patriota más íntegro y valeroso de los cuatro, porque mientras en el cocinero y el médico —como en mi tío— el análisis y la duda deteníanse ante la fortaleza de su pasión patriótica, en mi padre esta pasión no cerraba el paso a la duda y el análisis, y como toda duda, en grado mayor o menor, es sufrimiento del alma y el análisis es arma filosófica de dos filos, resulta que el patriotismo de mi padre exigía más resistencia mental, para mantenerse en su línea, que el de los otros dos. En cuanto a mí, con todo respeto y cariño, me parecía que «el equivocado» era mi padre, y que los «que estaban en lo cierto» eran el cocinero, mi tío y el doctor. Combinen los lectores estas pasiones patrióticas que acabo de presentarles y obtendrán el magnífico producto de la actitud de los españoles en Cuba cuando sobre ellos y su patria cerníase la amenaza de la guerra con los Estados Unidos. ¡Pero qué cernerse! Ya no era amenaza, sino realidad. La flota yanqui, en dos secciones, había tomado el rumbo de La Habana y Santiago y pronto quedaría establecido el bloqueo de la Isla.

[13]
EL BLOQUEO, LAS TINIEBLAS*

Y DIO PRINCIPIO LA GUERRA con la declaración del bloqueo de la Isla. El gobernador militar —que había renunciado a sus ocios en la Quinta de los Molinos— dispuso que se apagasen los faroles del paseo del Prado y del Parque Central, que eran los únicos importantes de la ciudad. Con esto quedó La Habana convertida en un laberinto tenebroso, donde las gentes no se veían las caras. Pero de sol a sol, durante los primeros días, eran muy grandes la efervescencia popular y el movimiento de los voluntarios y las tropas. Algunas gentes se pasaban las horas y las horas en la Punta, en la Calzada de San Lázaro y al pie de los muros del castillo de Atarés, mirando al mar, esperando el bombardeo. La escuadra yanqui, todavía invisible, maniobraba a ocho o diez millas del puerto. Alguien, con sus prismáticos, descubría en el horizonte una silueta color de plomo y afirmaba que era la del *Iowa* o la del *Illinois*. Al anochecer, aquellos curiosos —entre los que figurábamos Waldo y yo— volvíanse a sus casas dando los consabidos «mueras» a McKinley y a Lee y a un nuevo personaje de la tragedia: el almirante Sampson, que era el encargado de «reducirnos a cenizas»…

Por las calles del Obispo, de O'Reilly, de San Ignacio, de Mercaderes, pasaban en tropel hombres armados con fusiles y machetes, unos de uniforme, otros en mangas de camisa, con la chaquetilla llamada «guayabera» y el jipijapa encajado en el occipucio. Las «guaguas», los «carritos» y coches de todo género —desde la «volanta» hasta el *break*— corrían rebosantes de soldados, de voluntarios, de individuos blancos o de color movilizados para la defensa. De pronto, un hombre a caballo irrumpía, espoleando al animal, como si fuera un Cid dispuesto a la toma de Nueva York. El espectáculo me enardecía. Y aunque yo fuese menos aficionado que Waldo a los alaridos bélicos, llegaba ronco a casa de dar vivas a España y mueras a los yanquis y los

* Capítulo XXV del primer volumen de las *Memorias*.

«jingoes». Podía uno refrescar de balde la laringe, pues en varios cafés del centro de La Habana colgaron unos carteles que decían:

«En honor de la patria, hoy beben aquí gratis sus defensores». Pero nadie aceptaba el convite:

—¿Qué son unos centavos —le oí decir a un teniente— para los que estamos dispuestos a dar la vida por la patria?

No puedo precisar cronológicamente la noche en que las tinieblas de La Habana comenzaron a ser desgarradas por los «potentes reflectores» de la flota enemiga. Fue para mí como una función de fuegos artificiales. Mis hermanos y yo subimos a la azotea jubilosos y riéndonos del miedo que aquellas «luses del diablo» le causaban a la negrita Salomé y de las cuales dijo, temblando, la cocinera, que «paresían cuchillos». No cuchillos, sino espadas, me parecieron a mí: espadas que herían el pecho de la oscuridad, que rasgaban el misterio de una Habana lóbrega, pero no dormida, pues aquella noche, quien más, quien menos no cerró los ojos en la ciudad, empezando por el general Blanco. En cualquier instante podía comenzar el bombardeo y aquellas espadas de luz convertirse en rayos de exterminio. Pero en nosotros la curiosidad era más fuerte que el temor. Nos atraía y sugestionaba aquel duelo —o más bien juego— entre la luz y la sombra, que producía maravillosos contrastes, claroscuros no logrados por ningún pintor, pues «aquello» no era una pintura inmóvil, sino dinámica, y tan rápida que cuando queríamos recrearnos en un oasis de luz ya desaparecía éste en el desierto de las sombras.

La Habana no fue bombardeada. Pero muchos de sus pobladores vivieron durante meses en la angustiosa espera del ataque. En vano el gobernador militar, en sus alocuciones y sus comunicados a la prensa, anunciaba que «el enemigo había conminado la rendición de la ciudad» y afirmaba que «el alcance y poder de los cañones de las fortalezas españolas garantizaban las vidas de sus habitantes». Los vecinos del Vedado —sector costero y descubierto de La Habana— se refugiaban en la capital. Y los que podían abandonar ésta íbanse a los arrabales interiores, a la Víbora, a Luyanó, al final del Cerro o, cruzando la bahía, a Guanabacoa. No podía irse más allá porque las avanzadas del jefe insurrecto Rodríguez, cuyas fuerzas ocupaban los Quemados y Punta Brava, les saldrían al paso.

Mi abuela Dolores vino una mañana a proponernos «que todos nos refugiásemos en la quinta de Luyanó, hasta donde era difícil que llegase el fuego». Como mi madre le respondiese: «Waldo no lo permitiría y yo, la verdad, no comparto sus temores de usted», ella propuso que, «por lo menos, se mandase a Luyanó a los niños». Tampoco. «En estos casos, mamá, la familia no debe disgregarse.» Así fue que nosotros permanecimos juntos, en nuestra casa de la calle del Águila, hasta el epílogo de la tragedia, que familiarmente consistió en el retorno definitivo a España, antes de que se arriara nuestra bandera en el castillo del Morro.

Pero entre los días de abril y julio, que marcaron el principio y el término de la guerra, presencié episodios o supe de grandes hechos de los que creo conveniente dar testimonio al lector. Aparte de sus encantos naturales —su cielo, el verdor de sus parques y jardines—, la fisonomía de La Habana era la de una ciudad marítima bloqueada por una escuadra poderosa y amenazada de invasión o devastación. Casi todos los comercios permanecían cerrados porque sus dueños y dependientes hallábanse, en sus funciones de voluntarios, ocupando los puntos estratégicos de la ciudad. En el arrabal del Cerro y en las alturas de Jesús del Monte había grandes núcleos de soldados, principalmente de la sección de zapadores, que abrían trincheras en previsión de un desembarco de los yanquis o de un ataque, por la espalda, de los insurrectos. Los teatros suspendieron sus funciones. Creáronse en cada barrio unas juntas presididas por los jefes de familia «para la defensa de las casas». Sí, podría llegar el momento en que cada hogar tuviera que convertirse en un fortín. Lo cual determinó en Waldo una de sus resoluciones heroicas. Él se encargaría del nuestro. Pero ¿dónde encontrar un rifle, un revólver, siquiera una pistola? Como no los hallara, se apoderó de un viejo bastón de estoque de mi padre y de un cuchillo de la cocina. ¡Nos iba a defender al arma blanca!

[14]
LA ÚLTIMA HORA DE ESPAÑA EN CUBA*

[…]

He aquí, sobre la base de testimonios fidedignos —epistolares y verbales— la descripción de la última hora de España en Cuba: de su hora política, no de su hora espiritual, que no podrá considerarse apagada en ningún pueblo de la que fue su América mientras esos pueblos piensen y hablen en español.

Habíase convenido por el general Jiménez Castellanos y la Comisión norteamericana que, al sonar las doce del día 1 de enero de 1899, una salva de veintiún cañonazos, disparados por la artillería yanqui, saludase a nuestra bandera, que en tal momento descendería de la torre del Morro, izándose en su puesto la de la Unión, la cual sería saludada a su vez con otros tantos disparos por los cañones españoles. Las fortalezas del Morro, la Cabaña, la Punta, Atarés y el castillo del Príncipe quedarían hasta el instante mismo de la entrega de la plaza en poder de las guarniciones españolas, cuyos oficiales las pondrían en posesión de los norteamericanos. Así se efectuó, sin incidentes.

«Las turbas —transcribo de una carta del doctor Espada— que durante los días anteriores recorrían las calles, plazas y parques de la ciudad cantando coplas injuriosas para nosotros, quemando unos muñecos de cartón y trapos que representaban a Weyler, apedreando la estatua de Isabel II y dando mueras a los Gálvez, Montoro y demás jefes autonomistas, se aglomeraron aquella mañana en la Plaza de Armas y se extendieron por los muelles y lugares próximos a Capitanía. Había gentes, ¡y qué gentes!, trepadas en los árboles, subidas en los tejados y las azoteas. Sin la presencia de los yanquis que, ojo avizor, pero, eso sí, cómodamente sentados en sillones de mimbre, y a cubierto de los rayos del sol bajo amplias tiendas de campaña, hacían la guarda y custodia del orden y de las vidas amenazadas, ¡Dios sólo sabe lo que habría ocurrido!

* Capítulo xxxvii del primer volumen de las *Memorias*.

Con mucha dificultad, sorteando los escollos de aquel mar humano, pude llegar en mi coche hasta Capitanía y subir sin tropiezo la ancha escalera de mármol, ocupada por oficiales y soldados yanquis que saludaban al pasar a todos los invitados al supremo acto. Le aseguro a usted, mi querido amigo, que se me doblaban las rodillas, que un sudor frío me inundaba la frente y que hube de pensar en usted, ¡tan lejos de todo esto!, con envidia. Menos mal que en el último rellano, casi a la puerta del salón de recepciones, me encontré con su hermano Antonio, y dándonos el brazo pudimos el uno al otro sostenernos y entrar, fingiendo una calma que no sentíamos, en la sala suntuosa que usted tan bien conoce y donde lo primero que vi fue la figura dignísima de Jiménez Castellanos.»

Coincide mi tío Antonio con el doctor Espada al describir la escena:

«En el rostro de Jiménez Castellanos, de suyo grave e impasible, notábase el esfuerzo por contener la angustia que en el ánimo más sereno tenía que producir aquel instante. Quería sonreír con cierta diplomacia y su sonrisa resultaba una mueca dolorosa. Brooke, en cambio, mostrábase satisfecho, aunque tratase de disimularlo y no diese señales de impaciencia. Entre militares, aunque sean enemigos, ha de mantenerse la caballerosidad. De tiempo en tiempo llegaban comisiones. ¡Caso singular! Si los yanquis hubieran desaparecido de repente, al ver allí a la mayor parte de las personas que habían saludado la jura del Gobierno autonomista, diríase que la escena iba a reproducirse. Yo cerraba los ojos y veía a Blanco, a Gálvez, a Montoro, y te veía a ti luciéndote en los ojos la esperanza de que aquella ceremonia significase el principio de la paz. La Audiencia, el Colegio de Abogados, la Cámara de Comercio y varios otros centros enviaron representaciones. ¡Qué tristeza! Algunos de estos personajes, de estos tipos, llevaban en el ojal de la levita un botoncito blanco y azul, con una línea roja, los colores del pabellón de Cuba. Era conveniente no disgustar a los triunfadores, ir preparando los cambios de casaca… ¡Vergonzoso! Los generales y oficiales americanos arrastraban los sables y tropezaban en los muebles con sus espuelas. Era grande el contingente de jefes cubanos a los que ya nadie llamaba "cabecillas", y que con el beneplácito de Jiménez Castellanos tomaban parte en aquel acto que no habría de repetirse. Pero resaltaba en todos el respeto. Particularmente en los cubanos se advertía el propósito de moderar el júbilo que les producía un suceso que tan hondamente les afectaba y de tal modo hería a la nación contra la cual

lucharon, pero a la que debían su idioma y su carácter y no quisieran ver humillada por nadie. Esto, en medio de mi congoja, me pareció muy bien. Nuestro amigo Girauta, muy pálido, llevaba con Castellanos el peso de aquella cruz…».

Abrevio la descripción de mi tío, en la cual abundan las reflexiones amargas y algunas diatribas muy vehementes contra «ciertos políticos de Madrid». Al dar las doce comenzaron a sonar los cañonazos. Momentos después descendía las escaleras del palacio de España su último gobernador general en Cuba. Escoltado por su Estado Mayor y entre dos filas de soldados enemigos, que le rendían honores, se encaminó Jiménez Castellanos, con su séquito, hacia el muelle de Caballería, para tomar el vapor que le aguardaba. No se oyó ningún grito, ni frase alguna injuriosa brotó de los labios de la muchedumbre. Se despedía con un silencio impresionante al noble y valeroso militar.

«No obstante, al cruzar la comitiva frente al café de La Marina sucedió una cosa que a todos nos dejó mudos de asombro y a Espada y a mí nos hizo estremecer: a uno de los balcones de la casa se asomó una mujer joven y muy bien parecida, la cual, agitando frenéticamente una bandera española, gritó con voz vibrante: "¡Viva España! ¡Viva!". A mí se me saltaron las lágrimas, y aun ahora, al referirte el episodio, me invade la emoción más profunda. Esa mujer me hizo pensar en María Pita, en Agustina de Zaragoza; me pareció España misma que gritaba: "¡No me he muerto y parte de mi alma permanece aquí!".

En el muelle se despidió Jiménez Castellanos de sus acompañantes y amigos. A Espada y a mí nos abrazó. Y seguido de su Estado Mayor, puso pie en una pasadera del vapor *Rabat* que debía conducirle hasta el puerto de Matanzas. Y así le vimos alejarse. La bahía, tan española durante más de cuatro siglos, estaba entonces poblada de barcos, goletas, botes y vaporcitos que enarbolaban banderas yanquis y cubanas. No pude impedir que mis ojos mirasen hacia el lugar donde emergen los restos retorcidos del *Maine* y que, por último, se fijaran en la "nueva bandera" que ondeaba sobre el mástil del Morro. ¡Dichoso tú, que no has vivido horas tan atroces! Creo que te hubieses muerto. A mí, Dios y España me prestarán los ánimos suficientes para arrostrar lo que venga.»

¡Inolvidable tío Antonio, qué recio español!

[15]
ELECTRA DESDE EL PARAÍSO DEL ESPAÑOL*

¡Cuántas escaleras! Todas las que conducían de la planta baja a la «cazuela» del teatro Español. Yo hubiese preferido una localidad más próxima a la escena; pero, sin duda, no andaba sobrado de dinero ninguno de nosotros. El caso es que los siete nos reunimos a la puerta del teatro, para sentarnos juntos —pues no se numeraba la entrada general— y asistir a una de las primeras representaciones de *Electra*. Era un domingo por la tarde. Había llegado hasta la universidad el revuelo producido en la opinión pública por la obra de Galdós, formándose entre los estudiantes los dos grupos antagónicos de costumbre. Era el más numeroso el de los «electrizados», del que yo formaba parte como lector constante y admirador de «don Benito», como le llamaba yo, familiarmente, sin haberle visto hasta entonces sino en caricaturas y retratos.

Por las reseñas y críticas de los periódicos conocía yo el argumento de *Electra*, nombre que tampoco ignoraba por figurar entre mis lecturas los temas mitológicos y existir en la biblioteca de mi padre versiones castellanas de Esquilo, Sófocles y Eurípides. La Electra de Galdós no tenía nada que ver, «en serio», con la hija de Agamenón y Clitemnestra. A su madre, que se llamó Eleuteria, Eleuteria Díaz, y fue todo lo contrario de un modelo de virtudes, la llamaban Electra, no tanto por embellecerle el nombre como porque a su padre, militar muy pundonoroso y valiente, pero marido harto desventurado, le pusieron de apodo Agamenón. La hija de Eleuteria heredó el áureo y helénico seudónimo de su madre, pero nada, en absoluto, de sus proclividades amatorias.

Mi recuerdo de aquella representación de la *Electra* galdosiana —la única a que he asistido— no puede ser más borroso. Desde mi localidad no llegaba a ver todo el escenario, ni me era posible seguir el movimiento de los actores sin moverme de un la-

* Capítulo LI del primer volumen de las *Memorias*.

do a otro y soliviarme un poco, suscitando la protesta de los espectadores de atrás. «¡Ése, ése, que se siente; todos queremos ver!» Tenían razón. Todos queríamos ver, pero todos veíamos muy mal y oíamos peor. «¡Qué broma —pensaba yo— llamarle "paraíso" a la parte más incómoda del teatro!» ¡Qué apreturas, qué gritos, qué atmósfera!… Estaba el teatro de bote en bote; pero mientras los seres felices de las butacas y los palcos, y aun los de la tertulia, podían presenciar la obra a su sabor —sabiéndoles bien o mal—, nosotros, los «paradisíacos», nos enterábamos a medias, o a cuartas, de lo que ocurría a los muñecos —es decir, a los personajes— de la tragicomedia de don Benito. La voz que llegaba mejor a mis oídos era la de Electra; esto es, la de Matilde Moreno, voz cálida y vibrante. La figura que más se ha grabado en mi memoria es la del actor que representaba a Pantoja, el supuesto padre de Electra. Salía durante toda la obra vestido de luto, hablaba con una voz cavernosa y era el antagonista de Máximo, el ingeniero, representado por el ilustre Francisco Fuentes, encargado de redimir a Electra, mártir del fanatismo de Pantoja. Hubo un momento en que Máximo tomó por las solapas a Pantoja y le sacudió, increpándole, con estas o semejantes palabras: «¡Hombre, diablo, águila, reptil o lo que seas!…». Y entonces cerca de mí varias voces gritaron: «¡Mátale! ¡Mátale!». Aquel «paraíso» me pareció un infierno. Y ojalá hubiese olido a azufre, porque olía a cosas peores y que prefiero no definir.

La impresión que me produjo *Electra* fue tan confusa como la visión que desde el «gallinero» pude tener de la obra. Pantoja, con su levita negra, me parecía un pajarraco, un cuervo enorme. A Máximo lo había hecho Galdós tan bueno, tan generoso, que sólo le faltaban alas para parecer un ángel. ¿Electra? Otro ángel de bondad, con una voz encantadora —la de Matilde Moreno—, que me gustaba más que sus palabras. ¿Los demás personajes? No los recuerdo. Me pareció además que *Electra* venía a ser, en cierto modo, una variante de *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*, las dos primeras novelas anticlericales que yo había leído de Galdós. Claro que «el gran problema planteado en el drama —como había leído yo en algún artículo de periódico— era el de la fatalidad de la herencia», problema que yo, en mi fuero interno, o en el teatro de mi espíritu, resolvía sin necesidad de sombras reveladoras, como la de Eleuteria Díaz, que llegaba desde el otro mundo, desde el Purgatorio, sin duda, para decirle a Electra que no era hermana de Máximo, desvaneciendo así el engaño

de Pantoja. Pero ¿qué confianza podía inspirar el espectro de Eleuteria, que en su vida no había hecho más que mentir y fingir? De sobra sabíamos todos los espectadores que Electra y Máximo no eran hermanos y que terminarían casándose…

A la salida del teatro mis compañeros y yo entramos en un cafetín de la calle del León, y yo tuve la cautela de callar, paladeando mis churros mojados en café con leche, mientras ellos exponían sus opiniones acerca de la obra en los términos más entusiásticos.

—Electra —decía uno— es España; representa a España víctima del fanatismo religioso. Electra es la personificación de la España del porvenir, desligada de supersticiones, entrando con un impulso juvenil por las vías del progreso…

—¡Bravo, bravo! —respondía otro—. ¡Y que rabien Barrio y Mier, la Cabra Triste y todos los «carcas» y los «neos» de la universidad!

—Señores —intervenía un tercero—, el drama es magnífico, pero ¿qué es un drama de teatro? ¡Palabras, palabras y palabras!… Y con palabras nada se destruye, ni se construye, a menos que las palabras sean el acicate de la acción. Lo que España necesita son hombres de acción, hombres resueltos a luchar y a vencer, cueste lo que cueste. No se hacen revoluciones desde un escenario. La noche del estreno de *Electra* don Benito, aclamado por la muchedumbre, pero cómodamente sentado, se volvió a su casa en un simón…

—¿Pues qué querías? ¿Que se fuese a quemar iglesias y conventos?

Esta réplica, dicha en voz baja y sin interrumpir la ingurgitación de los churros, fue mía y produjo cierto asombro en mis condiscípulos.

—Pero qué, ¿ahora nos resultas un reaccionario?

—¡Anda éste, como estudió con los jesuitas!…

—Ahora recuerdo que te vi saliendo de las Calatravas.

Solté la risa y dije:

—No seáis idiotas. No soy un reaccionario. Lo que no soy es un fanático, como vosotros.

—¡Ah, vamos, eres un ecléctico! ¡Lo peor que se puede ser en el mundo! En lugar de sangre en las venas, tendrás agua tibia.

—Puedo probarte lo contrario, pero no me da la gana de reñir…

Otro mordisco al churro, bañado en café con leche. Y después:

—Voy a misa todos los domingos y fiestas de guardar… Estuve cuatro años en un colegio de la Compañía de Jesús… Y a mucha honra. Pero no admito la teocracia.

—¿Qué es la teocracia? —preguntó uno.

—El gobierno de los curas —respondió otro.

—En resumen —expresó el que llevaba la voz cantante—: que Pantoja no te parece el símbolo del fanatismo religioso…

—Sí que me lo parece —respondí—, pero un símbolo caricaturesco. Y que todos los fanáticos, del color que sean, son igualmente temibles. ¿En qué se diferencian los autos de fe de las bombas de los nihilistas rusos?

—Eso es verdad. ¿En qué se diferencian?

—Pues se diferencian —dijo el de la voz cantante— en que los nihilistas obran impulsados por un ideal social.

—Pero si los nihilistas no quieren nada… *Nihil*, nada —objetó uno.

—No quieren nada de lo que existe en la Rusia de los zares, en el mundo de los plutócratas y los Pantojas… Quieren una sociedad igualitaria, quieren…

Prosiguió la polémica, pero sin agriarse. Yo dije que si los nihilistas asesinaban en nombre de un ideal social, los inquisidores mandaban a los herejes a la pira en nombre de un ideal celestial, y que para mí cualquier ideal que luchase con procedimientos homicidas «era malo», pues se apartaba de las sublimes normas morales del cristianismo.

—No matarás, se dice en el Decálogo, y alguno de vosotros quería que Máximo matara a Pantoja.

Hubo réplicas y contrarréplicas y todo terminó entre risas, quedándose cada cual con sus ideas, en la hipótesis muy aventurada de que las tuviéramos propias… Recuerdo perfectamente los nombres y la fisonomía de los condiscípulos que me acompañaron —hace medio siglo— a aquella representación de *Electra*. Pero me he propuesto esperar a que ellos y yo hayamos salido de la universidad, con nuestros títulos flamantes en el bolsillo, para trazar una semblanza, cuando no un simple croquis, de cada uno. Lo que sí puedo decir desde ahora (diciembre de 1950) es que de los siete que estuvimos aquella tarde de febrero de 1901 en el «gallinero» del Español, sólo quedamos tres. Dos murieron muy jóvenes. Otros dos llegaron a peinar canas. De los

supervivientes, el que veía en Pantoja el símbolo del fanatismo religioso y en los nihilistas a los precursores de una sociedad igualitaria se ha enriquecido con su bufete, pues pocos abogados de Madrid le aventajan en ciencia, en elocuencia y… en gramática parda. Al otro camarada supérstite lo veo casi todas las tardes en nuestro club, envejeciendo sin prisa, acrecentando una fortuna heredada y faltándole ya dedos en la mano para la enumeración de sus nietos. Yo, ya lo saben ustedes… O intento que lo sepan por estas Memorias.

[…]

[16]
APARICIÓN DEL «AMIGO VALLE»*

Sólo nos interesa profundamente «lo que deseamos ser». Se cumple o no nuestro deseo. Y en el caso favorable, jamás en la medida de nuestra aspiración. No soñé nunca con ser un político. Veía al político frente a mí y fuera de mí como al comediante en el tablado, que nos divierte o nos conmueve, y a quien aplaudimos en ocasiones, pero sin la más remota idea de ir a ocupar su sitio. Admiré a ciertos estadistas de antaño y hogaño, españoles y de otros países. Pero ninguno me fascinaba, ninguno suscitaba en mí un sentimiento de emulación. Me hubiese dicho un hada: «Puedo hacer de ti un Cavour, un Thiers, un Cánovas», y yo le hubiera respondido: «Muchísimas gracias, pero no».

¿Por qué no? ¿Acaso porque hubiese preferido que hiciera de mí un gran jurisconsulto? ¡En manera alguna! Yo sabía muy bien —lo diré familiarmente— «que no me tiraba la abogacía», que estaba estudiando Derecho por una imposición paterna, aceptada sin disgusto, pero con la idea, vaga al principio de la carrera, y que de curso en curso se iba definiendo, de que no era ése mi camino ni mi destino. Lo cual no quiere decir que yo estudiase con indiferencia o indolencia, «para salir del paso», pues en cualquier género de estudios el amor propio me inclinaba sobre los libros, y, además, en los de Derecho hay mucha historia y —¿por qué no decirlo?— mucha literatura. ¡Ya salió la palabra! Lo que a mí me interesaba era la literatura. El hombre que me apasionaba era el literario. Lo que yo quería ser era escritor. Daba yo la gloria de todos los políticos, desde Pericles hasta… Jiménez de Cisneros, por una hojita de los laureles de Cervantes, y a todos los jurisconsultos del orbe, desde Solón hasta el orondo Sánchez Román, por una novela de don Benito y aun me parece que por un cuento de Clarín. Tal era mi afición a los libros llamados de imaginación o de ficción que me parecían —y me siguen pareciendo— los mejores que puedan escribirse y leerse,

* Capítulo lxi del primer volumen de las *Memorias*.

porque son ellos, a mi parecer, los que abarcan todos los aspectos de la vida cuando los produce una mente genial, como la cervantina, que hace del *Quijote* un libro-mundo, ya que en él aparecen el filósofo, el historiador, el psicólogo, el soñador, el humorista y hasta el místico —que la sublimación del amor en Dulcinea es misticismo puro—, y no deja nada por decir al espíritu del lector.

Había en esta idea mía de la literatura algo que llamaré «espejismo de la vocación», pues bien se me alcanza que si en mí hubieran prosperado los dones para el arte de la pintura habría dicho de algunos cuadros lo que ahora digo del *Quijote*; que si me hubiese inclinado mi vocación a la filosofía, diríalo de los diálogos platónicos; si a la Historia, de Tucídides o Tácito, y así en adelante, pues cada hombre que piense y sienta, que viva con el ansia de la verdad y la congoja del misterio elige su Ariadna en el dédalo de la existencia, y mi Ariadna era la literatura… Y dentro de la literatura, aquella parte o fibra del hilo representada por la novela, no por el teatro, ni por el poema, ni la lírica, pues lo que me atraía en estos géneros era lo que tuviesen de novelesco, y nadie ignora que todos lo contienen en proporciones y grados distintos. Yo leía la *Divina Comedia*, la *Jerusalén libertada*, el *Orlando*, la *Araucana*, como otras tantas novelas. ¿Pues qué decir de la *Celestina*, donde novela y teatro y poema de amor —¿hay amantes más amantes que Melibea y Calixto?— se juntan y ajustan con un equilibrio maravilloso?

Disculpe el lector este énfasis, este arrebato de quien, respetando todas las preferencias y hasta todas las indiferencias (como la de aquel jurisconsulto argentino Vélez Sarfield, autor del Código Civil de su patria, que se jactaba de «no haber leído el *Quijote*), ve en la novela el más alto y universal de todos los géneros literarios.

Así, pues, leyendo yo entonces «de todo», verso y prosa, y asistiendo al teatro muchas veces sin salir de casa, sentado en un sillón con mi Lope, mi Shakespeare o mi Molière en la mano, lo que «devoraba» eran novelas y cuentos de todos los países, épocas y autores. Gracias a las lecciones de mi profesor ruso de francés y a un esfuerzo propio, ya me las bandeaba yo con los novelistas y cuentistas galos; pero como escaseaban en su idioma original en la biblioteca de mi padre y yo carecía de posibles para comprarlos, me atenía a sus versiones españolas, entre las cuales muchas eran excelentes. Nada menos que Clarín traducía a Zola y Ruiz Contreras comenzaba a erigir su pirá-

mide de traductor magistral con los «materiales» de Colette —la de Willy—, y Maupassant y Anatole France. Dos editores de Barcelona y Valencia «inundaban» el mercado con sus libros «a peseta». Los periódicos publicaban folletines. En los de *El Liberal* leí yo por primera vez a Blasco Ibáñez, sin poder presumir entonces la extensa y sincera amistad que habría de sostener más adelante con el autor de *La barraca*.

Agoté los *Episodios nacionales* y las *Novelas españolas contemporáneas*, sin sospechar tampoco que no tardaría mucho en conocer en persona a don Benito y en figurar entre sus discípulos y acompañantes. De la Pardo Bazán diré que cada nuevo libro suyo —que enviaba dedicado a mi padre— era yo el primero en abrirlo y en leerlo, encantado, pues su prosa me seducía, pareciéndome mejor que la de Valera y aun que la de Leopoldo Alas, con quienes yo formaba el trébol de los grandes prosistas de «entre ambos siglos», hallando a veces la cuarta hoja, que no era siempre la misma, ya que en otros autores ilustres creía yo notar abandonos a una pluma demasiado fácil o excesos de giros regionales y lugares comunes. No pasaba todo esto de una «cuestión de gusto». Para mi padre, en cambio, «no había prosa como la de Castelar». Y a mí toda prosa que «supiese a discurso» me invitaba a dormir.

Claro está que si yo le hubiese exigido a todo novelista una prosa como la de doña Emilia, Valera y Clarín, habría leído a muy pocos. Pero no sólo no les exigía esos primores y diafanidades de estilo ni su riqueza —no derrochada, sino bien distribuida— del léxico, sino que me dejaba fascinar por muchos novelistas «que no escribían bien», pero que narraban estupendamente. ¿Cómo si no hubiera podido «tragarme» tanto folletín y tanta traducción perversa?

De los escritores nuestros recientes, pero ya conocidos por los lectores «de vanguardia», dos eran los que me parecían más interesantes: José Martínez Ruiz, *Azorín*, de quien leí por entonces *La voluntad* y *Los pueblos*, y un paisano de mi padre, hombre raro, que había venido a casa alguna vez y que debería muy pronto recibirme en la suya, que era por entonces una de corredor, donde ocupaba, con la altivez de un príncipe arruinado, dos minúsculas habitaciones, pobres, pero limpiamente amuebladas.

Tenía aquel señor una media melena endrina y una barba también oscura, que le llegaba al pecho. Faltábale un brazo, según él perdido en un combate en tierras americanas, donde había peleado con no sé qué tribu de indios insumisos «como un león en dos pies». Era muy flaco, pocho de color y de boca lobuna y maldiciente. Gastaba an-

teojos redondos, capa larga y castaña, chambergo y bastón, mayor de lo corriente, con puño de bola. Escribía con lápiz, acostado. Un pequeño libro suyo me lo leyó desde la cama. Antes había yo leído otro que le llevó él mismo, dedicado, a mi padre, y que me encantó, si bien se me antojara notar en algunos episodios reminiscencias de Casanova y de Barbey d'Aurevilly, de quienes, respectivamente, conocía fragmentos de las Memorias y el volumen de *Las diabólicas*. Claro que eso no importaba, porque lo esencial en literatura —decíame yo— no eran los hechos, sino el modo de contarlos. Y «el amigo Valle», como mi padre le llamó siempre, disponía para narrar de una prosa delicada y fragante, pero con fragancia de rosas mustias y de jardines húmedos y umbríos. Era aquella prosa más perfume que letra, más música que letra. A mí me parecía, leyendo aquel libro, no sólo recordar los senderos del jardín de un «pazo» varias veces secular y habitado por una dama enferma del pecho y herida de amor, sino entrar en su aposento, donde la dama adolecía de saudades y de temores y todo era presagio de su muerte próxima. La verdad sea dicha: en la prosa «del amigo Valle» parecíame también percibir olores de camposanto y de cámara mortuoria. Él mismo tenía ante mis ojos a veces algo de los aparecidos de la Santa Compaña o de un lívido asceta a punto de morirse.

Fue mi primera amistad literaria. También sería —como referiré más adelante— la más ilustre de mis enemistades de escritor. Por de pronto, yo me enorgullecía de que él me considerase su amigo e hiciera de mí, en cierto modo, su confidente. Incorporado en su camita de madera, con un mantoncillo de lana sobre los hombros y blandiendo con su única mano ora una espada imaginaria, ora un látigo invisible, tan pronto me refería sus heroicidades y victorias amorosas en México, donde eclipsara el sol de Hernán Cortés, como arremetía contra ciertos escritores políticos y comediantes con insultos de tal calibre y tan venenosos que —pensaba yo— no saldrían más atroces de la misma boca del diablo. Él mismo se me antojaba, por momentos, un diablo. Me parece oírle la tarde en que le dije que había presenciado en el Español una obra de Echegaray.

—¿De esa «beztia», de «eze» viejo imbécil? —me preguntó con voz airada, girándole los ojos ardientes en las órbitas, temblándole la barba como a un exorcista que viniera a sacarme un demonio del cuerpo—. ¡Ay, hijo mío —prosiguió—, no vuelvas a cometer «eze» pecado de «lezo» arte! Si vas al teatro cuando represente una obra

«eze viejo imbécil», que sea para silbar, para patear, para saltar al escenario y gritarle al público tu indignación.

Era mucho pedirme… Pero ya me había acostumbrado a las originalidades de aquel hombre, que tal vez no lo fueran del todo, pues yo había leído «cosas» semejantes a las suyas del poeta galo Baudelaire, y en la *Vida de los filósofos antiguos*, por Diógenes Laercio, las había hallado peores en boca de los cínicos. En resumen: el «amigo Valle» era para mí un espectáculo que me divertía e instruía al mismo tiempo, ya que entre *boutade* y sarcasmo, entre epigrama a lo Marcial y burla quevedesca, me daba provechosas lecciones de arte, hablándome con maestría de pintura y literatura y escuchando mis páginas y versos primerizos sin mofarse de mí. Al contrario: me aconsejaba, me señalaba los errores, me incitaba a proseguir rimando y escribiendo. ¿Creía realmente en mis dones y vocación de escritor o parecíale mi persona demasiado nueva e insignificante para ser triturada por sus colmillos de lobo? Dejaré la respuesta para más tarde.

Otros dos autores ejercieron sobre mí su influencia: Unamuno, de quien leía los ensayos en la gran revista de Lázaro Galdiano y cuyas novelas *Amor y pedagogía* y *Paz en la guerra* me inquietaban, y Rubén Darío, del cual me aprendí versos de memoria, indignándome cuando los parodiaba algún poetastro de la época. Yo me declaraba modernista; pero mi «modernismo» era muy relativo, ya que no me impedía seguir admirando a muchos autores «viejos». No me alejaba de los clásicos ni destruía mi convicción de que la mejor prosa era la más diáfana y la más directa, y la mejor lírica la que se expresara «con menos adornos». Veía en el modernismo, sencillamente, renovación y selección, rotura de moldes muy usados, ventanas que se abrían sobre un paisaje virginal. Pero si algún modernista —como Darío— me daba la impresión de un demiurgo, de un alma creadora «de otro modo de sentir y de expresar la belleza», la mayoría de aquellos escritores y poetas se me antojaban tontos, y no con gracia, como los del circo, sino tontos en la acepción más rigurosa del vocablo.

Uno de éstos solía venir por casa, a las reuniones de los miércoles, cada tres o cuatro meses con un libro nuevo, que mis hermanas y yo hojeábamos, riéndonos casi tanto como con los cuentos de Luis Taboada, y, desde luego, más que con los versos jocosos de Pérez Zúñiga y Melitón González.

[17]
CANALEJAS, UNAMUNO, BLASCO IBÁÑEZ*

De la Academia de Jurisprudencia, sita en la calle de Colmenares, sólo recuerdo una sala oblonga en la que comenzaban a descolgarse los cuadros y a quitar los asientos, porque la Academia se mudaba a su nuevo edificio de la antigua calle del Turco —«donde mataron a Prim»—, hoy del Marqués de Cubas. Allí se halla desde 1905. De la Academia nueva lo recuerdo todo: la sala de honor, en el piso bajo, bellamente decorada; la salita en el piso alto en que se discutían las memorias, antes de ser premiadas, si lo eran, pasando en el caso afirmativo a la sala grande, donde los académicos profesores le otorgaban el galardón, y la biblioteca, amplia y numerosa de libros jurídicos, sin que faltasen los literarios. Allí proseguí mi lectura de los clásicos.

En la salita había un estrado para la presidencia, unos bancos laterales, revestidos de terciopelo granate y un a modo de púlpito o tribuna, a la derecha del estrado, que era el lugar destinado para la presentación de las memorias. Desde allí leí yo la mía, que mereció comentarios relativamente apasionados, porque era un sí es no es «revolucionaria». Versaba «sobre beneficencia social» y yo estimaba que la acción de los filántropos resultaba insuficiente en este sentido y la de los municipios demasiado corta. Era menester enfocar el problema desde un punto de vista que considerase la beneficencia como una obligación del Estado, el cual debería mantener a las clases pobres y menesterosas de tal manera que desapareciesen «los fenómenos de la miseria y el hambre». No bastaban las obras pías de fundación particular, ni los esfuerzos caritativos de la Iglesia. Era necesario y urgente «socializar» la beneficencia, para lo cual se incautaría el Gobierno de cuantos organismos la representasen y aumentaría el número de los hospitales, las clínicas, los consultorios, las casas-cuna, los comedores gratuitos, los orfelinatos, los refugios para los ancianos pobres, etcétera, en tal forma que «a nadie le faltase la asistencia pública» y «se extirpase para siem-

* Capítulo lxvii del primer volumen de las *Memorias*.

pre del cuerpo social la lepra de la miseria y el cáncer de la mendicidad». Todo esto le parecía muy bien a los señores socios y académicos profesores, pero los argumentos que yo empleaba y los arbitrios que designaba para mi reforma de la beneficencia los consideraban utópicos los unos o excesivamente radicales los otros. Pues yo pedía nada menos que la creación de impuestos elevadísimos sobre el lujo, las rentas y las herencias cuantiosas, y —no parándome en barras— la supresión de ciertos organismos del Estado «que abrumaban sus presupuestos» y yo consideraba «perfectamente inútiles», como por ejemplo el Senado. Que se suprimiese el Senado. Y también que se disminuyese la cuantía de la lista civil. Hubo protestas, pero predominaron las risas… Se consideraba mi tesis como la de un soñador. Pero como la memoria «no estaba mal escrita» y «aquello no era el Congreso», las discusiones no llegaron a encresparse y mi memoria, premiada, pasó a discutirse en la sala de honor. ¡Oh, juventud! Pero lo cierto es que al «espíritu» de aquel escrito mío no le faltaba un soplo franciscano, ni un reflejo de la dulce sonrisa de San Vicente de Paúl. Al recibir yo el premio, en sesión pública y solemne, fui muy felicitado. Pero, más que el premio y que los juicios, asaz benévolos —y un tanto irónicos—, que le dedicó en su memoria y balance de aquel curso el secretario de la Academia, don Javier Gómez de la Serna (cuya noble figura evoco con el mayor afecto), me complació que el presidente de la corporación asistiera, en la sala chica, a una de las discusiones de mi tesis. Porque el presidente se llamaba don José Canalejas, a quien yo no había visto nunca, y era para mí una satisfacción inesperada la de verle de cerca, escuchar su voz y estrecharle la mano. Guardo vivo el recuerdo de su mirada sagaz, que hacían fúlgida los cristales de sus anteojos; del pliegue de sus labios, tan propensos a la burla, y de su levita… ¡Era, todavía, el tiempo de las levitas y de las chisteras! Y de las barbas. Pero Canalejas se conformaba con el bigote: un bigote negro y vibrante, pues parecía que en sus hebras repercutiesen sus palabras, como en un raro instrumento musical, y que en sus guías retorcidas se prendiese y palpitase un epigrama. Sabido es que don José Canalejas fue un hombre mordaz, epigramático, y que nadie se burlaba de sus colegas en el Parlamento y de sus ministros con más chispa que él. Han quedado para la *Petite Histoire* algunos de sus epigramas, que solían ser sangrientos. Pero yo no los recordaré, por respeto a la memoria de sus «víctimas».

Un pormenor curioso: la impresión de mi trabajillo, en un folleto de dieciséis páginas y con tirada de trescientos ejemplares, costó catorce duros, que no sin dificultad salieron de la bolsa de mi padre. Por entonces me hizo éste socio del Ateneo. Pero antes de hablar de mi aparición en la Docta Casa, de los episodios en que allí intervine y de las personas que hube de conocer en ella, habré de referirme a algo que marca una efemérides en mi época inicial de escritor. Se trata de mi primer encuentro con Unamuno. Yo diría de «mi primera audición» de Unamuno, porque nadie ignora que el insigne don Miguel dejaba difícilmente «hablar al otro». Y cuando «el otro» era un jovenzuelo como yo, un catecúmeno o neófito de la literatura, imagínense los lectores la escena. Don Miguel «le puso el paño al púlpito», habló *ex cathedra*, y para mí sólo quedaron los «desde luego» y los «claro está».

Me presentaron a Unamuno en Fornos, en la tertulia de Valle-Inclán. Salimos juntos del café. Él se albergaba en una casa de huéspedes de la calle de la Luna o de Silva, según me dijo, y yo me propuse acompañarle hasta ella. Unamuno tenía entonces poco más de cuarenta años. Era —como siempre lo fue— un hombre cenceño, de estatura más bien aventajada y ademanes un tanto imperiosos, como de persona acostumbrada a mandar y que no admite la contradicción. Yo iba orgulloso al lado del rector de la Universidad de Salamanca. ¡Un estudiante paseándose con un rector! Hubiese dado mucho porque me viera algún compañero mío de la calle Ancha. Don Miguel tenía un bigote lacio y una barba cubriéndole el mentón, ambos oscuros, con algún hilo gris. No llevaba corbata: el chaleco le subía hasta el gaznate. Usaba un sombrerito de fieltro negro, de copa redonda algo abollada. El traje era también negro. A mí me parecía un sacristán. Por las calles de Peligros y del Clavel entramos en la plaza de Bilbao —donde yo me permití señalarle los balcones de mi casa— y después seguimos por Infantas, San Onofre, Valverde y Desengaño para detenernos en el umbral de su posada, donde prosiguió su monólogo.

¿Qué me decía? No logro recordarlo. Como estábamos en la calle no sacó de sus bolsillos ningún papel para leérmelo. Ya me leería más adelante algunos de sus poemas, pues fueron varias a lo largo de nuestras vidas mis «conversaciones» con él. ¿Dije conversaciones? Rectifico. El diálogo con Unamuno era casi imposible. Quizá lo sostuviera con algunas personas, pero yo no tuve esa suerte. Siempre, a su lado, mi actitud fue la del discípulo que escucha al maestro sin atreverse a atravesar una opi-

nión. Y conste, desde ahora, que no figuré jamás entre sus admiradores incondicionales. Mi admiración por Unamuno, con ser profunda, era limitada, pues sus modos de pensar y de sentir no coincidían, en múltiples aspectos, con los míos. Por lo pronto, no simpatizo con los ególatras. Y en aquella tarde remota pude medir, hasta su último estrato, el egotismo de don Miguel. Tampoco me gustan las paradojas, cuando pasan de un juego o diversión mental y se convierten en un sistema filosófico. La filosofía ha de ir siempre derecha a la conquista de la verdad. Leyendo al autor de *En torno al casticismo* y de *Amor y pedagogía* notaba yo contradicciones de las que dejan a uno «sin saber a qué carta quedarse». Yo aspiro a que me persuadan, a que me convenzan. Y con Unamuno —escuchado o leído— me ocurría no estar nunca del todo conforme, sino con ganas de discutir. En suma: que «no congeniábamos». Lo cual no quiere decir que yo no reconociera su genio y no me conmoviera su ardoroso patriotismo. A mí también «me dolía España», pero no exactamente como a él. Cada cual sufre a su modo. Y amor y dolor, las dos categorías en la existencia de cada hombre, reciben el influjo de su carácter. El de Unamuno era el de un espíritu orgulloso. El mío se inclina a la humildad. Este choque de temperamentos se manifestó en alguna de las cartas que se cruzaron entre nosotros.

Muy distinta fue mi amistad con Blasco Ibáñez, iniciada por aquel entonces. Pedro González Blanco me presentó al gran novelista, cuya fama era doble: de escritor vigoroso y de político combatiente. Creo recordar que cuando yo le conocí había terminado su pugna con Rodrigo Soriano, de quien fue primero amigo íntimo y después rival implacable en la dirección de los grupos republicanos de Valencia, rivalidad que se inflamaba en sus periódicos y traían al Congreso, combatiéndose con saña en sus discursos. Dos gladiadores. Pero Blasco fue el primero en abandonar la liza, no vencido, sino cansado, para entregarse en cuerpo y alma a sus libros. Quería levantar su pirámide de libros. Y lo consiguió.

Habíase instalado recientemente en Madrid, en un hotelito próximo a la parte alta de la Castellana. Creo que aún conservaba su acta de diputado, pero que apenas iba por el Congreso. Tendría en tal fecha unos treinta y nueve años. Era el Blasco Ibáñez del retrato de Ramón Casas, con su cabellera rizosa, su bigote y barba tupidos, absolutamente negros. Sus ojos brillaban como los de un fauno. Su cabeza era la de

un conquistador. Vestíase al desgaire, con cierto aire bohemio, que acentuaban su corbata flotante y su sombrero blando y aludo, al estilo de los poetas y pintores de Montmartre. De toda su persona se desprendía un aire de fuerza, ese «no sé qué» de los hombres nacidos para arrollar e imponerse. Hablaba alto, manoteando.

Me dispensó una acogida afectuosa. En su cuarto de trabajo había una gran mesa, creo que de pino pintado, rebosante de libros y papeles. Una sola librería, hasta el techo. Unos dibujos de Sorolla, en las paredes, trazados con un carboncillo prodigioso sobre papel de estraza. Algunos grabados y fotografías de Victor Hugo, de Zola, de Tolstoi, y el retrato de Wagner, que era su ídolo musical. En la literatura no admitía a ninguno. En un ángulo de la habitación, junto a la ventana, una pianola de las de entonces, en la que pedaleaba haciendo sonar y resonar los «rollos» de *Sigfrido*, *Los maestros cantores* y *Parsifal*. Y fumaba, fumaba, mordiendo el cigarro con sus dientes desiguales, amarillos y largos.

Allí —y así— comenzó nuestra amistad, que mantuvimos siempre, y en la que hubo más de un episodio inolvidable.

[18]
EL PALACIO DE LA LITERATURA*

Conocí en casa de Blasco Ibáñez a Sorolla y a Mariano Benlliure. Los dos tenían para mí ese modo de aureola que, en los años juveniles, nos parece ver rodear la cabeza de las «grandes figuras». Lo eran, indudablemente, el pintor y el escultor valencianos. Ellos, el novelista de *Arroz y tartana* y Luis Morote —a quien, no obstante su republicanismo, llamaban el «rey de la "interviú"»— constituían un grupo parecido al de los Tres Mosqueteros, que eran cuatro, pues habían venido como del brazo, desde su tierra levantina, a la conquista de Madrid, puente para la de España —y quizá para la del mundo—, y el paisanaje era en ellos un vínculo irrompible por el hecho, muy importante, de que no se estorbaban entre sí, pues cada cual tenía «su campo de acción» y la competencia y la rivalidad, en que suele intervenir la envidia, no podían separarles. Si los cuatro hubiesen sido «lo mismo», muy otro sería el cuento. Sorolla apenas fijó en mí su atención. Yo era uno de los escritorcillos de la tertulia del gran novelista, en la que figuraban Pedro González Blanco, alias *el Gato*; Pepe Francés, que era un jovenzuelo muy pálido y con su cabellera castaña erguida en pomposo copete; Rafael Urbano, pequeñín, maldiciente, teosófico y antigaldosiano —esto último le petaba a Blasco Ibáñez—; el director de *Sophia*, revista ocultista, Viriato Díaz Pérez, que evocaba unas noches el espíritu de Helena Blavatski y otras el de Allan Kardec… o el de Pitágoras; Vicente Almela, a quien recomendaba en el *Heraldo* Luis Morote; el apolíneo Mariano Alarcón, que firmaba «de» Alarcón y se proponía renovar con sus dramas «simbólicos» el teatro, y algunos más que no recuerdo.

Luis Morote, a quien ya conocía de la tertulia del Lion d'Or, celebraba mis pinitos literarios del *Liberal* y *Blanco y Negro*. Mariano Benlliure, desde que le conocí hasta su muerte, fue para mí un excelente —y sonriente— amigo. Pero no se presentó

* Capítulo lxviii del primer volumen de las *Memorias*.

la ocasión de que me hiciera un busto. Sin duda porque no se lo pedí, considerándome «poco personaje» para él…

Aparecía a veces en el hotelito de Blasco una señora gruesa y bastante guapa, que escribía libros y artículos y usaba un seudónimo que siempre me pareció inadecuado: Colombine. Yo me imaginaba a la voluble esposa de Arlequín delgadita y muy ágil, casi etérea, y doña Carmen de Burgos Seguí, cuyo era el seudónimo en cuestión —que ella se ponía en francés—, era una dama de carnadura abundosa y palpitante como las ninfas de Rubens. Muy simpática, eso sí. Y de pluma tan fértil y varia que lo mismo escribía un recetario de cocina que una novela o unas glosas al *Amadís de Gaula*, amén de sus artículos en los periódicos. Colombine era también el Perico de los Palotes que hacía crítica de libros en el *Heraldo*. Vestía de oscuro, para disimular sus redondeces. Blasco la estimaba mucho, pero le inflaba el seudónimo llamándola «Colombona». Y ella sonreía, sin enfadarse, pues sabía que le llamaba «Salambona» a la Pardo Bazán. Cosas de Blasco…

Algunas tardes invitaba éste a cerveza y bocadillos a los muchachos «de su escolta». Pero no en su casa, sino en una de las cervecerías de la plaza de Santa Ana. Entre su hotelito y el establecimiento había una larga caminata, que hacíamos a pie, Castellana y Recoletos arriba, charlando. Lo de charlar era muy relativo. Sin competir con Unamuno en el arte del monólogo, era Blasco quien consumía casi todos los turnos de la conversación. A veces se detenía, tomaba aliento y alguno de nosotros aprovechaba la ocasión para intercalar una frase. Frase que había de ser muy breve y si era posible lacónica, porque Blasco se impacientaba con la elocuencia ajena y, en definitiva, era mejor no interrumpirle, ya que la interrupción sólo servía para espolear la suya, que ponía entonces al galope y no había quien la contuviese.

Seguíamos por las calles de Alcalá, Sevilla y Príncipe hasta vernos sentados en la cervecería, donde podían consumirse la Pilsen, la Spatenbrau, la Munich y demás cervezas de Teutonia, pero nuestro anfitrión, en este asunto, se declaraba muy nacionalista. La cerveza de Madrid, negra o dorada, era excelente, y más económica, claro está. Un «doble» para cada uno, eso sí. Y el bocadillo, que en aquella época venturosa comprendía entre las dos mitades de la barrita del sabroso «pan de Viena» una lon-

ja espesa de jamón, o una capa de *pâté de foie*, o una salchicha caliente, a la moda de Frankfurt o de Estrasburgo, que era todavía alemán. En cada mesa había un tarro de mostaza y se iban apilando los discos de fieltro que servían de pedestal a los *bocks*, los «tercios», los «dobles» y los «formidables», presentándose estos últimos en unos jarros de gres policromado y con motivos más o menos báquicos o bucólicos, tras los cuales se me escapaban los ojos con envidia. La idea de entrar solo en la cervecería y pedir uno no me pasó por la mente. Como estaban buenos la cerveza y el bocadillo eran así, en grupo, escuchando las anécdotas de Blasco —algunas mucho más picantes que la mostaza de la cervecería—, o sus opiniones sobre las letras y las artes. Nos hablaba de sus luchas políticas, cuando «los suyos» y «los de Soriano» se daban de palos en las calles de Valencia, «con algún tiro o navajazo de adorno». Nos refería su duelo con un militar y cómo era de profunda la herida que recibió en el lance, golpeándose el muslo donde guardaba la cicatriz. Opinaba en contra y en pro —más en contra que en pro— acerca de los escritores, músicos, políticos, académicos, pintores, poetas, escultores y cómicos que descollaban entonces. No era tan demoledor y ponzoñoso como Valle-Inclán. No reconocía entre los literatos de la época a ningún maestro. Del propio Galdós se mofaba «con sus Miquis y sus Tiquis Miquis» y con «sus barrios bajos, sus curas, sus menestrales y sus braseros». Le faltaba a don Benito «universalidad». En cambio le sobraba a Valera, cuyos griego y latín y erudición filosófica e histórica daban a sus libros un tono académico, más bien empalagoso y pedante. «¿Emilia?» Bueno, sí; ya hablaríamos. La verdad era que escribiendo parecía un hombre, «un señor con toda la barba». Él la conocía muy bien. La había visitado en Madrid, en su casa de La Coruña, en la calle de Tabernas, en su famoso «pazo» de Meirás… ¡Emilia, ah, Emilia! Y seguía hablando, menos reticente, de otros escritores: Pereda, magnífico, pero «tan clerical»; Picón, «un narcótico», y ese Trigo de *Las ingenuas*, y Valle-Inclán «con sus Sonatas delicuescentes», y el «alicantino Martínez Ruiz con su paraguas rojo y su Montaigne». ¡Bah! No había nadie, no había nada… Pero la revolución que abriría a la literatura española las puertas del mundo estaba en marcha. Y las llaves de esas puertas ¿quién iba a tenerlas sino él?

Yo, galdosiano, valerista y valleinclanesco, hubiese discutido con Blasco, defendiendo y enalteciendo mis admiraciones, pero ¿quién se atrevía? Ni Pedro González Blanco, tan sabiamente gatuno, hubiese osado contradecirle. Además: ¿quién pagaba

los bocadillos y la cerveza? Blasco. ¿Quién, en alguna ocasión, no muy frecuente, hacía repetir «la ronda»? Él. Nosotros no teníamos ni voz ni voto. Estábamos allí para beber, masticar y oír.

Precisamente aquel año murió don Juan Valera, cuyas obras me instruían y deleitaban, y a quien me hubiese encantado conocer. Pepita Jiménez, Juanita *la Larga* y su bellísimo pimpollo, Morsamor —Fausto sin Mefistófeles— y otros personajes, y no títeres, del gran retablo de Valera tenían espacio donde moverse y decirme cosas en el mundo de mi imaginación. No me importaba que todos se produjesen como si el ático don Juan les dictase las palabras; que Rafaela *la Generosa* de *Genio y figura* se expresase mejor que Aspasia debió de expresarse en el cenáculo de Pericles; ni, por fin, que no apareciese por ninguna parte en las ficciones de Valera ese naturalismo de Zola y sus discípulos, que doña Emilia había explicado y semiaprobado en su *Cuestión palpitante*, del que don Benito no había tenido necesidad para escribir sus mejores páginas realistas, pero que Blasco trasladaba a la novela española menos morbosa y tenebrosamente que en su original francés.

Yo comparaba la literatura con un palacio donde siempre la mesa estuviese puesta, así en el comedor de gala como en el de confianza y en el tinelo. Podía sentarse uno a comer con los señores, los grandes capitanes, los artistas gloriosos, los purpurados sutiles y las damas famosas por sus virtudes o por sus culpas, y a veces por lo uno y por lo otro. Podía uno compartir la refacción familiar —sin comer con el cuchillo, naturalmente—, gustando la cocina casera, los platos que no reclaman la ciencia de un Ruperto de Nola o un Carême, y son, sin duda, los más sustanciosos y digestibles. O preferir la mesa de la servidumbre, que en algunas casas, si no más selecta, es más copiosa que la de los señores y más libre, pues allí puede comerse con los dedos, hacer ruido al mascar y beber el vino a chorro o a pico de botella. En el palacio de la literatura también se reparten las sobras o se compone con ellas el bodrio de los perros. Hay de todo y para todos…

Y era, a mi parecer, lo que pasaba con la literatura, y con todas las artes. Libros, cuadros, músicas para todos los gustos. Pero el gusto no depende sólo del instinto. Intervienen en él la educación, la instrucción, la devoción y las inclinaciones —buenas o malas— de un temperamento. En mi caso particular, y en aquella época, mi gusto

literario se hallaba en formación, como en su infancia. Comía y leía de todo… O de casi todo. Pero sintiéndome más satisfecho con las páginas bien compuestas que con las escritas a «la diabla», y —pormenor muy importante— más feliz con las novelas en las que predominaba el tema amatorio que con las que lo evitasen o soslayasen, por razones que asistieran al novelista y que yo no me tomaba el trabajo de investigar.

He aquí por qué en el círculo de mis admiraciones figuraban literatos tan distintos como don Juan Valera y Blasco Ibáñez, como Galdós y Valle-Inclán. Decía Blasco del autor de *Pepita Jiménez* «que no era nunca objetivo». Y yo estuve por responderle —pero no me atreví— que «el objetivo, para los fotógrafos». ¿Quién se atrevería a sostener que el primer elemento, en todo arte, no fuera el espíritu del artista? Lo demás —pensaba yo— era accesorio y advenedizo, porque no venía «de dentro», sino que llegaba «de fuera», modificando al artista, sí, pero sin quitarle su «quid» profundo, esencia y potencia de su persona.

El subjetivismo, personalismo, aticismo, academicismo, literatismo, «eutrapelismo» y todos los demás ismos que quisieran señalarse en Valera, a mí me parecían deliciosos. Yo leía a don Juan golosamente, con gula no de glotón, sino de *gourmet*. Sus libros eran para mí «bocados de cardenal», como los que servían en el comedor de gala de mi palacio. Para leer otros libros, para gustar otros manjares —o condumios— estaban el comedor de diario y el tinelo. Y hasta la sopa de los perros… No sonría el lector, que los perros también entienden de literatura y de filosofía —como se sabe por el coloquio de Cipión y Berlanga—, y muchas veces le hacen asco al bodrio y se van al campo a purgarse —y purificarse— con ciertas hierbas.

Sentí que el «padre» de Morsamor, de Pepita, de Juana *la Larga* y de Rafaela *la Generosa* se hubiese ido de este mundo —de cuya luz física se había alejado antes— sin que yo, lector suyo y aspirante a novelista, le dijese:

—¡Ay, don Juan, quién escribiera como usted escribe! ¡Quién supiera burlarse tan donosamente como usted se burla de tantas gentes y cosas que, por debajo de su risa, le están inspirando a usted lástima y compasión!

Pero hube de conformarme con decirle todo esto a los retratos de Valera que publicaron los periódicos al día siguiente de su partida para el país de la calma y el silencio.

[19]
DE DON BENITO A DOÑA EMILIA*

Aludí antes, de pasada, a mi primera entrevista con Galdós. De éste me queda mucho por contar. Yo había visto a Galdós varias veces en los escenarios de Lara, la Comedia o el Español, cuando, entre los primeros actores, salía a recibir los plácemes del público. Era entonces don Benito un hombre de cincuenta años. Aventajada la estatura, los ojos pequeños, el bigote lacio, la cabeza chica, que la caja del talento no exige magnitud, pues muchos hombres geniales la han tenido no mayor que un coco, pero no de un coco lleno de agua, sino de numen. Estaba entonces Galdós en la plenitud de su fama de novelista y dramaturgo. No sé por qué serie de sus *Episodios* iba, ni qué punto alcanzaba la transformación de sus laureles en dinero. Pero aunque existieran algunos antigaldosianos, como Rafael Urbano y el ateneísta Peñaranda, que, verbalmente, no le dejaba un hueso en su sitio, es el caso que la cúspide de la literatura española estaba —y estuvo mientras no cerró los ojos— representada por él. Yo había leído casi todos sus libros, subyugado, sin que esta seducción me impidiese solazarme e instruirme con escritores como Pereda, a quien podía considerarse su antípoda «por las ideas»; o como Valera, Clarín y la Pardo Bazán, de léxico más numeroso que el suyo y de prosa más elegante que la suya. Me encantaba la «naturalidad» de Galdós: eso de escribir como si conversara, de no pararse en pelillos retóricos, ni de entretenerse en bordados y arabescos, para que sus criaturas viviesen como en la vida. En fin, la manera de Dickens y Balzac, cuyo estilo no está en la forma, sino en el fondo y el movimiento del relato. En resumen: que yo figuraba entre los admiradores y discípulos más fervientes del autor de *Ángel Guerra*, y que la noche en que pude estrechar su mano y escuchar su voz, pausada y poco expansiva, me hubiese deparado un momento de felicidad absoluta si no fuera por el contraste entre mi ropa de lechuguino y la modestísima de Galdós y sus acompañantes.

* Capítulo lxxi del primer volumen de las *Memorias*.

[…]

Pues bien: para aquel banquete en el Suizo, donde conocí a Galdós, tuve que ponerme la levita y pasar un mal rato. No muy malo durante la cena, que se le ofrecía a cierto escritor joven, con título de nobleza, y en el que había algunos *dandies* —recuerdo a Ramiro de Maeztu, recién llegado de Londres; a Alfonso Danvila, a Antonio de Hoyos con su monóculo y sus reflejos de Oscar Wilde—, sino después, cuando, al terminar el banquete y previa mi presentación a Galdós, por su discípulo José Betancourt, que escribía con el seudónimo de Ángel Guerra, me encontré primero en la calle y luego sentado en un café próximo a la Puerta del Sol, en compañía de don Benito, de Betancourt y de dos señores más, de cuyos nombres no consigo acordarme. Todos iban de americana, sombrero blando, capa o gabán. Galdós, con su fieltro negro y su bufanda. Bueno, yo no sabía qué hacer con mi chistera y mi «estúpida levita». Maldije de mi suerte, ya que no me era posible maldecir a la responsable de aquel momento ingratísimo. Ángel Guerra pidió café para todos. No logro recordar absolutamente nada de lo que se dijo en aquella tertulia improvisada, en la cual Galdós habría sido el menos locuaz si no le hubiese ganado yo en esto, pues no despegué los labios sino para emitir algún monosílabo y sorber el café. No obstante mi azoramiento, que era obra de la imaginación, ya que ninguno de los circunstantes parecía haber reparado en mi levita, ni advertí en ellos el menor gesto de burla, yo no apartaba los ojos de don Benito, examinando sus rasgos fisonómicos, y siguiendo sus ademanes como si de cada uno fuera a salir, por arte milagroso, un personaje de sus novelas.

Al conocer mi apellido tuvo la bondad de decirme que «leía mis artículos en *El Liberal* y que eran buenos. Me sonrojé. Disolvióse el grupo a la puerta del establecimiento. Ángel Guerra llamó un coche pesetero y subió a éste detrás de Galdós. Yo volví a mi casa a pie, aspirando el aire de la noche de otoño y prometiéndome sepultar la levita en el fondo de un baúl. La primera lección que recibía de don Benito, aparte de la que se desprendiese de cada uno de sus libros para mi espíritu, era una lección de sencillez.

Pero «la cosa» era muy diferente en casa de doña Emilia, en cuyas reuniones vespertinas los caballeros se presentaban enlevitados o de chaqué, y las señoras, muy bien

compuestas, con «boas» y los sombreros monumentales y floreados de la época. No era todavía condesa la gran escritora, pero iba a serlo muy pronto. En la Curia romana le estaban preparando el título. Su madre, la vieja condesa, no solía asistir a las tertulias literarias, pero sí sus hijos, Jaime, Blanca y Carmen. Blanca recitaba versos, sobre todo de Gabriel y Galán, a uno de cuyos libros le había puesto un prólogo encomiástico la autora de *La quimera*. Sobre esta novela no tardaría yo en publicar un artículo en *La República de las Letras*, semanario del que hablaré luego: artículo fervoroso, y del que me dijo, riéndose, Blasco Ibáñez que era «una declaración de amor». ¡Cosa más absurda! De lo que yo estaba enamorado era del estilo, de la prosa ejemplar de aquel libro, que era, exactamente, una novela de amor apasionado, muy lírica. La Pardo Bazán contaba ya cincuenta y tres años, y no era precisamente una Ninón. Sabido es que nunca fue guapa. Tenía una cara corta, unos ojillos de miope, que reclamaban el uso constante de los impertinentes, y el busto y los brazos demasiado opulentos.

La primera vez que estuve en su casa, no sé si propia, sita en la calle Ancha de San Bernardo, me hizo hacer el *tour du propriétaire*. Lo que mejor recuerdo es el oratorio, con un pequeño retablo, según ella del siglo XV; unas credencias, también antiquísimas; varios reclinatorios, con cojines de terciopelo rojo, frente al altar; cuadros, que supuse copias, de Rafael, Murillo y Zurbarán; un Jesús en la cruz que era —me dijo— del imaginero gallego Gregorio Hernández. En la antesala había panoplias, armaduras, bargueños. En los salones muebles «de época», alfombras y tapices y retratos suyos —el que le hizo Vahamonde, en un caballete— y de sus antepasados ilustres. Total, riqueza y buen gusto, quizá lindando con la ostentación.

Recibía en su despacho. Era un aposento interior, no grande, con luces que provenían de los ventanales de un largo pasillo, al fondo del cual se divisaba el comedor, de añoso mobiliario. Frente al bufete de doña Emilia, con escribanía de plata, carpeta de cordobán historiada y libros de consulta, a derecha e izquierda, muy bien ordenados, hallábase el estrado, compuesto por un diván y cuatro sillones de tapicería. Sillas volantes o de tijera completaban la comodidad de los contertulios, a quienes se permitía encender algún cigarrillo y ofrecíase alguna copa de refresco o licor. Doña Emilia, adelantado el busto, ágiles sus pequeñas manos, ocupaba su sillón como un trono. Definía, discernía, sentenciaba o imperaba… ¿Por qué no, si era la emperatriz

de nuestras letras? Rara vez extremosa en la censura, pero siempre tibia en la alabanza, como todos los ególatras. Éralo ella en alto grado. A mi padre, con quien mantuvo siempre buena amistad (algún día quizá publique las cartas que ella le escribió a La Habana sobre motivos y pleitos literarios), no le perdonaba su admiración por don Manuel Murguía, el esposo y viudo de Rosalía Castro, y escritor e historiador eminente. Y cierta vez, en una de sus reuniones, le dijo: «Desengáñese usted, Insúa: Galicia sólo ha tenido dos grandes escritores, y los dos de los que visten faldas: el padre Feijoo y yo».

Sabido es que doña Emilia se hizo «estatuar» en vida: en La Coruña y en Madrid, y cuántas desazones le produjo que la Real Academia Española no se resolviese a modificar sus estatutos para sentarse ella en uno de esos sillones que, según se dice, hacen inmortales a quienes los ocupan… Si alguien en su presencia ponía en duda el don mágico de los tales sillones, añadiendo que su gloria estaba asegurada y que moralmente era archiacadémica, ella le miraba con disgusto, replicando que «el genio no tenía sexo y que era una estupidez palmaria el no reconocerlo así». Nadie entonces se atrevía a contradecirla. Yo pensaba en la humilde Rosalía y en doña Concepción Arenal, toda modestia, lamentando que ella sufriese por lo que ambas desdeñaron: pompas y vanidades que el mérito real no necesita, y son efímeras y corruptibles cuando la aureola es de oropel y no del oro y la luz que irradian los espíritus selectos.

Quiso también doña Emilia ser poeta —quiero decir versificadora, que poeta lo era—, y compuso un librillo de versos celebrando las gracias infantiles de su hijo Jaime. Quiso ser «dramaturga», y escribió un drama y un par de comedias que no triunfaron. Hubiese querido ser, amén de académica, diputada, senadora, alcaldesa, todo… Y a mí me bastaba con *Insolación* y *Morriña* para ponerla en el lugar más elevado de las escritoras españolas de todos los tiempos. En el que, por mi parte, continúa.

Fue por entonces, si no recuerdo mal, cuando hizo su entrada en el Ateneo, donde no tardaría en presidir la sección de Literatura con singular eficacia. Entraba algunas veces en la Cacharrería, y no puede decirse que tomara parte en las discusiones, porque al presentarse ella hasta el propio general Vallés se echaba un punto en la boca, y todos eran a escuchar sus monólogos y a seguir el movimiento de sus brazos

y manos, una de las cuales adhería a sus ojos los impertinentes. Si además de polígrafa insigne hubiese sido una beldad como la Avellaneda, ¡qué de pasiones todavía románticas no hubiera despertado entre los jóvenes ateneístas! Y entre algunos de los viejos, también.

Las «Lecciones» del Ateneo de doña Emilia han sido recordadas y glosadas por Luis Araujo Costa en su libro ya mencionado. Fueron magistrales. En el «Catálogo de los retratos existentes en el Ateneo» que incluye García Martí en su crónica de la Docta Casa, no figura el de la Pardo Bazán. ¿Por qué? ¿No está terminado? ¿O será que yo, en mis rápidas visitas al Ateneo de 1951, no acerté a hallarlo entre esa multitud de óleos que reproducen semblantes dignos de recordación o que ya se desvanecieron en la memoria de las gentes?

[20]
ESCARAMUZAS DEL ATENEO Y COMBATES DEL PARLAMENTO*

Mientras mis compañeros de licenciatura en la universidad preparaban oposiciones, entraban de pasantes en algún bufete, permanecían en el Alma Máter para alcanzar el título de doctores o —por ser hijos o sobrinos de próceres de la política— le ponían los puntos a un acta de diputado, yo ni siquiera volví por la Academia de Jurisprudencia. Mi «campo de acción» estaba unas calles más allá, en la del Prado. Escribía en la biblioteca del Ateneo mis crónicas para *El Liberal*, mis gacetillas bibliográficas para *Nuestro Tiempo*, mis artículos para *Nuevo Mundo*. Y leía, leía… Mis camaradas del Ateneo eran, principalmente, Bernardo G. de Candamo, que solía exclamar, con Mallarmé: «*Ma chair est triste, hélas, et j'ai lu tous les livres!*». Pero no era cierto, porque cada tarde «devoraba» un volumen y varias revistas. Y los González Blanco, Pedro y Andrés. Y Daniel López Orense, sobrino de mi inefable director de *El Correo* —pasado a serlo del romanonista *Diario Universal*—. Daniel firmaba sus comentarios críticos, muy ágiles, con el seudónimo de Fantasio, el héroe de la graciosa comedia de Musset. Y el Borreguero, García Sanchiz. Y el elegante y megalómano Enrique Amado. Y Urbano, el teósofo.

Evitaba la Cacharrería, donde mi padre no me hubiese dejado gritar. Y a mí me gustaba gritar, muy juvenil y españolamente, como lo hacía en los pasillos, en el Salón de Tapices y en las discusiones de las Memorias. En una, de Candamo, me revelé como orador impetuoso y terrible iconoclasta. Como alguien dijese «que había que quemar la Academia», yo propuse «que con los académicos dentro». La presidencia, más burlona que severa, me llamó al orden. Era el frenesí del modernismo. Recuerdo a Miguel Álvarez Ródenas, subido a uno de los bancos de la sala, disparando como flechas fulmíneas los versos de Rubén Darío. ¡Abajo los poetas «conservadores»!

* Capítulo lxxiv del primer volumen de las *Memorias*.

¡Al Rastro con sus liras mohosas! Y otras puerilidades por el estilo. Era tal la pasión revolucionaria de algunos ateneístas jóvenes que uno de ellos, Luis de Oteiza, desgarró con su bastoncillo de junco el retrato de un escritor tan correcto y persona tan venerable como don Jacinto Octavio Picón.

Ahora bien: frente a los «modernistas» se levantaba el grupo de los «clásicos» y las polémicas se encrespaban, llegando a los pasillos y el vestíbulo, pero sin pasar a los golpes. Varios poetas y escritores hispanoamericanos concurrían como socios al Ateneo, manteniéndose al margen del tumulto, aunque figurasen entre los destructores de los «antiguos moldes». Alguno de ellos, en ocasión memorable, subía a la tribuna, de levita, erguido, con su rostro incaico, su voz metálica y su seseo empalagoso y recitaba unos poemas galopantes, altisonantes, que sobrecogían de pronto al auditorio, como si cada verso fuese un caballo desbocado. Pero no tardaba en demostrar que su lira había sido templada por Calíope, y las risas y sonrisas iniciales convertíanse en celebraciones y en aplausos. Del Perú, del solar del Inca glorioso, el de los *Comentarios reales*, de media sangre española, nos llegaba José Santos Chócano, gran poeta y hombre de genio aventurero, que hubo de incorporarse durante varios años a la vida literaria de Madrid. Otro poeta hispanoamericano genial, también socio del Ateneo, contrastaba con el exuberante Chócano por su carácter retraído, por su discreción y timidez, su hablar siempre en voz baja y su mirar de persona afligida por tristezas recónditas. Advertíanse asimismo en su semblante facciones indianas, pero en su caso de ídolo azteca. Representaba en Madrid, como ministro diplomático, a su patria. Era el mexicano Amado Nervo, el de las *Perlas negras*, de quien fui muy amigo y de quien supe —o más bien adiviné— dolorosos secretos. ¡Noble figura la de Amado Nervo! ¡Con qué suavidad se producía siempre! Nunca le escuché una diatriba contra nadie. No recuerdo persona que atesorase más humildad, que pareciera más ajena al diabólico orgullo, que pasara por el mundo como una sombra de sí mismo. Rubén, ¿quién lo duda?, era teatral, simulador. Nervo, todo vida íntima y oculta, hombre de una sola y adorada mujer. Y con esto, en sus poemas, ¡qué iluminado panteísmo! No recuerdo que jamás subiese a la tribuna de la Docta Casa.

Fuera del Ateneo tenía yo otros amigos, escritores y poetas, en cierne o en plena madurez. Entre los primeros quiero recordar a Francisco Camba, hermano de Julio,

a Emilio Carrere, a Villaespesa. Y los del grupo blasquista, ya mencionados. También conocí por entonces a Alfonso Hernández Catá, hijo de una dama cubana santiagueña y huérfano de un militar español. Había venido a España para seguir la carrera de las Armas en el Colegio de Huérfanos de Toledo. Mas su afición a la literatura le hizo fugarse del colegio, presentándose en Madrid sin una peseta, pero con el tesoro de su optimismo. Tenía una memoria prodigiosa. Sentados los dos en algún banco de la plaza de Bilbao, me recitaba versos de Darío, de Guillermo Valencia, de Nervo, de Julián del Casal, de toda la pléyade modernista. Usaba unas corbatas polícromas, como grandes mariposas. También era melómano: «silbaba» las sonatas de Beethoven y las rapsodias de Listz. Pero su ídolo era Grieg. Paco Camba imitaba a Valle-Inclán en su primera novelita: *Camino adelante*. Por intermedio de Candamo conocí a Eduardo Marquina. Una tarde, en su casa, sobria de muebles, no lejos de la Moncloa, le oí declamar para un grupo de jóvenes admiradores las estrofas de su *Vendimión*. En otras circunstancias me presentaron a los dos Machado, a Nilo Fabra, poeta breve y bebedor insaciable de cerveza, flaco y valiente como Don Quijote. En un café de la calle de Alcalá, en la acera de La Equitativa, y que estaba al fondo de un extenso zaguán, descubrí a un hombre que me inspiraba un respeto y admiración sin límites. Lo «saqué» por sus fotografías. Era un señor de unos cincuenta años, con espejuelos y la barba grisácea. El gesto, pensativo, absorto. Tenía delante una copita de coñac. Era nada menos que don Marcelino Menéndez y Pelayo, una gloria de España, de quien había leído yo *Los orígenes de la novela* y una parte de *Los heterodoxos*. No me cansaba de mirarle. Cuando le vi beberse en dos tragos su copita y levantarse, pagué mi consumo y me dispuse a seguirle. ¿Iría a su casa, a la Academia? No, señores. A otro café, este de la Puerta del Sol, donde se hizo servir otra copita de lo mismo, su ambrosía sin duda, que los dioses también beben… No volví a verle, y eso que vivió hasta 1912, año de «desgracia», porque lo fue, y muy grande, que a los cincuenta y siete años escasos se apagara la hoguera de su genio.

En la librería de don Fernando Fe, en la carrera de San Jerónimo, adonde yo solía acompañar a Blasco Ibáñez, vi varias veces a Galdós, a don Eugenio Sellés y a Ruiz Contreras. Contemplando los escaparates de la librería de San Martín reconocí —por el retrato de la portada de *Los pueblos*— al «pequeño filósofo», que ya firmaba Azo-

rín, e iba sin paraguas. Era un hombre más bien fornido y cariancho, con monóculo. Pasó más de un lustro antes de que hiciéramos amistad. A Benavente y los Quintero los conocía «del teatro», de verlos salir de la mano de los actores a saludar al público. Y así, poco a poco, al través de los días —o de las noches— fui enterándome del físico de todos o casi todos los hombres que a principios del siglo «cultivaban» con mayor o menor fortuna las letras en Madrid. No concurría yo a sus «peñas» en los cafés, porque no hubiese podido representar en ellas sino un papel insignificante, de admirador o turiferario, y esto no iba con mi carácter independiente. ¿Satélite? De nadie. Lo cual no quiere decir que en algunos de aquellos hombres no reconociera yo grandes méritos y hasta que me produjesen ese sentimiento de la «buena envidia» que debe llamarse emulación. ¿Por qué no habría yo de competir con los mejores de ellos?

Y entretanto, ¿qué sucedía en España? Jamás la literatura, ni los hechos de mi vida privada, ni mis pasiones juveniles eclipsaron mi fervor patriótico. Yo seguía en los periódicos, en los corrillos del Ateneo y en la tertulia del despacho de mi padre los vaivenes de la vida nacional. Grandes y tempestuosos debates en el Parlamento con motivo de la llamada Ley de Jurisdicciones. Los ya endémicos disturbios en Barcelona, con sus luchas en las calles de catalanistas y lerrouxistas. La formación de la Solidaridad Catalana. Moret había reemplazado a Montero Ríos en la cabecera del banco azul y al bueno de «don Segis» le tocó capear el ciclón de aquella Ley de Jurisdicciones en virtud de la cual el enjuiciamiento y castigo de los delitos contra la patria y el ejército pasaba de los tribunales civiles a los militares. El proyecto había sido presentado en enero. Aprobado por los senadores, cayó en el Congreso «como una bomba». Después de violentas discusiones, se retiraron las minorías republicana y regionalista, y no tardaron en hacer lo propio los diputados carlistas y los representantes en la Cámara Baja del «cuarto poder». Pero iba a iniciarse la Conferencia de Algeciras para debatir el nuevo estatuto de Marruecos, y no era cosa de provocar una crisis llena de peligros para España, llegándose a una fórmula que hizo posible la aprobación de la ley.

Mientras esto ocurría en el Congreso, con sus repercusiones enconadas en la calle, tuvo lugar el mitin de Gerona, donde los republicanos, regionalistas y carlistas pidieron, airadamente, que se levantase la suspensión de las garantías constitucionales

que pesaba sobre Barcelona y que no se aprobase la referida ley. No se salieron con la suya. Pero, cansado de recibir insultos y amenazas, Moret presentó la dimisión colectiva de su gabinete, que no fue aceptada por el rey. El 22 de marzo leía don Segismundo el decreto del «cerrojazo» o suspensión de las sesiones. El escándalo fue formidable, y su eco en la opinión pública hizo que apenas interesaran las tareas de la Conferencia Internacional de Algeciras, que terminó a fines de marzo. En mayo se restituyeron las garantías a Barcelona. E inmediatamente los senadores y diputados que habían combatido en el Parlamento la Ley de Jurisdicciones se congregaron en la ciudad condal para recibir su homenaje. Y de una alianza de los republicanos no radicales —Lerroux mantuvo su bandera centralista— y de los nacionalistas catalanes y carlistas surgió la Solidaritat, que no fue aprobada en el congresillo del despacho de mi padre.

Pedían los de aquel grupo político, cuya presidencia ostentaba Salmerón, el reconocimiento de la autonomía regional, la libertad del municipio y la derogación de la Ley de Jurisdicciones. Nada menos. Mi padre, en quien nada quedaba de sus fervores regionalistas, se declaró contrario a cuanto menoscabase la supremacía de la nación y la unidad española, «tan laboriosa y dramáticamente obtenida merced a la gloriosa inspiración y vigoroso esfuerzo de los Reyes Católicos». Era la tesis maurista, del ídolo del doctor Sabucedo. Y yo no sabía qué pensar, pobre de mí, estremeciéndome cuando oía los vaticinios de mi padre y el doctor. «Todo aquello era disgregación y anarquía… Sin la concordia y la cohesión nacional, íbamos derechos al abismo… ¡Ay, qué locos éramos!… ¡De cuán poco nos habían servido las lecciones del 98!» Etcétera.

Yo salía del despacho como de un purgatorio. Pero los verdores y luces de la primavera no tardaban en restituirme a mi euforia juvenil. Para el 31 de aquel mayo florido estaba señalado el matrimonio de don Alfonso XIII con la princesa Victoria Eugenia de Battenberg. Y la gran preocupación mía y de mis hermanas era conseguir en alguno de los balcones de la calle de Alcalá un buen sitio para presenciar el desfile de la boda. Lo encontramos en la casa de unos amigos íntimos, próxima al café de Fornos. ¡Bien ajenos estábamos de que aquel epitalamio fuera a convertirse en un raudal de lágrimas y sangre!

[21]
EL EPITALAMIO DE ALFONSO XIII*

Alrededor de las once de la mañana nos presentamos mis padres, mis hermanas y yo en casa de los señores de Ponte Abente, muy buenos amigos de nosotros. Don Celestino Ponte habíase labrado una gran fortuna en La Habana como contratista de uniformes para el Ejército, y ya en Madrid figuró entre los fundadores de un gran establecimiento bancario. Era un señor muy discreto, aficionado a la lectura y a los viajes. Su gran ilusión consistía en poseer una de las mejores casas de la Corte, y un día pudo satisfacerla adquiriendo en la calle de Alcalá, muy cerca de la de Peligros y frente por frente del edificio de La Equitativa, un espacioso inmueble. En la planta baja y en el primer piso habíanse instalado un cabaret y un restorán de «buen tono», con el rótulo parisiense de Maxim's. Él y su familia ocupaban el segundo piso, que amuebló lujosamente. Sus hijas, Carmen y Teresa, eran de la misma edad que mis hermanas, con quienes habían estudiado juntas en un colegio habanero. La señora de Ponte Abente, rubia y siempre muy enjoyada, había pertenecido al teatro. Complacíala mucho que la tomaran por una aristócrata. Lo era por sus modales, y al bajar de su landó, a la puerta del Real o a la entrada del Hipódromo, parecía realmente una Esquilache. Sentíase orgullosa de su salón, donde, en efecto, el mobiliario, los tapices, las alfombras y los cuadros revelaban su riqueza y su buen gusto.

Fuimos de los primeros en llegar. De modo que ocupamos los mejores sitios en la galería, pues, entre los balcones de dos amplios gabinetes, la casa tenía un cierro, muy elegante, más a la moda de Andalucía que a la de Galicia —de donde era natural don Celestino—, que abarcaba toda la anchura del salón.

Antes de sonar las doce ya estaban invadidos el cierro y los balcones por las amistades de la casa. Era el 31 de mayo de 1906. Fecha histórica. Las jóvenes lucían sus

* Capítulo lxxv del primer volumen de las *Memorias*.

galas de primavera. Ellas y las señoras se habían quitado sus grandes sombreros, con pomposas lazadas y flores, «para que los caballeros pudiesen ver». En el lujoso comedor, con mucha plata y bodegones antiguos en marcos «de la época», se había preparado un refrigerio —la dueña de la casa decía «un *lunch*»—, al que se haría honor cuando el cortejo de la boda real entrase en la Puerta del Sol y siguiera, por la calle Mayor, el camino de Palacio. La tarde era más bien calurosa, con la gracia y el aire de los abanicos. El cielo estaba azul. En todos los balcones de las calles de Alcalá y Sevilla, engalanados con los colores de la bandera nacional o con solemnes reposteros, se apretujaban los curiosos, mientras el público se mantenía, compacto e impaciente, en las aceras, contenido por los guardias a caballo o de a pie. La ceremonia nupcial estaba celebrándose en los Jerónimos. Por el Prado y la plaza de la Cibeles entraría el brillantísimo cortejo en la más bella y famosa de las calles de la Corte.

Fue hacia la una y media cuando los invitados de los señores de Ponte Abente vimos aparecer la cabecera del desfile. Me sería difícil evocar su esplendor, precisar el orden en que se distribuyeron las fuerzas militares y las carrozas. Recuerdo cascos relucientes al sol, uniformes de gala, penachos y banderas, jinetes muy erguidos en sus monturas. Y el sonar de los «claros clarines». Y el vocerío y los rumores de la muchedumbre. A una descripción exacta —como de crónica de periódico— no se presta mi memoria. Ello es que las carrozas de Palacio comenzaron a pasar ante nosotros. En una, los regios desposados. En otra, las personas de la familia real: doña María Cristina, la princesa de Asturias, las infantas. Y después, las que conducían a los rubios invitados: el príncipe de Gales, futuro Jorge V de Inglaterra; Felipe de Braganza, heredero del trono de Portugal; Fernando Francisco, archiduque de Austria… Nombres que se pronunciaban en nuestra galería con ese respeto que imponen los grandes de este mundo, los destinados a ceñir coronas y a perderlas, a veces con la vida…

Pero nadie pensaba, entre nosotros, en el destino de aquellos seres que nos parecían envidiables. Los veíamos pasar como a los actores de una gran ópera donde las Euménides se envolvían en sus mantos plutónicos, ocultando sus diademas de serpientes, sus antorchas encendidas y sus puñales exterminadores, para que sólo brillasen las sonrisas de las hadas y todo fuera júbilo y esperanza en aquella hora nupcial. El espectáculo era, al mismo tiempo, majestuoso y festivo. Saludaba el rey a sus súbditos, inclinando la cabeza pálida de un lado a otro, levantando una mano enguan-

tada y leve que parecía de marfil. Saludaba la blonda soberana con sus gracias circunspectas de la corte de Albión. Saludaba la reina madre, ya tan española, pero siempre con sus aires de abadesa. No así la infanta Isabel, que tenía los mismos gestos con que en las tardes de toros contestaba a los aplausos y las expresiones de simpatía del pueblo de Madrid. Saludaban todos los príncipes, y nobles y embajadores que formaban en el desfile espléndido. Hasta diríase que saludaban los caballos empenachados, las espadas fúlgidas y las tremolantes banderas.

Abajo, en la calle, se veían cabecitas de niños, aupados por sus madres para que viesen, atónitos, la maravilla del cortejo. De los balcones caían vítores y flores. Y echaban a volar palomas. Era el epitalamio de Alfonso XIII. Una página de nuestra Historia.

Cuando vimos entrar a los reyes y su séquito en la Puerta del Sol pasamos, en grupos o parejas ceremoniosas, al suntuoso comedor de la casa. Y fue allí, entre las «detonaciones» del champaña y el ataque a las bandejas de emparedados y de dulces, cuando alguien, no sé quién ni en qué forma, llegó con la noticia. Con la espantable noticia… En la calle Mayor habían arrojado una bomba contra los reyes. A la señora de Ponte Abente se le fue de las manos la copa de champaña. A don Celestino se le heló un brindis en los labios. Una señorita se desmayó. No, no era posible… Pero sí… El mensajero incógnito lo afirmaba. Los reyes habían resultado ilesos, a Dios gracias; pero había muchas víctimas. Mi padre, muy pálido, seguido por mí, se dirigió al teléfono; pidió el número de *El Liberal*. Comunicaba. «¡Jesús —decía—, qué catástrofe!» Ninguno de nosotros había oído la explosión, ni aun amortiguada por la distancia, porque el comedor hallábase al fondo de la casa y éramos más de cincuenta personas charlando y bebiendo alegremente. Algunas se pusieron a rezar. La señorita desmayada volvió en sí con el aire de un abanico y una aspiración de éter. Varios invitados se fueron a la calle sin despedirse. Otros se precipitaron a los balcones y la galería. Otros, ocupando los divanes y las butacas del salón, trataban de calmar sus nervios. Por fin, al cabo de un cuarto de hora, pudo obtener mi padre la comunicación con *El Liberal* y todos supimos que, ¡naturalmente!, se trataba de un atentado anarquista, que la bomba había sido arrojada desde un balcón, que el criminal había huido y era grande el número de los muertos. Un poco más tarde, ya en nuestra casa, bajé yo a comprar la hoja extraordinaria de *La Correspondencia*, y conocimos los

primeros detalles del atentado y los nombres de las víctimas, que eran veintitrés. Los heridos pasaban del centenar.

—¡Una verdadera hecatombe! —exclamaba mi padre—. ¡Qué horrible desgracia!

E hizo una serie de reflexiones y vaticinios pesimistas que a todos nos impresionaron mucho.

Pasaron dos o tres días al cabo de los cuales se supo que el autor del regicidio frustrado se llamaba Mateo Morral, que había sido profesor en la escuela del revolucionario Francisco Ferrer, en Barcelona, y que después de refugiarse durante unas horas en la redacción de *El Motín*, el periódico anarquista de Nakens, anduvo errante por el campo, hasta que, hambriento, entró en un ventorrillo de los alrededores de Torrejón de Ardoz y pidió de comer. Infundió allí sospechas, y alguno de los presentes fue a buscar al guardia jurado Francisco Vega. Interrogó éste al sospechoso y le intimó a seguirle. Obedeció Morral, pero a corta distancia del ventorro sacó un revólver, disparó sobre Vega, matándole en el acto, y después, con la propia arma, se quitó la vida. Se dijo que cierta mujer había sido la causante indirecta del crimen. Era la amiga íntima del ácrata Ferrer, de la cual se había enamorado Morral. Como ésta lo rechazara, el terrorista la amenazó «con hacer una locura». Mataría a los reyes. No creyó ella en la amenaza, que él cumplió en la forma que el lector conoce. ¿Qué hubo de cierto en esta «novela», que parece urdida por la imaginación de Stendhal? (Años más tarde, personas que trataron a Soledad Villafranca, en París, después del fusilamiento de Ferrer, me dijeron que ella insistía en esta explicación de la tragedia, que habría de constituir, en cierto modo, con variantes de lugar y de tiempo, el asunto de una novela corta mía titulada *La hiel*.)

¿Puede conducir a venganza tan absurda como horrenda un despecho amoroso? Creo que es más complejo «el caso de Morral». Su venganza se hubiera reducido a dar muerte a la mujer que lo rechazaba sin su proclividad de fanático de la anarquía, revelada en sus artículos y folletos, que se publicaron en Barcelona y en Madrid. En resumen, un desalmado, un monstruo, como lo definía mi padre con exactitud.

Aparecían por entonces en la Corte varios periódicos, o más bien periodicuchos, clerófobos. Recuerdo haber oído vocear por la costanilla de los Capuchinos *El Mo-*

tín, *Las Dominicales* y *El Libre Pensamiento*. Algunas veces, un vejancón estevado y sucio pasaba bajo nuestros balcones haciendo resonar un cencerro y pregonando precisamente una hojilla que se titulaba *El Cencerro*. Añadía el hombre: «¡*El Cencerro*, con los mismos perros!»… Nunca, ni por mera curiosidad, compré algún papel de éstos. El más notable de todos era *El Motín*, redactado por don José Nakens, un buen periodista, pero a quien le oscurecía el talento su fobia contra la Iglesia. Y fue este don José Nakens el hombre a quien recurrió el regicida para que lo ocultase. Duro compromiso. Ignoro los argumentos que empleó Morral para convencerle. El caso es que Nakens le prestó asilo y que, temeroso de ser descubierto por la Policía, sólo permaneció el terrorista unas horas en la redacción de *El Motín*. Los lectores conocen el epílogo de la tragedia. Como era natural —y legal—, Nakens fue encarcelado y procesado. Veinticuatro vidas inocentes les costaba a los españoles la «venganza» de Mateo Morral. Y en el espacio justo de un año, en la misma fecha, en París, y en Madrid, el anarquismo «decretaba» la muerte de don Alfonso XIII. Sangriento principio de uno de los reinados más difíciles y azarosos de nuestra Historia. Pero cuya continuidad, ¿quién la podría prever? Mi padre, amigo de hacer frases, acostumbraba decir: «La Historia es una esfinge». Y también: «El anarquismo tiene más cabezas que la hidra de Lerna. Pero ¿dónde está el Hércules que de un solo tajo se las corte, para que no renazcan?».

Y se llevaba las manos a la suya, con un gesto de consternación.

[22]
«EL LEÓN DE GRAUS»*

Al día siguiente de mi retorno a Madrid me presenté en el Ateneo, dándome cierta importancia ante mis amigos, como si aquel viaje me confiriese sobre ellos una enorme superioridad. Enrique Amado se sonrió, desdeñoso. Él también conocía París, «¡pero donde estuviese Londres!». Candamo me preguntó si había ido a la Sorbona, a los cursos de Bergson. Me dio vergüenza decirle que no. Yo me había comprado un monóculo, pero no me atreví a ponérmelo. En la biblioteca «puse en limpio» las notas de mi visita a Mademoiselle Vadier. Y por la noche me encaminé a la redacción de *El Imparcial*, donde Luis Bello, ya amigo mío, de la tertulia de Fornos, me presentó a Ortega y Munilla, que dirigía el periódico. Don José me recibió con una afabilidad inolvidable. Me dijo que le gustaban mis crónicas de *El Liberal* y que estaban abiertas para mí las páginas de *Los Lunes*. Pocos maestros de escritores me han prestado tanta ayuda como el autor de *La cigarra*, novelista y periodista ilustre y uno de los hombres más generosos que he conocido en toda mi existencia. No más de tres semanas tardó en publicarse mi artículo, que abarcaba casi tres columnas, y por el cual me abonaron —con gran asombro mío— la cantidad «fabulosa» de ocho duros. Sí, señores; fabulosa en 1906. Yo iba «subiendo»… A Vicenti le llevé algunas impresiones de Ginebra y quedó afirmada mi situación de cronista fijo de *El Liberal*, alternando con Zozaya, Cortón, Nogaler y Dicenta, que eran las estrellas mayores de aquella pléyade, a la que fuimos incorporados, creo que sin deslucir, Répide, Candamo y yo.

¿Qué había sucedido en España durante mi ausencia? ¿Qué debates habían tenido lugar en el «congresillo» de mi padre? ¿Qué hojas se llenaron con hechos españoles en el álbum de Clío? Pues no muchas. Estaba en el poder el general López Domínguez. Su ministro de la Gobernación, Dávila, había leído en las Cortes el

* Capítulo lxxix del primer volumen de las *Memorias*.

proyecto de Ley de Asociaciones y seguían las polémicas en torno al Decreto de Romanones relativo al matrimonio civil. Habían regresado los reyes de su viaje a Inglaterra, sin bombas. Se abrió el proceso de Nakens. Se firmaban tratados de comercio con diversos países, que disgustaron en las regiones que se creían perjudicadas. Revuelo en Vasconia al anunciarse una posible modificación del concierto económico. Bravatas de la Solidaridad Catalana. La «cola» de la Conferencia de Algeciras. Los disentimientos entre Maura y Moret. Y Madrid con más tranvías eléctricos, y su ópera en el Real, y su Echegaray en el Español, y su Benavente en la Comedia, y sus Quintero en el Lara, y su Arniches, su García Álvarez, su Chapí, sus Serrano, Vives y Lleós en Apolo, en Eslava, en la Zarzuela. Galdós y el río de sus *Episodios*… Blasco Ibáñez «zoleando» en sus novelas… La venerable *Corres* proclamando: «Este diario no pertenece al *Trust*». Y don Miguel Moya convertido en el árbitro del *Trust*, mientras, en silencio, don Torcuato Luca de Tena tomaba sus medidas para alzarse con el cetro de la monarquía de la prensa española.

Fue por entonces —noviembre de 1906— cuando, con motivo de una crónica mía, inserta en *El Liberal*, tuve el honor de recibir un abrazo y de escuchar palabras memorables de uno de los españoles más españoles y de los sabios más sabios de nuestra época. Me refiero a don Joaquín Costa. Ya referí en páginas anteriores que el gran polígrafo era concurrente asiduo a la biblioteca del Ateneo, donde trabajaba de firme, durante horas, entre rimeros de libros. Los jóvenes ateneístas sabíamos muy bien «quién era» y lo que significaba su obra de jurista, historiador e investigador de las esencias del espíritu ibérico. Sabíamos también que había inventado una palabra, la palabra «europeización», «aplicada» a España, pero no en el sentido —como gentes ignorantes o malévolas supusieron— de apartarla de sus tradiciones genuinas, sino, antes bien, como algo que resumía y definía las ideas que sobre la reorganización de su patria, que nadie amó tanto como él, iba exponiendo en sus discursos y en sus libros. Precisamente allí, en el Ateneo, había dado sus famosas conferencias sobre *Oligarquía y caciquismo*. Cuando habló de «cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid», no lo hizo sino para marcar una divisoria tajante entre las tradiciones substanciales y fecundas de España y las que él suponía simples consejas y leyendas poco dignas de crédito. Y cuando habló de «europeizar» España, no quiso decir, ni más ni menos, sino que había que incorporarla a lo más puro y eficaz de la civilización de Occidente,

sobre cuya decadencia no se había publicado por el momento ningún libro. Ésta y no otra era su actitud. Su célebre campaña de la Liga de los Contribuyentes de Ribagorza tuvo una expresión activa y un impulso político que se extendieron con la Liga Nacional a todo el ámbito de la patria. Él estaba por encima de los partidos, no quería mezclarse en las luchas parlamentarias; pero la tragedia del 98 le dolió de tal modo en su fibra patriótica que le hizo salir de su aislamiento especulativo para constituir la Liga Nacional de Productores, no sin haber constituido y presidido antes en Zaragoza —1899— la Asamblea de las Federaciones Agrícolas, con su programa político de la regeneración de la riqueza agraria nacional. Veía en la República un ancho cauce para el logro de sus aspiraciones. Pero no pudo entenderse con los republicanos, y se retiró a su casa de Graus. Entonces le llamaron el «león de Graus». Un león voluntariamente enjaulado, pero que no dejaba de rugir. Desde allí lanzó sus anatemas contra los políticos logreros. En noviembre de 1903 fue elegido diputado a Cortes por Madrid, Gerona y Zaragoza, por el partido republicano. Se negó a sentarse en el Congreso. Corresponde a este período de su vida —del que salió en 1908 para oponerse al proyecto de ley de Maura contra el terrorismo— la circunstancia en que hube de conocerle en la forma que paso a relatar.

Yo le veía casi todas las tardes «pegado» a su pupitre de la biblioteca del Ateneo, hojeando volúmenes, tomando notas, llenando cuartillas e irguiendo la cabeza, con visible disgusto, cuando los jóvenes ateneístas, con nuestra cháchara, le distraíamos de su labor. Nos chistaba, nos dirigía unas miradas que yo, en mi crónica de *El Liberal*, tuve la osadía de calificar de iracundas. Precisamente mi artículo se titulaba «La ira de Costa». No lo tengo a mano, como tampoco el que, años más tarde y con el rótulo de «El zarpazo del león», publiqué en *Nuevo Mundo*, refiriendo mi primer diálogo con él. Diálogo que marca una gran efemérides en la pequeña historia de mi vida de escritor.

Yo, en mi crónica, censuraba —respetuosamente, pero con sinceridad y brío— el «mal humor de Costa», pidiéndole que tuviese en cuenta «las naturales expansiones de la juventud, su derecho a la charla y a la risa»; que fuera más benévolo con nosotros, conocedores de su genio, pero también de «su mal genio». Hablaba de su misantropía, recomendándole que la dulcificara con el «bálsamo del estoicismo». En fin,

toda una serie de impertinencias, de las que me arrepentí no bien aparecieron estereotipadas en mi artículo. Debía de tener éste algún mérito literario, puesto que Vicenti lo publicó.

Ello es que, al llegar aquella tarde al Ateneo, mi excelente amigo Candamo me asustó al decirme: «Tu crónica es muy buena, pero ¡cómo va a ponerse contigo don Joaquín!»… Temblé. Y cuando al entrar en la biblioteca, el excelente Matías, poniéndome una mano en el hombro, me comunicó «que el señor Costa quería hablarme», que le había dicho «que le avisara en cuanto yo llegase», mi emoción fue, exactamente, de miedo. ¡Menudo rapapolvo —o zarpazo— me esperaba! ¿Quién era yo para «meterme» con aquel hombre extraordinario, que había removido la conciencia española? ¿Acertaría a disculparme?

Por indicación de Matías esperé a la entrada de la biblioteca. Vi levantarse a Costa, apoyando ambas manos sobre el pupitre, y dirigirse a mi encuentro con un paso vacilante, como de persona muy cansada y enferma. Tenía las manos y los pies pequeños, signo, a mi parecer, de aristocracia: de una aristocracia de la que carecen muchos duques y marqueses. Con asombro advertí que no era su gesto de enfado. ¡Sonreía! Adelanté hacia él y me abrazó, diciéndome: «¿Usted es Insúa?… Vamos a sentarnos». Y lo hicimos, en un diván de terciopelo rojo que ocupaba un buen espacio del corredor próximo a la biblioteca. Pude entonces apreciar el aire extenuado de su figura: sus ojos grandes y claros, pero tristes; su nariz valiente; su barba y cabellera copiosa. Los leones no pueden ser calvos… Pero, sin dejar de parecerme justo su apodo, me hizo pensar asimismo en un Júpiter, no tonante, sino afable en aquel momento, y en la cabeza miguelangélica de Moisés. Habló afectuosamente:

—Me ha gustado mucho su artículo. Tiene usted razón en cuanto dice. Me he convertido en un insoportable cascarrabias. Pero, ¡ay!, es que sufro por tantas cosas que… ¿Cómo no sufrir por España? Ése es mi gran dolor. Y además mi salud física no es buena. De todo eso resulta mi irritabilidad, mi mal humor. Voy a decir a usted algo muy raro, pero usted va a entenderlo. Es como si tuviera el alma en carne viva.

Yo le escuchaba conmovido y admirado. Balbucí palabras que no recuerdo. Parecíame que él era una montaña, con todas las voces y las luces y las sombras de la montaña, y yo un débil caminante incapaz de ascender a ella.

Y añadió:

—No es el primer artículo que leo de usted. Le sigo en *El Liberal* y *El Imparcial*. Y le considero a usted un escritor de veras, porque sabe usted aplicar el adjetivo al nombre de tal modo que el lector queda conforme y no siente ganas de operar ningún cambio. Digo esto por mí, que no sé leer de otra manera: protestando cuando no me parece justo el enlace del calificativo y el nombre. ¿Está ahí el secreto de la buena prosa? ¡Bendita sea la exactitud! Y quien dice exactitud, dice sencillez. Huyo de los escritores turbios y complicados. Si la literatura no es como un filtro o crisol del pensamiento, ¿para qué sirve? Para deslumbrar, para engañar.

Todo esto me dijo en aquella ocasión don Joaquín Costa, removiéndome el alma, fortificando mi fe en mi destino de hombre que se entrega, apasionadamente, a la literatura, pero que necesita el apoyo de espíritus como el suyo para mantenerse, al través de los desengaños, los errores y las dudas, en la línea de su vocación. Y de su deber.

Conste que he transcrito casi textualmente las palabras de Costa. El lector es muy dueño de aceptarlas o de rechazarlas. Tal como él las dijo las he puesto en esta hoja de papel. Y sólo con la muerte se borrarán de mi memoria.

[23]
UN ÁRBOL DE HOJAS DE PAPEL*

Al comenzar el año de 1907 habían cambiado las condiciones de mi vida. Acababa de contraer matrimonio y no tardó en anunciarse el primer hijo, que vio la luz casi al mismo tiempo que mi primer libro: *Don Quijote en los Alpes*. Sólo me faltaba «plantar el árbol». Pero pongamos que el árbol fue aquella casa editorial que, con fondos facilitados por una persona de mi familia, fundé y dirigí hasta mediados de 1908. Un árbol de hojas de papel. Y un árbol que se incorporó con impulso al bosque de la Minerva española. He aquí una lista de los autores que formaron el catálogo de la casa: doña Emilia Pardo Bazán, con una de sus mejores novelas, *La sirena negra*; Rubén Darío, con la edición príncipe de *El canto errante*; Valle-Inclán, con sus *Aromas de leyenda*. De Luis Bello, *El tributo a París*; de José López Pinillos, *La sangre de Cristo*, fuerte relato novelesco; de Eduardo Zamacois, un libro de crítica teatral; de Pedro de Répide, Ciges Aparicio y Alfonso Hernández-Catá, sendas novelas. Todo esto en una colección «grande», en octavo, primorosamente lograda por la Imprenta de Archivos y Bibliotecas, en la cual aparecieron también una obra de mi padre, mi *Don Quijote en los Alpes* y los dos primeros volúmenes de mi trilogía *Historia de un escéptico*. Paralelamente, en la colección «pequeña», en octavo menor, también muy cuidada —¡y a seis reales el ejemplar!—, fueron publicándose las primicias literarias de José Francés; Federico García Sanchiz; José Subirá, hoy día eminente musicólogo; Miguel A. Ródenas; Emiliano Ramírez Ángel, y otros jóvenes autores. Fuera de ambas colecciones edité la famosa novela del Aretino *El herrador*, vertida airosamente al castellano por Joaquín López Barbadillo; una novela del malogrado Rafael Leyda; otra del cubano Rodríguez Embil, y un tomo de Enrique Díez Canedo que comprendía versiones españolas de poetas franceses, ingleses e italianos y hasta algún japonés. Apartándome del Parnaso, inicié una colección científica, con un libro de puericultura. Y

* Capítulo lxxx del primer volumen de las *Memorias*.

entrando en otro terreno, las *Confesiones* de una tiple del género chico —hoy diríamos de una *vedette*— muy bella, popular y simpática, Julia Fons.

Todo esto, y algo que olvido, en el espacio de unos veinte meses. Cesé en mis funciones de editor por motivos para mí honrosos y sobre los cuales extenderé «el manto del silencio». No sólo cumplí con todos los autores, abonándoles «religiosamente» sus derechos, sino que supe perdonar a alguno que recibió dinero sobre promesa de un libro que nunca había de escribir.

Imagine el lector lo que significaba para un joven de mi edad, articulista ya «cotizado» y novelista en cierne, el hecho de dirigir una empresa editora. Añádase el local: un piso bajo, espacioso, en la calle de la Reina, con su oficina y sus tres empleados; una sala bien amueblada para las visitas y un despacho para mí, casi como de banquero. De la noche a la mañana, digámoslo así, me había convertido yo en una persona importante, pues no hay importancia mayor que la de una cuenta corriente asaz nutrida y la dirección de un negocio con el cual pueden beneficiarse algunos. Estos «algunos» eran escritores, gentes, por lo general, no sobradas de pecunia, pero sí de aspiraciones, más o menos fundadas, a los laureles de la gloria.

En mi «catálogo» figuraron, sin duda, nombres gloriosos, más de uno inmortal. Entre los autores nuevos, varios han hecho resonar las trompetas de la Fama, otros se malograron o eclipsaron. De todos —con la excepción de Valle-Inclán, y por causas que expondré más adelante— guardo gratas memorias, o me siguen uniendo a ellos lazos de compañerismo y amistad sincera.

Desfilaron por aquella casa editorial algunos tipos pintorescos, atraídos por el encanto de las Musas, pero sin méritos para que ellas les dedicaran una sonrisa. Y desfilaron también escritores ilustres, a quienes, por lo efímero de mi mando de aquella nave —que a poco de yo dejarla naufragó—, no pude complacer. Un día vino a verme el crítico y erudito Adolfo Bonilla y San Martín, que, si viviese, formaría pareja con el insigne Menéndez Pidal, y no me fue posible editar la obra que me proponía. Otra vez se presentó Martínez Sierra. Otra, Eduardo Gómez de Baquero. También llegaron demasiado tarde. Aquello —y no por mi culpa— se iba a pique… Tuve en una gaveta de mi escritorio, durante varias semanas, el original de *Casta de hidalgos*.

Mi socio, ya en disentimientos conmigo, no se resolvió a editar esta novela magnífica de Ricardo León, que habría de elevar a éste, no bien apareciera, al pináculo de nuestra literatura contemporánea. Fue uno de mis mayores disgustos, y no porque León se considerase desairado —que la más clara amistad nos unió a todo lo largo de su vida—, sino porque su libro me entusiasmó y sentí en el alma tener que devolvérselo.

Con la Pardo Bazán no tuve ningún roce. ¡Qué había de tener! Lo que pidió, adelantado, por su *Sirena negra* lo obtuvo inmediatamente. Su mayordomo me trajo las cuartillas y se llevó los billetes. Toma y daca. Con Rubén Darío, otro tanto. Me mandó desde Brest, en Bretaña, los versos de *El canto errante* y a vuelta de correo le envié yo el cheque de mil francos oro, que habíamos convenido como pago de la primera edición de su obra. Mil francos oro, en 1907, «eran dinero»… El contrato se formalizó con Luis Bello, gran amigo del poeta. Me escribió Rubén para pedirme que Valle-Inclán y Martínez Sierra revisaran las pruebas y esto me puso en un conflicto, pues, por no variar, Valle estaba reñido con Gregorio. Se lo comuniqué a Darío, en telegrama, preguntándole quién corregía las pruebas y su contestación, también por el telégrafo, no pudo ser más lacónica ni más honrosa para mí. Se redujo a esta palabra: «Usted».

Mas he aquí que el libro, ya compuesto, resultaba demasiado corto, y Luis Bello y yo, para que llegase a las doscientas páginas, recurrimos a unas *Dilucidaciones* que Rubén había publicado en *Los Lunes de El Imparcial*, insertándolas como prólogo. El volumen salió en forma primorosa, obtuvo el éxito esperado y el poeta y su editor quedaron satisfechos.

¡Otro gallo iba a cantarme con Valle-Inclán! Había pedido, y obtenido, sin discusión, el veinticinco por ciento del precio «al público» de su libro —de menos de cien páginas— que se vendería a tres pesetas, y un anticipo de cien duros, que recibió *ipso facto*. Mas como solicitase otro anticipo, apenas publicados sus *Aromas*, que se vendían muy lentamente, el cajero de la editorial, un señor Mariño, gallego como él, se permitió pedirle que esperase. «Aguarde usted unas semanas, don Ramón. Los libreros piden poco… Vea usted las liquidaciones.»

Valle —yo no asistí a la escena— parece que se enfadó, que enarboló su bastón, se mesó la barba y se fue de la boca, según su costumbre, profiriendo no sé qué in-

sultos, que no tomó en cuenta el bueno del señor Mariño. Y aquella misma tarde, en su tertulia del Lion d'Or, se despachó a su gusto contra mí. Llegó a compararme con el Pernales, que era el bandido de moda… Yo lo supe en seguida por Pedro González Blanco, gran correveidile, y, olvidándome de su manquedad y de su edad, bastante superior a la mía, quise, justamente indignado, mandarle los padrinos. Luis Bello y Manuel Machado me disuadieron. «No haga usted caso —me decían—, son "las cosas" de Valle.» Y así quedó el asunto: en ruptura inesperada —y definitiva— de una amistad de varios años, durante los cuales le di al autor de las *Sonatas* repetidas pruebas de afecto. A partir de entonces, siempre que Valle y yo nos encontrábamos en alguna reunión, en algún banquete, evitábamos mirarnos. Pero el día en que Marcel Prévost, cuando yo colaboraba en *La Revue de Paris*, me dijo: «Voy a publicar la *Sonata de otoño*. ¿Quiere usted hacerme una nota anónima que preceda al relato?», yo accedí, e hice, como era mi deber y mi placer, el elogio del admirable e intratable escritor. El cual se murió sin saberlo.

[24]
LA GENERACIÓN DE *EL CUENTO SEMANAL**

Un hecho simultáneo, en la vida literaria de Madrid, al de mis iniciativas y actividades editoriales fue la aparición de *El Cuento Semanal*, fundado por Eduardo Zamacois, en comandita con un señor de apostura elegante y trato muy cortés, que se llamaba, si no recuerdo mal, don Antonio Galiardo. *El Cuento Semanal* publicaba todos los martes o los sábados —que de esto no estoy seguro— una novela corta «de los mejores autores». Aparecieron en él las «firmas consagradas» de la Pardo Bazán, Dicenta, Picón, Baroja, Galdós y Zozaya, entre otras, y las firmas jóvenes, más o menos en camino de emular a las anteriores, de Pérez de Ayala, Acebal, Martínez Sierra, Pedro de Répide, José Francés, López de Haro, Sassone, Ramírez Ángel, algunos más, y la mía. En un concurso de aquella revista obtuvo el premio un escritor admirable «de provincias», que habría de crear un estilo y ser uno de los maestros más ilustres de la prosa y la novela españolas: Gabriel Miró.

El éxito de *El Cuento Semanal* fue fulminante. Un gran caricaturista, Manuel Tovar, hacía para la portada el retrato humorístico del autor de turno. El que hizo de doña Emilia indignó a la condesa. Yo fui testigo, en el teatro de Lara, del momento en que la gran escritora, esgrimiendo su sombrilla, quiso «castigar» al dibujante. Manolo Tovar hubo de esconderse en el saloncillo para no recibir los sombrillazos. Varios ilustradores interpretaban, mejor o peor, a los personajes de los novelistas. Aparecer en *El Cuento Semanal* era para los escritores noveles poner una pica en Flandes y recibir, durante seis días, el soplo de la Fama. Alguno de estos escritores se revelaron en *El Cuento Semanal* y quedaron unidos a la pléyade de los más gloriosos, constituyendo lo que, mucho más tarde —en 1951— llamaría un antologista y crítico autorizado, Federico Carlos Sainz de Robles, «la generación de *El Cuento Semanal*», que considera más fecunda que «la del 98». Yo ni quito ni pongo generaciones, pero me quedo, muy conforme, con la mía.

* Capítulo lxxxi del primer volumen de las *Memorias*.

El Cuento Semanal fue como el árbol patriarca de toda una serie de publicaciones que llegaron a formar una selva en nuestro género novelístico. Un cisma, por causas económicas, determinó que Zamacois se apartase del señor Galiardo (éste, inopinadamente, se alejó de la vida, ¿de quién fue la culpa?) y que fundase, con la misma traza, *Los Contemporáneos*. *El Cuento Semanal* siguió, languideciendo, en manos de la viuda de Galiardo, dama muy distinguida, que tuvo por asesores a Manuel Tovar y al diplomático y escritor Francisco Agramonte.

Es éste, sin duda, un capítulo —un gran capítulo— de nuestra historia literaria. De *El Cuento Semanal* y sus imitaciones surgieron novelistas «cortos» que se convirtieron en novelistas «largos». He aquí algunos de los títulos de los retoños de *El Cuento Semanal*: *La Novela Semanal*, de Prensa Gráfica, dirigida por José María Carretero y José Francés; *La Novela de Hoy*, fundada por Artemio Precioso y «animada» por Mariano Tomás; *El Libro Popular*, de Gómez Hidalgo; *La Novela Corta*, de Urquía; *La Novela Mundial*, de don Luis Montiel, insuperablemente dirigida por José García Mercadal, etcétera.

En *El Cuento Semanal* recibían los autores por sus originales sesenta, cincuenta, cuarenta duros. Precioso y Montiel llegaron a abonar —a algunos— mil quinientas y dos mil pesetas. ¡Tiempos aquellos del papel barato y la afición del público a los escritores vernáculos! Los actuales son muy otros. El papel por las nubes y la invasión de la pseudo o infraliteratura exótica. Sobre todo la que llega por el cauce —no siempre limpio— del cinematógrafo.

He dado algunos saltos cronológicos. Vuelvo a mi punto de partida. Estamos en los umbrales de 1907, año en que comienza realmente mi vida de escritor profesional y aparezco en la liza literaria con mi *Don Quijote en los Alpes.*

[25]
SAGITARIO. EL SALÓN DE ANTONIO DE HOYOS Y VARIAS ANÉCDOTAS*

En enero hubo una nueva crisis ministerial, que se resolvió encargando a Maura del poder. Pero yo había comenzado a desinteresarme del drama político por dos razones: porque me faltaba la tertulia del despacho de mi padre y porque absorbían todo mi tiempo mis menesteres de editor y mis afanes literarios. Cada uno a lo suyo… Y lo mío era eso: editar libros ajenos, componer alguno propio, escribir artículos y hasta lanzarme con varios camaradas del Ateneo a fundar una revista, que no llamamos, aunque lo fuese, «de vanguardia», porque todavía este vocablo no había entrado en circulación. El título de la revista era *Sagitario*. La hicimos entre dos de los González Blanco, Pedro y Andrés; Mariano Alarcón, el «apolíneo»; Enrique Amado, el *dandy* del grupo; un joven de quien sólo recuerdo los apellidos, Ordóñez Lecároz, y del cual nada he vuelto a saber; un muchacho de casa rica, Álvarez Villamil, que aspiraba a ser diputado y con el tiempo lo fue, y el que escribe estas Memorias. Un pintor mexicano, Ángel Zárraga, dibujó la viñeta *ad hoc*: un saetero ecuestre, con cuyas flechas nos disponíamos a traspasar «falsas reputaciones» y a dejar malparadas las revistas de Lázaro Galdiano, Salvador Canals y Francisco Acebal —*La España Moderna*, *Nuestro Tiempo* y *La Lectura*—, que nos parecían rutinarias y no estar al tanto de los «nuevos valores» de la lírica y la literatura surgidas del movimiento modernista. Sólo *Helios*, publicada por Martínez Sierra y Juan Ramón Jiménez, nos inspiraba consideración y simpatía. Nosotros éramos iconoclastas, antiacadémicos, revolucionarios. Pero *Sagitario* nacía pobre, sin más sangre económica que la de nuestros bolsillos. Y como los suscriptores no respondieron en el número que soñáramos, tuvimos que suspender al quinto mes. Enrique Amado, que administraba la revistilla, saldó «religiosamente» todas las cuentas y nos retiramos de la aventura sin deberle nada a nadie. Fue una lás-

* Capítulo lxxxii del primer volumen de las *Memorias*.

tima, porque en las páginas de *Sagitario* aparecieron artículos, ensayos y poemas de bastante mérito y era muy activo en espíritu «europeizador».

Una de las expresiones literarias de aquel tiempo la constituía el salón de un joven aristócrata que ya había publicado un par de libros, uno de ellos con prólogo de la Pardo Bazán. Era un joven alto y elegante, cuyo modelo parecía ser Oscar Wilde. Usaba monóculo y le afligía una sordera congénita e irremediable. Había que hablarle por señas, con el vocabulario digital de los sordomudos. Su casa, un piso bajo de la calle del Marqués del Riscal entonces —luego tuvo una, más suntuosa, en el paseo de la Castellana—, era un centro de reunión de los escritores y artistas noveles de la época, y la mujer (no se concibe un salón literario sin la mujer) estaba allí representada por la famosa Gloria Laguna, condesa de Requena; por su hermana Blanca, marquesa de Tenorio; por Carmen de Burgos, *Colombine*, y por alguna que otra poetisa, tonadillera o actriz. Gloria Laguna llevaba la voz cantante. Fue allí, en el salón de Antonio de Hoyos, futuro marqués de Vinent, donde hizo Gloria alguno de sus más recordados chistes. Tenía Gloria un sentido epigramático de la vida. Su *esprit* sólo era comparable, por lo rápido y agudo, al de Benavente. Ella y él eran competidores en la materia y el público solía atribuir a Gloria alguna sátira del autor de *La noche del sábado*, o viceversa. En dicha casa se entraba sin presentaciones, como *dans un moulin*. Cierta vez apareció en ella el periodista y poeta festivo Luis de Tapia, y como Antonio le preguntase a Gloria «¿quién es ese señor?», recurrió ésta al lenguaje de los dedos y remató su explicación gritándole al oído: «¡Tapia, Luis de Tapia, o a ver si tú te figuras que aquí el único "tapia" eres tú!».

Ofrecía Hoyos a sus visitantes —entre los que no faltaban algunos bohemios— una merienda poco variada: té, manzanilla, *brioches* y merengues. Llevándose a la boca un merengue de fresa, dijo Gloria una tarde: «Esto no es merendar, sino "merengar"». Pero el más memorable y punzante de los epigramas que le oí fue el siguiente, digno de la musa de Marcial. Llevaba ella sobre el escote un prendedor muy curioso, que representaba una cabecita de toro, en azabache, con los cuernos de marfil y por ojos dos rubíes. Un viejo conde, que se las daba de gracioso y de cuya vida conyugal se contaban incidentes tristes, le preguntó señalando al broche: «¿Es uno de tus antepasados?». Y Gloria repuso, incontinenti: «¡No, es un espejo!».

Nos divertíamos en las reuniones de Antonio de Hoyos, donde cada cual trataba de lucir su ingenio y se comentaban, en tono burlesco, «las cosas que pasaban en Madrid», entre sorbos de té o de manzanilla y el humo perfumado de los cigarrillos turcos. Una de las novelas de Hoyos se titulaba *Frivolidad* y este título era también el que correspondía a su ameno salón, si bien, algunas tardes, la atmósfera se hacía «más seria» porque llegaba doña Emilia, con sus impertinentes, o doña Blanca de los Ríos con su esposo, don Vicente Lampérez, el ilustre arquitecto, que formaban una pareja igual de pequeña y de simpática. Con todo, quede para la «pequeña historia» del Madrid literario de principios del siglo la estampa de aquel salón que, lustros más tarde, hallaría en el de Melchor de Almagro y San Martín una continuidad y variante que explicaremos a su debido tiempo.

Conocí por entonces, en el Ateneo, a Jacinto Benavente. Fui presentado a él por Nilo Fabra. Quizá por Enrique Amado. Uno y otro, el poeta y el escritor *dandy*, figuraban entre los admiradores y acompañantes de don Jacinto, que ya era considerado como el «más europeo» de nuestros dramaturgos. Los Quintero eran los «más castizos». Poníase el sol de Echegaray. Benavente era todavía muy joven. Iba a cumplir sus cuarenta años. Los caricaturistas —Tovar, Sileno, Sancha— le presentaban siempre con un puro monumental en la boca, el bigote rizado, la barbita aguda, la mirada burlesca, todo un aire mefistofélico. Creo recordar que se divertía entonces con el espiritismo y que allí, en el Ateneo, detrás de la tribuna, en un espacio oscuro, imitaba maravillosamente a Allan Kardec. No asistí yo a ninguna de las sesiones, pues no pertenecía al grupo de sus *ad lateres*, ni me sentía atraído por los misterios de ultratumba.

Ignoro si Benavente creía o no de veras en el espiritismo. No soy de los que toman a broma esta doctrina, que representa nada menos que un afán de superación de la materia corruptible y de conocimiento de los «avatares» de las almas, en el camino de su «purificación». Pero siempre me han bastado sus revelaciones espontáneas, que suelen llegar a mí por la vía «onírica», o dicho sea en buen romance, por los sueños. Conste que en tal época se ignoraba hasta el nombre del profesor Freud.

Yo asistía a las representaciones de todas las comedias de Benavente. Le admiraba. Lo mismo cuando sus personajes me parecían «reales» que cuando los consideraba imaginarios. Porque lo que me interesaba era, precisamente, su imaginación, su fa-

cultad creadora, ese mundo benaventino donde, como en el shakespeareano, todo «me sabía a inteligencia». Y si la inteligencia se reduce «a copiar», ya no es inteligencia. Sólo entienden la vida los soñadores, y, digan lo que se les antoje los positivistas, pensar no es otra cosa que soñar. Y vivir, otro tanto. Los mayores filósofos se llaman Segismundo y Hamlet.

Tenía Benavente —cómo no— sus negadores. A veces, alguna de sus comedias se «iba al foso», como *La gata de Angora*, desollada por una crítica obtusa, «pateada» por un público incivil. Otras —como *La comida de las fieras*— daban lugar a *gaffes* tan ruidosas como la de Gómez Carrillo, al escribir que era un trasunto o plagio de *Le Repas du lion*, de François de Curel, con el que no tenía la menor concomitancia. Benavente no era como Racine. No le afectaban las conjuras. Conocía muy bien las maquinaciones de la hipocresía y de la envidia. Él iba levantando, obra a obra, la fortaleza de su teatro, que ahí está, indestructible, a pesar de los barrenos del autor ilustre de *Las máscaras*.

Fue también en el Ateneo donde conocí a Felipe Trigo. Yo no había leído «del todo» ninguna de sus novelas, porque su prosa enmarañada y con no sé qué reflejos d'annunzianos, era como una antítesis de la mía, que se propone siempre ser clara y directa, sin que esto me impida admirar a ciertos escritores abstrusos o barrocos. Cada cual con su espíritu, pero uno es muy dueño de preferir al que tiene más afinidades con el propio. Hago esta aclaración porque cierta crítica superficial quiso ver en mí un epígono o discípulo de Trigo, cuyo temperamento de escritor y cuya fórmula de novelista eran contrarios a los míos. No obstante, las pocas páginas que leí de sus novelas me hicieron comprender su éxito. Y el trato amistoso que sostuvimos me permitió medir sus dotes de caballerosidad. En resumen, su persona me era simpática; su literatura, no. Usaba él unas tarjetas en las que hacía grabar debajo de su nombre estas tres palabras: «Hombre que escribe». Y Rafael Urbano añadió, con su lápiz, esta otra: «Mal». No lo entendían así los admiradores —y las admiradoras— del autor de *Las ingenuas*, para los cuales «ese modo de escribir de Trigo» era la emanación y conformidad misma de su genio.

Asimismo, en una de las tertulias del Ateneo tuvo su origen mi amistad con uno de los escritores que tengo en más alta estimación. Era, no obstante su juventud, un

periodista eminente, un poeta luminoso, y había triunfado en el teatro con obras originales y adaptaciones de los clásicos. Su gesto adusto, su labio desdeñoso y su verba irónica no le hacían muy atrayente de primera intención. Me lo habían presentado —en Fornos o en Lion d'Or— cuando yo era absolutamente un inédito. No se acordaba de mí. Una tarde, en el salón de tapices, comentábase en un grupo, en el que yo intervenía, la aparición de «firmas nuevas» en las columnas de *El Liberal* y *El Imparcial*. Y el contertulio a que me refiero hizo, de pronto, esta pregunta: «¿Quién será ese Alberto Insúa que publica en *El Liberal* unas crónicas tan interesantes?», añadiendo: «Debe de ser uno de esos buenos escritores de provincias que tardan en conocerse en Madrid, porque ¡vaya si conoce el oficio!». Sonrió Pedro González Blanco, y mordiéndose el bigote, según su costumbre, me señaló y dijo: «Pues Insúa es éste». Sorpresa de Cristóbal de Castro, que no era otro el protagonista de la anécdota. Y su felicitación cordial. Ahí está él, cuando escribo estas líneas, que no me dejará mentir. Desde entonces hemos sido amigos consecuentes, admiradores mutuos, compañeros de esos «que se leen» y se estimulan entre sí, sosteniéndose como hermanos en el duro menester de galeotes de la galera literaria. Y yo me pregunto ahora, Cristóbal: «¿Hasta cuándo?». Pero usted y yo hemos aceptado estoicamente, heroicamente, nuestro oficio. ¿Qué digo oficio? Nuestra misión. Y adelante, adelante. Mientras la mano pueda impulsar el remo y el corazón no diga «ya está bien» y le haya llegado la hora del supremo descanso.

[26]
LOS PERSONAJES DE *EN TIERRA DE SANTOS* Y TRES SALAS DE ARMAS*

Así como al zapatero lo que le importa —o debe importarle— son sus zapatos, a mí lo que me importaba, después de la publicación de mi primer libro, era mi segundo libro, que tendría que ser una novela. No obstante, yo leía los periódicos, iba por las redacciones de *El Liberal* y *El Imparcial* y muy rara era la tarde que no pasaba unas horas de charla con mis camaradas del Ateneo. Lo cual quiere decir que, por grandes que fuesen mis preocupaciones e ilusiones literarias y mis menesteres de editor, seguía la marcha de los sucesos políticos de España, aunque no quisiera, bien así como el que, paseando por un jardín, absorto en sus fantasías y pensamientos, advierte de pronto «que pica demasiado el sol», o que cierta nube que negreaba se rompe en un aguacero y le obliga a buscar presuroso un reparo cualquiera para no mojarse. Llovía sobre los jardines, los campos y los burgos de España. Y esta lluvia metafórica, derramada por sus nubarrones políticos, no era siempre beneficiosa. Así, verbigracia, no prometía nada bueno la ruptura de Maura y Moret, cuando más falta hacía la cohesión del único partido que representaba la unidad y autoridad suprema de la nación frente a las blanduras de los liberales con los elementos de la izquierda y el vigoroso impulso de los regionalistas catalanes. En las elecciones de marzo la Solidaridad ganó casi todas las actas, y sus diputados aparecieron en Madrid decididos a imponer su programa, que, si no equivalía a una fórmula separatista, entrañaba el principio y el peligro del desgarramiento nacional. Así lo proclamó Maura en sus discursos. Los parlamentarios catalanes repetían sus exigencias, a saber: el reconocimiento de «la personalidad de la región», la libertad del municipio y la derogación de la Ley de Jurisdicciones. A todo ello se opuso Maura, afirmando la supremacía de la nación sobre cualquier linaje de peticiones regionalistas. Por otro la-

* Capítulo lxxxiii del primer volumen de las *Memorias*.

do, Lerroux venía a sostener lo mismo, produciéndose entonces la escisión entre los republicanos que seguían a Salmerón, presidente de la Solidaridad Catalana, y los que se unieron al «centrista» don Alejandro. Comenzó entonces a iniciarse mi simpatía por éste, pues yo me iba sintiendo vagamente republicano, pero no admitía —quizá por la influencia de mi padre— «nada que me oliese a regionalismo, primer peldaño del separatismo».

Pero, la verdad, todo esto sin grandes preocupaciones. Yo había abierto mi paraguas. O, si se prefiere, me había encerrado en mi torre de marfil, desde cuya atalaya los políticos me parecían muñecos o pigmeos, y algunos escritores y poetas, gigantes. Una carta de Rubén Darío era para mí como si llevase en el bolsillo un rayo de sol para deslumbrar a mis jóvenes colegas. De las críticas, todas encomiásticas, que sugirió mi *Don Quijote en los Alpes*, no supe separar lo que tenían de benévolas o de interesadas —pues no se olvide que yo dirigía una casa editorial— de lo que realmente denotaba una verdadera estimación de mi obra. Las tomé todas «en serio» y me sentí muy orgulloso. Me retraté, en casa de Alfonso, con el cuello del abrigo levantado y un dedo en la mejilla, en actitud de pensador, como Ortega y Gasset… Me atreví a usar aquel monóculo que había comprado en los soportales del Palais Royal y lo sostuve sobre mi ojo izquierdo con tanta arrogancia como Felipe Sassone, que en esto del *monocle* le daba quince y raya a Oscar Wilde y Henri de Régnier. Nada, que me volví un *poseur*, que se me subió mi primer éxito a la cabeza y se me antojó que en el monte literario todo iba a ser orégano para mí… No tardarían en pincharme las zarzas, en picarme los insectos. Fue un espejismo de la primera juventud. Me volví tan vanidoso —o tan fatuo— que le mandé los padrinos al periodista y ex diputado Gabriel R. España porque en la tertulia de Felipe Trigo, en la Maison Dorée, me llamó discípulo del novelista de *Las ingenuas*. El asunto quedó resuelto con un acta. Y lo deploré, porque Ángel Lancho me había enseñado ya a defenderme con la espada. ¿De modo que yo iba para espadachín? Mi padre me llamó al orden. Y yo mismo comencé a moderar aquellos ímpetus de soberbia e impertinencia, que, de una, parte, provenían de mi temperamento fogoso, y de otra, de mi situación económica, relativamente privilegiada en el mundillo de los escritores, pues no me faltaban nunca veinte duros en la cartera, y podía darle uno o dos al compañero bohemio que

venía a pedírmelos para su cama en la posada o sus cafés «con media». Poco a poco fue reportándose, hasta desaparecer, esta condición, más que altiva, agresiva de mi carácter, que aún me había de proporcionar nuevos motivos de arrepentimiento. La vida me ha dado muchas lecciones de humildad y de paciencia. Y de aquel orgullo y petulancia juveniles ya no me quedan ni residuos en el corazón.

Al comenzar el verano de 1907 tenía yo en la mente el plan o proyecto de mi primera novela y un conato o embrión de su protagonista. Se trataba de un caballero rico, culto, todavía joven, ocioso y escéptico, al que iba yo a complicar en diversas aventuras amorosas, ante las cuales reaccionaría, de un modo u otro, en actitud filosófica. No se trataba, rigurosamente, de un filósofo, porque el filósofo posee una fórmula, más o menos directa o refleja, de pensar y trata de imponerla, formando adeptos y discípulos, y este señor a quien yo pretendía «humanizar» en mi libro no aspiraba, en modo alguno, a que nadie compartiese sus opiniones, ni aun siquiera sus sentimientos. Pero no era un ególatra, sino más bien un altruista. Dadivoso hasta la prodigalidad. Distante de cualquier fanatismo. Glacial, si se quiere, pero de un hielo —acepte el lector la metáfora— que se derretía fácilmente ante cualquier dolencia humana, del espíritu o de la carne. Había hecho de la compasión una ciencia muy rara, porque de quien más se compadecía era de sí mismo. Hubiera podido ser un asceta, y hasta un mártir, si hubiese sido creyente. Pero tenía la desgracia de ser incrédulo. Hubiera podido ser un gran patriota, pero, en fuerza de sentirse «universalmente humano», no acertaba a entender de fronteras ni de razas. A su lado, como contraste, se me había ocurrido plantar la figura de su secretario —o escudero—, que era un hombre sensual, egoísta y con unas ideas primarias y tajantes sobre todas las cosas de este mundo y… del otro, que negaba con un ateísmo perfectamente estúpido. Pero era un tipo pintoresco, decidor, discutidor, sarcástico y con una virtud que cohonestaba su torpeza: la lealtad permanente al caballero que había hecho de él su acompañante. Moraban uno y otro, de fijo, en Madrid, en una casa suntuosa, alejándose de ésta cuando lo exigía el tedio del señor. Muchos viajes por Europa. Una gran biblioteca. Dando cada cual a su soltería una expansión y un tono. Finos en el caballero, burdos en el secretario. Un día de verano tuvo aquél la ocurrencia de retirarse a cualquier ciudad española, «donde no conociera a nadie» y pudiese abismarse en su soledad. El secretario propuso Toledo, Salamanca, Ávila. «Salamanca, no —dijo el caballero—. Ahí

está Unamuno. Habría que servir de recipiente a los monólogos de Unamuno.» Toledo «se lo sabía de memoria». Eligió Ávila. Sentía admiración por Santa Teresa: una admiración *sui generis*. De heterodoxo. Una simpatía inefable por la mujer. Su ausencia de religiosidad le incapacitaba para comprender «del todo» a la santa.

Con estos dos personajes en la imaginación me instalé en Ávila, por dos meses de aquel verano, y escribí *En tierra de santos*, mi primera novela, que fue como la primera tabla del tríptico de mi *Historia de un escéptico*. A ella remito al lector. No voy a copiar ninguna de sus páginas. Diré, sí, que su parte descriptiva sigue pareciéndome admisible. No así las reflexiones de mis héroes, que reflejaban, en cierto modo, una situación de mi ánimo que hoy considero lamentable. Sufría yo entonces el influjo de los pensadores materialistas, un exceso de sensualidad juvenil y una crisis de descreimiento que fue, por fortuna, efímera.

Tenía el libro, al parecer, algunos aciertos literarios. Fue los que tuvo la crítica más en cuenta. Recuerdo que habiéndole mandado a Galdós un ejemplar de *En tierra de santos*, un día del otoño de aquel año tuve la suerte de encontrar a don Benito en la calle —concretamente en la de Sevilla y a la entrada del Banco Hispano Americano—, y como yo le preguntase qué le había parecido mi novela, me respondió: «Eso es Ávila». Se refería, indudablemente, a las descripciones, a la «pintura literaria» de la ciudad. Sólo eso me dijo. No hablamos del que llamaré «aspecto ideológico» de mi obra. Y, desde luego, su lacónico elogio obedeció más bien a su benevolencia que a su entusiasmo.

Tuvo muy buena crítica la novela. Gómez de Baquero le consagró todo un artículo en *Los Lunes*. Pero Eduardo Marquina, de palabra, me manifestó su disconformidad «con mi racionalismo». Y me profetizó: «¡Ya cambiarás!». Claro que cambié, aunque en mi retorno a la fe católica hube de tropezar todavía con fuertes obstáculos y tuve no poco que luchar con las tinieblas.

Es esto una confesión. Y no hay confesión —si es de cristiano— sin arrepentimiento.

Me referí en líneas anteriores a la sala de armas en que el maestro Ángel Lancho y su preboste, aquel simpático Fernández Aranda, me enseñaron a ser un mediano es-

grimista. Tres eran las salas más reputadas de Madrid en aquella época, en la cual subsistían los duelos, si bien en decadencia, y el marqués de Cabriñana era el árbitro más autorizado en las «cuestiones de honor». Carbonell, Afrodisio y Lancho se repartían a los discípulos. Entre los del último figuraba un adolescente, ágil y delgado, que solía hacer experimentos en la sala con un minúsculo aeroplano de su invención. Era hijo de un político, *ad latere* de Maura y que ocupó varias veces una poltrona ministerial. Nosotros interrumpíamos los juegos del florete, del sable o de la espada para asistir a las evoluciones del aparato «de Juanito». Andando el tiempo este Juanito fue Juan de la Cierva, el inventor del autogiro, una auténtica gloria nacional.

Otro de mis recuerdos de la sala de Lancho lo constituye la figura de Max Linder, «estrella» de la cinematografía primisecular y precursor de Charles Chaplin. Era un buen cómico. Hizo reír durante doce o quince años a toda Europa y no sé si llegó con su gracia, muy francesa, a los Estados Unidos. Se presentó en Madrid en un teatro, creo que el de la Comedia. Yo sólo le vi en la sala de Lancho, en un asalto memorable. ¡Qué elasticidad la suya! Saltaba como un gato. Le fulgían los ojos al gritar «*touché!*» Si Lancho se dejó tocar una o dos veces lo hizo por pura cortesía. Su espada era, sencillamente, una de las mejores del mundo. Con la mía no fui mucho al terreno. Por tiquismiquis literarios —que hoy me dan risa— sólo me batí una vez, a primera sangre, reconciliándome con mi adversario. ¡No, decididamente, no había yo nacido para espadachín!

[27]
EL MADRID DE *LA HORA TRÁGICA**

La hora trágica fue el rótulo de mi segunda novela. La había anunciado con el de *La vida en Madrid*, harto más ambicioso. Aunque Gómez de Baquero, que elogió mi obra en *Los Lunes de El Imparcial*, dijera que le gustaba más el primer título, yo preferí el segundo por la abrumadora razón de que en mi libro no recogía todos los aspectos de la vida en el Madrid primisecular, sino una parte, sector o aspecto de esta vida, que era, preferentemente, la del Madrid «de noche», y la de un Madrid vivido por mis dos héroes —los de *En tierra de santos*— y por otros nuevos personajes, que copié de la realidad, desfigurando los rasgos de algunos y complicándolos a todos en una trama de mi absoluta invención. Los fondos principales del relato eran el camarín y la casa de una primera tiple del género chico, los entre bastidores del teatro en que lucía más sus formas que su voz, y después ciertos lugares del esparcimiento nocturno, que iban desde el reservado de un «restaurante» oneroso y *chic*, a la parisiense, hasta los colmados y cafés cantantes de clientela más o menos variada y recomendable, amén de otros sitios peores que me guardaré de nombrar.

Sí, en efecto, *La hora trágica* era un cuadro de la vida del Madrid que trasnocha, que copea, que baila y canta, o que ve bailar y oye cantar. El Madrid de los noctámbulos, los nocharniegos y los noctívagos. Y de las noctifloras, o sea de esas «flores del vicio» que sólo se abren de noche y exhalan un perfume muchas veces letal. Desfilaban, pues, por las páginas de mi novela todos, o casi todos, los tipos del Madrid trasnochador de entonces, semejante al de ahora, en lo principal, diferente en lo accesorio, pues érase un Madrid, en los caballeros, todavía de capa, o de gabán de pieles y hongo o chistera; en los chulapos, de pantalón de talle y cordobés; en las *demi-mondaines* —llamémoslas así—, de boas, y sombreros-jardines; en las chulas, de mantón de flecos o «alfombras» y la falda ahuecada de percal. Tardaría mucho Madrid en

* Capítulo LXXXVIII del primer volumen de las *Memorias*.

«europeizarse» y «norteamericanizarse»; en ver sustituidos la guitarra, el acordeón y el piano de manubrio por la gramola, la pianola y el *jazz*. Y el vino y la cazalla por el *cock-tail*. Y el pasodoble y el chotis, por el *fox-trot*, el *charleston* y las danzas negroides y espasmódicas que llegaron después.

Era un Madrid «castizo», al que le iban muy bien, como fondo musical, las partituras de Barbieri, de Chueca, de Bretón y de Chapí. Era, además, un Madrid «en el que se conocía todo el mundo» y no resultaba difícil colocar sobre cada tipo el nombre, el apodo y la reputación más o menos buena que merecía: tal aristócrata atraído por los «bajos fondos»; tal señora que se complacía ciertas noches en dejar de serlo; tal escritor y dramaturgo célebre que no volvía nunca a su casa por sus pies, sino en coche pesetero y del brazo de sus «colaboradores» en la juerga; tal espada famoso que elegía el *cabaret* más elegante y costoso para obsequiar a sus idólatras con *champagne* legítimo, y tal poeta genial que permanecía fiel a su manzanilla o su Macharnudo y era catedrático en la asignatura del cante jondo. Y más tipos, muchos tipos de bohemios ilustres e ingeniosos y bohemios sin más espíritu que el del aguardiente. Y periodistas que «descansaban» de las tareas de la redacción en el cafetín o la taberna. Y los cómicos que se habían olvidado de dormir. Y pululando entre ellos alguna vieja astrosa y loca, como escapada de un «disparate» de Goya —la Madame Pimentón celebérrima— cuya voz gárrula y pestilente hacía daño, porque hasta le apestaba la voz. Y aquel «cantaor» desgalichado y taciturno a quien llamaban el Alegrías… Y aquella mujerona rubia y gordiflona, con mucho albayalde y colorete en la cara y una sortija en cada dedo, que era para unos la Anunciata y para otros la Bebé y había fundado un cafetín —o lo que fuere— de camareras que subían y bajaban, con algún cliente a la zaga, por aquella temblequeante y oscura escalera de caracol… Ojerosos y con gestos de suicidas se presentaban a última hora, la del alba, algunos caballeros que habían corrido en las timbas o los casinos desastrosas aventuras por los campos del tapete verde.

Toda esta humanidad, que hace de la noche día y a la que suelen acostar para siempre la tuberculosis, la angina de pecho o el colapso cardíaco, pasó por mi libro como una ronda de fantasmas o cortejo de larvas que, al rayar el sol, se disolvía u ocultaba para dejar paso a las buenas gentes laboriosas y normales de Madrid. Cerrá-

banse los antros y abríanse las iglesias. Sobre todas las horas del diablo soplaba el aliento misericordioso de Dios.

Debo advertir que el protagonista de mi libro era un trasnochador elegante, de círculo aristocrático y restaurante de lujo. El que acudía a estos lugares abyectos era su secretario, hombre de una sensualidad primaria, pero lo bastante hábil y prudente para no traspasar los límites de la crápula. Lo que él hacía era divertirse, «gozarla», tomar a risa todos aquellos espectáculos del Madrid noctámbulo, que yo «pinté» —dentro de mis facultades— hurtándole a Goya un cabito de lápiz o alguna pincelada lívida a la paleta de Valdés Leal. La novela fue bastante celebrada y se vendió muy bien. Su título correspondía al episodio principal —e inesperado— de la farsa. El protagonista, aquel señor escéptico, pero no cínico, aquel señor que no acababa de ponerse «más allá del bien y del mal», aquel misántropo que no desoía nunca los impulsos generosos de su corazón, veíase, de pronto, convertido en un homicida. Mataba a un hombre, pero en legítima defensa de la vida de una mujer, que la propia la hubiese inmolado sin estremecerse al designio de la fatalidad. Dramático, tal vez melodramático asunto. Pero *La hora trágica* llegó muy pronto a la cuarta edición, no sin que el novelista de *La cueva de los búhos* acabara de explicarse el éxito.

[…]

[28]
UN LIBRO ESCANDALOSO Y UNA REVOLUCIÓN EDITORIAL*

En octubre de 1909 publiqué un libro de cuyo título no quiero acordarme. Han pasado desde la aparición de aquella obra hasta el día en que redacto este capítulo de mis Memorias —el primero del otoño de 1951— cuarenta y dos años. Y todavía hay quienes, en carta anónima o en articulejos insidiosos, me echan en cara ese pecado de la juventud. Toda culpa es remisible por la vía del arrepentimiento. Para todo delito hay prescripción. Existen las palabras indulto y amnistía. Muy hermosas palabras. Sí; pero escriba usted de joven, de muy joven, un libro o un par de libros de los llamados inmorales o escandalosos, y ya tiene usted el sambenito encima y la coroza puesta para aquellos que no le quieren bien o prefieren juzgarle por el aspecto o episodio de su vida literaria más vulnerable para las saetas —o los navajazos— de la crítica.

Aquel libro mío, en nuestra literatura, y no digamos en la italiana y la francesa, «no constituía ninguna novedad». Mucho de ignorancia hubo en la mayor parte de sus censores. En otros, sabios, la censura provino de un sentimiento de simpatía y afecto hacia mi persona, que, a sus ojos, había puesto pie y hundídose hasta las rodillas en el fango. Un foliculario que me detestaba denunció, en una croniquilla rabiosa, mi novela a las autoridades. Debía recogerse el libro y desterrar a quien lo había escrito. ¿En qué estarían pensando las autoridades que no tuvieron para nada en cuenta las acusaciones del espontáneo y riguroso fiscal? Todo esto no pasó de un incidente pintoresco, que «liquidé» con una respuesta humorística a mi irritado Zoilo. Lo que me dolió, en cambio, fue que al presentarme en la redacción de *El Liberal* con mi «respuesta humorística» advertí en la mirada de mi maestro Vicenti una expresión inequívoca de disgusto.

* Capítulo xcii del primer volumen de las *Memorias*.

—Publicaré tus cuartillas —me dijo—; pero ese palo que te dan te lo mereces. Tu libro es una soberana equivocación. Y, desde luego, en tu carrera literaria un mal paso.

No me atrevía a defenderme. Añadió Vicenti que el libro pecaba «por una acumulación de escenas licenciosas que lo hacían irrespirable». Yo había escrito un libro… irrespirable. ¡Pobre de mí, y adiós a los argumentos de mi defensa! Yo creía de buena fe no haber ido tan lejos en mi libro como en el suyo el autor de *La lozana andaluza*. Pensaba además que en el país donde compuso sus versos, de un verde subido, el Arcipreste de Hita, donde se publicaron *La Celestina*, *La Serafina…*, *La tía fingida* y todas las novelas de doña María de Zayas, podía uno salir con una novelita del género amatorio escabroso sin que le pusieran en la picota. Al juicio severo de Vicenti se unió el de mi padre. El cual me hizo saber «que no había pasado de los primeros capítulos de la obra y que, metiéndola en un sobre de papel tela y lacrándola, habíala sepultado en el fondo de un cajón de su escritorio, por no resolverse su misericordia paterna a condenarla al fuego».

El éxito de librería de mi novela —arrollador para la época— no logró neutralizar la pesadumbre que me produjeron las repulsas de Vicenti y mi padre. No podía yo ver en ninguno de ellos nada que significase animadversión o hipocresía, sino todo lo contrario: un afecto profundo y una franqueza transparente. De ahí la desazón que no se apartaba de mi ánimo por aquellos días en que iban agotándose las dos primeras ediciones de mi libro y apareciendo artículos —como uno, de casi dos columnas, de Gómez de Baquero en *Los Lunes de El Imparcial*— donde se ponía a salvo «la forma literaria» de mi novela. ¡Ay!, sí; pero ¿y las otras formas? Yo las dejaba al descubierto o veladas apenas. Alguien escribió que precisamente el estar bien escrita hacía más peligrosa una novela indefendible desde todos los puntos de vista de la moral.

—Bueno, pero ¿qué pasa? —me dijo una tarde, en el Ateneo, Enrique de Mesa—. ¿Qué pasa en tu novela que no pase en la vida? Pasa el Amor. Pasan hombres y mujeres que se atraen, que se buscan y satisfacen sus pasiones, pues no son unos ángeles para no sentirlas ni unos santos para contenerlas… Te veo preocupado. Tú ríete por ahora. Y ya escribirás otros libros.

Algo me alentaron estas palabras de Mesa. Y otras por el estilo de mi gran camarada Dionisio Pérez, que autorizó con su pluma en un artículo de *Nuevo Mundo*. No

me faltaron, pues, defensores, y mentiría si dijese que me disgustaba que la venta de mi libro fuese *in crescendo*. Con todo, en «la copa de mi triunfo» eran más las hieles que las mieles, más los tragos amargos que los dulces. Y me resultó amarguísimo el del silencio de la Pardo Bazán, que acostumbraba ponerme unas líneas, con tal o cual frase afectuosa, al recibir la obra que yo acababa de publicar, si no era que aludía a ella, siempre benévola, en alguno de sus artículos para periódicos de España o la América del Sur.

Uno de nuestros escritores de personalidad más diversa, pues lo mismo hacía versos que prosa y pasaba de las novelas a las comedias, y del «libro» para una zarzuela al argumento de un ballet —con una agilidad pasmosa—, este escritor multiforme, especie de hombre-orquesta en la feria de la literatura, y que poseía además ese espíritu mercantil que suele ser nulo en la mayoría de sus colegas, acababa de establecer en Madrid, con su correspondiente socio capitalista, una casa editorial que no tardó en ser importante y en descollar sobre otras empresas del mismo género por la presentación cuidada y «artística» de sus libros.

Llamábase esta casa editorial recién nacida Renacimiento. Y su fundador y director, Gregorio Martínez Sierra, hombre a la sazón de unos veintinueve años. ¿He dicho hombre? Por su complexión no pasaba de hombrecito. Pero ¡qué hombrecito! ¡Qué actividad la suya! ¡Qué genialidad —ésta es la palabra— para convencerle a uno de que lo más interesante era siempre lo que le interesaba a él! Y como en muchos casos los intereses coincidían y las conveniencias eran mutuas, de ahí que Gregorio lograra, como editor, el triunfo memorable de Renacimiento, que ha de merecer algún día un capítulo en la historia de las letras españolas contemporáneas. Y esto será cuando se reconozca que el editor, el impresor, el librero, el ilustrador, cuantos concurren con el autor al hecho de producir y propagar un libro, deben también aparecer en esa historia sazonándola con algunos rasgos íntimos y con la mostaza y la sal de las anécdotas.

Bien querría ser yo quien escribiese esa historia de la editorial Renacimiento. No me lo permite la extensión que van alcanzando estas páginas, y, de otra parte, tal empeño me desviaría demasiado de mi ruta. Me reduciré, pues, a decir que Gregorio Martínez Sierra fue un editor escritor, un editor artista y un editor revolucionario. Digo esto último porque no sólo comenzó por respetar, y aun acrecentar, los dere-

chos de autor, sino que firmó con algunos autores aquellos contratos en que brillaba la cláusula de la asignación mensual, como anticipo de sus derechos, lo que venía a ser una renta, más o menos durable, pero una renta. ¡Ahí era nada para un autor de libros saber que todos los meses cobraría en la caja de Renacimiento las quinientas, las ochocientas o las mil pesetas, sin perjuicio de sus liquidaciones generales! No recuerdo ni me importa lo que cobraban en esta forma los dos autores que eran «los que mejor se vendían en la casa», o sea —y saboreen los lectores el contraste— Felipe Trigo y Ricardo León. Pero sí puedo decir que un día me buscó Martínez Sierra, hablamos, firmamos unos papeles y quedé incorporado a la casa, por decirlo así, «como novelista a sueldo». Se me reconocía como derecho de autor el veinticinco por ciento del precio marcado en el volumen. Debía yo entregar dos novelas al año. Con éstas y las reediciones no parecía temerario —y no lo fue— que Renacimiento me adelantase cada mes la bonita y redonda suma de cien duros. Con quinientas pesetas, en 1910, se adquirían tantas cosas como en 1951 con cinco mil.

Lo primero que hizo Gregorio fue lanzar una nueva edición —muy bien presentada— de ese libro mío de cuyo nombre no quiero acordarme. A los pocos meses le entregué otra novela, menos —¡oh, mucho menos!— naturalista que la anterior, pero en la cual, como gato escaldado, supe ser lo bastante hábil para espaciar y atenuar mis pinceladas verdes sin que dejase de ser sugestivo el cuadro. De esta vez volví a recibir el estímulo de una carta de doña Emilia. «Esto está mejor. Está casi bien. Sobra un poco, pero lo que queda es vigoroso; interesante, humano.» Pero de esta vez pasaron y pasaron las semanas sin que en *Los Lunes* apareciera el consabido artículo de Gómez de Baquero. Éste, al parecer, me retiraba su atención. O me ponía en cuarentena. Vicenti desarrugó el ceño y permitió que uno de sus redactores me diese un «bombo» en *El Liberal*. La novela tuvo éxito. Y siguió la racha. Más de quince años duré como autor de la editorial Renacimiento, en la cual fui muy considerado siempre por la persona que era su puntal económico, el caballeroso don Victorino Prieto, y por los sucesivos gerentes que tuvo, siendo el de mayores méritos y más digno de recordación don José Ruiz Castillo, lugarteniente de Martínez Sierra en aquella campaña editorial, donde no fueron pocas las victorias. Ruiz Castillo casi llenó un barco con libros de Renacimiento, y allá se fue al Uruguay y la Argentina y a Chile a venderlos, aunque no

muy seguro de cobrarlos. Nombró corresponsales. Gracias a él, en las «vidrieras» de las grandes librerías porteñas, las de la calle Florida, luciéronse las «bellas ediciones hispanas de Renacimiento». Y como se había llevado —de refuerzo para la propaganda— al «autor de moda», a Felipe Trigo, no faltaron banquetes ni entrevistas y retratos en los periódicos para el novelista de *Las ingenuas*. ¡Lástima que el simpático Felipe no fuese orador! En Hispanoamérica sugestiona la elocuencia peninsular. Tampoco era Felipe lo que se llama, en punto a Margaritas e Ineses, un seductor. No le acompañaba el tipo… Pero su modo de ser afable y su don de gentes suplieron estas deficiencias, y, según refería Ruiz Castillo en las tertulias literarias y otros lugares más entretenidos de Buenos Aires, «dejó bastante bien puesto su pabellón».

La editorial Renacimiento se había instalado en una vieja casa de la calle de Pontejos. Era amplio el local. Sus dos únicos balcones daban luz a la oficina y despacho del gerente. Veíanse allí varias mesas, con sus correspondientes empleados y mecanógrafas. Había un despacho para el director, en el cual los autores entraban sin anunciarse. Y había, por fin, una sala, asaz espaciosa, con un diván, varios sillones y una estufa, donde se conversaba y murmuraba, cuando no era que los ocupantes del diván, de los sillones y las sillas que iban trayéndose de otros sitios, habían sido invitados para escuchar la lectura de un drama o comedia de tal autor indígena, o los versos del último poeta chileno o de la penúltima poetisa guatemalteca recién llegada a Madrid. En tales ocasiones servíanse unos emparedados y dulces y unas copas de jerez.

No estaba nada mal todo aquello. Hasta entonces no se le había ocurrido a ningún editor matritense agasajar a los autores, darles un trato amistoso. El editor era exclusivamente un comerciante. Recibía de pie, y en raros casos celebraba con algún escritor ilustre y anciano un aparte en su escritorio. Martínez Sierra vino a cambiar las cosas. Renacimiento fue un círculo literario, sin que tal condición significara un obstáculo para la fertilidad del negocio. Martínez Sierra se había propuesto atraer a todos los autores. Firmó con unos contratos «de exclusiva». Se comprometió con otros a administrar sus obras. Publicó ediciones de nuestros clásicos en volúmenes encuadernados en tela o piel, muy bien impresos y con ornamentos de la época. Lanzó también ediciones populares: ¡libros a peseta y a seis reales!… Encargó a un dibujante expertísimo, Fernando Marco, las portadas de las novelas y de cuanto, por el lado

gráfico, contribuyera a la expresión más esmerada —y atrayente— de las obras. Y a los dos años, o algo menos, de fundada la casa pudo ofrecer al público y los libreros un catálogo pasmoso… Pasmoso digo porque en él figuraba —con la sola excepción de Blasco Ibáñez, atenido a su editorial propia de Valencia, y la de algunos escritores de Cataluña— la gran mayoría de los literatos conocidos de entonces. Jóvenes y viejos, dramaturgos y novelistas, poetas y ensayistas, historiadores y filósofos. Los que «ya eran» en el último tercio del siglo XIX o los que habían saltado del seno de las Musas en la alborada del presente.

Aquel catálogo aparecía con más páginas que una *Sonata* de Valle-Inclán. De unos autores se publicaron fotografías. De otros, caricaturas. Y el encargado de caricaturizar a los autores, con su estilo y estilización inimitables, fue aquel muchacho que se parecía a Beethoven y aventajaba a Nilo Fabra en su afición a la cerveza. Era un joven melenudo, de chalina y chambergo. Conmigo no acertó. Hizo un Unamuno que estaba graznando, un Baroja que estaba mordiendo y un Benavente con su puro en la boca y unas alitas en los hombros… Era un caricaturista esotérico. No resultaba fácil desentrañar su intención ni comprender sus símbolos. Llegó a ser célebre y a ganar dinero con algunas de sus exposiciones. Le retrató su paisano Ramón Casas. Había nacido en Barcelona, y Luis Bagaría era su nombre.

II. HORAS FELICES. TIEMPOS CRUELES

ADVERTENCIA AL LECTOR

Entre el primer volumen de estas Memorias, subtitulado Mi tiempo y yo*, y el presente no hay más solución de continuidad que la establecida por las conveniencias de la edición. Allí donde las páginas de aquél pasaban de la medida, levanté la pluma para continuar las que hoy forman este libro, que a su vez deja el campo abierto para otro y otros.*

Me propuse rememorar mi vida conciliando sus episodios íntimos con los nacionales y universales que tuve la ocasión de presenciar de cerca. Creo que, en mi propósito, lo histórico y lo anecdótico, lo trascendente y lo fugitivo, se dan la mano y se fortifican entre sí, pues ya dijo Plutarco que la anécdota es la sal de la Historia, y esa sal la puede derramar cualquiera que viva como yo he vivido y vivo, sintiéndose solidario de todos los trances, angustiosos o felices, de los hombres en la época que le tocó en suerte.

[1]
LA FERIA LITERARIA DE PARÍS*

Lo mismo en El Havre que en París me gustaba recorrer las librerías, contemplar sus escaparates y entrar en algunas, más bien por mirar los libros que para comprarlos. Todas me interesaban: las pequeñas como las grandes; las que invadían las aceras con sus tarimas cargadas de volúmenes «a mitad de precio»; las que alternaban la venta de libros con la de estampas y *bibelots artistiques*; las que ofrecían ediciones príncipes y ejemplares únicos; las científicas, con sus mapamundis, sus globos terráqueos, sus esferas celestes y armilares, o con sus hombres anatómicos de caucho y sus calaveras y esqueletos de pasta; las sórdidas, que solían ocultar sus tesoros bibliográficos, y las lujosas de la avenida de la Ópera y la Rue Royale… Pero donde pasaba más tiempo entretenido era en las que ocupaban —y ocupan— una parte de los porches del teatro del Odeón, en el Barrio Latino y a proximidad de los jardines del Luxemburgo. Allí estaban los libros en unos estantes que seguían hasta el techo la línea de la pared y en unos mostradores al alcance de la mano del comprador o del curioso. Estaba permitido hojear los volúmenes. En los plúteos lucían sus tejuelos y sus lomos de piel o tela los libros encuadernados, las ediciones de lujo, las grandes enciclopedias. Abajo, en los mostradores —como si dijéramos, taurinamente, en el tendido—, veíanse los libros en rústica o en cartoné, sin que respondiera su colocación a un orden jerárquico, cronológico o temático, pues, a lo mejor, al lado de los tomos amarillos del editor Fasquelle, el de Emilio Zola, aparecían los *Cuentos de hadas* de la condesa de Aulnoy, y no lejos de la *Introducción a la vida devota* de San Francisco de Sales, las *Claudinas*, de Colette y Willy, o las narraciones «satánicas» de Madame Rachilde, que mi cuñado Alfonso admiraba tanto y que yo sigo todavía sin leer.

Predominaban, con el pie editorial del nombrado Fasquelle, de Calmann-Levy, de Garnier, de Flammarion y de Plon Nourrit, esos volúmenes en octavo de cubiertas co-

* Primer capítulo del segundo volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Horas felices. Tiempos crueles*.

lor de paja o cáscara de limón, que han caracterizado durante más de un tercio de siglo las ediciones literarias de París. La cubierta ilustrada solía reservarse para las colecciones económicas, a precios baratísimos. Ahí estaban, en grandes grupos, las de Flammarion, Calmann-Levy y Fayard, que ofrecían, en *in quartos* de papel *couché* y «profusamente ilustrados», las mismas novelas que en las ediciones «serias» costaban tres francos. Realmente era un encanto discurrir acerca de lo que podía uno llevarse a su casa, en libros, por lo que costaba una butaca en la Ópera o una botella de champaña Chez Maxim's. ¡Casi una biblioteca! Recuerdo haber adquirido por ocho francos un Molière completo, en un dieciseisavo primoroso, y las *Provinciales* y los *Pensamientos* de Pascal, por dos. Nada resultaba más barato en aquel París —el de 1910— que la literatura, la filosofía y la ciencia en todas sus manifestaciones. Me refiero, claro está, a la adquisición de sus estuches o cápsulas —que esto vienen a ser los libros: los receptáculos del saber, de la belleza, de la gracia… o de ciertas drogas ponzoñosas—, ya que no se compran siempre libros para leerlos, ni todo lector se entera de lo que dicen; pero, a mi parecer, el solo hecho de comprar libros es ya un acto de reverencia a la cultura, y hasta supongo que de las páginas cerradas de muchos de ellos se desprende un fluido misterioso como del cáliz el perfume de las rosas, que unas veces es incitación a la lectura inmediata, otras adivinación de la sustancia oculta, y que otras veces nos aconseja esperar el instante en que nuestro espíritu va a necesitar ese libro y no otro, para que nos calme una angustia, o nos presente bajo una luz nueva el panorama del mundo.

De mí sé decir que entonces compraba, y aún ahora compro, muchos libros para leerlos «más adelante y no sé dónde», pues también he comprobado que el lugar de la lectura exalta o mengua el interés que un autor nos produce, o el goce que nos depara; que no es lo mismo leer al aire libre que en un espacio hermético, ni con las manos y los pies fríos que junto a la chimenea bien abastecida de combustible vegetal (el mineral no es lo mismo: a las Brontë, verbigracia, hay que leerlas ante una lumbre de retama y abeto; la camilla parece indicada para Galdós, y la estufa con recipiente de agua encima y que dé tufo es lo más propicio para Dostoievski). Ahora bien: en París se leía en todas partes: en los ómnibus —que eran todavía algunos de caballos, como el famoso de Panthéon-Courcelles, caricaturizado por la pluma genial de Courteline, y otros de vapor «con chimenea y todo», como el de Panthéon-Gare de l'Est—; en el Metro, en cuya

deuxième olía a humanidad poco limpia; en los restaurantes y las *brasseries* mientras llegaba el *ragoût* o la *choucroute*; en los *squares* y en los jardines… Precisamente, lo mejor de aquellas Galeries de l'Odéon, con su mercado permanente de libros que dirigía la casa Flammarion, consistía en su vecindad con el parque del Luxemburgo, que era, y es, uno de los más amenos del orbe y más a propósito para el acto de leer… Mucho he leído yo a la sombra de los árboles y entre las estatuas de reinas, princesas y escritores —¿cómo olvidarme de la de George Sand?— en esos jardines del Luxemburgo, en las Tullerías y en el parque Monceau, tan decorativo con su fuente oval —la Naumaquia, rodeada de columnitas corintias—, y, sobre todo, y para mí, con un Maupassant y un Chopin en mármol a quienes yo saludaba, inclinándome, antes de ponerme a leer. Y a soñar.

Pero algo enturbiaba o corrompía mis placeres de «bibliólatra» —y no bibliófilo, porque yo adoro los libros aunque no haya de poseerlos nunca—, y este algo era la ausencia casi absoluta de autores españoles en la gran feria literaria de París. Existían libreros ingleses, alemanes, italianos, rusos, bien dedicados a la venta exclusiva de publicaciones en su idioma, bien alternando éstas con las de Francia. Busqué en vano en las Galeries de l'Odéon, en los soportales de la calle de Castiglione, hasta en los muelles del Sena, algún libro nuestro, clásico o actual. Y nada… A ninguna de las casas francesas que editaban libros en castellano se le había ocurrido fundar una librería para su venta directa al público. En cuanto a nuestros autores vertidos al francés, sólo uno de ellos figuraba en los mostradores del Odeón y en tal o cual escaparate de la calle de Richelieu y el Boulevard Saint-Germain. Y era Blasco Ibáñez, que comenzaban a traducir un Monsieur Hérelle y una Mademoiselle Lafont. Sabía yo de algunas versiones francesas de Alarcón y Galdós, de Pereda y Valera, de Palacio Valdés y la Pardo, pero no vi ninguna circulando, alternando con las innumerables versiones de los novelistas ingleses más notorios, de los italianos presididos por D'Annunzio, de los tudescos, y no se diga de los rusos, pues de *Ana Karenina* y de *Guerra y paz*, de *Crimen y castigo* y *Los hermanos Karamazov*, de Gogol y Pushkin, de Turgueniev, Gorki y Andreiev las traducciones se repetían y publicaban en diversas formas. No faltaban los escandinavos: todo Ibsen, casi todo Bjørnstjerne Bjørnson, algo de Strindberg y los ensayos críticos de Brandes, ni algunos checos, poloneses, rumanos y hasta indios. Podían hallarse fácilmente el Edgar Poe traducido por Baudelaire, las novelas y cuentos de Bret Harte, de Nathaniel Hawthorne y de Mark Twain…

Eran los tiempos de la Triple Entente, que ligaba, en previsión de una guerra europea desencadenada por los Hohenzollern, al Imperio británico, la República francesa y la Rusia del zarismo. Y como la política interna y exterior de las naciones se reflejará siempre en su literatura, y una gran potencia militar, terrestre, marítima —o bancaria, como los Estados Unidos— no tardaría en convertirse en primera potencia literaria y artística, veíame yo obligado a reconocer, con profundo disgusto e íntima protesta, que si a nosotros, los escritores españoles, de antaño y hogaño, «no se nos veía» en los escaparates de los libreros de París, no era, en modo alguno, porque nuestro valor intrínseco fuera menor que el de los anglosajones, los franceses, los itálicos, los escandinavos y los rusos, sino porque España, un día la nación más ilustre de Europa y la de imperio colonial más dilatado y más dignamente adquirido, hallábase, desde la funesta Paz de Utrecht, aislada políticamente del resto de Europa. Al aproximarse la segunda década del siglo, Albión mantenía su talasocracia, o dominio de los océanos; Francia había aumentado sus colonias asiáticas y africanas; París era, más que nunca, la capital del mundo, y Rusia ofrecía, para una eventualidad bélica, toda la carne de cañón que hiciese falta… Estas tres potencias, al agruparse, suscitaban la réplica de la Tríplice germano-austro-itálica, que podría ser la Cuádruple si se lograba la adhesión del Turco. Del otro lado del mar otra gran potencia: «Los Estados Unidos son potentes y grandes. / Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor / que pasa por las vértebras enormes de los Andes…». Yo recordaba el canto de Darío a Roosevelt, a Teodoro, «el Cazador, el Riflero terrible», el de los Rough-Riders de las lomas de San Juan, mientras en los porches del Odeón hojeaba literatura yanqui traducida al francés, y mi conclusión era que nosotros no le interesábamos a Francia porque «había dejado de temernos». Era indudable la influencia de nuestro gran teatro áureo en el suyo: imposible el *chef-d'œuvre* corneliano sin *Las mocedades del Cid*, de Guillén de Castro; ni *Le Menteur*, sin *La verdad sospechosa*, y el *Don Juan* de Molière sin el de Tirso… Victor Hugo había tratado, con su arbitrariedad genial, temas españoles. Seguían existiendo en Francia hispanistas e hispanófilos, pero desde el viaje de Dumas, el padre, a nuestra tierra —*De Marseille à Cadix*—, y el de Gautier, hasta las «interpretaciones» del Greco y de Córdoba y Granada, de Barrès, en los escritores franceses predominaba una visión pintoresca y superficial de la vida española, cuyo ápice podría muy bien hallarse en *La femme et le pantin*, la andaluzada de Pierre Louys.

Lo cierto es que mientras *le gros public* —y yo diría, mejor, el buen público de Francia— podía adquirir por cuarenta o cincuenta francos un pequeño repertorio de las literaturas de allende el Pirineo y de la América del Norte, de la nuestra sólo se le ofrecían cuatro o cinco novelas de Blasco Ibáñez, merecedoras, sin duda, de su éxito. Pero de las de Alarcón, Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés, la Pardo Bazán y Clarín no tenía ese público la menor noticia. Y de los escritores que ya se llamaban del 98 ni la idea más remota… Y de todos los que figuraban en el gran catálogo de Renacimiento, lo mismo. ¡Nada, nada! ¿Qué me importaban a mí Foulché-Delsboc, con su *Revue Hispanique*, ni los Merimée, los Barrès y los Martinenche, todos amigos nuestros, si su hispanismo no lograba interesar sino a una *élite* de lectores, y no, como yo quería, a estos buenos franceses que compraban en los soportales del Odeón a los autores de la Entente y de la Tríplice? ¡Ah, la política! ¡Oh, el juego de las alianzas y los pactos! Que nadie viniese a hablarme de «nuestra decadencia», porque literariamente no habíamos decaído nunca. Ni aun en ese más ignorado que calumniado siglo XVIII, al que le bastaba con la luz de Feijoo para ser espléndido; y en el XIX y la alborada del XX teníamos dramaturgos, poetas y novelistas tan excelentes, a mi parecer, o mejores que todos estos que «se cotizaban» en el mercado de libros de París.

Tales eran mis ideas y mis pesares al recorrer las librerías de París y detenerme en alguna para observar y lamentar la ausencia de nuestros autores. Esta actitud patriótica fue exacerbándose en mi ánimo hasta hacerme concebir el propósito de introducir y propagar los libros españoles en la gran feria de París.

Mi temporada de El Havre se prolongó hasta mediados de noviembre. De aquellos meses en compañía de mi hermana Mercedes y mi cuñado Alfonso guardo la mejor memoria. En octubre y a pocos días de distancia, les nació a ellos un hijo y a mí otro. Casi al mismo tiempo terminé de escribir una novela. De regreso en Madrid —adonde ya habían retornado mis padres— una de las primeras cosas que hice fue presentarme en Renacimiento con el original de mi novela, que entregué en seguida a Ruiz Castillo, y con un proyecto que deseaba comunicar a éste, a Martínez Sierra y a don Victorino Prieto, que era, como creo ya haber dicho, el socio capitalista de aquella emprendedora casa. No tardamos en reunirnos los cuatro para almorzar juntos y estudiar *entre la poire et le fromage* —o sea, de sobremesa— mi proyecto, que no

era otro que el de establecer en París un depósito de las obras de Renacimiento encargándome yo de distribuirlas y propagarlas. En teoría, el asunto se presentaba fácil.

Reducíase a que yo alquilase un piso lo bastante espacioso para que me sirviese de vivienda y de oficina, a que la editorial me enviase —para empezar— unos centenares de volúmenes y un millar o dos de su catálogo y me concediera una pequeña comisión sobre las ventas, que yo aplicaría exclusivamente a la propaganda y al sueldo de uno o dos empleados, pues no estaba en mi ánimo la idea de lucrarme, sino la de presentar nuestros libros en París, no siendo menos que los ingleses, los alemanes y los italianos, que llevaban los suyos y disponían de locales propios, algunos en las mejores calles de la ciudad.

—Claro —argumentaba yo— que esto de fundar una Librería Española en la avenida de la Ópera, o en los grandes bulevares, no pasa, por ahora, de un sueño. Exigiría, por lo bajo, medio millón de pesetas. Pero lo que yo propongo es practicable. De sobra sé que los libreros de París no comprarán «en firme» nuestros libros, sino que los aceptarán en comisión… y gracias. Pero lo que importa es que se vean en sus escaparates y que los españoles e hispanoamericanos que viven o pasan temporadas en París sepan dónde los hay y puedan adquirirlos. No dudo de que pronto se formará una clientela, en la que figuren también algunos profesores, escritores y estudiantes franceses a quienes interesa nuestra literatura. Yo he tanteado ya el terreno y me siento optimista.

Martínez Sierra, don Victorino Prieto y Ruiz Castillo compartieron mi confianza. En aquel asunto, que acaso algún día fuera provechoso, lo importante era la intención patriótica. Martínez Sierra, que había hecho algunos viajes a París, corroboraba mis observaciones, doliéndose, lo mismo que yo, de que nuestros libros no se encontraran en la capital de Francia. Estaba seguro de que las ediciones de Renacimiento, tan pulcras y elegantes, «no harían un mal papel» en las librerías parisienses. Mi proyecto, pues, quedó aceptado. Ruiz Castillo se encargó de redactar el oportuno contrato, y pocos días después se procedió a elegir las obras y a determinar el número de ejemplares de los primeros envíos, ya que no todos los autores del gran catálogo de la casa podían tomar parte en la aventura con probabilidades de éxito.

[2]
CLARÁ, CASAS, RUSIÑOL. SEMBLANZA DE JUAN GRIS*

Tenía José Clará, cuando yo le conocí, treinta y tres años de edad y once o doce de trabajo, tormentos y triunfos en París. Fui presentado al magnífico escultor por mi cuñado Alfonso. La imagen fisionómica del Clará de entonces es la del retrato que le hizo Ramón Casas y que se admira en el Museo Municipal de Barcelona. Es un Pepe Clará con pelo —no mucho, que ya se le escapaba por las sienes—, bigote y barba. Más bien parece un joven catedrático que un escultor. Más de una década de vida en París le había dado cierto aire de francés. Pero todos sabemos esto: que invitado a adquirir la nacionalidad francesa para poder obtener la pensión de Roma, Clará hizo un gesto negativo y se quedó sin la beca… Había trabajado en el taller de Rodin, sin que la genialidad absorbente del maestro disminuyera sus impulsos por encontrarse a sí mismo. Entró en la Escuela de Bellas Artes y triunfó en todos los ejercicios. El número uno… Trabajó en la parte escultórica del Casino de Montecarlo y con el dinero que allí pudo agenciarse se fue a Italia, con su hermano Juan. A la vuelta se puso a modelar la figura que habría de revelarle: esa estatua *Tormento*, que le valió, en forma de artículo elogioso, el espaldarazo de Bourdelle.

Varias veces estuve, por aquel tiempo, en el taller de Clará, situado en la avenida Malakoff. Un local muy espacioso, en el cual, si no me equivoco, trabajaban los dos hermanos: el autor de *La diosa* y *El ritmo*, mano de cíclope y de ángel al mismo tiempo, y el de «las estatuitas» que se disputaban los fundidores de bronces artísticos de París. Me encantaba la modestia de Juan, tres años mayor y unas cinco pulgadas menor que José.

Con este último he mantenido y mantengo a estas fechas —fines de 1951— una amistad sin sombras. No veo escultor, entre los contemporáneos españoles, que me

* Capítulo IX del segundo volumen de las *Memorias*.

parezca más escultor que Clará. Su genialidad indiscutible es obra de una larga paciencia. Dos años trabajó en su *Tormento*. Y en su *Diosa* y en su *Éxtasis*, ¿cuántos? Clará es esto: don, vocación, estudio y esa partícula de *quid divinum* que no se obtiene en ninguna parte, ni en escuelas ni academias.

Es hoy día un señor de setenta y tres años, con la cabeza monda, el rostro rasurado, la voz tenue y la mirada triste. Y está, me parece, algo sordo. Sin duda porque la Fama le ha trompeteado mucho y demasiado cerca.

Clará me presentó a dos pintores, paisanos suyos, que comenzaron a ser célebres: Ramón Casas y Santiago Rusiñol. Rusiñol no era todavía el de la cabellera y barba grisáceas que unos comparaban por los retratos a Alfonso Daudet, y otros al novelista ruso Turgueniev. Rusiñol fue uno de esos hombres que ganan envejeciendo, como el vino. En su ancianidad tuvo una cabeza de Júpiter amable que estaba reclamando al escultor. Casas también lucía una frondosa barba negra, con su gran bigote correspondiente. Él y Rusiñol debían de comprarse los chambergos en la misma tienda. Los dos eran fumadores de pipa y consumidores de Pernod. A mí, en aquella *taverne* de la avenida de Clichy —en pleno centro de Montmartre—, donde me los presentó Clará, no me parecieron dos españoles, ni dos catalanes, ni dos franceses, sino dos figuras de esas que moldea el París de la Butte o el de la colina de Santa Genoveva, y que uno no sabe de dónde vienen, pero cuyo «parisinismo» salta a la vista y… al olfato. Rusiñol y Casas me olieron a tabaco «caporal» y un poco a *choucroute*: quizá acababan de comerla en un *estaminet* de la Rue Lepic… Apenas me hicieron caso, y aun creo que no se enteraron de mi nombre. Había demasiada gente en aquel café, donde el humo de los cigarrillos y las pipas y la calígine que se filtraba por las vidrieras iban como alejando y disolviendo los paneles de Willette, el buen Pierrot del Chat Noir, siempre jovial y siempre pobre y con la paleta más sonreída del mundo.

No me molestó lo más mínimo la displicencia de Casas y Rusiñol. Era más bien somnolencia. No muchos años después se iniciaría entre el segundo y yo una amistad efusiva, que duró hasta la hora de su muerte. Pero en París, por aquel tiempo, le vi muy poco. No obstante las incitaciones de mi hermano Pepe «para subir a Montmartre», yo era más bien ciudadano estadizo del Quartier, y dentro de éste no solía pasar del espacio en que se incluyen el Panteón, el parque del Luxemburgo, la Rue

Saint-Jacques —que fue la vía parisiense del Camino de Santiago— y las ruinas del monasterio de Cluny. Rara vez me alejaba del bulevar San Germán.

Así pues, se me pasaban las semanas sin cruzar el río. Un poco más y me hubiese parecido a nuestra cocinera, la incomparable Ursule, cuyo límite de París y del mundo estaba en la plaza Denfert, la del león simbólico de la defensa de Belfort. Y no era sólo simpatía por el Barrio Latino. Era también temor, horror, fobia del Metropolitano, para mí el medio de locomoción mecánica más desagradable del mundo. Los malos olores y las apreturas del Metro me daban asco. Para ir de mi casa al Barrio prefería mil veces el ómnibus a vapor de Montrouge-Gare de l'Est, cuando no era que cubría la distancia a pie. Lo que me importaba era el aire libre, no sentirme «hombre-lombriz» en los subterráneos del Metro, del que Pepe era decidido partidario.

Y no tuve necesidad de subir a Montmartre, ni aun siquiera de salir de mi calle, para volver a ver a un joven pintor español que había conocido en Madrid algunos años antes. Ya no era el mismo muchacho carirredondo, carinegro, de buena estatura y mirada todavía pueril, a quien una tarde, a la puerta de la primitiva librería de Gregorio Pueyo, en la calle de Mesonero Romanos, me presentara mi gran amigo José Francés. Si no recuerdo mal, aquel muchacho de facha gitanesca, con su largo gabán de bohemio limpio, su chalina y su pelo endrino, escapándosele del sombrero, estaba ilustrando o iba a ilustrar un libro cuya edición corría a cargo del inolvidable don Gregorio, fundador de toda una dinastía de libreros-editores matritenses. El libro se titulaba *Alma América*, y un gran poeta, un enorme poeta indo-hispánico, José Santos Chocano, era su autor. El joven que iba a hacer, o estaba haciendo, las ilustraciones de la obra llamábase Juan Gris. ¿Gris era pseudónimo o apellido? Lo ignoro.

Mi segunda entrevista con Juan Gris tuvo lugar a pocos pasos de mi casa, en la de Xaudaró. El Juan Gris de 1911 tenía aproximadamente treinta años. Llevaba algunos en París. Había adelgazado, blanqueado y perdido aquella mirada suya todavía con resplandores de la infancia. Era un hombre «rehecho», o deshecho, por París. Uno de esos hombres que París forma, reforma o deforma incorporándolos a sus aventuras y revoluciones en las letras y las artes. Este Juan Gris, pálido y flaco, no mejor trajeado que el de la puerta de la librería de Pueyo, con un chambergo más grande, eso sí, y oliendo a «caporal» y a niebla, andaba metido en una de esas revoluciones estéticas

de París, en una de esas *communes* que se fraguaban en Montmartre, en la Place du Tertre, y poco a poco iban invadiendo los grandes bulevares, los Campos Elíseos, y, por fin, todo espacio de la tierra donde se encontrara un *snob*.

Juan Gris, madrileño, con otro pintor español, de Málaga, Pablo Ruiz Picasso, venía a representar en la pintura —claro que en proporciones muy pequeñas— lo que Engels al lado de Marx en el *Manifiesto comunista*. El cubismo era, sin duda, una revolución en el mundo de las brochas y los colores. Ya había visto yo algunos cuadros cubistas, sin que me produjeran admiración ni indignación, sino, simplemente, un sentimiento de total desinterés. No entendía yo aquella pintura, y como sólo me interesa lo que entiendo, y sólo me apasiono por lo que me agrada, mi actitud ante las obras cubistas no podía ser sino la expuesta. De otra parte, no creo tener nada de *snob* ni de papanatas, por donde resulto absolutamente incapaz de decir que admiro lo que no comprendo. Tampoco siento el deseo de combatir en pro o en contra de ningún sistema, moda, teoría o «movimiento de renovación» en la literatura o en las artes plásticas. Bebo en mi vaso, cultivo mi campo y allá cada cual con sus ilusiones, sus mentiras o sus locuras. O sus verdades, que no dudo de la sinceridad, el entusiasmo y la nobleza de los «apóstoles» de las nuevas religiones estéticas. Y como no hay religión sin herejías, hágase cargo el lector…

Yo estaba al tanto desde la barrera —por decirlo así— de todas las conjuras y francas ofensivas contra el «arte viejo». No sabía bien lo que era arte viejo y arte nuevo, pareciéndome nuevas, juveniles, fragantes, primaverales, muchas estrofas de la poesía helénica y muchas esculturas de la misma edad. Yo leía libros, revistas y periódicos, oía conversaciones de *atelier* y de café donde sonaban los nombres de Max Jacob, Apollinaire, Reverdy, Braque, Raynal, creo que ya el de Cocteau y, fatalmente, los de Picasso y Juan Gris.

Me había sido éste tan simpático, lo mismo en el tabuco de Gregorio Pueyo que en la casa confortable y risueña de Xaudaró, que hubiera querido entender su pintura para celebrarla y decirle que donde estuviese él se retirasen Velázquez, con su aire libre; Rembrandt, con sus claroscuros; Leonardo, con la sonrisa glacial de su Gioconda; Renoir —que era uno de mis pintores—, con sus meriendas y sus *baignades*

campestres, y Sorolla —otro de «mis» pintores—, con todos los esplendores y las gracias de su luz. Hubiese querido decirle todo esto a Juan Gris, pero hubiera sido excesiva la farsa y él, de otra parte, estaba hecho a la incomprensión y la burla ante sus cuadros. Nada mejor, entonces, como prueba de amistad, que el silencio. Mas lo que no puede ni debe olvidarse es que Juan Gris, dióscuro con Picasso del cubismo, se mantuvo en una línea de fervor, de ortodoxia de su credo estético, que Picasso vulneró siempre que le convino. Juan Gris iba a pie, era un buen caminante. Picasso era —y es— un funámbulo. No se le concibe sin la cuerda floja, la sombrilla y la red.

[3]
ME ARAÑAN EN LA PEÑA DEL NAPOLITAIN*

Se publicaba por entonces en París, con el título de *Les Mille Nouvelles Nouvelles*, una revista quincenal donde aparecían, vertidos al francés, cuentos y novelas cortas (que es a las que en Francia llaman *nouvelles*) de autores contemporáneos de todos los países. Renée [Lafont] tenía a su cargo la sección española, que comprendía también a los escritores hispanoamericanos. Y para la tal revista, entre otros de los peninsulares, tradujo cuentos y novelitas —o *nivolitas*— de Blasco Ibáñez, Unamuno, la Pardo Bazán, Galdós, Palacio Valdés, Clarín, Baroja, sin olvidarse de los jóvenes posteriores a «los del 98» —que hoy nos dicen «los de *El Cuento Semanal*»—, entre los cuales figuraron Pérez de Ayala, Martínez Sierra, Répide, Francés, García Sanchiz, Miró, mi hermano político Hernández Catá —que seguía «maupassaneando» en El Havre— y, naturalmente, el autor de estas Memorias.

Antes de concluir el año de 1911 habían aparecido, en las versiones excelentes de Renée, una novela mía en *La Revue de Paris*, otra en *La Revue* de M. Finot, y en el *Paris Journal* una novela corta y varios cuentos de los que había publicado en el *Blanco y Negro* y *Los Lunes de El Imparcial*. Yo estaba encantado. Cada nueva traducción de mi prosa era para mí como un juguete o como una botella del mejor de los vinos de Champaña. Me la bebía, me la sorbía hasta marearme… Realmente, contra todas mis prevenciones y desconfianzas, era indiscutible que entre Renée y yo habíamos abierto en la «muralla de hielo» de París una pequeña brecha que iría agrandándose para que yo pasara victorioso con mis libros. Ya, para uno de ellos, tenía Renée en cartera un prólogo de J. H. Rosny *jeune*. Cualquier escritor extranjero que a los veintisiete años de edad, que eran entonces los míos, se hubiese encontrado en París en mis circunstancias, esto es, viéndose traducido, pagado por los editores y no maltratado por la crítica (Gustave Lanson me dedicó un artículo elogioso en *Le Matin*),

* Capítulo xviii del segundo volumen de las *Memorias*.

habría sentido seguramente lo que yo sentía: satisfacción, orgullo, algo así como esa alegría del buen vino que no llega a embriaguez y nos hace verlo todo de color de rosa…

Ahora bien, no podía ocultárseme que una gran parte de «mi éxito» se debía a mi traductora e introductora. ¿Que le había dado a Renée por encontrar magníficas mis novelas?… No iba yo a decirle: «No, señorita, usted se equivoca, mis novelas son deplorables. Las que usted debe traducir son las de Fulano, Mengano y Perengano, que ésos sí que tienen talento». Eso ya se lo dirían Fulano, Mengano y Perengano.

Y se lo dijeron desde Madrid, en cartas donde me desollaban; o en París, en su propia casa, pues no faltó quien hizo el viaje para sustituirme en el aprecio literario de Renée. En la tertulia del Napolitain Gómez Carrillo me arañaba, Fray Candil me mordía y Blanco Fombona concluía de devorarme. ¡Pues ya veríamos la actitud del autor de *Cañas y barro*, cuando, como tenía anunciado, retornara *vincitore* de la Argentina! (Anticiparé que su actitud no fue la de un rival: no podía yo hacerle sombra, y además, desde que nos conocimos me demostró un gran afecto. De mis relaciones con él en París, sobre todo durante la guerra del 14 al 18, mucho habré de referir más adelante.)

No me sorprendían —ni me molestaban— los arañazos de mi «buen amigo» Enrique, de los que él mismo me curaba poniéndome el árnica en algunas crónicas de *El Liberal*. Y, en cuanto a las insidias de Fombona y Fray Candil, mientras no me las dijeran cara a cara —lo que no ocurrió— me importaban lo que se dice un bledo. Sí me importaron, no las insidias, las… ironías de Alfonso, que en uno de sus viajes a París me dijo: «¡Vaya, has tenido suerte con la señorita Lafont! Le caíste en gracia. *Ce que femme veut…* Sin ella, imagínate, de eso de las traducciones, ¡piscis!».

A lo que respondí diciendo: «Es indudable que le he caído en gracia a la señorita Lafont, que también hay… debilidades literarias, ¿pero crees tú, de veras, que también les «he caído en gracia» a Marcel Prévost, a Monsieur Finot, a los editores Tallandier, Flammarion y Calmann-Levy, que se disponen a publicar mis novelas traducidas por Renée? Tú sabes que cada periódico o revista, o cada empresa editorial, tiene sus censores, o su comité de lectura, y no creo que en mi caso, y por las artes mágicas de Renée, hayan dejado de cumplir con sus obligaciones. Yo no tengo el me-

nor inconveniente en que Renée te traduzca. Envíale tus obras. Yo seré el primero en proclamar sus méritos».

«Se las mandaré», repuso. Y con esto terminó un diálogo más bien ingrato para mí, pues «me dolía» que Alfonso, a quien yo admiraba como escritor y quería como a hermano, sintiera aquella pelusa o celillos por mis éxitos… que hubiese querido regalarle. (Años después alcanzamos alguno en el teatro, juntos.)

[4]
EL REY DEL ARROZ*

Por entonces, sin que me sea posible precisar la fecha, volvió Blasco Ibáñez a París desde la Argentina. Daba la impresión de traer dinero. Renée y yo fuimos a visitarle a un elegante piso amueblado de la calle de Suresnes. Yo había dejado en Madrid a un Blasco Ibáñez barbudo y me encontré con otro de mejillas rasuradas y bigote corto, todavía negro. Estábamos en 1912. Tenía, pues, Blasco Ibáñez, si no le escamotean algunos sus biógrafos, cuarenta y cinco años de edad. O sea que se hallaba en la plenitud de su vida de hombre ambicioso y audaz, dotado de una confianza en sí mismo sólo comparable a la de un conquistador del temple de Hernán Cortés.

Había dirigido en su Valencia natal una mesnada política, descollando en la oposición republicana del Parlamento; fundado dos o tres periódicos, un par de casas editoriales y escrito unas veinte novelas, de cuyo éxito «arrollador» en España e Hispanoamérica no podía dudarse y que iban traduciéndose a todos los idiomas europeos y aun creo que alguna al árabe y el japonés. No obstante, Blasco sabía que una gran fortuna de las que se cuentan por millones no se logra escribiendo libros nada más. Ahí estaba el «pobre Galdós» —como él decía—, siempre en la brecha, siempre con sus apuros económicos. ¡Ah, si don Benito hubiese sido orador! Él sí lo era. Sus conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires —donde le precedieron Jaurès, Clemenceau y Guillermo Farrero y hubo de coincidir con Anatole France— entusiasmaron a la «colectividad» española y al auditorio argentino en tal forma que el Gobierno «de la joven y próspera República» le facilitó las tierras que quisiese para desarrollar «en gran escala» sus planes de colonizador. Y así fue como creó no una, sino dos colonias: la enclavada en la orilla izquierda del Río Negro, a la que puso el nombre de Cervantes, y la que fundó en la provincia de Corrientes, Nueva Valencia, trayendo un buen número de paisanos suyos para establecer y propagar en la Argentina el cultivo

* Capítulo xxi del segundo volumen de las *Memorias*.

del arroz. El Blasco Ibáñez colono no tuvo suerte, como no la tuvo Balzac en todas sus «industrias» para ganar dinero. Habría de ser, más tarde, una novela quien lo trajese en abundancia a las manos del autor de *Cañas y barro*. Pero en la ocasión a que me refiero, aproximadamente por abril y mayo de 1912, él aparecía hablando con entusiasmo de la Argentina y exhibiendo con aires de nabab pieles de guanaco, llamas, zorros grises patagónicos, lobitos de Tierra del Fuego, zorrinos, nutrias, gatos monteses, y presentándole a Renée unas *aigrettes* magníficas —o sea, penachos, copetes, airones del cocoi, de la familia de las garzas— y unas plumas de ñandú, el avestruz de la Pampa, «como no se compraban ni por diez mil francos en París».

—¡Para usted —decíale—, para usted! ¡Y estos bolsos de piel de yacaré, del cocodrilo del río Paraná!

Era Simbad el Marino mostrando sus riquezas. ¡Y qué jovialidad! Hizo chistes y nos contó anécdotas. Recuerdo que se detuvo en una referente a Anatole France, según la cual el irónico prosista usaba con el frac pechera y puños de «quita y pon» y corbatas de nudo hecho.

—Como ustedes lo oyen… Y usted perdone, Renée, pero es que en Francia los hombres no saben vestir. Clemenceau, que presumía de *dandy* al lado de Eduardo VII, se presentó allí hecho una birria… Y en cuanto a las conferencias, ¿a quién se le ocurre ir a hablar, como hizo France en Buenos Aires, de Rabelais, que sólo lo habrán leído por encima dos o tres catedráticos de Literatura? El que estuvo mejor fue Jaurès, pero, claro está, tres cuartas partes del público se quedaron sin entenderlo, porque eso de que en la Argentina se habla el francés tanto como el español es una filfa. ¡En cambio a mí! Figúrense… Se abarrotaban los teatros para oírme. Hablaba desde los balcones de los hoteles y las ventanillas de los trenes. Me sacaban en hombros, como a los toreros que triunfan en la plaza. Recorrí toda la República, desde el extremo norte hasta la Patagonia. Y de los banquetes, de los asados camperos, de las fiestas organizadas en mi honor en las más famosas estancias, ¿qué voy a decirles? Supongo que habrán leído ustedes mi libro.

Se refería a *La Argentina y sus grandezas*, que había publicado poco antes, y donde su pluma colorista pintaba el cuadro de la «nueva y gloriosa nación» con los tonos más encendidos y los relieves más recios que pudieran desearse. Y todo sin olvidar co-

marca ni aspecto alguno del gran país agropecuario, que era «la tierra de todos» y el «granero del mundo». Pero yo no había leído sino hojeado su libro, recorriendo las láminas, de modo que me atuve cortésmente a la respuesta afirmativa de Renée.

Lo que me gustaba era «oír a Blasco» hablando de lo que hablase, pues su elocuencia natural, su poder descriptivo y su egolatría uníanse para producir un hombre dotado de todos los recursos oratorios para sugestionar, para suspender el ánimo de sus oyentes y conducirles a donde a él se le antojase. Yo, que le había oído tantas veces, estaba curado de espanto, quiero decir de «sugestibilidad», pero entonces, como siempre, le escuchaba con gusto y sin la menor idea de interrumpirle. Constituía para mí un espectáculo, porque no era sólo su voz, no era sólo el juego de sus metáforas, ni su torrente verbal, sino también el brillo de sus miradas, sus ademanes, sus gestos, toda su mímica de tribuno de la plebe o de rapsoda homérico, tal y como yo me imaginaba a éstos. Ahora bien, al Blasco Ibáñez de 1912 faltábale, a mi parecer, un atributo: la barba, su barba negra y rizada de mercader oriental. Cuando sobre la alfombra de la sala en que nos recibía extendió aquellas pieles portentosas de la fauna americana, cuando hizo vibrar en el aire las *aigrettes* que había traído para Renée, yo, imaginativamente, le repuse la barba para completar mi ilusión y figurármelo en un mercado de Bagdad vendiendo aquellas pieles, aquellas plumas y quizá alguna esclava bellísima ataviada con las pieles y las plumas.

Sabía que Renée «estaba traduciéndome» y le pareció «muy bien». Yo era —dijo— «uno de los escritores jóvenes de España con más fibra de novelista». En las rivalidades literarias debe tenerse en cuenta en primer término la edad de los rivales. Un rival de Blasco podía ser Baroja, de quien sólo le separaba un lustro. Pero yo no, ni por la edad, pues había entre nosotros una diferencia de más de quince años, ni por la posición alcanzada. Yo estaba en la ladera y él en la cumbre. Yo me asomaba a una ventanita de París y él… lo dominaba desde el último piso de la torre Eiffel. Además, no con uno, sino con tres o cuatro traductores contaba él en Francia, dos de ellos excelentes: Hérelle y Renée. Bien podía «cederme» un poco de esta última.

Ello es que mis relaciones amistosas con Blasco, lejos de enfriarse, se afirmaron en aquella entrevista. Una semana después volvimos a encontrarnos en casa de los Lafont, en un almuerzo al que asistieron, deseosos de admirar y escuchar a *ce nouveau*

conquérant, J. H. Rosny *jeune*, M. Jean Psichari con su joven esposa y un diputado socialista y lugarteniente de Jaurès, Albert Thomas, que había sido discípulo de M. Lafont y del que nadie podía adivinar entonces lo que representaría para su país en la guerra del 14 al 18. En aquel almuerzo hubo arroz *à la valencienne*, y esto dio lugar a una pregunta de Rosny acerca de los arrozales *de Monsieur Blasco Ibanés là-bas, dans la Pampa*. Blasco explicó, elocuente —pero sin dejar de consumir su plato de arroz—, que no era en la Pampa, seca y difícilmente laborable, sino en los terrenos de la provincia de Corrientes donde él había iniciado el cultivo de la maravillosa gramínea que alimentaba exclusivamente a toda una raza, la amarilla, y, en competencia con el garbanzo, a los españoles. También los argentinos necesitaban el arroz, pues «no sólo de carne vive el hombre», y él les llevaba el arroz, que no tardaría en competir con la gran riqueza agrícola de la República, que era el trigo, el trigo…

—¡Porque el oro de América —exclamó— no es, señores, el de las minas fabulosas y los cofres de Atahualpa y Guatemozín, sino este del cereal dorado!… Y yo he completado ese tesoro con el arroz, que es de plata y va a producir mucha plata, que es como le llaman al dinero los argentinos. Yo ganaré muchos millones de pesos, muchos.

—Y a pesar de su patente republicanismo —interrumpió Albert Thomas—, le llamarán a usted el «rey del arroz».

Después de su fácil ironía, Thomas se sacudió sobre la servilleta los granitos que amarilleaban entre los pelos de su barba rojiza, una de las barbas más copiosas y rebeldes de Francia, y que, fatalmente, llegaría a ser la de un ministro.

De sobremesa, en el salón, apoyado unas veces en la chimenea o paseándose entre los suntuosos y marchitos sillones, prosiguió Blasco sus discursos. Los hacía alternativamente en español y en francés; en aquel francés suyo, del que se puede decir que era irresistible. Y digo esto no porque no fuera tolerable, sino por todo lo contrario: porque ni los franceses que hablaban su idioma con el mayor decoro académico dejaban de rendirse a la elocuencia de aquel *homme fantastique* que, según M. Jean Psichari, «había nacido para descubrir un tercer mundo, inventar idiomas y hasta conseguir que a un "pesado" como Albert Thomas se le ocurriese una frase con cierto *esprit*». Porque lo de «rey del arroz» no dejaba de tener gracia. Ni Psichari, ni yo, ni nadie entre los comensales de aquel almuerzo, podíamos sospechar entonces lo efímero del reinado del gran novelista en su Nueva Valencia.

[5]
TEMPORADA EN MADRID. OIGO LOS TIROS QUE MATARON A CANALEJAS*

En el otoño de 1912 hice un viaje a Madrid, tras un par de años de permanencia en Francia. Mi hermano Pepe había quedado al frente del negocio de los libros de Renacimiento, que continuaba lánguido, pero no lesivo para los intereses de la casa. A ésta entregué el original de una de mis novelas «de costumbres españolas», escrita en París, que pasó inmediatamente a la imprenta. Una vez cumplidas las efusiones familiares del retorno, me dediqué a visitar a mis amigos y maestros. Estuve en la dirección de *El Liberal* a saludar a Alfredo Vicenti, quien hubo de asombrarme por lo informado que estaba de mi vida en París, si bien, por algunos detalles novelescos y ciertas apreciaciones arbitrarias, comprendí que sus informes provenían de Gómez Carrillo, «chismógrafo» insigne, fantaseador formidable y especie de «diablo cojuelo» encargado de levantar los techos de toda casa de París donde viviera un español o hispanoamericano conspicuo, aunque muchas veces no viese nada de lo que decía después haber visto.

Estuve en el estudio de don Manuel Ángel, a quien hallé muy envejecido, pero siempre con sus fervores de artista y aquel don suyo de reconocer y admirar los méritos ajenos sin que la modestia de su labor de dibujante le oscureciera el juicio con las sombras de la envidia. Él siempre con sus «ilustraciones» de los libros de Calleja. Por entonces andaba con los reyes godos, para la excelente *Historia de España* de don Ángel Salcedo, que se publicaría dos años después. Con Manolo Tovar anduve por los teatros: más camarines que patio de butacas. El gran Dionisio Pérez me convidó a almorzar en su casa, que era la del primer gastrónomo de Madrid. En el Ateneo, mis colaboradores de *Sagitario* —el que tan pronto se quedó sin flechas— y otros amigos, como Bernardo G. de Candamo, oían con harta paciencia el relato de mis

* Capítulo xxii del segundo volumen de las *Memorias*.

«triunfos» en París, que yo probaba exhibiendo dos libros míos con vitola francesa: uno editado por Tallandier y otro por Calmann-Levy. Enrique Amado, gran señor, en quien progresaba el virus megalomaníaco, me dijo que acababan de traducirle sus obras completas al árabe, el hebreo y el japonés. Sus *Obras completas* se reducían a medio centenar de artículos. También insistió en que París era una «ciudad detestable, sin la *fashion* de Londres». Él se creía un George Brummell. A Federico García Sanchiz le interesaban mucho «las fabulosas aventuras» de su paisano Blasco lbáñez en la Argentina.

En mi casa, hacia fines de octubre, se recibió de La Habana una triste noticia. Tras rápida enfermedad mi tío Antonio acababa de fallecer a los cincuenta y dos años. Le había fallado el corazón a aquel hombre que lo tenía tan grande. No recuerdo si dije que había estado en Madrid en 1901, sano y sólido, con el propósito de entregar al Gobierno un residuo de su famosa suscripción «para fomento de la Marina de guerra» y que recibió del Gobierno una cruz. Le lloramos todos. Con él se nos iba uno de los ejemplares más completos de esos españoles de Ultramar que, mereciendo pasar a la Historia por su patriotismo activo y su trabajo fértil, caen en el anónimo; si no ocurre que algún cronista familiar, como yo en este caso, le ponga de relieve en un libro. En fin, así termina la etopeya de mi tío Antonio. Vino a darnos el pésame Jiménez Castellanos y por carta lo recibió mi padre del general Weyler.

De Buenos Aires, en cambio, nos llegaban inmejorables noticias. Los negocios de Waldo iban «viento en popa». No tardaría más de un año en venir a vernos. En las conversaciones del despacho de mi padre preferíanse los temas literarios a los políticos, precisamente porque éstos iban siendo «cada vez más complicados y difíciles de entender y resolver». El gran acontecimiento nacional de aquellas horas había sido la huelga general de los ferroviarios iniciada en Barcelona a mediados de septiembre y extendida con rapidez por todo el país. Canalejas había acertado a reprimirla con mano fuerte y a restablecer el orden. Reconocía mi padre sus dotes de gobernante. Canalejas llevaba en el poder cerca de tres años y había estado, en diversas circunstancias, y sobre todo en la cuestión de Marruecos, «a la altura de un gran estadista». No obstante, mi padre «no las tenía todas consigo». El foco revolucionario de Barcelona era una amenaza permanente. He aquí por qué «valía más hablar de literatura y dejar

que Canalejas nos condujese a puerto seguro, o nos precipitase en un abismo, que todo podría ser…». No era lo que pensaba Dionisio Pérez, diputado canalejista, ni todo el *entourage* de don José, para quienes éste era, sin la menor duda posible, «el Salvador de España y el político más grande desde los tiempos de Cisneros». Opiniones controvertidas por el doctor Sabucedo, más firme y tenaz cada día en su maurismo.

Así las cosas, el 12 de noviembre, creo que hacia la una de la tarde, iba yo por la calle del Arenal camino de la casa de mis padres, en la calle de los Caños, cuando sentí una detonación, como de tiro de revólver. No me detuve. Al pasar frente a la iglesia de San Ginés, un hombre de blusa y alpargatas, que corría, me rozó, gritando: «¡Acaban de matar a Canalejas!». Requerí: «¿Dónde? ¿Cómo?». «En la Puerta del Sol», dijo aquel hombre sin interrumpir su marcha.

Dicen, y es verdad, que las malas noticias corren como la pólvora. Ello es que cuando llegué al portal de mi casa el portero me confirmó el asesinato de Canalejas: «Sí, señorito, dos tiros por la espalda, a quemarropa, junto a la librería de San Martín». Ya lo sabía mi padre, pero no pareció tan conmovido como en agosto del 97, en La Habana, cuando se supo el asesinato de Cánovas. No tardaron en aparecer los suplementos de los periódicos. Y por ellos nos enteramos de que el asesino del presidente era un sujeto apellidado Pardiñas, anarquista, ¡naturalmente!, el cual aprovechó el momento en que Canalejas contemplaba uno de los escaparates de la librería de San Martín para consumar su crimen. Opinó mi padre que «aquello era una gran desgracia de la que, en cierto modo, era responsable la propia víctima, porque ¿cómo iba el partido liberal desde el poder a reprimir la acción directa del anarquismo si, en ocasiones trágicas como la de Cullera, por ejemplo, no había tenido el valor de aplicar la ley, indultando a los asesinos del juez y el secretario del juzgado de Sueca y el alguacil del pueblo?

—Y ya ves tú —proseguía mi padre—, diez meses después cae Canalejas asesinado en la Puerta del Sol… Pero también, ¿a quién se le ocurre salir solo, a pie, sin escolta? Con razón dicen que Dios ciega a los que quiere perder. En fin, no obstante los matices demagógicos de su política, Canalejas era un estadista de cuerpo entero, y como en el campo liberal no hay figura para sustituirle, imagínate tú lo que nos espera.

Después, mi padre, mientras tomábamos el café sorbo a sorbo, hizo un bello discurso acerca de «los grandes atentados políticos», remontándose al de Julio César.

—El genio de la Historia —decía— se llama Azar, y es un genio burlón, satánico, que se encarga de trastornar todos los planes y proyectos de los hombres. No cabe duda de que el asesinato de Prim cambió el rumbo de la vida de España, y que si Angiolillo no hubiese matado a Cánovas no habría sido el que fue el desenlace de la guerra de Cuba.

—Si a eso vamos —objeté—, si hubiesen triunfado en España los secuaces de la Beltraneja no habría habido reinado de los Reyes Católicos, ni toma de Granada, ni descubrimiento de América.

Mi padre soltó la risa.

—Es cierto. Sobre la base de «lo que sucedió y lo que pudo ser» podría escribirse de mil modos diferentes la Historia, y no dejaría de ser un juego divertido… Atengámonos a la realidad, que no es cosa de broma. ¿A quién, sino a García Prieto o Romanones puede llamar don Alfonso?

No era difícil el pronóstico. El *Heraldo* y demás periódicos de la noche, tras de extenderse en la necrología de Canalejas, anunciaron la llamada a Palacio del yerno de Montero Ríos para recibir de Su Majestad el encargo de presidir interinamente el Gobierno. En la tarde de aquel día, yo, camino del Ateneo, pasé por la Puerta del Sol, pero no pude aproximarme a la librería de San Martín para apreciar el impacto de la bala en el escaparate. No sé si aquel día o al siguiente, un popular actor, Rafael Arcos, émulo de Frégoli, se puso una levita, una chistera y unos bigotes para «transformarse» en Canalejas y reconstruir, con la ayuda de otro actor que representaba a Pardiñas, el episodio del atentado. Esa fotografía «trucada» se ha reproducido infinidad de veces.

El cadáver de Canalejas fue conducido al Ministerio de la Gobernación, desde donde al anochecer lo trasladaron al Congreso para quedar expuesto en el Salón de Sesiones hasta la hora de las exequias. No estuve en Gobernación ni en el Congreso, porque no he sentido nunca la menor curiosidad por los espectáculos fúnebres, pero asistí casualmente al paso de los correligionarios y amigos de Canalejas, por la carrera de San Jerónimo, portadores en hombros del cuerpo exánime de su jefe. Y de todos aquellos señores enlevitados, cariacontecidos, temblorosos, y más de uno lloroso,

no hago memoria sino del inolvidable Dionisio Pérez, que recibía las lágrimas en el bigote sin cuidar de enjugárselas. «¡Pobre Dionisio! —pensé—. La muerte de Canalejas es quizá el fin de tu carrera política, porque cuando cae una de estas águilas que empollan ministros y hacen diputados, ¡a cuántos arrastran tras de sí!…». Pero también pensé que la carrera victoriosa del gran periodista no sufriría ningún daño con aquella muerte. Y así fue.

[6]
MIS DOS GRANDES ATRACCIONES DE LONDRES: MRS. PANKHURST Y LA VENUS HERIDA*

Me resisto a consultar el Baedeker o el *Guide bleu* para reconstituir, con el plano a la vista, mi llegada a Londres, la capital entonces —1913— del imperio más poderoso del mundo. Era su rey y emperador un nieto de la reina Victoria, Jorge V, pero proseguía, sin que nadie presintiese su epílogo, la era victoriana. La flota inglesa, sin rival posible, conservaba el dominio de los mares. Como en los tiempos de Palmerston, la entrada en cualquier puerto de un acorazado británico bastaba para prevenir un *casus belli* o hacer abortar una rebelión en el sur de África o en la India. La omnipotente Albión tenía en Kipling su último bardo imperialista. Se le habían acabado los Disraeli y los Gladstone, pero iba defendiéndose, políticamente, con sus Balfour, sus Baldwin, sus Asquith y sus Lloyd George… Aquel turno pacífico de los *tories* y los *whigs* había venido a alterarlo la aparición del Labour Party, cuña harto peligrosa entre los dos grupos tradicionales de la política inglesa. No seguía yo al dedillo, ni tenía por qué, esa política, como tampoco la de Francia, fascinado como estaba por las sirenas de la literatura; pero con sólo leer por encima los periódicos cualquier señor, por joven e indiferente que fuera, se enteraba de los nombres y los actos más notorios de los hombres y las mujeres que entonces, por esto o por aquello, descollaban en la escena del mundo.

Así llegaba yo a Londres pensando ante todo —¿quién lo dijera?— en Mrs. Pankhurst, en Emmeline Pankhurst, muy admirada por Renée, que era la Pentesilea de las amazonas del sufragismo, a quienes llevaba a lacerar pinturas ilustres en los museos, apedrear las casas de los ministros y tratar de prenderle fuego a la de Lloyd George. Las sufragistas acababan de herir —¡qué absurdas!— a Venus, la más feminista de las diosas. En uno de los sótanos de la National Gallery estaba la deidad esperando a que

* Capítulo xxv del segundo volumen de las *Memorias*.

la restañasen, pues no era otra que la velazqueña, la que contempla su rostro, tenuemente sonreída, en el espejo que sostiene un cupidillo a sus pies. Ellas, la Venus lacerada y Mrs. Pankhurst, eran para mí las dos grandes atracciones de Londres.

Alfonso nos tenía preparado alojamiento a Renée y a mí en el mismo hotel donde él se hospedaba, que por lo anticuado de sus muebles y utensilios de tocador nos pareció más bien una casa particular de los tiempos de Dickens. Era, no obstante, un hotel céntrico, pues recuerdo muy bien que nos bastaban menos de cien pasos para encontrarnos a la entrada de Picadilly Circus.

Desde el primer instante quedó reconocida y acatada la supremacía de Renée sobre Alfonso en el dificilísimo arte para un extranjero inexperto de hacerse entender en inglés, por los ingleses. Dos o tres gestos de incomprensión por parte de un *policeman*, *waiter* o *cab-man*, fueron suficientes para que Alfonso, no sin sufrir en su amor propio, se rindiera a discreción. Y decía:

—Usted, Renée, merece que la llamen «señorita Pentecostés», porque posee como nadie el don de lenguas.

Por sus obligaciones de cónsul, Alfonso no podía prolongar más de una semana su visita a Londres. Renée y yo resolvimos no separarnos de él, completando a la vuelta de Birmingham nuestra aventura londinense, que en sus dos etapas fue absolutamente afortunada, porque en el Londres de 1913, con no muchas guineas en el bolsillo y un intérprete como Renée, todo resultaba fácil y agradable. Hacía frío, pero la niebla, el famoso *pea-soupe*, no apareció por ningún lado.

Mis recuerdos más vivaces, de personas, los constituyen ciertos tipos estrafalarios, más de mujeres que de hombres, vistos en las calles y los parques. Viejas como las que yo vi entonces en Londres no las he visto ni he vuelto a verlas nunca. Me parecían pájaros, me parecían parcas. Le pedía a Renée que me recordase las imprecaciones de las brujas de *Macbeth*. Oí, sin entenderlos, a oradores lunáticos en Hyde Park. Hubiese querido saludar a Emmeline Pankhurst, que no tenía cara de bruja, a juzgar por los retratos, sino que parecía una *lady* y era más inteligente y culta que la mayoría de las *ladies*. Pero Mrs. Pankhurst estaba en la cárcel.

No dejé, como es obligado, de contemplar o visitar ningún monumento, con cuyas descripciones, por repetidas, prefiero no impacientar al lector. Sí diré que en Tra-

falgar Square me molestaba la columna y hasta que hice un pareado, de patriótica protesta, en que rimaba Trafalgar con Gibraltar.

Fuimos a dos o tres teatros de comedia y a algún *music-hall*. Asistí a una representación de *A Midsummer night's dream* y a la representación de *The admirable Crichton*, de Barrie, que conocía, respectivamente, en sus versiones castellana y francesa, de modo que con la mímica de los actores me bastó para quedar enterado. Pero en los *music-halls* entendí mejor y me divertí más.

Uno de mis honestos placeres en aquel Londres finisecular (porque para mí, y creo que también para la Historia, el siglo XIX no muere, estrangulado, hasta 1914) era el preferir, entre todos sus vehículos, el *hansom*, donde no tenía uno delante la espalda del cochero, sino que éste iba en la trasera, en un pescante alto que le permitía ver y guiar al caballo. Era un carruaje con no sé qué de insecto: leve, elástico, feliz invención de un espíritu individualista. En el *hansom* el auriga hacíase invisible. En *hansom*, a mí Londres se me antojaba «mío». De modo que desdeñé los automóviles —habíalos ya de alquiler— y los ómnibus, y no se diga el *underground*, semejante, sin duda, al Metro de París.

Mientras Alfonso estuvo con Renée y conmigo formábamos un trío inseparable. Y como no cabíamos en un *cab*, tomábamos dos, echando a suerte la grata compañía de Renée.

Fue en nuestra segunda mañana de Londres cuando nos dirigimos a la National Gallery, con la intención —que cumplimos fervorosamente— de ir, ante todo, a felicitar a Venus por la levedad de sus heridas. El estilete de la partidaria de Mrs. Pankhurst no había ahondado en las carnes de la diosa pintada por el primero de los pintores del mundo y de todos los tiempos.

[7]
EN LA CASA DE SHAKESPEARE. LA ESPADA DE HAMLET…*

Unos veinte días duró mi temporada de Birmingham, y tuvo un intervalo inolvidable: la visita o peregrinación, si se quiere, a la casa de Shakespeare, en Stratford-on-Avon, el lugar de su nacimiento, que hice en compañía de Renée y Alfonso. No conocía yo el teatro de Shakespeare, como Renée, en su propio manantial, en su idioma, sino al través de traducciones más o menos admisibles y de varias adaptaciones a la escena contemporánea en París y Madrid, salvo *El sueño de una noche de verano*, por actores ingleses, en Londres. El Shakespeare de la biblioteca de mi padre era el de Macpherson, en laboriosos versos castellanos. Más tarde, y por mi cuenta, en el Ateneo y en la Biblioteca Nacional, leí el *Hamlet* traducido por Moratín, la excelente versión del *Macbeth* por García Villalta, y en la colección «Arte y Letras» las cuatro transcripciones de Menéndez y Pelayo y la del *Otelo*, por Navarro Ledesma. En el teatro, el nuestro, había visto las interpretaciones del Hamlet por dos grandes actores, Morano y Tallaví; la Cleopatra, con su Antonio, por María Guerrero, y no recuerdo a qué actrices en la Julieta, la Ofelia, la Porcia, la Desdémona y la Fierecilla.

En París, en la numerosa y polvorienta biblioteca de M. Lafont, hallé a Shakespeare en su lengua, en la francesa y otras. Leí la admirable adaptación del *Otelo* por Alfredo de Vigny y un *Macbeth* traducido recientemente, no mal, por Rosny, el menor. Sarah Bernhardt me había impresionado en su «travesti» luctuoso para encarnar la figura del príncipe taciturno. Sarah *la Divina*, con su cuerpo enjuto finísimo, el suficiente para contener su voz, que llamaban de oro, y a mí me pareció siempre, por lo aguda y tintineante, de cristal. El actor y director Gemier ofrecía un *Mercader de Venecia* con decoraciones magníficas y un vestuario suntuoso, digno por sus colores de la paleta del Veronés.

* Capítulo xxvii del segundo volumen de las *Memorias*.

No era yo, por lo tanto, un shakespeareano erudito. Faltábame para serlo la posesión de la lengua inglesa, y de otra parte, mi admiración por los más excelsos poetas y escritores de todas las épocas no ha suscitado nunca en mí el afán de investigar sus vidas revolviendo archivos, ni de someter sus obras al examen de una pluma-microscopio. Yo era un lector y espectador cualquiera del teatro de Shakespeare, con las limitaciones que ya dije, pero que no ignoraba del todo los orígenes o gérmenes de sus dramas, que podían ser un viejo cuento o página histórica de autor italiano, o tal o cual leyenda del pueblo escandinavo. Lo que me importaba y conmovía en Shakespeare era su manera única de ser elocuente sin ser huero, de estar él con su lumbre en el pecho de los personajes, de saberme siempre a verdad, aun en sus fantasías y *fairies*, y, sobre todo, de sentir en cada verso al poeta estremecido por el soplo de las pasiones eternas: el amor, la amistad, el odio, los celos, la avaricia, la envidia, la traición.

No ponía yo tampoco a Shakespeare por encima de mi Lope, mi Tirso y mi Calderón. Pero éste es otro asunto, porque mis nociones de nuestro teatro áureo eran directas y, por decirlo así, familiares, y la de Shakespeare de segunda, de tercera o cuarta mano, y a veces alguna mano debió cortarse antes que profanar —y discúlpese la fácil metáfora— el plumaje del «cisne del Avon».

Renée era shakespeareana. Los románticos franceses, acaudillados por Victor Hugo, habían barrido definitivamente la crítica superficial y mezquina de Voltaire y los filósofos de la Enciclopedia contra el genio de la dramaturgia británica; así como Carlyle y Lamb aventaron en Inglaterra los juicios malévolos de Goldsmith y los desdeñosos de Samuel Johnson. Alfonso también se declaraba admirador de Shakespeare, pero decía preferir el lírico de los sonetos al dramaturgo y no dejaba de preocuparle «el problema de la autenticidad de sus obras», problema que a Renée y a mí nos tenía perfectamente sin cuidado, pues nos daba lo mismo que Shakespeare fuera Bacon, o Rutland, o Derby, siempre que nadie negara la evidencia de ese teatro universal.

De nuestro viaje a Stratford persisten en mi memoria, ante todo, unas notas de color: el azul de los divanes y las cortinillas del tren, el verde húmedo y suave de unos prados y el dorado de las ovejas que pacían en ellos. Dejando atrás las fachadas renegridas y las chimeneas de Birmingham, este paisaje eclógico me pareció casi un milagro.

Nuestras horas en Stratford fueron rituales: la visita a la casa, a la tumba y al teatro de Shakespeare. El *poetical pilgrimage* que se aconseja a los turistas. Pero tuvimos suerte. En aquella tarde de fines de marzo, fría y con amagos de lluvia, fuimos nosotros los únicos turistas.

La casa, de madera y yeso, me pareció de pronto pobre y triste. En los espacios libres de sus paredes veíanse, a lápiz o a punta de cortapluma, firmas y signos de los visitantes de todo el mundo, lo que no dejó de parecerme una necedad y una profanación. Entre las reliquias de Shakespeare el guía de la casa hubo de mostrarnos, con «la mayor seriedad del mundo», «la espada de Hamlet», la linterna «con que el hermano Lorenzo descubrió los cuerpos exánimes de Romeo y Julieta» y el sillón en que «the great William» tomaba asiento, junto a la chimenea, mientras escuchaba las leyendas y tradiciones de su tierra. Era una silla de madera de roble, tosca y resistente. Pero como otra de las costumbres de los peregrinos consistía en sentarse en ella para embeberse del genio de Shakespeare, periódicamente se le renovaba el fondo. Ni Renée ni yo nos sentamos en la silla milagrosa. Pero Alfonso, irónico, dijo que «como estábamos escribiendo una comedia, no le parecía mal que uno de nosotros se aprovechase del fluido shakespeareano». Sentóse, pues. Mas, no obstante este episodio pintoresco, no dejó de ganarnos esa emoción que producen los que llamaré «santuarios del genio», siempre que su obra se refleje de algún modo en nuestro espíritu.

Entre dos hileras de tilos nos encaminamos a la iglesia, en cuyo porche gótico se abren dos pesadas e historiadas puertas de roble esculpido. El interior, espacioso, es digno de la fachada y sorprende por sus ricas tumbas, de nobles y burgueses, que hacen resaltar la modestia del sepulcro del poeta: una losa y en un nicho su busto. El epitafio, sobre la lápida, lo forman estos cuatro versos del propio Shakespeare. Cuatro versos que han impedido a reyes y gobernantes trasladar las cenizas del bardo a la abadía de Westminster y han hecho de Stratford-on-Avon la meta de los peregrinos literarios de todo el universo:

Good friend, for Jesus' sake forbeare
To dig the dust enclosed here.
Blessed be he that spares these stones,
And cursed be he that moves my bones.

(«Amigo mío, por Dios te lo ruego, abstente de cavar este polvo. Bendito sea aquel que respete estas piedras, y maldito el que remueva mis huesos.»)

Renée, Alfonso y yo nos abstuvimos de cavar en aquel polvo augusto. Pero desprendimos algunas briznas de la hierba que entornaba la tumba.

[8]
PRIMERA VISITA A BARRÈS. SUS DOS MENTORES EN TOLEDO*

En mi «departamentito» de la calle Molière recibí los primeros ejemplares de mi novela *Las flechas del amor*, traducida por Renée y prologada por Barrès. Pocos meses antes, por mediación de mi traductora, había conocido yo a Barrès, no en su casa de Neuilly-sur-Seine, entre sus libros, sino en su despacho de diputado, frente al mercado central, Les Halles, o sea en *le ventre de Paris*, según la expresión de Zola, novelista detestado por el autor de *El jardín de Berenice*.

Recuerdo muy bien mi primera entrevista con Barrès, quincuagenario entonces, académico, jefe de la minoría —muy menor— de los nacionalistas en la Cámara de Diputados, y uno de los adalides más esforzados de la *revanche*, o sea de ir lo más pronto posible a una guerra con Alemania que por el camino de la victoria restituyese a Francia la Alsacia y la Lorena, «sus amadas provincias». Barrès era lorenés. Su germanofobia incontenible le había inspirado una de sus novelas más leídas, pero no la mejor, *Colette Baudoche*. Barrès había sido uno de los antidreyfusistas más enconados, como se comprobaba en su libro *Ce que j'ai vu à Rennes*. Y, no obstante, una *dreyfussarde* tan apasionada y «socialdemócrata» convencida como Renée era quien me presentaba a él y quien obtenía de este príncipe de las letras francesas un prefacio para *Les flèches de l'amour*. ¡Deliciosa contradicción!

Pero uno de los encantos de Renée era, precisamente, aquella facultad o elasticidad de su espíritu que le permitía admirar a un individualista como Clemenceau y a un socialista como Jaurès. Y el genio o el talento le atraían y encantaban, como la buena música y la pintura, sin importarle los sentimientos religiosos y las ideas políticas del hombre. ¿Estaba ella muy firme en las suyas? Yo lo dudaba. Viéndola frente a Barrès, aquella mañana en que le visitamos, tan sonreída, tan medida en todas sus

* Capítulo xxxviii del segundo volumen de las *Memorias*.

frases, para que ninguna pudiera molestar al maestro, yo me inclinaba a suponerla *un peu comédienne* y en condiciones, por su cultura y su don de gentes, de representar en la escena del París literario los personajes más diversos.

Por lo demás, tampoco me pareció que Barrès tuviese la menor idea del «antidreyfusismo» y el socialismo de Renée. Era el Barrès todavía *dandy* del lienzo de Zuloaga: un rostro enjuto y cetrino con algo que me recordaba, por la curva nasal, el perfil de Descartes. Era el Barrès del mechón «ala de cuervo» en línea diagonal sobre la frente. Lo había pintado Zuloaga señoreando el panorama de Toledo, desde una de las colinas de la urbe imperial. Mejor lo hubiese pintado el gran cretense, revelador de los enigmas de las almas y Edipo del secreto de Toledo, según el propio Barrès. ¿Y cómo sería el alma de Barrès? Dígolo porque siempre, admirándole, le tuve por un *grand poseur* y cada *pose* bien sostenida es una careta del alma.

Yo había leído casi todos sus libros. Los de su segunda época de novelista se apartaban un tanto de su famoso «culto del yo» para extenderse a una revisión e interpretación de la vida social de Francia entre 1880 y 1895, o sea las aspiraciones del nacionalismo, los episodios del boulangismo y las peripecias del turbio asunto del canal de Panamá. El general Boulanger se convertía bajo su pluma, que era —según Émile Faguet— la de «un segundo Stendhal», en un gran *condotiero* al modo italiano.

En mi opinión, a Barrès, que se creía un psicólogo y un filósofo, «todo se le volvía novela entre las manos». Y esto estaba muy lejos de disgustarme. De otra parte, yo le agradecía sus páginas sobre nosotros, impresionadas, como quien dice, en sus tres viajes a Castilla y Andalucía, para ampliarlas e iluminarlas luego en dos de sus libros: *Du sang, de la volupté et de la mort* (traduzcamos *Sangre, placer y muerte*) y *Greco, ou le secret de Tolède*. El primero contenía visiones y ensoñaciones «muy suyas» de Córdoba y Granada. El segundo nos ofrecía su «versión» del Greco, pues no hay escritor francés de los que vienen a España que no la ofrezca desde que en 1941 Théophile Gautier dio la primera campanada, hablando de un «artista asombroso», e Imbert, unos treinta años más tarde, dijo en su libro *L'Espagne* haber descubierto un «pintor extraño y admirable». Después otros escritores y críticos de arte franceses se dedicaron a «explorar» el Greco: Émile Berteau, Paul Lafond, Legendre.

El Greco barresiano acababa de publicarse cuando yo visité a su autor durante el invierno de 1913. (Yo lo traduje a nuestro idioma algunos años más tarde.) El mismo Barrès me confesó que no hubiese podido escribir su obra sin sus dos mentores españoles en Toledo: el pintor y crítico don Aureliano de Beruete y *le jeune écrivain et professeur* Navarro Ledesma, cuya muerte prematura había arrebatado a España *un très bel esprit*.

En efecto, en 1893, que fue el año de las primeras andanzas toledanas de Barrès, Navarro dirigía el Museo Provincial: aquellos zaquizamíes vecinos de San Juan de los Reyes donde se apiñaban, descuidados, como en trastienda de chamarilero, los cuadros de Teotocópuli. Navarro Ledesma no tenía entonces más de veinticuatro años de edad. Barrès frisaba los treinta y dos. Habían pasado diez, y el recuerdo de Navarro Ledesma era en Barrès borroso, en tanto el de Beruete, que fue su cicerone en el segundo viaje (1902), se precisaba en frases reveladoras de admiración y amistad. Me preguntó Barrès si yo le conocía y le respondí afirmativamente. Entonces me pidió que, al volver yo a España, lo visitase en su nombre. Prometí y cumplí. (En su casa-museo de Madrid me recibió el notable pintor e ilustre crítico: no había cumplido aún los setenta, pero por su poblada barba aparentaba más.) No dejó de chocarme una laguna —una enorme laguna— en la hispanofilia de Barrès: su conocimiento muy elemental de nuestro idioma. Me dijo que hablaba «el suficiente para hacerse entender en los hoteles y que lo leía *pas mal* pero con la ayuda del diccionario».

—¡Estos hispanófilos que no hablan el español! —le dije a Renée al salir del *bureau* del diputado nacionalista y príncipe de los prosistas franceses.

Y ella me respondió, entre irónica y benévola:

—Beruete y Navarro Ledesma «le tradujeron» Toledo a Barrès… Sin contar con que son muchos los escritores franceses que sólo saben francés. Además, los secretarios de Barrès, los hermanos Tharaud, son casi políglotos. Y tú, dime: ¿para entender a Memling necesitas hablar flamenco? ¿Y para oír a Beethoven te hace falta saber alemán?

Era una simpática defensa del hispanismo de Barrès, ignorante del español. Y esto, dicho por quien lo hablaba —aparte, las erres arrastradas y el seseo inevitable— de un modo perfecto, tenía un alto mérito, que reconocí. De otra parte, Barrès había escrito el prólogo para mis *Flèches de l'amour*… Renée lo llevaba en su manguito de astracán. Me pidió que entrásemos en el primer *cabaret* para leerlo. Entre su copa de oporto y la mía de Pernod, nos sorbimos aquella página barresiana, que nos supo a gloria…

[9]
SE INICIA LA AVENTURA TEATRAL. AL EMPRESARIO LE GUSTÓ LA COMEDIA*

Yo no me había enfrentado nunca con un empresario, entiéndase de teatro. Entre 1907 y 1913 mi labor literaria fue casi exclusivamente novelesca, pues no menudearon los artículos que escribí para *El Liberal* y *Los Lunes de El Imparcial* y las crónicas y cuentos que publiqué en *Nuevo Mundo* y *Blanco y Negro*. Novelas, hasta entonces, unas veinte entre largas y cortas. Repito que siendo muy aficionado al teatro como lector y espectador, no había pensado jamás en escribir comedias, apartándome en esto de la generalidad de los españoles, pues se dice que es muy raro el que siendo algo «leído y escribido» no lleva un drama o un sainete en la cartera, y en Madrid hubo un limpiabotas apodado Cienhigos que aspiró al título de dramaturgo, y hasta creo que en la peña de Benavente, en el café de Levante, le hicieron concebir esperanzas, después de escuchar con regocijo alguno de sus engendros.

Los grandes autores del teatro llamado «de verso», para diferenciarlo del «lírico», eran, en la época a que estoy refiriéndome, Benavente, los hermanos Álvarez Quintero, Manuel Linares Rivas, Joaquín Dicenta, Eduardo Marquina y Gregorio Martínez Sierra. Habíase puesto el sol de Echegaray. No dejaba don Benito de asomarse a la escena, mostrando su garra de dramaturgo, y aun creo que por entonces tuvo a su cargo, con cierta pachorra, la dirección del Español. Comenzaba a perder la vista. Al decir «grandes autores» no me refiero a sus méritos literarios —en unos evidentes, en otros discutibles—, sino a la circunstancia de pertenecer al grupo de los que poseían la confianza de los empresarios y la atención del público. Eran, para decirlo más pronto, los autores «de cartel». Añádanse a los citados Pedro Muñoz Seca, que desde el teatro Cervantes, en la Corredera Alta, le tenía puesto sitio al de Lara, en la Baja; al ilustre Carlos Arniches, que alternaba la comedia y el sainete con igual maestría, y

* Capítulo XL del segundo volumen de las *Memorias*.

a Francisco Villaespesa, versificador zorrillesco. Se «asomaban» a la escena otros autores, como José López Pinillos, escritor abrupto, y Cristóbal de Castro, que aparte alguna obra original ofrecía trasposiciones de nuestros clásicos realizadas con indiscutible acierto. De la zarzuela grande y chica, de sus libretistas discretos o cerriles, de sus músicos geniales o adocenados, hay mucho bueno y malo que decir, pero quede para otra ocasión.

Ello es que al encontrarme yo con media comedia mía —porque la otra media era de mi cuñado Alfonso— en un cajón de mi bufete, allí la hubiera dejado dormitar por temor al juicio inapelable del empresario. Porque yo sabía muy bien que si a este empresario, llamárase Yáñez o Escudero, no le parecía bien la obra, sería harto difícil «colocarla». No era, pues, un literato, un comediógrafo, más o menos inteligente, quien iba a juzgar nuestra comedia, sino un comerciante, un buen señor que lo mismo que de productos teatrales hubiese podido ser empresario de pompas fúnebres o almacenista de víveres al por mayor. No creía yo que «mi nombre» hubiese llegado a sus oídos, y menos todavía el de Alfonso. En resumen, que sin la insistencia de mi colaborador, desde Birmingham, yo no me hubiese resuelto a pedirle a Martínez Sierra una presentación para don Eduardo Yáñez, en cuyas manos hacía ya tiempo que había depositado don Cándido Lara la gerencia de su teatrito. Teatrito por el tamaño —le solían llamar la Bombonera—, teatro mayor por su historia, por los autores y comediantes insignes que habían pasado —y pasaban— por sus tablas.

Tenía yo buena amistad con el autor de *Canción de cuna* —uno de los éxitos memorables de Lara—, y era amigo de Benavente, Linares Rivas y los Quintero. Mas no quise importunar a ninguno con la lectura de la obra. ¿Para qué? ¡Si a quien tenía que gustarle era al empresario!… No carta, sino tarjeta me dio Gregorio, y no para don Eduardo Yáñez, sino para el representante de la empresa, un señor Alenza, el cual me recibió muy atentamente y no tardó en comunicarme el día y la hora en que don Eduardo «escucharía con mucho gusto mi comedia». No es lo mismo «mucho gusto» que «buen gusto» y, además, el que el señor Yáñez pudiera tener en que yo le leyese una obra no pasaba de una fórmula de cortesía. No diré que temblando, como cuando iba a examinarme de canónico en la universidad, pero sí que algo nervioso y pesimista me presenté en Lara en la fecha y momento convenidos, y no tardé en verme ca-

ra a cara con don Eduardo. El cual me saludó muy cortésmente y me hizo pasar al saloncillo, donde nos sentamos y se dispuso él, benévolo, a escucharme. Era un señor robusto, con un buen bigote negro en un rostro más bien impasible y sin ningún rasgo que me permitiera deducir el género de su talento, si era hombre que tuviese alguno.

Comencé vacilante la lectura, y no tardé en advertir que el empresario pasaba, gradualmente, de la impasibilidad a la curiosidad y de la curiosidad al interés. Le gustó el primer acto. «Veamos el segundo», dijo. Y no bien lo hubo escuchado, con signos de aprobación y complacencia, tomó el original de la obra, lo enrolló, lo guardó entre sus manos —que tenía muy grandes— y pronunció las siguientes palabras:

—Está muy bien; la comedia está muy bien. Creo que gustará. Pero en esta temporada, que va de vencida, no es posible estrenarla. Ni al principio de la próxima, que comenzará con un estreno de Martínez Sierra. Si los Quintero no me traen nada, pondré en seguida lo de ustedes.

Me habló del reparto. Había «dos grandes papeles» para Catalina Bárcena, la primera actriz, y Leocadia Alba, que era la de carácter. El de Joaquina del Pino, «la segunda primera actriz», resultaba de menos relieve, pero «ella se lo daría». Con Mercedes Pardo, en el papel de una señorita de pueblo con pujos aristocráticos, quedaba completo el reparto femenino, aparte las figuras secundarias. En cuanto a los actores, el galán, naturalmente, para Luis Manrique; el del padre de la niña presumida, que tenia ciertos ribetes cómicos, veníale pintiparado a Pepe Isbert, y con el que quedaba tendría que conformarse Salvador Mora.

Yo, asombrado, deslumbrado más bien por mi éxito de lectura (aunque la lectura hubiese sido a un solo hombre, este hombre era el empresario), decía a todo amén, y ya veía la comedia en escena, maravillosamente interpretada y aplaudida con frenesí. Era el poder de la ilusión. El señor Yáñez, a quien a primera vista había comparado con un tendero de ultramarinos, trocóse para mí en un caballero de cultura, sensibilidad artística y perspicacia excepcionales. No cabía la menor duda de que, habiéndole gustado a él la comedia, le gustaría también al público y a los críticos. ¿Cómo iban a saber éstos más que don Eduardo Yáñez?

El cual me acompañó, dándome palmaditas en la espalda, hasta el vestíbulo del teatro. Vivía yo entonces, con mis padres, relativamente cerca de la Corredera Baja

de San Pablo, en la calle de los Caños, que nace en la plaza de Santo Domingo y muere en la de Isabel II. Era poca la distancia, pero yo tomé un coche para llegar antes y comunicar a los míos la estupenda noticia. Todos se congratularon por «lo bien que había empezado la cosa». Pero mi padre me echó, si no un jarro, un vaso de agua fría, al decirme:

—Muy bien. Le ha parecido bien la comedia a ese señor empresario. También a mí me gusta, pero no olvides que queda por despejar la incógnita del estreno y que hay críticos atrabiliarios, que rara vez encuentran algo bueno. No obstante, debes ponerle un cablegrama a tu cuñado Alfonso.

Así lo hice aquella misma tarde. Al día siguiente, en su despacho de Renacimiento, le referí a Martínez Sierra el resultado favorable de mi entrevista con Yáñez. Me felicitó por ello, y me dijo que don Eduardo le había dicho «que el papel de Catalina era de gran lucimiento». Añadió que debía frecuentar el teatro para conocer a las actrices y los actores. Él me presentaría a unas y otros, pues yo —con la excepción de Pepe Isbert, que había cursado conmigo dos o tres años en la universidad— sólo los había visto en escena, interpretando a Benavente, a los Quintero, a Linares Rivas y al mismo Gregorio.

Las palabras cambiadas con Martínez Sierra me confirmaron en mi optimismo. No sólo la obra había sido aceptada, sino que tendría un reparto insuperable. Pero como no sería posible estrenarla sino después de la de Martínez Sierra abriendo la próxima temporada 1913-1914, y como era probable que los Quintero llevasen otra que seguiría a la de Gregorio, el estreno de la que firmábamos Alfonso y yo quedaba un tanto en el aire. «A lo mejor no estrenan ustedes —calculó el autor de *Canción de cuna*— hasta el Sábado de Gloria. Pero no te importe. En el teatro no se sabe… Yo he escrito con verdadera ilusión *Los pastores*. Llevo tres éxitos en Lara. ¡Pues vaya usted a saber si a mis *Pastores* no me los silban!»

Fui al teatro. Era un autor de la casa. Mejor dicho, un medio autor, y en hipótesis. El otro medio estaba en Birmingham, y al recibir mi cable respondió con uno de treinta palabras, lo que revelaba un júbilo incontenible y caro. Martínez Sierra me presentó en primer término a Catalina Bárcena, que era la primera figura de la compañía de Lara y de quien se decía que estaba mejor en los papeles de ingenua que en

los otros de primera dama. Yo la había visto en unos y otros, así en Lara como en la Princesa, con María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, que la habían «lanzado», y en todos hubo de parecerme una admirable actriz. Pero más que ella me impresionó Leocadia Alba, una de las figuras excelsas de la farándula nacional. Era, entonces, una dama quizá sexagenaria, gruesa, de nariz roma y ojos grandes y aovados que le saltaban en las órbitas. Por su aire circunspecto hacía pensar en su camarín, al llegar de la calle, en una abadesa que había tomado el teatro por su convento. En «lo suyo», en su género, no hubo actriz española que la aventajase. Era en Lara «una institución». Había cantado zarzuelas y sido intérprete de Ramos Carrión, de Vital Aza y don Miguel Echegaray. Del juguete cómico y la comedia de enredo un tanto pueril había pasado al teatro mordaz de Benavente y al sentimental y «andalucista» de los Quintero con la destreza y el aplomo de las comediantas geniales. Hubiérale acompañado la figura y habría podido interpretar hasta *La dama de las Camelias*. Por su camarín pasaban, respetuosos y afectuosos, los autores más célebres y los que aspiraban a serlo. Allí conocí a don Miguel Ramos Carrión, ya en el ocaso de su carrera, que había sido brillantísima. El cuarto de Leocadia era como el *sancta-sanctorum* de aquel teatro. Allí se guardaban las tradiciones, allí se rememoraban otros tiempos y otros nombres de la escena española. Y todo sin murmurar, sin criticar, porque Leocadia era enemiga de la maledicencia y aun en las personas de quienes se decían «las cosas peores» hallaba un puntito luminoso en el que detenía su mirada noble.

Joaquina del Pino, la otra primera actriz, había llegado también desde la zarzuela a la comedia, de Apolo a Lara como quien dice, y en el tránsito de un género a otro no perdió ninguna de sus facultades artísticas, que eran excelentes. Cuando yo la conocí, fuera del escenario, era todavía una mujer de gran belleza, majestuosa y con un modo de sonreír, sin frisar la coquetería, inimitable. Era un dolor saber que comenzaba a quedarse ciega.

Pepe Isbert, a quien no veía desde la universidad, me dio varios abrazos y me espetó otros tantos chistes, entre cabriolas y chillidos simiescos. A los dos nos hacía mucha gracia recordar la Pandectas y el Fuero Juzgo entre los bastidores de Lara. Pepe Isbert era el actor cómico de la compañía, pero en algunos papeles dramáticos también demostraba su gran talento. Su propia fealdad resultaba simpática. Diríase más

bien una careta que no se quitaba ni para lavarse. Pero era —y es— hombre de alma limpia.

Isbert me presentó a Luis Manrique, que iba a ser el galán de mi comedia. Era hombre delgado, de calvicie prematura y más bien feo. Pero llevaba como un *dandy* la ropa, era inteligentísimo, y con las pelucas, los afeites y el mastique operaba verdaderos milagros. Me prometió «que saldría guapísimo en mi obra».

A todo esto, allá en sus soledades y nostalgias de Birmingham, Alfonso se consumía de impaciencia. Tenía esperanzas de un próximo traslado a Santander o Alicante. ¡No importaba! El caso era salir de aquel destierro, de aquella niebla, de aquel humo, de aquel frío. «Debemos ir preparando otras comedias», decíame en todas sus cartas, pues tenía una seguridad absoluta en el éxito, y él y yo podríamos formar una pareja de autores de categoría y cohesión semejantes a las de los Quintero.

¿No estaríamos Alfonso y yo representando a dúo la fábula de la lechera? Sólo unos meses tardaríamos en saberlo.

[10]
EL «CASO» DE *EN FAMILIA*. EL BANQUETE EN LA LEGACIÓN DE CUBA*

[…]

Mas he aquí que las ilusiones de Alfonso se cumplieron. Desde las primeras escenas se vio que *En familia* —como se dice en la jerga de entre bastidores— «había entrado en el público». El asunto de la comedia, que se componía de dos actos, como casi todas las que entonces se representaban en Lara, no podía ser más trivial: el primo rico y cortesano que se enamora de la primita pobre y palurda y se casa con ella. Contraste y choque entre los parientes acomodados y los menesterosos. Ambiente de una villa gallega. Batalla de prejuicios antes de la victoria del Amor. Un diálogo rápido y claro, en ciertos personajes con voces y modismos de la comarca. Con tan poco por parte de los autores, y lo mucho de la interpretación admirable de aquella ilustre compañía, la comedia «se fue a las nubes» y en las más doradas de ellas bogó, partiendo de Madrid, por toda España y los países americanos de nuestro idioma.

Para mí el éxito fue inesperado. No le temía a esa cosa ingrata y soez que se llama «el pateo», porque la comedia parecíame bien escrita y su asunto simpático, pero no creía que lograra mucho más que la benevolencia del público y la blandura de la crítica. Alfonso, en cambio, «no experimentó ninguna sorpresa», y mientras yo, en esa cadena que forman cómicos y autores para recibir los aplausos, salía con bastante azoramiento, él se adelantaba erguido y con un gesto que podía traducirse con esta frase: «¡Va, esto no es nada, ya verán ustedes las otras comedias!».

El telón se levantó más de diez o doce veces al final de la obra. Conforme salíamos del escenario, Martínez Sierra nos dijo: «Es un éxito de los grandes. Hay comedia para rato». Después de recibir en los camarines y el saloncillo los plácemes y abrazos que se prodigan en tales ocasiones, el representante de la empresa nos llevó a su

* Capítulo xlix del segundo volumen de las *Memorias*.

despacho y nos invitó a firmar varias autorizaciones para compañías de provincias y la de Rogelio Juárez, con Lola Membrives de ingenua —estábamos en 1914—, en la gran ciudad de Buenos Aires. Firmamos cuanto quiso el afabilísimo señor Alenza.

Al día siguiente Alfonso y yo mandamos a comprar todos los periódicos. Hasta el sordo y atrabiliario Laserna, crítico de *El Imparcial*, elogiaba la comedia. El de *El Liberal* —¡claro, allí teníamos a Vicenti!— «echaba las campanas a vuelo». En los diarios de la noche, lo mismo. El hirsuto Alejandro Miquis y el bilioso Caramanchel no le ponían peros a la obra y testificaban su triunfo. Floridor —el inolvidable Luis Gabaldón, de *Abc*— dijo que la comedia no parecía de autores noveles, sino de comediógrafos consumados. Habré de registrar las felicitaciones verbales y efusivas de Benavente, los Quintero, Marquina, Linares Rivas, Arniches… De *Prensa Gráfica* nos avisaron para las fotografías. Con nuestros intérpretes, Alfonso y yo «salimos» en todos los periódicos ilustrados. *La Esfera* dedicó una de sus portadas a las dos actrices con los primeros papeles de la obra: Leocadia Alba y Catalina Bárcena, tal y como salían a escena. Todavía recuerdo a la gran Leocadia con su traje de campesina gallega, no el tradicional con que se baila la muñeira y salen las Maruxas en el teatro, sino el propio de las mujeres del campo: el pañuelo oscuro a la cabeza, el corpiño ajustado, el delantal negro, la falda ahuecada por dos o tres refajos, las medias blancas de algodón, los zapatones claveteados, cuando no los zuecos. Leocadia no salió con zuecos.

Recordaré, como derivaciones del éxito, la presencia en uno de los palcos de Lara de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, con la consabida petición de obra —que Alfonso y yo les escribimos y ellos nos estrenaron dos años más tarde—, y de la condesa de Pardo Bazán, que nos prometió un artículo y lo hizo en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, en los términos más encomiásticos. El banquete —famoso banquete deseado y «previsto» por Alfonso— efectuóse en la Legación de Cuba. Coincidía con otro, ofrecido la misma noche al propietario y director de *La Nación* de Buenos Aires, don Jorge Mitre, y Alfonso temblaba al decir: «¡Verás cómo nos quita a Benavente!». Pues no, señores. Sólo «nos quitó» a uno de los Quintero: Serafín fue para Mitre y Joaquín para nosotros. Ventajas de ser dos. Tuvimos también a Martínez Sierra, Marquina, Carlos Arniches y el conde de López-Muñoz, «entre

otras personalidades». Y como cronista mundano del «acontecimiento», el que lo era de *El Imparcial* y firmaba con el seudónimo de Montecristo. El cual nos dedicó más de una columna, con particulares y excesivos elogios para mis novelas, que «le gustaban mucho». Este Montecristo creo que se llamaba don Eduardo o don Eugenio de la Escalera, era un señor de pequeña estatura, elegante, con una barbita blanca y muy sordo. Mascarilla, o sea Alfredo Escobar, marqués de Valdeiglesias, que fue muy mi amigo, mandó a uno de sus redactores de *La Época* por serle imposible no asistir al banquete de Mitre. Los brindis de costumbre y los fotógrafos… Todo lo que cuento consta en los diarios y las revistas ilustradas de entonces. Sólo quedó «en la intimidad» el gran almuerzo —con champaña y habanos— que nos ofrecieron en el Casino de Madrid don Cándido Lara y don Eduardo Yáñez.

Inmediatamente *En familia* fue editada en Renacimiento y Alfonso y yo comenzamos a planear otras obras. Nieves Suárez, que había sido una de las «estrellas» de Lara, actuaba aquel año en el Español, en compañía del gran Pepe Santiago. Nieves nos pidió una comedia para su beneficio. Y Joaquina del Pino otra para el suyo, que iba a celebrarse con el estreno de una obra de los Quintero escrita expresamente para ella.

Aunque yo no compartiese la pasión de Alfonso por el teatro y «siguiera prefiriendo la novela», la verdad es que me ilusioné bastante con el fácil triunfo de *En familia* e imaginé que éste no era sino el primero de una serie que iba a hacer de nosotros una pareja fraternal de autores fecundos semejantes a la de Serafín y Joaquín. En consecuencia, mi colaborador y yo nos pusimos a escribir la comedia para Nieves Suárez y el acto para Joaquina del Pino «a todo tren», mientras planeábamos un drama para «doña María y don Fernando».

Lo más urgente era el acto para la Pino. En horas veinticuatro —o poco más— estuvo hecho. Se titulaba *Nunca es tarde* y debería representarse a continuación de la obra de los Quintero, *La consulesa*, en cuyo estreno pasaron «cosas» que no quiero dejar de referir.

[11]
EL «PATEO» DE *LA CONSULESA*. REFLEXIONES AMARGAS SOBRE EL TEATRO*

Del estreno en Lara de *La consulesa*, comedia en dos actos, de los Álvarez Quintero, deduje varias consecuencias: la principal que el público, el que se encuentra —o se encontraba— en los teatros de Madrid las noches de las primeras representaciones, era un conglomerado humano terrible por la versatilidad de sus gustos y la vehemencia en la expresión de ellos. Vehemencia que en algunos casos parecía un frenesí desatado por las furias del rencor y la venganza, pues dijérase al escuchar los silbidos, el pateo y las voces coléricas de ciertos espectadores que el autor había ofendido al público en su honra y al público sólo le faltaba «lavarla con sangre». Deprimente espectáculo. Ya eran famosos, famosísimos, los Quintero; ya habían dado a nuestra escena obras perdurables; en aquel mismo teatro de Lara habían sido aclamados muchas noches; tenían, pues, derecho —pensaba yo— a la consideración del público, a que éste, cuando una de sus comedias no le satisfacía, expresara su descontento absteniéndose de aplaudir. Pero no… Entre las malas costumbres madrileñas de aquel entonces figuraba la de considerar las noches de estreno en los teatros como algo parecido a una batalla o un juicio de Dios… El combate se establecía entre la sala y el escenario. Los proyectiles eran las palabras. Si el autor había tenido la fortuna de formularlas a la medida de las orejas del auditorio y los actores las transmitían con acierto, la victoria del autor era probable. Digo probable y no segura, porque, según la obra, eran batallas en varios tiempos, como la de Waterloo, y el triunfo no se decidía hasta el final del último acto.

El público, además de combatiente, provisto de las armas de sus pies para echar al foso, bien trituradas, las comedias, venía allí como un juez inexorable a imponer crueles castigos, pues no podía haberlo más duro para el autor que el de ver retirada al tercer día su obra de los carteles, tras el consabido vapuleo de los críticos.

* Capítulo L del segundo volumen de las *Memorias*.

Estoy refiriéndome a un estreno en 1914. Dícenme —porque ni entonces fui «estrenista» ni ahora lo soy— que actualmente la representación inicial de una comedia, drama, zarzuela o revista, se desarrolla en Madrid en un ambiente amistoso. «Se regala el teatro.» Quiere decir que los espectadores, amigos de la empresa o del autor, y colegas de éste, «no han pasado por la taquilla» y están allí por invitación. En lugar de un *cock-tail* o de una cena fría se les ofrece una comedia. Perfectamente. El que no la encuentra de su gusto se calla: es regla de buena educación. Me permito opinar que también contribuye a que el público de los estrenos teatrales de Madrid sea en 1952 menos ruidoso, menos arrebatado y «mejor educado» que el de las primeras décadas del siglo el hecho de que Madrid ha alcanzado demográficamente la categoría de gran metrópoli, y en las ciudades que pasan del millón de habitantes —Madrid marcha hacia los dos— el público, por más mezclado, es menos coherente: el provinciano es tímido, el extranjero «no está en su casa», el madrileño mismo es menos familiar… De todo ello resulta que el tipo del «estrenista que paga y pega» y el del «reventador» son cada día más insólitos en los teatros. La pasión, el frenesí, se reservan ahora para el fútbol.

Sean atinadas o no estas consideraciones, la verdad es que estrenos tempestuosos y «catastróficos» como los de antaño no se presencian en el Madrid de los hoteles que se llaman Ritz, Palace, Astoria, Crillon y de los rascacielos de la Gran Vía y la plaza de España. El de *La consulesa* no fue, ciertamente, de tanto estrépito y escándalo como el de la comedia musical *Margot*, de Turina y Martínez Sierra, en la Zarzuela —en el que sólo faltó agredir corporalmente a Gregorio—, o como los de don Sinesio Delgado en Apolo, pero tuvo el cariz de una conjura contra los Quintero, de los cuales se decía que cobraban en la Sociedad de Autores «los más elevados trimestres». Y esto parece ser «que no podía tolerarse»…

Ello es que el primer acto de *La consulesa* —en el que lucía sus dotes de actriz y su majestuosa hermosura Joaquina del Pino— pasó apuradamente y que en el segundo no tardaron en insinuarse los siseos y las toses que preceden al momento en que los espectadores inconformes se sienten caballos o mulos y comienzan a piafar sobre el piso del teatro. Con el pateo se entreveran risas, chistes rara vez ingeniosos y voces de «¡Fuera!», «¡Vámonos!» y «¡Esto es intolerable!». Al reventador no le basta

«con meter los pies», sino que «mete también el bastón». Los caricaturistas representan a este espécimen de la «fauna teatral» madrileña con una cara de antropoide, unos terribles bigotes retorcidos como cuernos y un garrote en la mano. De tal modo se consideraba que el «reventador» podía ser un verdugo y un estreno una ejecución que cierto foliculario, en no sé qué periódico, publicaba las declaraciones que recibía de los autores antes del estreno con el título de «El autor en capilla». Nada, que el pobre autor era un ajusticiado en potencia: sólo el éxito podía absolverle.

Pues bien, a mí todo esto me parecía odioso, repugnante, y la idea de que alguna vez me «ajusticiaran» cubría de sombras mis ilusiones de dramaturgo bisoño, alimentadas por el fácil éxito de *En familia*.

Como ya anticipé al lector, la misma noche del estreno de *La consulesa* se presentaba al público la piececita que Alfonso y yo habíamos compuesto para el beneficio de Joaquina del Pino. Esta admirable actriz, la gran Leocadia Alba, Ramón Peña y Salvador Mora eran los personajes únicos de aquel acto breve, cuyo tema no podía ser más simple: una solterona (Joaquina), resignada o no a dejar de serlo, que de pronto encuentra un adorador (Ramón Peña), el cual la pide en matrimonio a sus padres (Leocadia Alba y Salvador Mora). Ni en teatro, ni en novela, ni en manifestación alguna de las artes, hay asunto trivial si el que lo trata acierta a expresarlo en tal forma que parezca nuevo. Las manzanas serán siempre manzanas, pero existe «la manzana de Cézanne». Fue sin duda lo que nos pasó a Alfonso y a mí con aquella mínima comedia, porque desde las primeras frases entre Leocadia y Joaquina, «se dibujó» su éxito, igual al de *En familia*. Ahora bien, entonces, cuando recibíamos las ovaciones, y tiempo después, cuando recordábamos el estreno de *Nunca es tarde*, Alfonso y yo estuvimos conformes en que muchos de aquellos aplausos envolvían la aviesa intención de molestar a los Quintero, marcando el contraste entre *La consulesa*, que «habían tirado al foso», y *Nunca es tarde*, que remontaban a las nubes… Tan patente era la mala intención, que equivalía a decir a los ilustres autores: «Ya veis, estos dos noveles valen más que vosotros», que mi colaborador y yo, avergonzados e indignados, no quisimos ser cómplices de la conjura contra los Quintero. Tres veces se levantó el telón al final de *Nunca es tarde* y Alfonso y yo nos negamos a salir a escena, no obstante los empujones que Serafín y Joaquín, que estaban entre bastidores

con nosotros, nos daban, diciéndonos: «¡Vosotros, salid! ¡Aprovechad esta ovación!». Al levantarse el telón por cuarta vez, Peña y Mora vinieron a sacarnos «a la fuerza» y fue, lectores, un delirio de bravos y de aplausos.

Entre las sorpresas y las malicias del teatro, figura esta de «hinchar el perro» de un autor para enflaquecer el de otro. Raro es el de gran fama y de «los que dan dinero» y lo ganan que no ha tenido que luchar contra la envidia. Los Quintero, como Benavente, como Arniches, como Martínez Sierra, como —en su género jocoso— Muñoz Seca, eran precisamente eso: «autores envidiables». Envidiados, claro está, por colegas suyos que aspiraban «a no ser menos que ellos» y por los que no eran nada y son los peores, porque no hay cólera más temible que la oculta en la pobre alma del inepto y el impotente. También en más de un crítico inexorable hay un dramaturgo frustrado en cuyos oídos un «pateo» suena más melódicamente que una sonata de Mozart.

No quiere decir nada de esto que no haya obras, aun de los autores más eminentes, que no sean «una equivocación»; o que, por tales o cuales razones, vayan contra la sensibilidad del público. Autor y público se equivocan. Y con respecto a los autores ilustres —compositores, escritores o poetas—, la historia universal del teatro nos dice que las equivocaciones del público son más frecuentes que las suyas. Es el caso famoso de *Carmen* en la capital de Francia, y el de *Las flores*, la encantadora y quizás la más bella comedia de los Quintero, entre nosotros.

Todas estas reflexiones nos las hacíamos Alfonso y yo la noche de *La consulesa*, al volvernos a casa con nuestro segundo éxito de Lara en el bolsillo.

—Si a mí me ocurre —decía yo— lo que les acaba de ocurrir a los Quintero, no escribiré una línea más para el teatro. La crítica puede ser igualmente hostil o favorable para el novelista que para el dramaturgo, pero si el primero no escucha los aplausos tampoco sufre la agresión de los espectadores transformados en reptiles que silban y en caballos que piafan. Tardaré en olvidarme del «pateo» de *La consulesa*.

Alfonso replicó:

—Eres un pusilánime, Alberto. Serán todo lo desagradables que quieras espectáculos como el de esta noche, pero ¿crees tú que Serafín y Joaquín van a arredrarse? Mañana mismo se pondrán a proseguir la comedia que tienen en el telar. La vocación

es el escudo del hombre de teatro. Pase lo que pase y mientras haya quien se las estrene, escribirán obra tras obra, alternando triunfos y derrotas, acíbares y mieles. ¡También a nosotros, prepárate, nos «patearán»!

Este vaticinio me estremeció. Aquella noche, en sueños, no escuché el eco de los aplausos de *Nunca es tarde*, sino el ruido isócrono de los bastones y los pies al bajar el telón en el estreno de la obra de los ya gloriosos Serafín y Joaquín.

[12]
EL BLASCO IBÁÑEZ DE LA RUE DAVIOUD EN EL PARÍS PANGLOSSIANO DE LA PRIMAVERA DEL 14*

Hasta fines de junio duró aquella temporada mía de París que fue —¡quién me lo hubiera dicho!— la última del «mundo sin pasaportes» y de la «dulce Francia de la paz». En París, instalado en un hotel particular del barrio de Passy, no lejos del bosque de Bolonia, me encontré a Blasco Ibáñez, que retornaba definitivamente, pero no *vincitore*, de la República Argentina. El hotel era de dos pisos, con techumbre de pizarra y columnas dóricas en el pórtico. Blasco había sentido siempre una gran afición a los bustos, las estatuas y las ánforas, pero como el asunto del arroz en Corrientes no le había hecho millonario, en el jardín que precedía al hotel sólo pudo colocar Venus y Dianas, Apolos y Mercurios de yeso, muy bien patinados, eso sí. Césped y flores no faltaban. Había perrera, sin perro, y algo así como una «pérgola» al estilo italiano. El hotel formaba ángulo entre dos calles, y sin ser suntuoso daba la impresión de estar habitado por gente rica.

No creo que entre los dos pisos tuviese más de seis habitaciones, sin contar la pequeña antesala. La más amplia de todas, en el bajo, era el comedor, cuyos muebles —el aparador, la mesa, el trinchero, las sillas—, en una madera verdosa y veteada y de un estilo innominado y moderno, debían de provenir de alguna almoneda. En ese comedor y frente a un *homard à l'américaine* servido por la casa Prunier, coincidí con Bonafoux, mala lengua y pluma venenosa, que nunca me había sido simpático. Era de esos hombres «que se meten con todo el mundo», que se creen Juvenales o Marciales y no pasan de maldicientes en prosa sucia. Otras veces los invitados éramos, exclusivamente, Renée y yo. La cocinera, francesa, preparaba unos arroces a la valenciana, siguiendo las instrucciones de Blasco, que podían comerse. No faltaba jamás en aquella mesa el buen queso de Brie, la pasión gastronómica del novelista.

* Capítulo lii del segundo volumen de las *Memorias*.

En el piso alto hallábase la alcoba, también de muebles claros, con una cama de matrimonio, cortinas de raso, *bergères* y reproducciones de las pinturas galantes de Fragonard y Watteau. El despacho era la habitación más reducida, pero tenía ventana sobre el jardín y en las paredes algunos dibujos de Sorolla y fotografías de lienzos de Velázquez y Goya y de varios maestros del Louvre. No había ningún cuadro original, a no ser unas «manchas» de Emerenciano, pintor amigo y paisano del dueño de la casa.

Este Blasco de la Rue Davioud vivía en cierto modo una «época balzaquiana». Tardaría aún algunos años en ser el de la Villa Fontana Rosa, en la Costa Azul. Quiero decir con esto que su situación económica no era muy boyante y que la liquidación de sus empresas en la Argentina le daba más de un disgusto. Pero con todo, sentábase a buena mesa, vestía con cierta elegancia y en un palco de la Ópera había siempre un sitio preferente para él. No ignorábamos Renée y yo sus relaciones, *son amitié amoureuse*, con una distinguida dama chilena, de gran fortuna, a quien más tarde se uniría en segundas nupcias.

Nos veíamos a menudo y hablábamos de todo, consumiendo él, como de costumbre, la mayor parte del diálogo. Siempre me resultó difícil hallar un resquicio en su elocuencia para introducir mis opiniones. Era uno de esos hombres, como Unamuno, «que no dejan hablar al otro», que se creen oráculos y no admiten réplicas. Pero, así como el despotismo oratorio de Unamuno solía impacientarme, la verbosidad de Blasco, llena de metáforas luminosas, de giros pintorescos y de tal cual interjección desvergonzada, me divertía mucho. Por donde yo, a quien también le rebullen y le fluyen las palabras, tardaba a veces una hora en decir «esta boca es mía», realmente interesado con el soliloquio del gran escritor, quien, de otra parte, me inspiraba bastante respeto, ya que su edad y su fama eran harto superiores a las mías.

Además —y esto me parece muy importante— en los monólogos de Blasco no aparecía en ningún momento el doctor, el profesor, ni el *poseur*. Todo era espontáneo, improvisado, fresco. No era hombre «que se repitiese», que poseyera un repertorio de frases y de sátiras en conserva para colocarlas en el instante oportuno. Y por si no bastara, en su conversación intervenía la risa en forma de carcajadas estrepitosas, que eran la expresión de su menosprecio o su desprecio por muchas personas o

cosas que acaso fueran respetables. Su egolatría era absoluta. Se consideraba el primer escritor latino de su época, y el único en quien parecía ver un rival en la vida literaria de Francia era D'Annunzio. El cual, en efecto, contaba con más traductores que él y le llevaba la ventaja del teatro: «¡Yo —decía— no quiero hacer teatro! Mis personajes los creo, los represento y los mato yo mismo. ¡Los cómicos me revientan!».

En realidad, aunque sus años de agricultor y colono en la Argentina no le hubiesen permitido aumentar el número de sus novelas, seguía siendo en Francia el único novelista español cuyas obras llegaban al gran público, mientras de Galdós veíase alguna en los viejos catálogos y de Unamuno, en tal o cual revista, este ensayo o el otro. De mí iban ya publicadas en francés unas cinco novelas, pero nada más lejos de su ánimo que considerarme un competidor. Nos separaban más de quince años de edad y un modo muy distinto de entender y practicar la literatura. De otra parte, Renée constituía entre nosotros un flexible lazo de amistad, pues yo —dada la predilección que ella sentía por mis libros— hubiese logrado fácilmente lo que jamás pensé: que no tradujera los de Blasco. Sobrábanle a él traductores, pero ninguno de la calidad de Renée, por el conocimiento que tenía ésta del castellano y su modo irreprochable de escribir en su idioma. Además, Renée le ayudaba a solventar ciertos asuntos que había dejado embrollados en la Argentina, y ella y yo, en cierta ocasión en que estuvo enfermo y sin parientes a su lado, le atendimos como si lo fuéramos.

Mi amistad con el autor de *La barraca* se mantuvo en estos términos de intimidad y cordialidad mientras permanecimos en París entre los años 14 y 18, y ya iré refiriendo anécdotas y sucedidos que estrecharon dicha amistad.

[…]

[13]
LA GUERRA: ALIADÓFILOS, GERMANÓFILOS Y NEUTRALES*

Desde hacía muchos años Renée y sus padres alternaban su veraneo entre Biarritz y Zarauz. La movilización general del Ejército y la Marina de su país les sorprendió en Zarauz, obligándoles a pasar la frontera en el primer tren. Alfonso y yo nos encontrábamos en San Sebastián para asistir al estreno por «los de Lara» y la compañía de Nieves Suárez de las dos obras con que habíamos iniciado nuestra aventura teatral. Despedimos en Irún a la familia Lafont. Renée esperaba todavía que el pacifismo de los socialdemócratas alemanes, en conexión con el de sus correligionarios franceses, fuera más eficaz que el belicismo de los *junkers*. Monsieur Lafont pensaba todo lo contrario. Según él, la guerra había comenzado el 28 de junio, con el atentado de Sarajevo, y había sido una temeridad no permanecer en su casa de París a la espera de los acontecimientos. Madame Lafont no decía nada. O, a lo sumo, «*Mon Dieu, mon Dieu*», suspirando. Estos buenos e inolvidables amigos arribaron a París el día 31 de julio por la mañana. En horas de la tarde de ese día llegó a San Sebastián la noticia del asesinato de Jaurès, semejante, por el *modus operandi* del asesino, al de Canalejas: un tiro a quemarropa y por detrás. Sólo que Canalejas lo recibía de pie, frente al escaparate de un librero de la Puerta del Sol, y Jaurès sentado en un café, de espaldas a la calle, junto a una ventana abierta. Escuchando la noticia no se me ocurrió más que decir: «Pobre Renée», porque supuse su consternación y angustia al enterarse de la muerte trágica de uno de sus ídolos. Para ella lo era el gran orador y político socialista, de quien había esperado hasta el último instante el milagro del mantenimiento de la paz. ¡Cuántas veces le había oído decir que entre él, Haase y Liebknecht —«sus colegas y amigos alemanes»— impedirían la catástrofe! He conocido pocas personas tan firmes en sus ilusiones como Renée. Por si no bastase para destruirlas entonces la muerte de

* Capítulo LIII del segundo volumen de las *Memorias*.

Jaurès, el 4 de agosto, en el Reichstag, al solicitar Guillermo II los créditos para la guerra, Hugo Haase —el sucesor de August Bebel— los votó, diciendo que anteponía los intereses de su patria a los de su partido. ¡Pobre Renée! Ya no le quedaban más que Liebknecht y la Rosa Roja, o sea Rosa Luxemburg, los fundadores de la Liga Espartaquista, que se habían propuesto redimir a todos los «esclavos del capitalismo».

Ante el hecho enorme de la guerra Alfonso y yo —ambos francófilos— reaccionamos de distinto modo. Yo me exalté. Alfonso no perdió la calma. El éxito de nuestras dos comedias en San Sebastián —pues, reformado el tercer acto, *Cabecita loca* «pasó como una seda»— siguió pareciéndole algo muy importante. Confirmaba el de Madrid. Otro tanto acontecía en varias provincias y había ocurrido con *En familia* en Buenos Aires y La Habana. Salvo el leve tropiezo del Español, «íbamos viento en popa». Y como yo un día, aquel en que los alemanes invadieron Bélgica, no me sintiese con ánimos para hacer nada en la obra que estábamos escribiendo, Alfonso puso en mí una mirada profunda y me dijo:

—Pero, vamos a ver, ¿es que sólo sientes la guerra? Pues también tienes que «pensarla». Y pensándola verás que, como tú no tienes en ella arte ni parte, es absurdo que te preocupe y absorba hasta el punto de impedirte escribir.

—Envidio tu serenidad —repuse—. Tengo la impresión de que tú has comenzado a seguir la guerra como una partida de ajedrez.

—En efecto, pero deseando que la gane Francia. Sólo que la ganará Inglaterra.

—¿Por qué Inglaterra?

—¡Porque —dogmatizó— la última batalla se gana siempre en el mar!

Estábamos en un buen hotel de la Concha, gastándonos alegremente las liquidaciones de la Sociedad de Autores, cuando la guerra vino a probarme que Alfonso era una mente reflexiva y egocéntrica y yo un desdichado sentimental. Para él lo primero —y conste que no lo digo en tono de censura— siguió siendo su persona, su dandismo, sus aspiraciones de escritor, su clavel en la solapa. Después, sí, la guerra: las hipótesis sobre el desenvolvimiento de la guerra. En cambio yo «estaba deshecho». Es decir que no era yo, que mi pobre yo se había perdido como un átomo en la inmensa tolvanera de Europa.

Ya eran beligerantes siete naciones: Alemania, Austria, Francia, Bélgica, Inglaterra, Servia, Rusia. La Tríplice en pie. En la Cuádruple, el enigma de Italia. Nada, por el momento, autorizaba a temer que nosotros los españoles nos viésemos complicados en la guerra. No bien declarada nos dividimos en germanófilos y aliadófilos, apasionadamente. Comenzaron las batallas verbales en los cafés, las barberías y los casinos y los combates de tinta en los periódicos. Entre los aliadófilos, unos lo eran por admiración a Francia, otros por temor a Inglaterra y en alguno de ellos —como en el monárquico Romanones y el republicano Lerroux— se insinuaba el intervencionismo. Ya se cuidaría el Gobierno, que presidía el prudente y sagaz Eduardo Dato, de mantener la neutralidad «contra viento y marea». El viento podía soplar desde Londres, la marea llegarnos del Quai d'Orsay. Pero no, España no cedería bases navales, ni sacrificaría uno solo de sus hombres en una guerra que no le afectaba directamente y en la que figuraban países que allá, en el fondo más o menos lejano de la Historia, habían sido rivales suyos. A mí, por ejemplo, podía parecerme muy borroso el cuadro histórico de la invasión napoleónica, pero en la mayoría de los españoles este cuadro, de repente, se presentó tan próximo y tan vivo como el de *Los fusilamientos de la Moncloa*.

Yo —debo declararlo con sinceridad— me sentía intervencionista. Hubiese querido que España se alistase al lado de Francia e Inglaterra. Al regresar a Madrid, en los primeros días de septiembre, después de la batalla del Marne —que habría de producir la «guerra de posiciones», la guerra larga—, encontré a mi padre muy filosófico.

—Comprendo tu emoción —decíame—. Llevas ya una buena parte de tu juventud vivida en Francia, sobre todo en París, en ese París donde contrajiste buenas amistades y que te ha puesto una dedada de miel en los labios con la traducción de algunas de tus novelas. No quiero oponerme a tu modo de sentir, pero no deberá sorprenderte que no coincida con el mío. Yo no soy germanófilo, ni aliadófilo, sino español a secas, muy a secas, por donde resulto impermeable para todo lo que no sea lo que entiendo convenirle a España y que es, simple y paladinamente, en este caso, proclamarse neutral. Y no —aclaró— por rencores históricos, que, si a eso vamos, mayores que los que podamos alimentar nosotros contra Inglaterra y Francia son los que éstas tienen entre sí, sino porque no…, porque nada iríamos ganando en la aventura. Ahí tienes a Italia comprometida en un pacto con los imperios centrales y di-

ciendo que *ferá da sé*. Pues no seamos más papistas que el Papa. Quiero decir, no lo seas tú; no escribas nada de tendencia intervencionista y prosigue con entusiasmo tu labor literaria, alternando la novela con el teatro, ahora que las puertas de éste se entreabren para ti. No sueñes con imposibles, no sufras por dolores que no provocaste.

—Pero una guerra de esta magnitud —dije— ¿no es un dolor universal?

—Toda guerra es un dolor. Y no me lo preguntes a mí, que todavía me sangra por dentro la que perdimos en el 98, ante, no lo olvides, una Europa indiferente u hostil. ¿Qué hicieron en aquella ocasión por España las grandes potencias europeas? ¿Sabes de algún voluntario francés en las guerrillas españolas del campo cubano? ¿Y qué hizo Inglaterra por moderar el *Vae victis* de los norteamericanos sobre nosotros? Reflexiona. Repasa la Historia. No es sólo Trafalgar, no es sólo el 2 de mayo. Mira más lejos: son los filibusteros franceses en nuestras Antillas y los marinos ingleses saqueando nuestros galeones, invadiendo nuestras provincias americanas.

—Pero —aduje— sin Wellington no hubiéramos vencido a Napoleón.

—Es verdad. Pero una Francia dueña del mundo no podía convenirle a Inglaterra. Inglaterra persiguió a Napoleón en todas partes.

Puestos a emplear argumentos históricos, llevaba yo siempre con mi padre las de perder. Además, dentro de la Historia él veía mejor lo oscuro que lo claro, los choques bélicos y las maquinaciones políticas contra España de ingleses y franceses, entonces unidos con los rusos para impedir la hegemonía de Alemania. Para él Francia seguía siendo la napoleónica, Inglaterra la depredadora de Gibraltar, y en toda época —insistía— «adversarias nuestras, envidiosas de la gloria del descubrimiento y la conquista de América», sólo de la gloria, que era lo único que no podían quitarnos, «porque del provecho siempre habían tratado de apoderarse bucaneros del Caribe y las invasiones de sus piratas convertidos en almirantes». El patriotismo de mi padre era de tal índole apasionado que no le permitía deducir el tanto de culpa que los monarcas españoles y sus validos y ministros pudieran tener en los diversos episodios que concurrían a formar el drama del derrumbamiento de nuestro imperio.

Yo renunciaba a discutir. Yo no podía oponer a sus «razones históricas» sino sentimientos demasiado personales. Yo quería a Francia por su cielo, por sus ríos, por sus poetas, por sus mujeres. Para mí Francia, en primer término, era París. Y la sola idea

de que París fuese invadido y devastado por los alemanes victoriosos me angustiaba y, en cierto modo, me enloquecía. Porque no podía yo estar «en mis cabales» al concebir proyecto tan absurdo como el de alistarme en la Legión Extranjera —¡yo, que en mi vida había disparado un revólver y odiaba todo género de violencia!— para luchar «por los principios de la libertad». Y porque sólo una mente desquiciada como la mía, entonces, podía incurrir en aquella obsesión, en aquel «no pensar sino en la guerra» y sentirla en el alma, como un dolor propio.

Irritábame la actitud de mi padre, la tranquilidad con que leía los comunicados de la guerra, su modo de decirme «calma, calma», cuando algún suceso de la campaña era contrario a la fortuna de los aliados. Las polémicas de barbería, círculo y café entre aliadófilos y germanófilos me exasperaban, hasta el punto de aislarme durante días y días en mi casa o de pasear solo por el solitario parque del Oeste. Las cartas de Renée me traían una imagen directa y palpitante del conflicto y su emoción en «aquel París milagrosamente salvado por la victoria del Marne». Victoria que para los críticos germanófilos de los periódicos españoles no era sino una retirada estratégica de los ejércitos de Von Kluck y el Kronprinz. Lo cierto era que la guerra «corta y alegre» concebida por la ilusión germánica se convertía en una guerra «larga, triste y sucia» de hombres-topos. Y con amenazas de ir socavando fronteras hasta trocarse en una guerra universal.

[14]
CLEMENCEAU O EL GENIO DE LA TERQUEDAD. LOS GASES. ENCUENTRO CON SALAVERRÍA*

Aparte Albert Thomas, diputado con vitola de ministro, a quien sus correligionarios llamaban «el sucesor de Jaurès», yo no sabía de las grandes figuras de la guerra, por el lado de Francia, más que por sus discursos en el Parlamento, sus declaraciones o artículos en la prensa, sus retratos en los periódicos y tal cual aparición en los «documentales» cinematográficos de la época. Para ver a algunos en carne y hueso me hubiese bastado con subir a la tribuna pública del Palais Bourbon; pero, más que los oradores, me interesaban los luchadores: los generales que dirigían la campaña y los escritores políticos, como Clemenceau y Maurras, que diariamente luchaban con Anastasie, que este nombre, no sé por qué, se asignaba a la Censura. Conocía, es cierto, a Barrès, pero Barrès, para mí, era *une amitié d'avant-guerre*. No obstante sus artículos en *L'Écho de Paris* —alternando en la primera columna con el *leader* católico Albert de Mun—, yo seguía viendo en él al autor de *El jardín de Berenice* y sobre todo de su libro sobre Toledo y el Greco, que yo había tenido el honor de traducir a nuestra lengua. Pude pedir a Barrès cartas de presentación para determinados personajes, pero parecíame no tener derecho a ello, ya que no se trataba de «entrevistarlos» e insertar sus declaraciones en algún periódico, sino de satisfacer el deseo de verles de cerca y de escucharles, pues muchos de ellos estaban destinados «a pasar a la Historia» o, por lo menos, «estaban haciendo la Historia». Este interés subjetivo no era suficiente para hacerme presentar a los generales, ministros, parlamentarios, escritores y periodistas de fuste que intervenían, cada cual a su modo, en el drama de la guerra.

¿Con qué cara me presentaba yo ante Clemenceau para decirle: «Quería ver si el "Tigre" —que no siempre ha de ser el león— es tan fiero como lo pintan. ¿Cuándo concluye usted de devorar a Briand y a Poincaré?»? No. Para lo que yo deseaba era

* Capítulo LX del segundo volumen de las *Memorias*.

necesario un título: el de periodista, el de corresponsal en París de un diario de importancia. Como, por ejemplo, el de Gómez Carrillo por *El Liberal*, o el de José María Salaverría por el *Abc*.

Envidiaba, en cierto modo, a Gómez Carrillo. Tenía acceso a todas partes, conocía a todo el mundo. A Salaverría —noble escritor y articulista excelente— no le envidiaba, en esto de representar en París al periódico más difundido de España, porque, habiéndole encontrado una tarde en la calle Soufflot, con su mirada gris y triste puesta en la cúpula del Panteón, me dijo que tenía «sus más o sus menos» con la Prefectura. Yo había leído en Madrid algunos de sus artículos, en los cuales se reflejaban sus opiniones políticas, que no eran precisamente las que hubiesen complacido en el Quai d'Orsay. Como Benavente y Ricardo León, Salaverría figuraba en el grupo de los escritores germanófilos, si bien, hallándose en París e investido de una función informativa, procuraba mantenerse «en una esfera neutral». Esto lo hacían harto posible su gran talento y su indudable hombría de bien. Pero ocurre que los sentimientos íntimos, por profundos que sean, por mucha voluntad que se ponga en mantenerlos ocultos, salen a la superficie y, sin que lo note el que escribe o el que habla, descubren su verdadero modo de pensar.

No creo que escribiera nada ofensivo para los franceses, pero es que los pueblos, en las circunstancias dolorosas de las guerras, están, por decirlo así, en carne viva y a lo que es objetividad o neutralidad llaman animosidad, hostilidad, y si entre compatriotas se admiten la crítica, la censura, la polémica y el libelo —¡pues así que no les daba zarpazos Clemenceau a Poincaré y a Briand, y que Maurras y León Daudet no aullaban cuanto querían contra la Tercera República!—, en cuanto un extranjero se permite algo por el estilo en letras de molde —como en el caso de Salaverría—, llega a su casa un agente policíaco para indicarle la conveniencia de elegir entre «cambiar de tono» o tomar el camino de la frontera.

A Londres había tenido que trasladarse el dicaz y procaz Luis Bonafoux por haber aplicado en una de sus crónicas para el *Heraldo de Madrid* un epíteto irreverente a su majestad la reina de los belgas. Bonafoux era un humorista escatológico y un hombre atravesado y José María Salaverría un alma delicada y una pluma pulquérrima. Pero la Prefectura no distinguía estos matices. Al menor asomo de germanofilia en un

artículo de un corresponsal extranjero comenzaba a vigilar a éste como a un sospechoso de espionaje o agente de la propaganda berlinesa. En general, los corresponsales españoles estaban «fichados» según los informes de la Embajada de Francia en Madrid y el cónsul de Barcelona. En cuanto a nuestros periódicos, había una «lista negra» en la cual, hasta entonces —y sobre esto tendré algo más que decir—, no figuraba el representado por Salaverría en Francia.

Según mi modo de sentir en aquellas circunstancias, donde hubiese estado muy bien Salaverría era en Berlín. Yo en su puesto y en París no habría tenido el menor disgusto, porque, precisamente, me encontraba en París «por mi gusto y a mi gusto», ya que sentía la causa de Francia como un francés, y no de los del grupo de Caillaux, o del «derrotismo» de Madame Cazes, sino como un buen patriota cualquiera. No se explicaría esto de «sentirme francés» —sin el sacrificio más leve de mi condición española— si no fuese por la idea, cada día más firme en mi mente, de que Francia estaba luchando por los motivos de la libertad y la justicia comunes a todas las patrias. «Los aliados —decíame yo entonces— defienden a todo el mundo. Los alemanes quieren dominar al mundo.» La explicación no podía ser más arbitraria, pero repito que alcanzaba en mi espíritu la fuerza de los dogmas. He aquí por qué ninguno de los hombres públicos —militares, políticos, escritores— de aquel período de la vida de Francia me parecía representar la virtud del patriotismo con tanto brillo como Georges Clemenceau. Sus artículos en *L'Homme Enchaîné* (*El hombre encadenado*, antítesis del título original de su periódico: *L'Homme Libre*), cuando Anastasie no los dejaba en blanco, eran para mí como el Evangelio. Solía comentarlos con Renée y su padre. La primera, no obstante su inclinación al socialismo, era más «clemencista» que Monsieur Lafont. Éste, siempre ponderado, establecía un paralelo entre las virtudes y los defectos de Clemenceau. Decíame, *verbi gratia*:

—Para mí sus mayores defectos son su tozudez y su terrible afición a la crítica epigramática. Hace los chistes más crueles, aun a costa de sus mejores amigos. Más de una batalla política la perdió por su mala lengua. Su espíritu burlón es implacable y como todos los grandes satíricos con frecuencia es injusto. Ha sembrado muchos odios, antipatías y rencores… Todo lo contrario de Briand, que es lo que nosotros llamamos *un charmeur*, un hombre que se mete a la gente en el bolsillo, como dicen en

España. Mire usted, cuando a Clemenceau se le clava una idea en la cabeza, ni a Hércules le sería posible arrancársela. Es el genio de la terquedad. Durante muchos años fue anticolonialista por estimar que Francia no debía distraer sus soldados ni su dinero, que necesitaba para la defensa del país, «en expansiones de un imperialismo pernicioso». Recuerdo esta frase suya como si la estuviera leyendo. Desprecia a Napoleón. Francia «sólo le debía males a ese trágico aventurero». Otro de los factores negativos de su carácter es su impaciencia. No deja madurar sus proyectos, «no consulta jamás con la almohada». De ahí ciertas precipitaciones y ciertos errores en su política, que luego, ante la inminencia de una catástrofe, se ve obligado a rectificar. Pero todos estos defectos —proseguía Monsieur Lafont— están altamente compensados por sus dos grandes virtudes: su amor a la verdad y su pasión por Francia…

—¡Ah, sí! —confirmaba Renée—. Su amor a la verdad quedó maravillosa, heroicamente demostrado en el asunto Dreyfus. Sin él, sin su pluma, sin su palabra, de nada hubiesen valido las revelaciones del coronel Picquart y el pobre Dreyfus se hubiese podrido en la Isla del Diablo.

Diálogos como éste aumentaban mis deseos de conocer a Clemenceau, lo que hube de lograr más adelante y en la forma que no dejaré de comunicar a mis lectores.

Entretanto, en el *petit appartement* de la calle de Jussieu eran frecuentes mis instantes de sosiego, de paz espiritual, de evasión de las inquietudes y tribulaciones de la guerra, gracias a una lectura, a una visita amable, a un ramo de rosas que perfumaba las dos habitaciones y, a veces —¿por qué no decirlo?—, a una botella de champaña compartida amistosamente. La guerra, estando tan próxima de París, se me borraba durante aquellas horas de la imaginación. El «parte del día», impreso mañana, tarde y noche en los periódicos, venía a «recordármela». Y los comentarios de los críticos militares —en su mayoría paisanos— me desorientaban más bien. No sabía uno a quién atenerse, a cuál considerar un oráculo, no sólo porque cada uno de ellos disponía de su receta para ganar la guerra —«¡Cañones, municiones!», clamaba constantemente en *Le Journal* el diputado Charles Humbert—, sino porque la tendencia o postura política del crítico se reflejaba lógicamente en sus comentarios. No era lo mismo seguir la campaña desde las columnas de *L'Humanité* que desde el «púlpito» de *L'Écho de Paris*. Además, había unos críticos siempre optimistas, que mojaban sus

plumas en una tinta color de rosa o «verde esperanza», y otros que lo veían todo negro y en el menor revés una catástrofe. A los primeros solían llamarles sus contrarios *bourreurs de crânes*, es decir, mistificadores de la opinión pública, a la que adormecían «con el opio de su prosa panglossiana». Y éstos les devolvían la pelota acusándoles de «derrotistas» y de vendidos a Alemania.

Lo cierto es que la guerra indefinida, sin término visible, ni siquiera conjeturable, permitía todo género de actitudes, desde la desesperada y como dispuesta a la capitulación hasta la que se elevaba a las cumbres del patriotismo no conformándose con nada menos que la victoria absoluta —*la revanche pleine*— sobre los germanos.

En junio de aquel año, una ofensiva franco-británica había intentado la ruptura del frente enemigo en el Artois, sin éxito. Antes, en abril, y por el sector belga de Yprés, hizo su aparición una nueva, inesperada y diabólica arma de guerra: el gas asfixiante, invento de los químicos del káiser y confesión palmaria de que sólo con soldados y proyectiles no podía ganar la guerra. Los belgas, los británicos y los galos no tardaron en prevenirse contra los gases. Unas caretas muy complicadas y con un tubo de oxígeno los inmunizaron contra aquel peligro. Se habló mucho de que los gases asfixiantes violaban todas las leyes de la guerra. Pero, aparte de que la guerra es la violación de la más humana de las leyes, del «No matarás», y de que la doctrina guerrera de Alemania era la de Clausewitz («al enemigo dejarle los ojos para llorar»), es cierto que los bombardeos aéreos de las ciudades abiertas los practicaban todos los beligerantes. Total, que en esto no cabían reproches, pues una vez desatadas las furias de la guerra, cada grupo combatiente se conducía como su contrario. De lo que se trataba era de terminar cuanto antes. ¿Y cuándo, cómo y dónde estaría la solución? ¿En las armas secretas? ¿En los submarinos de Von Tirpitz? ¿En el poder destructivo de la artillería aérea? ¿En la mente y la mano de un caudillo «milagroso», que por el lado de Francia pudo ser Joffre y que entonces parecía anunciarse con los nombres de Pétain y de Foch?

Alguna que otra noche, los *taubes* lograban burlar «la muralla aérea» de París y escupían algunas bombas sobre sus barrios. No faltaban, claro está, personas nerviosas que en los sótanos de las casas o las estaciones del Metro murmuraban entre dientes esta palabrita angustiosa: «*La paix, la paix*». Pero la aviación de guerra, entre los años 14 y 18, era más aparatosa que mortífera. Como en seguida demostraré.

[15]
BAJO EL CIELO SIN LUNA DE PARÍS*

Muy de tarde en tarde —quiero decir, de noche en noche— algún *taube* conseguía romper el cerco de la defensa aérea de París y los bomberos daban, con sus silbatos estridentes, la señal de alarma. Yo no me movía de mi alcoba. Y no por dármelas de Juan Sin Miedo, sino porque me parecía harto difícil que una bomba atravesara los siete pisos del inmueble en cuya planta baja tenía mis habitaciones. ¡Claro que si una bomba estallaba en el patio!… Esta hipótesis no me producía la más leve inquietud. «No va a estar pensando el aviador alemán —decíame— precisamente en apuntarme a mí.» Tal reflexión, absolutamente frívola, me bastaba para seguir leyendo —bien corrido el cortinaje de la alcoba— a la luz de mi lámpara, en espera de la otra señal, la de haber pasado el peligro, que anunciaba el tintineo alegre de la *berloque*. Entonces oía voces en el patio y en la escalera: los que se habían refugiado en los sótanos retornaban a sus casas. Y yo, cerrando el libro, me volvía a dormir.

En las noches de *raids*, los Lafont, que habitaban en un cuarto piso, se abstenían de bajar a la cueva. El ilustre catedrático optó, desde un principio, por meterse en la cama con su gorro de dormir y el volumen que le servía de narcótico. Para él como si no existieran aviones de bombardeo y no se librasen batallas más o menos estrepitosas bajo el cielo sin luna de París. Y no se figure nadie que Monsieur Lafont consideraba su actitud como un acto de devoción patriótica o un rasgo de valor personal. Decía simplemente:

—Las cuevas están heladas. Yo le temo más a una bronquitis o una pulmonía que a los proyectiles de los *taubes*. Además, mi sueño es letárgico. Y si una de esas bombas me diese en la nariz, ya me despertaría encantado en el otro mundo.

Madame Lafont, que nada tenía de humorista, ni de estoica, «hubiese bajado por su gusto». Pero su comprensión de los deberes conyugales la obligaba a seguir la pau-

* Capítulo lxi del segundo volumen de las *Memorias*.

ta de su marido. La buena señora me confesaba que el estridor de las sirenas de los bomberos —«*vraiment lugubre!*»— y el estrépito de las bombas la afligían profundamente. Y que mientras duraba el *raid* no hacía otra cosa sino temblar y rezar.

En cambio, Renée, siempre exaltada y *romanesque*, lo que hacía era cubrirse con su abrigo de nutria para asomarse a la ventana de su alcoba, que daba a un angosto *impasse* o callejón sin salida, «para seguir las peripecias del combate aéreo».

—Nunca me consolaré —decíame— de no haber nacido hombre. Y si lo fuera me habría hecho aviador. Matar o morir en las alturas celestes y no en el infierno de las trincheras. Será algo maravilloso, ¿no crees?

Yo no creía nada. La muerte, lo confieso, no me atraía en ninguna parte ni en ninguna forma. Yo no me hubiese asomado a la ventana como Renée.

No eran pocas las familias que, en tales ocasiones, procedían igual que los Lafont. Recuerdo a un matrimonio madrileño —ella una dama aristocrática y él un diplomático ilustre— que no había logrado ponerse de acuerdo en el modo de pasar las noches de *raids*. Porque ella prefería acostarse y él «salir»… Pero no salir, ascensor o escalera abajo, para introducirse en el sótano y esperar, leyendo o charlando con los vecinos, «a que pasara la cosa», sino para echarse a la calle, elegir un lugar adecuado desde donde contemplar «el fuego de artificio» y ponerse —como los *gavroches* temerarios— a recoger partículas del acero de las bombas. Era un fatalista y un humorista.

Todo esto, además de pertenecer a la Historia, pertenece —por así decirlo— a la prehistoria de la aviación como arma de guerra. Los aviones de bombardeo se han ido perfeccionando para hacerse más eficaces, es decir, más mortíferos, y los proyectiles que arrojan han adquirido un poder de penetración y destrucción tales que logran destruir ciudades y aun comarcas enteras. Entre 1914 y 1918, ¿quién hubiera podido presumir la bomba atómica? En tal época, en la retaguardia y en las noches de bombardeo por aviones o zeppelines, los accesorios defensivos de los que preferían bajar a los sótanos o refugiarse en las estaciones del Metro eran la lamparita eléctrica de mano, la silla de tijera, el sobretodo y el chal. No recuerdo haber visto a nadie en París, entonces, con la espantosa e incómoda careta contra los gases que, en más de una oca-

sión, tuve que ponerme en mis visitas a los campos de batalla. Y no creo errar en mis cálculos al establecer que en París más de dos tercios de sus habitantes imitaban a mis inolvidables amigos los Lafont.

Los casos en que esta actitud fatalista, optimista, patriótica, inconsciente —júzguela cada cual como se le antoje— tuvo consecuencias trágicas no dejaron de existir. Un redactor de la agencia Havas, amigo mío, y que era de «los que no bajaban», pereció en su cama y en su casa, al ser ésta totalmente atravesada y derruida por un obús. Tratábase, es cierto, de una casa muy vieja, de cuatro pisos, mas lo cierto es que, ya entonces, una bomba podía destruir un inmueble. También en el Metro, en la estación de la calle Bolívar, un torpedo aéreo produjo un centenar de víctimas.

Con todo, los parisienses no se empavorecían, ni apenas se asustaban. En la guerra como en la guerra… En algunos sótanos se colocaban alfombras, estufas, mesas y sillones y se proseguía la partida de *bridge* o de *bézigue*. O se charlaba, o se hacían girar los discos del gramófono hasta que la *berloque* de los bomberos y los guardias motorizados anunciaba el final del peligro. En ciertas *caves* del barrio aristocrático de la Estrella se improvisaban *dancings* durante los *raids*. Y en las populosas barriadas de Menilmontant, de Montparnasse y de Montmartre bastaba un acordeón para que el *poilu* con permiso se creyera en un *bal musette*.

Claro que resultaba más cómodo encontrarse en Madrid, en la Turena o en la Costa Azul. Porque hubo noches —más adelante— de dos bombardeos aéreos y hasta de tres, y todo el mundo no poseía el temple de nervios del sabio helenista, ni el alma aventurera de Renée, ni el buen humor del diplomático nuestro que coleccionaba, «tomados por su propia mano y todavía calientes», pedacitos de obús.

[16]
MI PRIMER ARTÍCULO PARA *ABC*. PRIMERAS NIEVES SOBRE PARÍS*

A MEDIADOS DE NOVIEMBRE DE 1915, en mi pisito de la calle de Jussieu, hacía yo mis primeras armas de periodista. Hasta entonces sólo había escrito y publicado en la prensa de Madrid crónicas literarias, ajenas a la actualidad; o bien hallando en ésta pretextos para divagaciones más o menos oportunas. Pero ahora se trataba de todo lo contrario: de hacer «un día sí y otro no», para el diario más leído de España, un artículo sobre la guerra desde uno de los grandes países beligerantes.

Y en aquella mañana de noviembre escribía yo, contemplando al levantar la pluma los copos de la primera nevada sobre París, mi primer artículo para *Abc*. Parecíame todavía «cosa de milagro» el verme investido de una función tan importante —así la consideraba— como la de "enviado especial" en París del periódico de don Torcuato Luca de Tena. De aquel *Abc* «que había nacido para ser diario» y cumplía entonces los diez años de su fundación. Yo no conocía sino de vista a don Torcuato. Algún cuento mío habíase publicado en *Blanco y Negro*, pero la ocasión de conocer al gran periodista no se había presentado aún.

Hallándome en Madrid, por razones familiares, pero con el propósito de regresar a Francia, aconteció que el puesto de corresponsal de *Abc* en París —que desempeñaba, en las condiciones que el lector ya sabe, José María Salaverría— quedó vacante y que, naturalmente, don Torcuato buscaba un sustituto. Así me lo dijo, en una de las visitas que le hice en su despacho de director de *El Liberal*, mi padrino en la religión literaria, don Alfredo Vicenti, preguntándome al mismo tiempo «si me gustaría colaborar en *Abc*». Le respondí afirmativamente, pues «no era yo de los que creían que el diario de don Torcuato fuese una tribuna germanófila, sino un espacio o ágora de la prensa nacional en que cada colaborador expresaba sus opiniones sin más lí-

* Capítulo LXIII del segundo volumen de las *Memorias*.

mites que los impuestos por el decoro en el lenguaje periodístico». Vicenti, tan aliadófilo —y anglófilo, sobre todo—, me contestó que así era, en efecto, y me dijo que hablaría por teléfono con Luca de Tena «proponiéndole mi firma».

Veintitantas horas después de este diálogo recibía yo una tarjeta de don Torcuato pidiéndome que le visitase en su casa de la calle de Ayala. Fui y no tardamos sino minutos en quedar de acuerdo. Luca de Tena, todavía joven, era hombre poco dado a circunloquios. Resolvía todo asunto con rapidez. No era de los del «veremos» o «lo pensaré», sino de los del «sí» rotundo y el «no» enérgico.

—Usted, en su sección —me dijo— es libre de manifestar sus sentimientos. Usted se convencerá de que ni yo ni *Abc* somos aliadófilos ni germanófilos, sino españoles. Mis colaboradores disfrutan de la más amplia autonomía. Ahora bien, la norma de mi periódico, en este caso de la guerra europea, es la misma del Gobierno y la mayoría de la opinión pública: la más estricta neutralidad. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Quedó concertado que yo le enviaría dos o tres crónicas a la semana para *Abc* y algún que otro artículo, con ilustraciones, para *Blanco y Negro*. No hubo contrato bilateral. Don Torcuato, al día siguiente de nuestra conversación, me mandó una carta, con las condiciones y precio de mi colaboración. Y esa carta equivalía a una escritura.

Antes de todo esto había yo pasado más de un mes en Madrid con mi familia. La cual deseaba que yo no volviese a Francia. A este deseo hubiera yo terminado por ceder sin la intervención de un azar que cambiaría durante más de cinco años el rumbo de mi vida literaria. Entre 1915 y 1920, adiós novelas, adiós cuentos. Artículos y más artículos. Me había pillado —como decía Vicenti— la rueda del periodismo, que ya nunca, del todo, habría de soltarme.

Pues bien, al trazar las líneas iniciales de mi artículo de prueba o estreno para *Abc*, no dejaba yo de sentir la preocupación «de quien hace algo que no había hecho nunca». Luca de Tena esperaba de mí no un relato novelesco, ni una divagación literaria, sino algo muy informativo y que reflejara la realidad del momento en Francia: una realidad vista y sentida por mí, naturalmente, y no copiada y «recortada» de los pe-

riódicos del país, como no dejaban de hacer algunos corresponsales, para quienes las líneas de fuego estaban entre la iglesia de la Magdalena y la plaza de la República. Ahora bien, esto de ser periodista y de cumplir mis menesteres de corresponsal me obligaba a consultar los periódicos, a visitar a ciertos personajes, a tener en mi mesa un mapa del «teatro de la guerra», a sustituir mis paseos por París, sentimentales y nostálgicos, por los de un señor que observa y hasta inscribe sus observaciones en un cuadernito.

Un par de días pasé repasando periódicos y no sin interrogar a mis dos oráculos —Monsieur Lafont y Renée— acerca de los episodios más trascendentales de la campaña. Al mismo tiempo recurrí a los recuerdos inmediatos, calientes todavía, como quien dice, de mi viaje entre la estación del Norte de Madrid y la del Quai d'Orsay, durante el cual yo me preguntaba «cómo iba a encontrar a los franceses». ¿Seguirían —con la excepción de los contagiados por el «derrotismo»— tan seguros de la victoria final como cuando los dejé? Porque yo había salido de Francia a raíz de una ofensiva victoriosa en Champaña y cuando, descartada la intervención de Bulgaria en la guerra al lado de Alemania y Austria, Grecia parecía reconocer en Venizelos al intérprete del sentir nacional y movilizaba su ejército al mismo tiempo que los búlgaros. Eran, pues, días relativamente claros y favorables. Los franceses, en un impulso vigoroso, penetraban por el sector champanés en la primera línea del enemigo y la diplomacia de los aliados ganaba en Atenas lo perdido en Sofía… Mas, de pronto, dimite Venizelos, Grecia proclama su neutralidad absoluta y los austroalemanes y los búlgaros no tardan en unir sus esfuerzos contra Servia, inútilmente heroica. Por el Palais Bourbon corren vientos tempestuosos. Francia desconfía de sus hombres políticos, hasta que vuelve a poner sus esperanzas en la figura de Briand. Por otra parte, la ofensiva en Champaña, tan brillantemente iniciada, se detiene y, sin dejar de ser fructífera y de significar un avance considerable del frente anglofrancés, prueba una vez más la poderosa organización defensiva del adversario.

En Italia sucede algo semejante con el ataque general de Cadorna. Los ingleses reconocen paladinamente su fracaso en la aventura de los Dardanelos, y en Londres, como en París, suben y bajan los ministros. Sólo de Rusia llegan noticias alentadoras: los soldados del zar vuelven al ataque, progresan en Galitzia y en Curlandia. Pero los ojos están puestos en los Balcanes. Se habría querido impedir «el holocausto de Ser-

via». Y la actitud de Grecia, ambigua, misteriosa, vacilando entre la política propiamente helénica de Venizelos y la orientación dinástica, que se dirige hacia Berlín, justifica toda la emoción e inquietud de Francia, que ha desembarcado en Salónica un ejército «del que no se sabe si ha caído en una celada o se encuentra entre amigos».

—Esto —le he oído decir a M. Lafont, el buen helenista y helenófilo— es de lo más extraño y desconcertante de la guerra. Francamente, es para que las naciones que han enviado tropas a Grecia sientan frío y cólera en el alma.

Tal era el curso de los sucesos en todos los frentes de la guerra cuando, tras una temporada familiar en Madrid, tomé el camino de Francia. Desde el punto y hora que yo era un periodista, un corresponsal, no podía ver las cosas vagamente, distraídamente, superficialmente, que acaso sea el mejor modo de verlas, pues eso de «desentrañarlas» se presta, en numerosas ocasiones, a desengaños tristes. Recuerdo muy bien aquel viaje que hice hasta la frontera en un tren casi vacío, pernoctando en Hendaya. A las seis de la mañana del día siguiente proseguí el viaje en otro tren no menos vacío. Pero no bien comenzó a alejarse de la frontera y a penetrar por sus ventanillas un sol pálido e indeciso, fue llenándose de viajeros en tal forma que en Burdeos y Poitiers le fueron añadidos varios coches. No había compartimiento sin militares: jefes y oficiales en la primera, clases y soldados en la segunda. Por los andenes de las estaciones iban y venían unos y otros, fundiéndose sus uniformes azules, pardos y grises en la misma austeridad de color, en la misma ausencia de dorados y adornos. Entre las boinas de los «alpinos» y los quepis de los «cazadores» veíanse aparecer los cascos de campaña de implantación reciente. Aquellos *casques Adrien* que eran sencillísimos, sin puntas ni cimeras llamativas y de un tono opaco y azuloso donde no podía reflejarse la luz y que, desde entonces, fueron incorporados al uniforme de campaña del soldado francés.

Después de los diques y las fábricas de Burdeos, por delante de los mástiles y de las grúas gigantescas, vi los rieles tendidos, los terraplenes, los postes, todo el aparato de un ferrocarril en construcción casi terminado que había de dar —si la guerra no llegaba hasta allí— mayor impulso al puerto del Garona.

A partir de Poitiers aquel tren fue un hervor de vida. Todos los viajeros charlaban, fumaban, leían periódicos y revistas. En la ruidosa segunda los *poilus* comían boca-

dillos de jamón, chocolate, peras y manzanas, bebiendo *à la régalade* —es decir, a chorro— el vino de sus cantimploras, porque no me pareció que contuviesen agua. En primera, en los grandes vidrios de los corredores, la saludable advertencia de Millerand, entonces ministro de la Guerra, recordaba al francés, de suyo parlanchín, que debía ser cauto y silencioso: «Callad… Desconfiad… Las orejas enemigas os escuchan». Pero el francés no callaba. O, al menos, mis orejas no debían de parecerles las de un enemigo, porque ¡vaya si oí cábalas y comentarios entre los militares en aquel tren!

—La guerra durará mucho tiempo —venían, en resumen, a decir todos—, pero no importa… Alemania tiene que vencer en todos los frentes y eso no es posible. Para que la victoria sea nuestra hay que hacer lo que ha dicho Lloyd George: «Echar los relojes a un pozo», no medir el tiempo. Quien más paciencia y más hombres tenga es el que vencerá. Y nosotros —no olvide el lector la época en que se dicen estas palabras—, con Inglaterra todavía incólume y nuestra fiel aliada Rusia inagotable en soldados, tendremos infinitamente más hombres que Alemania.

Nadie creía que la guerra pudiera decidirse en los Balcanes. «Aquí, en casa —proclamaba un sargento bigotudo—, es donde ha de resolverse.»

Una vez en París, y en varios días «de pulsar la opinión», pude comprobar que el pueblo francés, en su gran mayoría, pensaba lo mismo que el sargento. La frase de Briand: «La lucha hasta la victoria» era como el santo y seña de los franceses. Nadie, en público por lo menos, hablaba de paz. O si hablaba de ella era para referirse a los artículos de los dos grandes críticos alemanes de la guerra, Maximiliano Harden y Teodoro Wolff, reconociendo que Alemania «estaba todavía en buenas condiciones para pactar». Harden llamaba «la hora del Destino» a aquel momento de la guerra. Pero ni los aliados ni los germanos quisieron o pudieron escuchar aquella hora señalada por Harden.

Concluí mi primer artículo «para don Torcuato» viendo caer la primera nieve del año sobre París. ¡Cómo caería sobre las trincheras! La segunda campaña del invierno acababa de comenzar. Y eran muy pocos los que pensaban que sería la última.

[17]
LAS BELLAS SECRETARIAS Y LOS ESCRITORES DE LA MAISON DE LA PRESSE. ENCUENTRO CON JULIO CAMBA*

Había acertado. Mi primer artículo para *Abc* era periodístico. Así lo afirmaba en una carta que me escribió a vuelta de correo el señor Luca de Tena, felicitándome. Entre líneas leíase que él había dudado de que yo supiese respetar las normas del buen periodismo, que consisten, sencillamente, en «informar» al público de cualquier suceso o espectáculo con claridad, amenidad y concisión. De modo y manera que así como don Alfredo Vicenti me había armado articulista, incluyéndome, cuando yo tenía veinte años, entre los colaboradores «firmantes» de *El Liberal*, el ilustre don Torcuato, cuando eran mis años treinta y uno, me armaba periodista. Y fue grande mi satisfacción. La carta de Luca de Tena era para mí, al mismo tiempo, un estímulo y un programa. Yo pondría el mayor empeño en que todos mis artículos le complaciesen tanto como el primero.

No tardó en saberse entre los periodistas y escritores españoles que residían entonces, o estaban de paso, en París que yo era el sustituto de Salaverría como corresponsal del *Abc* en Francia. Blasco Ibáñez —que había dejado, por no sé qué motivos, su *petit hôtel* de la calle Davioud y trasladádose a un piso, más bien modesto, del barrio de Ternes— me dijo «que le parecía muy bien que colaborase en el periódico de Luca de Tena, siempre y cuando no me pusieran cortapisas». Gómez Carrillo, con su mirada verde y una sonrisita amarilla, me advirtió: «Tenga usted cuidado; ya sabe lo que pasó con Salaverría». Ni siquiera le respondí, porque él estaba perfectamente enterado de mis sentimientos francófilos. «Al *Abc* —añadió— es un milagro que ya no lo hayan puesto en la "lista negra".» A esto sí le respondí, diciéndole «que yo contribuiría con mis artículos a que el milagro continuase».

* Capítulo lxiv del segundo volumen de las *Memorias*.

Llevaría yo no más de un mes en mis funciones de corresponsal cuando una tarde, en el Boulevard Saint-Michel, vi a un joven que me pareció Julio Camba, y que era realmente el «genial humorista». Ya le llamaban así. Pero entonces escribía desde el país del «humor», de la niebla y del whisky artículos para el mismo periódico que yo: artículos en que, sin perder nada de su espíritu zumbón, informaba a los lectores de *Abc* de la actualidad londinense. Camba compró en un quiosco un número de *L'Humanité* y otro de *L'Action Française*. Porque siempre convenía «oír todas las campanas». Me dijo que el primer escritor y polemista de Francia era Charles Maurras y que allí cerca, con sólo cruzar el Boul'Mich, comeríamos en el *restaurant* Larivière, en la esquina de la Rue Monsieur-le-Prince, una de las mejores *bouillabaisses* de París. No pude, por estar invitado en otra parte, aceptar su convite, pero nos detuvimos alrededor de media hora en el café de La Source para tomar dos «oportos secos» y charlar amistosamente.

De los dos Cambas, Paco y Julio, mi más amigo era el primero. Con Julio había hablado pocas veces. Le recordaba sobre todo de sus tiempos de redactor en *El País*, viejo diario republicano, donde, en la sala de redacción, había un diván tan viejo como el periódico, que servía de cama algunas noches a un bohemio alto, flaco y dipsómano, del que yo sólo sabía que se llamaba Pedro Barrantes. El director de *El País*, don Roberto Castrovido, figura descollante del periodismo republicano, era contrahecho de piernas y andaba con muletas. Una noche, en su despacho, donde nos hallábamos Camba y yo, entró un perrito cojo y detrás del perrito, y casi en seguida, un gatito también cojo. «¡Caramba! —exclamó Julio—, en este periódico todos los animales son cojos.» Y el primero en reír a carcajadas el chiste fue Castrovido. Camba, a quien se lo recordé, se había olvidado del episodio. Y yo pensé que toda la doctrina de su humorismo podía concretarse en aquel chiste, que hizo reír a la propia persona objeto de su burla.

Los artículos de Julio Camba han sido siempre muy breves. Pero su brevedad no obedece a falta de tema, ni a penuria de imaginación, sino a algo «muy suyo»: a un modo de mandato o tijeretazo de su musa que le obliga a terminar el artículo cuando lo que tenía que decir en él está dicho, y lo demás, si lo pusiera, equivaldría a relleno o adorno. Camba confirmó mi parecer diciéndome: «Mi firma cae por sí sola en la cuartilla cuando debe caer. Claro que hay artículos míos que resultan más cor-

tos que la Salve». Y yo, con Gracián, repetí: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno».

Camba me dio a entender que hubiese preferido la corresponsalía de París a la de Londres. Fue un modo de proponerme el canje. Le respondí que yo en Londres «estaría perdido», pues en inglés sólo sabía saludar y pedir *meat and potatoes*; que no conocía a nadie allí, y «que yo, la verdad, muy anglófilo no era»… Nos separamos amistosamente y no volvimos a coincidir en ningún lado en todo el tiempo de la guerra.

Para informar y orientar a los corresponsales extranjeros se había fundado en París, desde el otoño de 1914, una Maison de la Presse, que dependía por entonces del Ministerio de Relaciones Exteriores y cuyo director, si no recuerdo mal, era por entonces un señor de apellido polaco, Klobukowsky, de pelo y bigote blancos y tez bastante oscura. Pertenecía a la Carrière, es decir al cuerpo diplomático de Francia, a la que había representado como ministro y embajador en varios países, entre ellos Rusia. Era un señor de unos sesenta años, elegantemente vestido, muy afable y con la sonrisa retozándole debajo del bigote.

Fui a visitarle. Me recibió en su antedespacho una secretaria *tout à fait jolie*. La Maison de la Presse no sólo disponía de un grupo de funcionarios *sui generis*, a los que habré de referirme en seguida, sino también de una bandada, por decirlo así, de secretarias y esteno-dactilógrafas, por lo general muy bellas, y todas, desde luego, peinadas y ataviadas primorosamente. Cada jefe de sección disponía de la suya, blonda o morena. En todas se comprobaba por el modo de sonreír, de hablar y de andar, su condición de parisienses. Podría haber nacido ésta en Marsella y estotra en Amiens… Tal *demoiselle* sería normanda o bretona, pero París, que es una ciudad-teatro, les había impuesto a todas su sello, o dicho más adecuadamente, su *chic*. Con sólo reunirlas y escribir para ellas unos *couplets*, con música de su colaborador Villemetz, uno de aquellos inteligentes funcionarios, el autor frívolo Bousquet, hubiese podido componer un número para alguna de sus revistas, que tantos centenares de noches triunfaban en el Casino o en las Folies Bergères.

Entrar en la Maison de la Presse para pedir informaciones de la guerra o solicitar la audiencia de un político era… olvidarse de la guerra y de la política. Había sido, indudablemente, un acierto de la propaganda francesa la instalación en el barrio más elegante y cosmopolita de París —el de los Campos Elíseos— de aquel organismo. Por su

extensión y decoración, la Casa de la Prensa era casi un palacio. O mejor dicho, un *palace*. Escaleras alfombradas, amplios ascensores, salas espaciosas, espejos en las chimeneas, *bureaux* de ministros y sillones en los que debía de ser muy plácida la siesta.

Para dotar aquel organismo de funcionarios competentes, no había pensado la Propaganda en hombres graves y vetustos, ni en mujeres con el gesto triste y el cabello gris. Al contrario: había elegido hombres jóvenes, de talento —algunos de gran talento—, y muchachas graciosas y elegantes. He olvidado sus nombres. ¿Qué más da que se llamasen Yvonne, Suzette o Marion? Pero los nombres de «ellos», ¿cómo podría haberlos olvidado si pertenecían todos, o casi todos, a escritores y poetas que eran ya, o lo serían muy pronto, célebres e ilustres? Allí estaba, en puesto de altura, Jean Giraudoux, que no tardaría en ser, por la novela y el teatro, una de las glorias más legítimas de las letras de Francia. Allí Edmond Jaloux, crítico y novelista, ya cuarentón, que había jurado no morirse sin entrar en la Academia y que luce el frac verde de sus ilusiones desde hace más de dos décadas. Allí el poeta y dramaturgo Paul Geraldy, a quien dos libritos pequeños, pero intensos, darían un renombre casi universal: *Toi et moi* y *C'est la guerre, Madame*. Allí otro que le daría la vuelta al mundo, con su persona y con sus libros: Paul Morand. Ya había publicado, creo, su *Ouvert la nuit*, esa puerta por donde salió con todas sus joyas y sus vicios el París nocturno que se divierte y se aburre. Allí, yendo de una oficina a otra, con sus pasos de bailarín, un escritor muy simpático e ingenioso, Francis de Miomandre, que leía en español a sus colegas españoles. Para conversar en castellano nada como dirigirse al despachito confortable de Max Daireaux, el novelista francoargentino, que hablaba a maravilla el francés del Faubourg Saint-Germain y el español del Jockey Club de Buenos Aires. Pero había más escritores: Émile Monfort, cuya novela *La Turque*, saladísima, leíanla por turno las mecanógrafas; Jean Variot, poeta y ensayista; Henri de Péréra, de origen luso, y Jean Legrix, que colaboraban en las publicaciones de la editorial Plon-Nourrit, y otros que olvido. Había también diplomáticos, jóvenes, maduros y viejos. No faltaba algún filósofo, ni algún filólogo.

Figura eminente en aquella casa —y muy querida por los corresponsales españoles e hispanoamericanos— era la de Henri Bréal, poseedor de grandes fundos en Chi-

le y de una casa en Sevilla, donde, sin los deberes y sacrificios impuestos por la guerra, le hubiera gustado envejecer. Bréal, que hablaba con soltura y fineza nuestro idioma, era hombre culto, afable, aficionado a los toros, a los versos de los Machado y a la pintura de Valdés Leal. La Maison de la Presse era algo, en suma, que estaba muy bien. Era la sonrisa, el *mot d'esprit* y también la divagación y el ensueño literarios en medio de la tempestad de la guerra. Precisamente, la misión más importante y sutil de la Propaganda era hacer pensar al mundo que Francia hacía aquella guerra sucia y terrible como la *guerre en dentelles, et avec le sourire*.

Pero algunos franceses no lo entendían de este modo. Y a los poetas, escritores y diplomáticos jóvenes que regían aquella sucursal del Ministère des Affaires Etrangères, solían llamarles, con notoria injusticia, «emboscados». Designación que comprendía a quienes, en edad militar, se daban maña para eludir el servicio «dando el pecho en el frente». De poco, opino yo, hubiese servido un máuser en las manos de Giraudoux o una ametralladora en las de Francis de Miomandre. La Maison de la Presse salvó muchas cabezas pensadoras y soñadoras de Francia. Aunque entre ellas se filtraba la de algún intrigante y pusilánime, verdadero *embusqué*.

[18]
EL SABIO HELENISTA DESEABA UN DICTADOR*

Un día de aquel noviembre cruzaron el Canal —entiéndase, de la Mancha— los cuatro grandes ministros ingleses: Asquith, Lloyd George, Balfour y Sir Edward Grey, para entrevistarse con sus colegas franceses Briand, Gallieni, Jules Cambon, el almirante Lacaze y el generalísimo Joffre. Hasta el decimosexto mes de la guerra no se resolvieron los aliados a entablar conversaciones para constituir un organismo que les permitiera emprender una acción común y solidaria. O dicho de otro modo, para formar en lo político y lo militar «un frente único». Tratábase de establecer, por de pronto, un Consejo Mixto de los Aliados. De éste se desprendería, como un fruto maduro —verde durante casi un año y medio—, la «unidad de acción». Fácil, muy fácil, había sido para Alemania esta unidad. El emperador Guillermo y sus secretarios de Estado constituían una sola voluntad, que, sin vacilaciones, segura del respeto y de la fe que inspiraba, urdía planes estratégicos y decidía esto o lo otro sin que nadie se atreviera a protestar, ni aun a criticar. Los pueblos que luchaban al lado de Alemania —decíame yo entonces— habían depuesto toda iniciativa, todo resabio de personalidad. ¿Poseía, acaso, Alemania el secreto de ser respetada y obedecida, a ciegas, porque poseyera algo así como un hechizo, soplo fascinante o fuerza de atracción astral que convertía a todos sus aliados en satélites?

Recuerdo haberle hecho esta pregunta a Monsieur Lafont, lector asiduo y comentarista en los temas de sus alumnos de la *Germanía* de Tácito, y el sabio helenista me respondió, aproximadamente:

—Pienso, más bien, que la cohesión que se observa en el bloque de los imperios centrales no obedece más que a las circunstancias de su régimen político. Si Alemania fuera una república como la nuestra, o coronada como la inglesa, créame usted que cambiaría el aspecto de las cosas. Muy raras veces surgen en las repúblicas los

* Capítulo lxv del segundo volumen de las *Memorias*.

hombres dignos por su genio y sus virtudes de dirigirlas con mano de dictador. La dictadura y el imperialismo son para los demócratas (y yo sólo lo soy hasta cierto punto) dos males de la mayor gravedad. Por mi parte, deseo para mi patria y sus aliados un dictador, salga de donde salga, que nos conduzca a la victoria. Pero ¿qué quiere usted? —prosiguió melancólicamente—, Francia es demasiado indisciplinada y parlamentaria, demasiado individualista, *un pays où l'on parle de trop*, para producir un héroe máximo, estelar. Ya tuvimos a Napoleón y no sé, no sé qué decirle a usted…

Repuse:

—Francia ha hecho, ganando la batalla del Marne, que la guerra se alargue y que la victoria sea una cuestión de tiempo. Pedía usted un dictador «salga de donde salga». ¿Podría salir de Inglaterra?

—¡Oh, no! Inglaterra no sospechaba siquiera lo que ha ocurrido, ni lo que ocurre. Su enorme flota circuía sus islas, vigilaba sus bases y sus colonias y era una muralla para su defensa y un fantasma terrible para los demás. Pero han pasado los tiempos de Palmerston. Si de la Great Fleat dependiera, ya se habría firmado la paz. De modo, amigo mío, que sin soldados en número suficiente, porque aún sigue en «veremos» lo del servicio militar obligatorio, y sin Estado Mayor, ¿cómo quiere usted que sea Inglaterra la nación llamada a dirigir la guerra? Sería necio —añadió— pensar en Rusia para tan alto menester. Yo, la verdad, desconfío de los rusos… Y a nadie se le ocurrirá tampoco que Italia, llegada un poco tarde a la lucha, pueda asumir esa misión suprema. En resumen, amigo mío, Alemania no tiene aliados, sino subalternos. Inglaterra y Francia, Italia y Rusia, son cuatro rostros, cuatro voluntades, cuatro horizontes. Y Alemania es la línea recta, la voluntad única, el esfuerzo constante en la misma dirección.

—Según eso, ¿cree usted que vencerá Alemania?

—¡No! —replicó vivamente mi venerable amigo—. Pero creo que proseguirá, durísima, la guerra. Que harán falta largos meses para que los aliados se sientan y hallen verdaderamente unidos. Si la Cuádruple Entente ha logrado ya, en orden disperso, que las probabilidades del éxito se equilibren entre los adversarios, ¿qué obtendrá si, por instinto de conservación, forma, reflexivamente, trabajosamente, experimentalmente, una sola voluntad, un solo programa, una sola orientación? La guerra ha enseñado al francés, que es impulsivo y nervioso, a ser cauto, a ser paciente. La guerra

ha enseñado al inglés, que es lento y frío, a ser rápido y cordial. La guerra enseñará, por fin, a ingleses y franceses, viejos enemigos, a compenetrarse, a batirse codo con codo por la misma causa… Esperemos, amigo mío, esperemos. Me gustaría asistir a las deliberaciones del Consejo Mixto de los Aliados. Y, sobre todo, a los diálogos entre el sonrosado Lloyd George y nuestro melenudo Briand.

[19]
EN EL DÉDALO DE LAS TRINCHERAS*

Dejamos atrás Reims con sus ruinas, sus escombros y su silencio, sólo interrumpido por los disparos de la batería de Brimont, y nuestro coche emprendió la marcha hacia las trincheras. La tarde era tibia y luminosa. Aquellos campos y collados de la tierra de Champaña, aquellas riberas que el automóvil cruzaba y bordeaba velozmente, no producían una impresión bucólica: habíanse convertido en una posición militar.

Pasamos ante una granja medio derruida. Íbamos a saludar a un jefe del Estado Mayor. Cruzamos un portal y nos vimos en un pequeño huerto en el cual perduraban un emparrado y algunos árboles frutales. El lugar era apacible si sólo mirábamos hacia la izquierda, a un fondo de verdura y una pared blanca donde había una ventanita con dos tiestos de flores. Pero a mano derecha cambiaba la decoración: abríase un subterráneo, se iniciaba «una organización defensiva», veíanse soldados en pie de guerra. Fuimos presentados al jefe por el oficial que nos guiaba.

—Voy a llevarles —le dijo— hasta la primera línea. Estos señores han manifestado el deseo de visitarla.

Era verdad. Mientras almorzábamos en Reims, Mr. Hutchinson había dicho que «quería verlo todo y llegar lo más cerca posible de los alemanes». El jefe no vio en ello el menor inconveniente. Pero cuando el oficial le comunicó que también deseábamos visitar el pueblo de Bétheny —reconquistado por los franceses casa a casa en septiembre de 1914—, levantó la cabeza, sonrió mirándonos y repuso:

—Creo que pueden ir. Ayer tuvieron la ocurrencia de bombardearlo. Pero hoy no hay peligro. Habrían comenzado ya…

Llegamos a Bétheny. Apenas una casa que no fuera un montón de escombros. Ningún habitante. Corríamos los pequeños riesgos —alguno había— de nuestra pe-

* Capítulo lxxxv del segundo volumen de las *Memorias*.

regrinación a las trincheras, de las cuales ya estábamos muy próximos. Por un camino perpendicular al que seguíamos apareció un grupo de zapadores con palas, picos y espuertas. Yo tenía la impresión de que toda aquella tierra estaba horadada y minada. Dejábamos detrás varias líneas de trincheras, las de la cuarta, la tercera y la segunda posición. Pero la verdad es que yo no entendía nada, que iba como en un sueño, que más bien miraba a lo alto y a lo lejos que a mis lados y a mis pies, como si quisiera evadirme de la presencia de la guerra y buscar en el cielo y en la amplitud de los campos que me rodeaban el olvido de la crueldad de los hombres. Porque «parecía mentira» que en una tarde como aquélla, de cielo apacible y con la tierra en calma, los hombres estuviesen preparados para matar y morir. Pero también pensé: «¿Quién ha dicho que los días cálidos y claros no sean los más a propósito para la guerra? ¿No comenzó ésta en la plenitud de un verano? La sangre bulle mejor en estos días que en los grises del otoño y los oscuros y helados del invierno». Allí mismo, en aquel sector sosegado del frente, los artilleros alemanes y franceses no se dejaban adormecer por el encanto de la tarde estival, y disparaban de tiempo en tiempo un cañonazo, como para recordarse mutuamente: «¡Eh, que seguimos aquí, que es la guerra, aunque no estamos en Picardía ni en Verdún!».

El oficial nos advirtió, muy sonriente, que una abertura que nos había parecido un atajo era «la boca de las trincheras».

—Síganme ustedes. Yo debo guiarles por este laberinto.

Pasó el primero Mr. Gleasow. Y yo tuve delante de mí, a lo largo de aquellas fosas, de aquellas zanjas que parecían interminables, la alta y ágil figura de Mr. Hutchinson. Si no supusiera adónde íbamos, yo hubiese creído encontrarme en alguna *corredoira* de los campos gallegos —sin los tojos—, tal era la profusión de margaritas, amapolas y acianos que trepaban por sus bordes. Estábamos en un *boyau* (ramal) de comunicación. Detrás de las florecillas encarnadas y azules, o sea en campo raso, encontraríamos el horizonte, la anchura de visión a que están acostumbrados nuestros ojos, pero también encontraríamos la muerte. Aún no habíamos visto un solo soldado. En cada vuelta del ramal levantábase un a modo de tabique de madera y arpillera y veíanse unos rótulos que indicaban el «desagüe» o punto de evacuación de las trincheras. Y aquello duró mucho tiempo… No tanto como para sufrir cansancio

físico, pero algo que calificaré de desazón moral comenzó a invadirme. Era como una opresión angustiosa, como una «protesta del espíritu» que yo trataba de dominar diciéndome que otros hombres tan civilizados como yo habían pasado y pasaban por aquellas fosas camino de la muerte o del triunfo.

El sendero fue ensanchándose y comenzamos a encontrar soldados con el fusil al hombro que nos saludaban y se detenían para dejarnos paso. Vimos también algunas puertecillas de tablones o simples huecos cuadrangulares que llevaban a las galerías subterráneas. La madera y los sacos de arena contribuían a fortificar la posición. Nos hallábamos en una trinchera «organizada». El *boyau* que nos había conducido a ella describiendo una serie de líneas quebradas —y para mí inextricables— venía a ser como una vena o vaso de un sistema de circulación en el cual cada trinchera representaba una arteria y cada punto de partida para los asaltos un corazón.

Sentimos palpitar las trincheras. Iban y venían los soldados, ya para montar la guardia, ya con sus palas y sus picos para remover la tierra y asegurar o extender la posición. Queríamos verlo todo, enterarnos de todo: bajar por aquel hueco que nos parecía la entrada de un dormitorio, penetrar por un túnel diminuto que acaso nos acortase el camino de la primera línea. Unos minutos más de marcha y pusimos pie en ella. «Ahora estamos —dijo nuestro guía a media voz y con una sonrisa— a cuatrocientos metros de los alemanes.»

¿Cómo? ¡Los alemanes tan cerca y no sentíamos nada! Ni un murmullo, ni un tiro de fusil. Sólo a lo lejos el estampido de algún cañonazo. No se preparaba ni temíase ningún ataque y las trincheras sólo vivían «hacia dentro», pero vigilantes. Los centinelas estaban en sus puestos con el fusil pronto a disparar. Los vigías, desde sus ocultas atalayas, observaban «si algo bullía del otro lado», el oficial de cada grupo abandonaba de tiempo en tiempo su reducto para dar un vistazo, y los teléfonos se pondrían al habla con el Estado Mayor en cuanto pareciera que el enemigo comenzaba a moverse. Cuando sonase la hora de los asaltos, la trinchera lanzaría sus hombres al exterior, resistiría al empuje del enemigo o sucumbiría, desmoronándose, aplanándose, bajo el fuego y el acero de los proyectiles gigantes.

Así como aquélla eran todas las trincheras, las alemanas y las francesas, las británicas y las rusas… El terreno en que se excavaran y la latitud del país en que se ha-

llasen podrían hacerlas más o menos lóbregas y ahogadas, más o menos frías, pero los accidentes geológicos y atmosféricos no podían alterar lo que era en ellas semejante y permanente: su aspecto de sepulturas continuas donde el Azar elegiría a los hombres destinados a cambiarles por el montón de tierra que cubriría sus huesos, si no era que se quedaban «allí mismo», anónimos y confusos, como hormigas aplastadas por un pie ciclópeo; o, dígase sin metáfora, por la explosión de uno de aquellos obuses que convertían una trinchera en cráteres de volcanes muertos, como los de la luna. ¡Qué tristes reflexiones! Visitar una trinchera entonces era tanto como recorrer todas las que se habían cavado desde las playas del mar del Norte hasta los Vosgos en Francia, desde el golfo de Riga hasta el Cáucaso en Rusia, desde el desfiladero de Estelvio hasta el Adriático, en Italia. ¡Qué estúpida y horrible me pareció una guerra en que el ser humano se metamorfoseaba en lombriz, en topo, en ofidio oculto en su madriguera esperando el momento de morir o de matar! ¡Me alegré en el alma de no ser un combatiente: un combatiente que no podía luchar sobre la tierra y al aire libre, bajo la mirada de los dioses como las águilas, como los centauros y los lapitas, de los que no se sabe que se soterraran nunca!

Íbamos precisamente por una galería soterraña. A tientas. Un resplandor súbito, muy tenue, como de luz que llegara al través de varios obstáculos, nos permitió adivinar un hueco en una pared tosca y rezumante. Un soldado, del que sólo advertimos la silueta borrosa, apareció con una linternita eléctrica.

—¿Podemos subir? —preguntó nuestro guía.

—Sí, señor.

—¿No hay nada?

—Nada, mi capitán.

—¡Vamos arriba!

Pero no era fácil la ascensión a aquel «observatorio», que sobresalía apenas de la línea de las trincheras. Había que trepar por una escalerilla oculta en la oscuridad que sentíamos crujir y era tan angosta y de escalones tan separados unos de otros que exigían la agilidad de los acróbatas. El joven Mr. Gleasow la subió con presteza. Mr. Hutchinson, resoplando. Yo, con miedo a resbalar y caerme, pues mi peso era de más de noventa kilos y estaba sudoroso y francamente cansado. ¿Quién, si-

no yo, por mi afán de ver la guerra «más allá del cinematógrafo», se metía en semejantes trotes?

Una vez arriba volvimos a vernos las caras. Como por la mía resbalaba el sudor, saqué para enjugármela el pañuelo. El oficial me lo quitó de las manos. «¿No ve usted —me dijo— que los de enfrente nos observan? El blanco de su pañuelo, perceptible por la mirilla, puede servirles de blanco» —añadió, haciendo un *calembour*. Parece que por mi imprudencia hubiésemos podido recibir una bala de máuser como la que había dejado tuerto, en parecida circunstancia, al general Maunoury.

Pero «estaba de Dios» que no ocurriese nada trágico en nuestro recorrido de las trincheras. El lugar en que estábamos, a menos de medio kilómetro de los alemanes, era como una caja cuadrada, con una arpillera horizontal y muy angosta que servía de punto de mira al observador. Sólo dos podíamos estar de pie. Los otros tuvieron que sentarse en los ángulos, sobre unos tablones ex profeso. Una larga red de alambres con púas, los *fils barbelés*, tejían una maraña frente a las trincheras. Desde lejos nos pareció una defensa frágil, insignificante, pero el oficial nos dijo que para destruir «esa tela de araña» hacía falta una lluvia de plomo. Más allá de la manigua de alambres aparecíase un campo de amapolas y margaritas, cuya gracia bucólica se interrumpía para dejar paso a las alambradas del enemigo. Pero las florecillas rojas y azules, blancas y gualdas eran como un *camouflage* puesto allí, entre los alambres y los caballos de frisa, por la deidad del estío para que los combatientes de uno y otro bando se olvidasen del horror de la guerra. Estas reflexiones, que llamaré poéticas, contribuían a aminorar la sensación de angustia que no había dejado de afligirme desde que entré en el dédalo de las trincheras.

Después vimos las ametralladoras. Dirigidas taimadamente contra el enemigo, las dos de que disponía aquel puesto se me antojaron dos temibles fierecillas asomadas a la entrada del laberinto para olfatear su presa. La ametralladora es la mejor arma de tiro rápido que haya sido inventada por el demonio de la guerra. Una que yo vi entonces disparaba 4.000 cartuchos en un cuarto de hora. Supongo que en 1952, en Corea, las habrá que disparen el doble, o más, porque en la ciencia de matar es donde se alcanzan los mayores progresos. La ametralladora está en todas partes: agazapada en la trincheras, sobre un automóvil o en la torrecilla de un «tanque», adaptada a una

motocicleta, al servicio de los aviadores y en manos del soldado que la hace funcionar desde un reducto, detrás de un montón de escombros, o desde el agujero que formó la explosión de un proyectil de gran calibre. Es un arma pequeñita, ligera, flexible, que se somete a la voluntad o el instinto homicida de los hombres. Han llegado a inventarse, después de aquella guerra, la *mitraillette* o «ametralladora de bolsillo» y el fusil-ametralladora, armas favoritas de los *gangsters*.

Yo había comenzado a oír hablar de trincheras en 1905, durante la campaña ruso-japonesa en Manchuria, cuando se cavaron y organizaron para una defensiva que permitiese esperar la hora oportuna de los ataques en masa, cuerpo a cuerpo y al aire libre. La guerra de 1914 a 1918 habría de «eternizarse» en las trincheras.

Concluyó mi visita a las de Bétheny enterándome de lo que eran un blocao, un dormitorio de *poilus*, una *cagna* o habitación blindada de oficiales, un periscopio, un depósito de bombas y granadas de mano, un torpedo aéreo. ¡Qué sé yo!… Todo lo vi. Y todo, lo repito, me pareció muy triste. Sin duda porque carezco de «espíritu militar». Otros corresponsales, como Mr. Gleasow y Mr. Hutchinson, estaban entusiasmados y tomaban notas en sus carnets como si escribieran versos: unos versos en honor de Marte. Yo, soñador y cristiano, me sentía deprimido, como invadido por una compasión universal. Pero no sin comprender que la guerra está en la naturaleza del hombre y en la de todas las especies que viven en el mundo y se ven obligadas a matar para vivir.

Uno de los hijos de Madame Moulin «le temía más a las ratas de las trincheras que a los alemanes». Todavía peor que las ratas y los hemípteros parásitos resultaba el tedio, el *cafard*. Dos amigos míos, ambos poetas de talento, Charles Dumas y Émile Despax —sus nombres están en las antologías—, murieron cada uno de una bala de máuser por no querer vivir «enterrados». Cada vez que se presentaba una misión peligrosa fuera del escondrijo, el teniente Dumas ofrecíase para cumplirla. Era por salir al campo, por «volver a sentirse hombre». Y una noche, mientras cortaba una alambrada, el hondo poeta de *L'eau souterraine* recibió en el cuello un balazo alemán.

Por su parte, Despax —el autor de *La maison des glycines*, que hubiese firmado Albert Samain— salía de la trinchera para fumar al aire libre, mofándose de los que lamentaban su temeridad. Otra bala le mató. En realidad, los mató a ambos el hastío

de las trincheras. Pero no se necesitaba ser un soñador, ni un pensador, ni un artista, para sentir la nostalgia del aire puro, de la luz natural, del movimiento libre. El más tosco de los *poilus* sentía lo mismo que Dumas y Despax, ganándoles sin duda en poder de resistencia y en ese tesoro de los espíritus cristianos que se llama resignación.

Salí de las trincheras humildemente, compadecido de todos los hombres, de cualquier raza, condenados a hacer la guerra en condiciones tan depresivas y angustiosas. Y tan sucias… Mucho ingenio y dinero se gastaba en hacer las trincheras habitables. Pero una cueva será siempre una cueva, y una fosa, una fosa. El nuevo troglodita tenía que escudarse como pudiera contra el sol, la lluvia, la nieve, los roedores hediondos y los insectos voraces. Supuse que, de haber sido yo uno de esos hombres, hubiese imitado a Dumas y a Despax.

[20]
ADIÓS A ALFREDO VICENTI. DIVERSAS VISITAS Y ENCUENTROS EN MADRID*

En octubre hice un viaje a Madrid. Encontré en perfecto estado de salud a toda mi familia. De la salud pública, o sea de los problemas sociales —o «societarios», como decían algunos— y de las trifulcas verbales en el Parlamento me enteró con pormenores mi padre. Había habido, claro está, choques en Melilla y en la zona de Ceuta. Hubo una huelga ferroviaria parcial, que Romanones resolvió con el procedimiento de Canalejas. Proseguían germanófilos y aliadófilos discutiendo «apasionadamente» en casinos, cafés, tabernas y corros de la calle…, y en sus casas, porque «hasta el hogar llegan las disensiones motivadas por esta guerra que no concluye nunca». Y, añadía mi padre: «Menos mal que al nuestro no, porque a mí me basta y me sobra con las polémicas de la Cacharrería en el Ateneo, y lo que tu madre quiere es que ganen pronto los que deban ganar para que tú vuelvas. ¡Ay, lo malo está en las repercusiones, no sólo en la economía de la nación, sino también en la doméstica! Ha habido casi que doblar el presupuesto de la plaza. ¿Adónde vamos a parar si la guerra continúa? Se comprende que disminuyan las importaciones, con tantos torpedeos de barcos. Las notas de protesta de Romanones no tienen la menor resonancia en Berlín, pero aquí se las desvirtúa diciendo que lo que el conde quiere es llevarnos a la guerra. Créeme que esto es un callejón sin salida, porque si una parte de la opinión se indigna por los ataques de los submarinos, otra prefiere aguantarse, y en su conjunto la nación es acérrimamente neutral. Y no hay que olvidarse de los que se están llenando de millones con todo lo que por vía terrestre exportan para los aliados y por otras vías misteriosas a los alemanes, que a ellos lo único que les interesa es la ganancia. ¡Pues menudas algaradas las del Congreso cuando Alba presentó su proyecto acerca de la tributación de los beneficios de la guerra! En fin —concluía mi padre—, que

* Capítulo lxxxix del segundo volumen de las *Memorias*.

nada bueno puedo decirte de la vida pública nacional, como no sea que seguimos durmiendo a pierna suelta y que no vienen a bombardearnos esos aviones que a ti te interrumpen el sueño en París. Realmente, deberías dar la vuelta, porque, la verdad, tu madre y yo te encontramos muy nervioso y ya es hora de que reanudes tu vida literaria. Ten en cuenta que el periódico puede matar en ti al novelista. Te veo embarcado en una galera de la que te será muy difícil salir…».

A los consejos y temores de mi padre respondí diciéndole que yo tenía mediada una novela y planeaba alguna otra que publicaría a mi regreso, que mis artículos en el periódico de mayor circulación de España «difundían mi nombre y me daban popularidad» y, últimamente, que yo prefería, entonces, la vida de París a la de Madrid. «¡Allá tú!», exclamó, como solía hacerlo cuando consideraba agotadas sus razones para convencerme en cualquier asunto.

Era muy verdad que en Madrid se dormía a pierna suelta, que el pan era blanco y el cielo azul en aquel otoño admirable. Daba gusto pasear por la calle de Alcalá y la carrera de San Jerónimo, tomar café sin el azúcar medido, como en París, en el Colonial y en El Gato Negro, donde presidía una tertulia célebre el autor de *La gata de Angora*. No podía ser yo insensible a nada de esto, porque mis sentidos no eran los de un asceta y distintas cosas y espectáculos diversos de Madrid recreaban mis ojos, complacían mis oídos o deleitaban mi gusto. El Museo del Prado, el Retiro, el balcón de la plaza de la Armería me brindaban placeres visuales que nunca me darían el Louvre —entonces cerrado—, ni el bosque de Bolonia, ni la más alta plataforma de la torre Eiffel, porque, por muy universal que uno se crea, el color de la patria es el que le llega al alma.

Entrar en un teatro y oír dúos y coros de zarzuela, diálogos de juguetes cómicos, de comedias de los Quintero y Benavente, y acaso tonadillas y «cante jondo», no podía tampoco dejar de complacerme, porque así me olvidaba de muchos alejandrinos de los *sociétaires* de la Comedia Francesa, de los *vaudevilles* de Feydeau y los *couplets* de Mayol y la Mistinguette…

Y otro tanto por el lado del sentido del gusto. Aunque me deleitase la cocina de Carême, no desdeñaba yo, ni mucho menos, la de Ruperto de Nola. El cocido de mi

casa, con su media gallina, su buen pedazo de lacón y los chorizos que venían de La Estrada, me pareció mil veces superior al *pot-au-feu* y la *petite marmite*. ¡Pero si los franceses ignoraban esa maravilla del garbanzo! Pues ¿qué decir del bacalao con tomate, de los callos a la madrileña, del arroz con sus varios condimentos y, sobre todo, de la tortilla de patatas, al lado de la cual resultaban insignificantes las famosas de la Mère Poulard, que servían en todos los hoteles del Mont Saint-Michel y atraían más turistas que el propio monasterio de benedictinos elevado en su cumbre? «La tortilla de la Mère Poulard —expliqué— se compone exclusivamente de huevos y manteca. No le ponen nada dentro… Es la *omelette nature parfaite*, pero donde esté la nuestra con patatas que se retiren todas las tortillas del mundo… Pues ¿qué deciros del pescado frito? En Francia no saben freír el pescado. Imaginad que la famosa *friture de Seine*, pescaditos de río, van y la hacen con manteca de cerdo…»

—¡Qué locos! —interrumpía mi madre, divertidísima, pero sabiendo muy bien lo que había de exageración y de parcialidad patriótica en mis palabras—. Vamos, Alberto —decíame—, que a ti la manteca ya te gusta más que el aceite y… las madamas más que las señoras.

—No, mamá.

—Sí, Alberto, sí.

Y sonreía, perdonándome.

Un gran disgusto me llevé, o mejor, una gran pena sufrí al no poder visitar a mi maestro y padrino literario, por la simple y dolorosa razón de que ya no era de este mundo.

Alfredo Vicenti, el primero entre los articulistas políticos de España, escritor admirable y buen poeta además, había muerto pocos meses antes. No volvería yo a verle en su despacho de la dirección de *El Liberal*, ni a escuchar sus frases sutiles como las puntas de su bigote, ni a adivinar en el brillo y movilidad de sus ojos casi siempre lo que iba a decirme.

A él debía el espaldarazo en la orden de los caballeros andantes de la literatura, y a él las más sanas advertencias cuando sufrí algún extravío en mis novelas; a él, por fin, la presentación a Luca de Tena, que me valió la corresponsalía de *Abc* en París, que entonces consideraba, y ahora sigo considerando, como un alto honor.

Realmente, si en mi padre había aprendido yo mis primeras letras en la escuela literaria, con Vicenti había cursado las asignaturas superiores. Un grande y generoso maestro. Y no sólo para mí —por la ya referida amistad y paisanaje con mi padre—, sino con cuanto joven escritor de talento se presentaba en *El Liberal* con una crónica que a él le pareciese digna de alternar con las de José Nogales, Joaquín Dicenta y los tres Antonios de la casa, Palomero, Zozaya y Cortón. Así, al mismo tiempo que yo, fueron cronistas de aquel periódico, que presidía el «fondo» insuperable de Vicenti, Pedro de Répide y Bernardo G. de Candamo, y un poco más tarde Diego San José y Alfonso Hernández Catá.

Ni pasar quise por la calle del Turco. ¡Había subido tantas veces aquella escalera de mármol, con el pasamano de terciopelo carmesí, para detenerme ante la mesita del ordenanza y preguntarle «si podría recibirme don Alfredo»! Siempre pudo recibirme. Y ahora, claro, ni me importaba saber quién fuese el nuevo director. (Tengo entre mis papeles algunas páginas inéditas de Vicenti, que proceden del archivo de mi padre, así como todo un epistolario de Emilia Pardo Bazán. Pero de sobra se me alcanza que no encontraré editor para estas reliquias.)

A quien hallé «en forma», como dicen los deportistas, para proseguir su carrera triunfal en el periodismo fue a Luca de Tena, con quien no había dejado de comunicarme epistolarmente desde París. No visité a don Torcuato en el periódico, sino en su casa particular de la calle de Ayala, si no estoy transcordado, pues podría ser en otra del barrio de Salamanca. Recuerdo muy bien un gran vestíbulo y un amplio corredor, al término del cual, en una a manera de rotonda acristalada y con su correspondiente juego de cortinas, me recibió efusivo el gran periodista.

El fundador de *Blanco y Negro* y *Abc* —y de otros periódicos y revistas como *Actualidades*, *El Teatro*, *Gente Menuda* y *Los Toros*— era todavía un hombre joven. Su edad no pasaría de los cincuenta y cinco años, y es sabido que la juventud no es cuestión de fechas, sino de actos. Don Torcuato «actuaba» con la energía y el entusiasmo de su primera juventud, como cuando lanzó el primer número de *Blanco y Negro*.

Era sobrio, pero vibrante, en sus palabras. Apasionado, pero aunque sus pasiones fueran nobilísimas —el amor de su patria, la cultura y el arte— él sabía «equilibrarlas, no permitiendo que fuesen ciegas».

De haber sido verdad lo que decían entonces sus rivales, «que era un germanófilo acérrimo», ¿cómo me hubiese honrado a mí con la corresponsalía de su diario en Francia y dado a las cajas todos, absolutamente todos mis artículos sin tachar ni una línea?

Me importa repetir que don Torcuato Luca de Tena ha sido uno de los españoles más íntegros y uno de los espíritus más independientes que me ha sido dado conocer y admirar en mi vida.

En aquella visita a que me refiero, después de reiterarme su satisfacción por «el sentido periodístico de mis crónicas», no dejó de dolerse del equívoco que pesaba sobre su periódico en la Cancillería del Quai d'Orsay. La idea de un periódico extranjero neutral, que abriese sus columnas a las dos corrientes de opinión del país o, si se prefiere, a sus dos modos de sentir la guerra, resultaba, al parecer, inconcebible para aquellos señores… Pero él no cejaría en su propósito y mantendría al *Abc* en su situación, que era la de un espejo que reflejaba, con todos sus matices, las dos zonas de la opinión española. No podía estar más claro. Ya tenían los aliados en España su prensa adicta y los alemanes la suya. Razón de más para que existiese un periódico como el suyo, que no estaba en contra ni en favor de ninguno de los bandos y donde cada colaborador gozaba de una absoluta independencia de criterio.

De no haber yo pensado al unísono con Luca de Tena en este asunto, ni hubiese aceptado colaborar en *Abc* —donde me acompañaban aliadófilos tan ilustres como Azorín, Manuel Bueno y Federico García Sanchiz— ni le habría escrito una carta en que le decía «La verdad se abrirá paso» y que él reprodujo en lugar muy visible de su diario. Carta que el lector, si lo desea, hallará en el tomo de la colección de *Abc* correspondiente a aquel año, 1916.

Yo no la conservo. ¡Han sido tantos mis papeles perdidos! Pero hoy volvería a escribirla.

Luca de Tena, al término de la entrevista, se aproximó a su escritorio y plumeó sobre una hoja de papel, que puso luego en mis manos. Cinco o seis líneas nada más. Con ellas doblaba los honorarios de mis artículos.

Por aquellos días volvieron a Madrid algunos profesores, literatos y aristócratas que habían sido invitados por el Gobierno francés para contemplar «las ruinas de

Arras y de Reims, asomarse a las trincheras y asistir a fiestas dadas en su honor en el palacio presidencial del Elíseo y el Hôtel de Ville —Ayuntamiento— de París».

Sólo pude hablar con uno de estos rápidos espectadores de la guerra, en el «teatro» de Francia, porque, no obstante pertenecer a una generación muy distante de la mía, y algo menos de la dispersa del 98, era mi amigo. Me refiero al novelista y académico —si no me equivoco, secretario, entonces, de la Real de la Lengua— don Jacinto Octavio Picón, persona muy afable y de cuyas novelas decía, arbitrariamente, algún noventayochista que superaban en virtudes somníferas al opio y el veronal. Ya hubiese querido el autor de este chiste estúpido haber escrito *Dulce y sabrosa*, que es una de las mejores novelas de la que llamaremos «época de Galdós», por ser éste su figura más notoria, y la *Vida y obras de don Diego Velázquez*, biografía y estudio crítico excelentes del insuperable pintor.

Ello es que fui a visitar a don Jacinto Octavio, que él me correspondió la visita y que su opinión acerca del desenlace de la guerra fue «que la tenían perdida los alemanes». Creo que pensaban lo mismo el historiador Altamira, el duque de Alba y don Ramón Menéndez Pidal, que figuraron en aquel grupo de visitantes ilustres. Pero de lo que sí estoy absolutamente seguro es de que otro escritor nuestro, de los grandes, en cuya prosa se advertía una feliz influencia de los clásicos del XVII, pensaba todo lo contrario. No me lo dijo. Y eso que entre él y yo existía una confianza de camaradas. Me refiero a Ricardo León, cuya germanofilia, o mejor, franco-anglofobia, era muy vehemente. Por lo cual junto a mí, sin duda, siempre prefirió ocultarla. Como yo, por mi parte, las dos o tres veces que nos vimos en aquel octubre, oculté mi apasionada francofilia.

Recuerdo, sobre todo, una tarde en que estuvimos sentados como una media hora en uno de los bancos de piedra del paseo del Prado. Pues bien —y esto es una de esas flores que sólo nacen en los huertos de la amistad—, no se cruzó entre nosotros una frase, una palabra que aludiera «a aquello que nos distanciaba», pero sí se pronunciaron muchas sobre los sentimientos e ideas que «nos unían». Éramos dos españoles, dos escritores, dos católicos y dos amigos de veras, entre los cuales no era posible que asomara su nariz esa bruja de la envidia, ya que nos queríamos y admirábamos mutuamente, alegrándonos, también de una manera recíproca, el uno de los éxitos del otro. Mayores, ¡oh, muy mayores!, los de Ricardo que los míos.

Hablamos de literatura. Las guerras, la política, los regímenes de gobiernos —o desgobiernos— de los pueblos pasan. Pero la literatura queda y es, entre todas las artes, la que mejor resiste a las devastaciones del tiempo. Frente a las ruinas de la Acrópolis surgen la juventud y fragancia inmarcesibles de los diálogos platónicos. ¿Y qué sería de nosotros, los españoles, sin esas mentes floridas y en floración constante que se llaman Santa Teresa, Cervantes y Fray Luis?

Bueno, de esto hablábamos Ricardo y yo. De ese poder de la literatura para elevarse, en una a modo de levitación gloriosa, de lo momentáneo e inmediato —que puede ser horrible— a esa altitud del ensueño donde el artista recibe el soplo y aspira el perfume de la Belleza y la Verdad. Claro que Ricardo y yo viajábamos en una nube y cielo arriba, para mirarnos como en purísimos espejos en las miradas de los grandes escritores, así fuera su pluma la del poeta, como la del místico, del pensador o… del novelista. ¡Ay, quién escribiese una, una sola, como *La española inglesa* o el *Coloquio de los perros*!

Finaba octubre y en el Prado era todavía el verano. La prueba, que ahí estaba, en una esquina del paseo, el quiosco de bebidas donde el vaso de la rubia cerveza y el de la cándida horchata se ofrecían por unos céntimos a los paseantes y los conversadores como nosotros.

—Te convido, Ricardo.

—No, yo a ti.

—Pues yo, horchata, que no cambio por los mejores sorbetes de Tortoni.

—Pues yo, verás tú, algo más refrescante y también muy castizo: agua de cebada con limón.

De acuerdo. Como no se brinda con líquidos no alcohólicos, no chocamos Ricardo y yo nuestros vasos. Estaba visto que de ninguna manera queríamos chocar.

Vi entonces en Madrid a otros amigos. En el Ateneo a los de siempre: Enrique de Mesa, Candamo, Federico García Sanchiz, Pérez Bojart, Rafael Urbano el teósofo, Díez Canedo, siempre ratonando en la biblioteca.

A la Cacharrería no quise ni asomarme, pues entre sus contertulios, según me advirtió mi padre, predominaban los germanófilos. Pero, no faltando anglófilos y francófilos de lengua aguda, las discusiones solían encresparse y agriarse. Siempre he rehuido las discusiones y las polémicas de viva voz, que para discutir, si a mano vie-

ne, dispongo de mi pluma, pero aquellos «duelos oratorios» de la Cacharrería me habían parecido siempre deplorables por su esterilidad absoluta y su tendencia desaforada al chiste trivial y a algo que llamaban «reóforo», nunca supe por qué, pues el reóforo, en física, es un conductor de electricidad, y en el Ateneo equivalía a una frase ininteligible y burlesca que se lanzaba para confundir al auditorio.

Un espacio de Madrid que siempre me había gustado era el que formaban las paredes, el techo y el piso de uno de los cafés con más clientela de la calle de Alcalá. Me refiero a la Maison Dorée, que yo había frecuentado mucho con Manolo Tovar y donde Felipe Trigo acostumbraba revisar junto a una ventana las pruebas de sus novelas. Hombre, como ya he dicho en otras páginas, de diálogo ingenioso y modales corteses, era natural que hablase de sus éxitos, de las reediciones de sus libros, de las cartas de sus admiradoras, porque es muy raro el artista, y sobre todo el escritor, que resiste a la tentación de pavonearse con sus triunfos, y más cuando, como en el caso de Trigo, eran reales y se traducían en pesetas, pues el autor de *Las ingenuas* fue durante un par de lustros uno de los cinco novelistas más solicitados por el público. Estos cinco eran entonces, mudando cuanto haya de mudarse en la escala de los méritos, el gran don Benito, Blasco Ibáñez, don Armando Palacio Valdés, Ricardo León y el autor de *Alma en los labios*.

Tenía yo en la Maison Dorée un amigo camarero, como antaño lo había tenido en Fornos. Los amigos que más me interesan son los que ejercen una profesión, un arte u oficio diferente del mío. Los amigos escritores, en la hipótesis de que sean inteligentes, ¿qué pueden enseñarme sino «más literatura»? En cambio, aquel amigo camarero de la Maison Dorée, que se apellidaba Molina, me habló muchas veces de Cuba, donde había hecho la guerra hasta el final, contándome episodios que yo ignoraba; diciéndome, verbigracia, cómo había visto caer de su caballo, ¡igual que a un rey!, al general Santocildes, en el combate de Peralejo; que él, Molina, estuvo a punto de casarse con una negra, pero que a tiempo se arrepintió; que la ginebra que servían en la Maison Dorée, y habían dado en llamar algunos clientes «cocido», no era la que se preparaba en Cuba en las «bodegas» con azúcar moreno, el ramito de hierbabuena y nada de jarabes ni de cascaritas de limón. «¡Allá sí que se bebía, y donde estuviese el daiquiri que se quitasen todos los “cotéles” de la casa Pidoux!»

Molina, Pepe Molina, por su dicción parecíame jaenés. Nunca le pregunté de dónde era. Tenía un perfil noble, el pelo muy negro y rizoso y peinado como se lo peinaba don Antonio Fuentes, que había sido «su torero favorito» y con el cual tenía cierta semejanza en las facciones. No hubo mozo más elegante ni cumplido que este Molina en todos los cafés de Madrid. Sentía uno ganas de decirle: «Siéntese usted a mi lado, beberemos juntos».

Una de las tardes de aquel octubre, conforme me servía mi «ginebra compuesta», me preguntó, de pronto, «si me acordaba de don Felipe». Yo no me hice cargo en seguida de qué don Felipe pudiera tratarse, y cuando investigué:

—¿Qué don Felipe?

—¡Hombre, don Alberto, qué don Felipe ha de ser sino el que se sentaba en aquella mesa, junto a la ventana, con todos sus papeles! —me respondió.

—¡Ah, sí, perdone usted, Molina, don Felipe Trigo! ¡Pues ya lo creo que lo recuerdo!

—Usted sabrá que… —y Molina con dos dedos de su diestra fingió una pistola, que se llevó a la sien.

—No —repuse—, creo que el tiro se lo dio en el pecho, exactamente sobre el corazón.

Aquel día me supo mal la ginebra. Siempre he meditado sobre el suicidio conforme a la filosofía cristiana, y no la pagana, por lo cual dejo a un lado a los Sócrates, los Lucanos y los Sénecas y demás suicidas ilustres anteriores al cristianismo, y compadezco a los Fígaros, los Nerval, los Vesteiro Torres, los Ganivet y los Trigo que no hallaron en la moral del Evangelio las razones dulces y profundas de la resignación y la esperanza. Los médicos suelen diagnosticar «neurastenia». Pero contra la neurastenia también en el «recetario» de Jesús se encuentran remedios.

Como ya hacía más de un año de la muerte voluntaria del autor de *Sor Demonio* nadie, salvo Pepe Molina, me habló de él en Madrid.

Anduve por varios teatros: saloncillos y entre bastidores. Pero sólo frecuenté el de Eslava, que dirigía Gregorio Martínez Sierra y cuya actriz estelar era Catalina Bárcena. Fue para mí entrar de nuevo, sin pasar muy adelante, en los dominios de Melpómene y Talía, tierra próvida para los menos, árida para los más, donde unos cortan laureles y recogen espigas doradas, otros hozan por si encuentran las trufas que se

convierten en billetes de banco y son muchos los que salen con las manos vacías y el espíritu lleno de amargura y rencor. Tierra embrujada, fascinante.

No dejaba de sorprenderme la poca atracción que ejercía sobre mí, que jamás hubiera puesto el pie en ella sin las instigaciones y aun las súplicas de mi cuñado Hernández-Catá: uno de los escritores de mi tiempo que más febrilmente han padecido —me atreveré a decir— la «enfermedad del teatro».

No tenía yo el menor propósito de volver a escribir comedias cuando fui a visitar en el saloncillo de Eslava al autor de *Canción de cuna*. Yo era, quizá, el único que iba a verle sin la consabida obra en el bolsillo o debajo del brazo. No estaba tan distante mi gran éxito en Lara, en compañía de Alfonso. María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza habían puesto en escena un drama «de los dos», que fue muy aplaudido en América y no tanto en Madrid, y Margarita Xirgu, María Palou, Nieves Suárez, Ernesto Vilches y Ricardo Puga habían interpretado también obras nuestras con resultados estimables. Quiero decir con todo esto que no le hubiese sorprendido, sino complacido, a Martínez Sierra que yo le llevase una comedia. Y como no se la llevé él me la pidió, diciéndome que deseaba que «fuera exclusivamente mía». Y entonces me dijo acerca de las colaboraciones cosas que me parecen dignas de ser recordadas cuando, por estos años 52 y 53 de nuestro siglo, hay voces que propalan y plumas que escriben que la conocida, y jamás negada por Gregorio, colaboración suya con su esposa, María Lejárraga, no existió nunca, sino que era ella la única autora y él solamente el firmante de las obras.

Como en aquella ocasión yo le objetara a Martínez Sierra:

—¿No es todo su teatro en colaboración con su mujer?

—Sí —me respondió—, pero, aparte de que es una colaboración muy íntima y de que las obras vienen a ser «como nuestros hijos», de común acuerdo María y yo hemos decidido que ella oculte su nombre por entender que al público le atraen más las obras de un solo autor que las de dos autores.

—¿Y los Quintero? —reargüí.

—Son como si fuesen uno —me contestó lapidariamente Martínez Sierra.

No era que éste «tuviese nada contra Alfonso», sino que estaba convencido de que había en mí un hombre de teatro, que ese hombre estaba ya en mis novelas y que le parecía absurdo que no continuara escribiendo «yo solo» dramas y comedias. Le

respondí que el «hombre de teatro» no era en mí natural o congénito, sino postizo, porque aun en la infancia, cuando los futuros autores juegan a los teatros, yo había preferido otros juegos; que en la novela podía uno andar sin trabas, sin las preocupaciones del empresario y de los actores, y en el teatro él sabía tanto como el que más los disgustos y las angustias por que pasaba el autor… Seguí emitiendo más tópicos por el estilo, hasta que Martínez Sierra me dio el alto diciéndome con una sonrisita afable, pero burlona:

—Lo que a usted le ocurre es que tiene miedo.

A lo que respondí:

—Sin duda, miedo al público, a cierta parte del público, y a los críticos que sólo saben «pegar». Pero si yo fuese un hombre de teatro, como lo es usted, como lo es Benavente, como lo es el dúo de Serafín y Joaquín, sabría dominar esos temores y entrar en la batalla teatral arrostrando todas sus consecuencias. No obstante, querido Gregorio —concluí—, yo le escribiré a usted una obra, a ver qué ocurre.

Y así terminó aquel coloquio. Aparte de las suyas, que predominaban, como es lógico, en los carteles de Eslava, disponía Gregorio de una reserva incalculable de comedias, de otros autores, ya conocidos o en cierne. Estaba entonces en turno o en ensayo una de Felipe Sassone, titulada *A campo traviesa*, que fue uno de sus mayores éxitos. Rara fue la vez que no le vi en el saloncillo, de palique con el director, o por los cuartos de los actores y actrices, siempre con su monóculo y su verba epigramática. Gran escritor y amigo muy estimado.

Lo que no recuerdo bien es si conocí por entonces, o un año más tarde —cuando vine desde París a estrenar la obra ofrecida a Martínez Sierra—, a un joven de unos dieciocho años, vestido con sobria elegancia, que aspiraba a estrenar una comedia. Era más bien alto y delgado, de ademanes circunspectos y palabras muy medidas, pero daba la impresión de poseer una gran confianza en sí mismo. Su nombre de pila, doble, era Juan Ignacio. Antes de presentármelo, en el cuarto de Catalina Bárcena, me dijo Martínez Sierra:

—Ahí está el chico de Luca de Tena. Me trae una comedia. ¿Cree usted que valdrá?

Respondí:

—Si heredó el talento de su padre y lo aplica al teatro, ¿no ha de valer?

[21]
EL TEATRO DE LA GUERRA EN 1917*

Acudo a mis recuerdos, paso en revista mis artículos, no dejo de consultar algunos libros, y 1917 me parece el año clave de la que fue llamada Gran Guerra, porque los hombres que la sufrieron pensaron que no había habido ni podría haber nunca otra mayor. 1917 fue el año de los imponderables, en el sentido político de la palabra, que viene a significar lo que no pudo suponerse, ni sospecharse, y no figuró, por lo tanto, en las cábalas de las Cancillerías, en los planes de los Estados Mayores, ni en los discursos y peroratas de los Parlamentos. O sea, en la balanza donde se pesa el pro y el contra de todas las acciones y empresas humanas y cuyo almotacén tiene un nombre muy bello y muy trágico: el Azar.

Los autores de la Triple Entente no podían presumir la revolución social y el derrumbamiento de los ejércitos de Rusia; Guillermo II y sus generales y ministros no pudieron, «ni remotamente», imaginar la intervención de los Estados Unidos en la guerra. Estos dos enormes hechos, imprevisibles en 1914, inesperados todavía en 1916, reales y desconcertantes en 1917 (desconcertantes, digo, porque la Revolución rusa se inició con buen cariz para los aliados, y porque la intervención norteamericana no intimidó de pronto a los alemanes, sino que los «reanimó» para seguir la lucha), fueron, por decirlo así, los dos laterales del escenario de la guerra. Por uno, el siniestro —la Revolución rusa—, podía escapársele la victoria a la Entente; por el otro aparecer, áptera, pero pisando fuerte con sus grandes pies sobre coturnos de oro. Sí, los aliados iban a ganar la guerra con los dólares de Norteamérica, bien administrados por Mr. Wilson. Pero en poco estuvo que la perdieran, cuando casi la tenían ganada, por la infiltración y el contagio del morbo soviético en ciertas unidades de los ejércitos y determinados grupos políticos de Francia.

* Capítulo xciii del segundo volumen de las *Memorias*.

Era muy verdad que Alemania sabía —y admitía— la imposibilidad de ganar la guerra, que había sido lo soñado. Pero también sabía que podía ganar otra, mucho menor, que le permitiese pactar en buenas condiciones.

Para entender ese año tremendo, abisal unas veces, con luces de alborada otras, desde mi puesto de espectador en Francia, nada mejor, opino, que considerarlo teatralmente, como tragedia antigua u ópera moderna, wagneriana, si le place de este modo al lector. Los actores de la tragedia, o cantantes de la gran ópera, son, a mi parecer, los siguientes: por el lado alemán uno solo, figura de cíclope, pero con dos ojos bien penetrantes, de lince: Hindenburg. El Ulises de este Polifemo se llamará Clemenceau. Y éste, alias el *Tigre*, luego *Papá*, y, por último, *Le Père-la-Victoire*, será *la grande vedette* (perdón, que no se trata de una revista del Folies), el primer actor en el reparto de la tragicomedia de Francia. Pero existen otros dos *rôles* de suprema importancia y sin los cuales hubieran sido estériles el arte y el genio del primer actor: se llaman Foch y Pétain. Al actor inglés ya le conocemos: «trabajará» desde el principio hasta el final de la obra, es más bien pequeño, rechoncho y sonrosado; se llama Lloyd George.

Los Estados Unidos de la América del Norte figuran en la lista de actores con dos veces la W: Woodrow Wilson. Y Rusia, ¡ah, Rusia!, es la caja de Pandora que se abre y, después de presentarnos al fantoche Kerenski —la revolución que sonríe—, da suelta a las hidras que ocultaba en su doble fondo: Trotski y Lenin, la revolución que muerde, la revolución que emponzoña, la revolución que firma la paz de Brest-Litovsk para declararle la guerra comunista al mundo.

Así pues, sin desdeñar los segundos, ni los terceros, ni los cuartos papeles, escuchando los coros y hasta anotando la aparición de algún comparsa, creo posible insistir en que los grandes actores de la tetralogía de aquella guerra (no se olvide que duró cuatro años) fueron, en 1917, Hindenburg, Clemenceau, Foch, Pétain, Wilson, Kerenski, Trotski y Lenin. Ludendorff, genio militar sin duda, es como uno de los resortes o reflejos de Hindenburg. Éste ha sido quien concibe esa Línea Sigfrido que permite estacionar y prolongar la guerra en Francia y concluir el aplastamiento del frente ruso. El general Nivelle, diríase de pronto que va a ser el segundo héroe —el

primero fue Joffre— del cuadro militar de Francia. Pero no. Los héroes-dióscuros van a ser Foch y Pétain. El fracaso de Nivelle en una ofensiva —y nunca es uno solo el responsable de un fracaso— hace subir esa ola de lo que se llamó «derrotismo», en la cual sobrenadaron, como hábiles tritones, Caillaux y Malvy y quedaron sobre la arena, para ser recogidos por el sepulturero, unos títeres que se habían complicado en la farsa de la paz a destiempo. Títeres trágicos que ya casi nadie recuerda: Bolo Bajá, Lenoir, Almereyda, la majestuosa espía Mata Hari… Fusilamientos en los fosos de Vincennes, muertes misteriosas en la prisión de Fresnes, encarcelamiento de Caillaux, destierro de Malvy. Que si la cabeza de Caillaux, «peligrosamente inteligente», recibirá o no el tiro de gracia en Vincennes, constituye un *pari*, un juego de apuestas, durante varios días. Pero no cae la cabeza de Caillaux, personaje que resucitará de su «muerte política» una vez pasada la tormenta bélica.

Yo estoy en el teatro y mi papel —minúsculo— es el de un crítico que debe dar cuenta en su periódico del desarrollo de la farsa y el juego de los comediantes. Pero soy un crítico parcial, no sólo porque mi única visión directa es la que corresponde a Francia en el escenario, sino porque mis juicios se inclinarán a favor de los beligerantes occidentales, así como los del «crítico» que ocupa una butaca en Berlín, en Viena o en Constantinopla es lógico que favorezcan a los germanos y sus satélites. También hay «críticos» desde fuera, en los países neutrales, que dicen de la función «lo que les parece o lo que les dictan». En realidad, y como antes dije, hubo un momento, en abril de aquel año, en que pudo pensarse que «no habría nunca manera para la Entente de ganar la guerra, con los norteamericanos y sin ellos», y que el conflicto no se resolvería en una ni en cien batallas, sino «por tablas». Ello es que los alemanes, por tierra, triunfaban en los frentes orientales y en el occidental asombraban al mundo con su repliegue a la Siegfried Stellung, la zona fortificada concebida por Hindenburg para reducir el frente, establecer sus líneas en mejores condiciones y dar tiempo a que los submarinos, cada vez más numerosos, siguieran dañando al comercio y retrasando los preparativos del adversario.

La gran ofensiva de Nivelle, retrasada por orden del ministro de la Guerra, el matemático Painlevé —el cual esperaba que la intervención norteamericana supliese la deserción de los rusos—, se inicia con algunos éxitos locales y concluye en el fracaso

estratégico que determina la crisis en los altos mandos militares, resuelta, en cierto modo, con la destitución de Nivelle, a quien sustituye Pétain. Más de cien mil hombres le había costado a Francia la frustrada operación del Camino de las Damas, que bien merecía el nombre de Camino de las Parcas. En ningún período de la guerra escuché en París tantos rumores pesimistas, tanta frase de desaliento. Se hablaba de cuerpos enteros del Ejército sublevados, de fusilamientos en masa de jefes, oficiales y soldados… Era «la peste rusa» que se propagaba en Francia. Los americanos —decíase— han llegado «demasiado tarde». Ese Mr. Wilson sería el «hombre de los catorce puntos», pero no el de «las botas de siete leguas». Yo sentía debilitarse mi fe en el triunfo final de los aliados, pero me guardaba muy bien de decirlo en mis artículos. En mi opinión, compartida por muchas personas, entre ellas el siempre ponderado Monsieur Lafont y la exaltada Renée, lo que ocurría se llamaba «cansancio» y el remedio tenía este nombre: «paciencia». Eran ya más de treinta y dos meses de guerra, de batallas en que se saltaba de las trincheras para volver a enterrarse, de bombardeos nocturnos de París, de frío en las casas, de pan negro en las mesas, de restricciones de todo género, de duelos y lutos en las familias, y… no se veía la solución. Era un tejer y destejer, como si Belona se hubiese apoderado de la tela de Penélope y nada quedase hoy del tejido de la víspera. ¿Hasta cuándo? Pues hasta Clemenceau.

[…]

Yo tuve un modo de alejarme en espíritu de la guerra, de suprimirla en mi imaginación, y fue el trabajar en una novela que ni la más remota relación tenía con los hechos trágicos o tristes de que era testigo más o menos directo. Una novela de amor, naturalmente, y cuyos episodios se sucedían en Madrid, en la Bretaña francesa y en Mallorca, todo en años anteriores a la llegada a Europa de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Siempre será para los escritores esto de escribir un libro ajeno a las circunstancias que los rodean una fórmula magnífica de evasión. La pluma se transforma en lima que corta los barrotes del ventanillo del calabozo. Y esta imagen no es caprichosa, ni simplemente retórica: yo padecía con frecuencia la sensación de estar preso y de ser yo mismo mi carcelero. Un ideal, que al cabo de los años habría de parecerme engañoso, pero que entonces era todo luz en mi alma, me había apartado «de lo

mío», de mis ambiciones literarias, de mis comodidades domésticas y de los placeres normales de mi juventud, para contraerme a una vida dolorosa, porque yo no acertaba, como otros, a presenciar la guerra «con mirada objetiva», o como una enorme partida de ajedrez, para aplaudir al ganador, sino con ojos de buen cristiano, pero con una nube de latinidad. Y esto de la «nube de latinidad» quiere decir que yo veía en Alemania una adversaria del espíritu latino, representado entre los beligerantes por Francia e Italia y «un poco» por la misma Inglaterra, y que la hipótesis de una victoria alemana, de la supremacía en el mundo del espíritu de Bismarck, no el de Goethe, me daba miedo por todas las naciones latinas, y, más que por ninguna, por España, en quien lo germano y lo árabe no habían logrado nunca suplantar el aliento de Roma, de esa Roma a la que habíamos pertenecido, pero también dominado con emperadores, poetas y filósofos de nuestro suelo.

Ya no era de temer esa hegemonía. Pero una paz firmada entonces no hubiese hecho —en mi opinión— sino retrasar la hora en que Alemania insistiría vigorosamente por imponerla.

En fin, estos pensamientos me afirmaban en mi propósito de seguir siendo con mi pluma «un defensor más de la causa latina», y, en efecto, en mis artículos para *Abc* y periódicos de Hispanoamérica no se notaba la menor vacilación, la menor duda acerca del triunfo total de los aliados, aunque muchas veces en el aire de París me pareciera respirar esos miasmas del «derrotismo» que denunciaba y perseguía ferozmente, como un buen tigre, el viejo Clemenceau.

[…]

[22]
EL ÚLTIMO DISPARO. ¿QUIÉNES LE CONVENÍA A ESPAÑA QUE GANASEN LA GUERRA? UN RESPIRO PARA CONTINUAR*

La guerra terminó a las once de la mañana del día 11 de noviembre —dos veces 11—, cuando el oficial que mandaba el regimiento inglés King-Edward's Horse, reloj en mano, ordenó cesar el fuego. Habían caído en esta operación dos alemanes.

Las cláusulas del armisticio exigían la evacuación de Francia, Bélgica, Alsacia, Lorena y el Luxemburgo dentro de dos semanas; la entrega de no sé cuántos cañones, ametralladoras, aeroplanos, locomotoras, vagones y camiones —todos juntos pasarían de las doscientas mil unidades—; la evacuación de la orilla izquierda del Rhin, y en la derecha el establecimiento de tres cabezas de puente, y una zona neutral, profunda de diez kilómetros, desde Suiza hasta Holanda; la devolución de todos los prisioneros, sin reciprocidad; la renuncia a los tratados de Brest-Litovsk y Bucarest; la evacuación de las tropas alemanas que operaban en el África oriental; la entrega de todos los submarinos; la internación de gran parte de la flota alemana y desarme del resto y, por fin, la inmovilidad y concentración de todas las fuerzas aéreas.

Es fácil de imaginar la aflicción del pobre Erzberger al suscribir estas condiciones, que los *revanchistes* franceses estimaron «demasiado blandas». No obstante, *le fait accompli* del término de las hostilidades, el pensar en cada casa que el hijo, el hermano, el padre, el marido, no partirían ya para el frente, la ilusión —lograda— de la recuperación de Alsacia y de Lorena, el retorno de los prisioneros, la seguridad de las noches tranquilas, cuanto, en fin, traían consigo los laureles de la victoria, alejaban, aun de los espíritus más previsores, el temor de una guerra futura. Los que, por su edad, habían vivido y sufrido la del 70 se felicitaban de que París no hubiese arrostrado las hambres y los horrores del sitio, con su epílogo rojo —sangre y fuego— de la Commune.

* Capítulo CIII del segundo volumen de las *Memorias*.

Claro está que los hospitales seguían llenos de heridos, que se veían por las calles muchos hombres inválidos, mucha gente enlutada, muchas *gueules cassées* —recompuestas en cierto modo por la cirugía plástica (algunas quedaban espantosas)—, y que las familias hacían el balance de sus bajas, y las ciudades y los pueblos de sus ruinas: de algunos sólo quedaban escombros y tal vez la huella de sus calles. Pero no importaba, nacionalmente. Francia había ganado la guerra. La había ganado —como proclamaría Clemenceau en el Parlamento— en compañía de «sus valerosos aliados» y «asociados», que así designó Wilson a sus hombres; pero como las batallas «decisivas» se libraron sobre el suelo de Francia y como en puridad de verdad no hubo entre los de Occidente generales mejores que los de Francia, ni estadista que superase a Clemenceau en inteligencia y en paciencia, no deberá extrañar que la mayoría de los franceses creyeran que ellos solos habían ganado la guerra.

Por su parte, los ingleses podían decir —y lo decían— que sin su dominio en los mares no habría habido bloqueo de los imperios centrales, ni fracaso de la guerra submarina, ni fácil transporte de las tropas y pertrechos norteamericanos. Y los belgas podían sostener que el primer golpe lo recibieron ellos, y que gracias a su resistencia, al sacrificio de Lieja y Amberes y al arrojo de sus soldados, a los defensores de Francia les fue posible rectificar los errores de su Estado Mayor —que esperaba la invasión por la frontera del Este— y ganar la batalla del Marne. Todo esto era cierto. Y aún podía añadirse que la entrada de Italia y Rumania en la guerra, extendiendo los frentes, y el primer período de las campañas de Rusia significaron también elementos importantes de la victoria.

Estas realidades, estos hechos, obligaban a reconocer, con criterio militar, los méritos de Alemania, que, por decirlo así, se había batido durante cuatro años largos «casi sola» contra la coalición occidental, pues sus aliados de Austria-Hungría no habían estado, ni mucho menos, a su altura, y los turcos y los búlgaros le «habían fallado» cuando más necesaria hubiese sido su resistencia.

Reflexiones de esta índole las hacía yo en mis artículos y ante algunos franceses de pensamiento «filosófico» que lograban superar la pasión patriótica y reconocer las virtudes militares del adversario, virtudes que podían ser una amenaza en lo futuro. ¿En qué futuro? Esto era lo que intentaban prever y prevenir los hombres que en París y en Londres proyectaban las cláusulas del tratado de paz movidos por dos temores: el

de un restablecimiento bélico de Alemania y el de que Wilson llegara con unas tijeras muy jurídicas a recortar las tales cláusulas cuando le parecieran leoninas. Pero la parte de la victoria ¿no ha sido siempre la del león?

Mi padre me había preguntado en una de sus cartas «si yo había pensado alguna vez en quiénes le convendría a España que ganasen la guerra». Él era uno de esos españoles «con la espina de Gibraltar clavada en el corazón». Francófilo hasta cierto punto, y su anglofobia se habría atenuado si «por un acto, no de generosidad, sino de mera equidad, los ingleses nos lo hubiesen devuelto». Además —decíame—, «no comparto, no puedo compartir tu admiración por los yanquis, porque yo me aplico el "*Remember the Maine*", y me acuerdo de otras cosas: de la Loma de San Juan y El Caney, de Santiago y Cavite, y pienso que sin todo eso Cuba y Filipinas seguirían siendo nuestras». Como caminante histórico —todos discurrimos por los senderos de la Historia—, él se había detenido en «su» 98, «que no era, ciertamente, el de los intelectuales que dudaban del vigor de España para reponerse de sus descalabros y resurgir gracias a las portentosas reservas de su espíritu». En una de sus cartas, fechadas en aquel noviembre, insistía en que yo volviera pronto a Madrid. «Ya has hecho bastante por esa Francia de tus amores —argumentaba— y es hora de que vengas a trabajar aquí, en lo tuyo y por lo tuyo. Y lo tuyo no es sólo la familia, es también tu patria.» Algo por el estilo me dijo Blasco Ibáñez, una de aquellas mañanas en que celebrábamos el fin de la guerra, conforme bajábamos del brazo las escaleras de la Maison de la Presse: «Usted ahora debe volverse a Madrid y reanudar su carrera de novelista. Está usted perdiendo el tiempo».

Yo creía, por el contrario, que estaba ganando el tiempo, porque «había vivido» un período de la vida del mundo que cambiaba los derroteros de la humanidad, y porque lo había vivido «universalmente», sintiendo como mías todas las angustias del tránsito de una época a otra y todas las esperanzas de que en la nueva era se lograse la concordia entre los hombres. Dos eran las mayores consecuencias de la guerra: el triunfo del comunismo en Rusia y la intervención de los Estados Unidos en las cuestiones de Europa. O sea, el orto de dos nuevas potencias, ideológicamente antagónicas, que señalaban el ocaso de las europeas y habrían de enfrentarse en un futuro más o menos próximo.

Pero, por encima de estas reflexiones, de estas hipótesis y conjeturas, se elevaba mi alegría —y la alegría no es un estado de ánimo filosófico— por la palpitante y tangible victoria de los pueblos que representaban «mi» historia y «mi» cultura de hombre latino. «La germanización del mundo —pensaba— me hubiese resultado irrespirable.» Mi padre tenía razón al hablar de «la Francia de mis amores», amores que él y yo estimábamos de distinto modo: él, temeroso de que influyeran en detrimento de mi españolidad, y yo, persuadido de que, afinándome literariamente, de que saturándome del espíritu —del *esprit*— de Francia no hacía sino aumentar las calidades de mi arte. Podía ser un error, una ilusión, pero tal era, lo repito, en aquellas horas de mi vida mi más profundo sentimiento.

El sentimiento de cada cual —no lo ignoro— es como una sombra o un espejismo de su pensamiento. Y el pensamiento en los hombres de mi clase —que es doble: literaria y universitaria— lo conforma y dirige su cultura. Yo no me había «cultivado» en universidades alemanas, yo no sabía el alemán, era un latino, nada más que un latino, y Francia, tanto como España, parecíame uno de los baluartes de la latinidad. Francia, con sus influjos germánicos. España, con sus rasgos árabes. Por donde no me era posible admitir que, conciliando esas dos maneras de ser latino, corriera yo el riesgo de ser menos hispánico, sino que —lo repito— fortificaba esa manera de ser.

¡Irme yo de París, entonces, ni pensarlo! Quien había pasado bajo su cielo las horas crueles, los días tormentosos, la noche de cuatro años de guerra, tenía derecho a disfrutar de la mañana luminosa de la paz. Esa luz —como nos ocurre a todos en la vida cotidiana, cuando tras un sueño lóbrego nos despierta un rayo de luz y nos llega el perfume de una floresta próxima o de un jardín cercano— producíame una euforia, una *joie de vivre* que me volvía el alma niña, suprimiendo de ella cavilaciones y temores, incitándola a recrearse, a deleitarse con todas las venturas del momento. ¿Frivolidad? ¡Oh, sí, mucho de frivolidad! A mí la frivolidad es lo único que me aparta de la angustia, que me proporciona respiros en la ascensión de la montaña de la vida, que nos impele, por modo inevitable, al precipicio y enigma de la muerte. ¿Sentimiento trágico de la vida? ¿Por qué no —siempre que se pueda— sentimiento pueril de la vida? ¿Jugar con ella?

Mis juegos iban a ser el reírme, el divertirme en París con los espectáculos de la victoria. Ya estaba yo en la lista de los corresponsales extranjeros invitados para pre-

senciar la *reprise* de la Alsacia y la Lorena. Ya había felicitado yo a Barrès, en la sala de los «Pasos perdidos» del Palais Bourbon, por el logro de sus más caras ilusiones, y Barrès, pálido, «ya viejo», se había rejuvenecido al corresponder a mi saludo con una sonrisa de felicidad. Y otros placeres: los teatros y los *music-halls*, que preparaban nuevas obras y revistas; las canciones de los cabarets —si esto puede decirse— convirtiéndose en cantos epinicios, las casas de la *haute couture* anunciando sus nuevos modelos, los restaurantes rechazando gente, pues en la clientela cosmopolita de París habíase abierto el caudal de los dólares de Norteamérica y afluía de nuevo el turismo de todas partes, ansioso de asistir al Desfile de la Victoria. Se despoblaba la Costa Azul. Los tesoros ocultos del Louvre no tardarían en recuperar sus puestos. Se rezaba en todas las iglesias. Renée pensaba reanudar muy pronto sus colaboraciones con las casas editoriales de Leipzig y Heidelberg. Mi buen amigo Dichter, el rumano, calculaba el engrandecimiento de su patria. Gómez Carrillo —lo vi al pasar frente al Napolitain— presidía de nuevo su tertulia: la voz chirriante, no cantante, de Ernest Lajeunesse llegaba, como un graznido continuo, hasta la acera del bulevar. Mi peña no se había mudado: siempre en el café Weber, donde el whisky lo pagaba Mr. Gleasow y yo el jerez. Sáez también era «de los que no se iban». Quedaba trabajo en el hospital y, ¡qué demonche!, «París había vuelto a ser París». Total, que con mucha diplomacia, echándole la culpa a mis periódicos, comuniqué a mis padres que «por el momento no podía moverme de París y que iría en cuanto me fuera posible, por una o dos semanas, a verlos».

Aceptaron, no sin disgusto, más ostensible en mi padre que en mi madre, aquellas razones, y yo me quedé en París, enviando, es verdad, mis artículos a los periódicos correspondientes, pero sobre todo gozando del tumulto feliz de aquellos días, en que eran tantas las atracciones y las «novedades» de París. Pues nuevas parecían las luces de sus bulevares, nuevas las sonrisas de sus mujeres, nuevas las frases que se escuchaban y nuevo era, sin la menor duda, el frac que me estaban cortando a toda prisa para asistir a las *soirées* de gala que iban a celebrarse en honor de Foch y sus lugartenientes en el Elíseo y el Hôtel de Ville. El chaqué, prenda entonces muy usual, se me había puesto «un poco antiguo» pero aún me sirvió para los tés y los *lunches* de las embajadas, que en la nuestra eran presididos por la afable y caballerosa persona de Quiñones de León. Repetíanse los almuerzos y las cenas en el Palais Dufayel, en el

Cercle des Alliés, en «Maxim's» y en algunas casas particulares, y en ellos, más que la etiqueta negra de los «civiles», lucían, estrellados de cruces, los uniformes azules y pardos de los hombres de armas.

Disponíase la recepción, aún sin fecha, del presidente Wilson, que llegaría acompañado de Mrs. Wilson, para la cual, aunque distase mucho de tener *une taille de mannequin*, ya estaban inventando modelos los grandes *couturiers* de la plaza Vendôme. Ya se habían quitado los sacos terreros que preservaron el zócalo de la histórica columna. El hombre del día —y de la noche— era Clemenceau, a quien se vitoreaba en todas partes, aunque él sólo se presentase en el Parlamento y en el despacho de su Presidencia, donde una mañana, en unión de otros periodistas, tuve el honor de estrechar su mano.

No olvidaré uno de los almuerzos en casa de Renée, durante el cual su padre, el sabio helenista, me dijo *sotto voce* que él «esperaba morirse antes de la tercera guerra». Yo no creía en la tercera guerra. Pensaba que los aliados y sus «asociados» tomarían todas las precauciones posibles para que no se produjese. Imaginaba una gran alianza entre todos los vencedores que obligaría a los alemanes a renunciar a sus sueños hegemónicos e inmovilizaría a la Rusia de los Soviets en sus fronteras. Como el cuadro más fácil de pintar es el de lo futuro, yo me lo pintaba de color de rosa. Para la *reprise* de la Alsacia y la Lorena me pondría mi viejo uniforme. Para tomar notas en la Sala de los Espejos del Quai d'Orsay, donde celebraríanse las sesiones preliminares del tratado de paz, estrenaría estilográfica. La usada durante la guerra, en mil artículos, me recordaría demasiado las horas tristes del peligro, del temor y de la incertidumbre.

Pero esto del Tratado de Versalles es «otra historia», querido lector. Y para narrarla como conviene vale más que me permitas detenerme en este punto, que yo me tome un descanso antes de entrar en ese laberinto, donde el hilo de Ariadna se convirtió muchas veces en una madeja inextricable.

Además, este segundo libro de mis Memorias se extiende en demasía, y, puesto a ponerle término, ¿cuál mejor que el de ese momento de la vida del mundo en que tantos hombres pensaron, y yo entre ellos, que se abría una prolongada era de paz?

Pero en la continuación de mis Memorias narraré también otros episodios de carácter universal y de mi vida propia, que es la de un hombre sensible a todos los dolores e ilusiones de sus semejantes, y principalmente, claro está, a los de esa fracción del mundo que es su patria. Ya demostraré que mis andanzas y mis aventuras fuera de ella no han hecho sino fortificar y acendrar el amor que me inspira: amor dispuesto a todas las abnegaciones y todos los sacrificios.

Y por ahora basta, paciente lector.

III. AMOR, VIAJES Y LITERATURA

[1]

En la Sala del Reloj del Quai d'Orsay. Los tres actores principales de la tragicomedia del tratado de paz. París volvió a ser de las mujeres. Las ideas disolventes de Renée Lafont*

Eran veintisiete las naciones que estuvieron representadas en el palacio del Quai d'Orsay, y luego en Versalles, para elaborar y firmar el tratado que, solemne y oficialmente, ponía término a la guerra del 14 al 18. Veintisiete naciones, entre aliadas y asociadas; veintisiete jefes de Estado o ministros. Y échese usted a contar sus *ad lateres*, consejeros, secretarios, informadores, observadores y periodistas… El idioma oficial era el francés. Pero los traductores ejercían su oficio y en aquella Babel bélico-diplomática todos se llegaban a enterar, aproximadamente, de la dirección y el fondo de los debates.

No diré yo que fuese una olla de grillos, ni un avispero la suntuosa Sala del Reloj, con su amplia galería, donde se efectuaban las deliberaciones, porque el protocolo respetábase en la distribución de los puestos y cada cual desempeñaba perfectamente su papel. El de no pocos de aquellos señores era mudo, de mera presencia, pero no de comparsas, aunque su intervención en el conflicto hubiese sido mínima y, en ciertos casos, más simbólica que real.

Los primerísimos actores no pasaban de tres: Wilson, Lloyd George y Clemenceau. Para ellos los máximos honores y las responsabilidades más duras ante el mundo. ¿No se trataba de asegurar la paz y la concordia entre todos los pueblos? Pues en sus manos —en las de Clemenceau, con sus eternos guantes grises; en las de Wilson, que habían redondeado sus catorce puntos; en las de Lloyd George, que, metafóricamente, en los momentos más graves y oscuros de la guerra, había arrojado al Támesis todos los relo-

* Capítulo VII del tercer volumen de las *Memorias* de Alberto Insúa, subtitulado *Amor, viajes y literatura*.

jes— estaba el «sí» o el «no» de ese Tratado. Es decir, que abriese una era de paz, o lanzara al aire las semillas de una segunda guerra. Yo, en mi modestísimo papel de corresponsal —como repetidas veces he dicho— figuraba entre los del «sí». Y por eso cuando desde uno de los arcos de la galería, abriéndome paso entre un japonés minúsculo y un australiano grandullón, por ejemplo, poníame en primera fila para percibir directamente al grupo presidencial, los semblantes que me atraían, y casi diré que me fascinaban, eran los de esos tres hombres: apergaminado y amarillo el del Tigre; sonrosado, casi rojo bajo la encrespada cabellera blanca, el de Lloyd George; pálido e impasible el de Wilson, cuando no lo animaba en cierto modo el marfil dental de su sonrisa.

Pero, pasada la fascinación, dirigía mis ojos hacia otras caras importantes. Y persisten en mi recuerdo, mejor que otras, las de los señores Orlando, Salandra y el barón de Sonnino, representantes de Italia, que tanto vaciló antes de jugar su carta en el tapete de la guerra. Orlando, de nombre Víctor Manuel, formaba con Wilson, Lloyd George y Clemenceau el cuarteto que ejecutaría el himno de la paz. Hombre bien parecido, de alta frente, ojos negros, pelo y bigote entrecanos. Su papel era muy difícil: exigía Fiume y hubo de chocar con la rotunda oposición de Wilson. Y fue entonces, bien que pasajeramente, un «Orlando furioso», puesto que Fiume, tras la «regencia» de D'Annunzio, y un período de república autónoma, habría de quedar por Italia. Esto lo «adivinaba» Orlando y por eso se encontró en París con el «no» de la firma de los preliminares del tratado.

El barón Sidney de Sonnino había sido con Salandra el destructor de aquel pacto de la Tríplice, debido en gran parte a la francofobia de Crispi, que ligaba a su país con los imperios centrales. Por esto ambos recibían los saludos más afectuosos de Clemenceau. Los dos peinaban cabellos canos. Sonnino era de Florencia, mitad hebreo, mitad inglés, hombre ponderado y sutil. Salandra había nacido en Tracia, o Troja, que también puede llamarse Troya en castellano, pues diz que fue fundada a principios del siglo XI por un gobernador griego para reemplazar, bajo la sonrisa irónica de Homero, la que desapareció por culpa de la bella Helena. De su provincia de Foggia pasó Salandra a Nápoles como estudiante de Derecho y no tardaría en ganar una cátedra en la Universidad de Roma. Entre él, Orlando y Sonnino habían operado la ablación de Italia de la Tríplice, pero el cirujano-jefe había sido este troyano del siglo XX.

Yo miraba con gran simpatía a los tres por parecerme que la más pura latinidad, ya que la de Francia está entreverada de germanismo, eran ellos quienes la representaban en aquella, más que reunión, conmistión de razas diversas, pues allí veíanse a un marqués —Sanonji—, a un barón —Makino— y a un vizconde —el de Chinda— japoneses, cuyos antecesores acaso hubiesen sido samurais, aunque portasen el chaqué tan británicamente como los honorables de Milner, Barnes y Balfour.

Había allí australianos, surafricanos que ilustraron sus nombres en la guerra del Transvaal; chinos, árabes —veo todavía al emir Abdul Hadi Acuni, con su indumentaria como para salir a cantar una ópera de Verdi— y los caballeros de color de Haití y de Liberia. No había rusos —*et pour cause!*—, pero otros eslavos, eslovacos y polacos, sí. De Iberia, pues España no quiso (si debió o no debió intervenir que se lo pregunten a Romanones, a Lerroux y a Maura) figurar en aquella guerra, teníamos no sólo las representaciones de Portugal y el Brasil, primos nuestros en primero y segundo grado, sino también las de ocho repúblicas hispanoamericanas, que eran Cuba, Panamá, Honduras, Guatemala, Nicaragua, Bolivia, Ecuador y Perú.

La voz de Cuba la llevaba —¡cuán discretamente!— don Antonio Sánchez de Bustamante, colega y gran amigo de mi padre, a quien tuve el honor de saludar varias veces. Sánchez de Bustamante era una de las autoridades contemporáneas en Derecho Internacional, desde su cátedra en la Universidad de La Habana. De progenie españolísima, parte de la carrera la cursó en Madrid. Pasaba entonces su edad del medio siglo y la barba se le había puesto de un blanco-gris «muy apostólico». Era, realmente, un apóstol de la Justicia. Se me ocurre pensar que no todo le parecería justo en el proyecto del Tratado de Versalles. Él se sabía de memoria a su Vitoria y su Hugo Grocio y mentalmente, cordialmente, estaría mucho más cerca del «iluso» Wilson, que de los realistas y prácticos Lloyd George y Clemenceau. Esto lo pienso ahora, que entonces mi oráculo era el llamado desde el armisticio *le Père la Victoire*.

Había allí un hombre que traía en sus manos, simbólicamente, una República recién nacida y palpitante, con muchas ganas de vivir, de afirmar su triángulo de razas consanguíneas, pero que habían sufrido el yugo de otras dominantes. Ese hombre era Eduardo Benes, el gran ministro del presidente Masaryk. Juntos habían jugado con suerte en la lotería de la guerra, obteniendo el premio de la nación checoslovaca. A Benes, todavía joven, de unos treinta y cuatro años, le debería yo, meses más tarde, la co-

yuntura y el honor de ser el primer periodista de España que «estrenara» en sus artículos a la naciente República y que escuchase en entrevista privada la docta, y en cierto modo profética palabra de Masaryk. Pero sobre todo esto volveré más adelante.

Yo no asistía, la verdad, a todas aquellas sesiones de la Sala del Reloj del Quai d'Orsay. El reloj de la chimenea Imperio marcaría sin duda horas y minutos históricos y el espejo reflejaría rostros y gestos de los elaboradores del tratado, pero París brindaba un *renouveau* de sus actividades artísticas, un a modo de desquite de los años en que Marte en lugar de Apolo presidió su destino, y no era cosa de perder una exposición de pintura interesante, una conferencia de profesor ilustre, una taza de té o copita de oporto *chez Madame Une Telle* por ir a presenciar las deliberaciones de aquellos prohombres de la política y la diplomacia.

Además, había llegado la *belle saison*, la primavera, y resultaba delicioso tomar el sol —ese sol de París que nunca quema— en uno de los andenes de los Campos Elíseos o en algún pabellón del bosque de Bolonia, donde reaparecían las beldades de *avant-guerre* algo mustias acaso, pero en las que ese arte del *boudoir* y el vestido de la plaza Vendôme disimulan y hasta borran, por fuera, los estragos del tiempo… ¡Ay, *La Parisienne* de Henri Becque y las enamoradas y *demi-mondaines* de Maupassant, que no han sustituido con ventaja las pecadoras de Colette, ni las grandes damas de Marcel Proust! Y con estas «reaparecidas» alternaban las bellas de *après-guerre*, algunas de las cuales habían dejado de ser niñas cuando sus padres o hermanos luchaban en Verdún y en el Soma.

De estas mujeres, las «antiguas», más de una se despojaba de su uniforme de enfermera voluntaria para vestir un modelo de Poiret o de Drecoll. París, en mi opinión de incurable feminista, volvía a ser de la mujer, aunque pareciese dominado oficialmente por los hombres, ya fueran gobernantes, militares o verbosos parlamentarios. Aquello del *cherchez la femme* donde menos hace falta es en París, porque la mujer está presente, visible y dominante en todos los actos de su gran comedia humana, y no detrás, sino delante del varón, así sea éste un estadista, un cómico, un literato o un banquero. Es ella la que decide y pronuncia la última palabra.

Y a propósito de mujeres de París, quizás a algún lector de mis recuerdos le sorprenda que entre ellas no haya vuelto a destacar la simpática figura de Renée Lafont,

tan hispanista e hispanizante, por cuyo salón Luis XV desfilaron, antes y durante la guerra, todos, o casi todos, los escritores españoles e hispanoamericanos que aspiraban a ver traducidas sus obras al francés por quien dominaba nuestro idioma tanto como el propio. Sus autores predilectos —¡allá ella!— fuimos Blasco Ibáñez y yo. Precisamente por entonces lograba que la casa Flammarion publicase su versión de mi novela *El peligro*, que ella tituló *Le goût du danger*, y una nueva edición de *Las flechas del amor*, con el prólogo de Barrès. Quiere decir que nuestras relaciones literarias subsistían, si bien la que llamaré nuestra *amitié amoureuse* habíase enfriado un tanto por culpa de ambos. Ella me guardaba un dulce rencor, si se admite la antinomia, por haber yo resuelto que mi hijo Waldo, de quien había sido una madre espiritual, prosiguiera sus estudios, iniciados en el colegio de Santa Bárbara y el liceo Enrique IV de París, en España, oponiéndome diplomáticamente a su secreta idea de afrancesarme al niño. Razones del corazón… Ello es que ésta fue una de las causas de nuestro «enfriamiento». Pero hubo otras, entre las cuales pesó la rapidez con que ella había reanudado su contacto con los editores alemanes de sus estudios filológicos, lo que consumía gran parte de su tiempo, y algo que puede parecer inverosímil y contradictorio, pues consistió en que una admiradora tan arrebatada como ella del superindividualista Clemenceau volvía a sentirse, también apasionadamente, partidaria del socialismo, llegando no diré que a celebrar, pero sí a «explicarse» la revolución de Rusia, que había sustituido al moderado Kerenski con los marxistas a ultranza y a sangre y fuego representados por Lenin.

Un día discutimos, ella «en roja» y yo, si se quiere, «en blanco». Cometí la ligereza de llamarla loca y ella la de responderme con un insulto. Y aunque luego nos reconciliáramos y hasta fuésemos a la Taverne du Panthéon, *pour signer la paix* ante dos copas de ajenjo —que ella también lo bebía—, ambos sentimos y admitimos que en política éramos adversarios: ella proclive al comunismo y yo cada vez más impenetrable a la utopía marxista e inconforme con cualquier régimen que anule la libertad del individuo.

El sabio y bondadoso Monsieur Lafont no sólo no compartía las «ideas disolventes» de su hija, sino que las censuraba, sin acritud, tal era su ternura de padre, y prefería —me lo dijo— «tomar aquello por una veleidad sin consecuencias». Y vaya si las tuvo, muy dolorosas, como se verá en páginas posteriores de estas remembranzas, si es que llego a escribirlas.

Así queda explicado mi «distanciamiento». Alguna vez Renée venía, anunciando su visita por teléfono, a verme en mi pisito del Boulevard Malesherbes con pruebas de Flammarion en la mano. Y muy de tarde en tarde, o de noche en noche, cruzaba yo la plaza del Panteón y subía por la calle Clovis hasta esa altura de la montaña de Santa Genoveva —Rue du Cardinal Lemoine— donde estaba su casa. En más de una ocasión lo hice en compañía de Blasco Ibáñez, pues, pasadas las privaciones de la guerra, habían vuelto a ser suculentos y copiosos los *menus* preparados por Madame Lafont. Por aquella excelente señora a quien horrorizaban las «ideas» revolucionarias de su hija.

[2]

Yo nunca estuve sin España en París. Las cenas en Poccardi con Blasco Ibáñez. La modestia de un pequeño y gran médico español. Donde aparecen Villegas, Benlliure, Gonzalo Bilbao, Clará, el duque de Alba y otros compatriotas egregios*

Yo nunca estuve sin España en París. Ni aun en los momentos más oscuros de la guerra, cuando flaqueaba mi fe en la victoria de los occidentales y me absorbía la redacción de mis artículos, en los que daba siempre «una nota optimista»; ni en las horas del triunfo, que en cierto modo me embriagaron —espiritualmente—, dejé de sentirme español y de vivir, en lo posible, a la española. No era yo un desterrado, sino, como entonces se decía, un «enviado especial» de un periódico de Madrid y colaborador en varios de Hispanoamérica, de cuya estilográfica fluían las palabras en español y a quien le bastaba un acto de su voluntad para retornar a la patria. Los lazos que me unían a París, mentales y sentimentales, no eran de acero, no me pesaban, no estaba yo en Francia, en aquella Francia doliente y combatiente, por obligación, sino por devoción. De modo que la nostalgia, la saudade o el *mal du pays* no influían en mi ánimo en modo alguno.

De otra parte, no siendo pocos mis amigos franceses, muy estimados, con ninguno hube de intimar, con ninguno, salvo con Renée, me tuteaba: el vos en Francia se resiste a transformarse en tú. Mis dos grandes amigos en París y en aquel tiempo, ambos compatriotas, pertenecían a profesiones muy diversas: uno era escritor y escritor famoso, con fama «que había traspuesto las fronteras y los mares», y el otro era un joven médico, demasiado joven para ser célebre, sin inclinaciones, como tantos colegas

* Capítulo VIII del tercer volumen de las *Memorias*.

suyos, a la literatura, y de una modestia tan grande que jamás le oí hablar de sus éxitos como cirujano, que eran notorios.

No sólo la profesión y el carácter, también la edad y la oriundez ibérica diferenciaban a estos amigos míos. El escritor, gran novelista, pasaba de los cincuenta. Era valenciano. El médico andaba por su quinto lustro. Había nacido en Madrid, de padres castellanos nuevos.

Si el lector ha leído páginas anteriores de mis recuerdos, habrá adivinado que el escritor era Blasco lbáñez, nombre resplandeciente; y el médico Pedro Sáez, nombre que si no llegó a lucir no fue por falta de méritos, sino de ambiciones y por una ineptitud absoluta para la intriga.

Mientras duró la guerra y después, en las etapas del armisticio y de la Conferencia de la Paz, veíame frecuentemente con el autor de *La barraca*, ya entonces en la cumbre de su celebridad por *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Nos veíamos bien en su casa del barrio de Ternes —¡aquel Blasco Ibáñez todavía barbudo, en batín color sangre de toro, una catarata escribiendo!—, en la Maison de la Presse, en alguna cena *chez* Renée, pero sobre todo en el restaurante de su predilección, que era el de Poccardi, donde nunca permitía que yo pagase, a condición de que me atuviera a su «menú», que era siempre el mismo, italofrancés: una montaña de *spaghetti*, «*due côtelette milanese con molte patate*» (sic), un frasco de *chianti* y, por último, su pasión gastronómica, que era el mantecoso queso de Brie. Como si tal cosa consumía sus quinientos gramos. A veces nos acompañaba nuestra mutua traductora. Pero nos entendíamos mejor «los dos solos», hablando él siempre de sí mismo, en tal forma exuberante y pintoresca que yo le oía sin protestar, ni aun mentalmente, cuando su egolatría llegaba hasta el extremo de decir que él, con sus libros, «pesaba más en el mundo que España entera». No podía decirse que hablase mal de los escritores españoles, sus coetáneos, porque en realidad no los tomaba en cuenta. Acaso, por excepción, pronunciaba algunos nombres de novelistas como el coloso que se dignase mirar compasivamente a los pigmeos. Yo era uno de esos pigmeos, pero con trato de favor, pues alguna vez me dijo «que le gustaban mis escritos», y en varias ocasiones, a partir del término de la guerra, me aconsejó que me volviese a España a reanudar mi vida literaria.

No hay duda de que Blasco simpatizaba conmigo, desde aquella época en que yo, imberbe, iba a visitarle en Madrid, a su hotelito de la calle de Salas, próximo al final de la Castellana, en compañía de otros escritores juveniles, entre los cuales los más asiduos éramos Pepe Francés, Rafael Urbano, Pedro González Blanco y yo.

Por entonces —la época de *La horda* y *La maja desnuda*— Julio Camba «se había metido» con él, nada menos que en *El País*, de Catena y Castrovido, el órgano del partido de la República, y yo le había replicado a Camba con vehemencia. Mucho más tarde, allá por el año 16, Azorín publicó en *Abc* un artículo sobre Blasco, si no ofensivo, desdeñoso. Y a este artículo respondí yo, por tablas, en el propio *Abc* poniendo a Blasco por las nubes. Años más tarde, Azorín, pluma áurea, pero flexible, ha dedicado grandes elogios a su compatriota. Blasco Ibáñez tenía, pues, conmigo dos motivos de gratitud. Por eso, y porque nunca le llevé la contraria cuando hablábamos, siempre me demostró simpatía.

Creo que fue a fines del 17 cuando él terminó de escribir e hizo publicar en su casa editorial de Valencia *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Casi al mismo tiempo, una escritora norteamericana, Mrs. Charlotte Bresther de Jordán —no sé si recuerdo bien sus apellidos— nos escribió a entrambos proponiéndonos las traducciones de *Los cuatro jinetes* y de la única novela de la guerra escrita por mí, *De un mundo a otro*. Blasco no sólo recibió los 300 dólares de sus derechos de autor, ofrecidos por la traductora, sino varias centenas de miles más, pues su libro alcanzó en Norteamérica uno de esos éxitos «astronómicos» que sólo allí se producen. En cuanto a mí, todavía estoy esperando la respuesta de Mrs. Bresther. Mi novelita —altamente elogiada en España por Gómez de Baquero— debió de parecerle insignificante. Pero como entre mis pecados no ha querido Dios que figurase el de la envidia, mi fracaso, paralelo al triunfo de Blasco Ibáñez, no entibió los sentimientos amistosos que éste me inspiraba, ni mi admiración por su obra, que nunca fue la de un discípulo incondicional, sino la de quien apreciaba sus dotes de «colorista» y sus artes de narrador, pero que le hubiese preferido más cerca de Galdós que de Zola y menos elemental en la psicología de sus personajes. Pero entonces no hubiese sido Blasco Ibáñez.

Pedro Sáez y yo nos veíamos casi todos los días, y siempre que su trabajo no le obligaba a quedarse en el Hospital Español se reunía conmigo en algún *petit restaurant* o *chope* del barrio de la Magdalena. Como buen castellano era poco locuaz. No

sentía ninguna impaciencia por volver a Madrid. «¿Acaso —decíame— no es un pedazo de España nuestro hospital?» Y yo le respondía: «Naturalmente, y allí donde esté un español como tú está, no un pedazo de la tierra, sino un destello del espíritu de la patria.»

En cada español de los que durante la guerra estuvieron en París, bien en funciones diplomáticas, como corresponsales de nuestra prensa o de paso, veía yo uno de esos destellos o reflejos del espíritu hispánico. Un día de primavera, en Versalles, hallándome yo solo de remero en uno de los botecitos del Lac d'Amour, vi de pronto, en la orilla, unas barbas entrecanas caídas hasta el pecho, unos anteojos redondos, una manga hueca, todo un hombre escuálido y altivo, e hice como si no lo viera, pues se trataba de mi ilustre enemigo Valle-Inclán. Acompañábale el periodista Corpus Barga, corresponsal de *El Sol*.

Otro día, por la tarde, conforme viajaba yo en el Metro, vi en una de las estaciones, sentado —porque en el ferrocarril subterráneo de París había, y sigue habiendo, bancos en las paradas, comodidad de que no disfrutamos en Madrid—, al que era ya uno de los escritores perínclitos de España. Iba de boina y vestido de oscuro. Estaba allí inmóvil, viendo pasar los trenes, observando, sin el monóculo de su juventud, que britanizaba su semblante, y con un paraguas entre las piernas que no era precisamente rojo. Ya habrás reconocido, lector, a Azorín. No habría de volver a verle hasta mi regreso a España, pero antes leí los artículos en que recogía sus impresiones del París bombardeado, que luego reunió en un libro, sutil y original como todos los suyos.

Otro gran escritor nuestro que visitó aquel París dolorido, pero no plañidero, fue Gregorio Martínez Sierra, francófilo apasionado, que más tarde esperaría del ingenuo Kerenski la redención del mundo y casi casi se volvió comunista, pero que entonces presenciaba conmigo, desde la terraza del Café de la Paix, el desfile de las tropas aliadas, y el «Sambre et Meuse», el «Chant du départ», «La Marsellesa» y el «Tipperary» le enternecían.

Nunca tomé en serio el marxismo de Gregorio. Lo que siempre me importó fue su talento, su pasión por el arte, su «buen gusto», sus actividades de «teatrólogo» y editor, sin andarme a discutir si era María o era él el autor de las comedias que se representaban con su nombre. Mi amistad con Martínez Sierra no conoció eclipses, y

se hizo más cordial en Buenos Aires, entre los años 37 y 48, porque allí sí que nos hermanaba la saudade de la patria.

También pasaron por el París de la guerra otros compañeros y amigos, como Federico García Sanchiz, que no tardaría en ser el creador de un nuevo género de la oratoria, inimitable, porque suyo es el secreto; Francisco Serrano Anguita, futura gloria de nuestro periodismo y nuestra escena; Fabián Vidal, que recorrió todos los frentes aliados de la campaña y cuyas crónicas, escritas «en aliadófilo», pero sin denigrar al enemigo, fueron las mejores publicadas en nuestra prensa; el precoz Manuel Aznar, maestro de periodistas antes de los veinte años, y algunos más que ahora escapan a mi memoria.

Pero sí recuerdo vivazmente, «como si lo tuviera delante», al gran Ramiro de Maeztu, que desde Londres llegaba de tiempo en tiempo a París para recorrer los frentes francobritánicos y transmitir sus impresiones a *La Correspondencia de España* y *La Prensa* de Buenos Aires. A mí Maeztu, medio inglés, me parecía, por sus ojos claros y su indumentaria —*jaquette* y chistera— un íntegro inglés, aunque luego hubo de verse que nadie le ganaría en lo de sentir y querer a España hasta el martirio.

Concluida la lucha y entreabiertas las puertas de París por el armisticio, ¡ay, Señor!, no fueron pocos los españoles que se precipitaron a franquearlas. Unos, admitiendo la posibilidad de emprender o reanudar algún negocio más o menos lícito; otros por el deseo de ver «cómo había quedado París después de los horrores de la guerra»; algunas damas de alto copete, o nuevas ricas, para ser las primeras en adquirir los modelos de los grandes modistos y lanzar en España el *dernier cri*, y algunos señores importantes con el propósito de demostrar su adhesión desde un principio a la causa de los aliados, como fue el caso del conde de Romanones, no sé si antes o después de la crisis del 6 de noviembre, con que se disolvía el Gobierno de Concentración Nacional, presidido por Maura y en el que regentó dos ministerios don Álvaro.

Romanones fue recibido por las autoridades francesas como correspondía a su doble condición de primer aliadófilo y de presidente del Consejo de Ministros de la «nación hermana», que él había hecho todo lo posible porque interviniese en la guerra. Le vi entrar en el Elíseo y escuché declaraciones suyas a los periodistas en uno de los hoteles de la calle de Rivoli. No me honraba yo entonces con su amistad, lo que acon-

teció más luego con recíproca simpatía. En mis artículos de *La Voz* comenté alguno de sus libros histórico-anecdóticos, que son realmente interesantes.

España se manifestó en París por aquel tiempo en una de sus expresiones más puras y universales, sin perder nada de su esencia propia. Me refiero al arte, pero no al arte literario, que ha de vencer los obstáculos de la pluralidad de lenguas, sino a ese otro arte que no exige ser traducido, que entra por los ojos, que es la pintura, como la música entra por los oídos. ¡Felices los Velázquez y los Beethoven que no pueden ser «traicionados»!

Así, pues, durante varios días, en la primavera de 1919, mientras se pintaba en el Quai d'Orsay el cuadro del tratado de paz, a cuya exposición (nada más expuesto a desaparecer que un cuadro de tal género) asistiríamos en Versalles, llegaron a París varios ilustres pintores y escultores nuestros, en compañía de un altísimo aristócrata tan famoso por sus títulos nobiliarios como por sus devociones artísticas, para organizar y presentar una exposición de pintura y escultura españolas en las salas del Petit Palais.

Recuerdo nombres: el duque de Alba, Mariano Benlliure, José Villegas y Gonzalo Bilbao. Clará y Beltrán y Masses tenían sus estudios en París. Salvo el duque, a quien conocí entonces, yo era amigo de todos ellos, principalmente de Mariano Benlliure. Todavía me pregunto por qué representé yo un papelito en aquella exposición memorable, pues, sin solicitarlo, vine a ser algo así como su cronista oficial para España y miembro de la comisión organizadora. Debió de ser ocurrencia de Benlliure. Yo cumplí mis deberes de cronista enviando artículos a *La Correspondencia de España* y a *Nuevo Mundo*.

Antes de la inauguración celebraron aquellos señores un almuerzo «para cambiar impresiones», en el restaurante Marguery. José Clará, Federico Beltrán y yo figuramos entre los comensales. Todos reconocimos la exquisitez del famoso lenguado de la casa, saboreamos vinos y un champaña selectos, y para los fumadores hubo cigarros legítimos del Hoyo de Monterrey.

El más viejo de aquel grupo de artistas era don José Villegas, pintor ya histórico y «de historia» profana y religiosa. No recuerdo si antes o después de la exposición del Petit Palais apareció en París con los grandes lienzos de su *Decálogo*. Era su despedida de la vida y de su arte, más decorativo y anecdótico que hondo. Murió en Madrid,

a los setenta y tres años, y casi al mismo tiempo que Pradilla, dispar amigo suyo en el concepto de la pintura. Mariano Benlliure era todavía «relativamente joven»: no llegaba a los sesenta años, seguía muy ágil y su sombrerito redondo y flexible de fieltro negro cubría en la calle su cabellera rizosa, que comenzaba a encanecer. Con ese sombrerito, sus patillas y su chalina era la suya, según dicen en Francia, *une tête d'artiste*, como si no las hubiera sin pelo y con bombín. Gonzalo Bilbao le llevaba un par de años a Benlliure. Ya no era el del retrato que le hizo Ramón Casas, con su barba y su bigote negros, sino un señor afeitado y miope, más bien triste, como si toda la luz de sus ojos y todo el ángel de su espíritu sevillano se hubiesen quedado en sus lienzos.

El duque de Alba, decimosexto de este título —don Jacobo Stuart James y Falcó— y noveno de Bervick, era el más joven de los cuatro comensales o columnas de aquel almuerzo *chez* Marguery. Pasaba apenas de los cuarenta años y era, como es lógico por su ilustre prosapia, senador por derecho propio y figuraba ya en dos Reales Academias: la de la Historia y la de Bellas Artes. Sospecho que a su mecenazgo generoso se debería una buena parte del brillo de la exposición española del Petit Palais, que originó grandes gastos.

Clará era, poco más o menos, coetáneo del duque. Beltrán y Masses, con sus treinta y tres años entonces, y yo con mis treinta y cinco exuberantes, éramos los más jóvenes de los concurrentes a aquel ágape íntimo, al que sucederían banquetes oficiales, con nuestra representación diplomática y autoridades, escultores y pintores franceses *médaillés* luciendo la cintita o la roseta de la Legión de Honor.

Pocos días después, en la primavera de París, más bien tenue de luz, Goya deslumbraba y fascinaba al público. Y con él, en noble fila, y cada cual con su antorcha o su estrella, otros pintores y escultores de España, mensajeros de su arte y de su genio.

[3]

El rey y Pétain evocan la batalla*

[…]

No sé si antes o después de la firma del Tratado de Versalles —lo que importa no es la fecha, sino el hecho— España vino a Francia en la persona de su rey. Nadie ignora que a los franceses les gustan los reyes, aunque en ocasiones los manden a la guillotina. Son famosos los recibimientos que ha tributado París a emperadores, zares, sultanes, shaes y rajaes, a todos los cráneos coronados que, junto a las chisteras de los presidentes, han hecho el clásico desfile por los Campos Elíseos.

Alfonso XIII no tenía un puente sobre el Sena como Alejandro III de Rusia, ni avenidas o calles como Jorge V de Inglaterra, Alberto de Bélgica y otros soberanos, pero, en general, contaba con la simpatía de los franceses a partir de aquella tarde de mayo, en 1905, cuando, según la frase que salió de sus labios, recibía «su bautismo de sangre» en la calle de Rohann. La bomba que arrojaron contra el coche en que iba con el presidente Loubet no hizo blanco: hirió a algunos coraceros de la escolta, pero la actitud de don Alfonso fue serena, gallarda y «elegante». Y París, tan sensible a los *beaux gestes*, la aplaudió sin reservas.

Otras veces estuvo en París, de incógnito, el rey de España. El viaje a que voy a referirme no sabría decir hasta qué punto fue oficial, pues no recuerdo recepciones en el Elíseo ni en el Hôtel de Ville. Sólo supe de la presencia del rey en París por un aviso de nuestra Embajada significándome que yo, en nombre de *La Correspondencia de España*, figuraba entre las personas que acompañarían a Su Majestad en su visita a Verdún. Es de suponer que no fui yo el único corresponsal testigo y cronista de aquel episodio, pero no hago memoria del nombre de ninguno, y acaso se me concediese el honor de la «exclusiva» por ser *La Corres* el diario más ostensiblemente aliadófilo de España.

* Capítulo IX del tercer volumen de las *Memorias*.

Ello es que una mañana me vi en uno de los compartimientos del mismo tren en que don Alfonso, acompañado por Quiñones de León, el agregado militar coronel Benítez y otros miembros de la Embajada, se dirigía a la «ciudad mártir», donde le esperaba el mariscal Pétain.

Los actos benéficos de Alfonso XIII durante la guerra, ayudando con su peculio al sostenimiento del Hospital Español en París, y colaborando con la Cruz Roja en el canje de prisioneros y las atenciones sanitarias que éstos recibían, eran recordados con gratitud por los franceses, aunque algunos hubieran preferido —porque cuando arde nuestra casa todo auxilio se agradece— que Romanones y no Maura y Vázquez de Mella hubiesen influido en el ánimo de don Alfonso hasta arrastrar a su país a la guerra.

Esta opinión no la leí en ningún periódico, pero la oí en el propio Verdún, a la salida de la estación improvisada sobre las ruinas de la que destruyeron los cañones del Kromprinz. Y fue que al cruzar los umbrales don Alfonso, a la derecha de Pétain, y después de revistar las tropas que le rindieron los honores, alguien del grupo de curiosos, militar o paisano, dijo entre dientes: «*C'est maintenant qu'il vient!*». No tuvo eco la frase murmurada, ni tampoco se escucharon aplausos. Todo se producía en silencio, de acuerdo con la situación, que no era la entrada en una ciudad viva y más o menos dichosa, sino en una ciudad muerta. Porque de Verdún sólo quedaban, por decirlo así, los huesos: la línea entre escombros de alguna calle, tal trozo de pared casi a ras de tierra, el esqueleto desperdigado de una ciudad.

Yo había estado en Verdún, durante la batalla, dos veces. La había visto agonizar y morir, con esa muerte de las ciudades que puede ser seguida más o menos pronto de una resurrección. Lo que no ocurre con la muerte de los hombres, a no ser por la gracia divina y los milagros. Entonces, cuando la visitó Alfonso XIII, no había habido tiempo siquiera para pensar en reconstruir Verdún. Por lo pronto, no era sino un montón de ruinas y un cementerio enorme, cuyos osarios mayores estaban en los fuertes derruidos de Vaux y de Douaumont.

Sobre este último, precisamente, escuchó Alfonso XIII la explicación de la batalla por el hombre que la había ganado. Tenían delante el panorama de las riberas, las alturas y los bosques arrasados del Mosa. Pétain, rígido, explicaba los episodios del ataque alemán y de la resistencia, al fin victoriosa, de los franceses. El rey seguía con la

mirada el índice tendido del mariscal que parecía apoyarse en un nombre, o ahondar en algún elemento de aquel paisaje sin más vida que la del río de aguas oscuras y calmosas, como si respetara la desolación de aquella tierra que pronto volvería a fertilizar.

Era una mañana gris, no fría ni lluviosa: triste. Las figuras centrales de aquel cuadro viviente —que jamás encontraría su pintor, como tantos de la Historia, que luego inventan los artistas a su antojo—, los actores de aquella escena, que no sé si fue captada por algún fotógrafo, ofrecían un contraste bien visible por la actitud y por la raza. Blanco y sonrosado uno de los semblantes, cetrino el otro. Regulares las facciones de éste, marcadas las de aquél por un ligero prognatismo. Una mirada azul y lenta, y la de unos ojos pardos, profundos, inquietos y brillantes. Pero ambas figuras majestuosas: la del rey joven «en su papel», con naturalidad sin afectación; la de Pétain, no tan sólo por la aureola de su victoria, sino también por su apostura, por su pie firme en la linde de la ancianidad, como si quisiera aplicarle a sus años —más de sesenta— el «¡No pasarán!» de sus soldados en la defensa de Verdún.

¡Qué español Alfonso XIII! ¡Qué bien en aquella hora y en aquel fondo «negro» para que lo pintase Solana! Pétain pedía un pintor flamenco: digamos Franz Hals.

El rey no sólo escuchaba. También interrogaba. Y hubo un momento en que hilvanó algunas frases, en correcto francés, para demostrarle al mariscal que le había entendido y se llevaba una impresión perfecta de la batalla, la «que le hubiese gustado presenciar». Dijo que la había seguido, desde Madrid, con los mapas y planos a la vista. Y como entrase en algunas explicaciones técnicas, Pétain, poco risueño, sonrió afable y le dijo:

—*Majesté, vous avez suivi la bataille aussi bien que moi.*

A lo que repuso don Alfonso, en excelente francés:

—*Mais c'est vous, Maréchal, qui l'avez gagnée!*

Y fue de este modo como, si no en la hora bélica, en la del respeto y la admiración por sus héroes, estuvo representada España en Verdún por el más encumbrado de sus hijos.

[4]

Aquel transeúnte solitario. La utopía de la Sociedad de las Naciones. Vuelvo a escribir novelas. Mi adorado siglo XIX. Quisieron matar a Clemenceau*

Entre una muchedumbre de corresponsales, políticos y burócratas asistí en junio del año 19 a la firma del Tratado de Versalles. De haberlos visto tantas veces en la Sala del Reloj del Quai d'Orsay, durante su faena de tejedores para urdir lo que alguien llamaría la «Túnica de Neso de Alemania» —en que no llegó a abrasarse el Hércules teutónico—, sabíame de memoria, por fuera, a los firmantes de las naciones vencedoras. No así a los de Germania vencida, que fueron el conde de Brockdorff-Ratzau, los doctores Landsberg, Schucking y Melchior, el ministro Giesberts y el presidente de la Asamblea Nacional Prusiana, Leitnez. Cinco cuerpos enlevitados, cinco rostros que me parecieron impasibles, cinco manos que no temblaron al firmar.

Escribo estas líneas en el invierno de 1955, a los treinta y seis años de la firma de aquel pacto, que entonces, dada mi parcialidad aliadófila, no me pareció leonino. Y la verdad, no me siento con ánimos para revolver sus cenizas.

Lo advenido después, en estos siete lustros —Hitler, Stalin, Mussolini, Roosevelt, nuestra tercera guerra de independencia, la segunda mundial, la de Corea, la fría, amasada con las nieves de Rusia, la bomba atómica, las convulsiones sociales de Iberoamérica—, es tan complejo y tremendo que exige la ecuanimidad de los grandes historiadores, a lo Tucídides y lo Tácito, y alguno existe contemporáneo, como Toynbee, para advertir entre las tinieblas del cuadro las luces tenues de la esperanza en un mundo mejor, que no será mejor mientras los hombres se obstinen en vivir separados por sus odios y rivalidades de razas y en no reconocer y acatar las normas del Decálogo.

* Capítulo X del tercer volumen de las *Memorias*.

Alguien hubo entonces que tenía fe en sus semejantes, e imaginó posible un mundo asociado o hermandad ecuménica en los que cualquier conflicto entre las naciones se resolvería sin recurrir a las armas, por medio de la más generosa jurisprudencia. Este personaje, que tanto significó en aquella época —como que de él procede que la cumbre política del mundo haya dejado de ser europea— es un gran olvidado. Pasan inadvertidos los aniversarios de su muerte. Pero yo, que le admiré, como admiro a todos los hombres «de buena voluntad», voy a recordarle en esta página, evocando antes su aspecto físico que su figura histórica.

Lo más notable de su rostro era la sonrisa, una sonrisa ancha que descubría casi todos sus dientes. Pero no una sonrisa móvil y un tanto frívola, reveladora de un carácter jovial y superficial, sino una sonrisa grave y uniforme, sin paradoja, seria.

La expresión de la sonrisa depende sólo en parte de los músculos de la cara. En ningún gesto humano interviene tanto el espíritu como en la sonrisa, que recorre toda la escala de los sentimientos. La de este hombre era «única», sin matices, siempre igual, mecánica. Con ella había entrado en París y recorrido, chistera en mano, la avenida de los Campos Elíseos, donde una multitud entusiástica, contenida por los soldados en línea militar, amontonada en los balcones y trepada a los árboles, prorrumpía en vítores y aplausos en su honor. Rígido, fino, frío, espejeando al sol de otoño sus lentes y su sombrero de copa, el personaje no acertaba a renovar su sonrisa. Con la cual, más tarde, en noviembre de 1919, y en cierta sala —no de las más espaciosas y lujosas— del palacio del Quai d'Orsay, leyó el artículo de su «gran proyecto» que no era otro que el de la fundación de la Sociedad de las Naciones. Con la cual, en las conferencias que precedieron a la firma del Tratado de Versalles, volvió a leer sus «catorce puntos». ¡Catorce puntos de sutura en el cuerpo malherido de la pobre Europa! Y con la cual se despidió un día de París, rumbo a Washington…

Era —el lector lo ha reconocido— Woodrow Wilson, el presidente de los Estados Unidos; el estadista mejor intencionado y más soñador y candoroso de todos los tiempos. Nada queda de su obra. Ya, al lado de la suya, la sonrisa de Poincaré —su compañero de coche en los desfiles triunfales— revelaba escepticismo, y la de Clemenceau, que sonreía a sus horas, cierta mofa.

Pero el buen pueblo de París no imitaba al Tigre. Creía en la panacea wilsoniana. Y Wilson fue uno de sus ídolos. El antiguo profesor, convertido en el «artífice de la

paz», en el «apóstol de la justicia», gozó de una popularidad inenarrable, que se transmitía a su esposa, una dama bella y algo gruesa, que renovó su vestuario en las grandes casas de la Rue de la Paix e hizo subir el precio de las rosas, los claveles y las violetas de la Costa Azul.

Yo me contagié y fui uno de los panegiristas del presidente Wilson. Mis funciones de corresponsal me facilitaban la visión próxima y frecuente del estadista norteamericano. Le veo y le escucho desgranar, como las cuentas de un rosario ideológico —y utópico—, los artículos del Convenant, en aquella sala poco espaciosa del Quai d'Orsay, que al conjuro de su voz monótona y solemne se trocaba en un templo.

Le veo y le sigo con la mirada al salir de sus debates a puerta cerrada con el nervioso y sonrosado Lloyd George, con el macilento y violento Clemenceau, con el melenudo Orlando, el melancólico Sonnino, el severo Foch, el enigmático Benes y el séquito de secretarios, traductores e intérpretes. Puedo contemplarlo en el Elíseo y en el Hôtel de Ville, en los agasajos y honores que con él comparte la dichosa y florida Mrs. Wilson.

Una vez y otra describo su figura corpórea y ensalzo su «misión histórica, de hombre providencial» en artículos que ven la luz en Madrid, en La Habana, en México, en Buenos Aires. Todos respondían a una ilusión —y a una emoción— del momento. Y no es mi propósito en estas líneas despojar a Wilson de su aureola de entonces, que de ello ya se encargó Clío, la musa inexorable.

Al contrario. Pláceme evocar su figura en la hora propicia y en su última apoteosis. Porque fue un hombre de buena fe y uno de esos ilusos de la concordia humana —como Briand— que no fracasan sino por exceso de confianza en sus semejantes. Eludo, pues, el análisis de la obra política de Wilson, erigida sobre las arenas de la ilusión. Y de la incomprensión de las realidades europeas.

Un día, al atardecer, cruzaba yo una de las calles de Passy, por su sector aristocrático, el que atraviesa la avenida Henri Martin y está próxima al Bois. Una calle de hoteles suntuosos, de fachadas claras, de palacios con verjas que sostienen una corona y al través de las cuales se descubre un estilizado jardín. Y de una de esas casas salió, solo, un caballero bien trajeado, de estatura aventajada, con un abrigo oscuro y un sombrero de fieltro. Parecióme que era el presidente Wilson. Mas ¿era posible que anduviese solo y a pie, sin escolta, sin chistera, sin su secretario y su médico, que

le seguían como su doble sombra a todas partes? Misterio. El asombro y la duda me incitaban a mirar al desconocido con una de esas miradas que equivalen a una interrogación.

Y una sonrisa amplia, fina y fría me probó y demostró por manera inequívoca que aquel transeúnte solitario era Wilson. ¿De qué casa salía? ¿Adónde se encaminaba el «árbitro» del mundo? Todavía lo ignoro y lo ignoraré siempre. Tal vez no era que anduviese solo. Sino que ya entonces comenzaban a dejarlo solo… A solas con sus ilusiones y del brazo de su quimera de la paz.

No sigo, bien se ve, un orden cronológico en mis recuerdos. Entre la firma del Tratado de Versalles y la lectura por Wilson de su proyecto de la Sociedad de las Naciones pasaron cinco meses. Durante ellos mi vida privada en París fue apacible y venturosa y me permitió reanudar la composición de una novela que tenía abandonada desde el año 15. También pude planear otra para las colecciones de Martínez Sierra, ver editadas o reeditadas algunas de las traducidas por Mlle. Lafont. Así, pues, «volvía a sentirme novelista». Pero, la verdad, gustábame más leer que escribir. Aparte la tarea diaria, apresurada, de los artículos, mi literatura novelesca iba despacio. Entonces podía hacerlo. Ganaba lo bastante con mis trabajos periodísticos para permitirme ese lujo, del que gozan los escritores ricos o que poseen una renta suficiente como Flaubert. ¡Ay, qué habría sido de *Madame Bovary* despachada en unos meses como cualquiera de las novelas de Jorge Ohnet! Lo que no quiere decir que todas las escritas *calamo currente* sean malas o mediocres, pues allí están para demostrar lo contrario las siempre geniales de nuestro inmenso Galdós.

En consecuencia, dedicaba muchas más horas a la lectura de los libros ajenos que a la composición de los propios. Leía más a los clásicos que a los modernos, y menos a los contemporáneos. Ni aun durante la guerra habían cesado los escritores y editores de acrecer el caudal de las letras francesas. Raro era el día sin libro nuevo. A mí los libros nuevos, recién salidos de las manos del impresor, me han parecido siempre fruto en agraz. Son muy pocos los que no se malogran. De ahí que los abra, si el tema y el autor me atraen, con cierta desconfianza, no vaya a resultar que sólo tienen cáscara. Algunos, muy contados, «traían algo dentro». Predominaban las novelas de la guerra, que yo solía pasar por alto, porque, en cierto modo, yo también «había he-

cho la guerra», y seguía escribiendo sobre sus resultados y, en realidad, *j'en avais assez de la guerre*, como cualquier *poilu*.

Volví a leer a los románticos franceses, a los naturalistas templados como el amable Daudet, Alfonso, la antítesis de su áspero hijo, León. A los parnasianos y los simbolistas. A los moralistas, a fondo, y a los filósofos «por encima», pues a unos no los entiendo, otros me fastidian y raro es el que me consuela.

No todo era leer. Iba al teatro. Y más que al teatro, porque rehuía en lo posible las obras amargas de François de Curol y las tenebrosas de Lenormand, al *music-hall* y el cabaret, prefiriendo la frivolidad de Mistinguette a los estertores de la voz de oro de «la grande Sarah» y los gemidos de Réjane en alguna de las obras plañideras de Henri Bataille, el cual, con su tocayo Bernstein, había vuelto a la carga más impetuoso que antes. A propósito de Henri Bataille recuerdo haberle oído en el café Napolitain, en la tertulia de Gómez Carrillo, este *calembour* a Ernest Lajeunesse, que no hablaba, sino que graznaba: «*Je crois que, finie la guerre, il n'y aura plus de bataille*». Pero sí las hubo. A las batallas escénicas del autor de *La marche nuptiale* sólo puso término su muerte, en 1922.

En la Comedia Francesa, la Casa de Molière, más que éste, Corneille, Racine y Rotrou, tan leídos y oídos, me interesaban entonces los dos Dumas, Augier y Pailleron: siglo XIX, el de mi infancia y adolescencia, que me gusta infinitamente más que aquel en que fui joven y me he ido haciendo viejo: este siglo XX, tan bárbaro, tan bélico y tan contradictorio, que por un lado —el de la nueva terapéutica— nos alarga la vida, y por otro —el de la guerra mecanizada y «atomizada»— nos la quita, y no hombre a hombre, sino como a minúsculos insectos, por miríadas de hombres.

Yo había aprendido la mejor lección de la filosofía estoica, que consiste en no sufrir por aquello que no está en nuestra mano remediar. Aun para los santos la misericordia tiene sus límites. Seguían siendo en el mundo, no obstante el término de la guerra, muchos los motivos de aflicción. Yo recordaba esta frase de Amiel: «*J'ai trop mince l'épiderme du cœur*», y hacía todo lo posible por endurecer mi corazón, por hacerlo insensible y como refractario a lo que no lo tocase de cerca. Así, pues, las noticias de los fusilamientos de rusos blancos por los rusos rojos, de las algaradas san-

grientas en los Balcanes, de tal atentado contra cualquier ministro de remoto país, tan pronto eran leídas como olvidadas, mientras que lo que ocurriera en Francia, y particularmente en París, me impresionaba, en un sentido o en otro, con esa oscilación ineluctable del alma humana entre el gozo y el pesar.

Y vienen a cuento estas reflexiones, de una filosofía que llamaré «de bolsillo», porque algo ocurrió en París por entonces que me produjo tanta indignación como tristeza. Y fue que habían querido matar a Clemenceau, el llamado «Padre de la Victoria», que, como Marco Tulio, hubiese merecido también el sobrenombre de «Padre de la Patria».

Hallábame yo en mi gabinete, con un libro en la mano, cuando sonó el teléfono y una voz femenina, entrecortada, me dijo: «*Tu ne sais pas? Quelle horreur! On a voulu tuer Clemenceau!*». Con una voz semejante, en agosto del 14, en San Sebastián, me había dado Renée la noticia del asesinato de Jaurès. ¡Asombroso espíritu el suyo, que así lamentaba la muerte y el roce de la muerte en dos hombres tan distintos! Ella, socialista y ya «casi comunista», lloraba a la sola idea de que la bala del ácrata Cottin hubiese hecho blanco en la nuca de Clemenceau, como en la de su otro ídolo, Jaurès.

Pero las balas, cuatro o cinco, de la pistola de Cottin dieron en la trasera del automóvil del Tigre, y sólo una, ya sin fuerza, le tocó en la espalda. Renée quiso que la acompañara a dejar tarjeta en el domicilio de Clemenceau. Algunas personas pensaron, y periodistas escribieron, que Cottin había obedecido órdenes de Moscú. Otros que era sencillamente un loco. Él no dijo nada, porque los agentes que lo detuvieron le quitaron con sus porras el habla.

Escribí un artículo lleno de reflexiones sobre «los crímenes del anarquismo», aludiendo a Cánovas, que tuvo menos suerte que Clemenceau. Y a Canalejas, que perdió la vida por su afición a los libros y su democrática costumbre de andar a pie. Cuando le hicieron la primera cura, el Tigre no lanzó un rugido, sino una carcajada y un chiste de los suyos:

—*Il m'a raté ce cochon là!*

[5]

Entrevista con Masaryk. Reflexiones sobre el comunismo*

[…]

Mi entrevista con el insigne Masaryk la narré en un par de extensos artículos para *La Correspondencia de España* y *La Nación*, de Buenos Aires. De este último tengo a mano un recorte, del que reproduciré los párrafos que me parecen más substanciosos y que dicen así:

«Uno de los primeros sabios de Europa, Tomás Garrigue Masaryk, dirige desde la cuna los destinos de su Bohemia natal engrandecida, convertida territorialmente en una gran nación, pero rodeada, cercada por otros pueblos mayores, entre ellos Rusia. Los rusos viven, sufren, exprimen ahora el segundo año de su "transformación". Es la autocracia de Lenin».

Mi curiosidad más viva en Praga, y lo que me había traído a ella, era el conocer la actitud política y la postura mental de Masaryk ante el pleno triunfo del marxismo en Rusia. No de pie, con solemnidad y disimulada impaciencia, como suelen recibir a los periodistas los jefes de Estado, sino sin prisa y sentados frente a frente, transcurrió mi diálogo con Masaryk —diálogo de preguntas concisas y respuestas terminantes.

El presidente, yo diría mejor el padre de Checoslovaquia, cumplirá pronto sus setenta años, pero no los representa. Su tipo es plenamente universitario. Bigote blanco, perilla blanca, lentes de oro prendidos a la nariz recta y fuerte, manos expresivas, pero que accionan con lentitud, que no se estremecen nunca como las de Clemenceau. Yo diría que Clemenceau, casi octogenario, sigue siendo un hombre de barri-

* Capítulo XII del tercer volumen de las *Memorias*.

cada, y Masaryk un hombre de cátedra. Pero claro está que también se lucha y se ganan batallas desde las cátedras. ¿Qué otra cosa ha hecho Masaryk?

Al fin le hago la pregunta que me tiembla en los labios: «¿Cree Su Excelencia en la propagación del bolchevismo a toda Europa?». Y he aquí su respuesta: «Yo no soy marxista. No comparto las ideas de Lenin sobre la organización social del mundo de mañana. No creo que la vida del hombre dependa sólo del factor económico. La vida es plural y el marxismo es una unidad cerrada, absoluta. Si yo tuviera fe en el resultado venturoso del experimento marxista, después de la paz separada de Rusia con los imperios centrales, no hubiese permitido que los soldados checos se batieran en los campos de Francia y por el ideario occidental. Rusia es Oriente, mucho más Asia que Europa. En el tiempo, y no obstante sus grandes escritores y artistas, Rusia sigue enclavada en el siglo XVI. La pasividad, la inercia, la incultura, el *nitchevo* de sus masas ha permitido allí lo que en otras latitudes europeas hubiese sido imposible. Imposible, preciso, de transportarse con garantías de éxito. El bolchevismo es, no lo olvide, un fenómeno específicamente ruso, pero, ¡ay!, un fenómeno contagioso, porque su punto de partida, que es la quimera de la igualdad humana, resulta seductor y ejercerá sobre los espíritus jóvenes o simplistas una gran influencia. Ese vivir edénico que el bolchevismo promete, ¿para cuándo?, para después de todos los sacrificios, todas las crueldades y todas las catástrofes, ilusionará a cuantos creen factible perfeccionar la sociedad antes de mejorar al individuo. Así, pues, la Rusia marxista tendrá adeptos e imitadores, no sólo en Asia y Europa, sino en todo el mundo. Mas fíjese bien en esto: esas imitaciones no serán duraderas, fracasarán en definitiva, pero no sin producir convulsiones tremendas. La fiebre roja la sufrirán algunos pueblos, bastantes pueblos, y una vez remitida esa fiebre encontrarán la salud con una fórmula que no acierto a definir ahora, pero en la que estará presente lo que es la médula misma de los pueblos: el sentido y el sentimiento nacionales. En una palabra —y tras sus lentes y bajo su bigote blanco sonrió Masaryk—, el bolchevismo es una planta de flores de apariencia bella, pero ponzoñosas. Del socialismo yo sólo acepto lo practicable, lo que no pugna con la naturaleza humana y lo que sea compatible con la personalidad de mi nación. En esto mi conformidad es absoluta con Federico el Grande: no creo en ninguna doctrina ni régimen político que anule en los hombres las características de su raza, que haga de un sajón un eslavo o de un latino un germano».

Así me habló Masaryk en el verano de 1919. Y yo rememoro en el invierno de 1955 sus palabras, que muy pronto, y por desgracia para la civilización, la moral y la cultura del Occidente cristiano, adquirieron un valor profético. Del mal ruso, del cáncer soviético, se contagiaron rápidamente, con mayor o menor encono, Hungría, Italia y Alemania. ¿Quién no recuerda la atroz dictadura marxista de Béla Kun en la nación magiar? ¿Y el movimiento Spartacus en Alemania, dirigido por Liebnecht y Rosa Luxemburg? De las sacudidas sociales de Italia a fines de aquel año 19 fui testigo presencial. Era una Italia en disolución. Se incautaban los obreros de las fábricas —como después en Francia—, se producían huelgas ilegales a cada paso y, en general, la atmósfera era la de un país en vísperas de una revolución semejante a la rusa. También Portugal pasó su Cabo de las Tormentas.

Había de ser España quien, por un conjunto de circunstancias políticas dolorosas, sufriese más terriblemente que nadie el martirio, la vivisección —por así decirlo— del experimento ruso. No lo creía, no lo esperaba yo así al escuchar las advertencias de Masaryk.

Supuse —¡error profundo!—, al advenir la República, que España había encontrado también «su fórmula». Nació la República de una manera pacífica, y aunque muy pronto aparecieron los síntomas de la demagogia y la anarquía, pudo pensarse que el «instinto de conservación nacional» diría la última palabra. No fue así. Que los socialistas afectos a la Tercera Internacional y todos los elementos anárquicos del país quisieran desnaturalizar la República y aprovecharla para sus designios de la lucha de clases no podía sorprender a nadie que poseyera algún sentido de la realidad. Pero que los republicanos, aunque se llamasen de izquierda, coadyuvaran a la revolución social, ¿quién hubiese podido admitirlo? Lerroux, el más sensible de los republicanos españoles, lo temió, lo previó. Y por eso, con su retirada del poder y su ostracismo voluntario de dos largos años, denunció el riesgo de proseguir la alianza socialista-republicana, que consolidó Azaña abrazándose a Prieto en el mitin histórico del Frontón central.

Aún pudo creerse en la frustración de la maniobra revolucionaria. El aplastante triunfo de los partidos conservadores y moderados en las elecciones del 33 autorizaba este optimismo. Pero desde entonces interviene como un injusto maleficio para España la política equivocada del presidente Alcalá Zamora, quien con sólo proceder

constitucionalmente en diciembre de 1935, entregando el poder al grupo más numeroso de la Cámara, hubiese evitado los horrores de la revolución y de la Guerra Civil. Tremendas la responsabilidad de Alcalá Zamora, la del nefasto Portola Valladares, la de Azaña, la de Martínez Barrios, la de todos los jefes de los grupos y subgrupos republicanos que no supieron dotar a aquel régimen de una contextura española.

Los vaticinios de Masaryk habrían de cumplirse en nuestra patria en sus dos tiempos: el del martirio y el de la redención. Se me han ido la mente y la pluma a estas reflexiones, porque no es posible navegar por los ríos del recuerdo sin que los invadan y revuelvan los torrentes de lo actual. Y lo actual, lo temiblemente actual, sigue siendo el comunismo imperialista ruso, ya se llame el autócrata de Lenin o sean sus jefes los albaceas de este último.

Pero estábamos, lector, en agosto de 1919 y en la no «alegre y confiada», pero sí hospitalaria y bellísima ciudad de Praga, de la que me queda no poco y bueno que contarte.

[6]

En Madrid, octubre de 1919. Mi conferencia en el Ateneo en contra del comunismo. Una *claque* amistosa. Rápida discusión con Martínez Sierra. El panorama político de España según mi padre*

Después de asistir en las dos Cámaras francesas a la aprobación, por una mayoría «abrumadora» de votos, del Tratado de Versalles, lo que equivalía al mayor triunfo parlamentario de Clemenceau, realicé uno de mis viajes relámpago a Madrid con el doble propósito de ver a mi familia y dar una conferencia en el Ateneo «sobre y contra el comunismo».

No hubo inconveniente alguno en la que entonces llamaban —con evidente exageración, pues allí había «de todo»— la Docta Casa para que yo ocupase su tribuna. De mozalbete había visto subir a ella y escuchado con admiración a oradores tan ilustres como Silvela, Moret, Canalejas, don Rafael María de Labra, el ínclito don Joaquín Costa y a varios más. A esa tribuna también había subido mi padre, hombre de elocución fácil y entonada, para hablar, naturalmente, de su Galicia, en el aspecto literario principalmente, ya que del regionalista templado que había sido nada quedaba, en absoluto, que significase la más leve sombra en su amor a la patria grande y una.

Fue él, ateneísta veterano y «punto fuerte» de la Cacharrería, quien obtuvo de las autoridades del Ateneo —¿cuáles eran entonces?— el permiso para que yo hablara en aquella cátedra, ya que desde los bancos del salón de actos lo había hecho con esa audacia y ligereza propia de los jóvenes alistados en el modernismo y para quienes los clasicistas y todo lo que oliera a siglo XIX eran, respectivamente, «unos fósiles» y «los

* Capítulo XIV del tercer volumen de las *Memorias*.

detritus de un tiempo muerto». Frases tan absurdas había lanzado yo en la sala grande del Ateneo, no sin que la presidencia «me tocara la campanilla» y yo persistiera en mis despropósitos. Pero, *il faut que jeunesse se passe*. La juventud más díscola suele ser la de los escritores y los artistas. Y hoy, en mi sosegada senectud, pienso que «la juventud no peca, porque no sabe».

Antes de la conferencia fui dos o tres tardes por el Ateneo para abrazar a los amigos con quienes, allá por los años 7 y 8, formaba tertulia en el Salón de Tapices, o, irritando a don Joaquín Costa, que trabajaba en uno de los pupitres, dialogaba *sotto voce* en la biblioteca. Estos amigos eran Bernardo G. de Candamo, lector incansable y crítico sutil; el teósofo Rafael Urbano, que llamaba Benito Pérez a Galdós; Javier Cabezas, dado a la entomología y traductor verbal de *La vida de las abejas*, de Maeterlinck; Victoriano García Martí, espíritu filosófico; Pérez Bojart, poeta en voz muy baja o «de versos al oído»; Daniel López *Fantasio*, excelente escritor, que comenzaba a ser absorbido por la burocracia, y Federico García Sanchiz, a quien todavía llamábamos los de su grupo el Borreguero y nos preparaba la sorpresa de su oratoria *sui generis* e inimitable, que habría de convertirlo en el español más escuchado de nuestro tiempo.

Tales amigos vendrían a aplaudir mi conferencia, formando una a modo de *claque* y de guardia valerosa si mi anticomunismo suscitaba protestas así en la sala como en la tribuna pública. Porque dentro y fuera del Ateneo, en Madrid no faltaban los admiradores de la Rusia bolchevique, y se me anunció que algunos vendrían a «abuchearme» o ahuecharme, como prefiere que se diga la Academia. Pero no. Silbidos no hubo, protestas en voz alta tampoco. Algún murmullo de inconformidad, acaso.

La *claque* amistosa sostuvo los aplausos, que propagaron francófilos y franceses de Madrid, presididos los primeros por Pepe Francés, sin el cual, pluma y palabra arrolladoras, *Prensa Gráfica* hubiese sido germanófila, y los segundos por León Rollin, el periodista galo que fue uno de los jefes de la propaganda de los aliados en Madrid.

Esta ventaja, unida a la actualidad palpitante del tema, me proporcionó no pocos aplausos al término de la conferencia. Salí del Ateneo con mi padre como quien ha sorteado felizmente un peligro. Mientras nos dirigíamos a nuestra casa por la calle del

Príncipe y la carrera de San Jerónimo, mi padre me expresó «que compartía en absoluto mis ideas sobre el comunismo, que todo el mundo cristiano debería tener muy en cuenta las advertencias de Clemenceau y Masaryk, que eran en el fondo las mismas de Donoso Cortés en su célebre *Ensayo* y de los discursos proféticos de Cánovas precisamente en la cátedra del Ateneo». Y añadió: «En cambio, en el elogio que hiciste del Tratado de Versalles no te puedo seguir, porque me parece inicuo en muchos de sus aspectos». Mi padre, cuando censuraba algunos de mis escritos o mis actos, lo hacía en tal forma afectuosa que con él me era imposible discutir. Por lo tanto, nada objeté a su crítica acerca del Tratado de Versalles. Y ya en casa no se habló más del asunto.

Pero sí se habló, aquella misma noche, y en tono de polémica, en el saloncillo del teatro Eslava, adonde fui para visitar a mi gran amigo Gregorio Martínez Sierra. Encontré a éste en compañía de Felipe Sassone, el cual había estrenado ya con fortuna sus primeras comedias. Al verme entrar, Gregorio, no digo que me increpase, porque dada nuestra amistad esto no era posible, pero sí que puso vehemencia en la voz al reprocharme «lo que había dicho en el Ateneo en contra de la Revolución rusa». Alguien vino a contárselo y «le parecía mentira que yo no comprendiese lo que significaban para el futuro de la humanidad los postulados del marxismo».

Yo mantuve mis argumentos y le dije, no sin acritud, que no le creía un marxista convencido, ni mucho menos, sino uno más entre los escritores que se disfrazaban de bolcheviques, siendo en realidad unos burgueses que aspiraban, como él, a una vida cómoda y a ganar mucho dinero. Él era un aristócrata de la pluma, con un teatro para estrenar cuanto escribiese, una bella actriz para representarlo y una empresa editora para publicar sus libros. Todo esto me parecía muy bien pero «lo otro», lo fingido y postizo, deplorable. «¡El proletario de la pluma —concluí— soy yo!»

Debí de producirme con demasiada viveza porque vi enmudecer, palideciendo, a Gregorio y sentí la presión de una mano de Sassone en mi brazo derecho, mientras exclamaba: «¡Vamos, ya está bien! A otra cosa, ¿no os parece?». Nos pusimos a hablar, como era nuestro deber, de literatura. Y Martínez Sierra y yo quedamos tan amigos como antes.

Con mi padre hablaba sobre todo de política española, naturalmente. Es decir, hablaba él, sin que yo apenas le interrumpiese, pues no estaba muy al tanto de los pro-

blemas que tenían planteados nuestros gobernantes y que eran de ardua solución. El más difícil de todos el de Cataluña. Los patronos acababan de declarar el *lock-out*, o sea el cierre de sus industrias, en vista de la impunidad en que quedaban los atentados, casi siempre mortales, contra ellos y entre los sindicalistas de distintos grupos. A Maura no le dejaban gobernar. Había dimitido en el verano, sucediéndole el señor Sánchez Toca, que no carecía de talento ni de cultura, pero que no alcanzaba la talla de los dos jefes del conservadurismo: Maura y Dato. A las dimensiones de la nariz de Sánchez de Toca no correspondía la finura del olfato: no venteaba los conflictos.

Para mi padre el único estadista «genial» era don Antonio Maura, pero la obstrucción parlamentaria de las izquierdas y las campañas de los periódicos del mismo color impedían el triunfo de su programa de regeneración nacional. «No se lo merece España», decía con un gesto desolado. ¡Lástima de país! Por donde quiera que se mirase no se hallaba nada halagüeño. En Cataluña, aparte la sangrienta lucha entre los patronos y los sindicatos, el separatismo no deponía su actitud. Habíase creado una Comisaría de Abastos para regular los precios de las subsistencias, y ¡que si quieres!, todo estaba por las nubes y seguía subiendo. No le parecía mal que los obreros obtuviesen la jornada de ocho horas, pero «ya verás como no tardan en pedir que les aumenten los jornales». El espíritu de subversión seguía latente en algunos sectores del Ejército. En fin, que no se sabía a quién echarle la culpa de tantos desatinos e infortunios, si a los gobernantes o a los gobernados… «A unos y a otros —se respondía a sí mismo en seguida—, porque el español es un hombre díscolo, indisciplinado, y los gobernantes no han sabido enseñarle a obedecer. Escribe Ganivet en su *Idearium* que al pueblo, el nuestro, hay que tratarlo "con mucho amor y muchos palos". Estimo que sobran los palos. Si "los de arriba" amasen verdaderamente al pueblo no lo mantendrían en la ignorancia y la pobreza. Lo que nos falta es cristianismo. En dos de las obras de misericordia, "enseñar al que no sabe" y "dar de comer al hambriento", resumo yo la política que se debería hacer: la política de Dios. Y no hay que esperar que la practiquen los socialistas, que son ateos y constituyen, como ya profetizó Donoso Cortés, la vanguardia del comunismo.»

[…]

[7]

La muerte de Galdós. 1898: el «Episodio» que no escribió don Benito. Evocaciones enternecidas de su gran figura*

Una mañana de aquel mes de enero leí en los periódicos, escueta, sin retrato, la noticia de la muerte de Galdós. Al día siguiente me llegó el número de *La Corres* con un par de columnas dedicadas al fallecimiento del glorioso novelista. Después recibí recortes del *Abc*, *El Imparcial* y *El Liberal*. A éstos acompañaba una carta de mi padre en la que me decía textualmente:

«Como era tan grande tu admiración por don Benito (corregí: "es" y "será"), ahí te mando los artículos necrológicos más importantes que le han dedicado. Tú sabes que yo también le admiraba, pero no tanto como tú, pues no compartía sus ideas republicanas ni mucho menos su anticlericalismo. Creo que sin el Trono y la Iglesia España dejaría de ser España. Todos sabíamos que Galdós, ciego y medio inválido, no podía durar ya mucho tiempo. Muere antes de cumplir los setenta y siete años y no ofrece duda que deja una obra formidable en la cual lo que más admiro es la serie de los *Episodios*, porque hacen vibrar mi cuerda patriótica, si bien siempre me he preguntado, y tú mismo te has hecho esta pregunta, por qué no dedicó alguno de esos libros —que no son testimonios ni reflejos de "cosas vistas", sino que están compuestos con referencias históricas y un caudal enorme de imaginación y fantasía— a narrar los episodios de las dos grandes guerras de Cuba y el final de la última, desastroso para nosotros.

Datos le sobraban en los periódicos de la época. Pudo hablar con Martínez Campos, con Blanco, con Weyler, con Jiménez Castellanos, los generales que libraron aquella guerra, hasta que el último, el querido don Adolfo, pasó por la amargura de

* Capítulo xxxi del tercer volumen de las *Memorias*.

entregar la Isla. Imagínate uno de esos grandes Episodios de Galdós con este título tremendo en cuatro números: ¡1898! Pero, nada, no lo escribió. En España con esos números trágicos sólo se ha hecho literatura, y literatura lamentable por su entrega al pesimismo. Claro que yo sangro por la herida, porque mi novela *Los últimos días de España en Cuba*, si no fue en absoluto como tirarla a un pozo debióse al artículo que escribió Cavia, elogiándola, en *El Imparcial*».

Hasta aquí, en aquella carta de mi padre, que he hallado entre mis viejos papeles, con alguna otra, lo referente a Galdós. Sí, yo sabía muy bien que su novelista predilecto no era el autor de *Ángel Guerra*, sino la autora de *Los pazos de Ulloa*; que leía con fruición a Pereda y que no había querido asistir a las representaciones de *Electra* por «la intención y el tono sectarios de la obra». Pero sabía también que en su biblioteca no faltaba, encuadernado en pasta española, ninguno de los libros de Galdós, y que fue en su biblioteca de La Habana donde, teniendo yo trece años, leí *Marianela*, *Gloria*, *Doña Perfecta* y *La familia de León Roch*. Después, en Madrid, adquiría él con puntualidad cada *Episodio*, repitiendo siempre que ninguno como *Trafalgar*, que solía abrir para leerme en voz vibrante aquella página en que Gabriel Araceli, eje y alma de los diez primeros *Episodios*, dice lo que yo ahora voy a copiar y siempre leo con los ojos turbios:

«Soy joven: el tiempo no ha pasado, tengo frente a mí los principales hechos de mi mocedad; estrecho la mano de antiguos amigos; en mi ánimo se reproducen las emociones dulces o terribles de la juventud, el ardor del triunfo, el pesar de la derrota, las grandes alegrías así como las grandes penas, asociadas en los recuerdos como lo están en la vida. Sobre todos mis sentimientos domina uno, el que dirigió siempre mis acciones durante el azaroso período comprendido entre 1805 y 1824. Cercano al sepulcro, y considerándome el más inútil de los hombres, ¡aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria!».

Al llegar a este punto la voz de mi padre, primero altisonora, se humedecía y apagábase reprimiendo un sollozo. «Por esta frase —balbucía—, "aún haces brotar lágrimas en mis ojos, amor santo de la patria", yo le perdono a Galdós todo lo que en él

no me gusta. ¡Ah, si nos hubiera visto llorar a ti y a mí en La Habana cuando se perdió nuestra escuadra! Ese amor ha de ponerse, y yo lo pongo, sobre todos los amores. Por eso a la patria la llamamos Madre.»

Y después, más sosegado, proseguía la lectura de ese canto al patriotismo, sublime página de Galdós: «En cambio, yo aún puedo consagrarte (a la patria) una palabra, maldiciendo al ruin escéptico que te niega y al filósofo corrompido que te confunde con los intereses de un día… A este sentimiento consagré mi edad viril y a él consagro esta faena de mis últimos años, poniéndolo por genio tutelar o ángel custodio de mi existencia escrita, ya que lo fue de mi existencia real. Muchas cosas voy a contaros: ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!».

Y concluía mi padre, cerrando el libro y como si lo acariciase: «Esto es amar a España. Y así se explica que Menéndez y Pelayo, y Pereda, los dos católicos a machamartillo, estimasen tanto a Galdós».

Yo me pasé todo aquel día, de un enero en París con nieve en la calle, pero con un aire templado y deliciosa calma en mi hogar, pensando en Galdós, rememorando, en orden retrospectivo, las veces que tuve la suerte de verle y hablarle. La última había sido algunos meses antes de su muerte, cuando mi cuñado Alfonso Hernández Catá y yo estuvimos a visitarle en su hotelito del barrio de Argüelles, en la calle de Hilarión Eslava, entonces suburbios de Madrid. Hallamos un Galdós con gafas negras sobre los ojos sin luz, envuelto de cintura abajo en una manta, pero cuyos bigotes más amarillos que blancos y caídos como los de un mandarín (siempre hubo algo de chinesco en el semblante de Galdós) se alzaban para sonreírnos afablemente o proferir algunas palabras afectuosas.

Hacía unos siete años, durante el invierno del 13, Alfonso y yo habíamos hablado con don Benito en el teatro Español, donde se hallaba no recuerdo bien si en funciones directivas o como contertulio en el saloncillo. También por entonces o algo antes —no respondo de fechas— le vi ensayando en el teatro de la Princesa su *Alcestes*, escrito para María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Recuerdo que el caballero actor exclamó al verme y saludarme: «Estamos en plena mitología. Siéntese. A ver si acertamos con estos griegos sobrenaturales de Galdós». No sé si acertaron, pues aunque asistí al estreno, no guardo la menor memoria de la obra.

Cuando en 1907 publiqué mi primera novela, cuya acción transcurre en Ávila, envié un ejemplar a don Benito, y éste, con quien coincidí en el vestíbulo del Banco Hispano Americano, me dijo: «He leído su novela y (textual) "eso" es Ávila». Le agradecí el elogio, que supuse más hijo de la cortesía que de la admiración, pues ¿qué podía valer «mi» Ávila al lado de «su» Toledo, el de *Ángel Guerra*? Añadiré que doña Emilia Pardo Bazán, ésta en una carta, alabó también aquel libro. Frases «así», en labios de maestros, estimulan a los escritores en cierne.

En varias ocasiones había oído yo a Galdós en algunos actos políticos o literarios. No poseía el don de la oratoria. Veíasele subir a la tribuna o salir al escenario un tanto cohibido, como si le intimidara, o molestara «actuar en público» y sacar del bolsillo interior de la americana un papelito. En aquel papelito venía su discurso, su lacónico discurso, que él era sólo fluvial —como ahora se dice— con la pluma en la mano. Lo mismo que Dickens y Balzac, con quienes solía y suele comparársele, era uno de esos escritores que por un río de tinta caudaloso como el Tajo —diré tratándose de un español— hacen navegar las naves de su ingenio y de su ensueño y sumergirse o nadar a algunos de sus héroes. ¡Vaya ríos con afluentes los de las cuatro series de los *Episodios nacionales*! Queda el río de sus *Novelas contemporáneas*.

Y aparece, más laguna que río, pero anchurosa laguna, su teatro, del que se ha dicho que era «una novelística llevada a la escena», lo que en realidad «es también teatro», pues lo hay donde no falte la acción y exista el diálogo en la forma que corresponda a cada personaje. No pocas comedias de Lope son también «novelística llevada al teatro».

Ello es que yo no dejaba de asistir a las representaciones escénicas de Galdós, comprobando el interés con que las escuchaba el público. Desde luego, Ibsen había influido en él, pero no hasta el punto de hacerle uno de sus discípulos —como, por ejemplo, en Francia, François de Curel—, ni siquiera uno de sus émulos, pues nada podía sentir y expresar Galdós sino «muy españolamente». Y esto, el espíritu nacional, es lo que otorga un valor perdurable a su obra y le abre las puertas de lo universal. Ibsen era un corazón del norte, Galdós un alma cálida del sur: podían aproximarse, pero no confundirse.

Mas no es mi propósito esbozar un ensayo crítico de la novela y el teatro de Galdós. Y si lo intentase y lograse, más que crítica, más que análisis, sería panegírico, porque a mí en Galdós «todo me gustaba», todo lo leía o veía representar con *intelletto d'amore*, y el verdadero crítico no debe enamorarse del autor, ni lo contrario. Quiero

decir que si no evita los excesos de la pasión, en pro o en contra de la obra que enjuicia, se convierte en un idólatra o en un iconoclasta. Esto último fue lo que le ocurrió a Unamuno, que nunca quiso ni entendió a don Benito. Y basta.

Vuelvo a mis evocaciones personales de Galdós. La primera vez que le vi y escuché de cerca quedaba muy lejos en el paisaje de mi memoria. Año 1902. Era yo todavía estudiante de Derecho en la Central, pero dedicaba más horas a leer historias, novelas y teatro clásico que al estudio de las asignaturas. Y escribía, escribía «para mí», ¡hasta versos! Mi afán por conocer a los escritores de fama —¡cuán efímera fue la de muchos de aquel tiempo!— me llevó a alguno de esos banquetes donde el que paga, sea quien fuere, pasa, come y bebe mejor o peor, escucha los brindis y le pide al agasajado que le firme el menú.

En uno de esos banquetes fui presentado a Galdós por su paisano y discípulo José Betancourt, buen publicista que firmaba sus escritos con el seudónimo de Ángel Guerra. Estábamos en invierno. El banquete, en los altos del café Suizo, no era en honor de don Benito, sino de un novelista joven, aristocrático, ya con algún público.

Mi presentación al maestro fue hecha a la salida del Suizo, en la calle de Alcalá, camino de la Puerta del Sol. La edad de don Benito no pasaba entonces de los sesenta años. Quedábanle hebras oscuras en el cabello, su bigote amarilleaba. Vestía un abrigo de paño negro, no muy flamante, y su bufanda, de un color gris muy subido, la llevaba flotando por encima del gabán. El sombrero de fieltro negro, alicorto y de copa alta, lo introducía hasta el occipucio. No había nada en su pergeño destinado a «llamar la atención». Ya paseaba Valle-Inclán por Madrid sus quevedos, su manga vacía y sus barbas «ticianescas». Ya lucía Maeztu sus levitas entalladas y su chistera de *gentleman*, Rusiñol su chambergo y su cabeza «de artista», Benavente su bigote «mefistofélico» y su puro, y en los salones el monóculo de Antonio de Hoyos, marqués de Vinent. A don Benito no le gustaba «distinguirse». En su vida pública y privada era, como en el tren, un ciudadano «de tercera». Pero sus libros y sus dramas le iban conduciendo en carroza de oro hacia el país donde moran y discurren las almas inmortales.

De este modo me pasé aquel día de enero, en París, con nieve en la calle, evocando a Galdós: al «mío», porque cada hombre de genio es tantas veces uno y distinto como admiradores tiene y personas le aman.

[8]

De cómo tuve noticia de la muerte de la condesa de Pardo Bazán. Los comentarios de los periódicos parisienses. Recordación y glosa de una carta de mi padre. Mi juicio sobre la eximia escritora*

Doy otro salto de algunos meses en mis recuerdos para situarme en el de mayo de 1921 y en París, donde una mañana supe por labios de nuestro embajador, Quiñones de León, que la condesa de Pardo Bazán había muerto en Madrid. Dada mi amistad con la insigne escritora y la admiración que me inspiraba su obra, la infausta noticia me entristeció hondamente. En la tarde de aquel mismo día leí en *Le Temps* y *Le Journal des Débats* y a la mañana siguiente en el *Figaro* y otros periódicos, las líneas necrobibliográficas que insertaban acerca de la *célèbre romancière espagnole*. No faltó el crítico anónimo que, creyendo, sin duda, favorecerla, la comparase con Emilio Zola y dijese que había sido «la introductora del naturalismo en España». Volveré sobre esto para demostrar lo absurdo de la equiparación y lo discutible del segundo aserto.

Antes habré de referirme a la carta que recibí de mi padre, a quien debía yo mis relaciones con la autora de tantas novelas admirables y la generosidad con que en varias ocasiones habló en sus artículos de las mías. No conservo entre mis papeles esa carta, pero recuerdo muy bien que en ella me informaba de que había asistido al entierro de doña Emilia, dado de viva voz el pésame a sus hijos y acompañado sus restos mortales hasta la Sacramental donde reposan. Entraba luego a lamentar la desaparición de esa «gran mujer, que formaba con Rosalía Castro y Concepción Arenal, paisanas suyas, el grupo de las grandes escritoras españolas de su tiempo, las tres gallegas». Después se extendía en consideraciones acerca de los méritos de doña Emilia

* Capítulo xxxvi del tercer volumen de las *Memorias*.

—él siempre la llamó así—, entendiendo que eran muy altos e indiscutibles en todos los géneros literarios que cultivara: el ensayo crítico o histórico, el artículo de periódico, el cuento y la novela. Por razones «natales» —precisaba— era natural que él la prefiriese a los grandes novelistas españoles, sus contemporáneos, Galdós, Pereda, Valera, Palacio Valdés, Leopoldo Alas y más tarde Blasco Ibáñez, sin que esto significara disminuir la gloria de ninguno. Sí, «era natural», porque mi padre sentía siempre «en gallego» y porque la sensibilidad, aun en los lectores y críticos menos sentimentales, entra por mucho en sus predilecciones artísticas, así en literatura como en las artes plásticas. Un veneciano es posible que se quede frío ante los lienzos de Vinci y vibre de entusiasmo frente a los de Ticiano y el Tintoretto.

No obstante —y sigo en el recuerdo y la glosa de la carta de mi padre—, aun descartando la inclinación o parcialidad regionalista, ¿cómo no reconocer en la autora de *Los pazos de Ulloa* a una novelista «de cuerpo entero», tan grande como el que más lo fuere? En el cuento, que es novela en germen, cuando no obra cumplida y «redonda», nadie, ni siquiera el insigne Clarín, la había aventajado, y menos todavía en la novela breve. Y ahí estaban, en este último aspecto para demostrarlo, *Morriña* e *Insolación*.

No se contrajo la condesa, en su arte narrativo y sus análisis de caracteres, a los fondos y la humanidad de Galicia. También la atrajeron las costumbres de Madrid, las figuras y figurillas de la Corte de España adonde llegó en 1869, a raíz de su boda y cuando su padre había sido elegido diputado para las Constituyentes. A partir de entonces la escritora pasaba los inviernos y las primaveras en Madrid y los estíos en su casa y «pazo» solariegos de La Coruña y Meirás, aparte de sus viajes, en distintas épocas, a Francia, Italia, Suiza, Bélgica, Alemania y, «naturalmente», Portugal.

En Madrid transcurrieron los días más laboriosos y apasionados de su existencia, porque en Madrid vivían, aparte de Pereda y Clarín, que desde su Polanco y su Oviedo sólo hacían escapadas a la Corte, los escritores más considerados de su época, con los cuales, desde edad temprana, quiso y pudo competir y medirse. Porque en Madrid estaban los más famosos salones de la nobleza, en los que brilló por su prosapia y por su ingenio. Porque Madrid era la capitalidad del idioma —y ella escribía magistralmente en castellano— y porque en Madrid estaba la Academia de la Lengua, cuyas murallas expugnó varias veces sin suerte. Ése fue el gran dolor literario de do-

ña Emilia. Méritos poseía de sobra para justificar la revolución que habría significado, no sólo en España, sino en toda Europa, su nombramiento. Siendo tantos los escritores que «se perecen» por conseguirlo, no debe asombrar que una mujer se sintiese atraída, fascinada casi, por el sillón. No era modesta y humilde, como Rosalía Castro, sino altiva y orgullosa. Estas condiciones de su espíritu hicieron de ella una mujer dominante, deseosa de figurar siempre en primera línea, y con razón, porque al fin y al cabo, en aquel asunto de la Academia, se hacía la justicia que, parapetados en las tradiciones y el reglamento de la Casa, le negaban algunos académicos. No es necesario decir que, «moralmente», doña Emilia estuvo entre ellos, pues, si no en cantidad, tuvo en calidad los mejores votos de aquel cónclave de literatos que la eligieron en elección y selección ocultas. Claro que ella no se conformó con esto. (Entre paréntesis, y ya me aparto de la carta de mi padre, el «caso de doña Emilia», andando el tiempo, se ha repetido con dos escritoras insignes, doña Blanca de los Ríos y doña Concha Espina, pero los reglamentos son los reglamentos hasta que parezca oportuno reformarlos.)

En cuanto al «madrileñismo» de la Pardo, debe decirse que en algunos de sus libros, como *La quimera* y *La sirena negra*, y en gran número de sus cuentos y artículos, se halla reflejado, aunque sin esa intimidad y el detallismo de Galdós. La condesa sabía de sobra que *Fortunata y Jacinta* era una obra inimitable y que —como cantera literaria— había que dejarle Madrid a don Benito, sobre todo el de la «clase media». Doña Emilia cultivó —como dama y como novelista— el Madrid aristocrático, sin que, comprensiva, dejara de asomarse al pueblo.

Y ahora voy contra la crítica anónima que leí, no recuerdo en qué periódico de París, donde en son de elogio se la equiparaba con el autor de *La Terre* y se decía que introdujo en la novela española el naturalismo de Zola. En cuanto a lo primero, la comparación no era favorable para doña Emilia, porque, en fin de cuentas —y advertíase entre líneas *l'arrière-pensée* del crítico—, venía a quedar la grande y original escritora en situación de discípula o imitadora del enorme novelista francés, y la Pardo Bazán no era discípula de nadie, sino maestra, si bien no existan maestros que no hayan sido enseñados y orientados por otros, y la condesa los buscó, más que entre los de fuera, entre los de casa, que no en vano —y el sutil Barrès lo reconocía— los

inventores de la novela moderna son los españoles, partiendo de la picaresca y de las *Ejemplares* cervantinas. Ella lo leyó todo, por aquí y por allá, en el tiempo y en el espacio de la literatura, y se impregnó, haciéndolo suyo, adaptándolo a su sensibilidad y sus ideas. Leyó a los italianos, a los rusos, a los alemanes y los ingleses tanto como a los ingenios de Francia, pero su tradición, de donde extraía y traía lo mejor de su arte, era de raíz y jugo ibéricos.

No debe verse en *La cuestión palpitante* una defensa, y menos una apología del «naturalismo» de Zola y sus discípulos, sino un análisis aclaratorio de éste, en el cual hallaba la escritora aspectos admisibles y tendencias reprobables, ya que ella era católica, y todo ese realismo galo se inspiraba en un materialismo desaforado y prescindía de la presencia y el soplo de Dios. De otra parte, el realismo español, el de los grandes autores de la novela picaresca, era anterior en más de tres centurias al naturalismo de la escuela de Medán, bajo el magisterio de Zola, y le llevaba la ventaja de sólo ser excepcional y deliberadamente obsceno, como en *La lozana andaluza*, y de tomar a risa —la risa del *castigat ridendo mores*— las proclividades y bajos instintos de la raza humana. El realismo de la picaresca «caricaturizaba», era burlón, satírico, sarcástico, y el naturalismo francés «pintaba al desnudo», y no frente al desnudo estético y noble de las Venus y los Apolos helénicos, sino ante el de los hombres y las mujeres entregados a todos los vicios. Nadie mejor que Anatole France, que nada tenía de ortodoxo, señaló y censuró, asqueado, «la complacencia en lo sucio y lo abyecto» de Zola y sus epígonos, que habría de exacerbarse en Octavio Mirbeau.

Es muy verdad que algo, muy poco, de su contacto con el *naturalisme* morboso y mefítico se respira en ciertas páginas de doña Emilia, pero «una golondrina no hace verano», y eso viene a ser la escoria de los metales preciosos con que están elaborados sus libros. Yo hubiese querido publicar estas aclaraciones y rectificaciones en algún diario de París, pero sabía de sobra, por la ligereza e incompetencia con que suelen tratarse en Francia «las cosas de España», así en literatura como en política, que les habrían dado carpetazo. Pensé que algún hispanófilo las hiciese. Pero si las hizo, yo no las vi.

El primero de abril de 1883, el año mismo en que se publicaba *La cuestión palpitante*, firmaba la condesa para mi padre una fotografía en la que aparece sen-

tada en el escritorio de su casa de La Coruña, sita en la calle de Tabernas, que es donde se inicia la Ciudad Alta, llena de recuerdos históricos. Tenía entonces la insigne polígrafa treinta y tres años. Ya era célebre. La dedicatoria dice: «Al distinguido escritor don Waldo Álvarez Insúa, en testimonio de amistad». En la fotografía, muy borrosa, puede apreciarse el lujo del aposento. La mesa, muy grande, es de cierta madera de roble y de estilo gótico. Gótico también el sillón o sitial en que ella ha adoptado una postura majestuosa, con la cabeza reclinada suavemente y las manos cruzadas, como si estuviera en un momento de descanso. Al fondo, un tapiz con el escudo de su estirpe. A su izquierda, sobre el bufete, un búcaro con flores y una estatua que parece ser de bronce y representa a un guerrero troyano, armado con escudo y lanza. A su derecha, varios libros gruesos, un ánfora de plata, y en un jarrón, semioculto por los libros, una planta de begonias. Detrás de ésta, una pequeña biblioteca con varios *bibelots* en la repisa. Completan la decoración de la estancia una consola, un reloj de pared y varios cuadros de breves dimensiones. Los pies de doña Emilia reposan sobre un cojín de terciopelo. En primer término otros dos cojines, de los que llaman *poufs* y pueden servir de asientos.

Esta fotografía figura en un «puesto de honor» de mi despacho. En mi anaquel de las reliquias guardo un paquete con las cartas que la autora de *Insolación* escribió a mi padre cuando éste dirigía *El Eco de Galicia*, por él fundado, en La Habana, y en el cual, al mismo tiempo que ella, colaboraron los escritores y poetas gallegos más famosos de la época: Rosalía Castro, Curros Enríquez, Alfredo Brañas, Manuel Murguía, Eduardo Pondal y algún otro. Esas cartas, que versan sobre temas y pleitos literarios, reflejan vivamente el espíritu polémico de la escritora, y me propongo, Dios mediante, publicarlas y glosarlas algún día.

Entre las «herencias morales» que recibí de mi padre conceptúo preciosa la de su amistad con doña Emilia, que prosiguió entre ella y yo, de maestra a discípulo. Y ahora, al redactar estas líneas, en el otoño de 1956, a los treinta y cinco años de su muerte, me asalta la duda de si podría juzgar su obra, como lo hacía mi padre en 1921, y yo en sus huellas, sin que el sentimiento amistoso me incline a una admiración desmedida, por no decir idolátrica. Pero, tras este escrúpulo, pienso que la mejor crítica es la que se hace con *intellecto d'amore*, que la simpatía es una de las formas de las afi-

nidades del espíritu, de la consonancia de gustos estéticos, y que me asiste el derecho de proclamar que ningún novelista ilustre entre los españoles que yo llamo «interseculares» me inspira una devoción más profunda que la condesa de Pardo Bazán. No se trata, ni mucho menos, de un culto exclusivo, pues, por diversos modos y razones, admiro y reverencio a los grandes coetáneos de doña Emilia: a Galdós, a Pereda, a Valera, a Clarín, a Palacio Valdés.

Mas, probablemente, por mi «media sangre gallega» es la autora de *Los pazos de Ulloa* la que «más me llega al alma» entre los de su tiempo. Es lo que suele llamarse «el tirón o el latido de la tierra». Me hice hombre en Galicia. Hecha abstracción de este sentimiento —que siempre será lícito hacer intervenir en nuestros juicios, pues «lo que mejor se entiende es lo que mejor se ama»—, estimo que escritor alguno de su época ha superado a Emilia Pardo Bazán en el dominio de la prosa castellana, que fue en ella absoluto por la opulencia del vocabulario y el equilibrio entre el fondo y la forma. En sus novelas, como en sus cuentos y sus ensayos de crítica, el idioma obedece siempre a la escritora. Es fluido y flexible, es numeroso, no es jamás incorrecto. Esto de escribir «correctamente» se estima hoy, entre algunos escritores, innecesario, como si el primer deber del literato no consistiera, sencillamente, en «escribir bien», en respetar las normas del lenguaje, que no son, por cierto, rígidas, pues se adaptan a todos los temperamentos y gustos, a condición de respetar su médula y su espíritu, que es la gramática. La gramática, que no se opone a los neologismos, cuando son oportunos; ni a los arcaísmos, cuando dan solera a la prosa; ni a los regionalismos, cuando la matizan con un acento familiar. Nunca serán recusables los andalucismos de Valera, ni las locuciones montañosas de Pereda, ni las voces dialectales de la Pardo Bazán. Todo eso no hace sino acrecer la «expresividad» de la prosa, su riqueza y su garbo.

Póngase, pues, a Emilia Pardo Bazán en lugar brillantísimo en la pléyade de los grandes prosistas españoles, de los magistrales, de los inmortales, de los que en todo tiempo nos darán lecciones de buen decir y de bien escribir. No se llame «academicismo» a lo que es «castellanismo». La prosa castellana puede y debe girar al compás de los tiempos y obedecer a la idiosincrasia de cada escritor —que el estilo es el hombre—, pero no será «buena prosa» sino en tanto respete la concordancia y la armonía del lenguaje, que no es laguna estática, sino río impetuoso y caudal.

Los libros —todos los libros— de la Pardo Bazán serán siempre actuales, porque brotaron de una pluma que conocía todos los secretos y todos los encantos del idioma, que el Hada-Gramática descubre a quienes, por conocerla a fondo, son dignos de su confianza, y cuando «se toman una libertad o una licencia» lo hacen con su consentimiento…

[…]

[9]

La primera idea de *El negro que tenía el alma blanca**

Paseando una tarde por la calle de Alcalá en compañía de mi hermano menor, como se cruzara con nosotros un joven negro, no mal parecido, en lo que cabe, dado el concepto de la belleza física que tenemos los de la raza blanca, se detuvo Manuel, siguió con la mirada al transeúnte, que era alto, ágil de movimientos y vestía con elegancia, y me dijo:

—Este negro debe de ser bailarín. Me recuerda a uno que lo fue y que bailaba en Maxim's.

—¿El de la Rue Royale? —le pregunté.

—No. En este de la calle de Alcalá. Era muy simpático y dicen que se murió de amor. ¿Crees tú que se puede morir de amor?

—Yo sí.

—Aquel negro, que se apellidaba Cólber, se enamoró de una de sus parejas, una chica rubia, preciosa, que no le hizo caso. Y le dolió tanto el desdén de la muchacha que se puso a morir. Bueno, también padecía una enfermedad del corazón. Cardíaco y sentimental. En resumidas cuentas, que se murió. ¿Por qué no escribes con ese asunto una novelita? Un negro enamorado de una blanca se presta.

—¡Vaya si se presta! Pero yo no conocí al pobre Cólber.

—¡Y qué te importa! ¿Para qué te sirve la imaginación?

—Es verdad. Los mejores personajes de las novelas y los dramas tal vez sean los imaginarios. Claro que se necesita un punto de apoyo en la realidad. ¿Cómo era Cólber?

—Como ese que acaba de pasar. Y bailaba admirablemente.

—Pues mira, a lo mejor cualquier día, con los escasos datos que tú me proporcionas, voy y escribo un cuento o una novela corta.

* Capítulo xxxix del tercer volumen de las *Memorias*.

Y no volvimos a hablar «del pobre Cólber, del negro sentimental y cardíaco» que se enamoró de su parejita blanca.

Pasó el tiempo, bastantes años, y hallándome en aquella playa bretona de Erquy, sin asunto para una novelita, no sé cómo me vino a mi memoria aquel diálogo con Manuel. Yo había visto en París a muchos negros bailarines, cantores o músicos de *jazz-band*. Y sabía de algunos que tenían, cuando no esposas, *petites amies* rubias y de tez color de nardo, como aquella que, en el Maxim's de la calle de Alcalá, no pudo corresponder a la pasión de Cólber. El motivo de su desdén no podía ser otro que la natural repulsión que, para ligarse en matrimonio, o «liarse» en otra forma, inspiran los hombres negros a las blancas. Repulsión nada frecuente en el caso opuesto, pues, por lo general, el mulato es un producto de la unión entre blanco y negra. Y si no, dígalo el mestizaje de las Antillas y de otros países de América, que se debe en gran parte al hombre español y al portugués, poco dado a esas «discriminaciones raciales» de los anglosajones. Éstos son endógamos, sólo se casan con las de su color. Al ibero, luso o hispánico, el pigmento contrario al propio no le parece una «barrera infranqueable» para el amor, y así, en coyunda legal y santificada por la Iglesia, o en simple barraganía, no son pocos los portugueses y españoles que engendran hijos mulatos, contribuyendo a la fusión de las especies, no mal vista por los ojos de Dios, sólo atentos a los colores del alma.

De todos modos, la mujer blanca a quien no repele el hombre negro es una excepción. Y en esa excepción no figuraba la bailarina que rechazó las pretensiones amorosas de Cólber. Éste era el drama, el tema o tesis de mi novela corta: el estudio de los sentimientos y sensibilidades de dos personas de piel diferente, hombre y mujer. En ella repugnancia física; en él, por el contrario, atracción. La pequeña bailarina no tenía nada de Desdémona.

Y para mitigar la pena que me causaban las noticias de la catástrofe de Annual, y de otra parte, porque me convenía que mi nombre literario no dejase de sonar en Madrid, me puse a escribir la novelita que, conforme tomaba cuerpo y rumbo el relato, habría de convertirse en una novela grande. Con un bloc de cuartillas y una estilográfica la comencé en Erquy. No la pude terminar. Tenía también que escribir algunos artículos para mis periódicos. […]

[10]

Un novelista en busca de un título. Opinión y chiste de Jardiel Poncela. Las profecías del impresor Pueyo. De cómo me salvé del naufragio de *La Corres* embarcándome en *La Voz**

Adelantaba yo en el trabajo de mi novela del negro enamorado, sin dar con un título que me gustara y fuera la expresión más justa posible del carácter de mi héroe. Un día pensé que la diferencia de razas del bailarín y la bailarina me brindaba un buen título: *Blanca y negro*. Al comunicárselo a Jardielito en la mesa de redacción de *La Corres*, el futuro gran humorista sonrió de medio lado, elevó una de las cejas a lo payaso y comentó: «A quien le gustará ese título es a Luca de Tena. El público no leerá *Blanca y negro*, sino *Blanco y Negro*.

Con lo cual, y plenamente persuadido, volví a verme sin rótulo para mi obra, cuyos personajes iba «bautizando» conforme nacían de mi pluma: Pedro Valdés y Peter Wald, el negro, en las dos manifestaciones de su vida; Emma Cortadell, alias la *Cortadita*, su pareja; Don Mucio, padre de la joven danzante; Piedad de Arencibia, después marquesa de Yéboles, hermana de leche de Pedrito; la negra María Francisca, madre del que yo convertiría en un bailarín de fama internacional. Y así todos mis muñecos. Pero el título de la farsa seguía sin aparecer. Pequeño conflicto en que suelen hallarse los autores de cualquier género literario, comedia, cuento, novela o poema, y que se puede obviar, sobre todo en la novela, recurriendo al nombre, sólo al nombre y apellido del protagonista: *David Copperfield*, *Ana Karenina*, *Madame Bovary*, *Pepita Jiménez*, *Ángel Guerra* y tantos más de otros libros famosos. «Ni el hábito hace al monje, ni el título a la novela —pensé—, y si la mía lleva luz dentro brillará con cualquier letrerito que le ponga.»

* Capítulo XL del tercer volumen de las *Memorias*.

A principios de marzo de aquel año 22 comencé el envío de original a la imprenta de don Juan Pueyo, en la calle de la Luna, la que más rápidamente imprimía los volúmenes de la editorial Renacimiento. Y el título deseado, que yo quería expresivo y «de escaparate», me llegó una tarde con las pruebas de un capítulo en el que se hablaba de la blancura y la negrura de las almas, asignándosele a la de Peter el primer color, ya que era cándida y generosa como la de muy contados hombres blancos, a menos que se buscasen en el santoral. A Jardiel Poncela lo de *El negro que tenía el alma blanca* le pareció «estupendísimo». A mi padre, conocedor del argumento del libro, «muy acertado». A mi hermano Manuel, «de perlas». García Sanchiz, Bernardo Candamo, Pepe Francés, Dionisio Pérez y Juan Pujol, entre otros camaradas íntimos con quienes hablaba de mi obra, entendieron, con distintas palabras, que era un título precioso, curioso, brillante e intrigante. Con todo lo cual y ante testigos recibió nombre mi novela, que yo escribía por las tardes, pues las mañanas eran para los artículos en mi casa o en la redacción de *La Correspondencia*, y las noches, de no ir al teatro o al «cine» con Gabriela, para dormir.

Ninguno de mis libros me ha costado menor esfuerzo que aquél. Era como si un hada familiar me lo dictase. Todos los personajes, así los que representaban los primeros papeles como los secundarios y episódicos, me obedecían con esa docilidad de los títeres que manipula el titiritero. Lo que no significaba que quisieran quedarse en meras figurillas de cartón o de trapo, sino que confiaban en que yo les infundiera vida como a hombres y mujeres «de la realidad». Algunos venían directamente de esa realidad cotidiana, donde los cazan o pescan los autores para, mejor o peor aderezados, servirlos en sus argumentos; otros no tenían de verdaderos, como en el caso del protagonista, más que un leve punto de apoyo en la realidad, y, por fin, no faltaban los imaginados, los compuestos por el novelista y que no son nunca del todo originales en el sentido de que entonces comiencen a existir, pues en la vida real de los hombres, como en la ficticia de las artes, no hay cosa ni ser que surja por generación espontánea.

Quiero expresar con esto que aun los personajes de mi invención procedían de una realidad indeterminada, pero ofreciéndome una primera materia humana que en mi mano estaba que lograse consistencia o se disolviera en polvo. Añadiré que yo to-

maba «mis precauciones» buscando para los fondos de mi novela ambientes respirados por mí, como el de la Cuba de mi nacimiento y primera infancia, donde hacía nacer al negro de la fábula; el de un Madrid vivido en mis tiempos de estudiante y de escritor en cierne; el de un París que me sugestionaba y, por último, ese aire que llaman de «entre bastidores», o de la farándula, mefítico para unos y que otros aspiran con deleite.

Ello es, repito con expresión trivial, que la obra «me iba saliendo como una seda», aunque en algunos capítulos la seda se deslizara más premiosamente que en otros. En los promedios de abril iba yo por la mitad del libro, y presumía que me faltaban tres meses para terminarlo, cuando he aquí que una tarde, en lugar de uno de los chicos de la imprenta, se presentó en mi casa con las galeradas de turno el propio impresor, don Juan Pueyo, hombre rechoncho, de ancha sonrisa y rizado bigote negro, y me disparó a quemarropa estas palabras:

—¿Sabe usted, Insúa, que está usted escribiendo una novela «súper», y que tiene usted que publicarla antes de San Isidro?

Respondí desconcertado:

—Nunca sabe uno lo que está escribiendo. Pero lo que sí sé es que esta novela no estará terminada hasta el otoño.

—¿Por qué?

—¡Hombre, porque me falta la mitad!

—Pues esa mitad va usted y no sale de casa, la escribe en quince o veinte días, yo compongo e imprimo a todo meter y para San Isidro «estamos» en la calle y el éxito va a ser de los de «a ver quién puede conmigo».

Y como yo sonriese, escéptico.

—¡Parece mentira! —exclamó don Juan Pueyo—. ¡Cómo son ustedes, los escritores! Nunca saben lo que se traen entre manos. Pues yo, oiga usted, con sólo mirar por encima las galeradas me doy cuenta de si va a salir un churro o un monumento. Y si su novela sigue como hasta ahora se van a suceder las ediciones. Le doy mi palabra de impresor.

—Impresor y de los mejores —repuse— es usted, amigo Pueyo, pero dudo de que también sea profeta y que con sólo pasar la vista por las galeradas adivine la suerte que correrán los libros que imprime. No obstante, sus palabras son para mí un está-

mulo y aumentan mi confianza en una obra que estoy escribiendo con mucha ilusión. Así que le prometo que la novela estará en las librerías para San Isidro.

—¡Chóquela usted! Así me gusta. Y prepárese, que no le dejaré dormir. Cada mañana mandaré a recoger las cuartillas que tenga hechas. ¿Estamos?

Este diálogo fue, por parte del impresor, más efusivo y pintoresco. Se trataba de un hombre muy ocurrente. Podía hablar sin quitarse el puro de la boca. Entre chiste y chiste soltaba una humareda que le corría desde la nariz hasta el bigote, formando unas volutas grises que disipaba de un soplo.

No deberán confundir a este don Juan Pueyo, impresor, con el don Gregorio del mismo apellido, fundador de una dinastía de editores y libreros que tanto ha influido en el desarrollo de ambas industrias españolas. Don Gregorio no era locuaz como su homónimo: de pocas palabras, pero de su palabra se decía que era una escritura. De nariz grande y violácea, olfateaba los éxitos y los fracasos de los escritores y poetas que acudían a su famosa tienda-zaquizamí de la calle de Mesonero Romanos. Y no pocos de ellos encontraron en él un mecenas. Claro que con cuentagotas, pero esas gotas impidieron que más de uno se muriese de hambre. En cuanto al otro Pueyo, su imprenta en aquel caserón de la calle de la Luna era de las más acreditadas de Madrid, sobre todo para las publicaciones y los libros baratos.

Precisamente, cuando Pueyo me espoleaba para que yo acelerase la marcha de mi novela, habíase aumentado mi labor de periodista, nada abrumadora en *La Correspondencia*, donde solía publicar artículos breves. Pero ocurrió que un día «me mudé de periódico», pasando de la vieja gaceta de los Santa Ana al flamante diario de don Nicolás María Urgoiti titulado *La Voz*. No fui yo el primero en anticiparme al naufragio de *La Corres*, temido y previsto por todos sus tripulantes. Ni lo hubiera hecho sin la carta que me escribió Enrique Fajardo, que había sido su redactor más conspicuo, sobre todo durante la guerra del 14 al 18 en su papel de crítico de la campaña, que desempeñó con acierto y la imparcialidad posible, dada su actitud de aliadófilo. En la tal carta me proponía una colaboración de tres artículos semanales en aquel diario, que él dirigía y que a los pocos meses de su aparición era el más popular entre los vespertinos de Madrid.

Vacilé antes de aceptar por dos motivos: uno por parecerme demasiado trabajo el de una crónica «un día si y otro no», habida cuenta de que colaboraba en otras pu-

blicaciones y me había comprometido con el simpático Pueyo a lo que el lector ya sabe. Y el otro motivo era mi amistad con el director de *La Correspondencia* y el afecto que todos sus redactores me inspiraban. Pero el propio Serrán me dijo: «Lamento que me dejes, pero debes irte, porque esto se va…».

Me fui. Y pocos meses después de mi marcha se hundió la vetusta fragata de *La Corres*, que había navegado mucho y sido en algún tiempo el más alto representante en España de lo que todavía se llamaba el «cuarto poder». De *La Corres* había sido corresponsal en Londres, en los años de la primera guerra europea, el insigne Ramiro de Maeztu, que desde hacía más de un año firmaba artículos y redactaba editoriales en *El Sol*, diario austero, sin reseña de toros y publicidad muy escogida, cuyo primer director fue Manuel Aznar, el «caso» de mayor precocidad periodística conocido en España y quizá en el mundo.

Entonces, cuando yo entré en *La Voz*, dirigía *El Sol* Félix Lorenzo, que firmaba algunos comentarios de intención satírica con el seudónimo de Heliófilo. Figuras relevantes de *El Sol* eran Ortega y Gasset, árbitro y eminencia gris de los dos periódicos del señor Urgoiti, y don Eduardo Gómez de Baquero, que había evolucionado desde el «conservadurismo» de *La Época* a una postura liberal moderada, si bien más que la política le atrajese la literatura. Fue Gómez de Baquero, así en *Los Lunes de El Imparcial* como en *El Sol* un crítico literario inteligente. Adoptó el seudónimo de Andrenio para colaborar en *La Voz* y *Prensa Gráfica*. Con Ortega y Baquero vino a formar Maeztu el trío de las firmas más ilustres de *El Sol*, si bien lo fueran otras, como las de Salvador de Madariaga, Pérez de Ayala, Adolfo Salazar, Francisco Alcántara, Ricardo Baeza y Tomás Borrás. Debo advertir que fue precisamente en *El Sol* donde se iniciaron las mutaciones espirituales de Maeztu y su nueva orientación política, que un día le llevaron del diario del señor Urgoiti, foco de liberalismo, al de don Torcuato Luca de Tena, cuyo «clima» era el opuesto y donde Maeztu pudo escribir «a sus anchas»: a lo ancho y a lo hondo de su mente y su corazón.

Con la seriedad, a veces presuntuosa, y un sí es no es pedante de *El Sol*, contrastaba la ligereza premeditada de *La Voz*, que los «maestros» de *El Sol* toleraban benévolos desde sus alturas sidéreas, no sin tener presente los datos administrativos, según los cuales la venta de *La Voz* superaba con mucho a la de *El Sol*.

Desde un principio me sentí a gusto en *La Voz*, que hacía compatible su amenidad con una información copiosa y las glosas que a sus redactores y colaboradores sugerían los acontecimientos nacionales y de todo el mundo. Entre éstos, socialista templado —si cabe la templanza en el punto de partida del comunismo—, figuraban Luis de Araquistáin; el viejo e inocuo republicano Roberto Castrovido; Baquero, que había hallado en Gracián su seudónimo; Luis Bello, uno «de los del 98», no muy tenido en consideración por sus coetáneos, a alguno de los cuales hubiese podido aleccionar en literatura, y el poeta y crítico Díez Canedo, que escribía «La cena de las burlas», comentarios irónicos de la actualidad, donde no siempre lucía su indudable ingenio. También firmaba críticas literarias en *El Sol*.

Los de *El Sol*, cuando colaboraban en *La Voz* era como si sustituyesen la toga o la levita —que se usaba todavía entonces— por la simple americana, o por la blusa, si no es que se quedaban en mangas de camisa. En *La Voz* no se podía ser solemne y mayestático como en *El Sol*. Por nada del mundo hubiera descendido de su carro febeo don José Ortega y Gasset para firmar una croniquilla en *La Voz*.

Los martes, jueves y sábados llegaba a mi casa de la plaza de la Moncloa uno de los ciclistas del periódico para recoger el artículo, que se publicaba en las noches de los lunes, miércoles y viernes. Nunca se fue sin las cuartillas. No frecuentaba yo mucho la redacción. A lo sumo un par de veces al mes para «cambiar impresiones» con el director, Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal. Era Fajardo un hombre alto, desgarbado, ventrudo, francamente feo, con andares de palmípedo. Nada de lo cual afectaba a sus dotes de periodista experto y ecuánime. Años después, mas por contagio que por convicción, viose arrastrado por la ola roja del Frente Popular, lo que hubo de costarle su expatriación a México y, por fin, una muerte voluntaria. Evoco su persona con sincera piedad.

En las dos naves periodísticas del señor Urgoiti la brújula se inclinaba ligeramente hacia la izquierda. En las reuniones que celebraban los colaboradores y redactores de *El Sol* respirábase el aire de la Institución Libre de Enseñanza. En la redacción de *La Voz* se respiraban humo de tabaco y efluvios del café con leche que traían del bar próximo. Pero no faltaba uno de los redactores principales —que no habré de nombrar— en quien larvaba un comunista de acción y de los más violentos.

El contraste entre *El Sol* y *La Voz* extendíase hasta sus redactores-dibujantes, encargados de dar la nota humorística. La de Bagaría era cerebral, abstracta, de una sátira en cierto modo esotérica. Iba muy bien con los señores enchaquetados de *El Sol*. La de Manuel Tovar era espontánea, desenvuelta y muy del gusto del hombre de la calle. Ese hombre que compraba el periódico, aunque sólo fuera por el «mono» del gran caricaturista.

Diez o doce crónicas había publicado yo en *La Voz* cuando, con una primorosa portada de Federico Ribas, hizo su aparición en las librerías *El negro que tenía el alma blanca*.

[11]

Evocación de don José Ortega Munilla. Su generoso artículo en *Abc* sobre *El negro que tenía el alma blanca*. El valor confidencial e histórico de esa crónica del maestro. De cómo franqueó las puertas de la fama a muchos escritores desde *Los Lunes de El Imparcial* *

Pocos días antes de la aparición de mi novela saludé en el vestíbulo del teatro de la Princesa a don José Ortega Munilla, figura prócer de nuestro periodismo, novelista a quien admiraba y mano generosa que en 1906, en el albor de mi vida literaria, me había franqueado las puertas de *El Imparcial*. Para la página famosa de *Los Lunes* admitió varios de mis primeros artículos y cuentos. Aparte de mi admiración por su obra, debíale, pues, gratitud. Mas no sabía ni esperaba yo entonces, en mayo de 1922, que esta gratitud habría de acrecerse y convertirse en un sentimiento perdurable. Nada más verme, Ortega Munilla me preguntó: «¿Qué está usted escribiendo?». Le respondí que una novela, con tal título. «Pues mándemela usted en cuanto se publique, porque tengo ganas, Insúa, de demostrarle mi consideración y mi cariño. Mándemela y haré sobre ella un artículo para *Abc*.»

Promesa cumplida y en la forma magnánima que pronto apreciará el lector. Pero antes de reproducir el artículo del insigne escritor, aparecido en el *Abc* del 6 de julio de 1922, quiero recordar que cuando redacto estas líneas, en el otoño de 1956, se cumple el centenario de su natalicio, y habrán corrido casi siete lustros desde el día de su fallecimiento. Nació don José Ortega Munilla en Cárdenas (Cuba) el 26 de octubre de 1856 y murió en Madrid el penúltimo día de diciembre de 1922. Es decir, que le quedaba medio año de vida cuando me prometió y publicó el artículo más generoso que se ha escrito sobre mi arte de novelista.

* Capítulo XLI del tercer volumen de las *Memorias*.

Esta circunstancia de la proximidad del momento en que don José me dedica tantos elogios y de la hora de su muerte, sin duda presentida y esperada, da a ese artículo suyo un como latido de *ultima verba*, de confesión pública y de aspiración de su alma dolorida a la paz y el silencio de un mundo donde las torpezas humanas no le harían sufrir.

Por eso, por considerar que, aparte la alabanza que hace de mi novela, tiene ese artículo de Ortega Munilla un valor de confidencia, de lamentación de un espíritu cristiano profundamente afligido por el triste espectáculo de su tiempo, sobre todo en la esfera del arte —¡pues qué pensaría del de ahora!—, voy a reproducirlo en toda su extensión. Su título es «Una novela de Insúa», y dice de este modo:

«Alberto Insúa es un isleño hispánico. Mucho tiempo ha que vive entre nosotros, y cuando moró en Francia y en otras naciones europeas tuvo siempre la noción española y la impuso a todas las novedades tristes que nos contrariaban y ofendían. Alberto Insúa es un español que no nació en España.

Famoso en el campo de las letras por sus inspiraciones meritorias, acaba de publicar una novela que se titula *El negro que tenía el alma blanca*. Considero este libro como uno de los más interesantes, sugestivos y hermosos que han aparecido en los últimos tiempos. Su autor sabe contar como pocos; sabe escribir como acaso nadie en la nueva literatura. Observa, analiza, concentra su juicio en unas líneas, y así, al correr de la pluma, personajes y escenas desfilan rápidamente, vertiginosamente, pero no como los del cinema, sino con una fuerza de proyección perturbadora de los entendimientos y admirable en su efecto y en su perdurancia.

Esta novela es una invención singularísima, en la que se unen dos elementos hispánicos: la antigua isla de Cuba, bajo el dominio de España, y España, en su propio territorio, en la actualidad.

Yo quisiera disponer de largo espacio para ocuparme de este libro, no sólo por lo que él merece, sino porque habría llegado la ocasión de mis revelaciones, de mis confidencias, de mis entusiasmos y de mis indignaciones… Indignaciones, sí, porque me encuentro en el caso de aquel nacido en Atenas que no podía aportar por el Ágora porque se hallaba seguro de que los oradores iban a decir cosas que le molestasen. A eso lo llamó un crítico ateniense “decadencia”.

No era decadencia, era que se había roto, en innumerables losanges, el pavimento nacional. Y eso ocurre en España, y más que en cosa alguna española, en el arte. Tengo sobre mi mesa, o en los armarios inmediatos, cientos de libros novelescos que empiezan en la liviandad y acaban en la repugnancia. Si ése fuese el espíritu humano, habría que convenir en que tal vez el hijo de Adán no sea descendiente de un mono, pero sí que ha llegado a ser un mico libidinoso y repugnante que hace gestos impúdicos ante la Venus clásica. Literatura de esta especie no es tolerable. Poco ha que se realizó aquí un empeño de propaganda contra determinadas disposiciones de la Policía que existen y se practican en todas las naciones cultas, principalmente en Inglaterra.

La obra de Alberto Insúa estudia el amor dignamente. Describe antros del pecado con nobleza de alta espiritualidad. Es un ejemplo de la reparación que esperamos los viejos. Porque, en verdad, he de decir a quienes me lean que no me resigno a desaparecer mientras esta retórica de Gomorra no sea enterrada, ya a golpes de la Ley, ya por el desdén de los lectores.

Alberto Insúa es un alto espíritu, y este libro de que hablo lo acredita. He aquí que un negro oriundo de la isla de Cuba, de familia de esclavos, que se llamó al nacer Pedro Valdés, ha trocado su nombre por otro norteamericano: el de Peter Wald. Sus patronos fueron los marqueses de Arencibia. En su tiempo, en el de la infancia del muchachito, ocurrieron las catástrofes de la guerra separatista. Mil aventuras pasaron sobre el niño negro. Una genialidad inesperada lo convierte en el rey del baile norteamericano. Donde quiera que aparecía llenaba los teatros.

Y eso ha servido a Alberto Insúa para recordar antiguas tradiciones cubanas y para el estudio del industrialismo teatral. No es posible escribir páginas más emocionantes, más sugestionadoras que las que Alberto Insúa ha escrito sobre un teatro matritense, donde apareció Peter Wald asombrando a los espectadores por la gracia varonil de un estilo de baile. Y en medio de todo esto surge un amor: el negro codicia noblemente a una artista humildísima, a una cómica desdichada. Ésta es una española de verdad; no se rinde a los halagos ni al dinero. Además, por un sentimiento racial odia al negro. Pero Peter Wald aparece ante ella, al fin de una larga lucha, como un caballero, como un mártir al que la naturaleza hubiera puesto la sombra de la desdicha. Peter Wald lucha por conseguir a esa española. En la fatiga de la con-

tienda desfallece, y un día, cuando la española se entera de lo que vale aquel negro nacido en Cuba, éste cae en el morir. La comiquilla madrileña besa la frente del bailarín, y éste desaparece dejando a su amor un pingüe recuerdo testamentario.

Singular contraste. El bailarín negro, hijo de esclavos, se destaca sobre la escena de un teatro en el que odios, envidias, concupiscencias y liviandades lo llenan todo. Un vil empresario rige aquel mundillo de la farándula, desdeñando a los maestros del ingenio. Más noble, más digno, menos impuro, es Peter Wald. El negro tiene el alma blanca y muchos de aquellos blancos tienen el alma negra.

Adviértase que Insúa no ha intentado un libro simbólico y tendencioso. Nada más lejos de su calidad estética. Es que al narrar descubre esencias de la vida. Es que al analizar es de una lealtad absoluta, y los hechos y los espíritus quedan proyectados bajo la luz de una observación definitiva.

Entre muchos tipos de la farsa novelesca hay un negociante teatral, don Narciso, que sintetiza la morbosidad imperante en los coliseos. Hablando él de su teatro y de su negocio dice: "Las tradiciones de esta casa son las de hacer pesetas. A espuertas se ganaron aquí con el sainete, con el juguete cómico, con la obra del enredo… El mal llegó cuando se metieron a escribir los escritores…".

¿No es esto una revelación de la decadencia de la escena? Nunca se pronunció la sentencia con tanta sobriedad ni con tanta energía.

Ésta es la novela. Pero no es toda la novela, porque en cada página hay primores de observación, gracias infinitas narrativas, un poder delicado de estilo y de análisis…

J. Ortega Munilla».

La lectura de este artículo, publicado en el que era —y sigue siendo— el periódico más leído de España y firmado por un escritor tan ilustre, me produjo, amén de júbilo natural por las alabanzas que hacía de mi obra, una conmoción espiritual profunda. Y esto por parecerme —como antes insinué— que yo leía algo así como el adiós a la vida literaria de uno de nuestros escritores procedentes de la segunda mitad del siglo XIX que había alcanzado fama en la novela, el cuento y el periodismo, que pertenecía a la Academia, al que nadie negaba autoridad y muchos debían gratitud, y que ese adiós era un grito de indignación y, como si dijéramos, el rugido de un viejo león de las letras castellanas, asqueado ante el espectáculo de «los micos li-

bidinosos y repugnantes que hacían gestos impúdicos ante la Venus clásica». No significaba esto que el novelista romántico y naturalista a la vez de *La cigarra* y *Sor Lucila* renegara de la literatura amatoria, en la que fuera un maestro, sino que establecía una distinción o distancia abismal entre los temas de amor tratados con nobleza y limpieza y los mismos profanados por la impudencia y lubricidad de algunos escritores, tales cuales no desprovistos de talento.

En resumen, Ortega Munilla, al clamar indignado contra la literatura libidinosa no hace sino defender «lo suyo», su técnica y táctica de escritor en el género narrativo, que eran las del buen realismo costumbrista hispánico, tal como se aprende, cuando quiere aprenderse, en Cervantes y los grandes autores de la picaresca, excluyendo, claro está, los extravíos y desenfados de algunos. Dentro de la novela, sus contemporáneos, o mejor sus coetáneos, habían sido Galdós, Valera, Pereda, Leopoldo Alas, Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán. Sólo el penúltimo de los citados habría de sobrevivirle. Pues bien, ninguno de esta constelación de grandes novelistas españoles se dejó contagiar por el naturalismo de Zola, o el contagio fue superficial y efímero. A Ortega apenas le rozó. Si miraba más allá de nuestro mundo literario era para fijarse en Balzac y en Dickens.

Ahora bien, Ortega Munilla hubiese podido competir en el campo de la novela con los de esa promoción que llamaré galdosiana, por ser don Benito su figura más descollante. Pero en Ortega el periodista, el gran periodista que fue, hubo de sacrificar en parte al novelista, ya que en sus últimos años volvía a sus amores novelescos con *El paño pardo*, *Estrazilla* y *La señorita de Cisniega*. Y únanse a sus narraciones largas las menores, es decir, sus cuentos, algunos de los cuales son inmarcesibles, como *Trinuelga*.

Durante veintisiete años dirigió Ortega Munilla *Los Lunes de El Imparcial*, y no recuerdo cuántos el diario fundado en 1867 por don Eduardo Gasset y Artime, a cuya familia perteneció por enlace matrimonial. Sus veintisiete años de los *Lunes* no hicieron de él un árbitro que pretendiese imponer sus gustos, favorecer a sus amigos e ignorar a los que no lo fueran, sino todo lo contrario: un espíritu abierto a todas las expresiones literarias siempre que obedecieran a este o aquel temperamento, a tal o cual escuela o tendencia, y que en sus autores reconociera o adivinase esos dones que concurren en el verdadero escritor.

Durante ese tiempo, *Los Lunes* fueron la puerta de la fama franqueada por Ortega Munilla a quien lo mereciere. «Cuantiosa parte de la literatura española contemporánea tiene en *Los Lunes de El Imparcial* su fuente o su espejo: desde Emilia Pardo Bazán y Leopoldo Alas hacia acá, pasando por Unamuno, Valle-Inclán, Azorín, Maeztu…» Son palabras de Melchor Fernández Almagro, el ilustre historiador y maestro en la crítica literaria, en el artículo que dedicó a Ortega Munilla (*Abc* del 26-x-1956) al cumplirse los cien años del nacimiento del autor de *La cigarra*.

Dice muy bien Fernández Almagro. En cuanto a mí, no una vez, sino dos veces, me franqueó Ortega Munilla «las puertas de la fama»: la primera, cuando, en 1906, a punto de cesar en su dirección, admitía artículos y cuentos míos para el glorioso semanario, y la segunda, cuando el 6 de julio de 1922, con su generoso y apasionado artículo en *Abc*, le abría de par en par esas puertas al negro de mi fábula. Otros artículos habíanse publicado ya sobre mi novela, todos encomiásticos, pero ninguno, por la autoridad del autor y la difusión del periódico en que se publicaba, contribuyó tanto como el del maestro Ortega al éxito de mi libro.

¿Quién me habría de decir que seis meses después de haber firmado ese artículo —derroche de bondad para mí, lección, admonición y castigo para novelistas descarriados— iba a despedirse de este mundo el preclaro escritor? Hoy diríamos que murió joven, a los sesenta y seis años. Su hijo, el filósofo, pasó de los setenta. Pero hasta acercarse a su mitad el siglo XX la vida humana era más corta, y en 1922 la edad de Ortega Munilla equivalía a la de un anciano venerable.

A mi gratitud profunda por la merced de su artículo no tardó en unirse mi pesar por su muerte. Al recordarlo en estas líneas, la emoción me obliga a detener la pluma.

[12]

El panorama de la novela española en 1922. La liquidación del desastre de Annual. Maura desplazado del poder. Elogio de un Madrid que ha pasado a la historia*

La consecuencia inmediata del éxito de librería —y de crítica— de *El negro que tenía el alma blanca* no fue un banquete, sino algo más substancioso para mí: una renovación y mejora de contrato con la casa Renacimiento, que en menos de un año publicó tres copiosas ediciones del libro. Desde su publicación en mayo de 1922 hasta la fecha en que redacto estas líneas, noviembre de 1956, ese éxito no sólo se ha mantenido, sino multiplicado con tres adaptaciones al «cine» y una al teatro, y la traducción de la novela a nueve idiomas.

Semejante victoria literaria vino a poner término a mi situación de novelista semiolvidado. Tres novelas anteriores al *Negro*, si no habían caído en el pozo del silencio, pues no pasaron inadvertidas para algunos críticos —¿cómo no recordar el elogio que la condesa de Pardo Bazán hizo en *Abc* de *Maravilla*?— ni dejaron de tener lectores, es lo cierto que no acababa yo de contar con un público que me siguiese, como seguía a otros novelistas ya viejos, ya maduros, ya jóvenes, o ya fuera de este mundo, como el glorioso Galdós, cuyos *Episodios*, con los colores de nuestra bandera en la portada, veíanse en muchos escaparates; como Palacio Valdés, ya el decano de la novela española, a quien yo saludaba en su tertulia de la librería de San Martín y cuyo auge no decaía; como mi fraternal amigo Ricardo León, en la plenitud de su talento y de sus éxitos; como Unamuno, Pío Baroja y Valle-Inclán, con sus crecientes y apasionados grupos de lectores; como Alejandro Pérez Lugín, repitiendo sus ediciones de *La casa de la Troya*; como Blasco Ibáñez, a la cabeza de todos después del galope univer-

* Capítulo XLII del tercer volumen de las *Memorias*.

sal de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; como Ramón Pérez de Ayala, Wenceslao Fernández Flórez, José Francés, Francisco Camba, Augusto Martínez Olmedilla y Alfonso Hernández Catá, los seis de mi generación —siguiente a la del 98—, y, por fin, como Pedro Mata, «de gran venta», y José María Carretero, *el Caballero Audaz*, a quien vapuleaban o desdeñaban los críticos, pero que contaba con ese público aficionado a la novela galante y que no repara en el estilo ni en la sintaxis.

Menciono a estos autores —y acaso olvido a algunos— sin determinar mis preferencias, que de sobra las adivina el lector, para establecer la nómina de los que entonces abastecían al mercado interior de novelas, no arrolladoramente invadido, como lustros después, por las traducidas, generalmente mal, del extranjero, y al mercado exterior de Hispanoamérica, que consumía la mitad de las ediciones. No eran malos tiempos para el libro español. Madrid, Barcelona y Valencia competían editorialmente. Y no pocos de los autores muertos seguían vivos para el público, entre ellos, claro está, los clásicos permanentes. Yo entré en batalla con mi *Negro* y me puse, como es notorio, en la vanguardia.

De otra parte, había cobrado gran impulso la novela corta, género muy nuestro desde las *Ejemplares* cervantinas. Del famoso árbol de *El Cuento Semanal*, fundado por Eduardo Zamacois, otro novelista en auge, habíanse desprendido varios vástagos, y cada martes o cada sábado aparecía en los quioscos una novelita a treinta céntimos, en ocasiones de plumas excelentes. Escribí no sé cuántas.

Y a todo esto, no abandonaba el periodismo. A lo cual me obligaba no tan sólo mi ventajoso contrato con *La Voz*, sino también la afición al artículo firmado, en el que se puede tratar todos los temas y divagar a gusto, o a disgusto, pues no siempre el tema es placentero. Lo más frecuente, dada la condición humana que hace del hombre el ser —iba a decir el animal, ¿por qué no?— más belicoso del mundo, son las guerras, civiles o internacionales, y las revoluciones los motivos que mueven la pluma de los articulistas que van escribiendo, día a día, la historia de su tiempo.

Claro que cabe la evasión, que puede uno ponerse *au-dessus de la mêlée* y proseguir en su tarea de crítico de literatura o de arte, de costumbrista que sólo observa y describe los hechos menores de la vida cotidiana, o bien ser uno de esos escritores que cultivan el humorismo jocoso, ya que no falta el dramático, del que son ejemplo los maestros de la sátira desde Juvenal a Bernard Shaw, pasando por nuestro Fígaro, y

que existirá siempre el escritor frívolo y panglossiano, insensible al dolor y la angustia de sus semejantes y que lo ve todo de color de rosa. No obstante, hay una frivolidad aparente, que es como un ansia de olvido de ese dolor y de esa angustia, algo así como un opio o morfina que adormece el espíritu y lo abstrae, en lo posible, del drama interminable de la existencia.

Pues bien, lo confieso, yo me atuve en mis artículos para *La Voz* a esa ligereza y frivolidad aparentes, tocadas de estoicismo, porque estaba cansado de los temas tristes, porque durante siete años, desde el 14 al 21, fui un testigo y comentarista de una guerra horrenda y de una paz que supuse redentora y ya se me aparecía como un puente para otra pugna peor.

Y esto aparte, la realidad nacional, de una España que había tenido la suerte de no complicarse en la guerra a la que no puso fin, sino un paréntesis, el Tratado de Versalles, no era, ni mucho menos, la de un país dichoso, sin conflictos bélicos ni problemas sociales, pues ahí estaban, a la vista de todos, las realidades palpitantes de la liquidación de la derrota sufrida por nuestro Ejército en Marruecos, la huelga de los funcionarios de Correos, los actos de indisciplina militar, el terrorismo y los resabios separatistas en Barcelona.

Un segundo Gobierno de concentración nacional, presidido por don Antonio Maura, con los jefes de todos los partidos —los mismos, según frase del gran estadista, que nos habían traído con sus errores a situación tan peligrosa— hubo de enfrentarse con tal cúmulo de problemas, de solución urgente para la patria, y sólo en parte pudo resolverlos o paliarlos.

Habíase reparado, lentamente, con nuevas pérdidas de vidas, el desastre de Annual, reconquistándose el territorio abandonado hasta los límites indispensables para la seguridad de la plaza de Melilla. También contuvo Maura las explosiones del sindicalismo en el Ejército, manifestado en las Juntas de Defensa, y puso término a la anarquía administrativa con el Estatuto de funcionarios. Pero como en su Gobierno faltaba, según también frase suya, el «apiñamiento patriótico», como en aquel grupo heterogéneo de ministros cada cual iba por su lado, un buen día, un mal día, una maniobra de los conservadores de Dato señaló, como habría de comprobarse más luego, el final de la vida pública del hombre de la «revolución desde arriba». Y ocupó el poder el señor Sánchez Guerra.

A todo esto, es decir, a los distintos aspectos del panorama político de España, había dedicado yo algunos fondos o artículos con mi firma en *La Correspondencia*, pero en *La Voz* este menester incumbía a otros redactores y colaboradores. De lo cual yo me felicitaba. Y no sólo por los motivos que antes dije, sino también porque habiendo alcanzado con mi novela un innegable triunfo no podía contener, aunque sí disimular, esa propensión al optimismo que acompaña los éxitos en cualquier instante de la vida de cada cual.

Por donde quiera que la considerase, mi vida íntima era la de un hombre dichoso. En mi edad, que se acercaba a los cuarenta años, no aparecía el menor signo de desfallecimiento. Era la mía «una salud a toda prueba». A la sombra de mis padres veía crecer felices a mis hijos. En mi casa, con mi compañera hacendosa e inteligentísima, de la que estaba no locamente, sino sensatamente enamorado, *tout était ordre, beauté, calme et volupté*, y para completar mi ventura había vuelto a tomarle gusto a Madrid, que iba creciendo poco a poco, que conservaba mucho del siglo XIX, donde lo familiar de sus costumbres y eso que se llama «madrileñismo» subsistían, aunque ya apareciesen en su semblante algunos de los rasgos de la cosmópolis futura.

Era todavía el Madrid de Alfonso XIII, del Nuevo Club, de la Gran Peña, del Casino, del Ateneo con ciertos pujos revolucionarios y del flamante Círculo de Bellas Artes, donde, arriba, «se jugaba»; en su espacioso vestíbulo, alfombrado, se formaban tertulias de artistas y escritores, y abajo había una piscina y un cabaret.

Era un Madrid con su calle de Alcalá numerosa de teatros y cafés, de gente conocida —políticos, literatos, cómicos y toreros— que se saludaban al paso, o se detenían en grupos para conversar. Era el Madrid de El Gato Negro, con la peña de Benavente, de la Maison Dorée, el Lion d'Or y el Levante con otras peñas presididas por escritores y músicos. Era un Madrid del que no habían desaparecido —aunque ya se retirasen— la mantilla ni el mantón de flecos. Era un Madrid con sus ídolos y sus hombres populares, así se llamasen Juan Belmonte, Emilio Carrère o don Ramón María del Valle-Inclán. Tiempos del cine mudo con la Perla Blanca, la Bertini, la Cavallieri y el maravilloso Charlot. Se construían hermosas salas para proyectar sus películas.

Había ópera en el Real. Y ahí estaba el teatro de Apolo, alternando las zarzuelas con las revistas de Eulogio Velasco, con finos argumentos de Tomás Borrás. La Puer-

ta del Sol, no derrotada aún por la Gran Vía… Los automóviles de alquiler, pocos, provistos de una banda azul. El fútbol, sí, pero incipiente. El espectáculo nacional seguía siendo el de los toros.

Y aquí se detendrá mi pluma, nostálgica en 1956 de los atractivos de aquel Madrid de los años 20 al 30 que ha pasado a la historia y que los jóvenes y semijóvenes de entonces que sobrevivimos no cesamos de evocar ante el desdén o la burla de la juventud de ahora.

Entre todos los espectáculos y distracciones que me ofrecía aquel Madrid —teatros, cines, el Retiro, el parque del Oeste, la Moncloa y las verbenas, a partir de «la primera que Dios envía»—, el que más me interesaba, sin duda porque me restituía a mi condición de español, era el de los toros.

Mi vida en Francia desde el año 14 al 21 no me permitió presenciar el cenit y el ocaso de la gloria de Joselito, a cuya alternativa, de manos de Machaquito, había asistido en octubre del 13. Todavía, en la temporada del 22, los buenos aficionados lloraban su muerte, sobrevenida dos años antes en la plaza de Talavera de la Reina. Con la cual muerte, en las astas del toro, de quien se consideraba el Aquiles de la tauromaquia, quedaba rota una de esas nobles competencias que han dado su mayor lustre y prestigio a la fiesta nacional. Quedó, desparejado, Belmonte. Y Belmonte, con serenidad que llamaré senequista —ya que era el torero de los «intelectuales», de un Ortega y Gasset, de un Pérez de Ayala—, aceptó su destino de cargar él solo con el cetro y la cruz de la torería. Pero Juan no era un rey infatuado, sino modesto, pronto a reconocer y alentar los méritos de sus colegas, entre los cuales se contaban el hermano de José, el *Gallo*, y Sánchez Mejías, Marcial Lalanda, los Bienvenidas, Granero y algunos más. Gran época del toreo y que, a mi modo de ver, señala su máximo esplendor y el principio de su decadencia.

Yo iba entonces mucho a los toros. (Ya no voy.) Volví a ser un aficionado, pero no de los partidistas o fanáticos que sólo aplauden y aclaman las faenas del que tienen por el mejor, por el «único», sin que en ocasiones, como en el caso de Joselito, por exigir demasiado del ídolo, esos idólatras se convirtieran en iconoclastas. ¡Cuánto no influyeron en el desánimo que precedió a la muerte de aquel torero portentoso los desvíos y las injusticias de su público!

Ya no había tenido tiempo para intervenir en los episodios de la célebre competencia y declararme gallista o belmontista. De modo que en 1922 no era posible hacerlo. Además, no hubiera yo adoptado nunca tal posición, por pertenecer a esa categoría de aficionados que van a la plaza dispuestos a reconocer y aplaudir el mérito allí donde lo hallaren. Mi preferencia se inclinaba hacia Belmonte, pero sin fanatismo.

Yo era, no obstante ser joven todavía, un viejo aficionado, pues mi gusto de los toros se remontaba a las horas de mi más temprana niñez. Tendría yo cuatro o cinco años cuando asistí, con mi padre, a la primera corrida de toros, en la plaza de La Habana. Vi torear a Lagartijo y Frascuelo. Después, ya en España, presencié los triunfos del Guerra y de aquellos maestros de la tauromaquia que se llamaron Mazzantini y Antonio Fuentes. Más tarde vi aparecer y descollar a otras figuras, como las de Machaquito y Ricardo Torres.

En 1922 la fiesta de los toros, en la plenitud del arte belmontista, conservaba todo su esplendor: no era el toreo «cosa fácil» con las reses, apañadas para restarles bríos. En fin, aquella época de la tauromaquia habría de inspirarme un lustro después mi novela *La mujer, el torero y el toro*, a la que remito a aquellos de mis lectores que deseen explicarse el motivo de mi «desafición».

[…]

[13]

La muerte de un genio de la pintura. Un episodio macabro y patético*

[...]

En ese mismo año [1922] otros hechos de la vida española, en sus zonas de la literatura y el arte, me produjeron mayor impresión que el contacto verbal entre el rey y el ilustre rector de la Universidad de Salamanca. Y como las cosas y los hechos y los hombres que los suscitan tienen, aparte de su importancia y trascendencia, que pueden influir en la Historia, un reflejo particular en cada espectador, según sus ocupaciones y su temperamento, no sorprenderá que en mí, pintor frustrado y escritor «en ejercicio», se reflejasen dolorosamente los hechos de la segunda categoría, a saber: la enfermedad que marcaba el acabamiento del más grande de nuestros pintores contemporáneos, y la muerte prematura de un escritor genial con el que no siempre hice las mejores migas, pero del que nunca dejé de reconocer y alabar los méritos. El pintor era nada menos que don Joaquín Sorolla; el escritor, José López Pinillos.

Pues bien, aconteció que por entonces quedó el primero paralítico, es decir, inútil para su arte, y que el segundo cerró los ojos para siempre. No habré de insistir en lo que significaba de triste y de trágico para nuestra pintura la parálisis de Sorolla, su mano inerte, su *mors in vita*, cuando hubiese sido maravilloso que esa mano moviese el pincel y sus ojos se apoderasen de todas las luces de nuestro mar y nuestro cielo hasta alcanzar, como Ticiano, una edad centenaria. Moría, para «lo suyo», Sorolla a los sesenta años; se apagaba uno de esos genios renovadores de la pintura, como los Velázquez, los Greco y los Goya. No era una pérdida, un dolor solamente nacional, sino universal; dejaba obras inconclusas; ya no era más que un pobre anciano inmóvil y casi sin habla en un sillón de ruedas.

* Capítulo XLIII del tercer volumen de las *Memorias*.

Le había conocido, no tratado mucho, pero sí admirado profundamente en los momentos mayores de su gloria, cuando yo era un aspirantillo a pintor en aquel estudio de don Manuel Ángel, el gran dibujante, mi maestro, y del marqués de Santamaría, ducho en las copias de las figuras velazqueñas.

Había sido presentado a Sorolla por uno de sus grandes paisanos, Benlliure, el escultor, lo que hubo de franquearme la entrada en su taller y me deparó el arrobo de verle pintar. Cuando fui por primera vez a Valencia y me vi frente a su mar, me dije: «Esta luz, este color, estas velas, este aire ya los había yo visto y respirado en los lienzos de Sorolla». Y creo que no cabe decir más.

En cuanto al escritor, veamos… José López Pinillos no me había sido nunca, como persona, simpático. No congeniábamos. Él era un hombre áspero, agrio, así en sus escritos como en su trato. A tal punto llegaba la acrimonia de su carácter, su fama de hombre avinagrado, que, jugando con sus dos apellidos, los vendedores callejeros de las revistas semanales, cuando aparecía una con un cuento suyo, la pregonaban diciendo después del título: «Por José López Pinillos… por López-pinillos en vinagre». La anécdota podrá no tener gracia, pero es cierta.

Aquel escritor, gran escritor como novelista, articulista y dramaturgo, era, en efecto, lo que se dice «un hombre avinagrado», maldiciente y sarcástico. Era andaluz, de Sevilla, pero sin «ángel». No digo que no tuviese «duende», pero su duende tenía uñas prontas al zarpazo. Por su tipo no parecía nacido en la Bética. Siempre nos imaginamos, al menos yo me los imagino, a los andaluces morenos, cenceños, garbosos al andar, graciosos en la conversación y afables —claro que los hay que contradicen estas condiciones—, y López Pinillos era coloradote como un flamenco, no de Triana, sino de las Flandes, con el pelo rubio algo crespo y una barba cuadrada del mismo color, que lució hasta que una enfermedad cutánea lo volvió medio calvo y le obligó a rasurarse.

Para que se entienda que, no obstante nuestra disparidad de caracteres, yo estimaba en Pinillos al escritor, recordaré que su primer libro, una novela titulada *La sangre de Cristo*, fue publicado en 1907 por una editorial de la que era yo el asesor literario. Y añadiré que tiempo adelante, cuando Pinillos popularizó su seudónimo de Parmeno en las columnas del *Heraldo*, en sus entrevistas con «personajes y personajillos» —la distinción es suya—, y cuando a *La sangre de Cristo* sucedieron sus recias

novelas *Doña Mesalina* y *Las águilas* y, tras fatigas y descalabros, logró abrirse camino como dramaturgo, yo me alegré, como me alegra en toda ocasión el triunfo de mis cofrades en la hermandad literaria, aunque su modo de entender el arte no fuese el mío. ¡Pues no faltaría más sino que todos lo entendiésemos del mismo modo!

Pinillos y yo éramos antípodas: él, brusco, duro y pedregoso en su estilo; yo, procurando ser dúctil, llano y transparente. Él, amigo de la hipérbole, del trazo caricatural, buen discípulo de Quevedo; yo, mirándome siempre en el límpido espejo de Cervantes.

Y he aquí que este hombre, que este escritor excepcional va y se muere cuando comenzaba a gustar las delicias del éxito en el teatro, su constante deseo, su ambición más alta. ¡Qué forcejeo el de Pinillos antes de ver sus comedias y dramas admitidos por los empresarios, interpretados por una María Guerrero y un Enrique Borrás!

Ello es que un día leí apenado en los periódicos la noticia de su muerte y me dispuse a asistir a su entierro. El cual se efectuó en una tarde luminosa de aquel mes de mayo, en el camposanto de Nuestra Señora de la Almudena. No había cumplido Pinillos los cuarenta y ocho años al despedirse de este mundo. Tal vez envejeciendo se hubiese amansado, dulcificado, logrando ese equilibrio del espíritu que nos permite contemplar la vida en todos sus aspectos y ser más inclinados a la tolerancia y el perdón que al dicterio y el sarcasmo. Pinillos no tuvo tiempo de cambiar.

De cuantos y quienes le acompañamos, según el tópico, a «su última morada» sólo recuerdo a uno, porque ese uno y yo le seguimos del brazo hasta la fosa. Ese uno era un autor de comedias, entonces en el apogeo de su fama, tan aplaudido por el público y solicitado por las empresas como vapuleado por algunos Aristarcos.

Llamábase don Pedro Muñoz Seca, cuyo teatro jocoso, modelo en algunas de sus comedias del *castigat ridendo mores*, y en otras lindando con la bufonería, revelaba siempre la mano de un autor cómico excepcional. En cuanto a su físico, era el de un hombre joven aún, alto, moreno —¡éste sí que era andaluz!—, brillantes los ojos de inteligencia, con chispazos de burla y, por fin, con unos bigotes endrinos de los que entonces se llamaban «de mosquetero». Tenía un colaborador, tocayo suyo, andaluz como él y con dos patronímicos muy nuestros: Pérez y Fernández. Ningún Pedro «pisaba» al otro; pero del segundo, por ligereza, se olvidaban algunos críticos y reservaban los palos para Muñoz Seca.

Conforme nos acercábamos, a pie, al lugar donde sería sepultado Pinillos, Muñoz Seca le dedicó varias frases de elogio: «Era un gran novelista. *Las águilas*, de lo mejor sobre el tema del toreo… *Doña Mesalina*, un estudio satírico y profundo de la fémina demasiado ardorosa… Y también había en Pinillos un hombre de teatro. ¡Si no lo tomara todo por la tremenda!».

Llegamos al borde de la fosa. La tarde de mayo era alegre de luz, de aromas de flores nuevas o marchitas sobre las tumbas. No sé por qué, no siendo pocos los acompañantes del difunto —escritores, actores, periodistas—, nos encontramos Muñoz Seca y yo los primeros junto al ataúd, nada lujoso, y asistimos a la operación mortuoria, que ignoro si sigue practicándose, de levantar la tapa del féretro por si los deudos y amigos del finado quieren dirigirle la última mirada o poner sobre la mortaja unas flores.

Muñoz Seca y yo miramos, sí, al rostro yerto de Pinillos. Pero no nos pareció Pinillos. La Muerte, cruel pintora, había amarilleado y enverdecido su rostro rubicundo, amoratado los párpados, hecho como de mármol la boca. Un sepulturero derramó cal sobre el cadáver, cerró la caja, y con la ayuda de otro pasó las cuerdas para el descenso del ataúd al fondo del sepulcro. Y sobre éste, una de Muñoz Seca y otra mía, cayeron dos paletadas de tierra.

Este macabro y patético episodio no lo olvidaré jamás. Muñoz Seca y yo, en la luminosa, en la alegre tarde de mayo, sentimos frío: ese frío en el alma que es como una ráfaga del aire de los muertos, de ese aire que un día —¿cuándo?— soplará también sobre nosotros y en sus alas invisibles nos llevará al círculo dantesco que nos corresponda según nuestras virtudes o nuestras culpas.

[14]

«La República de los lobos». Mi ilustre enemigo Valle-Inclán. Amigos y camaradas. De Ricardo León a Joaquín Xaudaró y Manuel Tovar*

Son muy delgados y frágiles los hilos de la amistad. Entre todas las amistades las menos consecuentes y las más quebradizas son las de artistas del mismo género, llámense escritores, poetas, pintores, escultores, cantantes, danzantes, comediantes.

Dice el viejo refrán: «¿Quién es tu enemigo? El de tu oficio». Y Beaumarchais pone en boca de Fígaro esta frase: «*La République des lettres à Madrid était celle des loups*», que resultaría exacta si se refiriese a los lobos —y chacales y hienas— de todas las repúblicas literarias del mundo, poniendo en primer término la de París.

La rivalidad existe en todas las profesiones. Pero en ninguna dispone de tantas armas para ofender y defenderse como en las del campo literario. Porque el escritor, amén de la maledicencia, de la diatriba y los denuestos verbales, que son comunes a todos los oficios, cuenta con la pluma que unos mojan en la hiel de la envidia, otros en el veneno de su fracaso y los de acullá en la tinta, que suponen dorada, de su orgullo, porque se consideran genios indiscutibles.

Claro que no faltan escritores, poetas, novelistas y dramaturgos que se estiman entre sí, que reconocen y alaban los méritos de sus contemporáneos, a quienes unen amistades sinceras y «durables», aunque sus ideas y sentimientos no sean los mismos, y a veces antagónicos, de lo cual en España pueden citarse altos ejemplos como el de la amistad de Pereda y Menéndez y Pelayo, católicos y conservadores, con el anticlerical, pero no ateo, y revolucionario hasta cierto punto, Galdós. Nada más noble y más bello que esa admiración recíproca, que no compromete la autonomía del espíritu y el estilo, que es el hombre, de cada cual.

* Capítulo xliv del tercer volumen de las *Memorias*.

Pero es más frecuente… lo otro. Y de esto nadie supo y sufrió tanto como el príncipe de los escritores españoles, Cervantes. En ocasiones la enemistad, como la amistad, se produce *inter pares*, como en el caso de Cervantes y Lope, con la ventaja de la generosidad en favor del primero.

Entrando en nuestra época, Unamuno no sólo no ocultó su antipatía hacia Galdós, sino que a raíz de la muerte de don Benito la explayó de palabra y con la pluma.

Viene todo esto a cuento porque yo sufría —disfrutaba— entonces, en Madrid, de una enemistad ilustre, casi diré gloriosa, porque el enemigo era uno de los escritores más justamente famosos de la época. Nombro a don Ramón María del Valle-Inclán y Montenegro —en su fe de bautismo, José Ramón Valle y Peña—, que me había honrado con una amistad íntima, cuando ya «él era él» y yo apenas comenzaba «a ser alguien» en la vida literaria, y de pronto, por causas que ya expuse en algún capítulo de mis Memorias, se volvió contra mí, y habló mal de mí, y yo me propuse no tomar en consideración sus vejámenes mientras no afectasen a mi honra personal, lo que no aconteció nunca.

Valle había regresado de un viaje, decían que «triunfal», a Hispanoamérica. Un día lo vi en un banquete a no recuerdo qué escritor, e hicimos mutuamente como si no nos viéramos. Yo le miré luego, de soslayo, para ver si había cambiado mucho su faz desde que en 1904 o 1905, en su mísera alcoba de una casa de las llamadas de corredor, o sea de vecindario menesteroso, en la calle de la Gorguera, me leía incorporado en la cama, en hojas escritas a lápiz, los capítulos de su novela *Flor de santidad*. Eran los tiempos en que fue uno de los más ilustres ayunadores o faquires a la fuerza de Madrid. También quería yo ver si sus barbas seguían siendo las que, en 1907, comparó Rubén Darío con las de un chivo, o cuando parecíanse en realidad a las de un caballero de Ticiano, o mejor a las de un apóstol del Greco. Nobles y no ridículas aquellas barbas, que tan próximas tuve de mis ojos cuando, en la fecha antedicha, vino ese «gran don Ramón» a traerme los versos de sus *Aromas de leyenda*, cuya edición, por motivos que no le favorecen (véase el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias), fue la causa de nuestra enemistad irremediable.

Pues, sí. En 1922 los años de Valle eran pocos más de cincuenta, pero las barbas, de un negro endrino, se le habían vuelto grises, iban blanqueando lentamente y, la

verdad, resultaban unas barbas muy pictóricas, como puede apreciarse en su retrato por Juan de Echevarría.

Ya se había cortado la guedeja y su cráneo aparecía más bien corto y deprimido. Alta la frente, los ojos chispeantes bajo los cristales de los quevedos, la mano única nada torpe en el uso del tenedor. Observándole, como ya dije, de soslayo, lamenté una vez más que hubiésemos dejado de ser amigos y que no fuera posible, como en otras enemistades suyas, la reconciliación. A él correspondía dar el primer paso, no a mí. En mi admiración por su obra no había influido para nada nuestra ruptura.

Otros amigos, de los buenos, no me faltaban y suplían ampliamente a Valle-Inclán. Por ejemplo, Ricardo León. Teóricamente habíamos sido adversarios durante la guerra del 14. Germanófilo él, francófilo yo; pero nunca se presentó el caso de que discutiéramos. Nada valían esas diferencias de opinión ante la sinceridad de nuestro mutuo aprecio.

Entre otros amigos de los de veras, en el grupo literario, citaré a algunos que provenían de mis tiempos de estudiante en la universidad, como Juan Pujol, poeta y novelista destinado a ser un maestro y reformador de nuestro periodismo; Luis Araujo-Costa, que brilló en la crítica y el ensayo literarios, y Salvador Martínez Cuenca, que había de escribir excelentes comedias. En ellos, como en mí, pudieron más las Musas que Temis.

Otros amigos, igualmente «de veras», ignoro si pasaron por la universidad. Los hallé a unos en el Ateneo, a otros en tal o cual tertulia, en saloncillos y camarines de teatro o en las redacciones de los periódicos y revistas de la época. Nos conocimos cuando todos éramos principiantes.

Citaré a Federico García Sanchiz, que ya en 1922 había logrado fama con sus charlas, género oratorio *sui generis*, o más bien suyo propio, en el que todavía no ha encontrado rival; a Augusto Martínez Olmedilla, que en plena juventud gastaba barba. Éste sí era abogado, pero de cursos anteriores al mío. Volvió a la universidad para tomar unos apuntes que todos recogíamos por suscripción en la librería de don Victoriano Suárez y nos facilitaban el estudio de las asignaturas. Triunfó en la crónica periodística, la novela y el teatro.

Nombraré también a Felipe Sassone, que en el año que recuerdo era ya un dramaturgo de primera línea; a José Francés, que descolló muy pronto en la novela y el cuen-

to; a Emiliano Ramírez Ángel, del que cabe decir lo mismo; a José Subirá, musicólogo eminente; a Wenceslao Fernández Flórez, el profundo humorista y camarada mío desde la adolescencia, y a Alfonso Hernández Catá, cuentista de la talla de Clarín y doña Emilia, a quien desde 1907 me unió parentesco político por su matrimonio con mi hermana Mercedes y con el cual escribí «a cuatro manos» unas cuantas comedias.

Todos éstos pertenecían a mi «generación». En la llamada del 98 tuve por amigo a Luis Bello, periodista y literato de los mejores y del que suelen olvidarse los que, al escribir sobre ese grupo heterogéneo de escritores, sólo piensan en Unamuno, Baroja, Azorín y Maeztu. También se olvidan de Manuel Bueno, a quien ninguno superó en el arte del artículo periodístico.

Incluiré en esta relación de amigos, aunque me aventajasen en méritos y en edad, a Gregorio Martínez Sierra, a Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, a Manuel y Antonio Machado, a Enrique de Mesa, a Jacinto Benavente y a Dionisio Pérez. Mis lectores saben lo que cada uno de ellos significó en nuestro periodismo, nuestra lírica y nuestra escena. Son seis nombres gloriosos.

Con ninguno de los citados sufrió mengua mi relación amistosa, que era unas veces la de discípulo a maestro y otras la de camaradas «de la misma quinta». Es muy elástico el concepto de amigo. No son fáciles de establecer los límites de la amistad. En la literatura como en todas las profesiones, son más numerosas las «amistades aparentes» que las verdaderas. Y así, no puedo considerar amigos, en la pura acepción de la palabra, a muchos escritores ilustres de mi tiempo, que «en el fondo» no me estimaban, como el gran Pío Baroja, arañándome en sus Memorias, según me dicen, pues no las leí. Y otros que no quiero nombrar.

Mas he aquí que existen otras clases de amistades, que siempre he cultivado y de las que he recibido pruebas inequívocas de lealtad. Son las que se contraen con personas que no son de nuestro oficio y en las que no cabe la competencia. Amistades con médicos, de los que no escriben, como la que me unió, primero en el París de la guerra y después en Madrid, a mi inolvidable camarada Pedro Sáez; con pintores que tampoco escriben —exceptuando a Santiago Rusiñol, a quien admiraba en sus dos aspectos—; con músicos como Amadeo Vives; con humoristas del lápiz como Joaquín Xaudaró y Manuel Tovar.

El primero en París, en los años inmediatamente anteriores a la guerra, y el segundo en Madrid, en todo tiempo, fueron para mí camaradas inmejorables, porque los dos «me divertían» y no hay mejores amigos que los que nos divierten, los que con un chiste nos desarrugan el ceño si nos sentimos melancólicos, los que —sea la que fuere la procesión que les ande por dentro— no se quitan la careta del buen humor. Y así eran Tovar, el andaluz, y Xaudaró, baturro de origen y filipino *per accidens*.

La circunstancia de pertenecer Joaquín, en la época a que me refiero, a la redacción de *Blanco y Negro* y Tovar a la de *La Voz* hizo más frecuente, casi cotidiana, mi intimidad con este último. A Xaudaró veíalo alguna vez en el Círculo de Bellas Artes. Con Tovar me reunía en la Maison Dorée, a la hora del vermú, o bien en algún colmado si preferíamos los chatos de manzanilla. Nos convidábamos mutuamente a comer. Íbamos juntos a los toros. Y en los toros, entre Gabriela y yo, era él, por más entendido, quien le explicaba los incidentes y pormenores de la corrida a mi parisiense, que le escuchaba sin apartar la vista del torero y la res.

Tovar y yo nos conocimos en 1907, cuando yo publicaba mis primeras novelas y él ya figuraba entre los más populares caricaturistas españoles. Fue el encargado de hacer las caricaturas de los autores de *El Cuento Semanal*, sin que ninguno protestase, a no ser una autora, la condesa de Pardo Bazán, que nunca le perdonó la que le hizo. (Vea el lector el capítulo LXXX del primer tomo de mis Memorias.)

Ello es que en 1922, al hallarme yo avecindado de nuevo en Madrid, en aquel quinto piso de una casa de la plaza de la Moncloa, desde cuyos balcones abarcaba el magnífico panorama de la sierra —y que cayó bajo los bombardeos de la guerra—, mi amigo íntimo, el camarada inseparable, no fue un escritor, sino un hombre que sólo escribía las leyendas, un chiste cada una, de sus dibujos humorísticos. Mi amistad con Tovar fue «de por vida». Él murió de repente, con el lápiz en la mano, en agosto del 35. Se ahorró muchas penas.

Y yo sigo, pluma en ristre, actuando y defendiéndome en esta República de las Letras, que no es siempre la de «los lobos». Acabo de contradecir al Fígaro de Beaumarchais con la relación y alabanza de mis amigos escritores. Pero siempre le convendrá al escritor disponer de un amigo «que no escriba». Por si acaso. Por si, cuando menos lo esperamos, se nos transforma de amigo en «enemigo íntimo», como a mí hartas veces me sucedió.

[15]

Octubre de 1922, con Unamuno en Salamanca. Mis coloquios con don Miguel. De cómo me lo imaginaba vestido de cardenal*

En octubre de aquel año aconteció el tercero de mis grandes «encuentros» con Unamuno. No faltaron otros menores. De los precedentes —el de Madrid, cuando yo era todavía estudiante de Derecho, pero ya colaboraba en algunos periódicos, y en el cenáculo literario del Fornos, donde se me admitía como neófito, me presentaron a don Miguel, y el de Pontevedra, en 1913— he hablado en los dos primeros volúmenes de mis Memorias. Fue el tercero el de Salamanca, que ahora me toca referir. Y sería el cuarto el de Hendaya, el de Unamuno durante su exilio voluntario, por su oposición vehementísima a la dictadura de su homónimo el general Primo de Rivera, del que hablaré «a su debido tiempo». He aquí el de Salamanca.

Por fortuna lo hallo, con casi todos «sus pelos y señales», en uno de mis artículos de *La Prensa*, de Buenos Aires, publicado en noviembre de 1939, diecisiete años después de la entrevista. Reproduciré dicho artículo. Pero como faltan en él algunos pormenores, creo preferible ponerlos entre paréntesis que recurrir a las notas al pie, que suelen ser enfadosas.

Así, pues, paso a copiarme a mí mismo:

«Escribía yo por entonces, otoño de 1922, en cierto diario de Madrid (*La Voz*) unas crónicas sobre la infancia desvalida. Leyólas un amigo de Salamanca (don Filiberto Villalobos, médico ilustre), hombre muy versado en puericultura y pedagogía, gustáronle, y me invitó a visitar un sanatorio-escuela que una dama generosa (marquesa o condesa, cuyo título no recuerdo) había fundado recientemente en una villa

* Capítulo LV del tercer volumen de las *Memorias*.

salmantina próxima a Béjar, que se llama Candelario. "Le brindo nuevos temas para su campaña —decíame en su carta el bondadoso doctor— y, además, es muy probable que nos acompañe Unamuno." Miel sobre hojuelas. ¡Un viaje por la Castilla fértil y arbolada de las vertientes de Gredos y don Miguel de Unamuno como "miembro" de la excursión! Recibida la carta por la mañana, tomé el tren aquella misma noche.

Pero don Miguel no pudo acompañarnos. […]

Henos aquí de nuevo en Salamanca: en el "feudo" intelectual de Unamuno. En esta "pequeña Roma", en esta "madre de las virtudes, de las ciencias y las artes"; en esta maravilla de piedra rosada —color de rosa viva y de rosa mustia—, en esta doctoral "Salmántica", cuna de los nobles más nobles, de los sabios más sabios y de los pícaros más pícaros —¡eh, Lazarillo!— de nuestra casta. Mas ocurre que mis recuerdos, no obstante corresponder a sucedidos no muy remotos, se presentan embrollados y turbios. Querría imponerles un ritmo cronológico, determinar el punto y hora en que nacen —que, apenas vivido, todo hecho es recuerdo, semilla sembrada en la memoria—, pero se resisten, no se dejan asir, enderezar, plantar como las imágenes firmes de un cuadro, sino que se empeñan y complacen en una vagarosidad e indecisión semejantes a las de los sueños. Y así, lector, no me es dado responder de la exactitud de su colocación en el tiempo y el espacio idos.

Vi a Unamuno en su rectoral universitaria. Paseé con él y nuestro amigo el médico por los soportales de la plaza Mayor y las riberas del Tormes. En su compañía ilustre visité las dos catedrales y algunos templos. Rector, galeno y transeúnte yantaron en la misma mesa, y no siendo desabrida ni corta la bucólica, fue lo mejor de aquel festín la salsa de sus palabras. Pero renuncio, porque Mnemósine no quiere ayudarme, a la ordenación cronológica de estos episodios, que realzaron y sazonaron aquella visita mía a Salamanca.

Don Miguel en su despacho de la Rectoral. Un viejo y afable bedel nos conduce, nos anuncia. Allí está Unamuno, entre libros. Su escritorio, próximo a una ventana. El aposento no tiene alfombras, ni alcatifas, sino una de esas sólidas esteras de pleita —esparto trenzado— de uso muy frecuente en las antiguas casas, tribunales, sacristías y conventos españoles. Una estera "así" teníamos en la biblioteca de la Universidad Central… Todo en el despacho del rector salmanticense es muy español, pero muy sobrio, de una austeridad casi monástica. Hay sillones frailunos, tal cual jamu-

ga de cordobán, un anaquel con expedientes, un tintero talaverano en la mesa. Sólo faltan la pluma de ave y la toga con golilla sobre los hombros de don Miguel. De este don Miguel al que —en la monarquía de las letras castellanas— llamo don Miguel II. El primero es Cervantes.

La conversación fue rápida. Salimos pronto a la calle. Saludando a casi todo el mundo —¿quién no le conocía?—, sin quitarse el sombrero, con un simple y expresivo ademán de brazo y mano, que tenía algo de bendición y algo de poner a raya a los importunos, don Miguel dio rienda suelta en seguida al enjambre de sus cogitaciones y paradojas. Yo sentíale, en "aquella su Salamanca", conforme a él le gustaba decir, como al pez en el agua, y si la comparación pudiera tildarse de irrespetuosa, como a la figura principal del cuadro salmantino; pero no como a figura pasiva, quieta, inmovilizada por el arte del pintor, sino como a figura que se escapaba del marco y era, al mismo tiempo, el espectador y el espectáculo.

No era mi primera visita a Salamanca. Pero ahora, al lado de este hombre, la veía de otro modo: en su antaño y su hogaño, con sus apariencias actuales y en las honduras de su historia, de la que era Unamuno continuador y animador. Mas si yo narrase mi paseo por Salamanca con este guía, si reprodujera sus explicaciones ante cada monumento augusto —catedral, universidad, plaza Mayor, puente romano—, o en los rincones íntimos —claustros, coros, sacristías, plazuelas— de la urbe salmanticense, quedaríame sin espacio para anotar "ciertas cosas" de orden político, literario y filosófico que entonces me dijo y considero importantes. Además, estas "cosas", en aquella luz tan pura y sirviéndoles de fondo las piedras claras, toscas, ocres, áureas de las casas y los templos salmantinos, o las riberas festoneadas de chopos del Tormes ilustre, sonaban en mis oídos como una música instransferible: como si dichas o tañidas en otra parte y en otro instrumento ya perdieran resonancia e impulso.

Habló Unamuno de la elegancia: de la elegancia humana, corporal. ¿Dónde? Quizá en las galerías de la plaza y al ver pasar a un petimetre vestido por un sastre caro de la Corte. Como yo —¡pobre de mí!— aludiese a Brummel y… al duque de Tamames, que era entonces el Petronio matritense, Unamuno enderezó el talle, levantó el pecho y dijo:

—Pues yo le propondría a ese duque que nos desnudásemos los dos.

Y ante mi extrañeza:

—Sí —explicó—, porque la elegancia no ha de medirse por el vestido, por el disfraz, sino por la anatomía. Una persona elegante no es la bien trajeada, sino la bien formada. Aunque se vistan con los sastres de Londres o los costureros de París, el hombre y la mujer defectuosos serán siempre ridículos. Yo voy siempre vestido igual, no entiendo ni quiero entender de novedades, me río de las fantasías de la moda; pero tráigame usted al duque ese, y puestos él y yo *in puribus*, ¿a ver qué ocurre?

Sonreí. No estaba yo conforme. Hubiese podido lucir cierta erudición en materia de trajes y de modas: citar a Carlyle y a Balzac, autor de un pequeño *Traité de la vie élégante* que diputo por lo más sutil que se ha escrito, en tono filosófico, acerca de la moda (necesidad social que afina el porte y aumenta el decoro de los hombres). Pero yo no había ido a Salamanca para discutir con Unamuno. Y lo que me importaba de su opinión, tan subjetiva, de la moda era el contento que él tenía de sí mismo, de su figura física, en verdad la de un hombre bien hecho, bien proporcionado y que debía conservar hasta su senectud el pecho erguido, las piernas sólidas y en todo su ser agilidad y majestad. Ahora bien, y dijese lo que él dijese, a mí me habría parecido más elegante con una toga de senador romano —¿y por qué no con la púrpura cardenalicia?— que con aquel su indumento un tanto estrambótico, mezcla rebuscada de lo seglar y lo eclesiástico.

En el paseo que dimos por las orillas del Tormes hablamos de política y tocó Unamuno el tema de su encuentro con don Alfonso XIII. Habíale quedado de su conversación con el rey un a manera de reconcomio o prurito en el espíritu que le obligaba a referirse a aquel "suceso histórico" constantemente y en un tono melancólico.

—Romanones —decíame— sirvió de intermediario. Él (por el monarca) quería conocerme. Y yo deseaba decirle algunas cosas, algunas verdades. Y se las dije… ¿Por qué no? Yo no era un cortesano. Yo no había ido a adular, sino a presentar quejas, a indicarle remedios, manifestándole lo que pienso de esta España, lo que temo y sufro por esta España, y a quitarle a él humo de la cabeza y telaraña de los ojos. "Señor", le dije… Y le solté un memorial de agravios. Entiéndame bien: no míos, sino de los españoles. Me dejó hablar, estuvo afable, "hecho un buen muchacho" y eso que se dice "un hombre de mundo". Perfectamente. No, quiero decir ¡imperfectamente! Porque lo perfecto y lo útil hubiese estado en que nos entendiéramos, y él no pudo

—no digo que no quiso, sino que no pudo— entenderme, o más bien entenderse conmigo. Muchos resabios borbónicos y mucha "camarilla" entre los dos. Una lástima, una verdadera lástima, porque él no tiene pelo de tonto y si yo…, y si a mí… Vamos, que yo hubiese podido ayudarle, aconsejarle, ¿me comprende usted? Y todo quedóse en virutas, en agua de cerrajas. ¡Ah!

Y fue entonces, al decir este "ah", con el que se le rompía un ensueño y se le evaporaba una ilusión, cuando me lo figuré vestido como un Richelieu o un Jiménez de Cisneros, pues siempre —y no sólo por el corte semieclesiástico de su chaleco, sino también por su apostura majestuosa y la cadencia de sus ademanes— tuve la propensión a esta metamorfosis imaginaria de su ropaje, que era entonces, sirviéndole de fondo el río con su puente romano, un cielo azul de tarde de otoño declinante y una hilera de álamos tristes, la de un cardenal, como en otras ocasiones fuera la de un prior dominico, la de un prefecto ignaciano o la de un cartujo. Digo que lo vi empurpurado, con el capelo y el birrete. Y más aún: que esta figura iluminada en mi mente evadíase de las márgenes del Tormes y de los claustros y las salas capitulares de Salamanca para transitar por los salones palatinos y, en uno de sus coloquios con el monarca, detenerse en alguna de esas ventanas que descubren las frondas de los jardines reales y la zarca y blanca cima el Guadarrama, de quienes el color y la luz tentaron —y se entregaron— como a nadie a Velázquez. ¡Ah, por este camino pude poner a Unamuno a caballo, como al conde duque! Pero ya digo que le vi como a un otro Jiménez de Cisneros. O sea, siendo algo muy semejante a "lo que le hubiera gustado ser"…

Terminaré refiriendo una pequeña y gustosa discordia que tuve con Unamuno mientras discurríamos por el claustro de San Esteban. Y fue que, como hablásemos de teatro, y de teatro de poetas, sonaron los nombres de algunos contemporáneos —los de D'Annunzio, Maeterlinck y Verhaeren— y yo le dije a don Miguel que durante la guerra había asistido en la Comédie Française a una representación de *Le cloître* (*El claustro*), de Verhaeren. Oído lo cual Unamuno me replicó:

—*Les moines* (*Los monjes*) querrá usted decir, y no *El claustro*.

—No, don Miguel; ese drama de Verhaeren, interpretado por el actor rumano afrancesado De Max, se titula *El claustro*.

—¡*Los monjes*!

—*El claustro*. Hay un poema de Verhaeren titulado *Los monjes*, pero el drama, estoy seguro, es *El claustro*.

—Le digo a usted que no. Me conozco al dedillo toda la obra de Verhaeren.

No insistí. La pertinacia de Unamuno en su error —que él suponía verdad—, lo fútil de la disputa y el respeto a la persona del polígrafo me obligaron a ceder. Llegado a Madrid pude tomar el volumen en que venía inserta la obra de Verhaeren y mandárselo al testarudo rector. No lo hice por razones de delicadeza. Pero el menudo incidente me sirvió para corroborar en mi ánimo algo que me sabía de antiguo: que Unamuno creíase infalible. O, por lo menos, que no toleraba más contradicciones que las de sí mismo. ¡Gran carácter! Carácter de caudillo, de pontífice del pensamiento. Todo en sus labios adquiría un sabor de dogma. Pero él —porque no se atenía al verdadero— cambiaba de dogmas, jugaba con sus ideas, las sustentaba ahora para desecharlas luego. Mas que nadie —eso nunca— pretendiese soplar en la áurea veleta de su espíritu, que jugó con todo mentalmente, menos con "su España", de cuya angustia había de morir».

Hasta aquí mi artículo de *La Prensa*, de Buenos Aires. Al releerlo en febrero de 1957 no hallo en él nada que exija rectificación. Respondo de su exactitud, de haber reproducido, si no textualmente, con la fidelidad que me permite la memoria las palabras de Unamuno en aquel inolvidable encuentro. Bien quisiese invocar el testimonio del doctor Villalobos, que escuchó algunas de ellas, pero este noble amigo ya no es de este mundo. Concédame su crédito el lector.

Mas desearía insistir en los que he llamado «los dogmas de Unamuno», que no hubiesen sido voltarios, sino firmes, de haber respondido a la fe católica, que le faltó. No era don Miguel un ateo, sino un deísta a su manera. Anduvo buscando a Dios, pero no tuvo la suerte de encontrarlo, como un San Pablo, un Pascal, o —entre nosotros— un Maeztu o un García Morente. De su cristianismo no cabe dudar. Véase su *Cristo de Velázquez*.

[…]

[16]

El nudo gordiano de Marruecos. El Sha de Persia, en Madrid. El homenaje póstumo a Rubén Darío. La vida teatral. El premio Nobel a Benavente. Llegan los cómicos argentinos*

En el otoño de 1922 seguía sin cortar el nudo gordiano de Marruecos. Ninguno de los generales a quienes se confiaba el restablecimiento de la normalidad en nuestra zona poseía las dotes de Alejandro. Eran, eso sí, valerosos; pero luchaban con un enemigo astuto, de redomada doblez, al que había de dominarse no sólo con el cañón y la bayoneta, sino también con las finas artes de la diplomacia. El general Burguete, que sustituyera a Dámaso Berenguer, entró en negociaciones con el ambiguo Rausili, y secundado hábilmente por el general Castro Girona pudo pactar con el famoso jefe rifeño, que acató con sus partidarios la autoridad del califa.

Pero seguían en poder de Abd el Krim los prisioneros del desastre de Annual, que no se rescatarían hasta enero del siguiente año y mediante la entrega de cuatro millones de pesetas al caudillo y santón de los Beni Urriaguel. Mal negocio, necesaria componenda. Apareció en esta circunstancia un hombre esforzado, un buen patriota, don Horacio Echevarrieta, que tuvo el rasgo de constituirse en rehén en Axdir para garantizar el cumplimiento de las exigencias de los moros.

Antes del ansiado rescate, que devolvió la tranquilidad a muchas familias españolas, el Gobierno del señor Sánchez Guerra seguía depurando las responsabilidades del derrumbamiento de la Comandancia de Melilla, lo que motivó manifestaciones públicas, que tenían su foco en la juventud del Ateneo. Y el resultado fue que en diciembre presentó la dimisión Sánchez Guerra y, tras una de esas crisis ministeriales

* Capítulo LVII del tercer volumen de las *Memorias*.

que ponían a prueba el patriotismo de don Alfonso XIII, fue elevado al poder, al frente de la concentración liberal, el señor García Prieto.

Tal era el panorama de nuestra vida pública en el último trimestre del año 22. Y tales las razones del malestar general, agravado por los conflictos sociales de Cataluña. Pero yo, después de oír los comentarios sombríos de mi padre, volvíame al oasis de mi literatura, a mis artículos, a mis novelas, al bullir del mundillo de las letras y a las varias distracciones que la Villa y Corte me brindaba; unas en la calle, presenciadas desde un balcón; otras desde una butaca, en el teatro. Entre las primeras recuerdo la visita del sha de Persia, en octubre, con desfile de uniformes de gala y las fastuosas carrozas de palacio.

El sha, carirredondo, de tez olivácea y brillantes ojos negros, formaba contraste con la fina apostura y el semblante pálido de don Alfonso XIII, que había cumplido los treinta y siete años de su edad y los veinte de su reinado. Hubo grandes fiestas palatinas, y para el público la pompa del recibimiento, al que daban el soberano persa y su séquito una brillantez oriental. Y para que en España encontrase su Oriente, el rey se trasladó con su majestuoso visitante a Toledo.

Por aquellos días, los poetas y escritores de Madrid nos reuníamos para asistir al descubrimiento de la lápida que cambiaba el nombre de la glorieta del Cisne por el de Rubén Darío. Otro cisne. Rubén había muerto en su Nicaragua natal seis años antes. El Madrid literario lo recordaba fervorosamente. Hubo versos y discursos. Lo habíamos tenido entre nosotros como representante diplomático de su país y como primera figura del cenáculo modernista. No se había puesto todavía el sol —lento y bello ocaso— del modernismo.

La influencia de Rubén era visible en algunos de nuestros líricos. En aquel acto yo rememoraba al poeta, sobre todo en París, donde hube de visitarle varias veces en su casa de la calle Herschel, no lejos de los jardines de Luxemburgo. Figuré entre los comensales del banquete, presidido por Paul Fort, que sus admiradores de París le ofrecieron en el histórico café Voltaire, de la plaza del Odeón, en el cual, según apunto en el capítulo III del segundo tomo de mis Memorias, no se pronunció ningún brindis en la lengua de Góngora y de Rubén… Con éste tomé algunas copas en Bodega, de la Rue de Rivoli. Pero mi mayor título de amistad con él era el haber sido el editor de su libro *El canto errante*. En mi despacho, y en puesto de honor, tengo su cabeza, ya clásica, por Vázquez Díaz.

Un recuerdo agudo de la guerra del 14 al 18 me lo trajo la noticia del término de la vida política de Lloyd George, el gran gobernante inglés, galés, par de Clemenceau en la lucha por la victoria de los aliados. El Tigre ya llevaba algún tiempo entre las flores de su jardín de la Vendée. Uno a uno iban entrando en la Historia, o en el olvido, los principales actores de la tragedia, de la que fui espectador y cronista en uno de sus escenarios.

Otros escenarios, de tablas y papel, entreteníanme entonces. Iba algunas noches al teatro, pero rara vez a los estrenos, porque no era el mío el temperamento de los «estrenistas», gente apasionada, que así aplaudía las obras «a rabiar» como las arrojaba al foso con los pies. La costumbre española del «pateo» la considero incivil y detestable. Así, pues, cuando era seguro el éxito de una comedia acudía a presenciarla. En la época a que me refiero los autores de primera línea, a los que llamaban «consagrados», aunque algún crítico no respetase la «consagración», eran Benavente, los hermanos Quintero, Federico Oliver, Carlos Arniches, Linares Rivas, Martínez Sierra, Eduardo Marquina y Francisco Villaespesa.

Se olvidaba la gran dramaturgia de Galdós, desaparecido dos años antes. Triunfaban autores más jóvenes. Uno, muy vapuleado por los críticos, Pedro Muñoz Seca, solo, o en unión de su tocayo Pérez Fernández, era un excelente autor cómico, más caricaturista que realista. Decíase que había creado un género: el del «astracán». Todavía no me he explicado este adjetivo, transformado en nombre para definir el teatro de Muñoz Seca. ¿Qué tendría que ver con las comedias el astracán, piel rizada de corderos nonatos o recién nacidos, de que tanto gustan para abrigos las señoras? Ello es que las «astracanadas» de Muñoz Seca y su colaborador divertían a un público numeroso, cuyo instinto, más sutil que la inteligencia de ciertos Aristarcos, adivinaba que bajo el retruécano y el chiste hilarante latía una sátira ejemplar. Por mi parte estimé la obra y la persona del fustigado y afortunado autor, hombre jovial, simpático y caballeroso, que era la *bête noire* de otro gran amigo mío, el excelente poeta y crítico implacable Enrique de Mesa.

Entre los autores relativamente jóvenes, pues iban cumpliendo sus cuarenta otoños, descollaba Felipe Sassone, peruano de nación, de sangre itálica y española, cuyas comedias «cultas», de savia psicológica, no de muñecos, sino de hombres y mujeres «de verdad», eran de lo mejor y más digno que se escuchaba en el teatro. Epigramá-

tico y… tierno Sassone, ya que el epigrama es algunas veces el disfraz de una lágrima. Y Francisco Serrano Anguita, que había popularizado su seudónimo de Tartarín en los periódicos, estrenaba con general aplauso sus primeras comedias. Por entonces obtuvo un sonoro éxito Eduardo Marquina con *El pavo real*, gran triunfo de la actriz Catalina Bárcena.

En el género nacional de la zarzuela, los maestros eran: Amadeo Vives, por encima de todos, José Serrano, Jacinto Guerrero y Francisco Alonso, estos dos últimos compositores de música fácil y «pegadiza». Se representaban operetas vienesas y revistas con gran lujo de decoraciones, de trajes, de plumas y de tiples de escasa voz pero de bellas formas. Recuerdo, en el teatro de Apolo, el *Arco iris*, con letra de Tomás Borrás y partitura de no sé quién. María Caballé y Eugenia Zuffoli, dos beldades, eran las *vedettes*; Eulogio Velasco, el director y empresario. Las revistas españolas se diferenciaban de las del Casino de París y las Folies Bergères por su moderación en el desnudo femenino y porque sus chistes rara vez incurrían en lo obsceno. Eran espectáculos gratos a los oídos y a la vista.

Numerosas las «estrellas» de las «variedades». Alguna, como la Goya, Aurora Mañanés Jauffret, a quien yo había conocido, casi niña, en París, elevaba el llamado «género ínfimo» en un entremés de los Quintero, a una categoría superior. Su belleza, su elegancia, su gracia, recordaban a la Tirana. No el *couplet* picante, a la francesa, en el que nadie aventajó a la inolvidable Fornarina, sino la copla nuestra del mejor folklore —y no del falso del promedio de este siglo— formaba su repertorio, muy aplaudido en Maravillas o en Lara por las señoras «bien». Pastora Imperio iba a la cabeza de las «cantaoras» y «bailaoras» del flamenco. Había renunciado yo al teatro como autor, en el que fue rápida mi fortuna, pero no como espectador, y lamentaba que el clásico, el romántico y el posromántico se representasen apenas. No tenían en España Lope, Tirso y Calderón la suerte que no abandonaba en Francia a Corneille, Racine y Molière, y en Inglaterra a Shakespeare. Sólo un autor benemérito e ilustre, Ricardo Calvo, exhumaba en el Español a los autores del Siglo de Oro y al duque de Rivas y Zorrilla. De este último, eso sí, todos los noviembres se representaba el inolvidable *Tenorio*. Ricardo Calvo, a quien me unía y me une verdadera amistad, era el único en mantener encendida la antorcha de nuestra dramaturgia áurea. Pero, la verdad, el público, indiferente o insensible, no correspondía como debiera a su esfuer-

zo. Siete años en el Español, trabajando a veces con media sala o seis filas de butacas. Con su Pedro Crespo y su Segismundo solía llenar el teatro. Recuerdo, con pena, que no duraron en el cartel *Las mocedades del Cid*, origen del *chef d'œuvre* corneliano. Nadie decía los versos como él. Pero el público «no estaba por lo antiguo», aunque lo antiguo tuviera la juventud y la fragancia de lo imperecedero. Yo era un asiduo a las noches de Ricardo Calvo en el Español.

Fue en aquel año 22 cuando «le tocó» a Benavente el premio Nobel en la lotería de la Academia de Estocolmo. Si hubiese vivido Galdós habría habido, tal vez, discusiones y protestas, ya que, reconocidos los méritos del autor de *Los intereses creados*, no era posible dudar de que el príncipe de las letras españolas era don Benito. Pero Galdós había muerto y Benavente no tenía competidor. Justo, pues, el premio que no se concede a título póstumo. No hubo polémicas ni manifiestos en contra, como en la ocasión del Nobel de Echegaray. Los académicos suecos no se dejaron influir, probablemente no los habían leído, por los ataques durísimos al teatro de Benavente de Ramón Pérez de Ayala. Las diatribas de Enrique de Mesa, otro antibenaventiano, se quedaban en Madrid.

A Benavente «le sorprendió» el premio durante su primera gira a la Argentina con los insignes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Se cuenta, no sé si será cierto, que recibió la noticia en un telegrama, conforme iba en el tren de Buenos Aires a Mendoza, y que no le tembló de júbilo el puro entre los labios. Pero, sin duda, el premio debió de ser un bálsamo sobre las heridas que le infirieran los eminentes escritores nombrados y otros de menor calibre.

En realidad, y descontado por su muerte Galdós, la figura de Benavente era la más descollante de nuestra dramaturgia. No faltaban quienes, por más españoles, prefiriesen a los Quintero. O a don Carlos Arniches, por sus sainetes castizos. O a Marquina, por su teatro poético. En suma, el premio complació a la mayoría y fue causa de un regocijo patriótico, sin aquellas sombras del manifiesto de un grupo de escritores, presidido por Valle-Inclán y Manuel Bueno, contra don José Echegaray.

Desde hacía algún tiempo llegaban a Madrid comediantes hispanoamericanos, sobre todo de México y la Argentina. En el teatro de Lara se aplaudían el arte y la be-

lleza de María Teresa Montoya, y en la Zarzuela, los sainetes y melodramas comprimidos de dos excelentes cómicos de Buenos Aires, Enrique Muiño y Elías Alippi. La farándula porteña hizo popular la música del *Pericón*, que tocaban los ciegos por las calles. Antes o después de Muiño, de sangre gallega, y de Alippi, de ascendencia italiana, llegaron, asimismo, de la Argentina la recitadora Berta Singermann, de origen hebreo, el famoso cantor de tangos Carlitos Gardel, su émulo Spaventa y dos hermosas mujeres que se quedaron en Madrid como primeras figuras del teatro de variedades: Perlita Greco y Celia Gámez.

No respondo del orden cronológico de estos recuerdos. Con Enrique García Velloso y su gran intérprete Parravicini se completó la lista de los autores y cómicos que pasaban de la calle Corrientes a los escenarios de la Villa y Corte. Todo lo argentino gustaba mucho en Madrid. Existía, sin duda, naciente, un teatro rioplatense, cuyos autores más importantes eran García Velloso, Alberto Vacareza y el uruguayo Florencio Sánchez.

El cinematógrafo, todavía mudo, pero ya con grandes salas en Madrid, no se había convertido aún en un rival temible del teatro. Ni el fútbol en un competidor de la fiesta de los toros. Quiere decir que el Madrid de entonces, en materia de espectáculos, conservaba sus esencias y costumbres nacionales y locales, pues en éstas entraban su afición al *bel canto* y a la buena música, que se satisfacía en el Real y los conciertos. Traducíanse para el teatro no pocas obras extranjeras, pero los autores y los actores las «españolizaban». Los novelistas extranjeros no absorbían a los de casa, como en este medio siglo XX en que nos hallamos cuando escribo estas notas. En suma, que Madrid tardaría aún algunos años en convertirse en una cosmópolis, lo que no puede suceder sin que se atenúen o se borren su personalidad y su «casticismo». Y es inútil deplorarlo. La máquina del progreso arrolla a los nostálgicos del pasado, entre los que figuro resignado e inerme.

[17]

Los primeros meses del Directorio Militar. El Ateneo, club político. Multas y deportaciones. Primo de Rivera responde a los regionalistas catalanes en su conferencia de Barcelona en la Sala Mozart*

«Me parece que tendré que dejar de ir al Ateneo», decíame mi padre en una de las cartas que me escribió a Barcelona. No dejó de ir. Pudo más su costumbre del paseíto desde su casa, a pie —con lluvia no salía a la calle—, hasta la «Docta», donde ocupaba uno de los sillones de la Cacharrería, que el temor a chocar con alguno de los ateneístas «que despotricaban contra Primo de Rivera y su Gobierno».

Me consta que no chocó. Frase suya era esta de que «había que endulzar las discusiones con una sonrisa ocultamente desdeñosa cuando comenzaban a agriarse». Además, él ya era viejo, iba a cumplir sus sesenta y siete años y «sabía perfectamente que los viejos muy raras veces convencen a los jóvenes». Esto no quería decir que sólo la juventud ateneísta se rebelase, verbalmente, contra el Directorio. Por cada primorriverista contaba él, por lo menos, cuatro contrarios de cualquier edad. «Yo no oculto —añadía— mis opiniones, pero no levanto la voz ni tuerzo el gesto al exponerlas, y hago mutis en cuanto mi antagonista convierte la palabra en grito.» Él, esto lo sabía yo muy bien, sólo gritaba en su casa. Pocos hombres he conocido tan ponderados y comedidos fuera de ella como mi padre.

Siempre había sido el Ateneo Artístico, Científico y Literario de Madrid un club político, pero no con un solo programa y una disciplina como cualquier partido que obedece a una jefatura, sino un foro o ágora con paredes, techo, alfombras y sillones para discutir a gusto, o a disgusto. Por su tribuna habían pasado cristinos y carlistas,

* Capítulo LXII del tercer volumen de las *Memorias*.

afrancesados y patriotas, monárquicos y republicanos. Oratoria de cátedra respetada, así fuese la de un Donoso Cortés, de un Cánovas, un Costa, un Maura, un Canalejas, un Labra o un Moret. Una cosa eran los discursos y las conferencias y otra las discusiones en la sala de actos sobre el tema de una memoria y las polémicas, en el Salón de Tapices, la Galería de Retratos y el mentidero y desolladero de la Cacharrería.

A partir del desastre de Annual, el Ateneo relegó a los últimos términos el arte, la ciencia y la literatura para inmiscuirse apasionadamente en todas las cuestiones políticas. En alguna ocasión «se echó a la calle», exigiendo depuraciones y responsabilidades por el descalabro de Marruecos, para oponerse a un proyecto de ley o manifestarse en contra de algún ministro. A los ateneístas se les llamaba también «intelectuales», como si poseyeran el monopolio de la inteligencia, que es común a todos los humanos, con la excepción natural de los imbéciles y los mentecatos, de los que no faltan ejemplares en el propio Ateneo. El cual, desde un principio, si no de un modo unánime, sí por mayoría de voces, se puso enfrente del Gobierno de Primo de Rivera. A juzgar por las cartas de mi padre, lo mejor que podía hacer un primorriverista en el Ateneo era callarse. Conducta que él seguía «para que algún jovenzuelo exaltado no se le subiese a las barbas». Y esto era un decir, porque él no las llevaba.

Ahora bien, el Ateneo venía a ser una isla, en el archipiélago de las sociedades de su clase, de los círculos de recreo, de los casinos, casinillos, cafés y barberías de toda España, de todo lugar donde se reunieran los españoles, a partir de dos, para hablar de toros (ahora es del fútbol) y de política, según las entendederas, las conveniencias y el partido o la facción de cada cual.

De un modo automático y sincrónico se habían formado los grupos de la adhesión y la oposición al Directorio. Oficial el primero, en el que entraba gente nueva, «no contaminada de la vieja política», y no pocos tránsfugas de esa misma política, y heterogéneo y muy confuso el segundo, pues en él figuraban por lo pronto los desahuciados *manu militar* del poder, los jefes y correligionarios de todos los partidos, así conservadores, liberales y reformistas, esto es, gubernamentales, como los republicanos, regionalistas y socialistas. Y después el *totum revolutum* de los senadores, diputados, alcaldes y concejales destituidos por el Directorio. Y los paniaguados de estos señores. Y los adversarios, por principio, de los gobiernos militares.

Con esta oposición natural contaba Primo de Rivera. Pero también era natural que tratase de aplacarla o dominarla. Y sus medidas para lograrlo, amén de la suspensión de las garantías constitucionales y de la libertad de la prensa, fueron las multas y las deportaciones. Es decir, nada que le costase la vida a nadie.

Uno de los primeros en protestar airadamente contra la dictadura fue el más ilustre de los tocayos del dictador, don Miguel de Unamuno. Costóle la protesta su rectoría de la Universidad de Salamanca, su cátedra de griego y su deportación a la isla de Fuerteventura, de donde no le resultó difícil fugarse. Le visité en Hendaya —y de esto hablaré a su tiempo— cuando prefirió su voluntario destierro a la amnistía decretada por el general.

Entre las multas que éste impuso, una de las mayores fue la que no pasó de arañar la gran fortuna de uno de los políticos más simpáticos y sagaces del sistema derrocado: el conde de Romanones. Hubo otras multas y deportaciones y… su poquito de cárcel.

En febrero del año 24, a los cinco meses de establecida la dictadura, nadie, por adivino que fuese, podía prever su duración ni sus derivaciones. Por lo pronto, era innegable que Primo de Rivera había restablecido el orden público en toda España y que se preparaba a concluir con «la pesadilla de Marruecos». Que «un gran escritor y estrafalario ciudadano» —referíase a Valle-Inclán— le zahiriese en sus tertulias de café, ¿qué podía importarle? Su mejor arma era su optimismo, su fe sin soberbia en el triunfo.

No recuerdo si fue antes o después de la visita de nuestros reyes a Italia cuando Primo de Rivera, en un decreto relativo al régimen municipal, hizo electora y elegible a la mujer. Íbamos a tener concejalas y también alcaldesas. Buen paso para que también tuviéramos diputadas y ministras… Con lo cual se atrajo don Miguel la adhesión de una gran parte del sexo débil, que comenzaba a ser fuerte.

Mi padre me escribió: «Con esto sí que no estoy conforme. No te diré aquello de que "la mujer, la pierna quebrada y en casa", no. Que conserve sanas y hermosas sus dos piernas, que salga a la calle, pero que no se meta en los asuntos públicos porque los embrollaría más que nosotros. Isabel la Católica no ha habido más que una». De siempre, mi padre había sido contrario al voto femenino. Yo no. Por mí, «que las mujeres mandasen», a ver «si convertían en balsas de aceite los pueblos y las naciones». ¡Qué descanso para los maridos con la victoria de Lisístrata!

No respondo de la exactitud en las fechas de estos recuerdos, sí de que se refieren a episodios de nuestra vida nacional durante los primeros meses de aquel año 24. Las cartas de mi padre y los periódicos de Madrid me llegaban con un día de retraso, pero los diarios de Barcelona me traían la actualidad palpitante al mismo tiempo que la camarera de la pensión el desayuno. Antes del primer sorbo del café con leche y del mordisco a la ensaimada abría yo *La Vanguardia*, pasando la vista por los títulos de los editoriales y las firmas de los artículos con el propósito de leerlos después, o de saltármelos… Y así, una mañana de enero leí que el marqués de Camps, representante de los regionalistas catalanes, le había comunicado respetuosamente a Primo de Rivera que «no estando conforme con su apreciación del problema catalán, no le sería posible colaborar con el Directorio». El marqués de Camps, de profesión ingeniero y aficionado a la literatura, había sido senador del Reino, diputado a Cortes, presidente de la Diputación provincial de Gerona y de varias instituciones culturales y agrícolas, y un hombre dispuesto a mantener su postura política y a decir siempre su verdad.

Esta actitud respetuosa, pero firme del marqués de Camps, defendiendo los ideales del regionalismo —no del separatismo— catalán, debió de influir en el ánimo de Primo de Rivera, ya que un día de aquel mismo mes de enero resolvió trasladarse a Barcelona para enfrentarse, precisamente, con los jerarcas del regionalismo y sus secuaces*. Pero no llegaba a Barcelona retador y soberbio, sino con el propósito de explicar sus intenciones y planes políticos en una conferencia. Para él lo primero consistía en mantener la unidad española. Camps y Cambó defendían el regionalismo sin intención separatista, desde luego. Pero la experiencia, una dolorosa experiencia, demostraba que el regionalismo derivaba fácil, cuando no fatalmente, al separatismo, y si él, Primo de Rivera, no podía admitir la más leve fisura en la unidad de la nación, ¿cómo no iba a oponerse a cualquier programa regionalista, por moderado que fuese?

Asistí a la conferencia del marqués de Estella en la Sala Mozart. No diré que el general dejase persuadido a un auditorio contrario a sus ideas, pero sí que su palabra no

* Alberto Insúa, junto a otros escritores en lengua castellana, suscribe el Manifiesto en defensa y elogio de la lengua catalana, dirigido al presidente del Directorio Militar, pues «las glorias de su idioma viven perennes en la admiración de todos nosotros y que serán eternas mientras exista en España el culto del amor desinteresado a la belleza» (Madrid, marzo de 1924). [*N. del e.*]

fue interrumpida, ni con un murmullo, y que su sinceridad, su innegable don de gentes y su congénita simpatía le valieron muchos aplausos.

Por entonces había abierto la mano el Directorio en la censura de prensa, para pulsar y medir mejor los latidos de la opinión pública, que más pronto de lo que se esperaba le iba siendo en grandes sectores propicia. Mas he aquí que otro marqués —al de Estella siempre le salía al paso otro marqués— aprovechó la circunstancia para escribir en una gaceta de asuntos económicos un artículo que Primo de Rivera consideró insidioso e injurioso y dio con el articulista en Fuerteventura, donde no sé si se encontraría con el eterno inconforme —hasta consigo mismo— y príncipe de la paradoja y el monólogo, don Miguel de Unamuno. Tratábase de don José Gómez Acebo y Cortina, marqués de Cortina, varias veces diputado a Cortes, senador por la Corona, ministro de Hacienda y de Fomento bajo la presidencia de Romanones. Su reputación de financiero hubo de confirmarse en la negociación con el Gobierno inglés conocida por el Convenio Cortina.

Yo le había oído hablar en el Congreso. Era un orador fácil e incisivo. En su artículo no se reducía a censurar la política económica del Directorio, sino que la consideraba catastrófica para el país. Y decía esto con tal acritud y tono despectivo que en una dictadura menos blanda que la de Primo de Rivera le hubiera valido algo más grave que la simple deportación a una de las Islas Afortunadas, donde los deportados no lo pasaban del todo mal, pues no eran grandes las dificultades —que se lo preguntaran a Unamuno— para fletar una lancha, subir a un barco y desembarcar en algún puerto de Portugal, Francia o Inglaterra. Lo que muy pocos dejaron de hacer, pues ningún cancerbero se encargó de impedirlo.

[18]

Episodios memorables en la corte de Alfonso XIII. La vida literaria*

[…]

Rememoro, sin precisar fechas, algunas manifestaciones artísticas literarias de la corte de don Alfonso XIII por aquel entonces. En una de ellas intervino el propio monarca, y fue en el homenaje rendido a Benavente por el Ayuntamiento de la Villa de Madrid. El rey impuso las insignias de la Gran Cruz de Alfonso XII al flamante premio Nobel, que regresaba de una gira triunfal —el adjetivo era justo— por países de Hispanoamérica. El acto fue presidido por S. M. y Primo de Rivera. El Ayuntamiento nombró hijo predilecto de Madrid al insigne dramaturgo. Dos grandes oradores: el rector de la Universidad, el químico Rodríguez Carracido, que aquilató los «méritos educativos» del teatro de Benavente, y el ministro de Cuba en España, don Mario García Kohly, de brillantísima elocuencia. No asistí al homenaje, pero fui a estrechar la mano de don Jacinto a su tertulia del café de El Gato Negro.

Benavente, calvo y con su barbita en punta, ya canosa, habíase alzado, a semejanza de Lope de Vega, con el cetro de la dramaturgia española y su nombradía ya era universal. Mas no se consideraba un rey absoluto y absorbente de la nación escénica, pues en su torno florecían el hispanísimo teatro de Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, el poético de Eduardo Marquina, el sentimental de Martínez Sierra, el hilarante de Muñoz Seca, el aburguesado y muy discutido del gallego Linares Rivas, el «social» de Federico Oliver, el «madrileñista» de Carlos Arniches —tan elogiado por Pérez de Ayala, detractor de Benavente—, y autores jóvenes como Felipe Sassone, Federico García Lorca, Francisco Serrano Anguita, Tomás Borrás, Juan Ignacio Luca de Tena y Luis Fernández Ardavín, entre otros, demostraban con distintos modos la fa-

* Capítulo lxv del tercer volumen de las *Memorias*.

cultad renovadora de nuestro teatro. Estrenaban comedias, sainetes y zarzuelas. No faltaban los buenos músicos, que recogían las herencias de Bretón, Chueca y Chapí. El género revista, de importación austrofrancesa españolizada, triunfaba en el bellísimo teatro de Apolo, de la calle de Alcalá, años ha desaparecido para dejar su puesto a uno de esos alcázares de la plutocracia.

Ilustres actrices del momento —y el nombre de algunas se ha hecho perdurable— representaban las obras de dichos autores. Eran la gran María Guerrero, la gentil Rosario Pino, la incomparable característica Leocadia Alba y su hermana Irene, Loreto Prado, Carmen Cobeña, Joaquina del Pino, Concha Catalá, Nieves Suárez, todas excelentes comediantas, y otras ya famosas en plena juventud, como Catalina Bárcena, Mercedes Pérez de Vargas, Aurora Redondo, Adela Carbonell, María Fernanda Ladrón de Guevara, Irene López Heredia y María Palou, que son las que acuden a mi memoria. Los actores más notables se llamaban Enrique Borrás, Fernando Díaz de Mendoza, Enrique Chicote, los dos Ricardos, Calvo y Simó Raso; José Santiago, Juan Bonafé, Alberto Romea, Francisco Morano, Manuel González, Valeriano León, José Isbert, Ramón Peña, Santiago Artigas, con su compañera Josefina Díaz; Pedro Zorrilla, Manuel Collado, Jesús Tordesillas y otros varios que involuntariamente olvido. A los cuales, «ellas» y «ellos», deberán unirse los del llamado género lírico, y el «chico», el más nacional de todos y con frecuencia «grande».

Gracias a un inteligente empresario, Eulogio Velasco, y a dos autores, Juan José Cadenas y Tomás Borrás, la opereta de origen o corte vienés y la revista de gran espectáculo y con hermosas tiples, como María Caballé, Eugenia Zuffoli, Consuelo Hidalgo, su homónima la Mayendía y Teresita Saavedra, estaban en auge. No faltaban las traducciones y las adaptaciones del francés, del inglés y el italiano. María Palou nos «descubría» a Pirandello, Josefina Díaz, a Barrie. El cinematógrafo, mudo, tardaría en hacerse parlante y policromo y atraer más público que el teatro.

Yo asistía rara vez a la «batalla» de los estrenos, en que se desfogaba la pasión o furia española, así con las manos como con los pies. Cuando la obra no gustaba al «respetable», con sus zapatitos Luis XV «pateaban» hasta las mujeres. Quizá, entre otras razones, por el temor, lo confieso, a los «estrenistas» había yo dejado de escribir para el teatro, aunque me instase a hacerlo mi hermano político y colaborador Alfonso Hernández Catá, en cuya compañía obtuve algunos éxitos. (Tuve una «reincidencia»,

en 1928, del brazo de Tomás Borrás, de la que hablaré más adelante.) Prefería el público invisible e inaudible de la novela. Yo solo, en mi casa, con mis personajes, siendo decorador y director. ¡Qué comodidad!

[…]

Recordaré otros hechos nobles y amables de aquel mismo período, comprendido entre los meses de marzo y abril. Un homenaje a la gran escritora Blanca de los Ríos, al que asistí, por figurar entre sus amigos y admiradores. Doña Blanca, que había de morir casi centenaria, venía a ser algo así como un Menéndez y Pelayo con faldas, aunque sin el universalismo del glorioso polígrafo de Santander. Poetisa y novelista, descolló sobre todo en la crítica literaria. Ahí están, perdurables, sus estudios sobre uno de los genios de nuestro teatro: Tirso de Molina.

El homenaje le fue rendido por la Academia de Jurisprudencia —¿por qué no en la otra, la de la Lengua, aunque el reglamento no le permitiese entrar?—, y en él varios oradores ilustres ensalzaron sus méritos y su labor «españolista». Le dediqué un artículo. Muerta Emilia Pardo Bazán, doña Blanca y Concha Espina eran los dos astros de la literatura hispánica por manos de mujeres, que más tarde formarían columnas.

Otro de estos actos dignos de recordación fue el estreno, en el escenario de la Princesa, por la compañía Guerrero-Mendoza, de una excelente comedia de Eduardo Marquina, el gran poeta, que compensaba al público de los abusos y excesos del teatro de «pan llevar», pesadumbre de Talía. En el salón de la Sociedad de Amigos del Arte se expuso un Cristo en la cruz, admirable, del gran escultor Miguel Blay. Con una nueva interpretación de *Concha la limpia*, una de las mejores obras de los hermanos Quintero, vimos reaparecer en el escenario de Lara a Rosario Pino, sin duda la más bella de nuestras actrices. Y en el Español, Benavente, en el apogeo de su fama y su talento, nos ofrecía esas *Lecciones de buen amor* que son una de las cumbres de su dramaturgia. Fue —dijeron algunos críticos— «una función de desagravio», pues es notorio que don Jacinto había sido censurado acerbamente por ciertos escritores que ya cité.

Entretanto, en lo mío, la novela, la producción era arrolladora, desde lo óptimo hasta lo mediano y lo que debía ponerse «más allá de la literatura». Era barato el pa-

pel y escasa la competencia de los autores exóticos. Valle-Inclán, en su mayor altura. Su paisano Fernández Flórez, pasando del artículo a la novela con indudable maestría. Don Armando Palacio Valdés y Blasco Ibáñez, incansables y triunfadores. Azorín, en su línea. Gabriel Miró, dechado de prosistas, y Ramón Pérez de Ayala, enalteciendo nuestras letras. A propósito de Azorín hablaré seguidamente del PEN Club, que él presidía, y de la amistad con que por entonces me honró.

[19]

Mi amistad con Azorín. Pasan por el PEN Club Gabriela Mistral y Paul Claudel. La reaparición de Belmonte*

Mi amistad con Azorín comenzó en la primavera de aquel año 24. Yo le admiraba desde mi época de estudiante y mis balbuceos de escritor. Le vi por primera vez frente al escaparate de la librería de San Martín, en la Puerta del Sol. Tendría él entonces unos veintiséis años y era ya famoso. Había publicado con sus apellidos de Martínez Ruiz el *Charivari*, las novelas *Antonio Azorín* y *La voluntad*, y con su seudónimo, *Los pueblos*. No parecía un levantino. Sus ojos claros, su faz rubicunda y rasurada y su monóculo le daban el aire de un inglés. Más tarde le fui presentado, no recuerdo si en un banquete o en la librería de don Fernando Fe, ya trasladada de la carrera de San Jerónimo a la Puerta del Sol. No creo que recordase mi nombre. Yo todavía, en literatura, no era nadie. De todos los escritores de esa generación indefinible llamada «del 98», él y Valle-Inclán fueron los que yo imitaba en mis iniciales escritos. Influencia efímera. Baroja jamás influyó en mí.

Atraíame, por lo precisa y transparente, la prosa azoriniana, y del Valle-Inclán de las *Sonatas* el tenue eco del romanticismo y el perfume galaico que aspirara en los versos de Pondal y Rosalía. A los demás escritores de ese grupo, como Macías Picavea, Unamuno, Manuel Bueno y Maeztu, leíalos con interés, pero sin postura de discípulo. Los artículos de Azorín, en el periódico de don Manuel Troyano, *El Español*, parecíanme ejemplares: había en ellos mucho que aprender. Compraba todos los libros del «Pequeño filósofo», el cual, a su vez, había aprendido a serlo en uno grande, pero no de su tierra ni su idioma: en Miguel de Montaigne. Se hablaba de su «paraguas rojo», un paraguas literario: en sus manos nunca lo hallé.

* Capítulo lxvi del tercer volumen de las *Memorias*.

Ya hecho yo un escritor «responsable», con mi manera y estilo de articulista y novelista, con más de quince volúmenes publicados, no pocos de ellos traducidos a varias lenguas, y —¿por qué no decirlo?— en la plenitud de mis éxitos, fue cuando contraje con el maestro Azorín una amistad que, si no llegó a ser íntima, se mantuvo siempre en los términos de mutua estimación. Por entonces, o quizá unos años antes —1922 o 1923— fundárase en Madrid, copiada del extranjero, la institución del PEN Club, que, según su sigla, agrupaba a los poetas, ensayistas y novelistas que desearan incorporarse a él. El PEN Club madrileño lo presidía Azorín. Era un club sin local propio. Reuníanse sus miembros, acaso una vez al mes, en algún restaurante, principalmente en el «histórico» de Lhardy. No solía haber discursos, coloquios sí, entre los comensales, y dilatada sobremesa.

En alguna ocasión se invitaba a escritores extranjeros de paso en Madrid. Y entonces no faltaba el poeta que leyera versos en su honor o el labio que lo elogiase en un brindis. Sin precisar fechas, diré que en esos ágapes del PEN Club conocí a Paul Claudel y a la poetisa chilena y futuro premio Nobel Gabriela Mistral. Por cierto que no olvidaré nunca que al preguntarle al gran poeta y dramaturgo francés «si había estado ya en Santiago de Compostela», me sorprendió que me respondiese: «*Cela tombe un peu loin*». ¡Lejos Santiago para un católico de su alcurnia!

Recordé la sentencia de Dante: «*Non s'intende pellegrino senon chi va verso la casa de San Jacopo*». ¿Cumpliría más tarde el poeta de *El anuncio hecho a María* la obligada y entonces nada incómoda peregrinación? Es de suponer que sí. Gabriela Mistral fue recibida y oída con unos versos fervorosos por Eduardo Marquina, a los que respondió con un himno o canto a España. Gabriela me pareció —¿cómo lo diré?— no muy femenina, una de esas mujeres graves y tristes, sumidas en sus nostalgias amorosas y sus sueños, que se olvidan del tocador y a las que no les importan los hombres en lo corpóreo. (A ella sólo le importó uno, y le importaban los niños, los de las otras.) Era la maestra, «la maestrita rural», y mejor que su traje sastre, gris, y su media melena, también gris y opaca, le hubiesen sentado las tocas y el hábito de Santa Teresa, de quien no copiaba la sonrisa.

Por aquellas reuniones del PEN Club pasaban otros novelistas, ensayistas y poetas no españoles, o hispanoamericanos que no considerábamos extranjeros, como Rubén Darío y el silencioso y abstraído Amado Nervo, el de un único y noble amor, roto por la muerte. ¡Cuánto le quise, le compadecí y le admiré!

Entre los nuestros evoco a varios que ya no existen, pero que han dejado una obra imperecedera: a Gabriel Miró, ojos claramente azules y mirada profunda, de voz tímida y ademanes lentos; a Ramiro de Maeztu, que ya había establecido el concepto de hispanidad y elevado la crítica literaria a sus más altas cumbres; a Eugenio d'Ors, orientador de la juventud por los caminos de la filosofía y de la estética, y a Ortega y Gasset, en el apogeo de su genio. Alguna vez veíamos al gran Unamuno y a otras figuras «del 98», como Luis Bello, Manuel Bueno y Francisco Grandmontagne. Fuera de esa generación, a Ricardo Baeza, crítico sutil e intransigente, traductor de Oscar Wilde y Dostoievski, y para quien nuestro primer dramaturgo era un Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; a Eduardo Gómez de Baquero, también crítico, ecléctico y templado en sus folletones de *El Sol*; a tres poetas muy distintos: Marquina, vigoroso y elocuente; Enrique de Mesa, delicado amante de Castilla, un nuevo marqués de Santillana, y Emilio Carrère, el de la «Musa del arroyo».

Subsisten, y que de larga vida gocen, cada cual triunfante en sus lides literarias, Ramón Pérez de Ayala y su homónimo Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, Fernández Flórez, Julio Camba y algunos más. Como Azorín había querido, y a mi parecer con razón, que las reuniones del PEN Club tuviesen un aire aristocrático —el de la «aristocracia de las letras»—, que se guardase en ellos la *tenue*, que dicen los franceses, celebrábanse los banquetes en Lhardy o en algún otro restaurante relativamente caro para la época. Pero no faltaban los *club-men* que hubiesen preferido, por más económicos, a los filetes de lenguado *à la Meunière* y las pechugas a la Villeroi, el cochinillo y el cordero del horno de Botín y la tortilla de patatas del café de San Isidro. Azorín no prestaba atención a las protestas, nunca estridentes, de los chambergos, las pipas y las chalinas. No simpatizaba con la bohemia. Así, pues, los ágapes mantuvieron su buen tono, y si se hubieran celebrado de noche habrían exigido el smoking o el frac.

Es una lástima que, en Madrid, del PEN Club sólo quede el recuerdo. La urbanidad y la cortesía eran sus normas. Y en la República literaria se olvidan, con lamentable frecuencia, esas normas. (Entre paréntesis diré que el PEN Club no ha desaparecido en otras capitales de Europa y América, que en alguna, como en Río de Janeiro, dispone de un lugar propio, gracias a un escritor-mecenas, y que se «internacionaliza» en congresos y coloquios, a los que concurren poetas, ensayistas y nove-

listas de todo el mundo occidental. Que alguien recoja de manos del maestro Azorín, en España, la buena tradición del PEN Club, falta hace.)

Hasta entonces, esto es, hasta que yo fui uno de los miembros asiduos del Club, mi amistad con Azorín había sido una de esa relaciones entre literatos que se ven de tarde en tarde, o de noche en noche y se saludan en un banquete, en un entierro, en un teatro, en la redacción de un periódico o en la antesala de un editor. Relaciones superficiales, sin diálogo: el «¿cómo está usted?», el «encantado de verle», y nada más. Pero como Azorín y yo quedásemos cierto día codo a codo en una mesa y habláramos —¿de qué íbamos a hablar sino de literatura?— yo le demostré que conocía toda su obra y él me pidió que le mandase mi última novela. Así lo hice, muy honrado, y una mañana, al recibir el *Abc*, me hallé con un afectuoso artículo suyo sobre mi libro. Quedó establecida de este modo una amistad que no había de interrumpirse. Vino a comer a mi casa, fui yo a la suya. A otras manifestaciones de esa amistad me referiré cuando correspondan al orden de estos recuerdos.

[…]

Yo era por entonces muy aficionado a los toros y figuraba en el partido belmontista. Belmonte, de quien era amigo, tras una de esas retiradas que son frecuentes en los toreros y no significan sino un paréntesis de reposo, volvía «a lo suyo»: a apasionar al público con su arte inimitable. Con él se abría una nueva época del toreo. Desgarbado, con su mandíbula de prognato y aquel modo de doblar en algunos pases todo el cuerpo, desafiando las embestidas de la res, venía a ser todo lo contrario del torero elegante, eurítmico y razonador, yo diría cerebral, como el Guerra. Claro que razonaba, que calculaba, que conocía «las razones del toro», que eran las de matarle, pero daba la impresión de ignorarlas. ¿Temeridad? Mejor, seguridad y confianza en sí mismo. Cierta vez le pregunté «si no sentía miedo ante los toros», y me dijo filosóficamente: «Mucho, pero ¿en qué consiste el valor sino en dominar al miedo?». No perdí aquel año ninguna corrida suya en Madrid, y en Toledo la del Corpus.

[20]

Cuando murió Anatole France. Su traductor, Ruiz Contreras. Benavente y el cinematógrafo. Blasco Ibáñez y Zola. Andrés González Blanco. Azorín, académico. Millán Astray y el teniente Topete. *La pared de tela de araña* y *Luces de bohemia* *

El 12 de octubre, a la hora de la cena, sonó el teléfono de mi casa. El director de *La Voz*, don Enrique Fajardo, más conocido por su seudónimo de Fabián Vidal, me llamaba para decirme que había muerto Anatole France y que deseaba un artículo mío para el número del día siguiente. La noticia no debió de llegar a tiempo a Madrid pues no la insertaban los periódicos vespertinos. Me dispuse, pues, a escribir el artículo, que no conservo. Anatole France era uno de los escritores franceses más leídos en España porque había tenido la fortuna de contar con un buen traductor, don Luis Ruiz Contreras, que era a su vez un literato notable.

Una minoría leía en su lengua al autor de *Le lys rouge*, pero el gran público atenía-se a las versiones de Ruiz Contreras, en lo que cabe excelentes. Conocía éste a fondo el francés y trasladaba a un buen castellano las páginas de France, no sin que en el traslado, como ocurre aun en las traducciones más plausibles, se perdieran matices de intención, gracias de estilo y pormenores de ambiente. Don Luis Ruiz Contreras no sólo traducía las obras de France, sino que también las editaba. Algo tradujo de Colette —las *Claudinas*—, de Maupassant y de Rachilde; pero su «especialidad» eran los libros del creador de Monsieur Bergeret. Yo había iniciado mi conocimiento de France con Ruiz Contreras. Después pude gustarle en su propio idioma. Al segundo me unía una gran amistad. Al primero le vi sólo dos veces en mi vida y ninguna tuve la

* Capítulo LXX del tercer volumen de las *Memorias*.

fortuna de hablarle. La primera en París, en uno de los muelles del Sena, donde el maestro, buen bibliófilo, hurgaba en el tenderete de un *bouquiniste*. La segunda en Madrid, donde estuvo de paso y de incógnito. Una tarde entró en la librería de don Fernando Fe y fue reconocido por aquel culto librero que se llamó don Francisco Beltrán, y por mí. Como Beltrán le viese con una de sus novelas en la mano se le acercó, sonriente y discreto, y le dijo: «*Monsieur France, vos romans sont les préférés de notre public*». Y France repuso con una tenue sonrisa: «*Je ne m'y attendais pas… Merci, merci!…*». Y salió de la librería después de comprar una guía del Museo del Prado.

Anatole France y Ruiz Contreras parecíanse en un detalle de su indumentaria: los dos usaban ese gorrito redondo, de seda oscura, que en Francia llaman *calotte* y nosotros llamamos solideo. Es propio de eclesiásticos, pero le va bien a los calvos aunque sean seglares. Éranlo entrambos escritores, más Contreras que France. Don Luis no se quitaba su gorro ni en el teatro. También se parecían en su pasión por los libros. Entre los cuales había nacido y crecido Anatole, en la *boutique* de su padre, librero de viejo famoso del Quai Malaquais.

Y en la casa de Ruiz Contreras, en Madrid, calle de Lista, los libros se alineaban en estantes hasta el techo en todas las habitaciones: libros antiguos, «raros y curiosos» y de la minerva contemporánea. Otro parecido: los dos eran célibes. Yo solía visitar a don Luis y alguna vez me convidó a almorzar. Su cocinera guisaba a maravilla. Un día le pregunté: «¿Conoce usted a Anatole France?». Y su respuesta me dejó asombrado: «No, ni quiero; sólo me importan sus obras». No insistí. Contreras se consideraba, sin vanagloria, un verdadero literato y quizá temió que France, del que ignoro si poseía nuestro idioma, le tomase por uno de esos traductores, y con frecuencia *traditori*, que vertían sus páginas a todas las lenguas. Procedió altivamente, orgullosamente Ruiz Contreras no queriendo conocer a France en persona, desde el punto y hora en que no podía existir una estimación recíproca. Creo que a France le hubiese gustado don Luis, que tenía mucho de novelesco y más de un punto de semejanza con alguno de sus héroes.

Mas volvamos a mi artículo para *La Voz*, que habría de extenderse a tres columnas del periódico. En él trazaba una rápida biografía del novelista y deteníame en el examen de su obra, que era también la de un crítico y un poeta: del crítico de *La Vie Littéraire*, en sus famosos folletones de *Le Temps*, y del poeta de *Les Poèmes dorés* y de *Les Noces*

corinthiennes. Lo fundamental en France era la prosa. Diáfana, flexible y elegante y sin retórica superflua la suya, como la de su maestro Renan. Se hablaba de su escepticismo, en el que no se advertía sequedad, sino cierta ternura recóndita y una comprensión piadosa de las pasiones y flaquezas de los hombres. Era un espíritu burlón, un humorista. No trataba las cosas santas santamente. En esto asemejábase a Eça de Queiroz y era natural que, desde el punto de vista ortodoxo, fuera recusable. Mezclaba la ironía con la simpatía, la sensibilidad con la espiritualidad. Nadie censuró más severamente que él el materialismo desbordado de Zola. Al cumplir los ochenta años y celebrarse su jubileo se le consideraba el escritor más universal de Francia. Fuera ésta o aquélla la actitud de los críticos ante su obra, ninguno podía negarle la primordial virtud estética, que no es otra y será siempre la del estilo. Algo de todo esto escribí en mi artículo necrológico, del que me dijo Ruiz Contreras que «no estaba mal». Él, sin duda, lo hubiera escrito mejor.

De aquel mismo otoño de 1924 son otros hechos relacionados con la literatura: la nuestra. En opinión de Unamuno, que se declaraba adversario del cinematógrafo, porque él no admitía a «esos fantasmas mudos» (ignoro si cambió de parecer cuando el cine se hizo parlante), Benavente, sin abandonar sus comedias, escribió un par de obras para el celuloide. Asistí a la representación de una de ellas, titulada *Para toda la vida*. Los letreros eran de él y, como suyos, ingeniosos.

Un día me enteré por los periódicos de la muerte prematura de un escritor de gran talento y merecida fama, al que me había unido una amistad, rota por tiquismiquis y desavenencias literarias que andando el tiempo hubiéramos olvidado los dos. A punto estuvimos por esas «pequeñeces» de cruzar las armas, Andrés González Blanco y yo, que éste era el nombre del ilustre y malogrado escritor. Un acta, honorable para ambos, puso término a la cuestión. Pero no volvimos a saludarnos. Con Andrés, su hermano Pedro y otros jóvenes escritores fundé en 1907 la primera revista «de vanguardia» que se publicó en Madrid: *Sagitario*, de la que sólo pudimos editar cuatro números: nos fallaron los suscriptores. Andrés era la pluma más fecunda de la revista. Pasmosa su erudición para sus años y penetrante su sentido crítico. Dejaba varias novelas, pero lo fundamental en él era la crítica literaria, que a mí—por el motivo apuntado— «me silenció». Al morir presidía la sección de literatura del Ateneo. Íntimamente lamenté su temprano fin.

Entretanto, sin salir de aquel mes de octubre, nuestro gran novelista Blasco Ibáñez, en la cumbre de sus éxitos, presidía la peregrinación a Medan que todos los años organizaban los Amigos de Zola. ¿No era él un discípulo de Zola? Pero un discípulo menos crudo y sombrío que el maestro. Vi una fotografía que le representaba hablando en Medan, supongo que en aquel francés suyo originalísimo y arbitrario que haría sonreír por dentro a su auditorio. Y sonó la hora en el reloj literario de la entrada del insigne Azorín en la Academia de la Lengua. Me invitó a escuchar su discurso. No recuerdo de qué trataba. De aquel solemne episodio sólo acuden a mi memoria dos semblantes: el del recipiendario —¡qué dura palabra!— y el del presidente de la Real Corporación, nuestro gran estadista don Antonio Maura.

No era Azorín un académico precoz, como Menéndez y Pelayo que recibía esa investidura a los veintidós años, pues los suyos llegaban a los cincuenta y habíanle dado tiempo para evolucionar desde su postura de crítico «demoledor» hasta otra, contemporizadora y ecléctica, que no alteraría el equilibrio de la Academia. Apreciaba y premiaba ésta, con algún retraso, los méritos del más fino prosista y original ingenio de la rebelde y desunida «generación del 98».

Pues bien; ya estaba «consagrado» el rebelde Azorín. Su rostro impasible, sin barbas ni bigotes —allí donde había tantos—, contrastaba con el ya venerable de don Antonio Maura, que le impuso la insignia de príncipe de nuestras letras. Le di un abrazo al querido Azorín. Como, en circunstancia semejante, se lo hubiera dado a Benavente, que nunca escribió su discurso y se quedó en académico electo.

Y paso de los fracs y los vistosos indumentos de la milicia literaria a los uniformes de la otra milicia, la castrense, que seguían bregando en el Rif y muchas veces se «adornaban» con sangre, cuando no quedaban cubiertos de tierra. Esto pudo ocurrirle a uno de mis grandes amigos, el coronel Millán Astray, el fundador de la Legión, que arengaba a sus hombres con laconismo espartano: «¡Caballeros legionarios, vais a morir!». Él, a la cabeza en los combates, no murió, pero quedóse manco radicalmente, y no sólo con la mano inválida, a lo cervantino, pues hubo que amputarle el brazo izquierdo, destrozado por una bala. Tiempo después se doblaría su invalidez con la pérdida de un ojo. Mi último y persistente recuerdo de Millán Astray, ya ascendido a general, es el de un hombre alto, pálido y enjuto, como Don Quijote, pe-

ro sin barba, con su manga vacía y el parche negro que le cubre la órbita sin luz. ¡Qué heroico militar y noble amigo!

Por él supe que el mismo proyectil que le había deshecho el brazo fue a rebotar en el pecho de uno de los jóvenes héroes de la campaña, el teniente Topete, hiriéndole en el corazón. «Mira tú que trágica e inverosímil carambola —decíame Millán—, esa bala que debió matarme a mí, va y se nos lleva a ese muchacho, que era un prodigio de audacia y de valor. ¡Cosas de la guerra!».

Y yo pensaba: «Cuántas cosas "así" en aquella guerra y en todas las guerras». Siendo alférez había defendido Topete la posición de Tifaurin, asediada por los moros, con un puñado de hombres. Sin agua, economizando las municiones, aquel grupo de bravos rechazaba, uno a uno, los furiosos ataques de los rifeños, obligándoles a ceder. Entonces le respetó la muerte. Su destino era morir, hermanado por la sangre, junto a su jefe, el glorioso Millán Astray.

Por entonces —y esto es seguir en Marruecos— aparecía una gran novela de Tomás Borrás, *La pared de tela de araña*, cuyo fondo era el paisaje de Tetuán. El joven escritor, a quien me unía y me une fraternal afecto, había sido corresponsal de guerra en la zona y conocía mejor que nadie las costumbres y el ambiente de esa parte del norte de África. Prosista luminoso, a través de un asunto dramático, mantenía en suspenso el ánimo de los lectores. Hice sobre ella un artículo en *La Voz*, donde seguía la actualidad literaria de la época, hablando de los libros «de mi gusto». El de Borrás me complació enteramente por la fuerza y la finura, bien armonizadas, de su estilo y por su don, suprema virtud estética, de embellecer la realidad con el ensueño.

Otro libro sobre el que hubiera querido escribir —pero no lo hice, dada mi enemistad irremediable con su autor— fue el recientemente publicado por Valle-Inclán, *Luces de bohemia*, de la serie de sus *Esperpentos*, cuán distintos de sus *Sonatas* sentimentales y de aquella suave *Flor de santidad* que me había leído, en cuartillas al lápiz, en el lecho de su pobre alcoba en una casa de corredor de la calle de la Gorguera. Siempre lamenté mi ruptura con él, del que nunca hablé mal. Él de mí, sí. Yo seguía leyéndole con abstracción de su persona física, como si ya «se hubiese muerto y entrado en el paraíso de los clásicos».

Tiempos áureos para la literatura española, que, en mi opinión, no han sido superados después.

[21]

De cómo me convertí en un aficionado a los toros. Vi torear a Lagartijo y Frascuelo en La Habana. En España, a Reverte, al Guerra, a Fuentes, a Mazzantini y a tantos otros. Surge mi amistad con un espada y el proyecto de una novela taurina*

Tendría yo apenas cuatro años —allá por el 1887, en La Habana— cuando mi padre me llevó a una corrida de toros. Tengo entendido que los matadores, celebérrimos ambos, eran Salvador Sánchez, *Frascuelo*, y Rafael Molina, *Lagartijo*, los príncipes de la tauromaquia en tal época. La Habana, capital de la Cuba española —quedábanle más de dos lustros de serlo—, tenía una plaza de toros que, si no recuerdo mal, era de madera y muy chica.

De la mano de mi padre subí a uno de los palcos. En el redondel el sol hacía de plata la arena, dejando un hemiciclo de sombra. Veía yo a los toreros como a unos soldaditos de juguete que por arte de magia se movían de aquí para allá, y en vez de los uniformes azules y rojos y los quepis charolados, llevaban unos trajes todavía más vistosos que los de mis soldaditos de plomo. Ésta era mi impresión: que aquellos hombres, a pie o a caballo, jugaban con un extraño y enorme animal, negro, como pintado con tinta china, y que tenía en el testuz dos agudos palitroques de marfil. Mi primera visión del toro.

Yo, hasta entonces, sólo había visto los bueyes mansos, tardos y amarillos que tiraban de las carretas en algunas calles polvorientas de la ciudad, o aquellos del carromato con toldo de pieles de otros bueyes en que había ido cierta vez desde un paradero del ferrocarril en la provincia de Matanzas al ingenio de mi tío Antonio que se llamaba Casualidad y pudo llamarse Fatalidad cuando fue demolido e incendiado por

* Capítulo lxxi del tercer volumen de las *Memorias*.

los mambises. Los bueyes hundían sus pezuñas en la tierra color de sangre de las trochas de la manigua, a trechos sombreadas por los frondosos mameyes, las altísimas caibas y las palmas, cuyo ramaje, de un verde metálico, en penachos, parecía incrustarse en el cielo de un azul raso y fúlgido. Mi abuelo Ángel, caballero y guajiro, mitad por mitad, aguijaba a los bueyes. Y yo pensaba en él, que apenas rozaba el lomo de las bestias, frente a aquellos hombrones que martirizaban al toro con sus picas. ¡Qué brutos! Y aplaudía cuando el toro los descabalgaba y caían pesadamente sobre la arena, no sin sentir lástima de los caballos, tapándome los ojos para no ver su sangre y el derrame de sus vísceras.

Prefería a los que «adornaban» al toro con unos rehiletes de colores, algunos con los mismos de la bandera española. ¡Qué ágiles y graciosos! Eso era jugar. Y también era juego el de los capotes desplegados ante la res, con giros de grandes mariposas. Pero cuando vi que un torero sustituía la capa por un trapo punzó y requería una espada, le pregunté a mi padre «si iba a matar al toro». Y él, sonriendo, me dijo: «Pues claro, para que el toro no le mate a él». Salí triste y nervioso de la plaza. Me gustaba el circo, donde nadie mataba a nadie, ni los leones y los tigres al domador.

No volví a ver corridas hasta diez años después, cuando los míos eran catorce y presumía ya de valiente. Pero no fue en La Habana, sino en La Coruña, durante las fiestas de agosto. Recuerdo muy bien que los matadores se llamaban Bonarillo y Reverte. Me gustó mucho Reverte por su elegancia, su valor y la habilidad con que rehuía los ataques del toro. Aprendí a cantar aquello de «No te tires, Reverte», y otra cancioncilla que decía: «La novia de Reverte tiene un pañuelo, con cuatro picadores, Reverte en medio». En la misma plaza de La Coruña vi torear al Guerra, a quien se consideraba el rey, o el califa de la tauromaquia. Y también vi al elegante Fuentes, al Bomba, el Algabeño, el Conejito, a un torero que me pareció un gigante y cuya espada fulminaba al toro, don Luis Mazzantini, y a otro, muy pequeño, casi un enano, el Minuto, que se ponía en puntillas para alcanzar con el estoque el morrillo de la res. Total, que me fui aficionando a los toros y que dejé de taparme los ojos para no ver la sangre y las tripas de los jamelgos despanzurrados.

Ya en Madrid, en octubre de 1899, mi afición fue completándose. Asistí a algunas novilladas, coleccioné los cromos, las famosas fototipias de las cajas de fósforos de a

diez céntimos, que se compraban y canjeaban en la Puerta del Sol, comercio en el que se distinguía mi hermano Waldo. Con éste fui a los tendidos de sol —no teníamos dinero ni para los de sol y sombra— a algunas corridas de mayo, y volvíamos a casa a pie, calle de Alcalá arriba comentando los incidentes de la fiesta.

Años después, ya hombre y con peculio propio, pude abonarme a una delantera «del 2» y conocer a los espadas que, con mayor o menor brillo, iban sucediéndose en los carteles. Pero yo no podía adivinar entonces que llegaría a tener intimidad con un torero y por tal causa a escribir una novela de tema taurino, una más en la copiosa lista de autores españoles, entre los que sobresalen los andaluces Arturo Reyes, Manuel Héctor Abreu, José López Pinillos y de otras provincias como Blasco Ibáñez, Pérez Lugín y Gómez de la Serna. Claro que en mi libro no imité a ninguno de éstos.

¿Y quién fue el espada que hubo de inspirármelo y de servirme, *mutatis mutandis*, de modelo para el protagonista? Pues no era un sevillano, ni un cordobés, ni un rondeño, sino de Aragón, también tierra de taurómacos, y paisano en suma de «don Francisco el de los toros». No hubo elección ni preferencia.

Todo provino del azar de una tarde en que vi a aquel hombre desafiar a la muerte con un valor temerario, en el que no advertí la destreza de otros toreros valerosos, verbigracia, Belmonte, que daba siempre la impresión de dominar al toro, sino que todo me pareció desprovisto de ese arte que consiste en burlar las acometidas del cornúpeta con el engaño de la muleta y los esguinces del cuerpo. Sabido es que esa maestría no hace al torero invulnerable, que el más sabio tiene «su talón de Aquiles», y ahí están, próximos a nosotros todavía, los ejemplos de Joselito y Manolete, que asombraban por su conocimiento o adivinación del temperamento de cada toro y le imponían con el capote y la muleta los lances y pases oportunos para dominarlo. Y si el arte y la ciencia de estos toreros fallan en ocasiones, porque no han llegado a adivinar el enigma del toro, o por un descuido o exceso de confianza, piénsese en lo que puede ocurrir, y con frecuencia ocurre, cuando el torero no es más que impulsivo y confunde el valor, que ha de ser consciente, con la temeridad, que es ciega.

Entendí que éste era el caso de aquel hombre a quien veía torear por primera vez, y en tal sentido, yo, que nunca había reflejado en un artículo mi impresión de un torero, escribí uno para mi periódico que hubo de molestarle, pues, sin altivez, pero con

dignidad, me dirigió una carta en la que rechazaba mis argumentos y me decía que, «además de ser valiente, estaba al tanto de las reglas del toreo». Y como mi intención no era, en modo alguno, producirle enojo, sino aconsejarle, precisamente, que atemperase su reconocido valor a esas reglas, escribí un segundo artículo diciendo que mi juicio distaba mucho de ser infalible y que deseaba me ofreciera pronto la ocasión de rectificarlo.

Entonces me visitó su representante para darme las gracias en su nombre y con la promesa de que Braulio —así se llamaba el torero, su apellido era Lausín y su mote o seudónimo Gitanillo de Ricla— pensaba brindarme un toro. Me lo brindó, en efecto, y en su faena estuvo afortunado. De este modo nos hicimos amigos y, como en mí la amistad ablanda, cuando no anula el sentido de la crítica, en adelante, si no con la pluma, con la voz, fui uno de los entusiastas del espada aragonés. No perdí corrida en que torease, en la Corte o las ferias de provincias.

Gitanillo de Ricla, que parecía destinado a ser «carne de toro», vive, retirado y feliz, porque amor y fortuna le acompañan, en la gran ciudad de Zaragoza. En 1949 le volví a ver en su «peña» del Salduba, café famoso que ya no existe. Allí me ofreció un banquete. Fueron numerosas y graves sus cogidas. Tal de ellas le puso a la muerte, pero ninguna le dejó inválido. Sigue entero y animoso. Su época coincidió con la vuelta de Belmonte a las plazas. Alternó con Juan en los carteles, con el rondeño Cayetano Ordóñez, *el Niño de la Palma*, fundador de una dinastía, con Marcial Lalanda, su paisano Nicanor Villalta, Chicuelo, Valencia II, el mexicano Rodolfo Gaona, Ignacio Sánchez Mejías, otro Gitanillo, el de Triana y los demás que «eran figuras» de la tauromaquia en aquel tiempo, posterior al de los Bombita y Machaquito. Época áurea de la fiesta nacional. Sin duda olvido nombres. Braulio toreó en toda España, estuvo en México, Colombia y Venezuela. Ignoro la fecha de su retirada.

Pues bien, este Braulio Lausín, del que he trazado una biografía muy incompleta, me sirvió, como antes dije, de modelo convencional para uno de los dos primeros personajes de mi novela *La mujer, el torero y el toro*, una de las que han merecido mayor favor del público y ha sido trasladada a los idiomas portugués, italiano, francés y alemán, y adaptada, sin acierto, al cinematógrafo. Pero debo insistir en que el espada Zaragoza de mi novela sólo se parece al valeroso Braulio en algo categórico, el carác-

ter, y que todo lo demás es imaginativo. Se trata de una de esas ficciones en las cuales el novelista acude a la realidad en busca de ciertos rasgos que «humanicen» a sus héroes y no les hagan parecer meros fantoches. No hay ninguno en ese libro, aun secundario, al que le falte su punto de partida en alguna persona de veras.

Gracias a mi amistad con Lausín pude conocer ciertos aspectos íntimos de la vida de los toreros, a los cuales sólo había contemplado hasta entonces en la plaza durante el vistoso paseíllo y las tres suertes de la corrida. Con Braulio vi a un torero descansar en la cama mientras su mozo de estoques le preparaba el traje y le ayudaba a vestirse en presencia de ese grupo de amigos que le acompañan hasta el momento en que sube al coche que le lleva al triunfo, al fracaso y en ocasiones a la muerte. Gracias, asimismo, a Lausín supe lo que era pasar, temeroso, a la enfermería para ver si la cornada que sufrió el diestro es de las que «no le permiten continuar la lidia» o de las que amenazan su existencia. De éstas tuvo varias Gitanillo; pero el hombre, de carne dura, no tardaba en curarse. Con él, en Madrid o en las ferias de provincias, concurrí a esas tertulias de hoteles y cafés donde, junto a los espadas, aparecen sus apoderados, sus admiradores más íntimos, algún ganadero y no falta el crítico, que puede ser imparcial, o de los que algunas veces admiten el soborno.

Ahora bien; de mi novela taurina, que no hubiese escrito sin la circunstancia de mi amistad con el arrojado torero aragonés, me queda no poco que decir. Pero ello será más adelante, pues habré de seguir en orden de fechas los pasos que di para «documentarme», yendo, como fui, a una ganadería andaluza, donde, gracias a la hospitalidad de sus dueños, de ilustre familia, pude asistir a la vida del toro en el campo, que era uno de los motivos de mi obra.

Sucedió esto en la primavera del año 25, y mi conocimiento de Lausín pertenece a la del 24, que es la data en que estoy en esta parte de mis recuerdos.

Entretanto, mientras pensaba en esa novela y preparaba su argumento, seguía en mi labor de articulista, mariposeando de tema en tema, como quien dice, de flor en flor entre los jardines de la actualidad, sin posarme en los de la política, y escribía alguna novela corta.

Una tarde, en el camarín de una comedianta, coincidí con un famoso torero, que también era escritor y se disponía a estrenar una comedia. El cual, andaluz, de Sevilla y hombre de mordaz ingenio, me dijo:

—Parece que va usted a escribir una novela de toros y que se la ha inspirado un torero baturro. ¿Es que no le gustamos a usted los andaluces?

Y le respondí a Ignacio Sánchez Mejías, a quien admiraba más en el ruedo que en sus veleidades literarias:

—Pues claro que me gustan, y que algunos me entusiasman. Pero el novelista hace lo que quiere, y si se me ocurre que el protagonista de mi obra no sea un torero, sino el toro, ¿qué diría usted?

Ignacio torció el gesto y no dijo más. Pero conste que en mi farsa novelesca «también puse a un torero andaluz».

Con esta anécdota, lector, pondré término a mis recuerdos del año 24. Y son muchos, y muy variados, como verás, si me sigues, los del 25.

[22]

Entre marzo y abril de 1925. Los veintidós mil dibujos de Manuel Tovar. La estatua *in vita* de Ramón y Cajal. Pasan por Madrid los restos de Ángel Ganivet. Muere un gran periodista: Leopoldo Romeo*

En marzo mi gran amigo Manuel Tovar, excelente dibujante humorista, llevaba hechos veintidós mil «monos». Él y Joaquín Xaudaró —también amigo mío desde los tiempos juveniles de París— eran los más populares entre los caricaturistas españoles. Y cuenta que había otros, como K-Hito, Bagaría, Echea, Sancha, Sileno, Fresno y el cubano Sirio, que disfrutaban del favor del público. Para celebrar el acontecimiento de sus veintidós mil dibujos, Tovar me invitó a tomar una copa —entiéndase que fueron varias copas del mejor jerez— en el hotelito que había comprado en Chamartín. Donde le vi aquella tarde envuelto en una chilaba, calzando babuchas y con sus gafas de aro de carey que le resbalaban por la nerviosa nariz.

Tovar, a quien conocí en 1906, tenía entonces cincuenta años. Había llegado a Madrid en 1899, con una barba endrina que no tardó en afeitarse. En mis Memorias hablo de él largo y tendido y afectuosamente. Era un hombre muy moreno, rechoncho, suelto de ademanes y de un carácter jovial. Tan chispeante en sus dibujos como en sus dichos. Fue en Madrid, por tal época, mi mejor camarada. Con él iba a los toros y al teatro, al café y, si nos petaba, a los merenderos de las Ventas y la Bombilla.

Famosas fueron sus caricaturas de los autores de la primera época de *El Cuento Semanal*. Y ya he contado que la que hizo de la condesa de Pardo Bazán, por parecerle excesiva, no le fue nunca perdonada por la gran escritora. A él le debo la mejor que me han hecho, aunque no dejaron de agradarme las de Bagaría, Sirio y Fernan-

* Capítulo LXXIV del tercer volumen de las *Memorias*.

do Fresno, y la de un joven y malogrado dibujante, Rogelio Moyano, que imitaba a Sem y se fue a París, donde, tras una bohemia más o menos dorada, pereció en un paseo por el Sena.

Si yo hubiera entendido la caricatura como doña Emilia, habría rechazado mi imagen vista por Tovar, en la que se afean todas mis facciones. Aparezco con una gran papada, unos ojos de asiático y un bigote híspido, como de cerdas. Pero no. Una buena caricatura debe ser «implacable». Tovar también me exageró la frente y me puso una altísima y «filosófica». ¡Gracias, Manolo! En la de Bagaría no soy yo. La de Fresno es más bien un retrato. Muy acertada la de Sirio.

Antes de llegar a Madrid el que habría de ser un maestro de la caricatura había pintado abanicos en Valencia y monigotes en los periódicos satíricos de Barcelona, a ocho reales la pieza. Enflaqueció. En la Corte tuvo más suerte. «Madrid —decíame— era Jauja para los dibujantes.» Por una historieta le pagaron doce pesetas en *Nuevo Mundo*. Fue subiendo y al fin entró de redactor gráfico en *La Correspondencia de España* y más tarde en *España Nueva*, el periódico estridente de Rodrigo Soriano, donde permaneció cerca de tres lustros. Pasó de *España Nueva* a *La Voz*, al fundarse este diario. Su lápiz, incansable, no era tan sólo el de un costumbrista. Ningún tema nacional le era ajeno: la política, los conflictos sociales, las campañas de Marruecos, los crímenes, los apuros de la pequeña burguesía y la plebe ante la subida de las subsistencias. Del personaje o el «hombre del día», así fuese un ministro, un torero, un general, un banquero, un actor, pasaba al golfo andrajoso, al poeta bohemio, al señorito chulo, a la verdulera procaz, al «cantaor» flamenco, a la bailarina o cupletista «de tablao», a las que ya eran famosas, al cochero de los simones, a los «chóferes» de los taxis, que ya pululaban por Madrid…

Tras un período que llamaré epigramático, en el que sus chistes herían como las sátiras de Marcial, había llegado con la madurez a una postura de ironista benévolo, de espíritu tolerante y piadoso que sonríe para no llorar. Y allí estaba, el día en que yo fui a felicitarle por sus veintidós mil dibujos, preparando otros dos, porque aquel dibujante estupendo necesitaba hacer tres «monos» diarios para sostener con decoro su casa y tener siempre junto al frasco de tinta china su botella del buen vino andaluz.

Celebráronse en un banquete sus bodas de plata con Madrid. No quiero entrar en comparaciones, pero salvo el genial Francisco Sancha ningún dibujante humorista le superó en sus interpretaciones jocosas y a veces dramáticas del costumbrismo de Madrid.

El nombre más glorioso de España en aquel momento —y su gloria no fue efímera ni voluble, sino que persiste y se acrece con los años— no era un político, ni un escritor, ni un artista, ni un militar, y cuenta que entre éstos los había de altos méritos y muy justa fama. Era el de un hombre de ciencia, de natural modestísimo, que apenas salía de su laboratorio para formar tertulia en algún café o pasear solitario por los parques de la Corte. Era uno de nuestros premios Nobel.

No intentaré, ni en esbozo, la biografía de don Santiago Ramón y Cajal, aunque no me falten elementos para ello, pues me concedió trato amistoso y entre él y yo se cruzaron diálogos y cartas. Sólo quiero referirme ahora a un curioso episodio de su vida, ocurrido al iniciarse la primavera del año 25, y que fue el de la estatua que le hicieron erigir en Zaragoza sus conterráneos aragoneses, pues si bien había nacido en una aldea de Navarra, Petilla de Aragón, allí donde el suelo pamplonés se hermana con el zaragozano, él había dicho siempre que su verdadera «patria chica» era Ayerbe, en Huesca, el lugar de su infancia y del paso a su adolescencia y juventud. Le confirmaba como aragonés su estatua en Zaragoza: una bella estatua sedente, en mármol, labrada por un escultor que no recuerdo.

Ello es que Cajal debió de decirse: «Que me espere sentada mi estatua», pues no asistió a su descubrimiento. Quedóse en Madrid, encorvado sobre su microscopio. No he conocido a nadie más ajeno a la vanidad. Aceptaba los homenajes que se le rendían «en nombre de la ciencia española». He asistido a la inauguración de algunas estatuas *in vita*, de varones o mujeres más o menos ilustres que a duras penas disimulaban su orgullo, creyéndose ya «inmortales», y cuyas efigies, en bronce o en piedra, han desaparecido en los vaivenes de las revoluciones y las luchas civiles. Las de Ramón y Cajal resisten a todos los vientos de las pasiones políticas. La de Zaragoza, en un acto solemne, fue descubierta por el rey de España. Y Ramón y Cajal, «el gran retraído», en su casa, en las soledades fecundas de su laboratorio, como si el asunto no fuera con él.

Otros hechos ocurridos en la primavera de aquel año me vienen a la memoria. Fue uno el traslado a su Granada nativa de los restos de Ángel Ganivet, el gran escritor y pensador del *Idearium*, de *Granada la Bella*, de *La conquista del reino de Maya*, de *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, de las *Cartas finlandesas* y los *Hombres del Nor-*

te, libros todos que había yo leído con amor y tristeza pensando en la mente prodigiosa que los produjo y que no quiso, o no pudo, seguir iluminando con otras páginas geniales a las conciencias españolas.

Son numerosos los artículos y ensayos sobre su vida y su obra. Creo haberlos leído todos: el de Rouane en la *Revue Hispanique*; el de Navarro Ledesma, que recoge sus cartas a Ganivet y describe en un extenso prólogo su amistad a distancia, pero continua, con éste; las semblanzas de Unamuno y Azorín; el «paralelo» entre Larra y Ganivet por José G. Acuña, y escritos varios de Seco de Lucena, de Román Salamero, Cejador y Cansinos Assens. Pero la biografía completa y el más hondo análisis del espíritu del gran pensador se deben a un granadino como él: a Fernández Almagro.

En aquella ocasión, es decir, cuando una multitud de escritores, profesores y estudiantes acompañaron por las calles y plazas de Madrid, en manifestación silenciosa y fervorosa, los restos de Ángel Ganivet, que reposarían en su Granada, yo también escribí un artículo en *La Voz*, que no hallo entre mis papeles. No importa. En él no podía decir entonces sino lo mismo que ahora pienso: que ningún hombre hispánico aventajó a Ganivet en su pasión patriótica, que esta pasión no se manifestaba en arrebatos retóricos, sino con una crítica aguda que removía el fondo de los problemas de la raza, fluctuando, como la de todos los pensadores sinceros, entre la desesperación y la esperanza, entre las ideas de lo que hay de irremediable y fatal en la condición humana y lo que en esta misma condición pueda haber de perfectible. De ahí su *Idearium*, o teoría de la mejora y el posible perfeccionamiento del hombre español.

Pero no fue teórica, sino funestamente práctica, la solución de su propio destino. No por penas y desengaños de amor, como Fígaro, recurre Ganivet a la muerte voluntaria. Larra es un sentimental, un romántico, una especie de Werther. Ganivet, un hiperestésico, una víctima de su sensibilidad exasperada. Pero sean las que fueren las razones y sinrazones que arrastraron a los dos al suicidio, lo cierto es que ambos se asemejan en su modo de sentir España, con dolor filial, entrañable, como habría de dolerle a Unamuno, y que en Fígaro la sátira y en Ganivet la ironía, la fantasía y la paradoja fueron las expresiones de su pasión por España. El estrecho por donde enfilan sus naves los escritores del 98, rumbo al mar de las corrientes universales, lo forman, cual las columnas legendarias de Hércules, Mariano José de Larra y Ángel Ganivet.

Fígaro vio a España «desde dentro», Madrid fue su punto de mira y Madrid le presentaba los diversos tipos y arquetipos de la humanidad española, a los que con frecuencia imponía los perfiles y los tonos de la caricatura. Ganivet ve a España desde fuera, pero con una nostalgia que lejos de adormecerle el espíritu se traduce en ese afán suyo de «hacer otra España»: la que él quiere, la que él proyecta en su *Idearium*. Es un pensador arrebatado, febril, pero que se contiene y se ciñe en su prosa, que es un modelo de precisión y concisión. Nadie ha dicho más que él con menos palabras.

Mucho, debe repetirse, espigaron en su campo ideológico los escritores del consabido 98. Y allí estaban los más notables en el transcurso por Madrid de sus restos mortales, que irían a consumirse en su tierra de Granada la Bella, el amor profundo y perenne de su vida. Yo no puedo olvidar la anécdota narrada por su gran amigo Navarro Ledesma en el prólogo del *Epistolario*: que en uno de sus retornos a Granada se echó de bruces en una heredad ¡y comió hierba! Con lo que satisfizo su hambre de las substancias de la patria.

Por aquellos días primaverales, bajo el mismo cielo de Madrid, escritores y periodistas acompañamos hasta su tumba los restos de otro español ilustre, que había sido uno de los capitanes de nuestra prensa, en cuya compañía serví. Era don Leopoldo Romeo, fundador de periódicos, director de varios, y de péñola tan fácil que él solo valía por una redacción. A sus órdenes trabajé en *La Correspondencia de España*, que al marcharse para fundar *Informaciones* dejó en punto de naufragio.

Fueron famosas sus campanas en *El Evangelio*, diario de rebeldías patrióticas. Firmaba sus artículos ora con su nombre, ora con su seudónimo de Juan de Aragón. Testarudo y sincero como buen aragonés. Batíase por «un quítame allá esas líneas», a espada o a pistola. Fue diputado a Cortes y gobernador civil de Madrid. Al morir, relativamente joven, representaba a dos grandes diarios extranjeros: *Le Temps* y *The Daily Telegraph*. Túvele, como a don Daniel López, Alfredo Vicenti, Baldomero Argente y don Torcuato Luca de Tena, por uno de mis maestros en la escuela del periodismo.

[23]

A París en busca de un negro. De cómo lo encontramos a medias. Conchita Piquer, Benito Perojo y Raymond de Sarká. Voy a Andalucía, a ver al toro en el campo*

A los pocos meses de publicarse *El negro que tenía el alma blanca* comencé a recibir proposiciones para adaptar esta novela al cinematógrafo. Más de un joven actor se pintó con una mezcla de hollín y cerveza para demostrarme que representaría perfectamente el papel de Peter Wald, el bailarín de mi libro. Eran todavía los tiempos del «cine» mudo, y la industria del llamado «séptimo arte» apenas iniciaba su desarrollo entre nosotros. Había, no obstante, algunos directores inteligentes, como Juan de Orduña y Benito Perojo. Fue este último el que produjo, entre 1925 y 1926, la primera película de las tres que se han hecho respetando más o menos el argumento de mi obra. También la segunda, ya hablada, y producida en 1934, tuvo a Perojo por director.

Había ya pensado éste en los intérpretes posibles de los personajes de la novela. Para el papel de Emma, la bailarina blanca, creía contar con una artista de la canción española, de gran talento y espléndida belleza, que había alcanzado celebridad antes de cumplir los veinte años. Era Conchita Piquer. Pero… «le faltaba el negro». No veía por ninguna parte, en Madrid, un actor de color, natural o ficticio, que le conviniera. El ideal sería un negro auténtico cuyos rasgos no fuesen demasiado africanos, pues yo, con ese poder mágico que se atribuyen los novelistas, había dotado al mío de facciones delicadas, alargándole la nariz y atenuándole el grosor de los labios. En suma, un negro hermoso, según el criterio grecolatino de la belleza. En cuanto a la esbeltez y elegancia corpóreas no tuve nada que modificar, pues abundan entre los negros los tipos apolíneos.

* Capítulo LXXVI del tercer volumen de las *Memorias*.

El caso fue que un día me propuso Perojo que fuésemos, no a Harlem ni a La Habana, sino a París, a buscar un negro. Y fuimos. Entre los músicos y cantores de *jazz*, en los *cabarets* de Montmartre, entre los bailarines de las *boîtes* y los *dancings*, no le parecía difícil encontrar a nuestro hombre. Era por el mes de julio, antes del día 14, la gran efemérides patriótica, a partir de la cual se inicia el veraneo de los parisienses. Recorrimos todos los lugares frecuentados por los negros de las colonias francesas o de Norteamérica. Y la verdad es que ninguno reunía las condiciones adecuadas para el papel del protagonista de mi obra.

—Habrá que recurrir—concluyó Perojo— a un blanco que se embadurne la cara y las manos de negro.

Mas he aquí que no fue un blanco el que tuvo que ennegrecerse. En un estudio cinematográfico descubrió Perojo, entre los «extras» o comparsas de una película en rodaje, a un joven egipcio muy esbelto y elegante, con la cabellera crespa, sin llegar a negroide, la piel como de oro tirando a cobre. Acaso tuviese alguna sangre abisinia. Perojo le vio bailar. Era un buen bailarín. La pareja soñada para Conchita Piquer, que «por nada del mundo hubiese bailado con un negro feo». Éste resultaría, no bien se pintase, un negro guapo. Perojo le hizo vestir el frac. Lo llevaba con impecable soltura, como uno de los *boys* del Casino de París. Después de varias pruebas quedó contratado. Su nombre de artista era Raymond de Sarká. Y en efecto, interpretó aceptablemente el papel de bailarín de mi farsa, en cuya adaptación al cinematógrafo descollaron la belleza y el garbo de Conchita Piquer.

Quedóse Perojo en París, donde habrían de «filmarse» algunos episodios de la película, y yo me fui, como de costumbre, con Gabriela a visitar a su familia de Vendôme y después a pasar el mes de agosto en Deauville. En septiembre nos hallábamos de nuevo en Madrid.

Yo tenía en proyecto mi novela taurina —la que hubo de titularse *La mujer, el torero y el toro*— y como deseara «ver al toro en el campo» y hubiese hablado de ello con mi gran amigo don Juan Manuel de Urquijo y Ussía, el banquero, éste me invitó a su cortijo de Juan Gómez, próximo a Sevilla, en cuyos prados se criaban las reses de la famosa ganadería de Murube, que él había adquirido y puesto a nombre de su esposa, doña Carmen de Federico y Riestra.

Pasé en Juan Gómez un par de semanas. Poco será cuanto diga de las atenciones y la hospitalidad que me dispensaron sus dueños, a los que nunca olvidaré. Don Juan Manuel figura en mi novela con otro nombre. Doña Carmen no aparece porque no me pareció discreto hacer coincidir a tan noble dama con el principal personaje femenino de mi obra, que era una actriz de *music-hall*, sucesivamente enamorada de los dos toreros que sostenían en mi relato una doble competencia: frente al toro y el corazón voluble de la bella actriz. Tampoco «salen en mi novela los hijos del ilustre matrimonio: Carmen, Teresa, Antonio, Francisco, Carlos, Rosario, Cecilia, Marichu y Antonia. Los personajes de mi libro proceden unos de la realidad y otros de mi fantasía, si bien en estos últimos pueda advertirse cierto parecido con personas verdaderas. A todos los desfiguro, o mejor transfiguro, adaptándolos a una acción imaginaria. A ninguno de ellos les pasó en la vida, en sus vidas, lo que les ocurre en mi novela. Yo les presté, les impuse otras. El don del novelista supongo que consiste en lograr que sus existencias inventadas interesen y conmuevan al lector como si fueran reales.

Lo mismo sucede en el teatro, a no ser que novela y teatro procedan de plumas frívolas o ignaras, incapaces de llegar al fondo de las pasiones y los caracteres humanos, que son siempre los mismos. Cambian las «modas», pero no los «modos». Si se arguye que no puede negarse en el poema, en el teatro y en la novela un puesto a la fantasía, cabe redargüir que la propia vida es fantástica, que el sueño y el ensueño son tan elementos suyos como los actos cotidianos, visibles y palpables.

[…]

[24]

Acerca de los estilos literarios. El panorama de la novela española en el quinto lustro de nuestro siglo*

[...]

Pongo fin a estas reflexiones, de una filosofía harto fácil, para evocar otros episodios de la vida literaria de Madrid, en la que me hallaba incurso y, si a mano viene, de la vida social española, pues, como el lector habrá advertido, no fue mi intención al decidirme a emprender estas Memorias hablar «sólo de mí», que Dios me ha librado de ese mal de la egolatría que otros escritores padecen. Mi sensibilidad es la de un modesto ciudadano que pone por encima de todo el amor a su patria. Y de ahí que en estos recuerdos conceda mayor importancia a los que se refieren a hechos colectivos de la época de España que me ha tocado vivir que a los míos propios. Dígolo, además, porque algún crítico me ha reprochado «mis incursiones o desviaciones históricas en detrimento de lo autobiográfico, que resultaría más interesante».

No lo creo. Deliberadamente me aparto, en lo que cabe, del «yo», de las confesiones demasiado íntimas. De mi existencia personal y familiar sólo evoco lo que el corazón me dicta. Doy preferencia a mi vida literaria, de comunicación con un grupo de lectores; esto es, una vida social. Puedo equivocarme, pero estimo que lo que más puede interesar en mí es el hombre público, el escritor.

Ahora bien, por muy individualista, retraído o misántropo que sea el escritor, por mucho que procure aislarse en su tonel —a lo Diógenes— o en su torre de marfil, no logrará evadirse de su tiempo. Quiéralo o no es una partícula, por mínima que sea, del gran mosaico de la literatura, que no es ciertamente una obra ajustada y ar-

* Capítulo LXXIX del tercer volumen de las *Memorias*.

moniosa, pues en el tal mosaico se mezclan y chocan las más diversas piedrecitas; esto es, todos los temperamentos, escuelas y estilos de los escritores, que no forman, ni mucho menos, una hermandad, pues la llamada República de las Letras ha estado constituida siempre por grupos, cenáculos o individuos que se aplauden, se ignoran o se desprecian entre sí.

En 1925, y antes y después, en la tertulia de *La Revista de Occidente* no se tomaba en consideración a nadie que no fuera orteguiano; Unamuno era adverso a Galdós, Baroja a Blasco Ibáñez y… viceversa; para el ensayista y crítico Ricardo Baeza el primer dramaturgo español se llamaba Jacinto, pero no Benavente, sino Grau; en pie estaban los juicios desfavorables de Ramón Pérez de Ayala sobre la dramaturgia benaventiana; por un lado iban los admiradores e imitadores de Azorín, por otro los del novelista Gabriel Miró. Valle-Inclán, en sus tertulias del Lion d'Or o del Regina, no dejaba títere con cabeza, tremendo Quijote del retablillo literario… Eran las hostilidades, las enemistades, las intolerancias e incomprensiones que en toda época han existido entre los liróforos y los plumíferos. Recuérdese la actitud despectiva de Lope hacia Cervantes.

Algo que difícilmente «se perdona» entre los literatos es el éxito. Yo, a partir de mi novela *El negro que tenía el alma blanca*, era uno de los autores más favorecidos por el público y más medido en los elogios por los críticos, cuando no era que alguno me negaba, me «decapitaba» con el alfanje de un artículo violento. Pero mi cabeza seguía sobre mis hombros y permitíame publicar un libro cada año y revisar las nuevas ediciones de los anteriores. En Portugal, en Francia, en Suecia, Alemania e Italia se traducían algunas de mis novelas. No obstante, los Aristarcos malévolos, y no diré que fuesen Zoilos, daban en compararme con algún seudonovelista, que con razón estaba, según la frase de Jules Lemaître, «fuera de la literatura», y se resistían a admitir que el realismo, muy español, de algunas de mis páginas no tuviese semejanza alguna con el naturalismo zolesco. Tampoco querrán reconocer el fondo cristiano de todas mis novelas.

Yo no me quejaba, no protestaba. ¿Para qué? Mi pluma no fue nunca polémica. Cuando algún correveidile venía a contarme la última diatriba de Valle-Inclán contra mí, sonreía pensando en la afectuosa amistad que nos había unido en otro tiempo y no entraba a investigar las ocultas razones por que se había tornado en mi enemigo acérrimo. Yo seguía leyéndole, admirando al escritor y compadeciendo al hombre.

Agradecía los plácemes, que no me faltaban, y los «palos», lejos de dolerme, me estimulaban a seguir mi camino y mi destino de escritor fecundo, pero no fácil, como seguidamente explicaré. Mi madre, gran refranera y mujer discretísima, me había dicho alguna vez que «nadie era onza de oro para gustarle a todo el mundo». Y si la onza de Galdós le parecía de cobre al ingenio doctísimo de don Miguel de Unamuno, ¿cómo iba yo a sorprenderme de que la mía la consideraran ciertos críticos del más bajo metal?

En cuanto a lo de que yo fuera un Fra Presto, como de mi literatura decía un novelista premioso, de un estilo «castigado» y oscuro, replicaré que mi facilidad era la que llaman «difícil», la contraria del currente cálamo, la que persigue la claridad y la concisión, según el consejo de Quintiliano. El ser claro y conciso exige siempre un esfuerzo. Una prosa llana y transparente no se consigue tan aína, que son muchos los obstáculos que se atraviesan en el camino del escritor que se propone alcanzar esas virtudes del estilo tan alabadas por Cervantes.

A propósito de mi «facilidad», suelo referir la respuesta, un tanto jocosa, que hube de darle a uno de mis lectores, que me dijo: «Usted, don Alberto, ¿escribirá como quien lava?». «Sí, amigo —le contesté—; pero como quien lava con mucho jabón.»

Nada de esto quiere decir que entre los escritores que admiro, españoles o de otros países, clásicos, modernos o contemporáneos, no figuren mis contrarios o mis antípodas. Soy lector, muy gustoso, del abstruso Gracián y del hermético Góngora, cuando lo es. Reconozco las bellezas del preciosismo, mas prefiero a las piedras preciosas las de simple cristal, y aun las de vidrio, que también brillan a la luz del sol. Leo a los arcaizantes y a los que se enamoran de los vocablos que yacían en los panteones de la lengua y desdeñan los que viven en el habla vulgar de su época, como si de ese vulgo, con sus «familiarismos», no brotase una de las corrientes renovadoras del idioma, que es un río, y como tal río, con sus claros remansos, sus amenas orillas y… su légamo en el fondo, que algunas plumas remueven. El más grande, el más ilustre de los novelistas españoles, después de Cervantes, ha sido Pérez Galdós. Y Galdós se producía en ese habla del pueblo, claro está que ennobleciéndola y dotándola con todas las gracias de su espíritu humanísimo.

En conclusión, allí donde se halle un escritor de verdad, y no de los miméticos fementidos, estaré yo para admirarle, pero no para imitarle, que la imitación, en cualquiera de las artes, es servidumbre. Otra cosa es ser discípulo, pero no para remedar a los maestros, sino para aprender sus lecciones y adaptarlas a nuestra índole.

Acerca de la cuestión, ardua cuestión, del estilo seguiré pensando que «es el hombre»: el hombre con su sensibilidad, con sus gustos, sus pasiones y su cultura. Y en cuanto a la cultura, no se le puede exigir a todos los escritores que sean helénicos y latinistas, como don Juan Valera, pues sin la posesión de esas lenguas mal llamadas muertas, ya que perviven en los filósofos y los poetas de la Hélade y el Lacio, y con sólo el dominio de la propia, se han escrito obras inmortales. No se si será cierto, pero he leído que a uno de los novelistas contemporáneos de genialidad reconocida, Maupassant, le bastaba con «su francés». Puesto a preferir un estilo, opto por el que llamo «desnudo», que no vale por su ropaje y sus galas, sino por su movimiento y su euritmia. Es el del Discóbolo. Con esto basta, y te pido, lector, que me perdones esta «filosofía del estilo», si no es la tuya, y que me sigas leyendo con benevolencia.

Nunca escribí tanto como en aquellos años, que ya no eran los de mi segunda juventud, pues había entrado, robusto y animoso, en la madurez. Escribía anualmente una novela grande, cuatro o cinco de las cortas y unos veinte artículos al mes para *La Voz* y otros periódicos y semanarios. Yo solía decir que era «un escritor con dos tinteros». En el uno, una tinta densa, la del novelista, que obligaba a mi pluma a ir despacio, y en el otro, la más leve del articulista, deliberadamente ligero, pues no quería que mis artículos pareciesen ensayos ni que les pesaran a mis lectores.

Eran tiempos prósperos para la novela española. Aún no sufría la competencia de la exótica, que más tarde habría de perjudicarla, y el mercado de Hispanoamérica consumía la mitad, por lo menos, de nuestras ediciones. Teníamos un novelista universal, Blasco Ibáñez, traducido a quince o veinte idiomas, y ganando millones con sus libros y sus películas en Norteamérica. Pero Galdós seguía «vendiéndose», y don Armando Palacio Valdés escribiendo y reeditándose, y estaban en boga otros novelistas con mayor o menor número de lectores, como Pérez Lugín, Ricardo León, Valle-Inclán, Eduardo Zamacois, Pedro Mata, José Francés, Francisco Camba, Wenceslao Fernández Flórez, Baroja, Pérez de Ayala, Rafael López de Haro, Gabriel Miró, To-

más Borrás, Augusto Martínez Olmedilla y Gómez de la Serna, a los que cito en orden fortuito y sin entrar en la apreciación de sus méritos, en unos muy elevados y en otros mínimos o inexistentes. Yo figuraba, y dígolo sin vanidad, entre los «de mayor venta».

Y con esto concluyo este capítulo, en el que temas tan distintos he tratado, y en el cual mi pluma aspiró a ser sincera y objetiva en lo posible, ya que el «yo» nos persigue siempre y es necesario contenerlo para que no resulte odioso, según el dicho de Pascal.

[25]

Por qué cambié de editor. Mi fórmula de articulista*

[…]

Yo estaba terminando *La mujer, el torero y el toro*, que habría de publicarse el año próximo. Como le pidiese a mis editores de Renacimiento que aumentasen mis derechos de autor, del 25 por 100 sobre el precio fuerte de mis libros, que se vendían a cinco pesetas el ejemplar, al 30 por 100, y no accediesen a mi demanda, hube de buscar nuevo editor y lo hallé en la persona de uno de mis grandes amigos, don Luis Montiel, jefe de la casa Rivadeneyra, con el que firmé un contrato ventajosísimo para mí, pues no sólo aceptaba el tanto por ciento que yo pretendía, sino que se comprometió a hacer una primera edición de veinte mil ejemplares de la novela, pagaderos en firme, y a reeditar todas las que fueran agotándose en Renacimiento.

No creas, lector, que hablo de todo esto por vanidad. No era yo el único novelista de quien se hacían «tiradas» numerosas, dentro de las posibilidades de nuestro mercado y su extensión al de Hispanoamérica. Dígolo para recordar aquellos tiempos en los cuales, uniéndose a la boga del autor la baratura del papel y de la imprenta, eran posibles esas ediciones. La primera de *La mujer, el torero y el toro* se agotó en un año.

Creí, la verdad, que iba a enriquecerme con mis novelas. De todas se repetían las ediciones. Y con la del *Negro*, y de la mano de Benito Perojo, entré en la zona del cinematógrafo, lo que me produjo inesperadas y muy pingües ganancias. Producida entre 1925 y 1926, año en que se estrenó, fue una de las más notables películas de las postrimerías del cine mudo. En ella brilló sobre todos los intérpretes, por su juventud y espléndida hermosura y su buen arte escénico, la que poco más tarde sería considerada como la reina de la canción española, Conchita Piquer. Fue una lástima que

* Capítulo LXXX del tercer volumen de las *Memorias*.

no cantase en la película, pero aún tardaría varios años en inventarse y perfeccionarse el cine sonoro, al que ya corresponden los otros dos *films* que se han producido de la más divulgada de mis novelas. La que yo llamo «de Conchita» se proyectó también en Francia, Italia, Portugal y todos los países de Iberoamérica, alcanzando su mayor éxito en Cuba y el Brasil.

Dados los ingresos que mis libros me proporcionaban hubiese podido prescindir de la tarea casi cotidiana de mis artículos. Pero no lo hice porque ese género literario me atraía —y atrae— tanto como el de la novela, porque en mí el novelista no perjudicaba al periodista, ni viceversa. Y también porque esos trabajos menores y que realizaba sin gran esfuerzo contribuían a mi popularidad.

Mis artículos gustaban, y no sólo a los lectores desconocidos «del montón», sino a personas de tanta sabiduría y cultura como don Santiago Ramón y Cajal, que me hablaba de ellos con elogio, y a un periodista tan mundano, en el mejor sentido de la palabra, como el marqués de Valdeiglesias. Procuraba yo ante todo que mis artículos no pareciesen ensayos, que resultasen amenos y reflejaran episodios de la actualidad, así de España como de otros países, pues yo pertenecía al grupo de escritores viajeros, trotamundos o cosmopolitas, y no era Madrid, con sus costumbres, sus modas y sus modos, el tema exclusivo de mis crónicas. No faltaban articulistas profundos, densos y eruditos que me tildasen de superficial y de ligero, y sin duda tenían razón. Pero yo pensaba que a la superficie del gran lago de la vida se asoma a menudo el légamo de las pasiones y que la ligereza, cuando es sinónimo de agilidad, no es en la literatura un defecto, sino un don que no todos los escritores poseen.

No pretendo, ¡Dios me libre!, que mi fórmula de articulista sea la única, ni la mejor. Emplee cada cual la suya según su temperamento, sus aficiones y su ciencia. Pero estimo que el articulista ligero, sencillo, claro y no abstruso, o dado a lucir su erudición —como si el artículo fuera un escaparate—, es el que logra mayor número de lectores, el que más llega al público.

Grandes articulistas ha tenido y tiene España, unos propensos a filosofar, otros que defienden un ideario político, otros que cultivan el costumbrismo, etcétera. Pero los que más influyen en la opinión pública serán siempre los más ágiles y más claros. Ágil y claro era Fígaro, preciso y transparente Ángel Ganivet, cuyos *Hombres del*

Norte y sus *Cartas finlandesas* son dechados de artículos. Y nunca resultaron pesadas la pluma casticísima de don Mariano de Cavia, ni la académica y helenista de don Juan Valera, ni la vigorosa de doña Emilia Pardo Bazán, ni la inflamada en el más puro amor patriótico de Ramiro de Maeztu, que fueron grandes articulistas. Entre los actuales son numerosos los que siguen las normas de la claridad y… la amenidad.

Por entonces, en una serie de artículos publicados en *La Voz*, tuve la osadía de contradecir al maestro Ortega y Gasset en sus juicios adversos de la novela, que consideraba un género agonizante y al que extendía su esquela de defunción. Han pasado más de treinta años y la novela se obstina en seguir viviendo en España, en toda Europa y surgen novelistas magistrales en las dos Américas.

Ortega no me hizo el honor de contestarme. Y yo estimo que su propia filosofía es novelesca, que novela vale tanto como «novedad» y él impuso un rumbo y ritmos nuevos al pensamiento filosófico de su época. ¡Y qué fluente y límpida su prosa, que deleita hasta a los que, como yo, no siempre estamos conformes con su visión y análisis de la sociedad y el individuo!

[26]

El carnaval agonizaba en Madrid. La gran mascarada del mundo. Mi literatura*

Nunca, por mi voluntad, me he disfrazado. De muy niño, en mi casa de La Habana, pusiéronme un traje de aldeanito gallego para acompañar a mis hermanas Margot y Mercedes, ataviadas de galleguitas, al baile infantil de aquel centro regional, el más poderoso de América, fundado por mi padre. Después, en Madrid, ya adolescente, me declaré enemigo de los disfraces. ¿Yo ponerme careta? Para qué, si pensaba, sin haber leído a Fígaro, que «todo el año es carnaval» y que, por su cambio de expresiones para ocultar los verdaderos sentimientos, no hay máscara que aventaje al rostro.

Voy, sin embargo, a recordar las carnestolendas de Madrid del año 26 por un pequeño episodio familiar, que consistió en la rotunda negativa de mi hijo Waldo a disfrazarse y figurar en una carroza con sus tres hermanas. Iba a cumplir sus quince años y se había vuelto «muy serio». Intervino, sí, en la decoración de la carroza, que representaba un bohío cubano con sus guajiras y guajiros, pero prefirió asistir a los desfiles de Recoletos y la Castellana al lado mío en una tribuna, disparando serpentinas y montones de confeti.

En París no lo disfrazaron porque los años que vivió en Francia fueron los de la guerra del 14 al 18 y no se conocían más caretas que las que preservaban a los *poilus* de los gases y las bombas lacrimógenas. En 1922, ya en España, hizo una imitación estupenda de Charlot; en 1923, él mismo se dibujó un disfraz de Arlequín, y en los carnavales anteriores a los del 26 travistióse de payaso y de diablo. Fueron sus últimas diabluras. En 1926 el carnaval agonizaba en Madrid.

Yo recordaba otros, muy animados, de las dos primeras décadas del siglo, con sus comparsas, sus máscaras de coche y de a pie, el concurso de carrozas, los bailes en el

* Capítulo lxxxv del tercer volumen de las *Memorias*.

Real y la Zarzuela y el tumulto y el holgorio en las calles de la Corte. Distinción, lujo y… plebeyismo. En 1926 Momo iba de capa caída y muy pronto la capa se le volvería un sudario. Yo recordaba los carnavales de París, entre 1911 y 1914, con sus bailes famosos del Quat'zarts, de Bullier, en el Barrio Latino, del Moulin Rouge y el Moulin de la Galette, en Montmartre. Y los de Niza, que rivalizaban con los de Venecia. Y más lejos, los de mi niñez en La Habana, en los cuales nada era tan típico y curioso como las comparsas de los negros que bailaban sus rumbas epilépticas y aquella «danza de la serpiente», un reptil de trapo, que el primer bailarín, pintarrajeado y emplumado a lo salvaje, hacía saltar entre el polvo de las calles de la vieja Habana, si bien por el Prado, el paseo de la gente rica, desfilaban los quitrines y las volantas con las más bellas habaneras entre proyectiles de flores.

En el año que rememoro el carnaval iba despidiéndose de Madrid, pero su adiós era lento y aún conservaba su prestigio en bailes como los organizados por la Asociación de la Prensa, el Casino, La Peña y el Círculo de Bellas Artes. El Ayuntamiento premiaba a las carrozas mejor presentadas y a las máscaras más vistosas.

Persistía la costumbre de los «asaltos», que consistían en la alegre invasión de las casas amigas por los bebés, los dominós, los arlequines y las locuras con sus caretas de alambre o de cartón y sus antifaces negros, blancos y de color de rosa. En las calles, salvo la excepción de los niños de las manos de sus padres, el colorete en las mejillas y disfrazados de gitanos, de charros, de baturros, de aldeanos de todas las regiones, de soldaditos y de príncipes, la mascarada era con frecuencia sucia y ridícula y, desde luego, soez y con ese desenfreno diabólico que Goya, en su cuadro del *Carnaval*, el del estandarte con una careta de monstruo y las contorsiones de la chusma fantasmal y embrujada, nos ha legado como una de sus sátiras más tremendas. Después de Goya ese tremendismo del carnaval de la plebe habría de tener en Solana un pintor genial. Pues bien, de esas máscaras goyescas y solanescas veíanse todavía algunos «ejemplares» en el Madrid del año 26, y no faltaban las andrajosas y las impúdicas, que difícilmente podían perseguir los guardias en medio de las apreturas de la multitud.

En realidad las carnestolendas de Madrid, prohibidas como espectáculo callejero por Felipe V, autorizadas por Carlos III y relegadas a las casas por Fernando VII —que algunas cosas buenas supo hacer— no brillaron nunca por su riqueza y elegancia, como las de Colonia, Niza y Venecia, sino en algunos salones de aristócratas

y en los bailes de los casinos. Durante la regencia de doña María Cristina y el reinado de Alfonso XIII, volvieron a la calle, pero sin eximirse del todo de su plebeyez. Y por esa plebeyez, propensa al libertinaje y lo obsceno, estaban condenadas a morir. En la actualidad —1957— y desde hace años, sólo se permiten en Madrid, en un Madrid convertido en una de las grandes metrópolis europeas, los bailes de máscaras, pero sin careta, que basta y sobra con la de los gestos, pues insisto en mi opinión de que ninguna aventaja al rostro humano en el fingir «lo que no se siente», en sus sonrisas «de cumplido», en esa facultad de la mentira que sólo poseemos los hombres, pues los irracionales carecen de ella.

De otra parte, en el carnaval «de todo el año», ¿no se disfrazan en su mayoría las mujeres en el tocador? Los recursos de la cosmética superponen un color falso al natural de su tez, les agrandan y abrillantan los ojos, ponen en sus labios ese tono «de púrpura maldita», como dijo el poeta, que deja sus huellas en las copas y en la punta del cigarrillo, que casi todas fuman. El «maquillaje» —¿por qué no decir el «afeite», en castellano?— es la máscara de la mujer en la calle, en el salón, en el teatro. Sólo «es como es» en la intimidad de su alcoba. Una es Carmen, Dolores o Rosario al levantarse y pasar a su *boudoir*, donde la aguarda su cómplice el espejo, y otra al salir del que llamaríamos su «instituto privado de belleza» con la máscara que el *kohol*, el colorete y el lápiz labial pusieron en su semblante. Algunas, es cierto, salen más bonitas, otras… más feas. Intervienen en su enmascaramiento las pestañas artificiales y las tinturas del cabello. En fin, que la mujer siempre se ha pintado y que han sido inútiles las diatribas de La Bruyère contra el *fard*. ¡Que les fuesen con ese cuento de la «naturalidad» a las «preciosas ridículas» y a la marquesa de Pompadour! Y el moralista se equivoca al suponer que a los hombres no les gustan las mujeres pintadas. No sólo, en general, les atraen, sino que ellos mismos, si no se pintan, se las arreglan para agradarlas suprimiendo la barba si les envejece, afinando o raspándose el bigote, disimulando la calvicie con el bisoñé o poniendo de moda el cráneo desnudo, mondo y brillante como bola de billar. En resumen, que el mundo es una gran mascarada y maldita la falta que hace el carnaval.

Corto la digresión para volver a mi hijo, que a los quince años no quiso volver a disfrazarse. Ya se perfilaba su temperamento, que habría de ser, en la breve vida que alcanzó, el de un hombre poco expansivo y harto silencioso, en lo que no salió a mí, que peco de espontáneo y de locuaz. Nunca pude despejar su «incógnita». Acaso, por

una mirada de sus grandes ojos bellos y tristes, por un pliegue de su frente noble, por una sonrisa o contracción de sus labios finos, podía presumir sus sensaciones y sentimientos. Era yo la persona con quien más hablaba y, no obstante, jamás pude llegar al fondo de su espíritu. Fui, sin duda, su mejor amigo. No quise, ni supe, ser un padre autoritario. Mas es pronto para seguir hablando de él. Sólo he querido apuntar ese rasgo de no querer enmascararse siendo todavía un niño, porque esa actitud revelaba en su carácter un alejamiento de lo frívolo que no suele producirse en la infancia.

Por entonces mis asuntos iban viento en popa. De todas mis novelas repetíanse las ediciones y las traducciones. Un día don Federico Oliver, editor de comedias y dramas que obtenían grandes éxitos, me propuso adaptar al teatro *El negro que tenía el alma blanca*, proyecto que acepté encantado, pues estaba seguro de que su pluma expertísima lograría en el traslado de mi libro a la escena un resultado halagüeño, como así sucedió, dos años más tarde.

Entretanto, Benito Perojo terminaba de «rodar» en París, en la Costa Azul y en Madrid, la película de esa novela, que fue uno de sus mayores triunfos de cineasta. Y de una de mis novelas cortas, *Los vencedores de la muerte*, el actor y director Juan de Orduña producía otro *film*. A propósito de novelas cortas, no menos de tres escribía cada año para las editoriales que explotaban este género, entre las que descollaban las de don Artemio Precioso —«La Novela de Hoy»— y de don Luis Montiel—«La Novela Mundial»—. Ambos pagaban con esplendidez a sus colaboradores. Fue, en verdad, un tiempo próspero para la literatura española por ese auge de las novelas breves que incitaba al público a pasar del quiosco a la librería para adquirir las grandes. Si el lector desea informarse de lo que significó aquel movimiento literario hallará todos sus antecedentes y consecuencias en dos obras del ilustre crítico don Federico Carlos Sainz de Robles: *La novela corta española* y *La novela española en el siglo* XX, ambas «panorámicas» y escritas con un criterio imparcial.

[…]

[27]

El Arma de Artillería plantea un conflicto a Primo de Rivera. Muere en Galicia el autor de *La casa de la Troya*. El maestro Azorín quiere ser dramaturgo*

¿Qué había ocurrido en España durante mi ausencia? Dos informadores fidedignos satisficieron mi curiosidad: mi padre por el lado de la política, y algunos compañeros en el oficio por el de la literatura. A mi padre le parecía un mal síntoma, una amenaza para el Gobierno de Primo de Rivera el conflicto planteado por el Arma de Artillería, oficialmente resuelto, pero que demostraba la inconformidad con la dictadura de una parte del Ejército. Con motivo de la insubordinación de los jefes y oficiales de aquel Arma se había proclamado en Madrid, en septiembre, la Ley marcial. La Unión Patriótica no alcanzaba la consistencia del «fascio» italiano. No tenía don Miguel ni el puño ni la talla de Mussolini.

Tres años corridos de Directorio y, lejos de afirmarse, se tambaleaba, pues al descontento de los militares venía a unirse la oposición, cada día más enconada, de los viejos partidos desposeídos del poder, que reclamaban la apertura del Parlamento, y de las clases pudientes, a las que asustaba la política obrera del general. (No obstante, como es sabido, la dictadura duró siete años, en cuyo transcurso se emprendieron y realizaron importantes obras públicas, se pacificó Marruecos, se contuvo el separatismo catalán y se mantuvo el orden en España.)

Uno de mis más fieles compañeros en la vida literaria, el admirable cuentista y novelista Tomás Borrás, que solía verme en mi casa, por conocer mi poca afición a las tertulias, vino a decirme que había muerto hacía unas semanas en Galicia un buen

* Capítulo LXXXVIII del tercer volumen de las *Memorias*.

amigo, y colega de los dos, que no era precisamente gallego y había escrito una novela de ambiente compostelano que reflejaba, con risueño humorismo, la vida de los estudiantes de Santiago, novela de la que se repetían las ediciones y había sido trasladada al cinematógrafo y al teatro.

—Ha muerto en La Coruña, en El Burgo, Alejandro Pérez Lugín, a quien yo vi escribir *La casa de la Troya*, pues ya sabes que plumas y lenguas malévolas le negaron la paternidad de esa obra.

—Lo sé. Le conocí antes que tú, en 1902, cuando entré de meritorio en la redacción de *El Correo*. Pérez Lugín me guió en mis primeros pasos por la senda del periodismo. Era un hombre inteligentísimo y fundamentalmente bueno. No me sorprendió su triunfo como novelista. ¿Cuántos años tenía al morir?

—Cincuenta y seis.

El «caso» de Pérez Lugín fue único en la República de las letras españolas. Antes de publicar su famosísima novela, no se le consideraba sino un buen periodista, que había popularizado su seudónimo de Don Pío como revistero de toros en la época de la competencia de Gallito y Belmonte. Él se manifestó apasionadamente «gallista». Organizaba unos viajes en aquellos trenes llamados entonces «botijos» para llevar un público bullicioso a las ferias donde toreaba su ídolo. Había nacido en Madrid y cursado la carrera de Derecho en Santiago. Y los recuerdos de su vida de estudiante en la ciudad del Apóstol le bastaron, con el apoyo de su fantasía, para escribir *La casa de la Troya*, que si, por su composición y por su estilo, no merece el título de una gran novela, poseía en cambio la seducción de un relato en el que lo jovial predominaba sobre lo serio, el realismo rehuía lo triste y lo cruel, y todo, en fin, resultaba pintoresco y amable.

Ello es que el éxito de *La casa de la Troya* fue enorme, que tuvo uno de los galardones de la Academia y que para Pérez Lugín, convertido de la noche a la mañana en el novelista «de mayor venta», no todas fueron mieles, pues no le faltaron las hieles de los envidiosos, los que decían y propalaban que era «otro» el autor de su obra. Algo semejante a lo que le ocurría al de *La gloria de don Ramiro*. Envidia se llama esta figura. Lugín no perdió los estribos y su respuesta fue seguir cabalgando, es decir, escribiendo otros libros, entre los cuales su ficción andaluza, con un héroe torero, Currito de la Cruz, confirmó sus condiciones de novelista.

Tomás Borrás me informó de otra novedad literaria, que no dejó de sorprenderme: el estreno de una comedia de Azorín durante el verano, cuando algunas compañías «probaban» las obras en provincias antes de someterlas al público y al dictamen de los Aristarcos y los Zoilos de Madrid. No le bastaban al gran estilista sus triunfos sobre el papel de los libros y los periódicos. Atraíale también el teatro. No había visto Borrás la comedia y él y yo esperábamos su representación en la Corte, con el ánimo de aplaudirla. Seguía el admirado maestro la línea de Clarín, de la Pardo Bazán y de Unamuno.

No hay hombre de letras español a quien no seduzcan los guiños de Melpómene y Talía. Raro es el que no aspira a probar su suerte en la escena. Pero, por lo general, después de su aventura en las tablas, vuelven a sus ensayos, a sus artículos y novelas. Del propio Galdós, el de *Realidad*, de *La loca de la casa*, de *El abuelo* y de *Electra*, seguía diciéndose —y no era yo de esta opinión— que el novelista perjudicaba al dramaturgo. Recordábase el fracaso de Clarín, con su drama *Teresa*. Doña Emilia Pardo Bazán, con *La suerte* y *Cuesta abajo*, no había tenido mayor fortuna, ni *La venda*, ni la *Fedra*, de Unamuno, habían interesado al gran público, y sólo su novelita —o «nivola»— *Nada menos que todo un hombre*, escenificada por el joven escritor Julio Hoyos, suscitó el interés de los espectadores.

A pesar de estos antecedentes, nada propicios, el admirable Azorín no dudó en correr la aventura del teatro, que si no fue venturosa, tampoco fue tempestuosa, pues el público, unos meses más tarde, escuchó con respeto su primera comedia, a la que puso el título en inglés: *Old Spain*. Después escribió otra: *Brandy, mucho brandy*, y una más con don Pedro Muñoz Seca, sin importarle la censura de los críticos intransigentes, que negaban a este fecundo autor el pan y la sal en la mesa literaria, como si no fuese también literatura el género humorístico de Muñoz Seca. En conclusión, los admiradores de Azorín nos quedamos con los personajes de sus libros novelescos y la substancia delectable de su prosa.

Nada de esto quiere decir que un novelista no pueda ser también dramaturgo. Lo fue, entre nosotros, genialmente, Galdós. El público español no posee la virtud de la paciencia ni el gusto del análisis, como, por ejemplo, el de Francia, que sigue con atención y deleite a autores contemporáneos por el estilo de Giraudoux y Montherlant, que se detienen en la introspección de sus personajes, de los que más importa «lo que dicen» que «lo que hacen».

En España los autores han de ir deprisa y aun los más ilustres se ven obligados a resumir los diálogos, a cortar parlamentos. Es esa poda del árbol de la comedia, a que les obligan los empresarios, o que los propios actores realizan a su antojo, para que «no pese» la obra. Los hermanos Quintero se resistían a tal «operación», lo que no dejó de acarrearles algún disgusto. En los ensayos van cayendo frases, como ramas y hojas superfluas, bajo la podadera inexorable, y a veces torpe, del director de escena o del primer actor. Precisamente por esa condición de la impaciencia de nuestro público, yo no hice sino asomarme al teatro, prefiriendo la libertad y autonomía del novelista, que escribe lo que quiere y «va a donde le da la gana». Hay autores, y algunos insignes, que aciertan a satisfacer la sensibilidad y mentalidad de nuestro público, o que se imponen a éste a lo largo de algunas derrotas, como le ocurrió al glorioso Benavente. A tales reflexiones me trajo la tentativa teatral de Azorín.

[…]

[28]

Los centros españoles de Cuba. En el Unión Club. La noche mágica de su piscina. La playa de Marianao y evocación de los baños antiguos. Hablo en el Casino Español y el Centro Gallego*

«Los centros españoles —escribía yo en mi segunda carta, con fecha 5 de febrero— son unas hermandades regionales y los instrumentos pacíficos de la conquista individual de América. Sus instalaciones suelen ser grandiosas. Los gallegos se enorgullecen, con razón, de poseer uno de los más suntuosos palacios de La Habana moderna y de haber erigido en su seno el teatro Nacional, en la misma área del antiguo Tacón. En todas las asociaciones peninsulares se dan fiestas filarmónicas, literarias, oratorias y banquetes patrióticos. En todas puede jugarse a la baraja, al dominó, al ajedrez, al billar y recrearse con la lectura de los libros y los periódicos de España. Pero lo que predomina en ellos es el sentido de comunidades organizadas para defenderse. Sus aspectos pedagógicos y sanitarios superan, en mucho, a los recreativos. Su ambiente es democrático. Y su españolidad tan sensible, tan exacerbada por la nostalgia, que cualquiera que llegue de la Península y se atreva a censurar algunas de sus costumbres o a hacer crítica acerca de sus gobernantes se concitará el boicot de estos círculos, cuya fuerza se hace sentir en toda la superficie de la Isla. Cada una de dichas sociedades es una especie de somatén. No tiene España admiradores más absolutos, defensores más pugnaces —con armas retóricas— que estos hijos suyos que cruzaron el mar casi sin conocerla. Al patriotismo le sucede lo que al amar y es un fenómeno biológico: de cerca se entibia, se ablanda y desfallece; de lejos se fortifica e inflama con todas las centellas de la ilusión. Por donde resulta lógico que en sus salones cuel-

* Capítulo XCIV del tercer volumen de las *Memorias*.

guen los retratos de doña María Cristina de Habsburgo, de Alfonso XIII, de Cánovas, de Canalejas, de Maura y que para alguno de estos centros se esté pintando el del jefe del Directorio. ¡Qué son sino agrupaciones nacionalistas!

En cambio, en los clubes cubanos todo es mundanidad, amenidad, comodidad y deporte. Poca política. El patriotismo de los socios se sobreentiende. No se habla de la patria: se la disfruta. Almorzar en la terraza del Unión Club, frente al Morro, que desde ese punto da una impresión de cercanía, tan neto bajo el cielo, tan precisas sus líneas, tan nítidos sus colores, que se le "echa a uno encima", como cuando contemplamos cualquier panorama con potentes prismáticos. Almorzar, digo, en esa *loggia* del Unión es para mí un placer que me ha deparado ya varias veces el presidente del Senado, Vázquez Bello; el ministro de Obras Públicas, Carlos Miguel de Céspedes, y mi gran camarada, el tabaquero *gentleman* Ramón Irijoa. Cerca de nosotros se hallaban el alcalde, tal banquero o hacendado poderoso. Cada cual en su mesita portátil. Te traen si lo pides, y debes pedirlo, el cangrejo moro, rey de los crustáceos de Cuba, que se consume con mucho limón, o el *cock-tail* de ostras, la media toronja espolvoreada de azúcar y regada con *kirsh*. Y después del plato de pescado o de carne, que será excelente, concluyes con unos cascos de guayaba, un café insuperable, y un tabaco de La Vuelta.

Muchas cosas en La Habana me atraen como por instinto, como si me hubieran faltado durante mucho tiempo y me arrojara ahora sobre ellas con un ansia de desquite. Así, en la mesa, las frutas y los dulces. Así, en la calle, su colorido humano diverso. Veo, por detrás, una mujer admirablemente vestida y de rítmico andar, adelanto varios pasos para admirar su rostro, y es el de una "parda" o "canela", como aquí llaman a las mulatas. En estos clubes habaneros hay algo que satisface la más inocente de mis pasiones: la del agua, el agua convertida en un deporte y en un elemento voluptuoso. En el Unión, la ducha después del asalto de esgrima o al llegar sudoroso del trabajo. En el Country hay una piscina maravillosa, que he visto solitaria, como un grande espejo que reflejara la noche, una noche artificial. Visitaba yo el club con Irijoa, y al acercarme a la piscina el criado acompañante hizo girar un mecanismo, y el agua, negra y quieta, se estremeció herida, hendida por una luz multicolora de *kermesse*. Me figuré el cuadro de la piscina en una noche de junio. Ni los pinceles mágicos de Anglada lo podrían pintar.

Y en el Yacht-Club, la playa, esa playa de Marianao, que deprime la línea del litoral recta hasta allí, desde el río Almendares, formando una curva, honda y armoniosa, con perfiles de corazón. Hállase dispuesta según los mejores modelos de la Florida y California. La gris Ostende se moriría de envidia frente a tanto espacio claro y tanta agua azul, con azules de turquesas y zafiros. Y, sobre todo, frente a la longitud paradisíaca de una *season* de ocho a diez meses. Ya en febrero hay bañistas. Admirando esta playa magnífica de Marianao recordaba aquellos baños de mar primitivos de los Campos Elíseos y San Rafael, donde tú me enseñaste la natación. Estaban cavados en la roca y aislados unos de otros con tabiques de pino. Eran unas pozas cuadradas u oblongas. El mar irrumpía en ellas por una abertura natural o artificial de los peñascos. Si la separación de éstos era excesiva, sólidos barrotes de hierro la atravesaban, como rejas de calabozo. Y yo me decía, mirándolas: "Esto es para que los tiburones no vengan de noche, a hacerse los dormidos, y después…". El tiburón, desde que vi uno enorme en una goleta del muelle de Caballería, cazado por un tripulante, era una de las obsesiones de mi infancia. En el colegio de Belén, en el gabinete de Historia Natural, tenían los padres uno pequeño, con la dura piel carcomida, que me sirvió para enterarme de las características del voraz escualo, peste de los mares del Trópico. Yo lo buscaba siempre, antes de entrar en el baño, en aquel mar cuajado de algas viscosas, que me parecían reptiles y que arrastraban las olas en su torbellino al precipitarse sobre los peñascos y cubrir las pozas de espuma. El tiburón "no estaba allí", pero yo miraba por si acaso… Junto al mar exterior, verde o azul, según las horas y los días, pero tan rápido y enorme, aquellas fosas se me antojaban pavorosos sepulcros inundados por un agua glacial. Entrabas tú, me decías: "Vamos, Alberto", y yo, súbitamente "heroico" por tu presencia, me hundía de un salto en el agua oscura, que tu cuerpo joven tornaba luminosa. Tú me recibías en tus brazos, y tomándome por la barbilla, una mañana y otra, me enseñaste a nadar. Creo que aprendí pronto, y en cuanto supe, ¿te acuerdas?, te pedí que me permitieses ir al baño llamado "público", de hombres, excluidos los de color. Era una hoya cuadrangular apenas separada del golfo por unos arrecifes agudos y distantes entre sí, que remontaban las olas. Una muchedumbre de hombres y muchachos venía, desnuda de pecho y pierna, a bañarse allí. Algunos se zambullían en el mar libre y se alejaban nadando. Al principio me parecieron locos. ¿No le temían a los tiburones? Como a nin-

guno le atacasen, burlando la vigilancia de mi criado, me lancé sobre el mar infinito, entonces azul y acribillado por los estiletes del sol. Ufano de mi audacia, me alejé. Del lado de la Punta estaban bañando a unos caballos. Tengo entendido que el gran Maceo fue, en su juventud, bañador de caballos. Subido en uno de ellos pensé que hubiera sido muy hermoso dar una vuelta alrededor de la isla que Colón había tomado por un continente. ¡Cuántos recuerdos y ensoñaciones!

A la playa de Marianao, donde ya me he bañado con mis primas Beatriz y Waldina, que nadan como dos sirenas, vienen las criollas de línea firme y ágil y algunas de formas exuberantes. Y vienen las rubias extranjeras del Norte. Sí, esta playa será una maravilla conjunta de la naturaleza y la civilización; pero yo no dejo de sentir la añoranza de los baños antiguos. Tras ligeras pesquisas, asomándome por el parapeto del malecón, di con una masa de rocas donde se advierten, cual alvéolos ingentes, lo que de ellos persiste, a pesar de los embates del mar. Las olas van limpiando, borrando sus rectas y sus ángulos. Sólo una mirada atenta y penetrante, reconstructora, verá lo que yo quise ver.

El recuerdo de "nuestra Habana" me entristece, más bien me abruma, me hace sentir en el corazón el peso de las dos Habanas y debatirme entre un "¿ésta o aquélla?" del que necesito desprenderme pronto, pues yo no he venido aquí *à la recherche du temps perdu*. ¡Qué más quisiera, sino solventar los asuntos de intereses que me encomendó mi padre y de paso apreciar las bellezas y el progreso de Cuba en el vigésimo séptimo año de su independencia! De todo lo cual te hablaré en otras cartas.»

Pero esas otras cartas no las hallé entre los papeles de mi madre. Y también se perdieron las que escribí a Gabriela en los registros y saqueos de mi casa de Madrid. Hubiéranme ayudado mucho en la continuación de estas Memorias, como documentos íntimos. En algunas de ellas debí de referirme a las dos únicas ocasiones en que actué como conferenciante en La Habana: la primera, en el Casino Español, y la segunda, en el Centro Gallego.

Yo no había ido a Cuba «en plan de orador», y si lo hice en público varias veces fue porque me lo pidieron y la cortesía y la gratitud me obligaron a obedecer. Hablé en los referidos círculos, en un homenaje a María Guerrero, que merecerá más adelante unas líneas, y al final de los banquetes con que me agasajaron. El que estaba en

La Habana en funciones de conferenciante, invitado y bien pagado por la Institución Cultural y la Universidad, era el profesor, miembro del partido socialista, don Fernando de los Ríos, cuyas ideas políticas, aparte la fluidez y elegancia de su oratoria, no hicieron más que asomarse en sus discursos.

El que yo pronuncié en el Casino Español, bajo la presidencia del ministro de Instrucción Pública, el doctor Martínez Ortiz, estuvo precedido por otro del profesor de Literatura de la Universidad habanera, el doctor R. Salazar, y fue aquel que unos jóvenes universitarios me habían pedido en la hora de mi desembarque. Versó principalmente sobre la noble y genial figura de José Martí.

El del Centro Gallego fue algo muy distinto, entre familiar y solemne, pues consistió, ante un auditorio de más de mil personas, en una rememoración de la vida de mi padre en Cuba, consagrada en primer término a la defensa de los intereses gallegos en la Isla, a la exaltación de las glorias de su patria chica en su periódico y al lanzamiento de la idea de la fundación de un círculo regional que, andando el tiempo, habría de ser el más poderoso de Hispanoamérica. A un lado de la presidencia, y con una cenefa de flores, habían puesto el retrato de mi padre; ese retrato que figuraba en una de las salas del centro entre las imágenes de los próceres de la institución. Era, como los demás, un retrato hecho sobre fotografía y, la verdad, de un parecido harto remoto, pues cuando en mi primera visita al centro me lo mostró el presidente, Bonzas, no pude menos de decirle: «Habrá que hacerle otro del natural».

Me presentó un miembro de la directiva, llamándome maestro de la novela española, príncipe de nuestras letras, y dedicándome otras de las hipérboles que son de rigor en tales casos. Mi discurso duró cerca de una hora y fue reproducido íntegro en casi todos los periódicos. Después, un refrigerio, con derroche de golosinas, de champaña y de los vinos de Galicia. Se cursaron cablegramas a don Waldo, que en su casa de Madrid quedó reconocido al recuerdo de sus compatriotas, a quienes consagró los años más apasionados y fecundos de su vida. Contaba ya más de setenta y la ancianidad había ido acentuando su modestia, su desasimiento de las pompas y vanidades de este mundo y su deseo de vivir tranquilo entre los suyos, sin ambiciones, ni envidioso, ni envidiado, y preparándose cristianamente para su hora postrera, que aún tardaría unos diez años en sonar.

Se acabó de imprimir

en Madrid

el 15 de abril de 2003